

MIGUEL DELIBES

Obras completas IV
El novelista

Lectulandia

En la etapa final de su trayectoria como novelista, Miguel Delibes, dueño y señor de los más variados recursos, no deja de admirar y sorprender a sus seguidores con títulos de muy distinto tenor, de temáticas, de intenciones, de ambiciones muy distintas, reveladoras todas de una vocación siempre abierta a nuevos designios, atenta tanto a la evolución de la sociedad española como a las experiencias personales del escritor. Este cuarto volumen reúne algunas de sus novelas más celebradas: «Los santos inocentes» (1981), «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» (1983), «El tesoro» (1985), «Madera de héroe» (1987), «Señora de rojo sobre fondo gris» (1991) y «El hereje» (1998), con la que Delibes puso un glorioso punto final a su trayectoria novelística.

Miguel Delibes

Obras Completas IV: El Novelista

(1981-1998)

Obras completas de Miguel Delibes - 4

ePub r1.0

Titivillus 02.11.2020

Miguel Delibes, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

- Los santos inocentes, 1981
- Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso, 1983
- El tesoro, 1985
- Madera de héroe, 1987
- Señora de rojo sobre fondo gris, 1991
- El hereje, 1998

Los santos inocentes

1981

A la memoria de mi amigo
Félix Rodríguez de la Fuente

LIBRO PRIMERO

Azarías

A su hermana, la Régula, le contrariaba la actitud del Azarías, y le regañaba y él, entonces, regresaba a la Jara, donde el señorito, que a su hermana, la Régula, le contrariaba la actitud del Azarías porque ella aspiraba a que los muchachos se ilustrasen, cosa que a su hermano se le antojaba un error, que,

luego no te sirven ni para finos ni para bastos,

pontificaba con su tono de voz brumoso, levemente nasal, y, por contra, en la Jara, donde el señorito, nadie se preocupaba de si éste o el otro sabían leer o escribir, de si eran letrados o iletrados, o de si el Azarías vagaba de un lado a otro, los remendados pantalones de pana por las corvas, la bragueta sin botones, rutando y con los pies descalzos e, incluso, si, repentinamente, marchaba donde su hermana y el señorito preguntaba por él y le respondían,

anda donde su hermana, señorito,

el señorito tan terne, no se alteraba, si es caso levantaba imperceptiblemente un hombro, el izquierdo, pero no indagaba más, ni comentaba la nueva, y, cuando regresaba, tal cual,

el Azarías ya está de vuelta, señorito,

y el señorito esbozaba una media sonrisa y en paz, que al señorito sólo le exasperaba que el Azarías afirmase que tenía un año más que el señorito, porque, en realidad, el Azarías ya era mozo cuando el señorito nació, pero el Azarías ni se recordaba de esto, y si, en ocasiones, afirmaba que tenía un año más que el señorito era porque Dacio, el Porquero, se lo dijo así una Nochevieja que andaba un poco bebido y a él, al Azarías, se le quedó grabado en la sesera, y tantas veces le preguntaban,

¿qué tiempo te tienes tú, Azarías?,

otras tantas respondía,

cabalmente un año más que el señorito,

pero no era por mala voluntad, ni por el gusto de mentir, sino por pura niñez, que el señorito hacía mal en renegarse por eso y llamarle zascandil, ni era justo tampoco, ya que el Azarías, a cambio de andar por el cortijo todo el día de Dios rutando y como masticando la nada, mirándose atentamente las uñas de la mano derecha, lustraba el automóvil del señorito con una bayeta

amarilla, y desenroscaba los tapones de las válvulas a los automóviles de los amigos del señorito para que al señorito no le faltaran el día que las cosas vinieran mal dadas y escaseasen y, por si eso no fuera suficiente, el Azarías se cuidaba de los perros, del perdiguero y del setter, y de los tres zorreros, y si, en la alta noche, aullaba en el encinar el mastín del pastor y los perros del cortijo se alborotaban, él, Azarías, los aplacaba con buenas palabras, les rascaba insistentemente entre los ojos hasta que se apaciguaban y a dormir y, con la primera luz, salía al patio estirándose, abría el portón y soltaba a los pavos en el encinar, tras de las bardas, protegidos por la cerca de tela metálica y, luego, rascaba la gallinaza de los aseladeros y, al concluir, pues a regar los geranios y el sauce y a adecentar el tabuco del búho y a acariciarle entre las orejas y, conforme caía la noche, ya se sabía, Azarías, aculado en el tajuelo, junto a la lumbre, en el desolado zaguán, desplumaba las perdices, o las pitorras, o las tórtolas, o las gangas, cobradas por el señorito durante la jornada y, con frecuencia, si las piezas abundaban, el Azarías reservaba una para la milana, de forma que el búho, cada vez que le veía aparecer, le envolvía en su redonda mirada amarilla, y castañeteaba con el pico, como si retozara, todo por espontáneo afecto, que a los demás, el señorito incluido, les bufaba como un gato y les sacaba las uñas, mientras que a él le distinguía, pues rara era la noche que no le obsequiaba, a falta de bocado más exquisito, con una picaza, o una ratera, o media docena de gorriones atrapados con liga en la charca, donde las carpas, o vaya usted a saber, pero, en cualquier caso, Azarías le decía al gran duque, cada vez que se arrimaba a él, aterciopelando la voz,

milana bonita, milana bonita,

y le rascaba el entrecejo, y le sonreía con las encías deshuesadas y, si era el caso de amarrarle en lo alto del cancho para que el señorito o la señorita o los amigos del señorito o las amigas de la señorita se entretuviesen, disparando a las águilas o a las cornejas por la tronera, ocultos en el tollo, Azarías le enrollaba en la pata derecha un pedazo de franela roja para que la cadena no le lastimase y, en tanto el señorito o la señorita o los amigos del señorito o las amigas de la señorita permanecían dentro del tollo, él aguardaba, acuclillado en la greñura, bajo la copa de la atalaya, vigilándolo, temblando como un tallo verde, y, aunque estaba un poco duro de oído, oía los estampidos secos de las detonaciones y, a cada una, se estremecía y cerraba los ojos y, al abrirlos de nuevo, miraba hacia el búho y, al verlo indemne, erguido y desafiante, haciendo el escudo, sobre la piedra, se sentía orgulloso de él y se decía conmovido para entre sí,

milana bonita,

y experimentaba unos vehementes deseos de rascarle entre las orejas y, así que el señorito o la señorita o las amigas del señorito o los amigos de la señorita se cansaban de matar rateras y cornejas y salían del tollo estirándose y desentumeciéndose como si abandonaran la bocamina, él se aproximaba moviendo las mandíbulas arriba y abajo, como si masticase algo, al gran duque, y el búho, entonces, se implaba de satisfacción, se esponjaba como un pavo real y el Azarías le sonreía,

no estuviste cobarde, milana,

le decía, y le rascaba el entrecejo para premiarle y, al cabo, recogía del suelo, una tras otra, las águilas abatidas, las prendía en la percha, desencadenaba al búho con cuidado, le introducía en la gran jaula de barrotes de madera, que se echaba al hombro, y pin, pianito, se encaminaba hacia el cortijo sin aguardar al señorito, ni a la señorita, ni a los amigos del señorito, ni a las amigas de la señorita que caminaban, lenta, cansinamente, por la vereda, tras él, charlando de sus cosas y riendo sin ton ni son y, así que llegaba a la casa, el Azarías colgaba la percha de la gruesa viga del zaguán y, tan pronto anochecía, acuclillado en los guijos del patio, a la blanca luz del aladino, desplumaba un ratonero y se llegaba con él a la ventana del tabuco, y,

uuuuuh,

hacía, ahuecando la voz, buscando el registro más tenebroso, y, al minuto, el búho se alzaba hasta la reja sin meter bulla, en un revuelo pausado y blando, como de algodón, y hacía a su vez,

uuuuuh,

como un eco del uuuuuh de Azarías, un eco de ultratumba, y, acto seguido, prendía la ratera con sus enormes garras y la devoraba silenciosamente en un santiamén, y el Azarías le miraba comer con su sonrisa babeante y musitaba,

milana bonita, milana bonita,

y, una vez que el gran duque concluía su festín, el Azarías se encaminaba al cobertizo, donde las amigas del señorito y los amigos de la señorita estacionaban sus coches, y, pacientemente, iba desenroscando los tapones de las válvulas de las ruedas, mediante torpes movimientos de dedos y, al terminar, los juntaba con los que guardaba en la caja de zapatos, en la cuadra, se sentaba en el suelo y se ponía a contarlos,

uno, dos, tres, cuatro, cinco…,

y al llegar a once, decía invariablemente,

cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco…, luego salía al corral, ya oscurecido, y en un rincón se orinaba las manos para que no se le agrietasen y abanicaba un rato el aire para que se orearan y así un día y otro día, un mes y otro mes, un año y otro año, toda una vida, pero, a pesar de este régimen metódico, algunas amanecidas el Azarías se despertaba flojo y como desfibrado, como si durante la noche alguien le hubiera sacado el esqueleto, y esos días no rascaba los aseladeros, ni disponía la comida para los perros, ni aseaba el tabuco del búho, sino que salía al campo y se acostaba a la abrigada de los zahurdones o entre la torvisca y, si acaso picaba el sol, pues a la sombra del madroño, y cuando Dacio le preguntaba,

¿qué es lo que te pasa a ti, Azarías?

él,

ando con la perezosa, que yo digo,

y, de esta forma, dejaba pasar las horas muertas, y si el señorito se tropezaba con él y le preguntaba,

¿qué te ocurre, hombre de Dios?,

Azarías la misma,

ando con la perezosa, que yo digo, señorito,

sin inmutarse, encamado en la torvisca o al amparo del madroño, inmóvil, replegado sobre sí mismo, los muslos en el vientre, los codos en el pecho, mascando salivilla o rutando suavemente, como un cachorro ávido de mamar, mirando fijamente la línea azul-verdosa de la sierra recortada contra el cielo, y los chozos redondos de los pastores, y el Cerro de las Corzas (del otro lado del cual estaba Portugal), y los canchales agazapados como tortugas gigantes, y el vuelo chillón y estirado de las grullas camino del pantano, y las merinas merodeando con sus crías y, si acaso se presentaba Dámaso, el Pastor, y le decía,

¿ocurre algo, Azarías?,

él,

ando con la perezosa, que yo digo,

y de este modo transcurría el tiempo hasta que sobrevenía el apretón y daba de vientre orilla del madroño o en la oscura grieta de algún canchal y, según se desahogaba, iban volviéndole paulatinamente las energías y, una vez recuperado, su primera reacción era llegarse donde el búho y decirle dulcemente a través de la reja,

milana bonita,

y el búho venga de esponjarse y castañetear con el corvo pico, hasta que Azarías le obsequiaba con un aguilucho o un picazo desplumados y, mientras

lo devoraba, el Azarías, a fin de ganar tiempo, se acercaba a la cuadra, se sentaba en el suelo y se ponía a contar los tapones de las válvulas de la caja,

uno, dos, tres, cuatro, cinco…,

hasta llegar a once, y entonces decía,

cuarenta y tres, cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco, y, al concluir, cubría la caja con la tapa, se quedaba un largo rato observando las chatas uñas de su mano derecha, moviendo arriba y abajo las mandíbulas y mascullando palabras ininteligibles y, de repente, resolvía,

me voy donde mi hermana,

y, en el porche, se encaraba con el señorito, emperezado en la tumbona, adormilado,

me voy donde mi hermana, señorito,

y el señorito levantaba imperceptiblemente el hombro izquierdo y,

vete con Dios, Azarías,

y él marchaba al otro cortijo, donde su hermana, y ella, la Régula, nada más abrirle el portón,

¿qué se te ha perdido aquí, si puede saberse?,

y Azarías,

¿y los muchachos?,

y ella,

ae, en la escuela están, ¿dónde quieres que anden?, y él, el Azarías, mostraba un momento la punta de la lengua, gruesa y rosada, volvía a esconderla, la paladeaba un rato y decía al fin,

el mal es para ti, luego no te van a servir ni para finos ni para bastos,

y la Régula,

ae, ¿te pedí yo opinión?,

pero, tan pronto caía el sol, el Azarías se azorraba mirando las brasas, masticando la nada y, al cabo de un rato, erguía la cabeza y, súbitamente, decía,

mañana me vuelvo donde el señorito,

y antes de amanecer, así que surgía una raya anaranjada en el firmamento delimitando el contorno de la sierra, el Azarías ya andaba en la trocha y, cuatro horas más tarde, sudoroso y hambriento, en cuanto oía a la Lupe descorrer el gran cerrojo del portón, ya empezaba,

milana bonita, milana bonita,

una y otra vez, sin dejarlo, y a la Lupe, la Porquera, ni los buenos días, y el señorito tal vez andaba en la cama, descansando, pero así que aparecía a mediodía en el zaguán, la Lupe le daba el parte,

el Azarías nos entró de mañana, señorito,

y el señorito amusgaba los ojos somnolientos,

de acuerdo,

decía, y alzaba el hombro izquierdo, como resignado, o sorprendido, aunque ya se sentía al Azarías rascando los aseladeros o baldeando el tabuco del gran duque y arrastrando la herrada por el patio de guijos, y, de este modo, iban transcurriendo las semanas hasta que un buen día, al apuntar la primavera, el Azarías se transformaba, le subía a los labios como una sonrisa tarda, inefable, y, al ponerse el sol, en lugar de contar los tapones de las válvulas, agarraba al búho y salía con él al encinar y el enorme pájaro, inmóvil, erguido sobre su antebrazo, oteaba los alrededores y, conforme oscurecía, levantaba un vuelo blando y silencioso y volvía, al poco rato, con una rata entre las uñas o un pinzón y allí mismo, junto al Azarías, devoraba su presa, mientras él le rascaba entre las orejas, y escuchaba los latidos de la sierra, el ladrido áspero y triste de la zorra en celo o el bramido de los venados del Coto de Santa Ángela, apareándose también, y, de cuando en cuando, le decía,

la zorra anda alta, milana, ¿oyes?,

y el búho le enfocaba sus redondas pupilas amarillas que fosforecían en las tinieblas, enderezaba lentamente las orejas y tornaba a comer y, ahora ya no, pero en tiempos se oía también el fúnebre ulular de los lobos en el piornal las noches de primavera, pero desde que llegaron los hombres de la luz e instalaron los postes del tendido eléctrico a lo largo de la ladera, no se volvieron a oír, y, a cambio, se sentía gritar al cárabo, a pausas periódicas, y el gran duque, en tales casos, erguía la enorme cabezota y empinaba las orejas y el Azarías venga de reír sordamente, sin ruido, sólo con las encías, y musitaba con voz empañada,

¿estás cobarde, milana?, mañana salgo a correr el cárabo, y, dicho y hecho, al día siguiente, con el crepúsculo, salía solo sierra adelante, abriéndose paso entre la jara florecida y los tamujos y la montera, porque el cárabo ejercía sobre el Azarías la extraña fascinación del abismo, una suerte de atracción enervada por el pánico, de tal manera que, al detenerse en plena moheda, oía claramente los rudos golpes de su corazón y, entonces, esperaba un rato para tomar aliento y serenar su espíritu y, al cabo, voceaba,

¡eh!, ¡eh!,

citándole, citando al cárabo, y, seguidamente, aguzaba el oído aguardando respuesta, mientras la luna asomaba tras un celaje e inundaba el paisaje de

una irreal fosforescencia poblada de sombras, y él, un tanto amilanado, hacía bocina con sus manos y repetía desafiante,

¡eh!, ¡eh!,

hasta que, súbitamente, veinte metros más abajo, desde una encina corpulenta, le llegaba el anhelado y espeluznante aullido,

¡buhú, buhú!,

y, al oírlo, el Azarías perdía la noción del tiempo, la conciencia de sí mismo, y rompía a correr enloquecido, arruando, hollando los piornos, arañándose el rostro con las ramas más bajas de los madroños y los alcornoques y, tras él, implacable, saltando blandamente de árbol en árbol, el cárabo, aullando y carcajeándose y, cada vez que reía, al Azarías se le dilataban las pupilas y se le erizaba la piel y recordaba a la milana en la cuadra, y apremiaba aún más el paso y el cárabo a sus espaldas tornaba a aullar y a reír y el Azarías corría y corría, tropezaba, caía y se levantaba, sin volver jamás la cabeza y, al llegar, jadeante, a la dehesa, la Lupe, la Porquera, se santiguaba,

¿de dónde te vienes, di?,

y el Azarías sonreía tenuemente, como un chiquillo cogido en falta, y,

de correr el cárabo, que yo digo,

decía, y ella comentaba,

¡Jesús qué juegos!, te has puesto la cara como un Santo Cristo,

pero él ya andaba en la cuadra, restañándose la sangre de los rasguños con la bayeta, quieto, escuchando los dolorosos golpes de su corazón, la boca entreabierta, sonriendo al vacío, babeando, y, al cabo de un rato, ya más sereno, se llegaba al tabuco de la milana, agachado, sin meter ruido, y, súbitamente, se asomaba al ventano y hacía,

¡uuuuuh!,

y el búho revolaba hasta la peana y le miraba a los ojos, ladeando la cabeza, y entonces el Azarías le decía muy ufano,

anduve corriendo el cárabo,

y el animal enderezaba las orejas y tableteaba con el pico, como si lo celebrara, y él,

buena carrera le di,

y empezaba a reír por lo bajo, siseando, sintiéndose protegido por las bardas del cortijo, y así una vez tras otra, una primavera tras otra, hasta que una noche, vencido mayo, se arrimó a los barrotes del tabuco y dijo como de costumbre,

¡uuuuuh!,

pero el gran duque no acudió a la llamada, y, entonces, el Azarías se sorprendió e hizo de nuevo,

¡uuuuuh!,

pero el gran duque no acudió a la llamada, y el Azarías,

¡uuuuuh!,

terco, por tercera vez, pero, dentro del tabuco, ni un ruido, con lo que el Azarías empujó la puerta, prendió el aladino y se encontró al búho engurruñido en un rincón y, al mostrarle la picaza desplumada, el búho ni ademán y, entonces, el Azarías dejó la pega en el suelo y se sentó junto a él, lo tomó delicadamente por las alas y lo arrimó a su calor, rascándole insistentemente en el entrecejo y diciéndole con ternura,

milana bonita,

mas el pájaro no reaccionaba a los habituales estímulos, con lo cual el Azarías lo depositó sobre la paja, salió y preguntó por el señorito,

la milana está enferma, señorito, te tiene calentura,

le informó, y el señorito,

¡qué le vamos a hacer, Azarías! Está vieja ya, habrá que buscar un pollo nuevo,

y el Azarías, desolado,

pero es la milana, señorito,

y el señorito, los ojos adormilados,

¿y dime tú, qué lo mismo da un pájaro que otro?,

y el Azarías, implorante,

¿autoriza el señorito que dé razón al Mago del Almendral?,

y el señorito adelantó indolentemente su hombro izquierdo,

¿al Mago?, muy gastoso te sales tú, Azarías, si por un pájaro tuviéramos que llamar al Mago, ¿adónde iríamos a parar?,

y, tras su reproche, una carcajada, como el cárabo, que al Azarías se le puso la carne de gallina y,

señorito, no se ría así, por sus muertos se lo pido,

y el señorito,

¿es que tampoco me puedo reír en mi casa?,

y otra carcajada, como el cárabo, cada vez más recias, y, a sus risas estentóreas, acudieron la señorita, la Lupe, Dacio, el Porquero, Dámaso y las muchachas de los pastores, y todos en el zaguán reían a coro, como cárabos, y la Lupe,

pues no está llorando el zascandil de él por ese pájaro apestoso,

y el Azarías,

la milana te tiene calentura y el señorito no autoriza a que dé razón al Mago del Almendral,

y, venga, otra carcajada, y otra, hasta que, finalmente, el Azarías, desconcertado, echó a correr, salió al patio y se orinó las manos y, después, entró en la cuadra, se sentó en el suelo y se puso a contar en voz alta los tapones de las válvulas tratando de serenarse,

una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco,

hasta que se sintió más relajado, se puso un saco por cabezal y durmió una siesta y, así que amaneció Dios, se arrimó quedamente a la reja del tabuco e hizo,

¡uuuuuh!,

pero nadie respondió, y, entonces, el Azarías empujó la puerta y divisó al búho en el rincón donde lo dejara la víspera, pero caído y rígido, y el Azarías se llegó a él con pasitos cortos, lo cogió por el extremo de un ala, se abrió la chaqueta, la cruzó sobre el pájaro y dijo con voz quebrada,

milana bonita,

pero el gran duque ni abría los ojos, ni castañeteaba con el pico, ni nada, ante lo cual el Azarías atravesó el patio, se llegó al portón y descorrió el cerrojo, y a sus chirridos salió la Lupe, la de Dacio,

¿qué es lo que te se ha puesto ahora en la cabeza, Azarías?

y el Azarías,

me marcho donde mi hermana,

y, sin más, salió y, a paso rápido, sin sentir los guijos ni las gatuñas en las plantas de los pies, franqueó el encinar, el piornal y la vaguada, oprimiendo dulcemente el cadáver del pájaro contra su pecho y, así que le puso la vista encima, la Régula,

¿otra vez por aquí?,

y el Azarías,

¿y los muchachos?,

y ella,

en la escuela están,

y el Azarías,

¿es que no hay nadie en la casa?,

y ella,

ae, la Niña Chica está,

y en ese momento, la Régula reparó en el bulto que arropaba el Azarías contra el pecho, le abrió las puntas de la chaqueta y el cadáver del pajarraco

cayó sobre los baldosines rojos y ella, la Régula, dio un grito histérico y,

ya estás sacando de casa esa carroña, ¿me oyes?,

dijo, y el Azarías, sumisamente, recogió el pájaro y lo dejó fuera, en el poyo, volvió a entrar en la casa y salió con la Niña Chica, acunándola en el brazo derecho, y la Niña Chica volvía sus ojos extraviados sin fijarlos en nada, y él, el Azarías, cogió a la milana por una pata y una azuela con la mano izquierda, y la Régula,

¿dónde vas con esas trazas?,

y el Azarías,

a hacer el entierro, que yo digo,

y, en el trayecto, la Niña Chica emitió uno de aquellos interminables berridos lastimeros que helaban la sangre de cualquiera, pero el Azarías no se inmutó, alcanzó el rodapié de la ladera, depositó a la criatura a la fresca, entre unas jaras, se quitó la chaqueta y en un periquete cavó una hoya profunda en la base de un alcornoque, depositó en ella al pájaro y, acto seguido, empujando la tierra con la azuela, cegó el agujero y se quedó mirando para el túmulo, los pies descalzos, el remendado pantalón en las corvas, la boca entreabierta, y, al cabo de un rato, sus pupilas se volvieron hacia la Niña Chica, cuya cabeza se ladeaba, como desarticulada, y sus ojos desleídos se entrecruzaban y miraban al vacío sin fijarse en nada, y el Azarías se agachó, la tomó en sus brazos, se sentó al borde del talud, junto a la tierra removida, la oprimió contra sí y musitó,

milana bonita,

y empezó a rascarla insistentemente con el índice de la mano derecha los pelos del colodrillo, mientras la Niña Chica, indiferente, se dejaba hacer.

LIBRO SEGUNDO

Paco, el Bajo

Si hubieran vivido siempre en el Cortijo quizá las cosas se hubieran producido de otra manera, pero a Crespo, el Guarda Mayor, le gustaba adelantar a uno en la Raya de lo de Abendújar por si las moscas y a Paco, el Bajo, como quien dice, le tocó la china, y no es que le incomodase por él, que a él, al fin y al cabo, lo mismo le daba un sitio que otro, pero sí por los muchachos, a ver, por la escuela, que con la Charito, la Niña Chica, tenían bastante y le decían la Niña Chica a la Charito aunque, en puridad, fuese la niña mayor, por los chiquilines, natural,

madre, ¿por qué no habla la Charito?,

¿por qué no se anda la Charito, madre?,

¿por qué la Charito se ensucia las bragas?,

preguntaban a cada paso, y ella, la Régula, o él, o los dos a coro,

pues porque es muy chica la Charito,

a ver, por contestar algo, ¿qué otra cosa podían decirles?, pero Paco, el Bajo, aspiraba a que los muchachos se ilustrasen, que el Hachemita aseguraba en Cordovilla que los muchachos podían salir de pobres con una pizca de conocimientos, e incluso la propia señora Marquesa, con objeto de erradicar el analfabetismo del cortijo, hizo venir durante tres veranos consecutivos a dos señoritos de la ciudad para que, al terminar las faenas cotidianas, les juntasen a todos en el porche de la corralada, a los pastores, a los porqueros, a los apaleadores, a los muleros, a los gañanes y a los guardas, y allí, a la cruda luz del aladino, con los moscones y las polillas bordoneando alrededor, les enseñasen las letras y sus mil misteriosas combinaciones, y los pastores, y los porqueros, y los apaleadores, y los gañanes y los muleros, cuando les preguntaban, decían,

la B con la A hace BA, y la C con la A hace ZA,

y, entonces, los señoritos de la ciudad, el señorito Gabriel y el señorito Lucas, les corregían y les desvelaban las trampas, y les decían,

pues no, la C con la A, hace KA, y la C con la I hace CI y la C con la E hace CE y la C con la O hace KO,

y los porqueros, y los pastores, y los muleros, y los gañanes y los guardas se decían entre sí desconcertados,

también te tienen unas cosas, parece como que a los señoritos les gustase embromarnos,

pero no osaban levantar la voz, hasta que una noche, Paco, el Bajo, se tomó dos copas, se encaró con el señorito alto, el de las entradas, el de su grupo, y, ahuecando los orificios de su chata nariz (por donde, al decir del señorito Iván, los días que estaba de buen talante, se le veían los sesos), preguntó,

señorito Lucas, y ¿a cuento de qué esos caprichos?,

y el señorito Lucas rompió a reír y a reír con unas carcajadas rojas, incontroladas, y, al fin, cuando se calmó un poco, se limpió los ojos con el pañuelo y dijo,

es la gramática, oye, el porqué pregúntaselo a los académicos,

y no aclaró más, pero, bien mirado, eso no era más que el comienzo, que una tarde llegó la G y el señorito Lucas les dijo,

la G con la A hace GA, pero la G con I hace JI, como la risa,

y Paco, el Bajo, se enojó, que eso ya era por demás, coño, que ellos eran ignorantes pero no tontos, y a cuento de qué la E y la I habían de llevar siempre trato de favor, y el señorito Lucas venga de reír, que se desternillaba el hombre de la risa que le daba, una risa espasmódica y nerviosa, y, como de costumbre, que él era un don nadie y que ésas eran reglas de la gramática y que él nada podía contra las reglas de la gramática, pero que, en última instancia, si se sentían defraudados, escribiesen a los académicos, puesto que él se limitaba a exponerles las cosas tal como eran, sin el menor espíritu analítico, pero a Paco, el Bajo, estos despropósitos le desazonaban y su indignación llegó al colmo cuando, una noche, el señorito Lucas les dibujó con primor una H mayúscula en el encerado y, después de dar fuertes palmadas para recabar su atención e imponer silencio, advirtió,

mucho cuidado con esta letra; esta letra es un caso insólito, no tiene precedentes, amigos; esta letra es muda,

y Paco, el Bajo, pensó para sus adentros, mira, como la Charito, que la Charito, la Niña Chica, nunca decía esta boca es mía, que no se hablaba la Charito, que únicamente, de vez en cuando, emitía un gemido lastimero que conmovía la casa hasta sus cimientos, pero ante la manifestación del señorito Lucas, Facundo, el Porquero, cruzó sus manazas sobre su estómago prominente y dijo,

¿qué se quiere decir con eso de que es muda?, te pones a ver y tampoco las otras hablan si nosotros no las prestamos la voz,

y el señorito Lucas, el alto, el de las entradas,

que no suena, vaya, que es como si no estuviera, no pinta nada,

y Facundo, el Porquero, sin alterar su postura abacial,

ésta sí que es buena, y ¿para qué se pone entonces?,

y el señorito Lucas,

cuestión de estética,

reconoció,

únicamente para adornar las palabras, para evitar que la vocal que la sigue quede desamparada, pero eso sí, aquel que no acierte a colocarla en su sitio incurrirá en falta de lesa gramática,

y Paco, el Bajo, hecho un lío, cada vez más confundido, mas, a la mañana, ensillaba la yegua y a vigilar la linde, que era lo suyo, aunque desde que el señorito Lucas empezó con aquello de las letras se transformó, que andaba como ensimismado el hombre, sin acertar a pensar en otra cosa, y en cuanto se alejaba una galopada del cortijo, descabalgaba, se sentaba al sombrajo de un madroño y a cavilar, y cuando las ideas se le enredaban en la cabeza unas con otras como las cerezas, recurría a los guijos, y los guijos blancos eran la E y la I, y los grises eran la A, la O y la U, y, entonces, se liaba a hacer combinaciones para ver cómo tenían que sonar las unas y las otras, pero no se aclaraba y, a la noche, confiaba sus dudas a la Régula, en el jergón e, insensiblemente, de unas cosas pasaba a otras, y la Régula,

para quieto, Paco, el Rogelio anda desvelado,

y si Paco, el Bajo, insistía, ella,

ae, para quieto, ya no estamos para juegos,

y, de súbito, sonaba el desgarrado berrido de la Niña Chica y Paco se inutilizaba, pensando que algún mal oculto debía de tener él en los bajos para haber engendrado una muchacha inútil y muda como la hache, que menos mal que la Nieves era espabilada, que a la Nieves él se había resistido a bautizarla con este nombre tan blanco, no le pegaba, vaya, siendo él tan cetrino y albazano, y hubiera preferido llamarla Herminia, como la abuela, o por otro nombre cualquiera, pero el verano aquel picaba un sol de justicia y don Pedro, el Périto, porfiaba que las temperaturas ni de noche bajaban de treinta y cinco grados, y que qué veranito, madre, que no se recordaba otro semejante, que se achicharraban hasta los pájaros, y la Régula, de por sí fogosa, plañía,

¡ay Virgen, qué calentura!, y que no corre una miaja de brisa ni de día ni de noche,

y después de abanicarse un rato cansinamente con un paipai, moviendo únicamente la falange del pulgar derecho, plano y aplastado como una espátula, añadía,

esto es un castigo, Paco, y yo le voy a pedir a la Virgen de las Nieves que termine este castigo,

pero la canícula no cedía y un domingo, sin comunicárselo a nadie, se llegó al Almendral, donde el Mago, y, a la vuelta, le dijo a Paco,

Paco, el Mago me ha dicho que si esta barriga es hembra le diga Nieves, no vaya a ser que, por contrariar mi deseo, me salga la cría con un antojo,

y Paco recordó a la Niña Chica y se avino,

pues bueno, que sea Nieves,

pero la Nieves, que desde mocosa limpiaba la porquería de la impedida y le lavaba las bragas, no llegó a asistir a la escuela del Patronato porque por aquel entonces andaban ya en la Raya de lo de Abendújar y Paco, el Bajo, cada mañana, antes de ensillar, enseñaba a la muchacha cómo hacía la B con la A y la C con la A y la C con la I, y la muchacha, que era muy avispada, así que llegó la Z y le dijo,

la Z con la I hace CI,

respondió sin vacilar,

esa letra está de más, padre, para eso está la C,

y Paco, el Bajo, reía y procuraba inflar la risa, solemnizarla, remedando las carcajadas del señorito Lucas,

eso cuéntaselo a los académicos,

y, por las noches, implado de satisfacción, le decía a la Régula,

la muchacha esta ve crecer la hierba,

y la Régula, que ya por aquellos entonces se le había puesto pechugona, comentaba,

a ver, saca el talento suyo y el de la otra,

y Paco,

¿qué otra?,

y la Régula, sin perder su flema habitual,

ae, la Niña Chica, ¿en qué estás pensando, Paco?,

y Paco,

tu talento saca,

y empezaba a salirse del tiesto, y ella,

ae, ponte quieto, Paco, los talentos no están ahí, y Paco, el Bajo, dale, engolosinado, hasta que, inopinadamente, el bramido de la Niña Chica rasgaba el silencio de la noche y Paco se quedaba inmóvil, desarmado, y, finalmente, decía,

Dios te guarde, Régula, y que descanses,

y, con los años, se le iba tomando ley a la Raya de lo de Abendújar, y al chamizo blanco con el emparrado, y al somero cobertizo, y al pozo, y al gigantesco alcornoque sombreándolo, y al rebaño de canchos grises desparramados por las primeras estribaciones, y al arroyo de aguas tibias con los galápagos emperezados en las orillas, pero una mañana de octubre, Paco, el Bajo, salió a la puerta, como todas las mañanas, y, nada más salir, levantó la cabeza, distendió las aletillas de la nariz y,

se acerca un caballo,

dijo, y la Régula, a su lado, se protegió los ojos con la mano derecha a modo de visera y miró hacia el carril,

ae, no se ve alma, Paco,

mas Paco, el Bajo, continuaba olfateando, como un sabueso,

el Crespo es, si no me equivoco,

agregó, porque Paco, el Bajo, al decir del señorito Iván, tenía la nariz más fina que un pointer, que venteaba de largo, y, en efecto, no había transcurrido un cuarto de hora cuando se presentó en la Raya Crespo, el Guarda Mayor,

Paco, lía el petate que te vuelves al Cortijo,

le dijo sin más preámbulos, y Paco,

y ¿eso?,

que Crespo,

don Pedro, el Périto, lo ordenó, a mediodía bajará el Lucio, tú ya cumpliste,

y, con la fresca, Paco y la Régula amontonaron los enseres en el carromato y emprendieron el regreso y, en lo alto, acomodados entre los jergones de borra, iban los muchachos y, en la trasera, la Régula con la Niña Chica, que no cesaba de gritar y se le caía la cabeza, ora de un lado, ora del otro, y sus flacas piernecitas inertes asomaban bajo la bata, y Paco, el Bajo, montado en su yegua pía, les daba escolta, velando orgullosamente la retaguardia, y le decía a la Régula, elevando mucho el tono de voz para dominar el tantarantán de las ruedas en los relejes, entre bramido y bramido de la Niña Chica,

ahora la Nieves nos entrará en la escuela y Dios sabe dónde puede llegar con lo espabilada que es,

y la Régula,

ae, ya veremos,

y, desde su altura majestuosa, añadía Paco, el Bajo,

los muchachos ya te tienen edad de trabajar, serán una ayuda para la casa,

y la Régula,

ae, ya veremos,

y continuaba Paco, el Bajo, exaltado con el traqueteo y la novedad,

lo mismo la casa nueva te tiene una pieza más y podemos volver a ser jóvenes,

y la Régula suspiraba, acunaba a la Niña Chica y le espantaba los mosquitos a manotazos, mientras, por encima del carril, sobre los negros encinares, se encendían una a una las estrellas y la Régula miraba a lo alto, tornaba a suspirar y decía,

ae, para volver a ser jóvenes tendría que callar ésta,

y una vez que llegaron al Cortijo, Crespo, el Guarda Mayor, les aguardaba al pie de la vieja casa, la misma que abandonaron cinco años atrás, con el poyo junto a la puerta, todo a lo largo de la fachada, y los escuálidos arriates de geranios y, en medio, el sauce de sombra caliente, y Paco lo miró todo apesadumbrado y meneó la cabeza de un lado a otro y, al cabo, bajó los ojos,

¡qué le vamos a hacer!,

dijo resignadamente,

estaría de Dios,

y, poco más allá, dando órdenes, andaba don Pedro, el Périto, y,

buenas noches, don Pedro, aquí estamos de nuevo para lo que guste mandar,

buenas noches nos dé Dios, Paco, ¿sin novedad en la Raya?

y Paco,

sin novedad, don Pedro,

y, conforme descargaban, don Pedro les iba siguiendo del carro a la puerta y de la puerta al carro,

digo, Régula, que tú habrás de atender al portón, como antaño, y quitar la tranca así que sientas el coche, que ya te sabes que ni la señora ni el señorito Iván avisan y no les gusta esperar,

y la Régula,

ae, a mandar, don Pedro, para eso estamos,

y don Pedro,

de amanecida soltarás los pavos y rascarás los aseladeros, que si no no hay Dios que aguante con este olor, qué peste, y ya te sabes que la señora es buena pero le gustan las cosas en su sitio,

y la Régula,

ae, a mandar, don Pedro, para eso estamos,

y don Pedro, el Périto, continuó dándole instrucciones, que no paraba de darle instrucciones y, al concluir, ladeó la cabeza, se mordió la mejilla izquierda y quedó como atorado, como si omitiera algún extremo importante, y la Régula, sumisamente,

¿alguna cosa más, don Pedro?,

y don Pedro, el Périto, se mordisqueaba nerviosamente la mejilla y volvía los ojos para la Nieves pero no decía nada y, al fin, cuando parecía que iba a marcharse sin despegar los labios, se volvió bruscamente hacia la Régula,

esto es cosa aparte, Régula,

balbuceó,

en realidad éstas son cosas para tratar entre mujeres, pero…,

y la pausa se hizo más profunda, hasta que la Régula, sumisamente,

usted dirá, don Pedro,

y don Pedro,

me refiero a la niña, Régula, que la niña bien podría ponerle una manita en casa a mi señora, que, bien mirado, ella está cobarde para las cosas del hogar,

sonrió acremente,

no le petan sus labores, vaya, y la niña ya está crecida, que hay que ver cómo ha empollinado la niña esta en poco tiempo,

y, según hablaba don Pedro, el Périto, Paco, el Bajo, se iba desinflando como un globo, como su virilidad cuando gritaba en la alta noche la Niña Chica, y miró para la Régula, y la Régula miró para Paco, el Bajo, y al cabo, Paco, el Bajo, ahuecó los orificios de la nariz, encogió los hombros y dijo,

lo que usted mande, don Pedro, para eso estamos,

y, súbitamente, sin venir a cuento, a don Pedro, el Périto, se le dilataron las pupilas y empezó a desbarrar, como si quisiera ocultarse bajo el alud de sus propias palabras, que no paraba, que,

ahora todos te quieren ser señoritos, Paco, ya lo sabes, que ya no es como antes, que hoy nadie quiere mancharse las manos, y unos a la capital y otros al extranjero, donde sea, el caso es no parar, la moda, ya ves tú, que se piensan que con eso han resuelto el problema, imagina, que luego resulta que, a lo mejor, van a pasar hambre o a morirse de aburrimiento, vete a saber, que otra cosa, no, pero a la niña, en casa, no le ha de faltar nada, no es porque yo lo diga…,

y la Régula y Paco, el Bajo, asentían con la cabeza, e intercambiaban furtivas miradas cómplices, pero don Pedro, el Périto, no reparaba en ello, que estaba muy excitado don Pedro, el Périto,

y siendo de vuestra conformidad, mañana a la mañana aguardamos a la niña en casa, y para que no la echéis en falta y ella no se imple, que ya sabemos todos cómo se las gastan los muchachos ahora, por las noches puede dormir aquí,

y, después de muchas gesticulaciones y aspavientos, don Pedro se marchó y la Régula y Paco, el Bajo, empezaron a instalar sus enseres en silencio, y después cenaron y, al concluir la cena, se sentaron junto al fuego y, en ese momento, irrumpió Facundo, el Porquero,

también te tienes coraje, Paco, en la Casa de Arriba no te para ni Dios, que ya conoces a doña Purita, que parece como que la pincharan con alfileres, lo histérica, que ni él la aguanta,

dijo, mas, como ni la Régula ni Paco, el Bajo, replicaran, Facundo se apresuró a añadir,

no la conoces, Paco, si no me crees pregúntale a la Pepa, que anduvo allí,

pero la Régula y Paco continuaban mudos y, en vista de ello, Facundo, el Porquero, dio media vuelta y se marchó, y, a la mañana, la Nieves se presentó puntualmente en la Casa de Arriba, y al otro día lo mismo, hasta que esto se hizo una costumbre y empezaron a transcurrir insensiblemente los días, y, así que llegó mayo, se presentó un día el Carlos Alberto, el mayor del señorito Iván, a hacer la Comunión en la capilla del Cortijo y dos días después, tras muchos preparativos, la señora Marquesa con el Obispo en el coche grande, y la Régula, así que abrió el portón, se quedó deslumbrada ante la púrpura, sin saber qué partido tomar, a ver, que, en principio, en pleno desconcierto, dio dos cabezadas, hizo una genuflexión y se santiguó, pero la señora Marquesa le apuntó desde su altura inabordable,

el anillo, Régula, el anillo,

y fue ella, entonces, la Régula, y se comió a besos el anillo pastoral, mientras el Obispo sonreía y apartaba la mano discretamente, y, azorado, atravesaba los arriates restallantes de flores y penetraba en la Casa Grande, entre las reverencias de los porqueros y los gañanes y, al día siguiente, se celebró la fiesta por todo lo alto, y, después de la ceremonia religiosa en la pequeña capilla, el personal se reunió en la corralada, a comer chocolate con migas y,

¡que viva el señorito Carlos Alberto!,

y,

¡que viva la señora!,

exultaban, pero la Nieves no pudo asistir porque andaba sirviendo a los invitados en la Casa Grande, y lo hacía con gran propiedad, que retiraba los platos sucios con la mano izquierda y los renovaba con la derecha, y a la hora de ofrecer las fuentes se inclinaba levemente sobre el hombro izquierdo del comensal, el antebrazo derecho a la espalda, esbozando una sonrisa, todo con tal garbo y discreción que la señora se fijó en ella y le preguntó a don Pedro,

el Périto, de dónde había sacado aquella alhaja, y don Pedro, el Périto, sorprendido,

la de Paco, el Bajo, es, el guarda, el secretario de Iván, el que anduvo hasta hace unos meses en la Raya de lo de Abendújar, la menor, que se ha empollinado de repente,

y la señora,

¿la de Régula?,

y don Pedro, el Périto,

exactamente, la de Régula, Purita la desasnó en cuatro semanas, la niña es espabilada,

y la señora no le quitaba ojo a la Nieves, observaba cada uno de sus movimientos, y, en una de éstas, le dijo a su hija,

Miriam, ¿te has fijado en esa muchacha?, ¡qué planta, qué modales!, puliéndola un poco haría una buena primera doncella,

y la señorita Miriam miraba a la Nieves con disimulo,

verdaderamente, la chica no está mal,

dijo,

si es caso, para mi gusto, una pizca de más de aquí,

y se señalaba el pecho, pero la Nieves, sofocada, ajena a todo, se sentía transfigurada por la presencia del niño, el Carlos Alberto, tan rubio, tan majo, con su traje blanco de marinero, y su rosario blanco y su misalito blanco, de manera que, al servirle, le sonreía extasiada, como si sonriera a un arcángel, y, a la noche, tan pronto llegó a casa, aunque se encontraba tronzada por el ajetreo del día, le dijo a Paco, el Bajo,

padre, yo quiero hacer la Comunión,

pero imperativamente, que Paco, el Bajo, se sobresaltó,

¿qué dices?,

y ella, obstinada,

que quiero hacer la Comunión, padre,

y Paco, el Bajo, se llevó las dos manos a la gorra como si pretendiera sujetarse la cabeza,

habrá que hablar con don Pedro, niña,

y don Pedro, el Périto, al oír en boca de Paco, el Bajo, la pretensión de la chica, rompió a reír, enfrentó la palma de una mano con la de la otra y le miró fijamente a los ojos,

¿con qué base, Paco?, vamos a ver, habla, ¿qué base tiene la niña para hacer la Comunión?; la Comunión no es un capricho, Paco, es un asunto demasiado serio como para tomarlo a broma,

y Paco, el Bajo, humilló la cerviz,

si usted lo dice,

pero la Nieves se mostraba terca, no se resignaba y, en vista de la actitud pasiva de don Pedro, el Périto, apeló a doña Purita,

señorita, he cumplido catorce años y siento por aquí dentro como unas ansias,

y, de primeras, doña Purita, la observó con estupor, y, luego, abrió una boca muy roja, muy recortada, levemente dentuna,

¡qué ocurrencias, niña!, ¿no será un zagal lo que tú te estás necesitando?,

y estalló en una risotada y repitió,

¡qué ocurrencias!,

y, desde entonces, el deseo de la Nieves se tomó en la Casa de Arriba y la Casa Grande como un despropósito, y se utilizaba como un recurso, y cada vez que llegaban invitados del señorito Iván y la conversación, por pitos o por flautas, languidecía o se atirantaba, doña Purita señalaba para la Nieves con su dedo índice, sonrosado, pulcrísimo, y exclamaba,

pues ahí tienen a la niña, ahora le ha dado con que quiere hacer la Comunión,

y, en torno a la gran mesa, una exclamación de asombro y miradas divertidas y un sostenido murmullo, como un revuelo, y, en la esquina, una risa sofocada, y, tan pronto salía la niña, el señorito Iván,

la culpa de todo la tiene este dichoso Concilio,

y algún invitado cesaba de comer y lo miraba fijo, como interrogándole, y, entonces, el señorito Iván se consideraba en el deber de explicar,

las ideas de esta gente, se obstinan en que se les trate como a personas y eso no puede ser, vosotros lo estáis viendo, pero la culpa no la tienen ellos, la culpa la tiene ese dichoso Concilio, que les malmete,

y en estos casos, y en otros semejantes, doña Purita entornaba lánguidamente sus ojos negros de rímel, se volvía hacia el señorito Iván y le rozaba con la punta de su nariz respingona el lóbulo de la oreja, y el señorito Iván se inclinaba sobre ella y se asomaba descaradamente al hermoso abismo de su escote y añadía por decir algo, por justificar de alguna manera su actitud,

¿qué opinas tú, Pura, tú los conoces?,

mas don Pedro, el Périto, casi enfrente, les observaba sin pestañear, se mordía la delgada mejilla, se descomponía y, una vez que se retiraban los invitados, y doña Purita y él se encontraban a solas en la Casa de Arriba, perdía el control,

te pones el sujetador de medio cuenco y te abres el escote únicamente cuando viene él, para provocarle, ¿o es que crees que me chupo el dedo?

balbucía, y, cada vez que regresaban de la ciudad, del cine o del teatro, la misma copla, antes de bajar del coche ya se sentían sus voces,

¡zorra, más que zorra!,

mas doña Purita canturreaba sin hacerle caso, se apeaba del coche y se ponía a hacer mohines y pasos de baile en la escalinata, contoneándose, y decía mirando sus pies diminutos,

si Dios me ha dado estas gracias, no soy quién para avergonzarme de ellas,

y don Pedro, el Périto, la perseguía, los pómulos rojos, blancos los lóbulos de las orejas,

no se trata de lo que tienes, sino de lo que enseñas, que eres tú más espectáculo que el espectáculo,

y venga, y dale, y ella, doña Purita, jamás perdía la compostura, entraba en el gran vestíbulo, las manos en la cintura, balanceando exageradamente las caderas, sin cesar de canturrear, y él, entonces, cerraba de un portazo, se arrimaba a la panoplia y agarraba la fusta,

¡te voy a enseñar modales a ti!,

voceaba, y ella se detenía frente a él, cesaba de cantar y le miraba a los ojos firme, desafiante,

yo sé que no te atreverás, gallina, pero si un día me tocases con ese chisme ya puedes echarme un galgo,

decía, y tornaba a contonearse después de volverle la espalda y se encaminaba hacia sus habitaciones y él, detrás, gritaba y volvía a gritar, agitaba los brazos, pero más que gritos eran los suyos aullidos entrecortados, y, en el momento más agudo de la crisis, se le quebraba la voz, arrojaba la fusta sobre un mueble y rompía a sollozar y, entre hipo e hipo, gimoteaba,

gozas haciéndome sufrir, Pura, si hago lo que hago es por lo que te quiero,

pero doña Purita tornaba a sus mohines y contoneos,

ya tenemos escenita,

decía, y, para distraerse, se encaraba con la gran luna del armario y se contemplaba en diversas posturas, ladeando la cabeza, agitando el cabello y sonriéndose cada vez con mayor generosidad hasta forzar las comisuras de los labios, mientras don Pedro, el Périto, se desplomaba de bruces sobre la colcha de la cama, ocultaba el rostro entre las manos y se arrancaba a llorar como una criatura, y la Nieves, que en más o en menos había sido testigo de la escena, recogía sus cosas y regresaba a casa pasito a paso, y si, por un azar, encontraba despierto a Paco, el Bajo, le decía,

buena la armaron esta noche, padre, la ha puesto pingando,

¿don Pedro?,

apuntaba, incrédulo, Paco, el Bajo,

don Pedro,

y Paco, el Bajo, se echaba ambas manos a la cabeza, como para sujetarla, como si se le fuera a volar, guiñaba los ojos y decía templando la voz,

niña, a ti estos pleitos de la Casa de Arriba ni te van ni te vienen, tú, allí, oír, ver y callar,

pero al día siguiente de una de estas trifulcas se celebró en el Cortijo la batida de los Santos, la más sonada, y don Pedro, el Périto, que era un tirador discreto, no acertaba una perdiz ni por cuanto hay, y el señorito Iván, en la pantalla contigua, que acababa de derribar cuatro pájaros de la misma barra, dos por delante y dos por detrás, comentaba sardónicamente con Paco, el Bajo,

si no lo veo, no lo creo; ¿cuándo acabará de aprender este marica?, le están entrando a huevo y no corta pluma, ¿te das cuenta, Paco?,

y Paco, el Bajo,

cómo no me voy a dar cuenta, señorito Iván, lo ve un ciego,

y el señorito Iván,

nunca fue un gran matador, pero yerra demasiado para ser normal, algo le sucede a este zoquete,

y Paco, el Bajo,

eso no, esto de la caza es una lotería, hoy bien y mañana mal, ya se sabe,

y el señorito Iván tomaba una y otra vez los puntos con prontitud, con sorprendente rapidez de reflejos, y entre pim-pam y pim-pam comentaba con la boca torcida, pegada a la culata de la escopeta,

una lotería hasta cierto punto, Paco, no nos engañemos, que los pájaros que le están entrando a ese marica los baja uno con la gorra,

y, a la tarde, en el almuerzo de la Casa Grande, doña Purita volvió a presentarse con el sujetador de medio cuenco y el generoso escote y venga de hacerle arrumacos al señorito Iván, sonrisa va, guiñito viene, mientras don Pedro, el Périto, se consumía en la esquina de la mesa sin saber qué partido tomar, y se mordía las flacas mejillas por dentro y, tan temblón andaba, que ni acertaba a manejar los cubiertos, y cuando ella, doña Purita, reclinó la cabeza sobre el hombro del señorito Iván y le hizo una carantoña y ambos empezaron a amartelarse, don Pedro, el Périto, el hombre, se medio incorporó, levantó el brazo, apuntó con el dedo y voceó tratando de concentrar la atención de todos,

¡pues ahí tienen a la niña, que ahora le ha dado con que quiere hacer la Comunión!,

y a la Nieves, que retiraba el servicio en ese momento, le dio una vuelta así el estómago y le subió el sofoco y vaciló, pero sonrió con una mueca complaciente, a pesar de que don Pedro, el Périto, continuaba señalándola implacable con su dedo acusador y voceando como un loco, fuera de sí, mientras los demás reían,

¡que no se te suba el pavo, niña, no vayas a hacer cacharros!,

hasta que la señorita Miriam, compadecida, terció,

y ¿qué mal hay en ello?,

y don Pedro, el Périto, más aplacado, bajó la cabeza y dijo, en un murmullo, moviendo apenas un lado del bigote,

por favor, Miriam, esta chiquita no sabe nada de nada y en cuanto a su padre, no tiene más alcances que un guarro, ¿qué clase de Comunión puede hacer?,

y la señorita Miriam estiró el cuello, levantó la cabeza y dijo como sorprendida,

y entre tanta gente, ¿es posible que no haya una persona capaz de prepararla?,

y miraba fijamente a doña Purita, del otro lado de la mesa, pero fue don Pedro, el Périto, el que se quedó cortado y, a la noche, ya en la Casa de Arriba, le dijo, como de pasada, a la Nieves,

no te habrás enojado conmigo por lo de esta tarde, ¿verdad, niña?, no fue más que una broma,

pero no pensaba en lo que decía, porque hablaba a la Nieves pero se iba derecho a doña Purita y, al llegar a su altura, se le achicaron los ojos, se le atirantaron las mejillas, le puso las manos temblorosas en los frágiles hombros desnudos y dijo,

¿puede saberse qué te propones?,

pero doña Purita se desasió con un movimiento desdeñoso, dio media vuelta y empezó con sus mohines y sus canturreos y don Pedro, el Périto, fuera de sí, agarró una vez más la fusta de la panoplia y se fue tras ella,

¡esto sí que no te lo perdono, cacho zorra!,

voceó, y su furor era tanto que se le atragantaban las palabras, pero, a los pocos minutos de entrar en la alcoba, la Nieves, como de costumbre, le sintió derrumbarse en la cama y sollozar sofocadamente contra la almohada.

LIBRO TERCERO

La milana

Y, en éstas, se presentó en el Cortijo el Azarías, y la Régula le dio los días y le tendió el saco de paja junto a la cocina como era habitual, pero el Azarías ni la miraba, se implaba y rutaba y hacía como si masticara algo sin nada en la boca y su hermana,

¿te pasa algo, Azarías, no estarás enfermo?,

y el Azarías, la vacua mirada en el fuego, gruñía y juntaba las encías desdentadas, y la Régula,

ae, no te se habrá muerto la otra milana que tú dices, ¿verdad, Azarías?,

y tras mucho porfiar, el Azarías,

el señorito me ha despedido,

y la Régula,

¿el señorito?,

y el Azarías,

dice que ya estoy viejo,

y la Régula,

ae, eso no puede decírtelo tu señorito, si te pusiste viejo, a su lado ha sido,

y el Azarías,

yo tengo un año más que el señorito,

y rutaba y mascaba la nada, sentado en el taburete, acodado en los muslos, la cabeza entre las manos, la mirada huera, fija en el hogar, pero, inopinadamente, se oyó el alarido de la Niña Chica y los ojos del Azarías se iluminaron, y sus labios se distendieron en una sonrisa babeante, y le dijo a su hermana,

arrímame a la Niña Chica, anda,

y la Régula,

ae, estará sucia,

y el Azarías,

alcánzame a la Niña Chica,

y, ante su insistencia, la Régula se incorporó y regresó con la Charito, cuyo cuerpo no abultaba lo que una liebre y cuyas piernecitas se doblaban como las de una muñeca de trapo, como si estuvieran deshuesadas, pero el Azarías la tomó con dedos trémulos, la acomodó en el regazo, sujetó

delicadamente su cabecita desarticulada contra su brazo fornido, bajo el sobaco, y comenzó a rascarle suavemente en el entrecejo mientras musitaba,

milana bonita, milana bonita…,

y así que regresó Paco, el Bajo, del recorrido de la tarde, la Régula salió a su encuentro,

ae, tenemos visita, Paco, ¿a que no sabes quién te vino?

y Paco, el Bajo, olfateó un momento y dijo,

tu hermano vino,

y ella,

justo, pero esta vez no por una noche, ni por dos, sino para quedarse, él dice que el señorito le ha despedido, vete a saber, habrá que informarse,

y a la mañana siguiente, conforme amaneció Dios, Paco, el Bajo, ensilló la yegua y, a galope tendido, franqueó la vaguada, el monte de chaparros y el jaral y se presentó, escoltado por los aullidos de los mastines, en el cortijo del señorito del Azarías, pero el señorito descansaba y Paco, el Bajo, se apeó y se puso un rato de cháchara con la Lupe, la de Dacio, el Porquero,

un piojoso, eso es lo que es, todo el tabuco lleno de mierda y, por si fuera poco, se orina las manos, será desahogado,

y Paco, el Bajo, asentía, pero,

eso no es nuevo, Lupe,

y la Lupe,

nuevo no es, pero, a la larga, cansa,

con su interminable letanía de lamentaciones, y así hasta que apareció el señorito y Paco, el Bajo, entonces, se puso en pie, como era de ley,

buenas,

buenas nos las dé Dios, señorito,

y se descubrió y empezó a darle vueltas y vueltas a la gorra entre las manos, como si le estorbase, y, al cabo,

señorito, el Azarías dice que usted le despidió, ya ve qué cosas, después de los años,

que el señorito,

vamos a ver si nos entendemos, ¿quién eres tú?, ¿quién te dio a ti vela en este entierro?,

y Paco, el Bajo, acobardado,

excuse, el hermano político del Azarías, el del Pilón, donde la señora Marquesa, un mandado de Crespo, el Guarda Mayor, para que me entienda,

y el señorito del Azarías,

¡ah, ya!,

y movía lentamente la cabeza, afirmando, los ojos cerrados, como pensativo, y, al fin, admitió,

pues el Azarías no miente, que es cierto que le despedí, tú me dirás, un tipo que se orina las manos, yo no puedo comerme una pitorra que él haya desplumado, ¿te das cuenta?, ¡con las manos meadas!, eso es una cochinada y, dime tú, si no me pela las pitorras ¿qué servicio me hace en el cortijo un carcamal como él que no tiene nada de aquí?,

y se señalaba la frente, se hincaba con fuerza un dedo en la frente, y Paco, el Bajo, los ojos en las puntas de sus botas, continuaba girando la gorra entre las manos, así, sobre la parte, y, al fin, juntó valor y,

razón, bien mirado, no le falta, señorito, pero hágase cuenta, mi cuñado echó los dientes aquí, que para San Eutiquio sesenta y un años, que se dice pronto, de chiquilín, como quien dice…,

pero el señorito agitó una mano y le interrumpió,

todo lo que quieras, tú, menos levantarme la voz, sólo faltaría, que si a tu cuñado le aguanté sesenta y un años lo que merezco es un premio, ¿oyes?, que buenos están los tiempos para acoger de caridad a un anormal que se hace todo por los rincones, y, por si fuera poco, se orina las manos antes de pelarme las pitorras, una repugnancia, eso es lo que es,

y Paco, el Bajo, sin dejar de dar vueltas a la gorra, asentía, cada vez más tenuemente,

si me hago cargo, señorito, pero ya ve, allí, en casa, dos piezas, con cuatro muchachos, ni rebullirnos…,

y el señorito,

todo lo que quieras, tú, pero lo mío no es un asilo y para situaciones así está la familia, ¿o no?,

y Paco, el Bajo,

si usted lo dice,

y, paso a paso, reculaba hacia la yegua, pero cuando puso pie en el estribo y montó, al señorito del Azarías se le amontonaron en la boca nuevas razones,

que además de lo que te llevo dicho, tú, el Azarías blasfema y quita los tapones a las ruedas de los coches de mis amigos, date cuenta, así sea el mismísimo ministro, comprenderás que yo no puedo invitar a nadie para que ese anormal…

e iba alzando gradualmente la voz a medida que Paco, el Bajo, se alejaba al trotecillo de la yegua,

… le deje los neumáticos en el suelo… ¡comprenderás…!, pero, bien mirado, el Azarías era un engorro, como otra criatura, a la par que la Niña

Chica, ya lo decía la Régula, inocentes, dos inocentes, eso es lo que son, pero siquiera la Charito paraba quieta, que el Azarías ni a sol ni a sombra y, a la noche, ni pegar ojo, con sus paseos y carraspeos, y si se poma a rutar era lo mismo que un perro, y así hasta la amanecida, que asomaba a la corralada, mascando salivilla, el pantalón por las corvas, y los porqueros y los guardas y los gañanes, siempre la misma copla,

Azarías, ¿vas de pesca?,

y él sonreía a la nada, según rascaba los aseladeros, y ronroneaba juntando las encías, y, al concluir, tomaba una herrada en cada mano y decía,

me voy por abono para las flores,

y franqueaba el portón, y se perdía en la loma, entre las jaras y las encinas, buscando a Antonio Abad, el Pastor, que por la hora no podía andar lejos, y, así que se lo topaba, se ponía a caminar parsimoniosamente tras el rebaño, agachándose y recogiendo cagarrutas recientes hasta que colmaba las herradas y, una vez llenas, retornaba al Cortijo musitando palabras inaudibles, la blanca salivilla empastada en las comisuras, y tan pronto entraba en la corralada, ya estaba la Pepa, o el Abundio, o la Remedios, la del Crespo, o quien fuera,

ya vino el Azarías con el abono de los geranios,

y el Azarías sonreía, e iba bordeando los arriates y los macizos distribuyendo equitativamente los escíbalos entre ellos, y la Pepa, o el Abundio, o la Remedios, o el mismo Crespo,

mete más mierda en el Cortijo que la que saca,

y la Régula, en paciente ademán,

ae, no molesta a nadie y por lo menos está entretenido, pero el Facundo, o la Remedios, o la Pepa, o el mismo Crespo, torcían el gesto,

tú te verás cuando venga la señora,

pero el Azarías era diligente y aplicado y, mañana tras mañana, volvía de los encinares con dos cubos cargados de cagarrutas, de tal forma que, al cabo de unas semanas, las flores de los arriates emergían de unos cónicos montículos de escíbalos, negros como pequeños volcanes, y la Régula hubo de imponerse,

ae, más abono, no, Azarías, ahora paséame un rato a la Niña Chica,

le dijo, y, a la noche, rogó a Paco, el Bajo, que buscase algún quehacer para el Azarías, pues los jardines tenían abono de más, y si se le dejaba inactivo, enseguida le entraba la perezosa y daba en acostarse entre los madroños y nadie podía hacer vida de él, mas, por aquellos días, el Rogelio, el muchacho, ya se manejaba solo, y andaba de aquí para allá con el tractor,

un tractor rojo, recién importado, y sabía armarlo y desarmarlo, y cada vez que veía a la Régula preocupada por el Azarías, le decía,

yo me llevo al tío, madre,

porque el Rogelio era efusivo y locuaz, todo lo contrario que el Quirce, cada día más taciturno y zahareño, que la Régula,

¿qué puede ocurrirle al Quirce de un tiempo a esta parte?, se preguntaba, pero el Quirce no daba explicaciones y, cada vez que disponía de dos horas libres, desaparecía del Cortijo y regresaba a la noche, un poco embriagado y grave, que nunca sonreía, nunca, salvo cuando su hermano Rogelio encarecía del Azarías,

tío ¿por qué no cuenta usted las mazorcas?,

y el Azarías, dócilmente, ganado por la fiebre de ser útil, se arrimaba al enorme montón de panochas, orilla del silo, y,

una, dos, tres, cuatro, cinco…,

contaba pacientemente, y, siempre, al llegar a once, decía,

cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco,

y, entonces, sí, entonces el Quirce sonreía, con una sonrisa un poco tirante, un poco forzada, pero para una vez que sonreía, su madre, la Régula, se encampanaba y le regañaba, las piernas abiertas, los brazos en jarras, fustigándole con los ojos,

ae, bonito está eso, reírse de un viejo inocente es ofender a Dios,

y, enojada, se iba en busca de la Niña Chica, la tomaba en sus brazos y se la entregaba al Azarías,

toma, duérmetela, ella es la única que te comprende,

y el Azarías recogía amorosamente a la Niña Chica y, sentado en el poyo de la puerta, la arrullaba y le decía a cada paso, con voz brumosa, ablandada por la falta de dientes,

milana bonita, milana bonita,

hasta que los dos, casi simultáneamente, se quedaban dormidos a la solisombra del emparrado, sonriendo como dos ángeles, pero una mañana, la Régula, según peinaba a la Niña Chica, encontró un piojo entre las púas del peine y se encorajinó y se llegó donde el Azarías,

Azarías, ¿qué tiempo hace que no te lavas?,

y el Azarías,

eso los señoritos,

y ella, la Régula,

ae, los señoritos, el agua no cuesta dinero, cacho marrano,

y el Azarías, sin decir palabra, mostró sus manos de un lado y de otro, con la mugre acumulada en las arrugas, y, finalmente, dijo humildemente, a modo de explicación,

me las orino cada mañana para que no me se agrieten, y la Régula, fuera de sí,

ae, semejante puerco, ¿no ves que estás criando miseria y se la pegas a la criatura?,

pero el Azarías la miraba desconcertado, con sus amarillas pupilas implorantes, la cabeza gacha, gruñendo cadenciosamente, como un cachorro, mascando salivilla con las encías, y su inocencia y sumisión desarmaron a su hermana,

haragán, más que haragán, tendré que ocuparme de ti como si fueras otra criatura,

y, a la tarde siguiente, se encaramó al remolque, junto al Rogelio, y se fue a Cordovilla, donde el Hachemita, y compró tres camisetas y, de vuelta a casa, se encaró con el Azarías,

te pones una cada semana, ¿me has entendido?,

y el Azarías asentía y hacía muecas, pero transcurrido un mes, la Régula volvió a buscarle, orilla del sauce,

ae, ¿puede saberse dónde pusiste las camisetas que te merqué?, va para cuatro semanas y aún no te lavé ninguna,

y el Azarías humilló los amarillentos ojos sanguinolentos y rutó imperceptiblemente, hasta que su hermana perdió la paciencia y le zamarreó y, según le sacudía por las solapas levantadas, descubrió las camisetas, una encima de la otra, sobrepuestas, las tres, y,

marrano, más que marrano, que eres aún peor que los guarros, quítate eso, ¿oyes?, quítate eso,

y el Azarías, sumisamente, se sacó la parcheada chaqueta de pana parda y, luego, las camisetas, una tras otra, las tres, y dejó al descubierto un torso hercúleo, arropado por un vello canoso, y la Régula,

ae, cuando te quites una te pones la otra, la limpia, quita y pon, ésa es toda la ciencia,

y el Rogelio a reír, que se cubría la boca con su mano grande y morena para sofocar la risa y no irritar a su madre, y Paco, el Bajo, sentado en el poyo, contemplaba la escena apesadumbrado y, al fin, bajaba la cabeza,

es aún peor que la Niña Chica,

musitaba, y así fue corriendo el tiempo y, con la llegada de la primavera, el Azarías dio en sufrir alucinaciones, y a toda hora se le representaba su

hermano, el Ireneo, de noche en blanco y negro, como enmarcado en un escapulario, y de día, si se tendía entre la torvisca, policromado, grande y todopoderoso, sobre el fondo azul del cielo, como vio un día a Dios-Padre en un grabado, y, en esos casos, el Azarías, se levantaba y se iba donde la Régula,

hoy volvió el Ireneo, Régula,

decía, y ella,

ae, otra vez, deja al pobre Ireneo en paz,

y el Azarías,

en el cielo está,

y ella,

a ver, ¿qué mal hizo a nadie?,

pero las cosas del Azarías enseguida trascendían al Cortijo y los porqueros, y los pastores y los gañanes se hacían los encontradizos y le preguntaban,

¿qué fue del Ireneo, Azarías?,

y el Azarías alzaba los hombros,

se murió, Franco lo mandó al cielo,

y ellos, como si fuera la primera vez que se lo preguntaban,

¿y cuándo fue eso, Azarías, cuándo fue eso?,

y el Azarías movía repetidamente los labios antes de responder,

hace mucho tiempo, cuando los moros,

y ellos se daban de codo y reprimían la risa y reiteraban,

¿y estás seguro de que Franco le mandó al cielo, no le mandaría al infierno?,

y el Azarías negaba resueltamente con la cabeza, sonreía, babeaba y señalaba a lo alto, a lo azul,

yo lo veo ahí arriba cada vez que me acuesto entre la torvisca,

aclaraba, pero lo más grave para Paco, el Bajo, eran los desahogos del Azarías, puesto que a cualquier hora del día o de la noche su cuñado abandonaba la casa, buscaba un rincón, bien orilla de la tapia, o en los arriates, o en el cenador, o junto al sauce, se bajaba los calzones, se acuclillaba y lo hacía, así que Paco, el Bajo, cada mañana, antes del recorrido, salía al patio como un enterrador, la azada al hombro y trataba de borrar sus huellas y, luego, volvía a la Régula y se lamentaba,

este hombre debe tener las canillas flojas, de otro modo no se explica,

y cada lunes y cada martes, aparecía en el Cortijo un nuevo evacuatorio y Paco, el Bajo, venga, dale, con la azada, a cubrirlo, pero pese a sus esfuerzos, cada vez que salía de casa y ahuecaba los agujeros de la nariz —por donde, al

decir del señorito Iván, los días que estaba de buen talante, se le veían los sesos— le venía la peste y se desesperaba,

¡huele otra vez, Régula, tu hermano no tiene arreglo!,

y la Régula, desolada,

ae, y ¿qué quieres que yo le haga?, no es mala cruz la que nos ha caído encima,

mas, por aquellos días, el Azarías empezó a echar en falta las carreras del cárabo y cada vez que sorprendía a su cuñado quieto, parado, se llegaba a él, zalamero,

arrímame a la sierra a correr el cárabo, Paco,

le decía, y Paco, el Bajo, mudo, como si no fuese con él, y el Azarías,

arrímame a la sierra a correr el cárabo, Paco,

y Paco, el Bajo, mudo, como si no fuese con él, hasta que una tarde, sin saber cómo ni por qué, le vino la idea, que se abrió paso en su pequeño cerebro como una luz, y, entonces, se volvió aquiescente a su cuñado,

y si te arrimo a la sierra a correr el cárabo, ¿lo harás en el monte?, ¿no volverás a ensuciarte en la corralada?,

y el Azarías,

si tú lo dices,

y, a partir de aquella fecha, Paco, el Bajo, cada anochecida, aupaba al Azarías a la grupa de la yegua y le llevaba con él de descubierta y, ya noche cerrada, se apeaban en la falda de la sierra, y, mientras Paco, el Bajo, se acomodaba en el canchal, a aguardar, orilla del alcornoque mocho, el Azarías se perdía en lo espeso, entre las jaras y la montera, encorvado, acechante como una alimaña, abriéndose paso entre la greñura y, al cabo de una larga pausa, Paco, el Bajo, oía su cita,

¡eh, eh!,

y, acto seguido, el silencio, y, al cabo, la voz levemente nasal del Azarías de nuevo,

¡eh, eh!,

y, tras citarle tres o cuatro veces en vano, el cárabo respondía,

¡buhú, buhú!,

y, entonces, el Azarías arrancaba a correr arruando, como un macareno, y el cárabo aullaba detrás y, de cuando en cuando, soltaba su lúgubre carcajada y Paco, el Bajo, desde el Canchal del Alcornoque, sentía los chasquidos de la maleza al quebrarse y, poco después, el aullido del cárabo, y, después, su carcajada estremecedora y, más después, nada y, transcurrido un cuarto de

hora, aparecía el Azarías, el rostro y las manos cubiertas de mataduras, con su sonrisa babeante, feliz,

buena carrera le di, Paco,

y Paco, el Bajo, a lo suyo,

¿diste de vientre?,

y el Azarías,

todavía no, Paco, no tuve tiempo,

y Paco, el Bajo,

pues, venga, aviva,

y el Azarías, sin dejar de sonreír, lamiéndose los rasguños de las manos, se alejaba unos metros, se doblaba junto a un tamujo y descargaba, y así día tras día, hasta que una tarde, al concluir mayo, se presentó el Rogelio con una grajeta en carnutas entre las manos,

¡tío, mire lo que le traigo!,

y todos salieron de la casa y al Azarías, al ver el pájaro indefenso, se le enternecieron los ojos, lo tomó delicadamente en sus manos y musitó,

milana bonita, milana bonita,

y, sin cesar de adularla, entró en la casa, la depositó en una cesta y salió en busca de materiales para construirle un nido y, a la noche, le pidió al Quirce un saco de pienso y, en una lata herrumbrosa, lo mezcló con agua y arrimó una pella al pico del animal y dijo, afelpando la voz,

quia, quia, quia,

y la grajilla rilaba en las pajas,

¡quia, quia, quia!,

y él, el Azarías, cada vez que la grajilla abría el pico, embutía en su boca inmensa, con su sucio dedo corazón, un grumo de pienso compuesto, y el pájaro lo tragaba, y, después, otra pella y otra pella, hasta que el ave se saciaba, quedaba quieta, ahíta, pero a la media hora, una vez pasado el empacho circunstancial, volvía a reclamar y el Azarías repetía la operación mientras murmuraba tiernamente,

milana bonita,

murmullos apenas inteligibles, mas la Régula le miraba hacer y le decía confidencialmente al Rogelio,

ae, más vale así, buena idea tuviste,

y el Azarías no se olvidaba del pájaro ni de día ni de noche, y en cuanto le apuntaron los primeros cañones, corrió feliz por la corralada, de puerta en puerta, una sonrisa bobalicona bailándole entre los labios, las amarillas pupilas dilatadas,

la milana ya está emplumando,

repetía, y todos le daban los parabienes o le preguntaban por el Ireneo, menos su sobrino, el Quirce, quien le enfocó su mirada aviesa y le dijo,

¿y para qué quiere en casa semejante peste, tío?,

y el Azarías volvió a él sus ojos atónitos, asombrados,

no es peste, es la milana,

mas el Quirce movió obstinadamente la cabeza y, después, escupió,

¡qué joder!, es un pájaro negro y nada bueno puede traer a casa un pájaro negro,

y el Azarías lo miró un momento desorientado y, finalmente, posó sus tiernos ojos sobre el cajón y se olvidó del Quirce,

mañana le buscaré una lombriz,

dijo, y, a la mañana siguiente, empezó a cavar afanosamente en el macizo central hasta que encontró una lombriz, la cogió con dos dedos y se la dio a la grajeta, y la grajeta la engulló con tal deleite que el Azarías babeaba de satisfacción,

¿la viste, Charito?, ya es una moza, mañana la buscaré otra lombriz,

le dijo a la Niña Chica, y, paso a paso, la grajilla iba encorpando y emplumando dentro del nido, con lo que, ahora, cada vez que Paco, el Bajo, sacaba al Azarías a correr el cárabo, éste se recomía de impaciencia,

apura, Paco, la milana me está aguardando,

y Paco, el Bajo,

¿diste de vientre?,

y el Azarías,

la milana me está aguardando, Paco,

y Paco, el Bajo, inconmovible,

si no das de vientre, te tengo aquí hasta que amanezca y la milana se muera de hambre,

y el Azarías se aflojaba los calzones,

no debes hacer eso,

rutaba, al tiempo que se acuclillaba orilla un chaparro y deyectaba, pero antes de concluir ya estaba en pie,

venga, Paco, vivo,

se subía apresuradamente los pantalones,

la milana me está aguardando,

y distendía los labios en una húmeda, extraviada, sonrisa y mascaba salivilla con placentera delectación y este episodio se repetía cada día hasta que una mañana, tres semanas más tarde, según paseaba a la grajeta por la

corralada sobre su antebrazo, ésta inició un tímido aleteo y comenzó a volar, en un vuelo corto, blando y primerizo, hasta alcanzar la copa del sauce, donde se posó, y, al verla allí, por primera vez lejos de su alcance, el Azarías gimoteaba,

la milana me se ha escapado, Régula,

y asomó la Régula,

ae, déjala que vuele, Dios la dio alas para volar, ¿no lo comprendes?,

pero el Azarías,

yo no quiero que me se escape la milana, Régula,

y miraba ansiosa, angustiadamente, para la copa del sauce y la grajilla volvía sus ojos aguanosos a los lados, descubriendo nuevas perspectivas, y, después, giraba la cabeza y se picoteaba el lomo, despiojándose, y el Azarías, poniendo en sus palabras toda la unción, todo el amor de que era capaz, decía,

milana bonita, milana bonita,

encarecidamente, pero el pájaro como si nada, y tan pronto la Régula arrimó al árbol la escalera de mano con intención de prenderlo y subió los dos primeros peldaños, la grajilla ahuecó las alas, las agitó un rato en el vacío, y, finalmente, se desasió de la rama, y, en vuelo torpe e indeciso, coronó el tejado de la capilla y se encaramó en la veleta de la torre, allá en lo alto, y el Azarías la miraba con los lagrimones colgados de los ojos, como reconviniéndola por su actitud,

no estaba a gusto conmigo,

decía, y, en éstas, se presentó el Críspulo y, luego, el Rogelio, y la Pepa, y el Facundo, y el Crespo, y toda la tropa, los ojos en alto, en la veleta de la torre, y la grajilla, indecisa, se balanceaba, y el Rogelio reía,

cría cuervos, tío,

y el Facundo,

a ver, de que cogen gusto a la libertad,

y porfiaba la Régula,

ae, Dios dio alas a los pájaros para volar,

y al Azarías le resbalaban los lagrimones por las mejillas y él trataba de espantarlos a manotazos y tornaba a su cantinela,

milana bonita, milana bonita,

y, según hablaba, se iba apartando del grupo, apretujado a la sombra caliente del sauce, los ojos en la veleta, hasta que quedó, mínimo y solo, en el centro de la amplia corralada, bajo el sol despiadado de julio, su propia sombra como una pelota negra, a los pies, haciendo muecas y aspavientos, hasta que, de pronto, alzó la cabeza, afelpó la voz y voceó,

¡quia!

y, arriba, en la veleta, la grajilla acentuó sus balanceos, oteó la corralada, se rebulló inquieta, y volvió a quedar inmóvil y el Azarías, que la observaba, repitió entonces,

¡quia!

y la grajilla estiró el cuello, mirándole, volvió a recogerlo, tornó a estirarlo y, en ese momento, el Azarías, repitió fervorosamente,

¡quia!,

y, de pronto, sucedió lo imprevisto, y como si entre el Azarías y la grajilla se hubiera establecido un fluido, el pájaro se encaramó en la flecha de la veleta y comenzó a graznar alborozadamente,

¡quia, quia, quia!,

y en la sombra del sauce se hizo un silencio expectante y, de improviso, el pájaro se lanzó hacia adelante, picó, y ante la mirada atónita del grupo, describió tres amplios círculos sobre la corralada, ciñéndose a las tapias y, finalmente, se posó sobre el hombro derecho del Azarías y empezó a picotearle insistentemente el cogote blanco como si le despiojara, y el Azarías sonreía, sin moverse, volviendo ligeramente la cabeza hacia ella y musitando como una plegaria,

milana bonita, milana bonita.

LIBRO CUARTO

El secretario

Mediado junio, el Quirce comenzó a sacar el rebaño de merinas cada tarde y, al ponerse el sol, se le oía tocar la armónica delicadamente de la parte de la sierra, mientras su hermano Rogelio no paraba, el hombre, con el *jeep* arriba, con el tractor abajo, siempre de acá para allá,

este carburador ratea,

no vuelve el pedal del embrague,

esas cosas, y el señorito Iván, como sin darle importancia, cada vez que visitaba el Cortijo, observaba a los dos, al Quirce y al Rogelio, llamaba al Crespo a un aparte y le decía confidencialmente,

Crespo, no me dejes de la mano a esos muchachos, Paco, el Bajo, ya va para viejo y yo no puedo quedarme sin secretario,

pero ni el Quirce ni el Rogelio sacaban el prodigioso olfato de su padre, que su padre, el Paco, era un caso de estudio, ¡Dios mío!, desde chiquilín, que no es un decir, le soltaban una perdiz aliquebrada en el monte y él se ponía a cuatro patas y seguía el rastro con su chata nariz pegada al suelo sin una vacilación, como un braco, y andando el tiempo, llegó a distinguir las pistas viejas de las recientes, el rastro del macho del de la hembra, que el señorito Iván se hacía de cruces, entrecerraba sus ojos verdes y le preguntaba,

pero ¿a qué diablos huele la caza, Paco, maricón?,

y Paco, el Bajo,

¿de veras no la huele usted, señorito?,

y el señorito Iván,

si la oliera no te lo preguntaría,

y Paco, el Bajo,

¡qué cosas se tiene el señorito Iván!,

y en la época en que el señorito Iván era el Ivancito, que, de niño, Paco le decía el Ivancito al señorito Iván, la misma copla,

¿a qué huele la caza, Paco?,

y Paco, el Bajo, solícito,

¿es cierto que tú no la hueles, majo?,

y el Ivancito,

pues no, te lo juro por mis muertos, a mí la caza no me huele a nada,

y Paco,

ya te acostumbrarás, majo, ya verás cuando tengas más años,

porque Paco, el Bajo, no apreció sus cualidades hasta que comprobó que los demás no eran capaces de hacer lo que él hacía, y de ahí sus conversaciones con el Ivancito, que el niño empezó bien tierno con la caza, una chaladura, gangas en julio, en la charca o los revolcaderos, codorniz en agosto, en los rastrojos, tórtolas en setiembre, de retirada, en los pasos de los encinares, perdices en octubre, en las labores y el monte bajo, azulones en febrero, en el Lucio del Teatino y, entre medias, la caza mayor, el rebeco y el venado, siempre con el rifle o la escopeta en la mano, siempre, pim-pam, pim-pam, pim-pam, que,

es chifladura la de este chico,

decía la señora,

y de día y de noche, en invierno o en verano, al rececho, al salto o en batida, pim-pam, pim-pam, pim-pam, el Ivancito con el rifle o la escopeta, en el monte o los labajos, y el año 43, en el ojeo inaugural del Día de la Raza, ante el pasmo general, con trece años mal cumplidos, el Ivancito entre los tres primeros, a ocho pájaros de Teba, lo nunca visto, que había momentos en que tenía cuatro pájaros muertos en el aire, algo increíble, que era cosa de verse, un chiquilín de chupeta codeándose con las mejores escopetas de Madrid, y ya desde ese día, el Ivancito se acostumbró a la compañía de Paco, el Bajo, y a sacar partido de su olfato y su afición, y resolvió pulirlo, pues Paco, el Bajo, flaqueaba en la carga, y el Ivancito le entregó un día dos cartuchos y una escopeta vieja y le dijo,

cada noche, antes de acostarte, mete y saca los cartuchos de los cañones hasta cien veces, Paco, hasta que te canses,

y agregó tras una pausa,

si logras ser el más rápido de todos, entre esto, los vientos que Dios te ha dado y tu retentiva, no habrá en el mundo quien te eche la pata como secretario, te lo digo yo,

y Paco, el Bajo, que era servicial por naturaleza, cada noche, antes de acostarse, ris-ras, abrir y cerrar la escopeta, ris-ras, meter y sacar los cartuchos en los caños, que la Régula,

ae, ¿estás tonto, Paco?,

y Paco, el Bajo,

el Ivancito dice que te puedo ser el mejor,

y, al cabo de un mes,

Ivancito, majo, en un amén te meto y te saco los cartuchos de la escopeta,

y el Ivancito,

eso hay que verlo, Paco, no seas farol,

y Paco exhibió su destreza ante el muchacho y,

esto marcha, Paco, no lo dejes, sigue así,

dijo el Ivancito tras la demostración, y de este modo, Ivancito por aquí, Ivancito por allá, ni advertía Paco que pasaba el tiempo, hasta que una mañana, en el puesto, ocurrió lo que tenía que ocurrir, o sea Paco, el Bajo, le dijo con la mejor voluntad,

Ivancito, ojo, la barra por la derecha,

y el Ivancito se armó en silencio, tomó los puntos y, en un decir Jesús, descolgó dos perdices por delante y dos por detrás, y no había llegado la primera al suelo, cuando volvió los ojos hacia Paco y le dijo con gesto arrogante,

de hoy en adelante, Paco, de usted y señorito Iván, ya no soy un muchacho,

que para entonces ya había cumplido el Ivancito dieciséis años y fue Paco, el Bajo, y le pidió excusas y, en lo sucesivo, Señorito Iván por aquí, señorito Iván por allá, porque, bien mirado, ya iba para mozo y era de razón, mas, con el tiempo, el prurito cinegético le fue creciendo en el pecho al señorito Iván y era cosa sabida que en cada batida no sólo era el que más mataba, sino también quien derribaba la perdiz más alta, la más larga y la más recia, que en este terreno no admitía competencia, e infaliblemente le ponía a Paco por testigo,

larga, dice el Ministro, Paco, oye, ¿a qué distancia tiré yo, por aproximación, al pájaro aquel de la primera batida, el del canchal, el que se repulió a las nubes, aquel que fue a dar el pelotazo en la Charca de los Galápagos, te recuerdas?,

y Paco, el Bajo, abría unos ojos desmesurados, levantaba jactanciosamente la barbilla y sentenciaba,

no le voy a recordar, el pájaro perdiz aquel no volaba a menos de noventa metros,

o, si se trataba de perdices recias, la misma copla,

no me dejes de farol, Paco, habla, ¿cómo venía la perdiz aquella, la de la vaguada, la que me sorprendió bebiendo un trago de la bota…?,

y Paco ladeaba ligeramente la cabeza, el índice en la mejilla, reflexionando,

sí, hombre,

insistía el señorito Iván,

la que traía el viento de culo, la del madroño, hombre, que tú dijiste, que tú dijiste…,

y Paco, de pronto, entornaba los ojos, ponía los labios como para silbar aunque no silbaba, y,

también más recia que un aeroplano,

concluía, y aunque, en rigor, el señorito Iván desconocía la distancia a que el otro había tirado a su perdiz, y cómo venía de recia la que tiró el de más allá, ineluctablemente las suyas eran más largas y recias y, para demostrarlo, apelaba al testimonio de Paco, el Bajo, y esto, a Paco, el Bajo, le envanecía, se jactaba del peso de su juicio, y se vanagloriaba, asimismo, de que lo que más envidiaran al señorito Iván los amigos del señorito Iván fueran sus facultades y su disposición para la cobra,

ni el perro más fino te haría el servicio de este hombre, Iván, fíjate lo que te digo, que no sabes lo que tienes,

le decían, y, con frecuencia, los amigos del señorito Iván requerían a Paco, el Bajo, para cobrar algún pájaro perdiz alicorto y, en tales casos, se desentendían de las tertulias posbatida y de las disputas con los secretarios vecinos, y se iban tras él, para verle desenvolverse, y, una vez que Paco se veía rodeado de la flor y nata de las escopetas, decía, ufanándose de su papel,

¿dónde pegó el pelotazo, vamos a ver?,

y ellos, el Subsecretario, o el Embajador, o el Ministro,

aquí tienes las plumas, Paco,

y Paco, el Bajo,

¿qué dirección llevaba, vamos a ver?,

y el que fuera,

la del jaral, Paco, tal que así, sirgada contra el jaral,

y Paco,

¿venía sola, apareada o en barra, vamos a ver?,

y el que fuera,

dos entraban, Paco, ahora que lo dices, la pareja,

y el señorito Iván miraba a sus invitados con sorna y señalaba con la barbilla a Paco, el Bajo, como diciendo, ¿qué os decía yo?, y, acto seguido, Paco, el Bajo, se acuclillaba, olfateaba con insistencia el terreno, dos metros alrededor del pelotazo, y murmuraba,

por aquí se arrancó,

y seguía el rastro durante varios metros y, al cabo, se incorporaba,

esta dirección llevaba, luego estará en aquel chaparro y, si no, amonada en el mato, orilla del alcornoque, no puede haber ido más lejos,

y allá se iba el grupo tras Paco y, si el pájaro no andaba en el chaparro, amonado estaba en el mato, orilla del alcornoque, no fallaba, y el Subsecretario, o el Embajador, o el Ministro, el que fuera, decía asombrado,

¿y por qué regla de tres no podía estar en otro sitio, Paco, me lo quieres explicar?,

y Paco, el Bajo, lo consideraba unos segundos con arrogancia y, finalmente, decía con mal reprimido desprecio,

el pájaro perdiz no abandona el surco cuando apeona a ocultarse,

y ellos se miraban entre sí y asentían y el señorito Iván, los pulgares en los sobacos de su chaleco-canana, sonreía abiertamente,

¿eh, qué os decía yo?,

muy orondo, lo mismo que cuando mostraba la repetidora americana o la Guita, la cachorra grifona, y, de vuelta a los puestos, de nuevo a solas con Paco, comentaba,

¿te fijas?, el maricón del francés no distingue un arrendajo de una perdiz,

o bien,

el maricón del Embajador no corre la mano izquierda, ¿te das cuenta?, grave defecto para un diplomático,

porque, fatalmente, para el señorito Iván, todo el que agarraba una escopeta era un maricón, que la palabra esa no se le caía de los labios, qué manía, y, en ocasiones, en el ardor de la batida, cuando las voces de los ojeadores se confundían en la distancia y los cornetines rumbaban en los extremos, entrizando a los pájaros, y las perdices se arrancaban desorientadas, brrrr, brrrr, brrrr, por todas partes, y la barra entraba velozmente a la línea de escopetas, y el señorito Iván derribaba dos juntas aquí y otras dos allá, bien de doblete, bien de carambola, y sonaban disparos a izquierda y derecha, que era la guerra, y Paco, el Bajo, iba contando para sus adentros, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, y trocando la escopeta vacía por otra gemela cargada, hasta cinco, que los caños se ponían al rojo, y anotando en la cabeza el lugar donde cada pieza caía, bueno, en esos casos, Paco, el Bajo, se ponía caliente como un perdiguero, que no podía aquietarse, que era superior a sus fuerzas, se asomaba acuclillado al borde de la pantalla y decía, mascando las palabras para no espantar el campo,

¡suélteme, señorito, suélteme!

y el señorito Iván, secamente,

¡para quieto, Paco!,

y él, Paco, el Bajo,

¡suélteme, por su madre se lo pido, señorito!,

cada vez más excitado, y el señorito Iván, sin cesar de disparar,

mira, Paco, no me hagas agarrar un cabreo, aguarda a que termine la batida,

mas a Paco, el Bajo, el ver desplomarse las perdices muertas ante sus chatas narices le descomponía,

¡suélteme, señorito, por Dios bendito se lo pido!,

hasta que el señorito Iván se irritaba, le propinaba un puntapié en el trasero y le decía,

si sales del puesto antes de tiempo, te pego un tiro, Paco, tú ya te sabes cómo las gasto,

pero era el suyo un encono pasajero, puramente artificial, porque cuando, minutos después, Paco, el Bajo, empezaba a acarrearle el botín y se presentaba con sesenta y cuatro de los sesenta y cinco pájaros abatidos y le decía nerviosamente,

el pájaro perdiz que falta, señorito Iván, el que bajó usted orilla de la retama, me lo ha afanado el Facundo, dice que es de su señorito,

la furia del señorito Iván se desplazaba a Facundo,

¡Facundo!,

voceaba con voz tonante, y acudía Facundo,

¡eh, tú, listo, tengamos la fiesta en paz!, el pájaro perdiz ese de la retama es mío y muy mío, de modo que venga,

extendía la mano abierta, pero el Facundo se encogía de hombros y ponía los ojos planos, inexpresivos,

otro bajó mi señorito orilla de la retama, eso no es ley, mas el señorito Iván alargaba aún más la mano y empezaba a notar el prurito en las yemas de los dedos,

mira, no me calientes la sangre, Facundo, no me calientes la sangre, ya sabes que no hay cosa que más me joda que que me birlen los pájaros que yo mato, así que venga esa perdiz,

y, llegados a este extremo, Facundo le entregaba la perdiz, sin rechistar, la historia de siempre, que René, el francés, que era un asiduo de las batidas hasta que pasó lo que pasó, se hacía de cruces la primera vez,

¿cómo ser posible matar sesenta y cinco perdices Iván y coger sesenta y cinco perdices Paco?, mí no comprender,

repetía, y Paco, el Bajo, complacido, se sonreía a lo zorro y se señalaba la cabeza,

las apunto aquí,

decía, y el francés abría desmesuradamente los ojos,

¡ah, ah, las apunta en la teta!,

exclamaba, y Paco, el Bajo, de nuevo en el puesto, junto al señorito Iván,

la teta dijo, señorito Iván, se lo juro por mis muertos, digo

yo que será cosa del habla de su país,

y el señorito Iván,

mira, por una vez has acertado,

y a partir de aquel día, entre bromas y veras, el señorito Iván y sus invitados, cada vez que se reunían sin señoras delante, tal cual en los sorteos de los puestos o en el taco, a la solana, a mediodía, decían teta por cabeza,

este cartucho es muy fuerte, me ha levantado dolor de teta, o bien,

el Subse es muy testarudo, si se le mete una cosa en la teta no hay quien se la saque,

e, invariablemente, así lo dijeran ochenta veces, todos a reír, pero a reír fuerte, a carcajada limpia, que se ponían enfermos de la risa que les daba, y así hasta que reanudaban la cacería, y, al concluir el quinto ojeo, ya entre dos luces, el señorito Iván metía dos dedos en el bolsillo alto del chaleco-canana y le entregaba ostentosamente a Paco un billete de veinte duros,

toma, Paco, y que no sirva para vicios, que me estás saliendo muy gastoso tú, y la vida anda muy achuchada,

y Paco, el Bajo, agarraba furtivamente el billete y al bolsillo,

pues, por muchas veces, señorito Iván,

y, a la mañana siguiente, la Régula marchaba con Rogelio, en el remolque, a Cordovilla, donde el Hachemita, a mercarse un percal o unas rastrojeras para los muchachos, que nunca faltaba en casa una necesidad, y así siempre, cada vez que había batida o palomazo, y todo iba bien hasta que la última vez que asistió el francés se armó una trifulca en la Casa Grande, durante el almuerzo, al decir de la Nieves, por el aquel de la cultura, que el señorito René dijo que en Centroeuropa era otro nivel, una inconveniencia, a ver, que el señorito Iván,

eso te piensas tú, René, pero aquí ya no hay analfabetos,

que tú te crees que estamos en el año treinta y seis,

y de unas cosas pasaron a otras y empezaron a vocearse el uno al otro, hasta que perdieron los modales y se faltaron al respeto y, como último recurso, el señorito Iván, muy soliviantado, ordenó llamar a Paco, el Bajo, a la Régula y al Ceferino y,

es bobería discutir, René, vas a verlo con tus propios ojos, voceaba, y al personarse Paco con los demás, el señorito Iván adoptó el tono didáctico del señorito Lucas para decirle al francés,

mira, René, a decir verdad, esta gente era analfabeta en tiempos, pero ahora vas a ver, tú, Paco, agarra el bolígrafo y escribe tu nombre, haz el favor, pero bien escrito, esmérate,

se abría en sus labios una sonrisa tirante,

que nada menos está en juego la dignidad nacional,

y toda la mesa pendiente de Paco, el hombre, y don Pedro, el Perito, se mordisqueó la mejilla y colocó su mano sobre el antebrazo de René,

lo creas o no, René, desde hace años en este país se está haciendo todo lo humanamente posible para redimir a esta gente,

y el señorito Iván,

¡chist!, no le distraigáis ahora,

y Paco, el Bajo, coaccionado por el silencio expectante, trazó un garabato en el reverso de la factura amarilla que el señorito Iván le tendía sobre el mantel, comprometiendo sus cinco sentidos, ahuecando las aletillas de su chata nariz, una firma tembloteante e ilegible y, cuando concluyó, se enderezó y devolvió el bolígrafo al señorito Iván, y el señorito Iván se lo entregó al Ceferino y,

ahora tú, Ceferino,

ordenó, y fue el Ceferino, muy azorado, se reclinó sobre los manteles y estampó su firma y, por último, el señorito Iván se dirigió a la Régula,

ahora te toca a ti, Régula,

y volviéndose al francés,

aquí no hacemos distingos, René, aquí no hay discriminación entre varones y hembras, como podrás comprobar,

y la Régula, con pulso indeciso, porque el bolígrafo le resbalaba en el pulgar achatado, plano, sin huellas dactilares, dibujó penosamente su nombre, pero el señorito Iván, que estaba hablando con el francés, no reparó en las dificultades de la Régula y, así que ésta terminó, le cogió la mano derecha y la agitó reiteradamente como una bandera,

esto,

dijo,

para que lo cuentes en París, René, que los franceses os gastáis muy mal yogur al juzgarnos, que esta mujer, por si lo quieres saber, hasta hace cuatro días firmaba con el pulgar, ¡mira!,

y, al decir esto, separó el dedo deforme de la Régula, chato como una espátula, y la Régula, la mujer, confundida, se sofocó toda, como si el señorito Iván la mostrase en cueros encima de la mesa, pero René no atendía a

las palabras del señorito Iván sino que miraba perplejo el dedo aplanado de la Régula, y el señorito Iván, al advertir su asombro, aclaró,

¡ah, bien!, ésta es otra historia, los pulgares de las empleiteras son así, René, gajes del oficio, los dedos se deforman de trenzar esparto, ¿comprendes?, es inevitable,

y sonreía y carraspeaba y, para acabar con la tensa situación, se encaró con los tres y les dijo,

hala, podéis largaros, lo hicisteis bien,

y, conforme desfilaban hacia la puerta, la Régula rezongaba desconcertada,

ae, también el señorito Iván se tiene cada cacho cosa,

y, en la mesa, todos a reír indulgentemente, paternalmente, menos René, a quien se le había aborrascado la mirada, y no dijo esta boca es mía, un silencio mineral, hostil, pero, en verdad, hechos de esta naturaleza eran raros en el Cortijo, pues, de ordinario, la vida discurría plácidamente, con la única novedad de las visitas periódicas de la señora que obligaban a la Régula a estar ojo avizor para que el coche no aguardase, que si le hacía aguardar unos minutos, ya estaba el Maxi refunfuñando,

¿dónde coños te metes?, llevamos media hora de plantón,

de malos modos, así que ella, aunque la sorprendieran cambiando las bragas a la Niña Chica, acudía presurosa a la llamada del claxon, a descorrer el cerrojo del portón, sin lavarse las manos siquiera y, en esos casos, la señora Marquesa, tan pronto descendía del coche, fruncía la nariz, que era casi tan sensible de olfato como Paco, el Bajo, y decía,

esos aseladeros, Régula, pon cuidado, es muy desagradable este olor,

o algo por el estilo, pero de buenas maneras, sin faltar, y ella, la Régula, avergonzada, escondía las manos bajo el mandil y,

sí, señora, a mandar, para eso estamos,

y la señora recorría lentamente el pequeño jardín, los rincones de la corralada con mirada inquisitiva y, al terminar, subía a la Casa Grande e iba llamando a todos a la sala del espejo, uno por uno, empezando por don Pedro, el Périto, y terminando por Ceferino, el Porquero, todos, y a cada cual le preguntaba por su quehacer y por la familia y por sus problemas y, al despedirse, les sonreía con una sonrisa amarilla, distante, y les entregaba en mano una reluciente moneda de diez duros,

toma, para que celebréis en casa mi visita,

menos a don Pedro, el Périto, naturalmente, que don Pedro, el Périto, era como de la familia, y ellos salían más contentos que unas pascuas,

la señora es buena para los pobres,

decían contemplando la moneda en la palma de la mano, y, al atardecer, juntaban los aladinos en la corralada y asaban un cabrito y lo regaban con vino y enseguida cundían la excitación y el entusiasmo, y que

¡viva la señora Marquesa!, y ¡que viva por muchos años!, y, como es de rigor, todos terminaban un poco templados, pero contentos y la señora, desde la ventana iluminada de sus habitaciones, a contraluz, levantaba los dos brazos, les daba las buenas noches y a dormir, y esto era así desde siempre, pero, en su última visita, la señora, al apearse del automóvil acompañada por la señorita Miriam, se topó con el Azarías junto a la fuente y frunció el entrecejo y echó la cabeza hacia atrás,

a ti no te conozco, ¿de quién eres tú?,

preguntó, y la Régula, que andaba al quite,

mi hermano es, señora,

acobardada, a ver, y la señora,

¿de dónde lo sacaste?, está descalzo,

y la Régula,

andaba en la Jara, ya ve, sesenta y un años y le han despedido,

y la señora,

edad ya tiene para dejar de trabajar, ¿no estaría mejor recogido en un Centro Benéfico?,

y la Régula humilló la cabeza pero dijo con resolución,

ae, mientras yo viva, un hijo de mi madre no morirá en un asilo,

y, en éstas, terció la señorita Miriam,

después de todo, mamá, ¿qué mal hace aquí?, en el Cortijo hay sitio para todos,

y el Azarías, el remendado pantalón por las corvas, se observó atentamente las uñas de su mano derecha, sonrió a la señorita Miriam y a la nada, y masticó por dos veces con las encías antes de hablar y,

le abono los geranios todas las mañanas,

dijo brumosamente, justificándose, y la señora,

eso está bien,

y el Azarías que, paso a paso, se iba creciendo,

y de anochecida salgo a la sierra a correr el cárabo para que no se meta en el Cortijo,

y la señora plegó la frente, alta y despejada, en un supremo esfuerzo de concentración, y se inclinó hacia la Régula,

¿correr el cárabo?, ¿puedes decirme de qué está hablando tu hermano?,

y la Régula, encogida,

ae, sus cosas, el Azarías no es malo, señora, sólo una miaja inocente,

pero el Azarías proseguía,

y ahora ando criando una milana,

sonrió, babeante, y la señorita Miriam, de nuevo,

yo creo que hace bastantes cosas, mamá, ¿no te parece?

y la señora no le quitaba los ojos de encima, mas el Azarías, súbitamente, en un impulso amistoso, tomó a la señorita Miriam de la mano, mostró las encías en un gesto de reconocimiento y murmuró,

venga a ver la milana, señorita,

y la señorita Miriam, arrastrada por la fuerza hercúlea del hombre, le seguía, trastabillando, y dobló un momento la cabeza para decir,

voy a ver la milana, mamá, no me esperes, subo enseguida,

y el Azarías la condujo bajo el sauce y, una vez allí, se detuvo, sonrió, levantó la cabeza y dijo firme pero dulcemente,

¡quia!

y, de improviso, ante los ojos atónitos de la señorita Miriam, un pájaro negro y blando se descolgó desde las ramas más altas y se posó suavemente sobre el hombro del Azarías, quien volvió a tomarla de la mano y,

atienda,

dijo, y la condujo junto al poyo de la ventana, tras la maceta, tomó una pella del bote de pienso y se lo ofreció al pájaro, y el pájaro engullía las pellas, una tras otra, y nunca parecía saciarse y, en tanto comía, el Azarías ablandaba la voz, le rascaba entre los ojos y repetía,

milana bonita, milana bonita,

y el pájaro,

¡quia, quia, quia!

pedía más, y la señorita Miriam, recelosa,

¡qué hambre tiene!,

y el Azarías metía una y otra vez los grumos en su garganta y empujaba luego con la yema del dedo y, cuando andaba más abstraído con el pájaro, se oyó el escalofriante berrido de la Niña Chica, dentro de la casa, y la señorita Miriam, impresionada,

y eso, ¿qué es?,

preguntó, y el Azarías, nervioso,

la Niña Chica es,

y depositó el bote sobre el poyo y lo volvió a coger y lo volvió a dejar e iba de un lado a otro, desasosegado, la grajilla sobre el hombro, moviendo

arriba y abajo las mandíbulas, rezongando,

yo no puedo atender todas las cosas al mismo tiempo,

pero, al cabo de pocos segundos, volvió a sonar el berrido de la Niña Chica y la señorita Miriam, espeluznada,

¿es cierto que es una niña la que hace eso?,

y él, Azarías, cada vez más agitado, con la grajeta mirando inquieta en derredor, se volvió hacia ella, la tomó nuevamente de la mano y,

venga,

dijo, y entraron juntos en la casa, y la señorita Miriam avanzaba desconfiada, como sobrecogida por un negro presentimiento, y al descubrir a la niña en la penumbra, con sus piernecitas de alambre y la gran cabeza desplomada sobre el cojín, sintió que se le ablandaban los ojos y se llevó ambas manos a la boca,

¡Dios mío!,

exclamó, y el Azarías la miraba, sonriéndola con sus encías sonrosadas, pero la señorita Miriam no podía apartar los ojos del cajoncito, que parecía que se hubiera convertido en una estatua de sal la señorita Miriam, tan rígida estaba, tan blanca, y espantada,

¡Dios mío!,

repitió, moviendo rápidamente la cabeza de un lado a otro como para ahuyentar un mal pensamiento, pero el Azarías ya había tomado entre sus brazos a la criatura y, mascullando palabras ininteligibles, se sentó en el taburete, afianzó la cabecita de la niña en su axila y agarrando la grajilla con la mano izquierda y el dedo índice de la Niña Chica con la derecha, lo fue aproximando lentamente al entrecejo del animal, y una vez que le rozó, apartó el dedo de repente, rió, oprimió a la niña contra sí y dijo suavemente, con su voz acentuadamente nasal,

¿no es cierto que es bonita la milana, niña?

LIBRO QUINTO

El accidente

Al llegar la pasa de palomas, el señorito Iván se instalaba en el Cortijo por dos semanas y, para esas fechas, Paco, el Bajo, ya tenía dispuestos los palomos y los arreos y engrasado el balancín, de modo que, tan pronto se personaba el señorito, deambulaban en el Land Rover de un sitio a otro, de carril en carril, buscando las querencias de los bandos de acuerdo con la sazón de la bellota, mas, a medida que transcurrían los años, a Paco, el Bajo, se le iba haciendo más arduo encaramarse a las encinas y el señorito Iván, al verle abrazado torpemente a los troncos, reía,

la edad no perdona, Paco, el culo empieza a pesarte, es ley de vida,

pero Paco, el Bajo, por amor propio, por no dar su brazo a torcer, trepaba al alcornoque o a la encina, ayudándose de una soga, aun a costa de desollarse las manos, y amarraba el cimbel en la parte más visible del árbol, a ser posible en la copa, y, desde arriba, enfocaba altivamente hacia el señorito Iván los grandes orificios de su nariz, como si mirara con ellos,

todavía sirvo, señorito, ¿no le parece?,

voceaba eufórico, y, a caballo de un camal, bien asentado, tironeaba del cordel amarrado al balancín para que el palomo, al fallarle la sustentación y perder el equilibrio, aletease, mientras el señorito Iván, oculto en el aguardadero, escudriñaba atentamente el cielo, los desplazamientos de los bandos, y le advertía,

dos docenas de zuritas, templa, Paco,

o bien,

una junta de torcaces, ponte quieto, Paco,

o bien,

las bravías andan en danza, ojo, Paco,

y Paco, el Bajo, pues a templar, o a parar, o a poner el ojo en las bravías, pero el señorito Iván rara vez quedaba conforme,

más suave, maricón, ¿no ves que con esos respingos espantas el campo?,

y Paco, el Bajo, pues más suave, con más tiento, hasta que, de pronto, media docena de palomas se desgajaban del bando y el señorito Iván aprestaba la escopeta y dulcificaba la voz,

ojo, ya doblan,

y, en tales casos, los tironcitos de Paco, el Bajo, se hacían cortados y secos, comedidos, con objeto de que el palomo se moviese sin desplegar del todo las alas y, conforme se aproximaban planeando los pájaros, el señorito Iván se armaba, tomaba los puntos y ¡pim-pam!,

¡dos, la pareja!,

exultaba Paco entre el follaje, y el señorito Iván,

calla la boca, tú,

y ¡pim-pam!,

¡otras dos!,

chillaba Paco en lo alto sin poderse reprimir, y el señorito Iván,

canda el pico, tú,

y ¡pim-pam!,

¡una se le fue a criar!,

lamentaba Paco, y el señorito Iván,

¿no puedes poner quieta la lengua, cacho maricón?,

pero, entre pim-pam y pim-pam, a Paco, el Bajo, se le entumían las piernas engarfiadas sobre la rama y, al descender del árbol, había de hacerlo a pulso porque muchas veces no sentía los pies y, si los sentía, eran mullidos y cosquilleantes, como de gaseosa, absolutamente irresponsables, pero el señorito Iván no reparaba en ello y le apremiaba para buscar una nueva atalaya, pues gustaba de cambiar de cazadero cuatro o cinco veces por día, de forma que, al concluir la jornada, a Paco, el Bajo, le dolían los hombros, y le dolían las manos, y le dolían los muslos y le dolía todo el cuerpo, de las agujetas, a ver, que sentía los miembros como descoyuntados, fuera de sitio, mas, a la mañana siguiente, vuelta a empezar, que el señorito Iván era insaciable con el palomo, una cosa mala, que le apetecía este tipo de caza tanto o más que la de perdices en batida, o la de gangas al aguardo, en el aguazal, o la de pitorras con la Guita y el cascabel, que no se saciaba el hombre y, a la mañana, entre dos luces, ya estaba en danza,

¿estás cansado, Paco?,

sonreía maliciosamente, y añadía,

la edad no perdona, Paco, quién te lo iba a decir a ti, con lo que tú eras,

y a Paco, el Bajo, le picaba el puntillo y trepaba a los árboles si cabe con mayor presteza que la víspera, aun a riesgo de desnucarse, y amarraba el cimbel en la copa de la encina o el alcornoque, en lo más alto, pero si los bandos se mostraban renuentes o desconfiados, pues abajo, a otra querencia, y de este modo, de árbol en árbol, Paco, el Bajo, iba agotando sus energías, pero ante el señorito Iván, que comenzaba a recelar de él, había que fingir entereza

y trepaba de nuevo con prontitud, y cuando ya estaba casi arriba, el señorito Iván,

ahí no, Paco, coño, esa encina es muy chica, ¿es que no lo ves?, busca la atalaya como siempre has hecho, no me seas holgazán,

y Paco, el Bajo, descendía, buscaba la atalaya y otra vez arriba, hasta la copa, el cimbel en la mano, pero una mañana,

ahora sí que la jodimos, señorito Iván, olvidé los capirotes en casa,

y el señorito Iván, que andaba ese día engolosinado, que el cielo negreaba de palomas sobre el encinar de las Planas, dijo imperiosamente,

pues ciega al palomo y no perdamos más tiempo,

y Paco, el Bajo,

¿le ciego, señorito Iván, o le armo un capirote con el pañuelo?

y el señorito Iván,

¿no me oíste?,

y Paco, el Bajo, sin hacerse de rogar, se afianzó en la rama, abrió la navaja y en un dos por tres vació los ojos del cimbel y el pájaro, repentinamente ciego, hacía unos movimientos torpes y atolondrados, pero eficaces, pues doblaban más pájaros que de costumbre y el señorito Iván no se paraba en barras,

Paco, has de cegar a todos los palomos, ¿oyes?, con los dichosos capirotes entra la luz y los animales no cumplen,

y así un día y otro, hasta que una tarde, al cabo de semana y media de salir al campo, según descendía Paco, el Bajo, de una gigantesca encina, le falló la pierna dormida y cayó, despatarrado, como un fardo, dos metros delante del señorito Iván, y el señorito Iván, alarmado, pegó un respingo,

¡serás maricón, a poco me aplastas!,

pero Paco se retorcía en el suelo, y el señorito Iván se aproximó a él y le sujetó la cabeza,

¿te lastimaste, Paco?,

pero Paco, el Bajo, ni podía responder, que el golpe en el pecho le dejó como sin resuello y, tan sólo, se señalaba la pierna derecha con insistencia,

¡ah, bueno, si no es más que eso…!,

decía el señorito Iván, y trataba de ayudar a Paco, el Bajo, a ponerse de pie, pero Paco, el Bajo, cuando al fin pudo articular palabra, dijo, recostado en el tronco de la encina,

la pierna esta no me tiene, señorito Iván, está como tonta,

y el señorito Iván,

¿que no te tiene?, ¡anda!, no me seas aprensivo, Paco, si la dejas enfriar va a ser peor,

mas Paco, el Bajo, intentó dar un paso y cayó,

no puedo, señorito, está mancada, yo mismo sentí cómo tronzaba el hueso,

y el señorito Iván,

también es mariconada, coño, y ¿quién va a amarrarme el cimbel ahora con la junta de torcaces que hay en las Planas?

y Paco, el Bajo, desde el suelo, sintiéndose íntimamente culpable, sugirió para aplacarle,

tal vez el Quirce, mi muchacho, él es habilidoso, señorito Iván, un poco morugo pero puede servirle,

y fruncía la cara porque le dolía la pierna, y el señorito Iván dio unos pasos con la cabeza gacha, dubitativo, pero finalmente, se arrimó al bocacerral, hizo bocina con las manos y voceó hacia el Cortijo, una, dos, tres veces, cada vez más recio, más impaciente, más repudrido, y, como no acudiera nadie a las voces, se le soltó la lengua y se puso a jurar y, al cabo, se volvió a Paco, el Bajo,

¿seguro que no te puedes valer, Paco?,

y Paco, el Bajo, recostado en el tronco de la encina,

mal lo veo, señorito Iván,

y, de repente, asomó el muchacho mayor de Facundo por el portón de la corralada y el señorito Iván sacó del bolsillo un pañuelo blanco y lo agitó repetidamente y el muchacho de Facundo respondió moviendo los brazos como aspas y, al cabo de un cuarto de hora, ya estaba jadeando junto a ellos, que cuando el señorito Iván llamaba, había que apresurarse, ya se sabía, sobre todo si andaba con la escopeta, y el señorito Iván le puso las manos en los hombros y se los oprimió para que advirtiese la importancia de su misión y le dijo,

que suban dos, ¿oyes?, los que sean, para ayudar a Paco, que se ha lastimado, y el Quirce para acompañarme a mí ¿has entendido?,

y según hablaba, el muchacho, de ojos vivaces y tez renegrida, asentía, y el señorito Iván indicó con la barbilla para Paco, el Bajo, y dijo a modo de aclaración,

el maricón de él se ha dado una costalada, ya ves qué oportuno,

y, al rato, vinieron dos del Cortijo y se llevaron a Paco tendido en unas angarillas y el señorito Iván se internó en el encinar con el Quirce, tratando de conectar con él, mas el Quirce, chitón, sí, no, puede, a lo mejor, hosco, reconcentrado, hermético, que más parecía mudo pero, a cambio, el jodido se

daba maña con el cimbel, que era un virtuoso, menuda, que bastaba decirle, recio, suave, templa, seco, para que acatara rigurosamente la orden, y sus movimientos eran tan precisos, que las torcaces doblaban sin desconfianza sobre el reclamo y el señorito Iván, ¡pim-pam!, ¡pim-pam!, traqueaba sin pausa, que no daba abasto, pero erraba una y otra vez y, a cada yerro, echaba sapos y culebras por la boca, pero lo más enojoso era que, en justicia, no podía desplazarlas culpas sobre otro y, al margen de esto, le mortificaba que el Quirce fuese testigo de sus yerros y le decía,

el percance de tu padre me ha puesto temblón, muchacho, en la vida erré tantos palomos como hoy,

y el Quirce, camuflado entre las hojas, respondía indiferente,

puede,

y el señorito Iván se descomponía,

no es que pueda o deje de poder, coño, es una verdad como un templo, lo que te estoy diciendo va a misa,

y ¡pim-pam!, ¡pim-pam!, ¡pim-pam!,

¡otro maricón a criar!,

vociferaba el señorito Iván, y el Quirce, arriba, en silencio, quieto parado, como si no fuera con él y, tan pronto regresaron al Cortijo, el señorito Iván pasó por casa de Paco,

¿cómo vamos, Paco?, ¿cómo te encuentras?,

y Paco, el Bajo,

tirando, señorito Iván,

tenía la pierna extendida sobre un taburete y el tobillo grueso, hinchado como un neumático,

es una mancadura mala, ¿no le sintió chascar al hueso?, pero el señorito Iván iba a lo suyo,

en la vida erré más palomos que esta mañana, Paco, ¡qué cosas!, parecía un principiante, ¿qué habrá pensado tu muchacho?,

y Paco, el Bajo,

a ver, los nervios, natural,

y el señorito Iván,

natural, natural, no busques excusas, ¿de veras te parece natural, Paco, con las horas de vuelo que yo tengo, errar una zurita atravesada, de aquí al geranio?, ¿eh?, habla, Paco, ¿es que me has visto errar alguna vez un palomo atravesado de aquí al geranio?,

y el Quirce tras él, ausente, aburrido, el ramo de palomos en una mano y la escopeta enfundada en la otra, taciturno, silencioso, y, en éstas, apareció en

la puerta de la casa, bajo el emparrado, el Azarías, descalzo, los pies mugrientos, el pantalón en las corvas, sonriendo con las encías, rutando como un cachorro, y Paco, levemente azorado, le señaló con un dedo formulariamente,

aquí, mi cuñado,

dijo, y el señorito Iván analizó atentamente al Azarías,

sí que tienes una familia apañada,

comentó, pero el Azarías, como atraído por una fuerza magnética, se iba aproximando a la percha y miraba engolosinado hacia los palomos muertos y, de pronto, les echó mano, y los examinaba uno por uno, les hurgaba en las patas y en el pico, para comprobar si eran nuevos o viejos, machos o hembras, y, al cabo de un rato, levantó sus ojos adormilados y los posó en los del señorito Iván,

¿se los desplumo?,

inquirió expectante, y el señorito Iván,

¿es que sabes desplumar palomos?

y terció Paco, el Bajo,

anda, que si no fuera a saber, en la vida hizo otra cosa,

y, sin más explicaciones, el señorito Iván tomó la percha de manos del Quirce y se la entregó al Azarías,

ten,

dijo,

y cuando los desplumes, se los llevas a doña Purita, de mi parte, ¿te recordarás?, en cuanto a ti, Paco, avíate, nos vamos a Cordovilla, donde el médico, no me gusta esa pierna, y el 22 tenemos batida,

y entre el señorito Iván, el Quirce y la Régula, acomodaron a Paco, el Bajo, en el Land Rover y, una vez en Cordovilla, don Manuel, el doctor, le palpó el tobillo, intentó moverlo, le hizo dos radiografías y, al acabar, enarcó las cejas,

ni necesito verlas, el peroné,

dijo, y el señorito Iván,

¿qué?,

está tronzado,

pero el señorito Iván se resistía a admitir las palabras del doctor,

no me jodas, Manolo, el 22 tenemos batida en la finca, yo no puedo prescindir de él,

y don Manuel, que tenía los ojos muy negros, muy juntos y muy penetrantes, como los de un inquisidor, y el cogote recto, como si lo hubieran

alisado con una llana, levantó los hombros,

yo te digo lo que hay, Iván, luego tú haces lo que te dé la gana, tú eres el amo de la burra,

y el señorito Iván torció la boca, contrariado,

no es eso, Manolo,

y el doctor,

de momento no puedo hacer otra cosa que ponerle una férula, esto está muy inflamado y escayolando no adelantaríamos nada, dentro de una semana le vuelves a traer por aquí,

y Paco, el Bajo, callaba y miraba ladinamente a uno y a otro,

estas fracturas de maléolo no son graves, pero dan guerra, lo siento, Vancito, pero tendrás que agenciarte otro secretario,

y el señorito Iván, tras unos instantes de perplejidad,

menuda mariconada, oye, y el caso es que todavía estoy de suerte, cayó tal que ahí,

indicaba el borde de la alfombra,

el maricón no me ha desnucado de milagro,

y, al cabo de unos minutos de conversación, regresaron al Cortijo y, transcurrida una semana, el señorito Iván pasó a recoger a Paco, el Bajo, en el Land Rover y volvieron a Cordovilla, y antes de que el doctor le quitase la férula, el señorito Iván le encareció,

¿no podrías ingeniártelas, Manolo, para que el 22 pudiera valerse?,

pero el doctor movía enérgicamente su aplanado cogote, denegando,

pero si el 22 es pasado mañana como quien dice, Iván, y este hombre debe estar cuarenta y cinco días con el yeso, eso sí, puedes mercarle un par de bastones para que dentro de una semana empiece a moverse dentro de casa,

y una vez concluyó de enyesarle, Paco, el Bajo, y el señorito Iván iniciaron el regreso al Cortijo e iban en silencio, distanciados, como si algún lazo fundamental acabara de romperse entre ellos, y de cuando en cuando, Paco, el Bajo, suspiraba, sintiéndose responsable de aquella quiebra, e intentaba diluir la tensión,

créame que más lo siento yo, señorito Iván,

pero el señorito Iván, los ojos fijos más allá del cristal del parabrisas, conducía con el ceño fruncido, sin decir palabra, y Paco, el Bajo, sonreía, y hacía un esfuerzo por mover la pierna,

ya pesa este chisme, ya,

añadía, mas el señorito Iván seguía inmóvil, pensativo, sorteando los baches, hasta que a la cuarta tentativa de Paco, el Bajo, se disparó,

mira, Paco, los médicos pueden decir misa, pero lo que tú tienes que hacer es no dejarte, esforzarte, andar; mi abuela, que gloria haya, se dejó, y tú lo sabes, coja para los restos; en estos casos, con bastones o sin bastones, hay que moverse, salir al campo, aunque duela, si te dejas ya estás sentenciado, te lo digo yo,

y, al franquear el portón del Cortijo, se toparon en el patio con el Azarías, la grajeta al hombro, y el Azarías, al sentir el motor, se volvió hacia ellos y se aproximó a la ventanilla delantera del Land Rover y reía mostrando las encías, babeando,

no quiso irse con las milanas, ¿verdad, Quirce?,

decía, acariciando a la grajeta, pero el Quirce callaba, mirando al señorito Iván con sus pupilas oscuras, redondas y taciturnas, como las de una pitorra, y el señorito Iván se apeó del coche fascinado por el pájaro negro posado sobre el hombro del Azarías,

¿es que también sabes amaestrar pájaros?,

preguntó, y extendió el brazo con el propósito de atrapar a la grajilla, pero el ave emitió un «quia» atemorizado y voló hasta el alero de la capilla y el Azarías reía, moviendo hacia los lados la mandíbula,

se acobarda,

dijo, y el señorito Iván,

natural, me extraña, no me conoce,

y elevaba los ojos hasta el pájaro,

¿y ya no baja de ahí?,

inquirió, y el Azarías,

qué hacer no bajar, atienda,

y su garganta moduló un «quia» aterciopelado, untuoso, y la grajeta penduleó unos instantes, inquieta, sobre sus patas, oteó la corralada ladeando la cabeza y, finalmente, se lanzó al vacío, las alas abiertas, planeando, describió dos círculos en torno al automóvil, se posó sobre el hombro del Azarías, y se puso a escarbar en su cogote, metiendo el pico entre su pelo cano, como si le despiojase, y el señorito Iván, asombrado,

está chusco eso, vuela y no se larga,

y Paco, el Bajo, se aproximó lentamente al grupo, descansando en las cachabas el peso de su cuerpo, y dijo, dirigiéndose al señorito Iván,

a ver, la ha criado él y está enseñada, usted verá,

y el señorito Iván, cada vez más interesado,

¿y qué hace este bicho durante el día?

y Paco, el Bajo,

mire, lo de todos, descorteza alcornoques, busca cristales, se afila el pico en la piedra del abrevadero, echa una siesta en el sauce, el animal pasa el tiempo como puede,

y, conforme hablaba Paco, el señorito Iván observaba detenidamente al Azarías, y, al cabo de un rato, miró a Paco, el Bajo, y dijo a media voz, dejando resbalar las palabras por el hombro, como si hablara consigo mismo,

digo, Paco, que con estas mañas que se gasta, ¿no haría tu cuñado un buen secretario?,

pero Paco, el Bajo, negó con la cabeza, descansó el cuerpo sobre el pie izquierdo para señalarse la frente con la mano derecha y dijo,

con el palomo, puede, para la perdiz es corto de entendederas,

y, a partir de ese día, el señorito Iván visitaba cada mañana a Paco, el Bajo, y le incitaba,

Paco, muévete, coño, no te dejes, que más pareces un paralítico, no olvides lo que te dije,

pero Paco, el Bajo, le miraba con sus melancólicos ojos de perdiguero enfermo,

qué fácil se dice, señorito Iván,

y el señorito Iván,

mira que el 22 está encima,

y Paco, el Bajo,

¿y qué vamos a hacerle?, más lo siento yo, señorito Iván, y el señorito Iván,

más lo siento yo, más lo siento yo, mentira podrida, el hombre es voluntad, Paco, coño, que no quieres entenderlo y, donde no hay voluntad, no hay hombre, Paco, desengáñate, que has de esforzarte aunque te duela, si no no harás nunca vida de ti, te quedarás inútil para los restos, ¿oyes?,

y le instaba, le apremiaba, le urgía el señorito Iván, hasta que Paco, el Bajo, farfullaba entre sollozos,

de que poso el pie es como si me lo rebanaran por el empeine con un serrucho, no vea el dolor, señorito Iván,

y el señorito Iván,

aprensiones, Paco, aprensiones, ¿es que no puedes ayudarte con las muletas?,

y Paco, el Bajo,

ya ve, a paso tardo y por lo llano,

pero amaneció el día 22 y el señorito Iván, erre que erre, se presentó con el alba a la puerta de Paco, el Bajo, en el Land Rover marrón,

venga, arriba, Paco, ya andaremos con cuidado, tú no te preocupes,

y Paco, el Bajo, que se acercó a él con cierta reticencia, en cuanto olió el sebo de las botas y el tomillo y el espliego de los bajos de los pantalones del señorito, se olvidó de su pierna y se subió al coche mientras la Régula lloriqueaba,

a ver si esto nos va a dar que sentir, señorito Iván,

y el señorito Iván,

tranquila, Régula, te lo devolveré entero,

y en la Casa Grande exultaban los señoritos de Madrid con los preparativos, y el señor Ministro, y el señor Conde, y la señorita Miriam, que también gustaba del tiro en batida, y todos fumaban y levantaban la voz mientras desayunaban café con migas y, conforme entró Paco en el comedor, acreció la euforia, que Paco, el Bajo, parecía polarizar el interés de la batida, y cada uno por su lado,

¡hombre, Paco!,

¿cómo fue para caerte, Paco, coño?, claro que peor hubiera sido romperte las narices,

y el Embajador trataba de exponer a media voz al señor Ministro las virtudes cinegéticas de Paco, el Bajo, y Paco procuraba atender a unos y a otros y subrayaba adelantando las muletas, como poniéndolas por testigos,

disculpen que no me descubra,

y ellos,

faltaría más, Paco,

y la señorita Miriam, sonriendo, con aquella su sonrisa abierta y luminosa,

¿tendremos buen día, Paco?,

y ante la inminencia del vaticinio, se abrió un silencio entre los invitados y Paco, el Bajo, sentenció, dirigiéndose a todos,

la mañana está rasa, si las cosas no se tuercen yo me pienso que entrará ganado,

y, en éstas, el señorito Iván sacó de un cajoncito de la arqueta florentina el estuche de cuero, ennegrecido por el manoseo y el tiempo, con las laminillas de nácar, como si fuera una pitillera, y alguien dijo,

ha sonado la hora de la verdad,

y, uno a uno, ceremoniosamente, como cumpliendo un viejo rito, cogieron una laminilla con el número oculto en el extremo,

rotaremos de dos en dos,

advirtió el señorito Iván, y el señor Conde fue el primero en consultar su laminilla y exclamó a voz en cuello,

¡el nueve!,

y, sin dar explicaciones, tontamente, empezó a palmotear, y con tanto entusiasmo se aplaudía y tanta satisfacción irradiaba su rostro, que el señor Ministro se llegó a él,

¿tan bueno es el nueve, Conde?,

y el señor Conde,

¿bueno?, tú me dirás, Ministro, un canchal, a la caída de un cerro, en la vaguada, se descuelgan como tontas y cuando te quieren ver ni tiempo las da de repullarse; cuarenta y tres colgué el año pasado en ese puesto,

y, mientras tanto, el señorito Iván iba anotando en una agenda los nombres de las escopetas con los números correspondientes, y una vez que apuntó el último, guardó la agenda en el bolsillo alto del chaleco-canana,

andando, que se hace tarde,

apremió, y cada cual se encaramó en su Land Rover con los secretarios y el juego de escopetas gemelas y los zurrones de los cartuchos, mientras Crespo, el Guarda Mayor, acomodaba a los batidores, los cornetines y los abanderados en los remolques de los tractores y, al fin, todos se pusieron en marcha, y el señorito Iván mostraba con Paco, el Bajo, toda serie de miramientos, que no es un decir, que le arrimaba a la pantalla en el *jeep* aunque no hubiera carril, a campo través, incluso, si fuera preciso, vadeando los arroyos en estiaje, con todo cuidado,

tú, Paco, aguarda aquí, no te muevas, voy a esconder el coche tras esas carrascas,

o sea, que todo iba bien, lo único la cobra, pues Paco se desenvolvía torpemente con los bastones, se demoraba, y los secretarios de los puestos vecinos, aprovechándose de su lentitud, le trincaban los pájaros muertos,

señorito Iván, el Ceferino se lleva dos pájaros perdices que no son suyos,

se lamentaba, y el señorito Iván, enfurecido,

Ceferino, vengan esos dos pájaros, me cago en la madre que te parió, a ver si el pie de Paco va a servir para que os burléis de un pobre inútil,

voceaba, pero, otras veces, era Facundo y, otras, Ezequiel, el Porquero, y el señorito Iván no podía contra todos, imposible luchar con eficacia en todos los frentes, y cada vez más harto, de peor humor,

¿no puedes moverte un poquito más vivo, Paco, coño?, pareces una apisonadora, si te descuidas te van a robar hasta los calzones,

y Paco, el Bajo, procuraba hacer un esfuerzo, pero los cerros de los rastrojos dificultaban sus movimientos, no le permitían poner plano el pie, y, en una de éstas, ¡zas!, Paco, el Bajo, al suelo, como un sapo,

¡ay señorito Iván, que me se ha vuelto a tronzar el hueso, que le he sentido!,

y el señorito Iván, que por primera vez en la historia del Cortijo llevaba en la tercera batida cinco pájaros menos que el señor Conde, se llegó a él fuera de sí, echando pestes por la boca,

¿qué te pasa ahora, Paco, coño?, ya es mucha mariconería esto, ¿no te parece?,

pero Paco, el Bajo, insistía desde el suelo,

la pierna, señorito, se ha vuelto a tronzar el hueso,

y los juramentos del señorito Iván se oían en Cordovilla,

¿es que no puedes menearte?, intenta, al menos, ponerte en pie, hombre,

pero Paco, el Bajo, ni lo intentaba, reclinado en el cembo, se sujetaba la pierna enferma con ambas manos, ajeno a los juramentos del señorito Iván, por lo que, al fin, el señorito Iván claudicó,

de acuerdo, Paco, ahora te arrima Crespo a casa, te acuestas y, a la tarde, cuando terminemos, te llevaré donde don Manuel,

y, horas más tarde, don Manuel, el médico, se incomodó al verlo,

podría usted poner más cuidado,

y Paco, el Bajo, intentó justificarse,

yo…,

pero el señorito Iván tenía prisa, lo interrumpió,

aviva Manolo, tengo solo al Ministro,

y el doctor, enojado,

ha vuelto a fracturar, lógico, una soldadura de tallo verde, inmovilidad absoluta,

y el señorito Iván,

¿y mañana?, ¿qué voy a hacer mañana, Manolo?, no es un capricho, te lo juro,

y el doctor, mientras se quitaba la bata,

haz lo que quieras, Vancito, si quieres desgraciar a este hombre para los restos, allá tú,

y ya en el Land Rover marrón, el señorito Iván, taciturno y silencioso, encendía cigarrillos todo el tiempo, sin mirarlo, tal que si Paco, el Bajo, lo hubiera hecho a posta,

también es mariconada,

repetía solamente, entre dientes, de cuando en cuando, y Paco, el Bajo, callaba, y notaba la humedad de la nueva escayola en la pantorrilla, y, al cruzar lo de las Tapas, salieron aullando los mastines detrás del coche y, con los ladridos, el señorito Iván pareció salir de su ensimismamiento, sacudió la

cabeza como si quisiera expulsar un fantasma y le preguntó a Paco, el Bajo, de sopetón,

¿cuál de tus dos chicos es más espabilado?,

y Paco,

allá se andan,

y el señorito Iván,

el que me acompañó con el palomo, ¿cómo se llama?,

el Quirce, señorito Iván, es más campero,

y el señorito Iván, tras una pausa,

tampoco se puede decir que sea muy hablador,

y Paco,

pues, no señor, así las gasta, cosas de la juventud,

y el señorito Iván, mientras prendía un nuevo cigarrillo,

¿puedes decirme, Paco, qué quiere la juventud actual que no está a gusto en ninguna parte?,

y, a la mañana siguiente, el señorito Iván, en la pantalla, se sentía incómodo ante el tenso hermetismo del Quirce, ante su olímpica indiferencia,

¿es que te aburres?,

le preguntaba, y el Quirce,

mire, ni me aburro ni me dejo de aburrir,

y tornaba a guardar silencio, ajeno a la batida, pero cargaba con presteza y seguridad las escopetas gemelas y localizaba sabiamente, sin un error, las perdices derribadas, mas, a la hora de la cobra, se mostraba débil, condescendiente ante la avidez insaciable de los secretarios vecinos, y el señorito Iván bramaba,

Ceferino, maricón, no te aproveches de que el chico es nuevo, ¡venga, dale ese pájaro!,

y, arropados por la pantalla, que era una situación casi doméstica que invitaba a la confidencia, el señorito Iván intentaba ganarse al Quirce, insuflarle un poquito de entusiasmo, pero el muchacho, sí, no, puede, a lo mejor, mire, cada vez más lejano y renuente, y el señorito Iván iba cargándose como de electricidad, y así que concluyó el cacerío, en el amplio comedor de la Casa Grande, se desahogó,

los jóvenes, digo, Ministro, no saben ni lo que quieren, que en esta bendita paz que disfrutamos les ha resultado todo demasiado fácil, una guerra les daba yo, tú me dirás, que nunca han vivido como viven hoy, que a nadie le faltan cinco duros en el bolsillo, que es lo que yo pienso, que el tener les hace orgullosos, que ¿qué diréis que me hizo el muchacho de Paco esta tarde?,

y el Ministro le miraba con el rabillo del ojo, mientras devoraba con apetito el solomillo y se pasaba cuidadosamente la servilleta blanca por los labios,

tú dirás,

y el señorito Iván,

muy sencillo, al acabar el cacerío, le largo un billete de cien, veinte duritos, ¿no?, y él, deje, no se moleste, que yo, te tomas unas copas, hombre, y él, gracias, le he dicho que no, bueno, pues no hubo manera, ¿qué te parece?, que yo recuerdo antes, bueno, hace cuatro días, su mismo padre, Paco, digo, gracias, señorito Iván, o por muchas veces, señorito Iván, otro respeto, que se diría que hoy a los jóvenes les molesta aceptar una jerarquía, pero es lo que yo digo, Ministro, que a lo mejor estoy equivocado, pero el que más y el que menos todos tenemos que acatar una jerarquía, unos debajo y otros arriba, es ley de vida, ¿no?,

y la concurrencia quedó unos minutos en suspenso, mientras el Ministro asentía y masticaba, sin poder hablar, y, una vez que tragó el bocado, se pasó delicadamente la servilleta blanca por los labios y sentenció,

la crisis de autoridad afecta hoy a todos los niveles,

y los comensales aprobaron las palabras del Ministro con cabezadas adulatorias y frases de asentimiento, mientras la Nieves cambiaba los platos, retiraba el sucio con la mano izquierda y ponía el limpio con la derecha, la mirada recogida, los labios inmóviles, y el señorito Iván seguía las evoluciones de la chica con atención, y, al llegar junto a él, la miró de plano, descaradamente, y la muchacha se encendió toda y dijo, entonces, el señorito Iván,

tu hermano, digo, niña, el Quirce, ¿puedes decirme por qué es tan morugo?,

y la Nieves, cada vez más sofocada, levantó los hombros y sonrió remotamente, y, finalmente, le puso el plato limpio por el lado derecho con mano temblorosa, y así anduvo sin dar pie con bola toda la cena y, a la noche, a la hora de acostarse, el señorito Iván volvió a llamarla,

niña, tira de este boto, ¿quieres?, ahora le ha dado por decir que no y no hay forma de ponerlo fuera,

y la niña tiró del boto, primero de la punta y, luego, del talón, punta-talón, punta-talón, basculando, hasta que el boto salió y, entonces, el señorito Iván levantó perezosamente la otra pierna hasta la descalzadora,

ahora el otro, niña, ya haz el favor completo,

y cuando la Nieves sacó el otro boto, el señorito Iván descansó los pies sobre la alfombra, sonrió imperceptiblemente y dijo, mirando a la muchacha,

¿sabes, niña, que has empollinado de repente y se te ha puesto una bonita figura?,

y la Nieves turbada, con un hilo de voz,

si el señorito no necesita otra cosa…,

pero el señorito Iván rompió a reír, con su risa franca, resplandeciente,

ninguno salís a tu padre, a Paco, digo, niña, ¿es que también te molesta que elogie tu figura?,

y la Nieves,

no es eso, señorito Iván,

y, entonces, el señorito Iván sacó la pitillera del bolsillo, golpeó un cigarrillo contra ella y lo encendió,

¿qué tiempo te tienes tú, niña?,

y la Nieves,

voy para quince, señorito Iván,

y el señorito Iván recostó la nuca en el respaldo de la butaca y expulsó el humo en tenues volutas, despacio, recreándose,

verdaderamente no son muchos, puedes retirarte,

admitió, mas cuando la Nieves alcanzaba la puerta voceó,

¡ah!, y dile a tu hermano que para la próxima no sea tan desabrido, niña,

y salió la Nieves, pero en la cocina, fregando los cacharros, no podía parar, descabalaba los platos, hizo añicos una fuente, que la Leticia, la de Cordovilla, que subía al Cortijo con ocasión de las batidas, le preguntaba,

¿puede saberse qué te pasa esta noche, niña?,

pero la Nieves callada, que no salía de su desconcierto, y cuando concluyó, dadas ya las doce, al atravesar el jardín, camino de su casa, descubrió al señorito Iván y a doña Purita besándose ferozmente a la luz de la luna bajo la pérgola del cenador.

LIBRO SEXTO

El crimen

Don Pedro, el Périto, se presentó en la casa de Paco, el Bajo, vacilante, inseguro, pero con estudiada prosopopeya, aunque la comisura de la boca tiraba de la mejilla hacia la oreja derecha, demostrando su inestabilidad,

así que no viste salir a la señora, a doña Purita, digo, Régula,

y la Régula,

ae, no señor, don Pedro, por el portón no salió, ya se lo digo, anoche no quitamos la tranca más que para que pasara el coche del señorito Iván,

y don Pedro, el Périto,

¿estás segura de lo que dices, Régula?,

y la Régula,

ae, como que a estos ojos se los ha de comer la tierra, don Pedro,

y, a su lado, Paco, el Bajo, apoyado en los bastones, refrendaba las palabras de la Régula, y Azarías sonreía bobamente con la grajeta sobre el hombro, y, en vista de que no sacaba nada en limpio, don Pedro, el Périto, desistió, se separó del grupo y se alejó corralada adelante, hacia la Casa Grande, la cabeza humillada, replegados los hombros, golpeándose alternativamente los bolsillos del tabardo como si, en lugar de la mujer, hubiera perdido la cartera, y, cuando desapareció de su vista, la Nieves salió a la puerta con la Charito en los brazos y dijo de sopetón,

padre, doña Purita andaba anoche abrazándose en el cenador con el señorito Iván, ¡madre qué besos!,

humilló la cabeza como excusándose y Paco, el Bajo, adelantó los bastones y, apoyándose en ellos, se llegó a la Nieves,

tú calla la boca, niña,

alarmado,

¿sabe alguien que los viste juntos?,

y la Nieves,

¿quién lo iba a saber?, eran ya más de las doce y en la Casa Grande no quedaba alma,

y Paco, el Bajo, cuya inquietud se desbordaba por los ojos, por los sensitivos agujeros de su chata nariz, bajó aún más la voz,

de esto ni una palabra, ¿oyes?, en estos asuntos de los señoritos, tú, oír, ver y callar,

mas no habían concluido la conversación, cuando regresó don Pedro, el Périto, el chaquetón desabotonado, sin corbata, lívido, las grandes manos peludas caídas a lo largo del cuerpo y con la mandíbula inferior como desarticulada,

decididamente doña Purita no está en la Casa,

dijo, tras breve vacilación,

no está en ninguna parte doña Purita, den razón al personal del Cortijo, a lo mejor han raptado a doña Purita y estamos aquí, cruzados de brazos, perdiendo el tiempo,

pero él no estaba cruzado de brazos, sino que se frotaba una mano con otra y levantaba hacia ellos sus ojos enloquecidos y Paco, el Bajo, fue dando razón, casa por casa, alrededor de la corralada, y, una vez que todos estuvieron reunidos, don Pedro, el Périto, se encaramó al abrevadero y comunicó la desaparición de doña Purita,

quedó en la Casa Grande dirigiendo la recogida cuando yo me acosté, después no la he vuelto a ver, ¿alguno de vosotros ha visto a doña Purita pasada la medianoche?

y los hombres se miraban entre sí, con expresión indescifrable, y alguno montaba el labio inferior sobre el superior para hacer más ostensible su ignorancia, o negaban categóricamente con la cabeza, y Paco, el Bajo, miraba fijo para la Nieves, pero la Nieves se dejaba mirar y mecía acompasadamente a la Charito, sin decir que sí ni que no, impasible, pero, de pronto, don Pedro, el Périto, se encaró con ella y la Nieves se arreboló toda, sobresaltada,

niña,

dijo,

tú estabas en la Casa Grande cuando nos retiramos y doña Purita andaba por allí, trasteando, ¿es que no la viste luego?,

y la Nieves, aturdida, denegaba, acompasaba con la cabeza el vaivén de sus brazos acunando a la Niña Chica, y, ante su negativa, don Pedro, el Périto, volvió a palparse repetidamente, desoladamente, los grandes bolsillos de fuelle de su chaquetón y a mover nerviosamente la comisura derecha de la boca, mordiéndose la mejilla por dentro,

está bien,

dijo,

podéis marcharos,

se volvió a la Régula,

tú, Régula, aguarda un momento,

y, al quedar mano a mano con la Régula, el hombre se desarmó, que,

doña Purita ha tenido que salir con él, con el señorito Iván, digo, Régula, simplemente por embromarme, no te pienses otra cosa, que eso no, pero forzosamente ha tenido que salir por el portón, no cabe otra explicación,

y la Régula,

ae, pues con el señorito Iván bien fijo que no iba, don Pedro, que el señorito Iván iba solo, tal que así, y nada más me dijo, me dijo, Régula, cuídame a ese hombre, por el Paco, ¿sabe?, que antes de fin de mes he de volver por el palomo y me hace falta, eso me dijo, y yo le quité la tranca y él se marchó,

pero don Pedro, el Périto, se impacientaba,

el señorito Iván llevaba el Mercedes, ¿no es cierto Régula?,

y a la Régula se le aplanó la mirada,

ae, don Pedro, ya sabe que yo de eso no entiendo, el coche azul traía, ¿le basta?,

el Mercedes,

ratificó don Pedro, e hizo unos visajes en cadena tan rápidos y pronunciados que la Régula pensó que jamás de los jamases se le volvería a poner derecha la cara,

una cosa, Régula, ¿te fijaste… te fijaste si en el asiento trasero llevaba, por casualidad, el señorito Iván la gabardina, ropa alguna, o la maleta?,

y la Régula,

ae, ni reparé en ello, don Pedro, si quiere que le diga mi verdad,

y don Pedro trató de sonreír para restar importancia al asunto, pero le salió una mueca helada y, con ese gesto de dolor de estómago en los labios, se inclinó confidencial sobre el oído de la Régula y puntualizó,

Régula, piénsatelo dos veces antes de contestar, ¿no iría… no iría doña Purita dentro del coche, tumbada, pongo por caso, en el asiento posterior, cubierta con un abrigo u otra prenda cualquiera?, entiéndeme, yo no es que desconfíe, tú ya me comprendes, sino que tal vez andaba de broma y se me ha largado a Madrid para darme achares,

y la Régula, cuya mirada se afilaba por momentos, insistió en su negativa,

ae, yo no vi más que al señorito Iván, don Pedro, que el señorito Iván, cuando yo me arrimé, me dijo, Régula, cuídame a ese hombre, por el Paco, ¿sabe?…,

ya, ya, ya…,

interrumpió don Pedro, colérico,

ese cuento ya me lo has contado, Régula,

y bruscamente dio media vuelta y se alejó, y, a partir de ese momento, se le vio por el Cortijo vagando de un sitio a otro, sin meta determinada, la barbilla en el pecho, la espalda encorvada, los hombros encogidos, como si quisiera hacerse invisible, batiendo, de cuando en cuando, con las palmas de sus manos en los bolsones del chaquetón, desalentado, y así transcurrió una semana, y el sábado siguiente, cuando sonó ante el portón del Cortijo el claxon del Mercedes, don Pedro, el Périto, se puso temblón y se sujetaba una mano con otra para que no se le notase, pero acudió presuroso a la puerta y, en tanto la Régula retiraba la tranca, él, don Pedro, trataba de serenarse, y una vez que el coche se puso en marcha y se deslizó suavemente hasta los arriates de geranios, todos pudieron comprobar que el señorito Iván venía solo, con su cazadora de ante llena de cremalleras, y su *foulard* al cuello y la visera de pana fina sombreándole el ojo derecho, y, más abajo, resaltando sobre la piel dorada, su amplia sonrisa blanquísima, y don Pedro, el Périto, no pudo contener su ansiedad y allí mismo, en el patio, ante la Régula y Paco, el Bajo, que había salido hasta la puerta, le preguntó,

una cosa, Iván, ¿no viste por casualidad a Purita la otra noche después de la comida? No sé qué ha podido sucederle, en el Cortijo no está y…,

y, a medida que hablaba, la sonrisa del señorito Iván se hatía más ancha y su dentadura destellaba y, con estudiada frivolidad, dio un papirotazo a la gorra con un dedo y ésta se levantó dejando al descubierto la frente y el nacimiento de su pelo negrísimo, y,

no me digas que has perdido a tu mujer, Pedro, está bueno eso, ¿no habréis regañado como de costumbre y andará en casa de su madre esperando tu santo advenimiento?,

y don Pedro movía arriba y abajo sus hombros huesudos, que en una semana se había dado este hombre lo que otros en veinte años, virgen, que tenía las mejillas estiradas y azules de puro pálidas y hacía constantes aspavientos con la boca y, finalmente, reconoció,

regañar, sí regañamos, Iván, las cosas como son, como tantas noches, pero dime, ¿por dónde ha salido del Cortijo esta mujer, si la Régula jura y perjura que no retiró la tranca más que para ti, eh?, hazte cuenta que de haber escapado a campo través, por los encinares, los mastines la hubieran destrozado, tú sabes cómo las gastan esos perros, Iván, que son peores que las fieras,

y el señorito Iván se ensortijaba un mechón de pelo en su índice derecho y parecía reflexionar y, al cabo de un rato, dijo,

si habíais regañado, ella pudo meterse en la maleta de mi coche, Pedro, o en el hueco del asiento trasero, el Mercedes es muy capaz, ¿comprendes?, meterse en cualquier sitio, digo, Pedro, sin que yo me enterase y luego apearse en Cordovilla, o en Fresno, que tomé gasolina, o, si me apuras, en el mismo Madrid, ¿no?, yo soy distraído, ni me hubiera dado cuenta…,

y los ojos de don Pedro, el Périto, se iban llenando de luz y de lágrimas,

claro, Iván, naturalmente que pudo ser así,

dijo, y el señorito Iván se ajustó la visera, abrió de nuevo su generosa sonrisa y le propinó un amistoso golpe en el hombro a don Pedro, el Périto, a través de la ventanilla,

otra cosa no te pienses, Pedro, que eres muy aficionado al melodrama, la Purita te quiere, tú lo sabes, y además,

rió,

tu frente está lisa como la palma de la mano, puedes dormir tranquilo,

y tornó a reír, inclinado sobre el parabrisas, puso el coche en marcha y se dirigió a la Casa Grande, pero, antes de la hora de la cena, estaba de nuevo en casa de Paco, el Bajo,

¿cómo va esa pierna, Paco?, que antes con el dichoso sofoco de don Pedro, ni siquiera te pregunté,

y Paco, el Bajo,

ya ve, señorito Iván, poquito a poco,

y el señorito Iván se agachó, le miró fijamente a los ojos y le dijo en tono de reto,

a que no tienes huevos, Paco, para salir mañana con el palomo,

y Paco, el Bajo, escrutó la cara del señorito Iván con estupor, tratando de adivinar si hablaba en serio o bromeaba, pero ante la imposibilidad de resolverlo, preguntó,

¿lo dice en serio o en broma, señorito Iván?,

y el señorito Iván cruzó el dedo pulgar sobre el índice, lo besó, y puso cara de circunstancias,

hablo en serio, Paco, te lo juro, tú me conoces y sabes que con estas cosas de la caza yo no bromeo, y con tu chico, el Quirce, no me gusta, vaya, te voy a ser franco, Paco, que parece como si le hiciese a uno un favor, ¿comprendes?, y no es eso, Paco, tú me conoces, que de no estar a gusto en el campo prefiero quedarme en casa,

mas Paco, el Bajo, señaló con un dedo la pierna escayolada,

pero, señorito Iván, ¿dónde quiere que vaya con este engorro?,

y el señorito Iván bajó la cabeza,

verdaderamente,

admitió, pero, tras unos segundos de vacilación, levantó los ojos de golpe,

¿y qué me dices de tu cuñado, Paco, ese retrasado, el de la graja?, tú me dijiste una vez que con el palomo podía dar juego,

y Paco, el Bajo, ladeó la cabeza,

el Azarías es inocente, pero pruebe, mire, por probar nada se pierde,

volvió los ojos hacia la fila de casitas molineras, todas gemelas, con el emparrado sobre cada una de las puertas, y voceó,

¡Azarías!,

y, al cabo de un rato, se personó el Azarías, el pantalón por las corvas, la sonrisa babeante, masticando la nada,

Azarías,

dijo Paco, el Bajo,

el señorito Iván te quiere llevar mañana al campo con el

reclamo…,

¿con la milana?,

atajó Azarías, transfigurado, y Paco, el Bajo,

aguarda, Azarías, no se trata de la milana ahora, sino del cimbel, de los palomos ciegos, ¿entiendes?, hay que amarrarlos a la copa de una encina, moverles con un cordel y aguardar…,

el Azarías asentía,

¿como en la Jara, con el señorito?,

inquirió,

talmente como en la Jara, Azarías,

respondió Paco, el Bajo, y, al día siguiente, a las siete de la mañana, ya estaba el señorito Iván a la puerta con el Land Rover marrón,

¡Azarías!,

¡Señorito!,

se movían silenciosamente en la penumbra, como sombras, que sólo se oía el húmedo entrechocar de las encías del Azarías, mientras en la línea más profunda de la sierra apuntaba ya la aurora,

pon ahí detrás los trebejos y la jaula con los palomos, ¿llevas la soga para trepar?, ¿vas a subir descalzo a los árboles?, ¿no te lastimarás los pies?,

pero el Azarías atendía los preparativos sin escucharle y, antes de arrancar, sin pedir permiso al señorito Iván, se llegó al cobertizo, cogió el bote de pienso compuesto, salió a la corralada, levantó la cabeza, entreabrió los labios y,

¡quia!,

reclamó con la voz afelpada, acusadamente nasal, y, desde la punta de la veleta, la grajilla respondió a su llamada,

¡quia!,

y el pájaro miró hacia abajo, hacia las sombras que se movían en torno al coche, y aunque la corralada estaba aún entre dos luces, se inclinó hacia adelante y se lanzó al vacío, describiendo círculos alrededor del grupo y, finalmente, se posó sobre el hombro derecho del Azarías, entreabriendo las alas para equilibrarse y, luego, saltó al antebrazo y abrió el pico, y el Azarías, con la mano izquierda, iba embutiendo en él pellas de pienso humedecido, mientras babeaba y musitaba con ternura,

milana bonita, milana bonita,

y el señorito Iván,

es cojonudo, come más que vale el pájaro ese, ¿es que todavía no sabe comer solo?,

y el Azarías sonreía maliciosamente con las encías,

¡qué hacer si no saber!,

y una vez que se sació, como el señorito Iván se aproximara, la grajeta se arrancó a volar y, al topar con la portada de la capilla, se repinó airosamente, la sobrevoló y se posó en el alero, mirando hacia abajo, y, entonces, el Azarías le sonrió e hizo un ademán de despedida con la mano y, ya dentro del coche, repitió el ademán por el cristal trasero, mientras el señorito Iván enfilaba el carril de la sierra y trepaba hacia el encinar del Moro y, una vez allí, se apearon, el Azarías se orinó las manos al amparo de un carrasco y, al concluir, se encaramó a pulso a la encina más corpulenta, engarfiando las manos en el camal y pasando las piernas flexionadas por el hueco entre los brazos, como los monos, y el señorito Iván,

¿para qué te quieres la soga, Azarías?,

y el Azarías,

¿qué falta hace, señorito?, me alarga el chisme ese,

y el señorito Iván levantó el balancín con el palomo ciego amarrado y le preguntó,

¿qué años te tienes tú, Azarías?

y el Azarías, en lo alto, con el balancín en la mano izquierda, papaba el viento,

un año más que el señorito,

respondió, y el señorito Iván, perplejo,

¿de qué señorito me estás hablando, Azarías?

y el Azarías, mientras amarraba el balancín,

del señorito,

y el señorito Iván,

¿el de la Jara?,

y el Azarías, asentado en el camal, recostado en el tronco, sonreía bobamente al azul sin responder, en tanto el señorito Iván pinaba unas ramas secas para perfilar el tollo, bajo la encina, y, una vez rematado, atisbó el cielo hacia el sur, un cielo azul tenue, levemente empañado por la calima, y frunció el ceño,

no se ve rastro de vida, ¿no andaremos pasados de fecha?,

pero el Azarías andaba enredando con el balancín, un-dos, un-dos, un-dos, tal que si fuera un juguete, y el palomo ciego, amarrado al eje, aleteaba frenéticamente para no caerse, y el Azarías sonreía con las encías rosadas y el señorito Iván,

para quieto, Azarías, no me lo malees, mientras no haya pájaros arriba es bobería amagar,

mas el Azarías continuaba tironeando, un-dos, un-dos, un-dos, a ver, por niñez, por enredar, y el señorito Iván, entre que no se veía un palomo en el cielo y barruntaba una mañana aciaga, se le iba agriando el carácter,

¡quieto he dicho, Azarías, coño!, ¿es que no me oyes?,

y, ante su arrebato, el Azarías se acobardó y quedó inmóvil, aculado en el camal, sonriendo a los ángeles, con su sonrisa desdentada, como un niño de pecho, hasta que, transcurridos unos minutos, surgieron cinco zuritas, como cinco puntos negros sobre el azul pálido del firmamento, y el señorito Iván, dentro del escondedero, aprestó la escopeta y musitó con media boca,

ahí vienen, templa ahora, Azarías,

y el Azarías agarró el extremo del cordel y templó,

así, dale, dale,

pero las zuritas ignoraron el reclamo, giraron a la derecha y se perdieron en el horizonte lo mismo que habían venido, mas, un cuarto de hora después, apareció al suroeste un bando más denso y la escena se repitió, las palomas desdeñaron el cimbel y doblaron hacia los encinares del Alcorque, con la consiguiente desesperación del señorito Iván,

no lo quieren, ¡las hijas de la gran puta!, tira para abajo, Azarías, vámonos al Alisón, las pocas que hay parece que se echan hoy a esa querencia,

y el Azarías descendió con el balancín a cuestas, tomaron el Land Rover y, sorteando canchales, se dirigieron al Alisón, y una vez en el mogote, el Azarías se orinó las manos, trepó raudo a un alcornoque gigante, amarró el cimbel y a aguardar, pero tampoco parecía que allí hubiera movimiento,

aunque era pronto para determinarlo, pero el señorito Iván enseguida perdía la paciencia,

abajo, Azarías, esto parece un cementerio, no me gusta, ¿sabes?, la cosa se está poniendo fea,

y nuevamente cambiaron de puesto, pero las palomas, muy escasas y desperdigadas, se mostraban difidentes, no doblaban al engaño y ya, a media mañana, el señorito Iván, aburrido de tanto aguardo inútil, empezó a disparar a diestro y siniestro, a los estorninos, y a los zorzales, y a los rabilargos, y a las urracas, que más parecía loco, y entre tiro y tiro, voceaba como un enajenado,

¡si las zorras estas dicen que no, es que no!,

y cuando se cansó de hacer barrabasadas y de decir incoherencias, regresó junto al árbol y le dijo al Azarías,

desarma el balancín y baja, Azarías, esta mañana no hay nada que hacer, veremos si a la tarde cambia la suerte,

y el Azarías recogió los bártulos y bajó y, conforme franqueaban la ladera soleada, camino del Land Rover, apareció muy alto, por encima de sus cabezas, un nutrido bando de grajetas y el Azarías levantó los ojos, hizo visera con la mano, sonrió, masculló unas palabras ininteligibles, y, finalmente, dio un golpecito en el antebrazo al señorito Iván,

aguarde,

dijo,

y el señorito Iván, malhumorado,

¿qué es lo que quieres que aguarde, zascandil?

y el Azarías babeaba y señalaba a lo alto, hacia los graznidos, dulcificados por la distancia, de los pájaros,

muchas milanas, ¿no las ve?,

y, sin aguardar respuesta, elevó al cielo su rostro transfigurado y gritó haciendo bocina con las manos,

¡¡quia!!,

y, repentinamente, ante el asombro del señorito Iván, una grajeta se desgajó del enorme bando y picó en vertical sobre ellos, en vuelo tan vertiginoso y tentador, que el señorito Iván se armó, aculató la escopeta y le tomó los puntos, de arriba abajo como era lo procedente, y al Azarías, al verlo, se le deformó la sonrisa, se le crispó el rostro, el pánico asomó a sus ojos y voceó fuera de sí,

¡no tire, señorito, es la milana!,

pero el señorito Iván notaba en la mejilla derecha la dura caricia de la culata, y notaba, aguijoneándole, la represión de la mañana, y notaba, asimismo, estimulándole, la dificultad del tiro de arriba abajo, en vertical y, aunque oyó claramente la voz implorante del Azarías,

¡señorito, por sus muertos, no tire!,

no pudo reportarse, cubrió al pájaro con el punto de mira, lo adelantó y oprimió el gatillo y, simultáneamente a la detonación, la grajilla dejó en el aire una estela de plumas negras y azules, encogió las patas sobre sí misma, dobló la cabeza, se hizo un gurruño, y se desplomó, dando volteretas, y, antes de llegar al suelo, ya corría el Azarías ladera abajo, los ojos desorbitados, regateando entre las jaras y la montera, la jaula de los palomos ciegos bamboleándose ruidosamente en su costado, chillando,

¡es la milana, señorito!, ¡me ha matado a la milana!,

y el señorito Iván tras él, a largas zancadas, la escopeta abierta, humeante, reía,

será imbécil, el pobre,

como para sí, y luego, elevando el tono de voz,

¡no te preocupes, Azarías, yo te regalaré otra milana!,

pero el Azarías, sentado orilla una jara, en el rodapié, sostenía el pájaro agonizante entre sus chatas manos, la sangre caliente y espesa escurriéndole entre los dedos, sintiendo, al fondo de aquel cuerpecillo roto, los postreros, espaciados, latidos de su corazón, e, inclinado sobre él, sollozaba mansamente,

milana bonita, milana bonita,

y el señorito Iván, a su lado,

debes disculparme, Azarías, no acerté a reportarme, ¡te lo juro!, estaba quemado con la abstinencia de esta mañana, compréndelo,

mas el Azarías no le escuchaba, estrechó aún más el cuenco de sus manos sobre la grajeta agonizante, como si intentara retener su calor, y alzó hacia el señorito Iván una mirada vacía,

¡se ha muerto!, ¡la milana se ha muerto, señorito!,

dijo, y, de esta guisa, con la grajilla entre las manos, se apeó minutos después en la corralada y salió Paco, el Bajo, apoyado en sus bastones, y el señorito Iván,

a ver si aciertas a consolar a tu cuñado, Paco, le he matado el pájaro y está hecho un lloraduelos,

reía, y, a renglón seguido, trataba de justificarse,

tú, Paco, que me conoces, sabes lo que es una mañana de espera sin ver pájaro, ¿no?, bueno, pues eso, cinco horas de plantón, y, en éstas, esa jodida graja pica de arriba abajo, ¿te das cuenta?, ¿quién es el guapo que sujeta el dedo en estas circunstancias, Paco?, explícaselo a tu cuñado y que no se disguste, coño, que no sea maricón, que yo le regalaré otra grajilla, carroña de ésa es lo que sobra en el Cortijo,

y Paco, el Bajo, miraba, alternativamente, al señorito Iván y al Azarías, aquél con los pulgares en las axilas del chaleco-canana, sonriendo con su sonrisa luminosa, éste, engurruñado, encogido sobre sí mismo, abrigando al pájaro muerto con sus manos achatadas, hasta que el señorito Iván subió de nuevo al Land Rover, lo puso en marcha y dijo desde la ventanilla,

no te lo tomes así, Azarías, carroña de ésa es lo que sobra, a las cuatro volveré a por ti, a ver si pinta mejor a la tarde,

pero al Azarías le resbalaban los lagrimones por las mejillas,

milana bonita, milana bonita,

repetía, mientras el pájaro se le iba quedando rígido entre los dedos y, cuando notó que aquello ya no era un cuerpo sino un objeto inanimado, el Azarías se levantó del tajuelo y se acercó al cajón de la Niña Chica y, en ese momento, la Charito emitió uno de sus alaridos lastimeros y el Azarías le dijo a la Régula, frotándose mecánicamente la nariz con el antebrazo,

¿oyes, Régula?, la Niña Chica llora porque el señorito me ha matado la milana

mas, a la tarde, cuando el señorito Iván pasó a recogerle, el Azarías parecía otro, más entero, que ni moquiteaba ni nada, y cargó la jaula con los palomos ciegos, el hacha y el balancín y una soga doble grueso que la de la mañana en la trasera del Land Rover, tranquilo, como si nada hubiera ocurrido, que el señorito Iván reía,

¿no será esa maroma para mover el balancín, verdad, Azarías?,

y el Azarías,

para trepar la atalaya es,

y el señorito Iván,

andando, a ver si quiere cambiar la suerte,

y metió el coche en el carril, las ruedas en los relejes profundos, y aceleró mientras silbaba alegremente,

el Ceferino asegura por sus muertos que en la linde de lo del Pollo se movían anteayer unos bandos disformes,

pero el Azarías parecía ausente, la mirada perdida más allá del parabrisas, las chatas manos inmóviles sobre la bragueta sin un botón, y el señorito Iván,

en vista de su pasividad, comenzó a silbar una tonadilla más viva, pero así que se apearon y divisó el bando, se puso loco,

apura, Azarías, coño, ¿es que no las ves?, hay allí una junta de más de tres mil zuritas, ¡la madre que las parió!, ¿no ves cómo negrea el cielo sobre el encinar?,

y sacaba atropelladamente las escopetas, y el maletín de los cartuchos, y se ceñía a la cintura las bolsas de cuero y completaba los huecos del chaleco-canana,

aviva, Azarías, coño,

repetía, pero el Azarías, tranquilo, apiló los trebejos junto al Land Rover, depositó la jaula de los palomos ciegos al pie del árbol y trepó tronco arriba, el hacha y la soga a la cintura, y una vez en el primer camal, se inclinó hacia abajo, hacia el señorito Iván,

¿me alarga la jaula, señorito?,

y el señorito Iván alzó el brazo, con la jaula de los palomos en la mano, y, simultáneamente, levantó la cabeza y, al hacerlo, el Azarías le echó al cuello la soga con el nudo corredizo, a manera de corbata, y tiró del otro extremo, ajustándola, y el señorito Iván, para evitar soltar la jaula y lastimar a los palomos, trató de zafarse de la cuerda con la mano izquierda, porque aún no comprendía,

¿pero qué demonios pretendes, Azarías?, ¿es que no has visto la nube de zuritas sobre los encinares del Pollo, cacho maricón?,

y así que el Azarías pasó el cabo de la soga por el camal de encima de su cabeza y tiró de él con todas sus fuerzas, gruñendo y babeando, el señorito Iván perdió pie, se sintió repentinamente izado, soltó la jaula de los palomos y,

¡Dios!… estás loco… tú,

dijo ronca, entrecortadamente, de tal modo que apenas si se le oyó y, en cambio, fue claramente perceptible el áspero estertor que le siguió, como un prolongado ronquido y, casi inmediatamente, el señorito Iván sacó la lengua, una lengua larga, gruesa y cárdena, pero el Azarías ni le miraba, tan sólo sostenía la cuerda, cuyo cabo amarró ahora al camal en que se sentaba, y se frotó una mano con otra y sus labios esbozaron una bobalicona sonrisa, pero todavía el señorito Iván, o las piernas del señorito Iván, experimentaron unas convulsiones extrañas, unos espasmos electrizados, como si se arrancaran a bailar por su cuenta, y su cuerpo penduleó un rato en el vacío hasta que, al cabo, quedó inmóvil, la barbilla en lo alto del pecho, los ojos desorbitados, los

brazos desmayados a lo largo del cuerpo, mientras el Azarías, arriba, mascaba salivilla y reía bobamente al cielo, a la nada,

milana bonita, milana bonita,

repetía mecánicamente, y, en ese instante, un apretado bando de zuritas batió el aire rasando la copa de la encina en que se ocultaba.

Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso

1983

«A la mala costumbre de hablar de sí mismo y de los propios defectos hay que añadir, como formando bloque con ella, ese otro hábito de denunciar en los caracteres de los demás defectos análogos a los nuestros».

MARCEL PROUST

25 de abril de 1979

Muy señora mía:

Por puro azar tropecé ayer con su mensaje en *La Correspondencia Sentimental* cuando aguardaba turno en la antesala del doctor. Yo solamente hojeaba la revista por encima pero, al transitar por la página que inserta su minuta, algo tiró de mí, se diría que aquellas líneas estaban imantadas, cobraron de repente relieve y movimiento, de modo que no pude sustraerme a su llamada. La leí. Leí su minuta varias veces como si aquellas sencillas palabras recataran una segunda, profunda, arcana intención. Y ahora, de regreso a casa, sin prisas, antes de encender el televisor, me he decidido a escribirle estas letras.

Ante mí tengo su mensaje, lacónico pero expresivo. He incurrido en una pequeña fechoría que nunca me creí capaz de cometer: he arrancado la página de la revista que lo insertaba. Han sido unos instantes tensos, durante los cuales me he sentido tan innoble como si estuviese cometiendo un crimen. Y, bien mirado, algo de crimen hay en este acto mío de mutilar una publicación y reducir así el eco de su llamada, restarle la parte de resonancia que cabía esperar del ejemplar del que yo, mediante malas artes, me he incautado. Dejando al margen esta indignidad, el efecto de su mensaje fue instantáneo; yo no dudé un segundo de que aquellas palabras me estuvieran destinadas. ¿Por qué?

No es sencillo explicarle esto. Su nota (referencia n.º 921) que tengo aquí, ante mis ojos, dice así: «Señora viuda, de Sevilla, cincuenta y seis años, aire juvenil, buena salud. Cincuenta y tres kilos de peso y un metro sesenta de estatura. Aficionada a música y viajes. Discreta cocinera. Con caballeros de hasta sesenta y cinco años, similares características». Bien mirado, nada de particular pero, como le digo, aquella nota, entre tantas, reclamó mi atención, me hechizó, hasta el extremo de no leer ninguna más. De modo que allí me quedé, inmóvil, sentado en la silla, junto a la puerta, la mirada fija en aquellos renglones, cuya tipografía, en cursivas del 8, en nada se diferenciaba de la de los demás; tampoco, en rigor, los conceptos, que, más o menos, con variaciones de edad, sexo, estatura o residencia, eran los mismos y, sin embargo, algo había en ellos que tiraba de mí, que me inducía a sentirme su destinatario. ¿La alusión al atractivo aire juvenil de usted? ¿La proporcionada figura que se deduce de su estatura y peso? ¿Su buena salud? ¿La seguridad en sí misma que se desprende de la redacción de la minuta o, tal vez, el orden en que usted enumera sus dotes personales elevándose de lo más trivial a lo más noble, para terminar subrayando su don culinario como dando a entender

que la música, cuando proceda, no le impide volar más a ras de tierra y encerrarse en la cocina a freír unas patatas?

Soy un convencido de que uno de los síntomas más obvios de la decadencia de Occidente reside en el progresivo desdén por la cocina. A las muchachas de hoy no es infrecuente escucharlas que ellas no pierden el tiempo cocinando. ¿Cree usted, señora, que el tiempo que se emplea en la cocina es tiempo perdido? La cocina, hasta hace poco, ha sido uno de los pilares culturales que aún respetábamos, pero de unos años a esta parte ¡qué degradación, señora mía! La sustitución de la cocina económica por el gas y la electricidad, las parrillas de alcohol, la olla a presión, ¡qué nefastos inventos! Y, por si fuera poco, la ceba artificial del ganado, el enlatado, la congelación… Pero lo grave del caso es que todo esto se nos presenta como un avance, como una conquista, cuando, en realidad, la salazón de carnes y pescados es un recurso tan viejo como el mundo. ¿Dónde estriba la novedad?, pregunto yo, ¿dónde el progreso?

Mi difunta hermana Eloína, que gloria haya, veinte años mayor que yo, guisaba primorosamente, pero a la antigua. Nunca utilizó otro procedimiento que la cocina económica. Mediante la leña y el carbón y una sabia manipulación del tiro, conseguía el punto de los alimentos. Ése era todo su secreto. Y no se piense usted, señora, que en nuestra casa se condimentaran selectos manjares, porque lo que hace de la cocina un arte es precisamente lo contrario, halagar el paladar con lo sencillo, darle un punto requerido a lo cotidiano: un cocido castellano, unas sopas o unas lentejas. ¡Qué cocidos preparaba mi difunta hermana Eloína!

El jueves pasado, en casa de mi fiel amigo Baldomero Cerviño, compañero del periódico, me obsequiaron con un cocido, y no voy a decirle a usted que estuviera malo, pero allí faltaba algo esencial y ¿sabe usted qué era?: el relleno. ¿Concibe usted, señora, un cocido castellano sin relleno? A mi entender, el relleno es la quintaesencia del cocido, el cocido mismo. Un relleno esponjoso, tierno, sabroso, empapado de la sustancia del guiso, es lo que nos da la medida de este plato. Otro error, muy frecuente en este punto: sustituir el repollo por coliflor. Costumbres, dirá usted, pero eso no es un argumento; yo creo que hay que resistir contra estos atentados, los sucedáneos no deben prevalecer, no podemos permitirlo. En la cocina, no es lícito saltarse a la torera la tradición, como no es lícito prescindir del punto. Ambos son indispensables; sin ellos no hay cocina. ¿Admitiría usted, señora, una paella del interior sin chorizo ni pimientos morrones?

Pensará usted, a la vista de lo escrito, que su corresponsal es un glotón insaciable, un ser que solamente piensa en comer, cuando a mí la comida me agrada con mesura y discreción. Aborrezco a los tragones, quizá por despecho, porque desde joven tuve un estómago delicado, tal vez porque mi profesión no haya sido la más indicada para gozar de los placeres gastronómicos. Desde niño fui sobrio para comer, pero como hombre de paladar me gustan los alimentos sazonados y en su punto.

A pesar de todo, rechazo que fuese su alusión a la cocina lo que me sedujo de su nota en *La Correspondencia Sentimental*. Posiblemente lo que me sedujo no estaba escrito allí, era, digamos, un valor entendido. Entre líneas, vacilando entre la seguridad y la indecisión, usted venía a proclamar que necesitaba una voz amiga. Seguramente fue esto lo que me conmovió. El hecho es que me hallaba solo en la antesala del doctor y resolví arrancar la página de *La Correspondencia*. ¡Qué momento tan peliagudo! Nunca he tomado nada ajeno y mutilar una publicación, aunque se trate de un diario, me produce al mismo tiempo repugnancia y rubor. Cabía haber anotado en mi agenda su número de referencia y la dirección de la revista, pero no se me ocurrió. ¿Digo verdad? ¿Es cierto que no se me ocurrió o tal vez imaginé que llevándome aquella página hacía mío algo de usted, me apropiaba de aquel SOS lanzado al azar? Imposible responderle. No puedo afirmar ni negar con certeza ninguno de los dos extremos. Soy hombre irresoluto y, a veces, pienso con amargura que me moriré sin conocerme. ¿Sabe usted en todo momento a qué obedecen sus decisiones? ¿Nunca se dejó arrastrar por las circunstancias? ¿Jamás actúa por intuición, indignación o temor?

Yo estaba sentado, como le digo, junto a la puerta, oyendo el runrún de la voz del doctor del otro lado del tabique, y, en el momento de arrancar la página, me asaltó el temor de que pudiese presentarse la enfermera de improviso. Había cogido la hoja por la parte superior, abarquillada bajo la palma de la mano, sintiendo el suave tacto de su superficie, y no me faltaba más que tirar, rasgarla por la línea de grapas, plegarla y guardarla en el bolsillo. La cosa era bien simple. No obstante me sentí incapaz. Mis dedos se paralizaron, quedaron fláccidos, como sin fuerza, mientras mis ojos se volvían hacia el picaporte. ¿Qué hubiese pensado la enfermera si me sorprende en este trance? ¿No estaban aquellas publicaciones sobre la mesa para solaz de los pacientes, y yo, con mi actitud incivil, estaba truncando su objetivo? Escuché. Aparte del runrún de la voz del doctor del otro lado del tabique, no se oía nada, el silencio, y, entonces, me decidí, tiré de la hoja y la arranqué, con tal premura y turbación que desgarré parte de la hoja opuesta. ¡Qué amargos

momentos, amiga mía! Allí me vería usted doblarla apresuradamente y ocultarla, con un movimiento desmanotado, en el bolsillo de la cartera. Durante cinco minutos estuve sintiendo los rudos golpes de mi corazón hasta que me calmé, pero cuando, al poco rato, se presentó la enfermera, los golpes se reanudaron, en tanto yo miraba la revista que acababa de mutilar con aprensión, como si la portada fuera transparente, y aquella muchacha pudiera darse cuenta del desaguisado de un vistazo.

Ahí tiene usted, señora mía, de qué azarosa manera he establecido contacto con su mensaje de *La Correspondencia Sentimental*. Confío no haberla importunado con los renglones que anteceden. Mi nombre completo es Eugenio Sanz Vecilla y, si lo tiene a bien, puede usted contestarme a Cánovas, 16, 3.º, derecha.

Con respeto y amistad,

E. S.

2 de mayo

Muy señora mía:

No le falta a usted razón. Por mi oficio y talante imaginativo soy proclive a andarme por las ramas, rara vez me centro, poso los pies en el suelo. Trataré, pues, de ir al grano: el pasado diciembre cumplí sesenta y cinco años, soy periodista jubilado —recién jubilado, en febrero—, soltero, y mido, como usted, un metro sesenta, siquiera mi peso, ochenta y cinco kilos, no esté proporcionado a mi estatura, denote una inequívoca propensión a la obesidad. Un viejo amigo, Onésimo Navas, habla de la curva de la felicidad, refiriéndose a mi vientre voluminoso, pero felicidad, lo que se dice felicidad, no la he conocido fuera de los años de infancia. Eso sí, en mi profesión he trabajado con denuedo y entusiasmo, he conocido algunos éxitos, he sufrido no pocos descalabros y he llegado al retiro en paz con Dios y con mi conciencia.

¿Enfermo dice usted? No es exactamente el caso. El hecho de que hiciera antesala en casa del doctor obedecía a otro médico. El doctor Hidalgo es mi médico del Seguro, un amigo que se aviene a refrendar las recetas que me prescribe otro amigo y contertulio, el doctor Romero. Es decir, esa tarde acudí a casa de aquél a recoger las recetas extendidas por el otro. Quizá el procedimiento no sea ortodoxo, pero gracias a él me ahorro unas pesetillas, nada despreciables al precio que se están poniendo las boticas con esto de los laboratorios multinacionales.

En la tertulia de los domingos, en el único café superviviente del barrio antiguo, a la que concurren varios doctores, he oído comentar que el más

reciente descubrimiento de la medicina social es el médico de familia, aquel médico, hoy olvidado, que lo mismo se sentaba un rato de cháchara con el enfermo que le ponía una cataplasma o le trataba unas paratíficas; esta figura es la que se pretende resucitar ahora con objeto de establecer un tamiz al ingreso en residencias y hospitales, hoy abarrotados. ¿Y sabe usted lo que cuesta diariamente una cama de hospital en nuestra ciudad? ¡Diez mil pesetas! Imagine usted las cosas que pueden hacerse con diez mil pesetas.

En las afueras del pueblecito donde nací, en la comarca de Villarcayo, adquirí hace tiempo una vieja casa de piedra de dos plantas donde he pasado siempre las vacaciones y, ahora, ya retirado, proyecto refugiarme parte del año. Pues bien, en la titular de ese término, como en tantas otras, el médico ha quedado relegado a la condición de un expendedor de volantes para la Residencia de la capital. Como es lógico, el doctor se siente disminuido pero no se atreve a nadar contra corriente y arrogarse una responsabilidad que nadie le reclama. Si dispone de una ambulancia, ¿para qué correr el riesgo de que el enfermo se agrave y se le muera entre las manos? ¿Qué explicación podría dar, en este caso, a la familia del difunto? La actual organización de la medicina social en nuestro país es mala por varias razones pero fundamentalmente por una: al médico se le priva del derecho de curar.

Yo recuerdo antiguamente, en mi pueblo, a mi difunto tío Fermín Baruque, ¡qué ductilidad! Aquel hombre hacía de todo, atendía a partos, remendaba cabezas descalabradas, aplicaba sanguijuelas… Cierto que su responsabilidad era muy crecida, pero quedaba compensada por la posibilidad de devolver la salud, de sentirse médico en toda la extensión de la palabra. Y había que verle, que le estoy hablando de cuando yo era chiquito, y el tío Baruque, como un dios omnipotente, recorría el término en su caballo alazán, nevase o apedrease. Ésta es, según rumores, la gran revolución que se cuece ahora en Madrid para resolver los problemas de la Seguridad Social: inventar a mi tío Fermín Baruque.

Pero a lo que iba, señora. Yo soy un enfermo saludable o, si lo prefiere, un enfermo que nunca se muere ni acaba de sanar del todo. En la tertulia me tienen por un maniático. Mis hermanas, que gloria hayan, también me tenían por un maniático, pero yo creo que lo mío, antes que manías, son alifafes, las goteras propias de la edad, si bien la edad de las goteras se ha manifestado temprano en mi caso. Como contrapartida puedo asegurarle que no recuerdo haber guardado cama por causa de enfermedad desde que era chiquito, allá en el pueblo, cuando mi difunta hermana Eloína me llevaba un ponche a la cama y una aspirina para combatir las fiebres. ¡Cómo recuerdo aquella vieja cama

de hierro, con laterales de finos barrotes negros, y un colchón de muelles, que chirriaba cada vez que yo me daba media vuelta! Junto a la cabecera había una mesita de noche de nogal veteado y, encima, un vaso de agua cubierto con un pañito y la palmatoria y, en el compartimiento bajo, un orinal blanco, de loza, con los bordes desportillados.

Las visiones de infancia, señora, no se esfuman, perduran a través del tiempo. Yo no olvido las misas dominicales en la ermita de abajo, durante el verano, cuando mi difunta hermana Eloína me enrollaba al cuello una gruesa bufanda de lana, aun en los días más cálidos, para preservar mi garganta de los cambios bruscos de temperatura. Desde niño he sido muy sensible al frío, o, por mejor decir, al frío y al calor. Aunque de constitución pícnica, soy hipotenso y las temperaturas extremas me afectan mucho. A partir de octubre los pies se me enfrían y no reaccionan ya hasta bien entrado mayo. ¿Y qué decirle del calor? La canícula me muele, literalmente me hace polvo y, por las noches, en la cama, no puedo soportar la ropa. La alternativa es irresoluble: el calor de la colcha me impide conciliar el sueño, pero si prescindo de ella me enfrío. En todo caso, mi difunta hermana Eloína se equivocaba al arrebujarme la bufanda, porque mi garganta, aunque pagase las consecuencias, no era la puerta de acceso al frío. En un principio pensé que el frío entraba en mi cuerpo por los pies, fue cuando resolví ponerme calcetines altos de lana, pantorrilleras de las que usaban los pastores de mi pueblo. Más tarde, que por la cabeza, y aunque conservo un cabello fuerte y abundante, sí que entrecano, me aficioné a la gorra de visera y con ella sigo. Éste es otro de mis muchos defectos. Remedio que adopto ya no sé dejarlo, se incorpora a mi modo de ser con carácter vitalicio, aunque los hechos evidencien su ineficacia.

Pero a lo que iba, con los años descubrí que por donde yo me enfriaba, ¡pásmese usted!, era por los muslos, por la cara anterior de los muslos. Me enfriaba, por supuesto, sin sentir frío, lo que me obligó a ser prevenido y llevar en el bolsillo del gabán un chal con el que me arropaba los muslos cada vez que me sentaba. Esto originó no sólo una servidumbre sino un nuevo riesgo, ya que si en alguna ocasión, por fas o por nefás, no podía apelar al chal, inevitablemente cogía un resfriado, lo que, a su vez, me indujo a improvisar sobre la marcha nuevos procedimientos de abrigo, cosa que me ponía, con frecuencia, en situaciones embarazosas. Ahora recuerdo que, almorzando en una ocasión en un restaurante de lujo con don José Miguel Ostos, presidente del Consejo, en los días que me escamotearon la dirección del periódico, sentí un cierto repeluzno, y aprovechando que don José Miguel estaba en los lavabos, me puse las dos servilletas, la suya y la mía, sobre los

muslos. Cuando empezamos a comer, el *maître* se disculpó y trajo otras, pero yo pasé la comida más pendiente de ocultar las tres servilletas que de las palabras del presidente. ¡Y tantas situaciones semejantes como podría referirle!

Mi difunta hermana Rafaela, la menor, que era maestra de escuela y una mujer excepcionalmente bonita, siempre que venía por casa me aconsejaba lo mismo: «Uge, eso lo resolvías de una vez con unos calzoncillos largos, de felpa, como los que usaban padre y el abuelo». Pero todos tenemos prejuicios, señora, y uno de los míos es el de declinar una senectud prematura y los hábitos lamentables que ello comporta. Y no por presunción, como pudiera pensarse, sino por un principio estético elemental. Incluso ahora que estoy en el umbral de eso que llaman tercera edad, que yo sospecho que es la misma vejez de antes, me resisto a ello. Si claudico en estas cosas a los sesenta, ¿quiere decirme, señora, qué dejo para los ochenta? Esta actitud mía, dilatoria, abriendo perspectivas al tiempo, me infunde cierta seguridad. De modo que rehusé el consejo de mi hermana, lo cual no quiere decir, y usted perdone, señora, si desciendo a estas intimidades, que yo gaste esos calzoncillos esquemáticos, como braguitas, que ahora se llevan, sino calzoncillos de perniles, blancos, holgados, a medio muslo, de los que se usaban antes de la guerra.

Una de mis fijaciones es, pues, la de cerrarle puertas al frío. El frío es alevoso y yo me sublevo cada vez que oigo decir al ministro del ramo, con esto de la crisis de energía, que es preciso ahorrar calefacción, que la temperatura en centros oficiales no debe sobrepasar los dieciocho grados, que, por añadidura, es más saludable. Y yo pregunto, ¿saludable para quién? Hay quien genera calor dentro de sí y lo expande y quienes precisan recibirlo de fuera. Yo soy de estos últimos, hasta tal extremo que, si al acabar de comer, no coloco la palma de la mano durante media hora sobre mi estómago, éste se paraliza, no inicia la digestión. Una vez comenzada, el mismo proceso digestivo genera la temperatura necesaria para concluirla. Mas la puesta en marcha hay que aplicarla desde fuera, lo tengo comprobado.

Otro día le hablaré de otros achaques de este su buen amigo que la saluda con afecto,

E. S.

9 de mayo

Distinguida amiga:

Dice usted que el campo, por sí solo, no le procura felicidad, que únicamente le resulta alegre si trae usted la alegría dentro y que, en resumidas

cuentas, el campo no le parece un sitio para estar sino simplemente para pasar. Tal vez tenga razón, aunque sospecho que usted no ama al campo porque no lo conoce, porque se le ha hurtado la oportunidad, pongo por caso, de escuchar el rumor de una nogala mecida por el viento en tanto el ruiseñor le pone el debido contrapunto desde la fronda del arroyo. En el campo no debe usted buscar la alegría tanto como la serenidad, esto es, la posibilidad de ordenarse por dentro. Para ello, lo único que el campo nos exige es acomodar la vida a su ritmo. Si cada cual tira por su lado no hay nada que hacer, la armonía quiebra. Usted es probable que haya pasado en el campo uno o dos días y en ese plazo es imposible el acoplamiento. Uno arrastra el apremio urbano y la pausa del campo, en principio, le irrita, el tiempo le cuelga y no acierta a sustituir una actividad por otra, ni a sacar provecho del silencio y la soledad. Esto se va aprendiendo gradualmente, sin más que dejarse estar. Lo que me resisto a admitir es que usted, que ama la música, que en sus cartas demuestra una fina sensibilidad, no comprenda al campo, no haya llegado nunca a una identificación con él.

Mi pueblo, contra lo que usted supone, no es Villarcayo, sino Cremanes, quince kilómetros arriba, hacia la montaña, un acceso fácil y cómodo, pues la carretera, aunque angosta y sinuosa, está recién pavimentada. En este pueblo nací y en él me crié. A los quince años, por exigencias de la vida, hube de abandonarlo y me instalé en la capital con mis hermanas, que gloria hayan. Con los años, cuando mis medios de fortuna mejoraron, adquirí una casa arruinada a media ladera y la fui reconstruyendo con amor, piedra a piedra, con la ayuda de Ramón Nonato, el barruco del pueblo, un muchacho repolludo, silencioso y tardo, pero sumamente eficaz. Cabe la casa, a mano derecha, se yerguen dos olmas gigantescas, a cuya sombra construí una mesa con un ruejo que me vendió el Aquilino Fernández, el molinero, un tipo avispado que hizo dinero con la maquila en la postguerra, cuando los años del hambre. Ahí, en esa mesa, paso las horas muertas, como, leo, hago crucigramas, escucho el transistor, incluso en los días serenos escribo alguna cosilla, pero, sobre todo, observo. Cada verano el petirrojo saca sus pollos del nido del cerezo silvestre y, torpes aún para cazar insectos, bajan a picotear las migas de pan a mis pies. No tienen todavía el pecho pintado y mediante sus frágiles patitas de alambre se desplazan a saltos con increíble rapidez. Las tardes sofocantes, infrecuentes en mi pueblo, suben a sestear a los olmos desde los pobos del soto las tórtolas y los arrendajos. Y muy rara vez, cuando me quedo traspuesto en la hamaca, siento gallear insolentemente a la picaza en la copa.

Al atardecer (en Cremanes el crepúsculo es temprano debido al Pico Altuna, a poniente, con sus buenos mil quinientos metros de altitud) suelo bajar a la huerta o me doy un paseo por la carretera, empujando el carrito de Ángel Damián, con quien siempre es grato recordar los años de infancia. En los últimos veranos he relegado un tanto los paseos. La edad pesa y si a la ida, cuesta abajo o por el llano, uno camina desahogado, el regreso, con la varga de la Penilla por medio, se hace agitado y fatigoso. Tal vez se deba a un exceso de kilos; lo más probable.

La labor de huerta es más reposada, o se gradúa mejor, y, como por juego, uno trabaja la cintura, flexionándola. Conseguir con las propias manos lo que uno precisa para sobrevivir resulta, por otro lado, gratificador. Lo mismo que comprobar el progreso de las plantas. Mi huerto es chico, media obrada a todo tirar, pero siembro en él un poco de todo: arvejos, habas, zanahorias, vainas, calabacines, cebollas, ajos, remolacha de mesa y, sobre todo, patatas. Esta zona da buena patata, es famosa por ello.

La finca colindante, en erío desde hace qué sé yo el tiempo, es propiedad de Ángel Damián. Ángel y yo, siendo chiquitos, nos enamoramos simultáneamente de la señorita Paz, la nueva maestra, allá por el año 26, pero la coincidencia, en lugar de enfrentarnos, nos hermanó. ¡Figúrese usted el contrasentido, enamorarse uno a los doce años y a los sesenta y cinco seguir soltero! Evidentemente el destino nos juega malas pasadas.

Los padres, los abuelos y los bisabuelos de Ángel Damián proceden del valle, pero sus hijos, el Ángel y el Julito, emigraron por la década de los sesenta. El uno, Ángel, marchó a Alemania, y el otro, el Julito, a Villarcayo, y de aquí a Bilbao. Ahora el Julito vuelve cada verano en su coche rojo (varía de marca y de modelo pero no de color) con la Petrita, su mujer, y los chicos a casa de su padre, que lleva tres años impedido en una silla de ruedas a causa de una hemiplejía. Julito llama a las niñas Begoña y Aránzazu y al niño le dice Iñaqui. En la luneta trasera del coche lleva una pegatina con una ikurriña y una leyenda en vascuence. El hombre está muy integrado. No llevará en Bilbao arriba de nueve años, pero cuando llega aquí y se junta con los de su tiempo, todo se le vuelve decir: «Porque a nosotros los vascos…», o «si no fuera por nosotros, los vascos…». Incluso en el 76 tuvo un altercado con el alcalde, cuando la Virgen de agosto, porque se obstinó en colocar una ikurriña junto a la bandera nacional en el balcón del Ayuntamiento.

En fin, señora, bueno o malo éste es mi pueblo, el pueblo donde he nacido, que espero pueda usted conocer un día. Reciba el respeto y el afecto de s. s. s.,

E. S.

17 de mayo

Distinguida señora:

Sus intuiciones son certeras. Yo me crié con mis hermanas, concretamente con mi difunta hermana Eloína y, de chiquito, con mi difunto hermano Teodoro, el mayor y, por un tiempo, jefe de la familia. Soy el benjamín de los cuatro y cuando falleció nuestra madre apenas contaba tres años. No conservo recuerdo definido de ella sino algo así como una vaga luminosa presencia, pero cuando me esfuerzo en apresarla se superpone la de mi hermana Eloína, de tal modo que ambas imágenes se confunden. Mi difunto padre falleció dos años más tarde, al decir de la gente del pueblo de pura pena, pues el tío Baruque no le diagnosticó enfermedad.

Muerto el padre, mi hermano Teodoro se hizo cargo de la hacienda, más bien mermada, pero con su esfuerzo se las ingenió para sacarnos adelante. Yo era eso que en los pueblos dicen un tardío, pues nací después de que mi difunta madre cumpliera los cuarenta y siete, caso raro de fertilidad en el mundo rural de aquellos tiempos. Las cosas fueron adelante mientras los hermanos vivimos juntos y en armonía, pero un buen día mi difunto hermano Teodoro, que era el puntal de la familia, se echó novia en Cornejo y entonces empezaron los recelos y, más tarde, al contraer matrimonio, las desavenencias. Total, que repartimos, vendimos las hijuelas y yo, con quince años mal cumplidos, me vine a la capital con mi difunta hermana Eloína. Para entonces Rafaela, la maestra, tenía ya una escuela en propiedad en Alcullín, un pueblecito próximo, a media hora de autobús, y solía pasar con nosotros los fines de semana. En realidad, estábamos mejor separados, pues Rafaela, de carácter firme y más cultivada, no congeniaba con Eloína y la menospreciaba. Mi difunta hermana Eloína cosía para fuera y se ocupaba de las faenas domésticas y, dentro de su gran corazón, era un ser elemental, y la reconcomía que su hermana se presentara cada sábado en casa como una señorita, a mesa puesta. Los roces por este motivo menudeaban y a veces pienso que si mis hermanas no se distanciaron entonces fue por mi causa. Una y otra aspiraban a ganar mi preferencia no enalteciendo sus cualidades personales sino empequeñeciendo las de su propia antagonista. En el fondo, en las relaciones entre ambas, había mayor dosis de puerilidad que de mala fe y, mal que bien, al quedar las dos solteras, se vieron forzadas a conllevarse hasta que a la difunta Rafaela le llegó su hora, cinco años después de su jubilación. La pobre Eloína, aunque pagó un fuerte tributo a la artrosis y

últimamente tenía unos andares lentos, como envarados, fue más longeva y falleció el año pasado, de puro vieja y con la cabeza perdida.

Por unas cartas que encontré un día en la cómoda de la sala, supe que mi difunto tío Baruque, el médico, la había pretendido e incluso iniciaron unas relaciones que por razones no del todo claras nunca llegaron a formalizarse. Mi tío Baruque era ya entonces un viejo solterón, pero viéndole erguido, a horcajadas de su caballo alazán, daba el pego, tenía un algo, como una prestancia aristocrática, que fascinaba. Y se conoce que a Eloína le hizo mella su apostura y a pique anduvo de perder la cabeza y, si no lo hizo, según las viejas comadres del pueblo, fue porque le repugnaba la idea de darme un padre postizo y, con mayor motivo, borrachín y descreído como el tío Baruque era. Por otra parte, mi difunta hermana Eloína ni muerta me hubiera confiado a Rafaela, «sabidilla —decía— como todas las maestras». Total, que se mostró inflexible y probablemente no sólo por mí sino también por una proclividad al celibato que se viene dando en mi familia desde la generación de los abuelos.

En lo tocante a la difunta Rafaela, siguió su camino. Cinco años en Alcullín, tres en Pedrosillo el Ralo, provincia de Salamanca, seis en Medina del Campo y, finalmente, en Motril hasta la jubilación. Durante el Movimiento Nacional, a punto de cumplir los cuarenta, Rafaela tuvo una buena proposición. Sergio, un capitán de Regulares, que empezó siendo su ahijado de guerra, terminó declarándosela. Tenía doce años menos que ella, pero mi hermana, hasta que falleció, conservó un cutis terso, unos ojos vivaces, una figurita proporcionada y una atractiva gracia juvenil. Nunca aparentó, ni de lejos, los años que tenía. Sergio, el capitán de que le hablo, al marchar al frente, la dejó en prenda un cachorro de pastor alemán por el que sentía gran estima, pero el perro, que quedó en casa, se hacía todo por los rincones y mi hermana Eloína, harta, lo envenenó una noche y me hizo escribir a Rafaela a Pedrosilla diciéndole que había muerto del moquillo. Entre ellas, estas mezquindades eran frecuentes. Recuerdo que cada vez que mi difunta hermana Rafaela venía de vacaciones, Eloína, que se negaba «a hacerle de criada», se encamaba alegando una indisposición, y la otra, que no sabía ni freír un huevo, no tenía otro remedio que bajar a comer durante dos o tres días al bar de la esquina.

Pero es el caso que a las dos semanas de muerto el perro, el 31 de marzo de 1939, la víspera del fin oficial de la guerra, al bueno de Sergio lo mató en Igualada una bala perdida. Observará que en mi familia existe una manifiesta propensión a la soltería: por una razón o por otra, tampoco hubo suerte con las

oportunidades que se presentaron. Quiero decir que si mi hermana Eloína se muestra un poco menos renuente con el tío Baruque o la tonta bala de Igualada no se hubiera disparado, es más que probable que en algún sentido mi vida hubiera cambiado de signo.

En lo que me concierne, al verme en la capital sin oficio ni beneficio, ni otros estudios que la primaria, me coloqué de repartidor en una tienda de ultramarinos. Era una actividad libre, aunque dura, pues en aquel entonces se llevaban los pedidos en cajones de madera, al hombro, como si la rueda no se hubiera inventado todavía. Mis hermanas consideraron mi decisión un despropósito, pero Eloína cosía poco y nada podía hacer para evitarlo, y en cuanto a Rafaela, su deseo de costearme una carrera carecía de sentido, puesto que su sueldo apenas le alcanzaba a ella para sobrevivir.

Con el señor Urbano, el dueño de la tienda, permanecí catorce meses, al cabo de los cuales gané una oposición para botones del Círculo Mercantil, una oposición sencilla, a base de un dictado y cuatro operaciones aritméticas, pero que me infundió confianza en mí mismo. El trabajo, menos penoso que el de la tienda, se reducía a llevar flores o esquelas a alguna señorita, ya que al Círculo únicamente tenían acceso los hombres, o comprar cigarrillos o alguna botica para los socios. Como entonces aún no conocía a nadie en la ciudad, el uniforme, gris, con doble botonadura y el gorrito cilíndrico con barbuquejo negro no me afectaban.

En aquel tiempo yo ya escribía algunos poemas, los poemas que aprendí a componer con Ángel Damián en la escuela del pueblo y que secretamente dedicábamos a la señorita Paz, la maestra. Aleluyas fáciles, de rima sonora y naturaleza ripiosa, pero que me proporcionaban un desahogo y un inefable placer. También había tomado gusto a leer los diarios y así fue como una mañana pude enterarme de que *El Correo de Castilla*, el periódico local, necesitaba un ordenanza. Me presenté a don Juan Guereña, el gerente, un hombre de complexión fuerte, mirada gris, acerada, y un cierto aire germánico, pero de trato agradable, incluso paternal, quien, tras un breve diálogo, me concedió la plaza. Pero ésta es otra historia que le contaré a usted con calma más adelante.

Me sorprende que a su edad tenga ya cinco nietecitos. Las madres americanas, cuando llegan a esta situación, inician una carrera universitaria o rematan la que tenían inacabada. Claro que bastante tiene usted con el piano, según me dice. ¿Nunca pensó dar a su *hobby* una proyección pública?

Con sincero afecto,

E. S.

23 de mayo

Estimada amiga:

Admito que mis cartas le produzcan a usted una impresión de serenidad, aunque, como diría el otro, la procesión anda por dentro. A pesar de mi apariencia flemática y controlada, soy hombre de temperamento nervioso; no duermo o duermo mal. Desde muchacho tengo problemas con el sueño. Esto y la acidez de estómago son dos de mis peplas. Al principio combatía la hiperclorhidria con almendras secas. El bicarbonato no lo tolero y tomaba almendras. Las almendras absorbían los ácidos y me aliviaban pero me producían sequedad de estómago y tardaba horas en digerirlas. El día que comía almendras perdía el apetito y mi difunta hermana Eloína me regañaba. Siempre he andado a vueltas con el estómago. Nunca lo tuve fuerte aunque tampoco me ha deparado graves padecimientos salvo la gastritis, prácticamente crónica, que padezco. Mi amigo y contertulio, el doctor Romero, niega que la gastritis sea una enfermedad, aunque acepta que existen inflamaciones pasajeras de las mucosas que desaparecen en cuanto eliminamos las causas. Yo le respondo que, entonces, se puede admitir la existencia de gastritis circunstanciales, pero él dice que eso es como cuando la piel se ortiga, un accidente, nunca una enfermedad. No nos ponemos de acuerdo, pero lo cierto es que mi hiperclorhidria, siempre latente, se declara a temporadas, aunque me someta a una rigurosa dieta de leche, y otras, en cambio, no la siento aunque almuerce una fabada con todos los aditamentos. Con una particularidad: mi acidez cede si me tiendo en la cama del lado izquierdo y se exacerba si me vuelvo del lado derecho. Esto me llevó a pensar en una úlcera, pero, tras una serie de exploraciones, los médicos la han descartado. Más vale así.

Durante años relacioné mi estómago delicado con mi mal sueño, y puse en práctica una serie de experiencias, pero al comprobar que incluso las noches que no cenaba sufría pesadillas, deseché esta idea. Pensé, entonces, en la influencia del hígado y, a lo largo de medio año, me sometí a un régimen vegetariano, muy rígido a la hora de la cena, pero las cosas no variaron. En vista de mis fracasos, inicié un tratamiento con tranquilizantes y, después, con somníferos, pero todo continuó igual. En realidad, insomnios, lo que se dice insomnios, no padezco, luego el tratamiento con somníferos no procedía. Yo suelo coger el sueño sobre las dos de la madrugada, después de leer un rato, pero se trata de un falso sueño, un sueño superficial, una larga pesadilla. Tampoco es exacto hablar de pesadillas en sentido lato, es decir, por ponerle a usted un ejemplo, las que me asaltaban de chico: pretender huir y no poder

mover las piernas, encontrarme prisionero en una angostura que me impide rebullir y casi respirar, etc. Mi pesadilla actual es muy distinta: sueño que estoy despierto, o bien, estoy despierto y pienso que estoy dormido. No lo sé, todavía no he acertado a dilucidarlo. Lo incontestable es que yo puedo retornar a la vigilia tan pronto me lo proponga. En ocasiones, desazonado en mi duermevela, cuento corderos imaginarios o sigo mentalmente el itinerario de un tendón desde un dedo del pie hasta la ingle, pero no me duermo, o, si lo hago, sueño que cuento corderos o que sigo el itinerario de un tendón hasta la ingle. ¿He estado, en realidad, contando corderos o siguiendo tendones sin conciliar el sueño, o he soñado que contaba corderos y seguía tendones durante toda la noche? Lo ignoro y de ahí mi drama.

Llegado a este punto, comienza la pugna por conseguir la inconsciencia plena, un sueño profundo, la desconexión total de las neuronas. Empeño vano. Cuanto mayor es la voluntad de dormir más fácilmente se impone la vigilia. Y ya, en esta tesitura, uno aboca, como último recurso, a los remedios neuróticos: gotas en la nariz, tapones para los oídos, el antifaz… Entre todos ellos, hay uno verdaderamente ingenioso: los tapones. ¡Qué manera tan simple de eludir el mundo! Con los tapones le da usted al sentido del oído, tan maltratado el pobre, unas prudentes vacaciones. El aislamiento que procuran angustia un poco al principio pero, tan pronto uno se habitúa, encuentra la paz: no existen motores, televisión en el piso vecino, transistores, ni frenazos… Si siente usted la tentación de probarlos, rehúse los tapones de goma y ensaye los de cera, cera blanda, maleable, que se adaptan perfectamente a los orificios de los oídos (apenas escrito esto me asalta la sospecha de que los tapones puedan ser la causa de mis pesadillas al dejar prisioneras las ideas dentro de la cabeza, bordoneando dentro del cráneo, como moscas en un fanal; habré de someterme a nuevas experiencias).

Naturalmente, señora, he leído a Freud. Juzgo sus libros estimables como teoría pero nada más. No creo en el psicoanálisis como terapéutica ni en los sueños como realización de deseos o liberación de represiones. Si esto fuera así, mis sueños, creo yo, tendrían otro carácter. Pero soñar una y otra vez que estoy en vela, ¿qué significado tiene dentro del mundo onírico freudiano de la libido y la represión?

Mi amigo y contertulio el doctor Romero me recomendó un día permanecer menos tiempo en cama. Su razonamiento era discreto: sueño más breve, sueño más profundo. A partir de los cuarenta, me dijo, carece de sentido el viejo esquema de los tres ochos. Ensayé, pero el remedio fue aún peor que la enfermedad. De noche, la pesadilla subsistía y por el día vagaba

de un sitio a otro como una sombra, tronzado, incapaz de concentrarme, de lo que deduje que permanecer ocho horas en cama, despierto o soñando que lo estaba, me era imprescindible.

Después de largas reflexiones he concluido que esto mío es una enfermedad profesional. El periodismo, que nos hace trabajar de noche y dormir de día, invierte el orden natural para el que el hombre ha sido construido. Se produce así una desacomodación. El sueño de día no repara, y el trabajo de noche se consigue a base de excitantes y estímulos artificiales (la misma profesión lo es). Durante los casi cuarenta años que permanecí en activo rara vez me acosté antes de las cuatro de la madrugada y, con frecuencia, me retiraba a descansar estando el sol en el cielo. Argüirá usted que hay muchos periodistas que duermen como lirones, pero esto no es argumento. La silicosis es mal de mineros y son muchos los mineros que no la padecen. En suma, yo, así viva mil años, nunca podré adaptarme al horario de los trabajadores normales. Soy un enfermo incurable.

Pero me temo, amiga mía, que en estas cartas primeras le hablo demasiado de mí, aunque, bien mirado, nuestra correspondencia se inició con la finalidad de conocernos y, en buena lógica, no sería honrado silenciar los aspectos de mi persona que me parecen fundamentales. Mis líneas de hoy responden a su afirmación de que mis cartas le comunican una apacible sensación de serenidad. Tratar de aparentarla ante sus ojos sería una hipocresía. No soy hombre sereno, ni mucho menos imperturbable, aunque haya logrado un cierto dominio sobre mí mismo. En lo que atañe a las suyas, a sus cartas quiero decir, responden a una lógica cartesiana. No hay gratuidad en ellas, unas cosas se apoyan en otras, están machihembradas como una primorosa obra de carpintería.

Creo que se equivocó usted al abandonar sus estudios de Letras tras aprobar los Comunes. Admito los celos de su marido, entonces su novio, ya que hace ocho lustros las muchachas no hacían número en la universidad y las relaciones hombre-mujer se entendían de otra manera. Pero nunca es tarde. Le hablaba en días pasados de las madres maduras americanas, de su vuelta a los estudios una vez que sus hijos adquieren vuelo propio, no las necesitan. ¿Por qué no se matricula usted? El estudiante ideal sería aquel que dispusiera de las facultades de los veinte años y la experiencia de los cincuenta. A nuestros universitarios les falta lo segundo; a usted, lo primero. El problema estriba en descifrar cuál es más importante.

Con afecto y respeto,

E. S.

26 de mayo

Estimada amiga:

Me llega la suya en el momento de salir para el pueblo. Ando metido en obras allí, independizando el desagüe del baño del de la cocina, que resultaba insuficiente. Tengo la casa patas arriba. Como el Ramón Nonato está enfermo, con un lumbago que lo tiene paralizado, he contratado a un albañil de aquí, de la ciudad. ¿Sabe lo que me lleva por jornada? Cuatro mil pesetas y mantenido. ¿Sabe lo que cuesta un kilo de filetes de novilla en Cremanes? Setecientas pesetas. Más que aquí, en la capital, cuando la capital se abastece de reses de allá. ¿Hay quien entienda esto? ¿Le parece a usted serio que el gobierno nos diga que la vida subió un 0,8 por ciento el pasado abril? Una consulta, señora: el enlosetado de cocina y baño. ¿Baldosas o gres? Los amigos me recomiendan esto último. ¿No cree usted que pueda resultar un poco fúnebre? Le escribiré con calma. Saludos afectuosos,

E. S.

28 de mayo

Estimada amiga:

Se interesa usted en su última por la forma en que llegué al periodismo, cómo, sin estudios previos, pude alcanzar el grado de redactor. Bien mirado, aquello fue fruto de una serie de circunstancias que ni aún hoy, al cabo de los años, resulta fácil explicar. Le hablé en su día de mi presentación a don Juan Guereña, el gerente, la buena impresión que me produjo. A partir de entonces empecé a trabajar en el periódico, en principio un poco de comodín, pues lo mismo echaba una mano en la sección de fotograbado que atendía a la centralita que desempeñaba el papel de ordenanza de redacción. Esto último, que venía a ser un enlace entre la redacción y el taller, era lo que más me agradaba. Aquello era ya periodismo, puesto que manejaba informaciones que, clasificadas en secciones y en letras de molde, aparecerían en el diario a la mañana siguiente. Al cabo de pocos meses quedé fijo en esta sección. Por aquel tiempo, los redactores, aparte la información local, se dedicaban a hinchar los escuetos telegramas que se recibían de Madrid, noticias políticas, principalmente, si que también sucesos y acontecimientos internacionales. Una verdadera labor de creación. El redactor no disponía sino del núcleo argumental, que aderezaba, mediante pocos libros y mucha imaginación, con circunstancias de lugar y de tiempo. En el trayecto hasta las linotipias, en las escaleras y, sobre todo, en el túnel, yo leía apasionadamente las informaciones de que era portador ya que siempre sentí una viva curiosidad hacia los papeles impresos. De esta manera inicié mi formación periodística.

Hoy puedo afirmar sin jactancia que el trayecto de la redacción al taller (el largo pasillo, el tramo de escalera de hierro y el húmedo túnel de acceso) fue mi universidad.

Al cabo de dos años se produjo en el diario una importante novedad: la instalación del primer teletipo. ¿Puede usted imaginar, amiga mía, lo que supondría la incorporación de un ingenio que por sí solo reproducía en caracteres tipográficos lo que otra persona tecleaba en Madrid? ¡Una máquina que escribía sola! ¡Una auténtica revolución! Con su advenimiento cesaron los telegramas pero también, ¡ay!, se acabó la imaginación. El volumen de noticias era ahora excesivo, algunas noches abrumador. Se hacía indispensable seleccionar. El redactor ya no precisaba hinchar, sino, al contrario, desembarazarse de ganga, extractar, ya que en aquellos años se tiraba un periódico de cuatro páginas y la información del teletipo rebasaba lo que cabía en ellas. La esencia del oficio se invirtió, pues. El quehacer, sin embargo, continuaba siendo fascinante y yo acechaba a toda hora el rodillo del teletipo, donde iba surgiendo, letra a letra, la historia de cada día. A intervalos, cortaba en tiras el rollo sin fin, troceaba cada tira y pegaba las noticias en cuartillas antes de pasarlas a redacción. Después, en el túnel, observaba lo suprimido y lo realzado en los titulares y de este modo iba aprendiendo a separar el grano de la paja, a apreciar la síntesis como ejercicio intelectual.

Redactores y linotipistas me habían acogido bien y todos, incluso Hilario Diego, el regente, que después moriría absurdamente de una caída, desnucado en plena calle, y era hombre de carácter difícil, me estimaban. Al poco tiempo, don Juan Guereña, a petición mía, me asignó la plaza de ordenanza de noche, lo que me permitía asistir a la consumación de un proceso que desde el primer momento me había deslumbrado. Fui conociendo así el ajuste, la estereotipia, la confección de tejas y cartones, y, finalmente, ya de madrugada, el momento culminante, la tirada del periódico. Noche tras noche asistía, literalmente transportado, a aquella ceremonia y los domingos, que descansábamos, se diría que me faltaba algo. Yo necesitaba, como del aire, del olor a tinta fresca, del rodar de las bobinas, del bum-bum de la rotativa, de las timbradas intermitentes, de la excitación, en fin, que acompaña cada noche al alumbramiento. Hacia las cuatro de la madrugada me retiraba a casa con el periódico del día, la tinta aún fresca y olorosa, entre las manos. Pero, pese a las altas horas, mi difunta hermana Eloína me aguardaba levantada y, aunque ya no era yo ningún chiquito, me tomaba en brazos, me acunaba y me hacía contarle con pelos y señales las novedades del día.

A estas alturas me había ganado la confianza de los compañeros y raro era el día en que don Fernando Macías, el director, el señor Hernández o Baldomero Cerviño (tan cabal amigo mío, luego; tan fiel) no me encomendaban la redacción de alguna gacetilla. Una noche, el director elogió una breve glosa mía y aquello fue para mí como el espaldarazo, me envaneció, empecé a creerme alguien, de tal modo que, a partir de entonces, yo mismo, en cuanto disponía de un rato libre, solicitaba algún quehacer. Así me familiaricé con el «cajón de los tópicos», como decía agudamente el señor Hernández, y, en poco tiempo, asimilé cosas sustanciales, como, por ejemplo, que las muertes acaecidas antes de los cuarenta años eran «prematuras» y el difunto «malogrado; —las mujeres—, virtuosas» a partir de los cincuenta; «bizarros», en cualquier caso, los militares y «probos» los jueces. La relación no era larga ni difícil y, como usted imaginará, a las pocas semanas distribuía aquellos adjetivos con propiedad y desenvoltura, como un auténtico profesional. Y por ahí vino mi primer tropiezo, experiencia que aún no he olvidado, a cuenta de la necrología de la dueña de una casa de trato a la que yo, ingenuamente, por aquello de rebasar la cincuentena, califiqué de «virtuosa», lo que me valió una acerba reprimenda de don Fernando.

Este régimen de vida duró, más o menos, tres años, hasta 1936, que se produjo el Alzamiento Nacional y yo, como tantos otros, fui movilizado. A mi regreso, encontré la redacción de *El Correo* un tanto alterada. Durante la etapa republicana el diario se había manifestado no sólo acorde con su tradición liberal sino, yo diría, un poco de la cáscara amarga, y la empresa temía, con cierto fundamento, su incautación. Sin embargo, a estas alturas, Madrid ya no necesitaba incautarse de *El Correo*, puesto que este periódico, como toda la prensa nacional, quedaba sometido a las consignas del Ministerio, convertido, de grado o por fuerza, en portavoz de los principios del Movimiento. Por lo demás, salvo mi anhelo por ingresar en la redacción, cada día más vivo y apremiante, las cosas no habían variado. Una noche, Baldomero Cerviño me animó a matricularme en un cursillo intensivo convocado en Madrid para profesionales que, trabajando en una redacción, carecieran aún de carné. Le respondí que el proyecto era inviable puesto que no tenía el grado, ni estaba en redacción, pero Baldomero, que no se arredra ante nada, recomendó el caso a un viejo conmilitón, Manuel López Artigas, hombre activo y muñidor, políticamente situado, quien hizo la vista gorda de mi condición subalterna, me dispensó de la asistencia al cursillo (que para mí suponía un desembolso económico considerable) y cuatro meses más tarde me remitía el carné, con el número de inscripción en el registro, por correo

certificado. La jugada fue redonda y, sobre todo, oportuna, pues, según manifestó el propio Artigas, en lo sucesivo, para ser periodista no sólo se exigiría el grado sino una carrera de cinco años en una escuela especial, medida cauta y prudente para acceder a una profesión de tan alta responsabilidad.

Casualmente, en los meses que mediaron entre mi solicitud y la obtención del carné, y acaso relacionado con ello, don Fernando Macías, el director, y tres redactores de *El Correo* fueron depurados por el Tribunal de Represión de la Masonería y el Comunismo, ignoro si por comunistas o por masones. Total, que la redacción se quedó en cuadro y la Dirección General de Prensa, para evitar posibles desviaciones, impuso como nuevo director a un conocido botarate, Bernabé del Moral, personaje que se había distinguido mucho en la guerra pero cuyas dotes periodísticas eran nulas. Bernabé, consciente de sus limitaciones, me citó un día a tomar café y me propuso secundarle, ayudarle a enveredar ideológicamente el periódico, cometido que acepté de mil amores puesto que la línea reticente y solapada de *El Correo* no iba con mi carácter. Y así fue, amiga mía, como de golpe y porrazo me vi convertido en redactor del periódico, mi sueño de tantos años, objetivo por el que tanto había suspirado.

Pero advierto que me estoy extendiendo demasiado. Es posible que mis cartas le infundan a usted una sensación de serenidad, pero tampoco debo abusar de su paciencia. Y el caso es que aquí, en esta atmósfera apacible, con el vallejo de frutales a mis pies, podría seguir escribiéndole durante horas sin fatiga.

Mañana, con harto sentimiento, regresaré a la capital. Contésteme pronto, no se emperece. Besa sus pies,

E. S.

2 de junio

Apreciada amiga:

¿Dice usted que cómo me las apaño? Muy sencillo. Dispongo de una criada que me limpia el piso y me prepara las comidas. A la muerte de mi difunta hermana Eloína, pasé unas semanas desalentado, pues aunque al anuncio del periódico acudieron aspirantes como moscas, ninguna era de recibo. Yo necesitaba una mujer de peso, con experiencia, cosa, por lo visto, nada fácil en estos tiempos. Al fin, la esposa de Arsenio, el tendero, me habló de una extremeña de media edad, responsable y de fiar, que precisamente buscaba una casa tranquila. Conecté así con la buena de Querubina, una mujer que frisará los cincuenta, fondona y trasojada, que todo lo que tiene de

testaruda lo tiene de laboriosa. Para que me entienda usted, es una especie de ama de cura sin cura, que era propiamente lo que yo necesitaba.

No le oculto que el cambio de mi difunta hermana Eloína por esta mujer ha significado para mí un calvario. El celo, la intuición doméstica de Eloína no se pueden improvisar. Diríase que en vida de mi difunta hermana las cosas se hacían solas, no se advertía que anduviera nadie tras ellas. A las siete, en invierno y en verano, ya andaba en danza, ventilando las habitaciones delanteras, cuidando de no despertarme, cosa harto sencilla pues, desde hace qué sé yo los años, duermo con los oídos tapados, como creo le dije ya. A pesar de ello, en mi duermevela, percibía los discretos ecos de su actividad, pero eran tan tenues que, lejos de desasosegarme, me relajaban. A las once y media en punto entraba de puntillas en mi habitación, abría las contraventanas y me acercaba a la cama un té con limón y unas rebanadas de pan tostado con mermelada y mantequilla. Un desayuno frugal. Tras mi viaje a Estados Unidos, que realicé con otros periodistas, invitados por el Departamento de Estado, intenté adoptar el horario americano, más acorde con mi trabajo, pero pronto hube de desistir. A primera hora de la mañana, mi estómago está aún remiso y por mucho que lo estimule es incapaz de digerir una palomita de maíz y no digamos un huevo frito. Un té y una pequeña tostada es lo único que acepta sin rechistar. No obstante, allí, en América, tal vez por la novedad, el cambio de horario, o la vida ociosa, me desayunaba un par de huevos con jamón, cereales y café con leche, sin acusar problemas de digestión. Con este remiendo, y sin emparedado por medio, podía tirar desahogadamente hasta las seis y media de la tarde, hora de la comida formal. Pues bien, esto que allí era norma, resulta impracticable aquí. ¿Por qué? No lo sé. Pero si a poco de levantarme ingiero un refrigerio de esta naturaleza es como si tabicara mi estómago con cemento; no hago vida de él.

Mientras me aseaba, mi difunta hermana hacía mi habitación. No vea usted el amor que ponía en ello. De siempre dormí en una gran cama de matrimonio, la vieja cama de mis difuntos padres que nos trajimos del pueblo, y Eloína, como desde un costado no alcanzaba el otro, alisaba la sábana bajera con una vara. Después remetía cuidadosamente la ropa de los pies procurando abolsarla a fin de que no tirara, ya que a mí no me molesta tanto el peso de las mantas como su presión. La misma meticulosa ternura ponía en el mullido del almohadón, cargando los extremos de miraguano y dejando el centro, donde reposo la cabeza, más ligero y mollar. Eran, yo lo comprendo, concesiones al sibaritismo, detalles puntillosos que, por la fuerza de la costumbre, terminaron por parecerme naturales, pero que ahora, ante la impericia de mi bien

intencionada pero ruda ama de cura, he de realizar yo personalmente cada noche antes de acostarme.

Mi piso no es grande ni pequeño, ni antiguo ni moderno. Fue la primera casa que se construyó en el Ensanche, allá por los años cincuenta y, aunque entonces hablaron de una superficie habitable de ciento sesenta metros cuadrados, yo creo que en esas medidas incluyeron balcón, terraza y hasta el descansillo del montacargas. Aparte el despacho y el *living*-comedor, cuenta con tres dormitorios, más que suficientes para mis necesidades actuales, pero lo justo en vida de mis difuntas hermanas, puesto que ellas, dado su carácter y habituadas a la casona del pueblo, nunca quisieron compartir la habitación.

El edificio, por supuesto, no es tan sólido como los de principio de siglo, ni tan liviano como los actuales, pero con los años le ha salido un serio inconveniente, las goteras. En la época en que se construyó no existían los detergentes actuales que, a lo que se ve, corroen las viejas tuberías de plomo, con lo que, cada sábado y cada domingo, andamos a vueltas con los fontaneros. La deficiencia es de tal monta que pensé seriamente en la posibilidad de mudarme, ya que hoy me bastaría un apartamento con los servicios centralizados (en mi casa caliento el agua con termo y he electrificado la calefacción, con el precio que eso tiene). Con este fin miré algunos pisos por el Barrio Nuevo, pisitos coquetones de cincuenta a cien metros cuadrados, salón desahogado y un par de dormitorios, pero ¿imagina usted a qué precio? Tres millones y medio los más baratos, que, naturalmente, son los más chicos y, en renta, no encuentra usted uno ni por casualidad.

En otros barrios sí hay pisos de alquiler que no rentan menos de treinta mil pesetas mensuales, esto es, sobre poco más o menos, el sueldo medio de un español con automóvil. Y el caso es que este problema ya no es específico de las ciudades. En mi pueblo, en Cremanes, la hermana de mi difunto tío Baruque cedió gratis una era a un pintor hace lo menos veinte años, únicamente por el capricho de que se edificara una casa nueva en el pueblo, cosa que no recordaban ni los más viejos de la localidad. Bien, pues ahora se pagan trescientas, cuatrocientas y hasta medio millón de pesetas por un huertecito de media obrada para levantar en él un chalé. Y aún le diré más, en una explanada que se extiende delante de la casa de mi difunta prima Casilda, la más antigua del pueblo, blasonada y con arco de dovelas en el zaguán, han construido un burdo edificio de cinco plantas, con pisos que no llegan a los ochenta metros cuadrados y se venden a dos millones de pesetas. ¿Para aproximar la ciudad al campo? Quia, no lo crea usted, la gente de la ciudad acaba de descubrir los pueblos y en un impulso gregario, como son hoy todos

los impulsos, se vuelca en ellos pero no para adaptar su vida al ritmo rural sino para transferir a ellos el espíritu hedonista y decadente de la gran ciudad.

Mi régimen de vida, desde la jubilación, no puede ser más metódico. Me levanto sobre las diez de la mañana, dedico una hora a mi aseo personal, desayuno y me encierro en el despacho, leo el diario y escribo, bien cartas, bien algún artículo para *El Correo* o para la Agencia Tres, donde colaboro desde 1961. A la una me doy un largo paseo hasta la hora de comer. El itinerario varía de acuerdo con el clima y la estación, aunque siempre procuro buscar aire puro. Tras el almuerzo, ojeo los periódicos de Madrid, veo un ratito la televisión, resuelvo un par de crucigramas y me lanzo a la calle, pues rara es la tarde que no hay una conferencia, una exposición o un acto de interés. Al regreso, Querubina me lleva la cena a la sala en una bandeja y, bien arrellanado en un sillón, veo la televisión hasta el cierre. A las doce y pico me acuesto y leo un par de horas, no novelas españolas, de ordinario llenas de sexo y demagogia, sino novelas extranjeras de alcance mundial. A propósito, ¿ha leído usted *Holocausto*? ¿Vio la versión de la novela en televisión? ¿No será un exutorio del capitalismo judío? Me gustaría conocer su opinión.

Con todo afecto,

E. S.

8 de junio

Querida amiga:

No, en contra de lo que usted cree, no soy un televidente empedernido. Entiéndame, suelo ver la televisión un ratito por las tardes, el final del telediario, *La Hora 15* y el espacio que sigue. Y no todos los días, por supuesto. De noche, sí. El tiempo que dedico por las noches a la televisión, rara vez baja de un par de horas. ¿Qué quiere usted? Es la manera de disponer de un interlocutor al que puede usted callar la boca si le resulta inoportuno. Y aún le diré más: a mí no me parece la televisión tan mala como dicen. La televisión no es buena en ninguna parte, si lo fuera, si fuera objetivamente buena, sería mala, es decir, el noventa por ciento de los espectadores que carecen de finura, de rigor intelectual, la reprobarían. El quid radica en no dejarse engatusar por la televisión, evitar pasarse ante el aparato las horas muertas.

¿Cómo? La receta es sencilla: seleccionando espacios. ¿Ha probado usted de seleccionar espacios, amiga mía? Hágalo, se lo recomiendo; es muy saludable. La caja, entonces, deja de ser tonta y pasa a ser entretenida, en ocasiones incluso enriquecedora.

Yo no vi la televisión con asiduidad hasta hace cosa de ocho años, que me fracturé el peroné de la pierna izquierda, y estuve inmovilizado casi dos meses. Una mala pisada en el taller, sin la menor violencia. Según dicen, hay ocasiones en que la disposición de las piernas en relación con el peso del cuerpo posibilita estas fracturas; accidentes tontos pero de enfadosas consecuencias.

Mi difunta hermana Rafaela sí era una televidente contumaz. En vacaciones y durante los últimos años, a raíz de su jubilación, permanecía horas y horas ante el televisor como hipnotizada. Consciente de su afición, y a pesar de que no los regalan, adquirí un receptor en color para sorprenderla. ¿Qué será esto del color que a todos nos encandila? Los hombres llevamos dentro algo del niño que fuimos o del ser primario que se oculta tras el barniz de seres civilizados, de tal modo que anteponemos la imagen cromática al blanco y negro. Sin duda el color no le añade nada a la imagen como expresión artística, pero convierte cualquier transmisión baladí en un pequeño espectáculo.

Mi difunta hermana Rafaela continuaba atractiva a sus setenta años. A veces, cuando estaba abstraída ante el televisor, yo la observaba complacido, sin que ella se diera cuenta: su frente recta, que ella cuidaba de no despejar del todo; su nariz pequeña, de aletillas vibrátiles, sensuales; sus labios carnosos; sus pómulos prominentes y, ante todo, su piel, fresca y estirada, incluso en el cuello, sin pliegues. De chiquito miraba a mi hermana como a una diosa, su cuello altivo, sus pugnaces pechitos insolentes, su cintura flexible, inverosímil, realzada por las curvas rotundas, ondulantes, de sus caderas. Era una belleza singular Rafaela, que acrecía con su actitud displicente, levemente desdeñosa hacia todo, en especial hacia los hombres. Con Sergio, el capitán de Regulares, del que le hablé en otra carta, su actitud no cambió, al menos en apariencia. Jamás vi a mi hermana ensimismada, afligida o exultante por este motivo. Se dominaba o era una mujer fría que no experimentaba los sentimientos o las pasiones que mueven al resto de los mortales. No obstante, en principio envidié a Sergio, luego, incluso, llegué a odiarle y, aunque esto no debiera decírselo, cuando cayó en Igualada simulé cierta contrariedad pero, en el fondo, me sentí liberado de un peso. Me resultaba insoportable la idea de que Rafaela me abandonara y tuviera otra casa con él. Necesitaba su presencia periódica, la certeza, cada vez que se ausentaba, de que volvería, y, también, aunque le parezca extraño, su virginidad.

La señorita Paz, la maestra de quien me enamoré a los diez años, guarda cierta semejanza con mi hermana. Aparte de ser maestra como ella, tenía la misma malicia relampagueante en sus pupilas oscuras, la misma calidad de carne. Ahora pienso que por eso me enamoré de ella y le dedicaba versos, algunos, Dios me perdone, rayando en lo erótico. Entre mi difunta hermana Rafaela y la señorita Paz había otra cosa en común: sus movimientos lentos, como emperezados y, al mismo tiempo, con algo felino, sinuoso, inquietante, cargado de sensualidad. El atractivo de Rafaela era de tal naturaleza que ni a mí, que era su hermano, me dejaba indiferente.

Voy a sincerarme con usted: creo que lo que en última instancia me decidió a tomar la pluma y escribirle después de leer su nota fue una curiosa coincidencia: mi difunta hermana Rafaela pesaba un kilo menos que usted, medía lo mismo que usted, uno sesenta, y por lo que usted dice, tenía su mismo aire juvenil. Al leer su mensaje, me la imaginé talmente como ella era, grácil, insinuante, la tez oscura, las extremidades largas y flexibles, la mirada caliente… ¿Me equivoco? Si no lo considera impertinente, me agradaría recibir una fotografía suya, una fotografía actual, a ser posible no de estudio. Aborrezco el artificio del estudio, la sonrisa estereotipada, el escorzo previsto, el retoque… En todo me gusta la espontaneidad, lo directo e improvisado. En las contadas ocasiones en que he acudido al estudio de un fotógrafo me he sentido cohibido, amedrentado como en la antesala del dentista. Luego, los preliminares: levante usted la barbilla, la mirada por encima de la cámara, las manos en el regazo, no se mueva… ¡Atroz! Finalmente el objetivo de la máquina apuntándonos. Realmente irresistible. Prefiero sentir enfocado hacia mí el cañón de un revólver que una máquina de retratar, créame.

Este modo de supervivencia, la fotografía, no me tienta lo más mínimo. Antaño, en mi pueblo, la gente se retrataba al salir de la gripe, cada dos o tres años. Nunca me he explicado esa costumbre. Como es previsible, las cartulinas reflejan unos rostros ajados, macilentos, todavía con la tristeza de la enfermedad en los ojos. Digo yo que la finalidad estribaría en poderse mirar luego al espejo y comparar. «Cuánto he mejorado; cada vez me alejo más de la muerte». En todo caso se trataba de una excéntrica tradición que no creo perdure hoy ni entre los viejos. Los jóvenes, desde luego, son ya de otra manera.

Tal como la imagino, no merece usted tener una nieta de diez años, la mayor según me dice. Cierto que se casó joven y su hija no menos, pero así y todo. En cualquier caso, el hecho de convivir con su hija, su yerno, dos nietecitas y un hijo soltero le facilita a usted unas posibilidades de

comunicación de que yo carezco, lo que tal vez explique su desdén por el televisor. ¿Qué falta le hace a usted? Mi caso es diferente. Y, desde esta altura de la vida, pienso a veces si no habría adelantado más casándome a tiempo. El matrimonio, como el suicidio, es contagioso. En mi familia han abundado los célibes. De cuatro hermanos vivos (nacidos fuimos ocho) únicamente se casó el mayor, Teodoro, y de la familia de mi difunta madre, sólo ella; sus hermanos Onofre, Bernardo, Sixto y Leoncio quedaron solteros y resultaron flojos, no alcanzó ninguno los setenta años y, a excepción de mi difunto tío Leoncio, que emigró a la Argentina y reposa en La Chacarita, todos están enterrados en Cremanes.

Como podrá comprobar, los antecedentes familiares influyen en el hombre tanto como los genes y el medio, a no ser que sean los genes y el medio los que determinan aquellos antecedentes. Pero probablemente, si mi difunto tío Onofre, el patriarca, que gloria haya, se hubiera casado en su día, todos hubiéramos ido cayendo detrás como los bolos. Los hombres, incluso las familias y las comunidades, nos regimos por rutinas.

Disculpe tanto pormenor familiar y reciba un saludo afectuoso de s. s. s. q. b. s. p.

E. S.

18 de junio

Querida amiga:

¡Oh, no, por favor! No recuerdo bien los términos de mi última pero creo que ni por broma debe usted considerarme un sátiro incestuoso. Con mi difunta hermana Rafaela, salvo los últimos años, a raíz de su jubilación, conviví poco, de ahí que, en cierto modo, la considerase una forastera. Y de ahí, acaso, también la deslumbrante fascinación que siempre ejerció sobre mí. ¿Enamorado yo de Rafaela? ¡Qué disparate! No debe usted concluir esto de mi ferviente admiración por ella. La asiduidad desmitifica y, posiblemente, si Rafaela, como Eloína, no se hubiera separado de mi lado, nunca hubiera reparado en su altivo esplendor. Pero mi difunta hermana Rafaela venía para ausentarse y, cada vez que se presentaba, yo descubría en ella algo nuevo, un mohín, un gesto, un ademán que hasta aquel momento me había pasado inadvertido. Y, admito, incluso que, al abrazarla, me estremecía, como si estrechara entre mis brazos a una hermosa mujer ajena a la familia. Pero ¿cabe deducir de esto que estuviera enamorado de ella?

Anoche, ya acostado, le escribí a usted mentalmente esta carta media docena de veces y, a cada redacción, agregaba un matiz que consideraba concluyente. Ahora, en cambio, a pesar de tanto ensayo, me encuentro seco,

el hilo conductor se ha roto y el venero de ideas que anoche fluía de mi cerebro se ha agotado. Me siento corto, torpe, sin recursos. Esta sequedad no es infrecuente en mí. Se diría que por las noches renazco de mis cenizas y mi cerebro entra en una fase de lucidez que no conoce durante el día. ¿Reminiscencias profesionales? No le digo que no. Lo cierto es que anoche, in mente, mi carta era razonada y persuasiva y hoy está muy lejos de serlo. Diríase que alguien ha pasado por mi cabeza un trapo húmedo como si fuera un encerado. ¿Cómo disuadirla a usted acerca de mis sentimientos hacia mi hermana? No acierto, mi cerebro es incapaz de organizarse. En ocasiones, ya en la cama, cuando algo por trivial que sea me desazona, tengo la fuerza de voluntad de levantarme y esbozar un guión en una cuartilla con objeto de apresar la coherencia, la estructura del discurso, lo que pretendo decir y en qué orden debo decirlo. Únicamente así, sabiendo hilvanado mi razonamiento, puedo acostarme tranquilo. ¿Y qué resuelvo con ello? Apenas nada. A la mañana siguiente ese guión no me orienta, no florece, es como un tronco sin savia, nada me sugiere. La víspera hubiera rellenado ese esqueleto con carne enjundiosa pero, tras una noche en vela, apenas soy capaz de arrimarle un poco de carroña para disimular su monda blancura. Lo que ayer era un esquema apretado y vivo, puesta en marcha de toda una serie, bien engarzada, de especulaciones, es hoy una relación de palabras inertes, sin proyección posible, como escritas por otra mano.

Pero volvamos al objeto de mi carta, ya que si hoy tomé la pluma fue para tratar de demostrarle a usted que en mi relación con Rafaela no existió nada turbio, ninguna inclinación indigna y, pese a mi cerebro atorado, de alguna manera he de cumplir mi propósito. Ya sé que usted bromea al llamarme sátiro incestuoso, pero tampoco me absuelve del todo. Entre líneas subyace una reticencia socarrona, una deliberada voluntad de dejar las cosas en el aire, porque, en el fondo, usted está convencida de que con Rafaela yo pequé, al menos de pensamiento. Y llegados a este punto, yo me pregunto: ¿cómo sujetar, controlar, dirigir nuestro propio pensamiento? ¿No vuela el pensamiento, en ocasiones, con alas propias, ajeno a nuestro propósito, a nuestra voluntad?

De chiquito, allá en el pueblo, cuando anduve enamoriscado de la señorita Paz, la maestra, cada vez que me confesaba con don Pedro Celestino, el cura, le decía lo mismo: «Creo que he tenido malos deseos, señor cura. —Y él, invariablemente, me respondía—: ¿Cómo que crees? Y si no lo sabes tú, ¿quién va a saberlo?». Pues aquí donde me ve aún no he resuelto el problema. Aunque uno se diga con la boca o con la cabeza que no desea, tal vez desee.

¿Cómo impedirlo? ¿Basta con no plegarse a ese deseo, las más de las veces porque su satisfacción no está a nuestro alcance, para no quebrantar la ley moral? Otro tanto le digo de la envidia. ¿No lleva el envidioso el infierno en su pecado? ¿No daría media vida por no serlo, por no arrastrar a cuestas tan pesada carga?

Pero dejémonos de disquisiciones morales. Hay otro extremo en la suya que no quisiera dejar sin comentario. ¿A santo de qué voy a tener reservas hacia los andaluces? Entiendo que el andaluz es un pueblo vital, al estilo napolitano en Italia, que si en su patria chica no da lo que tiene dentro es porque no se le facilita oportunidad. Me hacen gracia los andaluces y de manera especial las andaluzas, siempre que no sienten plaza de graciosos oficiales. No sé si me explico. Hay andaluces que por el simple hecho de serlo se consideran en el deber de ser graciosos y andan todo el día de Dios de cuentos y chascarrillos. A mí, estos graciosos oficiales, no me divierten. Todo lo forzado, lo que exhibe ostentosamente una marca de fábrica, me encocora. Me gusta, en cambio, el andaluz espontáneo, con su ceceo y su chanza innatos, que no intenta hacer de su salero un espectáculo. Como verá, mi opinión sobre los andaluces es positiva y el hecho de que usted sea sevillana, lejos de una tacha, es para mí un incentivo. Por si fuera poco, mi mejor amigo, casi diría mi único amigo, Baldomero Cerviño, aunque oriundo de Galicia, es andaluz, de Cádiz.

Querubina me avisa para comer. Otro día seguiremos charlando. La fotografía que esperaba no llegó. ¿Cuándo? Escríbame. No podría prescindir ya de sus cartas. Con afecto,

E. S.

24 de junio

Mi querida amiga:

Gracias, muchas gracias, infinitas gracias. Al fin he recibido esta mañana su fotografía y puedo asegurarle que desde que Querubina me la entregó no he dado pie con bola. Parece mentira que una cosa tan insignificante pueda provocar en un hombre hecho y derecho tamaña conmoción.

Como de costumbre, hoy me había levantado un poco obnubilado, y ni el baño tibio, ni un aseo meticuloso, consiguieron aventar mi malhumor. He leído varios libros sobre yoga y control de la mente y todos ellos coinciden en un punto: la importancia de la respiración como elemento relajador. Inspiraciones lentas, profundas y sostenidas y espiraciones súbitas, ruidosas y residuales como si nuestro cuerpo fuera un neumático al que pretendiéramos desinflar de un solo golpe. Según la filosofía oriental, del uso que hagamos de

los pulmones depende, en buena medida, la insatisfacción o la plenitud. Y algún fundamento debe de tener esto cuando yo en el campo me siento más equilibrado y resistente por el mero hecho de respirar aire puro. Otra norma aconseja hacer lo que traigamos entre manos, aunque sea una tarea intrascendente, enfrascándonos en ella como si en su resolución nos fuera la vida. El simple hecho de asearnos, pongo por caso, realizado con pausa, reflexivamente, puede convertir nuestro organismo tenso en un cuerpo laxo y relajado. Movido por esta esperanza, yo he hecho del aseo cotidiano un verdadero rito: baño tibio, recreándome en la contemplación de mi vientre redondeado, emergiendo de las aguas espumosas como una isla, fricción, rasurado minucioso con hoja, a la antigua usanza, masaje del cabello, etc. Por regla general, inicio estas medidas higiénicas, mecánicas, apresuradamente, pero, poco a poco, voy frenando, serenándome, buscando una fruición en ellas, de tal modo que, cuando concluyo, suelo ser una persona controlada, dueña de sí misma. Naturalmente hay excepciones. Hay veces en que la misma pretendida delectación, la voluntad de imponerme un ritmo sosegado, acrecen mi nerviosismo. Tal me sucedió esta mañana, ignoro la razón, aunque sospecho que, al menos en parte, usted tuvo la culpa.

Desde su anteúltima carta me siento avergonzado y perplejo. Entre bromas y veras, usted ha venido a plantear la relación con mi difunta hermana Rafaela en unos términos ambiguos, inimaginables para mí. Con la mejor disposición me examino, analizo mis sentimientos de entonces, los detalles contradictorios de mi trato con ella, pero no llego a conclusiones definitivas, en rigor no llego a ninguna conclusión. Este afán por alcanzar la luz y el convencimiento de no poder llegar nunca a la luz me desazonan y confunden.

Esta mañana no hallé sosiego en el baño. Fallaron los viejos trucos orientales; todo falló. Y cuando salí del aseo y sorprendí a Querubina, mi ama de cura, barriendo la sala con el escobón de la cocina, perdí los estribos y le armé un trepe desproporcionado. Ella me miró aquiescente, con su sumisa mirada perruna, sin decir palabra, y esto me sublevó aún más. A la espiral de la ira, cuando nos asalta, hay que ponerle un tope para evitar la histeria. Los desahogos verbales no conducen a nada, a lo sumo a que nuestra cólera, que no nos impide reparar en la irrisoriedad de nuestras explosiones, se desborde y nos lleve a la ofuscación absoluta y completa. A veces pienso que muchos crímenes pasionales no se originan en el odio a la víctima sino en el odio a nosotros mismos, al desprecio que nos merece nuestra conducta arbitraria y, objetivamente considerada, grotesca.

En esta tesitura me encontraba esta mañana cuando llegó su carta con la fotografía. ¿Puede usted creer que todo cambió en un instante? Mi arrebato fue como uno de esos pequeños incendios abortados por el extintor de nieve carbónica. Cedió enseguida. Sonreí a Querubina que me entregaba el correo y me encerré en el despacho para que nadie me importunase. Y aquí me tiene usted, ante su vera efigie. De la edad de su nietecita (porque no dudo que será su nietecita la niña a la que usted hace cosquillas) deduzco que la fotografía debe de tener cinco o seis años. ¿Me equivoco? Y de su inactualidad colijo que tampoco es usted amiga de fotografías.

Del retrato me agrada, en particular, su sonrisa, una sonrisa franca, expansiva, frutal. No es la sonrisa de mi difunta hermana Rafaela. La suya, la de usted, es una sonrisa rubia, genuina, incondicional. La de ella, larvada y, en cierto modo, enigmática. Pero ¿qué importancia tiene eso? Hay muchas sonrisas bellas o, mejor, hay belleza dentro de muchas sonrisas. Sus ojos son azules, ¿no es cierto? Los ojos claros son proclives a la miopía. ¿Usa usted gafas? ¿Lentillas tal vez? El riesgo de las lentillas estriba en su desprendimiento inesperado. Si estamos solos nos vemos disminuidos para encontrarlas y, si en compañía, no nos queda otro remedio que declarar la pérdida, esto es, hacer manifiesta nuestra deficiencia, si aspiramos a granjearnos una ayuda.

Yo soy miope desde chiquito, aunque mi difunto hermano Teodoro se negó a comprarme gafas alegando que ningún niño en el pueblo las usaba. Y, en verdad, no le faltaba razón. Las gafas, en aquel tiempo, eran adminículos propios de viejos o de gentes urbanas, signo de inferioridad en todo caso. La compensación de la miopía precoz es que nos vacuna contra la presbicia. ¿Utiliza usted lentes para leer? Yo leo fácilmente sin ellos, bien que aproximando el libro a los ojos, pero no experimento la menor fatiga, es decir, la fatiga, cuando se produce, es una fatiga psíquica, un cansancio mental, nunca de los ojos.

Del conjunto de su fotografía, me atrae especialmente su vivacidad, perceptible en sus facciones y ademanes, su candorosa apariencia juvenil. Creo que su afirmación en *La Correspondencia* a este respecto era exacta. Usted es lo que por aquí decimos una viuda de buen ver. De sus brazos desnudos y, especialmente, de su cuello, infiero su buena calidad de carne. Yo antepongo a todo la calidad de carne. La calidad de carne es esencial en una mujer y, especialmente, en una mujer madura. Y no me refiero a la celulitis ahora. Me repelen lo mismo unas carnes fofas, fláccidas, blancas, que unas carnes secas, grasientas o musculadas. Odio el vello excesivo, pero no menos

esas piernas depiladas, desguarnecidas, frías, como la piel de un reptil. Carnes prietas, densas, contenidas por una piel dorada, sedosa, de vello corto, suave y rubio como el de los melocotones, eso es. No se trata de estar más o menos llena, más o menos flaca, entiéndame, sino simplemente de que la carne, mucha o poca, que recubre el hueso, sea de buena calidad.

Mi difunta hermana Rafaela, durante los veranos en el pueblo, se tendía todos los días medio desnuda, a mi lado, en la galería. Era una de esas mujeres heliófagas, devoradoras de sol; nunca se saciaba. Y a mí me asombraba comprobar que el tiempo resbalaba por ella, que sustancialmente su cuerpo no varió de los treinta a los setenta años: los mismos muslos corridos, tersos, elásticos; los mismos pechitos erguidos, desafiantes; la misma cintura frágil, sin grasas, quebradiza. El cuerpo de mi difunta hermana Rafaela, de una carne de alta calidad, era un cuerpo que retaba a los años, sobrevivía sin acusar estragos, únicamente la muerte pudo con él.

Y ahora una súplica: ¿no podría usted enviarme una fotografía de cuerpo entero, un primer plano? En ésta, en el revoltijo que compone con su nietecita que ríe y se retuerce mientras usted le hace cosquillas, apenas se perciben, con su rostro, los antebrazos y una pantorrilla bien torneada. Pero a mí me agradaría contemplarla entera, sola, en un retrato de personaje, sin argumento. ¿Se avendrá a complacer a este viejo admirador? Entiéndame, la presencia de la niña, que con su risa inocente refresca el cuadro, no me incomoda en absoluto pero dispersa mi atención, y es usted, sólo usted, lo que verdaderamente me interesa ahora.

El día 28 me trasladaré a Cremanes, a pasar el verano. Según mi amigo Protto Andretti, que aunque nacido en Villarcayo le apodamos El Italiano porque es oriundo de allá, los albañiles terminarán mañana. Dejaré pasar unos días para que la casa se oree y Nerea, una muchacha medio anormal que se gana la vida como puede, la limpie por encima, le quite a Querubina, mi ama de cura, lo más gordo. Esta muchacha, Nerea, ha bajado con sus padres, ya de edad, de una aldea de la sierra. Son, pues, los primeros inmigrantes de Cremanes desde el siglo XIX. De ordinario, los jóvenes se van pero nadie los reemplaza.

Otro día le enviaré mi retrato. Me impone un poco este paso. Usted lo ha afrontado con éxito, pero ¿tendré yo la misma suerte? Y concluyo ésta, ya demasiado extensa, pero su fotografía, su presencia en esta casa sin mujer, bien merecía de mi parte este modesto homenaje.

Sabe la estima y admira s. s. s.

E. S.

29 de junio

Querida amiga:

¿Es cierto que a través de mis cartas se trasluce una punta de escepticismo? Yo creo que el escepticismo, como las canas, llega con la vejez, se desarrolla con la edad simultáneamente a la comprensión. Se conoce que los años mellan nuestros resortes emocionales, nos hacen más incrédulos pero a la par más humanos. Quizá si me analizo por dentro acabaré dándole la razón. Desde chiquito he sido introvertido y, en consecuencia, poco proclive a la franqueza, apartadizo y desconfiado. Es posible que esta actitud defensiva sea común a todos aquellos que, por arriba o por abajo, excedemos la norma, quiero decir a los que somos demasiado altos o demasiado bajos, demasiado gordos o demasiado flacos, en una palabra, a los que, en mayor o menor medida, padecemos un complejo. ¿Tengo yo complejo de bajo? ¿De gordo, acaso? ¿Lo tuve ya de chiquilín? En cualquier caso, mi desconfianza está justificada; puede decirse que desde que nací me he encontrado a la intemperie. A mis padres no los conocí. Los quince primeros años de mi vida estuve desasistido como miembro de una comunidad. Mi pueblo no contaba, no existía en el mapa; si un mal viento lo hubiera arrasado un día, nada se hubiera alterado por ello. Más tarde, ya en la capital, tropecé con un sórdido individuo que, a pesar de mis pocos años, no vaciló en cargarme como un burro para repartir artículos entre la vecindad. Posteriormente, sin comerlo ni beberlo, me veo envuelto en una guerra de tres años. Y, finalmente, cuando logro enderezar mi vida, acierto con mi vocación y estoy a punto de tocar el cielo con la mano, alguien me quita la tierra bajo los pies y me caigo para no volver a levantarme. ¿Qué le parece mi historia? Mi camino no ha sido ciertamente de rosas. Quizá este repertorio de calamidades no difiera, en sustancia, del de la mayoría de los mortales, pero a mí, por propia culpa o a pesar mío, que esto aún no he llegado a dilucidarlo, me faltó lo que otros tienen para poder afrontarlo con serenidad: compañía. Yo, por sino familiar o porque no la busqué, no hallé una persona que compartiera mi vida. ¿Fue mi hurañía causa o consecuencia de esta situación? ¿No encontré mujer porque soy huraño o soy huraño porque no encontré mujer? No me sería fácil determinarlo, ni adelantaría gran cosa con ello. Fue así y basta. En esto soy un poco fatalista. Achacar responsabilidades, a cosa pasada, no va conmigo, pero ello explica que, fuera del ámbito familiar, apenas dos personas se ganaran mi confianza a lo largo de mi vida: Ángel Damián, hoy imposibilitado, durante la infancia, y, ya de adulto, mi compañero en el diario, Baldomero Cerviño.

Ángel fue un amigo cabal, imaginativo y generoso. A su lado pasé los mejores años de mi vida. Encontrar un eco en la infancia es importante y él me lo deparó. Luego, con los años, los sinsabores y la enfermedad, se ha vuelto taciturno y quisquilloso y ha habido tardes que, empujando su silla de ruedas, nos hemos llegado hasta Cornejo sin cambiar más allá de dos palabras. En la vida, las cosas y las personas tienen su momento y es obvio que el de Ángel Damián ha pasado ya.

Mi amistad con Baldomero Cerviño, como amistad de adultos, ha sido más consecuente. Baldomero no es de aquí, nació en Cádiz y rodó luego por las delegaciones del Ministerio de Información de Lérida, Albacete y Segovia. Aquí encontró lo que buscaba, armonizar el periodismo con su cargo en el Ministerio, una mujer y una familia. Cuando ingresé de redactor en *El Correo*, aparte Bernabé del Moral, fue el único en tenderme una mano. Congeniamos bien. Almorzábamos juntos en una taberna una vez por semana y, luego, cuando se casó, en su casa, los jueves, rodeado de chiquitos que me llamaban tío. Baldomero es una persona equilibrada. Brillante y bien humorado, de todo saca partido. Y, luego, su físico, su noble testa patricia, de sedoso cabello blanco, que él sabe llevar airosamente sobre los hombros, con una altivez arrogante e inofensiva. Hace dos años, cuando falleció Esperanza, su mujer, pensé que se derrumbaría, pero no. Baldomero puede con todo. La desgracia tal vez nos hermanó más. Y si siempre hubo confianza entre nosotros, ésta ha aumentado en los últimos meses. Pero debo hablarle a usted con toda franqueza. Mi intimidad con Baldomero Cerviño no me releva de mi condición subordinada. Yo soy a Baldomero lo que Sancho a don Quijote, o lo que Ciutti a don Juan Tenorio. Los hombres apuestos, inteligentes o intrépidos precisan para brillar, para agotar sus posibilidades de proyección social, de un segundón, de un contrapunto. Yo soy ese contrapunto, señora. Entiéndame, esto es así a pesar suyo, a pesar de Baldomero, quiero decir, de su bondad innata, de su generosidad sin medida. Él no hubiera podido evitarlo, como no puede evitar un imperceptible tono de condescendencia cuando trata conmigo.

Baldomero, la tertulia de los domingos, los amigos de Cremanes, he ahí los núcleos de mi vida de relación. ¿Poco para sesenta y cinco años? Seguramente, pero ello demuestra que no soy lo que se dice un hombre extravertido, sino al contrario, reservado y misántropo. Usted ahora ha abierto una vía de comunicación con la que no contaba y me he encarrilado gustosamente por ella. Escríbame. Hábleme de sus cosas. No olvide la fotografía. Ignoraba que Silvia, su hija mayor, la casada con el diplomático,

residiera en Ginebra. Yo pasé por Ginebra hace un montón de años. Una ciudad aséptica, de grandes espacios abiertos, opuesta en su concepción a nuestras apiñadas e invivibles colmenas. ¿No va a ir usted a visitarla? ¿Es Silvia la madre de las tres niñas o es la de Sevilla? ¿No desea usted un nieto, un varoncito?

Piensa en usted su devoto amigo,

E. S.

4 de julio

Querida amiga:

Moisés Huidobro, el cartero, que accidentalmente hace las veces de alguacil, me entrega su carta, reexpedida desde la capital, con tres fechas de retraso. Con las prisas de última hora, olvidé decirle que me escribiera directamente aquí. No es preciso poner señas; Cremanes es un pueblo chico y todos nos conocemos. De esta manera ganaremos una fecha o tal vez dos.

Las cartas reexpedidas me decepcionan, son como cosas de segunda mano, revenidas, como si hubieran pasado una aduana o hubieran sido violadas previamente. En este punto soy un tanto susceptible. Antaño, durante las vacaciones, no permitía que mi difunta hermana Rafaela leyera el periódico antes que yo. Su anticipación me privaba del placer del descubrimiento y, por otro lado, se me antojaba que un periódico leído antes por otro había dejado de ser virgen, había perdido automáticamente todo su interés.

Le escribo a usted desde la galería encristalada de mi casa, donde mi difunta hermana Rafaela solía tomar el sol sobre una manta con unas sucintas braguitas y un sujetador. ¡Qué tiempos, Señor! La galería está ahora en sombras mientras que la ladera de enfrente y el Pico Altuna reverberan con el sol. Las cuestas, guarnecidas de roble en las cumbres y de pinadas de repoblación en los bajos, empujan la tierra al valle, surcado por el río Adarme, un aprendiz de río, en cuyas riberas, delimitando los huertos, donde ayer apenas crecían unas zarzamoras pugnaces, se alza hoy un soto de castaños, olmos y pobos de cierta entidad que cuando, como ahora, son mecidos por la brisa, componen una sinfonía vegetal inquieta y grave muy difícil de describir.

Me duele la torcida interpretación que hace su hijo de usted de mi ingreso en *El Correo*. Yo no entré, como él sugiere, por la puerta falsa sino por la única que encontré a mano. Los jóvenes de hoy todo lo simplifican, propenden a la iconoclastia y al maximalismo. En la vida, no hay puertas falsas ni puertas verdaderas, señora. Cualquier puerta es válida cuando es la

Historia quien nos la abre. Puede estar seguro su hijo de usted que yo no organicé el Alzamiento Nacional. Soy apolítico, desde la infancia lo he sido, y de siempre he considerado la política como un mal necesario. Quiere decir esto, señora, que tanto me da que la moneda caiga de un lado como del otro, que salga cara o que salga cruz. Únicamente desde esta posición neutral puede emitirse un juicio objetivo. Y ni el de su hijo de usted lo es —es objetivo— ni lo era el de don José Miguel Ostos, presidente del Consejo, cuando, en desdichada ocasión, le oí decir que la Dirección General de Prensa, no atreviéndose a incautarse de *El Correo*, había optado por ocuparlo. Con la mano en el corazón, señora, ¿puede considerárseme a mí, un hombre honesto, uno de los redactores más laboriosos y leales de la plantilla, como un ocupador? Admisible en el caso de Bernabé del Moral, un advenedizo, enemigo declarado de *El Correo*, director por méritos de guerra, pero ¿por qué en el mío, un ser refractario a toda ideología, un simple trabajador? Modestia aparte, señora, mi ingreso en el periódico no reportó a éste más que beneficios, el primero, y esencial, el de controlar de cerca a Bernabé del Moral, lo que no quiere decir que participase de la idea del señor Hernández de considerarle «un polizón con la única misión de hundir el barco». Yo nunca fui un peón del Ministerio, señora, un testaferro, como apunta su hijo. Es cierto que no compartía la ideología del diario, pero tampoco la de su timonel. Y aún puedo decirle más, mi labor durante aquellos años fue polifacética y abnegada aunque nadie, hasta la fecha, haya tenido la elemental cortesía de reconocerlo así.

Pero mejor que mis palabras, le convencerá de lo que digo el hecho de que el año cincuenta, enfermo de gravedad don Próspero Mediavilla, nadie puso objeción a que yo accediera al cargo de redactor-jefe. Antes, a lo largo de diez años, había hecho calle, sucesos, cine y, por último, redacción de mesa, una tarea que en principio había menospreciado pero que se me hizo, con la práctica, atractiva y capital. Como en ningún caso mi trabajo, aunque prolongado, ocupaba todas mis horas, dediqué aquellos años a leer primero a los grandes articulistas de la preguerra —Maeztu, Ortega, Unamuno— y después, en la Biblioteca Municipal, a los clásicos españoles, franceses y rusos. Total, lo crea usted o no, entre la redacción, la hemeroteca y la biblioteca del Ayuntamiento, consumí diez años de mi vida ajeno a todo lo que significase frivolidad. Mi afición por el periodismo era desmesurada, absorbente y, aunque sin una mira determinada, me preparaba para más altos destinos.

Las cosas parecieron encauzarse, como le digo, en el otoño del cincuenta, con el fallecimiento de don Próspero Mediavilla. Descartados dos compañeros por demasiado viejos, otros tres por demasiado jóvenes y mi inseparable Baldomero Cerviño por pluriempleado, Bernabé me nombró redactor-jefe con el visto bueno de la empresa (oiga esto bien, señora, y transmítaselo a su hijo: la empresa dio su conformidad a mi nombramiento). El cargo era engorroso puesto que, a falta de un director responsable, yo debía ordenar y distribuir el trabajo sin que Bernabé, cuyos prontos eran temibles, se considerase preterido y, al propio tiempo, conseguir la aquiescencia de la redacción como si legalmente los resortes del poder estuvieran en mi mano. Un delicado equilibrio del que, a Dios gracias, salí airoso puesto que no sólo evité roces y enfrentamientos sino que, en poco más de dos años, erradiqué el viejo vicio de la pérdida de los correos, aumenté la tirada en un veinte por ciento y conseguí doblar la publicidad. ¿Qué le parece mi hoja de servicios?

Con el tiempo, la posición del director se fue haciendo insostenible hasta que, al iniciarse la década de los sesenta, se produjo un cierto reblandecimiento en el control de la prensa, con lo que bastó un leve empujón de la empresa para desembarazarse de Bernabé, un hombre de paja y que, forzoso es reconocerlo, había entrado allí de cuña. Mi ascenso a la dirección parecía inevitable ya que no había a la vista ningún otro candidato idóneo. Cualquier observador desapasionado lo hubiera reconocido así. Y, sin embargo, amiga mía, prevaleció la política, prevaleció la ingratitud, y mi relación superficial, meramente amistosa, con Bernabé del Moral, se antepuso a mis méritos, con lo que mi sueño de tantos años quedó truncado. Pero desmenuzar este doloroso episodio me llevaría demasiado tiempo. Dejémoslo para otro día.

Llevo un par de horas junto a usted, escribiéndole a usted, charlando con usted, y créame que ni mi cabeza ni mi pulso acusan el menor cansancio. La galería ya no está en sombras. El sol, próximo a su cenit, penetra ahora por el lateral de cristales e ilumina, en parte, el entarimado de enebro. La brisa ha amainado y el verde vallejo se adormece en un sopor canicular. No será difícil que a la tarde truene. Sobre el corral vuelan las palomas que instalé hace dos años en la vieja panera de casa, apenas dos docenas pero animan la vista y, de cuando en cuando, me proporcionan unos palominos para la mesa, el manjar que más aprecio. ¿Los ha probado usted? El palomino es un bocado de príncipes, más fino si me apura que la perdiz y el faisán, de pechuga más tierna y esponjosa. Mi difunta hermana Eloína utilizaba una receta infalible. Anótela usted y pruébelos en la primera ocasión. Una profusa cama de cebolla

con una cucharada de aceite por unidad, un diente de ajo y una ramita de perejil. Deposítelos en ella, rehóguelos y póngalos a hervir a fuego lento, preferible de leña y carbón, en cocina económica. Pínchelos de cuando en cuando con un tenedor hasta que las púas alcancen el hueso sin resistencia. Sírvalos en caliente, sin destapar la cazuela. Una recomendación: no añada nunca agua. Es ésta una costumbre muy extendida ante el temor de que el pichón quede enterizo. A lo sumo, vierta en el guiso, antes de iniciarse el hervor, un chorrito de vinagre. Nada más. Usted me dirá, una vez que lo pruebe, si hay manjar más delicado en la tierra.

Disculpe tan larga epístola y reciba la amistad y el afecto sincero de este s. s. s.

E. S.

P. D.: Acompaño una fotografía del invierno pasado. Es la última que me han hecho y no encuentro nada mejor.

10 de julio

Querida Rocío:

Nunca hasta hoy me decidí a escribir su nombre, se me antojaba excesiva confianza, una osadía, estamparlo sobre el papel; me limitaba a musitarlo cuando paseaba sin rumbo por la carretera, empujando el carricoche de Ángel Damián o cuando, a la noche, me recogía en casa a mirar su fotografía (¿para cuándo la próxima de cuerpo entero?) o a pensar en usted. Nobleza obliga y debo confesarle que su nombre, en abstracto, antes de colocarlo en su persona, no me agradaba, se me antojaba un nombre *typical,* con aire de castañuela, de feria andaluza y yo, usted debe saberlo todo, no soy hombre fiestero. Me asfixian las muchedumbres. Tal vez ame al hombre pero, desde luego, aborrezco a las multitudes. Usted puede encontrarme, si me pierdo, en cualquier parte, pero no me busque en un mitin ni en un partido de fútbol. Toda aglomeración se me hace hostil. La conciencia colectiva es homicida. ¿Nunca asistió al espectáculo de un árbitro acosado, triturado, por los improperios de millares de energúmenos? Deprimente. La indefensión humana ante la sociedad se patentiza ahí. Pues bien, su nombre, en abstracto, encerraba para mí, desde siempre, resonancias multitudinarias, festivas. Ahora, en cambio, al escribirlo, me he estremecido. ¡Qué dulce es! Es un nombre fresco, silvestre, reconfortante, alegre, sin connotaciones verbeneras. Rocío es usted, únicamente usted, y aunque en su tierra existan cientos de Rocíos, para mí, desde hace tres meses, no hay más que una.

Le sobra a usted razón, exijo mucho del físico de una mujer, tal vez demasiado. Instintivamente lo antepongo a otros valores y cuando prejuzgo

que una fémina «vale poco» me estoy refiriendo exclusivamente a sus cualidades externas, a su físico, o sea que, antes que el ser pensante, habla en nosotros el animal. ¿Qué quiere? De barro somos. Y aún voy más lejos (aquí sobra toda hipocresía): prefiero, ya se lo dije, una noble calidad de carne a una cara bonita.

Se muestra usted, en cambio, poco indulgente cuando dice que pido mucho y doy poco a cambio, que consejos vendo y para mí no tengo. Soy bajo y rechoncho, no lo oculto, no soy ningún adonis, pero en los varones, pienso yo, eso no tiene importancia. El músculo sólo significa algo en los tarzanes de cine, en los supermanes. Un hombre sano nada tiene que envidiar de un hombre musculoso. En mi caso, además, las grasas están repartidas con equidad, bajo una piel tersa, sin asomo de celulitis. No es una gordura fofa la mía. Es una gordura, para que usted me entienda, que todavía tiene remedio. Un poco de ejercicio, una dieta moderada y echaré fuera quince kilos tan pronto me lo proponga. Pero ¿puede usted decirme a quién ofende mi obesidad? El hombre no debe estar solo entre otras razones para no abandonarse. Mi difunta hermana Eloína se mostraba muy rígida en este punto, pero su debilidad por mí la inducía a verme alto, incluso espigado. El juicio de usted es más válido, no ya por exigente sino por objetivo. Mas yo pienso que lo que hay que mirar en un hombre es lo que hay dentro de su cabeza, lo demás es secundario. De ahí que me conforte que lo que más le agrade a usted de mi persona sea mi aire intelectual, acentuado, sin duda, por la nueva montura de mis gafas. En cualquier caso, no va usted descaminada, ya que, al margen de mi etapa de recadero, en mi vida he hecho otra cosa que leer y escribir. Mis manos son inútiles para cualquier menester que no sea sujetar una pluma. De ahí que mi primera aspiración, a raíz de jubilarme, haya sido aprender a hacer algo con las manos, sembrar y recolectar, pongo por caso, ya que para imponerme en otras industrias es seguramente demasiado tarde.

Ignoraba que su hijo de usted estudiara en la Facultad de Ciencias de la Información y, con mayor motivo, que se interesase, para su tesina, por la etapa de censura previa de los primeros años de posguerra. La realidad no es tan luctuosa y flébil como él imagina, pero, si así lo desea, le hablaré de la imposición de directores, la destitución como medida precautoria, la reducción de cupos de papel, las consignas de obligado cumplimiento y otras zarandajas, aunque yo le aconsejaría que dejase dormir al pasado y proyectase su mirada sobre el porvenir. ¿Ha pensado su hijo de usted, por ejemplo, en el futuro del periodista español? No me choca que la juventud se sienta atraída

por esta profesión, por lo que encierra de audaz, influyente y arriesgada, pero la verdad es que no es oro todo lo que reluce. ¿Conoce su hijo de usted la estadística de *Le Figaro,* según la cual con los periodistas españoles actualmente titulados podrían cubrirse las vacantes que se vayan produciendo, ¡en Europa!, hasta el año dos mil? Sombrío panorama. Y para acabar de arreglarlo, ahora salen con que la libertad de expresión es incompatible con la exigencia de un título, en una palabra, que para ejercer de periodista no se va a necesitar más que un bolígrafo y caradura. ¿Qué le parece? ¿Qué sentido tiene entonces nuestro esfuerzo, el esfuerzo de mi generación? Esto es, a mi juicio, y no las presiones, ni la censura, ya superadas, lo que merece un estudio a fondo. A los jóvenes de hoy les gusta ganar tiempo perdiéndolo; entiéndame, haciendo cosas inútiles, estudios que no sirven para nada. El pasado jueves se instalaron en Cornejo, en la Casa del Museo, cuatro biólogos de nueva hornada que dedican el día entero a cazar ratones. Cuando charlo con ellos me sorprende su falta de pragmatismo. Hacen las cosas porque sí, para autojustificarse, por hacer que hacen. Al atardecer instalan sus cepos y por las mañanas los desmontan. Ésa es su tarea. ¿A qué conclusiones han llegado? ¡Pásmese usted! A que la peluda rata norteña, en contra de lo que afirman los manuales científicos, no es privativa del Pirineo sino que también se da en estos montes. Ellos se envanecen de su descubrimiento pero, a mi ver, señora, esto es tan superfluo como tratar de determinar el sexo de los ángeles. ¿De qué nos va a servir a los españoles de a pie que los manuales amplíen el área de dispersión de la peluda rata norteña? ¿Es que la presencia de la dichosa rata va a fertilizar nuestros campos? ¿Va a aumentar, acaso, la productividad o el nivel de vida de los españoles? ¿Qué lo mismo nos da, en una palabra, que la rata esté un poco más arriba o un poco más abajo? Nuestro país es un país especulativo. Ahí tiene usted cuatro mozancones, en la flor de la edad, perdiendo el tiempo con los ratones y en setiembre nos faltarán brazos para recoger la fruta, habrá que dejarla en los árboles como otros años. ¿Adónde vamos a parar por este camino?

La dejo a usted. Pasado mañana me iré con Protto Andretti y los Aspiazu, un matrimonio navarro que veranea aquí desde hace años, a la garganta del Cares, una apretada excursión de dos días. Enseguida estaré de vuelta. De esta manera distraigo la espera de su carta, cada día más anhelada.

Suyo de corazón,

E. S.

13 de julio

Querida:

Escribo en Niserias, orilla del Cares, desde un mirador sobre el río. Diríase que uno ha descendido a cielo abierto hasta el mismo corazón de la Tierra, tal es la majestad de estas formas colosales. La cordillera se derrumba aquí y, entre monte y monte, aparecen nuevas estribaciones escalonadas, las últimas difuminadas entre el velo de la bruma. La Peña Mellera preside el concierto de este desconcierto orográfico, donde las horas de sol son contadas, apenas tres, según dicen, en los días más cortos del invierno. Tras el paisaje bucólico de Puente Nansa, al que las crestas atribuladas de los Picos de Europa, al fondo, imprimen severidad, accede uno a este cañón de abrumadora grandeza, donde las laderas y farallones, pese a su verticalidad, se revisten de una vegetación espontánea y variada: hayas, robles, castaños, alisos, fresnos, avellanos. ¡Qué promiscuidad botánica increíble! Y, abajo, en el hondón de la quebrada, el río. Un Cares que se me antoja ha perdido transparencia, aquel verdor azulado que le caracterizaba, único entre los ríos de la vieja Europa. ¿Habrá llegado también aquí, querida amiga, la contaminación?

La recuerda con cariño entre montañas,

E. S.

20 de julio

Querida Rocío:

Me parece plausible el tuteo que me propones y las razones que aduces para ello: «Somos dos personas maduras, no dos viejos». Exacto. Así es, en efecto. Y ya, en el umbral de la franqueza, te confesaré que tus primeros «tus» me han producido una emoción inefable, entre rejuvenecedora y erótica. El «tu Rocío», con que cierras tu carta, denota intimismo, una noción de pertenencia que, en mis especiales circunstancias, resulta altamente confortadora.

Desde mis primeras cartas estuve tentado de sugerirte lo que tú me propones ahora, pero, en última instancia, desistí. Siempre he sido corto e indeciso, especialmente con las mujeres. No tengo madera de protagonista. A mis sesenta y cinco años aún no he aprendido a pasar el primero por una puerta. Nací con un sentido de la subordinación que todavía persiste. Yo creo que en Castilla esto nos ocurre a todos los que procedemos del campo. Arribar a la capital y que a uno le acepten en ella ya te coloca, de entrada, en una situación de dependencia, y hasta casi diría de sumisión.

En mi caso, pasar del «usted» al «tú» es algo así como invitarme a quitarme la corbata y a conversar contigo en pijama (y no veas la menor malicia en esto) y zapatillas, al margen de todo protocolo. Y, una vez aliviada

nuestra relación de este atamiento, desaparecen automáticamente la timidez y la desconfianza. El tímido es, por principio, un desconfiado. Desconfía de sí mismo, de su físico, de cuanto le rodea. ¿No tuviste nunca conciencia de estorbar? Al tropezarte con una persona, al irrumpir en un grupo, al entrar en una oficina, ¿no experimentaste alguna vez la impresión de ser mal recibida? El apocamiento nos torna suspicaces, anula nuestra espontaneidad y, en consecuencia, reduce nuestras posibilidades de integración. Somos conscientes de ello pero nos agarrota un miedo insuperable, no podemos vencerlo. ¡Ah, si pudiéramos! En tal caso dejaríamos de ser tímidos. Esto nos coloca en una situación de preteridos, lo que, a su vez, origina una tensión propicia al arrebato. La agresividad del tímido es proverbial, gratuita e incoherente. ¡Dios nos libre, querida, de la agresividad del tímido!

Pero estoy filosofando, amiga mía, cuando lo que procede es agradecerte esta nueva prueba de confianza que me das. Después de leer tu carta, te siento más mía o, por mejor decir, por primera vez me considero con algún derecho sobre ti. Es obvio que el tuteo aproxima y en este momento, mientras garabateo estos renglones, tengo la impresión placentera de que camino a tu lado por el Parque de María Luisa, ahí en Sevilla, charlando despreocupadamente de esto y de lo otro. ¿Cuándo podrá ser realidad?

Las cosas ruedan normalmente por aquí. Durante el día, el tiempo es caluroso, sin excesos, pero cuando cae el sol empieza a soplar el norte, un vientecillo insolente, extremadamente fino, que aconseja ponerse el chaleco. Anoche coincidí en la bolera con Ángel Damián, Aspiazu y Protto Andretti. Éste, como de costumbre, se llamó andana a la hora de abonar los gastos de la excursión, que, con el precio de los restaurantes y la subida de la gasolina, se ha puesto en un pico. Las cosas están por las nubes, querida, y en estas circunstancias resulta prohibitivo moverse de casa. La comida más económica, en un hostal de carretera, sin postre y con vino a granel, alrededor de quinientas pesetas. ¿Qué te parece? Hicimos cinco comidas, sin contar desayunos, de modo que echa la cuenta. Y, total, para una excursión de un par de días. Claro que para Protto lo mismo daría dos que media docena, él es un invitado perpetuo. Y lo curioso del caso es que este hombre no sabe hablar más que de dinero, pero no saca la cartera ni por cuanto hay. A mí, hablar de dinero me deprime, aparte de que gastar el dinero y comentarlo luego duele dos veces, cuando se suelta y cuando se recuerda. Pero, sobre todas las cosas, ¿para qué se ha inventado el dinero más que para gastarlo?

Te preguntarás qué pinta aquí un tipo con este nombre. Te diré. El abuelo de Protto llegó con los franceses el siglo pasado para tender el ferrocarril Alar

del Rey-Santander. Mediada la obra conoció a una muchacha en Reinosa, con la que luego se casó, y se vino a vivir a Espinosa, donde montó una serrería que al cabo quebró por causa de la deforestación. Protto, su único nieto varón, ya crecido, se resistió a emigrar, se casó en la capital y, convencido de que ésta era una zona rica, puso en explotación la mina de Sedeña, a cuatro pasos de aquí, una vieja mina de cobre, abandonada hace qué sé yo el tiempo. El yacimiento es muy hermoso. En los cortes de la montaña, junto al camino, se ven las franjas azules y verdes de la azurita y la malaquita pero, al decir de los entendidos, no es rentable. Quizá lo fuera a base de invertir dinero, pero no mediante el procedimiento artesanal que Protto utiliza, subiendo cada mañana en la furgoneta a media docena de peones. Rentable o no rentable, él mata el rato. Lo malo fue la mujer, que, harta del pueblo, marchó a Espinosa y, de Espinosa, a la capital buscando ambiente. Le asfixiaba el campo y, con objeto de entretenerse, echaba al mundo un hijo cada año. Al séptimo se plantó y, una mañana, desapareció de casa dejando una nota para Protto en la que le anunciaba que estaba cansada de criaturas y se largaba a Venezuela con el delegado de Sindicatos. Puedes imaginar el estupor que causó la noticia en la capital y en toda esta comarca. Un hombre en plena juventud, abandonado con siete hijos, el mayor de nueve años. ¡Ni una loba se comportaría así! A partir de ese momento, Protto empezó a explotar la conmiseración de las gentes como antes había explotado la malaquita y la azurita de la mina de Sedeña, pero con mayor provecho. La cartera se le cerró y ésta es la hora, y va para veinte años, que todavía no ha pagado una ronda en el bar. Los niños ya son talludos y no les falta apoyo para colocarse en un sitio o en otro. La gente de este país, que es dura de natural, se enternece con el melodrama. Como verás, la historia del Italiano no tiene desperdicio. Pero una cosa es la compasión y otra el abuso, y si Protto no dispone de numerario lo mejor que puede hacer es dejarse de excursiones y quedarse en casa. A fin de cuentas, una visita a la garganta del Cares tampoco es una cuestión de vida o muerte.

Espero impaciente tus noticias y la nueva fotografía. Tú mandas, tú reinas en este pobre corazón solitario.

E. S.

26 de julio

¡Dios mío!, querida, ¿eres tú? ¿Es posible que seas tú esa muchacha vivaz, libre, despreocupada, que alza los brazos al cielo, arrodillada en la arena? Ante tu cuerpo semidesnudo (apenas dos minúsculas piezas cubriendo tus partes pudendas), concluyo que es posible vencer al tiempo. ¿Te ofenderás si te digo que no aparentas la mitad de la edad que tienes? Me siento turbado,

querida, como un adolescente ante la primera imagen erótica, aunque también viejo y desbordado, no lo puedo remediar. Desde que Moisés me trajo ayer tu carta con la fotografía, estoy en pleno arrobamiento. Pensé escribirte enseguida, pero mis manos, todo mi ser, ha quedado paralizado ante tu belleza. Pocas mujeres, a tu edad, afrontarían la prueba de fotografiarse en dos piezas. Perdona la indiscreción: ¿qué años hace que te tomaron esta fotografía? Acabas de salir del agua, ¿no es cierto? Tus cabellos, sin perder el tono rubio, están mojados, lacios, adheridos a la frente y por tus antebrazos resbalan dos gotas de agua que brillan al sol donde tú miras. Tu nuca queda en la penumbra, despejada, pero ¡qué acabada unión la de tu cabeza con el tronco, qué curva tan grácil y armoniosa! Cuando se dice que la mujer es en esencia una línea curva nadie repara en ese arco, aparentemente trivial y, sin embargo, tan importante. Es frecuente que la cabeza no concuerde con el tronco, que cada uno tire por su lado. En ti sucede lo contrario, la cabeza es una prolongación del cuerpo y en tus movimientos, ¡esos brazos gloriosamente levantados!, hay una euritmia, un equilibrio adolescente, si que también un deseo inmoderado de vivir. Luego, el color. Ese tono avellana de tus hombros, tímidamente difuminado en los costados y las caderas, imprime relieve a tu cuerpo. ¡Qué bien te ha tomado el sol! La facilidad para captarlo es una prueba más de tu noble calidad de carne. Hay personas a las que no toma el sol, pieles que repelen el sol, donde el astro rey rebota impotente día tras día. Suelen ser seres de epidermis cerúlea, fría, viscosa. Tú, en cambio, asumes el sol, lo acoges y sus rayos doran tus miembros, tus hombros de efebo, todo.

¿Qué más? ¿Es que hay más?, te preguntarás. Y lo hay, querida; hay ese vientre terso, tirante, donde uno se resiste a admitir que hayas albergado tres hijos; hay esos muslos largos, torneados, potentes, acogedores, propios de una atleta de veinte años. Hay, en fin, la gracia indescriptible de tus senos, mínimos y prietos como dos piñas, semejantes a los de mi difunta hermana Rafaela cuando hace años se soleaba en esta misma galería donde ahora escribo. ¿Diste el pecho a tus hijos, amor? Sencillamente increíble.

En una mujer es un error analizar detalle por detalle, los ojos por un lado, la cintura por otro. Lo que hay que mirar es la adecuación, si esta nariz concuerda con este cabello y este cabello con estas caderas. ¿Que no tiene nada que ver una cosa con la otra? Falso, querida, eso es un prejuicio falso. Todo se relaciona con todo. *A priori* nadie puede afirmar que un ombligo redondo, pongo por caso, sea más hermoso o menos hermoso que un ombligo rasgado. El ombligo rasgado suele delatar un vientre abultado, voluminoso,

decadente, pero no necesariamente es así. A veces el ombligo rasgado encubre una cierta malicia oriental. En tu caso, el ombligo redondo no sólo armoniza con la forma de tus ojos sino, especialmente, con tus senos y la ondulación de tus caderas.

Ante tu efigie, algún exaltado afirmaría, en pleno paroxismo admirativo, que tu cuerpo tiene las proporciones de una estatua griega. Y se quedaría tan fresco, cuando sobre las proporciones griegas hay tanto que decir. Atribuir a una mujer las proporciones de la Venus de Milo, por ejemplo, está lejos, a mi juicio, de ser un piropo. Para mí, la Venus es demasiada mujer, su cintura es enteriza y sus pechos de matrona. No es mi tipo, vaya. ¿Dónde está, pregunto yo, la elasticidad de la Venus de Milo? ¿Y puede haber belleza en un cuerpo femenino sin elasticidad? No. No es esto, no es esto, que diría el maestro, aunque refiriéndose, bien es cierto, a otra muy distinta circunstancia.

Creo que ya es hora de decirte que, pese a mis sesenta y cinco años, no he conocido mujer en sentido bíblico. No soy bien apersonado, no puede decirse que mi apostura seduzca a las mujeres, pero, además, lo mejor de mi juventud lo pasé entre libros y papeles, sin tiempo para otra cosa. Quedaba el viejo recurso del comercio carnal, recurso del que, me creas o no, nunca eché mano y no por virtud sino porque esta infame trata, lejos de excitarme, me deprime. Esto no significa que no tenga ojos en la cara y en mis visitas a piscinas y playas haya examinado a muchas mujeres de las más diversas edades, por lo que estoy en condiciones de comparar. Te diría más, mi exigencia a este respecto, como reconocías en una de tus cartas, es tan puntillosa que, sin otra experiencia que la de ser un incorregible mirón, haría un impagable jurado en un concurso de belleza.

Queda algo por aclarar, algo que la fotografía no muestra, tu espalda. ¿Está tu espalda dividida en dos? Esto es fundamental, querida. Hay espaldas uniformes, huesudas, asimétricas; otras, con dos prominencias, los omóplatos picudos, como dos senos bizqueando; otras, en suma, mollares, grasas, otoñales, donde nada permite adivinar que debajo se oculte un esqueleto. Ninguna de estas espaldas vale. La espalda hermosa, la espalda ideal, es la espalda dividida en dos por un tajo profundo. La espalda que va estrechándose hacia la cintura por los flancos y, al propio tiempo, se ondula suavemente hacia dentro para ir conformando la curva prominente del trasero. Tu fotografía, en semiescorzo, no permite apreciar esto, siquiera, a través de lo que es notorio, no es admisible que Dios te haya regateado esta última gracia.

Otra pregunta: ¿quiénes son las personas que te acompañan? Tu nietecita no está. Veo a un niño con un pelotón de colores junto a una muchacha muy joven con bañador azul entero. ¿Es, tal vez, tu hija? Detrás hay dos personas rebozándose en la arena, que miran hacia ti, un muchacho en primer plano (¿es Federico, el periodista?) y otro u otra, no se puede precisar el sexo debido a la sombra de tu cuerpo, que parece de más edad. Me agradaría ir conociéndolos a todos. Otra pregunta y ya termino: ¿en qué playa está tomada la fotografía?

Mi excitación es tal que en este momento envidio a la arena donde te arrodillas.

Tuyo, encendido admirador,

E. S.

2 de agosto

Queridísima:

Hemos llegado a un punto en que este retiro mío, por el que tanto suspiré antaño, se me hace arduo, insoportable a veces. Da lo mismo que me encierre en casa, que pasee, que juegue una rana o una partida de bolos o que baje un rato al huerto a regar. No encuentro sosiego en ninguna parte. Ante este sentimiento creciente de orfandad me refugio en tu fotografía, naturalmente la última, y la repaso con morosa delectación, una complacencia que rara vez puse en ningún otro acto de mi vida. Hoy he permanecido largo rato admirando los dulces cuencos de tus axilas, escrupulosamente depiladas, húmedas, sombrías, en abierto contraste con la blancura inmaculada de tu sintético bañador. Me agrada que la mujer sea coqueta. La coquetería es esencialmente femenina y detesto las nuevas y juveniles tendencias al unisexo. Dejar el vello en las axilas en una playa es un descuido parejo a llevar las uñas sucias. Por cierto, ¿de qué color es la laca que utilizas? La policromía de las fotografías suele ser especiosa, por lo que sospecho que ese tono azulado que se observa en las uñas de tu mano derecha (de la izquierda únicamente muestras la palma) es defecto del carrete (también el azul del cielo da demasiado intenso, casi añil) o causado por el frío del agua de donde, evidentemente, acabas de salir. No olvides puntualizar este extremo. A mí me agrada la laca rosa, color carne, en cambio los tonos imaginativos como el azul se me antojan demasiado sofisticados.

En mi carta anterior aludía a tu piel, a la asombrosa capacidad de tu tez para captar los rayos solares. A medida que analizo la fotografía, esta cualidad tuya me admira más. Tu piel luce justamente el punto de dorado rojizo que me place. El tostado mate, cetrino, negroide, es propio del hortera

de playa que tanto abunda. Es ese suave, delicado matiz rojizo que tú muestras el que imprime distinción a un cuerpo desnudo. Pero hay algo más. ¿Nunca has reparado en cómo se acentúa la gracia femenina en un cuerpo dorado por el sol? Hay hombres que prefieren las carnes blancas, lechosas, sin curtir. Yo no, desde luego. El sol, al difuminar los tonos, resalta las curvas de la mujer, las tornea, enalteciéndolas. Observa tu pecho en la fotografía. El surco en sombra, que separa ambos senos, va iluminándose gradualmente, con un diferente tono de pigmentación, hasta alcanzar el punto máximo de luz, para decrecer de nuevo en una penumbra dosificada. Si el cuerpo de la mujer es relieve, pura orografía, el sol viene a subrayarlo; es el mejor colaborador del encanto femenino, su complemento.

Pero es el caso, Rocío, que el recreo que me procura tu imagen va acompañado de una punzante desazón. La tele hablaba anoche de los cuarenta grados de Sevilla, de lo abierto y caluroso que está resultando el verano allí. Y, al oírlo, experimenté celos del sol, de ese sol inclemente que a diario acaricia y dora tu piel. ¿Por qué ese privilegio? ¿Por qué él sí y yo no?

Querida, llevamos tres meses largos de correspondencia y el deseo de conocerte, de oír tu voz, de sentirme a tu lado, crece de día en día y cada vez me cuesta más reprimirlo. Y me pregunto, ¿por qué razón ha de ser esto así? Ya no somos niños, Rocío. Poco importa que la atracción que tú dices sentir por mí sea de índole intelectual y no física, ni que la mía hacia ti, en particular después de recibir la última fotografía, sea antes física que intelectual; lo importante es que esa atracción exista. A los diecinueve años, el tiempo no cuenta, es ilimitado, pero a los sesenta y cinco, sí. ¿Por qué no vamos madurando un encuentro para las próximas semanas? En principio, me es indiferente el lugar (¿Madrid? ¿Sevilla?) y, como época, quizá el mes próximo, setiembre, en que la canícula declina, fuese el más apropiado. De todos modos, mis sugerencias no tienen sino un valor indicativo, puesto que yo, en cualquier momento, estoy dispuesto a atenerme a lo que tú dispongas. Espero tu decisión sobre el particular, pero, por favor, no la demores.

Supongo que bromeas al hablar como lo haces de Protto Andretti, aunque en tus palabras subyace un matiz de reproche que no me ha pasado inadvertido. La actitud del Italiano nada tiene que ver con la Historia (con mayúscula). La Historia no le ha abierto a Protto ninguna puerta, ni falsa ni verdadera. Lo que hace Protto es aprovecharse de su circunstancia, de su pequeña historia (con minúscula) doméstica, de su melodrama personal. Tu sentido del humor está, evidentemente, muy desarrollado, pero comparar, aunque sea en tono de guasa, mi ingreso en *El Correo* con la gorronería del

Italiano no me hace mucho favor. Yo, te repito, no organicé el Alzamiento Nacional ni creé el Tribunal de Represión de la Masonería y el Comunismo, pero ello no fue obstáculo para que acatara las normas entonces vigentes como hubiera acatado otras. Era la Historia (con mayúscula) la que abría nuevas perspectivas. Alguno, más puritano o con un sentimiento político definido, tal vez hubiera rehusado aceptarlas, pero ¿por qué yo si, como te he dicho, soy un ser visceralmente escéptico y apolítico? A mí me importa un bledo, cariño, quién es el portero que abre o cierra las puertas de la Historia. En cambio, para la gorronería de Protto Andretti, que tan de cerca me toca, no hay portero que valga. Protto comercializó su dolor, pasó factura a la sociedad causante indirecta de su infortunio, pero si su mujer no le hubiera puesto los cuernos (y perdona, querida, mi rudeza), ten por seguro que hubiera encontrado otra disculpa para tender la mano, un instinto congénito. La Historia, en cualquier caso, no tiene por qué pagar la excursión del Italiano a la garganta del Cares.

Y cerramos ya esta epístola interminable. Reflexiona, querida, sobre lo que más arriba te expongo. Entiendo que nuestra relación epistolar, suficientemente prolongada, debe dar paso a un trato directo, asiduo y personal. ¿Qué opinión te merece mi sugerencia?

Fervorosamente tuyo,

E. S.

6 de agosto

Amor mío:

Me dejas anonadado. ¿Solamente dos años de tu fotografía en la playa? ¿Quieres decir que a los cincuenta y seis puede una mujer aparentar treinta? ¿Es posible conservar la lozanía juvenil hasta la sexta década de la vida? ¿Tengo derecho a pensar que un pobre desventurado como yo, apocado y mollejón, pueda acceder a ti, diosa adolescente de cincuenta y seis años, por la que el tiempo resbala sin dejar huella? Querida, tu caso deja chico al de mi difunta hermana Rafaela. Yo pensé que tu fotografía se remontaría, como poco, dos lustros atrás, siquiera en aquella época no fuese frecuente que una madre de familia se exhibiera en dos minúsculas piezas. Entiéndeme, no es que esto me escandalice, para estas licencias soy abierto y liberal, pero al no ser corriente entonces un dos piezas tan sucinto, lo juicioso era imaginar que tu fotografía fuese más reciente. ¡Una fotografía! ¿Quién me iba a decir a mí que una imagen, una cartulina insignificante, llegaría algún día a trastornarme el juicio? Y, sin embargo, ya me ves. Apenas dejo transcurrir una hora, esté donde esté, sin darme una vuelta por el despacho para abstraerme en su

contemplación. Y, tras un examen tan reiterado y minucioso, estoy en condiciones de decirte que no sólo es la armonía y flexibilidad de tu cuerpo lo que me sorprende sino la fragante tersura de tu rostro. No hay arrugas en él, ni siquiera las obligadas (?) patas de gallo, ni los pliegues de las comisuras de la boca, inevitables a los cincuenta y, con mayor razón, en una criatura que, según propia confesión, «ha reído mucho». Reír y llorar marcan, querida, únicamente los dioses se libran de esta dura servidumbre. ¿Y qué decir de tus ojos, esos ojos azules como el mar, brillantes, incisivos? ¿Dónde se esconde la opacidad de la madurez? El ojo más vivo se torna traslúcido, primero, y, finalmente, mate con los años. Es como la boca. El rictus de la boca, generalmente grave, es el precio de la experiencia. Al parecer, cariño, tú careces de experiencia y esto me conmueve pues te veo inocente e ingenua como una criatura.

¿Dices que la fotografía está tomada en Punta Umbría? Una vez estuve en Punta Umbría, con ocasión de un congreso de periodistas celebrado en La Rábida. Una tarde fuimos en autocar, de excursión, a Punta Umbría. Hace años de esto, un montón de años, tal vez veinte, pero me ha quedado una vaga imagen tropical de este pueblo, unas casitas de madera montadas al aire, sobre puntales, en la arena y un calor tórrido, aplastante, con una invasión de mosquitos voraces al atardecer. ¿Se aproxima mi idea a la realidad? Desearía una evocación más inmediata para poder localizarte en un determinado lugar de la playa.

Esta mañana me encuentro indispuesto. He dudado si hablarte de estos temas prosaicos, pero al fin me he decidido, pues no me parece noble iniciar nuestro trato con ocultaciones y reservas mentales. Padezco de estreñimiento, un estreñimiento pertinaz, inconmovible, ciclópeo, que me martiriza desde niño. Con los años mi padecimiento se ha acentuado, hasta el extremo de que si me abandono a mi aire, pueden transcurrir semanas sin experimentar esta necesidad. Mi vientre perezoso es, según el doctor Romero, otra manifestación de la distonía neurovegetativa que tantos trastornos me causa. A estas alturas, si no ingiero laxantes no deyecto, y si los ingiero a diario irrito el colon. ¡Terrible alternativa! El cuerpo humano es un delicado mecanismo y encontrar su puesta a punto, una tarea sin fin. Últimamente he optado por tomar cada dos noches, al acostarme, una cucharadita de Vaciol, más o menos veinticinco gotas. El doctor Romero me recetó esto con la pretensión de que comprobara qué número de gotas me hacían efecto para ir rebajando la dosis poco a poco, hasta regularme. Pero ocurre que hay días que con ocho gotas me disparo y otros que ni con cincuenta se conmueve mi

intestino. En estos casos he de recurrir al supositorio como complemento. Ante este panorama, el doctor ha desistido de educar mi vientre, tan díscolo, medida a la que aspiraba en principio, por más que me cansé de decirle que la mala educación de mi intestino era congénita y, consecuentemente, irremediable.

Con estas perturbaciones de origen nervioso no hay reglas que valgan. Un viaje, un apremio, una mínima preocupación, bastan para que la acción del medicamento se vaya al traste, no obedezca, precisamente lo que me sucede ahora. Ante oclusión tan pertinaz no me queda otro remedio que ir aumentando progresivamente la dosis, hasta que un buen día, sin avisar, sobreviene el apretón y me voy de vareta, me descompongo. Mas, hasta que esto ocurre, experimento molestias constantes: cólicos de aire, carreras, gemidos intestinales (atiplados a veces, sordos, graves y prolongados como una tronada lejana, otras) que me avergüenzan y humillan. Tan grosera función ha llegado a obsesionarme, pero cuanto mayor es mi obsesión más se agrava el estreñimiento, más me cierro. El único consuelo es el de los tontos: la generalidad del mal. Según Amador Plaza, mi farmacéutico, la estiptiquez es mal de cabeza y no de vientre y más de la mitad de los hombres la padecen. La proporción no debe de ser exagerada, ya que cada vez que en una reunión salta la conversación sobre el tema surge inevitablemente un cofrade dispuesto a brindarte un remedio.

Disculpa, querida, estas confidencias, desagradables sin duda, pero peor sería caer en la aberración de Manolo Puras, redactor deportivo del periódico, quien durante su noviazgo con la que luego fue su mujer (y fueron seis años) no se atrevió a separarse de ella para ir al urinario. Había noches, como es natural, que llegaba a casa reventado, pero prefería esto antes que poner de manifiesto tan ruin necesidad. ¿Qué pretendía este hombre? Evidentemente que ella pensara de él que era un espíritu puro, lo que me parece especioso por no decir deshonesto. ¿Qué diría aquella mujer el día que descubriera al hombre en zapatillas en toda su miseria física, y la ilusión se desvaneciera?

Hace días que me atormenta la hiperclorhidria. En mi caso, las molestias de estómago y vientre suelen ir unidas.

Te piensa a toda hora,

E. S.

11 de agosto

Querida:

Dos letras para recordarte que vivo y que vivo pensando en ti. Anoche, en la verbena, mientras los músicos actuaban, no saliste de mi cabeza. ¿Te gusta bailar? ¡Qué pregunta! ¿Cómo no va a gustarle bailar a una sevillana de pura cepa? Yo adolezco del sentido del ritmo y nunca me lancé a una pista. Miento, una noche, recuerdo, hace muchos años, mi difunta hermana Rafaela me sacó para marcarnos un pasodoble. Aquello me resultó fácil: andar con música. En cualquier caso, si tú lo deseas aprenderé a bailar. Nunca se es demasiado viejo para aprender una cosa nueva.

Hoy, a mediodía, terminamos el campeonato de rana que se organiza en el pueblo con motivo de la Virgen de agosto. ¿Conoces el juego de la rana? Es muy simple, apenas cuentan el pulso y la destreza. El quid consiste en introducir el tostón (un pequeño disco de plomo) por la boca de una rana de metal. La boca no es grande y, como se lanza desde una distancia de cuatro o cinco metros, el blanco es meritorio. Yo, desde chiquito, mostré cierta habilidad y este año me clasifiqué en segundo lugar, detrás del Rogaciano, un tipo pintoresco que siempre anda de broma y hace las veces de secretario. Este Rogaciano finge radiar la final como si se tratara de un partido de fútbol, empleando un lenguaje figurado, hiperbólico, sumamente ingenioso. Dice, por ejemplo, con un énfasis típico de confrontación deportiva: «El plomo golpea el labio del batracio, señores, cuando ya la afición cantaba rana, pero los labios también juegan». Su jerga es tan divertida que es difícil no reír con él y, a menudo, he de suplicarle que calle para no perder el pulso con las carcajadas. Algún día, espero que no tardando, podrás conocer a estos amigos, estos pueblos y sus costumbres, tan distintos en todo de lo andaluz.

Fervorosamente tuyo,

E. S.

15 de agosto

Amor:

De acuerdo. De acuerdo en todo, querida. También yo creo que en nuestro primer encuentro debemos eludir Sevilla. Preferible un terreno neutral. No soy esclavo del qué dirán, pero me fastidian, como a ti, las habladurías y el comadreo. Tal vez Madrid fuera el lugar adecuado. Madrid es una ciudad grande, donde uno se disuelve entre los cuatro millones de habitantes como una gota de agua en el mar. Uno pasa allí inadvertido, lo que, por un lado, es una ventaja, aunque, por otro, que ahora no es del caso, sobrecoja el anonimato, este no ser entre tantos, la soledad de la colmena. Estamos, pues,

de acuerdo en principio, pero precisamos fecha. ¿Cómo te va setiembre, el día 10 por ejemplo? Digo el 10 por más redondo, pero lo mismo daría el 9 que el 11. En esta época, Madrid, viniendo un otoño normal, está hermoso y, por la tarde, después de almorzar juntos, podríamos dar un paseo por el Retiro o la Casa de Campo.

Lo que estropea un poco el plan es tu intención de ir con tu hijo. Lo comprendo si no sabes conducir, pero ¿por qué no el avión? El avión es un vehículo eficaz y aséptico, aunque yo lo utilice poco a causa de la claustrofobia. En una ocasión, regresando de Roma con un grupo de periodistas, en el momento de cerrar la puerta, pensé que me ahogaba y me dije: «Puedo ponerme enfermo. —Y poco después—: Y si me pongo enfermo no dispongo de un catre donde tumbarme ni de un doctor que me atienda». Y, naturalmente, me puse enfermo. Menos mal que el trayecto es corto y todo pudo superarse, pero el número lo monté.

Si te sucede algo así, podrías utilizar el tren. Hay cómodos trenes a Andalucía y con esto de la electrificación van rápidos. ¿Seis, ocho horas? A mí me place viajar en tren, en especial en trenes tranvías o mixtos, de esos que caminan sin prisas y se detienen en todas las estaciones. El departamento de un tren crea un clima de comunicación difícil de hallar en otra parte. Hace unos meses, al regreso de un viaje a Madrid, tropecé en el mismo compartimiento con un viejo ferroviario, un muchacho que iba a Oviedo, a casarse, y una mocita liberada, muy lenguaraz, que pretendía sacar de la cabeza del muchacho la idea del matrimonio. En buenas palabras, le vino a decir que esa noche se acostaría con él (y perdona la expresión) sin la necesidad de bendiciones si renunciaba a la boda. El muchacho no se mordía la lengua, argumentaba inteligentemente y, al cabo, el ferroviario y yo, a instancias de los chicos, terminamos por exponer nuestras opiniones respectivas: el ferroviario estaba casado y lo lamentaba y yo estaba soltero y lo lamentaba también, con lo que se vino a demostrar lo que el muchacho decía, que al elegir un rumbo en la vida y renunciar a los demás, uno piensa que en cualquiera de los excluidos hubiera encontrado lo que no encontró en aquél, lo que no deja de ser una quimera.

Pero estábamos con tu desplazamiento a Madrid. ¿Avión o tren? ¿Por qué con tu hijo? La compañía del chico en este encuentro inicial no deja de ser un engorro, Rocío, convéncete; nos ata, nos condiciona, nos priva de libertad. No te oculto que yo siempre soñé con un «tú y yo» sin testigos en ese desierto superpoblado que es Madrid. La presencia de tu hijo cambia las cosas, no nos engañemos, es otra persona de la que preocuparse, a la que atender, a la que

informar de cada uno de nuestros pasos. No trato de coartarte sino de presentarte los hechos tal como son. Reflexiona sobre ello y dame una respuesta rápida. ¿Qué te parece la fecha indicada del 10 de setiembre?

Me dejas de un aire. ¿Es posible que no te hayan gustado los palominos? ¿Va a resultar ahora que esta suma de perfecciones no tiene paladar? Carne oscura y sabor fuerte. ¿Crees que ésos son argumentos? ¿Qué importa el color de la carne y qué su sabor fuerte si éste es bueno? Oscura es la liebre y de gusto bravío y, sin embargo, es un plato suculento. ¿Dispusiste la cama de cebolla tal como te indiqué? ¿Hirvieron a fuego lento? Me resisto a admitir que, acatando mis instrucciones, los palominos no te hayan gustado. ¿Es que, por casualidad, eres escrupulosa para comer y el simple color de los guisos ya te previene? Yo sí lo soy, quiero decir que soy escrupuloso, y basta una mosca en la sopera para que no coma, ni sopa ni nada. ¿Quieres más? Con mi difunta hermana Eloína tenía las grandes zambras por su manía de picar las uvas sin desgajar el tallo, dejando vivo el pequeño muñón pulposo, oxidándose poco a poco. Esto, antes que repugnancia, me contrariaba por una simple cuestión de estética. ¿No padeces tú fobias y manías semejantes? El hecho de que no te agraden los palominos por su color oscuro me hace sospechar que sí. De otro modo, querida, habrá que pensar que, en una democracia gastronómica, tu voto es un voto nulo, un voto sin calidad.

Espero tus noticias, espero tu respuesta, te espero a ti; no hagas esta espera demasiado prolongada. Tuyo en cuerpo y alma,

E. S.

21 de agosto

Muy querida mía:

Tu carta de hoy es una carta extraña: distante, fría, burocrática, casi diría de intermediaria. Las dos primeras lecturas me han dejado estupefacto. ¿Sucede algo? ¿No habrá tomado tu hijo Federico las riendas de tu correspondencia? Tus reacciones ante problemas que no te conciernen me lo hacen temer así. ¿No verá tu hijo con aversión el progreso de nuestras relaciones, la posibilidad más o menos próxima de un padre postizo? Pero descendamos a los hechos y admitamos, en principio, que las apariencias me acusan. Es cierto que si Bernabé del Moral, el director impuesto en los años cuarenta, entró de clavo en *El Correo* y me llevó a mí de la mano, yo, en cierto modo, entré de clavo también. Esto que, a primera vista, parece irrefutable deja de serlo si consideramos que yo obré así por un noble deseo de salvarlo todo, persuadido de que, en aquel momento, la única persona capaz de tender un puente y evitar agrias tensiones entre dirección y empresa

era yo. Si lo logré o no es cuestión distinta. Lo innegable es que conseguí de Bernabé una espontánea delegación de atribuciones y con ello libré a la empresa de sufrir las consecuencias de su impericia y, de paso, salvé al diario. Si ésta no es una causa digna que baje Dios y lo vea.

Por esta razón, cuando, al correr de los años, Bernabé fue depuesto, yo, te soy sincero, consideré llegada mi hora; no dudé que sería confirmado en un cargo que, de hecho, venía desempeñando desde tres lustros atrás. Naturalmente existían otros candidatos —todos lo eran— pero, al margen de Baldomero Cerviño, que no deseaba asumir la dedicación plena, ninguno de ellos, modestia aparte, me llegaba a la suela de los zapatos. De ahí mi nerviosismo durante aquellas semanas y mi decepción final ante la decisión del Consejo: el nombramiento de don Juan Manuel López Aldama como director de *El Correo*, un petimetre madrileño, autor de media docena de novelas mediocres, sobrino, por más señas, de don Julio Vidal, un viejo consejero del periódico. ¿Precisas más explicaciones, querida? ¿Las necesitará, tal vez, tu hijo Federico?

Siempre he sido disciplinado y acepté la nueva situación sin un mal gesto, hasta tal punto que únicamente Baldomero Cerviño, mi fiel y leal amigo, advirtió mi desencanto. ¿Razones para esta postergación? Según rumores oficiosos, yo era un buen peón, un hábil técnico, un artesano, pero me faltaban pluma, presencia física y talento organizador, cuando, en realidad, lo que no se decía pero no me perdonaban era el patrocinio de Bernabé del Moral. De mejor o peor grado encajé el golpe, pero desde el primer día vi claro que la inexperiencia del señor Aldama, don Juan Manuel (siempre he desconfiado, querida, de la gente que necesita nombre doble para afirmar su personalidad), no nos llevaría a buena parte. En efecto, este sujeto, voluntarioso pero falto de mano izquierda, desconocedor de las triquiñuelas del oficio y nuevo en la ciudad, orientó su esfuerzo por unos derroteros absurdos, reveladores de su inmadurez: la lucha política. Había que levantar el listón de lo permitido, ampliar, a costa de lo que fuese, nuestro espacio de libertad. ¡Objetivo extemporáneo! Si en aquel momento se estaba abriendo la mano de grado, ¿por qué exigir por la fuerza más de lo que nos daban? En una palabra, el señor Aldama, sin preparación para hacer un periodismo en profundidad, ensayó un periodismo de escándalo, infame y malintencionado, de puro sobresalto, una especie de guerra política particular cuyas consecuencias no se hicieron esperar: una docena de amonestaciones, dos recortes en el cupo de papel prensa y multa de veinte mil duros. ¡Una friolera! Mas, por una de esas misteriosas razones que no acierto a comprender, el

nuevo director y sus muchachos contaron desde el principio con la aquiescencia del Consejo.

Éste es, querida, a grandes rasgos, el último capítulo de mi vida profesional; el referente a mi frustración. Si te lo expongo no es mendigando elogios ni condolencias, sino comprensión. La actitud de Federico, tu hijo, es cuenta aparte. Él tiene el deber de ser joven y la juventud de hoy es maniquea y propende a la simplificación. ¿Cómo inocularle experiencia?

Pero dejemos dormir al pasado, Rocío, y hablemos del porvenir. ¿Qué piensas hoy de la fecha prevista? Si no te conviene, rectifica, estamos a tiempo. Antes de cerrar esta carta debo confesarte una cosa: anoche tuve sueños eróticos. A mí, un misógino sesentón, no me ocurría una cosa así desde los lejanos años de la adolescencia. No pretendo entrar en detalles, pero en mi duermevela te veía envuelta en velos vaporosos, tendida en la galería de casa, en el rincón donde solía solearse mi difunta hermana Rafaela. A ratos era ella y a ratos eras tú. Había un desconcertante intercambio de personalidades. El síntoma es revelador: te necesito con urgencia. A propósito, ¿sueñas tú en color o en blanco y negro? Esta noche me he dado cuenta de que yo sueño en color. El tono rojizo de tu piel, tu cabello y los tules azules que envolvían tu cuerpo no dejan lugar a dudas.

Vive pensando en ti,

E. S.

28 de agosto

Mi pequeña Rocío, mi gran amor:

¡Oh, qué extraña cadencia, qué nota desafinada! ¿En qué recóndito lugar ocultabas este temperamento colérico? Bien mirado es así mejor, saber de antemano que mi amada es capaz de estos arrebatos. Pero ¿no crees que descentras un poco el problema? No ignoro que tu hijo es tu hijo, querida. Nunca pretendí entrometerme y admito que, aunque tú y yo formemos un día una familia, tus hijos continuarán siendo tus hijos y, si me lo permites, y ellos no me rechazan, añadiré que también míos. Esto es algo con lo que cuento de antemano. ¿A santo de qué, pues, este bufido, mi fiera gatita?

Mi pretensión no iba tan lejos, cariño. Se refería únicamente a nuestro primer encuentro en Madrid, pero si tú opinas que tu hijo irá donde tú vayas y que a ti tu hijo no te estorba en ninguna circunstancia, bienvenido sea tu hijo. Yo no voy a oponerme a ello. Como verás, el sátiro (es la segunda vez en pocos meses que me calificas así) no trata de cogerte sola, desprevenida e indefensa en la gran ciudad. Admito que a veces me encelo mirando tu fotografía, pero a mi edad, querida, termina por imponerse la cordura. Esto

quiere decir que no hay sátiro que valga, amor, que el pretendido sátiro es un hombre de bien, esencialmente doméstico y tranquilo.

Tampoco es justo afirmar que sea una cocinera lo que busco. Comprendo que de algún modo las apariencias engañan. En vida de mi difunta hermana Eloína nunca reparé en los consultorios sentimentales de los periódicos, es cierto, pero tampoco lo he hecho después de muerta. Yo no leía *La Correspondencia Sentimental* en casa del doctor, bien lo sabes, sencillamente, tomé la revista de la mesita, para hojearla, a falta de mejor cosa que hacer. Entonces saltó tu minuta ante mis ojos como si estuviera viva, iluminada, tipografiada en otros caracteres. ¿Por qué ahora estas insinuaciones malévolas? Oportunidades de casarme no me han faltado, Rocío. Te diré algo más: a los veinticuatro años tuve una novia formal, Petri, una muchacha morena, vivaz, un poco dentona pero con un físico sumamente atractivo. El padre tenía una modesta confitería en el barrio viejo de la ciudad y mantuvimos relaciones casi un año. Mi difunta hermana Eloína, que gustaba de los melones a cala (que literalmente veía crecer la hierba), la invitaba con frecuencia a casa, a merendar. Y gracias a ello pude evitar un error. Eloína me hizo ver que Petri era una jovencita que se dejaba servir y que una mujer que se deja servir por otra mujer sin avergonzarse de ello nunca haría una buena esposa. A partir de entonces comencé a observarla fríamente y advertí que Petri era una de esas personas que no hablan más que de sí mismas, que ya se podía iniciar la conversación sobre cualquier tema, que ella, sin saber cómo, le daba la vuelta para terminar hablando de sus cosas. Así aumentaron mis recelos, y lo que, en principio, me parecía espontaneidad empezó a parecerme artificio, y lo que antes juzgaba anhelo de comunicación, charlatanería insulsa. Total, que nuestras relaciones empezaron a deteriorarse hasta que finalmente lo dejamos. Ésta es, en pocas palabras, la historia de mi infortunado amor.

Pero se ve que en mi anteúltima no estuve inspirado. Afirmas en la tuya que tu paladar es tan fino como el mío y tu voto gastronómico tan válido como otro cualquiera, todo a cuento de los dichosos palominos. Bien mirado, no te falta razón, querida. Los paladares no tienen por qué dar siempre la misma respuesta como no la dan las narices. Hay sabores y olores que a unos agradan y a otros repelen, la gasolina por ejemplo, porque sobre gustos no hay nada escrito. De acuerdo, por eso no vamos a regañar, aunque convendrás conmigo en que las pechugas de palomino son tiernas y regaladas, y su sabor a bravío, un gusto misceláneo de todos los aromas del campo: alolva, tomillo, espliego, hierbabuena… La carne del palomino aúna la variedad de la

naturaleza. Puede suceder que la aversión al campo motive tu repulsa por este manjar o que, pese a mis instrucciones, algo haya fallado en su condimentación. El día que nos reunamos aquí, en mi casita de Cremanes, me arremangaré y te guisaré unos palominos como es de ley. Después de esta experiencia, ya estarás en condiciones de decir «esto me gusta o esto no me gusta» y yo consideraré tu voto como un voto de calidad.

Otra cosa es tu ruego de que evite en mis cartas ciertos vocablos y giros pueblerinos como cuando me refiero a mis muertos con el «difunto» por delante, o digo «la capital» por «la ciudad» o «mover el vientre» por «c…» (lo lamento, querida, me resisto a transcribir este vocablo abyecto. Tú lo haces sin rebozo en la tuya, lo que prueba tu modernidad, tu juventud, tu adaptación a los nuevos tiempos). No vas descaminada en esto. La vida aldeana, sobre todo en los primeros años, imprime carácter, se adhiere al cuerpo de uno como una segunda piel. Esto es muy cierto, pero no me avergüenza. Yo encuentro en el lenguaje rústico un punto de sazón y propiedad del que carece el lenguaje urbano. En una palabra: me deslumbra. Cosa distinta es que tú consideres rústicas ciertas expresiones, aunque para mí, rústico, en lo concerniente al lenguaje, no es sinónimo de primario o elemental, sino, al contrario, de precisión y rigor. Esto no obsta para que, en lo sucesivo, trate de evitarlas si a ti te disgustan. A estas alturas yo no tengo más que una misión en la vida: complacerte.

A pesar de tu rapapolvo, sigo en mis trece: el día 10 de setiembre en Madrid. ¿Qué te parece un restaurante italiano, el Milano, en el primer tramo de Ferraz entrando por la plaza de España? Se come bien, está limpio y no es caro. Si no dices otra cosa, ahí a las dos de la tarde. Resuelve tú lo de Federico. A mí no me importa que tu hijo almuerce con nosotros. En otro caso, le saludaré más tarde, en el hotel. ¿Has reparado que apenas faltan doce días para nuestro encuentro? Me cohíbe tanto como lo deseo. Yo iré también en automóvil, aunque al precio que se ha puesto la gasolina, el viaje en coche para un solo pasajero resulta antieconómico.

Hasta pronto, cariño mío. Recibe la veneración de tu incondicional,

E. S.

5 de setiembre

Amor:

Sí, en fondo y forma, me considero un hombre religioso, no un meapilas pero sí un hombre con unas convicciones sinceras. Aquí, en estos viejos pueblos de Castilla, uno nace religioso por dentro como nace cetrino por fuera, lo da el medio. Y aún te diría más, prescindiendo de mi difunto tío

Fermín Baruque, no he conocido en Cremanes un solo agnóstico. Incluso los emigrantes, que regresan circunstancialmente en verano, pese al ambiente secularizado de las ciudades donde habitan, frecuentan la iglesia. A estos hombres y mujeres no te diré que les empuje la fe tanto como la costumbre, pero algo es algo. A nuestro pueblo iletrado no le puedes pedir más. ¿Partidario de la eutanasia? ¿El suicidio como solución? Ni una cosa ni otra, siquiera en lo relativo a la eutanasia existe hoy un punto oscuro: el aparato. Enchufarlo o desenchufarlo, he ahí la cuestión. Yo no creo, querida, en los milagros de la técnica y, por tanto, no soy partidario de prolongar una agonía irreversible por procedimientos artificiales. Eso es todo. Respecto al suicidio, habituado como estoy a la ingratitud, no es fácil que ninguna adversidad me impulsara a quitarme la vida. Creo que aun en los suicidios aparentemente más reflexivos se da un elemento de obcecación, de descontrol, que atenúa o anula la responsabilidad. No hay suicidios en frío, cerebrales. Detrás está, ineluctablemente, una mente trascordada. Pero ¿quieres decirme, cariño, a qué viene todo esto? ¿Adónde quieres ir a parar?

Personalmente no me planteo problemas religiosos. Desde chiquito acepté la trascendencia y me ufano de no transgredir la ley moral. Me tengo por un hombre honesto. Mentiría si te dijese lo contrario. ¿Dudas? ¿A quién no le asaltan dudas en materia religiosa? ¿Tú crees, por ejemplo, que Dios es justo al encararnos con el misterio? ¿Se me han dado a mí, pongo por caso, las mismas oportunidades de fe que a Tomás o a los discípulos de Emaús? Ellos vieron a Cristo resucitado, triunfando sobre la muerte, querida; incluso aquél metió el dedo en las llagas de sus manos y el puño en su costado. ¿Cómo iban a dudar de su divinidad? Otro tanto diría de la muchedumbre que asistió a la multiplicación de los panes y los peces o a la resurrección de Lázaro. ¿Cómo valorar la actitud de aquellos seres testigos del prodigio lo mismo que la nuestra? ¿Es equitativo premiarnos a todos de la misma manera? Ante la evidencia, la fe carece de valor. Si la fe es creer lo que no vimos, la única fe meritoria, mejor diría auténtica, es la nuestra, cariño, no la de ellos (la de los que vieron, quiero decir). ¿No lo crees así? Y, como esto, tantas y tantas cosas.

Respecto a lo que me cuentas de tu amiga, no me sorprende. También yo conozco algún caso en que lo religioso y lo patológico se dan la mano, sin ir más lejos el de Rosario Cerviño, la hermana de Baldomero, en Granada. Esta mujer, a poco de casarse, empezó con la obsesión de que ella era el Anticristo y andaba como huida, evitando hasta la comunicación con su marido. Baldomero me lo contó una noche y yo recurrí a Onésimo Navas, un amigo

versado en teología, pues el médico, ante la obstinación de la enferma, se desentendió del caso. Pero a Onésimo, que, aparte de sus conocimientos, es un psicólogo de primera, le bastó una carta informándole de que eso no era posible, puesto que el Anticristo había de ser varón, para que los temores de Rosario Cerviño se desvanecieran. Durante doce o quince años aquella mujer hizo vida normal, hasta que un día apareció en la prensa el primer caso de transformismo sexual, quizá fuera el de la famosa Coccinelle, no recuerdo exactamente; la cuestión es que, de pronto, el equilibrio de Rosario Cerviño se derrumbó, empezó a decir que era un hombre y además el Anticristo, y que el mismo hecho de aparentar ser mujer, de ser un hombre embozado, lo confirmaba. No hubo manera de sacárselo de la cabeza. Empezó a eludir a los amigos, luego a la familia y, por último, al marido, hasta que no hubo otro remedio que recluirla en una casa de salud. Y allí sigue la infeliz hace más de ocho años.

Pero vayamos a lo nuestro. Yo marcharé a Madrid la víspera, es decir, el día 9. Madrid, y con mayor motivo llegando del campo, me aturde, necesito habituarme al humo, al tráfago de coches y peatones, a los parpadeos de los semáforos… ¡Ahí es nada, los semáforos! ¿No has advertido, querida, que desde que se instalaron estas luces han aumentado los accidentes cardíacos? Hay estadísticas. A mí, personalmente, no me sorprende. El semáforo desafía, azuza, y cualquier hombre, ante él, se impacienta, estudia la mejor manera de burlarlo sin aguardar. Aunque no tengamos prisa, el semáforo nos la mete en el cuerpo. Yo mismo, un hombre jubilado, tan pronto intuyo que la luz verde va a dar paso a la anaranjada, no lo puedo remediar, echo una carrerita. ¿Por qué? ¿Quién me requiere? ¿Quién me espera del otro lado de la luz? Nadie, por supuesto. Minuto más, minuto menos, me da lo mismo, pero, de pronto, me asalta la fiebre competitiva y no puedo por menos de apresurarme. El semáforo, créeme, es el peor enemigo del hombre moderno, el gran verdugo de nuestro tiempo.

Por si alguna duda surgiera, yo me alojaré en el Hotel Imperio, en la calle del Carmen. Me gusta el nombre. Hace muchos años que paro allí, más de treinta. Es un hotel sin pretensiones pero, en cierta medida, confortable.

El conserje, a quien conozco y me llama don Eugenio, es eficiente y transmite los recados con puntualidad y exactitud. Como, por otro lado, su precio es relativamente económico (¡hay que ver cómo se están poniendo los hoteles ahora!) y su situación céntrica, no veo motivos para cambiar. De modo que ya lo sabes, si antes de acudir al almuerzo se te ocurriera alguna cosa no tienes más que darme un telefonazo.

Me conmueven tus puntualizaciones de última hora, con objeto de que nada me pille de sorpresa. Me agrada la voz ronca en una mujer. Detesto la voz aguda, voz de pito decimos aquí. La voz aguda resulta fastidiosa en las mujeres charlatanas y sorprendente y afectada en las lacónicas cada vez que rompen a hablar. La voz ronca es más cálida y prometedora, más incitante, siquiera un conocido mío asegura que al hombre que le gusta la voz ronca en una mujer es un homosexual en potencia. ¿Te das cuenta de la enormidad? Vivimos una época en que todo lo relativo al sexo se cuestiona, se analiza por arriba y por abajo y de una futesa se deducen conclusiones casi científicas, cuando la única verdad es que el sexo es el instinto primario gracias al cual la humanidad pervive.

Éstas son las últimas líneas que te dirijo antes de conocernos. Dentro de una semana, para bien o para mal, todo habrá cambiado. Esta carta, por el momento en que está escrita, que no por otra cosa, es, pues, una carta histórica. Estoy inquieto y por las noches no pego ojo. Mi habitual duermevela se ha hecho vigilia permanente.

Tuyo en cuerpo y alma,

E. S.

8 de setiembre (Telegrama urgente).

Alarmado tu súbita indisposición aplazo viaje · stop · impaciente dame noticias curso enfermedad · stop · escribo · stop · cariñosos saludos Eugenio.

8 de setiembre

Querida:

¿Qué ha sucedido? ¿Por qué los hados maléficos se encarnizan con nosotros de este modo? No sé qué hacer ni qué pensar. ¿Qué te ocurre, amor? ¿Cuáles son los síntomas de esa indisposición? ¿Todavía no hay diagnóstico? Esta mañana, para aplacar mi ansiedad, me acerqué a la plaza a esperar el coche de línea. Me sorprendió el sobre inconfundible del telegrama. Aquí en Cremanes no hay telégrafo y envían aquéllos desde la capital por correo, como una carta cualquiera. No tuve paciencia para regresar a casa y lo abrí en la misma plaza. ¿Me creerás si te digo que por unos instantes se me paralizó el corazón? Aquello escapaba a mis previsiones. A veces me sobresalto augurando accidentes pero nunca presagio enfermedades, no me preguntes por qué. De ahí mi desconcierto y mi consternación.

El aplazamiento de nuestra entrevista es lo que menos importa. Lo esencial, ahora, es que tu enfermedad no sea de cuidado. Esta dichosa distancia, que siempre he soportado mal, se me antoja, de pronto, una tortura indecible. ¿A santo de qué esa tozuda fobia de tu hijo político hacia el

teléfono? Yo quisiera saber de ti a cada hora, a cada instante, pero ¿dónde llamar? ¿Cómo conectar contigo? Los niños de hoy, con el teléfono y la calculadora a mano, nunca sabrán escribir una carta ni sumar dos y dos, no le falta razón a tu hijo político. Mas, a la larga, ¿no será peor el remedio que la enfermedad? ¿No será más radical y traumático desconectar a los niños de un tiempo que, bueno o malo, es el suyo? Mi situación es la de un pájaro aliquebrado, amor mío. ¿Qué cabe hacer? De alguna manera, yo quisiera aproximarme a ti, tratar de aliviarte. Me gustaría poder contarte largas historias y, cuando te fatigaras, velaría tu sueño, tu mano en la mía, sin separarme un momento de tu lado. Al despertar, te leería versos y jugaríamos a las cartas. ¿Te gusta jugar a las cartas, cariño? A mí no me divierte. Prefiero el ajedrez y, especialmente, las damas. ¿Sabes jugar a las damas? He aquí un juego desprestigiado que apenas cultiva la juventud actual. Desconociéndolo, lo estiman pasatiempo infantil, cuando, en rigor, es uno de los juegos más intelectuales que conozco. Abrir brecha en las líneas enemigas hasta coronar una dama requiere denuedo y un derroche de masa gris parejo al que exige el jaque mate en ajedrez. No, no es precisamente un pasatiempo de chicos el juego de damas. La única objeción que cabría hacerle es la tenebrosidad del tablero. El blanco sobre negro o el negro sobre blanco, que tanto monta, es exactamente el símbolo del luto, del acabamiento. Lo mismo ocurre con el ajedrez. Un juego, por riguroso que sea, no debe inspirar ideas fúnebres, soy demasiado vitalista para admitirlo. Con el fin de evitarlo, de joven ideé un tablero en rojo y verde, con fichas de los mismos colores, que pensé patentar y luego, por una razón o por otra, lo fui demorando. Quizá te parezca una tontería, pero el aspecto lúdico se potencia ante un tablero abigarrado que, por su solo aspecto, aventa conceptos mortuorios. Pero me estoy enredando en disquisiciones inoportunas, querida mía, dada tu enfermedad. Yo me iría andando a Sevilla, con mi tablero rojo y verde bajo el brazo, si supiese que a mi llegada podría disputar una partida contigo.

Como te iba diciendo, algo se me paralizó dentro al leer tu telegrama en la plaza. Y mi aspecto no debía de ser bueno cuando Ramón Nonato, el barruco, que subía en ese momento unos sacos de cemento a la ermita en la carretilla, se detuvo al verme y me preguntó: «¿Qué, malas noticias, Eugenio?». Le respondí con una evasiva y me metí en el bar a tomar un café, decisión insólita en mí. Me entusiasma el café pero me produce una excitación exagerada. Mi hipersensibilidad hacia ciertas drogas se contrapone a mi insensibilidad hacia otras, el tabaco, por ejemplo. Diariamente fumo tres cigarros, no de marca, que sería un presupuesto, sino humildes farias que

saboreo con la misma delectación que si fueran montecristos. A veces, el placer que me deparan es de tal monta que no acepto el fin y ensarto la colilla en un mondadientes o un alfiler para prolongar unos segundos mi deleite. El cigarro promueve en mi cabeza imágenes optimistas y el picorcillo del humo en las glándulas gustativas es casi, casi un orgasmo. El tabaco me satisface sin dejar secuelas. Al poco rato de haber fumado es como si no lo hubiera hecho. Naturalmente no trago el humo. Tragar el humo es una grosería, una prueba de insensibilidad, pura glotonería. Los que tragan el humo presumen de expertos fumadores pero, en realidad, no lo son, no saben fumar. A falta de paladar habilitan otro órgano para degustar el tabaco, los bronquios, cuya misión es diferente. Sin embargo son incontables los fumadores que consideran que no tragar el humo es como no fumar, un triste remedo, una masturbación.

Yo aprendí a fumar aquí, en el pueblo, y el pueblo es sabio a la hora de proporcionar goces al cuerpo, esto no tiene duda. Después de comer, arrellanado en una butaca frente al televisor, con un chal sobre los muslos y un cigarro blando, discretamente aromado en anís, entre los dientes, soy una persona plena. El tabaco, si de alguna manera influye sobre mis nervios, es como sedante. Me amodorra, induce al sueño. Algunas tardes, mientras aspiro fumada tras fumada, las imágenes del televisor empiezan a desvanecerse, los diálogos pierden sentido e, inesperadamente, me sumerjo en un profundo y agradable sopor. La cabezada dura poco, minutos, pero duermo profundamente y con un regodeo tal que al despertar me doy cuenta de que he babeado. Babear durante el sueño es indicio de placidez y, si hago caso de Onésimo Navas, de felicidad, ya que, según él, solamente babean dormidos los niños de pecho, únicos seres capaces de alcanzar la beatitud.

Lo cierto es que a mí el tabaco me proporciona un disfrute momentáneo, en tanto el café me hace el efecto de una droga estimulante, muy activa y prolongada. Esto me ha llevado, contra mi gusto, a sustituirlo por el té, que, ignoro por qué razones, no produce en mi organismo tan viva excitación. Pero el día que necesito resistir, ver claro o abarcar mucho, me echo al coleto un café. Lo hago en contadas ocasiones, cada vez menos, pero cuanto más reduzco su ingestión más crecidos son sus efectos. De modo que esta mañana, después del desfallecimiento de la plaza, entré en el bar y me tomé un cortado. Al momento se puso en orden mi cabeza y tomé una resolución, responder a tu telegrama con otro telegrama, pero como aquí no hay telégrafos, me llegué donde Cándido, telefoneé a Baldomero y, aunque él

estaba ausente, se lo dicté a uno de los chicos para que lo cursara inmediatamente a Sevilla.

Sí, piensas bien, querida, Baldomero Cerviño está enterado de lo nuestro; yo no podía ocultárselo después de una amistad fraternal de más de cuarenta años. Baldomero, no te preocupes, es un hombre discreto y de buen sentido, la antítesis de un fantoche correveidile. Únicamente le he ocultado lo de *La Correspondencia Sentimental*, esto es, que establecimos contacto a través de esa revista, entre otras razones porque no es cierto, ya que yo, como bien sabes, tropecé con tu mensaje en *La Correspondencia* por puro azar, como podía haber tropezado en una piedra. Tú me entiendes y yo me entiendo, pero ¿cabría esperar lo mismo del guasón de Baldomero? Créeme, mejor es así. Por otra parte, ¿a santo de qué tenemos que dar explicaciones a nadie de nuestros actos?

Y ahora, después de desahogarme contigo, queda lo más grave: esperar. ¿Cómo entretener la espera? He aquí el drama.

Que tu indisposición no sea nada, querida mía, te desea con toda el alma,

E. S.

10 de setiembre

Amor, mi dulce amor:

Esta mañana llegó tu carta. No es un repique a gloria pero, al menos, hemos eliminado la incertidumbre. He pasado dos días amargos imaginando disparates. La sintomatología es típica: náuseas, febrícula, ligero tono amarillento en la piel… Los comienzos suelen ser desconcertantes. Mi difunta hermana Rafaela padeció esta enfermedad por los años cincuenta. Los médicos hablaron primero de fiebres de Malta, luego de tifoideas, hasta que, finalmente, emitieron el diagnóstico acertado. Hoy es más sencillo diagnosticar una hepatitis, pero no tanto determinar el cauce de penetración. ¿Te pusieron alguna inyección en las dos últimas semanas? Las inyecciones y las transfusiones de sangre son, con frecuencia, vehículo de contagio. Pero ya nada adelantaríamos averiguándolo.

Para combatir esta enfermedad, antes que medicamentos, has de armarte de paciencia. Reposo y una dieta adecuada curan la hepatitis, amor. Nada de guisos, nada de picantes, nada de grasas y, por contra, mucho arroz blanco, muchas carnes planchadas, mucho azúcar, mucha leche y derivados. La dieta no es muy apetitosa que digamos. Concretamente yo, que gusto de halagar al estómago, haría un deficiente enfermo de hepatitis. Tú, por el contrario, que, según me dices, no reparas en lo que comes, podrás sobrellevarlo dignamente. Más temo por el reposo. De tus fotografías, jugando con tu nietecita la

primera y exultante en la playa la otra, así como de tus cartas, deduzco que eres una mujer dinámica. Comprendo que es una contrariedad, querida, pero ahora tendrás que dominar tu vitalidad. No es cuestión de vida o muerte, pero sí de que, en lugar de pasar un mes en cama, requieras tres o cuatro. La cosa es seria. Con reposo escrupulosamente observado y un régimen de comidas adecuado, las transaminasas irán decreciendo gradualmente hasta volver a la normalidad.

¿Te importa someterte a periódicos análisis de sangre? Yo no podría soportarlo. No puedo siquiera pensar que mi cuerpo vive gracias a que en toda su infraestructura existe una red de irrigación sanguínea que alcanza hasta la punta de los cabellos. Que las válvulas del sistema funcionen sin contratiempos, que los vasos (algunos delgados como hilos) no se obturen, me parece ya algo prodigioso. Pero que alguien, un extraño, se inmiscuya en el proceso, abulte mi vena, estrangulándola con una goma, pinche en ella y absorba mi sangre como un insecto es algo que literalmente me descompone.

En lo concerniente a mis relaciones con Petri, debo aclararte que si yo no me casé con ella no fue porque mi difunta hermana Eloína se erigiera en gendarme inflexible de mi soltería. Tampoco por no pagar en mala moneda su abnegación (la de Eloína). Lo de la pequeña Petri fue un devaneo juvenil, frívolo e ingenuo, que si no llegó más lejos fue gracias a la experiencia de mi hermana. Matrimonio y celibato son hábitos, Rocío, ni más ni menos. De ahí que, para mí, la única boda con garantías sea la del soltero recalcitrante. ¿Que por qué? Muy sencillo. Las razones para romper una inveterada costumbre han de ser muy poderosas. Si el célibe impenitente ha organizado su vida sobre las bases de la independencia y el egoísmo, el hecho de abandonarlas de pronto, de abandonar estas bases, demuestra que ha puesto a otro ser por delante de todas las cosas, incluso de sí mismo. ¿Comprendes ahora las razones que me asisten para hablarte de la intensidad de mi amor? Petri, aquella muñeca dentona y vivaracha, jamás despertó en mí los sentimientos que hoy me embargan, lo que equivale a reconocer que nunca hasta hoy estuve realmente enamorado.

Querida, mientras tu reposo dure procuraré escribirte con mayor asiduidad, si posible fuera todos los días, aunque sean misivas breves e insustanciales. Lo importante es que mi recuerdo te acompañe, te ayude a sobrellevar la enfermedad. Y, en tanto, mucha calma, vigila las transaminasas y tenme al corriente de tu estado. No hagas caso de vaticinios. Nadie puede prever la duración de una hepatitis. Conozco casos que se han resuelto en quince días, aunque esto no sea lo corriente, y otros que han demorado meses.

Confiemos, amor. De momento, yo me siento a tu lado y espero pacientemente contigo,

E. S.

12 de setiembre

Queridísima:

¿Escuchas música? ¿Qué mejor cosa podías hacer? Me describes tu habitación con tal lujo de pormenores que te sitúo sin esfuerzo en ella. Verdaderamente, Federico, tu hijo, es muy cariñoso y solícito contigo. Mozart, Haydn, Bach… ¡Un menú musical selecto! Yo nunca te hablo de música. Difícilmente nos entenderíamos. La música y las matemáticas son para mí dos áreas remotas, desconocidas. Soy devoto de la música popular; a la alta música no llego. Muertos Machín y Gardel, el sentimiento desapareció de la música, murió con ellos. Nada extraño. En literatura, pintura, incluso en la vida, está sucediendo otro tanto. El sentimiento ya no es estético. Pero yo, terco de mí, sigo exigiendo al arte sentimiento. Y concretamente en la música, al tiempo que una emoción, busco en mi pasado, la evocación del tiempo que se fue. Soy un nostálgico contumaz. Para mí, Machín viene a representar lo que la famosa magdalena para Proust. Escuchar *Angelitos negros* equivale a remover toda mi juventud. Los grandes músicos, en cambio, me dicen poco. A los maestros me acerco tímidamente, con respeto, sí, pero también con recelo. Y a veces encuentro algo, como en la *Novena*, de Beethoven, o en *Las cuatro estaciones*, de Vivaldi, pero no creo que sea porque yo me eleve sino porque ellos hicieron concesiones.

Lo de los jóvenes me da miedo. Cada vez que voy a casa de los Cerviño y oigo la música desacompasada, el volumen infernal a que la escuchan los chicos, salgo asustado. Aquí, en Cremanes, sucede igual con los jóvenes Aspiazu. ¿Por qué esta pasión juvenil común por la música violenta? ¿Por qué la ponen tan alto? ¿Qué es lo que no quieren oír?

Confío que un día, cuando estemos juntos, aciertes a educar mi oído. La conciencia de que pasamos por la vida sin sacar partido de muchas cosas bellas me entristece. Tú sabrás ponerme un día en disposición de comprender a Chopin. Sueña con ese día tu devoto,

E. S.

13 de setiembre

¿Cómo te encuentras, amor? Me gustaría poder contarte una historia que te absorbiera, una historia apasionante y minuciosa, como las que me contaba mi difunta hermana Eloína cuando niño, cada vez que caía enfermo con anginas. Las anginas fueron la enfermedad de mi infancia. Casi te diría que de

los tres a los quince años, durante los crudos inviernos del pueblo, apenas abandoné la cama. Recuerdo que, estando con fiebre, la cama me desazonaba, no encontraba lugar para la cabeza y tanteaba con los pies entre las sábanas buscando un rincón inédito, no recalentado. Al atardecer, cuando mayor era mi desasosiego, entraba de puntillas en la habitación, con su calceta, mi difunta hermana Eloína, se sentaba orilla mi vieja cama de hierro y empezaba a relatarme una historia interminable, llena de incidencias y sorpresas. No recuerdo cuánto tiempo duraban sus relatos pero, inevitablemente, al concluir, yo estaba tranquilo, relajado bajo las mantas. ¡Que sensación tan placentera! Así me gustaría atenderte a ti. ¿Te pone tu hijo música todos los días? ¿Vigilas las transaminasas? Cuídate, amor; hay alguien en el mundo que te necesita.

Te quiere un poco más cada día,

E. S.

15 de setiembre

Queridísima:

Tu imagen me persigue las veinticuatro horas del día. Me levanto con tu fotografía entre los dedos y me duermo (es un decir) contemplándola. Ahora me obsesionan las zonas difusas de tu cuerpo: el hoyuelo donde tu garganta concluye, las axilas, el tibio triángulo que divide tus pechos. A veces te acaricio con los ojos con tal insistencia que llego a percibir una sensación táctil. Entonces se hacen notorios los más insignificantes accidentes de tu piel: los poros, el breve y brillante vello rubio, partículas infinitesimales de salitre. A la noche, claro está, me asaltan sueños libidinosos. ¡Ese tirante mínimo que rodea tu cuello! Anoche, en mi duermevela, lo desataba morosa y amorosamente en un juego erótico elemental. ¡Qué turbación, mi amor! ¿Es posible, criatura, que uno pueda despertar al erotismo a los sesenta y cinco años? ¿Qué extraño bebedizo me has dado para encender en mi pecho estos deseos adolescentes?

Te propongo un plan, contando de antemano con tu aquiescencia. El día 25 hay luna llena. ¿Por qué no nos encontramos mirándola, a las doce de la noche, mientras escuchamos ambos la *Pequeña serenata nocturna*, de Mozart? Sería excitante vivir unos minutos pensándonos mutuamente. Para evitar errores de horarios convendría guiarnos por el informativo de Radio Nacional. ¿Estás de acuerdo? Habla.

Tuyo,

E. S.

17 de setiembre

Querida:

Acabo de recibir una tuya enfurruñada. ¿Qué arte me doy para sacarte de quicio? ¿Soy yo impertinente o eres tú suspicaz? ¿Las dos cosas, tal vez? Mi amigo Onésimo Navas sostiene que en el matrimonio no es aconsejable una excesiva semejanza entre las partes ni una disparidad radical. Esto es, el matrimonio funciona cuando existen puntos de acuerdo y puntos de discrepancia. Los primeros engrasan la convivencia, los segundos suministran temas dialécticos gracias a los cuales la comunicación perdura. Es una teoría inteligente que Baldomero Cerviño suscribe poniendo su caso como ejemplo. En efecto, Esperanza, su mujer, era una persona delicada pero introvertida y melancólica. Él, Baldomero, como buen andaluz, todo lo contrario: exultante, arrebatador, festivo. Esperanza se insertó en sociedad gracias a Baldomero y Baldomero no se desbordó, se mantuvo en el comedimiento, gracias a su mujer. De la amistad podría decirse otro tanto. Baldomero y yo intimamos antes que por nuestras afinidades, que son muchas, por nuestras desemejanzas. El antagonista, lejos de ser un enemigo, viene a darnos fe de que existimos.

Eres injusta al afirmar que me avergüenzo de *La Correspondencia Sentimental* y si tú escribes en una revista de la que yo me avergüenzo nuestra discrepancia es esencial. En primer lugar, yo no puedo avergonzarme de lo que no conozco, no me fijo en este tipo de revistas, ya lo sabes, para mí como si no existiesen. Y, en segundo, si ese papel me puso en contacto contigo, la razón de mi vida, aunque fuese por azar, sin propósito deliberado, ¡bendito sea ese papel!

Olvídate de mis consideraciones mal medidas o improcedentes. Ahora me arrepiento de la mía última donde te hablaba de la excitación erótica que en mí promueve tu fotografía. Tenla por no escrita, no es de recibo.

Tuyo de corazón,

E. S.

19 de setiembre

Muy querida mía:

¿Se te pasó ya el berrinche? ¿Estás más animada? La admonición no te sienta, cariño, no concuerda con la mujer alegre, despreocupada, de las fotografías. Toda mujer, al sentirse amada, propende al autoritarismo, y con mayor razón cuando su enamorado se muestra dócil, proclive a la lisonja. Entregarse con demasiada premura, sin condiciones, tiene estas quiebras.

Ayer tarde, después de pasear un rato a Ángel Damián por la carretera, encontré en el bar a Aquilino, el molinero. Andaba un poco cargado y este

hombre, con vino, es inmisericorde. Habla y habla imprudentemente, siempre alrededor de él, en perpetua quejumbre. Se queja de la cabeza, del hígado, de los pies. Nada le funciona, de todo se adolece. Los pies, en efecto, recalentados y llenos de durezas, los tiene hechos una lástima, pero ¿qué menos se puede tener a los sesenta años? Aquilino es un hombre que, metido en confianza (y el vino se la da), no te hablará más que de sus alifafes. Estos hombres que se quejan de todo, que todo les duele, no tienen razón de existir. No se puede triturar a un semejante a cuenta de nuestros padecimientos, creo yo.

El año no viene tan flojo de fruta como parecía en principio. Excepto la ciruela claudia, que, en ayunas, me regula el vientre y que este año no hemos probado, la cosecha será media, y la de nuez, excepcional, quizá la mejor en los últimos veinte años. Pero falta gente joven para el apaleo y la nuez hay que cogerla antes de que cuque, pues, si no, entre los chicos y los pájaros no queda una en su sitio. La nuez de estos pagos es mollar, aquí le dicen pajaritera, y casca fácilmente mediante una leve presión. Más adelante veré de enviarte un fardillo para que las pruebes.

Tuyo de corazón,

E. S.

20 de setiembre

Amor mío:

Aunque expresamente no lo digas, es obvia tu predilección por tu hijo Federico. A tu hija, a tu yerno, a tus nietecitas, apenas si los mientas. Tan sólo hablas de él, de Federico, debilidad muy comprensible, puesto que en la época que vivimos resulta insólito un muchacho consagrado a su madre enferma, haciéndole un té, poniéndole música en el tocadiscos, acompañándole. ¡Edificante! Tu pasión por Federico es tan notoria que en tu última apenas me hablas de otra cosa, insistencia justificada ya que yo, en la mía, olvidé responder a su consulta, obsesionado como estaba con el tonto pleito de *La Correspondencia Sentimental*. Una pregunta previa: ¿va a mencionar tu hijo mi nombre en su tesis? Tal cosa no me agradaría. Tu hijo no comprende, o no quiere comprender, mi trayectoria en *El Correo*, mi desinteresado sacrificio de mediador y mi subsiguiente holocausto. Federico, tu hijo, es mi más severo juez, querida. Tu hijo transfiere al cauce profesional sus traumas sentimentales. Perdona que vaya con estos cuentos hasta tu lecho del dolor, pero a la altura de nuestra relación sería pueril ocultarlo: Federico está celoso de mí. Tu hijo, único varón en la familia al fallecer tu marido, te quiere en exclusiva, para él solo; yo sobro. Pero seguramente, a su edad, considera

bochornoso reconocerlo así y prefiere destruir mi imagen, desprestigiarme, quitarme el aura (si es que alguna tuve), cualquier cosa con tal de minimizarme ante tus ojos. A su edad esto es disculpable, pero me preocupa su tesis y, si no es mucho pedirte, me gustaría echarle un vistazo antes de que la presente. Insístele en un extremo: a *El Correo* más daño que Madrid y que la propia censura le hizo el encasillamiento de sus dirigentes, empezando por el nuevo director y terminando por el Consejo. Siento curiosidad por ver la interpretación que don Juan Manuel Aldama hace de unos hechos que únicamente conoció de referencias. Le temo a su pluma ácida, a su lengua pugnaz. ¿Qué opinará el joven Aldama sobre mi caso? ¡Vaya usted a saber! De todos modos sería necio oponerme a que Federico le entrevistase. Está en su derecho y me hago cargo de su curiosidad (que, en el fondo, también es la mía). Ya veremos por qué registro sale. Pero salga por donde salga, ten la seguridad de que ni estos contactos, ni su desapego, ni las ideas socialistas de que tu hijo alardea, empalidecen mi afecto hacia su persona, mi gratitud por las atenciones que te dispensa. Bastaría esto, aunque no le adornaran otras cualidades, para que en lo más profundo de mi corazón le haya adoptado, desde hace tiempo, como hijo.

¿Cómo van, querida, esas transaminasas? Nada me dices al respecto en tu última. Vigílalas. No dejes de someterte a análisis periódicos, a ser posible semanales.

Ayer tarde se desencadenó sobre el valle una tormenta tardía que, por tardía, resultó aún más aparatosa. Cuando cesó la tronada, la gente salió a coger caracoles en tapias y senderos. Hoy continúa nublado. La tormenta, como viene siendo frecuente en los últimos años, degenera en temporal.

Bajo el sol o bajo la lluvia te recuerda apasionadamente,

E. S.

23 de setiembre

Amor:

Exulto como un colegial ante la idea de nuestra cita en la luna, arrullados por Mozart. Tengo fe en la comunicación telepática, la transmisión de pensamiento y, en general, en las fuerzas ocultas. A veces me ha ocurrido ir por la calle pensando en una persona y encontrarme con esa persona al doblar la esquina. Tampoco es infrecuente soñar con alguien que hace años no ves y tropezártela a la mañana siguiente al salir del portal. Son situaciones hadadas sobre las que la mente no se pronuncia aunque se produzcan precisamente por el poder de la mente. Quizá no me creas, pero el otro día, al recibir tu anteúltima carta, supe que estabas enojada antes de abrirla. Con estos

antecedentes, he puesto una desproporcionada ilusión en nuestro encuentro de pasado mañana. ¿Te veré, descubriré tu sonrisa en la faz de la luna? ¿Me transmitirás un mensaje? En cualquier caso será una especie de conocimiento previo que simplificará nuestro conocimiento real, aplazado por tu inoportuna hepatitis. No lo olvides. Día 25, a las doce de la noche, tan pronto Radio Nacional interrumpa su programa para emitir el informativo.

Ayer trabajé duro en el huerto. Los arbejos se han secado, pero, secos y todo, los cosecharé, mitad para consumo (mezclados con alubias pintas y una punta de tocino están exquisitos), mitad para siembra. La patata, que vino temprana este año, ni abunda ni ha medrado. La temporada pasada, cada planta no dio arriba de dos o tres pero eran patatas tamañas, ¡alguna de medio kilo!, de muy fino paladar. Dicen que la patata degenera y, cada dos años, es conveniente variar la siembra, pero lo cierto es que la patata cultivada por propia mano, con basura y sin pesticidas, tiene el mismo gusto que la patata de antes de la guerra. También salen mezquinas este año las remolachas de mesa, pero su sabor es más dulce y aromático que cuando engordan demasiado. A mí me entusiasma la remolacha roja (empezando por su color) hervida, con aceite y vinagre y un pellizco de sal. ¿La has probado? ¿Qué opinas de ella?

Lo que me desborda, en cambio, es la alubia verde, vaina decimos aquí. He sembrado ocho calles de veinte cepas cada una y con tan corto número podría alimentar a un regimiento. Mi equivocación fue ponerles rodrigones de chopo viejo, podridos, que en su mayor parte han tronzado con el viento y aquello es como la selva, hay tramos impenetrables. Pero nacen vainas en todas partes, las cojo a puñados, diríase que crecen ante los ojos, en cuestión de segundos. Como a mí me sobran y aquí tiene huerto todo el mundo, ayer mandé un saco a Baldomero en el coche de línea, él aprecia esta hortaliza y todavía tiene en casa muchas bocas que alimentar.

¡Cuánto daría, querida, por que vieses mis rosales! Rosas y caléndulas son las únicas flores que cultivo, pues las florecillas silvestres me bastan para alegrar la vista. Pero la eclosión de los rosales rojos es un espectáculo. Brotan a borbotones, en auténticos racimos, hasta el punto de que llega un momento que hay más flores que hojas. Desgraciadamente es ornato efímero, mas, como a lo largo del verano se producen al menos dos floraciones, siempre, salvo un paréntesis de dos semanas, hay alguna. Ayer corté dos bellísimas y las puse en un vaso, sobre la cómoda, ante tu fotografía (entiéndeme, la que estás haciendo cosquillas a tu nietecita, pues la otra, la del tanga, podría dar

que hablar a Querubina, mi ama de cura, cosa que prefiero evitar), pequeño homenaje de mi corazón apasionado.

Adiós, amor, vigila las transaminasas. Yo estoy otra vez con la acidez. Hasta pasado mañana, besa tus manos,

E. S.

26 de setiembre

Querida mía:

Tras las emociones de anoche, imposible conciliar el sueño. Y aquí me tienes, amor, a las siete de la mañana, intentando reanudar la comunicación contigo. Porque anoche, cuando Radio Nacional anunció su informativo y encarado con la luna, puse el disco de Mozart, experimenté un auténtico transporte. ¿Cómo transmitirte mis sensaciones? Previamente, en los minutos iniciales, pasé una auténtica agonía. El corazón me escapaba del pecho, sus latidos eran tan apresurados y rotundos que temí pudiera ocurrirme algo. Enseguida te sentí a mi lado y, simultáneamente, nos vi a los dos recortados en silueta contra la luz de la luna, escuchando, enfebrecidos, los compases de Mozart. ¿Cómo pude decirte un día que yo no llegaba a los clásicos? Nadie puede afirmar eso. Llegar a ellos o que ellos lleguen a ti es un problema de recogimiento. Y Mozart, anoche, era no sólo un maestro sino un cómplice. Yo te pensaba y sabía que me pensabas y Mozart, con su profunda melodía, estaba por medio, era nuestra celestina. Hubo un momento, querida, en que el éxtasis fue total. Olvidé dónde estaba, mejor dicho, no estaba donde estaba, sino junto a ti, bebiéndome tu aliento. Y, al propio tiempo, conforme te digo, me hallaba fuera de mí, podía contemplarme y contemplarte, es decir, se produjo en mi interior como un desdoblamiento. Era a la par protagonista y testigo y, así que la música cesó, me quedé tan hechizado que debí permanecer inmóvil varios minutos antes de reaccionar.

Aguardo tu carta con impaciencia. La embriaguez de tu presencia y mi insomnio de esta noche te explicarán la incoherencia de esta mía. Lo único coherente y cierto de este instante, en que el sol empieza a dorar las copas de los pinos, es mi amor por ti, más profundo, más cálido, más arrebatado cada día. Tuyo,

E. S.

28 de setiembre

Amor:

Tu carta de hoy ha sido para mí como un mazazo. Mi fe ciega en la comunicación telepática he de ponerla en entredicho. ¿Cómo pudiste olvidar una cosa así? Comprendo que el ajetreo de una gran ciudad, tu núcleo

familiar, poco tienen que ver con el retiro de anacoreta en que mi vida se desenvuelve. Pero, con todo, la razón que aduces no es convincente: el espacio *Grandes Relatos* se prolongó hasta más allá de las doce y, cuando quisiste darte cuenta, la hora de nuestra cita había pasado. Rocío, ¿tan poco significaba ésta para ti? Me hago cargo que, en tu situación de reposo absoluto, la música, los libros y la televisión constituyan tus pasatiempos habituales pero, precisamente por su carácter inhabitual, nunca debiste olvidar nuestra romántica cita. Discúlpame, hablo por mí, a impulso de mi egoísmo, de mi amor desbordado, y no tengo derecho a exigir correspondencia al mismo nivel. Desde hace semanas, tú estás presente en todas las actividades de mi vida, te pienso a toda hora, me obsesionas, por eso, cuando el trance se produjo, experimenté un verdadero arrobamiento. De repente, hoy, con tus líneas de excusa, de puro trámite, ¡zas!, todo se viene abajo. Nuestra cita fue un fraude, una desoladora impostura. Sencillamente no fue, porque tú… te olvidaste. ¿No encontraste forma más piadosa de decírmelo? Sí, de acuerdo, en amor lo que no es sinceridad es hipocresía, no sólo lo que se falsea sino lo que se silencia, pero pienso que a veces el daño que causan las palabras justificaría un caritativo encubrimiento. Desearía exculparte pero desde mi posición emocional es difícil hacerlo. Es más, el hecho de que fuera el televisor, trasto que habitualmente menosprecias, el causante de tu olvido, aumenta mi decepción. Hay en mí algo de masoquista, lo reconozco, pero si uno no se reserva el placer de autocompadecerse, de sentirse víctima, ¿quieres decirme qué le queda?

Estoy acongojado, Rocío. Cuando algo no te estimula por dentro, las puestas de sol en Cremanes resultan fúnebres. La gente habla frívolamente de la caída del sol pero nadie, en realidad, le ha visto nunca caer. Yo sí, querida, lo veo caer literalmente cada tarde por detrás del Pico Altuna, las crestas del monte empiezan a roerlo por la base y en pocos segundos lo devoran, dejándome sumido en una desolación crepuscular. Desde la melancolía, un espectáculo así resulta luctuoso, por no decirte insufrible. Y, para rematar la fiesta, la hiperclorhidria me corroe el estómago de manera despiadada.

Te quiere tu desventurado amigo,

E. S.

30 de setiembre

Querida:

Disculpa mi última. Nadie tiene derecho a mendigar amor. El amor se siente o no se siente, no se finge ni se improvisa. La escena del amante dando

a lamer sus llagas a la amada (sus llagas de incomprendido) es un espectáculo deprimente. Dejemos, pues, las cosas como están.

Para contrarrestar mi abatimiento, dedico estos días al ejercicio físico. Ayer me fui paseando hasta Cornejo, empujando el cochecito de Ángel Damián, y, esta noche, antes de cenar, hemos estado limpiando de estorninos el palomar de Protto. Estos pájaros, que, hace quince años, no se conocían aquí, constituyen ahora una plaga. Antaño, en el páramo, el alcotán establecía una frontera, los mantenía a raya. Hoy no hay frontera porque falta el aduanero. ¿Qué ha sido de la colonia de alcotanes que anidaban arriba, en los tilos y castaños de la carretera? Nadie lo sabe. Un día de éstos, avisaré a Ramón Nonato para limpiar también de estorninos la panera de casa.

¿Cómo sigue esa hepatitis, cariño? ¿Vigilas las transaminasas? ¿Estás en buenas manos? Te recuerda a toda hora,

E. S.

3 de octubre

¿Qué nos sucede, amor, de un tiempo a esta parte? ¿Cómo puedo ser tan torpe y chapucero que en cada carta te suministre un motivo de enojo? ¿Tantas veces te he repetido lo de las transaminasas que he llegado a irritarte? La insistencia en este caso, querida, no es sino prueba de interés. No soy médico, claro, ni siquiera aficionado, pero interpretar el análisis de una hepatitis es muy simple, está al alcance de cualquiera, máxime si tenemos el anterior a la vista para compararlos. Pero no te tomes un berrinche por tan poco, amor. Yo me conformo con saber que vas mejor aunque lógicamente me intranquilizo cuando transcurren semanas sin información concreta sobre el asunto.

Lamento haberte ofendido con lo de la fotografía, pero debes hacerte cargo. Querubina, mi ama de cura, es mujer honorable y, en cierto modo, juiciosa, pero, como buena viuda fondona, proclive a la chismorrería, de tal modo, que si yo adornase con flores tu fotografía en bañador, a la media hora andaríamos en lenguas por todo el pueblo. No, no se trata de que yo sea esclavo de las convenciones sociales, entiéndeme, sino que aquí, en Cremanes, como en todas estas aldeas de Castilla, un acto semejante no sería bien interpretado. Los indígenas aceptan el bikini en las playas, inclusive aquí, en las piscinas de los veraneantes, de los forasteros, pero que el Eugenio (como aquí me dicen), un hijo del pueblo, se enamore de una mujer que se baña medio en cueros, y, para mayor escarnio, exhiba su retrato como un reto, constituiría motivo de escándalo. La gente rústica es así, querida, y yo no puedo cambiarla. Por sabido, no comparto su reacción, no me merece aprecio,

pero ¿quieres decirme qué adelantaría provocándola? No te alteres, Rocío, por favor, date a razones: no me avergüenzo de ti, pero si, con el tiempo, vas a ser una asidua de este pueblo, ¿qué gano enrareciéndote el ambiente?

Por días me vuelvo susceptible e irritable. Necesito comprensión. A ciertas horas me invade el desaliento. ¿Por qué? El mundo me deprime, Rocío, me asusta. Preciso de alguien en quien confiar, en quien apoyarme cuando las aguas se agitan y el naufragio amenaza.

No quiero afligirte más. Piensa en ti, cree en ti, sueña contigo,

E. S.

5 de octubre

Amor:

Hoy luce un día azul, esplendente, atemperado por una dulce brisa del norte. La madura luz de la mañana, con un toque macilento en la arboleda del soto, es ya decididamente otoñal. De pronto, como convocado a corneta, el pueblo entero se ha puesto en movimiento y ha comenzado la recolección de la fruta. Diríase que el vecindario aguardaba a que se fuera el último veraneante, Julio Aspiazu, el navarro, que marchó ayer. En el vallejo todo es fragor de motores, voces, actividad… También yo bajé temprano a la huerta. Además de los ciruelos, un moral y dos perales, tengo veintitrés manzanos (cinco reinetos y docena y media de camuesos), una propiedad pequeña pero que da para entretenerse. Los reinetos, por más tardíos, pueden aguardar hasta la segunda quincena, pero el camueso ya está en sazón. La manzana suelta bien este año, demasiado bien, ya que hay frutos que se desprenden al vencer la rama y ya se sabe que manzana golpeada es manzana perdida.

La recolección suele ser faena familiar, compartida, de ahí que esta mañana, al verme solo, encaramado en un camueso, me diera por soñar, te imaginara a ti al pie, sonriéndome y charlando, haciendo bolsa con el vuelo de tu falda, mientras yo, desde lo alto, te iba arrojando frutos. Una visión relajada, entrañable, sentimental. Y así, como por juego, sin tomármelo muy a pecho, llené cinco canastas que, a un promedio de veinte kilos, hacen un total de cien. Si estuvieras más cerca te facturaría una caja, pero la manzana es fruto perecedero, aguanta mal el porte, y hasta Sevilla es más que probable que no llegara una sana. Más adelante las probarás.

Para mí esta manzana, tan tiesa y aromática, es la de mejor paladar que hay en España, y si carece de fama es porque a los castellanos nos faltan dos cualidades esenciales para vender: sentido cooperativo y espíritu de comercialización.

Releo tu última. Nadie adivinaría que escribes desde la cama. Tu letra, aplicada, firme, de trazo grueso, no se ha alterado con la enfermedad, sigue siendo la misma de siempre. ¿Cómo te las arreglas? ¿No te levantarás a hurtadillas para escribirme? Ten cuidado. Antes que la caligrafía está tu salud… ¿Te has fijado en los rasgos duros de la *P* y de la *Q*? Te confiaré un secreto: soy un poco grafólogo. Aprendí las primeras nociones de don Próspero Mediavilla, mi antecesor en la jefatura de redacción, un versado maestro. ¿Te enojarás si te digo cómo eres? No, no te rías, la grafología es una cosa seria, una ciencia, aunque la mayor parte de los seres ignoren que cuando rellenan una cuartilla se están desnudando (psíquicamente, se sobreentiende), expresando sin ambages su carácter. Pues bien, querida, de tus rasgos caligráficos deduzco que eres una mujer presumida, sensible, resuelta y de carácter fuerte. El inolvidable don Próspero hubiera matizado más, pero yo, simple aficionado, soy incapaz de pasar de ahí. Los calificativos, aunque troquelados, poco flexibles, en conjunto son halagüeños. Me agradan las mujeres presumidas, sensibles y resueltas. En cuanto al carácter fuerte, depende del grado. Los caracteres débiles, como hojas en el viento, me resultan despreciables, si que también me enfaden los excesivamente autoritarios. Mi difunta hermana Eloína era un tanto dominante, sin duda las responsabilidades, en cambio Rafaela, la maestra, representaba el equilibrio, un carácter entero pero dúctil y condescendiente.

Adiós, cariño, espero tus noticias con avidez. Mi estómago sigue manando fuego pero es mayor aún el que inflama mi corazón. Tuyo,

E. S.

8 de octubre

Amor:

¿No bromeas? ¿Es cierto lo que me dices? ¿Es verdad que te han dado de alta? ¿Cómo va a ser posible que en apenas tres semanas hayas superado la hepatitis, una enfermedad tan larga y pertinaz? ¡Bendito sea Dios! Esto quiere decir que las transaminasas están en orden, ya que las transaminasas marcan el índice, hablan con mayor rigor que el doctor. Aceptémoslo con júbilo, querida, pero con prudencia; no nos precipitemos. No tomes la autorización del doctor al pie de la letra; come de todo pero con método. Vigila las grasas; no te atiborres de platos indigestos. ¿Has adelgazado? En esta enfermedad es frecuente adelgazar, el reposo no llega a compensar la dieta sin condimento. Mi difunta hermana Rafaela, si mal no recuerdo, perdió cuatro kilos en el trance. Claro que su enfermedad fue más prolongada.

Me sorprende el tono de tu carta, inane, sin vibración. Hablas de tu restablecimiento como de un vulgar incidente cotidiano. Posiblemente la hepatitis te ha dejado desmadejada. El paquete muscular de las extremidades inferiores suele quedar enerve, flojo, pero su recuperación es rápida, cuestión de días. A pesar de todo, tu decisión de encontrarnos en Madrid el día 15 me parece un poco precipitada. ¿Estarás en condiciones de viajar para esas fechas? Yo ardo en deseos de conocerte, de charlar contigo, pero ¿no sería más sensato dejar transcurrir otro par de semanas? No guía mi juicio afán dilatorio alguno, bien lo sabes, sino cuidado por tu salud. Dices que quieres hablarme. Eso mismo anhelo yo desde hace meses, mi amor. Tras medio año de relación epistolar, estimo que el contacto personal se impone, se hace por días más apremiante. Pero vayamos con calma. ¿Qué ganamos, después de tantas cautelas, apresurando las cosas si con ello provocamos una recaída? La hepatitis no suele volver, es cierto, pero ¿y si volviera? Seamos prudentes, mi vida; recapacitemos. Si, a pesar de todo, persistes en tu idea (nadie mejor que tú para medir tus fuerzas), lo procedente es poner en ejecución nuestro viejo plan: día 15, dos de la tarde, restaurante Milano. Pero reflexiona antes de decidir, por favor. Precisamente el día 15 pensaba yo recoger las reinetas, pero la manzana puede aguardar. ¿Sabes lo que me dieron este año los camuesos? Seiscientos cincuenta kilos. No es un récord, ni siquiera una cosecha media, pero si han de pagarlas a diez pesetas, que es lo que están ofreciendo los intermediarios, hubiera ganado más dejándolas en el árbol, tal como hacen Ángel Damián y otros amigos.

Pero volvamos a lo nuestro. Lamento sinceramente que Federico, tu hijo, no pueda acompañarte. ¿Es éste su último curso? Otra cosa: tras la delicada prueba de Madrid, si todo saliera bien y tú no mandas otra cosa, me apetecería visitarte en tu ambiente, ¡en Sevilla!, pasar unas semanas contigo allí. Esta hermosa ciudad, que siempre encerró para mí una magia especial, se ha convertido de pronto, por mor de tu residencia en ella, en el ombligo del mundo. De todos modos, querida, reprime tu impaciencia, reflexiona, aún estamos a tiempo, no te fíes de los dictados de tu corazón.

Sufro un terrible ataque de hiperclorhidria. Mi estómago es un volcán.

Tuyo sin reservas,

E. S.

12 de octubre

Amor mío:

De acuerdo. Me faltan arrestos y voluntad para imponerte otro aplazamiento. Sea, pues, el día 15.

Creo te indiqué ya que paro en el Hotel Imperio, nada del otro jueves pero está limpio, cuidan la temperatura y el conserje, Marcelo, me llama por mi nombre, detalle de agradecer en una urbe donde el anonimato es la norma. Por añadidura, el precio es arreglado. Hasta la hora convenida permaneceré allí, haré que me suban los diarios de la mañana y así entretendré la espera. Si algo necesitaras, llámame por teléfono.

Trato de controlarme, de aparentar serenidad, amor mío, pero estoy lejos de sentirla. Este paso es tan definitivo que los nervios del plexo se contraen y a duras penas me dejan respirar. ¡Difíciles vísperas! Confío que no tomes a mal lo que voy a decirte. Desde chiquito dormí en una desproporcionada cama de hierro, la vieja cama de mis padres que nos trajimos del pueblo. Me hice así a la holgura, a los grandes espacios, a la libertad. Aquella libertad es hoy mi esclavitud; la cama es amplia pero fría, excesiva, mi más ferviente deseo es compartirla.

¿Qué sucederá dentro de tres días? ¡Tremenda incertidumbre! Hasta el día 15, querida, a las dos, en el Restaurante Milano, primer tramo de Ferraz subiendo desde plaza de España.

Te idolatra,

E. S.

20 de octubre

Muy señora mía:

Su carta de esta mañana no me ha sorprendido, más bien la esperaba después de nuestro desafortunado encuentro del pasado día 15. Tampoco me ha sorprendido su tono, ceremonioso y protocolario, aunque sí, lo confieso, los agravios gratuitos de su segunda mitad. Aquello, lo de Madrid, no discurrió por los cauces previstos; descarriló. ¿Cómo fue posible una frustración semejante? No lo sé, pero al decirnos adiós había entre nosotros mayor distancia que en el momento de saludarnos. Su actitud evasiva, reservada, se fue acentuando a medida que avanzaba el almuerzo. Pese a mis esfuerzos, usted rehuyó una y otra vez mis miradas y, en el momento crucial en que, jugándome el todo por el todo, extendí disimuladamente el brazo sobre el mantel y traté de tomarle una mano, usted la retiró de golpe como si se le arrimara una víbora.

Pero todo esto sería pura anécdota, señora, si la conversación hubiera fluido entre nosotros. Desgraciadamente, tampoco fue así. Cada vez que lo intenté usted me respondió con un sofión o permaneció encastillada, como ausente. Empleando un símil impropio, me fue imposible cuadrarla. Sus ojos vagaban inquietos por el comedor, entre las caricaturas de las paredes y los

comensales que entraban o salían, fingiendo un interés que justificase su desvío. Y en las dos únicas ocasiones en que el ambiente se serenó, invitando a la confidencia, usted apeló al camarero por una fruslería impidiendo que el clima propicio se produjese.

Achaca usted en la suya el fracaso a la decepción física. ¿Por qué no? Nunca he sido un adonis y a lo largo de nuestra correspondencia no lo oculté, es más, creo recordar que cada vez que me referí a mi físico lo hice con cierta severidad, no exenta de humor. Le hablé, me parece, de un hombre rechoncho con sobra de grasas pero con posibilidades de redención. Pero una cosa es imaginarlo y otra distinta comprobarlo, dirá usted. De acuerdo. Mas yo tengo entre ceja y ceja que usted entró ya en el restaurante decepcionada. La desdeñosa frialdad con que pronunció mi nombre al acercarse a la mesa en que me sentaba es ya un indicio. Otro, la manera de estrecharme la mano, tan displicente, remota e impersonal. ¿Era necesario más? En realidad, con un asomo de determinación, ahí debimos dar por concluido nuestro encuentro. Pero nos faltó valor, cosa explicable en cierto modo. Uno siempre se aferra a la esperanza, piensa que lo que juzga desapego bien pudiera ser pasajero azoramiento y que, a la postre, con un poco de paciencia, las cosas pueden tomar otro sesgo. Vanas ilusiones. Lo nuestro estaba sentenciado desde el principio; aun antes del principio su rechazo era evidente y, me temo, irreversible. Después, la distancia física que deliberadamente puso usted entre los dos en el taxi, su negativa a dar un paseo por el Retiro alegando dolor de cabeza, su determinación de regresar a Sevilla en el primer tren de la noche… ¿Para qué seguir?

No tengo derecho a lamentarme, señora. Cosas así suceden en el mundo cada día. Una comunicación epistolar asidua, afectuosa, de casi medio año, se rompe de improviso al establecer contacto. Normal. Pero hay algo que no lo es, que no es normal, quiero decir, y que me reconcome: el convencimiento de que hubiera sido lo mismo si en lugar de encontrarse conmigo se hubiera usted encontrado con el hombre más apuesto de la Tierra. En una palabra, lo nuestro, por razones que no se me alcanzan, estaba muerto antes de nacer. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? He aquí las interrogantes que me planteo y que me martirizan, aparte de que, si era así, si, infortunadamente, es así, ¿qué sentido tiene ensañarse ahora inelegantemente en la ruptura? ¿A santo de qué sus sarcasmos, su acre refinamiento? ¿No subyacerá en el fondo de todo esto una conciencia culpable, la pretensión de justificarse ante sí misma? No doy la talla, ¿qué talla, física o moral? Soy un taponcito pretencioso; ¿de qué me he jactado yo, señora mía, qué pretensiones, fuera de hacerla mi esposa, he

albergado a lo largo de nuestra correspondencia? Soy hipócrita y mendaz; ¿puede calificárseme con este rigor por el hecho de medir un metro cincuenta y ocho en lugar de uno sesenta o por la pueril estratagema de encaramarme a un ladrillo para retratarme y aparentar unos centímetros más de estatura? No mantengamos por más tiempo la ficción; olvidemos ambos nuestros sueños adolescentes y seamos francos por una vez, señora. ¿No debimos uno y otro empezar por ahí, por abrir de par en par nuestros corazones adultos y eludir actitudes improcedentes? Porque, sinceridad por sinceridad, señora, tampoco usted mide uno sesenta, ni, con todos los respetos, su aspecto es tan juvenil como proclamaba en *La Correspondencia Sentimental*. Más aún: su físico no guarda la menor relación con la deportiva señorita de la fotografía. Ignoro con qué fines usted me envió la primera fotografía que encontró a mano de una atractiva señorita en bañador. Pero, con la mano en el corazón, ¿qué tiene que ver ese cuerpo armonioso, elástico, vital, de la foto, con la mujer madura, de antebrazos fláccidos, ojos enramados y cintura enteriza que se sentó frente a mí en la mesa del Milano? Entiéndame, señora, no formulo esta constatación por resentimiento, en tono de censura, pero si usted confiesa abiertamente, en una publicación, cincuenta y seis años, ¿por qué no asumirlos? Durante meses, embaucado por su fotografía, viví en la inopia, imaginando el milagro, pero cuando la otra tarde en Madrid observé atentamente su rostro y percibí, por debajo de afeites y cosméticos, las tenues, disimuladas, arrugas, las oscuras bolsas bajo los ojos azules, la traidora sotabarba, en una palabra, las patentes huellas de la edad, comprendí que tal milagro no existía, que usted era lo que tenía que ser, lo que yo era, lo que todos somos (a excepción de aquel prodigio insenescente que se llamó Rafaela) una vez que abocamos a la decadencia, a la decrepitud. ¿Voy a tacharla de embustera por eso? ¿Voy a censurarle que sustituyera su verdadero retrato por el de una encandiladora señorita en bañador? Al contrario, comprobar su ingenua argucia me conmovió, despertó en mí una intensa ternura. No vi en su juego una falacia, sino al revés, un deseo de ser más para darme más, un anhelo de ser perfecta para ofrecerme la perfección. Y aquello, aunque otra cosa pueda pensar usted, me reenamoró, con un sentimiento más sosegado que el que desató en mi pecho la chiquilla del bikini, por supuesto, pero más puro, más respetuoso, más profundo también.

Esto es todo, señora. Entiendo que ésta es la única manera honesta de plantear nuestro fracaso: desde la sinceridad. Y tal vez desde esta base, con los pies en el suelo, cabría la posibilidad de reanudar nuestro epistolario a no ser que mi físico le cause a usted verdadera repulsión. Yo debo reconocer que

me he acostumbrado a usted, que necesito de usted, de sus desplantes, sus ironías, sus lamentaciones, y que prescindir de golpe de todo ello me supondría un hondo desgarramiento. Lo importante en la vida es disponer de un interlocutor. Se vive para contarlo, en función de un destinatario. ¿Qué hacer si éste, de pronto, desaparece? Recomencemos, pues, desde la realidad, si le es servido. Yo, por mi parte, doy por no escritas las dos últimas cuartillas de su carta. No son de recibo.

Besa sus pies,

E. S.

20 de octubre

Señora:

Apenas mi carta en el buzón, recibo otra, inesperada, de Baldomero Cerviño, llena de circunloquios, medios términos y promesas de fidelidad, misiva que no podía tener otra procedencia. Su ambigüedad, la atildada caligrafía, la pulcra sinuosidad de sus argumentos llevan el sello inconfundible de Baldomero. No en balde Baldomero ha sido cocinero antes que fraile. Tras su lectura, se ha hecho la luz, se han definido los contornos de las cosas. ¿Cómo he estado tan ciego, Dios mío? De modo que usted y Baldomero, Baldomero y usted… ¿Es posible? ¿Desde cuándo? ¿Cómo iba a volar tan alto mi pobre imaginación? Ahora ya me salen las cuentas, todo está perfilado y en su sitio: la hepatitis, el tono de sus últimas, su comportamiento en Madrid… Las piezas del *puzzle* casan. Usted acudió a la cita con el propósito de informarme pero, en el último momento, le faltó valor. Lógico. La papeleta era tan abyecta e indecorosa que no se atrevió a presentarla. La carta de Baldomero, ahora, untuosa y precaria, viene a subsanar su omisión. Todo claro como la luz del día, señora, pero ¡tan nefando! ¿Por qué razón solicitó usted informes míos a Baldomero? ¿No los recibía usted directos, sinceros y puntuales? ¿Por qué, Señor, la palabra de Baldomero (otro desconocido, al fin y al cabo, para usted) iba a ser más de fiar, de mejor condición que la mía? ¡Preguntas, preguntas, preguntas! Pero ¿para qué respuestas? Las cosas caen por su peso. Baldomero, como cada año por estas fechas, viajaba a Cádiz y se detuvo en Sevilla para entrevistarse con usted. Preferible hablar que escribir; la palabra no deja huella, se la lleva el viento. El informe escrito es más delicado y Baldomero no lo ignora. ¡Sólo Dios sabe qué le diría desde su pedestal! Pero, después de todo, ¿qué importancia tiene eso? Apenas se vieron se sintieron atraídos mutuamente. Cupido disparó sus dardos desde la torre de la Giralda. ¡El flechazo de la tercera edad! Automáticamente, yo quedé pospuesto, dejé de existir para usted. ¿Cómo

competir con el donaire, la galanura, la noble testa patricia de Baldomero? El atractivo físico de este hombre, incluso en su avanzada madurez, es, por lo visto, irresistible. A lo largo de treinta y cinco años nunca le vi perder una batalla en el terreno sentimental. ¿Cuál es su secreto? ¿Dónde radica la razón de su éxito? ¿Únicamente en su arrogancia, su apostura, su desenfado, su don de gentes? No lo crea usted. A las prendas físicas de Baldomero hay que añadir una diabólica facultad, adquirida, sin duda, a lo largo de los años que ejerció como censor: la de adueñarse de la mente ajena socavando previamente los resortes defensivos de su víctima. Porque Baldomero, señora, digámoslo de una vez, fue censor de oficio, profesional, de plantilla, y esta tenebrosa actividad crea hábito; mediante el solape y la falacia nos ayuda a poseer otros cerebros, a suplantarlos, a pensar por ellos. Durante lustros fue éste un país de posesos y uno de los poseyentes más cualificados fue Baldomero. ¡Federico, su hijo de usted, saldrá ganando en el cambio! ¿Comprende ahora por qué le digo que no existe quien pueda sustraerse a sus artes embaucadoras? Su turno ha llegado, señora; usted es la nueva víctima, la última posesa. ¿Quién la exorcizará? Ante Baldomero en su podio, en su pedestal —¡San Baldomero el Estilita!— usted habrá de vivir de rodillas, en perpetua adoración. Y no piense que le hablo así por despecho. Si tiene la paciencia de repasar nuestra correspondencia hallará alusiones al especial carácter de mi amistad con Baldomero. ¿He dicho amistad? Admitámoslo, amistad, pero él señor y yo villano, él arriba y yo abajo. Esta especie de derecho de pernada que acaba de ejercitar ahora disipa la última duda que pudiera caber al respecto. En fin, señora, disculpe estas líneas desengañadas y que sean ustedes felices.

Atentamente,

E. S.

El tesoro

1985

A mi hijo Germán
y a cuantos dedican su vida
a investigar nuestras raíces.

I

Se hallaba tan enfrascado en la lectura que el timbre agudo del teléfono le sobresaltó. Desmanotadamente, como si acabara de despertarse, tomó el auricular y, al hacerlo, sus ojos azules, de por sí tristes y ensoñadores, adquirieron una expresión ausente.

—Sí —dijo frunciendo maquinalmente los hombros.

Aparte su incoherencia, la voz del Subdirector General sonaba rota, aguda, quebrada por la membrana del aparato, y Jero, mientras jugueteaba con los rotuladores y lapiceros del bote, se esforzaba en dar cohesión a aquel discurso deshilvanado.

—¿Un tesoro? —preguntó escéptico.

Su displicencia enfurecía al Subdirector General, de tal modo que su voz, apenas inteligible, se hacía, con la irritación, más turbia y chillona. Jero cabeceó impaciente, cogió del bote un rotulador rojo y mordisqueó la contera.

—Sí, sí, te entiendo perfectamente; pero ten en cuenta que a las once tengo clase… ¿No te sería igual a la una?

Jero parecía malhumorado. Volvió a depositar el rotulador en el bote y golpeó reiteradamente el fondo con él; dijo dominando su irritación:

—He vuelto anoche de Almería, Paco… Ponte en mi caso… Es que no paro… Ni siquiera he visto a Gaga… Imagina… Ya la conoces…

Las palabras casi ininteligibles del auricular se hicieron más autoritarias y apremiantes.

—Está bien, está bien —respondió Jero—. Dentro de una hora me tienes ahí… ¿Antes?, como no me crezcan alas… Alguien tiene que dar mi clase, Paco; debo recoger mis cosas, avisar a Narciso, dame tiempo… De acuerdo, llevaré mi coche.

Colgó el teléfono, se cubrió el rostro con las manos y permaneció unos instantes así, oprimiendo con dos dedos los doloridos globos de los ojos. A continuación tomó de nuevo el teléfono y marcó un número. Su voz se hizo meliflua, acariciadora:

—¿Gaga? Sí, soy yo, Jero… Todo bien, sí… Es decir, todo, todo, no; hay una novedad… Exactamente; otra salida imprevista… Lo siento, pequeña, no es culpa mía… No digas disparates… Importante, sí, inaplazable… Un tesoro, por lo visto… Me es imposible concretarte más; ni yo mismo lo sé… Cosas de Paco, por supuesto, pero no olvides que él manda… Dos o tres días supongo… ¿Y qué quieres que yo le haga?… La dedicación exclusiva es esto, Gaga, no nos engañemos… Lo siento… A la vuelta hablaremos con calma… Está bien, está bien; te llamaré en cuanto regrese… Un beso.

Dejó el teléfono y se puso en pie; apiló las revistas que consultaba en un ángulo de la mesa y guardó en un bolsillo de la cazadora de ante una bolsita de caramelos refrescantes. Cuando abrió la puerta del despacho contiguo, un hombre joven, cargado de hombros, el pálido rostro enmarcado por una barba fluvial, levantó hacia él sus negros ojos absortos.

—Bueno. ¿Qué tripita se te ha roto ahora?

—La de siempre por no variar —dijo Jero—. Otra encomienda. Por lo visto ha aparecido un tesoro en el castro de Gamones. Ya sabes, ¿no? En las Segundas Cogotas, que diría el bueno del Coronel. Me largo con Paco dentro de una hora.

El muchacho de las barbas fluviales apoyó la mejilla derecha en el puño cerrado.

—Pero ese castro, ¿no estaba excavado ya?

Jero denegó con la cabeza:

—Una prospección de chicha y nabo; nada —se adelantó hasta la puerta del corredor y añadió—: Una cosa, Narciso, Paco me espera y ya sabes cómo las gasta. ¿Te importa decirle a Manolo que me dé la clase? El megalitismo, díselo así, él ya sabe.

En la calle, vaciló. Rara vez recordaba el lugar donde había aparcado el coche. Finalmente, atravesó la Avenida, avanzó doscientos metros y se detuvo junto a un enlodado Ritmo gris. Todavía juraba entre dientes cuando abrió la portezuela. Arrancó, tomó la lateral de la Facultad, giró en redondo en la explanada y se dirigió a su apartamento. El maletín, aún sin deshacer, estaba sobre la mesa, tal como lo había dejado la víspera. Lo recogió y, al llegar al portal, sacó dos cartas y unos impresos del casillero y dio una carrerita hasta el coche.

Paco le esperaba en la escalinata de la Dirección General, la ajada cartera negra en el rellano. Agitó innecesariamente la mano para llamar su atención y, apenas se detuvo el coche, cogió la cartera, abrió la portezuela y se metió dentro:

—¿Qué hay? —dijo formulariamente.

—Eso digo yo —dijo Jero.

El Subdirector General arrojó la cartera al asiento posterior, se acomodó y ajustó el cinturón de seguridad. Sus movimientos pretendían ser naturales pero resultaban apurados, descontrolados, nerviosos:

—Andando —dijo—. Pablito nos espera. Ha depositado las cosas en el banco, oye. Imagina, siete kilos de plata y kilo y medio de oro en un pueblecito de apenas cien vecinos. ¡Como para perder la cabeza, oye!

Jero conducía con resolución hacia la autopista. A intervalos, el Subdirector General levantaba el gordo trasero del asiento y se aflojaba con el dedo pulgar el cinturón de seguridad. Tras los gruesos cristales de las gafas, sus ojos eran diminutos e inexpresivos.

—Pablito me llamó anoche desde Valladolid —prosiguió—. El asunto no está claro, pero parece fuera de duda que habrá que indemnizar. Un tipo descubrió el tesoro en un cortafuegos. Según él, tropezó con la tinaja por casualidad, pero yo no me creo esa historia ni loco, oye. Ese tipo ha ido con un detector a por ello. Pero ¿cómo se lo demuestras?

Se afianzó las gafas y miró de reojo a Jero. Añadió:

—El asunto parece importante, oye. Nunca he visto a Pablito tan aturdido. Habla de docenas de torques, brazaletes y broches del siglo I antes de Cristo. ¡Vete a saber! Tiene al tipo con él, claro. Un tal don Lino, un abogado doblado de agricultor, de Pobladura de Anta. ¡Buena pieza! —rió—. El tipo lo descubrió el miércoles pasado, échale, pero ha estado callado, a lo zorro, hasta ayer, que no se sabe por qué se acoquinó y telefoneó a Pablito. Al parecer, Pablito y él se conocen de atrás. El tal don Lino pretendía callarse, pero a última hora lo pensó mejor y se arrugó. Pablito, naturalmente, porfía que el hallazgo fue casual pero yo no me lo trago ni loco. Ese tipo fue con el detector, eso no hay quien me lo saque de la cabeza. Está demasiado pateado ese castro como para admitir una tinaja en superficie sin que nadie lo haya advertido antes.

Jero aceleraba por el pasillo de la izquierda. Sacó maquinalmente un caramelo del bolsillo y lo metió en la boca. El tráfico era rápido y fluido. Los ojos azules, melancólicos, de Jero no se apartaban del parabrisas. Sus labios esbozaron una sonrisa tenue como si, de pronto, recordara algo.

—¡Pobre don Virgilio! —dijo chupeteando el caramelo—. Le hubiera alegrado el descubrimiento. Hay que tener en cuenta que las Segundas Cogotas, como él decía, fue su *hobby* durante cincuenta años. E, ingenuidades aparte, hay que reconocer que la nota que publicó sobre el castro era un trabajo serio, hecho a conciencia.

Hizo una pausa, pero el esbozo de sonrisa no había desaparecido aún de sus labios cuando prosiguió:

—¡Gran tipo el Coronel! Celoso de lo suyo, reticente como buen erudito local, pero sabía dónde le apretaba el zapato. Recuerdo que cuando lo conocí, y ya ha llovido, me mostraba los cinturones de las murallas y las piedras hincadas del castro con mayor orgullo aún que los establos de su finca.

Jero trató de rebasar al Citroën amarillo que le precedía, justo en el momento que éste lo hacía sobre un viejo y desvencijado Seiscientos. Frenó bruscamente y retornó a la fila de la derecha.

—¡Cuidado, oye!

—El tipo ese no ha dado al intermitente.

El Subdirector General se soltó el cinturón de seguridad, se dobló penosamente sobre el salpicadero y conectó la radio. Al sonar la música, volvió a desconectarla.

—Ya han dado las noticias —dijo. Consultó su reloj—: Las doce y diez. Si no hay novedad a las dos y media podemos estar con Pablito —rió—. Está como un flan, oye. En la vida le he visto así. Repite una y otra vez que el tesoro es prerromano, seguramente orfebrería celtibérica. ¿Qué demonios esperaría encontrar en ese castro?

Miraba a Jero con sus indagadores ojos miopes, hundidos en lo más profundo de los cristales.

—A mí, personalmente, estos ajuares prerromanos de la Meseta no me emocionan ya, no me producen frío ni calor —dijo Jero—. Repiten casi siempre las mismas joyas y, después de Raddatz, no me parece fácil sacarles más información. Lo único verificar si, en esa zona de nadie, la orfebrería es celtibérica o de los castros gallegos. Es lo único que nos queda por ver.

El Subdirector General asintió sin palabras, luego levantó el poderoso trasero, volvió a asentarlo y se aflojó el cinturón de seguridad, aliviando su presión con el pulgar. El coche avanzaba raudo por el túnel y, al salir de él, entrecerró sus pequeños ojos deslumbrados.

—Estos hallazgos son más espectaculares que eficaces, de acuerdo —dijo llevándose una mano a la frente a modo de visera—. Pero hay que reconocer, oye, que volcar una tinaja y encontrarte con diez kilos de joyas delante de las narices, es como para que se te encoja el ombligo.

Jero frunció por dos veces los hombros, aparentemente frágiles, pero nervudos y vigorosos:

—¿Espectacular?, bueno, de acuerdo, pero ¿qué problemas nos resuelve? Si es caso confirmar que el castro de Aradas es el punto de encuentro de la cultura celtibérica y la castreña, pero, a fin de cuentas, tampoco eso es ninguna novedad, Paco; todos lo sabíamos; hasta el propio Coronel lo sospechaba.

El Subdirector General rebulló en el asiento. Aflojó aún más el cinturón de seguridad. Dijo desasosegado:

—Este sistema es una mierda, oye, oprime el estómago, prefiero los fijos, ¿por qué no los cambias? Pon, al menos, una pinza de la ropa para que haga tope —se volvió hacia Jero, esbozó una sonrisa y dulcificó la voz para cambiar de tema—: ¿No crees que estás sacando conclusiones prematuras? Por de pronto, Pablito me ha hablado de una fíbula zoomorfa de arco aplanado, con resorte de charnela, única en la cuenca del Duero. Ni en Padilla, ni en Jaramillo hay nada que se le parezca, oye.

Jero tornó a fruncir los hombros en un movimiento convulso:

—¿Y qué? Entre la orfebrería de la Segunda Edad del Hierro hay diversidad, sólo faltaría —en sus ojos claros, levemente soñadores, brilló un matiz de reproche al desviarlos hacia el Subdirector General—. Hay otra cosa, además, Paco. Estoy cabreado. ¿Lo quieres más claro?

El Subdirector General rió con una risa entrecortada, espasmódica, casi como un hipo.

—¿Gaga? —apuntó.

—Gaga, claro, ¿quién va a ser? Le digo que me voy tres días a Almería y me tiro dos semanas allí. Al cabo de las dos semanas, le anuncio el regreso y, antes de vernos, vuelta a marchar. ¿Tú crees que esto es serio? Con el corazón en la mano, Paco, ¿tú crees que habría muchas chicas que aguantasen semejantes frivolidades?

Volvió a reír el Subdirector General con su risita seca, cacareadora:

—¿Todavía no te ha planteado la alternativa de que la piqueta o ella?

—Mira, cada tarde.

Los miopes ojos del Subdirector General, al fondo de los cristales, se achinaban al reír:

—Pila me planteaba este dilema diez veces al día. Y, sin embargo, ya la ves ahora. Con los tres becerretes tiene bastante.

Jero soltó unos instantes las manos del volante y accionó nerviosa, apasionadamente:

—Tampoco es eso, Paco, no simplifiques. Para empezar, Gaga y yo no pensamos tener hijos. A lo mejor ni siquiera nos casamos.

El Subdirector General ahuecaba el cinturón con el dedo pulgar. Montó el labio inferior sobre el superior en un gesto meditabundo y preocupado:

—No te lo tomes al pie de la letra, oye. Pero, puestos a buscar paralelos, tampoco Pila quería tener hijos. Sólo pensarlo, la asustaba. Era demasiado frágil, estrecha de pelvis, qué sé yo cuántas cosas… Y ahí la tienes, tú. Tres hijos en cinco años. La maternidad es un instinto y como tal funciona.

Jero meneó la cabeza de un lado a otro.

—No quieres comprenderme, Paco. Gaga no es frágil, ni estrecha de pelvis. Simplemente se niega a tener familia; pasa de instinto maternal. Dice que con la arqueología tiene bastante y, visto lo visto, no le falta razón.

Concluía la autopista y la cinta gris de la carretera, con los bordes desportillados, sin árboles, se perdía ahora en la línea del horizonte. A mano izquierda un pueblecito de barro, señoreado por una iglesia, se recortaba sobre el cielo azul y, frente a él, entre el verde tierno de las siembras, tras un islote negro de pinos agrupados, una línea discontinua de mondas colinas cerraba la perspectiva. El Subdirector General levantó otra vez el voluminoso trasero del asiento.

—¿Tienes calor? —preguntó Jero adelantando la mano hasta la palanquita de la calefacción.

—Deja. Voy bien; si es caso, sueño. Esa condenada Tuta se despierta cada noche berreando como si la mataran. Apenas nos deja descansar, oye. Pedro porfía que con esto de la televisión los terrores nocturnos en los niños han aumentado un quinientos por ciento. ¡Vete a saber!

El Subdirector General ladeó el cuerpo y recostó la cabeza en lo alto del respaldo.

—¿Sabes que no me parece una mala idea descabezar una siestecita? —añadió.

Sus ojos diminutos quedaron reducidos a dos ojales al cerrarse. Jero se inclinó sobre el salpicadero, cogió otro caramelo y conectó la radio. Sonó la música.

—¿Te molesta?

—Al contrario, oye. Me arrulla. ¿No te entrará sueño?

—Descuida. Ya estoy acostumbrado.

II

Aunque el local apenas reunía docena y media de mesas, el rumor de voces, el hiriente estrépito de la loza, impedían conversar en un tono de voz normal. Jero, sosteniendo con el codo la puerta de vaivén, paseó sus claros ojos asombrados por entre los comensales. Divisó a Pablito, en la plataforma, su pelo planchado, su sonrisa fruitiva y, a su lado, un hombre mullido, calvo, carirredondo, se arranaba en el borde de la silla, como si pretendiera escamotear su humanidad tras los manteles de la mesa.

—Ahí están —dijo Jero levantando la voz.

Salvaron los tres peldaños que les separaban de la grada y se acercaron a la mesa. Pablito, radiante, se levantó y puso una mano blanca, afilada, como de marfil, sobre el hombro oscuro de su acompañante. Sonreía:

—Lino —dijo—, aquí te presento al señor Subdirector General, Paco para los amigos, y Jerónimo, mi compañero en Madrid.

El hombre calvo forcejeó inútilmente con la silla, emparedada entre la mesa y el tabique, tratando de incorporarse. Engurruñido, tendió su mano, una mano grande, pesada, de campesino, al Subdirector General y, luego, a Jero. Pablito agregó:

—Y éste es don Lino Cuesta Baeza, el descubridor del tesoro.

Se sentaron. Don Lino miraba a los recién llegados con aprensión, como si vinieran a pedirle cuentas. El rostro exangüe, de pelo negro, engomado, tirado hacia atrás, de Pablito irradiaba, en cambio, satisfacción. Dijo, demorando deliberadamente entrar de golpe en el tema:

—He pedido ancas de rana y lechazo asado para todos. Si alguno quiere cambiar, aún estamos a tiempo.

El Subdirector General observaba el rostro de don Lino con sus ojitos punzantes, con cierta insolencia, y don Lino, inquieto, se rebulló en el asiento y, aunque no había empezado a comer ni a beber, se pasó mecánicamente la servilleta por los labios. Dijo Jero, mientras escanciaba vino en los vasos, dirigiéndose a él:

—¿Conoció usted a don Virgilio, el Coronel?

La sonrisa de don Lino era corta, cuitada, como si pidiera disculpas:

—¿Quién no iba a conocer a don Virgilio en estos contornos? Era un hombre la mar de popular.

Jero bebió un sorbo de vino.

—El Coronel, como usted sabe, dedicó media vida al castro de Aradas. Con toda seguridad, en los últimos veinte años pasó más tiempo en él que en su propia casa. Conocía cada grieta, cada piedra, cada accidente del terreno. No era más que un aficionado pero diligente y, pese a su independencia, nunca quiso desconectarse de la Universidad.

Don Lino, cohibido, asentía, mientras el Subdirector General sonreía maliciosamente y Pablito, cuya inicial jovialidad iba trocándose paulatinamente en desasosiego, parecía preguntarse adónde quería ir a parar Jero con su interrogatorio. Prosiguió éste:

—Por eso me sorprendió esta mañana el Subdirector General con la noticia de un tesoro en el monte de Gamones, precisamente en el castro del Coronel. Yo…

Pablito terció, con su sonrisa pudibunda, en una tentativa por desviar la conversación:

—¡Y qué tesoro, Jero! Dentro de unos minutos podrás verlo. A las tres y media he quedado con el Director del banco. —Mostró una llave con tres dientes desiguales en el paletón y guiñó un ojo—: No os preocupéis que está a buen recaudo.

Don Lino se revolvió en la silla, arrugando la frente, como si pretendiera apagar un inoportuno gemido intestinal. La voz salía de sus labios empastada y ruda, poco convincente:

—En realidad, el tesoro no apareció en el monte sino en el cortafuegos, en el tozal, o sea arriba del castro —aclaró—. Yo subí allí con el tractor porque, según mi encargado, el cortafuegos se había llenado de aulaga y mala hierba. Y un cortafuegos con broza es peor que si no existiese; si se prende es como yesca, ¿comprende usted?

Jero le miraba fijamente, ajeno a la comida que acababan de servirle. Cuando don Lino concluyó, adelantó hacia él su barbilla pugnaz y acusadora:

—Pero, según mis referencias, el monte ese es comunal. ¿Pretendía usted desbrozar el cortafuegos por amor al prójimo, únicamente por hacer un servicio a la comunidad?

Un conato de sonrisa abortó entre los labios de don Lino. Desvió los ojos hacia Pablito como buscando apoyo:

—No me quiere usted entender —dijo, al fin, frunciendo los labios—: Ciertamente el monte ese es comunal, pero, en la vertiente sur, hay una pinada de mi propiedad que se vería afectada en caso de incendio. Por eso subí. Para limpiar de broza el cortafuegos y evitar riesgos.

Jero comía ahora apresuradamente, observando de reojo a su interlocutor. Cuando terminó, apartó el plato a un lado, se limpió los labios con el borde del mantel, después de buscar inútilmente una servilleta, y dijo, como si la conversación no se hubiera interrumpido:

—Y según franqueaba el cortafuegos, zas, se da de bruces con la tinaja, así de fácil. ¿No le parece raro que el Coronel, que al fin y al cabo era un experto, pasase media vida sobre el castro sin ningún resultado práctico, y llegue usted una tarde a dar una vueltecita con el tractor y se tropiece con el tesoro?

Don Lino ahuecó los orificios de la nariz como si fuera a estornudar y, después, sonrió evasivamente:

—Son cosas que pasan, sí señor. Hay que dar un margen al azar. El azar juega en la vida un importante papel. Y, además, ¿quién puede asegurarnos que desde la muerte de don Virgilio no se haya producido en el castro alguna falla o algún corrimiento de tierras?

Pablito se acariciaba la barbilla sin pausa, como si pretendiera afilarla. Se diría que había adelgazado desde la llegada de Jero y el Subdirector General. Contrariamente, don Lino, aunque continuaba a la defensiva, se iba afirmando, adquiriendo seguridad, conforme hablaba. Se aproximó el camarero y el Subdirector General, después de consultarles, uno a uno, con la mirada, levantó hasta él sus ojitos prisioneros:

—Un helado y cuatro cafés, por favor.

Jero reanudó su acoso sistemático.

—¿Y limpió usted, por fin, el cortafuegos?

—Eso pretendía, sí señor, pero ni tiempo tuve de hacerlo. Apenas había empezado, cuando me llamó la atención el borde redondo de la tinaja que sobresalía de la tierra entre la broza. Me apeé del tractor, arañé un poco con la azada y apareció una pulsera de oro. Fue lo primero que salió y me puse muy nervioso, lo reconozco. No sabía qué hacer. Y allí me quedé media hora dándole vueltas a la cabeza, hasta que, finalmente, volví a cubrirlo, bajé al pueblo y subí con uno de mis hombres, dos picos y dos palas.

Jero sonreía con sorna escarnecedora.

—Y usted, un hombre sin ninguna experiencia arqueológica, ¿fue capaz de divisar desde lo alto de un tractor el borde de una tinaja negra, sobre la tierra negra, entre la maleza que cubría el cortafuegos?

—Qué hacer. Un servidor no tendrá esa experiencia que usted dice, no señor, pero lleva casi cincuenta años trabajando la tierra. Sabe mirarla.

El Subdirector General sonreía divertido con el debate, en tanto Pablito, perdida definitivamente la euforia inicial, miraba a uno y a otro con expresión desolada. Jero, no obstante, se mantenía implacable.

—¿Y por qué razón el borde de una vieja tinaja le llamó la atención hasta el punto de apearse del tractor? Los restos de cerámica, de todas las edades, son accidentes habituales en los campos de Castilla. Un lego en la materia no tiene por qué sorprenderse por una cosa tan simple.

Don Lino adelantó el busto contra la mesa y guiñó picarescamente un ojo.

—Si don Virgilio se pasó media vida en el castro, como usted dice, por algo sería. Algo andaría buscando, digo yo.

Jero se inflamó en un repentino acceso de cólera:

—¡Nos está usted insultando! —dijo—. Ni don Virgilio ni nosotros somos buscadores de oro. Si cavamos la tierra es por otras razones, razones científicas exclusivamente. ¿Me comprende?

Don Lino parpadeó. No obstante, se mostraba tranquilo. Bebió un sorbo de café y se pasó la punta de la lengua por los labios.

—Yo no sabía eso —dijo—. Ahora ya estoy informado.

—¿Y por qué motivo demoró usted cuatro días la denuncia del hallazgo?

—Ya empecé por decirle que me puse nervioso.

—Un motivo más para dar parte, ¿no?

Don Lino apuró el café hasta la última gota, echando hacia atrás la cabeza. Depositó la taza en el plato y soltó una risita áspera, un poco forzada:

—Parece como que me estuviera juzgando usted, coño. Eso que usted me echa en cara es exactamente lo que hice. Avisar a Pablo y darle razón del hallazgo. Pero Pablo no hizo lo de usted. Al contrario, me dio las gracias y me prometió una parte del tesoro. —Se agarró las solapas de su chaqueta de pana y bajó la voz—: Yo creo que hay una diferencia.

Jero miró a Pablito, su rostro oliváceo, los ojos evasivos, suplicantes, y recogió velas:

—De acuerdo —dijo—. El Subdirector General hablará con usted sobre ese particular. En realidad, yo aquí no soy nadie. No tengo por qué meterme donde no me llaman.

Los ojos de don Lino y Pablito se volvieron hacia el Subdirector General, quien, antes de hablar, afianzó las gafas con un dedo, se acodó en la mesa, dejando entre sus brazos la taza de café:

—Usted sabe que el hallazgo de ciertos bienes, concretamente los de valor cultural, no puede silenciarse —dijo en un tono de voz distante, vagamente didáctico—. Cuando el hallazgo se produzca hay que informar

inmediatamente al Estado porque el Estado, en principio, es su dueño o, hablando con más propiedad, tiene prioridad para su adquisición.

Don Lino asintió. El Subdirector General amusgó los ojos, frunció la frente y esperó a que los bulliciosos comensales de la mesa de al lado abandonaran el comedor para proseguir:

—En el caso que nos ocupa no hay problema. Todo está previsto por la ley. El tesoro lo ha descubierto usted pero el Estado lo reivindica por tratarse de bienes de interés general. ¿Me explico?

Don Lino aprobaba con la cabeza, los ojos codiciosos. Confirmó roncamente:

—Pablo me anticipó algo de esto.

Los ojitos del Subdirector General se posaban en él fríamente. Los de Pablito miraban al Subdirector General con cierta calidez agradecida. La voz del Subdirector General se desgranaba ahora con el neutro acento razonador de un jurista:

—Lo procedente es una tasación pericial. Un experto que dictamine: «Esto vale diez o vale veinte». Lo que sea. Y una vez determinado el justiprecio, a usted se le asignará la mitad en calidad de descubridor, en el supuesto de que el hallazgo se haya producido por casualidad.

Don Lino se humedeció los labios con la punta de la lengua:

—Sí, señor —dijo, con voz apenas audible.

—Ahora bien —añadió el Subdirector General—, si, como creo haber entendido, el hallazgo se ha producido en su propia finca, usted tiene derecho al total de la tasación, ya que el otro cincuenta por ciento corresponde, según ley, al dueño del terreno.

La voz de don Lino se hizo aún más opaca:

—Eso no —advirtió—. El tozal donde apareció el tesoro pertenece al término de Gamones; lo mío está enclavado en Pobladura de Anta. La raya está orilla del cortafuegos, pocos metros más arriba.

El Subdirector General entornó pausadamente sus ojitos. Sonrió remotamente.

—En ese caso el Estado decidirá.

Don Lino casi le cortó:

—En realidad, el terreno ese no es de nadie, o sea, son bienes comunales.

El Subdirector General cesó de sonreír y levantó la redonda barbilla en actitud reprobadora:

—¿Desde cuándo lo comunal no es de nadie? En este país todo tiene un dueño, señor mío. El hecho de que no sea un particular no modifica las cosas.

Ayuntamientos, diputaciones, autonomías, el mismo Estado, son personas jurídicas y, como tales, capaces de derechos y obligaciones.

Pablito consultó el reloj. Estaba cada vez más descolorido y ojeroso y su mano marfileña temblaba ligeramente al interrumpir al Subdirector General.

—Perdona, Paco —dijo—. Son las tres y veinte y a la media he quedado con el Director del banco. Por otro lado, y disculpa que me meta en esto, este asunto de la indemnización está suficientemente claro. Lino no exige nada; no reclama nada. Acepta lo que se le dé y ¡santas pascuas!

—Está bien, está bien —dijo el Subdirector General arrastrando la silla hacia atrás e incorporándose.

Jero pagó la cuenta, dobló la factura y la guardó en el bolsillo interior de la cazadora. Ya en la calle, don Lino, que se abrigaba con un sucio tabardo gris y una gorra de visera, cedió la acera al Subdirector General. Detrás, emparejados, caminaban Pablito y Jero. Dijo aquél a media voz:

—Creo que has estado demasiado duro. ¿A santo de qué ese acoso? ¿Quién es el guapo que va a demostrar que Lino ha utilizado un detector?

Jero cerró de golpe la cremallera de la cazadora, metió las manos en los bolsillos del pantalón y encogió los hombros.

—Yo no he pretendido, ni pretendo, demostrar nada. Únicamente que tu amigo se entere de que no me chupo el dedo.

—¿Quién te ha dicho que Lino sea amigo mío?

—Es igual, Pablo, amigo, conocido, como quieras llamarlo. ¡Que lo mismo da!

Repentinamente Pablito le tocó el antebrazo.

—Disculpa, el Director está esperando. —Aligeró el paso y adelantó a don Lino y al Subdirector General.

Al pie del gran rótulo, ante la puerta encristalada del ostentoso edificio de mármol rojo, un hombre maduro, enfundado en un abrigo azul marino, les sonreía. Al llegar a su altura, Pablito hizo las presentaciones y, seguidamente, el Director miró desconfiadamente a un lado y a otro y abrió la puerta del establecimiento. Una vez dentro, volvió a cerrarla. Al fondo del amplio patio desierto, una escalera, también de mármol rojo veteado, conducía a los sótanos. El Director recogió a un lado el grueso cordón granate que impedía el acceso y pulsó un interruptor.

—Perdonen que baje delante —dijo.

Ya en el sótano, miró con el mismo recelo de antes a lo alto de la escalera, manipuló la clave de la caja y abrió la puerta blindada, empeñando en ello todas sus fuerzas. El interior de la cámara, de tres metros por tres, con

taquillas numeradas en los cuatro costados, tenía un rígido aspecto funerario. El Director se introdujo en ella, escogió una llave y sonrió a Pablito.

—Usted tiene la otra, ¿verdad?

El Subdirector General, Jero y don Lino esperaban expectantes a la puerta de la cámara y, cuando Pablito reapareció con la bolsa de fieltro rojo en la mano, el Director les invitó a pasar al despacho anejo, dio la luz sobre la gran mesa ovalada y salió de la habitación musitando una excusa. Volvía a exultar Pablito al volcar cuidadosamente el contenido de la bolsa sobre el tablero bruñido:

—Aquí está el tesoro de Alí Babá —bromeó.

Torques, brazaletes, anillos, fíbulas, colgantes, arracadas, pendientes de oro y plata, enredados unos con otros, se desparramaron sobre la mesa vacía. Al verlos, el Subdirector General emitió un prolongado silbido y don Lino, un poco retirado, esbozó una cauta sonrisa. Jero fue el primero en sobreponerse al embelesamiento general y decidirse a desenredar las joyas. Le bastó un vistazo para emitir un diagnóstico:

—Elementos de adorno personal. Finales de la segunda Edad del Hierro —dijo con laconismo de experto.

Y como si sus palabras fueran una invitación, las manos impacientes de Pablito y el Subdirector General se adelantaron hasta las joyas, primero tímidamente y, después, perdido el respeto inicial, revolviéndolas, separándolas, examinándolas, mientras don Lino les observaba desde una prudente distancia, con la misma expresión inefable con que se observa a un grupo de niños enfrascados en sus juegos. Los tres arqueólogos se comunicaban entre sí mediante frases escuetas, valiéndose de sobreentendidos, subrayándose unos a otros, con entusiasmo, las peculiaridades de cada pieza. Pablito extrajo del montón un brazalete de oro y reclamó la atención del Subdirector General:

—Atiende, Paco. De estos brazaletes acintados, espiraliformes, no creo que haya precedentes en la Península —dijo orgullosamente, jugando una baza en favor de don Lino.

El Subdirector General asentía complacido, sus ojitos diminutos conmovidos al fondo de los cristales. Cogió con dedos reverentes un broche de oro y lo manipuló, dándole vueltas sin cesar, con extremada delicadeza, aproximándolo a las gafas. Daba la impresión, tal era su ensimismamiento, de que en cualquier momento podría caérsele la baba. Sonrió. Dijo, finalmente, con emoción reprimida:

—¿Es ésta la fíbula de que me hablaste?

Pablito sonreía también, arrobado:

—Ésa —dijo—. Fíjate en los prótomos. No conozco otro caso en la joyería prerromana hispánica, con prótomos de animales.

El Subdirector General la curioseó durante largo rato, y por último se la pasó a Jero.

—¿Te das cuenta? —preguntó—. Parecen dos leones. Esto sí que es insólito en la orfebrería de la Meseta.

Jero encogió los hombros, consideró la fíbula con desgana y, luego, la juntó con las otras joyas, sin comentario. El Subdirector General le constriñó con la mirada.

—Bueno —dijo Jero a regañadientes—. Podría ser una importación. En ciertas fíbulas ibéricas del sur se dan representaciones similares.

El Subdirector General y Pablito continuaban hurgando entre las joyas, cambiando impresiones ocasionales ante la plácida mirada de don Lino. Jero sacó del bolsillo delantero del pantalón su viejo reloj:

—Os advierto que son casi las cinco —dijo— y a las siete y media apenas se ve.

—Tienes razón; vamos, vamos… —dijo el Subdirector General empujando a Pablito, pero sus ojos quedaron imantados por un torques de plata y, sin poder reportarse, regresó hasta la mesa—. Perdonad —añadió, tomándolo escrupulosamente con dos dedos y levantándolo ligeramente para que lo observaran sus compañeros—: Este engrosamiento progresivo hacia el centro es semejante a los de los de Santisteban y Torre de Juan Abad y, sin embargo, el cierre, en gancho, es absolutamente nuevo —lo unió al resto de las joyas y repitió—: Bueno, vámonos. Si nos entretenemos con esto ahora, no saldríamos de aquí hasta que la rana críe pelos. En Madrid lo veremos con más detenimiento. Desde luego, el descubrimiento es importante —levantó sus ojitos hacia Jero—. ¿Qué kilómetros hay a Gamones?

—Con suerte y sin tráfico, cuarenta minutos —respondió Jero, metiéndose en la boca un caramelo.

—Pues vamos allá —dijo el Subdirector General dirigiéndose hacia la puerta.

III

A medida que el automóvil ascendía por la empinada pendiente del castro, se diría que el vallejo reverdecía, se hacía más recoleto y profundo, y el pueblecito en el fondo, a ambos lados del riachuelo, con las chimeneas fumosas y las viejas tejas renegridas, se reducía a las proporciones de una tarjeta postal. Jero conducía diestramente, salvando los pedruscos, orillando los relejes, y cuando don Lino repitió por tercera vez, inclinándose sobre su nuca, con el mismo acento de suficiencia que las dos anteriores: «Más hubiéramos adelantado trayendo el Land Rover», no pudo evitar un estremecimiento. El Subdirector General, a su lado, disimuló una sonrisa y desvió la mirada hacia el castro: una masa ciclópea ingente, en la que resaltaban los riscos de cuarcita y los paramentos de la muralla. Jero metió la primera velocidad y señaló insistentemente con un dedo a través del parabrisas:

—¿Te das cuenta? —dijo al Subdirector General—. Esa extraña configuración de recintos geminados fue lo que indujo al bueno de don Virgilio a bautizar el castro con el nombre de Segundas Cogotas. Tal vez parezca un poco pretencioso pero no es descabellado. En cierto modo algo se asemeja a la estación abulense.

Saltó una piedra que produjo un ruido sordo en los bajos del automóvil. Jero apretó los labios.

—Ojo con el cárter —dijo don Lino.

A la izquierda del camino, tras un recodo pronunciado, surgió un nogal, cuyas ramas, mecidas por el viento, se abatían y erguían alternativamente. Unos cirros sobrevolaban el castro, y bajo ellos planeaban dos buitres. Dijo Jero mirando al nogal solevantado:

—Como de costumbre hace viento aquí. Don Virgilio solía decir que si lográramos entubar el viento de Aradas podríamos barrer de contaminación el cielo de Europa. Las ideas del Coronel eran divertidas; con frecuencia tenía intuiciones geniales.

La rampa se acentuaba y don Lino, en el asiento trasero, adelantó el busto hasta casi rozar con sus labios el cogote de Jero:

—Orille ahí, junto a la peña; no siga. El camino está mal arriba y podría atollarse el coche. Además no vale la pena; el cortafuegos queda a dos pasos.

El viento batía los faldones de los abrigos y hacía lagrimear los ojos. En lo alto del teso, las rachas eran aún más violentas y don Lino se sujetó la visera con la mano. El cordal se bifurcaba, subía y bajaba a diferentes niveles, para terminar conformando la pequeña cordillera que circuía el valle. Don Lino avanzó resueltamente por el cortafuegos, una calle invadida de aulagas, apenas diferenciada del monte de roble que dividía en dos mitades y, al llegar al borde del tozal, se detuvo. Un hoyo profundo se abría a sus pies.

—Aquí lo tienen —dijo, volviéndose al grupo.

Jero, junto a él, meneó la cabeza disgustado:

—Si ahonda usted un poco más llega a Australia. Creo que para sacar una tinaja no hacía falta tanto.

Don Lino, la mano en la visera, sonrió con sonrisa de hombre avisado.

—¿Y si hubiera habido dos? Donde hay una bien puede haber dos, ¿no cree?

El Subdirector General se colocó entre Jero y Pablito. Inspeccionaba el lugar con mirada profesional. Pateó el suelo:

—Digo que este rellano bien pudo servir de caserío a la población protohistórica —se dirigió a Jero—: Habrá que mirarlo, oye.

Jero, que al apearse del coche se había alzado el cuello de la cazadora, ocultó ahora las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Tú crees que es necesario?

—Bueno, unas calicatas; una pequeña prospección. Hay que contrastar el ambiente del hallazgo.

Dio una vuelta alrededor del hoyo sin dejar de mirar y señaló el montón de tierra removida:

—Hay que cribar todo esto, oye. No es que espere grandes sorpresas, pero hay que hacerlo. No queda otro remedio.

El rostro de Pablito era de una palidez cerúlea. Le brillaba la moquita en la punta de la nariz. Preguntó ingenuamente:

—¿Insinúas que puede haber otra olla?

—No se trata de eso ahora. Busco el origen de ese tesoro. Dónde, cuándo y por qué. ¿Fue escondido en el subsuelo de una vivienda o, por el contrario, constituye el ajuar de una tumba excepcional? Nuestra misión es averiguarlo, oye. Para eso estamos.

Jero se frotaba vigorosamente una mano con otra, tanto para defenderse del frío como para sujetar su impaciencia.

—Lo que considero primordial —dijo— es datar la ocultación. Determinar la fecha en que se produjo; es decir, si se corresponde con la

época de las joyas o ha sido posterior. Acuérdate del tesoro de Drieves.

—A eso iba —dijo el Subdirector General.

—Pero eso no corre tanta prisa, Paco, creo yo.

El Subdirector General le tomó del brazo y bajó la voz tratando de hurtarla al oído avezado de don Lino:

—Convengamos que el descubrimiento es como para quitarse el sombrero, Jero, no nos engañemos. Interesa presentar el informe completo en este ejercicio, oye. Esto hay que hacerlo sin demora. Mañana.

Jero arrugó la nariz como si fuera a estornudar.

—¿Mañana? ¿Estás loco?

El Subdirector General rompió a reír, con su risita cortada, seca, espasmódica:

—Olvídate de Gaga por un momento, oye. Tenemos entre manos algo excepcional. A Gaga le llamaré esta noche, te lo prometo. Y mañana la sacaremos Pila y yo a cenar. Es una chica sensata; lo comprenderá enseguida.

El rostro deportivo de Jero se ensombreció. Sus claros ojos soñadores se amusgaron para decir:

—No es Gaga, Paco. O, mejor dicho, no es sólo Gaga. Es todo: las clases, el catálogo de Almenara, la clasificación de lo de Almería… ¡La Biblia en verso!

Los ojitos del Subdirector General sonreían oblicuamente.

—Tranquilo, oye. Lo primero es lo primero. Total, la Semana Santa está encima, pocas clases vas a perder por esto. Lo demás, déjalo de mi mano.

Pablito, encogido en su abrigo de mezclilla, apuntó tímidamente.

—¿Y el dinero?

El Subdirector General se volvió hacia él y le palmeó la espalda:

—Ni eso, oye, pásmate. Por una vez no hay problemas de dinero. Disponemos de la subvención para excavaciones de urgencia. Y tenemos la suerte de que en esta provincia está intacta.

Se reunieron con don Lino, quien, sin apartarse de la hoya, les había vuelto la espalda y oteaba atentamente el panorama a sus pies. El viento silbaba entre los riscos y, abajo, en el pueblo, sacudía las ramas de los árboles y aventaba el humo de las chimeneas. Las casas de piedra, con angostos ventanos al norte, se abrían a poniente en amplias galerías de madera, con botes de flores colgados de las barandillas pintadas de verde. El caserío, diseminado en tres barrios, enlazados entre sí por dos caminos que faldeaban la montaña, conformaba, en el del centro, una plaza rectangular, en uno de cuyos costados se alzaba la iglesia de grises sillares, sin apenas vanos, como

una fortaleza. En las traseras de las casas, se apretaban los huertos y corrales, demarcados por tapias revestidas de hiedra. Y, en el ensanchamiento de una cambera, junto a un pequeño molino, bajo cuyos arcos espumeaba el agua, reposaba una máquina esquemática, roja y amarilla, para hilerar alfalfa. El pueblo, desde lo alto, producía la impresión de abandonado. Tan sólo un hombre, diminuto como una hormiga, negreaba en el camino, empujando una carretilla hacia uno de los barrios extremos, precedido por un perro. Una impetuosa ráfaga desequilibró a Pablito, que trastabilleó entre las rocas.

—¡Cuidado, tú!, no te vayas a despeñar ahora —dijo Jero.

El Subdirector General abordó a don Lino:

—¿Qué vecinos tiene esto?

—¿Vecinos? Pocos. No sé si llegarán a ciento.

—¿Cuatrocientos habitantes entonces?

—No creo que alcancen —rió—, pero le advierto que son muy brutos. Una vez, por una apuesta, subieron un buey al campanario.

El Subdirector General no se alteró.

—¿Y la linde del término?

Don Lino sacó su manaza del bolsillo del tabardo y señaló la entrada del cortafuegos:

—Ve ahí, por donde hemos subido, en el bocacerral, va la raya con Pobladura. Por menos de cien metros no le ha caído el gordo a mi pueblo.

Jero, ajeno a la conversación, contemplaba la cuenca, la escarpada ladera de enfrente, donde, entre pequeñas hazas de cereal, pastaba un rebaño de cabras. En los bajos, a un lado y otro del riachuelo, se alineaban marcialmente los manzanos hasta diluirse en la penumbra del recodo. El Subdirector General volvió la espalda al viento. Le dijo a Jero:

—Esto está visto, tú. Cuando quieras.

Una vez dentro del coche, Pablito se frotó sus débiles manos hinchadas por el frío.

—La verdad es que está cayendo una helada de película.

El coche se resistía a arrancar.

—Se ha quedado frío —murmuró Jero.

Tiró del botón del aire y el motor ronroneó. Aceleró, en vacío, dos o tres veces.

—Vale —se dijo a sí mismo.

Descendían lentamente y, al abocar a la carretera, detuvo el automóvil y, con la bocamanga, limpió el vaho del cristal de su ventanilla.

—No se ve ni papa —dijo.

Volvió a sentir en el cogote el húmedo aliento de don Lino.

—Tire sin miedo —le dijo—. Es más difícil topar aquí con otro coche que acertar una quiniela de catorce.

La plaza se encontraba desierta, pero al irrumpir el Ritmo, un hombre corpulento, sucio, con una pata de palo y una muleta en la axila, se asomó a la puerta del bar, se apoyó en el quicio, sonrió burlonamente y les hizo un ostentoso corte de mangas. El Subdirector General volvió incrédulo la cabeza para mirar por la ventanilla trasera:

—Pero ¿habéis visto? ¿A qué viene eso ahora?

Pablito rió apagadamente.

—Será costumbre aquí —dijo.

Don Lino carraspeó para aclararse la voz:

—A ése le dicen el Papo —dijo— y es el más bruto de todos. En el cincuenta y cinco estuvo de alcalde y quiso fusilar al alguacil porque enamoró a su hermana. Pero lo que no perdona ahora es que yo haya dado con el tesoro.

El Subdirector General se acodó en el respaldo del asiento y le miró a los ojos:

—¿Es que saben ya en Gamones lo del hallazgo?

—Dejarán. El cabrero corrió la voz.

El Subdirector General se enderezó y habló nerviosamente a Jero:

—¿Oyes? Hay que empezar inmediatamente. Mañana sin falta. Ahora buscas alojamiento en Covillas y mañana, a primera hora, tienes aquí el equipo completo: Ángel, Cristino y el Fíbula. ¿O prefieres a Sinfo?

Se esfumaba la última luz de la tarde y Jero encendió los faros de cruce, tomó un caramelo de la bandeja del salpicadero y se lo metió en la boca. Frunció la frente y chupeteó un rato antes de hablar:

—Mejor el Fíbula —dijo—. Tiene más instinto.

Jero se ceñía de tal manera a las curvas que el costado del coche rozaba los arbustos de la carretera, pero las revueltas eran tantas que durante varios minutos hubo de caminar a cubierto del camión cisterna que le precedía, sin posibilidad de adelantarlo. En Covillas estacionó el coche en el aparcamiento de la plaza. Pablito consultó su reloj.

—¿Una cervecita? —apuntó el Subdirector General.

Pablito rehusó. Tartamudeaba al justificarse:

—Si… si no me necesitas, Subdirector, yo… yo me vuelvo. Se me hace tarde. Tengo un compromiso para cenar —se dirigió a don Lino, un poco rezagado—: ¿Vienes o te quedas?

Don Lino miró un momento al Subdirector General como pidiéndole la venia, se abotonó el tabardo y dijo:

—Me voy contigo. En realidad yo ya no pinto nada aquí.

Al estrechar la manaza de don Lino el Subdirector General se consideró en el deber de aclarar:

—Bellas Artes se pondrá en contacto con usted. Déjele a Pablo su dirección y teléfono.

Mientras don Lino y Pablito se alejaban hacia el automóvil de aquél, el Subdirector General tomó del brazo a Jero y lo arrastró hacia el luminoso parpadeante que decía: «Cafetería Alaska». Dijo Jero:

—Me duele que este cacho cabrón se embolse mañana cuatro o cinco millones por su cara bonita. No hay derecho, la verdad. Estamos premiando la mala fe y la bellaquería, Paco.

Los ojitos del Subdirector General, enjaulados al fondo de los cristales, se entornaron en un guiñito de burla:

—¿Qué quieres, oye? Con detector o sin él, ese ciudadano nos ha prestado un servicio. Hay que pagarlo.

Dentro de la cafetería el bullicio era ensordecedor. Unos jóvenes voceaban a una muchacha que respondía desde el otro extremo de la barra, mientras otros dos, detrás del Subdirector General, jugaban sin parar en una máquina tragaperras y, tres metros más allá, una chica gruesa, de inexpresivos ojos vacunos, hacía sonar una cinta a todo volumen y se contoneaba, siguiendo el compás con el trasero. El Subdirector General tomó el vaso de cerveza en la mano y, recostado en el taburete giratorio, puntualizó:

—Me llevo tu coche y mañana a primera hora lo tienes de vuelta con Cristino y el resto de la cuadrilla. Ahora busca alojamiento, oye. Podéis comer en Gamones para aprovechar el tiempo. Y no os durmáis, por favor —bebió un buche de cerveza inflando los carrillos, como si quisiera calentarlo antes de tragarlo y, después, agregó—: Creo que ya me he explicado, ¿no? Nada de excavación extensiva, sino un sondeo en profundidad. Yo creo que un cuadro de cuatro por cuatro sería suficiente.

El estrépito no cedía y la mirada de Jero se perdía entre las botellas de las estanterías.

—¿Me has oído? —insistió el Subdirector General.

—Sí, sí, de acuerdo.

El Subdirector General añadió, contemplándole el perfil, como si desconfiase:

—De momento, con facilitar un marco histórico al hallazgo podemos darnos por satisfechos.

Jero asintió. El Subdirector General metió dos dedos en uno de los bolsillos bajos del chaleco, sacó unas monedas y pagó.

—Ahora me largo, oye. Tengo tres horas de carretera por delante y ya sabes que conducir de noche no es precisamente mi deporte favorito.

En la plaza, el viento era menos recio y frío que arriba, en la montaña. Jero le acompañó hasta el coche y recogió su maletín; parecía contrariado. Antes de arrancar, el Subdirector General bajó el cristal de la portezuela y precisó:

—Entonces mañana, a las ocho y media, aquí; en esa misma cafetería. ¿Vale?

—Vale.

Arrancó, agitó dos veces la mano fuera de la ventanilla, metió la segunda velocidad y desapareció por la primera calle a la derecha. Jero, al verse solo, suspiró, sacudió dos veces los hombros y se dirigió a la cabina telefónica en el centro de la plaza. Depositó unas monedas en la ranura y marcó un número. Esperó un rato, volvió a colgar y repitió la maniobra otras dos veces, en vano. Finalmente, colgó de golpe el auricular, malhumorado, abandonó la cabina y se encaminó de nuevo a la cafetería con el neceser en una mano y la otra en el bolsillo.

IV

A través de los cristales empañados, Jero vio llegar su coche con Ángel al volante. Los muchachos, después de asegurar las portezuelas, sacaron de la maleta sus bolsas de viaje y se encaminaron en grupo hacia la cafetería, Cristino, según un viejo hábito, en último lugar, la cabeza ladeada, como uno de esos perros de muestra escorados en fuerza de buscar el viento. Se reunieron con Jero en la barra.

—¿Qué tal el viaje? ¿Qué queréis tomar?

Cristino titubeó, adelantó los labios en un mohín de indiferencia.

—Café con leche, ¿no? —consultó a sus compañeros con la mirada y confirmó—: Tres cafés con leche.

Los muchachos eran muy jóvenes, rondando la veintena. No obstante, la forzada postura de Cristino, su cabeza humillada (actitud adoptada desde meses atrás con la intención de disimular la mancha de vitíligo que se le extendía por el cuello y la mejilla derecha) le hacían aparentar más edad. Jero había amanecido esta mañana diligente y animado.

—¿Cansados? —preguntó.

El Fíbula estiró los brazos, cerró los ojos y bostezó largamente.

—Cansados de coche, macho. De eso estamos cansados.

—Me alegro, porque os anticipo que aquí hay que dar el callo.

—Vale.

El Fíbula era alto y descarnado y su buida nariz, unida a la acentuada curva de la frente y a sus ojos redondos y escrutadores, le daban una cómica apariencia de pájaro.

—¿Buscaste alojamiento?

—Eso está arreglado. Ahora, antes de marchar, dejaremos allí los equipajes. ¿Hablasteis con Paco?

—Anoche —precisó Cristino— me tuvo al teléfono más de media hora. Ya le conoces. Parece que está todo claro, ¿no? Lo único inexplicable es que el lince de don Virgilio se dejara pisar este hallazgo.

Jero protestó:

—Eso no; don Virgilio nunca quiso saber nada de detectores ni de otros artilugios más o menos sofisticados. Al Coronel le gustaba jugar limpio.

Ángel, que se dejaba crecer un débil bigotito lampiño que acentuaba su aspecto infantil, pareció sorprendido.

—¿Es que tú crees que el tipo ese echó mano del detector?

—¡Cómo te lo diría yo!, pero vete a probarlo. No queda otro remedio que aceptar que el descubrimiento ha sido casual.

—El Subdirector me dijo algo del asunto —dijo oblicuamente Cristino—. Me habló también de abrir una sola cata —miró a Jero en una postura difícil—: ¿Cuáles son tus planes?

Jero aprovechó las dos gotas de agua que habían escurrido de su vaso para dibujar con un dedo, sobre la bruñida superficie del mostrador, la pequeña meseta del tozal, dividida en dos por el cortafuegos:

—El tesoro ha sido descubierto tal que aquí, en este extremo del cortafuegos. Ahí, alrededor del hoyo donde estaba la tinaja, vamos a trazar la cuadrícula; luego bajaremos levantando capas artificiales de unos cinco centímetros de espesor. No se trata de excavar en área, sino simplemente de conocer la realidad estratigráfica. Es decir, lo que interesa, de momento, es encajar el tesoro en un determinado horizonte arqueológico.

Cristino, Ángel y el Fíbula, agrupados en torno a él, asintieron. Escuchaban a Jero con el mismo respeto deferente, el mismo fervor ilusionado, con que escucharon su primera lección cuatro años atrás, el día que ingresaron en la Facultad.

Jero prosiguió:

—Hay que cribar, además, el montón de tierra que ha sacado ese listo. Aunque no es fácil, puede quedar algo. El tipo ha removido Roma con Santiago sin técnica ni método alguno. Pero aquí, entre nosotros, el descubrimiento es de órdago. Si acertamos a fecharlo, tened la seguridad de que será la noticia arqueológica más sonada de los cinco últimos lustros.

Su encendido entusiasmo se contagió inmediatamente a sus ayudantes. Ángel, sin más demora, recogió del suelo su bolsón de viaje.

—Andando, machos, no perdamos más tiempo.

Cristino se detuvo en la puerta.

—¿Llevamos el coche?

—Luego; ahora no hace falta. La pensión queda a dos pasos, en la primera bocacalle.

La señora Nieves, la patrona, una mujer corpulenta, tuerta, con un ojo blanco, extrañamente abultado, después de mostrarles las habitaciones, les aseguró que a las ocho tendrían agua caliente para ducharse:

—Vayan con Dios —les dijo al despedirse.

En la carretera apenas había tráfico. Los tilos tendían sus ramas desnudas sobre las cunetas y una picaza, afanada en picotear los restos de un conejo

atropellado en el asfalto, levantó el vuelo a su paso. El viento había amainado y unas nubes, desgarradas y sucias, como de niebla alta, ocultaban el sol. En la Plaza de Gamones, las mujeres, con platos y fuentes de loza en las manos, hacían cola ante la furgoneta del pescado que acababa de llegar y anunciaba a bocinazos su presencia. Del otro lado, en un edificio de dos plantas, apuntalado sobre los soportales en arco, un cartel descolorido por el tiempo decía: «Casa Consistorial». Dentro no había nadie. Únicamente dos albañiles, en el segundo piso, recibían con cal los muros de una amplia sala desnuda y les facilitaron la dirección del Alcalde. En la salita donde éste los recibió minutos más tarde, embaldosada con losetas rojas y adornada con fotografías familiares, había una mesa barnizada, media docena de sillas y un aparador de dos cuerpos con puertas de cristales. El Alcalde, hombre menudo y aspaventero, no se levantó al verlos. Apartó a un lado el periódico que leía y, al oír sus pretensiones, ladeó la cabeza y se hurgó obstinadamente con un dedo en el oído derecho, como si lo atornillase:

—¿Escarbar en Aradas? —preguntó con la misma reticencia que si le pidieran dinero—: Me temo que eso no va a ser posible.

—Hemos venido de Madrid exclusivamente para eso.

—De Madrid —repitió con una mueca burlona el Alcalde—: En Madrid sólo se acuerdan de Gamones cuando aparece oro en el término.

Jero abrió desmesuradamente los ojos:

—A mí eso no me incumbe —dijo—. Quiero decirle que, personalmente, me trae sin cuidado si en Madrid se acuerdan o no de Gamones. Yo soy un profesional, tengo mi oficio y voy a trabajar donde me mandan.

—¿Y quién le manda a usted, si no es mala pregunta?

Jero sacó parsimoniosamente del bolsillo interior de la cazadora el papel plegado que Cristino acababa de entregarle en el coche, lo desdobló, le dio media vuelta y lo puso ante los ojos del Alcalde. Éste miró y remiró el papel con desconfianza. Preguntó al cabo:

—¿Quién firma esto?

—Ahí lo tiene. —Jero puso la uña sobre la rúbrica—. El Director General de Bellas Artes.

El hombrecillo carraspeó, volvió a hurgarse en el oído, rebulló inquieto en la silla y, finalmente, admitió:

—El castro ese es propiedad municipal, así que problemas para escarbar no tienen. O sea, que yo, al menos, como autoridad, no puedo prohibírselo.

En la plaza, una vieja rezagada junto a la furgoneta les informó que la señora Olimpia, en una casa de la trasera de la iglesia, preparaba comidas para

forasteros. La señora Olimpia, sesentona, fornida, con unos pelos lacios en la barbilla, les atendía sin dejar de entrar y salir del corral, acarreando brazadas de lecherines para los conejos:

—Descuiden —dijo, al fin—. A las dos tendrán la comida.

De vuelta al coche, Jero sacó su reloj de bolsillo.

—Las diez y veinte —dijo contrariado—. El morugo del alcalde nos ha hecho perder más de una hora.

Las ruedas botaban en las piedras y los baches del camino y el Fíbula se echó las manos a la cabeza:

—¡Joder, vaya autopista!

Ángel y Cristino observaban con curiosidad la gran cresta rocosa, las concavidades amarillentas de la cornisa, que Jero les mostraba a través de los cristales. Al doblar la primera curva, clavado en el tronco de la nogala, descubrieron un cartel garrapateado sobre una tabla.

—¡Aguarda, macho! —dijo el Fíbula. Y una vez que Jero detuvo el automóvil, añadió silabeando—: «Pro-hi-bi-do-ha-cer-es-car-ba-cio-nes». —Golpeó con el puño cerrado la palma de la otra mano—. ¿Os dais cuenta? Estos paletos son la hostia. Esto es amor al patrimonio cultural y lo demás son cuentos.

Jero se metió un caramelo en la boca y reanudó la marcha:

—No diría yo tanto.

—¿Qué insinúas?

—¡Qué sé yo! El sietemesino del Alcalde ha estado reticente, poco claro. No me da buena espina el tío. Por si fuera poco, anoche, de regreso, al cruzar el pueblo, un maldito tullido nos hizo un corte de mangas sin venir a cuento. No sé, intuyo cierta animosidad contra nosotros. Odian cordialmente a don Lino, que es del pueblo de al lado, y a nosotros, sin más ni más, nos consideran sus compinches. Tengo la impresión de que nos meten a todos en un mismo saco.

—¿Es que don Lino no es de Gamones? —preguntó Cristino.

—Naturalmente. Es de Pobladura, el pueblo inmediato. Ése es el problema. Ya conoces el dicho: «Pueblos vecinos, mal avenidos».

Apenas habían reanudado la marcha, cuando el Fíbula se enderezó en el asiento posterior y miró por el parabrisas, entre las cabezas de Jero y Cristino:

—¡Otra cartela, tú! —rió y leyó en voz alta—: «Pro-hi-bi-do-ha-cer-es-car-ba-cio-nes». —Tornó a reír ruidosamente—: ¡Coño, hay que reconocer que imaginación no les falta!

Jero estacionó el coche junto al peñasco, en cuya base, burdamente garabateado con pintura negra, figuraba por tercera vez la misma advertencia. Mientras sacaban de la maleta del coche los carretes de cuerda, las azadas, las palas y las piquetas, Cristino se dirigió a Jero, mirándole de soslayo:

—¿Tú crees que los carteles esos van por nosotros?

Jero levantó los hombros, malhumorado.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Irán por don Lino, por nosotros, por María Santísima. Irán por todos y por ninguno, supongo. Es un aviso.

El cielo seguía encapotado pero algo así como una claridad lechosa, un débil resplandor, pugnaba con la masa de nubes grises. Cristino levantó los ojos:

—Es niebla —dijo—. A la tarde levantará.

—Cómo se conoce que eres de pueblo, macho —rió Ángel.

Ante el hoyo, el grupo adoptó una actitud ensimismada, la misma que acompañaba, indefectiblemente, el inicio de cada una de sus prospecciones. El Fíbula, después de pasarse la punta de la lengua por el labio superior, fue el primero en romper el silencio:

—Y pensar que aquí ha habido enterrados diez millones de pelas durante miles de años, es para cagarse, machos.

El rostro aniñado de Ángel se iluminó con una sonrisa.

—¿Y qué hubieras hecho tú si lo descubres?

—¿Yo? Callar la boca, fundirlo, abrir un plazo fijo y a vivir. Te lo juro por Dios.

—No digas disparates —terció Jero.

—¿Disparates? ¿Crees de veras que eso es un disparate? ¿Piensas que esto que hacemos nosotros va a proporcionarnos diez millones algún día?

Jero alzó maquinalmente los hombros por dos veces:

—Aviados estaríamos si en esta vida sólo contasen los millones —dijo despectivamente—. ¿No se te ha ocurrido pensar que llegar al fondo de nuestras propias raíces es algo hermoso, que no puede comprarse con dinero?

El Fíbula hizo un gesto de duda:

—No lo sé, macho. Si tú lo dices.

Ángel se asomó al acantilado. Un atajo de vacas, vigilado por un niño, descendía hacia el río por la cambera del molino y el esquileo armonioso de sus cencerros llegaba nítidamente hasta lo alto del castro. Por el camino que faldeaba la ladera pedaleaba un ciclista y, entre medias, por la carretera de Covillas, avanzaba perezosamente un coche de línea color amarillo.

Inopinadamente, Ángel asió de un brazo a Cristino y tiró de él hacia la escarpadura, riendo, mientras el otro se resistía:

—¡Suelta, tú, cacho marica! —Cristino se desasió y quedó a tres metros del abismo—. ¿Es que no sabes que no puedo reprimir el vértigo?

Ángel y el Fíbula reían. Jero agarró un rollo de cuerda.

—Venga, a trabajar —dijo—. Van a dar las once y esto corre prisa —entregó el carrete a Cristino y marcó el punto cero—. Ya sabéis, triangulación 3-4-5; dos ejes ortogonales.

Los muchachos trabajaban en silencio. Ángel, como cada vez que se concentraba en un quehacer, se mordía suavemente la punta de la lengua. Aleccionados por Jero, delimitaron con cuerdas y media docena de estacas el cuadro convenido, dos de cuyos laterales se ajustaban a la anchura del cortafuegos:

—Un poco a la derecha —dijo Jero a Cristino—. Es preciso encarar el norte magnético. De otro modo, nunca nos orientaremos.

Como si previamente hubieran establecido un plan de distribución del trabajo, sin un solo movimiento superfluo, el recinto quedó acordonado en pocos minutos. Desde el centro del cuadro, el hoyo abierto por don Lino realzaba el montículo de tierra removida a su lado. Jero tomó una azuela y rascó minuciosamente uno de los bordes del agujero, mientras Ángel y el Fíbula, junto a él, cavaban briosamente con las piquetas. En la mitad sur del cuadro, toparon enseguida con las primeras lajas. Jero advirtió:

—¡Ojo!, no las toquéis. Su sola disposición puede significar mucho para nosotros.

Una hora más tarde, la denodada labor de los cuatro muchachos dejó al descubierto las cepas de un muro de piedra en seco formando esquina. Jero pasó la brocha por la estructura y examinó detenidamente la negra tierra alrededor. Sus ayudantes, los brazos en jarras, le veían hacer, expectantes. Apuntó intrigado el Fíbula:

—¿Qué te parece?

Jero se limpió con la bocamanga la frente húmeda de sudor. Dijo contrariado:

—De que es una vivienda no cabe duda, pero el cabrón de don Lino ha profundizado de más.

—¿De más?

—Ha horadado el suelo, quiero decir. De momento habrá que vaciar el habitáculo y, luego, ya veremos lo que procede.

Gradualmente, fueron apareciendo cenizas, huesos y restos de cerámica a torno, que Jero separaba con cuidado.

—¡Venga! —les animaba—. Esto entra en una fase interesante.

Ángel se enderezó, las manos en los riñones; al cabo de un rato, absorbió la punta de la lengua y entregó a Jero un fragmento de cerámica, de líneas pintadas.

—¿Y esto? —inquirió.

Jero mostraba una satisfacción cautelosa:

—Decididamente no es el ajuar de una tumba, como, en principio, habíamos pensado —observaba minuciosamente el fragmento en la cuenca de su mano—. Estas cerámicas, en viviendas rectangulares, pueden revelar algo importante: el impacto de la celtiberización en el noroeste de la Meseta.

Depositó los restos recogidos en un zurrón de cuero, sacudió una mano con otra para desprenderse de la tierra y consultó el viejo reloj que había sacado del bolsillo delantero del pantalón:

—Las dos y cuarto —dijo sorprendido—. Hay que bajar a comer. Con un poquitín de suerte, mañana saldremos de dudas.

—¿Y por qué no esta tarde? —apremió Cristino.

Jero señaló con el dedo el ingente montón de tierra extraído por don Lino:

—Hay que cribar eso; antes hay que cribar eso. Ya sabes que no me gusta dejar flecos. Aunque improbable, también podemos sacar de ahí algún indicio. Además, hay que levantar el plano del muro.

Jero salió del hoyo y se situó en el costado norte de la cata, mirándola atentamente. Al cabo, agregó:

—Tendremos que ampliar la excavación por ese lado. Otra cuadrícula, digamos la A2. Lo haremos mañana, al tiempo que profundizamos en A1. Es indispensable documentar la planta. De momento vámonos a comer que ya es hora.

Recogió la cazadora del chaparro donde descansaba, se la puso sobre los hombros y dijo enfatizando la voz:

—Si no me equivoco, mañana habremos resuelto nuestro problema y el castro de Aradas nos revelará una parte de su secreto. ¡Lástima que el difunto don Virgilio no pueda acompañarnos!

V

La señora Olimpia, acuclillada ante el fuego, de espaldas a la mesa, se irguió lentamente y dio media vuelta. Sus mejillas congestionadas reflejaban el ardor del hogar, donde las brasas de roble iban apagándose poco a poco, transformándose en rescoldo. Tomó del fogón una fuente de patatas fritas y la puso en el centro de la mesa camilla donde ellos comían con apetito, sujetando el hueso con los dedos, unas chuletas de cordero. Sobre la cabeza del Fíbula se abría un ventano a través del cual se adentraban tenues cacareos de gallinas y el metálico quiquiriquí de un gallo. Frente a él, entre una compleja teoría de anaqueles y vasares, con platos y cacharros, sonreía abiertamente, desde un atrasado calendario, una muchacha en bañador. La señora Olimpia quedó un rato plantada ante ellos, gruesa, cachazuda, los brazos en jarras, observando las necesidades de la mesa y, durante el tiempo que permaneció así, Cristino mantuvo vuelta la cabeza, mordisqueando distraídamente el hueso que sostenía entre los dedos. Jero se enfureció:

—¿Es que no puedes olvidarte un minuto de tu cara, coño? ¿Es que no sabes relajarte? ¡Mira de frente por una vez, leche!

La señora Olimpia, acuclillada de nuevo, avivaba las brasas con el soplillo antes de poner sobre ellas el puchero del café.

Cristino se mostraba afligido y sumiso:

—¿Qué quieres? —dijo—. Esto empezó siendo un tic pero ha acabado siendo un complejo. No puedo remediarlo.

Jero pretendió razonar:

—Ya sabes lo que dice Pedro. Antes que pomadas y potingues, lo primero que tienes que hacer es aprender a convivir con el vitíligo. Te guste o no, es tu compañero inseparable.

El Fíbula redondeó los ojos y bebió de un trago medio vaso de vino.

—¿Es que pica eso? —preguntó.

Cristino, abrumado, denegó con la cabeza.

—Pues, entonces, déjalo estar —añadió el Fíbula en tono festivo—. A mí no me importaría nada tener una cara bicolor, te lo juro por Dios. Una cara como una bandera. ¡Anda y que no debe de fardar eso!

Cristino sonrió apagadamente. Jero insistió. Se hacía evidente que no era la primera vez que aludía al tema. Indicó con una mirada a la señora Olimpia, inclinada sobre el fuego:

—Mira la vieja —dijo a media voz—. Tiene más barbas que un patriarca, pero da la cara, coño, no se acoquina. Y hace bien. Al que no le guste que no mire.

Ángel rió, señalando maliciosamente a Cristino.

—Pues mientras eso no se le quite, la Lourdes puede aguardar.

—¿Lourdes Pérez Lerma? —preguntó espontáneamente Jero, a quien las listas de sus alumnos se le grababan prodigiosamente en la cabeza desde el primer día de clase.

—Está por ella —añadió el Fíbula—, pero como si no. Todos andamos al cabo la calle menos la interesada.

Jero miró a Cristino:

—¿Es eso cierto?

—Bueno, vamos a dejarlo; son asuntos personales.

Ángel alzó la cabeza:

—Mira, compañero, con la mano en el corazón, prefiero tu cara antes que el lío que yo tengo formado, ¡palabra!

—¿Tan mal te va? —inquirió Jero.

—No es que me vaya bien ni mal, jefe, pero amarrarse a los diecinueve años no creo que sea un plato de gusto para nadie.

El Fíbula llenó los vasos de un vino negro, espeso, con una orla espumosa en la superficie.

—Después de todo, nadie te obligó a hacerlo.

—¡Joder, nadie me obligó…! ¿Serías tú capaz de dejar un hijo en la calle, sin nombre, como un hospiciano?

La señora Olimpia, que se acercaba a la mesa bamboleándose, con una nueva botella de vino en la mano, se detuvo, miró desconcertada a Ángel y exclamó:

—No me dirá que está usted casado.

Ángel infló el pecho cuanto pudo y lo golpeó rudamente con los dos puños cerrados como si fuera un tambor:

—Sí, señora. Casado y con un heredero para lo que usted guste mandar.

—¡Jesús!, si parece una criatura. Tiene usted más cara de hijo que de padre, ya ve lo que son las cosas.

Jero aprovechó la inesperada apertura de la señora Olimpia para meter cuña:

—Dígame, señora, ¿conoció usted a don Virgilio?

La mujer le miró y estiró el cuello como un pavo:

—¿Y quién no va a conocer al difunto Coronel en estos contornos?

Jero, los ojos en el plato, mondaba una naranja.

—Andaba mucho por el castro, ¿no es cierto?

—Mejor diría que no bajaba de él. Para mí que fue el difunto Coronel y no don Lino quien descubrió la mina esa, ya ve usted.

Jero se atragantó. Tosió repetidamente antes de recuperar la voz.

—¿Es que hay una mina arriba?

La señora Olimpia hizo un gesto socarrón:

—Ande, no se haga ahora de nuevas. Si no fuese por la mina, ¿qué pintaban ustedes aquí?

Cristino, Ángel y el Fíbula la miraban sin pestañear. Jero, por el contrario, no osaba levantar los ojos del plato, por temor de interrumpir sus confidencias. Sin que nadie le preguntase nada, la vieja prosiguió:

—Yo tengo para mí que el difunto Coronel lo sabía, o sea, sabía lo de la mina y le fue con el cuento a la Pelaya. Porque la Pelaya andaba, por aquel entonces, en su casa, de cocinera, aunque hay quien dice, que yo en eso no me meto, que también andaba liado con ella. Pero lo que sí puedo decirles es que la Pelaya y su marido, el Gedeón, andan ahora con don Lino en la finca. ¿Creen ustedes que una cosa no va a tener nada que ver con otra?

Los muchachos se miraron entre sí. La voz de Jero se hizo aún más premiosa. Se producía con tanta prudencia como si temiera espantar un pájaro.

—Y si es cierto que don Virgilio lo sabía, ¿por qué no la explotó él?

—Explotar, ¿qué?

—La mina.

La señora Olimpia empezó a amontonar los platos sucios.

—Ésas son cosas de ellos —agregó vaga, ambiguamente, como arrepentida de su expansión anterior—. A saber los planes que tendría. El Coronel no sabía que iba a morir así, como murió, en un repente, sin decir oste ni moste.

Trasladó la torre de platos hasta la fregadera y se diría que, al volverles la espalda, quedó roto el hechizo. En vano trató Jero de reanudar la conversación. La señora Olimpia, acorazada en su hermetismo habitual, se desplazaba por la habitación como una sombra, arrastrando por las baldosas enceradas sus zapatillas negras de fieltro. Ante su mutismo, Jero se metió en la boca un caramelo y se incorporó.

—Las cuatro menos veinte —dijo—. Debemos aprovechar el tiempo. Apenas quedan tres horas y media de luz.

Conforme con el pronóstico de Cristino, la niebla se había disipado y el sol, un sol clemente, de primeros de abril, iluminaba tenuemente el valle y las laderas de enfrente, que empezaban a verdear. En su costado norte, la cuadrícula mostraba, como una gigantesca dentadura, la estructura pétrea descubierta por la mañana. La tierra removida había sido sacada del recinto y el suelo, de lecho desigual, quedaba ahora limpio y apisonado. Jero distribuyó las cribas entre sus ayudantes y el Fíbula aposentó su enjuto trasero sobre el mojón de monte público y canturreó:

Porque tenía una mujer, ¡qué dolor, qué dolor!

Súbitamente cesó de cantar, sonrió, aflautó la voz y dijo sin dejar de cribar:

—Señores, de la tierra venimos y a la tierra vamos, pero, entretanto, la tierra puede hablarnos con la misma claridad que un palimpsesto o una aljamía.

Ángel, que cribaba con afán unos puñados de tierra, la punta de la lengua entre los dientes, soltó una carcajada:

—¡Díaz Reina! —dijo triunfalmente, como si resolviese una adivinanza.

—Dejad tranquilo al bueno de don Lucio. Olvidémonos de él —dijo Cristino.

—¿Por qué olvidarlo? Es un gran profesor —dijo Jero.

Ángel le miró incrédulo:

—¿Hablas en serio?

Terció el Fíbula:

—Es un paliza, macho. Parece un predicador.

—Con su oratoria no me meto, pero es un hombre que sabe por dónde se anda —añadió Jero.

La oscilación de los cedazos no cesaba y el montón de tierra cribada iba aumentando paulatinamente. De la cuenca ascendía el campanilleo de un rebaño y la trepidación uniforme de un tractor. Desde la altura, el valle era como una gran caja de resonancia. Ángel, arrodillado con el tamiz entre las manos, interrumpió, de repente, su vaivén y dijo humorísticamente:

—¡La sorpresa! Me tocó. ¡Eureka!

Agitaba, en alto, como si fuera un trofeo, un pequeño fragmento de vaso rojizo. Jero lo miró complacido. Dijo profesoralmente:

—A ver, identifícalo.

Ángel sopló con fuerza el fragmento, sacó un pañuelo del bolsillo y limpió cuidadosamente los últimos restos de tierra.

—A saber —dijo caviloso, dándole media vuelta.

—Hazte a la idea de que estás en un examen.

Ángel titubeaba, se mordía la punta de la lengua y le daba vueltas y más vueltas entre los dedos.

—Puesto entre la espada y la pared —dijo, al fin—, yo diría que celtibérico.

Jero encogió los hombros defraudado:

—Después de lo de esta mañana, eso es como no decir nada.

—Pásamelo, macho —dijo resignadamente el Fíbula, alargando la mano y ladeando su cara de pájaro.

Ángel se lo entregó. El Fíbula, mientras analizaba el fragmento, frunció repetidamente los labios. Al cabo, rompió a reír:

—Verdaderamente este cascote no es muy explícito —dijo—. No dudo que hablará como un palimpsesto, pero yo no le entiendo una palabra.

Se lo pasó a Cristino, quien lo examinó morosamente, con su mirada tranquila y profunda. Dijo, al cabo de unos segundos, con laconismo profesional:

—Cerámica cocida a fuego oxidante. Influencias celtibéricas. Posiblemente el pie de una copa.

—Correcto —dijo Jero tomando el fragmento e introduciéndolo en su pequeño zurrón. Agregó—: Bien mirado, esto no añade nada a lo descubierto esta mañana.

Sobre sus cabezas, a diferentes alturas, planeaban una docena de buitres. El Fíbula los descubrió:

—No vendrán por nosotros esos cabrones.

—Son buitres —aclaró Cristino.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que no muerden, hombre. Que no son rapaces sino carroñeros. Sólo comen carne muerta, de modo que hasta que no estires la pata puedes estar tranquilo.

El Fíbula bajó los ojos y reanudó su cancioncilla a compás del vaivén de la criba:

Porque tenía una mujer, ¡qué dolor, qué dolor!, dentro de un armario, ¡qué dolor, qué dolor!

Ángel le interrumpió. Su rostro lampiño resplandecía.

—¡Hoy estoy de suerte! —voceó, y alargaba a Jero un minúsculo objeto, rebozado de tierra, que éste limpió meticulosamente con los dedos antes de examinarlo.

—El extremo de un brazalete —dijo, enarcando las cejas. Aguardó a que los muchachos se agrupasen en torno suyo antes de proseguir—: Fijaos en la decoración troquelada. Como en tantas otras joyas celtibéricas trata de representar la cabeza de un ofidio.

El montón de tierra cribada era ya mayor que el de tierra sin cribar y los muchachos, como infatigables buscadores de oro, proseguían tenazmente su labor. De vez en cuando se detenían para coger alguna broza o pedazo de cerámica, atrapados en los cedazos, y mostrárselo a Jero. El sol declinaba y los turgentes caballones de la ladera de enfrente resaltaban con la última luz, mientras las faldas de los farallones iban sumiéndose en la penumbra, una penumbra dramática, húmeda y fría. En las cumbres, los robles, graves e hirsutos, se recortaban a contraluz como una cenefa negra. De súbito, una voz carrasposa, próxima, colérica, les sobresaltó. Los cuatro muchachos levantaron simultáneamente sus cabezas. A treinta metros de distancia, sobre un pedestal de roca que emergía del robledal, un hombre atezado, tocado de boina, un morral en bandolera, agitaba una cayada en el aire y voceaba:

—¿Es que no visteis los letreros?, ¡me cago en sos!

—¡Y a ti qué coños te importa! —replicó rápido el Fíbula.

El hombre de la cayada se encrespó. Pateó la roca rabiosamente, como un poseso, enarboló la garrota de nuevo, con aire conminador, y bramó:

—¡Las vais a pagar todas juntas, cacho cabrones, por venir a robar la mina!

El Fíbula miró a Jero.

—¿Le damos de leches, jefe?

Jero le disuadió:

—Quieto, hombre. Seguid cribando como si tal cosa. Ni le miréis siquiera. Es un pobre lunático.

Los cuatro simularon abstraerse en su quehacer, pero cuanto mayor era su desatención, más acrecía la irritación del hombre. De manera imprevista, una cabra apareció en el cortafuegos, a veinte metros de la cata, y, casi al instante, una piedra silbó entre los chaparros y fue a golpear en el suelo, junto a las patas del animal. La cabra dio un brinco y desapareció en la espesura, en dirección al hombre. Ángel musitó:

—Joder, machos. A ver si nos descalabra este tipo.

—¡Quietos, ni le miréis! —repitió Jero entre dientes, con reprimida energía.

El cabrero voceaba incoherencias e improperios y, finalmente, aburrido por la falta de réplica, hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Mañana colgaremos de la nogala a don Lino y a la Pelaya! ¿Me habéis oído? ¡Y si no dejáis quieta la mina, detrás iréis vosotros! ¡Ya estáis avisados!

El Fíbula miró hacia él, de soslayo, y le vio apearse del pedestal; durante un rato, le oyó silbar al ganado y mascullar palabrotas entre la greñura y, finalmente, tornó el silencio. El sol se ocultaba tras el cordal y una brisa fría empezó a batir del norte. Jero decidió aplazar la tarea:

—Recogedlo todo —advirtió—. Tal como se están poniendo las cosas lo prudente es no dejar nada. Mañana sin falta haremos la planimetría.

Mientras caminaban hacia el coche, cargados con los trebejos, el Fíbula, rezongando, continuaba mirando, por encima de los chaparros, el lugar donde desapareciera el cabrero. Ya en el coche, Cristino, que hasta ese momento había permanecido en silencio, preguntó a Jero:

—¿De dónde habrá salido ese psicópata?

Jero se dobló sobre el volante, chascó la lengua:

—Si no me equivoco —dijo— ése es el cabrero que informó al pueblo del hallazgo de don Lino. Su actitud es comprensible. No parece hombre de muchos alcances y entre todos le habrán levantado los cascos.

La noche había caído casi de repente y en las casas de la plaza empezaban a encenderse las primeras luces. Rebasado el pueblo, Jero, a pesar de la angostura y sinuosidad de la carretera, aceleró el coche y, en poco más de un cuarto de hora, recorrió el trayecto que los separaba de Covillas. Aparcó frente a la cabina telefónica:

—Iros duchando y que la señora Nieves prepare la cena —dijo a sus ayudantes—. Yo voy a hacer antes una llamada.

Ángel y el Fíbula cambiaron una mirada de entendimiento, mientras Jero, a través de los cristales de la cabina, les veía alejarse cansinamente. Alguien descolgó al otro extremo del hilo. Suavizó la voz:

—¿Gaga?… Jero, claro… Aquí me tienes, como de costumbre… Con el equipo de costumbre, sí… Por supuesto, es algo nuevo en mi vida profesional… Con un poco de suerte puede armar ruido… Sí que es raro que la arqueología sea protagonista, pero por una vez me parece que va a serlo. Ya, ya me di cuenta de que habías salido… Me alegro de que lo pasaras bien… ¿Con Pila? ¡Estupendo! No, claro, no puedo prometértelo… Es mi vida, Gaga, métetelo en la cabeza… Te guste o no te guste tendrás que compartirla, a no ser… Bueno, eso que me ofreces no es una alternativa, Gaga, es ni más ni menos un suicidio profesional… ¿Dejarlo? ¿Qué dices?… Pero ¿lo has pensado seriamente o es una pataleta?… Oye, ¿por qué no cambiamos de tema? No es asunto para tratarlo por teléfono. Ya hablaremos

de ello cuando regrese… Pero ¿qué mosca te ha picado…? Ya sé que todas las cosas tienen un límite, pero nunca pude imaginar que salieras ahora por este registro… Desde luego, yo no voy a oponerme… No tengo derecho, ya lo sé… Pero, por favor, no me vocees, ya sabes que me molesta que me voceen… Si vuelves a decir otra tontería te cuelgo el teléfono… Está bien, Gaga, haz lo que te dé la gana… ¡Vete a paseo!

Jero, despechado, colgó el auricular y se quedó un momento pensativo, acariciándose la barbilla y mirando al suelo de la cabina. Luego, descorrió distraídamente la puerta, salió, metió las manos en los bolsillos, encogió dos veces los hombros y atravesó la plaza camino de la pensión.

VI

Enmarcada por el hueco de la puerta del corral, la señora Olimpia achinó los ojos y lo miró fija, obstinadamente, como si se esforzase en identificar a un desconocido:

—¿Como ayer? —repitió incrédula.

—Claro —dijo Jero—, lo mismo, ¿por qué le extraña? Naturalmente, puede usted cambiar el menú si le apetece; lo que quiero decirle es que bajaremos a comer a la misma hora.

La señora Olimpia empujó con la cadera la puerta del corral, por donde se trascolaban cálidas tufaradas de gallinaza y estiércol y negó mansamente con la cabeza:

—Me parece a mí que hoy no van ustedes a trabajar en el castro —dijo.

Jero parpadeó dos o tres veces, como si se resistiera a creer lo que oía. Tras él, como buscando protección, se apiñaban Cristino, Ángel y el Fíbula:

—¿Quién ha dicho eso?

—Los hombres.

—Pero ¿qué hombres?

—¿Qué hombres habían de ser? Los del pueblo. Mire, yo en este negocio no entro ni salgo, pero ellos porfían que la mina es suya y que ustedes aquí no pintan nada, de modo que ya lo saben.

Jero se esforzó en sonreír:

—¿Cuándo dijeron eso?

—Anoche, en el bar, todos a una. Así que lo mejor que pueden hacer ustedes es marcharse. El vecindario anda muy revuelto y podría ocurrir una desgracia.

Jero adelantó su mano derecha y posó dos dedos suavemente sobre el hombro de la señora Olimpia:

—Usted tranquila, señora. Nosotros hemos venido aquí a trabajar. No pretendemos quitarle nada a nadie.

La señora Olimpia unió las manos en actitud implorante:

—Váyanse; háganme caso. El Papo ha jurado por sus muertos que, sin permiso del pueblo, la mina no la toca nadie. Y el Papo es muy testarrón, ustedes no lo conocen.

—¿Es el Papo el cojo ese de la muleta?

—El cojo es, talmente, sí señor.

—¿El gordo? ¿El de la pata de palo?

—Ése.

Jero depositó dos billetes sobre la mesa camilla:

—Gracias por la información —dijo—, pero, de todos modos, disponga la comida para las dos; igual que ayer. Ya arreglaremos nosotros este pleito.

Tras los visillos de las ventanas se advertían furtivas miradas inamistosas y, en los soportales de la plaza, tres viejos sentados en el poyete, recostados en las cachavas, los observaban con sorna. El último de la fila escupió ostentosamente al paso de Ángel. Dijo Cristino, abriendo la portezuela:

—Esto va a acabar como el rosario de la aurora.

Jero conectó el motor, volvió el volante y reculó:

—Ya será menos —dijo—. El Alcalde se encargará de meterlos en razón. Él sabe que venimos con todas las bendiciones. No se atreverá a enfrentarse con Madrid.

En la rampa del castro, el automóvil se apuraba, ronroneaba y antes de doblar el recodo se caló y los muchachos hubieron de apearse para sujetarlo. Salvada la curva, apareció el nogal; del camal más bajo pendían unos bultos oscuros, y Cristino, aterrado, se inclinó sobre el parabrisas.

—¡Santo Dios! —dijo estremecido—. Los han colgado.

Jero detuvo el automóvil.

—Pero si son muñecos —rió.

Bajo las ramas desnudas del árbol, dos rígidos peleles, revestidos de andrajos, se mecían con la brisa, como espantapájaros. Ángel saltó del coche y dio vuelta al primero:

—Mirad —dijo.

Entre los jirones de la chaqueta, en un papel prendido con un alfiler, decía: «Don Lino» y, en el otro muñeco, sobre el harapiento albornoz granate que lo cubría, habían escrito con torpes caracteres: «La Pelaya».

Ángel miró a Jero amedrentado:

—Oye, ¿no sería mejor dejarlo? El personal anda como muy encabronado.

El Fíbula le señaló con el pulgar:

—Al Angelito no le cabe un piñón en el culo.

Jero se encogió de hombros y se metió de nuevo en el coche.

—Hala, vamos para arriba. Éstas son ideas del cabrero. Y aviados estaríamos si fuéramos a hacer caso de las amenazas de ese chalado.

El cielo continuaba despejado. Una luz frutal, madura, como de comienzos de otoño, doraba suavemente las cumbres del cordal. En el fondo de la cuenca el riachuelo se estiraba, espejeando entre las salgueras sin hoja, y

una brisa muy tenue esparcía un desvaído, prematuro olor a espliego. En las casas del barrio alto, un perro exasperado aullaba sin cesar. Jero se agachó y cogió un cedazo.

—Venga, manos a la obra —dijo acercándose al montón de tierra removida—. Primero vamos a terminar esto. Luego nos meteremos con esa dichosa estructura que no me ha dejado pegar ojo en toda la noche.

El cribado de la última tierra no deparó sorpresas. Al concluir, Jero se deslizó hasta el fondo del hoyo y Cristino le siguió, mientras Ángel y el Fíbula se aprestaban a trazar el plano del muro. De repente, el vivo repique de las campanas, abajo, les sorprendió. Cristino se mordió el labio superior antes de aclarar, con un deje de alarma:

—Tocan a rebato.

Jero echó una ojeada a su pesado reloj:

—Son las diez menos cuarto —dijo—. ¿No será a misa a lo que tocan?

Ángel, que se había adelantado hasta el borde del tozal, reclamó su atención:

—¡Venid! —chilló—. Algo pasa ahí abajo. Todo el mundo anda revuelto. ¡Mirad allí!

Jero, Cristino y el Fíbula se reunieron apresuradamente con él. En el barrio alto un tractor rojo, arrastrando un remolque cargado de hombres, con instrumentos enhiestos sobre los hombros, parecía esperar algo o a alguien. Las explosiones del motor alcanzaban nítidamente a sus oídos. En el caserío de abajo una docena de mozos, diminutos en la distancia, se movían alrededor de un Land Rover y cargaban algo en él. En la plaza, los vecinos iban congregándose sin prisas, formando corrillos, y un hombre renqueante se desplazaba de uno a otro, como dando instrucciones. El tañido de las campanas era cada vez más frenético:

—Así tocan en mi pueblo cuando hay fuego —dijo Cristino.

Jero agachó la cabeza, sacó maquinalmente un caramelo del bolsillo de la cazadora y se lo metió en la boca.

—Mucho me temo que el fuego nada tenga que ver con esto —dijo—. ¿Veis ese tipo de la pata galana que salta de grupo en grupo? Es el Papo, el cojo, ese cabrón que nos hizo un corte de mangas la otra tarde cuando vinimos con Paco.

El tractor rojo se puso en marcha, abandonó el barrio alto y cuando, segundos después, se encontró con el Land Rover en la plaza, las campanas dejaron repentinamente de sonar. Alrededor de los vehículos se produjo un pequeño desconcierto y, finalmente, el Papo y dos docenas de hombres se

distribuyeron entre el Land Rover y el remolque y el resto de los vecinos, aproximadamente una veintena, comenzaron a escalar el castro a campo través, gateando por los riscos como alimañas. Jero, en lo alto, apretó los labios y cabeceó disgustado.

—No hay duda —dijo—. Vienen a por nosotros.

Ángel se aproximó:

—Jefe, ¿por qué no cogemos cordal arriba y bajamos por la otra ladera hasta Pobladura? Todavía estamos a tiempo. Estos tipos de los pueblos son capaces de cualquier cosa; no son de fiar.

Saltó Cristino, ofendido:

—No creo que los de la ciudad reaccionaran de otra manera si creyesen que les quitan algo.

Con su bigotillo incipiente y su cara de susto, Ángel semejaba un niño desamparado.

—Pero ¿qué les quitamos nosotros?

—Ellos lo creen y basta. Para ellos, el tesoro es del pueblo y entre nosotros y don Lino les estamos desvalijando. Desde su punto de vista, esto que estamos cometiendo es un expolio.

Los rostros y los atuendos de los escaladores se iban definiendo conforme ascendían. Algunos, más lentos o entrados en años, rodeaban las peñas y seguían, al sesgo, las trochas de las cabras, mientras los más jóvenes e intrépidos repechaban en línea recta, aferrándose a las rocas con las uñas. Uno de ellos, muy joven, ataviado con un jersey amarillo, ascendía atléticamente, graduando su esfuerzo, como si caminara por el llano. De cuando en cuando volvía la cabeza para infundir ánimos a sus compañeros y, una vez en la cornisa de los castaños, se detuvo, dio media vuelta y levantó un brazo con un pañuelo blanco en la mano. Inmediatamente el tractor rojo y el Land Rover, estacionados en la plaza, se pusieron en movimiento, atravesaron lentamente el pueblo y, antes de alcanzar el barrio alto, doblaron por el camino del castro que los arqueólogos utilizaban cada día.

Jero frunció instintivamente los hombros y se encaró con sus ayudantes:

—Dentro de diez minutos estarán aquí —dijo con acento sombrío—. No vamos a escapar a Pobladura, ni a movernos de donde estamos. Cuando lleguen, nos encontrarán en el hoyo, trabajando. A eso hemos venido y es lo que vamos a hacer. No quiero violencias —se dirigía ahora al Fíbula—. Óyeme bien, Salvador, no quiero violencias. Yo haré de portavoz y si algo se te ocurre me lo dirás antes a mí. De modo que, ante todo, serenidad. Me

jodería que esta oportunidad se malograse por no acertar a controlar los nervios.

Las mujeres que permanecían en la plaza y otras, que a sus voces habían salido de las casas con niños al brazo o de la mano, miraban a lo alto y animaban a los hombres que trepaban por los riscos, como en descubierta, precedidos por el muchacho del jersey amarillo. En el bancal de los castaños, docena y media de hombres aguardaban a los rezagados y, una vez juntos, rodearon el castro en fila india, con dirección al camino.

—Van a reunirse todos en el extremo del cortafuegos —dijo Jero—. ¡Venga, manos a la obra!

Los cuatro muchachos se congregaron en el recinto, fuera del hoyo excavado por don Lino, de forma que, desde su posición, podían observar cuanto ocurriera en el cortafuegos. Jero, con su mirada azul, velada por una melancólica tristeza, fruncía los hombros a cada paso, mientras el Fíbula juraba entre dientes y Ángel, asustado, todo ojos, miraba obsesivamente la entrada del cortafuegos de donde llegaba el monótono bordoneo de los motores. Sobre el castro planeaba de nuevo el bando de buitres del primer día. El Fíbula siguió un rato sus evoluciones arrugando el ceño:

—Mira esos cabrones a la espera —dijo por lo bajo, guiñando un ojo.

—¡Calla, coño! —saltó Ángel.

Jero se impuso:

—¡Basta! —dijo—. A trabajar.

Con el rabillo del ojo vio aparecer al Papo, encabezando el grupo, junto al muchacho del jersey amarillo, cuyos pómulos altos y pulidos, su delgadez extrema, le daban una apariencia oriental. Tras ellos, apenas a un metro de distancia, caminaba bullicioso el grueso del pelotón, blandiendo palas y dalles con decidido empeño bélico. Sobre el rumor de pasos de la guerrilla, resaltaban los golpes secos de la pata de palo del Papo al tropezar en los guijarros.

Los muchachos, entregados a su trabajo, fingían no enterarse de nada, pero cuando el corro se cerró en semicírculo en torno suyo, Jero dejó cansinamente la piqueta en el suelo y se llevó las manos a los riñones. Dijo amistosamente, fijando en el Papo su mirada resabiada:

—Buenos días tengan ustedes. ¿Ocurre algo? Oímos que las campanas tocaban a rebato.

Nadie respondió. Se abrió en torno un silencio profundo, demorado, al que la violencia represada del Papo ponía un contrapunto dramático. Su rostro imberbe, flojo, gelatinoso, con grasa hasta en los cartílagos de las orejas, se

fruncía en mil pliegues en la sotabarba, desproporcionada a pesar de su corpulencia. Recostó en la muleta todo el peso de su cuerpo y, con la mano izquierda, extrajo del morral de cazador que portaba una pera, que miró y remiró varias veces, antes de arrancarle el rabillo y clavarle en el pezón la uña negra y larga de su pulgar. Parsimoniosamente desgajó un pedazo y se lo llevó a la boca. Sus pausados ademanes denotaban el mismo regodeo que el del gato ante el ratón acosado. Dijo con la boca llena, sin dejar de contemplar la fruta rota en sus manos:

—¿Es que no sabéis leer? ¿No visteis los carteles ahí abajo? ¿Cómo hay que deciros las cosas?

Se acentuó la expresión de inocencia en la mirada de Jero.

—Pensamos que no iban por nosotros —dijo—. Nosotros hemos venido aquí con todas las de la ley. Es una excavación ordenada por Madrid.

Un pedacito de pulpa blanca de la pera se le había adherido al Papo en una mejilla, junto a la comisura de la boca, y, conforme hablaba, subía y bajaba sin llegar a desprenderse. Sus convecinos, tras él, le miraban tensos, sofrenados, como aguardando que saliera de sus labios la orden de ataque. En un extremo del semicírculo, el cabrero, enjuto y renegrido bajo su boina pardusca, hacía nerviosos aspavientos. El Papo se metió en la boca otro pedazo de pera y dijo fatuamente:

—¿Y quién es Madrid para dar órdenes en casa ajena? Lo de Madrid será de Madrid, pero lo de Gamones es de Gamones.

Un rumor de aprobación sobrevoló el corro y una voz vigorosa, procedente de las últimas filas, chilló «¡eso es!», pero Jero, con tozudez irreductible, no se daba por vencido, seguía esgrimiendo sus razones:

—En Madrid está la Administración —dijo elevando la voz—. Ella nos ha dado permiso para excavar este castro.

—¡Los cojones! —voceó un hombre de parcheada chaqueta de pana, al tiempo que amagaba con una azada y se originaba en derredor suyo un pequeño tumulto.

El Papo observaba la escena sin inmutarse, escupió el corazón de la pera y, al hacerlo, se le desprendió de la mejilla el pedacito de pulpa. Parsimoniosamente extrajo otra del morral y, con estudiada prosopopeya, repitió, como un rito, la operación anterior, pero, como quiera que al hincar la uña del pulgar en el pezón de la fruta, escurriese entre sus dedos amorcillados un reguerillo de zumo, se lamió golosamente la mano antes de hablar:

—¿Y quién te ha dado a ti ese permiso, si no es mala pregunta? —dijo, al fin.

—El Ministro de Cultura.

—¿Y quién es el Ministro de Cultura para meter las narices en nuestros asuntos? Esta mina, óyeme bien, es del pueblo y, sin autorización del pueblo, aquí no escarba ni Dios.

Un alborotado griterío acogió sus últimas palabras. Las palas, azadas y dalles zaleaban sobre las cabezas del corro y una voz fosca, destemplada, chilló: «¡Papo, basta de contemplaciones!», pero el mozo del jersey amarillo, vuelto de espaldas a los arqueólogos, se multiplicaba por aplacar a los exaltados y poner orden allí. Cuando se restableció el silencio, el Papo adoptó un tono especulativo para dirigirse a Jero:

—Esta tierra que pisamos es de Gamones, ¿no es cierto, chaval? —Jero, amilanado, asintió sin palabras. El Papo prosiguió—: Pues si tú mismo reconoces que esta tierra es de Gamones, ¿por qué regla de tres hemos de aguantar que un vecino de Pobladura y cuatro pelagatos de Madrid vengan a robarnos lo que es nuestro?

Jero elevó la voz para dominar el rumor de protesta que volvía a alzarse del grupo:

—Un momento —gritó, buscando la fibra sensible de su auditorio—. Cuando don Virgilio, que gloria haya, descubrió este castro…

El Papo le cortó airado:

—No me mientes al difunto Coronel, chaval; no me lo mientes. No me busques la boca. El Coronel y la Pelaya, la Pelaya y el Coronel, son los responsables de este cirio aunque don Lino sea el ladrón. Y una cosa te digo: si don Lino no se lleva a la Pelaya a Valladolid, a estas horas estarían los dos ahí abajo, colgados de la nogala, ¿qué te parece?

Un hombre albino, insólito en aquel concierto de boinas negras y rostros atezados, enarboló una horca al tiempo que gritaba: «¡Ya está bien, Papo, vamos a colgarlos!». Inmediatamente, el castro se llenó de dicterios e imprecaciones. Unos a otros se incitaban, se acicateaban y el mozo del jersey amarillo se las veía y se las deseaba para apaciguarlos. Por último, el Papo, satisfecho de haber logrado la temperatura adecuada, levantó la muleta reclamando silencio y dijo altivamente:

—Así que ya lo sabéis. El pueblo es el amo de la mina, de modo que coger el dos y largaros. Nosotros diremos cómo se ha de explotar y a quién hay que contratar.

Aún apuntó Jero tímidamente antes de que el pueblo se encabritase:

—Tenga usted en cuenta que éste es un trabajo de especialistas…

Mas el hombre de pelo albino, casi blanco, envalentonado con su intervención anterior, se abrió paso a codazos hasta la primera fila, señaló con un dedo mugriento los aperos y el montón de tierra removida y exclamó:

—¡Pues vaya unos especialistas de los cojones, si ni siquiera saben manejar la herramienta!

Sonó una carcajada general, entreverada de gritos y pullas soeces. Los ojos azules de Jero reflejaban una infinita melancolía. Se volvió a sus ayudantes y dijo: «Recoged las cosas. De momento nos vamos». Al verlos amontonar los utensilios el Papo se ensañó:

—Y decir en Madrid que aquí no escarba nadie como no venga la Reina.

El hombre albino, vuelto hacia sus convecinos, amagó a un lado y otro con la horca, se empinó sobre las puntas de los pies y gritó con toda su alma:

—¡Qué hostias! ¡Ni aunque venga la Reina!

De nuevo los hombres lo corearon. La capitulación sin resistencia de los arqueólogos era una victoria tan inesperada y excitante que hasta los más retraídos y tímidos les hacían ahora objeto de sus sarcasmos mientras recogían los bártulos. Cristino ladeaba la cabeza, aterrado ante el cerco de miradas insidiosas, pero el hombre del pelo blanco reparó en su rostro enfermo y chilló regocijado.

—¡Mira el pilongo ese, tiene la piel oreada como los chorizos!

Rió el coro a carcajadas. El Fíbula hizo ademán de lanzarse hacia él.

—¡Quieto! —exigió Jero.

El hombre albino arrojó la horca al suelo, flexionó la cintura y miró al Fíbula de través, los brazos despegados del cuerpo, los dedos abiertos como garras.

—Ven si tienes cojones, cacho sarnoso —invitó.

Pero Jero contenía al Fíbula por un hombro y Cristino, con los ojos brillantes, volvía a apilar los enseres y, cuando concluyó, señaló con el mentón las cuerdas que delimitaban la cata y Jero, pendiente de cada uno de sus movimientos, dijo a media voz:

—Déjalas. No creo que estorben a nadie.

Mas el cabrero, que desde que comenzó la acción se mantenía ojo avizor, celoso, sin duda, del protagonismo del hombre albino, se plantó en dos trancos al borde de la cata voceando como un energúmeno:

—¡Fuera! ¡Fuera!

De un puntapié hizo saltar la primera estaca.

—¡Fuera, todo! —repitió—; la mina es del pueblo, el Papo lo ha dicho.

Daba vueltas al hoyo, como un poseso, propinando patadas a las estacas, en tanto el vecindario lo jaleaba, alborozado, con gritos y palmas. Jero reprimió un impulso de indignación. Dijo con fingida firmeza:

—¿A quién perjudicaban estas cuerdas?

Un abucheo ensordecedor le respondió, abucheo que subió de punto cuando los arqueólogos, cargados con sus aperos, fueron desfilando, de uno en uno, por el estrecho pasillo que les abrían, burlones, los hombres del pueblo. Uno de ellos, decepcionado por el pacífico final del lance, atravesó el palo de su azada al paso de Ángel y éste trompicó, perdió el equilibrio y cayó. Las risotadas arreciaron cuando el muchacho se arrodilló pacientemente y recogió, sin una protesta, los útiles desparramados y, en una recelosa espantada, se incorporó a su grupo.

Aún se oyó la voz aflautada y nerviosa del cabrero cuando desaparecían por el extremo del cortafuegos:

—¡Y no volváis por aquí, jodíos, porque como hay Dios que os colgaremos!

Al subir al automóvil, Jero parecía afligido por una súbita desgracia. No mostraba irritación, sino un hondo abatimiento. Maquinalmente se metió en la boca un caramelo, puso el coche en marcha y, al rebasar la nogala con los monigotes colgados, frunció los hombros y dijo:

—Jamás en la vida pasé un rato semejante. Lo mires por donde lo mires, esto ha sido una humillación.

Cristino enarcó las cejas:

—Como todo en el país, esto es un problema de escuelas.

El Fíbula, refrenado demasiado tiempo, saltó:

—Yo diría mejor de mala leche. Pero te juro por Dios que, si un día agarro a solas al rubio ese de los cojones, le voy a reventar los huevos como me llamo Salvador.

Al salir a la carretera, Cristino preguntó a Jero:

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—¿Tú qué crees? De entrada, digo yo, ver al Alcalde y echarlos a reñir. Poner al cojo ese en un brete. Seguir luchando. Cualquier cosa antes que permitir que esa partida de facinerosos se salga con la suya.

Pero, en el Ayuntamiento, no había nadie, excepto el alguacil, un sexagenario con un esparadrapo sobre la nariz que daba de comer a un perro. Él no sabía nada. Ignoraba dónde estaba el vecindario. En cuanto al Alcalde, como todos los miércoles, había salido muy de mañana del pueblo a por madera y que si querían hablar con él regresaran por la noche.

Jero miró fijamente a los ojos al alguacil hasta que éste, azorado, parpadeó y acabó humillándolos. Después sacó del bolsillo su viejo reloj y dijo a sus compañeros:

—Las once y media, buena hora para encontrar a Paco en el despacho. Andando, vámonos a Covillas, no podemos perder más tiempo.

Se volvió hacia el hombre del esparadrapo y añadió:

—Muchas gracias. A la tarde volveremos.

VII

Recostados en el capó del automóvil, los tres muchachos veían hacer a Jero, dentro de la jaula encristalada de la cabina. Jero marcó el número por segunda vez y, cuando oyó la llamada, encogió automáticamente los hombros, se tapó el oído izquierdo con un dedo y apretó aún más el derecho contra el auricular:

—¿El Subdirector General, por favor…? —esperó un rato—. ¿Eres tú, Paco?, Jero, sí… Tranquilo, nada grave, pero las cosas se han complicado un poco… No… No… El pueblo… El vecindario se ha presentado esta mañana en el castro en son de guerra y hemos tenido que levantar el campo… Sí, claro. Amenazaban con colgarnos y ten por seguro que, si no cedemos, lo hubieran hecho… Lamentable, desde luego. Todo lo que te diga es poco. En la vida he sufrido una humillación semejante… Lo demás, bien. Yo temía los prontos de los chicos, del Fíbula sobre todo, pero he conseguido sujetarlo… ¿El Alcalde? Bueno. Reticente y tal pero no puso pegas. Luego se ausentó, claro. He ido a verle después del episodio y se había largado del pueblo… Todos a la uva, conchabados, eso es indudable. El cabecilla es un cojo atravesado… ¡El mismo! El del corte de mangas, efectivamente… No, por supuesto, esto no podemos dejarlo así. Por eso te llamo. La excavación está a punto de caramelo, en un momento decisivo. Ya te contaré despacio… ¿Al Delegado Provincial? ¿A Carlitos Peña?… Mucho, hombre, cómo no lo voy a conocer… No me parece mal… No te preocupes, son veinte minutos y no tenemos mejor cosa que hacer… Enseguida, claro, ahora mismo… Por mí no, pero me inquieta lo que pueda hacer en el castro esa partida de indocumentados… No, por ahora no hace falta. Si fuera necesario, te lo haría saber… ¿Eh? ¿Gaga?… Deja tranquila a Gaga; ése es asunto resuelto… Sí, sí, agradezco tu intercesión, pero no hay nada que hacer… Ya hablaremos de todo… De acuerdo… Otro para ti.

Dobló la articulada portezuela de la cabina y los tres muchachos se adelantaron hacia él.

—¿Qué?

—Paco opina que debemos informar al Delegado del Ministerio.

—¿Ahora? —preguntó Cristino.

—Cuanto antes. Después de todo son treinta kilómetros. Así matamos el rato.

Ángel, pegado a la ventanilla, veía desfilar los árboles en silencio. En un momento en que Cristino volvió la cabeza, el Fíbula, desde el otro asiento trasero, le señaló con el mentón.

—Aquí el Angelito se nos ha quedado sin habla, se nos ha cagado el hombre.

Ángel se enderezó y su rostro aniñado se animó un poco.

—He pasado más miedo que vergüenza, lo reconozco. A cada rato me decía: «Si al Jero se le ocurre levantar la voz, el cojo este le clava la muleta en la barriga». ¡Hay que joderse con el tipo! ¿Visteis cómo comía las peras el marrano de él?

El Fíbula soltó una risotada:

—Las partía con los dedos como si fuese pan. ¿Te fijaste en la uña?

Cristino se inclinó hacia Jero:

—¿Sabes dónde está la Delegación?

Jero asintió, sonriendo. Después de hablar con el Subdirector General daba la impresión de haberse descargado de un peso:

—En la Plaza del Mercado, junto a San Andrés. No te preocupes que no me pierdo. Tengo muy pateado esto.

El Fíbula volvió a su tema:

—¡Anda y que no me gustaría nada encontrarme en un descampado, mano a mano, con el rubio! —movió de un lado a otro la cabeza—. O con el mismo cabrero si me apuras. ¿Visteis con qué mala leche levantó las estacas el maricón de él?

—Eso ha sido lo que peor me ha sentado —reconoció Jero.

—Y luego, la mina, venga a hablar de la mina. ¿Qué coños pensarán esos tíos que es un hallazgo arqueológico? Hablaban de la mina como si se tratase de Hunosa, ¡hay que joderse!

Terció Cristino:

—Tampoco les juzgues con tanto rigor. Es gente sin instrucción, sin recursos. Viven en una economía de subsistencia. Nunca cogieron nada que antes no hubieran sembrado. Y para una vez que se presenta la ocasión, zas, llega un listo y se lo birla.

Jero asintió:

—Verdaderamente —dijo—. Pero ¿por qué ese empeño en mezclar a don Virgilio en el asunto? El pobre Coronel lleva más de dos años bajo tierra, ¿qué demonios tendrá que ver él con el tesoro?

Relajado, después de la tensión de las últimas horas, el Fíbula imprimía a todos sus comentarios un aire festivo.

—Según ellos se entendía con la Pelaya; estaba liado con la Pelaya, el tío.

Jero movió dos veces los hombros.

—¡Había que conocer a la Pelaya! —rió—. La Pelaya cocinó para el Coronel mientras estuvo en Gamones, pero de eso a meterse en la cama con ella hay distancia. Tenía demasiada clase don Virgilio para incurrir en semejante vulgaridad. Además, ¿en qué cabeza cabe que conociendo la existencia del tesoro únicamente se lo revelara a esa mujer? Cualquiera que haya conocido la pasión arqueológica del Coronel no puede admitir eso. Es literalmente absurdo.

Al coronar un cambio de rasante apareció la pequeña ciudad, a lo lejos, en torno al río. Jero franqueó un puente y se adentró en el dédalo de calles sin vacilaciones. Se detuvo en dos semáforos, recorrió una amplia avenida y abocó a la Plaza del Mercado. Estacionó el coche en el aparcamiento de la Delegación. Aún con las llaves en la mano se reunió con sus ayudantes:

—Podéis tomaros unas copas por ahí y a las dos en punto en el Progreso. El otro día, Santi nos echó bien de comer. Si os parece podemos repetir; el Delegado no creo que me entretenga.

Desdeñó el ascensor y subió los escalones de dos en dos. Entró sin llamar conforme invitaba el letrero de la puerta:

—¿Don Carlos?

Una señorita de edad le pasó a un recibidor pero, antes de que llegara a sentarse, se abrieron las puertas correderas y apareció el rostro aplaciente y sonrosado de Carlitos Peña:

—Perdona, majo, perdona —dijo, y le palmeó efusivamente la espalda—. Aunque sabía que te esperaba, Maite no te ha reconocido. Está ya para pocos trotes esta mujer. Pero siéntate, cuenta. Hace unos minutos me llamó el Subdirector General. Parecía contrariado, pero no quiso anticiparme nada —tornó a palmearle la espalda y le hizo sentarse frente a él, la mesa cargada de papelotes por medio. Sonreía y, al sonreír, mostraba un diente de oro y le raleaba el rubio bigote. Todo era pulcro y regular en él: las cejas, la frente, la nariz, las orejas, sus manos blancas y achatadas, el enorme solitario de su dedo anular, sus gafas relimpias con montura de oro… También sus ademanes y sus palabras eran pulcros y regulares, tal vez un poco excesivos, como excesivos eran su efusividad y su afán por anticiparse a sus deseos—. Habla —añadió—. ¿Qué te trae por aquí? Tú eres de la casa, Jerónimo, ya lo sabes. No eres aquí ningún extraño.

Jero sacó un caramelo del bolsillo y se lo metió en la boca. Reparó inmediatamente en su descortesía y le alargó la bolsa de plástico por encima

de la mesa:

—¿Quieres? La gente entre la que me muevo no comparte mi vicio y he perdido la buena costumbre de ofrecer.

El Delegado sonrió.

—Gracias, no soy goloso. Es un caso raro, pero a decir verdad no recuerdo haber comido caramelos ni de chiquillo. Pero, dime, majo, ¿ha ocurrido algo? El Subdirector me dijo que andabas por aquí por lo del tesoro. Buen golpe, ¿eh? Entre eso y tu Carta Arqueológica vais a hacer más famosa a la provincia que la Atenas de Pericles.

Jero frunció nerviosamente los hombros y comenzó su relato. A medida que avanzaba, el rostro pigre, sonrosado, del Delegado se iba ensombreciendo y el bigotillo se encogía y espesaba. Su blanca mano, de cortos dedos y uñas impolutas, tomó de la escribanía un paquete de cigarrillos egipcios y, tras ofrecer formulariamente a Jero, encendió el suyo con un mechero de oro. Expulsaba el humo recostando la nuca en el respaldo del sillón con lentitud, en pausadas volutas, los ojos entrecerrados, pendiente de los labios de Jero. Cuando éste concluyó, se acodó en la mesa y adoptó una actitud de honda preocupación:

—Pero esto que me cuentas es un motín en toda regla, majo.

—Tampoco dramatices demasiado. Los tipos esos están quemados y es comprensible. Ten en cuenta que el descubridor es de Pobladura, o sea, hablando en su lenguaje, un forastero. Al oponerse a la excavación creen defender lo suyo.

El Delegado denegó enérgicamente con su rizada cabeza:

—No trates de echarlo a barato. Un motín nunca es disculpable, Jerónimo; lo siento. Un motín es un motín. No debemos tomar frívolamente algo tan grave.

—Tampoco te pongas así.

El Delegado se quitó las gafas, se frotó los ojos con los nudillos y levantó el dedo del solitario en ademán admonitorio:

—Siento tener que decir esto, Jerónimo, pero, desgraciadamente, este país no está maduro para la democracia —se colocó las gafas después de limpiar un cristal con el pañuelo, descolgó el teléfono de mesa y aplastó el cigarrillo contra un cenicero de vidrio—. En casos así hay que actuar pronto y con energía, de otra manera corres el riesgo de que te coman por un pie.

Miró a lo alto, hacia la lámpara.

—Con el Gobierno Civil, por favor… Gracias —esperó. Repentinamente se le animó el semblante—. ¿Eres tú, Juanma? Sí, el mismo, a tus órdenes.

Oye, perdona que te moleste. Tengo aquí, en mi despacho, a Jerónimo Otero, profesor de la Universidad de Madrid… Exacto. El de la Carta Arqueológica de la provincia. Bueno, pues este señor ha tenido un incidente desagradable en Gamones. ¿Conoces el asunto del tesoro?… Tanto mejor, Juanma, me ahorras explicaciones… Bien, Jerónimo ha ido allí, enviado por Madrid, para completar la excavación, ¿comprendes?, y el pueblo se le ha revuelto, literalmente se le ha echado encima… Un motín, eso mismo digo yo… ¿Violencia? ¡Toda! Picos, horcas, dalles, lo que quieras… No sé. Por eso te llamo… ¿Tú crees?… ¿No sería mejor de entrada la vía diplomática?… Espera, está aquí el interesado, voy a consultarle…

Taponó el teléfono con la mano y sonrió a Jero en abierta complicidad. Dijo a media voz:

—Juanma sugiere que subáis esta tarde al castro con una sección de la Guardia Civil. Os protegerían mientras dure la excavación.

Jero negó resueltamente con la cabeza.

—De ninguna manera. Eso sería desorbitar las cosas.

El Delegado retiró la mano y apoyó la cabeza contra el auricular. De nuevo elevó el tono:

—Lo considera excesivo, Juanma… Sí… Tal vez sea preferible lo otro; tal vez sea más prudente… ¿Conmigo?… Lo que tú dispongas, Juanma, ya sabes que por mí no hay problemas… Por eso te digo. Ya sabes que no soy de los que escurren el bulto. Incluso, aunque me esté mal el decirlo, no se me dan mal este tipo de comisiones… ¿Esta noche? De acuerdo… En lo otro no quiero meterme; no es de mi incumbencia; es asunto tuyo… De entrada no me parece mal. Ya sabes que comparto contigo la preocupación por la seguridad personal… Por supuesto… Ya sabes que lo que tú ordenes me parece bien. Correcto… Te tendré informado… Hasta luego, Juanma, y gracias por todo… Un abrazo y a tus órdenes.

Sonreía distendidamente al colgar el aparato.

—Todo resuelto —dijo—. Este Juanma es un águila. Da gusto trabajar con él.

Jero lo miró alarmado.

—No será con la Guardia Civil.

El Delegado levantó sus dos manos chatas, inmaculadas, ornadas por el gran solitario:

—Tranquilo. Esta noche, a las ocho, tú y yo tendremos un *tête-à-tête* en Gamones con el Ayuntamiento en pleno. Yo hubiera preferido a media tarde,

pero Juanma dice, y no le falta razón, que hasta la noche no resulta fácil reunir a esa gente.

Jero desconfiaba:

—Bue… no y, ¿dónde quedamos?

—¿Dónde paráis?

—En Covillas, en la pensión Ramos.

El Delegado se sujetó la frente con la mano como si reflexionase:

—Aguarda un momento; no nos precipitemos. Juanma citará al Alcalde, mejor dicho, al Ayuntamiento, para las ocho, y a esa hora estaremos nosotros allí… si antes no hubiera contraorden.

La frente de Jero se pobló de arrugas.

—¿Contraorden?

—Atiende una cosa, majo. Nosotros estamos citados en Gamones a las ocho, pero sólo acudiremos en el caso de que… «el detector de tensiones» nos dé vía libre. En caso contrario, aguardaremos órdenes de arriba. Esto es lo convenido.

—¿El detector de tensiones? No sé de qué me estás hablando.

El Delegado unió las manos como si rezara y bajó la cabeza para mirarle a los ojos desde más cerca:

—Juanma destacará previamente una sección de la social —dijo como sin darle importancia.

Jero frunció el ceño:

—¿Policía?

—Escucha, majo. Esos hombres irán de paisano, en una furgoneta, simulando ser quinquis, vendedores ambulantes o algo por el estilo. Déjale hacer a Juanma. Es un director escénico de primera. Confía en él.

Jero se acodó en la mesa y descansó la barbilla sobre las manos:

—Pero no veo el objetivo de esta guerra.

Una sabihonda sonrisa iluminó el rostro del Delegado:

—Es sencillo —dijo—. A Juanma, antes que el éxito de la excavación, le interesa vuestra seguridad personal, la tuya y la de tus hombres. Antepone el orden a la arqueología, para que me entiendas. Después de todo, hace bien; es su oficio. De otro lado, este pequeño destacamento tiene, digamos, algo así como una misión de espionaje…

Jero meneó la cabeza impaciente. El Delegado le atajó:

—Por favor, déjame hablar. Tal como me dices que están las cosas, esto podría degenerar en un enfrentamiento y, si me apuras, en sangre. Conozco a esta gente, majo; en consecuencia, lo prudente es medir «el grado de tensión»

antes de determinar nuestra actuación posterior. Ésa es la misión de avanzadilla de que te hablo.

Sonreía y entrelazaba ahora las manos, mientras Jero lo miraba fijamente, indeciso. El Delegado separó los dedos y alzó una mano blanca y conciliadora, como dando por zanjadas sus diferencias:

—Ahora vamos con otro punto —oprimió repetidamente el timbre de mesa—. Gamones, Gamones… éste es un extremo importante.

La ojerosa secretaria asomó medio cuerpo por la puerta.

—Maite, por favor, ¿puede traerme el listín de los ayuntamientos de la provincia?

—¿Se refiere a la guía telefónica, don Carlos?

—¡Maite, por Dios! La guía telefónica es una cosa y el listín de la composición de los ayuntamientos, otra, ¿no? —sonreía a duras penas.

Instantes después, Maite depositaba sobre la mesa del Delegado un mamotreto de cubiertas azules con cantoneras de hule. El Delegado lo abrió y buscó la letra *G*.

—Galosancho… Gallosa… Gámara… —murmuraba entre dientes mientras pasaba las páginas—. ¡Gamones, helo aquí! —su pulcra uña achatada recorría la nómina y, finalmente, sin alterar su postura, se mordió el labio superior y levantó los ojos hacia Jero—: La jodimos —dijo apagadamente—. Todos del PSOE.

Jero encogió los hombros de golpe:

—¿Y eso qué importa? Ésta no es una cuestión política; no tiene nada que ver con la política.

El Delegado movió la cabeza en forma circular:

—Tú vives en tu limbo, majo, y no te lo reprocho, pero, perdona que te diga que no conoces el mundo que te rodea. Hoy la política lo inunda todo. En este país no hay nada ajeno a la política. Todo es política. Y siendo esto así, ten por seguro que, en este caso concreto, mejor nos hubiera ido con los ucedeos o con la misma Alianza.

—En todo caso, no creo que sea decisivo.

—¡Oh, por supuesto que no! Me sobran agallas para lidiar este toro y otros más difíciles. No me asustan, majo. Y no vayas a pensar por lo que te he dicho que yo sea de los nostálgicos, pero de una cosa estoy convencido: este lamentable episodio no hubiera ocurrido en vida de don Francisco.

Jero se incorporó y tendió la mano al Delegado, quien, al verle de pie, rodeó la mesa, se la estrechó y le pasó el brazo izquierdo por los hombros.

—Entonces, en principio, quedamos en Covillas a las siete y media. En la cafetería Alaska, ¿te parece?

—De acuerdo.

El Delegado abrió su más esplendorosa sonrisa:

—Y en el caso de que el «detector de tensiones» aconsejara aplazar la entrevista, te dejaría recado telefónico en la pensión Ramos una hora antes. ¿Entendido?

—Vale —dijo Jero.

Le acompañó hasta el descansillo y, una vez allí, le palmeó sonoramente la espalda y, luego, le tomó suavemente por la cintura.

—Ya sabes que para mí siempre es una fiesta verte por aquí, majo. ¿No llamas al ascensor? Como quieras. Tal vez tengas razón. Tal vez nos vendría mejor a todos hacer un poco de ejercicio —franqueó el dintel y levantó la mano—. Hasta la noche. Chao.

VIII

El pequeño grupo se desplazaba arriba y abajo, al amparo de los soportales, por delante de la cristalera iluminada de la cafetería Alaska. Hacía frío. Un crudo y arrecido viento del norte les hacía caminar encorvados, las manos ocultas en los bolsillos, levantadas las solapas de cazadoras y tabardos. En una de las vueltas, Jero se detuvo ante la cristalera iluminada, pateó el suelo con impaciencia y alzó los ojos hasta el reloj del Ayuntamiento, al otro lado de la plaza:

—Menos diez —dijo—. También jodería que este tipo me la jugara.

Cristino se le acercó tímidamente:

—Oye, y si las cosas se arreglan, ¿piensas excavar mañana?

Jero sacó las manos de los bolsillos y las frotó ásperamente una con otra:

—Por supuesto, de eso se trata. Hay que liquidar este asunto cuanto antes. Como tarde, el viernes por la noche yo quisiera estar en Madrid.

Inopinadamente, el Fíbula propinó un manotazo en la espalda encogida de Ángel.

—Anima esa cara, macho. Pareces un funeral. Ahora, en cuanto el jefe se largue, nos vamos los tres al *pub* Adrián y ahí nos las den todas. ¡Menuda noche! Te juro por Dios que ese espectáculo no me lo pierdo.

Jero metió nuevamente las manos en los bolsillos y se volvió hacia la puerta:

—Hace un frío que pela —dijo—, ¿por qué no esperamos dentro?

Cristino lo contuvo con un suave ademán, mientras miraba atentamente al centro de la plaza:

—Aguarda —dijo.

Un coche con las luces de posición encendidas se deslizaba, pausada, silenciosamente, hacia ellos y se detuvo a pocos metros, junto a la línea blanca de la explanada. Del asiento delantero descendió un chófer uniformado que abrió respetuosamente la puerta de atrás. Jero emitió un tenue silbido.

—¡Coño, un Mercedes! No me digáis que es el Delegado.

El Delegado, embutido en un entallado abrigo gris marengo, se apeaba en ese instante del coche y avanzó resueltamente hacia Jero, sonriendo:

—¿Qué tal desde esta mañana? —indicó al resto del grupo—. Supongo que éstos serán tus hombres. ¿Cómo estáis, majos? —estrechó, una a una, las manos con efusión desmedida e, inmediatamente, se consideró en el deber de

justificarse—. Naturalmente este coche no es mío —rió—, pero ¡sépase quién es Calleja! Uno se presenta ante un paleto en un 132 y se guasea, pero delante de un Mercedes tiembla. A esta gente me la conozco como si la hubiese parido —tomó ligeramente a Jero por el brazo—. ¿Qué, vamos?

—Cuando quieras. Estoy a tu disposición.

El chófer uniformado les sostenía la portezuela ante las miradas socarronas de Ángel y el Fíbula. Apenas arrancaron, el Delegado se disculpó:

—Perdona el retraso —dijo—. Juanma me ha entretenido más de la cuenta con los dichosos informes.

Jero hizo ademán de hablar pero el Delegado le contuvo:

—Tranquilo —añadió—. El «detector» asegura que la paz reina en Gamones; todo está en orden. Una vez que os han largado, aquello ha quedado como una balsa de aceite —cambió de tono—. De todas formas no vamos mal de tiempo. ¿Tienes buena hora?

Jero trató de aprovechar el tenue resplandor del salpicadero para mirar el reloj, pero el Delegado, que advirtió sus dificultades, exclamó:

—¡Oh, perdona, majo! —levantó la mano por encima de su cabeza y dio la luz del interior del coche.

—Las ocho y cinco —dijo Jero.

—Vale —apagó la luz—. Antes de la media estaremos allí —señaló con el mentón el cogote del chófer—. David conduce de maravilla. Indudablemente corre, puesto que saca buenas medias, pero aquí dentro ni se nota. Estos coches grandes tienen una estabilidad increíble.

—Ya —dijo Jero.

El Delegado soltó una risita velada en la oscuridad.

—En todo caso —añadió— el retraso es un inteligente recurso diplomático. Acuérdate del plantón de don Francisco en Hendaya. Dicen que el Führer perdió los nervios —rió con gesto admirativo—. Tal vez gracias a ello podamos estar ahora aquí tú y yo hablando tranquilamente.

—Tal vez —dijo Jero.

—Por lo demás, no creo que encontremos dificultades. Claro que hubiese preferido otro ayuntamiento, pero no siempre puede uno elegir el toro. Después de todo, otros más difíciles he lidiado —rió de nuevo veladamente—. A Dios gracias, experiencia no me falta.

—¿Tanto tiempo llevas en el cargo?

—No es eso, majo, pero de todos modos eché los dientes en Información y Turismo, no lo olvides. Ahora, cuando te digo que sé cómo lidiar a esa gente, no me refiero tanto a mi experiencia como a que sé de qué pie cojean;

conozco sus tretas y sus tabúes. Ten en cuenta que soy de pueblo y, aquí donde me ves, he arado más que ellos, he segado más que ellos, he trillado más que ellos, sé del campo tanto como ellos. En una palabra, soy perro viejo; sé cómo metérmelos en el bolsillo.

Entre los desnudos ramajes de los árboles parpadeó una lucecita mortecina.

—Gamones —dijo Jero con cierta inquietud.

El pueblo parecía dormido. A la glauca, débil luz de las lamparitas de veinte vatios, repartidas por las esquinas, se veían trancadas puertas y ventanas. Un gato negro, que pretendía cruzar la calzada, desistió en última instancia y desapareció de un salto tras una tapia de piedras. También la plaza estaba desierta a excepción de un hombre joven, de complexión atlética, enfundado en una cazadora de cuero negro, indolentemente acodado sobre la capota del turismo azul estacionado ante la puerta del Ayuntamiento. En la otra acera, haciendo esquina, brillaba el friolento luminoso del bar.

—¡Pare, David! —ordenó el Delegado.

El chófer frenó y ladeó la cabeza.

—Ahí —prosiguió el Delegado—. Póngase detrás de ese coche.

Al detenerse el Mercedes, otros tres hombres, uniformados como el primero, se apearon apresuradamente del coche azul. Jero sacudió los hombros.

—¡Joder con los quinquis y el director escénico! —dijo destemplado.

El Delegado le puso una mano complaciente en la rodilla y, en tanto David les abría la portezuela, aprovechó para decir:

—Calma, majo. Ponte en situación. El jefe ha hecho lo que estima más prudente. Después de todo, cumple con su deber. Sería ingrato por tu parte ponerle bolas ahora.

El frío arreciaba. El viento se encajonaba, rastrero, en el valle y barría ásperamente el pueblo de norte a sur. El hombre de la cazadora negra, que se apoyaba en el coche, se llegó hasta el Delegado y se cuadró ante él:

—A sus órdenes, don Carlos; sin novedad —dijo.

Una sonrisa fruitiva se dibujó en los labios del Delegado.

—¿Todo tranquilo?

—El pueblo duerme, don Carlos. De todos modos, por lo que pudiera tronar, arriba, en el barrio alto, hay estacionado un retén de la Guardia Civil. Treinta hombres.

—¿Están ustedes en contacto?

El hombre de la cazadora negra le mostró un pequeño emisor:

—Permanente, don Carlos. En el autocar tardarían menos de quince segundos en personarse aquí.

El Delegado recorrió con los ojos la plaza vacía:

—Está bien. Es suficiente —dijo complacido—. No pierdan contacto y vigilen el lugar de reunión.

El hombre de la cazadora negra dio un nuevo taconazo.

—Lo que usted mande, don Carlos.

De pronto, se abrió ruidosamente la puerta del bar y aparecieron cuatro hombres oscuros, cuatro sombras encogidas, las boinas encasquetadas, semiocultas las cabezas tras los cuellos de las pellizas. El primero, de baja estatura, caminaba hacia ellos con el busto inclinado hacia delante, los hombros desnivelados, frotándose las manos. Jero musitó al oído del Delegado:

—El Alcalde.

—Ya sé, ya lo conozco —dijo el Delegado bajando la voz y abriendo acogedoramente sus brazos al recién llegado—. ¿Qué dice don Escolástico? —le envolvió en sus largos brazos, hipócritamente efusivos, y le palmeó la espalda con vigor—. ¿Cómo le va? ¿Qué tal marchan esas colmenas?

El Alcalde asentía con gestos ambiguos, medio asfixiado contra el pecho del Delegado y, cuando consiguió zafarse de su abrazo, presentó al Secretario y a dos concejales. El Delegado se mostraba cordial y bien dispuesto y cuando se volvió, para entrar en el Ayuntamiento, el Alcalde le disuadió con una sonrisa consternada:

—Ahí, no, don Carlos. Seguimos en obras. Y si ustedes no echan una mano, éste va a ser el cuento de nunca acabar. Lo siento. La reunión tendrá que celebrarse en las escuelas.

Se puso a la cabeza del grupo y avanzaron todos por la calleja del rincón, a su lado un concejal, con una linterna encendida. Tras ellos, a la distancia de respeto, caminaban los hombres de la Social. Ya en la esquina, tomaron el callejón de la izquierda, a la abrigada, cuyo piso, reblandecido, exhalaba un acre olor a escíbalos y boñiga. A pesar de la oscuridad, al fondo, bajo el tibio resplandor de la bombilla más próxima, se distinguían las siluetas de dos hombres armados resguardados por un contrafuerte. El más alto, al divisar al grupo, arrojó al suelo la punta del cigarrillo que fumaba y salió a su encuentro. Ante el Delegado se cuadró y cruzó el brazo sobre el pecho.

—A sus órdenes —dijo.

El Delegado rió forzadamente, bajó la cabeza y le dijo al Alcalde en tono confidencial:

—Advertirá, don Escolástico, que el señor Gobernador vela por nosotros.

Frente a ellos se alzaban las escuelas, un edificio gris, de dos pisos, desconchado y húmedo, de alargados ventanales cerrados. El concejal de la linterna abrió la puerta a empellones y dio la luz. Una estufa de leña, al rojo vivo, crepitaba bajo el estrado, delante de los escañiles de los escolares. El Alcalde sonrió con una cómica mueca:

—Hemos puesto fuego, don Carlos —aclaró vanamente—. Ha vuelto el norte. Supongo que no le parecerá mal.

El Delegado se despojó del abrigo y se echó el aliento en las manos.

—Al contrario —dijo—. Se agradece.

El Secretario y los dos concejales se desembarazaron de sus pellizas y las depositaron sobre los pupitres de los párvulos. Luego, tímidamente, se fueron incorporando al grupo. El Secretario, de pelo fuerte y ensortijado, rosado de tez, en abierto contraste con las pieles curtidas de los otros tres, llevaba un portafolios bajo el brazo. A su lado, uno de los concejales, que atendía por Martiniano, sonreía bobamente a un lado y a otro. Su rostro parecía planchado y tan sólo cuando se ponía de perfil se advertían sus orejas, no pequeñas, pero adheridas al cráneo de tal manera que, visto de frente, se dirían seccionadas. El otro concejal, con un hueco grande, de al menos tres dientes, en el maxilar superior, bajaba la cabeza, acobardado, mirándose las puntas brillantes de sus prietos zapatos domingueros, como preguntándose qué pintaba él allí. El Delegado charlaba amistosamente con ellos, saltaba de un tema a otro y, únicamente cuando Martiniano dejó de sonreír y el concejal desdentado se centró y levantó confiadamente los ojos hasta él, sugirió con una punta de voz:

—Qué, ¿empezamos?

El Alcalde titubeó.

—Cuando guste. Pero el caso es que esto no reúne condiciones y…

—Es suficiente, don Escolástico, no se preocupe —dijo el Delegado subiendo al estrado de una zancada y sentándose a la cabecera de la mesa—. Vamos a ver —prosiguió, señalando primero la silla de la derecha y luego la de su izquierda—. Aquí, el señor Alcalde y en esta otra el Secretario. Los demás siéntense como puedan…

Jero, Martiniano y el concejal de la boca deshuesada se acomodaron en silencio. Diríase que la simple formalidad de constituir la mesa había disipado el clima de confianza que momentos antes reinara en el grupo. Todos los ojos convergían ahora en el rostro del Delegado, quien, con los párpados bajos,

inmóvil, cogitabundo, casó las yemas de los dedos de una mano con los de la otra, y dijo a media voz, con acento contrito:

—Bien, aunque mi cometido no sea grato, lo primero que debo decirles es que lo sucedido esta mañana aquí, en Gamones, en el castro de Aradas, no tiene nombre. Es un hecho incalificable, más propio de la edad de las cavernas que del siglo que vivimos…

Durante los segundos que duró la pausa, el silencio se hizo tan espeso que la leve crepitación de los brotes verdes en la estufa sonaba como disparos. El Delegado entornó los ojos para aclarar:

—He dicho incalificable, cuando, en realidad, un hecho de esta naturaleza bien puede calificarse de ruin, cobarde y despreciable —tomó aliento, separó las manos e introdujo la cabeza entre ellas tapándose las orejas—. Lamento tener que pronunciarme tan crudamente, pero el pueblo de Gamones, de tan noble historial, no ha estado esta mañana a la altura de las circunstancias, puesto que si la violencia es siempre reprobable, lo es, con mayor motivo, cuando se ejercita gratuitamente contra unos hombres indefensos —miró largamente a Jero, en la otra cabecera de la mesa—. Unos hombres que, si han llegado hasta aquí, ha sido con la intención de ayudarnos, con el exclusivo objeto de esclarecer lo que el pueblo de Gamones ha aportado a la historia de la Humanidad.

El Delegado hizo otra pausa. El Alcalde, los antebrazos inmóviles sobre el tablero, le miraba evasivo, las pupilas en el borde de las pestañas, como resistiéndose a afrontar la prueba, en tanto los dos concejales, frente a frente, se habían quedado como petrificados desde el comienzo de la catilinaria, a la manera de esos perdigueros corretones súbitamente inmovilizados por el rastro de una pieza. El Delegado examinó los rostros, uno a uno, y continuó implacable:

—Un reducido grupo de arqueólogos, enviados por Madrid —miró a Jero con una punta de ironía—, ha sido insultado, amenazado, escarnecido y, finalmente, expulsado de su lugar de trabajo, haciendo caso omiso de la autorización que portaban. Y esto, señores, dejémonos de circunloquios más o menos taimados y llamémoslo por su nombre, es sencillamente un motín o, por mejor decir, un delito de sedición, que el código penal especifica y castiga con penas de cárcel.

De nuevo entornó los párpados el Delegado e hizo un alto prolongado. Los leves estallidos de la estufa semejaban ahora cañonazos. Nadie osaba moverse. Pero, inesperadamente, cuando el Delegado reanudó su discurso, el

ritmo y la entonación habían variado; sus palabras fluían ahora suaves, cálidas, decididamente gratulatorias y cordiales:

—Pero el señor Gobernador, señores, en un gesto magnánimo que le honra, y que nunca le agradeceremos bastante, en lugar de asediar al pueblo con tropas y tanquetas como hubiera sido lo procedente, ha preferido minimizar el hecho, restarle importancia, pensar que aquí se ha producido un malentendido y enviarme a mí con objeto de esclarecer el suceso. Y aquí me tienen, señores, con la mejor voluntad, no como juez, sino como amigo e intercesor.

El concejal de las orejas pegadas emitió un suspiro hondo, como si en todo el tiempo que duró la perorata no hubiera renovado el aire de sus pulmones. Por su parte, el Alcalde carraspeó, metió el dedo índice en el oído derecho y dio vueltas como si lo atornillara, luego ahuecó los agujeros de la nariz y dijo tenuemente:

—Sí señor, lleva usted razón, don Carlos, un malentendido, o sea, un equívoco. O sea, para que usted me entienda, el vecindario se pensó que estos señores —señaló a Jero con un borroso ademán— estaban de la parte de don Lino. ¿Usted me entiende? De ahí que pasara lo que pasó.

Ladeaba la cabeza y abría las palmas de las manos hasta casi ponerse en cruz. El Secretario, impávido, frente a él, abrió el portafolios, se ensalivó un dedo, pasó rápidamente varias hojas y, por último, extrajo una, sin sentirse coartado por la mirada fija, apremiante, del Delegado. Dijo, empleando una monótona, acartonada terminología forense:

—Si me permiten, yo quisiera hacer hincapié en un punto que para mí constituye el quid de la cuestión. Dicho punto radica en las declaraciones del descubridor —consultó sus papeles y refrendó—, don Lino Cuesta Baeza, en la vecina localidad de Covillas, tres días después del hallazgo. El referido señor se expresó allí, según mis informes, en el sentido de que el tesoro había sido hallado no en el término de Gamones, como en realidad sucedió, sino en el de Pobladura de Anta, de donde el mentado don Lino es vecino y residente. De prevalecer esta declaración, señor Delegado, es obvio que el vecindario de Gamones, o, por mejor decir, su Ayuntamiento, puesto que se trata de bienes comunales, se vería privado de la indemnización que, según ley, le corresponde.

El concejal de las orejas pegadas, súbitamente envalentonado, dio un puñetazo en la mesa y dijo a trompicones:

—E… E… Eso es, sí señor. O sea, lo que… que… que pasa aquí, es que… que… que el don Lino ese quería robar al pueblo, o… o… o sea,

alzarse con el santo y la limosna. Eso es.

El concejal desdentado ratificó con apasionamiento la manifestación de su colega y ambos se enzarzaron en una conversación de mutuo apoyo. El Delegado les dejaba desfogarse. Escuchaba sus razonamientos con simulada atención, enviaba largas miradas cómplices a Jero, se recreaba viéndoles merodear en torno a la trampa cuidadosamente preparada, y, de pronto, cuando sus interlocutores, cansados de repetir una y otra vez los mismos argumentos, empezaban a considerarse vencedores, sonrió escépticamente y dijo con un tonillo despectivo:

—Señores, a estas alturas, los argumentos que ustedes esgrimen son sencillamente deleznables. Antes de la llegada de los arqueólogos —miró detenidamente a Jero— ya se conocía la localización del tesoro en Gamones. El mismo Subdirector General de Bellas Artes escuchó de labios de don Lino que el hallazgo se había efectuado en Gamones; en un cortafuegos próximo a Pobladura, pero en el término de Gamones. «Por menos de cien metros no ha caído el gordo en mi pueblo», fueron, si no me ha informado mal el propio Subdirector General, sus palabras textuales. De modo que tratar de justificar el amotinamiento del pueblo falseando los hechos, es mendaz por no decir malintencionado.

Al concejal de las encías deshuesadas, asfixiado por la palabrería del Delegado, parecieron incendiársele los ojos. Voceó fuera de sí:

—¿Me quiere decir, entonces, qué pintaba don Lino en unas tierras que no son suyas?

El Delegado replicó rápido, a bote pronto, buscando el desconcierto del adversario.

—Ése es otro problema. El comportamiento ético de don Lino es problema aparte. No mezclemos las cosas, se lo ruego.

Martiniano, el concejal de las orejas pegadas, salió en apoyo de su compañero:

—A… a… aparte, no, señor Delegado. Don Li… Li… Lino se personó en el cerral con el aparato, pa… pa… para afanar una mina que no era suya.

El Secretario asistía al pulso de los concejales con el Delegado con manifiesta complacencia. Terció, pretendiendo lustrar con su terminología de rábula la tosca argumentación de sus convecinos.

—Un momento. La ley —al oír la palabra *ley*, el Alcalde y los concejales inclinaron reverentemente las cabezas— otorga al descubridor un cincuenta por ciento, o sea, la mitad, del valor del tesoro siempre que el descubrimiento se haya hecho en terreno ajeno o del Estado y por ca-sua-li-dad —silabeó esta

última palabra, mirando altivamente al Delegado por encima de las gafas—. Pero si llegara a demostrarse que don… don… —bajó los ojos al papel que sujetaba entre los dedos— don Lino Cuesta Baeza utilizó en su prospección un detector de metales, ¿puede usted decirme, señor Delegado, dónde está, en este caso, la ca-sua-lidad? Jurídicamente, con la ley en la mano, parece evidente que el mentado don Lino no tiene derecho a indemnización alguna.

El concejal de las orejas pegadas aporreó nerviosamente la mesa con los puños crispados:

—Sí… sí… sí señor, de eso se trata. De que el don… don… don Lino ese de los co… co… cojones no saque de este a… a… asunto ni una peseta.

El Delegado levantó una mano pulcra y regordeta, como reclamando la palabra y, cuando el silencio se hizo, su voz matizada volvió a endurecerse para ironizar:

—Cuidado, señores. Es muy posible que podamos probar todo eso que ustedes dicen; es muy posible. Pero en el caso de que demostremos que el azar no intervino en el descubrimiento de don Lino, la obligación del Estado desaparece, para unos y para otros. Quiero decir, que ni don Lino, ni este Ayuntamiento de Gamones, por la misma regla de tres, tendrían derecho a indemnización de ninguna clase.

El concejal de las orejas pegadas quedó paralizado y mudo, los ojos torpes, codiciosos, pendientes de los labios del Delegado. El concejal de las encías deshuesadas sacó del bolsillo de la americana un paquete de cigarrillos y encendió uno con dedos temblorosos, mientras el Alcalde, atraído por la llama del fósforo, la miraba como hipnotizado, sin pestañear. Únicamente el Secretario se atrevió a decir en un gesto de desafío:

—En cualquier caso, señor Delegado, esta corporación ha tenido a bien poner el asunto en manos de un abogado por si procediera alguna reclamación.

El Delegado se volvió a él, irritado:

—No me saque usted las cosas de quicio, señor Secretario; no se me trasconeje. La razón de que usted y yo estemos esta noche aquí reunidos no obedece a la manera de actuar, más o menos fraudulenta, de don Lino, que esto en su día se verá y los jueces dirán la última palabra, sino a la bárbara agresión de que ha sido objeto, por parte del vecindario, un grupo de arqueólogos enviado por Madrid —miró obsesivamente a Jero—. Ésta es la cuestión a resolver, es decir, el motivo por el que yo estoy aquí esta noche. Todo lo demás es, por el momento, secundario.

El Secretario se quitó las gafas y limpió un cristal con la punta del pañuelo. Era patente su esfuerzo por aparentar serenidad, pero su voz titubeó al agregar:

—De cualquier modo, señor Delegado, no parece justo que el pueblo entero pague por los desmanes de un pequeño grupo de incontrolados.

El Delegado volvió a la táctica del bote pronto:

—Un grupo de cerca de veinte hombres, según tengo entendido.

—Es posible.

—¿Puede usted decirme cuántos vecinos tiene este pueblo?

—Exactamente ochenta y dos —respondió el Secretario sin vacilar.

Los labios del Delegado se estiraron en una sonrisa irónica:

—¿Aún sigue pareciéndole pequeño el grupo de incontrolados? ¿Considera oportuno el señor Secretario que sigamos por este camino?

El Secretario, al fin, desvió la mirada y la clavó en el tablero de la mesa, como si contara las vetas de la madera. Sin darle tiempo a reponerse, el Delegado se encaró con don Escolástico:

—Olvidemos este aspecto, entonces, y vayamos al grano. Dígame, señor Alcalde —el rostro y el cuello del Alcalde se congestionaron hasta casi estallar—, ¿tenía usted noticia de la agresión que se preparaba esta mañana en el castro de Aradas para el momento en que usted se ausentara del pueblo?

El Alcalde tragó saliva. Hizo el efecto de que iba a sonreír, pero el esbozo de sonrisa desapareció de sus labios y se convirtió en una mueca de impotencia. Cerró los ojos, carraspeó y dijo débilmente:

—A decir verdad, la tenía y no la tenía, señor Delegado, que éste es el chiste.

—Eso es una evasiva, señor Alcalde, no una respuesta.

—Entiéndame, señor Delegado, un servidor barruntaba la quemazón del vecindario, o sea su descontento; o sea, a mis oídos había llegado la hablilla de que el tal don Lino había bajado a Covillas jurando por sus muertos que la mina no pertenecía a Gamones sino a Pobladura y…

—Ta, ta, ta. No volvamos a las andadas, señor Alcalde, se lo ruego. Ése es un tema archivado, de momento olvídelo. Lo que interesa conocer ahora es la razón por la que usted, sabedor de la quemazón que reinaba en el pueblo, se ausentó tranquilamente esta mañana sin un motivo justificado.

Un silencio culpable se alzó sobre la mesa. La crepitación de la estufa semejaba ahora la guerra. El Alcalde sonreía remiso, apocado; volvía a mirar al Delegado desde el borde de las pestañas, sin acertar a responder. Todavía dejó transcurrir unos segundos el Delegado para imprimir mayor énfasis a sus

palabras. Finalmente, en agresivo acento fiscal, izando el dedo del anillo por encima de su cabeza, reprochó la cobarde actitud de las autoridades y lanzó una acusación genérica contra el pueblo que, luego, hábilmente, fue desglosando en inculpaciones concretas: la dejación de autoridad del señor Alcalde, la inhibición de los concejales, la violencia alevosa de parte del vecindario y la abierta complicidad del resto, para terminar en una advertencia estricta: «de persistir esta actitud de oposición sistemática al trabajo de los arqueólogos» —miró gravemente a Jero— tenía en su mano, «no sólo la posibilidad de privar a Gamones de toda indemnización, sino de destituir a sus autoridades y encarcelar a los responsables más calificados».

El argumento fue definitivo, inapelable. El Alcalde se pasó reiteradamente su inquieta mano por la boca y las mejillas como si acabaran de abofetearle, el Secretario volvió a quitarse las gafas y a simular que las limpiaba, a Martiniano le nacieron dos rosetones como de fiebre a ambos lados de la cara, en tanto el otro concejal, que acababa de alargar el brazo para aplastar el cigarrillo en un cenicero de barro, quedó inmóvil en aquella actitud, sin decidirse a recoger el brazo extendido sobre la mesa. Conmovido por la capitulación del adversario, el Delegado aflojó nuevamente la voz, asumió un acento devoto, derretido, mórbido, paternal, al tiempo que imprimía un quiebro aveniente a su discurso:

—Pero ya os anuncié al principio —abría los brazos como queriendo acoger en ellos al Alcalde, al Secretario, al concejal de las orejas pegadas, al concejal de las encías deshuesadas y al pueblo entero— que yo no he venido hasta aquí como verdugo, con la intención de castigaros. Amo demasiado a Gamones como para aplicarle sin más la dura letra de la ley. Mi presencia entre vosotros obedece a otras razones, dos especialmente: una, ayudaros a salir de vuestro error, y otra, demostrar a estos señores de Madrid —miró obstinadamente a Jero— que Gamones no es un pueblo incivil, sino acogedor y abierto para cuanto signifique cultura.

Hizo una pausa larga, estudiada, que tensó el ambiente. Luego, elevó repentinamente la voz, en una inflexión patética que recorrió la mesa como una descarga:

—Porque, vamos a ver —añadió—. ¿Sois los gamoneses gente culta y civilizada o peores y más zafios que los negros de Biafra?

El Alcalde y los concejales, desconcertados aún por la oratoria mudadiza, versátil, del Delegado, negaron rotundamente con la cabeza semejante posibilidad. Pero, antes de que salieran de su estupor, vibró de nuevo la voz

del Delegado, más hueca, más campanuda, más retumbante, más perentoria que en ningún otro momento de su discurso:

—¿Preferís que Gamones pase a la Historia como el pueblo donde apareció un tesoro prehistórico de incalculable valor para la civilización o como un pueblo de salvajes atropelladores de la cultura?

El Alcalde, vejado por semejante disyuntiva, gradualmente fanatizado por la pasión del Delegado, no se pudo reprimir, apartó la mano de la boca, se medio incorporó en su asiento, desorbitó los ojos y, espoleado por un súbito fervor patriótico, bramó con todas sus fuerzas:

—¡Estamos por la cultura, señor Delegado! ¡Viva Gamones!

Se desplomó sobre la silla temblando aún, dando boqueadas, como un pez fuera del agua, a causa de la emoción. Pero la unción de sus palabras tuvo la virtud de despejar los últimos vestigios de recelo y desconfianza. El Secretario asintió a su vítor, y asintió también, conmovido, hasta las lágrimas, Martiniano, en tanto el concejal desdentado aporreaba la mesa y refrendaba con un «¡Sí, señor!», rotundo, las palabras del Alcalde. Entonces el Delegado sonrió a éste y, uno a uno, dedicó el premio de su sonrisa a todos los asistentes, envolviéndolos en un fruitivo vaho de bienquerencia:

—Gracias —dijo con una punta de voz mientras se limpiaba una lágrima imaginaria—. Muchas gracias. No esperaba menos de vosotros. El limpio historial de este pueblo no podía ser mancillado por una acción aislada e irreflexiva. Viva Gamones, digo yo también desde el fondo de mi corazón. Y vivan los gamoneses. Que Dios conserve siempre vivo vuestro amor a la patria chica. Dicho esto, tan sólo me queda pediros, señor Alcalde, como refrendo de este acuerdo y para evitar nuevos equívocos en lo sucesivo, que convoquéis mañana a concejo a primera hora de la mañana a fin de que el vecindario pueda solidarizarse con vuestra decisión y disculparse ante las víctimas —miró compasivamente a Jero— de modo que éstas puedan reanudar inmediatamente su tarea en el castro de Aradas sin que nadie les obstaculice.

Sonaron unos aplausos y todas las cabezas —a excepción de la de Jero, que observaba estupefacto el desenlace de la reunión— se movieron aprobando. Y como el Delegado fijara sus ojos insistentemente en el Alcalde, animándole a asumir un compromiso formal, éste sonrió, le propinó varios golpecitos amistosos en el hombro con su mano temblona, como para aminorar distancias, y corroboró:

—Delo por hecho, don Carlos, delo por hecho. Eso está resuelto; ni se discute —de nuevo, en autoridad, se inclinó hacia el concejal de la boca

desdentada, y añadió—: Anota, Albano, convocar concejo abierto para mañana a las nueve —vaciló y consultó a Jero con la mirada y, como Jero aceptase con un ademán, añadió—: Lo dicho, a las nueve, no lo borres.

Jero se vio, de pronto, acuciado por todas las miradas. Se le consideraba el beneficiario del acuerdo y esperaban que el beneficiario manifestase su complacencia. También Jero se sintió en el deber de hablar, por lo que sacudió maquinalmente los hombros dos o tres veces y dijo con la voz ronca, oxidada, propia del que lleva varias horas en silencio:

—También yo quiero agradecerles este gesto de buena voluntad en nombre de la Dirección General de Bellas Artes. Y, al mismo tiempo, me permito anticiparles mi deseo de que un vecino del pueblo se incorpore al equipo de excavación, de manera que las dos partes interesadas, Gamones y Bellas Artes, colaboren en la empresa codo con codo. El vecino que ustedes designen ganará un sueldo, y, por otra parte, como representante del Ayuntamiento, podrá mantenerles a ustedes informados sobre los pormenores de la excavación.

El concejal de las encías deshuesadas volvió a golpear la mesa y dijo «muy bien», en tanto el Alcalde, eufórico, señalaba burlonamente con el dedo al concejal de las orejas pegadas y decía riendo:

—Se lleven a esta buena pieza que está en el paro.

Jero le interrogó con la mirada:

—Mi… mi… mire, por mí —aceptó humillando los ojos Martiniano.

—Todo resuelto, entonces —dijo el Delegado, arrastrando ruidosamente su silla hacia atrás e incorporándose. Los demás le imitaron. Imperaba ahora en el grupo esa necesidad de comunicación bulliciosa y distendida que sigue a toda conciliación laboriosa. Al bajar del estrado, en un aparte, el Delegado le hizo un guiño malicioso a Jero y le dijo: «¿Eh, qué tal, majo?». Jero aprobó sin palabras, porque el concejal desdentado acababa de agarrarle por un brazo y le decía con sincero empeño: «¡Me cago en sos! Si esto se hubiera hecho a su tiempo, nos hubiéramos ahorrado el disgusto de esta mañana. —A su lado, el Secretario ayudaba al Delegado a ponerse el abrigo al tiempo que le advertía—: No se fíen ustedes de don Lino. Le conozco de atrás. Es un tipo de cuidado». El Alcalde sonreía tras él, encasquetándose la boina y alzándose el cuello de la pelliza. El concejal de las orejas pegadas, agachado, con el tabardo a medio poner, abrió de un tirón la puerta de la calle. Un viento frío, sutil y penetrante, batía la calleja a ras de tierra. Unos metros más allá, los hombres de escolta se agrupaban, fumando, al abrigo de un sotechado. Como obedeciendo a una voz de mando, todos arrojaron al suelo sus cigarrillos al

verlos aparecer. El Alcalde, sonriente, los hombros desnivelados, se adelantó hasta el grupo:

—Señor cabo —dijo de buen humor—. Llame usted al corneta y transmita esta orden: «¡Todo el mundo al bar!». Ha habido acuerdo y esto hay que celebrarlo. Invita el Ayuntamiento.

IX

Cuando Jero detuvo el automóvil en la esquina de la iglesia, el primer sol de la mañana, un remiso sol primaveral, difuminado por un aura de calima, empezaba a dorar las crestas más altas de la cordillera. En contra de lo habitual a tales horas, algunos grupos de hombres se congregaban en la plaza, convocados por el pregón del alguacil, cuya corneta aún se dejaba oír, en tonos apagados, desde algún barrio del interior. Cobijados en los soportales, media docena de viejos, sentados en los poyetes, las manos nudosas en las cayadas, platicaban adormilados. A la puerta del bar, el mozo del jersey amarillo y dos compañeros bromeaban con un grupo de muchachas endomingadas, bebiendo, por turno, de un porrón de vino tinto. Las chicas reían alborozadas y una de ellas, ataviada con una cazadora de cuero negro sintético, por cuyo escote asomaban unos perifollos de puntillas transparentes, se resistía a beber del porrón y el mozo del jersey amarillo le sujetaba los brazos por detrás mientras otro la obligaba a abrir la boca y los demás reían.

En el centro de la plaza, el remolque del tractor rojo, ceñido por una colgadura de los colores nacionales, varado y mudo, ofrecía una triste estampa de desamparo. Alrededor de él, varios niños de pocos años acosaban a un perro color canela que se escabullía, una y otra vez, bajo la tarima de la plataforma, para asomar la cabeza, ladrando, por los rincones más insospechados. En una de sus tentativas, un niño rubio con anorak azul logró atraparlo y, al intentar cabalgar sobre él, el can volvió repentinamente la cabeza, rutando y mostrando los dientes y, entonces, el pequeño, atolondrado, le dio suelta emitiendo gritos de jubiloso terror. Unos metros más allá, el Papo, que charlaba, parsimoniosamente, con dos convecinos, amagó con la muleta, al paso de los chiquillos, y éstos, al verse secundados en sus juegos por un adulto, se desentendieron del perro canela y cercaron al Papo, gritándole a coro una frase ininteligible.

El Fíbula los observaba y, una vez más, unió las manos, como dispuesto a orar, y encareció a Jero:

—Sólo un corte de mangas, Jero, te lo pido por Dios. Te juro que no le diré una palabra.

Jero sacudió los hombros. Había en su rostro una madura gravedad esta mañana.

—Tengamos la fiesta en paz —dijo—. Después de la excavación lo que quieras. Ahora no podemos echarlo todo a rodar por una pijada.

Un vecino solitario, que merodeaba distraídamente por las inmediaciones del coche, se detuvo ante el parabrisas y los miró largamente, con descaro. Cristino dobló la cabeza cuanto pudo.

—Tenemos a todo el pueblo pendiente de nosotros —dijo—. ¿No sería mejor bajar? —retumbó una estentórea carcajada del Papo y añadió—: No me gusta la actitud del cojo.

Jero asió la manija de la portezuela:

—¿Qué pasa con el cojo?

—Está como unas pascuas y nadie celebra una batalla perdida, creo yo. Y menos todavía un tipo tan finchado como él.

Cuando se apearon, se hizo el silencio en la plaza. Jero examinaba a los corrillos con recelo, reconocía en los ojos a los agresores de la víspera, aunque sus miradas no fuesen resabiadas ni amenazadoras como entonces, sino relajadas e indiferentes, casi de mofa. Diríase que aceptaban los hechos consumados o, al menos, que su agresividad se había aplacado tras el escarnio del castro. Miró hacia el remolque en dirección al Papo y éste, al verlo, levantó la muleta sonriendo y la agitó en el aire en ademán de saludo.

—Vamos al bar. Nos hemos citado allí —dijo, impaciente por escabullirse a las miradas insolentes del vecindario.

Las muchachas, al pasar a su lado, se miraron entre sí, lanzando risitas sin fundamento, se dieron de codo, pero al toparse con Cristino, la de los perifollos en el escote exclamó: «¡Madre, qué cara!» e, inmediatamente, se llevó las manos a la boca como si no hubiera querido decir aquello, dando a entender que la lengua le había traicionado, lo que provocó la hilaridad de sus compañeras.

En el bar, el Alcalde y los concejales los acogieron con aparatosas muestras de efusión. Pese a la hora temprana, el local hedía a vino peleón y tabaco mal quemado. Tras las presentaciones, Jero sonrió abiertamente a don Escolástico:

—Cuando usted guste, señor Alcalde.

En la actitud de Jero se adivinaba el deseo de prolongar el ambiente fraternal, distendido, de la noche anterior. Don Escolástico exultaba:

—Antes tomaremos un vasito, digo yo.

Se alinearon ante el mostrador. Martiniano, en traje de pana, liberado de la corbata, tenía un aire más juvenil y desenvuelto. Jero le guiñó un ojo:

—¿Qué, dispuesto?

—A… a… a ver. Por mí…

Bebieron. Jero pagó otra ronda. A la tercera empezaron a sonar en la plaza palmas de tango. Estalló un cohete. Ahora, a las palmas, acompañaba un estribillo, coreado preferentemente por niños y mujeres:

—¡Que son las cuatro, que se alce el trapo!

Don Escolástico sacó del bolsillo de la pelliza un pañuelo de hierbas y se lo pasó por los labios. Apremió a Jero:

—Cuando guste. Están impacientes, será mejor empezar —ladeó la cabeza como para hacer una confidencia—: Es más enredoso bregar con el personal esturado.

Los mozos abrieron calle. Las palmas y pitos habían cesado y en los ojos del vecindario se traslucía ahora una remota e infantil curiosidad. Ladró el perro canela bajo el remolque y una mujer vestida de negro tomó de la mano al niño del anorak azul, le propinó un sopapo y se refugió con él en los soportales. La muchacha de la cazadora negra sacudía su larga melena y mostraba sus blancos dientes, en una sonrisa forzada, al paso de los arqueólogos. Éstos se detuvieron en la esquina del bar, pero el Alcalde, al advertirlo, volvió sobre sus pasos, intentando convencer a Jero de que le acompañase pero, finalmente, se fue solo, flanqueado por los concejales, el Secretario velando la retaguardia, hasta el remolque. Al encaramarse a él, estalló otro cohete. Pese a la modesta demostración pirotécnica, en torno a la plataforma no se advertía el menor interés. El desapego era tan manifiesto y general que hasta el Papo, el rostro carnoso iluminado por una sonrisa copetuda, volvió displicentemente la espalda a las autoridades y buscó un puntal en los soportales donde apoyarse. Sobre el remolque engalanado, la desmedrada figura de don Escolástico, el Secretario a la vera, los rígidos concejales detrás, resultaba un tanto desairada. De pronto, al sonar el tercer cohete, el Secretario declaró abierto el concejo y el Alcalde se adelantó ceremoniosamente hasta el rastel del remolque y se encaró con el indiferente auditorio. En rigor, los alicientes del concejo, lo que pudiera llamarse el aspecto festivo del acto (la presencia de forasteros, el Mercedes en la plaza, la reunión nocturna con el Delegado, la irrupción de la fuerza pública en el pueblo, el pregonero y los cohetes) se había agotado ya. Apenas quedaba el acto en sí, la perorata del Alcalde, los latiguillos de exaltación de la patria chica, sus ademanes histriónicos, manifestaciones demasiado conocidas, repetidas inalterablemente a lo largo de los años, como para despertar entusiasmo. Sin embargo, don Escolástico, sabedor de que era escuchado por gente de fuste, envidó el resto y, al iniciar su discurso y vocear

«¡Gamoneses!» a grito herido, estiró el cuello como un gallo de pelea, apretó los párpados, atenoró la voz, abrió los brazos en actitud de amorosa acogida, pero, pese a todo, no consiguió espolear al pueblo. Los viejos, sentados en los poyos de los soportales, seguían traspuestos, los niños enredando, riendo las mozas, sin que ninguno de ellos, al parecer, reparase en el verbo arrebatado, los desarticulados aspavientos de la primera autoridad municipal. No obstante, el Alcalde, enajenado, proseguía su vibrante soflama, aludía enfervorizado al carácter democrático de los concejos y a la pertinencia de convocarlos, «puesto que, a través de ellos, podía llegar a las alturas la voz del pueblo soberano»; pero, en torno suyo, acrecían el rumor de las conversaciones, las carreras de los rapaces, los grititos de las muchachas, y Jero, desde la esquina del bar, revolvía los ojos, indeciso, sin atreverse a reclamar silencio. Empero, una vez que don Escolástico centró su apasionada oración y se refirió a «la pila de millones que caerían sobre el pueblo como un maná» y les permitirían terminar las obras del Ayuntamiento, pavimentar la plaza, y hacer la traída de aguas, se produjo entre la concurrencia un leve murmullo, unánime y codicioso, que aprovechó un hombrecillo, resguardado tras el murete de la iglesia, para gritar:

—¡Y para don Lino, qué!

Y, antes de que se extinguiera la voz, brotó, como un eco, de uno de los arcos de los soportales, la réplica carrasposa, obsesiva, del cabrero:

—A ése lo cuelgo yo mañana de la nogala, ¡me cago en sos!

Don Escolástico, habituado a estas interrupciones, no se inmutó. Continuó su alocución subrayando el compromiso del vecindario con los arqueólogos, «no sólo respetando su trabajo —dijo— sino compartiéndolo, puesto que Martiniano, un hijo del pueblo, aquí orilla mía —se volvió sonriente hacia el sofocado concejal de las orejas pegadas—, subirá con ellos al castro y les ayudará en sus tareas». Seguidamente se perdió en disquisiciones sobre otros posibles hallazgos, que «irían a enriquecer el museo provincial y darían lustre a nuestro pueblo», pero, a esas alturas, el deslumbramiento producido por la frase «pila de millones» se había disipado y el vecindario retornaba a su apatía y displicencia y hasta algunos, aburridos, empezaron a encogerse de hombros y a bostezar ostentosamente, de forma que, cuanto mayor era el enardecimiento de don Escolástico por demostrar el amor a la cultura de Gamones, mayor era el desvío y desaprobación de sus habitantes, que, descarada o subrepticiamente, iban abandonando la plaza, perdiéndose en las callejuelas radiales, en busca de un rayo de sol, fumando y charlando perezosamente. De este modo, cuando, cinco minutos más tarde, el Alcalde,

roto y ronco por el pechugón, se empinó sobre las puntas de los pies para solicitar la conformidad de sus convecinos, «con objeto de que los científicos de Madrid, nuestros ilustres huéspedes, puedan proseguir sus escarbaciones en Aradas», apenas dos docenas de personas, los arqueólogos y el Papo, permanecían en la plaza. Y fue precisamente el Papo quien, izando al cielo la muleta, manifestó su aquiescencia en nombre del pueblo y gritó con voz grumosa como si aún siguiera comiendo peras:

—¡Por mí ya pueden empezar, señor Alcalde!

Todavía don Escolástico miró al frente y a los lados, buscando infructuosamente el beneplácito colectivo, pero al advertir la pasividad de los escasos espectadores, sus inconmovibles caras de palo, dio por concluido el acto con las palabras rituales:

—No habiendo oposición, el Concejo autoriza la escarbación en el castro de Aradas.

Cristino, los ojos amusgados, cabeceó junto a Jero:

—Cada vez me gusta menos esto.

Jero encogió los hombros, nervioso:

—¿Qué esperabas? ¿Que se arrodillaran y nos pidieran disculpas? Lo que hace falta es que no nos perturben, que nos dejen en paz, coño. Con eso, basta. Dentro de tres días estaremos a cien leguas de aquí y si te he visto no me acuerdo.

El Alcalde descendió dificultosamente del remolque y, una vez en tierra, se llevó los dos pulgares a las sienes y movió el resto de las manos cómicamente como si fuese a volar. Indagó satisfecho:

—Todo fue bien, ¿no?

Jero hizo una mueca ambigua.

—¿Es que no le ha gustado?

Jero sacudió los hombros:

—Bueno, digamos que no estuvo mal del todo.

—Tiene usted el campo libre; ¿qué más vamos a pedir?

—En efecto —Jero sonrió—. Lo que me llama la atención es observar que el pueblo renunciaría con gusto a la indemnización con tal de ver colgado a don Lino.

Don Escolástico parpadeó visiblemente sorprendido.

—Natural, ¿no? —dijo como si se tratase de una obviedad.

Para rehuir la discusión, Jero se dirigió a Martiniano:

—Qué, ¿listo?

—Cu… cu… cuando usted mande.

Jero puso una mano sobre el hombro de Ángel:

—Ve de una carrera donde la señora Olimpia y dile que bajaremos a las dos a comer. —Y, según corría el muchacho hacia la rinconada de la iglesia, le gritó—: ¡Y que hoy seremos cinco!

Durante la espera, el Fíbula, sentado en el asiento posterior, junto a Martiniano, canturreó:

Porque tenía una mujer, ¡qué dolor, qué dolor!

Martiniano le escuchaba atentamente y, al ver que no proseguía, le preguntó:

—Y, ¿có… có… cómo sigue la copla?

—No sigue, señor Martiniano, es siempre así. Ése es el chiste.

Ángel, de regreso, atravesaba la plaza a la carrera. Se sentó en el coche, al otro lado de Martiniano:

—Que de acuerdo —dijo sin resuello, cerrando la portezuela.

El coche arrancó suavemente y, una vez en la carretera, Jero se apoyó con ambas manos en el volante y presionó el asiento con la espalda, alzándose levemente. Dijo eufórico:

—Muchachos, la Providencia nos ha designado para datar la celtiberización del Alto y el Medio Duero. ¡Loada sea la Providencia! —tomó la revuelta del camino demasiado rápido y las ruedas traseras derraparon.

—¡O… o… ojo! —advirtió Martiniano.

Jero enderezó el coche, que brincaba en los relejes, y añadió:

—Y usted, señor Martiniano, va a ser partícipe de esa gloriosa efemérides.

El automóvil se ahogaba en la pendiente, se bamboleaba.

—Lleva demasiado peso. Deberíamos bajarnos —sugirió Cristino.

Finalmente el coche se rehízo y, aunque con apuros, dobló la curva de la nogala. Cristino, que desde que abandonaron la plaza se esforzaba por hurtar la mancha de vitíligo a la mirada ubicua y perspicaz de Martiniano, señaló el árbol al pasar:

—Los espantajos siguen ahí.

El Fíbula miró con sorna al concejal:

—¿Se ha dado usted cuenta, señor Martiniano? Son don Lino y la Pelaya. Los han colgado. Detrás teníamos que ir nosotros. ¿Qué le parece?

Martiniano cabeceó, acobardado:

—Co… co… cosas del cabrero —dijo.

Jero detuvo el automóvil junto al peñasco y, apenas puso pie en tierra, antes de abrir el maletero para sacar los trebejos, intuyó los primeros indicios del desastre: el olor a mantillo; la tierra removida, desbordada hasta la peña;

las grandes rocas desmontadas; las anchas huellas del tractor en la rampa de acceso al tozal.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha ocurrido aquí? —dijo alarmado, echando a correr.

Los tres muchachos y Martiniano lo miraban perplejos. Lo vieron coronar el castro y detenerse, de repente, al comienzo del cortafuegos, como si a sus pies se abriera una sima:

—¡Dios mío! —dijo llevándose las manos a la cabeza—. ¿Qué han hecho estos cabrones?

Los tres muchachos corrieron tras él y se detuvieron a su lado, los pies hundidos en el flojo montón de tierra. El cortafuegos había sido socavado de punta a punta. Una pala mecánica había pasado sobre él y abierto una trinchera de tres metros de anchura por dos de profundidad. La tierra extraída, mezclada con piedras, raíces y rocas voluminosas, cubría, hasta su mitad, los chaparros de la primera fila. Jero, como poseído por una repentina locura, se lanzó talud abajo, hasta el fondo de la zanja, manoteando, murmurando frases incoherentes. Detrás corrían sus alumnos, mientras Martiniano, inmóvil en lo alto del testigo, los veía desplazarse sin osar intervenir. De la vieja estructura de piedras descubierta la víspera, no quedaba ni rastro. Todo había sido removido, derribado, destruido, arruinado. Los azules ojos de Jero, empañados en lágrimas, quedaron prendidos en aquella desolación. Era como si asistiera al entierro de un ser querido:

—¡Oh, Dios! —repitió—. ¿Cómo es posible semejante salvajada?

Los tres muchachos, a su lado, lo miraban en silencio. Cristino se agachó y cogió un puñado de tierra negra. La examinó atentamente:

—La faena es de ayer —dijo con voz apenas audible.

Pero el Fíbula ya no escuchaba. Miraba coléricamente a Martiniano sobre su pedestal de tierra, en el extremo opuesto del cortafuegos, erguido, fumando, la boina capona cubriéndole la cabeza. Súbitamente, echó a correr, salvó la escarpa en dos trancos, agarró a Martiniano por las solapas y lo zamarreó con violencia.

—¿Quién ha hecho esto, cacho maricón? ¿Es ésta vuestra ayuda? ¡Me cago hasta en la madre que os parió a todos!

Martiniano reculaba, arranado, descompuesto:

—Y, ¿qué… qué… qué me dice a mí?

Jero, que había seguido al Fíbula por el fondo de la trinchera, lo sujetó por el brazo:

—¡Suelta! —dijo—. ¿Qué haces? Este pobre diablo no tiene culpa de nada.

Martiniano, al sentirse libre, se palmeó las rodilleras manchadas de tierra sin dejar de mirarles, suspicaz. Y, de pronto, inopinadamente, salió rompiendo cinchas hacia el arcabuco, como enloquecido, sin hacer caso de las llamadas insistentes de Jero, quien, al verle perderse en la sarda, se volvió hacia sus compañeros con una expresión de infinita tristeza:

—¡Que se vaya a paseo! —dijo, cansado de luchar—. Nosotros vamos abajo. Hay que hablar cuanto antes con el Alcalde. Esto no se ha terminado aún.

El automóvil, inducido por los nervios de Jero, botaba en las roderas y las piedras sin que nadie se lamentara. En el pueblo no se veía un alma. Los grupos, que apenas una hora antes transitaban por las calles, habían desaparecido. Jero enfiló el callejón de la esquina y se dirigió a las escuelas. Un turismo de la Guardia Civil, del que se apeaba en aquel momento un sargento, acababa de detenerse a la puerta. Desde algún lugar remoto se oía deletrear a los párvulos. En el pequeño despacho del fondo, húmedo y desconchado, tras una mesa de oficina llena de papeles, bajo una fotografía del Rey, se encontraba el Alcalde con dos hombres. Saltó como un muelle al verlos entrar y se fue hacia Jero, las manos en la cabeza:

—No me venga usted también con el cuento del tractor de don Lino. Si se lo han quemado, ¿qué quiere que le haga yo?

Jero lo observaba desdeñosamente, con la remota curiosidad que podría despertar en él la presencia de un insecto raro. Sus fibrosos hombros subían y bajaban con leves intervalos, en un tic irreprimible:

—¡A mí no me importa nada don Lino! —estalló de pronto—: ¡Me importan un carajo don Lino y su tractor!

Don Escolástico manoteaba nervioso. Ablandó la voz:

—¿Qué pasa, entonces?

—Que usted nos ha engañado, nada más. Que ha montado usted una comedia que puede costarle cara…

—¿Una comedia? —su rostro curtido resplandecía de inocencia.

—No se haga de nuevas. El pueblo ha removido el cortafuegos con una pala y no ha dejado piedra sobre piedra. ¿Era ésta la colaboración prometida? ¿Qué puede decirle usted ahora al señor Delegado?

—Una pala… el cortafuegos… Les juro a ustedes por Dios que yo no sé una palabra de todo esto.

Jero proseguía como si no le oyese:

—Lo siento, señor Alcalde. Mis hombres y yo nos largamos a Madrid. Esta misma tarde el señor Ministro tendrá conocimiento de lo ocurrido.

Don Escolástico había empalidecido y, al poner su mano floja, implorante, sobre el antebrazo de Jero, éste advirtió que temblaba. El escoramiento de sus hombros era más pronunciado que dos horas antes, en el concejo. Los tres muchachos se mantenían junto a Jero, graves, indecisos y, tras ellos, los cuatro guardias que habían entrado en silencio y bloqueaban ahora la puerta de acceso. Don Escolástico, al comprobar que Jero estaba dispuesto a marcharse, se agarró a las solapas de su cazadora, en un gesto histriónico, desesperado:

—Pero… pero usted no puede hacerme esto ahora. No puede dejarme así. Primero le pegan fuego al tractor de don Lino y ahora esto. Yo no puedo luchar contra todos. Tiene que hacerse cargo.

—Lo siento, señor Alcalde. Lo sucedido no tiene remedio.

Seguía agarrado a la cazadora de Jero con los dedos crispados y su cabeza se movía enérgicamente, contrastando con su exigua voz plañidera:

—Yo no puedo controlarlo todo, señor Jero, hágase cargo, pero exigiré responsabilidades. Le juro a usted que exigiré responsabilidades. Pero, por favor, deme tiempo. No se marche así. Si es preciso, el pueblo entero subirá con ustedes y volverá a poner las cosas en su sitio.

Jero sonrió sarcástico. La actitud suplicante del Alcalde le resarcía en cierto modo de las vejaciones soportadas:

—Las cosas en su sitio —repitió—. ¿Cree usted de veras que el Papo y sus amigos son capaces de reconstruir un habitáculo de hace veinte siglos? —se desasió de un tirón violento—: ¡Menos bromas, señor Alcalde! Ignoro si usted estará o no complicado en este asunto, pero pronto lo sabremos. De momento, mi deber es denunciarlo y esta misma tarde voy a hacerlo.

Dio media vuelta, pero el Alcalde le perseguía, le acosaba y, finalmente, se interpuso entre él y los guardias:

—¿Denunciarlo? —inquirió estremecido—. ¿Sabe usted lo que eso significa? ¿Qué será de nosotros? ¿Qué será de la indemnización?

Fue ahora Jero quien le asió de las solapas:

—¿La indemnización? ¿Cree usted en serio que este pueblo merece una indemnización?

—¡Por Dios Padre se lo pido!

Jero, sin soltarlo, agachó la cabeza hasta poner la boca a la altura de su peluda oreja y gritó como si fuese sordo:

—¡Óigame! Este asunto irá a los tribunales y ellos decidirán. Entre tanto, vaya comunicando al Papo y sus secuaces que por menos de esto hay mucha gente en la cárcel…

Don Escolástico se había quedado tieso, mudo, plantado. Jero lo soltó y se volvió a sus ayudantes:

—¡Vámonos!

Los cuatro guardias les abrieron paso y el último de ellos, el más maduro, se aproximó respetuoso a Jero y le dijo en tono conciliador:

—Hágase cargo, señor. Es la fiebre del oro.

Jero sacudió los hombros y no respondió. Hasta alcanzar la puerta frunció los hombros maquinalmente dos o tres veces. Estaba fuera de sí. Una vez dentro del coche, Cristino, tímidamente, trató de aliviar la tensión:

—Esto, como todo, es un problema de escuelas —dijo sin fe, vanamente.

Nadie le contestó. El automóvil se bamboleaba por la calleja y, al acceder a la carretera, Jero metió la tercera velocidad. Clavaba los ojos en el parabrisas, pero se diría que no veía dónde miraba. Chupeteó un caramelo que instintivamente había sacado del bolsillo. Al abocar al estrechamiento del puentecillo no advirtió el coche negro que venía de frente hasta que lo tuvo encima:

—¡Cuidado, tú, tiene preferencia! —chilló Ángel dando un salto en el asiento trasero.

Jero frenó bruscamente. El coche negro pasó lamiéndoles la aleta y el Fíbula, que lo seguía con los ojos, exclamó:

—¡Pero si es el Subdirector General!

Jero miró por el espejo retrovisor:

—¿Paco? ¡No jodas!

Doscientos metros más allá, el coche negro se detuvo. Jero abrió la portezuela, se apeó del suyo de un brinco y corrió hacia él. El Subdirector General, embutido en su gabán, avanzaba, a su vez, pesadamente, sonriendo, por el centro de la carretera hasta que ambos se encontraron a la mitad del camino. Antes de llegar a él, Jero ya iba dando rienda suelta, a voces, a los motivos de su pesadumbre:

—¡Nos han jodido, Paco! Esos hijos de perra han destrozado el yacimiento, lo han arrasado. Nunca en la vida vi una cabronada semejante. Metieron una pala en el cortafuegos y no han dejado piedra sobre piedra. Y teníamos la estructura en la mano, Paco. ¡Una vivienda con cerámicas celtibéricas! Pero había que confirmarlo, coño… Unas horas, Paco; sólo un par de horas y hubiéramos concluido… Pero los cabrones lo arrasaron…

Metieron una pala, date cuenta… Todo se fue a la mierda… A freír puñetas, Paco, imagínate…

Los pequeños ojos del Subdirector General sonreían beatíficamente a pesar de todo, al fondo de los gruesos cristales de sus gafas, y su rolliza mano descansaba paternalmente sobre el hombro de Jero:

—Calma, oye, tampoco te lo tomes así. Todo se arreglará. En nuestra profesión, hay que saber perder. Además, lo que te quitan de un lado te lo dan por otro, oye. Las joyas, por ejemplo, han dicho más de lo que esperábamos. Ya hablaremos despacio. De momento, cambia de coche porque te traigo una sorpresa. ¡Mira!

Levantó el brazo, volvió la cabeza hacia el coche negro y, en ese instante, se abrió la puerta trasera y apareció una muchacha muy joven, alta, morena, extremadamente delgada, las largas piernas enfundadas en unos leotardos amarillos, que corrió hacia él agitando alegremente una mano. Dijo Jero, estupefacto:

—Pero ¿qué haces tú aquí?

La muchacha, sofocada, no respondió. Se echó en sus brazos y Jero notó el grato cosquilleo de sus cabellos en la mejilla. La estrechó dulcemente, mientras sus ojos azules brillaban de nuevo como si fuese a llorar:

—Gaga, Gaguita —murmuró tiernamente a su oído—: ¿Eres tú? ¡Oh, cuánto te necesito!

Madera de héroe

1987

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Siempre he sido consciente de que lo autobiográfico, en una novela, es un terreno peligroso. No puede el escritor hacer tabla rasa de sus recuerdos y vivencias a la hora de novelar, pero éstas deben estar tamizadas por la templanza y la mayor objetividad posible, y ésta se consigue, a mi modo de ver, con la perspectiva del tiempo.

Por eso tardé diecisiete años en escribir Señora de rojo sobre fondo gris *tras la muerte de mi mujer, y transcurrieron cuarenta y ocho desde el final de la guerra civil española hasta que decidí publicar* Madera de héroe. *Me ocupó tres años su redacción y fue mi novela más elaborada y compleja hasta ese momento, sobre todo por su larga galería de personajes. Si siempre la creación y credibilidad de los mismos ha sido para mí tarea primordial en cualquiera de mis libros, en éste me preocupó sobremanera trazar unos personajes sin tintes maniqueos, perteneciesen al bando beligerante que perteneciesen. ¿Quiénes fueron los buenos y quiénes los malos en la guerra del 36? ¿Quiénes lo son en mi novela? Todo depende del color del cristal con que se miren las conciencias y los comportamientos, y el cristal del novelista debe ser neutro y al mismo tiempo equitativo y misericordioso. Y vuelvo a repetir lo que ya dije cuando se publicó el libro: no es* Madera de héroe *una novela sobre la guerra civil, sino de seres humanos, de una u otra ideología, que la sufrieron y fueron todos, sin excepción, sus víctimas. Por ejemplo, aquellos muchachos —mis amigos y yo— que jugábamos a las cartas en una buhardilla de la calle Colmenares de Valladolid, y que un día, ilusionados y sin duda confundidos, decidieron alistarse voluntarios en la Armada.*

M. D.

Enero de 2009

A la memoria de mi amigo de infancia y adolescencia
Luis María Ferrández, cuya tumba está en el mar.

Recuerdo para los muertos;
escarmiento para los vivos…

(De la lápida conmemorativa del campo de concentración de Dachau).

Libro primero

I

La primera vez que el niño Gervasio García de la Lastra experimentó aquellos extraños fenómenos, que los miembros más píos de la familia atribuyeron a causas sobrenaturales y el resto, más escépticos, a puros fenómenos físicos operando sobre una delicada sensibilidad, fue, según consta en los dietarios del coronel de Caballería, ya fallecido, don Felipe Neri Luna (1881-1953), en la velada familiar del sábado 11 de febrero de 1927, aunque, conforme se desprende de esos mismos cuadernos, tres días antes ya se produjeron ciertos indicios, una vez que el pequeño irrumpió como un huracán en el gabinete de su abuelo materno, don León de la Lastra, mientras éste merendaba su habitual chocolate con picatostes, y le preguntó a bocajarro:

—Papá León, ¿puedo ser héroe sin morirme?

(Los nietos le llamaban papá León, del mismo modo que Crucita, la primogénita, había llamado siempre mamá Obdulia a su esposa, mujer robliza y de actitudes mayestáticas que, por inexplicable paradoja, perdía la ecuanimidad ante vocablos sonoros que de alguna manera pudieran evocar la muerte y las postrimerías. En el diccionario existían palabras rotundas, como *catafalco*, *sepultura* y *miserere*, que no podían pronunciarse en su presencia. Referencias fidedignas atestiguan, sin embargo, que no puso objeción a la voz *abuela* hasta que su hija Zita, casada, bien a su pesar, con el doctor en Medicina Telmo García, alumbró una hermosa niña de cuatro kilos de peso, y la elevó a tan noble condición. A partir de ese acontecimiento, doña Obdulia reparó en algo que, no por obvio, había tenido en cuenta hasta entonces, esto es, que la abuela, como cabeza del clan familiar, y dentro de una lógica sucesión de generaciones, era, con el abuelo, la candidata más firme al deceso y, en consecuencia, la más próxima al catafalco, el miserere y la sepultura, conceptos abolidos en palacio. Ante tan enojosa evidencia, el término *abuela* fue incorporado al repertorio de voces prohibidas, y considerando que esta palabra no era, en rigor, más que una redundancia (madre de madre o madre de padre), la cuestión fue resuelta salomónicamente matizando el nombre de pila con el rango de la maternidad. La expresión *mamá Obdulia* venía a ser, así, no un sucedáneo caprichoso, sino una fórmula valedera (mamá de mamá) para designar su preeminencia familiar. Y como quiera que su esposo legalmente reconocido, don León de la Lastra, compartía con ella bienes, títulos y dignidades, dejó, asimismo, de ser el *abuelo* para pasar a ser *papá León*, eufemismo que su hijo Vidal, único varón de su prole, calificó como

«la típica patochada de mamá», en tanto sus hijas Zita y Cruz, rendidas admiradoras del ingenio materno, lo aceptaron a cierra ojos).

Papá León se acarició la rala barbita amarillenta, miró a su nieto a través de los ovalados cristales de sus lentes, enarcando las débiles cejas (que se repetían en profundas arrugas a ambos lados de la frente), y respondió con candorosa solicitud:

—Ji, ji, ji. Claro que puedes ser héroe sin morirte, aunque es más fácil serlo con cuatro tiros en la barriga.

La cuitada sonrisa del pequeño ya demostraba sus preferencias por el heroísmo de supervivencia, pero todavía quiso garantizar más su integridad:

—¿Y sin quedar cojo, ni nada?

—Sin quedar cojo, faltaría más —tornó a reír papá León con su espontánea risa de colegial al tiempo que trataba de inmiscuirse en el proceso especulativo de su nieto—: pero ¿puede saberse qué mosca te ha picado hoy?

El niño quedó unos instantes pensativo y, sin responder, se arremangó torpemente la manguita de su jersey y señaló con el brazo desnudo la gran bocina verde del fonógrafo que reposaba sobre el bargueño del rincón:

—Si pones música de tu guerra —dijo en tono confidencial— te voy a decir un secreto.

Papá León había acogido, en su día, el nacimiento de su nieto con ese júbilo desproporcionado de quienes únicamente consideran a los varones dignos propagadores de la estirpe. A las niñas, Crucita y Flora, apenas les prestó atención, pero en el bebé mofletudo que llegó en tercer lugar y cuyos berridos denotaban dotes de mando y viriles exigencias, vio no sólo un altivo heredero, sino un soldado digno de recibir el testigo. Acuciado por la mirada inocente del bebé, papá León reconstruía a menudo los gloriosos días del asedio de Bilbao, la calculada estrategia del general De la Concha y el valor temerario de don Cástor Arrázola, a quien durante más de un año sirviera de ayudante de campo. Aquel niño venía a encarnar cuanto de valioso y audaz atesoraba su pasado —su oposición a don Amadeo y a la República, su probada fidelidad a la legitimidad de don Carlos— y papá León se miraba en él, velaba sus sueños, vigilaba sus comidas, curioseaba sus atributos y, tan pronto empezó a valerse por sí mismo, solía conducirlo a su gabinete, lo sentaba en la descalzadora y le hacía escuchar durante horas marchas militares en el viejo fonógrafo. Más tarde, cuando Gervasio creció, se complacía en relatarle episodios bélicos, tan a lo vivo que el niño, desde los cuatro años, empezó a considerar pasatiempos melifluos los cuentos de hadas que le narraba tía Cruz durante las largas convalecencias de la gripe:

—¿No te gusta el cuento?

—No, tía.

—¿Por qué no te gusta el cuento?

—Es de niñas.

—¿Quién te ha dicho a ti que es de niñas?

—Yo, tía.

La tez blanca, harinosa, de augusto de circo, de tía Cruz se encendía levemente, recogía la calceta y se iba al cuarto de costura, a desahogarse con su hermana:

—Zita, no me extrañaría nada que papá León estuviese metiendo en cantares al pequeño. Lo encuentro raro.

Luego, cuando Gervasio refería el incidente a papá León, éste se atragantaba de tanto reír, le propinaba un golpecito con la yema del dedo índice en lo alto del pecho, en el esternón, y le decía con un guiño cómplice:

—Tú eres un soldado, ¿eh, perillán?

El aplomo del niño le había impresionado ahora, hasta el extremo de que sus manos esqueléticas, surcadas de azules venitas relevantes, no acertaban a acoplar la trompa al carro del fonógrafo, ni a darle cuerda. Cuando al fin lo consiguió y sonaron despintados los primeros compases, Gervasio, acodado en la mesa camilla, quedó inmóvil, la fina cabeza ladeada, fijos los ojos pajizos, la oreja alerta (como el *Don*, el viejo braco del que papá León se acompañaba para cazar la sorda en los robledales vascos con sus conmilitones Trifón de la Huerta y Mikel Lekuona a finales de siglo), y, conforme el chinchín de la marcha se fue afirmando, adquiriendo ritmo y vivacidad, el niño fue adelantando su bracito desnudo hasta colocarlo bajo las barbas entecas del abuelo:

—Mira —dijo con voz húmeda.

Don León de la Lastra aproximó sus lentes de présbita al antebrazo del pequeño y observó estupefacto cómo los minúsculos pelitos rubios que lo recubrían iban erizándose uno a uno, como tropilla que se yergue al toque de llamada, y la piel se escarapelaba, como alón de pollo:

—Pero… pero ¡se te ha puesto carne de gallina!

Su agudo tono de voz se tornaba casi grave al registrar el fenómeno, pero el niño seguía imperturbable, el bracito desnudo sobre la mesa, hasta que papá León, desconcertado, se puso en pie y desconectó el fonógrafo. Gervasio pareció salir entonces de su ensimismamiento, miró sorprendido a su abuelo, se bajó la manguita del jersey y, como un dócil paciente tras la meticulosa exploración del doctor, se quedó con los brazos cruzados esperando el

diagnóstico. Pero papá León, desencajado ante la inesperada revelación, sólo acertó a decir:

—¿Cuánto… cuánto tiempo hace que te ocurre esto? —sus anteojos, de montura de hilo de plata, resbalaron hasta la punta de la nariz.

El niño levantó los hombros avergonzado, como si le atribuyese una acción reprobable:

—Desde Navidades —dijo.

—Y, dime, hijo —prosiguió el abuelo—, aparte la piel de gallina, ¿qué notas? —cruzó una pierna sobre otra (el muslo se traslucía a través de la franela del pantalón, delgado, tieso y duro como una maroma) y aproximó el rostro al de su nieto:

—Como frío por la espalda; como si la espalda se me hiciese de gaseosa.

—¿De gaseosa? —sonrió—. Es curioso. ¿Y únicamente te sucede esto cuando oyes música?

—Sí, abuelo —trasgredió la norma—. Pero tiene que ser música de tu fonógrafo.

De esta manera empezó a desvelarse la singularidad del pequeño Gervasio García de la Lastra. El sábado siguiente, 11 de febrero, en la bulliciosa velada familiar, ante los pesados muebles y los oscuros cuadros del salón (presididos por una copia de la *Resurrección*, del Giotto, que coronaba la chimenea, cuyo centinela dormido, al decir del tío Vidal, era un vivo retrato de mamá Zita), papá León, después de una serie de rodeos y circunloquios, comunicó a sus hijos e hijos políticos su descubrimiento: Gervasio, su nieto, parecía llamado a muy altos destinos; tal vez a ser un héroe. La música militar le conmovía hasta tal punto que operaba en él una auténtica metamorfosis.

Como solía acontecer en las semanales reuniones familiares, las reacciones fueron encontradas y violentas. Tía Cruz se emocionó, siquiera la palidez de yeso de su cutis apenas dejara traslucir sus sentimientos. Su marido, don Felipe Neri Luna, comandante de Caballería (que desde hacía unos minutos luchaba con la náusea que bullía en el lado derecho de su estómago y se manifestaba en las muecas viscosas de sus labios descoloridos), comentó, con voz insegura, que algo indefinible en los ojos del pequeño le había llevado a pensar en ocasiones que no era un niño como los demás, comentario que espoleó al tío Vidal (celoso de la propia progenie, sentado en el diván recamado junto a tía Macrina, su esposa, frente a la copia de la *Resurrección* del Giotto) y le llevó a vocear que papá León, «con sus dichosas historias de guerra y sus músicas celestiales, era el responsable de los trastornos del niño», lo que aparte un grave delito, era un abuso de

autoridad. Tía Macrina, su esposa (que tenía muy juntos los hermosos ojos garzos y una nariz incorrectamente respingona), se solidarizó con su marido y agregó, con lúcida pertinencia, que le dijeran de un niño, uno solo —recalcó— que a los siete años no hubiese aspirado a ser héroe o bombero. Su apostilla hirió en lo más hondo a mamá Zita, la más directamente afectada y a quien las palabras de papá León habían sonado a elogio (algo así como si hubiese vaticinado para su nieto Gervasio el capelo cardenalicio), lo que la indujo a recabar el «orgullo de ser madre de ese niño que escapaba de la norma» y a encarecer comprensión de quienes no habían tenido «la misma suerte», alusión que tío Vidal cogió al vuelo y le obligó a levantarse e ir hacia ella fuera de sí, murmurando entre dientes su vocablo preferido para motejar a sus hermanas: «Majadera, majadera, majadera». Acto seguido, con ese refinado menosprecio que los hijos varones únicos suelen sentir hacia sus hermanas, le voceó que no creyera que el heroísmo era una profesión, sino un don que un buen día bajaba del cielo para adornar tal vez al ser más insignificante del mundo, a lo que papá León, ufano de la polvareda que había armado, argumentó que eso no impedía que Dios manifestase sus preferencias mediante un signo visible, y que cuando él afirmaba que su nieto Gervasio parecía «llamado a muy altos destinos», no lo hacía sin fundamento, sino basándose en «una serie de indicios» que había observado en él. La calva rosada y brillante de tío Vidal empezó a girar entre las sombras oscuras de los muebles como un satélite, denegando con impaciencia, y tío Felipe Neri, que momentáneamente había conseguido acallar la náusea, se dirigió a papá León, preguntándole si es que «aparte de los deseos manifiestos del chiquillo» se había producido alguna señal que los corroborase, a lo que papá León, con su mirada ladina, sus ralas barbitas amarillas, asintió por dos veces, para sentenciar, al cabo, con su vocecita atiplada, «¡Pues naturalmente que se han producido!», exclamación que tío Vidal acogió con gesto socarrón y una risa hueca, huérfana y destemplada, tratando de destruir el clima mirífico que se iba creando en la reunión, y que se acentuó una vez que papá León arrastró sobre la alfombra de nudos el velador de caoba (en el que previamente había colocado el fonógrafo) hasta el centro de la sala, y rogó a su hija en un aparte, como si todo hubiera sido ensayado:

—Cruz, ¿te importa traer al pequeño?

Y tan pronto como tía Cruz compareció por la puerta del falsete con el niño de la mano y papá León le dijo, «No te asustes, hijo, vamos a hacer una prueba», y le remangó el jersey hasta los codos, colocándole ante el velador con los desnudos bracitos en alto, se abrió en el salón un silencio expectante.

Ante los atónitos ojos de la concurrencia, papá León pulsó el resorte, el rodillo giró y los compases marciales y románticos de *Boinas rojas* (un tanto rasposos, un tanto agrios, un tanto distantes, debido a la antigüedad del cilindro) se difundieron por la sala. Y, conforme el tono de la pieza se enardecía, los rubios pelitos acostados de los antebrazos de Gervasio empezaron a enderezarse, al tiempo que su piel, asedada y suave, se erizaba como la superficie de un líquido que entrara en ebullición. Los pasmados ojos de los asistentes, pendientes de los brazos del niño, no repararon en los pelos del colodrillo, que igualmente se iban levantando, ni en el flequillo, encrespado como si Gervasio caminara contra viento, ni en el despeluzamiento progresivo de las templas y la morra que, al ahuecar su cabeza, convertían al pequeño en un monstruito de barraca de feria. Papá León, que había buscado la sorpresa ajena, no salía de la suya, enarcaba estupefacto la ceja derecha (triplicada por las arrugas de la frente) y, al observar la inesperada propagación del fenómeno, voceó con excitación senil:

—¡Ojo, la cabeza, daos cuenta! ¡La cabeza también!

En un arranque histérico, entre emocionado y aprensivo, tía Cruz tomó una mano del pequeño entre las suyas, como para protegerlo de algún mal, y chilló: «¡Está helada!, —mientras mamá Zita, asustada, se cubrió los ojos con las manos y murmuró en un tono indescifrable—: Hijo mío, hijo mío», pero el niño, pagado de su protagonismo, permanecía quieto, entrecerrados los ojos, los espeluzados bracitos levantados, prietos los labios, los cabellos desbocados apuntando al techo. En ese instante se apagó la luz, tía Macrina gritó, «¡Basta ya; esto es cosa del diablo!», tío Vidal gruñó, papá León se interpuso entre sus hijos y el fonógrafo, tío Felipe Neri hizo unos ruiditos extraños como si chupetease algo, con lo que la reunión, apenas iluminada por las rojas brasas de la chimenea, adquirió una apariencia fantasmagórica. La pulida calva de tío Vidal giraba en la penumbra, y su voz de yunque sobrecogió a los presentes:

—¿Es que pretendéis que el Vaticano nos excomulgue a todos? ¡Esto es peor que una misa negra!

Mamá Zita gritó angustiada: «¡El niño, el niño!» y, en ese momento, volvió la luz. Gervasio continuaba inmóvil, los bracitos en alto, los ojos entreabiertos, los cabellos encrespados, pero, a medida que se agotaba la cuerda del fonógrafo y la marcha languidecía, los antebrazos iban recobrando su habitual tersura, el vello rubio se doblegaba, la enorme cabeza aleonada se reducía a ojos vistas como un globo que se desinfla. Repicado aún, advertía en derredor un revuelo de expectación, pero tan pronto papá León desconectó

el aparato, bajó los brazos, volvió la cabeza y envió a mamá Zita una sonrisa que ella agradeció estrujándole medrosa contra su pecho, como si el pequeño, en el experimento, hubiera enajenado algo de su terrenidad.

A Gervasio le envanecía sentirse centro de la atención general, promotor de la airada y gesticulante controversia que tenía lugar ante sus ojos, pero como si intuyese que el proceso no se desarrollaría totalmente en su presencia, simuló un sueño invencible, problema que mamá Zita resolvió acostándolo en un sillón de la biblioteca, donde apenas alcanzaba la luz de la sala. De vuelta, mamá Zita se topó en la puerta con tía Cruz y ambas se abrazaron en silencio, emocionadas, y aquélla musitó entre lágrimas: «Se diría un presagio del cielo», pero tío Vidal, que andaba al quite, volvió a gritar «¡Majaderías, majaderías, puros fenómenos físicos!», y tía Cruz, en los brazos de su hermana, le indicaba por señas la proximidad del niño, para que bajase la voz y no lo despertase. Pero Gervasio, arrodillado en el butacón, observaba la escena por encima del respaldo, veía los cómicos visajes de papá León, culeando, tratando de proteger el fonógrafo del alboroto, y a tío Felipe Neri acercarse a tía Cruz, besarla en la frente y murmurar: «Portentoso, portentoso», apretando los párpados, como si convocase a una lágrima remisa, en tanto tía Macrina, proclive como buena madrileña a ver provincianismo en los modales y manifestaciones de sus cuñadas, que casi le doblaban la edad, las llamaba crédulas y papanatas, lo que dio ocasión a su marido para vocear de nuevo, «Majaderías, majaderías, puros fenómenos eléctricos. El cuerpo humano es como una pila de Volta». Y, conforme discutían, el grupo, convertido en una olla de grillos, se iba desplazando hacia las puertas correderas, pero, antes de que nadie las abriera, mamá Zita se interpuso y, limpiándose una lágrima furtiva con un pañuelo de encaje, levantó sus mansos ojos bovinos y encareció:

—A Telmo ni una palabra, os lo suplico. Sería horrible que esto llegara a sus oídos.

Tío Vidal, a quien indignaba que las mujeres se dieran importancia, sonrió con desprecio y objetó que nada tan grotesco como atribuir influencias sobrenaturales a miembros de nuestra propia familia por hechos nimios, fácilmente explicables, y que recordaran sin más el bochorno del abogado Emigdio de Lucas, cuando editó un impreso canonizando, o poco menos, a un hijo suyo muerto meses atrás, pero tía Cruz, a quien los desplantes de su hermano acobardaban desde niña, le daba golpecitos complacientes en el antebrazo, llamándole herejote, tratando de aclararle que lo de Emigdio de Lucas era cosa distinta, que aquí nadie pretendía beatificar a Gervasio, mas el

acaloramiento de tío Vidal, lejos de remitir, aumentaba, y, rehusando altivamente la controversia con una mujer, gesto muy suyo, se encaró con papá León y lo acusó de haber convertido la casa en un manicomio, con su fonógrafo y su guerra, imputación que el abuelo escuchaba achicado, mirándolo a través de los cristales de los lentes, con sus pupilas fijas, como dos lentejas, las cejas multiplicadas en arrugas sobre la frente, mudo, sin osar darle réplica, como un párvulo, hasta que, una vez que mamá Zita abrió las puertas correderas, se escabulló pasillo adelante y no se detuvo hasta tropezar con la Amalia, la doncella, que tocada de cofia sostenía muy erguida la puerta de la calle, como cada vez que oía la doble timbrada de advertencia de mamá Zita. Y tras los tíos Macrina y Vidal, que comentaban excitados las incidencias de la noche, bajaron tía Cruz y tío Felipe Neri, sobrecogidos, en reverencioso silencio, como si acompañaran al Santo Viático, en tanto papá León observaba a todos por encima del hombro de la Amalia con mal reprimido enojo, como un niño que, harto de jugar toda la tarde con un amigo posesivo, viera su marcha con alivio para poder seguir jugando él solo con sus juguetes.

Dos días más tarde, al regresar Flora y Gervasio del colegio, papá León les chistó desde la puerta de su gabinete y, después de asegurarse de que en el oscuro pasillo no había nadie, se encerró con ellos, recomendándoles silencio. Descubridor de la peculiaridad de su nieto, se proponía fijar sus límites, pero consciente de la hiperestesia familiar, había resuelto actuar con discreción y evitar que el niño fuera presa de engañosos estados emocionales. Así, en principio, se interesó por los estímulos, esto es, si Gervasio, sensible a la música militar, reaccionaba tan vivamente ante incentivos de otra índole. El niño representaba su papel de protagonista adoptando una fatigada actitud de disponibilidad (análoga a la que mostraba ante don Justino, el médico de familia, cuando éste tamborileaba sobre su vientre con sus dedos cortos y expeditivos para medir el alcance de una indigestión), reservando su aire jactancioso para su hermana Florita, que, en su relación con él (por edad, vivacidad e imaginación), había llevado siempre la voz cantante. Ahora, en cambio, cada vez que papá León, en sus pesquisas, les relataba historias de santos, el niño miraba a su hermana por encima del hombro como diciéndole: «Si yo quisiera, podría ser como ése», mientras el abuelo escudriñaba la morra y las templas del pequeño, por ver si se producía alguna alteración. Pero la prueba literaria fue un fracaso; ni la hagiografía, ni las epopeyas, ni las leyendas despertaron en el niño la menor emoción. Tan sólo si papá León las acompañaba de un tenue fondo musical Gervasio se conmovía y hasta

podía llegar a producirse un conato de ostento. Esto le llevó a orientar la investigación por otro lado. Apeló a los grandes maestros (Beethoven, Mozart, Haydn, Bach, Chopin, Schubert), pero Gervasio escuchaba las piezas, rollo tras rollo, impasible, salvo una tarde, en que, ante el «Coro de los esclavos» del *Nabucco* de Verdi, los pelos del colodrillo se inquietaron y por dos veces le abanicaron el cogote, en trance de erizarse. Paciente, objetivo, meticuloso, científico, responsable, papá León intensificó su exploración, tanteó esto y aquello (orfeones, masas corales, música sinfónica, óperas), pero los resultados fueron nulos, de lo que dedujo que la epidermis del niño sólo se alteraba con música militar y, si acaso, débilmente, por pura simpatía, con coros masculinos muy vigorosos que, por su virilidad, pudieran sugerir la marcialidad. Después de cada sesión, como despedida, el abuelo emplazaba en el fonógrafo un cilindro de viejas marchas simplemente para recrearse en el despliegue capilar del nieto y examinar de cerca los disparados cabellos sobre los que colocaba la palma de la mano temblona y comentaba para sí: «Son fuertes y punzantes como alfileres». Mas aquellas sesiones interminables aburrían a Florita, que, persuadida de que el fenómeno era deliberadamente provocado por su hermano, aunque desconociera la técnica a emplear, apenas prestaba atención.

Los jueves, papá León recibía a sus conmilitones Lucio Viana y Trifón de la Huerta y jugaban al tresillo durante largas horas en el gabinete, por lo que los experimentos con Gervasio habían de anticiparse, pero un día en que el abuelo se demoró, don Trifón sorprendió al niño en pleno trance y papá León, incapaz de ocultar por más tiempo el secreto a su amigo de juventud, apuntó tímidamente:

—Ahí tienes a mi nieto de muestra, Trifón. ¿Qué te parece?

Y don Trifón de la Huerta, hombre bien barbado a lo largo y a lo ancho («barbas marxistas», decía tío Vidal), que había cazado sordas con Mikel Lekuona y el abuelo en los espesos bosques de Durango, se aproximó al niño, le inspeccionó de arriba abajo como a un animalillo raro, y sentenció con voz profunda:

—Es cierto que recuerda al *Don* cuando hacía la parada. También a él se le erizaban los pelos del espinazo, ¿recuerdas?

Mamá Zita, que a partir del primer repeluzno atendía al niño con medroso distanciamiento, como a algo santo o diabólico, no osaba acariciarle la cabeza, y si, por azar, se la rozaba al bañarle por las mañanas en la bañera de zinc, sentía una especie de descarga, lo que acrecentó su respeto y la indujo a interponer una esponja entre su mano y la pelambrera del pequeño. Y con

objeto de que su hijo no atribuyese a desapego lo que, en el fondo, era homenaje, le formulaba durante el aseo preguntas triviales, sin forzar la respuesta, como diciendo: «Si no quieres no me contestes; lo que me interesa que sepas es que estoy a tu lado». Y cuando le veía corretear por el pasillo o regañar por naderías con su hermana Flora, se decía conmovida: «Viéndole así, parece un niño corriente». Pero cada vez que evocaba el ostento del 11 de febrero, la eclosión de su cabello, los pelos como cohetes, escuchando *Boinas rojas*, se estremecía y las lágrimas afloraban dulcemente a sus ojos. Mamá Zita, mujer de ideas religiosas primarias, identificaba heroísmo y santidad, propendía a ver en su hijo antes al devoto que al valiente, punto de vista que su hermana Cruz extremaba y, en sus flébiles ensueños, conducía a dramáticas situaciones plásticas: Gervasito decapitado, la cabeza erizada dentro de un balde, y, alrededor, un coro de infieles (ella casi podría asegurar que eran negros) danzando ante el hechicero a los acordes del tam-tam. La representación de la escena era tan vívida y la relataba con tal lujo de pormenores, que ambas hermanas se miraban y rompían a llorar desconsoladas, cogidas de las manos, los ojos en los ojos, interrogándose por lo único que quedaba por dilucidar: «dónde, cuándo, cómo». Y tía Cruz, elevándose después a las más altas cimas místicas, divagaba en torno al amor de Dios y sus inescrutables designios, para terminar preguntando a mamá Zita por papá Telmo, si sabía algo sobre el particular, a lo que mamá Zita, alarmada, replicaba que eso lo último, que antes la muerte, que encontraba a Telmo especialmente distante esta temporada, porque era incuestionable que la medicina naturista, sobre desmerecer en el aspecto social, inducía al hombre al materialismo.

Una tarde, hallándose ambas hermanas de charla en torno al costurero, irrumpió papá León desaliñado, las zapatillas en chancleta, mostrando el pijama por el escote del batín y, por los bajos, dos pantorras depiladas, delgadas y blancas como dos palos. Los lentes sobre la punta de la nariz, en sus ojillos brillaba aquella chispa pueril de conjurado que ambas hermanas conocían de atrás. Cerró la puerta con cuidado, se llevó un dedo a los labios y, aproximándose a ellas de puntillas, se sentó en el borde del canapé y empezó a hablar ingenuamente de sus experiencias con Gervasio, precisando que al niño no le seducía el martirio sino el heroísmo castrense y, sin reparar en las miradas reprobatorias, casi indignadas, de mamá Zita, puntualizó que, tras un mes de investigaciones, podía concluir que la sensibilidad del pequeño únicamente vibraba con las marchas militares y que si, por excepción, reaccionaba ante otros estímulos, se trataba con seguridad de coros

masculinos muy vitales que, de alguna manera, evocaban el desfile de los soldados.

Mamá Zita, sin poderse contener, se había puesto en pie, rígida, descompuesta, y lo miraba como diciendo, «Conque experiencias tenemos, ¿eh?», «Conque marchas militares, ¿eh?», «Conque otros estímulos, ¿eh?», de tal manera que, cuando avanzó resuelta hacia el canapé, papá León se incorporó, encogido, como un can apaleado, y cerró los ojos ante la avalancha que se le venía encima. Mamá Zita le voceó, entonces, que se habían acabado los experimentos, que Gervasio era un niño, no un cobaya, y que si continuaba con ellos agarraría «el trasto ese» (mamá Zita se refería al fonógrafo) y lo tiraría al cubo de la basura. Papá León, que poco a poco había abierto los ojos, protegía los lentes con el antebrazo, reculaba en actitud defensiva y sus labios rojos, entre las ralas barbitas, mascullaban justificaciones, pero mamá Zita le asediaba, y, sin concederle tregua, le advirtió, «por última vez», que dejase en paz a Gervasio, que se mantuviese al margen del asunto, ya que si un día el Señor tenía a bien manifestar sus preferencias por él, ahí lo tenía, sin necesidad de su mediación. Ante tamaño acoso, papá León dio media vuelta y escapó como un perrillo amedrentado por la puerta que mamá Zita sostenía, arrastrando los pies, mientras su hija volvía a cerrar aquélla y se sentaba frente a su hermana, el costurero por medio, la sotabarba fruncida como el ángel dormido de la *Resurrección* del Giotto:

—Discúlpame, Cruz —dijo con voz temblorosa—. Tal vez me haya excedido con papá, pero estoy muy nerviosa esta temporada. No puedo soportar que maneje al niño como a una rata de laboratorio. Eso, por de pronto, se ha terminado.

II

Un oblicuo rayo de sol atravesaba los cristales del mirador y proyectaba sobre el papel rameado de las paredes las inquietas cabezas de los niños. En los cristales bajos, protegidos por barritas doradas, revoloteaba un moscardón azul que saltaba de uno a otro tan rápido como si rebotase:

—Los hombres sólo vienen de noche; a estas horas no viene nadie —dijo la niña defraudada.

Los cuarterones estaban entornados y, a la luz del rayo polvoriento que se adentraba en el salón, los muebles macizos, de madera noble, y las cornucopias y cuadros de marcos dorados parecían adormecidos en una prolongada siesta. En chaflán, frente al mirador (en la encrucijada de dos calles angostas), se alzaba el Friné, un café cantante que, en invierno, salvo sábados y domingos, únicamente abría de noche, y a los dos pequeños les fascinaban aquellas puertas abigarradas como de barraca de feria, flanqueadas por dos faroles rojos que, al oscurecer, derramaban sobre la lóbrega tenebrosidad de la calleja un rojizo resplandor fantasmal. Mamá Zita les tenía prohibido asomarse al mirador, pero ellos lo hacían, a escondidas, zafándose de su vigilancia y del ojo alerta de la señora Zoa, porque aquellos hombres que llegaban al Friné les cautivaban; lo hacían subrepticiamente, como ladrones, procurando asegurarse de que nadie los veía, los cuellos de los gabanes levantados, vencidas las alas de los sombreros, impacientes a la llegada, furtivos y recelosos a la salida, como si tuvieran algo de que esconderse. Los domingos azules de primavera, a mediodía, sin hombres merodeando por los alrededores, las mujeres del Friné, muy maquilladas, con los cabellos sueltos (muchas de ellas teñidas de rubio) y batas chillonas, se asomaban a los balcones, encima del café, y parloteaban incansables unas con otras, se reían y alborotaban como pájaros, fumando cigarrillos en largas boquillas de hueso con anillos de oro. A los pequeños les atraía este espectáculo pero si, casualmente, mamá Zita o la señora Zoa los descubrían, armaban una trifulca y los sacaban del mirador a empellones, regañándoles, y no paraban hasta verlos encerrados en el cuarto de jugar. Cada vez que esto ocurría, Gervasio y Florita, desesperados y sin recursos, solían sentarse ante el balcón que daba a la calle de las Brígidas y, recogiendo los visillos, jugaban durante horas a los entierros.

Una mañana, papá Telmo sorprendió a mamá Zita reprendiendo a los niños, y, desde el umbral del aseo, con la cara enjabonada y los pies descalzos, como era su costumbre, indagó jovialmente qué ocurría, pero

mamá Zita bajó tanto la voz que Gervasio sólo pudo captar dos palabras («malas mujeres»), y entonces, papá Telmo rompió a reír, con aquella su risotada gorda, entre ácida y socarrona, e indagó si no sería más didáctico enseñarles que esconderlos, a lo que mamá Zita replicó tan aprisa y malhumorada que ninguno de los dos niños pudo entender su respuesta.

No obstante, el sábado siguiente, Florita preguntó a tía Cruz qué era aquella casa con la puerta de colorines que se abría frente al mirador, y la tía, sin alterarse dijo: «Ah, un colegio. —Y Florita—: ¿Un colegio de niñas tan mayores?», pero el tío Felipe Neri, que ya andaba carraspeando y torciendo la boca a causa de los ácidos del estómago, salió al quite y, después de doblar cuidadosamente el gabán sobre la barra dorada del perchero, se volvió hacia los niños y preguntó:

—¿Dónde anda Crucita?

—Tomando el té con mamá.

—¿Ya no se le ponen las manos rojas?

—Sí, pero en casa dice que no le importa.

Tío Felipe Neri, con su pelo color ceniza, partido en dos mitades por una raya, y sus lentes de montura de oro, hizo por sonreír pero prevaleció el rictus amargo de su boca. Los tíos Cruz y Felipe Neri eran padrinos de bautismo de Crucita, la sobrina predilecta, y, en el buen tiempo, antes de marchar de veraneo a Fuenterrabía, la invitaban a la horchatería de Simón Beade a beber horchata, y en invierno, durante el curso, a la sala azul del Círculo a tomar té completo (aunque últimamente Crucita procuraba evitar el té porque le enrojecía las manos) y, en cualquier caso, ante mamá Zita, reconocían derretidos que aquella chiquilla alta, de ojos verdes, arrogante, reunía todas las cualidades que hubieran deseado para una hija que no pudieron tener. Incluso los morritos despectivos de Crucita, sus aires de grandeza, sus desplantes con la gente de alpargatas, hacían gracia a tío Felipe Neri, que comentaba: «Tiene porte de princesa. Le desagrada la chusma». Y era cierto que Crucita, corrigiendo la corpulencia de mamá Zita, tenía un porte majestuoso y sus descarados ojos verdes traslucían aristocratismo. Erguida, delgada, cimbreante, Crucita adolecía, sin embargo, de un defecto que le impedía ser el arquetipo de la quinceañera perfecta: no tenía pechos, defecto que para Gervasio, su hermano, atento observador de la vida en torno, constituía un serio motivo de preocupación:

—¿Por qué no tiene tetas Crucita?

Y Flora, que alimentaba un original concepto de la causalidad, respondía sin vacilar:

—Ha crecido toda hacia arriba. Es demasiado flaca.

La falta de pechos de Crucita era uno de los temas de conversación habituales en la cocina, por más que siempre, tras las más peregrinas discusiones, se llegara a los mismos resultados: para la señora Zoa la Crucita era demasiado dura para tener tetas, mientras para la Amalia la Crucita no tenía tetas porque era rica y las tetas constituían el privilegio de los pobres, que otra cosa no, pero ella no había conocido a una sola mujer pobre sin tetas. Este defecto no representaba, sin embargo, para los tíos Cruz y Felipe, una rémora grave, algo que deteriorase la belleza esplendorosa de su ahijada.

Habituado a la disciplina tiránica de la úlcera, tío Felipe Neri era un ser metódico y ordenado, hasta el extremo de que cada vez que en su vida surgía una novedad significativa abría un cuaderno donde anotaba todo lo referente a ella. Así, debidamente clasificados, guardaba en su buró un dietario profesional (ingreso, academia, destinos, ascensos, haberes, masita, trienios, uniformes, etc.), otro matrimonial (noviazgo, petición de mano, boda, viaje, efemérides, ritmo de reglas y relaciones sexuales, ginecólogo, etc.), un tercero de enfermo (primeros síntomas de la úlcera, médicos, diagnósticos, tratamiento, períodos de remisión, recidivas, eclosiones primaverales, etc.) y uno más relativo a Crucita (nacimiento, peso, desarrollo, ombliguito, primera palabra, sarampión, etc.). A través de estos cuadernos, debidamente datados, no resultaba difícil reconstruir los raíles sobre los que la vida de su autor había discurrido. Ahora, de pronto, a sus cuarenta y seis años, cuando ya no esperaba sorpresas, en un punto de madurez más propio para cerrar cuadernos que para abrirlos, había surgido el episodio de Gervasito, aquellas extrañas manifestaciones capilares que tanto le habían conmovido. El sábado 11 de febrero de 1927, tío Felipe Neri, apenas se vio en casa, tomó un cuaderno negro, de pastas de hule, del cajón inferior del escritorio, lo abrió, estampó una cruz en lo alto de la página cuadriculada, conforme a inveterada costumbre, y debajo escribió con esmeradas versales: CUADERNO DE GERVASIO. El punto de la pluma permaneció un rato vacilante, describiendo pequeños círculos en el aire, antes de posarse sobre el papel para consignar: «Abro este cuaderno, dedicado a mi sobrinito Gervasio, bajo una hondísima impresión, ya que el pequeño, a juzgar por ciertos indicios, parece predestinado para muy altos destinos. Anoche, en la velada familiar, en casa de mi padre político don León de la Lastra, el niño quedó en trance cuando escuchaba una marcha militar, la piel se le escarapeló y se le pusieron de punta los pelos de la cabeza. Dada su intensa palidez y el rubicundo cabello nimbándola, la faz del pequeño recordaba la Santa Hostia dentro de una flamígera custodia de oro.

Vidal, mi hermano político, proclive al materialismo, atribuye la crispación a meros fenómenos eléctricos, pero yo entiendo que, para un hombre de fe, el fenómeno ofrece unos perfiles cuando menos inquietantes…. —Fechas más tarde, en plena, fervorosa exaltación, tío Felipe Neri añadió—: Prudente y ecuánime, mi cuñada Zita se ha negado a que don León, mi padre político, haga de mi sobrino Gervasio un cobaya experimental. Es preciso dejarle vivir una vida de normalidad y ya el Señor, de considerarlo discreto, se encargará de mostrarle el camino a su debido tiempo. Las últimas pruebas parecen confirmar que los éxtasis del pequeño responden a estímulos marciales, lo que acredita que, en contra de la creencia originaria de Cruz y mía, no hay santo en ciernes, sino héroe. ¡Loado sea Dios!».

Ante la inesperada novedad, la inclinación afectiva de tío Felipe Neri se dividió, y si su mitad civil permaneció fiel a su ahijada Crucita, su mitad castrense se decantó por Gervasio, objeto de tan grandes esperanzas en aquellos días. En cualquier caso, los sobrinos (incluidos los dos pequeños de tía Macrina) agotaban su capacidad de ternura, de acuerdo con la máxima lapidaria que estampó en el cuaderno de Crucita la noche de su nacimiento: «Los tíos sin hijos son los abuelos de sus sobrinos». Fieles a este postulado, su esposa y él veían el mundo a través de los pequeños, los sacaban de paseo, cuidaban sus enfermedades, controlaban su conducta, los agasajaban, ahorraban para ellos, y los domingos y festivos, por riguroso turno, uno de ellos compartía su almuerzo y, al concluir, en inalterable rito, disputaban un cuproníquel a la brisca, partida que indefectiblemente ganaba tío Felipe Neri, e, indefectiblemente también, en un repetido alarde de liberalidad (que formaba parte de su austero sistema educativo), entregaba al sobrino invitado:

—Toma, para tus gastos.

A Gervasio, orgulloso de su ostento, antes que las muecas de tío Felipe Neri le intrigaba la hiriente blancura del rostro de tía Cruz, que tanto envidiaban mamá Zita y tía Macrina. A él, sobre desagradarle su crudeza, le molestaba que aquellas mejillas, tan semejantes al yeso en coloración y textura, pinchasen como cardos al besarlas. La primera vez que lo advirtió, había corrido desalado hacia Florita en busca de una explicación, y la contundente respuesta de su hermana le dejó boquiabierto:

—Tía Cruz se afeita y huele a vieja desde el año catapún. ¿Es que no te habías fijado?

—¿Y a qué huelen las viejas?

—A agua muerta.

—¿Y qué es agua muerta, Flora?

—El agua parada; la que no corre.

Ahora, en el mirador, Gervasio observaba las parábolas alocadas del moscón azul por encima de sus cabezas. Una mujer madura con cinta rosa en el pelo y tintineantes pulseras de bisutería había aparecido en un balcón del Friné sobre la F del rótulo, y, vuelta de espaldas, levantaba los ojos y llamaba a Raquel con una voz ronca, erosionada, sin que Raquel compareciese. Gervasio volvió perezosamente la cabeza hacia ella. Una cierta rigidez de nuca obligaba al niño a girar la cabeza con lentitud, como si padeciese problemas motores. La vecindad de su hermana activaba su imaginación:

—¿Y por qué se afeita tía Cruz si es mujer?

—Porque las mujeres, al hacerse viejas, se vuelven como hombres y los hombres como mujeres. ¿No lo sabías?

Los ojos grises, con felinos cercos amarillentos, de Gervasio expresaron desconfianza:

—¿Es verdad eso o te lo estás inventando?

La niña hizo una cruz con dos dedos y la besó:

—Mira papá León —dijo como prueba incontrovertible.

Gervasio no salía de su asombro:

—¿Es mujer papá León?

—Todavía no, pero poco a poco se está haciendo. ¿No te has fijado en su voz?

Gervasio admitió que la voz del abuelo era atiplada como la de una mujer y sus manos, pequeñas, traslúcidas y sin vello (también femeninas), azuleaban en el anverso, por mor de las venas, como los ríos de los mapas de la hermana Luciana en el colegio. Arguyó empero:

—Pero papá León tiene barbas.

—Sí, pero son blandas y se le están cayendo.

Las barbas de papá León eran, en efecto, inconsistentes y ralas y, a través de sus pelos lacios, clareaba el mentón, apenas un hueso pugnaz, revestido de piel, y, cuando reía, en espasmos uniformes y crocantes, las amarillentas barbitas rilaban como si las agitase el viento. Y, al comer, en especial en las solemnes conmemoraciones familiares en las que, al decir de tía Cruz, le vencía la gula, se le ponían aceitosas como la piel de la marta cebellina.

Unos días después de la visita clandestina al mirador, Florita cayó en cama con gripe. Al margen de sus salidas extemporáneas, la niña tenía una cualidad impropia de su edad: era paciente, sabía esperar. Así, cuando tía Cruz la visitó por la tarde y se sentó a los pies de la cama, la calceta entre los

dedos, dispuesta a contarle un cuento, la niña reanudó la conversación interrumpida días antes como si no hubiera transcurrido el tiempo:

—Tía —dijo—: ¿por qué esas mujeres tan mayores van al colegio?

—¿De qué mujeres hablas, Florita?

—De las señoritas de ahí enfrente, tía.

—¡Ah!, las señoritas de ahí enfrente. Te traen a ti muy preocupada, por lo que veo, las señoritas de ahí enfrente. Verás, en realidad, se trata de un colegio especial —carraspeó—: un colegio para señoritas descarriadas.

—¿Yo soy descarriada, tía?

—¡Jesús, qué disparate!

A las mejillas blancas, empolvadas, de la tía Cruz, asomaba esta tarde un matiz sonrosado:

—Pues ¿qué es descarriada, tía?

—Mira, Florita —dulcificó la voz con el propósito de quitar importancia al tema—: hay señoritas que de niñas estuvieron abandonadas, y como no fueron educadas de pequeñas, hay que educarlas de mayores. Por eso van al colegio. ¿Has comprendido?

Los niños trataban de completar estas y otras informaciones insuficientes en la cocina, su refugio predilecto, en particular en invierno, cuando la leña crepitaba en el fogón y la señora Zoa abría el tiro, y la chapa y las arandelas enrojecían, como los faroles del Friné. La Amalia, sentada en su taburete, canturreaba en un rincón mientras lustraba los zapatos de la familia. En aquel reducto acogedor, los coloquios solían girar sobre temas espinosos o confidenciales. De ahí que Flora, apenas restablecida, todavía convaleciente, preguntara a la Amalia por las señoritas del Friné, pero la Amalia no llegó a responderle, se limitó a mirar socarronamente a la señora Zoa y a hacer un expresivo gesto con la cabeza. Mas, como la niña porfiase, dijo:

—¿Por qué no se lo preguntas a tu mamá?

—Ya se lo pregunté a tía Cruz y me dijo que es un colegio.

La Amalia soltó una risotada:

—Un colegio, ¿eh? ¿Oye usted, señora Zoa? ¡Buenas enseñanzas van a sacar ésas de ese colegio!

La Amalia, con sus cejas depiladas, delgadas y lineales, elevándose hacia las sienes, apenas llevaba tres años con ellos, pero la señora Zoa, que acababa de cumplir los setenta y tres, había servido desde los veinte a papá León, para continuar a su lado una vez que mamá Obdulia falleció y mamá Zita se hizo cargo de la casa. Y por una de esas insondables inclinaciones, propias de las solteronas vírgenes al alcanzar cierta edad, experimentó una ardiente pasión

por el niño, por el varoncito; una pasión limpia, asexuada pero exclusivista, que no se conformaba con querer y ser querida sino que, al propio tiempo, exigía la preterición de los demás:

—¿Quién te quiere a ti, corona?

—Tú, Zoa.

El niño se resumía contra el angosto regazo de la vieja, un costillar duro y arqueado, seco como el de un galgo, pero caldeado por un aroma especial: acre, estancado, doméstico.

—Tu mamá no tiene ojos más que para la Crucita, de manera que ya lo sabes.

—¿Y mi papá, Zoa?

—Tu papá, tu papá. Tu papá es ciego por la Florita, ¿es que no te das cuenta?

El mundo se hundía bajo sus pies y el niño oprimía su carita contra ella, contra su saya negra, acogido a aquel vago olor de humos mezclados, de fogón y baldosas rojas, e, igualmente, acudía a refugiarse en su amoroso regazo cada vez que se peleaba con su hermana y su madre le regañaba. La vieja, entonces, le tomaba en sus brazos y restregaba su mejilla, fría como la de una culebra, contra la suya, como buscando su calor, y repetía:

—La mamá no te quiere, corona; la mamá no tiene ojos más que para la Crucita.

De este modo, Gervasio, desde muy niño, se habituó a buscar seguridad en los brazos siempre prestos de la señora Zoa; sus alegrías y sus tristezas las depositaba en ella como en un confesionario. De ahí que la noche del 11 de febrero, tan pronto abandonó la reunión, aturdido aún por las voces de yunque del tío Vidal, por las lágrimas de tía Cruz, por el clima supersticioso de la reunión, echó a correr por el largo pasillo y no paró hasta sentirse protegido por los brazos huesudos de la señora Zoa:

—Zoa, te voy a decir un secreto.

—Dime, hijo, dime.

Pegó sus labios a la oreja transparente de la mujer, que apenas asomaba bajo los blancos cabellos, recogidos atrás en un moño, y musitó:

—Voy a ser héroe.

—¿Estás tonto? ¿Pero un héroe de esos que se mueren? —La señora Zoa levantó la voz instintivamente, a la defensiva.

—No, Zoa, voy a ser héroe sin morirme. Papá León lo ha dicho. Pero mamá no quiere que lo sepa papá Telmo; es un secreto.

Entró la Amalia, con la cofia y el delantal blanco, y se les quedó mirando con sorna, los brazos en jarras:

—Míralos, como dos tórtolos. El Anselmo Llorente se va a reír las muelas mañana, cuando se lo cuente.

Morena, nerviosa, vivaz, la pierna derecha levemente renqueante, la Amalia, como deferencia y signo de distinción, designaba a su novio con nombre y apellido, pero pese a su magnificencia el Anselmo Llorente era poca cosa, apergaminado, enjuto, un rostro lascivo donde apenas sobresalían los pómulos y los lentes sin montura, de cristales siempre impolutos. En invierno y verano vestía trajes oscuros, muy marcada la raya del pantalón, y un sombrerito gris de fieltro con el ala sombreándole el ojo derecho. Hasta bien entrada la primavera no se desprendía del abrigo azul marino, que casi le alcanzaba los tobillos, ni de la bufanda a cuadros que protegía la escuálida garganta tan a conciencia que, entre sombrero y tapabocas, apenas se descifraba un enigmático, menudo rostro oriental. En ocasiones, Crucita le decía a la Amalia que el Anselmo Llorente era muy señorito y ella sonreía halagada por lo que entendía un piropo. Mas la Amalia consideraba que le ennoblecía, refiriéndose a él por el nombre y el apellido.

—Me voy. Ya estará abajo aguardándome el Anselmo Llorente.

A Gervasio no acababa de gustarle el Anselmo Llorente, tan descolorido, tan anguloso, tan distante, recorriendo de arriba abajo el portalón de palacio a largos trancos, los ojos esquivos, el busto inclinado, las manos en los bolsillos, y, si acaso le saludaban al pasar, él respondía con un gruñido, sin reparar en quienes eran, excepto si los acompañaba la señora Zoa, en cuyo caso se sacaba ceremoniosamente el sombrero de la cabeza, cambiaba unas palabras con ella y le hacía objeto de toda clase de zalamerías. Al final, siempre decía lo mismo:

—Si va para arriba, señora Zoa, haga el favor de decirle a la Amalia que baje, que estoy jodido.

A la señora Felipa, la lavandera, también se le antojaba el Anselmo Llorente un mirlo blanco:

—¡Madre, vaya un novio que te has echado, hija! Ya estará bien colocado.

—Es empleado —respondía jactanciosa la Amalia.

—Se ve a la legua, hija; menuda ropa.

Lunes y jueves, la señora Felipa venía por palacio a hacer la colada familiar en la gran artesa revestida de zinc de la galería de la cocina, sobre el jardín, donde Clemente, el sordomudo, el hijo del señor Pedro, el portero, podaba los rosales y ahuecaba la tierra de los arriates para las siembras de

primavera. La señora Felipa, como la señora Agustina, la cuñada viuda de la señora Zoa que cosía para la casa, vivía extramuros, en los suburbios, allá donde la ciudad diseminada se iba convirtiendo en campo, un campo sórdido (dos hileras de chopos delimitando la tímida acequia) de pedrizas, basuras y huertos alambrados. Pero mientras en el suburbio norte, donde moraba la señora Felipa, la acequia vertebraba el caserío de adobes, con bardas cariadas preservando los corrales, en el sur, donde habitaba la señora Agustina, era la línea férrea la ordenadora del poblado, desperdigado por las faldas de los cerros, mísero como un aduar, acribillado a todas horas por los silbidos de las locomotoras.

En casa de la señora Felipa, en el arrabal norte, cercado por alambres de púas, había un huerto en el que cultivaba patatas, cebollas y lombardas, y en la trasera, preservada por una tela metálica, criaba una docena de conejos blancos con párpados rojos, otra de gallinas pusilánimes, y un cerdo gruñidor arrinconado en una cochiquera de tablas mal avenidas por cuyas rendijas los niños le fustigaban con juncos. La figura grande y animosa de la señora Felipa, portadora de saludables aires rurales, atraía a los pequeños, los embelesaba con los pequeños acontecimientos de su mundo:

—Ayer parió la coneja.

—¿Sí, Felipa?

—Catorce gazapines echó.

—¿Tantos?

—Eso no es nada. Una tuve el año la gripe que parió veintidós.

La señora Felipa restregaba la ropa contra la tabla ondulada y jabonosa con sus enormes manos amorcilladas y Florita observaba sus dedos amoratados, hinchados como sapos, las yemas fruncidas como castañas pilongas, las uñas blancas:

—¿Te has fijado? La señora Felipa tiene manos de ahogada.

—¿Cómo son las manos de ahogada?

Florita le explicaba que los ahogados al principio se ponían rojos, luego amarillos y, después, morados, como las manos de la señora Felipa, y los dedos se les arrugaban porque el agua envejecía a las personas más aprisa que el aire.

En el buen tiempo, la Zoa sacaba a los niños los jueves a dar un paseo largo, porque papá Telmo no consentía verlos en casa o encerrados en el pequeño jardín:

—Tienen que dar un paseo, Zita; tienen que hacer ejercicio. El músculo que no se fatiga, se intoxica.

La alternativa no variaba:

—¿Dónde queréis que vayamos, donde la señora Felipa o donde mi cuñada Agustina? —inquiría la señora Zoa.

Los niños no vacilaban:

—Donde la señora Felipa.

Pero la señora Zoa tiraba para el suburbio norte o para el suburbio sur según le viniera en gana.

La señora Agustina, su cuñada, era viuda con dos hijos, Daniel, cetrino, musculado y hosco, que trabajaba en la planta baja en su banco de carpintero y seguía el curso de las horas por los pitidos de los trenes ascendentes y descendentes, y la Felisilla, la niña, un poco corta, babeante, que, pese a haber cumplido diecisiete años, no conocía otra distracción que revolcarse en el montón de virutas que saltaban del cepillo, riéndose sin causa. Mas en aquella casa, aparte la manifiesta hostilidad de Daniel, no había más bichos que un macho de perdiz enjaulado junto a la puerta que no paraba de dar vueltas sobre sí mismo, picoteando los alambres, como buscando un agujero por donde escapar, y un canario amarillo, espantadizo, que no sabía cantar porque era hembra. Como la señora Agustina les prohibía pisar la huerta, a los niños no les quedaba otro entretenimiento que encaramarse a la higuera tan pronto las brevas empezaban a sazonar. Pero a Daniel, el carpintero, terminó también por disgustarle que se comieran los frutos maduros, con lo que Gervasio y Florita, cuyo último recurso consistía en sentarse en el cembo para ver pasar los trenes y decir adiós a los viajeros, no dudaban ante la opción planteada cada jueves de primavera por la señora Zoa:

—Donde la señora Felipa, Zoa; en casa de tu cuñada nos aburrimos.

Bien procedieran del arrabal norte o del sur, Flora y Gervasio regresaban al caer la tarde, con las piernecitas entumidas y el rostro quemado por el primer sol. Ya cerca de casa, en el callejón de las Brígidas, entre dos luces, solían cruzarse con la Amalia y el Anselmo Llorente, muy juntos, muy amartelados, aprovechando la penumbra. A veces, la Amalia, encandilada, ni los veía, y en esos casos Gervasio le propinaba inocentemente un azote en las prietas nalgas y le gritaba:

—¡Adiós, Amalia!

Ella se volvía sobresaltada:

—¡Habrase visto! Este chico es de la piel de Barrabás.

En la encrucijada, frente al arco de dovelas del portón de palacio, los hombres empezaban a llegar al Friné, cautelosos, desconfiados, ocultando los ojos bajo el ala del sombrero, excepto los jóvenes reclutas que lo hacían a

cuerpo limpio, riendo y voceando, con juvenil altanería, sin reservas. Unos metros más allá, los niños se detenían ante el kiosco que les brindaba todo un mundo de sugestiones: tebeos, pelotas de goma, canicas multicolores, recortables, regaliz de palo, chufas, altramuces… La señora Zoa, desde que Florita cumplió ocho años, ya no les aguardaba, se metía deprisa en el portalón, limitándose a rezongar:

—Ya estáis arriba, ¿eh? Ya sabéis cómo las gasta la mamá.

Pero ellos hacían sus adquisiciones y cambalaches con calma, cuidando de sacar el máximo rendimiento a la propina de papá Telmo y, en su caso, al cuproníquel del tío Felipe Neri, y al concluir subían la ancha escalera de madera encerada por la alfombra granate del centro, charlando, planeando juegos hasta la hora de la cena, intercambiando fruslerías.

Una noche, seis semanas después de la enfermedad de Florita, bien porque la Amalia se retrasara, bien porque se hubiere citado con el Anselmo Llorente más tarde que de costumbre, vieron venir a éste muy excitado, diciéndole escuchitos a una de las muchachas rubias del Friné que taconeaba firmemente sin hacerle caso, pero como quiera que la acera era angosta, el Anselmo Llorente trotaba a su lado, un poco rezagado, subía y bajaba de la calzada, brincaba, estiraba su flaco y arrugado pescuezo de tortuga hasta enredar su naricilla puntiaguda en las melenas de la mujer rubia, pero ésta seguía su rumbo imperturbable, como si el Anselmo Llorente no existiera. Gervasio dio con el codo a Florita y ambos se detuvieron en la esquina y, al pasar junto a ellos la pareja, dijeron a dúo:

—Adiós, Anselmo Llorente.

El Anselmo Llorente empalideció, el tono cerúleo de su piel se volvió casi verde, se detuvo, se ajustó el nudo de la corbata haciéndose el distraído y, por fin, se inclinó sobre ellos:

—¿Qué demontres pintáis vosotros aquí?

—Venimos del kiosco.

—¿Y dónde se ha metido la señora Zoa?

—Arriba, ¿por qué?

—Por nada. No está bien que andéis solos por la calle.

—¿Quién era esa señora rubia que iba contigo?

El Anselmo Llorente se sujetó los lentes con un dedo, se abotonó la americana, sacudió sus frágiles hombros, vaciló, señaló, por último, a la muchacha rubia que entraba en ese momento en el café y dijo despechado:

—Ésa, como todas las de ahí dentro, no es más que una zorra. —Hizo pinza con dos dedos, prendió el cuello de Gervasio y se dobló sobre él—:

Pero a la Amalia no le vayas a ir con el cuento, ¿me has entendido? —Oprimió el pescuezo del niño como para advertirle que estaba dispuesto a estrangularlo—: Ahora sube y dile a la Amalia que baje, que llevo media hora de plantón y estoy jodido.

III

El domingo 28 de abril de 1928, tan pronto el niño Gervasio García de la Lastra salió a la calle, dando brincos, con el cuproníquel en el bolsillo, tío Felipe Neri se sentó en el escritorio, ante el cuaderno de pastas de hule, apartó el secante color de rosa que separaba dos páginas, trazó en lo alto una cruz y escribió con su caligrafía débil, redonda y elaborada:

«Acabo de regalar a mi sobrinito Gervasio mis ropas, avíos y trebejos de militar desde mis tiempos de cadete, desprendimiento que me ha supuesto dolor, ya que treinta años de vestuario constituyen un inagotable venero de recuerdos; pero oportuno y discreto, parece que el héroe empiece a familiarizarse con su atuendo. Espero que mi cuñada Zita no interprete mal mi liberalidad, que no pretende incitarle a la violencia sino tan sólo vestir su vocación. Antes de nada pregunté al niño, mirándole a los ojos, qué es lo que sentía durante sus crispaduras y él, muy reflexivo, me respondió: “Como ánimos, tío; como ganas de matar a muchos malos”.

»De ahí que me sorprendiera su tibia reacción al ver las capas, guerreras, casacas, gorras, correajes y botas desparramados por la alfombra del Oratorio. Su primer movimiento fue pueril: introdujo sus piececitos dentro de unas botas de campaña que le cubrían medio muslo y, taconeando torpemente, dio dos vueltas a la habitación. Después, puso sobre sus frágiles hombros la capa azul celeste, de gala, y me dijo quedamente: «¿Puedo mirarme en un espejo, tío?». Le precedí hasta la alcoba y, ante la luna del armario, permaneció inmóvil, contemplándose largo rato, al cabo del cual se volvió hacia mí y, a su manera, como recriminándome, me dio a entender que no comprendía cómo se podía vivir una vida dentro de aquella ropa sin experimentar el prurito de ser un héroe. Me dejó confundido, la verdad, pero como este niño, desde la famosa noche del trance, me infunde un augusto respeto, experimenté una sensación rara, como si estuviera afrontando el juicio de Dios y, entonces, le abrí el corazón y reconocí humildemente que, por mi edad, bien pude luchar en Marruecos contra la morisma, pero mi delicada salud me lo impidió. Él levantó la cabeza, con esa gravedad adulta con que sabe hacerlo, y me miró a los ojos con tal aplomo que me sentí disminuido, como varado y desnudo, y apenas pude argüir: «No me mires como a un cobarde, Gervasio, por amor de Dios; tu tío no es un cobarde sino un enfermo», pero él continuaba escrutándome con ese algo de sobrenatural e insoportable que en ocasiones brilla en sus ojos, de tal manera que la angustia se me enredó en la garganta y me faltó poco para echarme a llorar. Fue una ventolera fiscal. Cuando regresamos al Oratorio, volvió a ser el niño de siempre: amontonó las

guerreras, hizo girar los acicates, se metió las gorras hasta los ojos, se abrochó los correajes y, por último, me preguntó con candor si, dueño ya de aquellas ropas y pertrechos, no le faltaba más que ser valiente para ser un héroe. Su pregunta volvió a sorprenderme, pero como creo en el destino de este niño con la misma fe que si me lo hubiera anunciado un ángel, el mismo Dios debió de inspirarme la respuesta: “Lo primero que se necesita para ser héroe —le dije— es una buena causa. Ya puedes realizar las mayores proezas, sacrificar incluso la vida, que si no lo haces por una causa noble será un sacrificio inútil”. El niño me escuchaba con la cabeza un poco ladeada, y asentía, y en la expresión perspicaz de sus ojos amarillos adiviné que comprendía mis palabras y que, en lo sucesivo, sabría diferenciar una buena causa de una causa injusta con la misma nitidez con que hoy distingue el color de sus canicas».

Unos días más tarde, conforme avanzaban en el Buick verde de papá León por las angostas rúas del barrio antiguo, camino del colegio, Gervasio, vestido de marinera blanca, sentado en el transportín entre sus dos hermanas, observaba el cogote de Benigno, el chófer, su perfil recio, inescrutable, su gorra nueva, su uniforme gris, nuevo también, con tres botones dorados en cada bocamanga. Por asociación de ideas pensó en sus propios uniformes y, al momento, desvió los ojos, cambió una sonrisa de entendimiento con la señora Zoa, sentada junto a Benigno, y, al sonreírla, sintió en la cabeza una tirantez extraña. Mamá Zita, que compartía el asiento trasero con tía Cruz y papá Telmo, había tenido una hora antes, al atusarle, un presentimiento oneroso: temió que el niño, excitado por la ceremonia, conmovido por las notas del órgano y los motetes sentimentales de las monjitas, pudiese sufrir un nuevo repeluzno y promover un espectáculo. Agobiada por este temor, se esforzó en plancharle el cabello, después de adensárselo con agua azucarada y un frasco de fijador que mandó comprar a la Amalia:

—Mamá, ¿por qué me peinas tan fuerte?

—Hoy es un día señalado, Gervasio. Aún eres muy niño para comprenderlo.

Mamá Zita nunca había conversado con su hijo sobre el ostento; en rigor, no había comentado el hecho con nadie salvo con su hermana Cruz. De natural moldeable, aceptaba todo menos la obstinación de papá León por imbuir en aquella cabecita tan tierna «la obligación de ser héroe». Llegado el caso, ella no se opondría, pero tampoco deseaba facilitarlo. Más que el futuro, más que lo que pudiera ocurrir, le atormentaba de momento la transformación física que experimentaba el pequeño, la palidez de su tez, su piel erizada, sus

cabellos disparados, en punta. A solas, le confiaba a su hermana: «No me agradan esas experiencias, Cruz, no pueden ser saludables. En una de ellas mi hijo podría quedarse así para toda la vida. ¿Imaginas algo más horrible?». Por eso, nada había objetado al regalo de su cuñado: aquellos uniformes constituían un juguete, un elemento de distracción, pero le encorajinaba, en cambio, la terquedad de su padre, sometiendo al niño día y noche a experiencias psicológicas. A mamá Zita le había quedado grabada la imagen de aquella cabecita aleonada, desplegada y abierta como un puerco espín y, muy vivo, un supersticioso temor a reproducirla: «Si es cosa de Dios —le decía a su hermana Cruz—. Él ya ha desempeñado su papel, revelándonoslo. A nosotros no nos queda más que esperar». Para ella, lo pertinente era rodear a Gervasio de una atmósfera neutra, acolchada y protectora, que le permitiese un desarrollo sin traumas hasta que, llegado el momento, el Señor o el tiempo, el tiempo o el Señor, desvelasen el misterio, aclararan si aquellos extraños fenómenos epidérmicos respondían a pura física recreativa, como Vidal sostenía, o se debían, por el contrario, a causas sobrenaturales.

Acodados en el banco después de comulgar, mamá Zita, inclinada sobre la cabeza engominada de Gervasio, le sugería, entre sollozo y sollozo, las peticiones que debería formular a lo Alto, «porque Dios no puede negarte hoy (le había dicho mientras le estiraba, con amor, el cuello de la marinera) nada de lo que le pidas». Y Gervasio repetía, sumisamente, lo que mamá Zita le apuntaba, en tanto los motetes nasales, al baño maría, de las monjitas, maceraban su espíritu, elevándolo sobre la cotidiana vulgaridad. De pronto, mamá Zita recostó la frente sobre la planchada cabeza del niño y le susurró, como de pasada, que rogase también con mucho fervor por papá Telmo, ante lo cual Gervasio levantó despacio la cabeza, como rechazando la acusación que aquellas palabras envolvían:

—¿Es que es malo papá Telmo?

—No se trata de eso, hijo. No se trata ahora de que papá sea bueno o malo. Hoy tienes que pedir a Dios por todos, para que los malos se hagan buenos y los buenos se hagan mejores. ¿Me has entendido?

Pese a la aclaración, el niño continuaba devanándose los sesos: tal vez papá Telmo no fuera malo, pero algo debía de haber en él que no marchaba, que era conveniente enderezar, desde el momento en que mamá Zita lo incitaba a rogar «con mucho fervor» por él. ¿Sería, quizá, porque no había comulgado? Pero tampoco tío Vidal, ni otros hombres de los congregados en la capilla lo habían hecho, luego no era aquélla una razón suficiente. Reclinado sobre el escañil, sobrecogido, miró a hurtadillas la corpulenta

figura de su padre, de pie, junto a él, erguido en su rayado terno marrón, la oscura mirada perdida en la arcada del ábside, esperando que él, su hijo, terminase de dar gracias. Le asaltó una idea peregrina: luchar contra papá Telmo, ¿sería una buena causa? Sacudió la repeinada cabecita, pero la idea lo perseguía insidiosa: la lucha entre un padre y un hijo ¿podría ser, en algún caso, una buena causa? Apretó los ojos contra el antebrazo y musitó con la mayor unción: «Dios, Dios, que mi papá sea bueno», pero ya los comulgantes se habían incorporado al oír la seca palmada de la hermana Luciana desde el banco lateral y, arriba, en el coro, dos docenas de vocecitas atipladas, conjuntadas por el órgano, entonaban:

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno,
véante mis ojos,
muérame yo luego.

Ante el pocillo de chocolate humeante, presidiendo la gran mesa ovalada del Círculo, con un centro de flores blancas, Gervasio preguntó ingenuamente por sus tíos Norberto y Adrián, pero papá Telmo volvió la cabeza para el otro lado, como si no le hubiera oído, en tanto mamá Zita le anudaba al cuello la inmaculada servilleta y le decía a media voz:

—Tú come y calla; tus tíos no pueden venir porque tienen que trabajar.

Mas, como el niño porfiase, su hermana Crucita estiró su largo cuello desde el otro lado de la mesa y aclaró:

—Los tíos tienen que despachar, ya lo sabes —y pronunciaba la palabra *despachar* con reticencia, como aludiendo a una actividad subalterna.

Los tíos Norberto y Adrián, hermanos de papá Telmo, eran gemelos, chatos, dentones, cuellierguidos y apenas se diferenciaban entre sí salvo en la estatura. El tío Norberto, que nació primero, era treinta centímetros más alto que su hermano Adrián, le sacaba una cabeza. Inseparables (en la tienda y en la calle), solitarios (sin amigos, ni mujeres), silenciosos, las pocas palabras que pronunciaban (monosílabos de ordinario) eran opacas, gangosas, como amasadas previamente en la nariz. Ninguno de los dos había influido en la boda de su hermano y, sin embargo, la familia De la Lastra guardaba hacia ellos un cordial resentimiento, como contra todo aquello que, de alguna manera, pudiera recordar aquel lamentable episodio. El juicio mezquino de mamá Obdulia al enterarse de las pretensiones matrimoniales de papá Telmo («Esos García son tenderos, ¿no?; no parecen gente de fuste») se transmitió a la generación siguiente y tanto tía Cruz como tío Vidal pusieron, a su vez, especial esmero en insuflarlo (dejando a un lado a papá Telmo) en la otra, en

Crucita, la más juiciosa de los sobrinos, una vez que alcanzó la edad del discernimiento. En puridad, la falta de fuste de los García radicaba en la pequeña mercería que regentaban en la calle de la Palma («el barrio más hortera de la ciudad»), detrás de la Plaza Mayor. Los desplantes vejatorios de mamá Obdulia robustecieron, sin embargo, el incipiente amor romántico de mamá Zita, apenas alimentado de miradas, apariciones furtivas en el mirador, e inacabables plantones a papá Telmo que pasaba las horas muertas rondándole la calle. El acoso materno, sus estudiados desdenes con el pretendiente, no consiguieron menoscabar la moral de mamá Zita; ni tampoco las mordacidades de tía Cruz («tu suegra estaba esta mañana regando los tiestos en el balcón con una bata de satén azul»), ni las ordinarias apostillas del tío Vidal («he visto a tu suegra con una sandía al brazo más gorda que su trasero»). Los inmensos ojos varados, de mansa mirada, de mamá Zita, no se alteraban y, o bien callaba, o respondía serenamente, sin irritarse, a las torpes alusiones de su hermano que, entre otras cosas, acusaba al pretendiente de «oler a vino de obrero»: «Más vale un obrero oliendo a vino que un holgazán oliendo a agua de colonia». De modo inesperado, la testaruda oposición de mamá Obdulia se derrumbó el día que papá Telmo se doctoró en Medicina con premio extraordinario. El profundo respeto de mamá Obdulia hacia la letra impresa y los títulos académicos pudo más que su sentimiento de clase. Mamá Zita y papá Telmo se casaron en Santa Brígida con todos los pronunciamientos favorables. Fue aquél el único acontecimiento familiar al que asistieron los tíos Norberto y Adrián, que prestaron escasa atención al suculento almuerzo (a pesar de sus largos dientes famélicos) y, al iniciarse el baile, se despidieron, ceremoniosos, al decir de la tía Cruz «porque tenían que abrir la tienda».

Muertos sus padres, los dos hermanos continuaron su vida rutinaria de siempre: de la mercería a casa y de casa a la mercería, con un alto ritual en el bar Correos, en la Plaza Mayor, para ingerir unos vasos de vino blanco y una aceituna. Por la tarde, después de cerrar la tienda, repetían la visita aunque solían cambiar de dieta: una patata frita en lugar de la aceituna. Según el señor Josué, el droguero de la esquina, los tíos se mantenían tiesos con tal frugal colación, «no comen otra cosa», juicio admisible porque ambos estaban descarnados como esqueletos, aunque, a decir verdad, nadie los vio nunca embriagados, como nunca se les vio separados o con mujeres. Mas, aunque apenas hablaban entre sí, se daba en ellos como una sincronía de movimientos, una coincidencia de gestos y ademanes que el señor Josué denominaba pedantemente «la analogía dinámica de los gemelos». A ninguno

le daba por sonreír, pese a que sus largos dientes al aire invitaban a ello, pero tampoco parecían aburrirse: sus ojillos redondos, de ave nocturna, observaban con atención la vida en torno, curiosidad que se trocaba en avidez ante los automóviles y motocicletas que poco a poco iban proliferando en la ciudad. Ante un motor, por simple que fuese, los tíos Norberto y Adrián eran capaces de pasarse horas enteras sin hablar ni cambiar de postura, simplemente observando, lo que inducía al señor Josué, el droguero, a comentar:

—Los *Mutis* miran a los autos como los demás hombres miramos a las mujeres.

Florita y Gervasio visitaban a sus tíos Norberto y Adrián a hurtadillas, en la mercería, los jueves de primavera, al iniciar los «paseos largos». Los tíos los recibían imperturbables, sin mostrar molestia ni regocijo, sin el menor desgaste verbal, salvo el exceso de llamarles barbianes, como hacía papá Telmo en las ocasiones solemnes, pero les dejaban jugar con la vara del metro, las cajas de herretes, las grandes tijeras y los ganchillos de coger puntos, en tanto la señora Zoa, contagiada por la frialdad familiar, los aguardaba fuera, de cháchara con el señor Josué o con la portera vecina. Al regresar los niños, siempre decía lo mismo, cualquiera que fuese su interlocutor:

—Madre, no me pondría yo delante de tus tíos así me pagasen mi peso en oro.

—¿Por qué, Zoa? Son buenos.

—No hablan, hijo; sólo miran. Y el hombre que no hace más que mirar no puede albergar buenas intenciones.

A pesar de la opinión negativa de la señora Zoa, los tíos Norberto y Adrián se mostraban liberales con ellos, de forma que cada tarde, concluida la visita, ambos se desabotonaban simultáneamente las chaquetas (como en un juego de espejos), introducían los dedos índice y pulgar en los bolsillos bajos de sus chalecos y les entregaban una peseta de plata a cada uno, el tío Adrián, el bajo, a Florita y el tío Norberto, el alto, a Gervasio; luego les propinaban unas palmaditas en el pestorejo y, realizando un visible esfuerzo, los despedían con sus voces sincronizadas:

—Hasta la vista, barbianes.

Conociendo la aversión que sus tíos despertaban en casa, Florita y Gervasio ocultaban sus visitas; desde muy temprana edad aquel rito formó parte de su vida secreta, lo que no era obstáculo para que ante cualquier acontecimiento familiar los echaran en falta y Crucita justificase su ausencia con crueles razones, insuficientes para sus caletres primarios:

—Con los tíos Norberto y Adrián nunca podremos entendernos, pequeñajos. Hablamos dos idiomas diferentes.

Gervasio aceptaba aquella explicación imaginando que Crucita se refería a su mutismo, pero, a la menor oportunidad, volvía a requerirlos, buscando, en el fondo, una razón convincente, una respuesta que nunca llegó a formularse. De ahí que ahora, en el Círculo, simulara concentrarse en su pocillo de chocolate pero, en realidad, miraba el plano rostro de papá Telmo, esforzándose en averiguar qué se ocultaba tras aquellas cejas albazanas, bajo aquella piel coriácea, que impulsaba a su madre a pedir «con mucho fervor» por él. A veces, después de insistir en su mirada indagadora, creía entrever como una nube melancólica en sus ojos, como un asomo de impaciencia, o un entramado de pesadumbre, vislumbres que se desvanecían como el humo en el viento tan pronto papá Telmo rompía a hablar o reír. Mas era más frecuente que escuchara, ladeando la cabeza, los ojos bajos, en particular cuando se trataba de los ladridos (así calificó una noche ante mamá Zita la técnica de argumentación de su hermano) de tío Vidal, que era su antítesis. Incluso en el aspecto físico eran dos seres opuestos, ya que la tez morena, el cabello fuerte, las cejas espesas y oscuras, salpicadas por alguna hebra blanca, de papá Telmo, contrastaban con la sonrosada epidermis diabética de tío Vidal, su lúbrica calva lustrosa, sus cejas y pestañas albinas, prácticamente invisibles. Y así que tío Vidal martilleó, por segunda vez aquella mañana, que la manifestación de la Unión Patriótica en Madrid había sido un verdadero plebiscito, aunque fingiera dirigirse a la mesa en general tenía un específico destinatario, papá Telmo, pero éste sonrió, con una sonrisa colgada que tuvo la virtud de desanudar la voz de tío Felipe Neri, quien acababa de disolver en el agua unos polvos blancos y, con la copa en alto (como si fuese a brindar por alguien), terció con ánimo apaciguador que tal vez lo de plebiscito fuese un poco exagerado, pero sí revelaba un clamoroso estado de opinión. Gervasio miraba a los lados, estudiando las reacciones de unos y otros, preguntándose qué sería la Unión Patriótica, si se relacionaría o no con las plegarias de mamá Zita por papá Telmo, pero, inopinadamente, tía Macrina, que por ser la más joven de los adultos de la familia gustaba de pulsar siempre la nota negra, hizo un quite y desvió la conversación hacia la catástrofe del teatro Novedades, subrayando el escalofriante detalle de que varias de las víctimas apuñaban navajas ensangrentadas mediante las cuales habían tratado de abrirse paso entre la multitud enloquecida, ilustración a la que tío Vidal, ávido de controversia, replicó que se trataba de un hecho coherente, puesto que el español era un pueblo de histéricos y de cafres, y, ante el amago de

discrepancia de tía Cruz y mamá Zita, repitió «de histéricos y de cafres», circunstancia que aprovechó papá Telmo para preguntarle con sorna que a quiénes consideraba más representativos del temperamento nacional, si a los manifestantes de la Unión Patriótica a los navajeros del teatro Novedades, objeción que soliviantó al tío Vidal, quien gritó hasta enronquecer que «al hablar de plebiscito no se refería a la chusma sino al sector sano de nuestra sociedad». En este punto intervino mamá Zita para mostrar su desacuerdo y aducir que el español era un pueblo valeroso y que para demostrarlo bien cerca tenían la gesta del *Plus Ultra*, pero tío Vidal, incorregible discrepante, sonrió sarcásticamente y tronó que su hermana acababa de poner el dedo en la llaga, ya que, en efecto, el español, con tal de no trabajar, era capaz de descubrir América o atravesar el Atlántico en una lata de sardinas, «la cuestión era no dar golpe», desfachatez a la que tío Felipe Neri (que todavía arrugaba la cara después de ingerir los polvos blancos de la copa) replicó escandalizado que eso no, que España no fabricaría aeroplanos pero sí valientes para tripularlos y que Franco, Rada, Durán y Ruiz de Alda eran unos héroes inmarcesibles y, conforme tío Vidal sonreía, denegando con la calva, voceaba más y más, hasta que tía Cruz, velando por la úlcera de su marido, interpuso su carita empolvada y reconcilió los ánimos, sugiriendo que en lugar de discutir como energúmenos en un acto tan familiar y hermoso como la Comunión de Gervasio, bien podían organizar, aprovechando el buen tiempo, una excursión a la Granja de San Ildefonso para ver correr las fuentes. La propuesta de tía Cruz fue tan oportuna que tuvo la propiedad de aunar pareceres y aventar los últimos nubarrones de desacuerdo: irían a la Granja en familia, en los dos coches, todos excepto los dos pequeños y papá León, madrugando, puesto que las fuentes únicamente corrían hasta mediodía y, en opinión de los Bustillo, el espectáculo era un derroche de agua, luz y color. Gervasio no escuchaba ya la conversación de los adultos. Con la copa del azucarillo en la mano, meditaba en los misterios del heroísmo, en cómo una aventura tan atractiva como la del *Plus Ultra* podía considerarse heroica y, lo que aún se le antojaba más incomprensible, dónde radicaba «la buena causa» en una acción tan deportiva y banal.

De nuevo en casa, cansado de guardar las formas, vio a Florita apartar los visillos del balcón del cuarto de jugar y mirar con atención a la calle:

—Mira, un entierro —dijo la niña.

—¿Blanco o negro?

—Negro.

Se reunió con ella. Cuatro jóvenes enlutados, los párpados enrojecidos, los sombreros en la mano, se recostaban en los fríos muros de Santa Brígida, mientras una larga hilera de hombres, más relajados, los rostros circunstancialmente graves, iban desfilando por delante de ellos, haciendo corteses reverencias:

—Debe de ser una mujer.

—¿Quién?

—La muerta. ¿No ves qué caja tan pequeñita?

Gervasio volvió la cabeza ilusionado:

—¿Quieres que juguemos?

—Bueno, empiezo yo.

La niña abrió el balcón y, por el hueco, penetró el réquiem de don Urbano, el párroco, apenas tarareado, sin pronunciar. Al concluir, el acompañamiento empezó a dispersarse, mientras los allegados seguían a duras penas el cansino trotecillo de los caballos, los cascos resonando en los adoquines del pavimento, y en los balcones altos del Friné una mano invisible recogía los visillos y asomaban los curiosos rostros rubios de dos internas.

El juego de los entierros era uno de los preferidos de los niños, en el que apostaban la tableta de chocolate de la merienda o una golosina del kiosco acerca del número y color de las carrozas que harían alto esa tarde en Santa Brígida:

—Cinco negras.

—Tres negras y una blanca.

Y si acaso habían desfilado cuatro carrozas negras y, en el recodo de la calle empedrada, asomaba la quinta, empinada y traqueteante, Florita o Gervasio, el niño afortunado, no acertaba a reportarse, palmoteaba con júbilo y lanzaba vítores, ante las miradas escandalizadas de la comitiva. En ocasiones, la señora Zoa, que repasaba la ropa interior en el cuarto de jugar, se sumaba a la pugna infantil, puesto que, como a todos los viejos, le placía ver desfilar a los muertos (probablemente más jóvenes que ella; sin duda, con más recursos) entre los barrotes del balcón y sentirse superviviente. A veces, con motivo del fallecimiento de algún personaje eminente de la ciudad, también Crucita se incorporaba al grupo, no para competir, sino para comprobar, a través de los finos visillos, si el coche, el acompañamiento, el atuendo del auriga y el número de caballos, correspondían a las pretensiones del finado. En esos casos, Flora y Gervasio anotaban las carrozas con los dedos, sin hablar, ya que Crucita consideraba el gusto por los entierros una

manifestación macabra, zafia y vulgar, «propia de gente baja», y se lo tenía prohibido.

Al anochecer de ese mismo día, papá León, con aires de misterio, se encerró con Gervasio en su gabinete y, como de costumbre en las últimas semanas, antes de cerrar la puerta, miró a un lado y otro del pasillo para cerciorarse de que nadie lo espiaba:

—¿Recuerdas lo que te prometí para el día que hicieras la Comunión?

El niño titubeaba:

—No me acuerdo —respondió al fin.

—¿En tan poca estima tienes la memoria del General? —enarcaba la ceja derecha y tres profundas arrugas remedaban la ceja en el mismo lado de la frente:

—¿Don Cástor?

—Don Cástor, naturalmente, ¿qué otro general podía ser?

—Ya me acuerdo —dijo el niño de pronto—. Me prometiste enseñarme la bala que hirió al General y la boina que llevaba puesta cuando lo mataron.

Papá León se agachó y abrió el último cajón de la cómoda:

—Aún te dije más —añadió con la mayor solemnidad—. Te dije que esa boina y esa bala serán para ti el día que yo muera. Es mi voluntad y así constará en el testamento pero, por si acaso, ya estás advertido.

Sacó una cajita azul purísima, como de joyería, y la destapó con fruitiva reverencia. Un pedazo de plomo informe, chafado, grisáceo, como una corpa mate, reposaba dentro, entre algodones:

—¿Son así las balas, papá León?

—Escúchame, después de matar así son; antes son más esbeltas y afiladas.

—Pero no tiene sangre.

Papá León cabeceó contrariado:

—Arresti, el cirujano de campo, tuvo la mala ocurrencia de lavarla antes de entregármela como recuerdo.

Depositó el estuche azul sobre la cómoda, se agachó de nuevo y extrajo una gran caja redonda, achatada, con una anguila de mazapán grabada en la cubierta. La descubrió y, dentro, entre media docena de bolas de naftalina, apareció una boina despeluzada, de un rojo envejecido, con una placa dorada en el centro, cubriendo el rabillo, donde decía: «Dios, Patria, Rey».

—Ésta es la boina del General, hijo. Ya sabes dónde está.

—¿La llevaba puesta don Cástor cuando lo mataron?

—Así es. El General no se la quitaba ni para dormir.

Las mejillas del viejo estaban inyectadas y, como cada vez que analizaba algo de cerca, los lentes se habían deslizado hasta la punta de la nariz y miraba por encima de los cristales. Con sus pequeñas manos rugosas dobló el vuelo de la boina y mostró un agujero, como de polilla:

—Observa, la bala entró por aquí.

Gervasio volvió lentamente la cabeza:

—¿Fue un héroe don Cástor, entonces?

—Pues naturalmente que fue un héroe, ¿qué te pensabas?

El General murió ante Burceña, dirigiendo el contraataque. Éramos quinientos hombres contra cuatro mil y, cuando cayó, y Trifón y yo acudimos a socorrerle, nos apartó con un gesto y dijo: «Es hora de pelear». Luego, una vez terminado el combate, cuando volvimos a su lado, don Cástor ya había muerto.

El niño se recostó en el canapé, pensativo:

—¿Me lo quieres contar más despacio, papá León?

El anciano consultó su viejo reloj:

—Otro día —dijo mirando de reojo hacia la puerta—. Es hora de cenar y tu madre se enfadará conmigo si nos encuentra juntos. Ya sabes cómo las gasta.

IV

La señora Zoa atravesaba el parque cada mañana, con un niño de cada mano, camino del colegio, y durante los prolongados inviernos (muy duros en la ciudad) la niebla se enredaba entre los esqueletos de los árboles y la mujer y los niños, como sombras fantasmales, semejaban los últimos habitantes de un mundo inanimado. A la difusa luz crepuscular, grises ratas gigantes cruzaban los paseos, y entre el follaje, junto al estanque helado, se oían los alaridos terminantes de los pavos reales. A Gervasio, con la peluda bufanda hasta los ojos, le agradaba la media luz de la estación, los jardines desiertos, el aliento blanco de la señora Zoa precediendo a su roja nariz, como si ella misma fuera una fábrica de niebla. Los días de lluvia, en primavera y otoño, se formaban grandes charcos en los paseos, hormigueantes de lombrices, y la señora Zoa brincaba de un lado a otro para no pisarlas, con el negro paraguas abierto, como una equilibrista, pues nada le repugnaba tanto como los ratones y los animales reptantes.

En los días extremosos solían encontrarse con la Enana en el paseo central, la señorita Candelaria Alonso, rubia, de media edad, los largos tirabuzones sobre los hombros y su cuerpecillo ruin, más chico que el de Gervasio, encaramado en una bicicleta minúscula, de anchas llantas y ruedecitas laterales de seguridad. Y no era raro que, estando contemplándola, apareciera por el lado opuesto la señorita Aurora Burgos, la Madruga, una mujer lineal, de dos metros treinta de estatura, cargada de espaldas, cuya reducida cabeza se desvanecía en lo alto, difuminada por la niebla. Crucita decía que tanto la Enana como la Madruga eran «señoritas de buena cuna», distinguidas y bien educadas, pero, debido a su aspecto físico, se veían obligadas a recluirse en sus casas:

—Zoa, ¿por qué la Enana y la Madruga salen a pasear tan temprano?

—Por su facha, ¿no ves la facha que tienen? Si salieran a otra hora la gente se pitorrearía de ellas.

Aceleraba el paso y añadía como para sí:

—Digo yo si no podrían cortar a la una y añadirle a la otra y así quedaban las dos arregladas.

—¿Se puede, Zoa?

—Eso digo, hijo, si se podría.

Algunos días la señora Zoa, aprovechando la ausencia de Florita, en cama con sus anginas periódicas, le hacía a Gervasio, en la profunda soledad del parque, tiernas escenas de amor:

—¿Qué sería de ti, corona, si no fuese por la Zoa? ¿Eh? ¿Me lo quieres decir? —El niño la miraba por encima de la bufanda de lana, con sus inmóviles pupilas grisamarillentas—: A ti no te quiere nadie.

—¿Por qué no me quiere nadie, Zoa?

—¿Por qué, por qué? A saber, pero la mamá es ciega por la Crucita y, en cuanto a tu papá, no le saques de la Florita. Tú, para ellos, como si no hubieras nacido.

Familiarizado con estas confidencias desde temprana edad, Gervasio se compadecía de sí mismo, deploraba su orfandad, sentía la apremiante necesidad de un asidero sentimental:

—Tú sí me quieres, ¿verdad, Zoa?

La anciana se acuclillaba, oprimía al niño contra su pecho:

—Más que a las niñas de mis ojos.

Los dos se abrazaban en silencio, se besaban frenéticamente y lloraban al unísono, juntas las mejillas, bajo los absortos castaños escarchados.

Mamá Zita no congeniaba con la señora Zoa:

—Reúne todos los defectos de las criadas que envejecen en casa —solía decirle a su hermana Cruz—. No puedo conseguir que a Crucita la llame señorita y yo creo que ya va teniendo edad para ello.

Por una u otra causa, mamá Zita y la señora Zoa estaban en permanente desavenencia. Y cada vez que regañaban, la señora Zoa, considerándose ofendida, comenzaba a hipar, se recluía en su cuarto y se ponía a hacer la maleta. Gervasio, testigo de la ofensa, lloraba junto a ella, agarrado de sus sayas, y le encarecía que no se fuese, y a pesar de que la escena, repetida cien veces, nunca pasó de un simulacro, el niño no acababa de escarmentar. Entre suspiro y suspiro, la vieja iba guardando en la maleta su caracola (que Gervasio le regaló un verano en Fuenterrabía y recataba el bramido del mar), el velo, las peinas, las ligas, la fotografía de su cuñada con sus hijos el Daniel y la Felisilla, sus ropas negras, y cuando al final sonaba el taque de la cerradura, Gervasio sollozaba como si le arrancaran el alma:

—¿Te acordarás de mí?

—Sí, Zoa.

—Pero ¿siempre, siempre?

—Siempre, Zoa.

—¿Aunque me muera?

Ante tan macabra posibilidad, al niño, como a su abuela Obdulia, le faltaba coraje para responder y arreciaba en su llanto. La vieja hacía un cambio de tercio:

—¿Sabes quién tiene la culpa de todo?

—¿Quién, Zoa?

—La Crucita, para que te enteres.

—¿Mi hermana?

—¡Qué Crucita había de ser!

La señora Zoa agarraba la maleta para marcharse y entonces el niño se apretaba enloquecido contra sus piernas negras y voceaba en pleno deliquio romántico:

—¡Si tú te vas, Zoa, yo me quiero morir!

La anciana, al oírle, depositaba la maleta en el suelo con dignidad, se agachaba y oprimía a Gervasio contra su costillar y besaba despiadadamente sus mejillas una y otra vez, con besos apretados, húmedos, sonoros, redondos, totalitarios y, al final, se enderezaba, ponía la maleta sobre la alta cama de hierro y, sin decir palabra, empezaba a deshacerla con parsimonia, ordenando en la cómoda las prendas y recuerdos que había sacado minutos antes. Al terminar, tomaba a Gervasio de la mano y ambos salían al pasillo donde Crucita los aguardaba con sus gordezuelos labios apretados, los verdes ojos centelleantes:

—Esto ya lo sabía yo.

—¿Qué es lo que sabías tú, di?

—Que no te ibas.

—Si me quedo, no te pienses que es por ti.

—Tampoco te creas que yo voy a morirme el día que te vayas de verdad, Zoa.

Tras cada uno de estos amagos, la vieja discurría una semana por la casa muda, hosca, enfurruñada, en tanto Crucita, causante de su infortunio, canturreaba, iba y venía triunfante de un lado a otro, la miraba por encima del hombro, porque en Crucita, al decir de su padrino, alentaba, más profundamente que en ningún otro miembro del clan, el orgullo de casta. Altiva, bella, discreta, era buena estudiante, sabía manejar los cubiertos de pescado con desenvoltura, opinar juiciosamente sobre altas cuestiones, jugar al tenis, andar, mirar, vestir un traje largo y arrancar cuatro notas armoniosas del piano del salón. En una palabra, a pesar de la lisura de su pecho (que ella asumía como una prueba más de su distinción), Crucita daba la talla, convivía con los adultos, en tanto los dos pequeños quedaban relegados al mundo subalterno del cuarto de jugar y la cocina. Pero, de pronto, Gervasio, la noche del 11 de febrero, se había revelado como un ser diferente, con unas dotes singulares, y automáticamente subió de consideración, siquiera todos

disimulasen sobrecogidos, no ya su afección, sino las razones de su cambio de actitud hacia él. Gervasio advirtió la novedad. Era consciente del respeto que imponía, de que detrás de las palabras banales que se pronunciaban en su presencia, había otras solapadas que, si se evitaban, era por temor de que se produjera en su cuerpo algo que no sabían a ciencia cierta si era aflictivo o deseable. Lo observaban con curiosidad disimulada, como a un pequeño mago con poderes taumatúrgicos, tal vez predestinado, y el niño, orgulloso y complacido, se dejaba querer. Tampoco para la señora Zoa pasó inadvertido el cambio de Gervasio, pero, ajena a su metamorfosis, lo achacaba a la edad y lo aceptaba con resignación, porque era cosa sabida que en estos lances de amor de las viejas vírgenes hacia los niños a su cuidado todo era lezne y efímero. Pero la ruptura aún no se había consumado, no había rebasado la fase de los dengues y los remilgos, de mostrarse mutuamente las llagas para que el otro le compadeciera; esto es, no tenía aún carácter definitivo:

—¿Por qué lloras, Zoa?

—Por ti, corona; ya no me quieres.

—Sí que te quiero, Zoa.

—¿Y por qué no viniste a verme ayer, di?

—Estuve en el salón con los tíos, Zoa.

La fecha del 11 de febrero había aportado un cambio en la vida de Gervasio. Tras su Primera Comunión, mamá Zita lo incorporó a la tropilla de sus hermanas, que cada domingo bajaban a la parroquia, a la misa de nueve que rezaba don Urbano. El niño se adelantaba alegremente para ofrecer agua bendita y, a veces, dejaba hundir la mano hasta sentir su frescura en la muñeca, pero un día mamá Zita le advirtió que aquello era pecado, que el agua bendita no estaba allí para lavarse las manos sino para lavar sus faltas y desviar su finalidad suponía una ofensa al Señor. Gervasio se corrigió, pero, en ocasiones, cuando el gordo Severo, el sacristán, llenaba la pila, se mojaba sin querer hasta los nudillos y llegada la noche, en la cama, era incapaz de dormirse, le roían los escrúpulos y recelaba del sueño ante el temor de no despertar, de amanecer muerto en la cama sin confesión.

Por Santa Brígida, mamá Zita obsequió al ecónomo con un mojicón, que tía Cruz y ella amasaron devotamente la víspera. Don Urbano, carilargo y astigmático, un ojo caído, amortajado por un párpado azul, miraba engolosinado con el otro el mullido mojicón y, después de agradecer el cumplido a mamá Zita, se puso a charlar con ella sobre los problemas del barrio y, en clara alusión a las señoritas del Friné, reconoció cuán difícil era en la ciudad, con mayor motivo en la zona monumental, separar el grano de la

paja, y lo doloroso que resultaba que palacios blasonados habitados por familias ejemplares abriesen sus balcones a casas de perdición.

Florita, al separarse del ecónomo, inquirió:

—¿Es la nuestra una casa de perdición?

Mamá Zita se irritó:

—¿Eres tonta? Nuestra casa es el viejo palacio del conde de Pradoluengo y papá León su descendiente directo. Si el abuelo no es conde es por modestia mal entendida.

A la mañana siguiente, Gervasio intentó deslumbrar a la hermana Luciana informándole que vivía en un palacio, pero ella respondió que ésa era una noticia del dominio público y nadie en la ciudad desconocía la casa del abuelo porque el blasón de la portada era el de mayor interés heráldico del barrio antiguo. Esa noche, Gervasio preguntó en la cocina qué era un blasón, pero la señora Zoa y la Amalia no supieron responderle y Florita aventuró que «sería una clase de perros», pero Crucita, que andaba al quite, aclaró que era un escudo, como el que había sobre el arco de la puerta, en el chaflán, bajo el mirador, y que un escudo así no lo tenían más que aquellos que en otro tiempo tuvieron un escudero, es decir, «gente de linaje y posición».

A partir de aquel día, Gervasio empezó a estimar su casa, que hasta entonces había considerado un caserón lóbrego y destartalado. Así, el amplio vestíbulo de techo artesonado, con el reluciente brasero de cobre en el centro, que siempre había desdeñado, se le antojó, de pronto, apto para que el conde holgase y se calentara los pies al regresar de sus correrías. De la misma manera, la discreta hendedura que mamá Zita ordenara perforar en el muro de la cocina para ver quién llamaba a la puerta de la calle, le parecía ahora al niño una elemental medida de precaución del conde para descubrir a tiempo a sus enemigos. Finalidad menos concreta, pero no menos sibilina, atribuía a las puertas secretas, decoradas con el mismo papel rameado de las paredes, de la sala verde y el gabinete del abuelo, e incluso a la gran chimenea del salón, cuya campana podía cobijar holgadamente una docena de personas.

Su orgullo familiar se tambaleaba, sin embargo, en la misa de los domingos, cada vez que mamá Zita, arrodillada junto a él, rendida la cabeza, le decía cálidamente al oído, después de comulgar: «No te olvides de pedir por papá Telmo», encomienda que acongojaba al niño y le inducía a pensar en una vergonzosa ascendencia por la rama paterna, sospecha que, al llegar a casa, le incitaba a mirar a su padre con recelo, a vigilarlo, sin que nunca lograse descubrir en él nada censurable, salvo alguna originalidad (quizá de «mal tono», como Crucita decía), como su costumbre de afeitarse con los pies

descalzos sobre las húmedas baldosas del baño y con la puerta entreabierta, canturreando. Ante su incompetencia para hallar la solución, se confió un día a Florita:

—¿Por qué mamá me manda rezar por papá Telmo después de comulgar?

—¿No lo sabes?

—No.

Florita apagó la voz:

—Papá Telmo es curandero.

—¿Y qué es curandero?

—La hermana Caridad dice que los curanderos son brujos.

A pesar del tono confidencial, más bien admirativo, de Florita, su declaración le dejó atribulado, y con la sensibilidad en carne viva imaginó a papá Telmo, desnudo de medio cuerpo, el rostro enjabonado, haciendo conjuros ante el fuego de la chimenea, bajo la *Resurrección* del Giotto (mamá Zita, al pie, ataviada con el casco y el peto de los guardianes dormidos), convocando al espíritu del último conde de Prado-luengo. Por esta vía le llegaron a Gervasio los primeros miedos: a la oscuridad, a los fantasmas, a los crujidos dolientes del entarimado de roble, a los bultos imprecisos de los muebles, a los grandes espacios vacíos de la casona. Algunas noches reclamaba agua sin tener sed, únicamente por el consuelo de ver aparecer a la Amalia o la señora Zoa, pero la mayor parte de las veces se dominaba, reprochándose esta debilidad, y, en tales casos, la boca se le secaba, la ansiedad se asentaba en su estómago, y había de cubrirse la cabeza con el embozo para conseguir dormirse. A papá Telmo lo miraba con aprensión, y el mero hecho de verle enjabonarse la cara en el baño con los pies descalzos, tan antiguo como su conciencia, se le antojaba, tras los últimos descubrimientos, parte de un ritual mágico cuyas últimas consecuencias se le escapaban. Una noche, en la cocina, a solas con la Zoa, le preguntó por aquella misteriosa liturgia de papá Telmo:

—Son cosas de tu papá para hacer del cuerpo.

—¿Para hacer del cuerpo, Zoa? —desorbitaba sus ojos amarillentos.

—Para mover el vientre, hijo; tu papá es un médico de esos que dicen naturistas.

Aquellas palabras crípticas (hacer del cuerpo, naturista, que de alguna manera relacionaba con la brujería y las ciencias ocultas) acrecentaron las sospechas de Gervasio, de modo que su desconfianza incipiente se trocó en temor. Pero era cierto que papá Telmo, después de ejercer durante unos meses en un bello pueblecito vasco, se sintió llamado por la medicina naturista, se

instaló en la capital e hizo imprimir su especialidad en su recetario y las tarjetas de visita (a los que Gervasio, tal vez por falta de curiosidad, no tenía acceso) con objeto de no ser confundido con los médicos alópatas:

—¿Y qué diferencia hay? —preguntaba sarcástico tío Vidal.

—El alópata echa veneno contra las moscas; el naturista retira el pastel y las moscas se van —respondía papá Telmo con la seguridad con que se exponen las cosas obvias.

En las contadas ocasiones en que papá Telmo asistía a las veladas sabatinas, tío Vidal le tiraba de la lengua y su cuñado le seguía la corriente de buen grado, simulando una fiebre proselitista que tal vez sintiera de verdad aunque de ordinario la ocultaba:

—El sol es mi cocinero y mi despensa la tierra —decía sonriendo.

Y, en efecto, su dieta era preferentemente vegetal y siempre morigerada, pero se abstenía de imponérsela a los niños (tal vez para evitar un enfrentamiento con mamá Zita), con los que se mostraba tolerante, según decía, a causa de la edad:

—La albúmina es necesaria en tanto el organismo está edificándose. Más tarde, sobra.

Los domingos a primera hora, caminaba a paso de marcha hasta algún pinar o monte de encinas solitario y, una vez allí, se desnudaba (incluso en invierno, bajo temperaturas de bajo cero), hacía unos minutos de gimnasia respiratoria y, luego, correteaba un par de horas, descalzo, entre las matas, soleándose. Por principio rechazaba el baño de sol y preconizaba el baño de luz pero nunca inmóvil, sino caminando y antes del cenit:

—Hay que aprovechar los rayos químicos; a mediodía son destruidos por los calóricos.

Una vez vestido, practicaba un cuarto de hora de alimentación ocular, mediante la cual, y según sus teorías, el cerebro y la médula recibían el refuerzo del sol a través del nervio óptico:

—La luz nos exalta; las sombras nos entristecen.

Tío Vidal se guaseaba al oírle y aducía que los grandes deportistas eran carnívoros y reposaban en la cama, a lo que papá Telmo replicaba que tal vez los grandes, sí, pero no los «escogidos», aquellos que se guiaban por la máxima elemental de que «el músculo no se fatiga sino que se intoxica». Cuando salían a relucir estos temas en la tertulia, papá Telmo afirmaba, medio en broma medio en serio, que durante su estancia en Vascongadas había llevado a cabo experiencias con pelotaris y aquellos que se sometían a un régimen de frutas secas, almendras y otros productos oleaginosos,

«abandonaban la cancha como si salieran de un baño reparador, frescos y relajados, mientras sus adversarios no podían con los calzones». De pascuas a ramos, tío Felipe Neri metía baza en la conversación, arrugando la cara, como de costumbre, a causa de los ácidos, ocasión que papá Telmo aprovechaba para brindarle sus servicios:

—Si un día te decidieras, Felipe, en un par de meses te dejaría el estómago como nuevo.

Mientras duraban estas conversaciones, mamá Zita se empequeñecía, se avergonzaba, hubiera dado cualquier cosa por hacerle callar o desaparecer del salón, no porque sus observaciones le parecieran científicamente infundadas, sino porque se le antojaban plebeyas, y Telmo, al exponerlas, ponía al descubierto lo más indigno de su extracción social. Papá León y los tíos le escuchaban, en cambio, con manifiesta curiosidad, como a un tipo pintoresco, como pintorescos eran, a juicio de tío Vidal, «los tres o cuatro lunáticos que acudían diariamente a su consulta» y a quienes, por orden de mamá Zita, recibía en las habitaciones más destartaladas del fondo de la casa.

En ausencia de papá Telmo, los tíos comentaban sus puntos de vista médicos. Y si para tía Cruz papá Telmo no era otra cosa que un curandero fachendoso que presumía de vanguardista, para tío Vidal (que reía con carcajadas destempladas y su voz percutía al hablar como el martillo en el yunque) su cuñado no carecía de ingenio, pero estaba más loco que una cabra, y para tía Macrina, su mujer, que enfocaba a mamá Zita sus dos ojos juntos, como los cañones de una escopeta («demasiado bonitos para ser dos», en expresión de don Trifón de la Huerta, que evitaba así, galantemente, hablar de su excesiva proximidad), era una desgracia como otra cualquiera:

—Pobre Zita; buena te ha caído.

Y mamá Zita, vejada, soliviantada, se defendía entonces y trataba por todos los medios de justificarle:

—Cuando nos casamos no era así. Telmo era un médico como los demás. Se volvió raro después, al morir mamá, cuando le dio por leer librotes y cartearse con médicos extranjeros.

Sin embargo, la confusión de mamá Zita llegó al colmo la noche en que tío Felipe Neri, asumiendo el celo de Dios, levantó el dedo índice por encima de su cabeza color ceniza y profirió el tremendo anatema:

—Lo peor es que Telmo por este camino no puede desembocar más que en el panteísmo.

Un silencio glacial envolvió la reunión. Tía Macrina levantó los hombros, frunció los labios y miró a tía Cruz; ésta sacó la puntita de la lengua, una

lengua rojo sangre, en contraste con su cara de yeso, y la pasó por el labio superior; papá León agachó la cabeza y carraspeó banalmente y, por último, mamá Zita, sin saber a punto fijo qué partido tomar, ignorando si acusaban a su marido de comunista, de francmasón o de ambas cosas a la vez, hizo tres pucheros consecutivos y rompió a llorar. Tan sólo tío Vidal, despreciando el qué diran y armándose de valor, preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de panteísmo?

Ante su pregunta escolar, tío Felipe Neri se sonrojó débilmente (la úlcera le exigía demasiada sangre para sonrojarse del todo), se tomó unos segundos para reflexionar y replicó:

—Quiero decir que si Telmo continúa correteando desnudo entre los pinos acabará adorando a los pinos; la naturaleza terminará dominándole.

Aquello era más de lo que mamá Zita podía soportar, así que, tras un profundo suspiro, se desplomó sobre el respaldo del sofá mientras tía Macrina, solícita, le soplaba dulcemente en la frente y tía Cruz la abanicaba con un abanico de guardas y varillas de marfil que había tomado de la consola:

—Querida, tú ya sabías que Telmo era más bien frío en materia religiosa.

Mamá Zita entornó los ojos de nuevo (remedando el gesto del guardián del Señor, en la copia del Giotto, en la chimenea), ahuecó los orificios de la nariz como si fuese a morirse o a estornudar y se desinfló:

—Pero ignoraba que adorase a los árboles como los monos.

Florita, la niña, no estaba al tanto de estos pormenores. Sabía únicamente, porque se lo había oído decir a tía Cruz, que papá Telmo era curandero. Y sólo cuando le preguntó a la hermana Caridad qué era un curandero y ésta se santiguó y le contestó que «una especie de brujo», se dio cuenta del alcance de la desviación de papá Telmo. Gervasio, por su parte, una vez ilustrado por su hermana, se sofocaba cada vez que mamá Zita le encarecía que pidiese por papá Telmo y, en su interior, suplicaba a Dios que su padre dejase de ser brujo, mas al día siguiente, al sorprenderlo canturreando, con la cara enjabonada (la risa roja sobre la espuma alba del jabón), descalzo sobre las baldosas húmedas del baño, advertía, acongojado, que el Señor todavía no le había escuchado.

Florita no le daba tregua, mantenía a su hermano en perpetuo sobresalto; cada tarde salía por un registro inesperado:

—Ya sé lo que es una zorra, Ger.

—¿Qué?

—Una mujer que hace pecados por dinero.

—¿Qué pecados?

—Eso todavía no me lo han dicho.

Un resplandor fugaz iluminó el cerebro de Gervasio:

—A lo mejor se lavan las manos con jabón en la pila de agua bendita.

Florita encogió los hombros:

—A lo mejor.

El niño quedó pensativo. Desde la tarde en que el Anselmo Llorente calificara de *zorra* a una de las señoritas del Friné, su cerebro no había dejado de cavilar. ¿Qué habría querido decir el Anselmo Llorente? ¿Que aquella señorita era libre como un animal silvestre? ¿Que era cauta y astuta como la raposa? ¿Que era una farsante como la zorra de la fábula? Ahora, tras los informes de su hermana, sabía más o menos a qué carta quedarse e imaginaba la casa de enfrente con una pila de agua bendita detrás de cada puerta y a las muchachas rubias enjabonándose las manos en ellas hasta las axilas y soltando risotadas irreverentes ante la mirada impasible de don Minervino, el dueño. Un día, relacionando esta imagen con las conversaciones que de tarde en tarde sostenía con tío Felipe Neri, se le ocurrió la idea de que sacrificar a aquellas mujeres pecadoras y purificar la casa de las puertas de colorines por el fuego, bien pudiera ser «una buena causa»:

—¿Hacer el infierno para ellas, para que purguen sus pecados? —indagó su hermana Flora.

—Eso.

Ver a su hermana interesada en una idea suya exaltó a Gervasio hasta el extremo de que, sin mayor demora, empezaron a planear el incendio del Friné:

—Será como defender a Dios —dijo Flora—. Como si bajara del cielo el arcángel San Miguel con su espada de fuego.

—Eso —dijo Gervasio con entusiasmo.

—Como los cruzados de la Cruzada, ¿verdad?

—Eso.

Y el jueves siguiente, tan pronto mamá Zita y papá Telmo salieron con Benigno en el Buick de papá León, Florita y Gervasio apilaron en la trasera del callejón periódicos viejos y astillas que hurtaron de la cocina de la señora Zoa, mas, apenas había prendido la llama en los papeles, irrumpió tras ellos, sin hacer ruido, el Cigüeña, el antiguo guardia urbano de la vereda que, al tiempo que pisoteaba los periódicos humeantes, los agarró a cada uno por una oreja:

—¿Es que no se os ocurre cosa mejor, buenas piezas?

Los taladraba el agente con su ojo revirado.

—Sólo era una hoguera —arguyó Florita.

—Ya veo que era una hoguera, pero si no llego a tiempo lo mismo prendéis la casa y abrasáis la cuca a las niñas del Friné. ¿Sabe esto don León?

La niña negó con la cabeza, y conforme subían el ancho tramo de escaleras por la alfombra granate, con el Cigüeña en medio, ambos temblaban, pero cuando papá León (que en la primera década del siglo había sido alcalde de la ciudad durante una larga etapa) salió al vestíbulo y llamó Gerardo al Cigüeña y levantó los brazos y le dijo familiarmente, «¿cómo te va?» y le hizo pasar al gabinete, y sentarse, y le ofreció una copa de anís y un cigarro habano y, entre copa y copa, se pusieron a hablar de sus tiempos y a evocar a don Segismundo Moret y a Poli, el Patatero, y la decidida actitud del Cigüeña aquella noche, Flora y Gervasio empezaron a tranquilizarse. Y más tarde, cuando el Cigüeña marchó, con la cara congestionada por el alcohol, propinándoles amistosos golpecitos en la cabeza y diciendo «estos diablillos», olvidado para siempre el frustrado auto de fe, Florita le preguntó a papá León:

—¿Quién era Poli, el Patatero?

—¡Ah, Poli! —dijo papá León esbozando una sonrisa de siete lustros de nostalgia entre sus ralas barbitas amarillentas—: era un patatero de la calle de la Cárcava que una noche perdió la cabeza y se encerró en su cubil con un cuchillo de cocina en una mano y un revólver en la otra y todo se le volvía decir: «A mí los valientes. Al que entre, le rebano el gañote». Yo era alcalde entonces y recuerdo que los loqueros, atemorizados, no se resolvían a ponerle la camisa de fuerza, y, en éstas, fue Gerardo y, sin que nadie se lo ordenara, saltó por la ventana, se le echó encima y lo redujo. Fue un gesto de valor el suyo y el día de la Patrona, con la guardia formada en el patio del Ayuntamiento, le impusimos una medalla —se le ablandaban las pupilas a papá León.

Gervasio volvió la cabeza perezosamente hacia él:

—¿Es un héroe entonces el Cigüeña?

—Ah ¿conque llamáis *Cigüeña* a Gerardo, eh? Pues claro que es un héroe. ¿Qué te creías? ¿Que no podía ser un héroe un guardia de la porra?

V

Adormecido, seguía oyendo las voces retumbantes de papá Telmo y, acto seguido, sin solución de continuidad, mezclados con sollozos, los ruegos de mamá Zita, y de nuevo papá Telmo, imponiendo su vozarrón, y, otra vez, el llanto sofocado de mamá Zita, sus súplicas encarecidas, en un runrún confuso, de manera que cuando Gervasio abrió los ojos definitivamente y oyó el silencio, no supo a ciencia cierta si aquella discusión con sordina había sido un hecho real o lo había soñado. Se encaminó a la cocina:

—¿Dónde están los papás?

—Se fueron de viaje, corona.

—¿Dónde, Zoa?

—Con tus tíos, a la Granja, a ver correr las fuentes.

—¿Y por qué riñeron esta mañana?

—Regañaron por ti.

—¿Por mí, Zoa?

—A tu papá no le gustaron los disfraces que te regaló tu tío. Le mandó a Clemente que los quemara.

Clemente el sordomudo, el hijo del señor Pedro, el conserje, cuidaba con esmero el pequeño jardín de la trasera de palacio. Tenía el cabello y las cejas blancos, un pelo de consistencia trabada como el algodón, albinismo que a juicio de la señora Zoa provenía de un susto, pero en cierta ocasión que Gervasio le hizo reparar en que Frutos, su hermano, también era pelicano, la señora Zoa arguyó que tal vez el del susto hubiera sido su abuelo, ya que estas cosas, por capricho del destino, salían a relucir cada dos o tres generaciones. Paciente, primoroso, de rara habilidad manual, Clemente podaba rosales, injertaba arbustos, esparcía tierra vegetal en los arriates y, en general, cumplía su misión con lenta eficacia y una boba sonrisa complacida bailándole en el rostro. Aquel reducto verde, recluido entre las galerías de las casas de Giralda (que en su día motivaron un contencioso porque, según don Vicente Colino, cronista de la ciudad, rompían el carácter monumental del barrio), la trasera del Gobierno Civil y las tapias del jardín de las Brígidas, encerraba una honda significación para Gervasio. Por sus paseos había discurrido su primera infancia y no había rincón, árbol, piedra o arbusto que le fuese ajeno. En la pequeña glorieta circundada por un seto de boj (que Clemente, con exceso de celo, mantenía a raya mediante recortes semanales innecesarios). Gervasio había aprendido a andar y a montar en bicicleta. Posteriormente había jugado al escondite por el jardín con los hermanos Bidegaín (Fefa y Arturo) antes de

que la serrería de don Arturo quebrase y tuvieran que regresar a Toulouse junto al abuelo paterno. Otra referencia obligada: la vieja morera que sombreaba la explanada de las cocheras (en la que papá León mataba estorninos con una carabina de nueve milímetros y bajo la cual, en el buen tiempo, leía después de comer papá Telmo, sentado en una butaca de mimbre), con cuyas hojas alimentaba a los gusanos de seda al llegar la primavera. Y el estanque circular, revestido de hojas muertas, que Clemente utilizaba para el riego y donde Flora y él atrapaban renacuajos que luego conservaban en una urna de cristal hasta que les crecían las patas y se convertían en ranas. O la grutita de rocalla, bajo el arco vegetal, con la imagen en blanco y azul de la Virgen de Lourdes, a la que rezaban devotamente el rosario las tardes luminosas de mayo, arrodillados en el césped.

Gervasio, acodado ahora en el balcón del cuarto de los armarios, miraba todo esto indiferente, los ojos fijos en Clemente apilando al pie del balcón las ropas militares de tío Felipe Neri. Y una vez que terminó de amontonar guerreras y capotes, el jardinero, como si culminara una ceremonia fúnebre, cubrió todo con la capa azul celeste (los rígidos alamares azul marino en el cuello), sacó un bidón del garaje, lo roció con gasolina y le prendió fuego. Gervasio no se alteró. Contemplaba la hoguera con la misma pasiva curiosidad con que observara dos semanas antes el presente del tío Felipe Neri, recreándose en las llamas, ajeno al motivo que las provocaba. Le fascinaba su brillo, su caprichoso caracoleo, el humo componiendo formas monstruosas en el aire, la resistencia al fuego de galones y brandeburgos y, finalmente, tras un furioso flamear, el círculo de blancas pavesas a que quedó reducido todo, excepto las botas de campaña, tiesas y negras en el centro, con los acicates puestos. Como reclamado por la intensidad de su mirada, el sordomudo levantó los ojos hasta el balcón y vio al niño, el mentón apoyado en el balaustre de hierro, atento e inmóvil. Le sonrió:

—¿Por qué lo quemas, di? —preguntó Gervasio.

Sin dejar de sonreír, Clemente emitió unos sonidos inarticulados, acompañados de expresivos ademanes:

—¿Te lo mandó papá Telmo?

El mudo asintió con torpes aspavientos. Apenas tendría veinte años, pero el cabello cano, la tez salpicada de pecas, le avejentaban. Continuaba sonriendo al recoger las cenizas con una pala y, cuando volvió a mirar a lo alto, Gervasio había desaparecido. La señora Zoa y la Amalia charlaban en la cocina y no repararon en la irrupción de los niños:

—Y el Rodolfo Francisco ese, ¿es de por aquí?

—Del barrio de San Juan; nacido y criado, señora Zoa, sólo faltaría. No quiera saber, ¡tan plantado! Más de tres días lleva bailando y como si tal cosa.

La vieja se iba contagiando del entusiasmo de la otra. En unos segundos trazó el plan de la tarde: al abuelo, que era comprensivo, le dejarían el vaso de leche con las galletas sobre el aparador, advirtiéndole que iban donde su cuñada para que no les aguardase. De este modo podrían permanecer en el Novelty hasta las nueve de la noche sin que nadie les echara en falta:

—Pero ¿se puede saber de qué estáis hablando? —terció Florita, harta de tanta palabrería sin sentido.

—De un concurso de baile, bonita —aclaró la Amalia, sin disimular su exaltación—. El Rodolfo Francisco, un chico de aquí, ha desafiado al Breslau, el campeón de Europa, a ver quién aguanta más. Desde el miércoles llevan dando vueltas como peonzas y el Rodolfo Francisco no se rinde. ¿Qué te parece?

La niña empezó a mostrar interés:

—¿Y bailan solos?

—Solos o acompañados, mira. Si tú quieres no tienes más que subir al escenario y echan un baile contigo.

Gervasio observaba a una y otra sin acabar de comprender:

—¿Y es que Rodolfo Francisco no come?

—¡Qué hacer!, pero sin parar de bailar; come mientras baila porque aquel que se pare está perdido.

—Y… y… y ¿no va al retrete el Rodolfo Francisco?

La Amalia se echó a reír, con aquella su risa descarada, tan bullanguera y jovial:

—El que vaya al *water* también pierde, bonito. Han de hacerlo en una lata. Pero como comen poco y sudan mucho pues a ver, apenas les aprieta la necesidad.

Los barrios populares hervían aquella tarde, vivían el reto de Rodolfo Francisco como cosa propia y las calles próximas al teatro se veían atestadas a toda hora. Era una multitud inquieta y fluyente, versicolor, siempre la misma y siempre distinta, como las aguas de un río. Unos grupos entraban en el local, a animar al ídolo, mientras otros salían a la calle a respirar, comentando su resistencia, sopesando sus posibilidades. El hecho de que el joven hospiciano Rodolfo Francisco, ojeroso y desmedrado, hubiese desafiado al campeón de Europa, un rubio jayán, era ya un acontecimiento que hacía reventar sus pechos de orgullo patrio. En rigor, el Rodolfo Francisco, aun con

leves desfallecimientos, aguantaba bizarramente al campeón, sonreía a duras penas con una sonrisa desdibujada, y, de cuando en cuando, refrenaba su ritmo para recobrarse. El Breslau, por su parte, brincaba, volteaba, hacía cabriolas, levantaba a su pareja en el aire, en un alarde de potencia física. En los corrillos, la gente opinaba a media voz:

—Físicamente, el forastero está mejor preparado, las cosas como son. El Rodolfo Francisco no puede ya con su alma.

Pero la señora Zoa, la Amalia y los niños no perdían la fe en su representante. Habían logrado forzar el bloqueo de la puerta y, plantados en el pasillo central, contemplaban sin pestañear las evoluciones de los bailarines en el escenario. El alemán parecía, en efecto, más terne, pero nada estaba decidido aún, todo cabía esperarlo del pundonor del Rodolfo Francisco. El teatro era un horno. De la barroca lámpara del centro pendían gallardetes y serpentinas y en los apliques laterales ondeaban banderas españolas y alemanas. A través del humo de los cigarrillos y el polvo en suspensión se divisaba el proscenio, ornado con banderas y cintas de colores, ceñido por una colgadura e iluminado por cuatro potentes focos. Relevándose en breves períodos, media docena de músicos tocaban afligidamente en el foso bailables pegadizos que algún sector del público coreaba con pasión. De pie, en el pasillo, Gervasio entornaba los ojos escocidos:

—¿Quién es el Rodolfo Francisco, Amalia?

—El del chaleco negro y las alpargatas, el moreno, el más flaco, ¿es que no lo ves? ¡Madre, qué majo está!

Aprovecharon la salida de un grupo para sentarse. La superioridad de Breslau, con sus rubias melenas al aire, danzando con dominio y arrogancia, era notoria. El Rodolfo Francisco, muy pálido y tenue, le replicaba, seguía el ritmo en tono menor, aunque, en ocasiones, sobreponiéndose a la fatiga, hacía un giro sobre sí mismo arrancando aullidos de entusiasmo en la multitud. De momento, ambos bailaban un tango, las parejas avanzaban hasta las candilejas deteniéndose en el mismo borde de la escena, y reculaban luego, subrayando sus pasos, avivando con un lascivo contoneo la cadencia de la pieza, displicentes ellos, desmelenadas las muchachas, sudorosos ambos, dos medias lunas de humedad bajo las axilas.

Y el público, siempre renovado, enfervorizado, gritaba, rugía, aplaudía, silabeaba a grandes voces el nombre de su paisano:

—¡Ro-dol-fo, Ro-dol-fo, Ro-dol-fo!

De vez en cuando alguno, más exaltado, arrojaba al tablado algún objeto (gorras, sombreros, botas de vino, petacas) y refrendaba estentóreamente su

gesto:

—¡Viva la madre que te parió!

Junto a la Amalia se sentaba una mujer joven (con un niño mofletudo, dormido entre los brazos) que no hacía más que asentir con la cabeza y repetir:

—Madre, y así cuatro días con cuatro noches, que se dice pronto.

Gervasio, entre las dos mujeres, observaba las evoluciones del Rodolfo Francisco, su descolorida tez, las abultadas ojeras que sombreaban sus ojos:

—El Rodolfo Francisco está muy cansado, Zoa; me parece a mí que va a perder.

Un hombrón del pueblo, con la boina calada, volvió la cabeza desde la fila delantera:

—Aguarda, chaval; al español lo que le falta en posturas le sobra en redaños. Ya veremos quién pierde.

Un hombre consumido, en mangas de camisa, con pantalón marrón y tirantes rojos, surgió de entre las bambalinas, se llevó a los labios una bocina verde, mayor que la del gramófono de papá León, y voceó:

—¡Atención, señoras y señoritas! Aquellas de ustedes que deseen bailar una pieza con cualquiera de nuestros dos grandes campeones, tengan la amabilidad de subir a escena. Están a punto de cumplirse las cien primeras horas de competición.

La Amalia no vaciló:

—Eche un ojo a la cartera, señora Zoa. Yo no me pierdo un chotis con el Rodolfo Francisco —se incorporó.

—¿Y el Anselmo Llorente?

—A ése que le den tila.

—¿Y si luego os arregláis?

Pero la Amalia ya estaba en el pasillo, iniciando el trasiego entre la platea y la escena, donde las nuevas parejas reanimaban a los bailarines, hasta el punto de que, cuando el Rodolfo Francisco ciñó la breve cintura de la Amalia y la chica, arrastrando levemente la pierna derecha, echó hacia atrás la cabeza levantando sus cejas diabólicas, entreabriendo sus labios rojos (tan descotada y ceñida, tan insinuante), sonriendo al respetable, una voz potente gritó desde el paraíso:

—¡Con la coja vas más ligero!, ¿eh, Rodolfo?

La mujer joven del niño en brazos se volvió hacia la señora Zoa, parpadeó varias veces como si le picasen los ojos, y preguntó, señalando el proscenio con un movimiento de cabeza:

—¿Es su compañera?

—Sí, es mi compañera.

—Pues ya es exagerada, ya. Se ve que la cojera no la acobarda.

Arreciaban los gritos y el Rodolfo Francisco, con la Amalia entre los brazos, giraba sin pausa, sosteniéndose a veces sobre la punta de un pie, pero la luz de sus ojos, bajo el ensortijado cabello, era cada vez más mortecina. Empero la Amalia, cuando regresó, muy oronda, a su butaca, manifestó que el Rodolfo Francisco estaba entero, que era un hombre muy hombre y que el resultado del desafío estaba por ver. Muy agitada y nerviosa, se arregló el pelo y el escote, se empolvó las mejillas sudorosas, sonrió como para sí con íntima complacencia, y les dijo a los niños:

—De esto ni una palabra a la mamá, ¿habéis oído?

Y, por encima de las cabezas de los pequeños, advirtió a la señora Zoa:

—Y si acaso me arreglase con el Anselmo Llorente no le vaya usted a ir con el cuento. ¡Menuda las gasta ése!

Concluidos los bailes con las espontáneas, el hombrecillo de los tirantes rojos consultó con el jurado, a un costado del escenario, cambió una impresión, uno por uno, con los cinco miembros que lo componían, y se aproximó de nuevo a las candilejas con la bocina:

—Distinguido público —anunció—: tengo el honor de comunicarles que los dos campeones acaban de rebasar el tope de cien horas establecido por el jurado y, en vista de que ambos permanecen en liza, éste da por terminada la competición con el resultado de empate. Cien horas para el campeón europeo Herman Breslau y cien horas para el representante español Rodolfo Francisco. ¡Un fuerte aplauso, señores espectadores, para ambos campeones!

Algo así como un trueno horrísono, interminable, estalló en el teatro; una ovación unánime, ensordecedora, apostillada con voces desgañitadas (¡Ro-dol-fo, Ro-dolfo, Ro-dol-fo!) y flamear de pañuelos, bufandas y prendas de abrigo, mientras los bailadores se adelantaban hasta el proscenio, sonriendo, saludando, y la mujer del niño en brazos, complacida por el fallo, reconocía ante la señora Zoa:

—Han echado una manita al de casa como debe ser, ¿no le parece?

Mas el hombrecillo de los tirantes rojos, creyendo advertir cierto desencanto en la cara del alemán, le puso la bocina verde en la boca, circunstancia que aprovechó el Breslau para dirigirse a la concurrencia:

—Mí acegtag veguedicto jugado y felicitag advegsaguio Godolfo. Pego en atención a este guespetable público, mí continuag una hoga más valsando.

Entonces, inesperadamente, ocurrió todo.

Tras el cortés aplauso con que fueron acogidas las palabras del alemán, el Rodolfo Francisco, extenuado, reclamó a su vez la bocina y con voz entrecortada declaró que también él seguiría bailando una hora más, en homenaje al público, porque —concluyó, elevando la voz mediante un esfuerzo—: «lo que haga un alemán, también puede hacerlo un español». Una ovación atronadora remató sus palabras, la orquestina inició el pasodoble *España cañí*, y en las localidades altas, entre bravos y vítores a España, los espectadores empezaron a arrancar las banderolas de los apliques y a agitarlas en el aire, en un clima enloquecido de exaltación patriótica, y, entre el clamor, los hurras, el flamear de banderas y la música pujante, Gervasio, puesto en pie, fuera de sí, rompió a aplaudir, a corear con calor los vítores a España, hasta que, inopinadamente, sintió una sacudida en el colodrillo, y, al mismo tiempo, como el filo de una navaja barbera recorriéndole la espina dorsal, en tanto le nacía en la piel una energía autónoma, fría, eréctil, y una sensación extraña en la cabeza, como si alguien lo destocase, lo despojase de un sombrero demasiado prieto y tirase de sus cabellos hacia arriba. Gervasio quedó inmóvil, asido a la butaca delantera, sobrecogido, los pelos disparados como cohetes, pero el público, pendiente de los bailarines, no reparó en él, hasta que el niño de la vecina, al descubrir su cabeza aleonada, emitió un alarido adulto y, restregando su carita contra el regazo de su madre, prorrumpió en un llanto convulso, lo que indujo a ésta a recoger la mirada y toparse, asimismo, con la enorme cabezota de Gervasio. Gritó la joven madre, los ojos desorbitados y, sin dudarlo un momento, puesta en pie, aterrorizada, protegiendo al niñito con sus brazos, huyó, chillando, por el extremo opuesto de la fila. Pero antes de que alcanzara el pasillo, la señora Zoa, estupefacta, zamarreaba ya a Gervasio, le propinaba cautos sopapos en las mejillas, intentando volverlo en sí:

—¡Habrase visto! ¿Puede saberse qué te pasa? ¿Por qué te pones así?

Por su parte, la Amalia, encogida en la butaca, las manos en las mejillas, sollozaba:

—¡Mire qué cabeza se le ha ido a poner al niño, señora Zoa! ¿Qué le vamos a decir ahora a la señora?

Entretanto, Gervasio, sus ojos grisamarillentos fijos en el escenario, se iba distendiendo conforme remitía el delirio del público, cedía la fuerza helada que escarapelaba su piel y, con ella, la tirantez de sus cabellos, que, paulatinamente, se iban asentando, devolviendo a la cabeza su configuración normal. La vecina escapaba ya por el lateral hablando sola, acunando al niño que no cesaba de berrear, lanzando sobre Gervasio furtivas miradas de

hostilidad. Arriba, aún sonaban algunas exclamaciones esporádicas, incluso algún que otro rezagado «¡Viva España!», pero el paroxismo iba decreciendo y, con él, el transporte de Gervasio, identificado con el ambiente, transido y fatigado. La señora Zoa, tratando de protegerlo, lo había cogido en brazos:

—Anda, corona, duérmete. —Y tan pronto el niño entornó los ojos, se dirigió autoritaria a Florita—: ¿Qué es lo que le ha pasado en la cabeza a tu hermano, di?

—¡Yo qué sé, Zoa! A lo mejor es eso de héroe que dice papá León.

—¿Es que los héroes se ponen así?

—¡Que yo no lo sé, Zoa! ¿Cómo quieres que te lo diga?

Una hora después, al grito de «¡Ro-dol-fo, Ro-dol-fo, Ro-dol-fo!», la multitud asaltó el escenario, acomodó al despernado muchacho sobre los hombros de un mozallón de cortas extremidades y, de esa guisa, seguidos por un vocinglero grupo de incondicionales, que vitoreaban al campeón, abandonaron el local entre fervorosos aplausos, que siguieron luego a lo largo de la calle y no cesaron hasta que el Rodolfo Francisco, a hombros, rodeado de una joven multitud enardecida, hizo su entrada triunfal en el barrio.

VI

En la casa en tinieblas apenas se oían los crujidos del entarimado bajo los muebles macizos y, lejos, amortiguada por los cristales de los balcones, la voz arrastrada de un borracho cantando en el callejón, ante la iglesia de Santa Brígida. La Amalia encendió la luz del vestíbulo y se detuvo un momento, escuchando:

—A tu abuelito ni se le siente. No se habrá acostado, ¿verdad?

La Amalia trataba de congraciarse con el pequeño, a quien, de regreso a casa, excitada aún por los acontecimientos de la tarde, había regañado en el tranvía:

—Y tú, ¿a qué ton haces esas boberías? No se te puede llevar a ninguna parte.

—Yo no las hago, Amalia.

—Estamos apañados; las haré yo entonces.

—Yo no las hago, Amalia —repitió el niño—. Me pasan.

Ahora la chica taconeaba briosamente por el pasillo para llamar la atención del viejo, pero al llegar al comedor y ver la merienda intacta, sobre la bandejita de plata, tal como la había dejado, y no escuchar su voz, algo como un oscuro presentimiento atravesó su cabeza. Volvió sobre sus pasos y requirió a Gervasio:

—Anda, ve donde el abuelito y pregúntale por qué no ha tomado la leche, que si está enfermo.

Al pulsar el interruptor, el niño lo descubrió, derrumbado sobre la alfombra de nudos, en la cabeza la boina roja del General, los lentes rotos junto a la pata de la mesilla, el brazo izquierdo engarabitado bajo su pecho. No se resolvió a franquear el umbral y pidió ayuda a grandes voces:

—¡Zoa, Amalia, Flora, venid, papá León se ha muerto!

Arrodilladas junto a él, fue la vieja la primera en advertir que todavía alentaba:

—Anda, Amalia, ve de una carrera a avisar a don Justino.

La boina se le había caído y Gervasio se la volvió a poner sobre la frente y la señora Zoa, nerviosa, le reprendió, que no jugara con estas cosas, y Florita se echó a llorar, que le daba miedo, y, en tanto Gervasio procuraba consolarla, papá León se rascó la barba con la mano izquierda haciendo patente la parálisis de la derecha, y, entonces, la niña se llevó las suyas a los ojos y les volvió la espalda, chillando:

—¡Papá León se ha muerto por la mitad!

En ese instante, irrumpieron atropelladamente en la alcoba don Justino, mamá Zita y el resto de los excursionistas, que habían coincidido en el portal, y la primera medida del doctor fue apartar la boina del enfermo, pero Gervasio le advirtió que era su voluntad morir con ella puesta y mamá Zita, presa de un temor supersticioso, pretendió colocársela de nuevo, con tan mala fortuna que le tapó los orificios de la nariz y, entonces, papá León estiró por dos veces la pierna izquierda y el médico la reconvino:

—Cuidado, señora, puede usted asfixiarlo —con una rodilla en el suelo, levantó los ojos hacia los tíos que le acechaban y añadió—: ¿Pueden ustedes dejarme unos minutos a solas con el enfermo?

Un cuarto de hora más tarde, mamá Zita se presentó con los ojos llorosos en el salón, donde los tíos se habían reunido:

—Una hemiplejía —aclaró—: dada su edad, don Justino no cree que salga de ella, pero, si saliese, sería en una silla de ruedas.

Las tías y Crucita rompieron a llorar, los hombres dejaron de discutir bajo la campana de la chimenea, y tío Felipe Neri arrugó el hociquito como si le amagase la náusea y se derrumbó en el diván bisbiseando, los cristales de los lentes empañados, y en tanto papá Telmo le atendía, aflojándole el cuello de la guerrera y la pretina del pantalón, tío Vidal daba vueltas alrededor de la sala, soslayando los muebles, elevando los ojos al techo, pasándose de cuando en cuando la blanca mano del solitario por la sonrosada calva. Tío Felipe Neri suspiró y dijo débilmente:

—Gracias, Telmo.

Papá Telmo se incorporó y se dirigió al grupo de mujeres. Apuntó con dignidad profesional:

—Estos episodios suelen prolongarse. No son cosa de un día ni de dos —miró a tío Felipe Neri y añadió—: convendría organizar turnos de vela antes de que todos terminemos agotándonos inútilmente.

Y allí mismo se establecieron los turnos de vela, por parejas, procurando armonizar éstas por edad y sentido de la responsabilidad: tía Cruz y tío Felipe Neri, tía Macrina y tío Vidal, mamá Zita y la señora Zoa, y Crucita y papá Telmo. Una pareja velaba, día y noche, al enfermo y las restantes dormitaban o vagaban por la casa como sombras, en espera de su turno, pendientes de las novedades que llegaban de la alcoba, por lo general fútiles e insignificantes:

—Papá ha movido un párpado.

—Al abuelo se le ha escapado un viento.

—A veces da la impresión de que quiere escribir algo con la mano izquierda. ¿Por qué no le damos un lapicero?

Nada, fruslerías, ningún cambio fundamental. Papá León yacía inmóvil, tumbado del lado derecho y, con cierta frecuencia, se llevaba la mano izquierda hasta la barba y la atusaba de arriba abajo. Nadie volvió a retirarle la boina («Es su última voluntad y, por encima de todo, debemos respetarla», había sentenciado mamá Zita), pero la presión de la almohada o el peso de la placa dorada («Dios, Patria, Rey») la desequilibraban y el vigilante de turno volvía a enderezarla, pero la falta de colaboración del enfermo hacía que se torciese de nuevo, le volara sobre los ojos a modo de visera, de tal forma que papá León, moribundo, le recordaba a Gervasio al renegrido piñero que cada sábado recorría las rúas del viejo barrio pregonando su mercancía. Don Justino, que visitaba a papá León mañana y tarde, sugirió un día poner la boina en la mesilla de noche, sobre la jarra del agua, para que la viera si abría los ojos, pero mamá Zita argumentó que, antes de darle el ataque, su padre se la había puesto en la cabeza, lo que denotaba su deseo, argumento que don Justino ponía en duda puesto que «estos accidentes circulatorios eran tan fulminantes que no daban tiempo a ponerse o quitarse nada y, por tanto, lo más probable era que el abuelo estuviera enredando con la boina cuando le sorprendió el trombo. —Mamá Zita no dio su brazo a torcer y tan sólo se avino a destocarle unos minutos—, por respeto al Señor», cuando don Urbano subió de la parroquia para administrarle la Santa Unción.

Fuera de las horas de colegio, con la familia pendiente del abuelo, Gervasio discurría por la casa como huido. Muy afectada, Flora lloraba, comía poco, padecía insomnios, pero él vivía aquel proceso como si fuera repetido, como si lo hubiera vivido anteriormente. Por otra parte no había conseguido recuperarse de la impresión de su nuevo trance en el Novelty y si, tras la primera manifestación del signo, se había sentido orgulloso de su peculiaridad, hasta el punto de pavonearse ante los suyos como un Guzmán el Bueno redivivo, ahora, tras la experiencia en el teatro, se sentía abochornado, le humillaba que su aspecto externo pudiese hacer llorar a los niños y ahuyentar a los adultos. La Amalia, cada vez que él se refería a ello, apostillaba:

—Como un gato delante de un perro, así te pusiste, bonito, ¡madre, qué pelos!

Por añadidura, el hecho de que el segundo repeluzno se hubiera producido en un concurso de baile, activado por un pasodoble, le llevaba a dudar del carácter trascendente del rapto. A la salida del Novelty, en el tranvía, después de reñirle la Amalia, había pensado que quizá papá León pudiera resolver sus dudas, pero al encontrarle agonizante, desplomado a los pies de la cama, el

niño, sin mayor razón, estableció entre ambos acontecimientos una relación de causa a efecto. En los días que siguieron, continuó atosigándole el hecho de que la crispadura le asaltara en un espectáculo frívolo, siquiera su pueril discurso no dejara de reconocer que en el teatro habían flameado banderas, habían sonado aclamaciones, se habían producido vivas a España, todo ello acompañado por una musiquita galopante, enardecedora, lo que, sin duda, había despertado en su pecho sentimientos patrióticos. Tío Felipe Neri, olvidado por unos momentos del enfermo, la tarde que Gervasio le dijo que había vuelto a sucederle *eso* y que si, por casualidad, España era, por sí sola, una buena causa, se mostró muy excitado, sacó el pañuelo blanco del bolsillo, frotó con él los cristales de sus lentes, posó la palma de la mano en la boca del estómago como para conjurar la náusea y dijo:

—Después de Dios, hijo mío, España es la causa más alta.

—¿Es España la patria?

—Así es, Gervasio. España y la patria son una misma cosa.

—¿Para toda la gente?

—Entendámonos, España es la patria de los españoles; para un francés, la patria sería Francia, y Alemania para un alemán.

—¿Es que cada persona tiene una patria?

—Naturalmente; depende del lugar donde haya nacido.

El niño pensaba en el Breslau:

—Y si un alemán hace algo por España, ¿ya no es un héroe?

—Depende —dijo tío Felipe Neri midiendo mucho las palabras—. Si lo hiciera por España pero en contra de Alemania, hasta podría ser un traidor.

—¿Un traidor?

—Entiéndeme, hijo —arguyó procurando paliar la decepción que sus palabras producían en el pequeño—: hay ocasiones en la vida en que la frontera entre el heroísmo y la traición es tan tenue como un papel de fumar.

—Pero ¿es que se puede ser héroe y traidor al mismo tiempo, tío?

La mano inquieta, lampiña, de tío Felipe Neri fue subiendo del estómago a la barbilla y acarició ésta mecánicamente, dos o tres veces, meditativo. La pugnaz mirada de Gervasio le resultaba abrumadora:

—Bien, quizás seas aún muy niño para comprenderlo, pero puede llegar a producirse esa aparente contradicción que dices: ser héroe para unos y traidor para otros, según se considere el gesto desde un lado o desde el otro —aclaró el tío Felipe Neri. Y agregó en un débil tono de voz—: De hecho, la historia del mundo está llena de esos contrasentidos.

Le subieron las aguas a la boca con tal apremio que tuvo que llevarse el pañuelo a los labios para evitar el afloramiento. Por la noche, después de cenar, se sinceró con su cuaderno de pastas de hule: «Estoy en un aprieto. Esta tarde, al tratar de aclararle algunas ideas, he confundido a Gervasio, mi sobrinito. Perfilar el concepto de *buena causa* acarrea problemas al pequeño. En primer lugar, el hecho de que la nacionalidad, el azar de haber nacido en un lugar o en otro, determine la patria de cada cual, le decepciona. Días atrás le sobrevino un nuevo trance al oír vitorear a España y no admite que franceses y alemanes permanezcan insensibles ante estas aclamaciones. Rechaza, por otro lado, la ambigüedad del acto heroico, según se le mire por el haz o por el envés. Él desearía el acto heroico en estado puro y la traición pura; blanco y negro, sin matizaciones. Ante la complejidad del problema, prefiere cerrar los ojos. ¿Cómo orientarlo? ¡Ilumíname, Señor!».

Al día siguiente, en el turno de vela de mamá Zita, papá León abrió un instante su ojo izquierdo, la miró pícaramente, como si le guiñase el otro, y pronunció una sola palabra, pero con la misma avidez con que un sediento reclamaría agua:

—¡Música!

Volvió a cerrar el ojo y quedó en la misma postura fetal, apacible, que solía adoptar. Mamá Zita recorrió la casa en triunfo, difundiendo la buena nueva:

—¡Papá ha abierto un ojo! ¡Papá ha abierto un ojo!

Pero cuando tía Cruz, esperanzada, le formuló la pregunta obligada: «¿Y qué?, —mamá Zita perdió pie, vaciló, tartamudeó, y terminó reconociendo—: Pues eso, que ha abierto un ojo, ha pedido música y lo ha vuelto a cerrar».

—¿Ha pedido música papá? Pero algo más habrá dicho.

—Sólo ha dicho música, Cruz, pero con tanto ardor como si en ello le fuese la vida.

En aquella atmósfera tensa, rutinaria, de nimias novedades, la voz del moribundo reclamando música se impuso como una orden. En contados segundos, papá León tenía el fonógrafo, la gran trompa de latón y los estuches de cilindros a su disposición, sobre la cómoda. Diríase que los allegados estimaban la obediencia ciega como inexcusable punto de partida de una posible recuperación, mas papá Telmo les advirtió que no se ilusionasen, que el enfermo seguía en coma y que seguramente el episodio de la música no era más que un acto reflejo sin incidencia alguna en la enfermedad. Empero, mamá Zita insistía en que en su pupila había lucidez cuando pidió música y que, por tanto, tendría música. Consecuente con sus palabras, unos segundos

después sonaron en el pasillo y las habitaciones contiguas los compases rasposos de *Boinas rojas*. El escalofrío sorprendió a Gervasio a la puerta de la alcoba y, tan pronto sintió en la morra los aletazos del cabello pugnando por erizarse, se apresuró a refugiarse en el cuarto de jugar, donde no alcanzaba la música del fonógrafo. Era la primera manifestación de desconfianza que experimentaba hacia sí mismo. ¿Por qué se ocultaba? ¿Por temor a que papá Telmo lo descubriera o por miedo a su metamorfosis? ¿Por repugnancia instintiva hacia su mutación física o para no desviar la atención general concentrada en el enfermo? Gervasio lo ignoraba pero permaneció encerrado en el cuarto de juegos durante horas (ya que mamá Zita empalmaba los cilindros sin pausa) y, en lo sucesivo, cada vez que los amagos de crispadura se repitieron, adoptó la misma precaución.

A los diez días de caer enfermo, papá León falleció. De madrugada, tío Felipe Neri recorrió los dormitorios convocando a todos junto a su lecho, pero cuando llegó el primero (mamá Zita) papá León ya había expirado. Tía Cruz, en señal de duelo, levantó la aguja del fonógrafo y el silencio se hizo tan denso que el color rojo de la boina, en contraste con la albura de las ropas de cama (que la señora Felipa restregaba diariamente en la artesa de zinc de la galería), adquirió una vibración sonora. Con el alba, se presentó don Trifón de la Huerta, conmilitón de papá León, con su provocadora barba marxista, sus botines grisverdosos de ante, su blanco cuello almidonado y su sombrero hongo, y sin saludar a nadie, colocó el rollo del *Oriamendi* en el carro del fonógrafo, se cuadró a los pies del difunto, entre dos cirios (el codo izquierdo en la cintura y el bombín negro en la mano), carraspeó, buscó por dos veces el tono en su garganta y cantó, al fin, a media voz, dejándose llevar por el sonsonete de la banda del Requeté Navarro:

Adelante, batallones,
la victoria nos espera,
luchemos como leones
defendiendo la bandera.
¡Cueste lo que cueste
se ha de conseguir
que vuelva el Rey de España
a la Corte de Madrid!
Por Dios, por la Patria y el Rey
murieron nuestros padres;
por Dios, por la Patria y el Rey,
moriremos nosotros también.

Al concluir, se acercó a mamá Zita y tomó cálidamente su mano derecha entre las suyas, al tiempo que daba un taconazo y dibujaba una profunda reverencia:

—Excúseme, señora —dijo—; era un viejo pacto entre los dos. Su padre de usted y yo habíamos acordado que el superviviente honraría al difunto, como en los tiempos heroicos, con los acordes de nuestro himno. Por desgracia yo ya no tendré esa suerte. A sus pies, señora. Le acompaño a usted en el sentimiento.

Uno a uno cumplimentó a todos los presentes y salió de la alcoba. Gervasio observaba la faz de papá León, sus rasgos minerales, color ceniza, pero ni en ese momento ni al día siguiente, en Santa Brígida, durante el funeral, ni en la despedida del duelo a la puerta del templo, cuando media ciudad desfiló conmovida ante sus deudos, derramó una sola lágrima. Se limitó a seguir al cortejo como un autómata (con el mismo escepticismo con que lo hacían los viejecitos del asilo, los hachones en sus manos sarmentosas), como si aquel que yacía en el ataúd nunca hubiera tenido relación con él. Tío Felipe Neri, que no le quitaba ojo, lo encontró seco, circunspecto, pero no afligido, y, si había aflicción en él, la dominaba, se esforzaba con éxito para no manifestarla. También tía Cruz había reparado en la impasibilidad del niño, en el rígido control de sus sentimientos y, de regreso a casa, se confió a su marido:

—¿Te has fijado, Felipe? Gervasito no ha derramado una sola lágrima por su abuelo.

Tío Felipe Neri asintió, caviloso, y tan pronto terminó de cenar se sentó en el buró, abrió el cuaderno de pastas de hule, dibujó arriba una cruz y escribió: «Anteanoche falleció papá León, y su nieto, Gervasio, pese a la efusividad, a las cordiales relaciones que siempre existieron entre ellos, no ha derramado una lágrima. Pasivo, árido, casi hierático, asistió a las exequias como un extraño. Su madre se duele de lo que juzga insensibilidad, pero ¿qué razones le asisten para una imputación semejante? Los elegidos (precisamente por serlo) estiman deleznable lo efímero, incluida la misma vida. Héroes y mártires fueron seres despegados, aparentemente indiferentes ante la muerte. Tamaño desasimiento afecta, con mayor motivo aún, a lo que pudiéramos llamar bienes terrenales, incluidos seres queridos. ¿Por qué no considerar a Gervasio entre los elegidos? No olvidemos que el pequeño aceptó con resignación espartana la incineración de los uniformes militares que yo le regalé… Es un indicio…», etc.

Impensadamente, el domingo siguiente, después de comulgar, cuando mamá Zita le susurró al oído «Hoy pide especialmente por papá León que tanto te quiso en vida y no pudo confesarse», Gervasio entrevió por unos segundos a su abuelo desnudo, retorciéndose entre las llamas del infierno (las barbas, como la zarza bíblica, ardían sin consumirse), gesticulando, invocándole a grandes voces, y, ante visión tan espeluznante, un ahogado sollozo le oprimió la garganta. Cerró los ojos contra el antebrazo apoyado en el banco y así se estuvo llorando (según versión imparcial de mamá Zita) «hasta que concluyó la misa de doce y el gordo Severo salió de la sacristía con el matacandiles, con intención de cerrar la iglesia. —Tío Felipe Neri, al ser informado de la novedad, se apresuró a poner al día las notas de su cuaderno—: Seis días después del fallecimiento del abuelo, Gervasio ha llorado por él; ha llorado acongojado, hasta vaciarse, durante más de tres horas. El desapego que su madre le atribuía no está, pues, justificado ni aun por motivos místicos. El pequeño presenta una dualidad inequívoca, pero es evidente que el signo no le ha deshumanizado. Tal vez es aún demasiado niño, pero no deja de resultar ilógico que la muerte en sí no le conmueva y, en cambio, su recuerdo, una semana más tarde, le induzca al llanto».

VII

El fallecimiento de papá León produjo un vacío en el viejo casón de los condes de Pradoluengo, vacío que Gervasio percibía, como percibía, asimismo, aunque de manera difusa, el abierto conflicto entre mamá Zita, tía Cruz y tío Vidal sobre quién de los tres había de heredarlo. A raíz de la muerte de su padre, tío Vidal empezó a llamar *palacio* a la casona, seguramente para justificar la elevada compensación que había de percibir aquel a quien no se le adjudicase y que, teniendo en cuenta el apego de mamá Zita hacia la casa, muy bien podría ser él:

—La ciudad no deja de crecer, hermana, y Pérez Mínguez, el contratista, pagaría hoy una millonada por este solar.

Pero mamá Zita se implaba y aducía que aquella casa había sido su cuna y, aunque muriera en la indigencia, deseaba que fuera también su sepultura. Ante su escatológica aspiración, tío Vidal acuciaba a sus hermanas con los derechos reales, con los requerimientos de la Hacienda pública, aunque tía Cruz y mamá Zita argüían que para eso estaban las cédulas del Tesoro y el paquete de valores («muy equilibrado», en opinión de don Trifón de la Huerta, el albacea), para satisfacer aquellas exigencias, pretensión que tío Vidal rechazaba con su voz tonante, de predicador laico:

—Si enajenamos los efectos para pagar al Fisco, el reparto no será equitativo; Cruz y yo quedaremos desamparados.

Para tío Vidal, comportaba un placer hacer el histrión ante sus hermanas, afirmar, con los brazos puestos en cruz, que eran víctimas de un Estado absorbente y que, aunque pareciese irracional, eran más pobres ahora que en vida del difunto. Mamá Zita plañía, suspiraba, inquiría cómo era posible semejante crueldad, perder el padre y la fortuna al mismo tiempo, y, ante su incompetencia, tío Vidal replanteaba la situación:

—Puedes optar entre el palacio o los valores, Zita, pero si te decides por el palacio, tendrás que pagar una renta simbólica y, si te fijamos una renta, por simbólica que sea, ¿quieres decirme cómo piensas vivir? ¿Con los ingresos de Telmo?

Decía esto con sorna, puesto que los naturistas eran raros en la ciudad y, en general, disfrutaban de buena salud, pero una noche en que tío Vidal las constreñía con dureza y tío Felipe Neri intentó salir en defensa de las hermanas, tío Vidal le enfocó su glacial mirada azul y dijo acremente:

—¡Segundos, fuera!

Tío Felipe Neri se tragó la lengua, persuadido de que los hermanos políticos no tenían pito que tocar en aquel pleito. A pesar de todo, tía

Macrina, ante el punto muerto a que habían llegado las negociaciones, sugirió una noche la posibilidad de consultar con su hermano Jairo, sobresaliente *cum laude* en el doctorado por la Universidad de Madrid, aspirante a judicatura y muy versado en derecho testamentario. Tía Macrina, única hembra de cuatro hermanos, veneraba a éstos y, con cualquier motivo, se refería a ellos con una admiración sin límites. Así, si Crucita planteaba su problema del revés en el tenis («con una mano no tengo fuerzas, y con dos no acierto a dirigir la bola»), tía Macrina entornaba los párpados, eclipsando sus bellos ojos propincuos, y decía:

—¡Lástima que tu tío Jairo no viva aquí!

Mas si la cuestión a debatir afectaba al terreno médico o a la equitación, entonces era su hermano David, afamado cardiólogo y experto caballista, quien hubiera facilitado sin demora una solución, lo mismo que hubiera hecho Fadrique, ejecutivo de la Biblioteca de Autores Cristianos, si el problema hubiera recaído sobre economía o literatura. Las cualidades fraternas no concluían ahí, puesto que si la conversación giraba en torno a la apostura masculina, la elegancia, la desenvoltura o el don de gentes, sus hermanos Jairo, David y Fadrique no tenían rival en el mundo. Por eso, ante el enrevesado asunto de la sucesión de papá León, ella, pese a la fría y abrupta decisión de su propio marido de dejar al margen a los segundos, una tarde se atrevió a aventurar:

—¿Por qué no ponemos el asunto en manos de mi hermano Jairo?

Y lo preguntaba con orgullo, no en tono de pedir sino de ofrecer, aquel tono que ella solía emplear, por considerarlo pertinente, propio de una madrileña para departir con provincianos. Pero, a pesar de su sugerencia, las discusiones se agriaban cada vez más y las voces de tío Vidal eran ya de tal monta, que los cimientos de la casona se estremecían y, franqueando tabiques y muros maestros, se trascolaban en el pequeño reducto del cuarto de jugar:

—¿Por qué riñen los mayores, Flora?

—Porque el tío Vidal se quiere quedar con esta casa para ser conde.

—¿Es conde el que se quede con esta casa?

—Eso dice la Amalia.

No obstante, lo que perseguía tío Vidal respecto al palacio fue lo que consiguió tras más de medio año de voces, amenazas y dilaciones: partirlo. Tía Cruz y tío Felipe Neri se instalaron en el ala oeste, sobre el garaje, en las habitaciones que papá Telmo destinara a consulta, el cuarto de plancha y tres amplios trasteros condenados años atrás y, para facilitar su independencia, se habilitó una entrada privada por el jardín. El resto de la casona quedó para

mamá Zita y, por si fuera poco, tío Vidal, en un gesto liberal, cedió a cada hermana ochenta mil duros en valores, reservándose él el resto y comprometiéndose a liquidar con Hacienda los derechos reales de la testamentaría. Mamá Zita y tía Cruz se dejaron catequizar sin resistencia, puesto que siempre habían soñado con la posibilidad de volver a vivir juntas como cuando niñas («juntas pero separadas, ya me entiendes», puntualizaba mamá Zita) y, por otra parte, al tío Felipe Neri, resignado ya con la esterilidad de su matrimonio, le consolaba la vecindad de Crucita, su ahijada, y (conforme anotó en su cuaderno de pastas de hule) «tener a Gervasio más a mano y tratar de preservarlo de la nefasta influencia de su padre». La vecindad de los tíos satisfizo también a los niños, proclives a las novedades, y en lo referente a Gervasio, la habilitación de aquellos hoscos cuartos cerrados, llenos de sombras y cachivaches, que alimentaron sus primeros miedos, representó el advenimiento de la paz: el dragón había muerto; la luz lo había matado.

Pero con lo que no contó tío Vidal al adjudicarse el generoso paquete de valores de la herencia fue con el desastre de Fenedosa, a las pocas semanas de efectuarse las particiones. Fenedosa («una inversión con garantía de alta rentabilidad») se fue a pique, quebró de modo aparatoso, sin que el procesamiento y subsiguiente prisión de don Teodoro Blanco, su director gerente, supusiera para él compensación de ninguna clase. La quiebra convirtió las acciones en papel mojado y redujo el pingüe paquete del tío a un nombre más dentro de una problemática lista de acreedores. Fueron unos meses inclementes en el viejo palacio del conde de Pradoluengo.

Tío Vidal, propenso a la farsa, se sentaba en el borde del diván, se desabotonaba la americana, se cubría la calva con las manos y se proclamaba, sin rubor, «pobre vergonzante», y animado por el efecto que sus voces y gestos causaban en sus hermanas, tan sensitivas, se refería a sus hijos como «esas pequeñas víctimas inocentes que arrastrarán mañana su indigencia por las cocinas de San Vicente de Paul». Tía Cruz y mamá Zita moquiteaban al oírle y luego, en sus pálidas tardes de costura, junto al balcón, mirando al jardín donde el mudo Clemente podaba rosales y trasplantaba bulbos, se conjuraban para ayudar a su hermano, incluso, si fuera necesario, redistribuyendo la herencia como si el óbito de papá León se hubiese producido después de la catástrofe de Fenedosa. Pero tío Felipe Neri, con sus lentes impolutos, sus aguas alborotadas y su pelo color ceniza partido en dos mitades, les regañaba con piadosa ironía, les llamaba cándidas y les decía que, aun admitiendo que perdiera su inversión en Fenedosa, Vidal contaba con

recursos sobrados para vivir cien años como un príncipe sin necesidad de mover un dedo. Al margen del conflicto, papá Telmo remachó una noche la opinión de tío Felipe Neri, al encontrar a mamá Zita ante el tocador acongojada hasta el llanto:

—Tu hermano Vidal no debe quitarte el sueño, Zita; sabe defenderse solo —dijo con su sonrisa ancha y chata, de boxeador retirado.

Durante meses, Fenedosa pasó a ser el tema capital de las veladas sabatinas en palacio. Según tío Vidal (la víctima más afectada por la quiebra), «Fenedosa arrastraría al hambre y la desesperación a distinguidas familias de la ciudad». Y como tío Vidal tenía aquel timbre de voz campanudo que al referirse a Fenedosa adquiría dolientes tintes proféticos, sus apuros económicos alcanzaron a las piezas subalternas de la casa:

—Tu tío se ha quedado sin un real, bonito.

—Ya lo sé; tío Vidal, ¡a que sí!

La Amalia guiñaba un ojo con picardía bajo su ceja vertical:

—¿Y sabes también quién ha tenido la culpa?

—Eso no lo sé, Amalia.

La chica cambiaba una mirada de entendimiento con la señora Zoa:

—Una lagarta que se ha metido por medio.

El sábado siguiente, antes de que se presentaran los tíos, mamá Zita se encerró unos minutos con los niños en el cuarto de jugar:

—Quiero advertiros una cosa: no se os ocurra mencionar la palabra Fenedosa delante de tío Vidal. ¿Oís bien lo que os digo?

—Sí.

Tan pronto salió mamá Zita, Gervasio corrió desalado a la cocina:

—Ya sé quién es la lagarta, Amalia —dijo jadeando.

—¿Quién, vamos a ver?

—Una que se llama Fenedosa.

La Amalia soltó una risotada cacareante:

—¡Qué chico éste, es de la piel de Satanás!

Gervasio desconocía la palabra aquella y, con mayor motivo, su significado, pero, desde la advertencia de mamá Zita, cada vez que tropezaba con tía Macrina o tío Vidal se le venía a la boca, sin más, como las aguas al tío Felipe Neri, y había de apretar los labios con todas sus fuerzas para que no se le escapara. En ocasiones la tentación era tan irreprimible que, encerrado en el cuarto de aseo, sentado en el bidé, repetía muchas veces aquella palabra enigmática, que se le pegaba al paladar como un polvorón, hasta cansarse. Pero apenas salía del baño, si se topaba con tío Vidal o tía Macrina, le

asaltaban de nuevo inmoderados deseos de pronunciarla. En lo tocante a Flora, su hermana, la palabra *Fenedosa* se le antojaba una palabra fruitiva, apetecible, de suerte que cada vez que jugaban a los entierros, si las carrozas se retrasaban, la niña repetía en voz baja, hasta que se aburría:

—Fenedosa, Fenedosa, Fenedosa…

Vencido marzo, el tema Fenedosa quedó pospuesto al ganar el tío Jairo sus oposiciones y ser destinado a la ciudad. Excitados por las ponderaciones de tía Macrina, los niños esperaban encontrarse a un hombre distinto, algo así como el remedo del arcángel Gabriel, que custodiaba la pila del agua bendita en la capilla del colegio, sólo que en tamaño natural y con americana y corbata:

—Dice tía Macrina que es alto, alto, altísimo.

—¿Como la Madruga?

—No sé si tanto.

Pero llegó el tío Jairo y les hizo el efecto de un hombre normal, pelo fuerte, entrecano, mandíbula cuadrada y traje gris, bien cortado, los ojos tristes, ligeramente fruncidos, como si la luz lo deslumbrase. Maduro y soltero, sin amigos en la ciudad, los jueves acompañaba a Crucita a jugar al tenis y los sábados asistía a las *soirées* familiares, aunque era más bien taciturno y hablaba poco, tan sólo lo imprescindible y cuando era requerido. Pero si tomaba la palabra, tía Macrina le escuchaba embobada, porque tenía un tono de voz empastado, muy bronco y varonil, y sus facciones, en especial los ojos, al animarse, resultaban aun más melosos y atractivos que en reposo. Tío Jairo, aunque se abstuviese de manifestarlo, aceptaba aquellas tertulias a falta de algo mejor:

—El tío Jairo se aburre en casa.

—¿Por qué lo sabes, Flora?

—No le gustan las cosas que cuenta el tío Vidal. Lo único que le gusta de toda la casa es Crucita.

—¿Sí, Flora?

—¿Es que no tienes ojos en la cara?

La incorporación del tío Jairo a la Audiencia revolucionó no sólo la casona sino la ciudad entera. En pocos días se convirtió en el hombre de moda, en objeto de todas las miradas y eje de todas las conversaciones. En las tardes de costura, también tía Cruz y mamá Zita se referían a él, como paradigma de la belleza masculina:

—Como guapo no tiene tacha.

—Un poco sosaina, ¿no crees?

—Tal vez, pero no te aseguraría yo que no sea ahí donde reside su atractivo.

La Amalia, en la cocina, se mostraba más explícita:

—Madre mía, qué hombre, señora Zoa. Con un tipo así perdía yo hasta el juicio, fíjese lo que le digo. ¡Vaya maneras de mirar!

En apariencia, los niños no le divertían, pero si por una razón o por otra se hacían notar, los obsequiaba con generosas propinas y hasta jugaba un rato con ellos; incluso se diría que su presencia en el salón, durante las veladas de los sábados, aliviaba su aburrimiento. Una noche papá Telmo apareció en la tertulia y, ante la sorpresa general, tío Jairo, harto sin duda de los temas monocordes habituales, se apasionó a las primeras de cambio por el naturismo y asintió con entusiasmo cuando papá Telmo, aludiendo al carácter vegetal de su dieta, esbozó su credo:

—El sol es mi cocinero y mi despensa la tierra.

Tía Cruz cambiaba miradas cómplices con mamá Zita y tía Macrina con tío Vidal, porque por primera vez desde su llegada veían a Jairo interesado en alguna cosa fuera de Crucita. El elemental remedio contra el estreñimiento, afeitándose descalzo, en ayunas, sobre las baldosas húmedas, literalmente lo deslumbró, y así que papá Telmo declaró «el estreñimiento no es problema de vientre sino de cabeza», su alborozo se desbordó y, minutos más tarde, cuando papá Telmo se refirió al «suculento placer de andar descalzo sintiendo bajo las plantas de los pies el magnetismo de la tierra», era ya un ferviente naturista.

Al día siguiente, domingo, acompañó al campo a su concuñado, juntos tomaron un baño de luz, pasearon desnudos entre las encinas e hicieron una tabla de ejercicios gimnásticos, plan que repitieron regularmente. La insólita camaradería entre los dos hombres sembró la zozobra en la ciudad y dio pie para que las habladurías (reticentes y maliciosas) contra el nuevo juez y sus costumbres se exacerbasen. Menos imaginativa y sin instrucción adecuada, mamá Zita, persuadida del descarrío de su marido, juzgó a su concuñado un descarriado más, juicio que refrendó tío Felipe Neri al apuntar la posibilidad de que Jairo fuese otro panteísta. Una tarde, tía Cruz, el rostro encendido a pesar del albarino, enriqueció el anecdotario de Jairo con una inimaginable revelación:

—Macrina me ha dicho que en Madrid se reunía todos los martes con jóvenes protestantes.

—¡Cielo santo!

Terció tío Felipe Neri:

—No me sorprende. Los secuaces de Lutero en Madrid van en aumento.

—¿Quién dices?

—Lutero, el primero en levantar bandera contra el Papa.

—¡Ah!

En pocas semanas, tío Jairo se convirtió en piedra de escándalo y objeto de murmuración. Tía Macrina visitaba de vez en cuando su habitación en el Hotel Castilla la Vieja, para poner un poco de orden, «porque ya se sabe que los hombres carecen del sentido del espacio y lo amontonan todo». Una mañana le acompañó tía Cruz, que volvió diciendo que la pieza era sobria como la celda de un cartujo, pero no tenía crucifijo en la cabecera de la cama y, en cambio, había grabados de santos flagelados y muchachos desnudos por las paredes y una Biblia «rara» en las estanterías.

Ajeno a tales especulaciones, tío Jairo seguía yendo los jueves al tenis con Crucita y los domingos con papá Telmo a tomar baños cutáneos en los pinares. Un día se encontró con los niños y la señora Zoa ante las taquillas del Lux Cinema, especializado en películas del oeste, y, en un gesto de liberalidad, pidió un palco y se quedó con ellos. Flora y Gervasio, absorbidos por las incidencias de la película, aplaudían con calor las derrotas de los indios. En el intermedio, tío Jairo les invitó a boliches y chocolatinas y les preguntó por qué aplaudían:

—Porque los indios son malos.

—¿Quién lo ha dicho?

—En todas las películas son malos.

—Bueno, seguro que cuando os hagáis mayores pensaréis de otra manera.

Gervasio no entendió bien las palabras de tío Jairo, pero intuyó que sus simpatías estaban de parte de los indios, lo que le conmocionó tanto que esa noche tardó dos horas en dormirse y, cuando al fin lo consiguió, soñó con el tío Jairo a caballo, el torso desnudo y plumas en la cabeza, cabalgando por un yermo al frente de un grupo de pieles rojas. Las imágenes eran tan vívidas que, al despertar, no acertaba a separar la realidad de lo soñado, pero su obsesión seguía perturbándole, y cuando la señora Zoa le sirvió el desayuno le preguntó:

—¿Es verdad que los indios son buenos, Zoa?

—¡Estás tonto! ¿Cómo crees tú que van a ser buenos esos zarrapastrosos?

—Pues el tío Jairo lo dice.

—Deja en paz a tu tío Jairo y tú da gracias a Dios por haber nacido cristiano.

Mas el niño continuaba insatisfecho, y al regresar del colegio entró por el jardín y subió a casa de los tíos:

—Tío, ¿son buenos los indios?

—Bueno, de todo habrá, digo yo.

—Entonces ¿los vaqueros son malos?

Tío Felipe Neri carraspeó por dos veces, le invitó a sentarse y pasó un pañuelo inmaculado por los cristales de los lentes:

—Mira, hijo, llevar la fe y la civilización a los infieles ya es de por sí una acción meritoria.

—¿Y es bueno matarlos por eso?

—Matar, matar, es una palabra muy dura, Gervasio. En ocasiones habrá que hacer un poquito de fuerza, no digo que no. Los infieles suelen ser como los bebés, gritan y patalean cuando les lavan la cara. ¿Vas a dejarlos sucios por eso?

En la misa de nueve de Santa Brígida, reclinada entre Flora y Gervasio, mamá Zita les dijo el domingo con un calor inusual:

—Hoy ofreced la comunión por el tío Jairo.

Gervasio volvió lentamente la cabeza hacia ella:

—¿Es que es malo el tío Jairo?

Mamá Zita denegó, nerviosa:

—No se trata de que sea bueno o malo. Tú pides al Niño Jesús por él y no hagas tantas preguntas.

Su hermana Flora le dijo a la salida que mamá Zita les hacía rezar por el tío Jairo porque era amigo de papá Telmo y ambos se iban juntos los domingos a corretear desnudos por los pinares y eso era un grave pecado, pero, por una vez, Gervasio rebatió el razonamiento de su hermana aduciendo que si mamá Zita les hacía rezar por ellos era porque a ninguno de los dos les gustaban los héroes y de ahí que papá Telmo mandara a Clemente quemar los uniformes del tío Felipe Neri y el tío Jairo se pusiera de parte de los indios contra los vaqueros. Un aura mítica y contradictoria envolvía de un tiempo a esta parte la figura de tío Jairo. A su manera, también la Amalia expresaba el asombro que le causaba su ambigüedad:

—Y a ese tío vuestro, ¿de qué le vale ser tan guapo si en la vida se le ha visto con una mujer?

—Pues sale con Crucita, Amalia, y juega al tenis con ella.

—Ya ves tú, la Crucita; ¿es la Crucita una mujer? Pero si ni siquiera tiene pechos.

Pese a esta deficiencia, tío Jairo, desde su llegada, mostró su preferencia por ella. Charlaban y reían por naderías, y a las clases prácticas de tenis añadía el tío frecuentes explicaciones teóricas en las que se hacía necesario tomar a Crucita por los hombros, o por la cintura, o por las axilas, y hacerle flexionar o rotar su elástico cuerpo. La muchacha aceptaba con deleite estas enseñanzas, y por su parte trataba a tío Jairo con el mayor afecto y confianza: lo besuqueaba, se colgaba de su cuello, se sentaba en sus muslos. Tía Cruz asistía alarmada a este proceso y ponía en guardia a su hermana:

—¿No crees que Crucita se extralimita con Jairo? Crucita ya no es una niña, Zita.

Mamá Zita no veía, de momento, nada escandaloso en el comportamiento de su hija:

—Para muchas cosas, Cruz no ha madurado todavía.

En ausencia de la muchacha, tío Jairo ensalzaba su figura, su gracilidad, su porte, y en esos casos mamá Zita, abochornada por los elogios, aludía «a su lento desarrollo físico», ante lo cual tío Jairo decía tajante:

—¡Ojalá no se desarrolle nunca! Ése es su mayor encanto.

La familia, pendiente desde hacía años del pecho (de la falta de pechos) de Crucita, quedaba a la espera de que tío Jairo justificara apreciación tan gratuita, pero él, un poco azorado por su apresurada manifestación de entusiasmo, consciente de que el ambiente no era propicio para ampliar detalles, se limitaba a declarar:

—Es una belleza andrógina. Tiene la gracia de un efebo griego.

Y tías y tíos intercambiaban miradas, se encogían de hombros, y terminaban por admitir lo que parecía un elogio, pensando que acaso Jairo, por madrileño, más mundano y al tanto de la moda, estuviera en condiciones de afirmar que nada tan antiestético como un busto prominente en una mujer.

La Amalia, en cambio, estimaba suficiente este defecto para excluir la femineidad. La presencia periódica del tío Jairo en la casa, el aroma de sus cigarrillos, su discreto perfume varonil, la tenían más encalabrinada que de costumbre. Salía con el Anselmo Llorente tres días a la semana, pero solía regresar despeinada, las ropas desbaratadas y con alguna leve equimosis en rostro y cuello. La señora Zoa movía precavidamente la cabeza:

—Ándate con ojo. La primavera la sangre altera.

—¡Váyase usted al cuerno, señora Zoa!

Su humor se había vuelto inestable, desempeñaba sus labores cotidianas con indolencia, y producía la impresión de estar a la espera de algo. Una

noche que anticipó su regreso, Gervasio le abrió la puerta. Traía las mejillas congestionadas, la mirada encendida.

—¿Han vuelto ya tus papás? —preguntó al niño a bocajarro.

—Todavía no, Amalia.

—Anda, pues entonces vente un ratito conmigo, bonito.

Le precedió pasillo adelante, renqueando de la pierna derecha, hasta el último trastero, rayano con la vivienda de tía Cruz, y, una vez dentro, aseguró la puerta con pestillo, se sentó en la cama turca, cubierta por una vieja cretona, y empezó a quitarse los zapatos y las medias. Luego se sacó el vestido y la combinación por la cabeza y, a la mortecina luz del montante, Gervasio descubrió el negro vello de las axilas:

—Tienes pelos en los brazos, Amalia.

—Y más pelos, mi niño. La Amalia tiene muchos pelos, ¡ya verás cuántos pelos tiene la Amalia!

Las protuberancias móviles de sus senos, las carnes blancas detonando en la penumbra, el misterioso nido del pubis, las anómalas circunstancias que le rodeaban, amedrentaron a Gervasio, pero ella le desnudaba deprisa, con dedos ardientes y expeditivos, se tumbó, montó al niño sobre ella y cimbreó alocadamente la cintura:

—Yo era un caballito y tú eras el tío Jairo, ¿quieres?

El niño traspiraba, el rostro perdido entre aquellos pechos desbordados, trataba de zafarse del cruel abrazo de la muchacha, de la dolorosa presión de sus muslos, pero ella le oprimía cada vez más fuerte, gemía, le toqueteaba, murmuraba baladronadas y palabras soeces y, por último, le oprimió hasta casi cortarle el resuello, gritó sofocadamente dos veces y quedó inmóvil. Gervasio la oía respirar agitada a su lado, se deslizó hasta el suelo y, entonces, la respiración cesó y oyó su voz ronca, perezosa:

—¿Te gustó, mi niño?

—No, Amalia.

—Te daba miedo, ¿eh?

—Sí, Amalia.

—Seguro que a tu tío no le hubiera dado tanto miedo.

—¿A qué tío, Amalia?

—A tu tío Jairo, ¿qué tío iba a ser? —estalló en una risotada provocativa —. ¡Madre, qué ejemplar de hombre! —El niño pretendía introducir sus pies descalzos por las perneras de los calzoncillos—: Aguarda, bonito, ahora te visto.

Antes de abandonar el trastero, la Amalia le estiró el jersey y le conminó:

—A la mamá ni una palabra, ¿has entendido? Ni a la señora Zoa, ni a la Florita, ni a nadie… Esto es un secreto entre la Amalia y el niño.

Una extraña asociación de ideas inspiró a Gervasio:

—¿Y al Anselmo Llorente?

—A ése menos que a nadie, ¿oyes? Es que ni se te ocurra.

El niño se sentía impregnado de una sucia turbación, le poseía la borrosa conciencia de haber incurrido en algo infame pero, al propio tiempo, intuía que en torno a aquellas viscosidades íntimas giraba el secreto de la vida, y la ignorancia de tales acciones era lo que justificaba aquello que los mayores denominaban *candor infantil*. De repente, dejó de sentirse candoroso, comprendió la existencia del Friné, la de los hombres con el ala del sombrero bajada que merodeaban a su alrededor, la desazón del Anselmo Llorente cada vez que Amalia se retrasaba y la excitación de las muchachas que subían al escenario del Novelty para que el Breslau o el Rodolfo Francisco las bailasen. Empezaba a ver las cosas bajo una nueva luz. Turbado aún por los espasmos lúbricos de la Amalia, tembló ante la idea de una adolescencia concupiscente. Su impresión fue tan honda que no osó comentar el hecho con Florita. No era el miedo a quebrantar un secreto, sino una íntima vergüenza lo que sellaba sus labios. Respecto a la señora Zoa, recelaba que, de informarla, se sentiría celosa y saltaría a los ojos de la Amalia como una pantera. Guardó, pues, el secreto para sí, aunque la Amalia se las arreglaba (guiños fugaces, sonrisas evasivas) para recordarle, de vez en cuando, su complicidad.

Al aproximarse Semana Santa, tío Jairo mostró interés por el ritual y las procesiones y tía Macrina le informó que la mayor parte de ellas discurrían bajo el balcón de su hotel, desde donde podrían verlas juntos en todo su esplendor. De esta manera, aunque en opinión de tío Jairo la habitación era incómoda, y no tenía condiciones, en ella se congregó toda la familia para presenciar el desfile de Viernes Santo. Los pequeños de tía Macrina correteaban entre los muebles, mientras papá Telmo, tío Vidal y tío Jairo, de pie, tras el grupo de mujeres sentadas ante el balcón, charlaban animadamente y Gervasio, recostado en el brazo de una butaca, miraba como hipnotizado la mano morena y vivaz del tío Jairo sosteniendo un cigarrillo y, sin saber por qué, experimentó el casto deseo de que aquella mano le acariciase la cabeza. Pero el tío Jairo, ajeno a él, absorto ante el discurso de papá Telmo, asumía de corazón sus dos conclusiones fundamentales: primera, que la gula conduce a los hombres a cavar su sepultura con los propios dientes, y segunda, que los seres responsables debían empezar a cuidar la vejez a los treinta años. Apuró

el cigarrillo hasta la boquilla, dio media vuelta y aplastó la punta en un cenicero, sobre la mesilla de noche.

En la calle en sombras, precedido por una banda de tambores, había aparecido el paso de La Oración del Huerto entre dos filas de encapuchados, y mamá Zita y tía Cruz se santiguaron. Tía Macrina volvió la cabeza hacia su hermano:

—Las tallas más renombradas de Juni, Berruguete y Gregorio Fernández las tienes aquí —dijo por tercera vez con orgullo de cicerone.

Tío Jairo volvió a sonreírle, mientras abajo se sucedían las cofradías y los pasos, oscilaban las llamas de los cirios, cambiaban de color las túnicas y las capuchas. A mamá Zita y tía Cruz les enfervorizaba la presencia de penitentes descalzos, en tanto a Crucita le apasionaba su identificación. Y cada vez que descubría a algún conocido se dirigía al tío Jairo con un mohín de superioridad:

—Fíjate qué ridiculez, tío; Lola Álvarez Puga, descalza en la procesión.

Tío Jairo, prevenido, asentía complaciente, pero cuando, mediada la procesión, empezaron a desfilar los Cristos lacerados, sangrantes, sus dulces ojos no pestañeaban, en tanto su mano derecha, presa de una agitación extraña, no encontraba lugar donde reposar, vagaba del brazo del sillón al bolsillo, del bolsillo al mentón, hasta que, por último, cerró el puño y se clavó las cuidadas uñas en el pulpejo. Gervasio observaba con disimulo su rostro desteñido, desencajado, dos manchas violáceas bajo los ojos, los labios prietos, y, al propio tiempo, iba tomando conciencia de los compases luctuosos de la banda de música que cerraba la procesión (los pitidos sofocados por la sordina de las cornetas, el redoble acompasado, hueco y funeral de los tambores), que se iba aproximando paso a paso. El niño no hubiera sabido precisar cuál fue la causa desencadenante, si las cruentas imágenes de los Cristos, los sayones, la dolorida actitud de tío Jairo, o la música estrangulada de la banda que cerraba el cortejo («seguramente —como escribiría horas más tarde tío Felipe Neri en el cuaderno de pastas de hule— fue necesaria la conjunción de dos o tres factores para que Gervasio entrase en trance esta tarde, un trance anómalo, profundo, que me asustó, ya que en un determinado momento llegué a temer un ataque de eclampsia»). Lo cierto es que el pequeño sintió en la nuca como el puntazo de una descarga que, al no encontrar salida, quedó aprisionada, culebreando dentro del cuerpo, presionando su epidermis de dentro afuera, de tal modo que su cabecita se fue abriendo gradualmente como la cola de un pavo real (los cabellos erizados, rígidos, como sables), se le crispó el rostro, y brazos y piernas se revistieron

de una piel granulosa con un pelito rubio coronando cada grano. Fue papá Telmo el primero en descubrir su tosca metamorfosis:

—¡Ese niño! ¡Dios Santo, ese niño! ¡Zita, por favor!

Desplazó con el hombro a tío Jairo, arrastró una butaca y se abalanzó sobre el niño, en tanto las mujeres, alarmadas, empujaban los sillones, separándolos, abriendo huecos entre ellos, y Vidalín, en el regazo de tía Macrina, repetía una y otra vez:

—El primo está haciendo payasadas, ¿verdad, mamá?

Papá Telmo tomó a Gervasio en volandas y lo depositó sobre la cama de tío Jairo, ordenando a voces:

—¡Cerrad el balcón! ¡Este niño está horripilado! —se inclinaba sobre él, le levantaba un párpado, le tomaba el pulso.

Tío Jairo cerró el balcón, mamá Zita cogió una mano del pequeño, tío Felipe Neri trataba de ahuecar la almohada:

—Mejor quítasela —dijo papá Telmo.

Tío Felipe Neri la retiró. Tía Macrina sacó a sus hijos al corredor. Mamá Zita acariciaba la mano inerte del niño, quien, con los párpados caídos, trémulo, parecía privado de conciencia:

—¡Dios mío, Telmo!

Papá Telmo no la escuchaba. Sus labios exangües despotricaban contra los capirotes y los sayones, las imágenes sangrantes, la marcha fúnebre, e insistía, señalando la cabeza aleonada de Gervasio:

—¡Está horripilado! Nunca en la vida vi un caso de horripilación semejante —achuchaba la pálida carita entre sus grandes manos—: no tengas miedo, hijito; papá Telmo está contigo. Los hombres malos no te harán daño.

Paulatinamente los cabellos de Gervasio iban asentándose, su piel se asedaba, asumía una tersura vegetal. Entreabrió los párpados:

—Ya vuelve —dijo tío Vidal.

Los rostros borrosos, angustiados, de mamá Zita, papá Telmo, tía Cruz, tío Felipe Neri, Crucita, Flora, tío Jairo, tío Vidal, en torno al lecho, fue lo primero que Gervasio descubrió al abrir los ojos:

—¿Estás mejor, hijo mío? —Mamá Zita le ponía una mano en la frente.

Papá Telmo la apartó con ademanes autoritarios:

—Déjale ahora; dejadle tranquilo —se volvió a tío Felipe Neri—: abre el balcón, Felipe, que le dé el aire. ¿Quieres un poco de agua, hijito?

Una queda felicidad inundaba a Gervasio. De nuevo le enorgullecía que se inquietasen por él, que penasen por él; saberse centro de la atención general. Tío Jairo se dobló sobre la cama y le acarició la cabeza. El niño cerró los ojos

y sonrió plácidamente. Papá Telmo se sentó a su lado y volvió a oprimir su rostro entre sus manazas:

—Tenías miedo, ¿eh, barbián? —sonreía.

—Sí.

—Te daban miedo los encapuchados y esos hombres malos que mataban al Cristo, ¿no es cierto, hijito?

El niño asentía. Papá Telmo le preguntó otras tres o cuatro naderías antes de quedarse mirándole a los ojos con curiosidad profesional:

—¿Nunca te había sucedido una cosa así? —indagó.

Se oyeron varios carraspeos y la tos seca, astillada, conminatoria, de tío Vidal. Mamá Zita cerró los ojos. Tía Cruz bajó la cabeza. Tío Felipe Neri se quitó los lentes sin decir palabra. El niño recorrió uno a uno los rostros azorados de sus familiares, volvió perezosamente los ojos hacia su padre y mintió con aplomo edificante:

—Nunca; es la primera vez.

Libro segundo

VIII

El ingreso en el colegio de Todos los Santos para cursar el bachillerato supuso para Gervasio la desconexión con el pasado, la ruptura con una infancia tibia, rica en experiencias, aunque demasiado atornillada y protegida. Atrás dejaba un mundo fantástico que un día juzgara fundamental y que ahora, desde la nueva perspectiva, se le antojaba deleznable. En pocos meses, los principios que informaron su vida maduraron, se racionalizaron, de tal modo que los hábitos y personas que apuntalaron su primera infancia fueron paulatinamente difuminándose, perdiendo significado para él: el juego de los entierros; la hermana Luciana; la Amalia; el Anselmo Llorente; los paseos largos con la señora Zoa; el Cigüeña; Benigno, el chófer; Clemente, el jardinero; los fantasmas crepusculares de la Enana y la Madruga; don Minervino y las señoritas del Friné; Felipa, la lavandera; Severo, el gordo sacristán de Santa Brígida; las sesiones dominicales del Lux Cinema; la señora Agustina y sus hijos Daniel y Felisilla… Desde la atalaya de sus diez años, Gervasio contemplaba su pequeña historia como un todo, sin analizarla, con una mezcla de ironía y confusión. A veces pensaba que la línea divisoria entre su atolondrado pasado y su presente responsable venía marcada por la tarde que conoció el odio. Fue en su último paseo largo con la señora Zoa cuando, encaramado en la higuera de la señora Agustina, mientras saboreaba una breva tierna y dulcísima, Daniel, el carpintero, lo había fulminado con una mirada enconada, larga, reprobadora. Tan demoledora era y tan intensa que el niño volvió la cabeza imaginando que no podía ser su único destinatario, pero al darse cuenta de que estaba solo, de que era él el exclusivo objetivo de aquella mirada, arrojó la breva al suelo, se descolgó del árbol asustado, se acercó por detrás a la señora Zoa y le dijo a hurtadillas:

—Zoa, vámonos. Ya no quiero estar aquí.

Desde ese día, Gervasio buscaba inútilmente una garantía contra el odio; anhelaba ser amado. Habituado a una existencia acolchada, sin problemas, la mirada de Daniel, el carpintero, le había revelado que no todo el mundo estaba de su parte y que también involuntariamente podía causarse daño. Empezó a barruntar que los asideros que había intuido firmes no eran perdurables. El regazo de la señora Zoa, por ejemplo, ya no le amparaba; no le infundía seguridad. La vieja sirvienta se resumía, se arrugaba, y él empezó a verla como lo que era: un ovillito enlutado, quebradizo, lerdo, tullido por la artrosis. El descubrimiento, aunque gradual, fue desolador. Empero, había que fingir alguna dilección y aceptar sus efusiones con objeto de no defraudarla, pero su cariño hacia ella se había enquistado hacía tiempo, y ahora (le

avergonzaba reconocerlo) se le hacía cada vez más urgente interponer una distancia sentimental entre la anciana y él. Mamá Zita vino en su ayuda el día que Florita cumplió once años, al notificar al servicio que, a partir de esa fecha, los niños habían dejado de ser niños para empezar a ser *señoritos*. Para Gervasio fue aquello un ascenso inesperado. Florentina, la nueva doncella, asumió el cambio con naturalidad y decía *señorito Gervasio* con inflamado aliento, como hubiera podido decir *alteza* o *señor presidente*; por contra, la señora Zoa, amarrada a la costumbre, enervada por la senilidad y el insuficiente riego sanguíneo, no acababa de digerir la innovación, y, en un aturullado afán por complacer a todos, empezando por ella misma, asociaba calificativos antitéticos, como *corona* y *señorito*, para referirse a Gervasio, lo que ocasionaba en éste una creciente incomodidad. A menudo, la señora Zoa, olvidando el tratamiento y dando rienda suelta a sus impulsos, aun sabedora de que ya no existía correspondencia, oprimía a Gervasio contra su costillar, y aunque lo sentía renuente entre sus brazos, no lo soltaba hasta haber sellado sus mejillas con los besos húmedos, restallantes, totalitarios, que le eran habituales. Estas demostraciones provocaban repugnancia en Gervasio, pues advertía que la vieja, como Florita le enseñara tiempo atrás, olía a agua muerta (en especial su moño blanco, acribillado de horquillas), y su piel, tersa un día, se iba frunciendo, se volvía fría y áspera como la de las tortugas. Mas su irritación llegó al colmo el día en que su camarada de colegio, Pedro María de Vega, fue testigo de uno de estos raptos vehementes. Ante el ímpetu efusivo de la anciana, Gervasio se desasió de su abrazo, le voceó que ningún parentesco les unía para abrazarlo de esa manera, en tanto su amigo Peter observaba la escena entre azorado y divertido y la señora Zoa murmuraba algo que no por risible dejaba de ser cierto: que su corona, su niño, había dejado de quererla.

Esta escena puso punto final a un largo idilio y mamá Zita, a la vista del escaso rendimiento de la señora Zoa y de la repulsión de su hijo hacia sus expansiones sentimentales, le propuso un día el retiro en casa de su cuñada Agustina, pero como Daniel, su sobrino, se opusiera a acoger bajo su techo a una «lacaya de la burguesía», la señora Zoa terminó por admitir su ingreso en las Hermanitas de los Pobres, institución de la que mamá Zita era benefactora. Y según recogía sollozando sus pobres enseres, mamá Zita la consolaba, diciéndole que su casa siempre estaría abierta para ella y que la esperaba a almorzar «tantas veces como la viniera en gana». La señora Zoa guardaba la fotografía de sus sobrinos, la caracola y las ropas, en la maleta de cartón, recordando, sin duda, los dulces simulacros de años atrás, cuando su niño, su

corona, se aferraba frenéticamente a sus piernas y le impedía marchar. Ahora Gervasio no hizo acto de presencia hasta que mamá Zita abrió la puerta de la calle. Entonces apareció en el vestíbulo y tendió a la vieja una mano inexpresiva y distante que ella bañó de besos y lágrimas, en tanto repetía: «Adiós, adiós, señorito Gervasio, corona».

Desde su marcha, la señora Zoa los visitaba algún domingo, y aunque Gervasio procuraba escabullirse, ella lo atisbaba por las rendijas de las puertas, tan sólo por el placer de verlo, resignada ya a no inmiscuirse en sus asuntos, y a la hora de marchar (Gervasio nunca estaba disponible para despedirla) clavaba en mamá Zita sus ojitos pitañosos y le decía complacida:

—Vamos, señora, que bien fanfarrón se le está poniendo el señorito Gervasio. Ya puede usted estar contenta.

Pero la señora Zoa quedó atrás en la historia de Gervasio, como quedó atrás la Amalia, quien, víctima de su primavera febricitante, acabó embarazada, y el Anselmo Llorente, responsable de su estado, desapareció sin dejar rastro. Mamá Zita le reprendió en el salón verde, haciéndole ver que aquel vientre turgente no sólo era un grave pecado sino piedra de escándalo para los niños, por lo que no podía continuar en la casa. La Amalia, pese a sus cejas altivas, rogó, imploró, se humilló en vano y, por último, sin otro allegado en la ciudad que el desertor Anselmo Llorente, cumplió inexorablemente su destino: se puso al tren, viejo recurso de los desesperados en la ciudad. Mamá Zita, conocedora de su horrible fin, encargó un novenario de misas a don Urbano por la muchacha, pero una mañana que instó a su marido para que le acompañara, papá Telmo rehusó, con una de sus frases irracionales y volterianas:

—Lo siento, Zita. Me niego a compartir vuestro original cristianismo sin prójimo.

Pero, dentro de su cariz desdichado, aquellos sucesos resultaron providenciales para Flora y Gervasio. Después de tantos años de convivencia, hubiera sido improbable que la señora Zoa y la Amalia los tomasen en serio, guardasen la deferencia debida a su edad y condición, acatasen, en suma, una jerarquía social. Ahora, en cambio, la Florentina, la nueva doncella, con sus puñitos y su cuello blanco de piqué, y la gruesa Ani, en la cocina, les trataban de *señoritos* con la misma naturalidad con que trataban de *señora* o *señor* a mamá Zita y papá Telmo.

Por otra parte, también Flora dejó de ser una referencia obligada en la vida de Gervasio. Su fascinante poder de seducción se lo llevó la trampa, y con el cambio de colegio Florita se transformó en una adolescente uniformada

que secreteaba escuchos con su amiga Manena Abad tan pronto Gervasio irrumpía y reían alocadamente. Flora disponía ahora de un mundo personal en el que apenas incidía su «remoto» pasado:

—¿Sabes que mi hermano, de pequeño, quería ser héroe y cada vez que sonaba música se le ponían los pelos de punta?

Manena Abad, con el cabello rubio, a mechas, reía de buena gana, con aquella su risa sofocada y ronca, y Gervasio bajaba los ojos confundido porque, aunque no había renunciado al heroísmo, le abochornaba el recuerdo de aquellos fenómenos que acompañaron sus primeros años. Había alcanzado esa edad en que el ideal humano es la vulgaridad, no diferenciarse de los demás, no rebasar la norma, y la sola evocación de su ostento lo avergonzaba. Sin embargo, al cabo de casi tres años sin manifestarse, consideraba cerrado aquel episodio. Sus repeluznos bien podían responder, como aventurara tío Vidal en diferentes ocasiones, a puros fenómenos eléctricos, superados con el desarrollo. Para tío Felipe Neri, en cambio, comprobar que los años transcurrían sin que el signo volviese a exteriorizarse suponía una decepción. Se resistía a admitir que, habiendo sido Gervasio en su primera infancia un niño singular, se hundiese ahora en la anónima vulgaridad, para transformarse en un muchacho sin finura de percepción. ¿Dónde quedaban aquellas crispaciones, aquella sensibilidad, aquellos éxtasis edificantes? Consternado ante su indolencia, un domingo de octubre le sacó de paseo con ocasión de un concierto matinal de la banda del Regimiento de San Quintín en el templete del parque. Sabía que actuaba a redopelo de mamá Zita, tan solapadamente como antaño lo hiciera papá León, pero pudo más en él la esperanza que la prudencia. La tentativa resultó un fracaso puesto que, aunque se detuvo varias veces ante el kiosco de la música, allí donde la percusión del metal era casi insoportable (enloquecedora en las frases más altisonantes de *El sitio de Zaragoza*), Gervasio no se alteró, ajeno a lo que sucedía en el templete. Su pasividad ante estímulos en el pasado infalibles sumió a tío Felipe Neri en una honda crisis: «El presunto heroísmo de mi sobrino Gervasio (confió esa tarde a su cuaderno de pastas de hule, olvidado y polvoriento en el cajón superior del buró) se ha disipado como esas vocaciones precoces que, en determinados momentos de la infancia, inclinan a los niños a ser guardias o bomberos. Después de dos años y medio sin escribir en esta libreta, hoy que reanudo el contacto es para anotar mi desencanto, puesto que mi sobrino esta mañana, en un concierto de música militar, a pesar de la marcialidad de las composiciones no reaccionó, no experimentó arrobo ni alteración alguna. Divagó distraído por las inmediaciones del kiosco donde sonaba la música, propinando

puntapiés a las castañas locas, o mirando a las musarañas. Ni los himnos ni los pasacalles le infundieron la menor emoción; no dijo nada; no ocurrió nada. Lo mismo que hubiera sucedido si, en lugar de Gervasio, me hubiese hecho acompañar de Clemente, ese pobre retrasado que cuida del jardín. Esto me hace pensar que lo que estimé en su día como una señal de lo Alto quizá no fuera sino un acto reflejo como el estornudo cuando a uno le pica la nariz. El Señor nos tenga de su mano».

Aunque por otras razones, también papá Telmo sometió al niño a observación durante un tiempo, a partir de la horripilación del Viernes Santo. Empezó vigilándole a distancia, poniendo a prueba, como en un juego, sus reacciones nerviosas, pero, de vez en cuando, animado por algún comentario del pequeño, indagaba, como sin darle importancia:

—¿No has vuelto a sentir miedo como la tarde aquella de la procesión?

—No.

—¿Y puedes explicarme qué te ocurrió aquella tarde, hijo?

El niño levantaba los hombros, montaba el labio inferior sobre el superior y no respondía. Papá Telmo se resignaba. No quería acosarle, pero si alguna noche Gervasio reclamaba agua o el orinal, entraba en la alcoba como si casualmente pasara por la puerta:

—Tienes miedo, ¿verdad, Gervasio? —Le miraba obsesivamente la cabeza.

—No.

—¿Quieres que deje la puerta abierta? —Seguía mirándole la cabeza—. ¿Me quedo un rato contigo?

—No.

—¿Estás bien, entonces? ¿No te duele nada?

—No.

Poco a poco fue olvidando aquel incidente, «un fenómeno epileptoide producido por cualquier exceso —explicaba— porque el niño no es miedoso; quiero decir, anormalmente miedoso». Tío Jairo, que en aquel momento se despojaba de los pantalones junto a un matorral, comentó:

—¡Buen susto nos dio! Jamás podré olvidar aquella cabeza erizada como la de un animalillo acorralado.

Tío Jairo continuaba saliendo al campo con papá Telmo, aunque con intermitencias cada vez más frecuentes. Las exigencias de la vida naturista empezaban a fastidiarle. Por si fuera poco, tras los ejercicios dominicales su apetito aumentaba, en un momento en que él procuraba bajar de peso:

—Hoy daría un año de vida por una buena paella. Me muero de hambre.

Papá Telmo le reprochaba su flaqueza, y tía Macrina, al sábado siguiente, puntualizaba:

—Mis hermanos son impresionables. Acogen las novedades con pasión pero, a la larga, son inconstantes. Con la política les ocurre algo parecido, en especial a David.

Mano a mano con tía Cruz, mamá Zita opinaba que «como guapo, Jairo lo era en grado sumo, pero también variable como una veleta». En lo tocante a Gervasio, se había serenado. Y aunque su hermana se obstinara en interpretar sus repeluznos como pruebas de predilección celestial, ella prefería el silencio de Dios. Una tarde le confió a Cruz:

—En abril hará tres años que Gervasio sufrió el último ataque de esos. No quiero tentar a Dios, pero me hago ilusiones de que aquellas horribles cosas han terminado para siempre.

Tía Cruz ladeó la empolvada carita enojada. No comprendía a su hermana. No comprendía que calificara de «horribles cosas» y «ataques de esos» lo que para ella y su marido eran distinciones de lo Alto. Mas la fe de mamá Zita no era tan soñadora:

—¿Y quién te dice a ti que fueran señales de lo Alto y no simples fenómenos físicos, como asegura Vidal?

Mamá Zita, apaciguada, veía crecer a Gervasio, observaba sus nuevas relaciones. Le agradaba Pedro María de Vega, Peter, como ellos decían, porque los Vega eran «una familia de aquí de toda la vida; una institución». (Don Belarmino de Vega, hidalgo de privilegio, y su mujer y prima hermana, Genovevita Serrada, eran los padres de Peter, hijo único ardientemente deseado, inteligente y reflexivo, y, por añadidura, sedentario, amigo de la lectura, los juegos de mesa y los pasatiempos tranquilos). Peter enseñaba a Gervasio a armar barcos dentro de botellas y a jugar al ajedrez y a las batallas navales. El abuelo materno de Peter, don Álvaro Serrada, había sido marino y diríase (a juicio de don Belarmino, alto funcionario de Hacienda) que el nieto había irrumpido en el mundo con el exclusivo objeto de emularle. A los siete años conocía de memoria los planos del *Oquendo* y el *Reina Cristina* y distribuía las unidades, representadas por cajas de fósforos, de acuerdo con las tácticas seguidas por las escuadras en Lepanto, Trafalgar o Jutlandia, y exponía con singular clarividencia los aciertos estratégicos de los vencedores y los errores de los vencidos. Era un niño sabio que con sus pequeños ojos achinados, sus aseadas manitas pecosas y su pelo ensortijado, deslumbró a Gervasio hasta el extremo de que merecer un elogio suyo se convirtió en una obsesión, lo que no era obstáculo para que, a temporadas, cansado de su

sedentarismo, conectara con compañeros más activos, como Lucinio Orejón, que adornaba con muñecos de papel la sotana del padre Dictinio, recién llegado del seminario, o ponía petardos en el borde del tablero para que estallaran encadenados, en horrísona traca, cada vez que el padre Sacristán se enfurecía y aporreaba la pizarra con el puño. Entre esto, su novia (que aún vestía calcetines), su temprano bigote y sus pantalones bombachos, cobró inmediatamente para Gervasio (aunque por razones opuestas a las de Peter) un prestigio que se acrecentó el día que el padre Dictinio lo persiguió a la carrera por el corredor y Lucinio, al advertir que perdía terreno, interpuso entre ambos una puerta cristalera contra la que se estrelló el Padre con un formidable estrépito de vidrios rotos (el coraje con que Lucinio afrontó los rumores de expulsión, su arrogancia, en tanto sus padres se humillaban en la Dirección encareciendo indulgencia para su hijo, aumentaron su ascendiente y autoridad).

A Crucita, su hermana, le desagradaba Lucinio («Orejón, tú dirás, ¿dónde puede ir un chico con ese apellido?»). Le consideraba un muchacho rústico, sin distinción alguna, como «demostraban aquellos pantalonazos, cómica caricatura de los *nickerbocker* ingleses». De vez en cuando Lucinio, cansado de sus excesos, se sentaba a escuchar a Peter y entonces era capaz de pasarse horas enteras oyéndole relatar una batalla naval o viéndole pegar un fósforo dentro de una botella a manera de botavara de una fragata. Sin pretenderlo, Gervasio se encontró, pues, haciendo de bisagra, conciliando dos caracteres antagónicos, como el día que dio vida en la bañera de su casa (con barcos de roña y papel, que a la postre incendiaron) a la batalla naval de Jutlandia. Lucinio, como en otro tiempo Florita, le ofrecía el aliciente de lo inesperado, de la sorpresa; sabía urdir el plan apropiado para cada circunstancia. Así, en el mes de enero, cuando se heló el río, fueron patinando sobre él hasta la Isla del Vado, donde escondieron un tesoro (una peonza, un caniquín de piedra y un cuproníquel), de forma que ahora, cada vez que Gervasio franqueaba el puente colgante y divisaba el islote de la aventura, experimentaba una emoción inefable. Peter, aunque precavido, participaba gustoso de aquellas contingencias, que luego ennoblecía prestando a sus amigos algún libro relacionado con ellas (en aquel caso, *La isla del tesoro*, de Stevenson), con lo que la ingenua proeza cobraba ribetes de epopeya, cantada ya por destacados intelectuales. Gervasio se sentía a gusto entre aquellos dos amigos que encarnaban el talento y la acción, y si a Lucinio, cada vez que éste le hablaba de su novia, le refería su torpe experiencia con la Amalia, actualizándola y atribuyéndose la iniciativa con objeto de apabullarlo, a Peter, admirador de la

vida castrense, le mostraba la boina roja que papá León le había legado y la bala informe que segara la vida del general don Cástor Arrázola.

La personalidad de Gervasio iba así enriqueciéndose, desdoblándose, puesto que si, por un lado, junto a Lucinio Orejón, pasaba por ser un muchacho inquieto, audaz y resuelto, por otro, en su relación con Peter, diríase un niño quedo, oficioso y tranquilo. En determinadas ocasiones ambas corrientes conectaban, y Lucinio, Peter y él se encontraban felices en el punto de incidencia, como aconteció un día ante la Norton de los tíos Norberto y Adrián, que Lucinio acababa de descubrir y de la que había hecho grandes elogios en el colegio. Para Lucinio, los Mutis eran seres irreales, paradójicos pero admirables: tenían largos dientes y no comían, lengua y no hablaban, y sabían desplazarse sobre una moto a ciento veinte kilómetros por hora sin que el viento les arrebatara el sombrero de la cabeza. El día que Gervasio reveló a Lucinio que los Mutis eran tíos suyos, aquél pensó que se guaseaba. Mas también Peter quedó fascinado ante la máquina diabólica, de la que Lucinio se hacía lenguas, y una tarde, al salir del colegio, Gervasio, envanecido, dispuesto a sorprenderlos, condujo a sus amigos hasta la mercería. La Norton, negra, de níqueles brillantes, bien pertrechada, reposaba silenciosa junto al bordillo de la acera, como un monstruo dormido. Los tíos Norberto y Adrián no se inmutaron al verlo aparecer, le saludaron con la frase rutinaria de siempre, como si hubieran estado reunidos la víspera:

—¿Qué dice el barbián?

Mediante rodeos e insinuaciones, Gervasio les dio a entender que a sus amigos y a él les agradaría dar una vuelta en aquel artefacto, y entonces el tío Adrián, el más bajo de los dos, sonrió con su sonrisa caníbal y, sin dudarlo un momento, le aposentó en el asiento trasero, pegó dos patadas al pedal de la puesta en marcha, se sentó en el sillín, afianzó el sombrero y le dijo ladeando un poco la cabeza:

—Agárrate bien.

Y salió petardeando como un loco por la calle Perdón de Dios, zigzagueando entre los carros, los coches y los tranvías, accediendo, al fin, al Puente Viejo a cien kilómetros por hora. Zarandeado por el viento, Gervasio se aferraba como un pulpo a la breve cintura del tío Adrián (recostando la mejilla contra su espalda), quien, como de costumbre, llevaba el impasible rostro levantado, las manos en los puños, el sombrero clavado en el cogote. En la carretera de puente a puente, sin pavimentar, aceleró aún más el artefacto, de tal modo que el niño, en retaguardia, sentía el siseo de los árboles al pasar, entre las explosiones regulares del tubo de escape:

—¡Cuidado, tío!

Pero el tío Adrián no frenó hasta llegar a la encrucijada del puente colgante, para doblar en ángulo recto y adentrarse de nuevo en la ciudad. Una vez en la mercería, el tío Norberto, en silencio, como cumpliendo un rito, acomodó a Peter sobre el depósito de gasolina y a Lucinio en el soporte y, acto seguido, recorrió el mismo trayecto, y aunque a Peter, que iba delante, se le cortaba el resuello y hacía aspavientos de ahogado, el tío Norberto no desaceleró, ni hizo comentarios al terminar el paseo. Fue aquélla una experiencia inolvidable que Lucinio evocaba con fruición, sugiriendo la posibilidad de repetirla.

A menudo sorprendían a los tíos en la moto, derechos como palos, tan pegados el uno al otro como debieron de estarlo en el vientre de su madre, el tío Adrián, más consumido, delante, conduciendo, y tras él, muy tieso, el tío Norberto, los largos dientes amarillos al aire, el sombrero en el cogote. Las sencillas gentes del barrio decían comprensivas, al verlos pasar: «Ahí van los García; vaya par de locos, —o bien ironizaban—: Como no hablan, los Mutis se han comprado una moto para meter ruido».

Mediado el mes de marzo, el padre Sacristán (una amplia frente sembrada de arrugas, como si su exclusiva tarea fuese cavilar) les habló por primera vez, en clase de Religión, de la República como sinónimo de caos y ateísmo, lo que indujo a Gervasio a precaverse contra ella y excluirla de una presunta lista de *causas nobles*, decisión que corroboró después de oír en casa los comentarios negativos de mamá Zita y tío Felipe Neri. Las veladas de los sábados no se habían interrumpido, y en alguna medida Flora y Gervasio participaban de ellas. Todo era lo mismo que antaño salvo una cosa: el eje de las conversaciones ya no era el dinero sino la política, con lo que las discusiones resultaban incomprensibles para los niños, hasta el punto de que Gervasio había de poner a veces sus cinco sentidos en el empeño y aguzar su ingenio para saber a qué atenerse. Por ejemplo, lo que para papá Telmo (en las contadas ocasiones en que asistía a las *soirées*) era «el dictador», se convertía en «el general» para tío Felipe Neri, en «Primo» para tío Vidal, y en «el marqués de Estella» para tía Macrina y Crucita, matizaciones que era preciso retener para no extraviarse en el laberinto. Y el día que la prensa anunció la solución Berenguer y la convocatoria de nuevas elecciones, tío Felipe Neri apostilló que «eso era un pasteleo, no una solución», y tía Cruz, que previamente había comentado el caso con su marido, estiró su pescuezo blanco ceñido por el gollipín, como un cisne que va a morir, y presagió:

—Volvemos a las andadas. Dios nos tenga de su mano.

Fue en aquellos días y en torno a aquellos acontecimientos que mamá Zita se adueñó de una expresión popular llamada a hacer fortuna: «Se va a armar la gorda», frase ambigua que anunciaba un hecho catastrófico, aunque en un plazo indeterminado. Esta vaguedad hacía que la gorda amagase tanto el día que Primo de Rivera murió exiliado en París, como con el motín de Cuatro Vientos, como con la llegada de la exaltada primavera de 1931. Para Gervasio, amigo de definiciones categóricas, la gorda suponía algo evanescente, aunque sin duda cruento, por lo que no desechaba la idea de que la gorda viniera a dilucidar, de una vez por todas, si su disposición para el heroísmo era un hecho o una superchería fraguada por el fanatismo familiar. De ahí que el muchacho, al tiempo que recelaba de ella, la aguardase con cierta impaciencia.

Un jueves, a la salida del colegio con sus amigos, encontró a los tíos Norberto y Adrián lanzando octavillas en la Avenida de los Tilos desde la moto. El tío Adrián, como de costumbre, conducía y el tío Norberto, mucho más alto, rígido en el soporte, el rostro impasible, iba regando la calle de papeles que, a causa de la velocidad, revolaban un rato antes de posarse sobre los adoquines, a los pies de los transeúntes. Gervasio atrapó en el aire una octavilla y se detuvo a leerla: «Si quieres libertad y justicia, vota a la República». Turbado, viendo la moto que se alejaba, tragó saliva. Se negaba a reconocer la evidencia. No es que hubiera considerado monárquicos a sus tíos, pero con su silencio y su Norton los había imaginado al margen de la cuestión. De repente, los tíos (aquellos tíos por los que sentía veneración, tal vez porque en casa eran considerados como los tíos *malditos*) se pronunciaban contra todo aquello que era su mundo y que él juzgaba respetable: mamá Zita, tío Felipe Neri, don Urbano, los curas, las iglesias, el colegio… Los tíos Norberto y Adrián, a caballo de la Norton, como demonios locos, se convertían en nuncios de la mala causa, en detonadores de la gorda. Sintió la proximidad de Peter:

—¿Sabías que tus tíos eran republicanos?

—No tenía ni idea —se disculpó.

Una semana más tarde, al anochecer, Lucinio y él descubrieron la Norton estacionada frente al Friné. El corazón le latía a Gervasio con tanta dureza que le hacía daño en el pecho. Lucinio hizo un gesto de reprobación:

—¡Jodo con tus tíos! Además de republicanos son unos puteros.

La misteriosa atracción que sobre él ejercían la moto y sus dueños se impuso al desencanto de Gervasio:

—¿Por qué no esperamos a que salgan?

Se acurrucaron a la sombra del callejón de Santa Brígida. Gervasio, ahogado de emoción, miraba alternativamente al balcón de su casa y a la puerta del Friné. La impaciencia eternizaba el aguardo. Lucinio despotricaba, y ya estaban a punto de echarlo todo a rodar cuando se abrió la abigarrada puerta del café-cantante y surgieron las risas bulliciosas de las muchachas. En medio del grupo, cogidos del brazo o por los hombros, sonriendo a la noche con sus dientes amarillos, iban los tíos Norberto y Adrián. Una de las chicas se adelantó, depositó un sonoro beso en la frente del tío Adrián y le rogó que «hiciese unos títeres como despedida».

—¿Es que son saltimbanquis tus tíos?

—¡Calla!

El tío Adrián, complaciente, se había despojado de la americana y, en chaleco, se adelantó hasta el ensanchamiento de la acera, afianzó las palmas de las manos en el suelo y volteó su menudo cuerpo de manera que la cabeza quedó abajo y las suelas de los zapatos en el muro, arriba, en la fachada del edificio. Dentro se oían las voces airadas de don Minervino, pero las chicas reían y aplaudían con entusiasmo, sin hacerle caso, y el tío Adrián, después de recuperar la vertical, hizo un saludo reverencioso con el sombrero en la mano, tomó la americana en la otra y con alada agilidad se encaramó sobre los hombros de su hermano, que había puesto la Norton en marcha, agitó las dos prendas con los brazos en cruz y lanzó dos vivas a la República según se perdían calle abajo.

El domingo, mamá Zita prohibió a los niños salir de casa después de misa. La víspera, Gervasio había oído decir a Marcial, el taxista de la parada de la esquina, mientras se frotaba una mano con otra: «Ahora, ahora viene lo bueno para los que tienen que perder». Imaginó que «lo bueno» sería la gorda y no hizo comentarios, pero pensó que si algunos deseaban que estallara la gorda, algo tendría la gorda de provechoso para ellos. A la mañana siguiente, salvo las colas silenciosas que se retorcían ante los colegios electorales, las calles estaban desiertas y los escasos transeúntes que desfilaban bajo el balcón lo hacían apresuradamente, como con frío, como alejándose de un peligro. Mamá Zita y tía Cruz llevaron a votar en el coche a la señora Zoa, y papá Telmo se ausentó de casa nada más comer. A pequeña escala, en la familia reinaba la misma tensión recelosa que en la ciudad. Habían comido en silencio, mirándose los unos a los otros por encima de las copas, y únicamente Florita preguntó de pronto a la hora de los postres:

—¿Es la gorda la República?

Mamá Zita y papá Telmo se miraron largo rato pero ninguno respondió. Por la tarde, tía Cruz y tío Felipe Neri pasaron a casa de su hermana por el jardín y se encerraron con ella en el cuarto de costura. Al anochecer, se presentó descompuesto tío Vidal, la calva, rosada de ordinario, gris y mate como de ceniza:

—El Rey se va. Han triunfado los antidinásticos. En Madrid se ha proclamado la República.

Mamá Zita también palideció al oírle, se llevó las manos heladas a las mejillas exangües y dijo patéticamente:

—¡La gorda! ¡Ahora sí que ha estallado la gorda!

Horas después, ya noche cerrada, sonó en la calle el chinchín de una charanga desgranando las notas del himno de Riego y algunos vivas aislados a la República. Mamá Zita chilló histérica:

—¡Apagad la luz! ¡Que no se asome nadie a los balcones! ¡Como si todos hubiéramos muerto!

Pero Flora y Gervasio ya estaban en el cuarto de jugar, a oscuras, viendo desfilar a la muchedumbre desharrapada, la mayor parte en alpargatas negras, en silencio, tras de la música, y algún que otro exaltado lanzando vivas y mueras estentóreos. Tres señoritas del Friné aplaudían y, tras ellas, en el mirador, don Minervino levantaba los brazos y gesticulaba como en una película muda. De pronto, entre los manifestantes, apareció Daniel, el sobrino de la señora Zoa, dando saltos, y al pasar bajo el balcón les hizo un gesto de burla:

—¿Qué le pasa a Daniel?

—No lo sé; todavía debe de estar enfadado por lo de la breva.

Cerrando el desfile venía la Norton a paso de entierro, el tío Adrián conduciéndola y, tras él, inmóvil, con una gran bandera tricolor sobre el hombro, el tío Norberto. Al verlos, el tío Adrián soltó una mano del manillar e hizo un ademán de saludo, pero Flora y Gervasio, que miraban el cortejo cohibidos, no le correspondieron.

Papá Telmo se presentó tarde, cuando estaban cenando, y mamá Zita lo recibió seria, con la cara de perfil, negándole el beso de bienvenida como cada vez que regañaban. Papá Telmo volvió a poner su mejilla azul al alcance de sus labios, pero ella rehusó de nuevo. Le dijo despechada:

—Imagino que estarás contento.

Papá Telmo mostró las palmas de las manos como diciendo que él no ocultaba nada; que lo registrasen:

—Bueno —dijo sentándose a la mesa—. Es una nueva vía. A ver si esta vez llegamos a alguna parte. —Deshizo el nudo de la servilleta y la extendió sobre los muslos, al tiempo que Florentina, con la cofia en la cabeza, le aproximaba la sopera para que se sirviese.

IX

Huesudo, nervioso, lineal, Carlos Centeno levantó sus negros ojos malignos hasta los balcones iluminados, donde se sujetaba el cartelón, dio un codazo a Paco Criado, su compañero de filas, y dijo en un tono de voz lo bastante alto para que Gervasio pudiera oírle:

—Ahí andará ahora el padre de García preparando la revolución.

Tras él, emparejado con Pedro María de Vega, Gervasio se hizo el desentendido, miró hacia la acera opuesta, confiando en arrastrar tras su mirada la atención de los demás, pero en ese momento Imanol Solavarrieta, para acabar de escarnecerlo, emitió una tosecilla desganada desde los últimos lugares de la fila y Carlos Centeno le respondió como un eco, con el mismo golpe forzado de tos, señalando con la cabeza, para reforzar la contraseña, el gran letrero corrido que ocupaba tres balcones del segundo piso del edificio: Izquierda Republicana.

Desde que la vinculación política de papá Telmo trascendió en el colegio, Gervasio se sintió disminuido, en la dura tesitura de navegar contra corriente. En clase todos sabían, porque el padre Sacristán se había encargado de divulgarlo, que la República era el ateísmo y el caos, de tal modo que, dada la filiación política de papá Telmo, Gervasio, descendiente directo del mal, venía a ser responsable en cierta medida de los desmanes que diariamente se cometían en el país. Tan sólo la fidelidad de Peter y la tosca e inquebrantable lealtad de Lucinio Orejón le hicieron llevadera la convivencia en el centro. Los religiosos vagaban aturdidos por los corredores, fingiendo una tranquilidad que no sentían, y los sábados el padre Sacristán, después de entregarles las notas de la semana, les informaba sobre la situación procurando conservar el ánimo; pero una mañana, al referirles la quema de conventos en Chamartín de la Rosa, la voz se le encasquilló en la garganta, tartamudeó y, ante el asombro del juvenil auditorio, se cubrió los ojos con las manos y rompió a llorar. A la vista del desfallecimiento del padre Sacristán, el padre Nestares, el visitador, delegó la tarea informativa en el padre Unzueta, más frío e imaginativo, quien en lugar de hechos concretos divagaba en torno al ateísmo militante, sacrílegas ceremonias que «estaban a la orden del día», robos de formas consagradas o sañudas mutilaciones de imágenes. Pero en cualquier caso, hablase el padre Sacristán o el padre Unzueta, Gervasio siempre veía, detrás de sus palabras, la mano morena de papá Telmo portando la tea incendiaria o forzando el sagrario de Santa Brígida y apuñalando después la Hostia en el Círculo (como, al decir del padre Dictinio, hacían en sus cónclaves los francmasones) con el beneplácito de sus correligionarios,

que, al ver brotar la Sangre del Pan, sonreían aviesamente porque el compañero Telmo había vuelto a sacrificar al Cordero. La relación de causalidad entre la ideología de papá Telmo y los excesos de la turba resultaba evidente para Gervasio, pero al sorprenderle cada mañana en el baño, la cara enjabonada y los pies descalzos, dándole los buenos días como si nada ocurriera, se le antojaba un hombre inocuo, bienintencionado, incapaz de tan atroces excesos, y le era difícil adoptar una actitud de hostilidad hacia él. Por otra parte, había asumido con serenidad el republicanismo de papá Telmo, porque, en opinión de Peter, pese a la condena explícita de la República por parte del padre Sacristán, ésta, como la Monarquía, constituían opciones humanas y, en consecuencia, el hecho de anteponer una testa sin corona a una testa coronada no representaba descarrío alguno. Era, pues, la palabra *izquierda* la que le conturbaba ahora, puesto que, bajo su estandarte, tan sólo podían agruparse, según palabras del tío Felipe Neri, aquellos a los que Cristo había reprobado. El día del Juicio Final, los buenos estarían a la derecha y los malos a la izquierda del Señor, no cabían medias tintas. Empero, los hombres, cegados por la soberbia, anticipándose a la sentencia definitiva, simplificaban la tarea de Dios adoptando posiciones prematuramente. Ante la recalcitrante postura de papá Telmo, a Gervasio no le quedaba otro recurso que rezar por él, procurar recuperarlo y reconciliarlo con Dios. Los domingos, después de la comunión, en la misa del colegio, echaba en falta la voz trascendida de mamá Zita exhortándole a pedir por él, pero Gervasio procuraba suplir espontáneamente su ausencia y, con los ojos aplastados contra la manga del jersey, suplicaba una y otra vez a la divinidad: «Dios, Dios, que mi padre se convierta; que mi padre se haga de derechas».

Un nudo le oprimía la garganta, porque (lo mismo que le sucediera días después de la muerte de papá León) entreveía a papá Telmo retorciéndose desnudo entre las llamas del infierno, llamándole inútilmente. Esta pesadilla de papá Telmo purgando su extravío le acompañó mucho tiempo, le resultaba difícil deshacerse de ella y, como es lógico, las plegarias surgían allí donde le asaltara tan acerba visión. Durante los recreos frecuentaba la capilla y, arrodillado en el primer banco, bajo el cálido aliento de las vitrinas multicolores, suplicaba a la Virgen Santísima que le quitara a papá Telmo la venda de los ojos. Enfebrecido por un ardiente misticismo, hacía descomedidas promesas a cambio de su conversión: llevar al hombro una cruz de cincuenta kilos en la procesión de Viernes Santo, rezar diariamente los quince misterios del rosario durante diez años consecutivos o caminar de rodillas, como peregrino, a la tumba del Apóstol hasta Compostela. Pero papá

Telmo, ajeno a sus atormentadas fantasías, comía, bebía, reía, leía los diarios, salía al campo los domingos, embromaba al tío Jairo, como si nada de cuanto le rodeaba fuera con él. Los sábados solía rehuir las reuniones familiares, circunstancia que aprovechaban los tíos para reprobar su conducta. Apenas tío Jairo salía tímidamente en su defensa, alegando que entrometerse en las ideas ajenas constituía un atentado contra la libertad de conciencia, a lo que mamá Zita argüía que estaba de acuerdo siempre que las ideas no afectasen a lo sobrenatural, amenazando el eterno destino de la persona amada, en cuyo caso el cariño justificaba la intromisión. Tío Jairo intentaba replicar, mas Crucita, sentada en sus piernas, se lo impedía, le tapaba la boca con la mano, le apretaba el nudo de la corbata, le hacía carantoñas, sacaba del bolsillo interior de su americana el estuche de las gafas y jugueteaba con ellas, poniéndoselas y quitándoselas, como una niña, mientras tía Cruz se consumía pensando que Crucita ya no tenía edad para semejantes tonterías. Y una tarde de otoño, en tanto los arces regaban de hojas amarillas los arriates y paseos del jardín, se desahogó con su hermana Zita. En el rostro empolvado de tía Cruz asomaba el rubor al afirmar que el comportamiento de su ahijada con Jairo era inadmisible, que sus zalamerías estaban fuera de lugar, que hasta del hombre más comedido debía desconfiarse y, en resumidas cuentas, se imponía una advertencia seria a la chiquilla «antes de que fuera demasiado tarde. —Mamá Zita, que empezaba a ver con inquietud los arrumacos de su hija—, al fin y al cabo con un extraño», le llamó una tarde a la sala verde, la más recogida del palacio, con la pretensión de hablarle, pero, apenas había mencionado el nombre de Jairo, Crucita cruzó los brazos sobre el pecho y empezó a gritar que en aquella casa ruin todos eran unos mal pensados, y así que mamá Zita hizo un leve movimiento para tomarle una mano y aplacarla, la niña se desasió sollozando y abandonó la sala dando un portazo. Aquella escena fue el comienzo de un proceso insospechado. Tío Jairo, que ya había renunciado a las excursiones dominicales con papá Telmo, dejó de acudir, asimismo, a las veladas sabatinas, y una tarde, ante el estupor general, tía Macrina anunció a los reunidos «que a su hermano Jairo no le probaban bien los aires de la ciudad y había decidido solicitar el traslado a Madrid». Gervasio intuyó que tía Macrina sabía algo más de lo que decía, pero también él, cuando una semana más tarde sorprendió al atardecer, en un banco del parque, a tío Jairo con Crucita y Manolito Finat, el tenista más diestro de la ciudad, silenció el encuentro y se limitó a acechar, con su amigo Lucinio, a su hermana, hasta que pudo comprobar que Crucita, tío Jairo y Manolito Finat se encontraban en los jardines públicos todos los días. Lucinio comentaba encandilado:

—Lógico, ¿no? Tu hermana, aunque no tenga tetas, está rica. Lo que no entiendo es el papel del otro teniendo la cesta.

A finales de enero, tío Jairo se personó en la casona para despedirse. Marchaba a Madrid. A su lado, Crucita era como una niña desvalida pero, en contra de lo esperado, no hizo ninguna escena, se limitó a darle un beso de refilón y a decirle con descaro para que todos la oyeran:

—Tío, en cuanto pueda iré a verte a Madrid.

Tío Jairo trató de explicar las razones de su traslado, las ventajas que la capital reunía para un juez, y tía Macrina, que se mostraba contrariada, dolida con su familia política, corroboró que, en cualquier circunstancia, la vida en Madrid era distinta de la vida en provincias. Gervasio vigilaba a papá Telmo, imaginando un caluroso abrazo de despedida, pero, ante su sorpresa, tío Jairo tendió a papá Telmo una mano insípida y le dijo algo inaudito:

—Telmo, que tu fe no desmaye.

Mamá Zita y tía Cruz cruzaron una mirada de asombro, en tanto Gervasio se preguntaba qué fe era la que tío Jairo no quisiera ver desmayar en papá Telmo. Para él, la palabra fe tenía un alcance estrictamente religioso, de manera que cualquier interpretación referida al naturismo o a la política comportaba una frivolidad carente de sentido. Tío Jairo le dejó sumido en estas lucubraciones, agarró su maleta de piel y salió al rellano de la escalera sin despedirlo.

Acorde con el vaticinio del padre Sacristán, «el calendario aportaba cada día una novedad diabólica que añadir a la ya larga relación de iniquidades» que el padre Unzueta se encargaba de difundir todos los sábados. A la libertad de cultos y a la secularización de cementerios, siguieron la expulsión de los jesuitas y la transformación del resto de las instituciones religiosas en simples asociaciones civiles. Los padres amanecieron un día sin sotana, los más ancianos vestidos de traje oscuro, con holgadas chaquetas y pantalones abolsados, y los jóvenes, pretendiendo eludir la uniformidad, con americanas de tonos agresivos, azul eléctrico o color fuego, de tal manera que, tanto en el caso de los primeros como en el de los segundos, su identificación podía hacerse a distancia:

—Allí viene un cura vestido de paisano —decía Gervasio a Peter.

Y al verle aproximarse, con sus andares envarados, sin saber dónde colocar las manos, la gorra, como una boñiga, sobre la cabeza, con la sola finalidad de ocultar la tonsura, Peter rompía a reír:

—¿Quién te lo ha dicho?

Crucita, que a raíz de la marcha de tío Jairo reía y charlaba por los codos, comentó con sorna que no creía que la orden del Gobierno obligase a que a los curas «les cortasen los trajes sus propios enemigos». Por su parte Lucinio Orejón, insensible a toda sutileza, celebró la novedad con una ruidosa traca en la clase del padre Dictinio (un rostro descolorido, imberbe, sobre el grueso nudo de la corbata chillona) que distendió la crispación de las últimas semanas.

Aunque muchos alumnos siguieron a sus mentores a Portugal, la expulsión de los jesuitas redundó en un incremento del alumnado en el colegio de Todos los Santos, novedad que relegó la defección de papá Telmo a un segundo plano en la mente de Gervasio. Entretanto, la actitud agresiva de los golfillos que asaltaban a diario a los colegiales, apedreándoles y despojándoles de sus meriendas y enseres, suscitaron en éstos la conveniencia de organizar la resistencia, con lo que, a menudo, podía asistirse en la plaza de las Tasas a pedreas multitudinarias o cruentas reyertas entre niños uniformados y niños andrajosos de diez a catorce años. Peter se esforzaba en adoptar una estrategia defensiva adecuada, pero era tarea ardua resistir disciplinadamente las oleadas crecientes de niños desharrapados que a diario los atacaban a las puertas del colegio, coreando la salida de las filas con un himno de Riego adaptado a las circunstancias:

Si los curas y frailes supieran
la paliza que les van a dar
subirían al coro gritando
¡libertad, libertad, libertad!

Llovían las piedras y los golpes, y los padres, imaginando ser los causantes de la agresión, abandonaban la custodia de los alumnos, ordenando romper filas:

—Vayan directamente a sus casas y, por favor, los mayores háganse cargo de los pequeños.

Mas Gervasio llevaba grabada en la cabeza la música de aquel himno y, cada vez que sus contrincantes le ponían letra, cobraba vida en su interior la imagen de papá Telmo con un vergajo en la mano, persiguiendo por las escaleras del coro a latigazo limpio a la seráfica figura del padre Dictinio. Ésta era una de sus dependencias: cada uno de los grandes sucesos nacionales lo transfería automáticamente al nivel familiar. De ahí, tal vez, el ardor con que, respondiendo a las estrofas de los golfillos, se unía al coro que Lucinio armonizaba, para replicarles con la misma música:

Si dicen los impíos

que no hay un Más Allá,
¿por qué cuando se mueren
se quieren confesar?

La voluntad de confesión, que un poco gratuitamente atribuían a los impíos, le recordaba a Gervasio que papá León no había disfrutado de este privilegio y tal vez, el día de mañana, pudiera ocurrirle lo mismo a papá Telmo, con lo que el Señor en su Majestad le sorprendería en la hora final voluntariamente alineado a su izquierda. Semejante idea le angustiaba hasta el extremo de que algunas tardes, mientras mamá Zita y los tíos comentaban en el salón las incidencias de la semana, el niño se recogía en el rincón de la chimenea, bajo la *Resurrección* del Giotto (mamá Zita, el casco en la cabeza, plácidamente dormida a los pies del Señor) y miraba espeluznado las llamas crepitantes del hogar:

—Señor, que papá Telmo se convierta; que se haga bueno como tío Felipe Neri —decía para sí.

De vez en cuando, papá Telmo, para evitar la sensación de ruptura, se dejaba caer por las veladas de palacio y, en esos casos, tío Vidal y tío Felipe Neri recriminaban los excesos republicanos, le acusaban como si él fuera el responsable directo, y papá Telmo les escuchaba en silencio, sin exculparse, sin la menor acrimonia. Pero una noche, mamá Zita, que, flanqueada por los suyos, se envalentonaba ante papá Telmo, le recitó uno a uno el memorial de agravios contra la República, memorial que no había tenido el valor de recitarle en la intimidad de la alcoba: quema de conventos, atentados sacrílegos, supresión de la cruz en las escuelas, expulsión de los jesuitas, destierro del cardenal Segura, humillación del ejército, secularización de las órdenes religiosas, etc. y, una vez que concluyó, tío Felipe Neri apostilló inclemente: «¡Ni Diocleciano, Telmo, ni Diocleciano!», mas papá Telmo, lejos de soliviantarse, los dejó desahogarse, sonriendo conciliador, admitiendo incluso «que tal vez en la edificación del nuevo sistema se habían cometido errores pero que, como el jefe decía, con toda seguridad los días más penosos habían pasado ya». A pesar de la templanza de sus palabras, tío Felipe Neri, fuera de sí, los labios despellejados a consecuencia de los ácidos, exclamó que se negaba a oír llamar *jefe* en sus barbas al hombre que le había degradado y que había afirmado en el Congreso que España había dejado de ser católica, pero ni aun así papá Telmo perdió la compostura, tornó a sonreír bondadosamente, como si estuviera presidiendo una catequesis de párvulos, y con voz cauta y nasal y un poco de retintín observó que no consideraba cristiano extraer una frase de su contexto, ya que, en realidad, lo que Azaña

había dicho en el Congreso era que «si bien era cierto que España era un país de millones de creyentes, no lo era menos que el poder creador de la mente católica era nulo desde hacía siglos». Al oírle, tío Felipe Neri empezó a escupirle nombres ilustres de españoles coetáneos (Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella, José María de Pereda, el padre Coloma) y mamá Zita terció que cómo iban a crear nada las mentes católicas en España, hijo mío, si su jefe las expulsaba, mientras tío Vidal argumentaba con reticencia algo que había leído en alguna parte: que el señor Azaña era «capaz de construir con admirable armonía los más deleznables y horrendos disparates». Pero papá Telmo seguía sonriendo, aplacando a sus contradictores con suaves ademanes, y Gervasio, a fuerza de mirarlo, acabó por verlo todo rojo, cabello, carnes, ropa, y, asustado, cerró los ojos y le pidió a Dios que ayudara a papá Telmo a ver la luz y no permitiese que le deslumbraran los fulgores del Maligno.

Días después, mamá Zita, persuadida del valor de los símbolos en tan sórdidas circunstancias, colocó en los jerseicitos de Flora y Gervasio, al lado derecho del pecho, una diminuta cruz de plata. Una semana después, a la salida de un partido de fútbol, Gervasio y Lucinio se vieron agredidos por una turba de pequeños energúmenos. Fue una pelea épica y desigual de la que Gervasio salió con una brecha y un gran hematoma en la cabeza y un ladrillazo en los riñones. Después de recibir cinco puntos de sutura en la Casa de Socorro, Lucinio le acompañó hasta casa. Papá Telmo, perdida la sangre fría, le tendió en el diván y le reconoció con dedos expertos:

—¿Duele, hijo, duele?

Estaba muy excitado y, al oír los tacones de mamá Zita, se volvió hacia la puerta desabrido:

—Es preciso evitar provocaciones, Zita —le flexionaba las rodillas, el tronco, pulsaba una a una las apófisis de las vértebras—: al niño le han dado una paliza de muerte a causa de esta cruz.

Mamá Zita, los pandos ojos bovinos arrasados en lágrimas, besó la frente del niño y se encaró con su marido:

—¿Crees de veras, Telmo, que llevar esa cruz en el pecho es una provocación?

Papá Telmo titubeó:

—Bien, tal vez no lo sea, Zita, quizá tengas razón. Tal vez esto no sea fruto de una provocación sino de la temperatura ambiente —movió la cabeza disgustado y agregó con tristeza—: todos estamos incurriendo en graves equivocaciones en estos días.

La agresión a Gervasio, y su reacción decidida en defensa de la cruz, suscitó en tío Felipe Neri un rebrote de esperanza. Lo miraba como a un mártir, los lentes empañados por las lágrimas, impaciente por desahogarse con el cuaderno de pastas de hule. Ante el buró, instantes más tarde, escribió: «Gervasio, mi sobrino, me conmovió hoy dando su sangre en defensa de la Cruz, ante un enemigo despiadado y muy superior en número. Instintiva o deliberadamente, mi sobrinito Gervasio es ya un cruzado. Quizá la época de los símbolos haya quedado atrás».

Al muchacho le envaneció el episodio, la sangre, la cabeza vendada, el eco de su gesto. Se reunía con Peter una y otra vez, le narraba con detalle la aventura, pero el elogio no brotaba de los labios de su amigo, a lo sumo una frase cautelar:

—En estos tiempos hay que andar con ojo.

Desesperado, en un arranque de vanidad, le hizo ver que, en opinión de su tío el militar, el hombre que derramaba su sangre por la cruz era un cruzado, mas Peter, ni aun aceptándolo, dio la menor muestra de admiración por su gesto. Achinó aún más sus ojitos oblicuos para decir:

—Desde un punto de vista semántico tal vez sea así, pero no te quepa duda de que mejor nos iría a todos si nos organizásemos.

Por una de esas azarosas decisiones del destino (para tío Felipe Neri el azar era Dios; nada ocurría de tejas abajo porque sí), unos días después el padre Nestares, el visitador, desfiló por las clases animando a los alumnos a enrolarse en la Cruzada Eucarística, una organización religiosa que, mediante oraciones y sacrificios, intercedía ante el Altísimo para que tomase bajo su protección «a este pueblo desventurado». Gervasio, como respondiendo a una exigencia íntima, fue el primero en apuntarse. Le impulsó a ello no sólo su sangre (vertida ya en defensa de la cruz) sino una simpatía visceral hacia el movimiento medieval de las Cruzadas, tan caballeroso y edificante. Su adhesión fue tan celosa, tan vivo su ardimiento, que, en el primer discurso del anciano visitador, llegó a entrever, en su rostro ascético y catarroso, algo del ardor proselitista de Pedro, el Ermitaño. En este estado de ánimo afrontó la investidura (juramento, ofrenda e imposición de insignias), y cuando, absorto en el ritual, juró ser fiel a la doctrina de Cristo, defenderla y difundirla en la medida de sus fuerzas, el padre Nestares, el visitador (que recibía el juramento embutido en una raída americana azul, con brillo en los codos), se iba transfigurando, su marchita humanidad se tornaba apuesta y su ajado atuendo se convertía en una fulgurante armadura de plata. Durante los minutos que siguieron, en tanto hablaba el viejo visitador, Gervasio se vio

caballero en corcel blanco, blandiendo la espada que Manena Abad, la rubia amiga de Florita, le entregara al partir, decapitando infieles junto al padre Nestares, cuya armadura refulgía en el campo de batalla y, al grito de «¡Dios lo quiere!», con un gallardete flameando en el extremo de la pica, arremetía contra las murallas de Damieta. Oleadas de infieles se interponían entre él y la ciudad, pero Gervasio, indomable, infundido de gracia, anulaba toda resistencia, luchaba a brazo partido, y su celo batallador aumentó al divisar a papá Telmo cautivo, invocándole a grandes voces. Al oírle, picó espuelas, lanza en ristre, precisamente en el instante en que el padre Bernabé, el profesor de música, levantaba la batuta y, arriba, en el coro, la escolanía iniciaba el himno de los Cruzados, al que Gervasio, sumido en sus fantasías bélicas, se unió con fervor instintivo:

¡A la lid, cruzados, a la lid!
A luchar, a luchar con fe
por que de los pueblos,
por que de los pueblos,
por que de los pueblos
Cristo sea el Rey.

Esta vez sintió la descarga en la primera vértebra cervical, una descarga seca, que nubló su mente y, en sucesivas oleadas, dejó su cuerpo rígido y electrizado. Una fuerza extraña tiraba de su cabeza como si quisiera descorcharlo y, simultáneamente, los nervios se tensaban escarapelando la piel. Experimentó un conato de levitación y, presa del vértigo, se asió crispadamente con las dos manos al respaldo del banco delantero. Se sentía ingrávido, desplazado, y cuando Peter a su lado le reconvino, «Deja de hacer tonterías», le oyó muy lejos, arriba, como si él estuviera hundido en una ciénaga oscura de la que, mediante un esfuerzo ímprobo, trataba de emerger. Y cuando consiguió aflorar, le invadió una sensación reconfortante, algo así como la de un nadador que, después de bracear desesperadamente bajo el agua, lograse sacar la cabeza al aire y a la luz. Inspiró a fondo y, al hacerlo, oyó rumores de conversación a sus espaldas y un intercambio de tosecillas estólidas entre Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta. Una vez recuperado, notó que su cabello se distendía (pese a la gesticulación irritada del padre Pentecostés en el banco lateral) y la sangre volvía a circular por sus miembros entumecidos.

En el patio, un grupo de compañeros, medio deslumbrados, medio divertidos, le rogaron que bisase el número, pero Gervasio, tratando de sacar partido de la situación, únicamente tenía ojos para Peter, para su gesto

reprobador, hasta que, de nuevo en clase, el malhumorado padre Pentecostés le castigó de rodillas junto a la ventana y, antes de marchar a casa, le hizo escribir cien veces en el encerado «no debo hacer payasadas en la casa del Señor».

Cuando una hora más tarde salió del colegio, solo, escarnecido, pensando en su recaída en el ostento tras una pausa de cuatro años, no sabía si condolerse o congratularse. La posibilidad de un futuro heroico lo enorgullecía (en especial en las presentes circunstancias, en las que cabía erigirse en protagonista de la gorda) pero, por otra parte, su mutación, tan escandalosa como antiestética, lo avergonzaba. Era dudoso que alguien pudiera interpretar aquella erección capilar como indicio de valor. Por de pronto, la reacción de sus compañeros de clase había sido ambigua, no habían llorado como el niñito del Novelty pero tampoco se decidieron a reír; tan sólo se mostraron sorprendidos, atribuyendo la metamorfosis (lo mismo que el padre Pentecostés y, desgraciadamente, su amigo Peter) a megalomanía, a su notorio afán de sobresalir. En la escalera, Imanol Solavarrieta le había llamado puercoespín y Carlos Centeno, más ocurrente, se había puesto a sus órdenes titulándole «Gervasio, Cabeza de León, Paladín de la Tercera Cruzada». En suma, aun seduciéndole una perspectiva heroica, el preludio se le antojaba indeseable.

Tío Felipe Neri, cada día más quisquilloso, los ácidos siempre activos, no acababa de entenderle cuando, una vez en casa, le comunicó que había vuelto a ocurrirle «aquello, lo de la cabeza». Le miraba desorientado tras sus cristales impolutos, hacía muecas con los labios, pero abstraído como estaba con el oprobio republicano, tras cuatro años de silencio de Dios, no conseguía comprenderle. Únicamente cuando Gervasio aludió a la procesión de Viernes Santo, en el hotel del tío Jairo, se le hizo la luz, y entonces, conmovido hasta los tuétanos, lo arrastró hasta el cuarto de los armarios, temeroso de que tía Cruz o el servicio los importunasen, y a medida que Gervasio le refería las circunstancias de la nueva crispación se ablandaban sus ojos miopes, sonreía, transpiraba, se le empañaban los lentes, le interrumpía para inquirir nuevos detalles reveladores. Dos extremos quedaban definidos: primero, el Señor había roto su silencio de años. Segundo, por sí sola, la música no bastaba ya para provocar el ostento (Gervasio, según decía, ya estaba arrobado, empeñado en dura lid con el turco seljúcida, cuando sonó el himno de los cruzados y la crispadura se produjo). Los ojos planos de tío Felipe Neri brillaban al escuchar los maduros razonamientos de su sobrino:

—Ya no es sólo la música, tío. Ahora, para que me pase *eso*, necesito pensar alguna cosa.

—¿Una cosa grande?, ¿una acción heroica?

—Eso, tío.

—¿En qué pensabas esta mañana, hijo?

—En las Cruzadas.

—¿En las Cruzadas a Tierra Santa?

—En las Cruzadas y en papá Telmo.

Tío Felipe Neri se redujo como un caracol, cruzó los brazos sobre el estómago en ademán protector; indagó, mortificado por los celos:

—¿Y qué pintaba papá Telmo en Tierra Santa, si puede saberse?

—Estaba cautivo de los turcos y me llamaba a gritos.

—¿Tu padre cautivo del infiel?

—Cautivo, tío. Yo levanté la lanza y acudí en su ayuda, pero antes de llegar sonó el himno de los cruzados, se mezclaron las dos cosas y entonces sucedió todo.

—Y dime: ¿no pensaste nada más acerca de tu padre?

—No tuve tiempo, tío. Pero si me pasó *eso* fue por los cruzados y por papá Telmo, por las dos cosas, estoy seguro. El himno lo habíamos ensayado un montón de veces y nunca había ocurrido nada.

De pronto, se abrió la puerta del cuarto de los armarios y asomó un hombre alto, de mejillas azules (la oscura barba afeitada), ojos castos y una boina negra en la cabeza. Llevaba flojo el nudo de la corbata y los pantalones demasiado largos, afollados. Gervasio pensó: «Un cura», pero el hombre, sorprendido al ver al muchacho, se acarició la barbilla y permaneció inmóvil, en el umbral, hasta que tío Felipe Neri dijo azorado:

—Disculpe. Trataba unos asuntos con mi sobrino. Ahora mismo soy con usted.

El hombre dio media vuelta y salió. Tenía una manera sigilosa de andar, unos ademanes cautos y, por detrás, le sobraba americana, se le ahuecaba. Gervasio levantó lentamente la cabeza hacia su tío:

—¿Quién es ese señor?

—Un amigo. Cenará con la tía y conmigo esta noche —respondió tío Felipe Neri sin demasiada convicción—. Mañana seguiremos charlando.

De nuevo a solas, antes de reunirse con su invitado, temeroso de que se diluyera la impresión inicial, tío Felipe Neri se encaminó a su cuarto, se sentó ante el buró, abrió el cuaderno de pastas de hule y en lo alto de la página virgen no dibujó una cruz, como acostumbraba, sino que escribió con su

caligrafía esmerada: «¿Quién como Dios?», como venía haciendo, en cartas y documentos, desde el advenimiento de la República (la cruz a palo seco, en las circunstancias por que atravesaban, se le antojaba cobarde e inexpresiva), y debajo añadió: «Mi sobrino Gervasio, ya un adolescente, experimentó hoy un nuevo transporte y, como era de esperar, su explicación del hecho es más razonable y coherente que antaño. A su entender, el trance, en esta ocasión, fue debido, antes que a la música, a una especial disposición de ánimo. La música por sí sola, sin esa previa disposición, no le hubiera traumatizado. Fue la convergencia de ambos hechos lo que motivó la crispadura. El rapto se produjo en el colegio, durante la ceremonia de ingreso en la Cruzada Eucarística, piadosa y veterana asociación, reverdecida ahora. Según sus propias manifestaciones, el niño asoció la Cruzada con el hecho histórico de este nombre y se imaginó peleando contra el infiel y, curiosamente, ante las murallas de Damieta, divisó a su padre entre los cautivos (conviene tener en cuenta que mi cuñado, el padre del muchacho, es un republicanote distanciado de la Iglesia, cosa que tiene desazonado a mi sobrinito desde hace tiempo). El muchacho argumenta, sin embargo, que a lo largo de su ensueño su padre no hizo resistencia a los cruzados, antes bien, reclamó a voces su apoyo para ser liberado e incorporarse a la hueste. El muchacho juzga esto sintomático, puesto que cuando acudía a rescatarlo sonó, en la capilla donde se desarrollaba la ceremonia, el himno de la congregación (ciertamente con una letra y unos trémolos muy castrenses), y en ese instante la horripilación se produjo, y la visión que la hizo posible (el combate, la horda, el padre prisionero y todo lo demás) se desvaneció. El muchacho se pronuncia con tan exaltado fervor que no deja duda a su interlocutor (yo, en este caso) de que ha sido signado por lo Alto para cumplir una misión excelsa. Sin acertar a reprimir la emoción, inquirí si, rapto aparte, había tenido alguna revelación, pero él, muy seguro de sí mismo, respondió que no; y que si alguna visión, y él que, salvo papá Telmo (desde niño designa así a su padre) cautivo y el padre Nestares con armadura de plata, a caballo, no vio a ningún conocido en la refriega, pero insiste (y da mucha importancia a este hecho) en que, en sus fantasmagorías, su padre no se alineaba como enemigo sino como cautivo del enemigo, "ansioso de ser rescatado". El Señor se ha pronunciado de nuevo. Confiemos en Él».

X

Con aires de misterio, Flora comunicó a Gervasio que el tío Felipe Neri tenía un cura escondido en casa, un jesuita, el padre Rivero, que muy de mañana oficiaba una misa en el Oratorio, y después de desayunar paseaba por el jardín hasta la llegada de Clemente. Como en los viejos tiempos, Flora y Gervasio acordaron acecharle desde el balcón del cuarto de plancha, tras los visillos, antes de marchar a sus respectivos colegios. El padre Rivero caminaba despacio, entre los arbustos, leyendo el breviario, pero algunas mañanas, tal vez nervioso por los acontecimientos o incapaz de concentrarse, guardaba el libro en el bolsillo de la americana y hacía con un dedo dibujos en el aire, o bien rezaba el rosario moviendo mucho los labios, pasando las cuentas negras con el pulgar de la mano derecha. Al terminar, guardaba el rosario en un estuchito de cuero, se arrodillaba en la gravilla gris, ante la imagen azul celeste de la gruta, y rezaba la letanía, el credo y la salve con los brazos en cruz, elevando sus castas pupilas hacia la Virgen. Una mañana, mientras rezaba, apareció en el jardín tío Felipe Neri acompañado de don Urbano, el ecónomo de Santa Brígida, y el tío, después de presentar a los dos sacerdotes, se retiró discretamente. El padre Rivero condujo entonces a don Urbano al fondo del jardín, le invitó a sentarse en el banco de listones de madera, bajo la pérgola, mientras él se arrodillaba del otro lado del seto de boj y, a través de él, le confesaba sus pecados. Gervasio veía a don Urbano, la mejilla pegada al seto, escuchando, en tanto el padre Rivero, con las manos juntas, hablaba por el lado opuesto sin cesar, hasta que al fin don Urbano levantó la cabeza e impartió la absolución al padre Rivero, que la recibió humildemente, el tronco inclinado, propinándose veniales golpes de pecho.

Quince días más tarde la escena se repitió, pero en esta ocasión fue el padre Rivero el que se sentó en el banco, mientras don Urbano le confesaba sus pecados a través del seto y, al concluir, aquél le absolvió trazando lenta, ceremoniosamente, una amplia cruz por encima de su cabeza. Un mes después se confesaron mutuamente, con tal piedad y recogimiento, que se diría que ambos se sabían sentenciados a muerte. Flora palmoteaba:

—Nunca había visto a un cura confesarse con otro cura, ¿y tú?

—¡Chist! Tampoco.

La presencia del padre Rivero en casa de tío Felipe Neri era un hecho notorio sobre el que nadie osaba pronunciarse.

¿Qué hacía allí un jesuita? ¿Por qué no se marchaba a Portugal con el resto de la orden? ¿Se había secularizado tal vez? Gervasio lo ignoraba, pero una tarde, al cabo del tiempo, Lucinio Orejón le notificó que «el cura que

tenía escondido en casa» dirigía una academia en la cripta de Santa Brígida a la que asistía su hermano Felices y otros universitarios y se llamaba Centro Escolar de María Inmaculada y San Luis Gonzaga. En principio, Gervasio lo negó en redondo («no hay curas en mi casa; nunca los ha habido), —pero Lucinio Orejón añadió con sorna—: No te esfuerces; mi hermano Felices le acompaña todos los días al terminar las clases». Ante la evidencia, Gervasio aclaró que el padre Rivero estaba refugiado en casa de su tío, no en la suya, desde hacía más de cuatro meses, pero desconocía el motivo. Luego se interesó por la academia, pero Lucinio únicamente sabía que era para los luises, porque el padre Rivero, antes de ser desterrado, había dirigido aquella congregación. Confiando en las buenas relaciones que don Urbano sostenía con su familia, Gervasio propuso a Lucinio visitar el centro escolar y, aunque poco amigo de embrollos, Peter se unió a la expedición. Escondidos en el portal de la casona vieron llegar a los alumnos más rezagados, caminando resueltamente, las solapas de las gabardinas levantadas, las alas de los sombreros sobre los ojos, como antaño los clientes del Friné. Al cabo de un rato, Gervasio, Lucinio y Peter abandonaron el portal, cruzaron la calle y entraron en la iglesia. Una candelita exánime, ante el sagrario, era la única nota viva en el templo tenebroso. Gervasio invitó por señas a sus amigos a que le siguieran, pero en el deambulatorio en sombras, ante la entrada de la cripta, surgió la figura de don Urbano:

—¿Dónde vais vosotros?

Gervasio se dio a conocer.

—¿Y qué quieres aquí a estas horas?

—Asistir a la clase del padre Rivero.

—¿Quién os ha hablado de estas clases? La academia es sólo para universitarios —los miró uno a uno, de arriba abajo—. Vosotros sois aún unos chiquillos. ¿Qué tiempo tienes tú?

—Trece años.

—Ya ves; es preferible que os vayáis a jugar.

—Yo ya tengo quince —terció Lucinio.

—Aunque así sea —don Urbano se agarraba una mano con otra. De lo más hondo de la escalinata de caracol llegaba el murmullo de una voz lenta y disciplinada—: cuando ingreséis en la universidad podéis volver por aquí.

Aceptaron con resignación el fracaso. En otro tiempo hubiera significado una frustración, pero desde el advenimiento de la República la ciudad ofrecía incontables oportunidades de distracción y aventura. En el colegio imperaba el relajamiento y el alumnado vivía en plena exaltación. A raíz del trance en

la ceremonia de los cruzados, una cierta aureola rodeaba a Gervasio. Los párvulos le llamaban «erizo», y los mayores, los alumnos de quinto y sexto de bachillerato, adoptaron el apodo de Carlos Centeno redondeado: «Gervasio, Cabeza de León, Paladín del Tercer Curso». En cualquier caso, su crispadura dejó una estela enigmática en el colegio. Los testigos fueron pocos pero el rumor se extendió y la mayor parte lo atribuyeron a un don especial como el de Evencio Gredilla, que movía las orejas a voluntad, o el de Javier del Río, recién llegado de los jesuitas, que doblaba hacia atrás los dedos de las manos hasta tocar la muñeca, como si fuesen de goma. Gervasio ni afirmaba ni desmentía nada; se dejaba querer. Su actitud ante el fenómeno era indecisa, puesto que si por un lado incitaba a la burla, por otro lo singularizaba de la grey, le otorgaba un misterioso prestigio en el ámbito escolar, y él, superada la etapa de propensión a la uniformidad, empezaba a hallar cierto regodeo en el hecho de saberse diferente. Lo que de verdad deseaba con toda el alma era el reconocimiento admirativo de Peter, pero éste callaba, no daba su brazo a torcer. Ante su indiferencia, una tarde, después de derrotarle en una batalla naval, conforme a las innovaciones introducidas por Lucinio Orejón en el juego (fuego griego, petardos, fulminantes y fósforos como proyectiles contra las escuadras de papel formadas en la bañera), inflamado de patriotismo, reveló a su amigo, cuyo halago buscaba inútilmente, su secreto: según su abuelo, que estuvo en la guerra, y su tío Felipe Neri, el militar, él tenía «madera de héroe», había nacido para protagonizar grandes hazañas. Una vez más, Peter dio muestras de comedimiento:

—¿En qué lo notas?

—¿Es que no me viste la cabeza el día de la jura de los cruzados?

—¿Y eso es todo?

—Los pelos de punta sólo son la señal. Cuando los pelos se me ponen de punta me crece la fuerza y nadie sería capaz de vencerme.

Peter iba recogiendo los barcos chamuscados de la bañera y, al terminar, abrió el desagüe:

—No te fíes —dijo—. De alguna manera eso le pasa a todo el mundo. ¿No te has fijado que en los toros, cuando la gente quiere que el torero se arrime más, tocan un pasodoble? Dicen que la música tiene esas propiedades.

Gervasio no se dio por vencido y dos días después, en su casa, ensayó una demostración. A solas, en su cuarto, con el jersey remangado hasta el codo, ante el fonógrafo heredado de papá León, escuchando el *Oriamendi*, cerró los ojos esforzándose en concentrarse, pero su propio anhelo enervaba sus pretensiones. Desconectó el artefacto, decepcionado:

—Es inútil; no consigo concentrarme.

Ante este nuevo contratiempo, Gervasio concluyó que Peter necesitaba un testimonio, una demostración de arrojo. Con él, las palabras no servían ya de nada. Ni tampoco el signo. Tal vez si en alguna de las aventuras propuestas por Lucinio hiciera gala de cierta temeridad, Peter podría cambiar de criterio.

En aquellos días, la pandilla se enriqueció con dos nuevos elementos, excrecencias, asimismo, del éxodo jesuítico: Dámaso Valentín y Eduardo Custodio. Dámaso, con su pelo a cepillo, sus finos labios elásticos y la expresión franca y risueña de sus ojos castaños, aportó al grupo una desmesurada alegría de vivir. Menor de cinco hermanos, todos ellos emancipados, vivía solo con su madre viuda y dos viejas sirvientas en el barrio señorial de la ciudad. Quizá porque la vida le era fácil y su asignación semanal doblaba la de sus amigos, Dámaso sonreía siempre, y al hacerlo mostraba la mella de un diente incisivo (reliquia de una caída de infancia) que acariciaba golosamente con la punta de su lengua, roja y vivaz. Flexible y desprendido, aceptaba con entusiasmo cualquier plan elaborado por sus amigos e, incluso, su desahogo económico le permitía poner a disposición del grupo sus pequeñas propiedades personales. Así ocurrió con el pelotón de goma maciza con el que, a poco de conocerle, empezaron a jugar a las salidas del colegio en el andén lateral del parque, desafiando el celo de los guardias municipales. Si bien un día, sorprendidos por el agente de la vereda, acabaron en el cuartelillo, y mientras el cabo les tomaba la filiación entró Gerardo, el Cigüeña, pellejudo y arruinado, gargajeando en un sucio pañuelo. Gervasio se acercó a él:

—¿No se acuerda de mí, señor Gerardo? Soy el nieto de don León.

Gerardo lo miraba al sesgo, con su ojo revirado, el pañuelo en la boca, conteniendo la tos y, al cabo de una larga pausa, inquirió con su delgada vocecita:

—¿Del difunto don León de la Lastra?

—El mismo; ¿no recuerda que un día, cuando éramos niños, nos sorprendió a mi hermana y a mí prendiendo una hoguera en la trasera del Friné?

A Gerardo se le fue la tos; su ojo bizco se iluminó:

—Tu abuelito me concedió la Medalla al Mérito Municipal el día que reduje a Poli, el Patatero.

—Ya me acuerdo. Mi abuelo siempre nos lo contaba. Decía que era usted un héroe.

Gerardo, el Cigüeña, conmovido por el elevado concepto que de él se guardaba en palacio, interpuso sus buenos oficios y el cabo rompió la denuncia y les devolvió el pelotón. Luego los acompañó hasta la puerta del cuartelillo:

—Vete con Dios, hijo. Si llegas a venir el mes que viene ya no me encuentras; para San Ubaldo me jubilo.

Por su parte, Eduardo Custodio, pálido, de hablar pausado y perifrástico, con un deje de humor, adolecía de un avejentamiento prematuro ostensible en su miopía, sus pesados párpados, su flaccidez y un cierto anquilosamiento de piernas que, cuando jugaba al fútbol, su gran pasión, trataba de compensar con tenacidad y amor propio. No usaba gafas y ordinariamente combatía su miopía tirando del rabillo del ojo para aclarar las imágenes y, cuando iba al cine o a cualquier otro espectáculo, mediante unos prismáticos de teatro que habían sido de su bisabuela. Segundo de ocho hermanos, todos varones, Eduardo les abrió las puertas de su casa desde el día que se conocieron, y sus padres, doña Loreto y don Colomán, ya provectos, participaban de las alegres tertulias juveniles. Don Colomán era el tercero de la dinastía fundada en Salamanca por su tatarabuelo Colomán McGregor, seminarista exclaustrado del Colegio Irlandés, quien, con su deserción, perdió no sólo los hábitos sino también el apellido, puesto que entre sus descendientes no hubo varones, pero el nieto de Colomán II no sólo rescató el patronímico sino que lo prolongó en su descendencia, de modo que Colomán IV, hermano mayor de Eduardo, cerraba por el momento la dinastía castellana de los McGregor, aunque con el apellido desplazado debido al injerto del Custodio del viejo abuelo salmantino. En el trato con sus hijos, don Colomán III y su esposa hacían gala de un liberalismo británico que despertaba la envidia de Gervasio y su grupo. Para don Colomán III y su clan no existían tabúes ni temas vetados. El mismo Eduardo, consciente de la permisividad de sus progenitores, alardeaba de ello ante sus nuevos amigos:

—Mamá, tú deseas tanto tener un nieto que no te importaría que yo te diera uno aunque fuese natural.

Y doña Loreto reía («¡qué cosas tiene este chico!»), y la audiencia le coreaba, reía asimismo, excepto Gervasio, que se ruborizaba sólo de imaginar la reacción de los García de la Lastra si un día se le ocurriera a él gastarle a tía Cruz o a mamá Zita una broma semejante. Eduardo Custodio opuso a la abrupta belicosidad frontal de Lucinio en sus peleas con los golfillos un elemento cerebral: había que luchar, de acuerdo, pero no contra la masa, siempre ciega, sino contra los inductores de esa masa. Y con una idea

peregrina de la inducción, empezaron a apedrear la casa de doña Joyita, el prostíbulo más acreditado de la ciudad, la capilla protestante y la Casa del Pueblo. Y el día en que el Gobierno retiró la asignación al clero y las parroquias organizaron colectas para sostenerlo, Eduardo Custodio sugirió que del duro mensual que sus padres les entregaban para tal menester (y que se perdían entre otros miles de duros) podían detraer tres pesetas para «armarse». Esto no era una mala acción sino todo lo contrario, puesto que, de este modo, la protección del clero quedaba cubierta en dos vertientes: la mera subsistencia y la seguridad física propiamente dicha. Asimismo, a instancias de Eduardo adquirieron unos tirachinas de horquilla metálica, negras gomas cuadradas y badanas de carnero, cuya eficacia se puso de manifiesto muy pronto: en apenas tres incursiones no quedó cristal sano en los balcones de doña Joyita, la capilla protestante y los ventanales de la Casa del Pueblo.

La amistad de Damasito Valentín y Eduardo Custodio reforzó al grupo frente a la hostilidad maniobrera de Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta y subyugó a Gervasio, cada día más alejado del ambiente familiar. Su conducta en la calle apenas trascendía en casa. Eran dos mundos. Si acaso, de vez en cuando, informaba de sus andanzas a Florita y Manena Abad, y si en el interrogatorio de ésta advertía un asomo de inquietud se pavoneaba como si regresase de la guerra. Pero mamá Zita, cada día más conturbada ante la inminencia de la gorda, quedaba al margen. A veces recriminaba a papá Telmo su silencio culpable, pero éste respondía sin acritud, con el tono contemporizador de quien se sabe a favor de corriente, que «en este país vocinglero», guardar silencio era ya «una actitud plausible». De ahí que mamá Zita se sobresaltase la tarde que papá Telmo irrumpió demudado en el cuarto de costura con una carta en la mano e hizo ante las dos hermanas la sensacional revelación:

—Jairo ha tenido el tupé de pedirme la mano de Crucita.

Mamá Zita desorbitó los ojos y se santiguó:

—Dios mío, pero si es todavía una niña.

Entonces papá Telmo, desolado, se derrumbó en una butaca y, como quien no quiere la cosa, dejó caer que Jairo no era sólo un hombre maduro, sino además un hombre corrido, que era peor. Mamá Zita, en pleno naufragio, inquirió que qué quería decir con eso de «un hombre corrido», a lo que papá Telmo respondió evasivamente que «un cuarentón con muchos espolones» y que, en tales circunstancias, Crucita difícilmente podría ser feliz con él.

Al regresar del tenis para tomar el té, antes de que sus padres hubieran resuelto la estrategia a adoptar ante el problema, Crucita se encaró con papá

Telmo y le preguntó a bocajarro:

—¿Puede saberse qué habéis decidido respecto a la carta de tío Jairo?

Papá Telmo perdió la ecuanimidad:

—Así que estabais conchabados, ¿verdad?

Crucita sacudió los hombros con insolencia:

—Un hombre y una mujer que se quieren siempre están conchabados. ¿No lo estabais mamá y tú cuando mamá Obdulia se oponía a vuestras relaciones?

Tía Cruz lloriqueó:

—Acabas de cumplir veinte años, querida, y Jairo pasa ya de los cuarenta.

Crucita se mostraba despótica («bien adiestrada por su *partenaire*», diría luego papá Telmo) especialmente dura con los reparos de su madrina:

—¡Tú qué sabes de esto, tía! El mundo está lleno de parejas felices con maridos que doblan la edad de sus mujeres y a la inversa.

Los argumentos se multiplicaron y el sábado, aunque desde un punto de vista diferente, tía Macrina manifestó también su discrepancia ante el proyectado matrimonio:

—Lo siento, Cruz, pero, a mi juicio, tú careces de la madurez precisa para llevar la casa de mi hermano.

Cogido entre dos fuegos, tío Vidal callaba, pero al ser requerido para que diera su opinión se salió por la tangente:

—¡Lo que faltaba: Jairo y Crucita! ¿Por qué no le preguntáis a vuestro inefable padre Rivero si no serán éstas las señales del fin del mundo?

Pero la resistencia más tenaz procedía de papá Telmo, lo que inquietaba especialmente a mamá Zita:

—Telmo conoce el mundo mejor que nosotras, Cruz. Algo hay, además de la edad, que no conviene a la niña.

Convencida de la banalidad de sus argumentos, dejaba hablar a su marido hasta que un día Crucita, harta ya de tanta oposición, los brazos cruzados sobre el pecho (como si quisiese evitar un postrer argumento: su incompleto desarrollo), se enfrentó con su padre, la verde mirada endurecida, y le preguntó crudamente si había olvidado la oposición de los abuelos a su boda con mamá Zita, su menosprecio, y que si él, entonces, había considerado prejuicios burgueses las razones que aducían, qué no podría decir ella de su conducta actual, un hombre con pretensiones de avanzado que se tornaba cavernícola ante la idea de desposar a su hija con un hombre maduro. Las tesis de Crucita, arrojadas como salivazos al rostro de papá Telmo, dejaron a éste inerme, y aunque había simulado aceptar la explicación de que el padre

Rivero estaba invitado en casa de tío Felipe Neri como viejo condiscípulo, desveló la superchería la tarde de su derrota:

—Me gustaría consultar el asunto con el jesuita ese que tenéis escondido en casa, Cruz.

Todos se turbaron, pero el tío Felipe Neri se apresuró a concertar la entrevista, que no aportó nada nuevo. El padre Rivero escurrió el bulto:

—Ciertamente un matrimonio en estas condiciones es arriesgado, pero carecemos de impedimentos canónicos para oponernos. No olviden que los ministros de este sacramento son los propios contrayentes.

Papá Telmo despotricó contra el cura, volvió a enfrentarse con Crucita, mantuvo con tío Jairo una correspondencia tirante que nadie llegó a conocer, pero en la segunda quincena de abril María Cruz García de la Lastra, vestida de blanco, con un largo velo de tul ilusión, y Jairo Jaraiz Blanco, de la Audiencia territorial de Madrid, contraían matrimonio en el oratorio particular de los tíos Cruz y Felipe Neri, en privado, ya que, según *El Correo de Castilla*, «las circunstancias no eran propicias para dar a la unión el realce que merecía, habida cuenta de la distinción de las familias de los contrayentes». Tío Jairo, ante el altar, aparentaba ser el padre de Crucita acompañándola a tomar la Comunión, pero la apostura y buenos modales de sus hermanos David y Fadrique, sus corteses atenciones con sus esposas respectivas, llevaron a mamá Zita al convencimiento de que quizá habían extremado la oposición y Crucita podía llegar a ser dichosa con Jairo ya que, corrido o no, era manifiestamente un hombre educado.

La marcha de Crucita, junto a la amenaza de la gorda, sumieron, empero, a mamá Zita en un sombrío desconsuelo. A diario se encerraba en su habitación «a llorar a gusto», o pasaba tardes enteras en conciliábulos con su hermana Cruz. Como de costumbre, habían unido sus fuerzas para contrarrestar la animosidad creciente de su cuñada Macrina en las veladas sabatinas. De vez en cuando, se reconciliaba con el padre Rivero paseando por el jardín y subía a casa reconfortada, pero su alivio era efímero, apenas duraba unas horas. Crucita no se manifestaba. Desde Canarias llegaron dos tarjetas postales con abrazos para todos. No decían más, pero Jairo no las firmaba. Ya instalada en Madrid, solía escribir una vez por semana y sus cartas eran rutinarias, opacas, sin referencias a su nueva situación. Transcurrido un mes, mamá Zita empezó a telefonearle los sábados. Necesitaba oír su voz. Ella conocía a su hija y le era suficiente oír su voz para saber cómo marchaban las cosas. La primera comunicación la desconcertó: la voz de Crucita era apenas un hilito imperceptible. En las siguientes, le

sorprendieron su falta total de entusiasmo, sus largos silencios inexorables. No se quejaba, no acusaba de nada a nadie, pero sus pausas eran tristes y altivas. Mamá Zita cada semana colgaba el teléfono más desazonada:

—Esta chica no es feliz, Cruz, algo le sucede.

Y lloraba inconsolable, ignorando a punto fijo qué le ocurría. A primeros de septiembre, Crucita telefoneó que llegaría en el rápido de Irún a pasar unos días con ellos. Mamá Zita y papá Telmo se pusieron en guardia. Cruz, escuálida desde niña, había adelgazado aún más: su sonrisa era feble, mate la mirada de sus ojos verdes. Aunque se resistía a la confidencia, los problemas iban saliendo a flote, engarzados unos a otros, como las cerezas (estaba un poco sola, Jairo no la acompañaba a jugar al tenis, no siempre tenía tiempo de almorzar en casa, los amigos con quienes alternaba eran muy jóvenes e insustanciales, su marido se mostraba atento con ella pero cuando se reunía con su sobrino Luisito se volvía insoportable, ponían música y hablaban de cosas abstrusas en tono de broma). Noblemente reconocía que mamá Zita y papá Telmo tenían alguna razón: Jairo era un poco viejo para ella, era «como un señor mayor, —y si acaso ella se lo echaba en cara, él le sonreía, le tomaba una mano y le decía—: Eres aún muy niña para comprenderme». En la reunión del sábado se eludieron estos temas y Crucita, por decirle algo agradable a tía Macrina, se refirió «al buen humor de su sobrino Luisito», a lo que tía Macrina, ante el asombro general, replicó que nunca habían tenido un sobrino con ese nombre y que era obvio que se trataba de una impostura o de una broma de su hermano Jairo. Papá Telmo trató por todos los medios de sonsacar a Crucita en la intimidad, pero no consiguió otra cosa que vagas sonrisas truncadas y las socorridas frases hechas que aumentaron su irritación: «Dar tiempo al tiempo», «No se tomó Zamora en una hora», «El primer año es el más difícil», «Iremos encajando poco a poco».

Quince días después, mamá Zita y papá Telmo la visitaron en Madrid. Hubieron de alojarse en un hotel, pues aunque Crucita disponía de una casa amplia, «Jairo no puso buena cara cuando se lo consultó». Por otra parte, su yerno se mostró correcto y obsequioso con ellos, los invitó al teatro y al concurso hípico, pero su hija, a solas, reconoció «que la edad de Jairo era efectivamente una rémora y, peor aún que su edad, la fría soledad de aquel caserón vetusto». Papá Telmo, que había comentado al conocer el piso que era una residencia «envarada, forense, de fiscal barbudo», le animó a buscar amigas, a salir a la calle, a frecuentar el tenis, y mamá Zita, de regreso a casa, de común acuerdo con tía Cruz, le sugirió telefónicamente la conveniencia de visitar a Inesita Pons, hija de una amiga de infancia, cuya dirección le facilitó.

Este contacto mejoró un poco las cosas. Crucita comenzó a orientarse. Inesita era espontánea, vital, práctica, salía de compras con ella, la asoció al Real Club de Tenis Puerta de Hierro y allí iban juntas, en bicicleta, todas las tardes. Pero cuanto más gratas eran sus expansiones, más torvos resultaban los regresos a casa. Dorotea, la vieja criada, apenas le hablaba y los amigos de Jairo, en especial «el sobrino Luisito», no reparaban en ella. Sus tentativas para hacer cuarteto con Inesita Pons y Juan Manuel, su marido, no cuajaron. Jairo se opuso desde el primer momento:

—Si te apetece, yo puedo salir un día al año con ese muchacho, pero, por favor, no me pidas más. Soy demasiado viejo para entablar nuevas relaciones.

Por primera vez, Crucita se enfureció:

—Pues tampoco a mí me gustan tus amigos. No me parecen interesantes.

Allí estalló la disputa inicial, fluyeron las primeras lágrimas (no ocultas) de Crucita. También mamá Zita sollozaba al oír su voz floja, atormentada, por teléfono, y tres días más tarde, después de recibir una carta suya, se encerró en su habitación, de la que no salió ni a la hora de comer. Gervasio encontró la carta en la secreta de la cómoda de su madre, al día siguiente, y aparte los lamentos habituales, Cruz decía en ella: «Hay días en que Jairo estalla en besos y mordiscos y me llama *mi inquietante efebo*, seguro que para mortificarme, pues de sobra conoce mi complejo por no tener pechos y efebo, según el diccionario de la lengua, es un mancebo adolescente». Después de leer esta carta, papá Telmo perdió la cabeza, no hablaba más que de Roma, del Tribunal de la Rota, decía tener «argumentos irrebatibles para anular tan monstruosa unión» y, por las noches, conversaba por teléfono con la niña, le encarecía paciencia, le prometía que todo se arreglaría y le enviaba besos. Mamá Zita, identificada ahora con papá Telmo, comentaba:

—Ese dichoso Jairo, además de viejo es un tipo raro.

—Bueno, es un caso complejo de inversión sexual.

—Inversión ¿qué?

—Déjalo. Son tonterías mías.

A pesar de las presiones, Crucita, consciente de su responsabilidad, se resistía a anular el matrimonio. De vez en cuando, sus cartas traslucían alguna esperanza. Inesita Pons tenía muchas amigas y ella se iba integrando en el grupo. El aspecto negativo de las nuevas relaciones estribaba en que cada día se distanciaba más de su marido y noches había en que, al llegar Jairo a casa, ella ya estaba acostada y él se iba a dormir aparte, al cuarto de forasteros, «con su sobrino Luisito». Gervasio observaba a sus padres, escrutaba sus rostros, escuchaba sus conversaciones y, por encima de su desencanto,

advertía algo positivo en el matrimonio de Crucita: mamá Zita y papá Telmo habían encontrado un punto de afinidad al margen de la política. Las lágrimas de su madre, habituado a ellas, no le afligían, pero sí el derrumbamiento de su padre, su desolación, la manera de prensarse la cabeza entre las manos cuando se encontraba solo, como si fuera a cascarla. De ordinario, a la vuelta del colegio, lo sorprendía oyendo la radio, aquella voz de ataúd, oscura pero diáfana, deshumanizada, que portentosamente irrumpía en la sala sin más que girar un botón. A través de aquella voz se enteró la familia de la huelga revolucionaria de Asturias, de la ocupación de Oviedo por los mineros. Con este motivo, el salón de palacio volvió a convertirse en una olla de grillos. Tío Felipe Neri, vestido con un traje gris perla que hacía añorar el uniforme, desplazaba sobre su cuñado la responsabilidad:

—Ya está aquí la revolución, Telmo, ¿es esto lo que pretendíais? Las masas han conquistado el poder.

Y tío Vidal convertía su miedo en malhumor:

—Si se niegan a admitir tres ministros de la CEDA en el Gobierno, tú me dirás dónde está la democracia.

Papá Telmo, desbordado por la desventura de Crucita, tal vez indefenso o desagradablemente sorprendido por la huelga revolucionaria, eludía el acoso como podía, derrumbado sobre el diván, frente a la chimenea, bajo la *Resurrección* del Giotto, pero los tíos lo perseguían, lo acicateaban, como si la retirada de los mineros dependiese de una orden suya o dispusiese de hilo directo con el presidente del Gobierno.

También la ciudad se paralizó con la huelga revolucionaria y Gervasio, desatendiendo las recomendaciones de mamá Zita, se lanzó a la calle en compañía de sus amigos. Una atmósfera enrarecida se cernía sobre ella. Las avenidas y plazas desiertas, las trampas de los comercios echadas, los cafés vacíos, los portones de las casas entornados, eran trasunto de recelo y temor e infundían la impresión de una ciudad sitiada. Caminaron en grupo por las calles Abrojo, Hostieros y Magaña para desembocar en la Avenida de la Constitución, desde donde se oía el repiqueteo desamparado de una música remota. En la esquina les sorprendió la manifestación, unos centenares de hombres astrosos, con gorras de visera y alpargatas negras, precedidos por la Norton de los tíos a paso de entierro y una charanga improvisada en retaguardia tocando *La Internacional*. Lucinio empujó con el hombro a Gervasio:

—¡Menudos prójimos están hechos tus tíos!

El tío Adrián, al aire la cabeza semicalva, hundida la barbilla, los amarillos dientes mordiendo el labio inferior, hacía eses con la moto, para no perder contacto con el grupo, en tanto el tío Norberto, igualmente destocado, erguido en el asiento posterior, portaba sobre su hombro una desmayada bandera tricolor que hacía flamear, agitándola con desgana de vez en cuando. La procesión desfilaba en silencio y únicamente se oía el petardeo regular de la moto entre los compases deshilvanados de la música.

Esa tarde estalló la revuelta. Gervasio, Lucinio y Eduardo Custodio se desplazaban de un sitio a otro orientados por los gritos y las carreras. Los revoltosos, después de asaltar la armería de Pablo Esteban en la Plaza Mayor, empuñando escopetas y pistolas se dirigieron al extrarradio y cercaron la casa-cuartel Lepanto, en el barrio de la Alameda. Parapetados tras los árboles disparaban sin ton ni son y algunos guardias civiles con gorro cuartelero, resguardados en el cembo de la acequia que delimitaba el pequeño jardín, respondían con sus mosquetones, defendiendo el cuartel. Desde la esquina de la calle Huertas, Gervasio y sus amigos asistían al enfrentamiento y, cuando vieron brincar a un guardia y caer de espaldas en los arriates, la cabeza ensangrentada, aquél sacó del bolsillo su tiragomas y empezó a fustigar el flanco de los atacantes, pero Lucinio Orejón lo apartó displicentemente y dijo refiriéndose al tirachinas:

—Déjame a mí; eso son chiquilladas.

En su mano derecha brillaba una pistola negra recién engrasada, con la que apuntó hacia los árboles y disparó una y otra vez hasta vaciar el cargador, en el mismo momento en que un camión descubierto de guardias de asalto, armados con fusiles, aparcaba a un costado del cuartel y sus números, diseminados en la cuneta, abrían fuego contra los asaltantes que, sorprendidos por su llegada, volvieron grupas y huyeron hacia la Plaza del Haro. El comandante de las fuerzas de socorro, puesto en pie, señaló entonces con un dedo la esquina donde ellos se agazapaban y dio dos voces. Sin ponerse de acuerdo, los muchachos arrancaron a correr por la calle Huertas hacia el centro, doblando esquinas desalados, jadeantes, hasta que alcanzaron los desiertos soportales de la Glorieta del Ángel. Lucinio empujó el portón entornado de una casa y se pasó el antebrazo por la frente sonriendo:

—Los hemos hecho huir —dijo.

—¿Quién te ha dado esa pistola?

El muchacho volvió a sacarla del bolsillo con civil respeto, negra, reluciente, intimidadora. Acarició la culata y volvió a sonreír:

—Es de mi hermano Felices; tiene tres.

—¿Tiene tres pistolas tu hermano Felices?

Un orgullo histórico henchía el pecho de Gervasio. Por vez primera en su vida (la pelea con los golfillos en el estadio no había pasado de ser una escaramuza) se sentía partícipe en una acción viril, con riesgo, con bajas. En casa, mamá Zita y tía Cruz, pegadas a la radio, demudadas, escuchaban las últimas noticias en dramático silencio. Gervasio se acercó a ellas, pero mamá Zita apenas le dio tiempo de sentarse:

—Vámonos; va a venir tu padre.

Habían resuelto escuchar la radio por turnos. Sus posiciones, a menudo encontradas ante la información que aquélla facilitaba, convertía la sala en un infierno. Una elemental idea democrática, de mera convivencia, lo aconsejaba así. Resultaba de todo punto insoportable que, mientras ellas sufrían, papá Telmo exultase, y a la inversa. Los cimientos domésticos se estremecían ante sus enfrentamientos verbales.

A la mañana siguiente, Gervasio se abalanzó sobre el periódico antes de que papá Telmo hubiera concluido de afeitarse. Al pasar los ojos por los titulares de la primera página se le abrió una oquedad en el estómago. Las manos y las rodillas le temblaban:

LOS REVOLTOSOS ASALTAN LA CASA-CUARTEL
«LEPANTO». UN SARGENTO DE LA GUARDIA CIVIL
MUERTO Y DOS NÚMEROS HERIDOS

Ayer se desarrollaron en nuestra ciudad luctuosos sucesos que produjeron, al ser conocidos, viva impresión. Desde primeras horas de la tarde empezó a notarse cierta efervescencia entre el elemento obrero, que pretendía impedir la salida de trenes de nuestra ciudad. La fuerza pública, que acudió en buen número a la estación, fue informada de que grupos de incontrolados intentaban asaltar la armería de don Pablo Esteban, sita en la Plaza Mayor. Un ómnibus de las fuerzas de asalto se encaminó hacia allí para impedirlo pero, al llegar a las Escuelas Pías, se vio sorprendido por las descargas que efectuaban sobre ellos grupos apostados en las bocacalles próximas. El número Heliodoro Navafría fue herido de bala en la pierna al repeler la agresión de los revoltosos, quienes, acto seguido, se dirigieron contra la casa-cuartel de la Guardia Civil Lepanto, en el barrio de la Alameda, donde, tras intensivo tiroteo, fue muerto el sargento Salustiano Arias, de un balazo en la cabeza, y herido de pronóstico reservado el número Gregorio Peña García. Desde la esquina de la calle Huertas, un reducido grupo de mozalbetes lanzó piedras y efectuó algunos disparos de pistola contra los asaltantes pero, poco después, la llegada del comandante Aldecoa al frente de fuerzas de asalto de refresco, ahuyentó a éstos y puso en fuga a los revoltosos, que se dispersaron por el campo de la Alameda, dominando la situación y siendo detenidos dos de los principales promotores.

En las primeras horas de la noche, renació totalmente la calma en nuestra histórica ciudad, conmovida durante largas horas por los trágicos y luctuosos sucesos de la tarde.

El corazón redoblaba en el pecho de Gervasio. Se daba cuenta de que aquél había sido su bautismo de fuego y, aunque de manera innominada, envuelto en la concisa pero expresiva frase de *El Correo* («un reducido grupo de mozalbetes lanzó piedras y efectuó algunos disparos de pistola contra los asaltantes»), acababa de entrar en la Historia; casi sin advertirlo había iniciado su carrera de héroe.

En las jornadas siguientes, la radio fue aportando noticias más tranquilizadoras. Ochoa y Yagüe habían entrado en Oviedo, restableciendo el orden, en tanto Batet obligaba a rendirse a la Generalidad, que acababa de proclamar la República Catalana Independiente. Pero, cosa extraña, en esta ocasión las noticias que a ellos les satisfacían no aparentaban desagradar tampoco a papá Telmo. Gervasio constataba, estupefacto, su sonrisa de alivio. ¿Qué significaba aquello? Por de pronto —se decía Gervasio—, que carecían de sentido las afirmaciones de Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta, de que papá Telmo estuviera en el Círculo «preparando la revolución». Una de dos, o su padre renegaba de sus viejas convicciones o no deseaba la revolución, al menos la de Asturias ni la de Barcelona. ¿Qué revolución quería, entonces, papá Telmo?

Inopinadamente, dos días más tarde, a la hora de almorzar, Crucita se presentó en casa. Un mozo de estación apiló en el vestíbulo baúles, maletas, sombrereras y cachivaches. Sus verdes ojos estaban enrojecidos y sumidas sus pálidas mejillas. Mamá Zita la abrazó con tal frenesí, que la niña no pudo contener las lágrimas:

—Se ha terminado, mamá. Nunca volveré con él.

Repuesta del primer golpe emocional, Crucita expresó su temor de enfrentarse con tía Macrina, la hermana de Jairo, pero mamá Zita la tomó por la cintura y la condujo dulcemente hacia su viejo cuarto de soltera:

—Estáte tranquila, hija. Tío Vidal y tía Macrina marcharon anteayer a Portugal con los niños. No regresarán mientras en España no se vea un poco de luz o estalle de una vez la gorda.

XI

—Siéntate aquí —dijo mamá Zita, indicando una silla junto a la suya—: te he mandado llamar porque ya tienes edad de afrontar ciertas responsabilidades. Y en las elecciones de mañana, España se juega su futuro. Todos los buenos españoles estamos obligados a arrimar el hombro.

La tarde declinaba. Un desmayado rayo de sol, tamizado por el visillo del balcón, iluminaba la escena: mamá Zita, tía Cruz, tío Felipe Neri y el padre Rivero, congregados en torno a un velador, punteaban largas nóminas, sumaban, restaban, insertaban impresos en sobres, distribuían en improvisadas carpetillas de papel candidaturas y cédulas personales. Gervasio, sentado junto a su madre, ufano de saberse necesario, observaba a tío Felipe Neri, su aplicación escolar, las gafas sobre la frente, el lapicero en la mano. Alzó los ojos mates hacia el padre Rivero con una mueca que aspiraba a ser una sonrisa:

—Sesenta y cuatro —dijo—. Tenía usted razón, Padre.

—Es decir, sesenta y cuatro votos —dijo mamá Zita.

—Salvo error u omisión —puntualizó el padre Rivero.

Y cuando mamá Zita se volvió hacia Gervasio y empezó a darle instrucciones sobre lo que tendría que hacer a la mañana siguiente, el jesuita levantó un dedo, sonrió, pidió perdón con untuosa delicadeza y entonces mamá Zita reparó en su oficiosidad, se cubrió las mejillas con las manos y se excusó abochornada:

—¡Oh, disculpe usted, padre! Ni me había dado cuenta.

—No tiene por qué disculparse, a menudo nuestros deseos corren más aprisa que nuestra reflexión. Pero conviene que sea uno solo quien tenga en sus manos la responsabilidad de este asunto.

El padre Rivero hizo una pausa, ladeó la cabeza y fijó la mirada en Gervasio, la misma mirada intensa que posaba en la imagen de la gruta cada vez que rezaba la letanía en el jardín. El muchacho parpadeó:

—Bien, mozo, vayamos por partes; a lo que aspira esta familia es a que mañana vote todo el mundo, mejor dicho, todos aquellos que desean que en España reinen el orden, la paz y la justicia. Para ello vamos a procurar que participen los impedidos y los enfermos y, si necesario fuese (volvió a sonreír), hasta los muertos. Con este objeto hemos dividido la ciudad en sectores que hemos encomendado a diferentes personas, una de ellas a ti (le tendió, por encima de la mesa, un lapicero rojo y unas cuartillas). Anota, por favor. Tu vereda incluye los siguientes centros: Adoratrices, Siervas de Jesús, Servicio Doméstico, Hermanitas de los Pobres y Beneficencia… ¿Has

apuntado? Bien, tu misión entonces, sin perjuicio de que puedas llevar a cabo otros cometidos, es la siguiente: tomarás un taxi de confianza a las nueve de la mañana y visitarás uno por uno los conventos que figuran en esa relación. Una vez en ellos preguntarás por la madre superiora a la que dirás simplemente: «Me envía el padre Rivero», ellas ya saben; luego (tomó de la mesa cinco sobres con las diferentes direcciones y se los pasó a Gervasio) entregarás a cada una el sobre que lleva su dirección y ellas te indicarán qué personas, de entre las que tienen a su cargo, debes trasladar a los colegios electorales respectivos, a qué hora y en qué orden —la voz del padre Rivero zumbaba como un moscardón, una voz lenta, monótona, disciplinada, con un timbre eclesiástico manifiesto. Colocó su blanca mano sobre el antebrazo del muchacho—. Hay un punto esencial a tener en cuenta: el ritmo del voto doble o del voto falso. Trataré de explicarme. Conviene que la monja o la mujer que, además de por sí, vaya a votar por otra, lo haga discretamente, sin llamar la atención de la mesa. Para ello procura dejar huecos entre ambas intervenciones y, a ser posible, que la interesada se cambie de atuendo con objeto de dificultar su identificación. Si se tratase de ancianas no es preciso tanto requilorio: las viejas son todas iguales. Pero en cualquier caso, antes de entrar en los colegios, debes aleccionarlas. No hables demasiado, las confundirías; a la gente sencilla, pocas palabras y claras. Y a las que voten por otras, ausentes o muertas, mételes en la cabeza que su cédula personal es la que llevan en la mano y su nombre y apellidos los que figuran allí. Las superioras ya están advertidas y enviarán a las más despejadas (sonrió una vez más, satisfecho de su exposición). Esperemos que no haya contratiempos. Mañana, a primera hora, tu madre te dará las últimas instrucciones.

La señora Zoa, esquemática, hecha un rebujito negro en el asiento trasero del Chevrolet de Tadeo Crespo, el taxista del Casino, envuelta en un raído mantón, lo miraba todo el tiempo y sonreía con su desguarnecida sonrisa sin dientes:

—Y esta carta, ¿dónde dices que la tengo que echar, señorito Gervasio?

—Tranquila, Zoa, no se ponga nerviosa. La carta la tiene que echar donde yo le indique, pero sin dar explicaciones a nadie. Únicamente dirá su nombre cuando el señor de la mesa le pregunte.

Empleó mañana y tarde en acarrear votantes a los colegios electorales (monjas, viejos, tullidos, criadas de servicio) y, a la puerta, antes de entrar, les aleccionaba y les daba ánimos y, al salir, las ancianitas inquirían ingenuamente, con un punto de vanidad:

—¿Lo hice bien, señorito?

Al anochecer, apenas cerraron los colegios, Gervasio se presentó en casa de tío Felipe Neri para facilitar el parte al padre Rivero, que se frotaba las manos confiado:

—Vamos a ganar, mozo. Vamos a ganar holgadamente.

Pero no ganaron y, pocas horas más tarde, el padre Rivero desapareció de casa de tío Felipe Neri sin dejar rastro:

—Se ha marchado a Portugal con la Compañía —aclaraban mamá Zita y tía Cruz, a modo de explicación, cuando alguien se interesaba por él, aunque todos desconocían a ciencia cierta su paradero.

Tras la derrota electoral, mamá Zita recibió una carta apremiante de su hermano Vidal, exhortándola a emigrar a Portugal con toda la familia: «Con tu persona eres muy libre de hacer lo que quieras, hermana, pero no tienes derecho a exponer a tus hijos a los riesgos de una algarada como la de Asturias». Tío Vidal, sin otra cosa que hacer, redactaba en su exilio dorado unas cartas largas, rizadas, académicas, escuchando el rumor del mar desde el escritorio del hotel. Pero mamá Zita, como un general a quien sugirieran la entrega de una plaza encomendada a su defensa, respondió sin vacilar: «Me parece indigno abandonar el campo sin antes rendir batalla».

Desde el regreso de Crucita, mamá Zita se mostraba pugnaz y destemplada, no sólo contra Jairo, su yerno, sino contra todo aquel que, de alguna manera, pudiera recordarle, empezando por los tíos Macrina y Vidal, cuya expatriación juzgaba un acto de cobardía. A lo largo de semanas, mamá Zita y tía Cruz platicaron incansablemente sobre la situación de la niña, que, aturdida aún por su resolución, achacaba a su marido todo género de infamias (egoísmo, desprecio, sadismo, exigencias vejatorias), aunque ni ella, ni mamá Zita, ni tía Cruz, ahormadas en la más pura gazmoñería, supieran a punto fijo cuál era su punto flaco. Tan sólo papá Telmo sabía a qué atenerse y, una vez recuperada Crucita, se personó en el Obispado y, al día siguiente, marchó a Madrid, regresó y volvió a marchar. Su consulta naturista quedó desatendida por unos días. Él mismo cumplimentaba los impresos que su hija firmaba sumisamente, sin reparar en el texto. «Es para la anulación, —le decía tan sólo. Y ella rubricaba el papel sin reservas. Únicamente en una ocasión le preguntó—: ¿Qué razones alego, papá?». «Incompatibilidad de caracteres», respondió papá Telmo, y meneó la cabeza como diciendo «y todo lo demás que no hace al caso».

Crucita había cambiado. Su fatuidad, su arrogancia, apenas tenían ocasión de manifestarse ahora. Mediante su irreflexivo matrimonio había querido dar un no rotundo a la ciudad, a su cursilería, a su provincianismo, a su mal gusto,

a sus pretensiones, pero, de pronto, tras su fiasco con Jairo, se veía obligada a soportar la humillación de la derrota: miradas conmiserativas, sonrisas abortadas, medias palabras, preguntas impertinentes. Salía poco de casa; su reducto de antaño, el tenis, lo tenía abandonado y no frecuentaba amigas ni espectáculos. La política como tal no le atraía, tal vez porque nunca puso interés en comprenderla. No obstante, la trastornaba la posibilidad de que un día las turbas de desharrapados se desbordasen y quemasen el viejo palacio de los condes de Pradoluengo con la misma vesania con que quemaban iglesias y conventos. Éste era el rasgo que la actual Crucita conservaba de la antigua: su desdén por el populacho. Pero después de su infortunado matrimonio, su rechazo social era absoluto: despreciaba a la clase alta por su convencionalismo, a la media por su hipocresía y a la baja, como siempre, por su vulgaridad. De ahí que Crucita, sin una conciencia clara, anhelase un cambio, algo que diera vuelta a las cosas, sin un proyecto concreto sobre el orden en que las cosas deberían quedar. Lo que deseaba, en definitiva, era que la ciudad la olvidara y poder volver a vivir «como si nada hubiera ocurrido». Por esta razón, la tensión diaria, los petardos, los tiros, las revueltas, no le afectaban. Ella empezaba a intuir en la gorda, que mamá Zita tanto temía, una oportunidad de liberación. A fin de cuentas, la gorda podía suponer para ella el borrón y cuenta nueva de todo un cúmulo de errores. En esta tesitura, Crucita vivía pendiente de la radio. Diríase que esperaba la llegada de la gorda por el receptor, con la misma ingenuidad con que los niños esperan la de los Reyes Magos por el balcón entreabierto. Y una mañana, en efecto, la sintió llegar, a través de la voz de ultratumba de Radio Madrid. Oyó que don José Calvo Sotelo, el jefe de la oposición, había sido asesinado en el cementerio del Este por un piquete de guardias de asalto y corrió por la casa difundiendo la noticia. Unos días después, Gervasio y ella captaron una voz excitada, que a intervalos se desvanecía, que hablaba del general Franco, Canarias y movimientos de tropas en el norte de África. Conectaron Unión Radio, que denunció, en concreto, una sublevación militar contra la República. Tía Cruz y mamá Zita se abrazaban llorando y decían, «¡España está salvada!», en cambio a papá Telmo, informado por Crucita, lo encontró acodado en la mesa de consulta, la cabeza entre las manos murmurando: «Pavía otra vez; este país no tiene remedio». Hablaba rumiando las palabras, como si rezase, tan concentrado estaba, y Gervasio no se atrevió a sacarle de su arrobo y salió a la calle.

Atardecía, y el silencio y el bochorno gravitaban sobre la ciudad; un sopor espeso, canicular, la calma chicha que precede a las solemnes tempestades.

Callejeó solo, sin rumbo, hasta abocar a la Avenida de la Constitución; allí vio venir a dos muchachos por la calle desierta, con las camisas azules arremangadas, los pistolones en alto, gritando «¡Arriba España!». Oculto tras el tronco de un árbol, los miraba con una mezcla de temor y admiración. Tras ellos, surgieron otros tres y, luego, fueron apareciendo grupos más nutridos con mosquetones y banderas rojinegras procedentes de la Glorieta del Ángel. Gritaban también «¡Arriba España!» y enarbolaban sus fusiles y, de cuando en cuando, crujía algún balcón y sonaban unos tímidos aplausos. Un ómnibus descubierto, de guardias de asalto, armados con tercerolas y una gran bandera bicolor, pasó como una exhalación junto a él. Minutos después, tras unos agudos toques de corneta, un batallón de Caballería tomó posiciones por los barrios de la ciudad. Algunos balcones y miradores iban engalanándose con sábanas y colgaduras y las ovaciones a los guerreros eran cada vez más encendidas y frecuentes. Seguidamente empezaron a sonar los primeros tiros, traqueos espaciados, de diferente intensidad y procedencia. Un hombre maduro, macizo, bien trajeado, con sombrero de jipijapa, único paisano en su campo visual, alertó:

—¡Ojo, los pacos!

Los grupos de milicianos se desperdigaron, Gervasio miraba a un sitio y a otro sin acabar de entender lo que sucedía. Un turismo con muchachos de Renovación Española armados en su interior y banderas en las ventanillas lo rebasó a toda velocidad y se detuvo en la esquina de la avenida. Los ocupantes, de paisano y boina verde, se apearon en tropel por las cuatro puertas y, sin advertencia previa, empezaron a disparar alocadamente sus fusiles contra los tejados. Lo mismo acontecía en otras calles por las que sólo transitaban milicianos y soldados. De vez en cuando sonaba, como un desafío, una tímida detonación en los terrados y buhardillas, y entonces las fuerzas se desparramaban y respondían a la audacia con cerradas descargas de fusilería disparadas al buen tuntún. Mamá Zita lo abrazó en el vestíbulo cuando entró en casa:

—Han tomado Capitanía, hijo. La ciudad es nuestra. ¡Ya podemos gritar Viva España!

En el salón, tía Cruz, Crucita, Florita, Aniceta y Florentina continuaban pegadas a la radio, sonrientes, triunfadoras. Papá Telmo no estaba allí. Lo buscó por todas partes. Sentía un difuso temor por él. No le había entendido cuando habló de Pavía entre dientes, como de un riesgo, ni se le alcanzaba qué tendría que ver con esto aquella gloriosa batalla. En la consulta no estaba, tampoco en la antesala, ni en el apartado cuarto de plancha. Por un momento

imaginó que podía haberse trastornado. Recorrió el jardín y entró en casa de tío Felipe Neri. Desde la puerta entreabierta oyó un rumor de conversación y, antes de entrar en el salón, reconoció su voz. Miró por la rendija y lo vio, hundido en una butaca, frente al tío, vestido otra vez de militar, en el pecho enteco las viejas condecoraciones. Hablaban deprisa, como si alguien los apremiara, y Gervasio tardó en averiguar que el tío se proponía esconderlo («La casa de un teniente coronel afecto a la causa es una garantía, Telmo»), pero su padre rechazaba esta medida que podía comprometerle y aducía, además, el «deber ético de afrontar la situación». Aun consciente de lo reprobable de su conducta, Gervasio seguía mirando y escuchando por la rendija de la puerta. Papá Telmo expresaba su deseo de encomendarle unos asuntos y, como el tío aceptase, con voz un poco tomada, le habló de la situación de Crucita, de su error, de la inversión sexual de Jairo y del estado en que se hallaba el proceso de anulación. Tío Felipe Neri arrugaba la cara, como si los ácidos se le alborotasen, como si aquel vidrioso problema le repugnase, y asentía con la cabeza, y una vez que papá Telmo le dijo que si algo le ocurriera a él tomase las riendas del asunto y llevara adelante las negociaciones con Roma, tío Felipe Neri se puso firme en el sillón para prometérselo. Acto seguido, cuando papá Telmo, en otro tono de voz, dijo, impensadamente, «en cuanto al problema de Gervasio…», éste notó flojera en las rodillas, estupor que también se dibujó en el rostro agostado del tío, que adelantó el busto para advertir:

—Ignoraba que el muchacho tuviese problemas.

Entonces papá Telmo se refirió a las horripilaciones, «feo asunto —explicó— si esto se encona y empiezan los tiros y las atrocidades». Miró a su cuñado desde su posición subordinada y agregó conmovido:

—Me temo que la extremada sensibilidad de mi hijo no esté construida para soportar violencias semejantes.

Gervasio, ante la cándida interpretación que su padre hacía de los ostentos, sintió un golpe de sangre en la cara, sonrojo que se acentuó al ver que tío Felipe Neri le seguía la corriente y se comprometía a hacer por el chico cuanto estuviese en su mano. Concluida la conversación, papá Telmo se incorporó, dio las gracias a tío Felipe Neri, que también se había puesto en pie, se miraron largamente a los ojos, las puntas de las narices casi pegadas, y, al cabo, se dieron un abrazo y se golpearon varias veces las espaldas como para rubricar lo acordado.

De la calle llegaba algún grito, voces confusas, carreras, detonaciones perdidas, seguidas de estremecedoras descargas y, hacia medianoche, el

tronar de un cañón, y órdenes de «alto» en las esquinas, con intervalos prolongados de silencio que, de nuevo, rompían los pacos y las réplicas contundentes de los fusileros. Al amanecer, soldados y falangistas circulaban dominantes por las calles silenciosas, arma al brazo, y el vecindario los obsequiaba con vino, tabaco y bocadillos. Tío Felipe Neri se presentó por la tarde al nuevo capitán general, advirtiendo a mamá Zita que no abriese la puerta a desconocidos. Cuarenta y ocho horas después irrumpió en palacio un grupo patibulario, armado de mosquetones, que preguntó por papá Telmo y, al ver aparecer a tío Felipe Neri con sus estrellas y sus medallas, quedaron desconcertados y trataron de explicar que habían sido encargados por el mando de «la limpieza de la ciudad» y tenían orden de detener a Telmo García. Tío Felipe Neri, muy sereno, ensalzó su disciplina, pero les hizo ver que los arrestos domiciliarios deberían hacerse legalmente, mediante una orden judicial y el visto bueno del general auditor de acuerdo con el estado de guerra decretado en el país.

Abrazados en el antiguo cuarto de jugar, mamá Zita y papá Telmo oyeron marchar al piquete, pero cuando, dos días más tarde, se presentó otro con los papeles en regla, volvieron a abrazarse, esta vez en el vestíbulo, papá Telmo besó uno a uno a sus tres hijos, cogió apresuradamente la maleta con los libros y útiles de aseo que tenía dispuestos, le dijo a mamá Zita «No te preocupes; esto no puede durar» y se volvió a los jóvenes de los mosquetones:

—Cuando ustedes gusten —dijo.

Vestía un jersey de mezclilla y unos pantalones de franela gris y el tío Felipe Neri, escrupulosamente uniformado, se fue con él y retornó al cabo de dos horas con las últimas novedades: de momento, papá Telmo no corría peligro. Había sido encerrado en la Plaza de Toros, junto al río, en compañía de otros centenares de personas, amigos y correligionarios, y él estaba autorizado a visitarlo cada semana y llevarle noticias, alimentos y todo aquello que precisara. Mamá Zita suspiró aliviada. La prisión de papá Telmo, con tío Felipe Neri como valedor, era un tributo que pagaba con resignación a la Causa. En cambio para Gervasio el arresto representó un duro golpe en el que se conjugaban sentimientos de complicidad, conmiseración y vergüenza. El primer día que salió a la calle se tropezó en la Avenida de los Tilos con sus compañeros Carlos Centeno e Imanol Solavarrieta, que se mofaron de él y le escarnecieron. Le acompañaba Damasito Valentín y la pelea con aquéllos no le apaciguó. Los golpes pronto se olvidaban, pero quedaban flotando en el aire las injurias, las palabras mordaces, la irritante ceguera de papá Telmo. Dámaso Valentín levantaba los hombros y se pasaba la lengua roja y vivaz

por la mella del diente, intentando consolarle: «Nadie tiene por qué renegar de sus ideas porque al vecino no le agraden», decía. Luego, enveredó la conversación por otro lado: Lucinio Orejón se había marchado a Madrid; lo había visto, junto a su hermano Felices y Colomán IV, en un camión, agitando el fusil, voceando vivas y mueras en la Glorieta del Ángel. Gervasio, deseando borrar la mala imagen de papá Telmo arrestado, apuntó la idea de irse también, pero mamá Zita le hizo ver que Lucinio era mayor que él y que la guerra no era cosa de niños. Por primera vez se mencionaba en palacio la palabra guerra y Crucita, con los ojos redondos, preguntó a tío Felipe Neri:

—¿Es que esto es una guerra, tío?

Tío Felipe Neri retuvo una flatulencia, frunció los labios descoloridos y reconoció que el Glorioso Alzamiento había fracasado en Madrid, Barcelona, el País Vasco y otros puntos claves y, según las últimas noticias, en media España se cavaban trincheras y se levantaban parapetos con vistas a una campaña larga. Gervasio lo miró entonces implorante y tío Felipe Neri le acarició el cogote con su mano enfermiza y añadió, elevando la mirada al techo a través de los impolutos cristales de sus lentes:

—Dios nos asista, pero aún es posible que tengas tu oportunidad.

A partir de aquel momento, Gervasio alentó bajo el convencimiento de que le esperaba «la más grande ocasión que conocieran los siglos» y que todo aquel turbador proceso de horripilaciones vivido desde la infancia no había sido más que una preparación para afrontarla. Peter le hablaba de la Armada, del motín de Cartagena, de la matanza de jefes y oficiales, de la necesidad de jóvenes instruidos para contrarrestar la superioridad de la escuadra roja, y Gervasio, abatido por la deserción de papá Telmo, le escuchaba boquiabierto, ávido, tenso, hasta que una noche de insomnio, en que las palabras de su amigo y la imagen de su padre le torturaban fundidas en una intrincada pesadilla, llegó a una paladina conclusión: el apellido García de la Lastra había sido mancillado y su deber era lavarlo. Por asociación de ideas evocó a los tíos Norberto y Adrián, «los más desviados», y se preguntó qué habría sido de ellos, y, sin mayor motivo, los imaginó a caballo de la Norton atravesando pueblos, ciñéndose a las curvas peraltadas, el tío Adrián inclinado sobre el manillar, el sombrero en el cogote, y, detrás, el tío Norberto, erguido, los largos dientes al aire, una bandera tricolor flameando locamente sobre su hombro, huyendo. Sí, Gervasio estaba seguro de que habían escapado en la moto, metiendo gas, franqueando valles y montañas, a cien kilómetros por hora, hasta alcanzar la frontera. A su pesar, encontraba cierta grandeza en su gesto, aunque tras breve reflexión concluyó que también

ellos habían manchado el apellido. La idea de lavarlo se fue convirtiendo así en una obsesión.

El muchacho esperaba con impaciencia la primera visita de tío Felipe Neri a papá Telmo. Confiaba en que los últimos sucesos, tan inusuales, hubieran podido provocar un cambio en sus convicciones. La experiencia había sido dura y allá, encerrado en la Plaza de Toros junto a otros réprobos, habría tenido ocasión de meditar. Pero, por de pronto, en la primera valija que portó su tío no le escribió. Estaba aún demasiado vivo su despecho. Su padre les había puesto en evidencia ante la ciudad entera. Mamá Zita, más conciliadora, le había dicho varias veces: «Escribe unas líneas a papá», pero él se había escabullido, se hizo el desentendido. Luego esperó intranquilo, contando los minutos, el retorno de su tío y, cuando lo vio, con su sonrisa inconclusa, los ojos mates redondeados tras los cristales de los lentes, pensó: «Papá Telmo debe de haberse arrepentido», pero tío Felipe Neri, sin hablar palabra, se desabotonó el bolsillo de la guerrera, sacó una hoja de cuaderno plegada en cuatro dobleces y dijo:

—Telmo está bien y animado. Me ha entregado esta nota para vosotros.

Alargó la carta a mamá Zita y Gervasio leyó, al tiempo que ella, por encima de su hombro:

Queridos Zita e hijos:

Hace ya siete días que nos separamos y os echo de menos, como echo de menos algunas comodidades de casa, pero no me puedo quejar. Mi vida es rutinaria y metódica. No como demasiado, pero las vitaminas me llegan, conforme a mi personal filosofía, a través de la alimentación cutánea de la que me nutro diariamente. Hago gimnasia con un grupo de amigos, paseo, leo, charlo y el tiempo se va sin darme cuenta. No os preocupéis por mi causa. Esto pasará pronto y en pocas semanas volveremos a reunirnos. Lo que más me inquieta es la falta de noticias de mis hermanos. Aquí, en la plaza, no están y Ángel Álvaro, el farmacéutico vecino, me ha informado de que la mercería no se abre desde el día 18 y que esa noche oyó en ella ruidos extraños de madrugada. Dios quiera que hayan podido escapar. En cualquier caso, la llave de la trasera de la tienda la encontraréis en el primer cajón, a la derecha de mi mesa de consulta. ¿Sería mucho pediros que os acerquéis por allí, en busca de alguna información?

A ti, querida Zita, te recuerdo sin cesar. Confío en que el proceso de anulación del matrimonio de Crucita vaya por sus pasos y que los dos pequeños estén bien. Me desagrada abusar de la bondad de mi cuñado pero, si no os causa demasiada molestia, enviadme con él la manta escocesa de viaje con que suelo cubrirme las piernas cuando leo en el jardín. Aquí, de momento, no hace frío, pero se nota relente de madrugada. Para Cruz y todos vosotros el cariño de vuestro,

TELMO

Mamá Zita se secó los ojos con disimulo y pasó el papel a Crucita. Gervasio tosió tontamente, pretendía mostrar indiferencia aunque un bulto aristado le oprimía la garganta al tiempo que le recomía por dentro una sorda irritación. ¿Por qué no había en la carta de papá Telmo una sola referencia a

la nueva situación? Tan sólo decía: «Cuando esto pase». ¿Es que *esto* no era, para él, más que una contrariedad transitoria, lo mismo que una granizada o una ventisca?

Al día siguiente acompañó a tío Felipe Neri a la mercería. En la trastienda dominaba un hedor especial, dulce en principio, como de abono orgánico perfumado, mas las cajas de cartón estaban en orden y, en apariencia, también las estanterías. Pero al abrir la puerta de comunicación con el establecimiento, aquel olor difuso, ya decididamente nauseabundo, se acentuó y, nada más pulsar el interruptor, Gervasio divisó los perfiles de sus tíos por encima del mostrador, desnudos, a horcajadas sobre la moto, en la misma actitud deportiva en que solía verlos por las calles de la ciudad. Tío Adrián (las manos amarradas a los puños de goma por tiras de esparadrapo, una cuña de cartón sosteniendo en alto su cabeza, el sombrero en la coronilla como un solideo y la frente perforada de un balazo) se reclinaba sobre el manillar y, tras él, inmóvil (un agujero negro en el entrecejo, los dientes amarillos al aire), el tío Norberto, con una bandera nacional al hombro. Oyó la voz atribulada de tío Felipe Neri: «¡Dios mío!», pero él ya había dado vuelta al mostrador y contemplaba el macabro cuadro sin obstáculos. En contra de su inicial apreciación, los cadáveres no estaban desnudos. Tío Adrián vestía unas braguitas de puntillas azul claro y un sujetador a juego, ciñendo su pecho esquelético, y tío Norberto análoga indumentaria pero de color rosa. Juntos componían un cuadro plástico de museo de cera; dos momias amarillas, cuyos dientes prominentes dibujaban una mueca de ferocidad inútil. Gervasio observaba espantado los cadáveres de sus tíos, tan sumido en el horror que al escuchar otra vez el lamento de tío Felipe Neri, apenas bisbiseado, «¡Dios mío!», creyó despertar de una pesadilla, pero al comprobar que no, que los cadáveres profanados seguían allí, provocativos y silenciosos, y persistía la pestilencia, le sobrevino una náusea y vomitó aparatosamente sobre la tarima, al pie del mostrador.

En el patio interior, bajo el sol, ambos se miraron sin reconocerse. Los pómulos de tío Felipe Neri estaban acartonados, verdes, la barbilla descolorida, de un blanco crudo, como de cera, y los cercos de las ojeras, tan pronunciados, bajo las pupilas quedas, parecían pintados. Por su parte, a Gervasio se le había borrado la expresión de los ojos, mejor aún, su iris amarillento tenía una expresión vacante, y su boca, vagamente dibujada por sus labios exangües, continuaba entreabierta como si se resistiera a admitir la evidencia o se dispusiera de nuevo a vomitar. Los ojos opacos, desolados, de tío Felipe Neri, en vano buscaban en él un apoyo, lo miraban como

exhortándole: «Olvida este horror. No creas lo que has visto. Bórralo de tu memoria y achácalo a la fatalidad de los fenómenos naturales». Mas, después de cerrar la puerta, ya en la calle, surgió un tío Felipe Neri nuevo, activo, dinámico:

—Vamos, aprisa; acompáñame.

—¿Adónde vamos, tío?

—A la Jefatura de Milicias.

Gervasio miraba con admiración a su tío, sus prietas y débiles quijadas, su intrepidez. Pero el musculado muchacho que los recibió, los antebrazos desnudos sobre la mesa, no prestó demasiada atención a la denuncia. La muerte estaba a la orden del día en la ciudad, no podía ser de otra manera. «Los suicidios, mi teniente coronel, es el procedimiento más cómodo de eludir responsabilidades». Tío Felipe Neri no transigía, le puso firme: nadie se suicidaba y se amarraba después las manos al manillar de una moto. El muchacho de la camisa arremangada porfiaba sin inquietarse:

—Tal vez una eliminación recíproca, mi teniente coronel.

—¿Y dónde están las pistolas?

El muchacho sonreía, vacilaba, no parecía importarle que sus argumentos fueran tan fácilmente rebatibles. Se refirió a la centuria encargada de la «limpieza ciudadana» como a «un servicio abnegado». Conocían su obligación de presentar a los detenidos a sus superiores, a ser posible en Capitanía, pero no siempre era posible hacerlo. «Elementos incontrolados, mi teniente coronel, se anticipan con frecuencia a nuestros hombres, se toman la justicia por su mano, ¿qué cabe hacer?». Tío Felipe Neri daba puñetazos en la mesa desordenada y reclamaba control y, fuera de sí, voceaba que el estado de guerra no justificaba el asesinato. El miliciano, por su parte, se esforzaba por aplacarlo, apelaba a los desvelos de los jefes por no dejar cabos sueltos, a las órdenes internas, tajantes, severísimas en ese sentido, pero, como quiera que tío Felipe Neri, en un arrebato de energía como Gervasio no imaginara en él, exigiera la tramitación de la denuncia, el muchacho de los antebrazos musculados le hizo ver que, «con todos los respetos, mi teniente coronel», una cosa así no era aconsejable en aquellos momentos.

—¡Tramite la denuncia! —repitió tío Felipe Neri.

Dos semanas después, con los tíos Norberto y Adrián enterrados en el cementerio civil, tío Felipe Neri recibió un atento saluda del Jefe Nacional de Milicias en el que decía que, aparte la cruenta actuación de elementos incontrolados en retaguardia, conocida y lamentable, «el servicio de información había detectado, días después de producirse el Glorioso

Alzamiento, la existencia de una organización roja clandestina dedicada a la eliminación física de sus propios camaradas con objeto de evitar la delación y la ocupación por el mando de documentos comprometedores, a la vista de lo cual, esta jefatura ha estimado más prudente dejar sin tramitación la denuncia presentada por V. I. y archivarla junto a otras semejantes, lo que le comunico para su conocimiento».

—Alabado sea Dios —musitó tío Felipe Neri agitando el papel como si se abanicase; pero el fruncimiento de labios y el convulso movimiento de la nuez delataban que los ácidos afloraban de nuevo a su boca.

XII

Mediado agosto, tío Felipe Neri recibió una carta de la señora Agustina comunicándole la desaparición de su hijo Daniel, rogándole que se interesase por su paradero. Mamá Zita confirmó que la señora Agustina tenía un hijo llamado Daniel y una hija incapaz llamada Felisa, y que la precaria economía familiar descansaba sobre los hombros del muchacho y que tanto la señora Agustina como los chicos «eran buena gente», aunque no excluía que Daniel, embaucado por la propaganda marxista, hubiese podido cometer alguna tontería «contraria al espíritu del Alzamiento». Por añadidura, la madre del desaparecido era cuñada de la señora Zoa, a la que de sobra conocía tío Felipe Neri y a la que tanto debían ella y el resto de la familia, ya que a lo largo de cincuenta y siete años había prestado abnegadamente sus servicios en la casa (Gervasio, que asistía al diálogo, evocó a Daniel en la sierra, la boina espolvoreada de serrín, su larga mirada de odio la tarde, ya lejana, en que le sorprendió encaramado en la higuera, comiéndose una breva, pero guardó silencio). No obstante, tío Felipe Neri precisaba datos (día, hora, lugar de la desaparición, ropa, calzado, señas personales, etc.) y, con objeto de procurárselos, escribió una minuciosa carta a la señora Agustina, que, siguiendo su nueva costumbre, encabezó, como devota y clamorosa profesión de fe, con la interrogación desafiante: «¿Quién como Dios?», sin darse cuenta de que, en las circunstancias por que atravesaba su destinataria, podría resultar compulsiva. A vuelta de correo recibió una respuesta pusilánime de la señora Agustina quien, con letra ruinosa, muy caída de ánimo, escribía: «Nadie como Dios, señorito Felipe, sólo faltaría, pero, por favor, busque usted a mi hijo». Tío Felipe Neri, cuya úlcera se activaba conforme transcurrían los días, tomó el asunto de la señora Agustina con empeño, envió un teniente a su casa para recabar un informe completo que luego sirvió de base para redactar una carta circular para los secretarios municipales de los pueblos de la provincia. Sin demora, recibió respuesta del alcalde de Valdepuente de Rubiales, informándole de que una semana atrás, en el kilómetro cuatro, hectómetro tres, de la provincial de Acevedo, había aparecido en la cuneta, acribillado a balazos, el cuerpo de un hombre joven cuyas señas personales coincidían con las descritas y que, en vista de que nadie lo reclamaba, había ordenado enterrarlo «orilla un erío lindero, donde permanece a disposición de V. I.». Tío Felipe Neri se personó con un forense en Valdepuente de Rubiales, donde procedieron a la exhumación del cadáver y a la autopsia subsiguiente, mediante la cual se apreciaron dos fracturas de fémur, perfectamente soldadas, en la pierna derecha, coincidentes con las sufridas por el muchacho a los cinco años al ser

pateado por una caballería. Afligido hasta el llanto, tío Felipe Neri depositó el cadáver en el hospital de la ciudad, notificó el hallazgo a la señora Agustina al tiempo que le expresaba su condolencia, suplicándole que «no juzgara por actos de tan baja índole el espíritu de la nueva España». Como venía siendo familiar en él, preludió su escrito con el con sabido «¿Quién como Dios?, —pero la respuesta sucinta de la señora Agustina le dejó consternado—: Estimado señorito Felipe: ya le dije que nadie como Dios, faltaría más, pero nadie tan mal nacido como los cabrones que han afusilado a mi hijo».

Pasó unos días aturdido. Los altos fines no se alcanzaban con medios mezquinos, y temeroso de que los últimos acontecimientos estuvieran minando la moral patriótica de Gervasio, una tarde lo citó en el cuarto de plancha para mantener con él una conversación confidencial. Encontró a su sobrino «desorientado, —según escribiría más tarde en el cuaderno de pastas de hule—: Le turban los actos contradictorios que observa a su alrededor y que le impiden discernir el bien del mal. De nada ha servido que a su padre le disfrazásemos piadosamente la muerte de sus hermanos, puesto que a él, testigo de los hechos, no podemos engañarlo. De este modo, al tiempo que comprende el arresto de su padre, enemigo del Alzamiento, execra los asesinatos de sus tíos y de Daniel Ovejero, sobrino de una vieja sirvienta por la que en tiempos sintió veneración. Temo que su patriotismo se esté ahogando entre tanta sangre. Reconoce que escucha a diario en el café Avenida la marcha de *Los voluntarios* ("una música, tío, que en otro tiempo me hubiera levantado en vilo") sin experimentar emoción alguna, ya que su cabeza no puede concentrarse y, cada vez que lo intenta, aparecen los fantasmas de sus tíos Norberto y Adrián obnubilándole. El muchacho necesita un incentivo que neutralice la abyección de los recientes asesinatos».

El regreso de tía Macrina y tío Vidal reanimó las desmayadas veladas sabatinas, en otro tiempo tan alegres y alborotadas. Tío Vidal compareció como un preboste de la nueva situación, comprometido con la organización del Levantamiento desde el exilio, y cada vez que aludía a su misteriosa intervención su calva se tornaba rosada y luminosa, contrariamente a la lívida opacidad que asumía cuando se hablaba de los escarmientos en la ciudad que, en líneas generales, él juzgaba «proporcionados e inevitables». Al referirse a este punto, solía dirigirse a su hermana Zita, a la que decía con su voz tonante:

—Porque lo que ha hecho Felipe con Telmo es un seguro de vida, hermana, no sé si se lo habrás agradecido bastante, que sin él a tu marido le hubiesen paseado como a tantos otros.

Tía Macrina, en cambio, se mostraba escueta y aprensiva. Las últimas noticias de sus hermanos databan de principios de julio; nada sabía de ellos desde entonces pero temía por sus vidas, en especial por la de Fadrique, excandidato de la CEDA y miembro activo de la Asociación Nacional de Propagandistas Católicos. Dos semanas después se presentó en la velada, sin previo aviso, Esperanza, la mujer de David, camino de Sevilla, vestida de luto, el fuerte pelo rubio recogido en la nuca y un collar de perlas de tres vueltas en el generoso escote. Había escapado de la zona roja a través de una embajada, por Valencia, y, a pesar de sus sufrimientos, lucía más joven que en la boda de Crucita y Jairo. Ante los miembros de la familia reunidos, soltó sin rodeos las nuevas de que era portadora:

—La horda no ha perdonado. David y sus hermanos han sido asesinados.

Era una mujer alta y arrogante, ligeramente gruesa, pero todavía bella, una *walkiria*, como solía comentar, en mejores tiempos, tío Vidal. Al referir los dramáticos episodios, no lloraba, los exponía con frialdad, sin omitir los pormenores más brutales. A David, su marido, delatado por un mozo de cuadras del Hipódromo con quien había tenido en tiempos unos roces, lo amarraron a la cola de su caballo y así disputó su última carrera a Lucho Martín, excampeón de España de saltos de altura:

—Fue horrible. A los caballos les prendieron unas banderillas de fuego en las ancas y los azuzaron. Arrastrados hasta el final de la pista, dando tumbos, David y Lucho estaban destrozados, irreconocibles (sus pulseras de oro tintinearon al llevarse las manos a los ojos), pero yo, al menos, pude recuperar el cuerpo de mi marido y enterrarlo en la Almudena como Dios manda. Fidela, la pobre, ni ese consuelo tuvo.

A tía Macrina le saltaron las lágrimas de sus hermosos ojos propincuos y juntas rodaron por los bordes de la nariz hasta la punta, donde ella las enjugó con un pequeño pañuelo de encaje que sacó de la manga de su vestido. Pese a su sangre fría, la voz de Esperanza también titubeó al referirse a Fadrique. Con otros diez correligionarios de la ANPC había sido conducido en una camioneta al Cerro de los Ángeles como testigos del «fusilamiento de Dios, —y una vez que dispararon sobre la imagen se volvieron a ellos y les provocaron—: Dios ha muerto. ¡Viva la República!». Pero como ninguno de los once se doblegase, los alinearon al pie del monumento, y el que mandaba el piquete dijo: «Sin Dios, nada pintan ya los monaguillos». Y allí, al pie de la sagrada imagen, los fusilaron (Elena y los hijos de tío Fadrique estaban sin novedad en San Sebastián).

Al llegar a este punto del relato, los velados ojos de los asistentes convergieron en Crucita, la niña, puesto que si la horda había liquidado a los tres hermanos, era obvio que únicamente quedaba por relatar la muerte de Jairo. También Esperanza la miró, sentada sobre sus pies en un sillón de orejas, bajo la copia de la *Resurrección* del Giotto, el pelo corto, como el de un muchacho, el cuello erguido, las manos apremiantes. Esperanza hizo una pausa, pero tenía la boca caliente y ante la expectación reinante era imposible callar. Dio dos pasos hacia el sillón donde se sentaba la niña y le pasó una mano por la nuca desvalida:

—En cuanto a tu marido, querida, no tuvo mejor suerte. La horda lo asesinó en su casa (en vuestra casa), en su cama (en vuestra cama), a puñaladas —asió unas perlas del collar de tres vueltas y jugueteó unos instantes con ellas—. Luego mutilaron horriblemente su cuerpo, pero es preferible no entrar en detalles.

Crucita se estremeció. Mamá Zita, sentada en el brazo del sillón, le pasó el brazo por los frágiles hombros, la atrajo hacia sí y fulminó a Esperanza con la mirada:

—Podías ser más prudente.

Sorprendida, Esperanza miró a un lado y a otro como buscando adhesiones, pero nadie, fuera de mamá Zita, parecía haberse percatado de su ligereza; tía Macrina lloraba mansamente, la barbilla en el pecho, y tío Vidal se inclinaba solícito sobre ella; tío Felipe Neri, la mano derecha en el estómago, asentía mudo, extraviada la mirada de sus ojos mates, mientras tía Cruz, en un rincón, los ojos enrojecidos, repetía sin cesar:

—Son unas fieras; son unas fieras.

La revelación de Esperanza promovió una seria crisis en el corazón de mamá Zita. ¿Debería vestir de luto a Cruz? ¿Publicar la esquela de Jairo en el periódico? ¿Rezarle unos funerales? ¿Era todo esto congruente estando en curso el proceso de anulación del matrimonio? Al morir Jairo, ¿no era *todavía* el marido de su hija? Por mediación de tío Felipe Neri, papá Telmo le aconsejó que sí, que organizase las exequias y, al mismo tiempo, destruyese los papeles del proceso puesto que ya nada había que anular. Mamá Zita redactó la papeleta, consignando las circunstancias de la muerte de Jairo: «Vilmente asesinado en Madrid por la canalla marxista». Altiva, impávida, sin desfallecimientos, Crucita presidió el funeral, y a la salida, en el atrio del templo, besó centenares de mejillas femeninas, oprimió centenares de manos varoniles, conciudadanos probos, cariacontecidos, que seguidamente, reunidos en grupos, comentaban:

—Hace falta cuajo, primero lo abandona y luego le reza un funeral.

Sin darse cuenta, éste era el cambio que Crucita esperaba en su vida, de tal manera que, transcurridos unos meses, reanudó su actividad deportiva, sus paseos por la Avenida de la Constitución en compañía de sus amigas, su asistencia a espectáculos y manifestaciones y hasta, de vez en cuando, permitía que algún oficial herido o que hacía una pausa en la guerra le invitara a una caña de cerveza en un café o le acompañase hasta casa.

Fechas más tarde, mamá Zita recibió una larga epístola de Inesita Pons, desde Pau, cuyo ambiguo contenido no consiguió descifrar totalmente. Tan sólo dos extremos quedaban claros para ella: el asesinato de Juan Manuel, su marido («le subieron una noche a un automóvil y le pegaron cuatro tiros en la Cuesta de las Perdices») y que la muerte de Jairo fue una aberración («la venganza de un sádico postergado, que no contento con matarlo, lo mutiló luego y le introdujo sus atributos en la boca»). Mamá Zita leyó y releyó los párrafos referentes a la muerte de Jairo: ¿Sádico postergado? ¿Venganza? ¿Atributos? Finalmente sacudió la cabeza y murmuró para sí: «Estas catalanas, siempre tan sabihondas. —La postdata, sin embargo, era precisa—: Es mejor que Crucita ignore siempre las circunstancias de la muerte de su marido». Mamá Zita, consternada, remitió la carta a papá Telmo; a sus hermanos se limitó a decirles:

—Escribe Inesita Pons. También a su marido lo ha asesinado la horda. Según parece, lo subieron a un coche y le pegaron cuatro tiros en la Cuesta de las Perdices.

Lucinio Orejón cayó, en cambio, frente al enemigo, de un balazo en el pecho, cuando su centuria avanzaba sobre Madrid. La esquela era una más de las que publicaba *El Correo* en aquellos días: «Lucinio Orejón Díez cayó por Dios y por España, a los 17 años, en el frente de Madrid». Gervasio la leía escalofriado una y otra vez. Eran tantos los muertos que a veces pensaba que no iban a quedar testigos de tan horrenda carnicería. Pero aquellas muertes abiertas, dando la cara, reanimaban su espíritu, representaban un alivio y una reparación. A solas en su alcoba, repetía la palabra *Lucinio* cientos de veces, como antaño hiciera con Fenedosa, hasta que, como ésta, quedaba estrujada cual hollejo y vacía de sentido. Recordaba a su amigo en el colegio, su pelusa incipiente, sus pantalones bombachos mal cortados, su robusto cuello enrojecido, apedreando con entusiasmo la capilla protestante o el burdel de doña Joyita, siempre presto a la acción. Pero nadie, ni sus padres, ni su hermano Felices, que vino del frente al entierro, conocían pormenores de su muerte. Al relevar la guardia lo encontraron muerto en el parapeto, con una

bala en el corazón, probablemente una bala perdida. Gervasio se preguntaba si Lucinio sería un héroe, y tío Felipe Neri, a la espera de esta coyuntura propicia, corroboró que «un héroe auténtico, puesto que los verdaderos héroes eran los anónimos, los que ofrendaban su sangre por una causa, sin alardear de ello ni buscar una recompensa». Y, como aún creyese ver en las pupilas de su sobrino una sombra de duda, agregó, conceptuosamente, aludiendo a los asesinatos de retaguardia:

—Las cobardes conductas de los rufianes no menoscaban las acciones excelsas.

Su amigo Peter, aunque temperamentalmente más alejado de Lucinio, refrendó el veredicto de tío Felipe Neri: Lucinio era un héroe porque había ofrecido su vida sin esperar nada a cambio. Gervasio no acertaba a relacionar el gesto pasivo de su amigo con los de Guzmán el Bueno, y el Tambor del Bruch, arquetipos heroicos, y así se lo dijo a Peter, pero Peter, cuyos lúcidos juicios maravillaron siempre a Gervasio, guiñó sus pequeños ojos para aclarar que ésos eran *otra cosa*, que antes que héroes, *ésos* eran símbolos, porque la Historia, si no se cimentaba en símbolos, se derrumbaría como un cuerpo sin esqueleto. Gervasio recortó la esquela de Lucinio Orejón, la enmarcó y la colocó en el segundo estante de su librería, en un lugar preminente, como un ejemplo a imitar.

Una mañana, Peter, Dámaso Valentín y él, en sus divagaciones por la ciudad, se acercaron hasta la Plaza de Toros. A Gervasio, que no iba por allí desde antes del Alzamiento, le impresionaron las medidas precautorias, las fuerzas estacionadas en los alrededores, las garitas de los centinelas en las puertas, las cuatro ametralladoras arriba, en el borde del anillo. Tras los corrales, fuertemente vigilados, entre la fronda, corría el río en ejarbe, formando hileros en las orillas, alborotado, y Gervasio pensó en cuán difíciles se le ponían las cosas a papá Telmo para intentar la evasión. Unas semanas atrás había iniciado la comunicación con él, cuatro líneas formularias en un principio, y poco a poco más tiernas, deslizando en sus cartas alguna noticia que pudiese inducirle a reflexión, como la de la muerte de Lucinio, pero la respuesta de su padre, en este caso concreto, le llenó de estupor: «A Gervasio que no se le ocurra enrolarse en esta guerra. Y si acaso se prolongara y un día le llegara la orden de alistamiento, convendría recurrir una vez más a la bondad de Felipe para que le proporcione un destino de cierta seguridad». Entristecido, desencantado, vista la inoperancia de sus sutiles insinuaciones, Gervasio había dejado transcurrir otras dos semanas sin escribirle.

Ahora se hallaba allí, ante sus celadores, a un tiro de piedra, tan próximo que si gritara su nombre tal vez pudiera oírlo. Esa misma tarde, solo, al anochecer, permaneció una hora ante la orquestina del café Avenida, en espera de que interpretase *Los voluntarios* (era tan incitante aquella musiquita que, con frecuencia, acudía al café con el único objeto de mitigar sus depresiones). Esa misma noche soñó que asaltaba la Plaza de Toros pistola en mano, reducía al centinela de la puerta del toril y huía con su padre por la maraña del soto hasta el río, donde su amigo Lucinio Orejón los aguardaba con una barca (aun en sueños, Gervasio advertía el contrasentido y se repetía: «Lucinio no puede ayudarme; Lucinio está muerto») y bogaba con fuerza. Mas así que empezaron a sonar las sirenas de alarma y se encendieron los reflectores de la Plaza de Toros indagando como dedos luminosos entre la fronda, las ametralladoras empezaron a disparar sobre el río. Al fondo, sonaba ardorosamente (¡Dios sabría de dónde procedía!) la marcha de *Los voluntarios* y Lucinio acompasaba los golpes de remo a su ritmo, con tal firmeza que a cada palada hacía gemir a los estrobos. Era un sueño tan vívido que Gervasio despertó tenso, empapado en sudor, en pleno repeluzno, resollando todavía a causa de la carrera. Permaneció unos segundos inmóvil, boca arriba, jadeando, aplastado por las tinieblas, preguntándose si papá Telmo estaba realmente libre y Lucinio vivo, en tanto se debilitaba la crispadura y sus cabellos, enhiestos como una aureola, iban doblegándose sobre la almohada.

A la mañana siguiente comunicó a tío Felipe Neri la experiencia, advirtiéndole que por primera vez en la vida le había sobrevenido el repeluzno mientras dormía, cuando soñaba que liberaba a papá Telmo. Incapaz de reprimir su júbilo, tío Felipe Neri sonreía y le propinaba golpecitos en la nuca; despierto o dormido, Gervasio seguía siendo un predestinado. Hubiese deseado soledad para rumiar su gozo, pero Gervasio le acosaba:

—¿Sería una acción heroica liberar a papá Telmo?

—¡Por supuesto! Nada comparable a asumir un riesgo por un padre.

—¿A pesar de ser enemigo de la Causa, tío?

—A pesar de eso, hijo. En la vida hay una jerarquía de valores, y, después de Dios, nada tiene tanta importancia como los lazos de la sangre.

Gervasio escuchaba los razonamientos de su tío. Alzó perezosamente los ojos hacia él y estrechó su interrogante:

—¿Y si en lugar de ser mi padre fuese un desconocido?

Tío Felipe Neri titubeó, frunció los labios resecos, pero, apremiado por la expectación de su sobrino, añadió en un tono de voz menos convincente:

—En ese caso se prestaría a interpretaciones. Liberar a un enemigo de una causa noble, comprometiendo esa misma causa, podría incluso ser un delito.

—Pero el padre Dictinio decía que todos somos hermanos, tío.

Tío Felipe Neri, desfondado, se refugió en el cuaderno de pastas de hule al quedarse solo. Cristo había dicho, en efecto, que éramos todos hermanos, pero Cristo al decir eso no podía pensar en esta Cruzada organizada precisamente para defenderle a Él. Así, después de consignar que por vez primera el ostento de Gervasio se había producido mientras dormía (inducido por un sueño arriscado, teniendo por fondo un vibrante acompañamiento musical), tío Felipe Neri escribió: «Mi sobrino insiste en determinar la razón última del heroísmo, esto es, si el heroísmo responde o no a un incentivo ético. Como cada vez que plantea el asunto en estos términos, he desviado la respuesta hacia el aspecto legal, pero me temo que, ni a pesar de sus pocos años, le hayan convencido mis argumentos. La cuestión es compleja. Hay casos evidentes que no se prestan a duda, pero existen otros de ardua definición, lo que me lleva a reducir el heroísmo a un problema de buena fe. Creo que difícilmente se puede ir más allá. El que se inmola a sabiendas, con recta intención y mirada limpia, es un héroe. Poco más podemos añadir». Cerró la libreta de golpe, contrariado, ajustó los lentes con un dedo y oyó que los intestinos se retorcían en un gemido interminable.

Al anochecer, Gervasio volvió por el café Avenida. Los briosos compases de *Los voluntarios* le reintegraron a su sueño, aún latente, de tal forma que se borraron de su vista los miembros de la orquestina y Lucinio, remando en la proa del bote, cobró vida ante sus ojos, en tanto papá Telmo lo miraba agradecido y la barca se deslizaba corriente abajo entre las balas de las ametralladoras. La música sonaba más enardecedora que en el sueño, y sin embargo la sacudida fue leve, la erección del cabello parcial (apenas morra y colodrillo), remisa y blanda como un tenue aleteo (levantarse y volverse a posar), y, en esa fase de indecisión, una ronca vocecita que parecía provenir del otro mundo le arrebató de su ensimismamiento. Manena Abad, con su pelo rubio a mechas recogido en dos trenzas laterales, su sonrisa derramada, le miraba con sus ojos azules, redondos de asombro:

—¡Es verdad lo que decía Flora! Se te han puesto los pelos de punta —alargó su delgado antebrazo desnudo en ademán párvulo—: también a mí, algunas veces, cuando oigo música, se me pone la piel de gallina.

Identificados en la emoción musical, pasearon juntos por el andén central del parque. Por vez primera Gervasio caminaba a solas con una muchacha y la anómala situación le inducía a imaginar que la pareja era el centro de

atención del paseo. Pero por encima de su suspicacia estaba la voz envolvente de la muchacha, sus brillantes ojos azules, los expresivos gestos de sus manos ligeras:

—¿Es verdad que quieres ser héroe?

—A lo mejor. Cuando sea mayor.

—¿Tú crees que va a durar tanto la guerra?

El tema le llevó a hablar de su padre, preso en la Plaza de Toros, y Manena comentó que era horrible y Gervasio admitió que era una pesadilla que le perseguía día y noche, pero la niña inquirió si le dolía por él o por el qué dirán, y Gervasio concluyó que, a fin de cuentas, tanto daba, pero que no quedaría tranquilo «en tanto no hubiera lavado el apellido». El penduleo de los brazos, al andar, hacía que a veces sus manos se rozasen, roce en el que Gervasio encontraba un delicioso placer, lo que le impulsaba a buscarlo deliberadamente. La rara facilidad con que compartía con la niña preocupaciones que de ordinario reservaba para sus amigos o para sí mismo, le hacía sentirse confortado, y una vez que se separaron pensó que ya tenía una persona a la que referir su heroísmo, y sobre todo (objetivo soñado en todas sus lucubraciones) «una bella muchacha que temblara por él». Sin proponérselo, volvieron a encontrarse algunas tardes entre el pequeño grupo que escuchaba el concierto en la terraza del café Avenida, y cada vez marchaban juntos por el paseo central del parque cambiando impresiones. A Gervasio le agradaba más cada día la grácil figura de la muchacha (una figurita de mujer inconclusa, en transición), su pelo veteado, sus ojos azules, su voz (una voz cálida, confortable, muy femenina, que enronquecía al referirse a temas trascendentes) y, en especial, su discreción, su sensibilidad para compartir sus problemas. Durante años, tras el turbio contacto con la Amalia, había resuelto no relacionarse con mujeres, y sin embargo ahora constataba que la huella viscosa que le dejara aquella experiencia no era de rigor en su comunicación con el otro sexo.

Gervasio fue incorporando a la muchacha a sus fantasías de los miércoles, días en que la radio local emitía su espacio de marchas militares, «Al paso alegre de la paz», que él escuchaba solo, recogido, los ojos entornados, tendido en el diván del salón, frente a la chimenea. Las mujeres trajinaban lejos, en el extremo opuesto de la casa, de tal forma que él podía abismarse en la música sin interrupciones enojosas. En un principio escuchaba las marchas con cierto distanciamiento, incluso se permitía la frivolidad de marcar el compás con el pie, pero a medida que el programa se iba enardeciendo, el corazón de Gervasio se elevaba, su cerebro entraba en una fase creadora,

hasta llegar a un punto en que la estridencia de platillos, cornetas y tambores constituía, antes que mero acompañamiento, un vivo estímulo de su imaginación. Música y pensamiento se imbricaban, y al calor de tal coyunda Gervasio iba construyendo sus proezas, engranando las cuentas de su epopeya personal: el asalto a una cota fuertemente guarnecida sin otro acompañamiento que una ametralladora vomitando fuego; el derribo de un superbombardero por un caza ínfimo que él tripulaba, o el hundimiento de un acorazado mediante un torpedo, naturalmente disparado por él desde la base inestable de una lancha rápida. Una vez alcanzado este nivel emocional, la música se esfumaba o, al menos, Gervasio dejaba de percibirla, de la misma manera que el piloto de carreras lanzado en persecución de su rival deja de oír el motor de su bólido. Actuaba en el subconsciente, como fuerza motriz. Entonces se producía el crispamiento: una culebrilla de hielo recorría su espalda, se le escarapelaba la piel (burbujeante, como de gaseosa) y su cabello, híspido y desbocado, tiraba hacia arriba con fuerza. En este estado permanecía largo rato, excitado por la música aun sin oírla, realzando audacias que únicamente su arrobamiento hacía verosímiles. Y desde que trabó relación con Manena Abad, gustaba de integrarla en el relato, como testigo ocular de sus hazañas, y bajo su mirada el repeluzno se exacerbaba, y con él sus fantasías, de forma que, en su paroxismo, no era raro que llegara a ofrecer su vida por la Causa. La imagen de la niña llorando su muerte, a más de conmoverle, le deparaba placer, un tortuoso placer masoquista que Gervasio, recordando las palabras del padre Sacristán, aun referidas a situaciones diferentes, empezó a denominar «mi vicio solitario de los miércoles». Dominado por este deliquio gozador, a veces se acompañaba de un espejo que, al devolverle la imagen de su cabeza pelitiesa, vigorizaba el ostento, lo prolongaba, haciendo el cosquilleo de la nuca más placentero y sensual.

Ahora sostenía frecuentes conversaciones con Peter sobre la naturaleza del heroísmo, pues Gervasio había llegado al convencimiento de que, en los tiempos modernos, el heroísmo no cabía fuera de la acción individual. ¿Cómo conciliar el heroísmo con la concentración anónima de un regimiento o con la disciplinada dotación de un acorazado? Peter argüía que en eso precisamente estribaba el heroísmo, en la subordinación, en el anonimato, en la renuncia a destacar, pero Gervasio no compartía su punto de vista; una cosa era la sumisión y otra distinta el heroísmo. Así, las docenas de muertos que a diario bajaban del frente eran seres abnegados, héroes tal vez, pero de ninguna manera el héroe proverbial, de cantar de gesta, que él ambicionaba ser. Hoy,

para descollar, para sobresalir de la masa, resultaba inexcusable la compañía de una máquina (un tanque, una ametralladora, un avión, una lancha torpedera, algo). Sin ella, nunca se podría ser otra cosa que una oveja del rebaño, una pieza ínfima de los vastos despliegues militares. Según Napoleón, cada soldado portaba en el macuto el bastón de mariscal, pero, en opinión de Gervasio, si se aspiraba a ser alguien en combate había que enarbolar ese bastón y hacer uso de él. El héroe de leyenda exigía, incluso, el refrendo de un testigo que pudiera transmitir al mundo los pormenores de la hazaña, y de esta forma incitar a la ejemplaridad. Peter, desconocedor aún de las incipientes relaciones de su amigo con Manena Abad, sonreía:

—Es decir, que cada soldado debe ir acompañado por un trovador para que pueda cantar más tarde sus proezas. ¿No es eso lo que quieres decir?

A Gervasio le parecían risibles sus pretensiones escuchadas en boca de su amigo; se azoraba:

—¡Oh, no es eso! No quieres entenderme. Te estás burlando.

Peter acababa riendo de las peregrinas conclusiones de Gervasio:

—Sospecho que a lo que tú aspiras no es a ser un héroe, sino un exhibicionista.

XIII

Más aún que el riesgo de la guerra, a doña Guadalupe Rueda, viuda de Valentín, le desazonaba la idea de que su hijo Damasito, ocioso e irresponsable, vagando meses y meses por las calles de la ciudad, pudiera caer en las garras de la depravación. Su segundo matrimonio, y las consecuencias del mismo, habían abierto los ojos a doña Guadalupe Rueda haciéndola adulta, precavida y suspicaz. Nunca llegaría a comprender que lo que ella juzgase un día puntal de una familia tambaleante hubiera podido convertirse en causa inmediata de su disolución. Pero así fue. Los cuatro hijos de su primer marido, don Jerónimo Prado, muy jóvenes aún, la abandonaron tan pronto su segundo, don Dámaso Valentín, la desposó, con lo que, muerto éste y emancipados aquéllos, a doña Guadalupe no le quedó otro consuelo que el tardío fruto de su reincidencia, Damasito, en quien concentró toda su capacidad afectiva, sus delicadezas y preocupaciones. Pero ahora, de pronto, con el bachillerato concluido, la Universidad cerrada y el país en guerra, ¿cómo vigilar los pasos del muchacho? ¿Qué provecho podía sacar su hijo, un adolescente, de esta holgazanería justificada y sin fin? Fruto de su zozobra fue la decisión de habilitar para Dámaso y sus amigos la buhardilla de su casa, un cuchitril de apenas diez metros cuadrados, techo oblicuo y doble claraboya que, sucintamente amueblado, podría servir como lugar de reunión, y medio discreto para controlar a los chicos. Así, un día, acompañada de sus viejas sirvientas, doña Guadalupe desalojó el recinto de polvorientos cachivaches, pasó los techos, restregó el entarimado y, oliendo aún a zotal, se lo cedió a su hijo haciendo hincapié en que la cesión duraría «lo que las actuales circunstancias». El muchacho y sus amigos tomaron posesión de la buhardilla con alborozo, porque aquel reducido aposento, pese a sus incomodidades, representaba para ellos la primera señal de independencia.

El modesto moblaje con que doña Guadalupe Rueda dispuso la pieza (una mesa de hierro, de jardín, y media docena de crudos taburetes de pino) se vio enriquecido por las aportaciones de los muchachos, cada día más encariñados con su club. Gervasio, el más entusiasta, contribuyó con una carcomida espetera para colgar los abrigos, un mudo reloj de campana, una Anunciación ingenuamente labrada por un pastor en piedra de toba, un aguamanil y el viejo fonógrafo heredado de su abuelo, con toda su munición. Peter decoró la buhardilla con una serie de grabados ingleses de barcos y batallas navales, un mascarón de proa representando una opulenta sirena sosteniendo en sus brazos una galera bastarda a punto de zozobrar, más la inspirada obra de sus manos: corbetas, fragatas, bergantines y media docena de botellas y frascos de

diversos tamaños, con barcos prisioneros. Dámaso Valentín, además del local, aportó una licorera azul con vasos a juego, un antiguo buró sin cubierta y una estantería de madera de embero para colocar libros y recuerdos. Finalmente, Eduardo Custodio, cuya casa había constituido hasta entonces el centro de reunión de la pandilla, consiguió de don Colomán III y doña Loreto, consternados con su alejamiento, un platero de vieja madera de pino, un arcón de nogal y un escañil de cinco plazas. Doña Loreto y don Colomán III celebraron con los chicos el nacimiento del Club (como desde un principio denominaron a la buhardilla) con una merienda, festejo que facilitó a Eduardo el montaje de uno de sus números habituales, al presentar a su madre un pantalón con el tiro desgarrado. Doña Loreto se fingió escandalizada: «Pero mira dónde ha ido a romper los pantalones este chico». (Y levantaba en alto la prenda, mostrándola a la concurrencia). Entonces Eduardo, serio, circunspecto, los carnosos párpados entornados, respondió resignado: «Es el calibre, mamá. ¿Qué quieres que yo le haga?». Eduardo Custodio jugaba esta baza (la de la audacia y familiaridad con sus mayores) con oportunidad, persuadido de que dada su torpeza de remos era esto lo que le otorgaba una cierta preminencia dentro del grupo, preminencia que venía a compartir con Peter y que, andando el tiempo, se decantó decididamente a favor de Fortunato Delgado, Tato, último miembro del Club, un muchacho atlético, procedente del Instituto, campeón provincial de natación e introductor en la ciudad del waterpolo, al que jugaba con una cinta roja en la cabeza para impedir que sus cabellos rubios, casi albinos, planchados hacia atrás, se le vinieran a los ojos. Su noble estatura, sus fornidas espaldas, el mentón pugnaz, las mandíbulas poderosas, le imprimían una engañosa apariencia de agresividad, puesto que Tato Delgado era el muchacho menos violento de la ciudad, un ser asedado, seráfico, que se azoraba con las chicas y que, en el Club, distraía los tiempos muertos haciendo solitarios con la baraja mientras entonaba a media voz conocidos fragmentos de zarzuela.

La inteligencia de Peter y la fuerza de Tato se complementaron desde el primer día. Peter hallaba en Tato agilidad y potencia física y Tato en Peter destreza y reflexión. Peter había trasladado al Club su taller de marquetería y allí, bajo la lucerna, acompañado por la musiquita desgarrada del fonógrafo (*Aida* o las sinfonías de Beethoven), armaba corbetas y acorazados con sus pequeñas manos pecosas, sin otro modelo que un dibujo o una fotografía, mientras sus compañeros jugaban interminables partidas de póquer. En ocasiones, cansados de los naipes, se agrupaban en torno suyo, recreándose en su minucioso quehacer, la mañosa manipulación de piezas diminutas (briznas,

hebras, alfileres, cerillas, mondadientes) que él combinaba con gracia hasta igualar el patrón.

Insensiblemente, Gervasio y sus amigos iban familiarizándose con la técnica naval, incorporando términos marineros a su reducido vocabulario (proa, popa, babor, estribor, cofa, castillo, toldilla, eslora, portalón, combés, jarcias, puntal), adentrándose, sin darse cuenta, en un mundo nuevo, remoto y atrayente. Pero quien mayor interés mostraba por el trabajo de Peter era Tato Delgado, el nuevo amigo, campeón de braza y waterpolista distinguido, para quien la vocación resuelta de aquél hacia la Armada constituía motivo de admiración:

—En cuanto cumpla los diecisiete me enrolaré en la Marina. Después, una vez que acabe la guerra, ingresaré en la Escuela Naval. Yo quiero ser marino como mi abuelo.

Sin pretenderlo, Peter iba desarrollando una labor de proselitismo que, paso a paso, captaba a sus compañeros de club. Tato Delgado fue el primer converso, al menos el primero en manifestarlo. Abierto a cualquier novedad, halló en la profesión elegida por Peter un trasfondo deportivo-aventurero muy acorde con su temperamento. Inició su colaboración con Peter en el pequeño arsenal, incluso realizaba bajo su dirección sencillos trabajos por su cuenta. Denotaba una paciencia abacial y un fervor pueril. El paulatino desarrollo de un bergantín en el seno de una botella, a base de minúsculos elementos de corcho y madera, valiéndose de unas largas pinzas plateadas que se movían dentro del vidrio con la habilidad de una mano, le fascinaba. Al propio tiempo, escuchaba boquiabierto las historias de batallas navales que Peter relataba, de tal manera que éste, consciente de la pasión creciente de sus amigos por las cosas del mar, fue incorporando al Club colecciones de libros sobre temas marineros, desde Salgari hasta Conrad.

A los tres meses de conocer a Peter, Tato Delgado era ya su mejor amigo, armar barcos su pasatiempo favorito, *Motín a bordo* su libro de cabecera, y su vocación decidida, el mar. Unos meses mayores que el resto de los amigos, Tato Delgado y Eduardo Custodio fueron los primeros en cursar instancias a la Comandancia de Marina de El Ferrol, solicitando su ingreso en la Armada, como marineros voluntarios.

La redacción de las instancias, un puro trámite burocrático, constituyó, sin embargo, un acto comunitario, y hasta el momento la más gloriosa efemérides del Club.

Una atardecida luminosa y cruda, el crepúsculo rojo sobre la fronda rumorosa del parque, Gervasio comunicó a Manena Abad sus propósitos:

—Voy a enrolarme en la Armada, ¿sabes? Mis amigos y yo tripularemos una lancha torpedera, y cuando la guerra acabe expondremos las medallas que ganemos en una vitrina, en el Club.

Afecto a la acción individual o de pequeños grupos, el destino a una lancha rápida fue la condición impuesta por Gervasio para solicitar su ingreso en la Armada, condición unánimemente aceptada, no ya sólo por complacer al amigo, sino porque la torpedera representaba mejor que nada el espíritu de aventura que movía a todos ellos. Por su parte, transcurrido año y medio de guerra, Gervasio proseguía abstrayéndose semanalmente en el programa «Al paso alegre de la paz», gozándose en sus crispaciones, y aunque el escenario que la música inspiraba variaba cada día, desde su reciente decisión prevalecía el mar, el ataque de una pequeña lancha, tripulada por el grupo, contra un gigantesco acorazado, concretamente el *Jaime I*. En sus ensueños, todo estaba organizado con método: Eduardo al timón, Damasito de observador, Tato y él en los tubos lanzatorpedos, Peter a proa, dirigiendo la operación. Hurtándose a las ráfagas de ametralladora, amparada en las tinieblas, la lancha embestía de proa al acorazado, y a treinta metros de distancia Eduardo metía caña a babor, viraje que Tato y él aprovechaban para lanzar los dos torpedos contra la línea de flotación del monstruo. Vivía emocionadamente cada fase de la ofensiva (aproximación audaz, virada violenta a babor, lanzamiento de torpedos, explosión estruendosa, retirada) y una vez cumplida la misión, la arribada a puerto, ante una multitud enfervorizada, Manena Abad en primera fila, ovacionando a los héroes. Desde que Tato y Eduardo cursaron sus instancias era ésta la acción que Gervasio fantaseaba con mayor recogimiento las mañanas de los miércoles:

—¿De veras vas a ser héroe?

—Quiero serlo para que tú me veas.

—¡Pero eso es imposible! A las chicas no nos dejan ir a la guerra.

La mirada azul, virgen, asombrada, de la muchacha se prendía de la suya, y Gervasio la sostenía y, sin nada más que añadir, apretaba su pequeña mano con fuerza, hasta que ella se quejaba:

—Quita. Me haces daño.

El crudo y largo invierno dio ocasión de recordar a papá Telmo, con motivo de sus frecuentes peticiones de prendas de abrigo para combatir el frío. Gervasio había acabado por asumir la privación de libertad de su padre como un hecho natural, pero le encorajinaba la cutre terquedad con que se aferraba a ideas periclitadas, en las que no creía ya, según afirmaba su hermana Crucita, ninguna familia de fuste de la ciudad:

—Ya no le quiero, te lo juro. Me da igual lo que le pueda pasar. Si le mando unas letras es por no disgustar a mi madre. «Estoy bien», «me alegra que estés bien». Eso es todo. No tengo más que decirle.

—No debes hacer eso; al fin y al cabo es tu padre.

Gervasio volvía indolentemente la cabeza hacia ella:

—¿Te parece mejor que le engañe? ¿Que me invente cada sábado una historia para enternecerle?

Tanto como la actitud de papá Telmo hacia la Causa, sorprendía a Gervasio la de mamá Zita y los tíos respecto a papá Telmo. Los tres consideraban no ya aceptable, sino providencial su prisión. Su arresto, avalado por las estrellas de tío Felipe Neri, suponía la supervivencia. ¿Qué más podían desear? Sus hermanas Cruz y Flora, distraídas por el cambiante anecdotario de la contienda, olvidaban el pasado inmediato, pero mamá Zita y sus hermanos tenían demasiado próximas las muertes de los tíos Norberto y Adrián, de Daniel Ovejero y de tantos otros convecinos, como para no sentirse afortunados. Tía Macrina, en cambio, desde la visita de su cuñada Esperanza apenas abría la boca, tan sólo de vez en cuando dejaba caer como al azar, mirando descaradamente a tío Felipe Neri, que «Telmo, en esta zona, pese a ser más significado, había tenido más suerte que sus hermanos en la roja». Gervasio, al oírla, se avergonzaba, pues resultaba evidente que, en tanto tío Felipe Neri permaneciera junto a ellos, la vida de papá Telmo estaba garantizada. Pero el hecho de que su padre se prevaliera de esta ventaja no sólo para seguir viviendo, sino para zaherir a la Cruzada, arguyendo que algún día los rebeldes pagarían su delito, o el próximo retorno del país a lo que él llamaba normalidad, le sacaba de sus casillas.

Una mañana de febrero, el aullido de la sirena de la estación anunció la irrupción de aviones enemigos sobre la ciudad. Los estampidos encadenados de las bombas sorprendieron a Gervasio en la escalera, camino del sótano de palacio (la bodega de su bisabuelo Lucio, diez lustros atrás) habilitado como refugio antiaéreo. Sonaban las explosiones rotas, desgarradas, y en las pausas, el atiplado tableteo de las ametralladoras de la Catedral y las andanadas de los cuatro cañones empotrados por el regimiento de Artillería en las afueras de la ciudad. Era un duelo atronador, como una tormenta estival, que, al concluir, dejó calles y plazuelas desiertas, sumidas en un silencio polvoriento, que las improvisadas ambulancias desafiaban haciendo sonar nerviosamente sus bocinas. Desde la Glorieta del Ángel se elevaba una negra columna de humo que Gervasio tomó como referencia. En la plaza, grupos de gente comentaban la agresión, hacían cábalas sobre el número de víctimas, hablaban de la

muerte de cinco niños en una escuela, y reclamaban un chivo expiatorio. Un hombre de edad, con camisa azul y corbata negra bajo el gabán, agitó un bastón y gritó con toda su alma:

—¡A la Plaza de Toros!

El gentío afluía a la glorieta por las seis bocacalles radiales y, en contados segundos, se convirtió en una muchedumbre que vociferaba enloquecida:

—¡A la Plaza! ¡A la Plaza!

La voz se extendía, se generalizaba, y la humareda, a un costado, iba disolviéndose, achatándose, conformando un hongo agrisado y denso. Encaramado en el capó de un automóvil estacionado en el centro de la glorieta, el falangista de segunda línea arengaba a la multitud esgrimiendo su bastón, sugiriendo la posibilidad de fusilar a cinco prisioneros por cada víctima inocente, oferta que la muchedumbre acogía con aplauso, y en su paroxismo cerril repetía:

—¡A la plaza! ¡A la plaza!

Tan pronto la masa, ciega de cólera, se puso en movimiento, Gervasio admitió que la amenaza podría cumplirse, que aquella multitud enloquecida era muy capaz de desarmar a la guardia de la plaza, conquistar ésta y pasar por las armas a los prisioneros. Entonces se abrió paso a codazos entre el gentío, accedió al parque y echó a correr, procurando adelantar a la manifestación, insensatamente convencido de que de su anticipación dependía la vida de su padre. «Que no lo maten, Dios mío; que no lo maten», se decía mientras corría. Y en su mente aparecía la imagen de papá Telmo, pero no en bata blanca ni con americana y corbata, sino con su invariable pijama rayado («de presidiario», pensaba ahora), el chato rostro enjabonado, los juanetudos pies sobre las húmedas baldosas del baño, como desde niño estaba acostumbrado a verlo cada mañana. Y, superpuestas a esta imagen, las espectrales de los tíos Norberto y Adrián, los dientes largos y amarillos, bragas y sostenes, orlados de delicadas puntillas, cubriendo su flaca desnudez, a caballo de la Norton. Herían sus oídos los aullidos intermitentes de la manifestación, los pitidos de los cláxones de los automóviles que la encabezaban y, como si ello supusiera un acicate, aceleró su carrera hasta que, al alcanzar la última esquina y divisar la Plaza de Toros al fondo de la explanada, sintió un puntazo doloroso en el costado y entonces se refrenó, se puso al paso, resollando. Le adelantaron dos camiones con guardias de asalto y, ante la prisión, se apearon y enlazados por los brazos formaron un cordón protector, cabe las garitas de los centinelas, las tercerolas prestas. Arriba, en lo alto del anillo, las dotaciones de las ametralladoras se apresuraban a tomar

posiciones. El rumor de la manifestación aumentaba y cuando divisó los dos automóviles que la precedían doblando la esquina, empezó a temblar, temeroso de que no hubiese en el mundo fuerza capaz de detenerlos. La distancia entre la muchedumbre que avanzaba vociferando, flameando banderas, y la doble fila de guardias se reducía a ojos vistas y una vez que los primeros manifestantes toparon con ellos se produjo un forcejeo tenaz, con ese ardor teatral que se trasluce de toda confrontación en la que asaltantes y defensores se saben, en definitiva, partícipes de una misma causa. Empero, Gervasio contemplaba angustiado el choque desde una pequeña prominencia, temiendo que guardias y centinelas terminaran cediendo, y en su fuero interno se repetía: «Que no lo maten, Dios mío; que no lo maten». El empuje disuasorio de los defensores, con ribetes de exhibicionismo, las tercerolas cruzadas sobre el pecho, conseguía pasajeros repliegues de los asaltantes, mas cuando desde lo alto del anillo una ametralladora disparó varias ráfagas de intimidación y el oficial de guardia, desde uno de los vanos del piso alto de la plaza, reclamó calma a través de un megáfono, remitió el tropel, la multitud se detuvo y quedó a la expectativa, circunstancia que aprovechó el oficial para prometer a los ciudadanos, «justamente indignados por el execrable crimen», que éste no quedaría impune y las víctimas inocentes serían vengadas, pero en tanto el alto mando decidía el «cómo» y el «cuándo», ellos, dando pruebas de patriotismo, deberían deponer su actitud, replegarse y cejar en sus pretensiones de linchamiento o de tomarse la justicia por su mano. La multitud, aplacada por la larga marcha, halagada por aquel torrente oratorio desatado por su causa, consciente, en fin, de su fuerza (delegada ahora en aquel bizarro oficial que les había dirigido la palabra), aplaudió, primero con timidez, después con calor, prorrumpiendo en vivas y mueras, hasta que paulatinamente se fue dispersando, reculando, iniciando la retirada en pequeños grupos hacia la ciudad, aplacado su impulso homicida.

Durante los meses siguientes se repitieron los bombardeos, bombardeos fútiles, sin otra finalidad, al parecer, que amedrentar a la población civil y recordarle que el país estaba en guerra y que, ocasionalmente, el enemigo había sido localizado allí. La reacción del vecindario era cada vez menos hirsuta, más mansa, como si al fin hubiera aceptado que era aquél un riesgo normal, y aunque las hablillas de revanchas y sacas vindicativas continuaban circulando, no había posibilidad de confirmarlas ni de desmentirlas. Los comerciantes tomaban resignadamente sus precauciones, rodeando sus establecimientos de sacos terreros, cruzando las vitrinas con cintas adhesivas para evitar el astillamiento de los cristales, mientras Protección Civil

acondicionaba como refugio los sótanos de los edificios más altos o sólidos de la ciudad. En sus ocasionales visitas al de palacio, Gervasio había asistido a escenas de pánico colectivo que, a su juicio, minaban la moral de la retaguardia. Y, con objeto de mitigarlo y, al propio tiempo, dominar su propio miedo, decidió poner en práctica un sistema para ahuyentar los demonios que desde tiempo atrás venía rondándole la cabeza: cantar, cantar con toda la fuerza de los pulmones, hasta ahogar el estruendo exterior, los estampidos de las bombas y los cañones, y, en consecuencia, serenar los ánimos de los refugiados. Consciente del apocamiento del grupo, él mismo iniciaba los himnos y de pie, los brazos en alto, dirigía el coro, exigiendo cada vez más voz, hasta colmar el antro de encendidos gritos patrióticos:

Soy valiente y leal legionario,
soy soldado de brava legión,
sufre el alma doliente calvario,
que en el fuego busca redención…

Azorados, vergonzantes, los refugiados iban uniéndose al coro, venciendo su cortedad inicial, pretendiendo sofocar con sus voces la crepitación de las bombas:

—¡Más alto, más alto! —reclamaba Gervasio. El sótano llegaba a ser un clamor:

¡Viva España!, nuestro lema será,
los que por ella estamos dispuestos a dar la vida,
¡Viva España!, es el grito viril
de nuestra juventud de patriotismo enardecida…

Relevantes los tendones del cuello, las gargantas, tensas, enronquecían en una arrogante manifestación de desafío a los agresores. Ahuyentado el miedo, era como si ellos mismos con sus canciones participasen activamente en la represión del ataque, de tal forma que Gervasio, durante las alarmas aéreas, llegó a ser una presencia inexcusable en el sótano de palacio, entre sus humildes convecinos. Una vieja flaca y escorada, cubierta con un mantón negro incluso los meses de verano, le requería impaciente antes de que empezara el estruendo de las bombas, los cañones y las ametralladoras:

—Venga, Gervasito, majo; canta antes de que nos entre el miedo y nos ensuciemos todos por los rincones.

Formaban corro en torno suyo, un corro apretado, solidario, unívoco, fraternal. Gervasio, las manos en alto, mencionaba el título de la marcha y facilitaba el tono: *La fiel Infantería, El novio de la muerte, Ardor guerrero*… Todas valían, en especial las que constituían el repertorio del programa «Al

paso alegre de la paz». Empezar por un himno o por otro era irrelevante, a los pocos minutos se había creado allí, en aquel antro ahogado, húmedo, bajo de techo, preservado del exterior por piedras sillares, un núcleo de resistencia ante el enemigo muy difícil de acallar.

Una noche, sorprendido por la alarma mientras dormía, bajó al refugio en pijama, envuelto en una manta abigarrada, y al observar en derredor suyo las pobres gentes en ropas de noche, una chispa de esperanza en sus ojos, su fértil imaginación voló a las catacumbas, se vio pastoreando un grupo de conversos hostigados por el emperador, entonando cánticos a su Dios, a sabiendas de que, acto seguido, él y sus seguidores sucumbirían en el circo, despedazados por los leones. La emoción del momento temblaba en sus labios; el coro de cantores, sumiso a los movimientos de sus manos, a la voz (que paulatinamente se iba enardeciendo) de su garganta, le conmovía. Y cuando inició la estrofa «Por ir a tu lado a verte, mi más leal compañera», sintió un violento calambre en la morra (esa noche el punto más sensible de su cabeza), pero lejos de transigir y moderar el tono, se encampanó, su voz se hizo grito, en tanto su piel se escarapelaba y sus cabellos se disparaban como si un ser invisible, tirando de ellos, quisiese levantar del suelo su cuerpo lene y vaporoso. Arrobado, tenso, la cabeza erizada como un cardo gigantesco, el pijama azul asomando bajo la abigarrada manta escocesa, en pleno ostento, no reparó en el inicial repliegue de los cantores hasta que la anciana del mantón cruzó los ojos, se llevó las manos deformes a la boca desdentada, emitió un alarido de terror, se incorporó con inaudita presteza y huyó a la carrera, hablando sola, hacia las escaleras del sótano. Tras ella escaparon otros cuatro, luego diez y, sin solución de continuidad, se produjo la gran desbandada; los refugiados, aterrorizados, empujándose, lanzando furtivas miradas a la cabeza de Gervasio, se atropellaban en las escaleras de acceso, buscando el aire libre, pese a los zambombazos y al rítmico traqueo de las ametralladoras de la Catedral.

Insensibles a la defección general, mamá Zita y tía Cruz, testigos del trance, ensalzaron su patriotismo, y tío Felipe Neri, presente asimismo en la crispadura, anotó con pulso tembloroso en el cuaderno de pastas de hule: «Hoy se autocrispó Gervasio, mi sobrino. Él solo puso música y letra, lo que quiere decir que su emotividad aumenta. El rapto de esta noche en el refugio antiaéreo, mientras replicaba con canciones al criminal bombardeo del enemigo, ha sido, sin duda, el más intenso, inefable, patético y conmovedor de cuantos se me ha dado presenciar. Es evidente que el Señor le tiene signado para muy altos empeños». Pero antes que en su carácter profético,

Gervasio reparó en lo que el último ostento encerraba de advertencia: en tiempos como aquéllos, de exultación patriótica, donde cualquier inesperado fervorín popular podía provocar su metamorfosis y el consiguiente pánico colectivo, era arriesgado andar por la calle con la cabeza descubierta. Fue entonces cuando resolvió usar la boina roja heredada de papá León (de un rojo deslucido, apagado por el curso del tiempo). Su grávida chapa metálica (Dios, Patria, Rey) constituía, por añadidura, una garantía de seguridad. Por si fuera poco, aquella boina, gloriosamente paseada en cien batallas, representaba un distintivo acorde con el vago ideario político de mamá Zita, siempre recelosa del fascio y de las camisas azules. Decididamente, Gervasio agradecía aquella defensa que venía a ser (según propia definición), «como el caparazón de las tortugas», una estética salvaguarda. Ni en las circunstancias patrióticas más exaltadas le falló el recurso en las semanas siguientes, es decir, el cosquilleo de morra y colodrillo seguía produciéndose, pero la boina acorazada abortaba cualquier conato de erección, mantenía a raya a los inquietos cabellos, lo que le permitía impensables audacias y una mayor libertad de movimientos. La novedad, por otra parte, fue del agrado de Manena Abad («el rojo de la boina te va muy bien a la cara»), siquiera en el Club despertara comentarios despectivos como el de Peter, que no comprendía cómo un hombre podía servirse de un símbolo tradicionalista si no eran ésos sus ideales.

Una ardiente mañana de agosto llegaron a la ciudad los legionarios. Las calles se vistieron con colgaduras para recibirlos y una espesa muchedumbre, estacionada en las aceras, ovacionó calurosamente la bizarría, un punto histriónica, de los soldados. A Gervasio, tocado con la desteñida boina roja de su abuelo, de puntillas entre sus amigos, le arrebataban las verdes camisas abiertas sobre los velludos pechos tatuados de azul, las mangas recogidas por encima de los codos, las flexibles botas de cáñamo en sus pies ligeros, los gorros airosamente ladeados, la puntual sincronización de sus movimientos siguiendo los compases de la banda, la disciplinada cabra-mascota caminando al paso de los gastadores… Era un espectáculo arrollador al que el estallido súbito de la música (los pitidos afilados de las cornetas, el redoble incendiario de atabales y tambores) ponía la nota de exaltación que la sensibilidad del muchacho requería:

Nadie en el Tercio sabía
quién era aquel legionario
tan audaz y temerario
que en la Legión se alistó…

El vello de sus antebrazos se erizó, sintió de pronto como si su cuerpo se desgarrase, y, conforme desfilaban ante él aquellos hombres electrizados (rostro grave, mentón agresivo, mirada en el infinito), experimentó una sacudida en el plexo y, simultáneamente, una pugna empecinada entre sus cabellos, dispuestos a espigarse, y la vieja boina roja del General, sujeta entre frente y cogote, presta a impedirlo. Era un forcejeo tenaz el que se libraba allí y, de haberse tratado de un fervorín pasajero, gorra y placa (Dios, Patria, Rey) hubieran conjurado el impulso capilar, pero el desfile desafiante proseguía, los soldados («Legionarios a luchar, legionarios a morir») se desplazaban a un ritmo vertiginoso, avanzaban sobre él, materialmente le avasallaban, de tal modo que al pasar a su altura los gastadores, sus cabellos, tiesos como alambres, tras un duelo denodado con la boina consiguieron desencajarla, desprenderla, izarla sobre la cabeza despeluzada, para dejarla, al fin, lastimosamente pendiente de los pelos más largos de su tupé, como de una percha de la espetera. Alarmado, Gervasio se llevó las dos manos a la cabeza intentando reprimir el desbordamiento, pero la crispadura era tan violenta que los pelos se le escurrían entre los dedos, los eludían, para erguirse entre los resquicios, firmes como juncos. Desmoralizado, chafó la boina contra su cráneo (como quien aplica a la llama de un cirio el embudo del apaga velas), la agarró luego por los bordes y tiró hacia abajo, con tal contundencia que el inoportuno repeluzno empezó a ceder, se fue esfumando su emoción, se asedó la piel de los antebrazos, y los cabellos se acostaron, dóciles, justo en el momento en que las espaldas de los últimos legionarios se perdían entre las cabezas de los espectadores, camino de la estación.

A partir de esta horripilación inusitada (de la que, felizmente, nadie fue testigo), Gervasio se propuso «eludir las ocasiones» (de acuerdo con las instrucciones del padre Sacristán en lo relativo al pecado): nada de desfiles, nada de manifestaciones, nada de mítines incendiarios, nada de actos donde la música constituyese un ingrediente esencial. No fomentar, en suma, su hiperestesia. La solución, plausible en apariencia, adolecía, sin embargo, de una falla grave: ahora que se aproximaba el momento de ir a la guerra, lo procedente era reforzar su moral de combatiente, no debilitarla. Tío Felipe Neri, al menos, fue de esta opinión: «Si tu moral de soldado requiere música e imaginación, escucha música e imagina, Gervasio. La patria precisa soldados con moral». Ante tan ardua alternativa, el muchacho optó por una decisión munificente: sacrificar su cabello, dejar chamorra su cabeza (un cabello siempre de punta pero que por su escasa longitud no llamase la atención de nadie). Durante la nueva fase experimentó alguna horripilación, pero de la

misma manera que los mutilados sienten a veces dolor en el pie amputado, él sentía el cosquilleo a ocho o diez centímetros de su cuero cabelludo, en el extremo de unos largos pelos inexistentes, sin que sus amigos lo advirtieran. En esta ocasión Manena Abad se mostró menos entusiasmada: «No te va el pelo al rape; te hace cara de bilorro». Mas la preocupación de Gervasio en estos días no estaba en su cabeza motilona sino en la autorización paterna, en que papá Telmo nada objetase a su pretendido alistamiento en la Armada. De entrada, no bien tío Felipe Neri se lo dio a entender, papá Telmo se encolerizó, trinó, puso los ojos en blanco, amenazó con escaparse, con hacerse matar por los celadores o arrojarse de la plaza abajo, pero el tío, una vez que se desfogó, le hizo ver que el alistamiento forzoso del chico estaba en puertas y que su riesgo siempre sería menor en la Armada que en Infantería. Papá Telmo empezó de nuevo a ladrar a la luna pero, de improviso, sus abultadas facciones de boxeador se distendieron, su voz se aflojó, y a sus ojos asomó una blanda expresión de conformidad:

—Haz lo que juzgues conveniente, Felipe. Tú has llevado la batuta desde el principio en esta desgraciada etapa. Al fin y al cabo, todos estamos en tus manos.

Esa misma tarde, en la diaria reunión del Club, Gervasio, Peter y Dámaso Valentín redactaron sus instancias y, a la mañana siguiente, las cursaron. Díez días más tarde, Tato y Eduardo Custodio fueron reclamados del buque-escuela. En la despedida que siguió, Eduardo Custodio, los pesados párpados sobre sus ojos miopes, levantó su vaso a última hora, tambaleante, dos rosetones en sus fláccidas mejillas:

—Por… por el Club —dijo—. Por que todos volvamos a reunirnos aquí cuando la guerra acabe.

El viejo fonógrafo del abuelo desgranaba marchas militares de la guerra carlista. A su lado, Tato Delgado, enternecido, levantó el vasito azul de la licorera lleno de vino y lo fue chocando, uno por uno, con los de sus amigos y, al cabo, dijo en un tono de voz que pretendía ser displicente:

—Por el Club y por todos nosotros. Que Dios reparta suerte.

Libro tercero

XIV

Al restregar su nariz contra el caqui y tropezar con la tira de medallas que adornaban el pecho del tío Felipe Neri (que lo abrazaba ante el espejo del perchero en el gran vestíbulo de la casa), fue cuando Gervasio cobró conciencia plena de que se iba a la guerra. Al principio, el tío le había abrazado formulariamente, con un abrazo maquinal, pero de pronto, al soltarlo, algo le movió a atraerlo de nuevo hacia sí con tal reciura que el muchacho notó su corazón acongojado y una emoción mullida que le ablandó los ojos: «Cumple con tu deber», le dijo al oído el coronel. Y no continuó hablando porque se ahogaba. Sus ojos, de ordinario mates, tenían un brillo húmedo y sus labios dibujaban una mueca senil que lo mismo podía ser un puchero que la manifestación de un esfuerzo por reprimir los ácidos del estómago. Ante el bargueño de ébano con incrustaciones de marfil, en un segundo plano, sus amigos Peter y Dámaso Valentín, que habían pasado a recogerle, asistían pasivamente a las efusiones de despedida, las abultadas maletas a su lado, y en el momento en que la señora Zoa, hecha un rebujito negro y suspirón, se empinó sobre las puntas de los pies, estiró el esqueleto y se aferró al cuello del muchacho, tratándole alternativamente de «corona» y «señorito Gervasio», comiéndoselo a besos, Dámaso Valentín, la punta de la roja lengua en la mella del paleto, entreabrió sus finos labios en una sonrisa socarrona. Los arrumacos mefíticos de la señora Zoa despertaron en Gervasio la memoria del pasado, aquel musgoso olor a agua muerta de su primera infancia, los amagos de despedida de la vieja, su oposición crispada abrazándose a sus muslos de palo y gritando histéricamente: «Zoa, si tú te vas, yo me quiero morir». Al separar su rostro del suyo, la contempló un momento, su cuarteada piel envejecida, la boca desdentada, los ojos pitañosos, el blanco pelo recogido en un moño, ofreciéndole, en sus esquemáticas manos temblonas, una caja de dulces:

—Toma, corona, para el tren.

La víspera, Gervasio había invitado al cine a Manena Abad. Le hubiese estimulado que llorase sobre su hombro, pero la niña se presentó tranquila y animosa. En la penumbra había buscado su mano a tientas y aquella pequeña mano no opuso resistencia y, entonces, Gervasio se atrevió a preguntarle:

—¿Quieres ser mi madrina de guerra?

—No sé si me dejarán en casa —levantaba sus frágiles hombros, dubitativa.

—No tienes por qué decirlo. Basta con que me escribas y pienses un poco en mí.

Ella asintió y, al abandonar el cine, Gervasio, rebosante de ternura, oprimió dulcemente su mano como sellando un compromiso. Nada le dijo de papá Telmo. Cuatro días antes, a raíz de recibir la llamada del buque-escuela, le había dirigido unas líneas jactanciosas: «Me voy a la guerra, a salvar a España, y sólo regresaré muerto o victorioso. —La respuesta, en un insignificante rectángulo de papel cuadriculado, fue humilde, lacónica, doliente—: Suerte, hijo, que tu sacrificio acelere el final de esta tragedia». Para Gervasio, el vocablo *tragedia* no encajaba en el contexto de los hechos. ¿Cómo comparar una cruzada con una tragedia? El desenlace funesto que ésta comportaba era lo último que él esperaba de esta guerra. Ante su aflicción, mamá Zita le había consolado:

—No hagas caso; no te disgustes, hijo. Ya sabes cómo las gasta tu padre. Compórtate como un Lastra pero no arriesgues más de la cuenta.

Mamá Zita, ante la inhumanidad de las escenas vividas a diario en el hospital, no aspiraba más que a salvar la dignidad; renunciaba al heroísmo si éste comportaba mutilación o muerte. Orgulloso ante la comprensión materna, Gervasio insistía en la necesidad de lavar el apellido («papá Telmo lo ha enlodado y cada día que pasa en la Plaza de Toros lo ensucia más»), pero mamá Zita aducía que el apellido De la Lastra nunca había sido mancillado y en lo tocante al García (se mordió los labios asustada de su propia ocurrencia) el comedor de Auxilio de Invierno, instalado en la mercería de los tíos, lo había redimido.

Ahora mamá Zita se abrazó a él, llorando a raudales, como si tratara de acorazarle con sus besos (restallantes, nutricios, totales, como los antiguos besos de la señora Zoa) hasta el punto de que su hija Cruz, ofendida en su delicadeza, le llamó la atención sin llamársela: «Por Dios, mamá», pero mamá Zita, sorda a sus reparos, continuó besando a Gervasio y cuando, al fin, se separó de él, lo miró intensamente a los ojos y le dijo con resolución, como quien emite una orden:

—Vuelve.

Sentados en las maletas, comprimidos por centenares de soldados que cantaban canciones obscenas acompañándose de cualquier instrumento musical y cambiaban entre sí botellas y botas de vino, Peter, Dámaso y Gervasio comían en el pasillo los dulces de la señora Zoa, y Gervasio, achicado aún, en un intento por justificar las desbordadas muestras de afecto de la vieja, juraba y perjuraba que, aunque pareciese mentira, aquella mujer mínima y seca, que Peter ya conocía, había criado a sus pechos a su propia madre. El tren, sucio, atestado hasta los lavabos, traqueteante, aullador, sin

una sola mujer a bordo, olía ya a guerra, sonaba a guerra, tenía color de guerra. Gervasio volvía los ojos de un grupo a otro, pretendiendo descifrar, por sus atuendos, insignias y emblemas, los cargos, armas y destinos de sus compañeros de viaje. En el extremo del compartimiento vecino, un legionario con patillas de hacha, el gorro inverosímilmente colgado de una oreja, le preguntó por sus tabardos azules, y al responderle con orgullo: «De la Marina, —él movió la cabeza de un lado a otro y murmuró—: Mientras tanto la Infantería pasando frío». Frente a él, un cabo de Artillería con media pierna vendada abría un gran pan redondo, dividía la tortilla que había dentro con una navaja y, pinchados en la punta, ofrecía trozos a sus compañeros de departamento. En el pasillo, en una barahúnda de divisas y uniformes, se hacían trueques y cambalaches de todo tipo (coñac por embutidos, cigarrillos por caramelos) en un común afán por infundir a aquel tren repleto, ahumado y aterido, un poco de calor solidario. El crepúsculo temblaba en los cristales y, según avanzaba la noche, el coche iba quedando en penumbra, el sueño vencía a los soldados, el artillero acomodaba la cabeza contra el cristal, el legionario de las patillas de hacha reclamaba dos veces silencio, pero aún se oyó rasguear unos minutos una guitarra en el extremo opuesto antes de que el vagón quedara mudo.

Gervasio, la cabeza recostada en el marco de la ventanilla, cuyo cristal retemblaba contra su nuca, incapaz de conciliar el sueño, observaba los cuerpos derrumbados en derredor, dormidos en dislocadas posturas, los pálidos rostros tiznados, macerados por el insomnio, brazos o mochilas por cabezal, los labios entreabiertos, los ronquidos como estertores contrapunteando el paso de las llantas sobre las entrevías. «Un tren de muertos», pensó, pero, sobrecogido por la macabra imagen, movió enérgicamente la cabeza para ahuyentarla, esforzándose por sustituirla por la de Manena Abad. A intervalos, la locomotora silbaba o jadeaba subiendo un repecho. Poco a poco se fueron esfumando los ruidos (ronquidos, jadeos, silbidos, tableteo del vidrio contra su oído), se desvaneció el perfil de Manena Abad, perdió la noción de las cosas, de tal modo que, al abrir los ojos (ignoraba si minutos u horas después), descubrió el trivial resplandor del amanecer en el cristal empañado, en los rostros mórbidos y gelatinosos de los soldados del vagón. Sentía un glúteo dormido y el codo de Dámaso Valentín incrustado en su muslo; lo separó con cuidado y consiguió ponerse en pie. Aguantó, encorvado, el cosquilleo de la pierna, arrugando la cara, mirando al legionario, el gorro caído, la boca desdentada, protegida por el alero de un bigotillo ralo que, en los extremos, casi empalmaba con los vértices de sus

patillas de bandolero. Roncaba a golpes, como si tartamudease al respirar, y de vez en cuando su cabeza se desplomaba y abría los ojos despavorido. Gervasio se volvió hacia la ventanilla, limpió el vaho del cristal con la bocamanga y a través del hueco trasparente descubrió que las tierras llanas, pardas y áridas, del exterior, se habían trasmutado en onduladas praderas parceladas, y el alto y sereno cielo azul en un pesado toldo gris, próximo y plomizo. Una lluvia delgadísima azotaba los cristales, mullía la tierra, mientras los pliegues verdes cubiertos de brezos y helechos se iban empinando hasta convertirse en montañas, que el convoy perforaba audazmente a través de fragorosos túneles. La brumosa luz crepuscular apenas progresaba, como si la alborada se hubiese estancado, y cuando su amigo Peter se incorporó a su lado, restregándose los ojos, un triángulo azul se dejó ver entre dos montes sombríos y Peter lo señaló sorprendido con una uña negra de hollín, y dijo, transfigurado, acompañando su descubrimiento con una sonrisa hibernada:

—¡El mar!

Gervasio vivió las horas siguientes ausente, transido, el torpor del sueño enredado en sus ojos con una pegajosidad de telaraña. Desde la calzada adoquinada y húmeda, a través de la verja que se prolongaba calle abajo, divisaba el Arsenal, el muelle comercial a la derecha, los amplios diques secos, y, enfrente, recortado sobre la larga nave gris de los talleres, el buque-escuela, su gótica arboladura hendiendo la bruma. Siete marineros uniformados, el blanco saco de la ropa a las espaldas, y dos jóvenes paisanos con sus maletas se les unieron junto a la garita del centinela, a las puertas del Arsenal. En unos minutos todo se amontonó. Difusas e incoherentes, como en una fluencia onírica, unas escenas se encadenaban a otras, y en el centro, como un dios ubicuo y cruel, el cabo Ortigueira, con su audaz boca sin labios, como un esfínter, salaz y gritadora («Marineros de tierra adentro, ¡mala embajada!»), precedía al pequeño grupo por las diversas dependencias, despachando los trámites preliminares: reconocimiento médico, vacunación, pañol de ropa y calzado, distribución por sollados, asignación de taquillas y batayolas, y, finalmente, antes de darlos por incorporados, la ducha en toldilla, cabe el palo mesana, desnudos, dos docenas de marineros rateados o de baja alrededor, coreando con gritos y palmas sus torpes movimientos, en tanto ellos, azorados, se frotaban con jabón sus lasos cuerpos y el cabo Ortigueira (oliváceo, cejijunto, faena ceñida, trasero prominente) insistía en sus retahílas vejatorias:

—¡Venga, los huevos! ¿No me oísteis, marineros? ¡Enjabonaros los huevos! ¡No queremos ladillas a bordo!

La tropa reía, palmoteaba, apretaba el corro, mientras ellos, sumisos y acobardados, enjabonaban una y otra vez sus sexos, trataban de borrar el vello con la espuma, brincaban grotescos y crudos bajo las hebras de agua helada, envueltos por la música de cornetas y tambores que llegaba de la explanada.

Del otro lado del muelle, a media milla de distancia, albeaba la ciudad (edificios desleídos bajo la lluvia, tejados vencidos, blancos miradores colgantes) apagada y lacia y, ante ella, en la dársena, un bou artillado, escoltado por un bando de gaviotas chillonas, regresaba de su labor de patrulla, en tanto un remolcador mugriento, como colgado de un negro penacho de humo, se esforzaba en despegar del muelle a un pesado carguero. Gervasio, deprimido por la escena de la ducha, contemplaba la ciudad, la actividad del puerto, como un mundo lejano y perdido. La aflicción le ganaba por momentos. Él había creído que el cambio de la condición civil por la castrense equivalía a trocar la libertad por la disciplina, pero la protervia gratuita del cabo Ortigueira le había abierto los ojos. La piña solidaria (fragua de héroes: todos para uno, uno para todos) con la que soñara cada vez que imaginaba el buque-escuela, se esfumó para dar paso a una idea espesa de hacinamiento y hostilidad. Un millar de hombres cohabitando en una cáscara de nuez anulaba de entrada cualquier aspiración de intimidad, impedía el aislamiento (colas en los beques, en las duchas, en las cocinas, en la enfermería; grupos tumultuosos en el combés, en la cubierta, en la toldilla, por todas partes). Gervasio enumeraba agobiado ante sus amigos el inesperado repertorio de incomodidades, mas Peter, con su liberal capacidad de adaptación, sonreía con sus achinados ojos divertidos:

—No te preocupes; tampoco nos dejarán demasiado tiempo para pensarlo.

En efecto, Gervasio y Peter pasaron la tarde remando en el muelle, mientras Dámaso, en otro grupo, aprendía a hacer nudos marineros con una piola en la toldilla. El bote admitía siete remeros por banda y, al comenzar la brega, el cabo Jorquera, de pie en la bancada de proa, ordenó «¡Arma, avante!» y, una vez separados del costado del buque, levantó un remo en el aire, con la misma ligereza que si fuese un bastón, y ejecutó una serie de movimientos didácticos:

—¡Atención, marineros! Esto es bogar… Esto ciar… Esto repalear… Esto arbolar…

Gervasio observaba atentamente la menuda figurilla del cabo, absorto en su primera lección práctica, lejos de la promiscuidad del buque-escuela,

insensible a la lluvia (copiosa y aguda como puntas de alfileres) que enturbiaba la línea de edificios de la ciudad, el agua oleosa de la bahía cada vez más densa. No tenía ojos más que para la achaparrada figura del cabo que, erguido en la bancada de proa, se esforzaba ahora en sincronizar sus movimientos:

—Un, dos… Un, dos… Un, dos…

La quilla dividía la masa de agua y el bote se deslizaba sobre la superficie aceitosa hacia la dársena. Atrás quedaba el buque-escuela, la arboladura colgada, como un encaje, entre la bruma, en tanto los remeros bogaban, ciaban, arbolaban aplicadamente bajo la mirada conminatoria del cabo. De pronto, éste adelantó la cabeza y entrecerró los ojos:

—¡El segundo proel de estribor repalea mal! —dijo.

Gervasio sonrió para sí, condescendiente. Dispuesto a reconciliarse con la Armada, había concluido que aquel ejercicio (salvo arbolar el remo, un movimiento casi superior a sus fuerzas físicas) era útil, armonioso, higiénico e intelectualmente asequible. Íntimamente satisfecho de sí mismo, se preguntaba quién sería aquel papanatas que, tras las meridianas instrucciones del cabo, aún no había aprendido la lección:

—¡Al segundo proel de estribor lo voy a tirar al agua! —insistió aquél con voz amenazadora.

Gervasio guiñó un ojo a Peter y quiso cambiar con él una mirada cómplice, pero sus ojos le esquivaron y en sus labios se dibujó una mueca de contrariedad. Simultáneamente escuchó unos cuchicheos a sus espaldas, pero antes de darse cabal cuenta de que el segundo proel de estribor *era él*, el cabo Jorquera ya estaba a su lado, airado, la faena empapada, los nervudos brazos en jarras:

—¿Es que quieres ir al cuadro, marinero?

Había en los ojos de Gervasio tal expresión de inocencia cuando los levantó hacia él, que el cabo Jorquera, sin añadir palabra, se sentó en el centro de la bancada, asió el remo y repaleó en el aire media docena de veces, mientras explicaba:

—La pala del remo debe volverse hacia dentro, no hacia fuera. ¿Has comprendido, marinero?

Gervasio asintió con la cabeza. El cabo Jorquera, al incorporarse, se le quedó mirando con sorna piadosa y antes de regresar a proa le advirtió:

—En la Armada es preferible que digas «sí, mi cabo» o «no, mi cabo», como mandan las ordenanzas.

Regresaban bajo la lluvia insidiosa:

—Un, dos… Un, dos… Un, dos…

Gervasio, encogido en su desencanto, se esforzaba en sincronizar los golpes de muñeca y las flexiones del tronco a la cadencia indicada. Lejos se divisaban unos bultos buidos, atracados al muelle, y, tras ellos, la lengua difuminada de la costa verde adentrándose en el mar. El buque-escuela se aproximaba a ojos vistas y el cabo Jorquera, vuelto de espaldas, el bichero entre las manos, calculó el impulso hasta el portalón y ordenó:

—¡Alza y dentro!

Minutos más tarde, los tres muchachos, mudados de ropa, aprovechando la pausa de la lluvia, contemplaban la brigada franca formada a estribor ante el oficial de guardia (pecho abombado, mirada altiva, mentón recogido, gola dorada al cuello) que revistaba la formación. Al concluir, dio media vuelta, hizo una leve venia ante don Manuel Borau, comandante de marinería, y éste ordenó romper filas. Como un río en ejarbe que rompe sus diques, bulliciosos grupos de marineros se desbordaron por la explanada adoquinada, rodearon los diques secos y fueron saliendo a la ciudad por las amplias puertas de la verja.

Dámaso Valentín, concentrado en la cuerda que tenía entre las manos, sometió a la consideración de sus amigos una intrincada lazada:

—A ver quién sabe qué nudo es éste. —Sonreía maliciosamente, la lengua en la mella del diente, pero antes de que Gervasio y Peter reaccionasen, se respondió a sí mismo, al tiempo que trazaba otro nudo en el extremo opuesto de la piola—: As de guía. ¿Y este otro?

Se burlaba del aturullamiento de sus amigos.

—¿Es que no tenéis ojos en la cara, marineros? El barrilete. ¿Qué otro podía ser?

Tornaba la lluvia, mansa y menuda, y Gervasio y sus amigos buscaron refugio en el sollado, al pie de las taquillas. Peter y Gervasio observaban sin interés las incesantes manipulaciones de Dámaso con la piola. A una noche de vigilia, en el tren, había sucedido un día turbio, deprimente, en el buque-escuela, pero Gervasio callaba, reacio a manifestar un desengaño prematuro. Mas su postración se acentuó al acostarse, al desaferrar el coy y comprobar que le habían sustraído las bolinas. Extendió la colchoneta sobre el linóleo, junto a la batayola, colocó botas, abisinio y rebenque por cabezal; se arrebujó en la manta, cerró los ojos e intentó dormir, pero su decepción, el áspero contacto del embozo, la nudosa superficie del jergón, el balanceo de los coys sobre su cabeza, reduciendo el espacio vital, terminaron por desvelarlo. Peter y Dámaso, a su izquierda, habían reído al colgar sus hamacas en los ganchos,

lo que motivó la intervención del cuartelero, pero ahora dormían apaciblemente, los coys oscilando en la penumbra. El silencio, la fatiga, los espaciados ronquidos, parecían invitar al sueño, pero Gervasio, sobrexcitado, abrió los ojos en busca de sosiego. Contó los durmientes que le sobrevolaban, luego las portillas de la banda de babor, las mesas y bancos sujetos al techo por barras de hierro, dio varias vueltas sobre sí mismo, encogió las piernas, las volvió a estirar; todo en vano. De pronto, la divisó. Avanzaba por el lateral de una mesa, inquieta, acechante, frunciendo el hociquito, y al alcanzar el extremo, giró y recorrió el tablón en sentido inverso, se columpió en las bolinas del coy más próximo, y se descolgó después sobre los petates aferrados de la batayola. Al poco rato reapareció. Levantaba el hocico vibrátil como si olisquease algo, los ojos como abalorios fijos en él, contoneándose, indiferente a la vecindad humana. Fuera de sí, Gervasio se incorporó, cogió una bota de bajo el cabezal y se la arrojó con violencia. El cuartelero, machete en mano, acudió a su lado:

—¿Sucede algo, marinero?

Gervasio se pasó la mano por los labios:

—Nada —dijo—. Una rata grande como un perro; venía hacia mí.

Rió quedamente el cuartelero; dijo con acento burlón:

—Si te asustan las ratas, marinero, más te vale pedir la baja.

Y se alejó de nuevo, canturreando, golpeándose acompasadamente con el machete envainado la palma de su mano izquierda.

XV

Una vez que Gervasio terminó de vestirse la gala y candó la taquilla, Dámaso Valentín, que forcejeaba para sujetar los holgados pantalones a su escurrida cintura, levantó la cabeza y, al verlo, experimentó un repentino ataque de risa. Reía y reía señalando con el dedo índice a su compañero (el peto colgando, sin atar aún a la espalda, el pantalón a media pierna), flexionando la cintura, en un arrebato de hilaridad que reblandecía hasta las lágrimas sus ojos vivaces e iba acentuándose en sucesivos accesos mientras se palmeaba el muslo derecho y repetía a trompicones, como para justificar sus risotadas: «Pareces un mocito vestido de Primera Comunión». Poco después, tan pronto Damasito consiguió sujetar el peto y los pantalones, hacerse el lazo del tafetán negro y colocarse cómicamente el lepanto en el cogote, con el tejuelo de letras doradas sobre la oreja, cambiaron las tornas: era Gervasio quien reía a carcajadas contemplando a su amigo, en tanto se abanicaba ostentosamente con el gorro como para evitar un colapso. Acto seguido, ambos intercambiaban sus carcajadas ante la circunspecta mirada de Peter, quien, incapaz de compartir los fútiles motivos de su buen humor, les apremiaba para no retrasarse en la formación.

El ambiente de farsa continuaba, no obstante, media hora más tarde, en la calle Real atestada de marineros, grupos de muchachas cogidas del brazo y maduros matrimonios con niños de corta edad. Gervasio y Dámaso, destocados, los lepantos bajo el brazo, reían al menor gesto del otro, traveseaban entre los paseantes, utilizaban a Peter como pantalla, empujándole, tranqueándole, y, ante sus cada vez más airadas reconvenciones, las risotadas se acrecentaban, de tal manera que cuando el coronel de Intervención, don Arsenio de la Cruz Maello (quien, en punto a eficacia militar, anteponía la disciplina al número de divisiones y al armamento), se cruzó con ellos y observó sus zapatetas y cabriolas, la frívola indignidad con que portaban el uniforme, los llamó al orden, con duras palabras, afeándoles su indisciplina. Las voces del coronel, la marcial actitud de Peter (rígido, petrificado, la mano derecha en la sien), asumiendo el rapapolvo, en contraste con la dejadez de sus compañeros (el peso del cuerpo descansando sobre el pie izquierdo, los lepantos en la axila, una expresión relajada, puramente civil, en el semblante), congregaron a los viandantes, ávidos de espectáculos gratuitos, con lo que don Arsenio de la Cruz Maello, crecido ante la expectación, dispuesto siempre al apostolado castrense, ordenó cuadrarse a los insubordinados y, al tiempo que les recordaba el deber de vestir con decoro el uniforme militar y de saludar a los superiores, hizo

hincapié en un extremo que estaba por encima de las formas y produjo gran efecto en la concurrencia, a saber, «que la grandeza de la Patria se forjaba, antes que a tiros en el campo de batalla, acatando la norma y sometiéndose a la ordenanza en la retaguardia». Los tres muchachos lo escuchaban ahora sin pestañear, firmes, tensos, las puntas de los dedos rozando la ceja derecha, de modo que cuando el coronel de Intervención concluyó su invectiva y les preguntó por el tiempo que llevaban en la Armada, y Peter respondió, sin mover apenas los labios, que solamente un día, mi coronel, se advirtió un movimiento de piedad en el auditorio que hizo pensar que la amonestación no iría más lejos, pero para don Arsenio de la Cruz Maello el acto de insubordinación era excesivamente desmoralizador (en particular considerando que la dotación del buque-escuela se renovaba cada día) como para dejarlo impune, por lo que, sopesando los dos factores, la gravedad del desacato, por un lado, y la compasiva actitud de la audiencia, por otro, optó por una solución salomónica: dar por concluida la escena callejera, aliviar de responsabilidad personal a los tres quintos y proseguir su campaña contra el deservicio a más altos niveles. En una palabra, el coronel de Intervención Militar, don Arsenio de la Cruz Maello, dio parte al general de Intervención Militar, don Herminio Souto; el general de Intervención Militar, don Herminio Souto, transmitió a su vez la denuncia a la Comandancia de Marina y la Comandancia de Marina, en uso de sus atribuciones, cursó a don Ildefonso Barbosa Belisario, capitán de fragata, comandante en jefe del buque-escuela, la siguiente instrucción:

> Habiendo observado esta Comandancia que los marineros adscritos a la dotación de ese buque-escuela bajo su mando no se atienen, durante las horas de paseo, a las normas de decoro y compostura que deben exigírseles dado el glorioso uniforme que visten y que, al propio tiempo, por distracción, desconocimiento o desacato, omiten con frecuencia la obligación de saludar a sus superiores, o la cumplen sin la marcialidad requerida, esta Comandancia de Marina tiene a bien recordar a V. S.:
>
> PRIMERO: Que, en lo sucesivo, ningún marinero de ese buque-escuela deberá salir franco de servicio hasta transcurrida una semana a partir de su ingreso a bordo, dedicando, a lo largo de este tiempo, las sesiones que se consideren oportunas a la instrucción y formación del espíritu castrense de los voluntarios recién incorporados, y
>
> SEGUNDO: Que la tradicional revista de los marineros francos de servicio que se lleva a cabo en ese buqueescuela, como en todos los de la Armada, por parte del oficial de guardia con objeto de comprobar la propiedad del atuendo y el aseo personal, deberá completarse en lo sucesivo con otra inspección escrupulosa donde se verifique el nivel de marcialidad alcanzado por esa marinería, a fin de evitar los bochornosos episodios a que más arriba se alude y que motivan el presente comunicado. El Ferrol del Caudillo, a 22 de enero de 1938. Tercer año triunfal.

El capitán de fragata don Ildefonso Barbosa Belisario, comandante en jefe del buque-escuela, dio traslado a sus oficiales de esta exhortación; los oficiales, por su parte, informaron de su contenido a sus subalternos, los subalternos a la marinería y, finalmente, para mayor difusión, una copia de la

mentada instrucción fue fijada con cuatro chinchetas en el cuadro y divulgada por los altavoces para que nadie a bordo pudiera alegar desconocimiento. Seis días más tarde, cuando el marinero de segunda Gervasio García de la Lastra, vestido de gala, pechisacado, muy poseído de sí, pisaba resueltamente el combés, esmerándose en adoptar un paso gallardo ante la atenta mirada del oficial de guardia, alférez de navío don Agustín Tárrega, y del instructor de marinería, don Manuel Borau, en el momento de llevarse la mano a la sien derecha, como era lo preceptivo, y volver su cabeza altiva hacia el tribunal juzgador, restalló como un latigazo la colérica desaprobación del instructor:

—¡Ese cuello! ¡Fuera!

Dos días después, el marinero de segunda Gervasio García de la Lastra, convicto de su desgaire, oportunamente asesorado por su amigo Pedro María de Vega, procuró enmendar sus imperfecciones, imprimir trapío a sus andares y elasticidad a su cuello y, con esta pretensión, inició el paseíllo ante el oficial de guardia, teniente de navío don Gaspar Hungría, y el susodicho instructor de marinería, don Manuel Borau, pero antes de llegar a la altura de éste, una voz destemplada («¡Ese cuello! ¡Fuera!»), que pareció brotar de las mismísimas entrañas de la tierra, le confirmó en su confinamiento. Perseverante hasta la obstinación, el marinero de segunda Gervasio García de la Lastra aún realizó otro par de tentativas para salvar aquel escollo inesperado, pero las rabotadas del instructor de marinería, don Manuel Borau, su desaprobación tonante y desabrida («¡Ese cuello! ¡Fuera!») en el instante de llevarse la mano a la sien derecha, no sólo le movieron a desistir, sino que le infundieron el demoledor complejo de que aún no había aprendido a andar. De nada sirvieron la solicitud de Pedro María de Vega, ni sus palabras confortadoras. La decisión de Gervasio García de la Lastra, aparte de firme, reunía todos los requisitos para pasar por razonable: el hecho de hacer consciente el acto de andar eliminaba en él toda naturalidad, por lo que estimaba pertinente esperar a que la exhortación de la Comandancia de Marina perdiera vigencia y tornase la antigua lenidad para satisfacer su deseo de saltar a tierra. La cosa estaba clara: Dios, que le había signado para protagonizar grandes hazañas, le había negado el garbo necesario para vestirlas. Así, un día tras otro, se vio condenado a permanecer a bordo, rumiando su ineptitud mientras sus amigos salían francos.

Un nuevo factor vino a intensificar su complejo de inferioridad en aquellas circunstancias: la huella indeleble dejada por su amigo Tato Delgado (desembarcado en el *Baleares* una semana antes de llegar ellos) en el buqueescuela, las referencias admirativas a su persona. El cabo Rego, jefe de

rancho, al conocer su amistad, había juntado sus espesas cejas, más blancas que negras, para decir:

—¿Paisanos de Tato? ¡Buen rapaz! El día que desembarcó debimos poner la bandera a media asta en señal de duelo.

El cabo Rego no ocultaba que en su dilatada carrera militar ningún otro aspirante le había producido semejante deslumbramiento. Y, como a él, a los demás. Había una rara unanimidad al juzgarlo: «Como Tato, ninguno». Campeón de remo, natación, waterpolo, jarcias, señales, tiro, gimnasia, a los cabos Ortigueira, Luque y Mariño, se les hacía la boca agua al mencionar su nombre. En torno a su persona giraban con frecuencia las conversaciones del rancho y, al recordarlo, las pobladas cejas grises del cabo Rego se fruncían conmovidas: «Había que verle desfilar: apuesto, concentrado, marcial, tal y como mandan las ordenanzas. Tato no era un soldado, era un artista». Al alopécico Paco Quesada, que comía con el abisinio puesto para ocultar las calvas, le divertía la devoción del cabo hacia Tato y gozaba metiéndole los dedos en la boca: «¿Recuerda, cabo, cómo cantaba *La Revoltosa*?. —El cabo Rego cabeceaba añorante—: Hasta cantar lo hacía bien. Si hubiera figurado el canto entre las disciplinas de a bordo también hubiera sido el primero». Entre la dotación se comentaba la anécdota de don Manuel Borau, instructor de marinería (el implacable perseguidor de Gervasio), de ordinario frío y desdeñoso, tras el gran desfile del día de la Raza. La actuación de Tato como cabo de gastadores había sido tan memorable que, al concluir, don Manuel no pudo menos de abrazarle ante la tropa formada y, en pleno deliquio admirativo, le dijo con lágrimas en los ojos:

—¡*Xente castelá, tropa de moito carallo*!

La alta consideración que Tato merecía a bordo subrayaba la incompetencia de Gervasio, sujeto constantemente a comparaciones capciosas: «Ni aunque me lo jures me creo yo que seas paisano de Tato Delgado». El mero hecho de que don Manuel Borau, su enemigo jurado y causa de su infortunio, hubiera elevado a Tato a la categoría de cabo de gastadores, le hacía sentirse aún más abatido. «Unos tanto y otros tan poco», se decía en sus horas bajas. Abrumado por tal cúmulo de perfecciones, Gervasio solía parapetarse tras el nombre de Eduardo Custodio, paisano suyo también. El cabo Rego fruncía las cejas pelicanas y convenía: «Bueno, Rostro Pálido era otra cosa. —Paco Quesada, el alopécico, terciaba—: Rostro Pálido no veía tres en un burro. Sin la ayuda de Tato, nunca hubiera pasado el reconocimiento». La ineptitud física de Eduardo mitigaba momentáneamente la depresión de Gervasio, pero el hecho de que hubiese sido Tato quien la

subsanase aumentaba su abatimiento. No era caritativo colocar el listón tan alto. Por otra parte, la reconocida bizarría de Tato no avalaba su rendimiento guerrero. Un patizambo podía llegar a ser héroe antes que él; de hecho, los santos y los héroes procedían a menudo del humano desecho, de las capas más humildes, inclusive de la escoria social. Gervasio, tendido bajo el tímido sol invernal, o vagando por los sollados, reflexionaba sobre estos extremos. Su preterición le había aproximado a Antero Arias, también preterido. Cargado de espaldas, el pecho aquillado, asincrónico, Antero Arias, madrileño de Galapagar, no ocultaba su resentimiento: «No te jode. Ahora resulta que para ser marinero hay que ser un Robert Taylor». Había desistido también de vestirse la gala y probar fortuna, porque el «¡fuera!» con el que don Manuel Borau lo descalificaba era todavía más agrio que el que empleaba con Gervasio. Hiperestésico y supersticioso, Antero no reconocía sus deficiencias físicas sino que achacaba su postergación a la malquerencia del instructor de marinería: «Lo dicho, si no eres un figurín no sirves para defender a España». Se unía a Gervasio, malmetiéndole, y Gervasio, sin otro asidero a mano, le seguía la corriente. La difícil complexión de Antero Arias, su torva inquina, le confortaba, de la misma manera que la mediocridad de Eduardo Custodio le compensaba de la glorificación de Tato Delgado. Por otra parte, Antero Arias, aficionado al ocultismo, le iniciaba en sus misterios, le entretenía las largas horas ociosas que pasaba a bordo. Una tarde, ante su estupor, valiéndose de su energía mental consiguió levantar una mesa machihembrada al suelo por las cuatro patas, invocando con palabras soeces al espíritu de la madre de don Manuel Borau. El grueso vocabulario de Antero Arias no era excepción a bordo, sino la norma. La plebeyez y rapiña reinantes en el buque-escuela desazonaron, en principio, a Gervasio, mas, en aquel clima contagioso, no tardó en plegarse a la nueva moral. Si no reemplazó las bolinas que le sustrajeron el primer día, no fue por virtud, sino porque el hecho de velar por ellas representaba una nueva carga. Habituado a dormir a plan, ya no las echaba en falta. En cambio, el rebenque y el abisinio que le desaparecían cada cuatro días no tardaba en sustituirlos. Despojar del gorro a un quinto que paseara descuidado por la cubierta, alargando la mano desde el castillo, y desaparecer acto seguido por la escala de la banda opuesta constituía un divertimiento. Menos dificultades aún entrañaba adueñarse de un rebenque y dejar el coy ajeno fláccido, desarmado en la batayola. Eran simples ejercicios de dedos, que si en las primeras semanas, ante la mirada crítica de Peter, les dejaban a Damasito y a él un poso de mala conciencia, con el tiempo se convirtieron en una deportiva costumbre sobre cuya ética no

valía la pena discutir. Los berrinches de Peter no les calaban, no rebasaban su piel:

—Si hacéis como ellos, terminaréis siendo como ellos.

Dámaso Valentín, la punta de la lengua en la mella del diente, se encampanaba:

—¡Anda, coño!, ¿y puede saberse en qué somos diferentes?

La reclusión forzosa avivó la afición epistolar de Gervasio. Algunas tardes eludía la compañía de Antero Arias, se sentaba en un rincón del sollado, la carpeta sobre las rodillas, y escribía a mamá Zita, tío Felipe Neri o Manena Abad. Antero Arias lo buscaba por pasillos y sollados y, si le sorprendía escribiendo, se sentaba a su lado en el suelo sin decir palabra y se pasaba las horas en silencio, limpiándose las uñas con un mondadientes. La carta inicial a mamá Zita planteó a Gervasio problemas de encabezamiento. La expresión *mamá Zita*, impuesta por la estólida debilidad de la abuela Obdulia, carecía de sentido a estas alturas. La palabra *mamá*, a secas, recataba una connotación jabonosa, lamida, pueril, impropia de un aguerrido combatiente. Finalmente escribió:

Querida madre:

Hace ya dos semanas que embarcamos en el buqueescuela y aún no tuve tiempo de escribirte. Aquí, como decimos en jerga marinera, pasamos el día planeando. Diana a las seis, de noche todavía; ducha en cubierta, aunque hiele; desayuno (café con leche y un chusco que has de estirar para las cuatro comidas del día); baldeo con bruzas y lampazos, mientras otros abrillantan los dorados o limpian los retretes, los beques como aquí les dicen. A las diez, dos horas y media de instrucción, fusil al hombro, por la explanada del Arsenal (Tato Delgado, que embarcó en el *Baleares*, con Eduardo, hace tres semanas, llegó a ser cabo de gastadores). A la una comemos, de ordinario caldo gallego, lacón con grelos o ropavieja, y dos horas después, vuelta a la faena. Los ejercicios de tarde son más variados y distraídos: gimnasia, remo, señales, nudos, morse, jarcias… Sólo un día sí y otro no, pelamos patatas. A las seis, una de las dos brigadas, babor o estribor, la mitad de la dotación, sale de paseo. La ciudad es pequeña, menos fría que la nuestra pero, en cambio, llueve con frecuencia. La señora Jacoba, la lavandera, nos lava y plancha la ropa por poco dinero. En la próxima os enviaré dos fotografías: una en traje de faena, con el abisinio en la cabeza, y la otra de gala, con la lanilla, como llaman aquí a la marinera. ¿Sabéis que a Dámaso y a mí nos dio la risa al vernos vestidos así el primer día y un oficial tuvo que llamarnos la atención? Dime algo de papá. Pásale ésta y dile que le recuerdo. Besos a las hermanas y a los tíos y para ti un abrazo muy fuerte de

GERVASIO

Instigado por una suerte de pudor filial, iba dominando las artes del solape y el efugio, aprendiendo a decir las cosas sin decirlas, exponiendo verdades incompletas. Contaba, por ejemplo, que remaba, pero omitía que no acertaba a repalear; reconocía que, cada tarde, una brigada saltaba a tierra, pero callaba que cuando le correspondía a la suya él se quedaba a bordo por falta de apostura; confesaba, en fin, que subía a los palos, pero ocultaba que hacía lo posible por ratearse y no pasar de la cofa porque el vértigo le dominaba.

No obstante, la primera vez que subió al juanete (con Peter detrás, al quite, velando la retaguardia) lo hizo sin vacilación alguna. Flechastes y obenques, aunque lastimaban sus delicados pies de niño urbano, no le intimidaron. Fue la escala inclinada de la gavia (de espaldas a la cubierta, primer obstáculo serio del trayecto), lo que le indujo a rogar a Peter que le respaldase. Su amigo le repetía: «Arriba, arriba, los ojos en la punta del mástil, no mires abajo», mas Gervasio experimentaba la atracción del abismo y no podía evitar mirar la cubierta de soslayo. En la cruz del juanete vaciló. Las aguas chapaleaban en el costado y el buque, desde lo alto, semejaba un minúsculo chinchorro. Lo preceptivo era desplegarse a lo largo del palo, los pies desnudos sobre el marchapié, las manos aferradas a la delgada barra fija que corría por encima del mástil, pero él no se atrevió. El marchapié, afianzado en los extremos del palo, enhebrado en unos ojetes escalonados, se tensaba o destensaba de acuerdo con la gravidez del vecino, por lo que Gervasio, medroso de salir proyectado como flecha de arco, se asió crispadamente a la barra, los nudillos blancos, tensas las mandíbulas, las rodillas vacilantes.

Peter, junto a él, le instaba a relajarse, pero allí, a cincuenta metros de altura, con el casco del barco abajo, como un pez diminuto, se le iba la cabeza. Una vez abiertos por la arboladura, don Manuel Borau, siempre avizor, revisó la formación e hizo sonar el silbato. Ante la orden, sus compañeros soltaron la mano derecha y saludaron militarmente, pero a él le faltó valor y, aunque inició el movimiento, al notar que el marchapié cedía, volvió a asirse a la barra con las dos manos. Pese a la distancia, la mirada de águila del instructor reparó en él y, entonces, se sacó el silbato de la boca y voceó ásperamente:

—¡El saludo a la voz obliga a todos! ¿Me oye el cuarto marinero del juanete, a estribor? ¿O es que quiere ir al cuadro?

Su tono era aún más perforador que el del silbato. Don Manuel Borau quedó a la espera (ancho, corpulento, las manos a la espalda, el pito niquelado en la comisura de la boca, la acerada mirada en el palo) y Gervasio titubeó, pero la imagen de aquel hombre cuyos ojos no se apartaban de él, conminándole, pudo más que su temor. Afirmó la mano izquierda sobre la barra fija y fue levantando gradualmente la derecha hasta rozar la sien. Lívido, prietos los párpados, las mandíbulas convulsas, repitió tres veces el ademán hasta que don Manuel Borau se dio por satisfecho. «¡Dentro y abajo!», gritó, y mediante una serie de agudas pitadas ordenó romper la formación.

En lo sucesivo, cada vez que en el cuadro se anunciaba el ejercicio de «saludo a la voz», procuraba ratearse o se las ingeniaba para no pasar de la cofa. A mamá Zita le hablaba sin embargo de subir a los palos como si se tratase de un pasatiempo, y ante Manena Abad se pavoneaba («ves el mundo a tus pies, chiquitito, despreciable, tal como lo vería Moisés desde el monte Sinaí») y, apuntando quizá un rapto de inconfesado erotismo, aludía a la «piel rota por los flechastes y las carnes magulladas por las drizas», pero Manena Abad, poco motivada por estos excesos barrocos, demoró la respuesta, escasamente entusiasta.

Obsesionado por los encabezamientos, había esperado la primera carta de la niña con emoción. ¿Cómo la iniciaría?

¿Querido, estimado, amigo, inolvidable…? Pero Manena Abad, con su acostumbrada pericia, orilló el compromiso: «¡Hola, marinerito! ¿Qué tal por esas regiones…?». Le desagradó el diminutivo, poco adecuado para designar a un guerrero. Obviamente, la muchacha menospreciaba su situación, no lo consideraba en peligro, y, ante su indiferencia, él se sentía defraudado. Había soportado todo con resignación (el hacinamiento, la vecindad de las ratas, el vértigo, el enclaustramiento a bordo) imaginando que allá, en su ciudad, mamá Zita, Manena Abad, tía Cruz, tío Felipe Neri, sus hermanas, la señora Zoa, y hasta el mismo papá Telmo, temblaban por él. La carta de Manena Abad, con su frívolo tratamiento, había venido a limitar sus pretensiones, a sugerir que sus pequeños fracasos iniciales, pese a estar signado desde la infancia, podían poner en entredicho sus dotes de soldado. A tío Felipe Neri se resistía empero a desengañarlo: «Mi vida aquí es un constante repeluzno, tío», le escribía, a sabiendas de que no era cierto, de que su sensibilidad estaba como acorchada, de tal manera que hasta las marchas que acompañaban las dos horas y media de instrucción habían perdido sus virtudes compulsivas. «Me falta concentración —se decía—; no soy capaz de concentrarme». Y algo había de esto. Con la salve marinera, en el crepúsculo vespertino, otro momento propicio, sí cabía el devaneo imaginativo, pero en este caso, la música ñoña, asordinada y pálida carecía de garra suficiente para exaltarle.

Otra ilusión cortada en flor fue la de la lancha torpedera con la que tanto soñara en el Club. El cabo Rego les desengañó a los pocos días de ingresar: «Las dotaciones de esas lanchas nunca las buscan aquí. —Peter inquirió los motivos—: Están al completo. ¿Qué tripulantes crees que lleva una lancha de esas?». La utopía se alejaba; quedaba en utopía. Gervasio se lo hizo saber al tío Felipe Neri: «Lo de la torpedera, al parecer, no es viable, tío. Son pocas y

están todas tripuladas. En el mejor de los casos, tal vez podrían destinarnos a uno, pero nunca a los cinco juntos como pretendíamos. —Dámaso Valentín le acosaba—: Pues piensa en otra cosa, coño; tu tío puede colocarnos en cualquier parte. Yo aquí no aguanto más». Renegaba del buque-escuela, «el bergantín del esfuerzo inútil, —como le llamaba—. ¿Qué clase de escuela es ésta? —se preguntaba—. ¿Podéis decirme qué aprende uno haciendo cola en pelotas, a la intemperie, a las seis de la mañana, calado hasta los huesos, esperando que el cabo decida borrarle de lista?». La interrogante atraía sobre él la atención de los quintos y entonces engolaba la voz y se respondía a sí mismo: «A joderse: a eso aprende uno en el buque-escuela; ése es su fin». Su filosofía se extendía, ganaba prosélitos. Cada vez que abría la boca, los quintos lo miraban como hipnotizados. Damasito proseguía: «¿De qué te sirve aprender a encaramarte en un palo si en los barcos de guerra no hay palos? ¿De qué a manejar un fusil, si los marineros no utilizan fusiles?. —Con técnica de predicador, hacía un alto, aflojaba la voz y remataba su discurso—: En el buque-escuela te enseñan a pasarlas putas para que nada de lo que te ocurra luego en la vida pueda parecerte grave; ¡ésa es la escuela!». Peter, oficioso, disciplinado, le reprendía:

—Estás desmoralizando a la tropa y con una tropa desmoralizada nunca se ganó una guerra.

De ordinario charlaban en el sollado, guarecidos del orvallo, y cuando asomaba el sol en cubierta, en el cachete, dando cara a la ciudad refulgente, del otro lado de la bahía. Insensiblemente su vocabulario se endurecía y Dámaso había empezado a fumar.

Una tarde le asaltó a Peter una idea y se preguntó que, puesto que el desembarco en la lancha torpedera era inviable, ¿por qué no enrolarse en el crucero *Baleares*, el buque insignia, donde Tato y Eduardo ya estaban destinados? En un barco cuya dotación excedía de mil individuos, la incorporación de tres nuevos marineros no comportaría problemas. Y, esto aparte, ¿eran capaces de imaginar la alegría de Tato y Eduardo el día que los vieran aparecer portalón arriba con los sacos blancos al hombro? La exultación de Peter resultó contagiosa. Con el mismo entusiasmo con que se barajó en el Club la idea de la torpedera se especuló ahora con la del crucero *Baleares*. Peter les describía la nave (desplazamiento, eslora, velocidad, torres, dirección de tiro, etc.) avivando sus deseos, confirmando su determinación. En el fondo, esto era lo que siempre habían deseado. Hasta Gervasio barruntaba ahora en el *Baleares* la posibilidad de la acción

individual heroica. El seco palmetazo de Dámaso Valentín en su espalda le forzó aún más:

—¡Venga, coño, escribe a tu tío!

Y esa misma noche, Gervasio, con un leve hervor en el colodrillo, escribió a tío Felipe Neri una carta enardecida, donde le encarecía que interpusiera sus buenos oficios hasta conseguir embarcarles en el buque-insignia, con sus amigos Tato y Eduardo.

La tarde del 28 de febrero de 1938, el instructor de marinería, don Manuel Borau, prescindió inesperadamente de la revista de marcialidad preceptuada por la Comandancia en el mes de enero y, por primera vez en cinco semanas, los francos de babor salieron a tierra sin otro requisito que la revista de aseo. No obstante, los días 1, 2 y 3 de marzo, don Manuel Borau volvió a pasar aquélla, y el 4 y el 5 tornó a omitirla, sin aparentes razones que justificasen tales mudanzas, por lo que el día 6, que vacaba su brigada, Gervasio, precavido, se enfundó la lanilla y aguardó acontecimientos (si don Manuel Borau, tras la revista de aseo, se desplazaba a la pasarela para pasar la de marcialidad, regresaría al sollado, y, como de costumbre, se quedaría a bordo; en caso contrario, podría saltar a tierra con su brigada por segunda vez desde su ingreso en el buque-escuela). Gervasio temía que don Manuel Borau pudiese reconocerle, pero no ocurrió así; con paso mecánico y firme, el rostro congestionado, fría la mirada gris, el instructor inspeccionó la brigada sin reparar en él, y acto seguido, tras el imperceptible ademán de asentimiento de don Gaspar Hungría, ordenó romper filas y Gervasio, sin apenas darse cuenta, se vio libre (recorriendo a grandes trancos el adoquinado del muelle, rodeando los diques secos, el Arsenal, franqueando, al fin, la gran verja ante los ojos indiferentes del centinela) como un niño en vacaciones. Peter y Dámaso rivalizaban en orientarle, en servirle de cicerone. Sacaron localidades para un cine y dejaron la película a medio ver. Recorrieron la mayor parte de la ciudad, y al caer la tarde pasaron por casa de la señora Jacoba, la lavandera, en el barrio alto, quien, después de cambiarles los saquillos, se quedó mirando a Gervasio maternalmente, los poderosos brazos desnudos, de gruesas muñecas rojizas, cruzados sobre el pecho: «¿De modo que éste es el que faltaba? Es muy majo el cativo». De regreso a la calle accedieron por un angostillo a la plaza de Deschamps. El fino olfato de Peter captó en el ambiente un cambio inefable: «¡Qué sé yo! —explicaba—. Como más gente en la calle, más encogida, una cosa rara. Como si todos tuvieran un enfermo en casa. ¿Es que no lo veis?». Rió Damasito, pero Gervasio reparó en los ojos de los transeúntes, en una expresión de connivencia, de desvalimiento que

antes no tenían; una especie de necesidad de sentirse arropados. En las aceras, pequeños grupos charlaban a media voz, subrayando las palabras con una gesticulación desproporcionada. Tres muchachas, desde el mirador de un segundo piso, aplaudieron al paso de media docena de marineros borrachos. Un mozo de blusón gris echaba la trampa de una ferretería. Algunos rostros expresaban una gravedad mineral, como la de los acompañantes de los antiguos entierros de Santa Brígida. Peter miró en torno: «Algo ha ocurrido», repitió. Tomó a Gervasio por un brazo y entraron en un café. El ambiente enrarecido de la calle se espesaba allí, en el vacío patético de las mesas, los camareros desocupados, las blancas servilletas al hombro, un oficial de máquinas bebiendo solo, en silencio, en una esquina de la barra. El camarero, escurrido, de cejas caídas, se dirigió a ellos, mientras el oficial de máquinas se volvía hacia los otros cinco y decía brumosamente: «De no ser por los ingleses no hubiera habido supervivientes». El camarero los miraba sin apremios, las cejas vencidas, la expresión doliente. Dijo Peter:

—¿Es que ha sucedido algo?

El camarero intentó enarcar sus cejas en vano:

—¿Es que no lo saben? Los rojos hundieron anoche el *Baleares* a la altura de Cartagena. Acaba de darlo Radio Nacional.

—¡Dios! —exclamó Gervasio, y miró los rostros demudados, sin voz, de sus compañeros.

En la calle se improvisaban tertulias ante los portales. Se cruzaron con una viejecita vacilante, bisbiseando, hablando sola. Los aplausos desde los balcones, sin perder timidez, menudeaban más que antes, estallaban cada vez que un reducido grupo de marineros o soldados pasaba por la calle. Dos niños de corta edad se perseguían entre la gente, chillando, ajenos al desastre. Pasó a su lado un capitán de navío, tan ensimismado que no advirtió sus saludos. Tras él, dos muchachas, casi niñas, gimoteando, apuñando sendos pañuelos. Tamizadas por los visillos de un mirador, dos siluetas de hombre y mujer escuchaban el monótono bordoneo de un receptor de radio. Los ojos de los viandantes parecían traslucir estupor antes que pesar, algo así como un rechazo de lo irremediable. Les adelantó, tocando el claxon, un automóvil que conducía a un vicealmirante. Gervasio se sorprendió a sí mismo al oírse decir:

—Tato no puede haber muerto. Nadaba mejor que Johnny Weissmüller.

Dámaso le miró. Liaba sobre la marcha un cigarrillo. Dijo lacónicamente, como si condensara en dos palabras una larga y ardua reflexión:

—Menuda cabronada.

Un chiquillo que corría en dirección contraria le empujó derramando el tabaco. Juró contrariado. Estaba intensamente pálido, los finos labios atirantados, sin brillo. De la esquina llegaban las notas de un acordeón, una sucesión de marchas militares apagadas. La gente se arremolinaba alrededor de un ciego harapiento sentado en el suelo, la sucia boina llena de monedas. Se detuvieron. Una mujer de negro lloraba a su lado, otros le arrojaban monedas, mientras el vagabundo arrancaba gemidos quejumbrosos del acordeón y entonaba, ahora, el himno del crucero hundido. Gervasio percibió un conato de erizamiento capilar bajo el lepanto, pero el ostento no se produjo. La musiquita y la voz desafinada del ciego eran más funerales que aguerridas. Reanudaron la marcha sin objetivo. En la plaza, ante el edificio de la Comandancia de Marina, se congregaban unos centenares de personas, paisanos atónitos, marineros ebrios, mujeres llorosas profiriendo lamentos ininteligibles. Una voz rota demandó entrada e información. Peter dijo como para sí sentenciosamente: «Para la guerra esto es un tropiezo; para Galicia, una catástrofe». Una niña con un lazo en la cabeza y un abriguito azul, muy corto, llamaba a voces a su madre. La multitud se inquietaba, reclamaba nombres, detalles de la tragedia. Dámaso se volvió hacia Peter: «¿Por qué no nos marchamos?», preguntó. Grupos de marineros caminaban apesadumbrados hacia la verja del Arsenal. Peter tomó por un brazo a Dámaso Valentín:

—Vámonos —dijo.

Tenía los rasgados ojos turbios, dos rosetones en lo alto de los pómulos. Gervasio le puso una mano blanda en el hombro. Se encontraba como perdido, necesitado de consolar y ser consolado. Pero ¿dónde?, ¿cómo?, ¿por quién?

—Vamos —dijo.

Los adoquines repiqueteaban bajo sus botas. A la desmayada luz de las tulipas escalonadas, la vasta explanada del Arsenal no parecía el mismo lugar donde a diario hacían instrucción. «Parece mentira», musitó Gervasio. Un marinero, con el lepanto en la mano, vomitaba a la sombra de la nave de talleres mientras su compañero le sujetaba la frente. En lo alto de la pasarela, un muchachito de faena, casi un niño, lloraba apartado, en silencio, esperando a alguien. Corrillos de marineros cuchicheaban en cubierta. En los sollados las mesas permanecían armadas pero nadie se sentaba a ellas y los francos, recién llegados de tierra, formaban grupos con los que habían quedado a bordo, comentando la noticia. Se hacía difícil el tránsito por los pasillos pero, una vez alcanzado el rancho, presidiendo la mesa vacía, descubrieron la noble

cabeza entrecana del cabo Rego (la mano derecha en la frente) ante una botella, como si cavilara sobre algún complejo problema. Levantó los ojos al oírlos y miró a los tres, uno por uno, con sus pesadas pupilas adormiladas:

—Ya os habrán informado, ¿verdad? —dijo con voz arrasada, extrañamente torpe—. Los aguardaron de noche, emboscados, sin presentar batalla. ¡Ocho contra uno y a traición! Cara a cara nunca hubieran podido hundirlo.

Cogió la botella por el cuello, pero Peter, en un gesto de madurez responsable, la rescató de su mano sin violencia y el cabo no protestó, se limitó a mirarlo con sus ojos acuosos antes de dejar caer la cabeza sobre su antebrazo y quedarse dormido.

XVI

La marinería se agolpaba en silencio ante el cuadro, pero tan pronto el cabo Ortigueira (ojos gachos, orejas despegadas, boca fruncida) apareció con la relación en la mano, y la fijó en él, el corro entró en ebullición, los marineros se atropellaron ante el cristal, juraban, empinándose, dispuestos a dilucidar de una vez la suerte de sus familiares y amigos, tras una espera de treinta y seis horas. Luego, durante unos segundos, hasta que los marineros más próximos pudieron leer los primeros nombres, el buqueescuela quedó en suspenso. El último día habían circulado los más sombríos rumores (todos habían sucumbido, no había supervivientes; el *Canarias* también había sido hundido; la flota roja, envalentonada, preparaba un desembarco en Mallorca) y ahora, aunque tarde, la información oficial venía a delimitar la tragedia: el barco naufragado en la madrugada del 6 de marzo era el *Baleares* y el número de marineros recogido por los destructores ingleses *Boreas* y *Kempenfelt* 317 (de los 1200 que componían la dotación), es decir, los muertos y desaparecidos alcanzaban la cifra de 900, un setenta y cinco por ciento de la tripulación. De la cubierta a la quilla, el buque-escuela se estremeció. En él había padres, hijos, hermanos, amigos de los marineros del crucero hundido, y las posibilidades de encontrarlos con vida, establecidas ya estadísticamente, eran de una entre cuatro. De ahí que la dotación, constreñida entre la borda y la obra muerta, se arremolinase impaciente ante las listas de supervivientes mecanografiadas por orden alfabético, que el cabo Ortigueira acababa de exponer en el cuadro. Los muchachos volvían a empujarse, codeaban, apechugaban, voceaban, maldecían, y, de cuando en cuando, alguno, desengañado ya tras el inútil examen de la lista, se abría paso entre el tumulto y desaparecía sollozando por la primera escotilla o se acodaba en la borda, en el cachete, la cabeza entre las manos, mirando la ciudad con ojos hueros, consternado, en tanto otros, los menos, brincaban atolondrados en las primeras filas, riendo y llorando, pronunciando una y otra vez el nombre amado, haciendo partícipes, a voces, de la grata nueva a los que aún no alcanzaban a ver la relación: el presunto muerto estaba vivo.

Recostados en la borda, Gervasio, Peter y Dámaso aguardaban a que decreciese la afluencia de gente, a que los más directamente afectados por la catástrofe se diesen por enterados, y, conforme fue cediendo el tropel y el grupo comenzó a ralear, iniciaron su lento progreso hacia el cuadro, dos pasos adelante y uno atrás, magnetizados por aquella nómina implacable que, sin admitir apelación, decidía fríamente quiénes, de entre los tripulantes del crucero, habían sucumbido y qué otros habían tenido la fortuna de sobrevivir.

Gervasio sentía las rodillas frágiles y el corazón galopante, y en la nuca el hálito intermitente de la respiración de Peter. Y una vez que sus pupilas columbraron los nombres de la lista, deletreó en voz baja, ansiosamente, los incluidos en la letra C: Cabo, Castillo, Coloma, Colomer, Cobo, Coronado… ¡Custodio! ¡Allí estaba! Custodio Maeso (Eduardo). Chilló algo, no sabía bien qué, entre las voces ajenas, alborozado, y a sus espaldas la voz cacareante de Damasito apostilló: «¡Rostro Pálido es inmortal!». Algo le sacudió en la nuca, tal vez el júbilo de Dámaso, tal vez la imagen ensoñada de Eduardo, braceando en la negra noche contra el oleaje mientras el crucero se hundía. Lo cierto es que el incipiente cosquilleo del colodrillo se fue acentuando a medida que recorría los apellidos relacionados en la letra D y el nombre de Fortunato Delgado no aparecía. Releyó la nómina con mayor detenimiento y al oír la voz de Peter tras él («No está. A Tato lo han matado») sus cabellos se dispararon como rindiendo homenaje al amigo muerto, se erizaron bajo el abisinio como las púas de un cardo, presionando con obstinación hasta conseguir despegarlo de su cabeza e izarlo como un harapo. Unas manos piadosas se posaron sobre su cráneo abortando la insólita crispadura y, al dar media vuelta, descubrió a Peter, que aún mantenía sus manos sobre él, en actitud sacramental, como si le estuviera ungiendo, y sus miradas evasivas, veladas por las lágrimas, se cruzaron un instante. De retirada, Damasito en medio, los brazos solidarios sobre sus hombros, repetía como un estribillo:

—Han matado a Tato; menuda cabronada.

La noticia de aquella baja impensable se difundió por el buque-escuela y, pese a tener la mayor parte de la dotación dolores más próximos, se afligieron con ellos y concluyeron que el hecho de que aquel compendio de virtudes marineras hubiese desaparecido era claro exponente de la violencia de la explosión. «Si alguien me hubiera dicho que no había más que un superviviente, yo hubiese respondido sin vacilar: Tato Delgado», comentaba conmovido el cabo Rego. El mismo don Manuel Borau, tan frío y frugal, en el lacónico mensaje con que cerró la misa de campaña en la explanada se refirió a «los que pocos días antes compartían nuestras tareas poniendo muy alto el nombre de este buque-escuela y hoy hacen guardia sobre los luceros», alusión que, a juicio de Peter, iba directamente dirigida a su amigo muerto.

El hecho, antes que aflicción, despertó en Gervasio una rabia árida, un deseo de revancha ajeno a todo patriotismo. Algunas noches, al acostarse, recordaba a Tato, la cinta roja sobre su rubia cabeza, jugando al waterpolo, evolucionando en el agua como un delfín, y, más tarde, vestido ya con su cazadora a cuadros, entonando a pleno pulmón la romanza de *Katiuska* por el

Paseo de las Piscinas. En esos casos se decía: «No tenemos otra alternativa que salir de aquí. Hay que vengar a Tato como sea». Y espoleado por este afán escribió a tío Felipe Neri una carta febril («trémolos heroicos, —anotó éste en la libreta de pastas de hule), devoradora como una llamarada—: El *Baleares* ha caído gloriosamente, tío, y con él nuestro amigo Tato Delgado. Nuestro desembarco no admite dilación. No dormiré tranquilo mientras no le sepa vengado». No suplicaba como otras veces sino que exigía su mediación, y en vista de su estiaje creador adoptó como suyas las palabras ebrias del cabo Rego, la noche en que se difundió la noticia: «La escuadra enemiga no presentó batalla. Emboscada en la oscuridad, tendió al *Baleares* una celada. Cara a cara nunca hubiera podido hundirlo. —Asesorado por Peter, apuntaba —: El *Canarias* o el *Juan de Austria*, tío, barcos gemelos del *Baleares*, podrían ser nuestro destino». En la amura, sentado en el suelo, el bloc sobre las rodillas, Peter escribía a Eduardo Custodio felicitándole (¿por qué le felicitaba?, ¿por haber salvado la vida?, ¿por su actuación en combate, que ignoraba?, ¿por el heroico fin del crucero?), rogándole rápida respuesta y (si la censura lo autorizaba) pormenores sobre el naufragio, si los cruceros navegaban solos o en conserva, si se registró cañoneo o batalla previa, número de barcos que acechaban y su formación. Sobreponiéndose al dolor, el estratega que subyacía en la personalidad de Peter salía inevitablemente a flote. Los últimos renglones los dedicaba a Tato: «¿Cuál era su destino a bordo?, ¿le alcanzaría la explosión de los torpedos?, ¿o era cierto que voló la santabárbara llevándose por delante la obra muerta del buque?».

A la mañana siguiente, inesperadamente, Peter recibió carta de Tato Delgado. En el remite decía: «Crucero *Baleares*, Palma de Mallorca o donde se encuentre». La mano de Gervasio había temblado al recogerla. Desde sus primeras experiencias con Antero Arias, las noticias sorprendentes, con ciertos ribetes sobrenaturales, le desencadenaban accesos de perlesía. «¿No te impresiona? Es como recibir carta del otro mundo, —comentó Damasito. Pero Gervasio pensaba en el remite—: Donde se encuentre». ¿Vislumbraría tal vez Tato que al llegar la carta a su destino podría encontrarse el crucero en el fondo del mar? Damasito pretendió forzar una sonrisa pero únicamente consiguió recoger el fino labio superior sobre la encía, como un conejo, mostrando el diente mellado. En su carta, fechada el 5, víspera del hundimiento, Tato, después de excusarse por el retraso en escribirles, consignaba su repentino embarque en el *Baleares*, su destino en la torre 1 y el de Eduardo Custodio en el puesto A, de dirección de tiro de superficie. Como si sus pensamientos se hubiesen cruzado, sugería la posibilidad de reunirse un

día los cinco en el buque-insignia («tal vez sea una utopía, pero soñemos, y demos alas a la utopía»). Gervasio y Dámaso Valentín, unidas las cabezas, leían la carta al mismo tiempo que Peter, por encima de su hombro:

—Parece un testamento, coño —comentó Damasito, sacando del bolsillo de la faena un paquete de tabaco y vertiendo un poco en la palma de la mano:

—Voló dentro de la torre. Eso lo explica todo.

—¿Qué explica?

—Que muriera. Las trincas le impidieron salir. No tuvo oportunidad de lanzarse al agua.

Gervasio rumiaba horrorizado el emparedamiento de Tato e inconscientemente establecía una conexión entre el remite de su carta y el naufragio del *Baleares*. ¿Qué tortuosos caminos seguiría su mente para intuir que, al alcanzar la carta su destino, el crucero podía «no encontrarse» en Palma de Mallorca? Una pungente desazón le impulsó a consultar a Antero Arias quien, con sus manos inhábiles, daba vueltas y vueltas a la carta de Tato mientras le hablaba con acento sibilino de intuiciones morbosas, estados de adivinación, presagios y premoniciones. Para salir de dudas le invitó a reunirse una tarde («si el hijoputa de Borau no restablece la inquisición») en el reservado del café La Marina y convocar al espíritu de Tato. Damasito rió la ocurrencia pero Peter se irritó: «¿Cuándo vas a mandar a paseo a ese sietemesino?». Mas aunque Gervasio, dócil a su consejo, se apartó de Antero Arias, la muerte de Tato siguió siendo para él un motivo permanente de reflexión. Su amigo, como todos los muertos del *Baleares*, era, de acuerdo con la voz popular, un héroe, pero ¿cabía aceptar al héroe sin voluntad de serlo, forzado por unas trincas? ¿Es que Tato, herméticamente encerrado en una caja de acero, podía haber hecho otra cosa que morir? ¿Qué hizo allí dentro, en realidad? ¿Gritaría, lloraría, rezaría, invocaría, juraría, se desesperaría, arañaría los mamparos, se daría de cabezazos contra ellos o, por el contrario, asumiría serenamente la muerte que se acercaba? ¿No radicaba en ese matiz el heroísmo? Desde sus devaneos solitarios, escuchando el programa «Al paso alegre de la paz», Gervasio había menospreciado la muerte arcana, incógnita y silenciosa, por inútil. El heroísmo encubierto, al perder su carácter aleccionador, no servía para nada, dejaba de ser heroísmo. Captada, en cambio, la acción por una cámara oculta que pudiera demostrar que el muerto no había muerto como una rata, ensuciándose los calzones, sino disparando contra el enemigo hasta el último cartucho, cobraba otro significado. Pero así, sin testigos, sin documentación pertinente, no quedaba más que la duda, de no ser que el muerto en guerra fuese un héroe por la

simple razón de haber muerto. ¿No requeriría el héroe, como el santo, un postulador que demostrase su singularidad en contra de los argumentos del abogado del diablo? A veces recordaba dolorido el irónico comentario de Peter meses atrás, cuando dijo aquello de que él no aspiraba a ser héroe sino exhibicionista. ¿Sería éste, quizá, su inconfesado deseo?

Gervasio guardaba sus elucubraciones para sí; renunciaba a compartirlas. Sabía que para Peter el heroísmo de Tato era incuestionable; un hecho obvio. Peter veneraba a su amigo, admiraba su vida y su muerte; constituía un ejemplo a imitar. Esta convicción llevó a Gervasio a concluir que el único procedimiento de bienquistarse con él, de merecer su aplauso, sería morir en acción de guerra. Todo lo demás eran dilaciones. Desde este punto de vista parecía normal que las crispaduras no le impresionasen (física recreativa o, a lo sumo, puros fenómenos eléctricos, como decía el tío Vidal). Su comportamiento en el reciente repeluzno, imponiéndole compasivamente las manos sobre la cabeza para evitar el risible espectáculo del abisinio volador, había sido elocuente en este sentido.

Una tarde, pelando patatas en cubierta, Dámaso Valentín le comunicó el proyecto de Peter, una vez que la guerra concluyese, de cambiar el mascarón de proa que presidía el Club por una gran fotografía de Tato orlada con los colores nacionales. Gervasio acusó el golpe. Se sintió celoso. Sentía celos de un muerto, y en su interior se emplazó para morir él también de forma que su fotografía, junto con la de Tato Delgado, presidiese el Club el día de mañana, y Peter, en compañía de Manena Abad (una Manena Abad madura, perpetuamente célibe, fiel a su memoria), depositaría al pie del retrato cada aniversario un ramo de claveles para conmemorar su sacrificio.

En contra de todas las previsiones, la disciplina no se relajó en el buque-escuela después del hundimiento del *Baleares*. Transcurridos unos días de cierta laxitud, el rigor retornó, más inflexible que antes, de acuerdo con una resolución no por inexpresada menos evidente: había que forjar marineros tan duros y avezados que la tragedia no pudiera volver a repetirse. Don Manuel Borau reanudó las revistas de marcialidad, bajo criterios tan estrictos que algunas tardes más del veinticinco por ciento de la brigada franca regresaba desahuciada al sollado. Antero Arias, con sus hombros descarnados, se sacaba la lanilla encolerizado, exhibía unos momentos su torso enteco, aquillado, y maldecía de la Armada y de sus cuadros:

—Lo dicho, en este país para alistarse en la Marina hay que ser un niño bonito.

Gervasio volvió también al ostracismo. Dejó de vestirse la gala; de intentar salvar la revista. Pero una lucecita de esperanza le animaba ahora: el convencimiento de que tío Felipe Neri andaría cabildeando en las alturas y, en consecuencia, sus días en el buque-escuela estaban contados. Por otra parte, resuelto a imponerse a la adversidad, ante cualquier disyuntiva, optaba por el ejercicio más esforzado o de mayor riesgo (aspiraba a autoconvencerse y a convencer a su amigo Peter de que el hundimiento del *Baleares* y la muerte de Tato le habían cambiado). Remaba con ardor, hacía instrucción sin desmayo, llegó a ser un experto señalero y, cada vez que don Manuel Borau ordenaba «saludo a la voz», con sus agudos pitidos, allí estaba él apuntándose el primero, trepando jarcias arriba hasta el juanete, salvando imperturbable la cofa, abriéndose por el marchapié sin un titubeo, dominando el vértigo. Pero Peter no parecía reparar en sus progresos, se mostraba pasivo, ajeno a sus esfuerzos, y de la misma manera que antaño no censuraba su poquedad, tampoco ahora elogiaba su arrojo; como de costumbre, callaba y cumplía puntillosamente con su deber.

Una mañana, durante el reparto del correo en el combés, Gervasio recibió una abultada carta de tío Felipe Neri. Toda la familia escribía en ella, desde mamá Zita hasta Florita; incluso le insertaban media hoja de papel cuadriculado escrita en la Plaza de Toros por papá Telmo. Al margen de su conminatorio «¿Quién como Dios?» y su exaltado canto a los héroes del *Baleares*, tío Felipe Neri le hacía ver que el asunto de la reclamación «estaba en marcha», lo que implicaba (para él, que lo había considerado resuelto) una nueva dilación. Al desánimo causado por esta carta se unieron las desfavorables noticias de mamá Zita sobre Eduardo Custodio. Eduardo, en efecto, había salvado la vida pero se hallaba hospitalizado, vendado como una momia, con quemaduras de tercer grado y una infección grave en los ojos que requería un lento proceso de curación. Los médicos que lo atendían no se mostraban optimistas. «Vuestra carta, que su madre le leyó, le reconfortó mucho. Le encargó que os dijera que Tato, como todos los servidores de la torre 1, voló por los aires al estallar los torpedos». Gervasio respiró hondo; Peter, recostado en la batayola del sollado de popa, la frente sobre las rodillas flexionadas, se preguntaba qué destino era más cruel para un muchacho de diecisiete años, la ceguera o la muerte. Damasito, sentado en el linóleo a usanza mora, plegaba los bordes de un papel de fumar, vertía en él unas briznas de picadura, previamente expurgadas de durezas, y enrollaba un cigarrillo. Gervasio, una vez leída la carta de su madre, la pasó a Peter y desdobló la nota de papá Telmo. Nunca daba cuenta a sus amigos de las notas

de su padre. Temía sus comentarios, sus reticencias. A su entender, su padre no había correspondido a las consideraciones del Alzamiento. Se mostraba obstinado e ingrato. En un principio, Gervasio había confiado en su conversión, pero a medida que transcurría el tiempo, se conformaba con su silencio. Sus notas, de ordinario párvulas y elementales («estoy bien», «estoy desanimado», «tengo calor», «tengo frío», «el paquete de golosinas hizo las delicias de la comunidad»), casi nunca se referían a la guerra, tal vez para no comprometer a tío Felipe Neri, mas en esta ocasión establecía juicios éticos sobre la última carta de Gervasio: «La guerra es la gran emboscada, hijo mío. El que más y mejor tienda las emboscadas, ése será el vencedor. La guerra es el final del juego limpio, del *fair play*, como dicen los ingleses. Pero lo procedente es reconocerlo así y no censurar al enemigo ardides que nosotros estamos dispuestos a emplear mañana. ¿Tan sectaria es tu pequeña cabeza que no es capaz de reconocer en el adversario una acción meritoria? Adiós, querido hijo, que Dios te acompañe en tu próxima singladura». Airadamente hizo un rebujo con el papel y Peter levantó la cabeza, sorprendido:

—¿Pasa algo?

—Mi padre.

—¿Qué le ocurre?

—Lo de siempre.

—¿Es que creías que iba a cambiar de ideas porque no coincidieran con las tuyas?

Gervasio no respondió. Había un reto oculto en la carta de papá Telmo. Únicamente un valeroso gesto de su parte podría hacerle cambiar de opinión. Pero ¿dónde habría un gesto que papá Telmo no fuese a considerar una celada? Se apartó de la batayola y se tumbó en el linóleo, los dedos entrelazados bajo la nuca. Estaba enojado. Hasta la flébil situación de Eduardo desmerecía después de leer la nota de su padre. ¿Era una burla volteriana aquello de que Dios le acompañase en la última singladura? ¿Cómo se atrevía a invocar el nombre de Dios? ¿Cómo hacer compatible a Dios con la horda? Si la horda, con la que papá Telmo comulgaba, había quemado a Dios en cien conventos, lo había fusilado delante de tío Fadrique, en el Cerro de los Ángeles, ¿qué significado cabía dar a su invocación? Cerró los ojos y movió la cabeza desalentado: «Jamás volveré a escribirle —se dijo—. Para mí, lo mismo que si hubiese muerto».

A la tarde siguiente, cuando Peter, con varios grupos de la brigada de babor, hacía palos, otros remaban en las sucias aguas del puerto y Dámaso y

Gervasio dialogaban con las banderas de señales en la toldilla, una voz imprevista gritó desde lo alto del juanete:

—¡El *Juan de Austria* está entrando en la ría!

Se produjo un gran revuelo. Los señaleros se apresuraron a comunicarlo con las banderas a los botes que bogaban en la bahía, Dámaso lo notificó a voces por las escotillas, la noticia corrió de boca en boca, de grupo en grupo; fue acogida con tal júbilo que, en contados minutos, cedió la actividad a bordo y la dotación, apiñada en cubierta, o encaramada en las jarcias, se convirtió en un hervor de blancos pañuelos agitándose, mientras una buida, estilizada silueta gris, de enormes dimensiones, la bandera flameando a popa, se adentraba en el puerto después de doblar la última curva de la ría. Sin mayor motivo, el entusiasmo se desbordó. La irrupción del crucero comportaba una oportunidad de desagravio tras el hundimiento del *Baleares*; era casi como un desquite, o el testimonio de una resurrección. El navío se hallaba tan próximo que a simple vista se divisaba a la marinería en sus puestos de babor y estribor de guardia, firmes, erguidas las cabezas, en tanto la banda de música interpretaba, desde la toldilla, la marcha *Suenan los clarines*. Gervasio seguía sin pestañear el desplazamiento del buque, su avance refrenado hendiendo las aguas oleosas, el leve humear de la oblonga chimenea, las sólidas torres en reposo, sus servidores al pie… Sin síntomas previos, notó un burbujeo en el colodrillo y un escalofrío en la espina dorsal, pero en reacción diligente, sobreponiéndose al excitante placer de la crispadura, se abotonó apresuradamente las orejeras del abisinio, bajo la barbilla. El ostento había sido conjurado:

—¡Coño, qué bote!

Oyó la exclamación admirativa de Dámaso a su lado. El crucero acababa de fondear frente a ellos, aproando al dique seco. El ruido bronco de la cadena del ancla en el escobén neutralizó la música de la banda. Paradójicamente, la inmovilización del crucero desató las lenguas y el buque-escuela, enmudecido durante la maniobra, se pobló de vivas, voces, rumores vagos, conjeturas arriesgadas y contradictorias. Para los más pesimistas, la arribada del *Juan de Austria* significaba que había sido averiado en el combate del día 6, en tanto cabos y oficiales, celosos depositarios de la moral de la Armada, reacios a todo dramatismo, sostenían que era una visita de rutina con objeto de limpiar fondos. Nadie se ponía de acuerdo, pero finalmente, al anochecer, tras laboriosas maniobras, el crucero quedó prisionero en el dique seco, varado en las anguilas, bajo los focos, entre una frenética actividad de poleas, guindolas, sopletes, cabrias y cabrestantes. El remache de los roblones martilleaba día y

noche en el astillero, como un tambor automático. Durante los ratos libres, acodados en la borda, Gervasio, Peter y Dámaso observaban arrobados la actividad de los operarios, la diligencia de la marinería en cubierta. Dámaso se excitaba:

—Avisa a tu tío, coño. Si lo dejamos escapar ahora, Dios sabe cuándo tendremos otra oportunidad.

—Mi tío ya está en la idea.

—Pero ¿sabe acaso que el *Juan de Austria* está aquí?

Tras acalorados debates, acordaron que el medio más rápido de informarle sería un telegrama, pero el telegrama no llegó a cursarse. A la mañana siguiente, don Ildefonso Barbosa, comandante en jefe del buque-escuela, los llamó a su camareta y les comunicó que estuvieran prestos para desembarcar, ya que don Ventura Escribá, comandante en jefe del crucero *Don Juan de Austria*, los había reclamado.

XVII

A la altura del cabo San Vicente, el crucero viró cuarenta y cinco grados a babor (la violencia de la virada se hizo notoria en la escora y la vibración de los mamparos) y, tras el viraje, sobrevino la virazón, un viento ábrego, tan recio que desflecaba la bandera y amenazaba con arrebatarle el abisinio de la cabeza. La mar engordaba y en las crestas de las olas blanqueaban las cabrillas. La proa entraba tan forzada al oleaje, que lo que momentos antes era un balanceo acompasado, adormecedor, de mecedora, se trasmutó en un abrupto movimiento de cuchareo (el buque subía y bajaba alternativamente de proa, avanzaba en giratorios movimientos de tornillo). Gervasio percibió el cambio de rumbo en las plantas de sus pies desnudos pero no le concedió importancia. Encarado al viento, asido con las dos manos a la cadena del *espardek*, guiñaba los ojos, buscando una expresión marinera para su rostro, orgulloso de su periplo inicial. La víspera se lo había comunicado por carta a mamá Zita y tío Felipe Neri y, aunque nada existía en el mundo capaz de entibiar el júbilo de su debú, al anotar el remite («Crucero *Juan de Austria*. Palma de Mallorca o donde se encuentre») le había sacudido un estremecimiento. El comandante del puesto H, teniente de navío don Mario Millares, con su gorra abollada, sin aro, y sus modales descuidados, le había asignado, antes de zarpar, un número y un destino: «Gervasio García de la Lastra, 377A, tubo acústico». Era un cargo importante. Por el tubo transmitiría a los antiaéreos las órdenes del director: es decir, en adelante sería su portavoz. Los compañeros le habían visto sonreír beatíficamente al escuchar su número, de modo que, al marchar don Mario, Javier Medina, el poeta, el más veterano del puesto, con su pelo crespo al aire, la nariz aguileña combada sobre los grandes dientes, le había preguntado:

—¿Es que te gusta el número, 377A? —Y como Gervasio asintiese, añadió—: No te preocupes; te llamaremos por él.

De esta manera Gervasio García de la Lastra se convirtió en el 377A, un número seguido de una letra, un nombre cifrado como el de un espía. El cabo Pita, su jefe de grupo, le dio posesión de una taquilla, un coy y una manta. Cogotudo, grave, bajo de estatura, el cabo Pita era hombre de pocas palabras. Fue su laconismo, la nocturna tristeza de su rostro, lo primero que llamó la atención de Gervasio. Huraño y apartadizo, andaba siempre con la cabeza en otra cosa. Su mirada errática provenía de unos ojos grisazulados, cambiantes, animados por una tenue lucecita ensimismada, en todo caso poco explícitos. En las horas de rancho apenas comía (solía visitar su taquilla o al mayordomo, de donde volvía siempre un poco enchispado) y en el puesto leía

sin parar novelas de aventuras, actitud que afianzaba su aislamiento. Pero durante las guardias, sin el recurso de la novela, dejaba vagar por el mar su mirada sombría, como si se lo estuviera aprendiendo, y era capaz de dejar transcurrir horas sin mover un músculo de la cara. En contra de lo que era normal en su grado, Pita no era hombre autoritario, sino más bien lábil, tolerante, flexible con la ordenanza. Él mismo, pese a estar prohibido («Desde el cierre de portillas, ni un cigarrillo en cubierta»), fumaba durante las guardias nocturnas, sin molestarse siquiera en disimular la lumbre bajo el antepecho.

Tampoco el cabo Tubío, telemetrista, era hombre de brega. Su rostro plano, asentado, se correspondía con su voz, mohosa, sin disonancias. Rollizo, carirredondo, era buen conversador y aficionado a los juegos de azar. Andaluz, exseminarista, su aire clerical, que probablemente no le abandonaría nunca, se manifestaba en los ademanes de sus manos abaciales, y en la venerable combinación de sus facciones. Luis Naveira, el Cativo, marinero de segunda, imberbe, de infantiles mejillas enrojecidas, le embromaba con frecuencia a cuenta de su vocación abandonada, atribuyendo a sexualidad su claudicación, cosa que el cabo Tubío rechazaba de plano:

—Mi señora me sacó del seminario antes con los ojos que con los pechos.

Conforme con su modesto rango, sentía un respeto reverencial hacia los intelectuales, de ahí, tal vez, su lenidad en un puesto de dirección de tiro donde el que más y el que menos estaba en posesión de un título o camino de alcanzarlo. Sabía prever el futuro, e intuía que varios de aquellos muchachos hoy a sus órdenes serían con el tiempo personalidades destacadas. Especialmente con Javier Medina, estudiante de quinto curso de Arquitectura, que escribía poemas en sus ratos libres, se mostraba sumiso y deferente; le trataba de usted y, en una ocasión memorable, se dirigió a él llamándole «don Javier». En rigor, Javier Medina, cautivado por el mar, había decidido abandonar sus estudios de arquitecto e ingresar en la Escuela Naval tan pronto concluyese la contienda. Al cabo Tubío, al corriente de ello, nada le costaba dar un salto en el tiempo e imaginarlo ya de teniente de navío con dos cocas en la bocamanga. La convicción de que su subordinado de hoy sería mañana su superior le colocaba de antemano en posición subalterna.

Tras la promiscuidad despersonalizada del buqueescuela, Gervasio constató en el crucero un gozoso renacer del individualismo. El mismo Peter, al disponer de un rincón recogido, había reanudado sus trabajos de marquetería. La destreza de sus manos suscitó la curiosidad de los compañeros. Absorto bajo el *rocord*, valiéndose de fotografías facilitadas por

Javier Medina, se consagraba ahora a la construcción de una maqueta del crucero. Su actividad en aquel astillero en miniatura no conocía reposo y pasó a convertirse en un pasatiempo colectivo. Raro era el marinero que al salir de guardia no se interesara por los progresos de su obra:

—¿Qué, Nauta, cómo va eso?

Porque Peter, asimismo por inspiración de Javier Medina, había dejado de ser Peter para pasar a ser el Nauta, hombre de mar por excelencia, habida cuenta no sólo de la habilidad de sus manos, sino de sus conocimientos de táctica y estrategia navales. Poco a poco, el Nauta se erigió en centro de gravitación del puesto H, con lo que éste vino a convertirse en un revezo del Club donde, por no faltar, no faltaban ni las partidas de póquer que el cabo Tubío presidía y en las que solían participar Miodelo, el flaco Santoña, y Fermín Linaje, el Escorbuto.

Fermín Linaje, con su rostro aceitunado, era un muchacho aprensivo, velludo y corto de brazos, para quien la avitaminosis continuaba siendo el principal azote de la gente de mar. Sus abultados labios de negro y su obsesión alimenticia recordaban a Gervasio el físico y las manías de papá Telmo:

—Lo que no da la gaveta, lo suple el sol —decía.

Y acorde con su credo, los días abiertos se tendía en pantalón de deportes sobre las balsas del *espardek* y allí se pasaba las horas muertas, soleándose. Imperturbable, era rival temible en el póquer. Pocos osaban ver el envite del Escorbuto cuando doblaba la apuesta y sus labios de mulato se combaban hacia abajo en un rictus despectivo. Rijoso como el Cativo, pedía a menudo a José Antonio Lago, el Pintor, que le dibujase «una ristra de tías buenas», desnudos que luego repasaba con lascivo deleite adobando la contemplación con comentarios salaces. Por contra, Lago, el Pintor, delicado como una tanagra, parecía un raro ejemplar de otra raza. Calzaba un 34 y toda su personilla, apuesta y atildada, armonizaba con el tamaño del pie. Contemporáneo de Javier Medina, con estudios de Bellas Artes, dibujaba incesantemente en un bloc de papel de barba figuras imaginarias o copiadas del natural. Los días serenos montaba en el *espardek* un pequeño caballete, adecuado a su estatura, y pintaba marinas a la acuarela, cuadros que, contrariamente a la norma, no resultaban relamidos sino que, tal vez debido a los tonos lúgubres del mar, la opacidad de la luz o los desportillados bous protagonistas, entrañaban una belleza atormentada. En momentos de buen humor invitaba a posar a los marineros del puesto de rasgos más acusados (el Escorbuto, Javier Medina, Bartolomé Roselló o el Rubio Colino, con sus

facciones seráficas) y les hacía unas caricaturas grotescas que el resto de los compañeros celebraban.

Tras el hacinamiento del buque-escuela, el crucero vino a representar la recuperación de la vida privada, un retorno a la intimidad. El fraccionamiento de la dotación en pequeñas comunidades (puestos de dirección de tiro, torres, máquinas, antiaéreos) suponía la superación de la sordidez miscelánea, un ensayo de convivencia doméstica. Mas al margen de esta división, la autonomía del puesto H venía determinada por su situación en sobrecubierta, con dos únicos accesos: la escala directa, de hierro, sobre el ventilador, y otra, de viento, detrás de la chimenea, a través del *espardek*. El puesto H no era, pues, un lugar de paso sino que comportaba una voluntad deliberada el acceder a él.

En contra de lo que Gervasio esperaba, las costumbres de a bordo no se alteraron después de zarpar. Guardias aparte, lógicamente más responsables, todo continuó lo mismo. Había vivido con emoción el momento de la partida y, ahora, la mar tendida y turbulenta despertó en él la vívida idea de que la paz quedaba atrás, que se adentraba en la zona aventurada de la guerra (entre los profundos senos de agua alborotada, nada impedía que acechase el periscopio de un submarino enemigo, que ellos, en su condición de serviolas, tenían el deber de descubrir).

Baqueteado por el viento, recostado en la cadena del *espardek*, donde antes se agarraba, contempló maravillado (como examina un niño su juguete preferido) la negra ametralladora de balas trazadoras. La proximidad del artefacto, su disponibilidad, la soledad en torno, alentaron sus adormecidas fantasías heroicas. Dio un paso hacia ella y se sentó en el silletín de hierro, accionó la manivela y el cañón, obediente, se desplazó de un lado a otro. Temblando de emoción, apoyó la acolchada culata sobre su hombro, oprimió la mejilla contra ella y, dejando resbalar la mirada tubo arriba, repitió a media voz entre el bramido del viento:

—Ta-ca-tá, ta-ca-tá, ta-ca-tá.

Perseguía con el punto de mira aviones imaginarios sobre el cielo aborrascado y se sentía poderoso e invencible. En el tumulto de aquel crucero escorado, era la suya la única cabeza juiciosa. Repitió el recorrido de babor a estribor y simuló otras tres ráfagas:

—Ta-ca-tá, ta-ca-tá, ta-ca-tá.

Esbozó una sonrisa. Un avión adversario, alcanzado en el morro, trató de repinarse, entró en barrena y se estrelló contra la superficie del mar. Enardecido, Gervasio aculató la ametralladora contra su hombro, tomó el

blanco de otro avión y en el momento en que se disponía a disparar una nueva ráfaga, sintió un seco calambre en el colodrillo pero, antes de que sus cabellos se erizasen, oyó la voz burlona de Bartolomé Roselló, el Mallorquín, a sus espaldas:

—¿Qué, 377A, jugando a la guerra?

Sus enigmáticas cejas interrogantes parecían refrendar la pregunta. Gervasio se incorporó y señaló tímidamente la ametralladora:

—Nunca había visto de cerca un trasto de éstos —dijo.

Bartolomé Roselló se encaminó hacia el puesto:

—A ver si cuando los aviones vengan de verdad muestras la misma diligencia.

De nuevo solo, Gervasio, desequilibrado por la escora, se asió con firmeza a la cadena del *espardek*. El navío se encabritaba; hacía el efecto de querer ponerse de manos. Cohibido por los silbidos de la galerna, buscó refugio en el sollado, pero la oscilación de los mamparos, el desnivel cambiante de las planchas, acentuaron su ofuscación. Apoyándose en las taquillas avanzó hacia proa, pero al dar un paso, el suelo escapó bajo su pie desnudo y, al tratar de alcanzarlo, el buque vino hacia él, trompicó y estuvo a punto de caer. En pleno aturdimiento un embate de estribor le lanzó contra la batayola. Respiraba corto, resollando. Intentó serenarse, acomodar su paso a los vaivenes del navío, prenunciándolos, pero su tentativa resultó inútil. La mar nunca repetía el movimiento anterior, se desbocaba. Sus axilas sudaban frío y el estómago se contraía en una sensación de náusea. Confiando en que el aire puro le aliviaría, volvió a subir a cubierta tambaleándose. Un golpe de viento, reforzado por un bandazo, le empujó contra la borda con tal ímpetu que Gervasio se vio por un momento devorado por el mar, y quedó un rato tembloroso, agarrado al pasamano, hasta que la reveza subsiguiente le reintegró a su primitiva posición, junto a la obra muerta. Se abrochó las orejeras del abisinio bajo la barbilla, con la vana ilusión de que así le sería más fácil controlar su cerebro. Las olas reventaban en las amuras y barrían la cubierta con un rumor de playa, sofocado por los silbidos del huracán. Las ráfagas eran tan violentas, tan bruscos los bandazos, que el muchacho corría o se detenía impelido por una fuerza irreprimible. La amenaza del mar, los bramidos del viento, su propio malestar, le indujeron a regresar al sollado, pero la diabólica disposición de los peldaños de la escotilla (que le hacían trastabillar o sentarse, de acuerdo con el desnivel) acreció su confusión. A duras penas interpretó el toque de corneta por los altavoces:

—Armar mesas —se dijo sorprendido.

El solo pensamiento de la comida bloqueó su estómago. Empastada la boca, seca la lengua, la visión de sus compañeros charlando en la sentina, como si nada anormal ocurriese, acabó de desmoralizarlo. Retrocedió hacia popa dando barquinazos. La reiteración del toque de corneta le hizo fruncir los labios en una mueca de repugnancia. Brincaba de mesa en mesa, apoyándose en los bordes. Sobre la turbiedad mental y su estómago bloqueado iba imponiéndose ahora una sensación de angustia. Experimentó un vahído y, sin reflexión alguna, se precipitó escalera arriba, por la primera escotilla que le salió al paso. Entre el cielo y el mar, sucios y andrajosos, como en las marinas de José Antonio Lago, no existía línea divisoria: ambos eran uno. Intentó caminar por el pasillo seco, cabe la obra muerta, pero el oleaje, en constantes fluctuaciones, le forzaba a zigzaguear como un borracho. En la popa, la bandera desgarrada se azotaba a sí misma, mas aquella enseña que tantas emociones despertara en él en otro tiempo, desflecada y harapienta, se le antojaba ahora un remedo de su persona. Pensó que si vomitara tal vez las cosas mejorarían, pero temeroso de ser volteado por encima de la borda, se acuclilló junto al imbornal, protegido del viento, y provocó la náusea oprimiendo la lengua con dos dedos, mas el estómago, renitente, se contrajo sin resultado: no había nada que devolver; era sólo asco lo que sentía. Ascendió maquinalmente al *espardek* y, al abrir la puerta del puesto, un remolino alborotó su interior y oyó, como en sueños, las protestas de sus compañeros y, entre ellas, tal vez por más potente, la voz rajada del Escorbuto mientras cogía los capotes:

—¡Tienes cara de muerto [37]…!

El portazo dejó inconclusa la frase; extendió un capote en las planchas, al abrigo de las balsas, y se cubrió con el otro, encogiendo las piernas, buscando la posición fetal, pero como el malestar no remitiese, las estiró y se tendió decúbito prono. El balanceo se hacía más soportable así, sujeto el plexo, acompasando cabeza y cuerpo al vaivén de las olas, sin oponer resistencia, pero, aunque atemperada, la sensación de agonía persistía. Abrió los ojos y descubrió a Peter, rodilla en tierra, a su lado:

—Debes comer algo, estás mareado.

El Nauta, comprensivo, íntegro, maternal, ubicuo, le humillaba, pero Gervasio carecía de arrestos para simular bien estar. Denegó con la cabeza:

—Deja. No tengo hambre.

Se le antojaba impúdico exhibirse ante Peter en este estado, mientras el resto de los compañeros abandonaban el puesto charlando, indiferentes, como si nada ocurriese. Maldecía la hora en que decidió enrolarse en la Armada y

reconocía que en cualquier otra parte, incluso en la Legión, su comportamiento hubiese sido más digno. Cerró los párpados, rehuyendo la conmiserativa mirada de Peter, pero, al abrirlos de nuevo, divisó el rostro del cabo Pita por encima del hombro de su amigo, los ojos fruncidos ante el azote del viento:

—Súbele un poco de fruta, Nauta. Las manzanas le harán bien. En cuanto atravesemos el Estrecho, la mar encalmará.

Al día siguiente, el viento giró a levante y, una vez franqueado el Estrecho, amainó. Con él cedió la marejada y, ante la proa, como en un juego de prestidigitación, apareció una mar de leche, planchada, espejeante y azul. El efecto fue casi fulminante en Gervasio: primero se aplacó su angustia, después su aturdimiento y, por último, recuperó el tono vital (sus funciones glandulares, sus secreciones). Diríase que la casi instantánea estabilización del navío lo resucitaba, y con la resurrección despuntaba no sólo el deseo de vivir sino también el amor propio. Horas después, Javier Medina le adoctrinaba en el puesto:

—El mareo es como el parto, 377A. Te mortifica mientras dura, pero luego, hasta que llega otro, no te vuelves a acordar de él.

Gervasio asentía. A cosa pasada no sólo le daba la razón sino que se le antojaba excesiva la quejumbre de que se había acompañado. Con toda certeza, si un día se repitiese el temporal, él sabría afrontarlo con mayor entereza. Ya no lamentaba su destino. Pensaba incluso que su propensión al mareo podría realzar un día su conducta, puesto que si el heroísmo estribaba en imponerse a una adversidad, el héroe mareado era doblemente héroe porque se imponía a dos. De ahí que sonriese con una sonrisa indulgente cada vez que Dámaso Valentín, recordando su mes y medio de ostracismo en el buque-escuela y su desventurado ingreso en el crucero, le decía burlonamente:

—No tienes suerte, tú, joder, marinero; no te salen bien las cosas.

Pero Gervasio sonreía porque sabía que la proeza del soldado de quien menos se espera la proeza era mayor proeza que la de aquel aparentemente más dotado para llevarla a cabo. Por eso las palabras de Dámaso o cualquier otro comentario despectivo acerca de sus debilidades, lejos de achicarle, le envanecían. Incluso algunas noches, en el coy, espantaba deliberadamente al sueño sólo por el placer de imaginar al tío Felipe Neri iniciando la redacción de una hipotética biografía suya (a partir de sus anotaciones en el cuaderno de pastas de hule): «Físicamente, dadas su falta de bizarría y su proclividad al mareo, se diría un muchacho poco dotado para la guerra naval y, sin embargo,

Gervasio García de la Lastra…». El muchacho se regodeaba ahora con esta idea. Sus gestas, al lograr imponerse a las flaquezas físicas, adquirían a sus ojos un relieve singular. A menudo evocaba la confidencia de Eduardo Custodio una tarde, meses antes, en el Club: «A los catorce años yo pretendía emular al *sheriff* Arizona Jim, su mirada de águila, sus nervios de acero, pero a los quince me di cuenta de que no veía tres en un burro y era suficiente un portazo para desquiciarme los nervios». Eduardo Custodio había dicho esto un día, apenas un año atrás, y, sin embargo, ahí estaba, en la nómina de los héroes del *Baleares*, propuesto para la Medalla Militar.

A Gervasio, con la mínima experiencia nómada de sus veraneos infantiles, el primer contacto con la isla, su cielo añil inconsútil, las transparentes calas, las palmeras y molinos, le infundieron la idea de un país exótico, tropical, remotísimo. Apenas fondeados, había escrito una carta a Manena Abad mechada de adjetivos rutilantes: «Éste es un país pintoresco, paradisíaco, embriagador…». Mas, a renglón seguido, deseoso de que la muchacha le supiera en riesgo, exponía la situación dramática de la base, enclavada en territorio enemigo, de tal modo que «al anochecer, la ciudad queda sumida en sombras, apenas una lamparita azul en cada esquina para orientarte, por temor a los bombardeos…. —La muchacha le respondió a vuelta de correo—: ¡Cómo te envidio! Desde que tengo uso de razón mi sueño dorado ha sido correr mundo. ¡Cuánto daría por cambiarme por ti!». Gervasio se descorazonó; se había excedido. No comprendía cómo podían tratarse con semejante frivolidad las penalidades de un combatiente. Deploraba la manera de ser de Manena Abad. Él hubiera preferido una madrina de guerra acongojada, haciendo ofrendas a lo Alto a cambio de su seguridad personal, implorando a Dios su regreso. Pero Manena, lejos de temblar por él, lo envidiaba, no veía en su actuación mérito alguno. La guerra era una fiesta, rudamente confundía a un soldado con un turista. En su circunstancia, saberse envidiado y no compadecido por una bella muchacha inducía a Gervasio a sentirse sobrante e inútil.

Fondeados en la bahía, durante las guardias, pensaba en ella mientras repasaba con el *spotter* el perfil de la ciudad: el Arenal, la Catedral señoreando el barrio antiguo, el templado equilibrio de la Lonja, la Torre de la Almudaina, el Castillo de Bellver y, en la misma línea pero en un plano inferior, el Paseo Marítimo flanqueado de palmeras, la elegante barriada del Terreno y el hotel Mediterráneo (sus terrazas escalonadas hasta el mar) rematando la perspectiva urbana por este lado. Siempre lo mismo. Si acaso,

de cuando en cuando, una turista nórdica soleándose solitaria en la piscina del hotel, ajena, como Manena Abad, a los estragos de la guerra.

Aquel ocioso letargo, más propio de un balneario que de un barco de guerra, se interrumpió una mañana con la aparición de aviones enemigos. La voz metálica del puesto A anunció la novedad:

—Atención puesto H. Ocho aviones por la popa.

Los altavoces difundieron la alarma, la corneta convocó a zafarrancho de combate, la tripulación se movilizó y en la Torre de la Almudaina fue izada la bandera roja de peligro. Gervasio, acurrucado junto al tubo acústico, el casco en la cabeza, el corazón palpitante, observaba la espalda de don Mario, su gorra abollada, sin aro, la visera levantada, sus piernas flexionadas, los prismáticos en alto. Javier Medina cantó el blanco y, como si sus palabras fueran la señal esperada, el puesto entró en actividad. El cabo Tubío, que había girado hacia popa el tubo del telémetro, empezó a facilitar distancias que el Cativo transmitía a Lago, en el *rocord*, mientras el cabo Pita y Medina comunicaban el ángulo de situación al Rubio Colino, quien a su vez lo remitía a Bartolomé Roselló, acuclillado frente al tablero Perozzi. Aquello era un ordenado desbarajuste. Las miradas, las frases, los datos se cruzaban, se entremezclaban, pero nadie hacía uso más que de aquellos que le concernían. Desde hacía rato se escuchaban las lejanas explosiones de las bombas y el fofo cañoneo de los minadores fondeados junto a la línea de balizas. Don Mario, atento a las evoluciones de los aviones, ordenó tiro de barreras y Gervasio, henchido de orgullo, alertó por el acústico a los cañones. Bartolomé Roselló, el Mallorquín, giró la regla sobre el tablero y voceó:

—¡Barrera cuatro, barrera cuatro!

Gervasio comunicó la orden por el tubo. Sonaron los retumbos de unas bombas próximas y la réplica airada del barco afectado. En plena barahúnda, don Mario ordenó fuego y Gervasio introdujo sus labios en la bocina dorada del acústico y gritó «¡fuego!» con toda su alma. Le envalentonó la respuesta inmediata de los cañones, la salva aturdidora de la batería de estribor. Un fragor tonante se adueñó de la bahía. Bartolomé Roselló frunció el ceño contrariado, al comprobar que la escuadrilla había salvado indemne el primer obstáculo. Cantó la barrera tres, pero antes de que don Mario pudiera repetir sus palabras, un estampido horrísono sacudió el crucero, hizo saltar las abrazaderas de los cables y llovieron sobre Gervasio briznas de pintura de los mamparos. Se encogió sobre sí mismo, la cabeza ofuscada: «Nos han dado», se dijo, pero oyó vocear a don Mario «¡fuego!» y, decidido a morir luchando, cruzó los brazos sobre el plexo solar, protegiéndolo, y voceó «¡fuego!».

Dispararon los antiaéreos de estribor y sintió unas culebrillas electrizadas en el vientre. Bartolomé Roselló cantó la barrera dos y, al propio tiempo, se inició el traqueo de las ametralladoras del *espardek*. Los cabellos de Gervasio rebulleron bajo el casco. La crepitación era viva y sin pausa. Veía las balas trazadoras por encima del antepecho, hendiendo el cielo como cohetes, brillando al sol. Los taponazos del resto de los buques fondeados en el puerto, al servir de contrapunto a los propios, acentuaban la confusión. Rebasada la barrera uno por los aviones cundió el nerviosismo en el puesto. Don Mario, los hombros encogidos, dobladas las rodillas, los ojos alerta, miraba al cielo sin dejarlo. Bartolomé Roselló, después de cantar la barrera cero con voz arruinada (ello representaba que, pese a su oposición, el enemigo había conseguido infiltrarse hasta la vertical, hasta el centro matemático de su objetivo), se desentendió del tablero y se cubrió los ojos con el antebrazo. La mano abacial del cabo Tubío se crispó sobre el cilindro del telémetro, Miodelo miró a don Mario de soslayo y las mandíbulas tensas de Javier Medina se poblaron de nudos. Gervasio, angustiado, se abrazó a sus rodillas, el rostro dentro de la bocina (como si aspirase a resumirse y refugiarse allí), y en esta posición recibió el estruendoso rosario de bombas. Los piques de espuma, altos como catedrales, le rociaron como si diluviase, pero antes de que su fragor se extinguiese, dos explosiones consecutivas, secas, ensordecedoras, remecieron al navío, saltaron de nuevo briznas de pintura y la gorra de don Mario voló por los aires. Gervasio soltó las rodillas y se asió crispadamente al tubo, el corazón redoblando como un tambor. «Dios mío, van a hundirnos», gimió. Pero, pese a la violencia de las dos últimas explosiones, sus compañeros parecían ir recobrando la serenidad. El Mallorquín, en cuclillas, volvió a tomar la regleta y la hizo resbalar sobre el tablero, el cabo Tubío (las fofas manos distendidas) proporcionaba de nuevo distancias al Cativo quien, a su vez, se las facilitaba a Lago, el Pintor; el cabo Pita y Medina, a través del Rubio Colino, hacían llegar los ángulos de situación al Mallorquín, y don Mario (la gorra abollada otra vez sobre la cabeza) daba tranquilas instrucciones a apuntadores y telemetristas. Y cuando Bartolomé Roselló dijo rutinariamente, como si estuviera de maniobras, «barrera uno, barrera uno, —y poco más tarde—, barrera dos, barrera dos», y Miodelo confirmó que la escuadrilla iba en retirada, el ambiente terminó de relajarse. El peligro más grave había pasado. Sobre la bahía azul se cernía una humareda acre que iba disipándose a medida que los aviones se alejaban y decrecía la cadencia del cañoneo. Algunas explosiones, como abortadas, llegaban todavía desde la costa, mientras a bordo, puestos de dirección de tiro,

torres, antiaéreos y ametralladoras, entraban en una fase de vigilante reposo. La calma se contagió a Gervasio, quien advertía cómo se iban desanudando sus vísceras una a una, regulándose sus secreciones. Pero, a medida que recobraba el sosiego, se preguntaba por el motivo de aquel silencio, la razón por la que nadie aludía a los blancos de las bombas en el crucero. Tampoco se oía trasiego en cubierta, revuelo, ayes de heridos, ni órdenes de evacuación. Únicamente sonaban, dosificados, los disparos de las baterías costeras, y en el cielo despejado flotaban como globos las leznes nubecillas de los antiaéreos. Experimentó la necesidad de informarse, de comprobar con sus propios ojos la situación. Veía junto a él la silueta plácida de don Mario, la abollada gorra en el cogote, en la mano derecha los prismáticos, y en vista de que el período de calma se prolongaba, fue levantándose poco a poco del silletín, hasta que sus ojos amarillos rebasaron la pestaña del mamparo. Quedó sorprendido por el orden reinante. Todo aparecía intacto allí: castillo, puente, torres, antiaéreos. La marinería, disciplinada, ocupaba sus puestos en silencio. Asombrado, volvió la cabeza. A popa ocurría otro tanto. No se vislumbraba el menor desperfecto. ¿Cómo era posible? ¿Y aquellas tremendas explosiones que estremecieron el crucero por tres veces? ¿Qué había sido aquello? Desconcertado, volvió a sentarse. Las andanadas de tierra sonaban cada vez más espaciadas. Dámaso informó que la escuadrilla sobrevolaba el Arenal y, segundos después, el cabo Tubío, que seguía a los aviones a través del telémetro, comunicó su desaparición por el oeste. Peter conectó con el puesto A: estaban de acuerdo. El Cativo se levantó el casco y se secó el sudor de la frente con la bocamanga de la faena. Sonreía con expresión candorosa. Bartolomé Roselló inspiró hondo y prendió un cigarrillo. Don Mario le recordó que aún no había concluido el zafarrancho y el Mallorquín apagó el pitillo contra las planchas. Al poco rato, los altavoces anunciaron retirada de alarma. Despojados de los cascos, alejado el peligro, los semblantes aparecían distendidos, joviales. Y, a la manera de una comitiva funeral después de dejar al muerto en el cementerio, renacían la locuacidad y unos deseos irreprimibles de vivir. Se reía sin motivo, se deslizaban supuestos, se gastaban chanzas. Javier Medina guiñaba un ojo a Gervasio al descolgarse de su nido de apuntador, el pelo crespo, la nariz curvándose sobre los grandes dientes:

—¿Qué, 377A, cómo fue ese bautismo de fuego?

Gervasio sonreía exaltado, nervioso. Hablaba compulsivamente del combate, de don Mario, del acústico, de las barreras, y finalmente apuntó al extremo que le desazonaba: aquellos dramáticos estampidos que dominaban el cañoneo, que hacían saltar las abrazaderas de los cables y la pintura de las

mamparas y volar por los aires la gorra de don Mario, ¿qué podían ser si no eran bombas? Javier Medina le escuchaba socarrón, desde la altura de su edad y de su experiencia:

—Ésas son las torres, 377A.

—¿Las torres?

—Las salvas de las torres en tiro antiaéreo —la atención de Gervasio era tan concentrada que Javier Medina añadió en tono melodramático—: Para que te hagas una idea, la onda expansiva de los cuatro cañones disparando a la vez puede reventar a un hombre a cincuenta metros de distancia.

XVIII

Tras su bautismo de fuego, Gervasio volvió a cuestionarse, ahora bajo una luz diferente, el problema del signo. Aquella ofuscación mental, aquella sequedad de fauces, aquella mordedura en las entrañas que había sentido durante el combate, ¿serían síntomas de emoción, de nerviosidad o de miedo? Deploró la ausencia de tío Felipe Neri para consultarle y, en vista de ello, apeló a sus amigos, pero celoso de su intimidad, se inventó una persona interpuesta: Esparza, un asturiano del pañol de víveres. Según Esparza, en combate notaba ahogos, temblor de manos, la boca seca, y las vísceras bloqueadas, ¿a qué podían responder esos síntomas? ¿Serían manifestaciones de nerviosismo, de emoción o de miedo? Recostado en la batayola del sollado 3, Dámaso Valentín, tras un expresivo cabeceo, dijo, acariciándose la mella del diente con la punta de la lengua:

—Miedo no, marinero, pánico; eso es lo que siente ese amigo tuyo del pañol de víveres; nadie lo hubiera descrito mejor.

Gervasio quedó mohíno y perplejo, ya que si realmente los síntomas eran de miedo, ¿cómo concertarlos con el conato de repeluzno, indicio de intrepidez? Meses atrás, Peter había dicho un día en el Club que todo hombre con sensibilidad e imaginación sentía miedo alguna vez en la vida y que el valor no consistía en no sentirlo sino en dominarlo. Pero Peter había dicho esto tiempo atrás, y ahora, por más reciente, prevalecía el juicio de Damasito: «Pánico; nadie lo hubiera descrito mejor». Mas, al atribuir a un hombre de paja sus propias sensaciones, Gervasio había omitido un dato esencial: el asomo de crispadura. En este punto de sus reflexiones, llegaba a la conclusión de que, pese a la ebullición capilar, sus reacciones en combate no correspondían a las de un valiente porque, en esa tesitura, no gozaba sumergiéndose en él y menos aún conduciéndolo a una situación límite. Tampoco deseaba atraer sobre sí toda la hostilidad del adversario; prefería compartirla. Por último, en el fragor de la pelea, su más ardiente anhelo no se cifraba en derribar uno a uno los aviones atacantes, sino, más modestamente, en que se marchasen.

Una tarde, cuatro días después del ataque aéreo, estando en el cine, se interrumpió la proyección de la película para insertar en su lugar un aviso instando a los tripulantes del crucero a reintegrarse a su unidad. Salieron de la sala alarmados. Grupos de marineros confluían en el muelle. Los más sobrios atendían a los más bebidos, pero ninguno parecía mostrar preocupación:

—Eso ocurre cada lunes y cada martes, 377A —explicaba el flaco Santoña —: son cosas de la guerra.

—Pero ¿puede saberse a dónde vamos?

—Según Radio Bolina a la Pantellaria; yo no digo nada.

Ya en la mar, durante la primera guardia nocturna, Gervasio preguntó al cabo Pita por la Pantellaria:

—Es una isla, en el canal de Sicilia, más allá de Túnez. ¿Qué más quieres saber?

—¿Y qué se nos ha perdido a nosotros en Sicilia, cabo?

—Eso el mando lo sabrá, 377A. Supongo que habrá por medio alguna captura.

—¿Es que los barcos rojos suben hasta allí?

La mustia mirada azul del cabo Pita quedó como prendida de sus labios:

—¿Por qué dices *rojos*, 377A? Siempre dices *rojos*; esa palabra no se te cae de la boca.

—Pero son *rojos*, ¿no, cabo?

—Según lo que entiendas tú por *rojos*.

—Pues eso, *rojos*; comunistas, marxistas… ¿Es que no estamos en guerra contra ellos?

El rostro del cabo Pita permaneció impasible, aunque su expresión se ensombreció, cambió por completo. Ocurría a veces. El secreto estribaba en el azul de sus ojos, mudable como el del cielo y el mar. Su voz sonaba más aveniente cuando replicó:

—Comunistas, bueno. Del otro lado hay comunistas, pero eso no quiere decir que todos lo sean.

La luna reverberaba en el mar y su rebrillo formaba una gran aspa con la estela. El crucero navegaba con las luces apagadas, se deslizaba como una sombra furtiva y apenas la vibración de las máquinas dejaba en la superficie del mar un rastro de vida. Envuelto en el áspero capotón de bocamangas frailunas, acodado en la baranda, los prismáticos en los ojos, Gervasio bostezó en dos tiempos hasta casi descoyuntarse las quijadas. Sentía sueño. Siempre le sucedía en las guardias intermedias. Al margen de la prima y el alba, las guardias nocturnas, al partirle el descanso, le dejaban insatisfecho. «Dormir en dos cachos es jodido», apostillaba Damasito. Peter, en cambio, se amoldaba a la rotación de las guardias sin aspavientos. A Gervasio le conmovía la sonrisa de conformidad de su amigo cada vez que lo despertaba para el relevo en la alta noche. Bastaba tocarle en el hombro para que tirase de manta, se incorporase en el coy y se calzase las botas mientras preguntaba: «¿Alguna novedad? ¿Hace frío?». Concluía de vestirse y ascendía a cubierta por la escotilla de las cocinas después de sortear los petates colgados en

silencio. El envés de la moneda era Damasito unas horas más tarde: aferrado al embozo, gruñía, daba media vuelta, se resistía, juraba, y cuando Peter, al fin, conseguía que se levantase, su humor se daba a todos los diablos, despotricando como un energúmeno.

En el taburete metálico de estribor, Miodelo, como de costumbre, tocaba la armónica. Tocaba suavemente sin pretender imponer la música al rumor de las máquinas y al zumbido del ventilador. Lo hacía de oído, sin percatarse de sus facultades, como un niño que leyera sin tropezar un libro que no entendiese. El flaco Santoña restregaba su esqueleto contra el mamparo, buceaba con los prismáticos en su sector de 45 grados y decía: «Miodelo, tócate *El amor que me trajo el mar*». Y Miodelo, complaciente, armonizaba la historia de la infeliz muchacha repudiada por el marino que tenía un amor en cada puerto. Luego Santoña solicitaba *Chaparrita*, *El que engaña a una mujer* o *Quiéreme mi mulatona*, y la musiquita sonaba nostálgica en la oscuridad, y Gervasio evocaba a Manena Abad desde su rincón, lamentando que la niña no pudiese verle embuchado en aquel basto capote, oteando el mar con los prismáticos, velando su sueño. A veces, el cabo Pita, que aunque un poco ebrio solía escuchar la música complacido, fingía dejarse llevar por las responsabilidades del cargo:

—Miodelo, para quieta la flauta y vigila.

—Ya vigilo, cabo Pita.

—¿Vigilas tocando la flauta?

—Tengo dos manos, cabo Pita. Una para los prismáticos y otra para la flauta, como usted dice.

El cabo callaba, grave el semblante, su mirada azul perdida en las tinieblas, esperando el turno de peticiones de Gervasio. Era curiosa la pertinacia castrense del 377A: «Miodelo, *El novio de la muerte»; «Los voluntarios*, Miodelo»; «Miodelo, *Ardor guerrero*»; «¿Te importa tocar *La bandera inglesa que ondea en Gibraltar*?». El cabo Pita se impacientaba. Le medía de arriba abajo con sus ojos ausentes:

—¿Por qué pides siempre música militar, 377A?

—Me gusta, cabo. La música ligera no me dice nada.

El cabo Pita fruncía los hombros y afirmaba el cogote.

Miodelo soplaba sin dejarlo. Casado a los diecisiete años «por no dejar colgada una barriga», Miodelo tenía a su cargo, a los veintiuno, una mujer treintona, tres hijos y una tiendecita de comestibles en Betanzos. «¿No te asustan tres herederos a los veinte años, Miodelo?». «Chacho, para eso toco la armónica, para olvidarme de que los tengo». El descarnado Santoña,

engendrado por su padre a los setenta años, se guaseaba de todo, empezando por sí mismo; en ocasiones, aludiendo a su traslúcida delgadez, argumentaba: «Como soy hijo de abuelo parece como que me hubieran chupado las brujas». Otras veces se solazaba atribuyéndose virtudes que, como la prudencia, la templanza, la paciencia, la serenidad y la experiencia, eran propias de seres provectos, achacándolo a los genes del viejo. La diaria relación a que forzaban las guardias, la vigilia compartida en la alta noche, mientras el barco dormía, invitaban a la confidencia, y aunque el cabo Pita, más avezado, callaba, Gervasio no se retraía. Hablaba y hablaba de su infancia y adolescencia con cierta sinceridad, omitiendo dos puntos cruciales: sus repeluznos y las ideas políticas de papá Telmo. El cabo Pita se interesaba por la personalidad y muerte de los tíos Norberto y Adrián, en tanto Santoña y Miodelo, hombres del pueblo habituados a hacerse las cosas por sí mismos, escuchaban boquiabiertos los relatos domésticos en los que a menudo participaban el chófer, la lavandera, el jardinero o las criadas de servicio:

—¡Jodo con el 377A! A la legua se ve que es gente fina —comentaba Santoña mientras Miodelo sacudía su dedo índice contra los otros apiñados en señal de admiración.

Pero, tan pronto el cabo Pita consultaba el reloj y decía: «Apura, 377A; son menos diez», Miodelo daba por concluidos tertulia y recital, soplaba los agujeros de la armónica, la restregaba contra el forro del capote y la guardaba, envuelta en el pañuelo, como amortajada, en el bolsillo de la faena.

Las reuniones privadas de Peter y Dámaso con Gervasio tenían lugar en el sollado 3, sobre el pañol de proa. La angostura del puesto H impedía cualquier conversación reservada, por lo que cada vez que deseaban hablar sin testigos se citaban allí, en la rinconera de taquillas, al pie de la de Dámaso Valentín. Estas charlas se habían hecho costumbre, de tal manera que Dámaso, cada vez que era requerido por alguno de sus amigos para una reunión, preguntaba con sorna: «¿Es que hay *controversia*?», con lo que las entrevistas en la rinconera de taquillas terminaron designándose así. Esa tarde, Peter, con su mesurada lucidez didáctica, justificaba los desplazamientos a la Pantellaria, que Dámaso objetaba:

—Es más fácil así. El bloqueo sólo es eficaz en los estrechos. La costa roja es demasiado extensa para nuestra pequeña escuadra.

Gervasio apuntó una sonrisa como si le hubiera cogido en falta:

—Has dicho *roja*.

—Claro. ¿Es que acaso está mal dicho?

—Al cabo Pita no le gusta.

—¿No le gusta a Pita que digamos *roja*?

—No.

—¿Cómo hay que decir, entonces?

—No lo sé; republicana, supongo.

La controversia estaba planteada. Dámaso compartía el punto de vista del cabo Pita:

—Rojos o no, ellos respetan la Constitución que han jurado. Los rebeldes somos nosotros.

Peter, que aceptaba el razonamiento de Dámaso como punto de partida, argumentaba que la historia de la humanidad hubiese permanecido estancada sin rebeldes. A Gervasio le confundían las frases sonoras y alambicadas. Habituado a enjuiciar las cosas a ras de tierra, gustaba de echar mano de ejemplos domésticos. Había advertido que Pita coincidía con papá Telmo en un punto clave: llamaba Pronunciamiento a la Cruzada, lo que le llevó a la conclusión de que el cabo bien pudiera ser un rojo camuflado:

—Es un tipo raro. Le molesta que llamemos *rojos* a los rojos y durante las guardias fuma en el puesto.

—¿Fuma Pita en las guardias nocturnas?

—Siempre que sube bebido.

—¿Y por qué sabes que sube bebido?

—Huele. No hace falta que hable, basta con que respire.

A la noche siguiente, estando Peter de guardia, sonó la alarma. Los marineros, adormilados, tropezaban unos con otros, se agolpaban en escotillas y puertas estancas, pero, antes de que se difundiera la orden de cierre de portillas, cada cual ocupaba su puesto de combate. Conforme subía la escala de hierro, Gervasio oyó el ronroneo de un motor y dijo sin detenerse, abatiendo la cabeza hacia Dámaso, que le seguía:

—Aviones.

Arriba, en el sombrerete en tinieblas, bajo un firmamento estrellado, imperaba el desorden. El zumbido de los motores crecía y decrecía alternativamente, y en tanto el cabo Pita porfiaba que eran torpederas, Miodelo escrutaba el cielo con los prismáticos buscando a los aviones. Cada cual defendía su punto de vista a voces, incluso con acritud, hasta que don Mario accedió al puesto, resollando, e impuso silencio. El ronroneo era ubicuo, llegaba de todas partes, y Gervasio, acurrucado junto al acústico, experimentó la angustia de sentirse cercado. Un ramalazo en el colodrillo (no seguido, contrariamente a lo que era usual, de erizamiento capilar) fue la iniciación de un proceso de ahogo, desecación de fauces, bloqueo de

glándulas y vacío en el vientre. Cruzó los brazos sobre el estómago preservándolo y levantó los ojos hacia don Mario, implorante, como si únicamente él, como Cristo en el lago Tiberíades, pudiese salvarles de las aguas. Pero el comandante vacilaba, no tomaba decisiones, se limitaba a ordenar que intensificasen la vigilancia. La voz altisonante, hueca, de Javier Medina, desde su nido de apuntador, lo sobresaltó:

—¡Son aviones, don Mario! ¡Los tenemos en la vertical!

En efecto, el bramido de los motores parecía provenir ahora de lo alto y Gervasio, que ante la orden de don Mario se había puesto en pie, se acodó en el antepecho y levantó los prismáticos hacia el cielo, justo en el momento en que Miodelo, tras él, que escudriñaba el mar, rectificaba:

—¡Son lanchas rápidas, don Mario! ¡Blanco visto! ¡Sesenta y cinco grados a estribor!

Don Mario ordenó a la tripulación ocupar sus puestos y a Peter comunicar al puente la novedad, pero, en el momento de conectar con el puesto A, una luz repentina, blanca, cegadora, destelló en el cielo oscuro, se cernió unos instantes sobre el crucero, y fue descendiendo gradualmente, iluminándolo como si fuese de día, con una lívida claridad de relámpago. Se aceleró el latido de las calderas, vibraron los mamparos y el crucero inició la virada. Tres nuevas bengalas, cuya intensidad luminosa acrecía con el descenso, se abrieron como flores sobre ellos, al tiempo que un proyector, que aparentaba surgir de las profundidades del mar, recorrió el costado del crucero de proa a popa. Repicó, en corta ráfaga, una de las ametralladoras del *espardek*. Don Mario repitió nerviosamente:

—Todos a sus puestos.

Gervasio, encogido junto al acústico, cerró los ojos y entreabrió los labios en espera de una explosión, pero ésta no se produjo. Fue, en cambio, el vagido iterativo del teléfono del puesto A lo que se oyó:

—Puesto A.

—Puesto H.

—¡Atención! Navegamos en aguas jurisdiccionales de Malta. Aviones y lanchas rápidas británicos. Absténganse de cualquier acción.

—Enterado.

Al instante se encendieron las luces de situación del crucero y, como si mediase un acuerdo, las tres lanchas torpederas, que merodeaban en torno suyo, se iluminaron también. Bartolomé Roselló, el Mallorquín, la manta sobre la camiseta, se levantó el casco y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano:

—Les faltará tiempo a los cabrones para dar el soplo —dijo.

El zumbido de los motores iba quedando atrás y el crucero, apagadas de nuevo las luces de posición, se sumió en las tinieblas. Horas después, durante la guardia de alba, el cabo Pita sorprendió dormido a Gervasio. No era la primera vez que el muchacho, estando de vigilancia, daba una cabezada. El sueño a esas horas era tan pegajoso que algunos compañeros, como el Escorbuto o el Rubio Colino, se jactaban de dormir de pie, con los prismáticos en los ojos, sin necesidad de puntos de apoyo. El incidente con los ingleses había desvelado a Gervasio, quien juraría que acababa de dormirse cuando la mano del Cativo le sacudió el hombro:

—La hora, 377A. Apura.

Se levantó azorado, medio sonámbulo, y momentos después, en el puesto, envuelto en el áspero capotón, arrullado por el rumor de las máquinas, acodado en el mamparo, se cubrió los ojos con los prismáticos y se quedó dormido. Nunca sabría las veces que el cabo Pita había agitado su mano detrás de las lentes para comprobar su ausencia pero, una vez despierto, consciente del alcance de su falta, se incorporó silencioso a su lado, dejándose resbalar del taburete hasta el suelo:

—Lo siento, cabo, me quedé dormido —dijo—: no lo pude remediar.

El cielo empezaba a clarear por babor, espantando las tinieblas. La cogotuda cabeza del cabo Pita se movió reprobadora de un lado a otro:

—Esto es grave, 377A —dijo—. Mil marineros duermen a bordo confiados en una docena que vigilan. Pero si éstos fallan, todo puede irse al traste en un momento. Procura que no vuelva a suceder.

En la incipiente alborada teñida de rojo, Gervasio le miraba compungido, esperando que añadiera alguna cosa (que daría parte o que no daría parte, que por ser la primera vez lo disculpaba o que aquello quedaría entre los dos), pero el cabo Pita no dijo más, se limitó a volverle la espalda y a encararse los prismáticos como recordándole cuál era su obligación.

Al salir de guardia, en la cola del desayuno, ante las cocinas, con el pote en la mano, Gervasio buscó a Peter para informarle de la novedad. Estaba asustado; su falta era grave. Incluso no descartaba la formación de un consejo de guerra. Peter lo tranquilizó. En estos trances, Peter era único. Para él, Pita, a pesar de su comportamiento ambiguo, no era un soplón, nunca daría parte de un subordinado sin antes advertírselo. Mas, al margen de lo que pudiera hacer Pita, su descuido era imperdonable. Había traicionado la confianza depositada en él, poniendo el crucero en peligro. Gervasio asentía dócilmente,

mudo; comprendía que no sería sancionado por su falta pero, en cambio, su imagen se había deteriorado un poco más ante los ojos de su amigo.

A mediodía tropezaron con el carguero, en principio un punto oscuro empenachado de humo en el horizonte y, más tarde, colocados a su altura, un mercante negro, desportillado, de alta borda, los fondos miniados de un rojo sucio, deslucido. Saludó, arriando e izando la bandera griega en la popa (bajo la cual, en caracteres blancos, muy separados, figuraba su nombre: *Dilos*), pero el crucero no respondió, viró en redondo y pareó su andadura a la suya. La mar, bruñida y azul, se ondulaba entre las dos embarcaciones, tan próximas que, sin necesidad de prismáticos, Gervasio podía distinguir a un perrito negro correteando por la toldilla del mercante griego. Centelleó el heliógrafo en el puente, dándole el alto, pero el *Dilos* no se detuvo, antes bien aceleró la marcha como si nada de todo aquel juego fuese con él. El puente repitió la orden pero el carguero, sordo y ciego, viró todo a babor, poniendo agua por medio. La detonación del cañoncito de avisos sorprendió a Gervasio en el *espardek*. Un pique de espuma floreció ante la proa del barco griego y, bruscamente, el humo negro de su chimenea se espesó al detenerse. Gervasio no ocultaba su sorpresa:

—¿Y por qué razón tiene que ser ése y no otro?

Javier Medina, el pelo ensortijado al aire, sonreía con suficiencia:

—Un soplo, 377A. En estos asuntos funciona el espionaje. Antes de zarpar, ten por seguro que ya se sabía ahí —señalaba con el dedo índice el puente de mando, detrás de la chimenea— el desplazamiento del barco, la cuartelada, el color, y hasta el nombre con que iba a ser rebautizado.

Y explicaba, accionando vivamente, que estos barcos piratas solían levar anclas con el nombre original en la popa y a unas millas del puerto, lejos de miradas indiscretas, un par de marineros, desde una guindola, lo cambiaban por otro, de ordinario en la lengua de un país que nada tuviera que ver con el conflicto. Y remataba, con buen humor, la explicación:

—Los nombres turcos y griegos son los preferidos de los rusos.

La pluma puso a flote un bote en el portalón de estribor, donde embarcó la dotación de presa. Por el costado del carguero se lanzó una escala de viento para efectuar el intercambio de tripulaciones. Los marineros del *Dilos*, desde el bote, las manos en los bolsillos de sus tabardos azules, miraban indiferentes (ni sorprendidos ni atemorizados) a sus captores apiñados en la borda. Después de ser conducidos por un piquete hasta la cámara de oficiales, bajo el puente, el mando dio unas instrucciones al mercante por el heliógrafo y ambos barcos reanudaron la marcha.

El *Dilos*, empopado, navegaba lentamente, de forma que su cancerbero, de cuando en cuando, se adelantaba unas millas para retornar a su encuentro. En el crucero, tras diez días de navegación, se celebraba el regreso a tierra, se hacían proyectos para la primera salida. En el puesto H, el Escorbuto y el Cativo, que habían subido del mayordomo ligeramente embriagados, resumían a voces su plan y hablaban, entre risotadas, de mujeres. Sus aspiraciones eran muy concretas: pasar la tarde en casa de la Cubana. En actitud fachendosa, desdeñaban los planes ajenos e instaban a todos a acompañarlos. De ahí que la aparición del minador *Vulcano*, la delegación de la custodia del *Dilos* por parte del crucero y su virada en redondo, aproando de nuevo al este, motivara una agria decepción:

—Manda cojones; a la Pantellaria otra vez.

—¿Quién lo ha dicho?

—El rumbo lo dice, 377A. ¿Es que no tienes ojos en la cara?

Fermín Linaje, el Escorbuto, lanzó un juramento, y Javier Medina aprovechó la circunstancia para aventurar, en tono festivo, que «no veía claro el futuro de la nueva España si, como parecía evidente, el único móvil de la juventud eran las putas». Lastimado en su personal filosofía, el Escorbuto respondió con un discurso, recalentado por el alcohol, según el cual, a partir de los trece años la mujer era necesaria, la masturbación degenerativa y el tono del hombre había que buscarlo en la secreción del testículo. Gervasio le escuchaba con una media sonrisa de complacencia. Las ideas y el tono de voz del Escorbuto le llevaban a evocar a papá Telmo con un regosto de ternura:

—Es como oír a mi padre —dijo.

—Chacho, ¿es que tu padre habla de mujeres contigo?

—No se trata de eso. Mi padre no habla de mujeres. Habla del sol y de la luz pero en el mismo tono que tú empleas para hablar de los testículos.

La manifestación de Gervasio fortaleció la posición del Escorbuto, quien acusó a la medicina galénica de tolerar la masturbación y minimizar el acto carnal. Se volvió hacia Gervasio y le preguntó por el juicio de su padre al respecto y, al responder éste que lo ignoraba, su interlocutor desvió la cuestión hacia él (¿Qué pensaba el 377A de la masturbación y el acto carnal? ¿Qué pensaba en general de las mujeres?). Ante su acoso, Gervasio flaqueaba, pero tanto insistió el otro que terminó por admitir que era virgen, si bien, achicado antes que por serlo por el hecho de verse obligado a reconocerlo ante la audiencia del puesto H, rectificó vagamente:

—En realidad, hace muchos años tuve una aventura con una criada.

—¿Te la beneficiaste?

Le faltó valor para asentir o negar, para determinar su edad en aquel tiempo. El Escorbuto interpretó como aquiescente su silencio:

—¿Y no has estado con una mujer desde entonces?

—No.

—En cuanto regresemos a tierra yo te presentaré una. No quedarás descontento.

La mar se rizó a última hora y al ponerse el sol refrescó. El crucero, baqueteado por el mistral (que ponía crestas blancas en las olas), fue perdiendo estabilidad, pero Gervasio se mantenía sereno al aire libre. Durmió en el puesto, y al día siguiente avistaron al *Berezina*, una motonave de ciento cincuenta metros de eslora. Obedeció la orden de detenerse y el intercambio de dotaciones se efectuó sin novedad. La captura (seguida, como de costumbre, por la marinería desde cubierta y los altillos de la obra muerta) reservaba, sin embargo, esta vez, una sorpresa: entre los tripulantes de la motonave figuraba una mujer: una muchacha rubia, frágil, en pantalones, que saltó al portalón con desenvoltura y desfiló desenfadadamente por la calle que abría bulliciosa la marinería. Gervasio, que oteaba con los prismáticos desde el *espardek*, descubrió al cabo Pita en primera fila, destocado, nervioso. Se había cuadrado y, conforme se aproximaba la mujer, hizo una imperceptible reverencia, pero su homenaje, sin duda mal interpretado, indujo a la muchacha a volver la cabeza y sacarle la lengua. Una sonora rechifla acogió su gesto y fue incrementándose hasta que su grácil figura desapareció por la escotilla de proa. Al descender del *espardek*, Gervasio encontró la cubierta conmocionada (chanzas, voces, soeces golpes de ingenio). Buscó a Peter entre los corros y tomándole del brazo le apartó de la aglomeración. Su amigo le miraba sorprendido:

—¿Es que hay controversia?

—Déjate de controversias ahora.

—¿Qué pasa, entonces?

—El cabo… ¿Es que no lo viste? Hizo una reverencia a la rusa y ella se volvió y le sacó la lengua. ¿No has oído los silbidos?

—¿El cabo? ¿Qué cabo?

—Pita. ¿En qué estás pensando?

—¿Una reverencia? ¡Ya sería una broma!

—Déjate de bromas. Te digo que este tipo no es de fiar.

Rumbo a la base, el viento arreció, convirtió la marejadilla en marejada y, horas después, la marejada en un bronco, arremolinado mar de fondo. La mar se abría en profundas hoyas y la proa cabeceaba, sumergiéndose y

levantándose alternativamente. El cuchareo, tan empecinado como en el Atlántico, terminó desarbolando la resistencia de Gervasio, derrumbado sobre un capote como un pordiosero (dos manzanas en el abisinio) al abrigo de las balsas del *espardek*. Volvía a reflexionar sobre el error de haberse enrolado, y cuando, al anochecer, el Escorbuto se detuvo a su lado y le dijo jovialmente que al día siguiente la Cubana le quitaría el mareo, cerró los ojos humillado, porque en su situación, las baladronadas del Escorbuto y la idea de la Cubana carecían de sentido, ya que su único deseo en esos momentos era morirse.

XIX

Flojo y desarmado, Gervasio se incorporó. Se cubrió la pelvis con la lanilla que descansaba en la descalzadora, junto al bidé, y se ocultó tras el canapé para vestirse. Había amagado inútilmente con la Cubana, y ahora, al verla desnuda sobre el lecho, un pico de la colcha sobre su vientre, devorando un cigarrillo, se reavivaron sus torpes evocaciones. En otra escala, todo había sido un trasunto de la cabalgada con la Amalia en el trastero de palacio diez años atrás: la brusca inapetencia sexual; los nerviosos apremios, luego; la desconfianza y el miedo, después:

—Es virgo, Cubana; trátale bien —había una sonrisa competente en los abultados labios del Escorbuto al darle la alternativa.

—¿Es que alguna vez ha tratado mal a alguien la Cubana?

Gervasio sonreía conciliador, pero al recogerse en la alcoba su ánimo desfalleció y, en lugar de deseo de la muchacha, le sobrevino una suerte de repulsión y desprecio de sí mismo. Y una vez que la chica se desprendió de la bata y exhibió sus negras axilas, su pálida carne atormentada, sus senos vencidos, el ralo vello del pubis, su imaginación claudicó: tendido junto a ella, confundidos sus cuerpos sudorosos, renació el recuerdo de la Amalia, sus espasmos, su fiebre erótica, su lenguaje soez, tan vívido y cutre que su agresividad sexual se esfumó, constató que su carne se resumía y que la inminencia de la muchacha desnuda, lejos de encelarle, le deprimía. No se resignó inmediatamente, sin embargo. Sabedor de que el Escorbuto y el Cativo aguardaban en el salón (en los momentos de euforia que siguieron a la arribada, repuesto del mareo, Gervasio había prometido celebrarlo) se esforzó una y otra vez por encender su virilidad. Finalmente desistió y quedó inmóvil, derrotado. Ella no cambió de postura cuando el muchacho se levantó, mas al verlo vestido a los pies de la cama aplastó el cigarrillo en el cenicero de la mesilla y se incorporó con desgana, la bata azul sobre los hombros. No se mostró dolida ni desairada. Gervasio, acongojado, pugnaba por contener las lágrimas. Su único deseo era verse lejos de allí:

—¿Cuánto te debo?

—Dame dos duros; no has hecho nada.

Sacó el billetero y tímidamente le entregó tres:

—¿Quieres hacerme un favor? —añadió—. No le vayas a mis amigos con el cuento. Sería el hazmerreír del puesto.

—Descuida. Lo que ocurre aquí arriba es secreto profesional —el tono de voz de la Cubana era aburrido, complaciente.

Alentado por su promesa, Gervasio hombreó, bebió, cantó y bailó, hasta que los perfiles de las cosas empezaron a difuminarse y la habitación a darle vueltas. Entre baile y baile, el Cativo le guiñaba un ojo y se reía. La Cubana, al entrar en el salón y verse abordada por Fermín Linaje, había dicho fingiendo un entusiasmo que no sen-tía: «Tu amiguito cumplió; ya es un hombre». Y el Escorbuto rompió a aplaudir agitando muy deprisa sus breves antebrazos. Dos horas más tarde, en el lanchón de francos, Peter, víctima de unos tardíos celos adolescentes, le había echado en cara su debilidad:

—¿Qué tienes tú que ver con el Escorbuto? ¿Por qué le dejas que te mangonee?

La escuadra amaneció calentando calderas. Las chimeneas de las unidades humeaban tenuemente en la queda mañana azul. Radio Bolina emitía rumores contradictorios, aunque todos ellos relacionados con la llegada de las tropas nacionales a Vinaroz y la división en dos sectores de la zona republicana: la flota trataría de impedir la evacuación de dos regimientos copados en El Puntal; la flota se disponía a prestar apoyo artillero a las fuerzas que avanzaban sobre Cataluña; la flota iba a minar los puertos próximos a los frentes de operaciones… Empero, hasta la madrugada siguiente, una hora antes de rayar el alba, la escuadra no se hizo a la mar, en cabeza los cruceros, flanqueados por los viejos destructores de carbón; a popa, minadores y cañoneras. Al subir de guardia, Gervasio encontró a Peter en el *espardek*, los ojos brillantes, ilusionados:

—¿Sabes ya dónde vamos?

Gervasio denegó con la cabeza:

—A las Columbretes. Un desembarco. El *Vulcano* lleva tres unidades de Infantería de Marina.

—¿Son islas las Columbretes?

—Bueno, unos islotes de nada, pero, estratégicamente, a cuarenta millas de Castellón, tienen su importancia.

La geografía menuda, ajena a los manuales de bachillerato, iba haciéndosele familiar a Gervasio. En su cerebro coexistían la amplia geografía escolar y la cominera geografía bélica: La Pantellaria, la Grosa, Alborán, las Chafarinas, y, de pronto, todo un archipiélago del que nunca había oído hablar: las Columbretes.

Una atmósfera nítida acompañaba a la singladura. Pequeños bancos de toninas, desgajados de un marjal próximo, brincaban al sol, centelleantes y escurridizas. En la cubierta, batida por una brisa delicuescente, se congregaba la marinería, charlando en corros. Los destructores de carbón, humeando

arrogantes, se anticipaban a los cruceros. Y en lontananza, entre la débil calima, emergían las siluetas enterizas de unos peñascos, recortándose sobre la difusa línea azul de la costa. Javier Medina, prismáticos al cuello, instruía a Peter en el *espardek*:

—La mayor es la Columbrete Grande. Detrás está la Ferrera y, a babor, la Horadada, a simple vista verás el agujero. Un poco a la izquierda, emparejadas, están la Churruca y la Bergantín.

Peter asentía, inquiría pormenores y solicitaba de Javier Medina una carta náutica (desconocía el archipiélago y, después de la operación, le agradaría incorporar la carta con el relato del desembarco a su archivo naval). Javier prometió dársela. Desde el primer día había visto en Peter un alumno aventajado y se había erigido en su mentor.

Desde el sombrerete del puesto, rodeado por sus compañeros, después de escuchar el toque de zafarrancho, Gervasio graduaba los prismáticos, los enfocaba hacia el objetivo que, a medida que se adentraban en aguas someras, iba adquiriendo volumen y color. Los destructores, en navegación antisubmarina, cortaban en zigzags las estelas de los cruceros, que en unión del minador *Vulcano* se aproximaban a la Columbrete Grande, donde albeaba la tosca arquitectura del faro, las blancas casitas molineras al pie (de las cuales, apenas una, con humo en la chimenea y cortinas en las ventanas, parecía habitada) y la barda enjalbegada prolongando la línea de edificaciones. El crucero, al abrigo de la isla, aproaba al minúsculo grao donde una alarmada bandada de gaviotas levantó el vuelo ante su presencia para abatirse del otro lado de la roca. A bordo reinaba la tranquilidad propia de un ejercicio de tiro. El puesto A había circulado la orden de tomar el faro como blanco y, asomado al antepecho, Gervasio observaba el sincronizado giro de las torres, los antiaéreos de estribor en posición de tiro de superficie, la toma de puntería por parte del *Vulcano* y el resto de los cruceros. Producía una impresión patética aquella islilla indefensa tan sañudamente encañonada. Dámaso Valentín, que seguía divertido aquel inusitado despliegue de fuerzas, se volvió hacia él y dijo en tono burlón:

—No iremos a fusilar a la isla, ¿verdad?

Parpadeó el heliógrafo del *Canarias* sin obtener respuesta. Insistió, dos veces más, en vano. Inopinadamente, tronó el cañoncito de avisos y el bando de gaviotas revoló chillando, tomó altura y arrumbó hacia la isla Ferrera. La Columbrete Grande continuaba muda. Una ráfaga de ametralladora pespunteó el risco donde los edificios se asentaban y, entonces, dos figuras enjutas salieron de la casa, se detuvieron en el tozal y entre las dos agitaron

nerviosamente una sábana blanca. El cabo Tubío, al telémetro, advirtió con su augusta voz clerical:

—Son dos ancianos, don Mario.

Damasito rompió a reír tras él, acariciándose la mella del diente con la lengua:

—¿Por qué no les declaramos la guerra? —bromeó a media voz.

En un principio, Gervasio se sintió abochornado. Aquellas poderosas baterías prestas a abrir fuego sobre dos viejecitos desvalidos se le antojaba un alarde innecesario. Pero cuando volvió sus ojos hacia el *Vulcano* y divisó al destacamento de Infantería de Marina, las bayonetas caladas, formado en el combés, le invadió una febril excitación. Los infantes, en perfecta formación, embarcándose en el bote y aproando al grao, le llevaban a evocar escenas de alguna novela leída en su niñez. A simple vista distinguía los uniformes azulgrana, en fila india, ascendiendo por la trocha y a los dos ancianos, inmóviles en el teso, salir a su encuentro. El capitán charló con ellos unos momentos, se volvió luego hacia el sargento que le acompañaba y éste entró en el faro, salió al balcón e izó en el mástil una bandera rojigualda. En ese instante, las dotaciones de los barcos se cuadraron, mientras el cañoncito de avisos del buque insignia rendía honores a la enseña disparando las veintiuna salvas de ordenanza. Algo cálido se derritió en el pecho de Gervasio, los pelos de las templas se avivaron, pero el contundente palmetazo de Dámaso en su espalda le hizo reaccionar:

—Me gustan estas guerras, marinero. ¿Qué te parece? ¿Has visto cómo se conquista un archipiélago?

Durante las últimas semanas se había activado en Gervasio su facultad congénita para transmutar la realidad, para convertir en gestas los sucesos más triviales, para magnificar la más pura inanidad. Inspirado por su fantasía, la operación Columbretes (islas cuya existencia también ignoraba el tío Felipe Neri) había sido un desembarco florido. En su carta habló, sin mentir, de estrategia previa (navegación antisubmarina, preparación artillera), subsiguiente ametrallamiento, desembarco a bayoneta calada, ocupación de la isla, y, como feliz colofón, «el instante embriagador en que la enseña patria fue izada en la capital del archipiélago, acompañada por las veintiuna salvas de ordenanza. —Al relatar la emotiva ceremonia, a Gervasio se le fue la pluma—: En ese grandioso momento, tío, se me vino a las mientes la estampa de los viejos conquistadores tomando posesión de tierras de infieles en nombre de Su Majestad, el Rey de las Españas».

A Gervasio le iba ganando la fiebre de la literatura. Gustaba de hincharse, como un pavo real, trasudar sus emociones. La vaga intuición de que aquellas cartas pudieran servir un día de apoyo para delinear su perfil de héroe le ponía en cuidado, le obligaba a vigilarse, a medir sus expresiones. Tío Felipe Neri le contestaba a vuelta de correo cartas soflameras desbordadas de ardor patriótico, inevitablemente encabezadas con el consabido presupuesto filosófico «¿Quién como Dios?»: «Gracias a vuestro heroico sacrificio, la Patria empieza a renacer», decía. Eran misivas cálidas, gratificadoras, pero que Gervasio hubiera preferido leer en la letra picuda, enérgica y nerviosa de Manena Abad. La niña del pelo mechado, a quien él enaltecía en el recuerdo, proseguía, sin embargo, atribuyendo un alcance deportivo a su empeño histórico: «Vivir en el mar, ¡Dios mío!, mi sueño de toda la vida». Gervasio refunfuñaba, desaprobando el frívolo juicio de la muchacha. Empero, de regreso a la base, tras la tartarinesca operación, se olvidó de la niña y de sus juicios ante la desoladora carta de mamá Zita. Eduardo Custodio no se recuperaba. La terrible infección prácticamente le había dejado sin vista, apenas distinguía el día de la noche. Aprendía a leer en el sistema Braille, para los ciegos. Acerca de su estado de espíritu nada podía decirle puesto que Eduardo se había cerrado a cualquier intromisión. Mamá Zita concluía su carta exhortándole a pedir por él. «Me da miedo ese chico —escribía—. ¿Qué ideas bullen dentro de su desgraciada cabeza?». Estas últimas frases, que gratuitamente relacionó con su frustrada escaramuza con la Cubana, sumieron a Gervasio en una erosiva crisis religiosa. Tenía que rezar por él. Pero ¿estaba su conciencia en condiciones de rezar por nadie? ¿Cuánto tiempo hacía que no iba a la iglesia, que no comulgaba? ¿Resultaba coherente que mientras su amigo perdía la vista él pasara la tarde en un burdel? ¿Era propio de un cruzado semejante comportamiento? Apeló a su soledad, a la debilidad humana, a la flaqueza de la carne, para justificarse, mas, en cualquier caso, ¿era consecuente que las huestes de Cristo Rey viviesen en pecado, peleasen en pecado, muriesen en pecado? ¿Sabía, siquiera, si Tato Delgado había muerto en gracia? ¿Y el resto de los caídos del *Baleares*? ¿Apreciaría, quizá, el Señor contrición en su sacrificio y los salvaría? ¿Por qué razón las palabras de los cruzados de la Cruzada iban por un lado y su conducta por otro? Y si su comportamiento era fementido, desleal con los principios, ¿en qué se diferenciaban los cruzados de los rojos?

Hasta que decidió confesarse pasó unos días de religiosa inestabilidad. A Dámaso Valentín le sorprendió su resolución:

—No me digas que vas a matar la tarde en una iglesia, marinero.

Había una enfática arrogancia en la respuesta de Gervasio:

—¿Por qué luchamos, entonces?

Se metió en la Catedral a las cinco de la tarde y pasó dos horas sentado en un banco, bajo la luz versicolor de los vitrales, repitiendo puerilmente: «Señor, que vea Eduardo; que mi amigo no se quede ciego». Al cabo de una hora, en un arrebato místico, Gervasio planteó al Señor un curioso trueque: la vista de su ojo izquierdo por la del ojo derecho de su amigo Eduardo Custodio. Tentado estuvo de ofrecer los dos, pero le faltó coraje, receloso de que el Señor le tomara por la palabra, aunque para acallar los reproches de su conciencia se dijo que tampoco era equitativo que Eduardo recuperase la vista de los dos ojos (sin miopía, además) mientras él se quedaba ciego para el resto de sus días. Pese a lo condicionado de su propuesta, le emocionó su propio desprendimiento, se sintió excelso, parejo a San Martín que, en una jornada inclemente, entregaba a un necesitado la mitad de su capa. Estaba seguro de que la filantropía, el sentimiento de solidaridad de Peter, jamás llegaría a tanto. Desprenderse de un ojo le supondría la renuncia a la Escuela Naval y esto no lo haría Peter ni por Eduardo Custodio ni por nadie. Tales fantasías caritativas, como antaño sus lucubraciones épicas, le realzaban ante sus ojos, le movían a sentirse superior al resto de los humanos.

Las inmensas naves desiertas, preservadas del ajetreo urbano por sus anchos muros de piedra sillar, ayudaban a Gervasio a concentrarse. Primero dispuso mentalmente sus pecados por orden alfabético: Cubana, Dios, Papá Telmo (su inhibición, su distanciamiento respecto a él) mas, a renglón seguido, decidió clasificarlos con arreglo a los Mandamientos: decía amar a Dios sobre todas las cosas, pero más que a Él amaba a Manena Abad y cuanto mayores eran sus desdenes, más la amaba. Decía santificar las fiestas, pero más de dos domingos y de tres se había quedado tumbado al sol en el *espardek*, junto al Escorbuto, en lugar de asistir a la misa que el *pater* rezaba a las once, en el sollado [4]. Decía honrar padre y madre, pero, en el mejor de los casos, únicamente honraba a esta última; a papá Telmo lo menospreciaba, se avergonzaba de él, odiaba sus convicciones, le juzgaba un mal patriota y desdeñaba sus consejos. Decía no fornicar pero lo había pretendido con la Cubana y el malogro de su acción le había abochornado. El arreglo de cuentas con su conciencia le infundía un mullido bienestar, aunque una voz interior le decía que, pese a su misticismo circunstancial, las cosas no cambiarían demasiado en el futuro. Sonó un portazo lejano y, a la derecha del altar mayor, apareció un cura consumido, de pasos arrastrados y seniles, y se confesó con él, a voces, gesticulando, para obviar su sordera. Y el domingo

siguiente, nuevamente en la mar, comulgó en la misa de a bordo junto a cuatro docenas de compañeros. Al retirarse, en lugar de dar gracias a Dios y pedirle por su amigo ciego, estuvo echando cuentas, estableciendo proporciones. Si los comulgantes eran cincuenta entre 1200, la conclusión no podía resultar más desoladora: el navío apenas albergaba un cuatro por ciento de cruzados, luego aquella guerra tenía que ser necesariamente algo diferente de lo que decía tío Felipe Neri. A última hora logró concentrarse y, mecido por una mar rizada pero no bronca, ofreció la Eucaristía por su amigo Eduardo Custodio (sin aludir al cambio de ojos) y por papá Telmo, no por su seguridad, sino una vez más para que se convirtiera.

«Revestido del hombre nuevo» ascendió al *espardek*, comprensivo, abnegado, solidario, altruista, generoso y proclive al perdón. En la ametralladora de babor encontró a Luis Naveira, el Cativo, paisano del cabo Pita, y se dirigió a él sin ambajes. ¿Qué le había sucedido al cabo? ¿Cuáles eran los motivos de su tristeza, su hurañía, su amargura, su melancolía? El Cativo lo miraba con sus rubias pupilas candorosas, haciendo chascar ruidosamente las articulaciones de sus dedos: «A mí no me preguntes, 377A. Yo no sé nada. —Gervasio insistía e insistía y el Cativo se replegaba—: Mira, 377A, cada uno es cada uno. A mí no me gusta entrometerme en la vida de los demás». Pero Gervasio, en su beatitud, en su anhelo de darse al prójimo, perseveraba: ¿Y la solidaridad? ¿Y el compañerismo? ¿Y la ayuda mutua? ¿Por qué peleamos aquí si no es para auxiliarnos los unos a los otros? Al fin, el Cativo, con su rostro infantil, de imberbes mofletes encendidos, dejó caer que la desgracia del cabo Pita era irremediable. Su único hermano, Máximo Pita, padre de siete criaturas, había sido asesinado en el pueblo a poco de empezar la guerra. Pero Gervasio, a quien la información se le hacía insuficiente, le cercó, le acosó, le encareció, mas el Cativo guardó silencio, no sabía más, lo dicho se lo había oído contar a su padre, puesto que él no estaba en el pueblo cuando sucedieron los hechos.

Durante la guardia de tarde, el crucero alcanzó el litoral recién conquistado, cerca de Vinaroz, e interceptó un barco francés de pequeño tonelaje, el *Balbec*, que huía rumbo norte con refugiados. Dos horas después, encomendó la custodia de la presa al mercante artillado *Mar Negro*, viró en redondo y navegó paralelo a la costa, tan próximo que los soldados y marineros intercambiaban saludos con gorros y pañuelos. Al anochecer, tres Martin Bomber dejaron caer sus bombas sobre ellos. Volaban tan altos (a más de 3000 metros) que, a pesar de irrumpir por sorpresa, no lograron hacer blanco. Bartolomé Roselló, el Mallorquín, con sus cejas incógnitas, había

dirigido el tiro de barreras y Gervasio, arqueado sobre el acústico, seca la boca, encogido el estómago, el vientre mohíno, atemperado su miedo por el convencimiento de que, en el peor de los casos, sería capaz de ganar la costa a nado (donde los soldados que vivaqueaban en las playas le recibirían en olor de multitud), ordenó con voz henchida: «¡Fuego, fuego, fuego!», hasta enronquecer y, a la noche, en la segunda guardia, cansado, el cielo abierto, la mar en calma, la conciencia limpia y el ánimo templado, se quedó profundamente dormido por segunda vez. Al despertar, entre las sombras, divisó la cogotuda silueta del cabo Pita a su lado, envuelto en el frailuno capotón, tapando con la mano los cristales externos de los prismáticos. Se encogió sobre sí mismo desfondado y, al igual que la primera vez, dejó deslizar su trasero por el taburete de hierro hasta quedar de pie, avergonzado y confuso, junto al cabo Pita:

—A qué viniste a la guerra, 377A. ¿A dormir?

—A pelear, cabo Pita. Me alisté voluntario para luchar por España.

—¿Es que los castellanos lucháis por España con los ojos cerrados?

Guardó silencio; se sentía acorralado, la cabeza hueca. Miodelo tocaba *Carrasclás* en la otra banda mientras el flaco Santoña vigilaba el cachete. El cabo Pita le miraba de arriba abajo, aguardando una respuesta. Gervasio resolvió cerrar los ojos y jugarse el todo por el todo:

—No dará parte por escrito, ¿verdad, cabo?

—Yo no doy partes por escrito, 377A, entérate de una vez; yo no soy de ésos. Pero eso no justifica que tú abuses de mi buena disposición.

Tras la comunión de la víspera, la magnanimidad del cabo Pita acabó de reblandecerle el corazón; se sintió tierno, cirineo, audaz. Y cuando le dijo de sopetón al cabo que conocía el tormento de su hermano y lo deploraba, los ojos de Pita, dos manchas oscuras en la penumbra, brillaron estupefactos un momento, pero no acertó a responder. Entonces Gervasio, súbitamente confidencial, le habló con pasión de aquello que, desde que comenzó la guerra, celaba como una vergüenza: la prisión de papá Telmo. Papá Telmo republicano, inconformista, desclasado, encerrado desde los primeros días del Alzamiento en la Plaza de Toros de su ciudad. Se sorprendió hablando de su padre con calor, con un trasfondo de entusiasmo, con afecto. Entre papá Telmo y Pita, el muchacho establecía un punto de afinidad. Y el cabo le escuchaba confuso, sin saber qué partido tomar. Por primera vez, dentro del clima de incomprensión habitual, Gervasio aireaba la conducta civil de su padre con orgullo, persuadido de que era juzgada a la luz de otros principios. Al fin había hallado, entre su círculo de amigos y conocidos, uno capaz de

valorar la actitud de papá Telmo. Y, de pronto, se le hizo claro que ningún hombre debe cohibir la libertad de pensar de otro hombre, pero un prurito de ecuanimidad le movió a narrar la muerte de tío Fadrique, asesinado con otros diez correligionarios en el Cerro de los Ángeles, al pie del Cristo («un miliciano exclamó: "Muerto Dios, nada pintan aquí los monaguillos". Les colocaron frente al pedestal y les pegaron cuatro tiros, ¿qué le parece, cabo Pita?»). El cabo, desconcertado, se bajó la capucha del capote, como si le estorbase, o le diera calor, o le impidiese oír, y comenzó a hablar, primero entrecortadamente, luego con aplomo y convicción, incluso con ardor: también *los otros*, en la aldea, habían obligado a su hermano Máximo a hacer el camino del Cristo, el Vía Crucis alrededor de la ermita y, en cada estación, le golpeaban sin duelo, de tal modo que cuando llegó a la última no hubo necesidad de crucificarlo, porque tenía el cráneo fracturado y estaba muerto. Temblaba el cabo Pita, aferrado al antepecho del mamparo, bajo las estrellas, y añadió desanudando la voz:

—Por eso yo creo que una cosa es mentar a Cristo y otra distinta creer en Él. Porque lo que Cristo predicaba era que nos amásemos los unos a los otros.

Gervasio se vio arrinconado, sin salida, pero, proclive a la fraternidad como se sentía esta noche, dijo con una punta de voz:

—Es la guerra, cabo.

—Ya lo sé que es la guerra, 377A, pero ¿quién inventó esta maldita guerra?

Gervasio se debatía como gato panza arriba. Recordó los anatemas de tío Felipe Neri en el salón de palacio, clamando, como un profeta miope y con úlcera de estómago, contra los excesos de la horda, y al no encontrar otra respuesta a mano, repitió lo que le había oído decir decenas de veces:

—Mi tío el militar aseguraba que la guerra estalló en 1934, cuando la revolución de octubre. Según él, lo que vino después era ya inevitable.

—Aunque así fuera, 377A, algo falló. Si el oficio de los curas y el deber de los cristianos es perdonar, algo importante falló en ese momento.

Se hallaban tan enfrascados en la conversación, que la primera vez que Miodelo anunció, con tono apremiante, que se divisaba una sombra por la amura de babor, ninguno se movió, y luego, cuando lo repitió y el flaco Santoña llamó al cabo, ya en franco tono de alarma, se produjo una viva conmoción en el puesto. Los cuatro hablaban a la vez, amontonados en el cachete, intentando seguir con los ojos el dedo de Miodelo, sobre el hombro de Santoña:

—Una sombra, cabo… ¡Dios santo! Diez grados a babor. No la pierdo de vista. Avise al puesto A. Apure, cabo Pita, puede torpedearnos.

El cabo, Gervasio y Santoña enfocaban sus prismáticos en la dirección indicada. Pita habló después de recorrer detenidamente el sector:

—No doy con ella. ¿No serán figuraciones, Miodelo?

Una silueta negra, rígida, aristada, levantada de proa, silenciosa, pareció emerger súbitamente de las profundidades del mar ante los atónitos ojos de Gervasio:

—¡Cielo Santo, es cierto! —exclamó sobrecogido, bloqueadas las vísceras, un leve temblor en los pelos del colodrillo, bajo el capuchón frailuno—: ¡está ahí mismo, a poco más de una milla, cabo, veinte grados a babor!

La sombra negra, sobre la mar negra, aparecía y se desvanecía en períodos fugaces, el pálido trazo de la estela como más perceptible referencia: una silueta chata, maciza, empinada, con exceso de obra muerta. Añadió Gervasio, como si su afán de precisión garantizara algo:

—Demasiado alta para destructor y corta para crucero. ¿Aviso al puesto A, cabo Pita?

—Aguarda.

—¿Y si suelta los pepinos? ¡No nos vaya a ocurrir lo que al *Baleares*, cabo! —voceó alarmado Miodelo.

El cabo Pita se había quedado en silencio, los prismáticos desmayados sobre el pecho, recostado en el telémetro, un poco adelantada la cogotuda cabeza, mirando al infinito, como inmolándose. Y como si de pronto recordase algo, se puso un cigarrillo entre los labios y sacó su chisquero del bolsillo anterior de la faena dispuesto a prenderlo. Miodelo se abalanzó sobre él, manoteando:

—¡No irá usted a fumar ahora, cabo! ¿Es que pretende que nos manden al infierno?

Los gemidos nerviosos del teléfono del puesto A le sobresaltaron. Miodelo se sentó en el sillín de hierro:

—Puesto A.

—Puesto H.

—¿No vieron ustedes una sombra por babor? En este momento se pierde por la popa. Respondan. Corto.

Las palabras de Miodelo sonaban neutras, divagadoras, el rabillo del ojo en el cabo Pita, todavía recostado en el telémetro:

—Habla puesto H. Uno de nosotros ha creído ver esa sombra, pero no nos poníamos de acuerdo. No se veía con precisión. Ésa es la razón de no haber dado parte.

Crujió la membrana del puesto A como si se hubiera rajado:

—Habla puesto A. Ustedes deben saber que cualquier anormalidad observada ha de ser comunicada al puente. Su omisión es grave. ¿Quién es el jefe de grupo?

Miodelo miró al cabo Pita, ensimismado, ajeno a la conversación. Bajó la voz para añadir:

—Habla puesto H. El cabo Pita.

—Habla puesto A. De orden del señor comandante que se ponga al teléfono el cabo Pita. Corto.

El cabo Pita movió la cabeza dos o tres veces antes de sentarse, carraspeó, y dijo con voz quebrada: «Cabo Pita a sus órdenes». Luego se cruzó las puntas del capote sobre el vientre y aguardó impasible la respuesta. Su conducta, teniendo en cuenta su experiencia, era injustificable. ¿Cuál era la razón para ocultar al puente la sospecha de una sombra? La aludida sombra era real: se trataba del minador *Marte*, deliberadamente instrumentado por el mando para probar la eficacia de los servicios de vigilancia del crucero. Los puestos A, B y C habían respondido con diligencia. ¿A qué había sido debido el contumaz silencio del H? Si la seguridad de la nave hubiera dependido de ese puesto y el enemigo hubiera sido real, a estas horas estarían todos en el fondo del mar. «Su conducta no admite excusas, cabo Pita —concluyó la voz metálica—. Habrá que tomar medidas disciplinarias. Mañana, a las ocho de la mañana, pásese usted por el puente».

—A sus órdenes, mi comandante.

No cambió de postura al cerrar el interruptor. Miodelo, Santoña y Gervasio lo observaban con un cierto distanciamiento, una mezcla de inculpación e indulgencia, como a una alimaña apresada en un cepo. Dijo el cabo Pita, rígido, sin volver la cabeza:

—Lo siento. No vi el minador ni tampoco me fié de vosotros. Si lo hubiera visto hubiésemos avisado. Soy el único responsable —se levantó, consultó el reloj de muñeca a la luz de las estrellas, aproximando mucho los ojos a la esfera, y agregó—: tú, 377A, apura. Pasan veinte minutos de la hora. Avisa al relevo.

XX

El cabo Pita fue sancionado con diez turnos de arresto, sanción que, dado el ritmo de salidas del crucero, equivalía a dos o tres meses sin saltar a tierra. Su entrevista con el comandante apenas trascendió. A más de evasivo, como ya era habitual en él, el cabo regresó cabizbajo, a la manera de un escolar sorprendido en falta flagrante. No dio explicaciones a nadie, ni nadie osó pedírselas tampoco; se aisló; literalmente se marginó. Radio Bolina elogió su gallardía al asumir la responsabilidad del hecho, exculpando a los miembros de su grupo. No obstante, su falta produjo en el puesto H una amarga decepción. El descrédito ante los otros puestos de dirección de tiro era palmario. El H había sido el único que no alertó al puente, y, con ello, la competencia de su dotación quedaba en entredicho. Una rivalidad tácita aconsejaba, en cualquier caso, comportarse como el mejor, y el cabo Pita, con veinte años de experiencia marinera, no lo ignoraba. Acaso por ello, al saberse responsable, se mostraba cada vez más remoto y encubridizo. Gervasio asistía al proceso de descomposición moral del cabo, lo vigilaba. En las horas que precedieron al incidente del minador había confiado en superar su reserva, pero ahora se daba cuenta de que sus confidencias no obedecieron a una necesidad de comunicación, sino a un rapto de debilidad suscitado por el suyo propio. En las guardias siguientes esperó en vano que se reanudara el diálogo inconcluso, pero Pita se mantuvo mudo, ajeno al mundo exterior, hasta tal punto que cuando alguien se veía en la necesidad de recurrir a él, inevitablemente le cogía de sorpresa y el retorno a la realidad le suponía un auténtico esfuerzo mental. Peter, a quien Gervasio había informado sobre la muerte del hermano del cabo, le aconsejó apelar a algún subterfugio para invitarle a retomar el tema, pero las tentativas de Gervasio en este sentido resultaron fallidas. «Pita —como Damasito decía— no entró al trapo». Extraño a su pretensión, proseguía inmerso en su mundo, tan ensimismado que era capaz de dejar transcurrir las guardias sin pronunciar una palabra, si es caso, fumando algún que otro cigarrillo o bebiendo un trago de coñac del botellín-petaca que, desde la famosa noche, portaba en el bolsillo lateral de la faena. Gervasio se limitaba, pues, a observarlo a distancia, y Miodelo, solidarizado con él, con un respeto funeral hacia su mutismo, había dejado de tocar la armónica, hasta que una noche, Pita, que por razones ignoradas, tal vez un poco ebrio, compareció menos cerrado que de costumbre, le dijo, como si no hubiera advertido la interrupción de los conciertos:

—Miodelo, ¿por qué no te tocas *El bonete del cura*?

Miodelo, gratamente sorprendido, sacó la armónica de entre los pliegues del pañuelo y tocó *El bonete del cura,* a medio tono, con mucho sentimiento. De esta manera inesperada se reanudaron en las guardias nocturnas los solos de armónica de Miodelo.

Durante las horas de rancho, el cabo Pita presidía la mesa arcano y distante. Apenas comía, fumaba todo el tiempo y bebía un vaso de vino tras otro. Su inapetencia, advertida ya por Gervasio desde su ingreso en el crucero, había ido en aumento y llegó a ser total unas semanas después de su arresto. El cabo enflaquecía, se le abolsaban los pantalones en los fondillos, se le sumía el rostro, y, con ello, el cogote se pronunciaba, y en el ojo derecho le nació un tic que era como un guiño incompleto, reiterado y maquinal. Gervasio vivía pendiente de él, y aunque sabía que el cabo no comulgaba con los ideales del Alzamiento, se resistía, pese a su evidencia, a atribuir a mala fe el incidente del minador. En rigor, sustentaba sobre este punto criterios contrapuestos que variaban con las circunstancias. En ocasiones se decía: «Es un espía. Vio la sombra del minador como los demás pero prefirió callarlo. Y cuando se recostó en el telémetro e intentó encender un cigarrillo, estaba ofrendando el crucero a la causa de la República». Mas, si miraba de frente el azul cambiante de aquellos ojos erráticos, concluía que, al resistirse a comunicar al puente la presencia de la sombra, el cabo Pita había obrado noblemente, pretendiendo salvar del ridículo el buen nombre del puesto H. Lo cierto es que en los zafarranchos y ejercicios de tiro que siguieron al incidente, el cabo Pita solía presentarse con retraso, a veces algo bebido, demoraba coger el blanco, y sus datos discrepaban a menudo de los de su compañero Javier Medina. La vigilancia del cabo que Gervasio inició por curiosidad, derivó hacia un espionaje sistemático, diligente, casi profesional. Controlaba con disimulo sus paseos por cubierta, sus esporádicas visitas a las taquillas, sus incursiones al mayordomo, sus escarceos por pañoles y sollados. De este modo pudo descubrir una amistad ignorada de Pita: el cabo Poncela, el pagador del pañol de popa, en el sollado 2. Allí se veían diariamente, conversaban, cambiaban notas y papeles, y una tarde, minutos antes de salir francos, vestido ya con la gala, Gervasio siguió a Pita hasta los beques y allí vio cómo entregaba a Poncela un abultado sobre por encima del medio mamparo que separaba los jardines de marinería. El cabo Poncela, tocado con el lepanto, dispuesto a saltar a tierra, se apresuró a ocultar el sobre en el saquillo blanco de la ropa sucia. El corazón le latía a Gervasio en la garganta. Siguió al cabo hasta el lanchón de francos y, una vez en tierra, hasta una de las últimas casitas del Arenal, de donde salió, minutos después, sin el saquillo

blanco y con otro listado en la mano. Acto seguido, el cabo, siempre solo, dio dos vueltas al Paseo del Borne antes de sentarse en la terraza de la Granja Reus. A través del cristal, desde otra mesa, en el interior del café, simulando leer el periódico, Gervasio lo observaba. El cabo Poncela había pedido un café con leche y una ensaimada, y antes de concluir la merienda, un hombre alto, con los ojos sin pestañas, rojos los ribetes de los párpados, ataviado con una holgada americana de rayas grises y negras, se sentó en la mesa contigua y pidió un café solo. En el trance de pagar la consumición, el cabo Poncela hurgó en el saquillo listado, sacó de él el grueso sobre, lo depositó distraídamente en la silla vacía que le separaba del hombre sin pestañas y se puso en pie. Los latidos del corazón de Gervasio eran tan violentos que se ahogaba. Vio alejarse al cabo Poncela y perderse entre el gentío, mientras el hombre de los ojos sin pestañas recogía el sobre de la silla de mimbre, lo guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta y se incorporaba también. Gervasio le siguió hasta la calle Cifré, dobló luego por la de San Cayetano, muy concurrida, y aceleró el paso para no quedar rezagado. Aunque por dos veces volvió la cabeza, el hombre de los ojos desvalidos caminaba confiado, sin prisas, haciendo periódicos altos. Gervasio le seguía, deteniéndose en las esquinas, en los oscuros zaguanes y, conforme se adentraban en el dédalo de callejuelas del barrio antiguo y el tráfago empezaba a decrecer, dejaba aumentar la distancia que los separaba. Bruscamente, el hombre de la chaqueta listada se detuvo y dio media vuelta, con tal rapidez que Gervasio apenas tuvo tiempo de hincar la rodilla en tierra y simular que se ataba el cordón de una bota. A la altura de la Corredera de Tous y Maroto, en la calle de San Nicolás, anochecido ya, el hombre de la americana a rayas apresuró la marcha (sus pasos resonaban rítmicamente en las desgastadas losas del pavimento), pero al comprobar con el rabillo del ojo que Gervasio hacía lo mismo, en un movimiento imprevisto arrancó a correr. Los largos faldones de la chaqueta desabotonada le azotaban el trasero mientras Gervasio lo perseguía a la carrera, aturdido por el tableteo de sus propias pisadas en el angostillo, mas al alcanzar la segunda esquina lo perdió de vista. Resollando, sin detenerse, avanzó hasta la encrucijada, miró en los dos sentidos y, al no divisar al hombre, dobló sin vacilar por la calle de los Cestos. Recorrió al azar otras dos callejas y al final de la segunda se detuvo, jadeando, en el quicio de un portal, atisbando a un lado y a otro. Pensó que el extraño hombre de la chaqueta listada lo había despistado y aspiró aire por la boca con avidez. Por vez primera desde que iniciara la persecución, se preguntó: «Y si le cojo, ¿qué?». Su estómago se contrajo. Sentía en el cuello los latidos de su corazón.

Resollaba. Bajo el resplandor opalino de la lámpara de la esquina, creyó entrever la familiar silueta pero no se movió. «¿Es que estoy loco?», se dijo para justificar su retraimiento. En las medias tinieblas de la Plaza de Santa Eulalia la sombra se desvaneció de nuevo. Esperó, cobijado en un zaguán, en la calle Arquitecto Reyes, a que su agitado corazón se serenase y, al cabo, regresó al Paseo del Borne.

A la mañana siguiente, tras el baldeo del *espardek*, Gervasio se apresuró a convocar controversia en la rinconera de taquillas del sollado 3 para informar a los amigos de los últimos descubrimientos. Al oír su relato, Dámaso estregó la roja lengua contra la mella del diente, la cabeza gacha, mientras liaba un cigarrillo. Peter, la barbilla entre las rodillas recogidas, adoptaba una actitud de solemnidad extrema. Se acarició el cogote a redopelo antes de hablar:

—Pita es un rojo emboscado; no hay que darle más vueltas.

Dámaso Valentín levantó la cabeza de golpe, la roja lengua dispuesta a pasar la punta por el filete engomado:

—Los dedos se os hacen huéspedes —dijo—. ¿Es que no puede tener relaciones con tierra un hombre arrestado? ¿Por qué no una mujer?

Gervasio rechazó la sugerencia:

—Si así fuera, ¿por qué no le entregó la carta a Poncela a la vista de todo el mundo en lugar de hacerlo a escondidas, en los retretes?

Dámaso Valentín, en actitud socarrona, expulsaba anillos de humo sin responderle. A Gervasio le disgustaba su jovial ligereza. Había conseguido inquietar a Peter pero Dámaso, obstinado en su frívola irresponsabilidad, se le escurría, no había forma de centrarlo, de hacerle reflexionar. Intentó arrancarle de su escepticismo mediante una serie de interrogantes fiscales: ¿por qué ese diario trajín entre Pita y el cabo Poncela? ¿Por qué le servía éste de enlace con paisanos extraños en el exterior? ¿Por qué Poncela no dirigió la palabra al hombre de la chaqueta listada limitándose a dejarle la carta sobre la silla vacía como si no se conociesen? La chispa de burla no se apagaba en los ojos de Dámaso mientras se acentuaba la sombra de gravedad en los de Peter, quien acabó por sentenciar que Pita había perdido los papeles y su omisión ante la presencia del minador *Marte* había sido, sin duda, deliberada. La voz de Gervasio titubeó al formular la pregunta obligada:

—Y… ¿y qué podemos hacer?

—Dar parte. Denunciarlo al mando. No veo otra solución.

—Para eso no cuentes conmigo.

—¿Es que piensas encubrirlo?

—Llámalo como quieras, pero yo *no puedo* hacerlo. Sería como si delatase a mi padre.

Gervasio era consciente de la inconsecuencia de su juego. Resultaba paradójico amontonar sospechas sobre el cabo para luego, llegado el momento de las decisiones, excusarlo, echarlas por tierra, erigirse en su defensor. Y cuando Peter se lo hizo notar, no lo negó, pero recalcó patéticamente que dar parte de Pita equivaldría a ponerle con las manos atadas ante el piquete de ejecución. Llevaba varios días rumiando la última nota de papá Telmo en respuesta a su samaritana carta del día de la Comunión. Papá Telmo había respetado sus ideas pero, tan pronto Gervasio le dio una oportunidad, le envió unas líneas entrañables, transidas de ternura: «Ninguna cosa es tan importante —decía— como para separar a un hijo de su padre». Gervasio daba vueltas a esta frase una y otra vez. La postura de papá Telmo era clara: ni la política, ni la religión, ni la guerra eran causas suficientes para distanciar a un padre de su hijo. Su corazón se ablandó. Admitió la precavida aproximación sentimental de su padre como un proceso natural. Y recordó una frase del tío Jairo en una de las veladas sabatinas de palacio, cuyo alcance no llegó a desentrañar entonces: «El espíritu de la madre domina en el niño hasta la adolescencia. A partir de ahí, el del padre (de ordinario más razonable, menos instintivo) empieza a desplazar a aquél para terminar imponiéndose». ¿Era puro azar que, en vísperas de cumplir dieciocho años, evocara esta frase? ¿Era también casual que, frisando esa edad, hubiera dirigido a papá Telmo su primera carta sin reticencias, inspirada en un cariño espontáneo? Algunas noches, al salir de guardia y desaferrar el coy, en los segundos precursores del sueño, se esforzaba en configurar su rostro, pero sus facciones se resistían, se difuminaban en la memoria, y acababa conformando un semblante que recordaba vagamente el del cabo Pita. Miró a Dámaso, tendido en el linóleo, los dedos trenzados bajo la nuca, observando las barras de hierro que trincaban al techo mesas y bancos. Se sentía flotar, a la intemperie, solo. Y tal vez si Peter, en ese momento, le hubiera dirigido una palabra cariñosa se hubiera echado a llorar. Pero Peter, con un razonamiento impecable, insistía en la solución expedita. Tras una larga pausa, se mordió el labio inferior para decir:

—No ignoro que la guerra es dura, incluso cruel, pero desde el momento en que demos entrada al sentimiento *podemos perderla*.

El estallido de Gervasio fue algo inesperado. Él fue el primer sorprendido de su arrebato de locuacidad, en el que prevalecía la pasión sobre el discernimiento. Y en su discurso exaltado mezcló los nombres de los tíos

Norberto y Adrián con los de los tíos David y Fadrique, evocó sus muertes respectivas, «una misma muerte», dijo, y, como única salida viable del círculo vicioso de su exposición, descargó su animosidad contra Peter, le llamó «frío estratega calculador», le acusó de afrontar la guerra como si fuera una partida de ajedrez, sin seres humanos implicados («un barco contra otro barco, un avión contra otro avión, una trinchera contra otra trinchera», dijo), cuando, en realidad, aquella guerra entrañaba una faceta sórdida, sucia, que Peter conocía y en la que él no estaba dispuesto a participar. Era la primera vez que levantaba la voz a su amigo y, al terminar, quedó tembloroso, asustado de su propia vehemencia, bajo la asombrada mirada de Dámaso, que se había incorporado, mientras Peter, confundido, bajó los ojos, fingió abstraerse en las orejeras de su abisinio, cuyo automático abrochaba y desabrochaba maquinalmente. Al cabo de un rato levantó la cabeza y alegó, disculpándose, que la guerra, con todos sus horrores, exigía a veces ser un «frío estratega calculador», manifestación que conmovió a Gervasio y le impulsó no ya a pedirle disculpas, sino a prometerle solemnemente («te doy mi palabra de honor», dijo) que no dejaría al cabo Pita ni a sol ni a sombra y, llegado el caso, le haría ver la necesidad de que abandonase el barco.

Fiel a su compromiso, a primera hora de la mañana siguió los pasos del cabo Pita hasta el sollado 1, a proa, el más distante del puesto H, y allí, sobre un coy de la batayola, le vio escribir un mensaje en una hoja de bloc, doblar el papel en cuatro pliegues y deslizarlo luego por la rendija de una taquilla en el pasillo de calderas. Una hora más tarde compareció su destinatario, el cabo Poncela, el pagador, quien, después de leer la nota, hizo un rebujo con el papel y lo guardó en el bolsillo alto de la faena. Seguidamente, sin moverse del sitio, apoyándose en el mamparo, escribió unas líneas apresuradas de respuesta que, a su vez, introdujo en la taquilla del cabo Pita. Hasta después de hacerse el crucero a la mar, tres días más tarde, los cabos Pita y Poncela no volvieron a verse, de lo que Gervasio dedujo que el hombre de la chaqueta a rayas les había alertado.

Había vuelto el frío y un escarceo gris arrugaba la superficie del mar. La prensa hablaba en aquellos días de una cruenta batalla en el Ebro, favorable en principio a los republicanos, que atravesaron el río, y desenlazada, al fin, con una nueva victoria nacionalista. ¿Qué se les había perdido, entonces, a ellos en el sur, hacia donde había arrumbado la flotilla de cruceros? Radio Bolina fue escueta y fidedigna en esta ocasión: el destructor *José Luis Díez*, refugiado desde el comienzo de las hostilidades en un puerto francés del Atlántico, se proponía forzar el bloqueo y llegar a Cartagena. Al abocar el

Estrecho, la mar engordó. La nave espaldeaba, batida por un viento de levante, en un día transparente, de visibilidad táctil. A estribor, resaltaba Gibraltar, la cresta encendida, los tres oscuros destructores al pie y, a babor, la silueta ahumada de las costas del Magreb y, destacando sobre ellas, como recortables, los cuatro minadores, chatos y pesados, inmóviles en la vasta perspectiva. Dámaso Valentín, después de contemplar la formación con los prismáticos, dijo socarronamente, volviéndose hacia ellos:

—¿Qué le parecería esto al cabo Rego? ¿Una valerosa acción o una *cobarde emboscada*?

Se reía a golpes, en entrecortadas risotadas, levantando y bajando la cabeza, como las gallinas al beber. Gervasio, que para olvidar el mareo hacía dos jornadas que evitaba el ambiente enrarecido de los sollados, se asió a la cadena del *espardek*. Peter se puso a su lado:

—Me gustaría saber —dijo— qué estará tramando el tipo ese en este momento.

—¿Quién? ¿Pita?

—Pita, claro, ¿quién iba a ser?

Gervasio acompañó su respuesta de una sonrisa evasiva. Su actitud ante Peter, después de su enfrentamiento, procuraba ser conciliadora:

—En alta mar, un hombre embarcado es lo mismo que un prisionero.

—No te fíes. Acuérdate del *Baleares*.

El crucero surcaba el Estrecho en largos desplazamientos, de la Línea de la Concepción a Trafalgar, ida y vuelta, como un gigantesco centinela. Día y noche repetía el mismo itinerario. A babor y estribor, las flotillas de minadores y destructores navegaban también, una y otra vez, las mismas aguas. La tercera noche, cuando ya desesperaban de que el destructor compareciese, les despertó el toque de zafarrancho de combate por los altavoces. Ante la alarma, el malestar de Gervasio desapareció. Sentado en el taburete, junto al tubo, arrebujado en la manta, la boca seca, trataba de conjurar un nuevo ataque de perlesía. El puesto A anunció una sombra por estribor. Gervasio se envolvió en la manta, dobló el cuerpo sobre el tubo y repitió la orden de don Mario a los cañones:

—¡Listos para tiro de superficie!

Pero algo no marchaba en los nidos de apuntadores: ni Javier Medina ni el cabo Pita acertaban a coger blanco (Gervasio observaba, a la luz de las estrellas, los movimientos desmanotados de éste, su forcejeo, el inútil ir y venir de la manivela). Viró el crucero y forzó la marcha. De la trepidación de los mamparos se colegía que navegaban a toda máquina. Sin duda, el puente

trataba de combatir al *José Luis Díez* con sus mismas armas: la velocidad. Más rápido que sus oponentes, si conseguía salvar la línea de bloqueo no podría ser detenido por nadie; en un santiamén los dejaría atrás. Gervasio sentía temblar sus manos bajo la manta, se estremeció con la primera salva de las torres de proa y miró de nuevo angustiado hacia el cabo Pita. Tubío cantaba rutinariamente distancias desde hacía rato y Javier Medina se había hecho con el blanco. Pero Pita ronceaba: «No veo, don Mario. No lo cojo». La salva de las torres de popa remeció el buque e iluminó el sombrerete del puesto como un relámpago. Traqueaban otras unidades por estribor, el fuego se generalizaba, pero Pita seguía forcejeando con la manivela, guiñaba un ojo, luego el otro, levantaba la cabeza desalentado, abría sus manos vacías en señal de impotencia, mientras don Mario se impacientaba: «Vamos, Pita, acabe, Pita; estamos aguardándole». Escoró el crucero en una nueva virada y atronaron las salvas de proa y popa. Se oían las andanadas de los minadores y Gervasio, acurrucado junto al acústico, miraba hacia el cabo Pita sin pestañear, sus atropellados movimientos en la penumbra. El cañoneo no cesaba, y cuando Miodelo voceó que el *José Luis Díez* había sido tocado, tenía un boquete a proa y se estaba hundiendo, el silencio se espesó en el puesto, no hubo manifestaciones de júbilo, antes al contrario, se percibió como un sentimiento de frustración. Don Mario se sentó al *spotter* y dijo: «Confirmen». El teléfono del puesto A aclaró que el destructor, seriamente averiado, aproaba a Gibraltar y, poco después, que había entrado en aguas jurisdiccionales inglesas y se evitase toda imprudencia. Don Mario se volvió, girando el silletín: «Posición de espera», dijo conteniendo la cólera.

Amanecía por el cachete, una luz nacarada, friolenta. Y la negra silueta del destructor, escorado de babor, escoltado por dos patrulleras inglesas, resaltaba sobre la albura del Peñón, bajo cuya sombra se cobijó minutos más tarde. Había sonado el toque de retirada y la dotación del puesto H fue bajando desalentada al *espardek*, agobiada de nuevo por una sensación de fracaso, sin que la festiva actitud de Miodelo, interpretando en la armónica *La bandera inglesa que ondea en Gibraltar*, sirviera para contrarrestarla.

Gervasio encontró a Peter en las cocinas, en la cola del café. Estaba fuera de sí. Tachó al cabo Pita de traidor, y cuando Gervasio trató de excusarlo le hizo ver que su postura era tan culpable como la deslealtad del cabo, y que incluso podría ser fusilado por ello. Gervasio titubeaba, pero aún apuró sus razonamientos: don Mario también había sido testigo de la conducta del cabo. Él era el jefe del puesto. ¿Por qué no dejarle que tomara la iniciativa? Peter se revolvía:

—¿Y si no la toma? Él no tiene las pruebas que tenemos nosotros. Nuestro deber es facilitárselas.

—Está bien, si no la toma, yo hablaré con Pita. Te he dado mi palabra y la cumpliré.

El triunfo sobre el *José Luis Díez*, citado en el parte de guerra y magnificado por la prensa, provocó un recibimiento clamoroso en la base: desfiles, colgaduras, música militar y una aparatosa misa de campaña en el muelle. Los empresarios, enternecidos, concedieron a la marinería entrada gratuita en los espectáculos durante tres días y un cincuenta por ciento de descuento en las consumiciones de los bares. Se anticipaba así la euforia del desenlace de la guerra. En este ambiente triunfal llegó el telegrama de tío Felipe Neri: «Conmovidos gloriosa hazaña nos enorgullece tener héroe familia punto sigue carta colectiva punto danos detalles miles felicitaciones y abrazos». Gervasio releyó el telegrama perplejo. De inmediato se hinchó como un pavo real. Sobre el plegado papel azul, su infantil y ya casi olvidada aspiración quedaba ratificada: para el mundo era ya un héroe. Tío Felipe Neri acababa de incorporar su nombre al de los ilustres soldados inmortales. Su proclividad a admitir los juicios favorables como ciertos, le llevó a aceptar el de su tío a pies juntillas. Manena Abad se mostraba asimismo complacida, aunque no ocultase sus reservas: la victoria del crucero sobre el *José Luis Díez*, si brillante, no dejaba de ser la de Goliat sobre David; una victoria lógica y predecible. Tamaña cicatería ante el candente aplauso de tío Felipe Neri, le impulsó a rasgar la carta y aventar los pequeños fragmentos sobre el mar. El juicio de un hombre avezado, militar de carrera además, necesariamente había de prevalecer sobre el de una muchachita quinceañera. Gervasio paseaba sus tufos por cubierta, el telegrama de tío Felipe Neri en el bolsillo izquierdo de la faena, sobre el corazón. Aquel papel significaba un reconocimiento explícito de su valor, tan terminante como podría serlo el sello de cera acreditativo de la laureada de San Fernando. Reflexionó acerca de la manera más oportuna de contestar a su tío. El engreimiento empequeñecía el heroísmo (que, precisamente, radicaba en revestir de cotidiano lo excepcional) pero, por otra parte, sería decepcionante reconocer su inhibición en combate. Una vez más, optó por la objetividad hiperbólica: éstos eran los hechos, que el lector sacase las consecuencias. Al situarse al margen, su propia modestia le enaltecía. Tío Felipe Neri atribuiría a pudor su distanciamiento. Al hablar de tensa espera, fuego graneado, amenaza de torpedos, no mentía. Y su tío, ante su recato, lo colocaría mentalmente en el puesto de mayor riesgo y responsabilidad. Y tanto calor puso en la

descripción de la batalla que hubo un momento en que los pelos del colodrillo se le erizaron como en los mejores tiempos. Escribía en tal estado de exaltación, con tan acendrada fe, que si alguien en ese momento le hubiese recordado la escueta verdad de los hechos (que el puesto H no disparó un cañonazo porque el cabo Pita, primer apuntador, presuntamente un rojo emboscado, no acertó a coger blanco mientras duró el zafarrancho), se hubiese negado a creerlo.

En las jornadas siguientes no decayó la actividad del crucero (Levante, La Pantellaria, Levante otra vez), con lo que el arresto del cabo Pita llevaba visos de eternizarse. A mediados de mes, el crucero volvió a zarpar con una misión concreta: escoltar hasta Málaga un convoy de cargueros apresados. El cabo Pita, a raíz del combate con el *José Luis Díez*, no había vuelto por el rancho. Sus mejillas se sumían cada vez más y en ocasiones, durante las guardias nocturnas, hablaba consigo mismo palabras ininteligibles que Gervasio se esforzaba vanamente en interpretar. En la mar empezó a reunirse de nuevo con el cabo Poncela, bien en los pañoles, en la tercera cubierta, durante el día, bien en toldilla, al anochecer. Gervasio le acechaba. Ante su ensimismamiento no tomaba ya precaución alguna y una tarde, a la hora del rancho, al bajar la escotilla del pañol de popa, desierto de ordinario, se topó de bruces con él al pie de la escala:

—¿Querías algo, 377A?

El sobresalto de Gervasio le impidió responder. Dio media vuelta y regresó apresuradamente al puesto. Procuró eludir al cabo, pero su coincidencia en la guardia siguiente resultó inevitable. No obstante, Pita, al volver a verlo, le había mirado con una expresión ausente, como preguntándose: ¿dónde nos hemos visto antes tú y yo? Perdía la cabeza. Fumaba de noche sin reservas, prendiendo descaradamente los cigarrillos con fuego de llama. Tras él, en la otra banda, Santoña y Miodelo lo miraban desconcertados y cuchicheaban en voz baja. Al amanecer del segundo día fueron sorprendidos por dos escuadrillas enemigas, diez Katiuskas y seis Curtis. El ataque fue tan imprevisto (ninguno de los puestos de observación anunció su presencia) que el altavoz ordenó a la tripulación algo insólito: «¡Cuerpo a tierra!» (pero «¿a qué tierra?», se preguntaba Gervasio aplastando sus narices contra las planchas de hierro del *espardek*, tratando de acallar los sordos latidos de su corazón), mientras las bombas estallaban y brotaban en el mar unos góticos piques de espuma. Ya en el puesto, el aplomo de don Mario ayudó a recobrar la serenidad a la dotación, y una vez que el cabo Tubío giró el telémetro y se puso a cantar distancias y el comandante (la gorra abollada

en la testa cuadrada) ordenó tiro de barreras sobre los Curtis que les sobrevolaban, el cabo Pita pronunció aquella frase lapidaria que quedaría grabada para siempre en los anales de la Armada como emblema de contumacia y oposición:

—¡A ésos no, don Mario; ésos son cazas! ¡A los que hay que tirar es a los que cagan!

Entre los estampidos de las torres y el tableteo de las ametralladoras del *espardek*, sobrevino en el puesto H un movimiento de estupor. La escena que vino después fue muy rápida. En la cuidada mano peluda de don Mario apareció un objeto negro, romo, brillante (a Gervasio, encogido sobre el acústico, minimizado por el estruendo, le vino a la cabeza la imagen de Lucinio Orejón, con su bigote incipiente y sus pantalones bombachos, vaciando el cargador de su pistola sobre los asaltantes de la casacuartel Lepanto, en el barrio de la Alameda, en su ciudad) con el que apuntaba fríamente el pecho del cabo a metro y medio de distancia, al tiempo que le conminaba: «Pita, obedezca órdenes o le meto una bala en la barriga». En torno imperaba una barahúnda infernal. Gervasio miró atemorizado a don Mario, su imagen exenta, pistola en mano, ajena a todo exceso melodramático, y seguidamente a Pita, su semblante sumido, descompuesto, prominente el cogote, el párpado izquierdo aleteando sobre la pupila azul. Dudó que el cabo obedeciera las órdenes del comandante y, asimismo, que el comandante fuese capaz de meterle una bala en la barriga al cabo. El brevísimo lapso que duró la tensión se le hizo interminable. Pero antes de que volvieran a redoblar las torres de proa, el cabo Pita giró la manivela, cogió blanco sobre los Curtis y, como si nada hubiera ocurrido, empezó a suministrar datos al tablero Perozzi y Bartolomé Roselló a subrayar en registros cambiantes el orden de las barreras (una, dos, tres y cuatro), en tanto la banda de estribor, conducida por Gervasio, fogueaba sobre los cazas hasta que se perdieron en el horizonte.

Tampoco en esta ocasión el fin de la alarma produjo la efervescencia de corros y comentarios que solía desenlazar todo combate. Los hombres del puesto descendían al *espardek* en silencio, alicaídos, cabizbajos. Nadie hizo comentario alguno, ni siquiera sobre el singular incidente de la pistola. El cabo Pita desapareció escala abajo, por la escotilla del ventilador, y Gervasio y sus amigos, sin concierto previo, se reunieron en el sollado 3, en la rinconera de taquillas. Peter, muy excitado, perdida su habitual flema, abrochaba y desabrochaba el automático de las orejeras del abisinio y exigía a Gervasio una inmediata intervención: el crucero no podía arriesgar su

seguridad confiando su defensa a «ese lunático». Gervasio afirmaba con la cabeza. Se doblegó al fin:

—Esta noche sin falta hablaré con él —dijo.

Le aterraba la idea de arrostrar aquella mirada azul, errática, el guiño cómplice del párpado izquierdo, pero estaba dispuesto a cumplir su palabra. Sin embargo, en la guardia de prima no encontró a Pita en el puesto, sino a Javier Medina en su lugar, destocado, una expresión severa en su perfil aguileño. Miodelo y Santoña, que subían charlando tras él, se sorprendieron también al alcanzar el sombrerete:

—¿Ocurre algo? ¿Dónde está el cabo?

Medina pasó la correa de los prismáticos bajo la capucha del capotón y dijo a media voz:

—Pita está arrestado en el puente, hasta nueva orden. No volverá por aquí. Mientras tanto, yo soy el jefe de grupo.

XXI

Aunque en pequeña medida, el arresto del cabo Pita modificó la organización del puesto H. Javier Medina, ascendido a cabo segunda, se convirtió en jefe del cuarto grupo, en tanto Peter pasó a apuntador y Fito Iroa, un muchacho rubio y rosado, de dulce mirada gris, procedente del puesto A, se encargaba de los teléfonos. El cabo Pita, custodiado por infantes de Marina, había abandonado el barco una tarde, mientras su brigada vacaba. Únicamente Lago, el Pintor, le había visto partir y las guías de su bigotillo bermejo se mustiaban cada vez que relataba su desembarco, flanqueado por el piquete, en una motora de la Comandancia: «Al llegar al portalón volvió la cabeza un momento y me vio pintando en el *espardek*. Sonrió e hizo un borroso ademán con la mano, como de despedida, pero el infante que lo seguía lo empujó y él, entonces, bajó un par de escalones y nos perdimos de vista». El cabo Tubío, al oírle, parpadeaba y movía la cabeza ambiguamente, asintiendo sin asentir, negando sin negar, actitud ecléctica que juzgaba apropiada entre las dos facciones definidas en el puesto. Acuciado por el flaco Santoña, el Cativo (rostro imberbe, rubicundo, sobre el ancho pestorejo congestionado) relataba ahora el martirio de Máximo Pita, el hermano del cabo, allí en el pueblo: «Lo sacaron en calzoncillos con una cruz al hombro y le hicieron recorrer el Vía Crucis alrededor de la cotera. En las posas le zurraban la badana con palos y piedras, de modo que cuando llegó al final, tenía la cabeza rota y estaba muerto». Gervasio escuchaba en silencio a unos y a otros, pero si los comentarios zaherían al cabo y Miodelo recurría a la armónica y tocaba *El bonete del cura*, para desagraviarlo, se le humedecían los ojos y notaba un ligero cosquilleo en los pelos del colodrillo. Pero, salvo Gervasio, el Cativo, Miodelo, Santoña y quizá Lago, el Pintor, en una faceta estrictamente sentimental (tal vez porque había sido el único en despedirlo), el resto de los compañeros de puesto y la dotación entera del crucero le denostaban, convencidos de que su traición podía haber significado el hundimiento del barco y, tal vez, la muerte de todos ellos. Durante semanas, Radio Bolina se ensañó con Pita, le atribuyó un repertorio de trasgresiones que el mando, requerido por exigencias de la guerra, abocada ya a su desenlace, no se preocupó de confirmar ni de desmentir. Según Radio Bolina, la deslealtad del cabo Pita databa de su embarque en el bou artillado *Apóstol Santiago*, en el Cantábrico, durante los primeros días del Alzamiento, y no por una cuestión de principios (él era refractario a toda ideología) sino de venganza, sentimiento que anidó en su corazón a partir del ajusticiamiento de su hermano. En la taquilla de Pita habían aparecido docenas de papeles, cartas y documentos comprometedores, que demostraban su traición, a más de un

código cifrado mediante el cual se había estado comunicando durante dos años con una emisora roja de Marsella. Radio Bolina no descartaba que hubiese sido él quien, valiéndose de señales convenidas, hubiese atraído los torpedos sobre el *Baleares* la madrugada del 6 de marzo de 1938 (Santoña se enfurecía ante esta suposición: «Esa noche, el cabo estaba orilla mía. ¿Qué señales podía hacer sin que yo me enterase?»). Con Pita habían sido detenidos un grupo de saboteadores en Mallorca y el cabo Poncela, uno de los pagadores, que, al parecer, era el encargado de informar por morse acerca de los movimientos del crucero. Prisionero en el Castillo de Bellver, el cabo Pita sólo lo abandonaría para ser juzgado en consejo sumarísimo al que asistirían como testigos los marineros más relacionados con él, y en especial los componentes del cuarto grupo de vigilancia del puesto H (en la rinconera del sollado 3, Gervasio se rebelaba: «Yo no tengo nada que declarar contra él. Y, además, ¿por qué voy a hacerlo? ¿No disponen ya de pruebas suficientes?»). Cuatro días después, Radio Bolina rectificó: el cabo Pita, convicto y confeso, sería juzgado por pura formalidad, sin participación de testigos, superfluos después de su confesión. Al parecer, el cabo no daba muestra alguna de arrepentimiento, se mostraba tranquilo y, según afirmaban sus celadores, no se consideraba traidor a la Patria sino condenado por traidores. En un primer momento, Radio Bolina señaló el juicio para primeros del mes de enero, «por respeto a los días santos», pero pasada la Navidad, habló, en términos inconcretos, de la última semana de febrero.

El arresto del cabo Pita llevó a Gervasio a sentirse responsable, puesto que aunque la denuncia no había partido de él, su demora en advertirle sí le había impedido la fuga. Peter, por su parte, consideraba que Pita, a la vista de la marcha de la guerra, se había sacrificado voluntariamente; literalmente se había inmolado. Pero sus juicios no serenaban a Gervasio que, perdida la fe en las palabras, se debatía en una honda crisis. Ni las encendidas cartas de tío Felipe Neri le impedían ya reparar en su mediocridad. ¿Podría considerarse un héroe por el simple hecho de que tío Felipe Neri así lo dijera?

¿Quién era tío Felipe Neri para dictaminar sobre el arrojo y la cobardía? ¿Existía alguien, fuera de uno mismo, capacitado para pronunciarse sobre los móviles de un soldado? No obstante, las cartas apasionadas de tío Felipe Neri, aunque no le convencieran, seguían halagándole. Se recreaba leyéndolas aunque sus reflexiones posteriores fuesen cada vez más desoladoras: él no era más que un héroe de papel (de papel azul, de telegrama), un impostor. Si el heroísmo estribaba en ofrendarse entero y sin condiciones, en el crucero no había más que un héroe: el cabo Pita. Ahora bien, ¿y la causa? ¿Cabía el

heroísmo al servicio de cualquier causa? Años atrás, tío Felipe Neri exigía al héroe una «causa noble», pero su propia experiencia le enseñaba que cabía invertir el orden del proceso, esto es, bien podía ser el soldado que moría dando la cara, desinteresadamente, el que ennoblecía la causa a la que servía. Alarmado de sus deducciones, se refugiaba en la lectura de las cartas de tío Felipe Neri, cartas exultantes, aromadas de victoria. La batalla del Ebro había sido decisiva. Las fuerzas enemigas flaqueaban, quebraba su resistencia en todas partes. El final de la guerra se presentía. En este punto tío Felipe Neri establecía un nexo, no podía desligar tan faustas previsiones de la participación de Gervasio en la contienda y, con frecuencia, utilizaba las gestas del «barco de su sobrino» como puntos de referencia: antes y después del desembarco en Las Columbretes; antes y después del desmantelamiento del *José Luis Díez*. Pero, pese al secreto placer que producían en Gervasio tales alusiones, ya no revolvían su ser como hacían antaño los legionarios desfilando por la Avenida de la Constitución o la audición del programa «Al paso alegre de la paz». Algo como una inmensa fatiga le emperezaba desde la reclusión del cabo Pita; algo fundamental se le iba enfriando dentro, descorazonándole, abriendo la puerta al desengaño.

De ordinario, las cartas de tío Felipe Neri llegaban acompañadas de otras de mamá Zita, Manena Abad, doña Guadalupe Planas o los padres de Peter, informándoles sobre la vida ciudadana y los avatares de la retaguardia. Mamá Zita, en su última, le anticipaba la liberación de papá Telmo «a la vista del avance triunfal de nuestras tropas en Cataluña». Con él serían liberados todos aquellos prisioneros que contasen con algún valedor de relieve que se responsabilizase por ellos, dentro de la España adicta (Gervasio se preguntaba si el cabo Pita contaría con un valedor de relieve en la España adicta y si, en su caso, sería suficiente este aval para eludir su desesperada situación). Mamá Zita le comunicaba también una noticia sorprendente: su hermana Cruz acababa de prometerse con el capitán italiano Guido Fratelli, «alojado en casa desde hace medio año». «Parece un muchacho responsable —escribía—, aunque a juzgar por los frascos de potingues del cuarto de baño muy pagado de su físico». El escollo más arduo, en opinión de mamá Zita, radicaba en la reacción de papá Telmo ante la ideología fascista de su futuro yerno, ante su condición de vieja camisa negra.

Por su parte, la viuda de Valentín describía a su hijo Dámaso las desventuras de su amigo Eduardo Custodio: «No es fácil tener que escribir esto —decía—, pero su ceguera ha sido casi providencial. Su cara, con la nariz roída por el fuego, fruncida por las cicatrices de las quemaduras, con la

cabeza despoblada en sus dos terceras partes, es una cara monstruosa. Me estremezco ante la sola idea de que un día pudiese contemplarse en un espejo». Las noticias de unos y otros, en especial las referentes a Eduardo, cuya presencia tendrían que afrontar en breve, alejaban temporalmente a Gervasio tanto de sus tenebrosas lucubraciones sobre el cabo Pita, como de la pasajera complacencia que despertaban en él las lisonjas de tío Felipe Neri.

Una mañana de finales de marzo, el crucero zarpó formando parte de la más aparatosa escuadra que Gervasio había visto en su vida. Con los tres cruceros y los cuatro minadores, se hicieron a la mar la vieja flotilla de destructores de carbón, tres submarinos, los cañoneros *Dato* y *Canalejas* y el mercante artillado *Mar Cantábrico*. Esa misma tarde, se les unieron, desde la costa, el *Castillo de Olite*, el *Castillo de Peñafiel*, y otros dos transportes cargados de soldados. No hubo misterio esta vez. La guerra, en su ocaso, enmohecía los engrasados resortes de la censura militar. Su destino era Cartagena. Un destacamento sublevado había ocupado el Arsenal y parte de las baterías de costa y animaban a la Armada a conquistar la ciudad sin lucha, lo que, por un lado, impediría el desmantelamiento de la flota republicana, y facilitaría, por otro, la apertura de un nuevo frente en la retaguardia enemiga.

Apenas había tomado la escuadra posiciones frente a la ciudad cuando se produjo el primer ataque aéreo. Doce aviones les sobrevolaron rociándoles de bombas. Un fragor profundo, como un trueno, los envolvió, y Gervasio, agazapado junto al tubo, el estómago contraído, repetía «¡fuego!, ¡fuego!, ¡fuego!» casi maquinalmente. Minadores y destructores arropaban a los cargueros y un heliógrafo parpadeaba desde un hacho, instándoles al desembarco. Al retirarse los aviones, un pique arbolado y gigantesco como una catedral se alzó en la proa, a estribor. Viró el crucero, cabeceando, dando la espalda a la costa, con cuyas baterías el *Canarias* sostenía un duro duelo. Mar adentro baqueaban los mercantes. Caía la noche, cuando sonó el teléfono del puesto A: «Localicen las baterías de costa en poder del enemigo». Antes de responder, reventaron las bombas de una nueva escuadrilla. Los Martin Bomber volaban muy altos y durante un cuarto de hora el retumbo de las bombas y la réplica de los cañones mantuvieron a Gervasio en tensión. A babor, a media milla de distancia, se espigaron dos piques. Viró de nuevo el crucero y cuando Miodelo anunció la retirada de los aviones, el *Canarias* aproó resueltamente a la ciudad, las luces de situación encendidas, al tiempo que el *Castillo de Olite*, cargado de soldados, se despegaba de los otros tres mercantes y se emparejaba con él. En un momento dado, se separaron. El *Canarias*, iluminado como un trasatlántico, con el evidente propósito de

atraerse la atención de tierra, dobló todo a estribor disparando sus torres, en tanto el *Castillo de Olite*, furtivamente, sin luces, amparándose en las sombras, profundizaba hacia la costa. Gervasio seguía enfebrecido por los prismáticos la audaz penetración del carguero, su sombra difusa, lo vio sortear la línea de balizas y, de pronto, saltar por los aires en una explosión, alcanzado por una mina o un proyectil. El cabo Tubío, al telémetro, confirmó la tragedia antes de que sonara el timbre del puesto A. A partir de ese instante, el *Canarias* cesó de disparar, apagó sus luces y se incorporó a la escuadra. Los transportes siguieron sus aguas, en conserva con los viejos destructores. La oscuridad era completa (apenas un vago resplandor urbano en la negra línea del horizonte) cuando el crucero viró cuarenta y cinco grados a estribor y se lanzó mar adentro. Un silencio falleciente reinaba en el puesto. Pesaba sobre su dotación la conciencia de fracaso, el naufragio del *Castillo de Olite*, la repentina retirada. Don Mario, inmóvil en el *spotter*, escudriñaba el mar por la amura. Minutos después, la flota se dividió: los transportes, con los buques de menor tonelaje, aproaron al norte, paralelos al litoral, en busca de un puerto de asilo, mientras los tres cruceros, en fila india, navegando en zigzags, lo hacían al este, hacia su base. Pero tampoco la escisión trajo consigo el final del zafarrancho. Una luna naciente, glauca y oblicua, reverberaba en el mar y las toninas se bañaban silenciosamente en su luz. Algo patético gravitaba en la extremada serenidad de la noche. Don Mario seguía concentrado en el *spotter* y la marinería en sus puestos de observación. El recelo iba fraguando en el corazón de Gervasio. Frustrado el proyecto de desembarco, a cincuenta millas de la costa, ¿qué les retenía allí? ¿Por qué no tocaban retirada y se iban todos a dormir? ¿Por qué no se les daba al menos una explicación razonable de la situación? La mar se abría en dilatados surcos sin llegar a cabrillear. Como respuesta a sus pensamientos sonó el teléfono del puesto A: «Continuamos en zafarrancho de combate. Intensifiquen la vigilancia de superficie». Don Mario asintió, sin moverse del *spotter*. Gervasio apenas distinguía las vagas sombras de sus compañeros acodados en el antepecho del sombrerete, los prismáticos en los ojos, inmóviles, como mineralizados. El crucero navegaba a toda máquina y la vibración de la obra muerta apagaba en cubierta todo otro rumor. Gradualmente, la inicial desconfianza de Gervasio fue trocándose en ansiedad. Sentía la lengua estoposa, transido el vientre, ofuscado el cerebro. La metálica reverberación de la luna en el agua, las toninas subrepticias, el prolongado silencio, aumentaban la angustia de la espera. ¿Qué ocurría? ¿De quién huían? ¿Intentaban eludir una emboscada? De pronto, el ronquido de un motor

(mudadizo, creciente) le oprimió el pecho. ¡Allí estaban! El anuncio de aviones por parte del puesto C fue inmediatamente rectificado por el A: «Se trata de lanchas torpederas —dijo—. Acentúen la vigilancia de superficie». Gervasio oprimía los prismáticos con tan sombrío furor que experimentaba su presión en la nuca. Del mismo modo, sus compañeros, silenciosos en torno suyo, se esforzaban en localizar al enemigo. A veces, el ronquido parecía diluirse para regresar después más acrecentado. Don Mario dijo sin volver la cabeza: «Apuntadores a sus puestos. Cañones listos». (Los tumbos del mar se abrían como cráteres bajo la luna y el ronroneo del motor iba envolviéndoles pegajosamente, en sucesivas oleadas, en círculos cada vez más ceñidos, como el abanico de agua de un regador). Gervasio, desfondado, flojas las piernas, apenas pudo transmitir la orden y cuando de nuevo se llevó los prismáticos a los ojos no buscaba tanto el objetivo como protección, a la manera de una criatura indefensa que dominada por el pánico restregara los párpados apretados contra el regazo materno. El zumbido del motor pareció alejarse tras una nueva virada, pero fue una vana ilusión puesto que, acto seguido, el puente descubrió una torpedera por el cachete y la ametralladora del *espardek* lanzó dos ráfagas de balas trazadoras contra las tinieblas. Gimió de nuevo el timbre del puesto A. Una voz alarmada, casi colérica, dejó en suspenso la vida en el puesto H:

—¡Dos torpedos por la popa!

Abatido por una impresión catastrófica, Gervasio se dobló por el estómago y se asió con las dos manos al borde del mamparo. Las sienes le latían dolorosamente y las venas se le atoraban, incapaces de encauzar el flujo sanguíneo. Tenía un ritmo de respiración corto, ahogado, y el cuerpo tan frágil que su cuello apenas podía soportar el tirón de los prismáticos. Era el espanto en estado puro, como si todos los miedos que le acecharan desde la infancia se asociasen esta noche para aplastarlo. Resolló acongojadamente, abrió las piernas en V y miró por los prismáticos, pretendiendo puerilmente escapar de sí mismo. Lanzó un ojeada al azar, sobre las olas iluminadas por la luna, y entonces los descubrió: dos trazos blancos, paralelos (las estelas de aire comprimido de los propulsores) avanzaban inexorables hacia el crucero. A intervalos desaparecían entre la mareta para reaparecer después más níveos y estilizados, el trazo izquierdo un poco rezagado respecto al derecho, a una velocidad inalterable. El terror le enmudeció. Quiso anunciar el descubrimiento de los torpedos, incluso amasó un grito de alarma en su pecho, pero apenas emitió un seco carraspeo, como un estertor. La lengua se le trababa. En décimas de segundo, recordó a Tato y Eduardo Custodio, y

persuadido de que iba a volar por los aires como ellos, de que su hora había sonado, adoptó una decisión prosaica, escasamente aguerrida: se llevó dos dedos a los oídos y entreabrió los labios para mitigar la explosión. Al brincar entre dos olas, los torpedos se dejaron ver un instante: dos brillantes peces metálicos, fusiformes e incisivos, que al sumirse de nuevo en el mar volvieron a convertirse en dos estelas efervescentes. Permaneció quieto, rígido, plantado sobre las planchas, la mente hueca, los dedos en los oídos. La conciencia del entorno se le había esfumado. Su miedo era tan profundo que no advertía la presencia de sus compañeros ni las balas incandescentes de la ametralladora del *espardek*. En esta situación de pleno desconcierto, le sobrevino el ostento: el calambre chascó en la morra con la violencia de un cortocircuito y, acto seguido, su cuerpo se electrizó, se convirtió en un acumulador de cargas encontradas que erizaban su cabello y escarapelaban su piel. Era como una energía incoercible generada por su propio terror. Y él notaba esa fuerza en la cabeza, pugnando por expandirse, los cabellos como alambres presionando sobre el casco de acero, con tal empeño que, finalmente, consiguieron despegarlo, elevándolo poco a poco sobre las rígidas púas, destocándolo. Horripilado (el pulido casco de acero en el extremo del tupé), el vello del cuerpo comprimido por la ropa, tensos los músculos del abdomen, no parpadeaba, asistía impotente al progreso de los torpedos y, al presentir el estallido, cerró los ojos y boqueó. Mas la enloquecedora explosión que esperaba no se produjo. Y como desdoblado en otro, entrevió la virada brusca que casi tumbó el navío de costado, el discurrir de los torpedos rozando las hélices, su progresivo alejamiento hacia el confín del horizonte. Un nudo caliente (la orina descontrolada) se derritió entre sus piernas, bajó caldeando las caras internas de los muslos, distendiendo sus músculos. Y, al propio tiempo, sus cabellos cedieron, se doblegaron, y el casco de acero, en pausado vaivén de paracaídas, fue descendiendo a ritmo lento sobre su cabeza hasta coronarla. Instantáneamente volvió la vida en derredor. Oyó un grito de júbilo, ininteligible, tal vez de Javier Medina, en el altillo de los apuntadores, Damasito y el Cativo se abrazaban eufóricos a sus espaldas, oía en torno suyo vivas y voces radiantes, y abajo, en la cubierta, el bullicio expansivo de los artilleros desbordando las llamadas al orden de los jefes de batería.

Cuando media hora después cesó la alarma, Gervasio (las rodillas anquilosadas dentro de las húmedas perneras) descendió la escala con vacilación senil y se refugió en el *espardek*, a la sombra de la luna, abrumado. Intuyó que alguien le seguía:

—¿Dónde vas? ¿Te ocurre algo?

Se desembarazó de las manos piadosas de Peter y, casi sin darse cuenta, se vio a sí mismo sollozando, la frente recostada en las balsas, murmurando frases incoherentes sobre el repeluzno, papá Telmo y tío Felipe Neri. Tenía la mirada extraviada cuando levantó el rostro hacia su amigo y dijo desolado:

—Era miedo, Peter; mi padre tenía razón.

Lo dijo casi a voces, y cuando su amigo le indicó por señas el sombrerete de los serviolas, encima de ellos, bajó el tono y se puso a hablar muy deprisa, tenuamente, en cuchicheos. Así, entre sollozos e incongruencias, nació un diálogo de sordos, en el que Gervasio aludía a su «miedo paralizador» y Peter afirmaba que todo ser inteligente y sensible sentía miedo alguna vez en su vida. Hablaban de cosas distintas, puesto que cuando su amigo concretó que todos habían sentido miedo aquella noche, Gervasio, con ojos ausentes y sobrecogedora lucidez, le aclaró que estaba equivocado, que su miedo no era circunstancial, un miedo que hubiera desaparecido con los torpedos, sino que estaba instalado aquí (se hincaba con fuerza la yema del dedo índice en la frente) y ahí continuaría aunque viviese mil años.

Esa noche, como para confirmar sus palabras, se negó a dormir en el sollado, bajo la línea de flotación. Creía oír el chapaleo del mar, las olas batiendo el costado de acero, e imaginaba los torpedos cabalgando sobre ellas, la sensible espoleta en la horquilla, prestos a explotar. Dámaso Valentín, ajeno al proceso psíquico de su amigo, no salía de su asombro: «Marinero, ¿dónde vas con la que cae?». Pero Gervasio, mudo, aferró el coy ante sus ojos atónitos y, con él al hombro, se trasladó al *espardek*, al abrigo de la chimenea, donde durmió. A la noche siguiente repitió la operación, y como sus amigos pretendieran disuadirle, se encaró con ellos, la mirada turbia, desquiciados los ademanes:

—No soporto *saber* el mar detrás del mamparo —dijo con fría lógica.

Una vez fondeados en la base, Gervasio siguió acostándose a la intemperie, y Peter, alarmado por su desvarío, solía velarlo hasta que se dormía. Dos noches más tarde, Radio Bolina anticipó la noticia del desmoronamiento del ejército republicano en todos los frentes. La guerra, prácticamente, había terminado. Pese a lo extemporáneo de la hora, los barcos surtos en la bahía respondieron con sus sirenas al repique de las campanas de la ciudad. En el alto de Bellver, los cohetes rasgaron la noche y sus explosiones, mínimas y encadenadas, crearon un clima de exaltación. Relajada la disciplina, el jolgorio se instaló en el crucero. Grupos de marineros se desplazaban de un lado a otro con botellas y guitarras, bebían y cantaban bajo las estrellas, y, cuando las luces se encendieron a bordo, un

vendaval de aplausos y exclamaciones las acogió. La charanga se arrancó en el castillo con *Los voluntarios* y un tropel de marineros la seguía por cubierta, coreando el pasodoble. El júbilo se propagaba, surgían de la nada botellas e instrumentos musicales, una traca estrepitosa se quemaba en el Paseo Marítimo. En el puesto H detonaban los taponazos del champán y los marineros, sentados en el suelo, bebían a gollete y, estimulados por la armónica de Miodelo, cantaban *Chaparrita* a voz en cuello. En el centro del corro, el Cativo y el Escorbuto bailaban una danza descoyuntada, y Bartolomé Roselló, el Mallorquín, al ver entrar a Gervasio enarcó su ceja diabólica alargándole una botella: «¡Bebe, 377A, la guerra ha terminado!». Enajenado, Gervasio bebió un largo trago y al concluir se pasó ásperamente la bocamanga de la faena por los labios. Se sentía ajeno. Hundido en una sima, veía pasar la vida por encima sin fuerzas para participar en ella. El Escorbuto, sin cesar de bailar, tomó la botella, levantó en alto su corto brazo velludo, zapateó briosamente sobre las chapas, tartaleándose, y voceó: «¡Dentro de un mes, todos en casa!». Y bebía y bebía insaciable, hasta que el Cativo, los ojos chispeantes, trató de arrebatarle la botella, forcejearon y el champán acabó derramándose sobre los capotes arrebujados: «¡Alegría, alegría!». El alcohol fomentaba la animación, pero cuanto más cundía ésta, más exiguo y retráctil se sentía Gervasio. José Antonio Lago, el Pintor, sentado a usanza mora, echó en falta a Javier Medina. La ancha cara del cabo Tubío se abrió en una roja sonrisa de sandía: «Andará ya en la Escuela Naval», dijo. Le corearon unas risotadas. El Cativo, descalzo, al aire su pecho lampiño, se contoneaba cadenciosamente: «¡Venga, Miodelo, tócate una muñeira!». Y Miodelo le complacía, soplaba la armónica a dos carrillos y el pequeño corro apoyaba la música con sus fuertes voces desafinadas. Tito Iroa, el Nuevo, le pasó otra botella, pero Gervasio, al echar la cabeza hacia atrás, experimentó un vahído y le flaquearon las rodillas. Se deshizo de la botella y salió al *espardek*, asustado de sí mismo.

En el morro de Bellver seguían estallando cohetes y triquitraques y la ciudad, con su inusual iluminación (atronada por tracas, campanas y cláxones) parecía arder. Cabe la ametralladora de babor, en la que Gervasio se sentara el día de su primer viaje, media docena de marineros se pasaban una garrafa y prorrumpían en vítores alocados. Desde la cubierta, concurrida como la calle principal de una capital de provincia en día de fiesta, ascendían canciones, rasgueos de guitarras, zapateados, vivas, juramentos, los acordes metálicos de la charanga. En su deseo de huir de la euforia general, Gervasio se encaminó hacia la escala de viento del *espardek*, pero antes de alcanzarla,

apareció por ella la cabeza crespa, el rostro alargado, nocturno, de Javier Medina. Se detuvo al verlo, un punto de gravedad en las pupilas, la protectora mano sobre su hombro:

—Lo siento, 377A. Al cabo Pita lo fusilaron esta mañana —dijo con voz contrita.

No acertó a responder. Los ojos inestables del cabo Pita, sus silencios evasivos, su firme cabeza cogotuda, afloraron a su mente cuando descendía a cubierta. Y, con él, las máscaras desfiguradas de los tíos Norberto y Adrián, David y Fadrique; de sus amigos Tato y Eduardo Custodio. En la toldilla en penumbra remitía el bullicio. Algunos bultos dormían inquietas borracheras al amparo de la obra muerta y Gervasio fue sorteándolos, haciendo eses, hasta el coronamiento de popa y, una vez allí, la algarabía a sus espaldas, se acodó en la borda, junto al pequeño mástil, el rostro entre las manos. Mansas olas de socaire chapaleaban contra las hélices y de la ciudad rutilante se alzaba un clamor de multitud gozosa, contrapunteado por las explosiones de los cohetes y el tañido de las campanas. No le sorprendió ver a Peter a su lado; llevaba una semana convertido en su sombra. Se acodó a su derecha, en silencio, y para disimular su intromisión hurgó en el imbornal con el pulgar de su pie descalzo, como si se propusiera desatrancarlo. Gervasio lo miró de soslayo:

—Él sí ha sido un héroe, ¿no es cierto?

—¿Quién?, ¿Pita?

—Sí, Pita.

Peter vaciló. Con su proverbial ecuanimidad sopesaba pros y contras:

—Así es —dijo—: en cierto modo, ha sido un héroe.

—¿Por qué dices en cierto modo?

—Yo no comparto la causa a la que servía.

—Hablas igual que mi tío Felipe Neri.

—¿Es que tú no lo crees así?

Gervasio quedó un momento pensativo:

—¿Y no podría ser al contrario? —apuntó—. ¿No podría ser el hombre que muere generosamente el que ennoblece la causa a la que sirve?

La mirada de Peter se hundió en la noche, se posó en el Castillo de Bellver apenas iluminado:

—Tal vez tengas razón —dijo caviloso.

—¿Y los otros? —añadió tercamente Gervasio—. Mis tíos Norberto y Adrián, los de la moto, ¿también han sido unos héroes?

—¿Por qué no?

—¿Lo mismo que el tío Fadrique y sus amigos en el Cerro de los Ángeles? —imploró Gervasio a punto de llorar.

Se abrió una pausa atribulada. A sus espaldas seguían sonando música y canciones. A babor destellaba el faro de Cala Figuera y, a cada guiñada, iluminaba un triángulo de mar en el que albeaban las velas de dos pesqueros. Una estrella fugaz rasgó el cielo como un cohete por encima de Santa Ponsa y se perdió en la noche. Peter tomó a Gervasio por los hombros y lo condujo suavemente, entre los borrachos dormidos, hacia la cubierta iluminada:

—Lo mismo —dijo, al fin—. ¿Por qué habían de ser distintos?

Señora de rojo sobre fondo gris

1991

Nota del autor a la edición de las Obras Completas

Lancé este libro discretamente diecisiete años después de morir Ángeles, mi mujer, en la creencia ingenua de que era un homenaje íntimo únicamente conocido por mí. Por eso me sorprendió la primera reseña del libro hablando del buen recuerdo que yo guardaba de ella. Más que de ingenuo había pecado de tonto, pero lo curioso es que aquella alusión, antes que desagradarme, me llevó a la conclusión de que mi recuerdo no tenía nada de censurable, por lo que a partir de ese momento, Señora de rojo *circuló como un homenaje póstumo a mi mujer y, en esta idea, Pilar Miró me telefoneó pidiéndome autorización para filmarlo. Vacilé, pero creo que en esta coyuntura cometí mi segunda equivocación, ya que después de pensarlo mucho, le respondí que no, que era una cosa muy personal y me dolía comerciar con ella. En todo caso le prometí a Pilar —que se había mostrado interesada, y dada su maestría para tratar estos temas— que sería la encargada de llevarla al cine si algún día cambiaba yo de opinión. Pilar murió impensadamente al poco tiempo y yo me conformé con agradecerle su deferencia, que, en verdad, me conmovió.*

No obstante, cuando en 2007 Emili Rosales, director de Destino, me pidió, para portada del libro, una fotografía de la auténtica «señora de rojo», le envié sin reparos el retrato que le había hecho a mi mujer el pintor García Benito y que colgaba de mi despacho. Y entonces sentí la sensación de que mi actitud precautoria inicial, incluso mi injustificada negativa a la gentil oferta de Pilar Miró, quedaban en cierta medida reparadas.

M. D.

Diciembre de 2008

No ignoro que el recurso de beber para huir es un viejo truco pero ¿conoces tú alguno más eficaz para escapar de ti mismo? Una copa acartona el recuerdo, pero, al propio tiempo, convierte la onerosa gravedad de tu cuerpo en una suerte de porosidad flotante. Algo parecido a la fiebre. Pasado el trance, sobreviene el decaimiento, aunque hay un medio para evitarlo: mantener en sangre una dosis de alcohol que te imbuya la impresión de que participas en la vida, de que la vida no pasa sobre el hoyo en que te pudres sin advertir que existes. Esta forma de energía suele identificarse con la alegría, aunque, por supuesto, no es la alegría. A lo sumo, una energía inferior, improductiva; en caso contrario, yo trabajaría. Pero mi ingenio, si alguna vez existió, se ha agotado; ya lo estás viendo: no soy capaz de embadurnar un lienzo, ni siquiera de sostener un pincel en la mano.

Hace una hora, cuando llegaste, miraba, como cada día, el camino de grava desde el escañil. Vi cruzar tu coche ante el tragaluz. Te estaba esperando. Alicia me lo comunicó ayer. Me dijo: Ha terminado la pesadilla. Los han soltado. Ana irá a verte mañana. A través de ese cristal llega hasta mí la apagada vida del pueblo: la hornillera, la actividad de las huertas, el monótono runrún del tractor del señor Balbino, el pastor con las ovejas… Todo lo que conforma mi vida actual se recorta cada mañana en el tragaluz. Lo miro todo; lo veo todo. Soy como Dios. La claraboya ya es otra cosa. Es ella la que me mira a mí, me ofusca con su luminosidad excesiva. Pero tu madre la quiso de esta manera: grande e inclemente para que no pudiera atribuir mis limitaciones a deficiencias de instalación. El problema era armonizar el gran chorro de luz con una casa campesina del XVIII. Había que insertar lo moderno en lo rural sin recurrir a la violencia. Una tarea adecuada para ella, puesto que uno de sus talentos radicaba en eso, en restaurar viejas mansiones sin afrentar al entorno; sin menoscabar la limpia estructura de la piedra y la madera.

De esta vieja casa, con dos siglos a cuestas, se enamoró hace años. Observaba apesadumbrada su ruina progresiva, su desmoronamiento. Desconocía a su dueño, pero un día alguien le informó que el último ocupante había sido un funcionario del Ministerio de Agricultura, un guarda forestal. Le desagradó la noticia. Las entidades la intimidaban. Prefería tratar con personas físicas. La burocracia la cohibía un poco, seguramente porque la burocracia se mostraba insensible a su encanto personal. Pero le atraía tanto esta casa que, cada vez que dábamos un paseo, se detenía ante ella, analizaba su original construcción, sin ladrillo ni cemento, sus entibos de roble sustentando las piedras de toba, el balconaje de hierro, los enjutos ventanucos

al norte, con minúsculos cuarterones móviles. Una tarde se introdujo por el hueco de una puerta lateral y quedó prendada de la solidez de su fábrica: el envigado, los puntales, las sólidas zapatas, el entarimado de tabla ancha, con quejidos dolientes cuando se pisaba. No tengo más remedio que ir al Ministerio, me dijo al salir. Estaba literalmente deslumbrada. Al día siguiente, marchó a Madrid ella sola. No le agradaba implicar a nadie en sus veleidades; resolvía estos asuntos a su manera. De modo que me quedé en el refugio con tus hermanos, aguardándola. Regresó muy optimista: Todo resuelto, me dijo; tendrás tu estudio. Le pregunté si había comprado la casa, pero ella denegó con la cabeza. A menudo solapaba sus respuestas, con una reticencia burlona. Le gustaba sorprender; dar sorpresas y recibirlas. Los edificios oficiales no se venden, aclaró. Me quedé mirándola; no me parecía una respuesta convincente, pero ella añadió, como si fuera algo de dominio público: Se subastan o se permutan. Yo seguía encandilado con su sonrisa. Siempre admiré en ella su determinación, ese saber lo que quería, su manera de afrontar las cosas, aunque a veces, como en este caso, le desagradasen el papeleo y los oficialismos. Todavía parece que la estoy viendo, a la mañana siguiente, sentada en la estera del refugio, el vaso de zumo de naranja con que se desayunaba sobre un tajuelo, divertida de mi desorientación, su pequeña cabeza morena coronando su delgado cuello, firme y fragilísimo. He optado por la permuta, dijo en un falso tono de agente inmobiliario; compraré un prado en Villarcayo y se lo cambiaré al Servicio Forestal pelo a pelo por esa casa. Y así lo hizo. Adquirió un prado grande, suficiente para apacentar dos docenas de vacas, y lo permutó por la casa. La tarea no había hecho más que comenzar. Ahora había que apuntalarla, reconstruirla, restaurarla y amueblarla. Tenía entretenimiento para rato.

Dos semanas más tarde, de regreso en la ciudad, os detuvieron a Leo y a ti. Aún veo los dos rostros, inclinados sobre mi cama, la espantada mirada de Alicia, la diligente de tu madre, indicándome por señas que me quitara los tapones de los oídos. Yo me resistía. Me asusta lo que vais a decirme, dije. Sentía miedo; siempre temí las noticias de la madrugada. Aún veo los dos rostros acuciándome, la lámpara encendida sobre mi cabeza, la tulipa azul. Decídmelo por partes, supliqué. Ella asintió y entonces me saqué los tapones de los oídos. Su voz era tranquila: Han detenido a Ana y a Leo, dijo. Temía un golpe irreversible, y aquello no me pareció definitivo. Cada día detenían a docenas de universitarios y sabía que vosotros llevabais tiempo metidos en actividades políticas y Leo, concretamente, en el Frente Revolucionario. Dice Nicolás que a Leo le detuvieron al aparcar el coche en la universidad; lo tenía

lleno de panfletos contra el 1001. A Ana, en el laboratorio, poco después (iba añadiendo pormenores). Logré sentarme en la cama. Había conseguido dominar la limitación de mi pensamiento, incapaz de abarcar de una vez los diversos aspectos del problema. Reaccioné súbitamente y pregunté por la niña. Estaba con Nicolás y sus amigos, en el piso de San Julio. Inmediatamente mi cerebro entró en actividad. Vámonos enseguida, dije. Hay que impedir que les torturen. Era mi obsesión. Pero mientras me vestía, pese a que eran solamente las cuatro de la madrugada, tu madre ya andaba colgada del teléfono. Despertó a Indalecio Vicuña, su primo, falangista de la vieja guardia; a Mariano Gajate, coronel, hermano de Justo Gajate, el abogado del Estado; al fiscal Alonso Cano, de los Cano de aquí, un viejo conocido. Todos recibieron su llamada como cosa natural. Éste era otro don de tu madre: tenía la facultad de inmiscuirse en casa ajena, incluso de interrumpir el sueño del prójimo, sin irritarlo, tal vez porque en el fondo todos le debían algo.

La semana pasada, en la ceremonia de ingreso en Bellas Artes, Evelio Estefanía, en su discurso de contestación, dedicó unas palabras a tu madre: Una mujer, dijo, que con su sola presencia aligeraba la pesadumbre de vivir. Un juicio definitivo. Con frecuencia me pregunto de dónde sacaba ella ese tacto para la convivencia, sus originales criterios sobre las cosas, su delicado gusto, su sensibilidad. Sus antepasados eran gente sencilla, inmigrantes del campo, con poca imaginación. ¿De quién aprendió entonces que una rosa en un florero puede ser más hermosa que un ramo de rosas o que la belleza podía esconderse en un viejo reloj de pared destripado y lleno de libros? El juicio de Estefanía era exacto: su presencia aligeraba la pesadumbre de vivir. A veces, bastaba su voz. Por eso ni Vicuña, ni Gajate, ni Alonso Cano tomaron a mal que los despertara a horas intempestivas: Lo que desazona a Nicolás es la posibilidad de que les torturen. La oía una y otra vez por el teléfono, como una cantinela. Más tarde, cuando bajábamos al coche, en el silencio de la madrugada, me confesó que el coronel Gajate le había dicho una cosa insólita, esto es, que la organización del estado policíaco había alcanzado tal perfección que ni el alto mando podía impedir ya la acción individual de un número. Me sorprendió esta confidencia. Desconocía en tu madre esta habilidad para tirar de la lengua.

Durante semana y media nos instalamos en vuestra casa, con la niña. El primer día su abuela la envió a la guardería y, al atardecer, mientras ella ordenaba el piso, yo me fui a buscarla. Todos los niños me parecían iguales y temía no identificarla, pero al pasar revista a los cochecitos, una niña con caperuza roja me sonrió. ¿Te das cuenta? Era ella, su misma sonrisa, la

reconocí al instante. Pero, además, había algo misterioso en todo aquello, ¿cómo era posible que una niña de pocos meses identificara a su abuelo al que apenas había visto un par de veces en su vida?

Nicolás y sus amigos de San Julio nos traían noticias cada tarde. Tú habías pasado la noche, de interrogatorio en interrogatorio, en la Dirección General de Seguridad. Leo en una celda, con un magnetófono en la contigua, transmitiendo el llanto de una mujer. Pretendían hacerle creer que eras tú la que llorabas para doblegarlo. ¿Te das cuenta del ardid? Les alarmaba el cariz que iba tomando el proceso 1001; que la calle se les fuese de las manos. De ahí mi miedo a la tortura, un miedo tan tenaz que me paralizaba. Ella era más práctica. Limpió el piso de papeles comprometedores, de modo que cuando a la tarde se presentó la policía no encontró nada, únicamente *El Capital*, una máquina de escribir y una escopeta de caza, con los papeles en regla, que se llevaron. Ése fue su botín.

A la mañana siguiente, tu madre había concertado una entrevista con Alonso Cano, el fiscal. Según me dijo, estuvo correcto pero distante. Le mortificaba que alguien pudiera admitir que los policías apagaran las puntas de los cigarrillos en la piel de los detenidos para hacerlos cantar. Ella comentó que ni lo creía ni lo dejaba de creer, pero era inicuo negarse a toda comprobación. Tal vez algún día tengamos que rendir cuentas por estas cosas, le dijo. Lo dejó caer como al desgaire porque sabía que Alonso Cano era muy religioso y aquella alusión a un juicio vago, inapelable, que bien pudiera ser el juicio final, iba a impresionarle, como así fue. Le prometió acelerar los trámites para pasarlos a la cárcel sin demora, donde vuestra integridad estaría más protegida.

Tu madre conservó siempre viva la creencia. Antes de operarla confesó y comulgó. Su fe era sencilla pero estable. Nunca la basó en accesos místicos ni se planteó problemas teológicos. No era una mujer devota, pero sí leal a los principios: amaba y sabía colocarse en el lugar del otro. Era cristiana y acataba el misterio. Su imagen de Dios era Jesucristo. Necesitaba una imagen humana del Todopoderoso con la que poder entenderse. Nada más conocernos me contó que, en vísperas de su Primera Comunión, todo el mundo le hablaba de Jesús; sus padres, sus tías, las monjas de su colegio. Únicamente de Jesús. Para poder recibir a Jesús tienes que ser buena, le decían. Sor Mariana de Todos los Santos hablaba, en cambio, de Cristo: Cristo confía en las niñas obedientes. Si Cristo te oyera decir mentiras se iba a enojar. De esta manera, me decía, identificó a Dios con Jesús, y ni la vida, ni las lecturas, modificaron luego su pensamiento. Y el día que comulgó por primera vez tuvo conciencia

de que había comido a Jesús, no a Dios Padre, ni al Espíritu Santo. Cristo era el cimiento. En particular el Cristo del sermón de la montaña. Era la suya una fe simple, ceñida a lo humano; un cristianismo lineal, sin concesiones.

A los nueve años, tu madre tuvo un problema en torno a la integridad de Cristo en cada partícula de la hostia que dice mucho de su sensibilidad. Así, la primera vez que el capellán del colegio dividió una forma en cuatro fragmentos para dar de comulgar a cuatro compañeras rezagadas, ella lloró por la noche imaginando que don Tomás lo había mutilado. Por complacer a sus amigas, lo había descuartizado. A partir de ese día, cada vez que el capellán dividía una hostia en el cáliz, ella salía de la fila y regresaba a su banco sin comulgar. Una mañana, sor Mariana de Todos los Santos la reconvino. Ella adujo que deseaba recibir a Jesús entero, no una fracción, y la monja le aclaró entonces que Cristo estaba entero y verdadero en la partícula más pequeña de la hostia, incluso en las briznas que quedaban en el cáliz tras una comunión general. Tu madre asentía perpleja, turbada por única vez en la vida por una cuestión teológica. Sor Mariana de Todos los Santos ejemplificó su argumento: ¿No has entrado nunca en la caseta de los juegos de espejos? Pues es lo mismo. De la misma manera que tu imagen se refleja completa en cada uno de los espejos, así está Cristo en cada porción de la Sagrada Forma, le dijo. Aquello fue para tu madre una revelación de su poder. Cristo se multiplicaba a sí mismo lo mismo que en su día multiplicó los panes y los peces. Pero su imaginación cabalgaba más ligera. Y el día de la patrona del colegio, en la misa solemne, una hostia cayó en las gradas del altar y el capellán interrumpió la comunión, recogió la forma del suelo y la consumió. Luego, pasó un paño húmedo por la grada y se reanudó la ceremonia. Pero ella, desde la fila, no apartaba los ojos de aquella bayeta arrebujada a un lado del altar. ¿Qué pensaban hacer con ella? ¿Lavarla y escurrirla en el sumidero? Ella estaba viendo a Dios allí. ¿Pretendían ahogar a Cristo en las alcantarillas? Fragmentos infinitesimales del pan estaban impregnando la tela húmeda y en cada uno de ellos se encontraba Jesús entero y verdadero. Gritó «¡No!» y se desmayó. Las monjas la recogieron y la trasladaron a la enfermería. Quince días más tarde, su escrúpulo, que parecía indicio de una grave crisis, desapareció sin dejar rastro. No era, contra lo que parecía, una crisis neurótica sino exponente de una viva imaginación y una sensibilidad delicada. Ella era equilibrada, distinta; exactamente el renuevo que mi sangre precisaba. El episodio de Cristo en los desagües no alteró su serenidad ni afectó para nada a su fe. En su vida hubo siempre un sentido religioso.

Ahora recuerdo que en el 64, cuando impartí el curso sobre Velázquez en la Universidad de Washington, la señora Tucker, en cuya casa vivíamos, la llevaba de vez en cuando a confesar. La primera vez me sorprendió: ¿Qué puedes decirle al cura si no sabes hablar inglés? Ella reía, la chispa se encendía en sus ojos: Para que te absuelvan sobran las palabras. Si me acerco a un confesionario es porque tengo contricción, estoy arrepentida de mis pecados. No le faltaba razón. Además, yo no decía verdad cuando le atribuía una absoluta ignorancia del idioma. Lo chapurreaba. En cualquier lugar del mundo le bastaban unos días para hacerse entender. Su oído era algo fuera de lo normal. A menudo, a la mañana siguiente de haber visto una película, se presentaba en el estudio tarareando el motivo musical. Era como una grabadora. En una ocasión traté de hacerla ir más lejos y, al salir del cine, le pedí que repitiese el tema de fondo: Así no, me dijo, antes tengo que dormirlo. Tenía que dormirlo, ¿te das cuenta? Era al despertar, al día siguiente, cuando la música de la víspera, ya digerida, afloraba a sus labios. Su concepto del oído era muy singular. El buen oído tenía ramificaciones insospechadas: era el mismo indispensable para aprender idiomas, bailar o cojear. ¡Sus teorías! La primera vez que estuvimos en Alemania salía ella sola a hacer sus compras con una naturalidad pasmosa. En Washington, a los cinco días de llegar, conversaba con los negros reticentes en los autobuses. En París, en una fiesta de *madame* Labourtade, la amiga de García Elvira, se erigió en centro de la reunión, contó historias y, al final, tocó las castañuelas. A mí, que era su contrario, me maravillaba su capacidad de adaptación. Y cuando me rompí la pierna en las heladas del 71, concertaba tan mal las muletas que en lugar de andar, brincaba. Ella reía: Si haces de la cojera un problema mental acabarás rompiéndote la otra. Para ella, cojear airosamente era también cuestión de oído. Era el suyo un oído intuitivo que, a veces, le permitía captar lo inexpresado. En cierta ocasión, de jóvenes, resolvió el damero maldito de *La Codorniz* salmodiando un texto imaginario, sin otro apoyo que las comas, los puntos y los acentos. Siguió el camino inverso del habitual, es decir, averiguó las palabras de las definiciones a través del fragmento del damero. Llegó a la letra a través de la música.

Una mujer como ella podría haberse desenvuelto bien en cualquier actividad que requiriese imaginación, ritmo y sentido de la armonía. Pero odiaba la rutina, y fue inconstante en sus estudios; un día se cansó y dejó la carrera a la mitad. Alguien me atribuyó un papel en esta decisión, pero no es cierto. A ella le aburrían los libros de texto; desde niña le aburrieron. En este terreno se movía un poco en la quimera. Amaba el libro, pero el libro

espontáneamente elegido. Ella entendía que el vicio o la virtud de leer dependían del primer libro. Aquel que llegaba a interesarse por un libro se convertía inevitablemente en esclavo de la lectura. Un libro te remitía a otro libro, un autor a otro autor, porque, en contra de lo que solía decirse, los libros nunca te resolvían problemas sino que te los creaban, de modo que la curiosidad del lector siempre quedaba insatisfecha. Y, al apelar a otros títulos, iniciabas una cadena que ya no podía concluir sino con la muerte. Sentía avidez por la letra impresa. Y me la contagió. Fue ella la que me aproximó a los libros, a ciertos libros y a ciertos autores. En realidad, me abrió las puertas de ese mundo.

Intercambiábamos textos sobre pintura. Yo solía discurrir sobre esquemas fijos mientras ella dejaba volar su imaginación y descubría conexiones que a cualquier otro lector, menos avisado, le hubieran pasado inadvertidas. Tu madre me llevó a Proust, a Musil, pero también a Robbe-Grillet y un día me hizo ver que mi pintura describía pero no narraba, lo mismo que las obras del *nouveau roman*. Hallaba paralelos inquietantes y su facilidad para teorizar era tal, que cada vez que exponía una idea te sentías avergonzado de que no se te hubiera ocurrido a ti. Recuerdo que hablando una vez del constructivismo alemán y del dadaísmo los califiqué despectivamente de pasatiempos del arte, pero ella me replicó que el constructivismo integraba allí donde el dadaísmo desintegraba, de manera que era en el cruce de ambas corrientes donde podía producirse cierta confusión. Su intuición de los espacios, las formas y los colores, también hubiera hecho de ella una sagaz crítica de arte.

Por ahí se inició su admiración por Primitivo Lasquetti, el escritor maldito; una admiración inflamada, tutelar, aunque apenas le llevaría seis o siete años. Primo era un hombre independiente, que llamaba al pan, pan, y al vino, vino. Pero esto era sencillo, también podían hacerlo los mediocres: lo notable no es que llamara pan al pan sino que lo hiciera con agudeza, en la prosa más brillante del último medio siglo, conforme decía ella. Ningún otro crítico tuvo una visión tan personal del arte contemporáneo, emitió unos juicios tan divertidos y deslumbrantes; tan definidores. A mí me apreciaba Primo, nos entendíamos, pero, en nuestros espaciados encuentros, era ella la que llevaba la voz cantante, la que le buscaba las cosquillas hasta hacerle irritar, porque, según decía, era irritado cuando le salía la genialidad.

Admiraba sus ideas, la densidad de sus ideas, pero también la forma de expresarlas. Lo leía incansablemente; lo releía. Le daban de lado su cinismo, su procacidad, su desfachatez. La genialidad suele comportar estos inconvenientes, comentaba. Era tan intelectual su relación, tan por encima de

lo vulgar, que jamás sentí celos de él. Ante ella hubiera sido siempre una torpeza mostrarme celoso, pero hacerlo con motivo de su admiración por Primo hubiera representado un error completo, una equivocación que tal vez nunca me hubiera perdonado.

Lo conoció en la Biblioteca Nacional, la tarde que presentó una colección de libros de cuentos. El salón, como era lógico, estaba lleno de gente relacionada con la literatura infantil, pero la tesis que sostuvo Primo fue que los cuentos no interesaban en absoluto a los niños, que lo que los niños deseaban leer eran los libros que sus padres cerraban con llave en su biblioteca. Se armó un escándalo regular, pero ella se entusiasmó: Es más original de lo que me habías dicho, repetía. Un contradictor, eso es; un argüitivo, reía yo. Pero a ella le fascinaban las personas con su propio perfil, diferenciadas. Con el tiempo fue conociendo a Lasquetti, sus ocurrencias, su impiedad, su cinismo, sus sarcasmos, pero también su timidez, su sensibilidad que tan hábilmente disfrazaba de audacia. Es como si tuviera una cuenta pendiente con la sociedad, comentaba ella. Sus críticas, sus escritos, incluso los de mera ficción, recataban unas cargas de profundidad que hacían volar por los aires personas, prestigios e instituciones. Parecía complacerse en atraer odios contra su persona. Pero era fiel a los pocos valores que respetaba y a la amistad. Ella decía: Su desdén es sólo aparente; apenas una máscara. Ama a media docena de personas pero incondicionalmente; con todo su corazón. A veces se lo insinuaba y él respondía con su indiferencia estudiada: ¿Crees tú que hay más de media docena de personas en el mundo que merezcan ser amadas? Ella afirmaba convencida: La gente quiere despreciarlo pero no puede; es demasiado importante. Y tenía razón. Rara vez, en conversaciones sostenidas en círculos más o menos intelectuales, dejaban de mencionarlo. Y cada vez que esto ocurría se hacía una pausa que los contertulios aprovechaban para mirarse entre sí con cierto recelo, pero el silencio duraba lo que tardaba en surgir el primer calificativo: Ése, lo que es, es un cabrón, decía uno. Y, tras la primera piedra, llegaba la lapidación inmisericorde: resentido, blasfemo, soberbio, desalmado… No había epíteto que no le fuera aplicado. Y, entonces, ella se alzaba en su defensa. Uno de los recuerdos más hermosos que conservo de tu madre es en su papel de abogada de Primo, sola, encendida, tenso el tendón de su frágil cuello, frente a la camarilla de inquisidores: Todas las personas singulares están llenas de contradicciones. Sorprendía su posición, el calor de sus palabras, que muchos atribuían a la indulgencia del inflexible Primitivo Lasquetti hacia mi pintura.

Cuando surgió el rumor de mi ingreso en Bellas Artes, de que alguien estaba dispuesto a presentar mi candidatura a la Academia, yo dudé si aceptarlo, consciente de mi escaso academicismo, pero ella, poco envanecida, me animó: Debes hacerlo y luego meter a Primo y César Varelli allí. Hay que rejuvenecer esa casa. El que no la conociera hubiera pensado mal, se hubiera burlado de mi incauta aprobación de aquella amistad con Primo, pero yo conocía el alcance de su relación, el juego estrictamente intelectual que se desarrollaba entre ellos. Ambos vibraban con lo bello; la diferencia estribaba en que mientras el sentido de la belleza no rebasaba en Primo la esfera del arte, tu madre *descubría* la belleza en las cosas más precarias y aparentemente inanes. Y donde no existía, era capaz de crearla rompiendo con los valores establecidos, asumiendo todos los riesgos.

Y, sin embargo, ella no admitía que esto fuera un don, que el resto de los mortales no fuésemos capaces de llegar donde ella llegaba. Es decir, si yo le hacía un regalo, no sólo aspiraba a que la sorprendiera sino a que la sorpresa fuera de su gusto. Pretendía que el objeto que, de repente, le apetecía, se me ocurriera regalárselo a mí. Esto le parecía natural, cuando tan difícil era. De ahí que cada vez que me equivocaba (que era con mucha frecuencia), por debajo de su aparente satisfacción se traslucía un punto de desencanto, quizá no tanto por la futilidad del regalo como por mi falta de discernimiento. No comprendía mi torpeza. Ella entendía que, siendo un artista sensible, mi fracaso a la hora de distinguir lo bello de lo feo carecía de justificación; era simple pereza mental. Es pura pereza mental, me decía. Pero bien sabe Dios que no era pereza mental. Yo la amaba tanto que hubiera sacrificado la falange de un dedo por acertar, siquiera una sola vez en la vida. Que, al menos una vez, ella, al recibir mi regalo, hubiese pensado: Dios mío, esto es lo que más deseaba del mundo. Pero esto no llegó a producirse; era una aspiración imposible. Conformar mi ineptitud con su buen gusto, seguir el vuelo de su fantasía, sobrepasaba mi perspicacia. Ella se resistía a orientarme y yo era incapaz de hallar por mis propios medios algo que la complaciera. El problema era insoluble, de modo que cada vez que le regalaba alguna cosa, lo hacía cohibido, porque, aunque ella fingiera satisfacción, yo intuía que una vez más me había equivocado; que *aquello*, como los regalos precedentes, acabaría encerrado en un oscuro cajón, o desaparecería de casa sin dejar rastro.

A poco de casarnos, por los años en que tú naciste, todavía no había perdido la esperanza de acertar. Anhelaba sorprenderla y, cada vez que callejeábamos juntos, vigilaba su expresión ante las vitrinas de los comercios,

escuchaba sus comentarios con Verónica, observaba a las mujeres que admiraba; todo inútil. El error volvía a producirse. Mis pesquisas no servían de nada, de modo que, a medida que transcurrían los años, iba encontrándome más sobrante y paradójico. Y así siguieron las cosas hasta que llegasteis vosotras. Fue preciso que crecierais, tú, Alicia, la pequeña Mar, para hallar una solución. Con vuestra asistencia apenas había riesgo de equivocarse. Disponíais de información y, a falta de ella, estaba la intuición. Entre ella y vosotras existían vías de comunicación invisibles, una corriente por la que os transmitía sus vibraciones ante lo bello. Pero ¿por qué misteriosos caminos le llegaron a ella estas vibraciones?

Tu madre abandonó los estudios por propia voluntad. Le irritaban la estructuración de la carrera, los profesores adocenados, las ideas impuestas. Su cabeza caminaba muy deprisa, iba por delante de la de sus mentores. Aprobó fácilmente los dos cursos comunes pero ahí se plantó, se negó a continuar. Ese mismo año terminé yo Bellas Artes, pero seguía sin vender un cuadro. El título significaba la culminación de una etapa académica, pero únicamente eso. Carecía de medios de vida; no ganaba una peseta. Pero el hecho de que tu madre abandonara la universidad fue ajeno a todo eso, a mi carrera, a la prisa por casarnos. Para ella, una sanción oficial de sus conocimientos a los veinte años resultaba irrelevante; no le daba importancia. Lo importante era tenerlos, tener esos conocimientos quiero decir. Si ella hubiese deseado titularse, mi resistencia no hubiera servido de nada. Con el tiempo pensó de otra manera y a vosotras, por ejemplo, os orientó hacia la universidad. Una paradoja. Ella contaba con gracia este capítulo de su vida pero nunca, en las diversas versiones que la oí del mismo, figuré yo como responsable.

De proponérselo, hubiera sido una gran fabuladora. Narraba las cosas con ingenio; sus digresiones eran tan divertidas como el tema central, pero nunca se perdía; iba y volvía, graduaba el interés, demoraba el desenlace, remedaba a los personajes. Daba igual que relatase una historia prolija que un breve trayecto en autobús. De todo sacaba partido, lo animaba con tal magia que era imposible sustraerse a su hechizo; hubiera sido capaz de sostener la atención del auditorio durante semanas. Pero, al margen de sus dotes de observación, creaba; tenía una imaginación espumosa. A menudo traté de animarla para que escribiese algo, pero ella me oía como quien oye llover, se burlaba de mí. ¡Me hubiese gustado tanto que lo intentara!

Recuerdo que, cuando os detuvieron, a Leo le atribuían un cargo en el Frente, tesorero, secretario o qué sé yo, imputación que, de confirmarse,

hubiera agravado su pena. Intervinieron vuestras cuentas en los bancos y denunciaron dos partidas que consideraban sospechosas. Una mañana, tu madre dejó a la niña en la guardería y marchó al Tribunal de Orden Público a entrevistarse con el juez instructor. Aunque tenía fama de desabrido, se mostró receptivo con ella, la escuchó. Sin conocerlo, le explicó la procedencia de aquel dinero y, al parecer, lo envolvió: El aspecto económico del problema está resuelto, señora —terminó admitiendo el instructor—, a ver si tenemos la misma suerte con el político. Acudimos a las cárceles respectivas a daros la buena noticia. ¡Oh, Dios, qué duras aquellas mañanas de invierno en Carabanchel! Aquellas amanecidas ominosas, la luz crepuscular en el gran patio gris, la bruma polvorienta sobre Madrid, cientos de visitantes a la espera y el carcelero voceando nuestros nombres: ¡Nicolás, Ana, Alicia, Martín, Paula, Basilio…! No teníamos apellidos. Era indigno, pero tu madre no se sentía vejada: Vamos, ¿no oís?, somos nosotros, reía. Desfilábamos por un pasillo de guardianes, entre barrotes… Aquel olorcillo de la cárcel… Caminábamos de uno en uno, como borregos, de uno en uno, la tarjeta de identidad en la mano, tu madre sonriendo, derramando optimismo entre los presos que iban apareciendo en las jaulas de la galería cada vez más delgados y mates. Y Basilio, tu cuñado, desde el centro de la galería, eufórico, saludaba a todos. Y los reclusos le respondían: Buenos días, Basilio. ¿Cómo van las cosas, Basilio? Y los policías y los carceleros, apocados, se hacían los desentendidos, aquejados de un sentimiento de culpabilidad.

A pesar de los alardes de tu cuñado, de las voces familiares de los detenidos, de la desmoralización de sus guardianes, aquel ambiente me oprimía. Me quedaba inmóvil, encogido, mudo. No encontraba una palabra de aliento. En cambio ella se aproximaba a vosotros con una nota en la mano. Un guión para aprovechar el tiempo, decía. Os hablaba ordenadamente sobre la niña —sus comidas, su plan de vida, su próxima visita—; luego, de sus entrevistas con el juez, con vuestros amigos, con los compañeros de universidad… Los últimos minutos los dedicaba a frivolizar, mientras los guardianes vigilaban por detrás de las jaulas, aburridos, un poco intimidados. Algunas veces, al concluir las visitas, íbamos a ver a Primo, a Primitivo Lasquetti, interrumpiéndole la tarea matutina. Les van a meter un montón de años, vaticinaba. Hoy día las chiquilladas se pagan caras; las revoluciones no se hacen con aficionados. En realidad no acudíamos a él para consultarle, pero le escuchábamos porque sabíamos cómo las gastaba; conocíamos de sobra su modo de ser. ¿Y quién es la detenida, la guapa?, preguntaba de pronto. Tu madre se sentía lastimada, erguía su flaco cuello: Ninguna de mis

hijas es fea. Él la miraba atentamente, desde detrás de la máquina de escribir, por encima de las gafas: Verdaderamente no tienen motivo. Bajaba los ojos y reanudaba el tecleo: Disculpadme; voy a terminar esto antes de que llegue el motorista, decía. Y allí, con nosotros delante, Primo terminaba su crítica, con la misma concentración que si estuviera solo. Ya le conoces. Es un tipo sobrado. Cada vez que le hablo del estiaje del creador suelta la carcajada. No cree en esas cosas.

Tu hermana me telefoneó ayer anunciándome tu visita. Me dijo que estabas bien, quizá un poco baja de color; tampoco la cárcel es el lugar idóneo para curtirse. Y, bien mirado, peor podría haber sido. Estas cosas vas viendo cómo se enredan, pero es imposible predecir cómo van a terminar. Recuerda tu desmoronamiento de los primeros días: A Leo se le va a caer el pelo, decías. ¿Te acuerdas? Tampoco los de San Julio eran optimistas: Son demasiados cargos; la organización del Frente, la copiadora del chalé, las cajas de octavillas… ¡Menos de seis años, nada! ¡Dios mío, seis años! En aquellas sombrías reuniones, era ella la única que aportaba un poco de esperanza. Ese hombre no va a ser eterno, recuerdo que dijo la primera vez. Lo dijo serenamente, sin encono. Dijo únicamente *ese hombre*. No se ensañó, pero, inconscientemente, al despojarle de sus títulos, lo apeó del pedestal, le arrancó las medallas del pecho, lo desnudó. Pero, además, fue la que dio en el clavo. Ese hombre no fue eterno. Incluso cuando especulábamos en San Julio sobre vuestros años de condena, ya estaba herido de muerte. En cambio, lo suyo no lo previó tu madre. Se sentía fuerte, entonces, con buena salud, y sabía que era necesaria. Alicia y Mar dicen que ya, por entonces, la encontraban delgada. Pero ¿estuvo alguna vez gruesa tu madre? Odiaba las grasas, ya lo sabes. Le repugnaban. Esto formaba parte de su culto a la belleza. Admitía cualquier cosa antes que engordar un kilo. ¡Era tan armoniosa su figura! ¿Cómo pudo criar tantos hijos sin echarse a perder? Ella decía que el tamaño del pecho nada tenía que ver con su fertilidad y, obviamente, le sobraba razón. Nunca la deformó la maternidad. Se le abultaba el vientre, tal vez una pizca los pechos, pero, con la ropa suelta, el embarazo apenas trascendía. Encinta de Pablo, el más grande de todos, la piropearon un día en la calle un mes antes de dar a luz. Llegó a casa desconcertada: Me han gastado una broma cruel. ¿Cómo puedo estar atractiva en semejante estado?, decía. Pero lo estaba; estaba atractiva. En ella, el embarazo era escuetamente un vientre, no afectaba para nada al resto del cuerpo. En nueve meses engordaba siete kilos, pero una hora después de dar a luz pesaba lo mismo que el día que quedó encinta. Ella se sentía orgullosa de su vientre, de su

comportamiento. Alojaba criatura tras criatura sin protesta; no se aflojaba, no se fruncía. Tras el parto volvía a su tersura normal, ligeramente hundido entre los huesos de las caderas, resumido, el ombligo como única referencia. Nunca se resintió su figura a causa de un hijo. Los pliegues, la celulitis, las grietas, nada tenían que ver con ella. Así cumplió 48 años, tan grácil y atractiva como cuando la conocí en el parque, a los dieciséis.

Desoí las advertencias de Alicia y Mar. Claro que estaba delgada, pero ¿cuándo no lo había estado? Alicia iba a casarse unos meses después y recuerdo la actividad de tu madre en esa época; no dejaba un cabo suelto, no paraba. Tu hermana decía a veces: Hay días que no puedo seguirla. Tímidamente sugerí la idea de aplazar la boda hasta que se resolviese lo vuestro, al menos hasta que se celebrase el juicio, pero ella se opuso: Nadie tiene derecho a condicionar la vida de nadie. No obstante, fue la niña la que llenó su vida durante esos meses. Nunca imaginé que el primer año de un bebé tuviera que ajustarse a unas pautas tan delicadas. Para mí, el primer año de vida de un ser humano se resumía en tres momentos decisivos: los primeros balbuceos, el primer diente y los primeros pasos. Iniciarse a hablar, a comer y a andar. Ése era todo el aprendizaje. A mi entender, un niño sano no podía facilitar otras noticias que ésas. Pero junto a tu madre aprendí que el proceso evolutivo de un niño estaba lleno de matices. ¡Cuánta minucia, cuánta sutileza! Recuerdo las cartas que te dirigía a la cárcel con sus descubrimientos: «La niña sigue mi dedo con los ojos; ya sabe mirar», «La niña tiende los brazos cada vez que me acerco a la cuna», «Por primera vez hoy sonrió inducida por un objeto inanimado, un perrito de peluche». ¡Tantas cosas inimaginables! Paralelo a su desarrollo estaba su vestuario: sus jerseis, sus faldones, sus capotas, sus botitas. Cada vez que te la llevaba a la cárcel la cambiaba de indumentaria. A la visita siguiente comentabais sobre lo que la favorecía y lo que no la favorecía. Recuerdo que un día decidió quitarle los faldones y te la envió con las piernecitas al aire. No le di mayor importancia a la novedad, pero tu recibimiento el lunes siguiente fue clamoroso: voces, risas, bromas; no parabais de hablar; ¡hasta aventurabais juicios sobre la conformación futura de las piernas de la niña! Nunca, imagino yo, un ser tan pequeño produjo entre los adultos una conmoción tan grande.

Nada de esto impedía a tu madre atender sus obligaciones como secretaria. Conocía mis compromisos, mis deseos y caprichos; seguía mi vida tan puntualmente que rara vez me consultaba antes de responder a una carta. Procuraba desbrozarme el camino para que yo trabajase despreocupado: Lo tuyo es pintar, solía decirme. Por encima de premios y honores, del juicio de

los críticos, era su fe lo que me animaba. Y cuando la Academia votó mi ingreso en su seno, ella se mostraba radiante. Decía: Cada mañana, al despertar, me pregunto: ¿por qué tengo que estar contenta? Y ella misma se contestaba: ¡Ah, sí, la Academia! Le preocupaba mi discurso, el tema, su extensión. Se interesaba por la confección del frac, la camisa, los zapatos. En cualquier caso sabía lo que me convenía; lo que procedía hacer. Se relacionaba con los marchantes, con las galerías directamente. Para ella, un cuadro era un mundo independiente y, en consecuencia, cada uno requería una posición, una luz, una altura. De ahí que organizarme una exposición constituyese un arco de iglesia. Pero ella no se amilanaba. Gozaba con las dificultades y sospecho que, fuera de sus fantasías adolescentes, nunca tuvo otras aspiraciones. ¿Que le sobraba talento para haber abordado una actividad más personal? No lo dudo, pero puedo asegurarte que yo no la coaccioné para que no lo hiciera. Lo nuestro fue una especie de convenio tácito, con ciertas vacilaciones al principio, pero definitivamente implantado tras la medalla del Salón de Otoño. Ese premio nos cambió la vida. Trajo consigo un despegue y una ampliación de horizontes, que nos indujo a preocuparnos más de mi trabajo, nuestros hijos y nuestro dinero. Ella asumió esta tarea espontáneamente, sin imposición de nadie. Y si yo no le pedí la gestión de nuestras cosas, tampoco consideré machista avenirme a que lo hiciera. La nuestra era una empresa de dos, uno producía y el otro administraba. Normal, ¿no? Ella nunca se sintió postergada por eso. Al contrario, le sobró habilidad para erigirse en cabeza sin derrocamiento previo. Declinaba la apariencia de autoridad, pero sabía ejercerla. Cabía que yo diese alguna vez una voz más alta que otra pero, en definitiva, ella era la que en cada caso resolvía lo que convenía hacer o dejar de hacer. En toda pareja existe un elemento activo y otro pasivo; uno que ejecuta y otro que se allana. Yo, aunque otra cosa pareciese, me plegaba a su buen criterio, aceptaba su autoridad. A sus amigas solía aconsejarles evitar los encuentros frontales, un sabio consejo. El aspecto formal de la lucha por el poder durante los primeros meses de matrimonio se le antojaba grotesco, por no decir de mal gusto. Creía que el hombre cuida la fachada y declina la dirección; pero entendía que algunas mujeres ponían, por encima de la autoridad, el placer de proclamarlo, esto es, aceptaban el poder, pero sin ocultar cierto resentimiento. Por supuesto, ella era de otra pasta. Y si entre nosotros no hubo un explícito reparto de papeles, tampoco hubo fricciones; nos movimos de acuerdo con las circunstancias. ¿Si hubiese aceptado yo un segundo plano, trastocar los papeles, ella arriba y yo abajo, ella a la vista y yo detrás, en la penumbra? Nunca me lo planteé; tu madre

estaba tan embebida en sus problemas, que su primera preocupación cuando se le manifestó la enfermedad fueron sus hijos, qué sería de vosotros el día que ella faltase. A Alicia se lo confesó un día: Soy tan tonta, le dijo, que he llegado a creerme que era yo la que ganaba el dinero.

Pero el dinero no era todo en nuestras vidas. Anteponíamos otras cosas: familia, proyectos, amigos. Éste era su terreno. Evelio Estefanía me anticipó que, en su discurso de recepción en la Academia, iba a aludir a esta cualidad suya, pero, ante las circunstancias, hubo de cambiarlo. Ella había muerto en el intervalo. Entonces dijo esa gran verdad de que, con su sola presencia, aligeraba la pesadumbre de vivir. ¿Puede decirse de alguien algo más hermoso?

El día que tú le pediste unos papeles para renovar tu contrato en la universidad, ella se apresuró a llevártelos a la cárcel, pero los celadores se negaron a admitirlos: Una reclusa no tiene nada que firmar salvo su declaración. ¿Por qué su hija, en lugar de meterse en líos, no se va a la Gran Vía a mover el culo?, le dijeron. La zafiedad la humillaba hasta extremos indecibles. Al salir de la cárcel se metió en un portal, para llorar a gusto. Pero allí mismo, entre lágrimas, decidió no rendirse a la brutalidad y, tan pronto llegó a casa, firmó los papeles por sí misma, imitando tu letra, y los entregó personalmente en la universidad. Ni el grafólogo más exigente hubiera advertido la suplantación. Tu madre sonreía divertida. No le remordía la conciencia. Delitos eran violar, matar, robar; la firma indebida de documentos era para ella un simple pasatiempo.

Ante mi temor de que os torturasen, visitó de nuevo a Alonso Cano, el fiscal. Cano, de estudiante, estuvo enamorado de ella y le hablaba con una suficiencia rebuscada: Parece mentira que una mujer como tú se crea esas mendacidades de los malos tratos, le decía. Los estudiantes se autolesionan para desprestigiar a la policía. Tu madre, más que por ti, temía por Leo; estaba más comprometido. Alonso Cano la desconcertó: ¿Te gustaría hacerle una visita para comprobar que no te engaño? Sí, claro que me gustaría, le respondió. Y allá nos fuimos los dos una tarde, a la prevención, una oficina siniestra, llena de polvo y expedientes. Y, tras unos minutos de espera, entró Leo maniatado, ceniciento, y charlamos, sentados sobre unos cajones, bajo la vigilancia de un policía cerril. Me sentía enfermo, pero antes de marchar le pregunté con disimulo si le habían maltratado. Lo negó y yo me tranquilicé. Hacía cuatro días que os habían detenido y pensé que el momento más crítico había pasado ya. Pero bien fuese porque así lo tenían dispuesto o porque a aquellos tipos les fastidió nuestra visita, lo cierto es que esa misma noche le

golpearon hasta que perdió el conocimiento. Por Nicolás y los de San Julio nos enteramos de la tortura. Tu madre escribió una carta a Alonso Cano pero nunca tuvo contestación. Automáticamente quedó clasificado como *indecente*. Juzgaba a las personas con un criterio primario: decentes o indecentes, pero ser catalogado como indecente suponía únicamente que había perdido su confianza. No iba más allá, era incapaz de rencores; menos aún de rencores vitalicios. Le aburrían. Durante los primeros meses de matrimonio, cada vez que discutíamos, se ataba un hilo al dedo meñique para recordar que estábamos enfadados. Luego lo olvidó; llegó a olvidar incluso la razón por la que se había atado el hilo. Era muy desmemoriada. En nuestros viajes iba regando los hoteles de objetos de uso personal: jerseis, blusas, un peine; rara vez las cosas que acababa de adquirir. Éstas no las guardaba en las maletas, las llevaba a mano, en el asiento posterior, y de vez en cuando las extendía sobre su regazo para contemplarlas. Había en ella una suerte de deslumbramiento infantil ante lo nuevo-bello que rayaba en fetichismo.

A las leves incomodidades que originaba su mala cabeza no les daba importancia. A veces salía de casa sin dinero y, al advertirlo, montada ya en el autobús, sugería al cobrador pagarle el billete con un cheque. El hombre, naturalmente, se sorprendía. ¿Un cheque por dos reales, señora? Ella agregaba con cierta lógica: A no ser que prefiera un sello; he olvidado el monedero. El cobrador, cada vez más desconcertado, advertía que la compañía no admitía sellos y que tendría que apearse. Tu madre, entonces, apelaba a la solidaridad de los viajeros: ¿Habrá alguien tan amable, decía, que pueda prestarme dos reales para el autobús? Y, súbitamente, se producía la fascinación colectiva, aquel movimiento de adhesión que despertaba su presencia. Veinte manos, con veinte monedas, se alargaban hacia ella diligentes, desprendidas. Y ella tomaba una, daba las gracias y la entregaba al cobrador, quien, un tanto achicado por asimiento tan unánime, balbuceaba: Discúlpeme, señora, pero las normas de la compañía son las normas de la compañía; yo no puedo hacer otra cosa.

En vísperas de operarla, en la habitación de la clínica, me confesó que sólo había una persona en el mundo por la que hubiera sentido inquina: don Federico Corral, el administrador de la casa. Sus pleitos con don Federico solían producirse de año en año con motivo de pequeñas modificaciones en el piso. Ella se mostraba extrañada de la negativa cuando la obra redundaba en beneficio del inmueble, mientras don Federico alegaba que el proyecto alteraba su estructura. Esto de reformar los pisos donde vivía era en tu madre una auténtica dependencia, como puede ser en otros la droga o el alcohol. No

sabía vivir sin ello. La casa más bella y mejor construida era susceptible de ser mejorada. A veces, la innovación era tan arbitraria, tan traída por los pelos, que ni ante sí misma acertaba a justificarla. Mas el final de la pugna nunca variaba: el administrador cedía a condición de doblar la renta. Tu madre clamaba, se indignaba, vivía una semana como si hubiera desistido del proyecto pero, al cabo, llamaba a los operarios y se ponía manos a la obra. Su marca será difícilmente superable: en siete años, hasta que tuvimos piso propio, nos doblaron la renta tres veces. Sus debilidades arquitectónicas, estando Leo y tú en la cárcel, las satisfizo con esta vieja casona. Venía, al menos, una vez por semana y, si hacía buen tiempo, se traía con ella a la niña y a algún estudiante para que la vigilara. Su quehacer inicial fue raspar la cal y el yeso, descubrir piedra y madera con objeto de ennoblecer los interiores. Rastreaba vigas y arcos con apasionamiento de arqueólogo: Pique aquí, Teodoro, por favor, le decía al albañil. Rara vez ordenó dar un mazazo inútil. Exhumaba sillares, arcos de dovelas, entibas de roble, gruesos dinteles de nogal… En las tres habitaciones delanteras, al picar el techo, apareció el primitivo artesonado que ella limpió amorosamente con aceite de linaza, poniendo especial esmero en los puntales y zapatas que lo sostenían. Pero donde concentró todo su entusiasmo fue en la cocina que acabas de ver. Estaba ilusionada con ella. Incluso en Yeserías, donde no solía perder el tiempo en bagatelas, creo que te habló una vez de la cocina. La dichosa cocina llegó a ser para ella una idea fija. En torno al hogar, que dejó intacto, rehabilitó casi todo, techo, planta y tabiques; incluso recompuso los desportillados azulejos que ceñían el fogón, encargando algunos fragmentos a una cerámica de Puente. Aquello fue la obra de El Escorial.

Pero había que ambientar los rincones, *calentarlos*, como decía García Elvira. Con este propósito fue adquiriendo cazos, calderas y otros enseres de cobre en los pueblecitos vecinos. Pocas veces recurría a los anticuarios. Le divertía descubrir los viejos cachivaches por sí misma. En Caniseco había un prendero que llamaba a estos chismes *chichirimundis*. Y a cuenta de ellos tu madre entró en conflicto con los baratillos de la capital, que la censuraban «estar tirando el mercado». Mas cuando discutían, llegaba a desconcertarlos: ¿Por qué los campesinos desconfían de su palabra y no de la mía? ¿Por qué en todas partes, antes de vender un dedal a uno de ustedes, me avisan a mí? Callaban. Se miraban entre sí y no decían palabra.

La ornamentación de la casa fue avanzando muy deprisa. Aparte los *chichirimundis*, tu madre halló otra fuente de decoración en el Obispado, pinturas y tallas sin valor pero plásticas y sentimentales. Todos estos

angelotes barrocos, fragmentos de retablos, santos de palo, litografías y cuadros de época proceden de allí. Mas faltaba lo verdaderamente peliagudo: amueblar la casa en un estilo adecuado. En los alrededores, encontraba alguna insignificancia: aguamaniles, mesillas de noche, atriles, escabeles… Pero todo ello, reunido, no hacía bulto; en una casa de tres pisos ni se veía. No obstante, hablando con unos y otros, se informó de que una tal doña África, familia de indianos, agonizaba en Linaza, una aldea próxima. Cuando conectó con los herederos ya la habían enterrado y estaban restaurando la casa a base de formicas, aglomerados y otros materiales más modernos, pues la pobre tía África vivía en la edad de piedra, dijeron. Tu madre se interesó por el destino de los muebles. Unos irán a los baratillos y otros a las hogueras de San Juan. ¿O es que le gustan a usted? Entonces sugirió quedarse con el lote por un tanto alzado y enseguida llegaron a un acuerdo. Te parecerá mentira, pero estas camas de hierro de bolos dorados, otra pareja de cabeceros pintados, la de barco, donde vas a dormir, una mesa de roble de tres metros, de una pieza, las sillas a juego, dos librerías encristaladas, una cómoda de nogal, un canapé, ese reloj de ojo de buey, la consola y el resto del mobiliario fueron tasados por ellos en cincuenta mil duros, en el convencimiento, además, de que la estaban engañando.

Disfrutó mucho con estas adquisiciones. Veía más allá que el común de los mortales. Tenía el ojo enseñado a mirar; nació con esa intuición selectiva. Este estudio donde estamos, cuya existencia no trasciende al exterior, lo sacó de su cabeza. El entarimado de enebro, la entreplanta con los caballetes, el techo revestido, y la gran claraboya invisible desde la carretera, fueron cosa suya. Me conmovía su confianza en mis posibilidades. Imaginaba que si había destacado «pintando en cualquier parte», haciéndolo adecuadamente podría llegar a ser un genio. Abordó la obra guiada por dos objetivos fundamentales: recogimiento y luz. Para conseguir lo primero forró la buhardilla de corcho y en los tragaluces y las vidrieras puso doble cristal. Pero la luz era todavía más importante. A su juicio, disponiendo de luz, todo lo que el artista guardara dentro terminaría por aflorar. Mas había que conseguir esa luz sin que la claraboya se divisara desde fuera. La comodidad del artista era esencial, pero lo era aún más la estructura de la casa. Entonces ideó esta linterna, para que la claridad procedente de las vertientes ocultas del tejado inundara el estudio sin hacerse visible desde el exterior. Un verdadero hallazgo arquitectónico.

Empeñó en esta obra toda su imaginación y consiguió lo que se proponía: una luz blanca, sin sombras, como si yo trabajara bajo los focos de un estadio; y mucho silencio. Disponía de toda la luz del mundo y de un silencio de

camposanto, de tal manera que, si en adelante no pintaba *Las Meninas*, mi capacidad creadora quedaría en entredicho. Un desafío insoportable. A veces pienso que fue esta condición la que me inutilizó el verano pasado, cuando lo estrené. Ella había empezado a notar molestias en el hombro, la niña estaba alicaída esos días no sé por qué, tu hermano Gus enfermó de hepatitis, vosotros en la cárcel… Había cosas que no marchaban en casa, que me alteraban, pero la verdadera razón de mi impotencia creo que radicaba en un exceso de bienestar, en el hecho de saber que disponía de un estudio sumamente confortable y si no pintaba algo singular sería por falta de aptitudes. Lo tenía todo; hasta tu madre se me brindó como modelo, aunque sabía que esta colaboración era inútil; terminaría, como de costumbre, en el diván. Pero cuantas más facilidades se me daban, mayor era mi incapacidad. En los períodos de aridez, nunca he tratado de rebelarme. Suelo sobrellevarlos con paciencia, retocando viejos cuadros, simulando que hago, en espera del soplo creador; exactamente lo que estoy haciendo ahora. Sin embargo, el verano pasado perdí la serenidad. No puedo recordarlo sin sonrojo. Le culpé a ella, fui injusto y atrabiliario, pero ya me conoces, en lugar de asumir mi ineptitud, le dije que era imposible trabajar en la pura asepsia, que aquel silencio sepulcral me inutilizaba, que yo necesitaba calor humano, gritos de niños, peleas, para hacer algo; para pintar vida precisaba vida y que toda su teoría sobre el «espléndido aislamiento» había sido un error. Apenas se inmutó. Mi pataleta era tan infantil que no merecía respuesta. Pero su indiferencia se volvió contra mí: me hizo verme pequeño y ruin; sentirme incómodo dentro de mi piel. Solía sucederme a menudo; era una forma de expiación. Sin embargo, el amor propio me impedía excusarme, aunque esta vez, en la sobremesa, tan pronto advertí que ella se había anudado un hilo blanco en el dedo meñique de la mano izquierda, se me aflojó la garganta, le tomé la mano y le pedí perdón.

No obstante, es ahora, a cosa pasada, cuando deploro mi mezquindad. Es algo que suele suceder con los muertos: lamentar no haberles dicho a tiempo cuánto los amabas, lo necesarios que te eran. Cuando alguien imprescindible se va de tu lado, vuelves los ojos a tu interior y no encuentras más que banalidad, porque los vivos, comparados con los muertos, resultamos insoportablemente banales. Ensimismado en su tarea, uno cree, sobre todo si es artista, que los demás le deben acatamiento, se erige en ombligo del mundo y desestima la contribución ajena. Pero un día adviertes que aquel que te ayudó a ser quien eres se ha ido de tu lado y, entonces, te dueles inútilmente de tu ingratitud. Tal vez las cosas no puedan ser de otra manera, pero resulta

difícilmente tolerable. La imposibilidad de poder replantearte el pasado y rectificarlo es una de las limitaciones más crueles de la condición humana. La vida sería más llevadera si dispusiéramos de una segunda oportunidad.

Durante el semestre que pasamos en Washington, en casa de los Tucker, yo comía poco y enflaquecía. No me adaptaba a la comida ni al horario americanos, y tu madre, que conocía mi aprensión, me metía el botón del cuello de la camisa cada cierto tiempo, para que no lo advirtiera. Te parecerá cómico, pero en la clínica no lograba arrancar este recuerdo de mi cabeza. ¿Cómo no valoré antes este detalle? Cuando las cosas de este tenor se están produciendo no les das importancia, las consideras normales. Incluso te parece ridículo el reconocimiento ante los allegados. Pero un día falta ella, se hace imposible agradecerle que te metiese el botón de la camisa y, súbitamente, su atención deja de parecerte superflua para convertirse en algo importante. En la vida has ido consiguiendo algunas cosas pero has fallado en lo esencial, es decir, has fracasado. Esta idea te deprime, y es entonces cuando buscas apuradamente un remedio para poder arrostrar con dignidad el futuro.

Hay otro asunto que hace unos meses consideraba un juego, pero que ahora advierto que no era un juego. Algunas tardes, en las sobremesas de mediodía, ella se me quedaba mirando y, al cabo de un rato, me preguntaba: ¿Volverías a casarte si yo me muriera? Yo sometía la cuestión a mi cerebro adormilado y respondía sin interés: Seguramente no, pero agregaba un poco inquieto: No debemos jugar con esas cosas. Su pequeña cabeza denegaba: No se trata de un juego. Sé que me moriré antes que tú. Esta iniciación de su discurso resultaba gris, un poco melodramática. Yo callaba, pero sus palabras dejaban en mi corazón un rastro ceniciento. El juego propiamente dicho, empezaba más tarde: la evaluación de candidatas. Luisa Aranda te llevaría los papeles al día. Tal vez, pero ¿quién se mete luego en la cama con Luisa Aranda? Tu madre reía: Maite Noriega haría eso mucho mejor. ¿Tú crees que se conformaría conmigo? Volvía a reír: Habría que verlo. Eres un amador aceptable pero tampoco nada del otro jueves. Iban desfilando los nombres de las candidatas y lo que a una le sobraba le faltaba a otra: ¿No habrá alguna que reúna las virtudes de todas ellas?, preguntaba yo. La chispa maliciosa de sus ojos se acentuaba: No es fácil eso. Entonces pensaba que había iniciado la conversación para que yo la halagase y le decía: Tú eres un hallazgo; no es probable que se repita. La envanecía saber que era difícil hallar una sustituta, pero añadía: Debes pensarlo; tú no podrías vivir sin una mujer al lado. ¿Se refería al cuerpo o al espíritu? Había una velada invitación en su voz. Trataba

de seducirme. Lo hacía siempre, y siempre con extrema delicadeza. Era, inevitablemente, el colofón del juego.

Pero el verano pasado, a poco de manifestarse los primeros síntomas, advertí dos cosas: que durante el juego empezaba a mostrar cierta impaciencia y que el juego carecía de colofón (ahora se trataba de resolver un asunto urgente). La mayor de las Villena, Inés, haría una buena compañera, me dijo una tarde. Yo lo tomé a broma: Prefiero la segunda. ¡Pero la segunda está casada! Tampoco creas que es un obstáculo insalvable. Se animaba al no encontrar en mí una oposición rotunda. A lo largo del verano, planteó a menudo la cuestión sin que llegáramos a un acuerdo. Gus, enfermo de hepatitis, solía interrumpir nuestros coloquios con sus voces. Le irritaba que los sanos platicáramos tranquilamente en el salón mientras los enfermos se pudrían en el lecho. Protestaba, daba voces y ella se levantaba para atenderlo. Era difícil en una casa de tanta gente sostener una conversación privada. Gustavo, ya le conoces, siempre fue un mal enfermo. Se impacientaba con el reposo y, para hacérselo más llevadero, tu madre le sacaba de paseo en automóvil, y, aunque aún era un niño, le enseñaba a conducir en los carriles del páramo. Metiendo y sacando marchas, reculando, maniobrando, se desfogaba. Gus es un niño original, diferente. Desde que tenía un año, se negó a admitir que, en aras de la salud, violentaran su cuerpo. Que le barrenaran una muela o le pusieran una inyección le parecían agresiones brutales que un ser civilizado no tenía por qué aceptar. Con la hepatitis, se resistía a las extracciones de sangre, necesarias para conocer el proceso de la enfermedad, pero tu madre, que previamente se leyó dos libros sobre el control de la mente, le convenció, al fin, para que accediera al recuento periódico de transaminasas.

Esta paciente actitud ante los enfermos adoptaba formas preceptivas con los viejos. En su trato con ellos nunca pretendió ser clemente. Primitivo Lasquetti simplificaba despiadadamente su abnegación: A Ana, decía, le divierten los viejos. Pero ¿cómo interpretar su conducta como un simple divertimiento? Tú no alcanzaste a conocer a los López Manrique, dos ancianos pintorescos, él enfermo, ella con 84 años y la cadera rota. Lázaro López Manrique era un gafe reconocido. Recién casado, en Orihuela, cuando acompañaba al equipo de fútbol del que era directivo, el cohete anunciador de las fiestas le vació un ojo; le dejó tuerto. En torno al cenizo de López Manrique circulaban infinidad de anécdotas, algunas verdaderas y otras falsas. Lo que resultaba incontestable era lo del cohete, ya que a partir del famoso viaje le faltó el ojo izquierdo, que más tarde se puso de cristal (un ojo

impertinente y obsesivo). A mí, fatalista de vocación, me inquietaban sus visitas a los López Manrique, le recomendaba prudencia y que abreviara, pero no me hacía caso: los acompañaba al médico, los abastecía para que fueran sobreviviendo, les hacía la tertulia y, una tarde a la semana, la pasaba con ellos jugando al palé. Pero el día que falleció Lázaro, al ir a llamar a la funeraria, se desprendió la araña del salón al pasar ella y casi la aplasta. Fue la última broma de Lázaro en este mundo.

Otro de sus protegidos era García Elvira, el pintor. A éste sí lo conociste. Había triunfado en Francia pero, durante la ocupación alemana, pintó al mariscal Pétain coronado de laureles y los franceses nunca se lo perdonaron. Regresó a España, a la ciudad donde había nacido, casado con una elegante parisina, Michèle, que cambió el bulevar de Saint Germain por una casita provinciana española sin hacer aspavientos. Una mujer valerosa. Nunca se lamentó de su destierro ni del temperamento de su marido. Con sus tiestos, los desfiles de los cadetes a caballo y el románico de la provincia tenía bastante. Tu madre y ella se reunían con frecuencia; se llevaban bien. Pero un día, inesperadamente, amaneció muerta en la cama. Le falló el corazón. Al llegar a su casa encontramos a un García Elvira furioso. En el reverso de algunos cuadros, ella había colgado unas etiquetas que decían: *«En cas de mort, le donner à Ana»*. Fue un original testamento que García Elvira no respetó. Había nacido para princesa, protestaba. Regaló a tu madre un quinqué francés del XVIII, como recuerdo, quemó las etiquetas en la cocina y dijo que se encontraba muy solo, que a los 86 años no podía valerse y que necesitaba una mujer que le atendiera. Tu madre le recomendó algunas residencias acogedoras pero él respondió que las residencias de ancianos, acogedoras o no, eran *morideros* y que él, al hablar de una mujer que le atendiera, se refería concretamente a la cama. A partir de entonces, tu madre le acompañaba los sábados al Casino y le presentaba viudas de mejor o peor ver, pero que a él nunca le satisfacían: Ésa está muy fondona. ¡Por amor de Dios, Ana, si es una cacatúa! A mí la que en realidad me gusta eres tú. ¿Por qué no damos esquinazo a tu marido y te vienes conmigo a París? Tu madre asentía: Déjame un tiempo para pensarlo. Fue en esa etapa cuando le pintó el famoso retrato con el vestido rojo, un collar de perlas de dos vueltas y guantes hasta el codo. El vestido, de cuello redondo y sin mangas, lo diseñó él para la ocasión. Mi gran curiosidad por ver cómo resolvía el fondo del cuadro no se vio defraudada: lo eludió, eludió el fondo; únicamente una mancha gris azulada, muy oscura, en contraste con el rojo del vestido, más atenuada en los bordes. César Varelli, cuando lo vio, dijo: Un tipo que es capaz de conseguir estos

grises es un pintor. Al oírle me asaltaron unos celos absurdos, un escocimiento que no experimentaba desde mi época juvenil. Acosé a tu madre: ¿Qué le decía García Elvira mientras la pintaba? ¿Se le insinuaba tal vez? Tu madre me miraba con los ojos muy abiertos, pasmada, atónita: Por amor de Dios, Nicolás, tengo casi cincuenta años. Pero para mí ella no tenía esa edad. La veía en el cuadro, bella, grácil, desenvuelta, las perlas en el cuello, los brazos morenos, tan sensuales. Ya caigo, dijo ella de pronto, tú lo que tienes son celos del cuadro. Y yo creo que era cierto, pero no me di cuenta hasta que un día se lo pidió para exponerlo en Madrid. Me humilló que no contara conmigo, pero al menos tuvo la delicadeza de no identificar a la protagonista en los programas de mano. *Señora de rojo sobre fondo gris*, anotó simplemente, y fue el éxito de la exposición. Entonces sí, entonces sentí celos del cuadro, de no haberlo sabido pintar yo, de que fuese *otro* quien la hubiese captado en todo su esplendor. El maestro había regresado a su patria chica para pintar a mi mujer y de este modo humillarme. Me sentí tan vano ante él como cuitado ante ella. El hecho de que un forastero hubiese entrado en mi casa para conseguir lo que yo no pude, con el modelo a mano, me empequeñecía. Pero me resistía a reconocerlo: ¿Celos del cuadro? ¿Es que piensas, acaso, que el cuadro es bueno? Ella omitió su opinión aunque era la que más me interesaba: A César Varelli y a Primo les ha gustado, dijo. Fue el remate; la guinda a la tarta. Y allí me dejó recomiéndome, no sé si de envidia, de celos o de impotencia.

Como era de esperar, el viejo García Elvira no pudo sobrevivirla. No encontró otra alma piadosa dispuesta a escuchar sus latosas confidencias sobre sus exigencias sexuales a los 90 años. Cuando le supe enfermo llamé a una ambulancia y lo trasladamos al hospital y, con tu hermana Alicia, le velé la noche entera. Estaba amarillo por la ictericia, un poco hinchado, y murió de madrugada, con la mano de tu hermana entre las suyas, imaginando, tal vez, que era tu madre la que velaba su agonía. Se apagó tan dulcemente, que mi horror a la muerte física se relativizó desde entonces.

Estos viejos locos, solitarios, nunca faltaron en la vida de tu madre: tu abuela, mi padre, Tirso Urueña… Todos eran ancianos irreparables, a quienes la insolidaridad de la vida moderna había cogido desprevenidos. Se sentían perdidos en la vorágine de luces y ruidos, y daba la impresión de que ella, como un hada buena, iba tomándolos de la mano, uno a uno, para trasladarlos a la otra orilla. Pero esto, lejos de humanizarlos, los envilecía y, conscientes de su conmiseración, abusaban de ella, se inventaban dolores o necesidades con objeto de retenerla, iban devorándola poco a poco. No te oculto que yo

también, sin darme cuenta, participaba de ese acto de antropofagia. En realidad, todos en casa nos considerábamos con derecho a ella, nadie renunciaba a su parte de ella. Y, fuera, ocurría otro tanto. Atendía a todos, lo mismo a los viejos, con sus cominerías, que a los adolescentes con sus equívocas intimidades. No regateaba su entrega. A veces daba la impresión de que entre todos la estábamos disecando. Algunas noches la veía derrumbarse sobre la cama, dejar caer el libro que había empezado a leer sin llegar a pasar página y quedarse dormida con la luz proyectada sobre su cabeza. Hace años que no duermo; pierdo el conocimiento, me decía en broma algunos días.

Las visitas a la cárcel no parecían afectarla. Yo creo que si iba a veros con alegría era porque no podía daros cosa mejor. ¿Qué hubiera sido de ti si en lugar de encontrar entre los barrotes su abierta sonrisa te hubieras topado con un gesto patético, de amargura o de fatiga? ¡Y qué gozo el tuyo cuando te hablaba de la niña, de sus balbuceos, de sus gracias, de sus primeros pasos vacilantes! La recordaré siempre, la última primavera, bajo el primer sol de la mañana, en el gran patio de cemento de Carabanchel, ante la puerta del penal, entre cientos de familiares angustiados, encabezando la fila hacia aquel energúmeno que iba voceando nuestros nombres: ¡Ana, Nicolás, Alicia, Martín, Pablo, Basilio…! Pero si somos nosotros, advertía divertida. Y, uno detrás de otro, salvábamos el rastrillo, mostrábamos furtivamente nuestros carnés de identidad, precedidos por su sonrisa, que parecía abrir todas las puertas y, cerrando filas, tu cuñado Basilio, hombre de fe, saludando desde el centro de la sala a los reclusos, dando los buenos días a todos.

El problema más desmoralizador era el juicio. Discurrían las semanas, los meses y nadie hablaba de juzgaros. El número de detenidos aumenta cada día. El Tribunal no da abasto, comentaban los de San Julio. Y, en efecto, las cárceles estaban abarrotadas pero no se hablaba para nada de libertad condicional. Yo recordaba el caso de César Varelli: once meses encerrado para, finalmente, ser declarado inocente.

¿Quién respondía de ese atropello? No obstante, yo temía al juicio. Nicolás y sus amigos pronosticaban condenas muy duras. Yo era cobarde; prefería dejar pasar el tiempo, que no se removiera el caso, que se olvidara. Desconfiaba, en particular, de lo que pudiera ocurrirle a Leo. Ella, en cambio, nunca esperó nada de la vía judicial: Ana y Leo saldrán de la cárcel con la cabeza alta, mediante una amnistía política, dijo siempre. Su fe en que la vida de *aquel hombre* tenía un límite corto, aumentaba por días. Y, como respondiendo a sus previsiones, por aquel entonces se encontraba enfermo. Mas, aunque no eterno, aquel hombre lo parecía; se restablecía una y otra vez,

la ciencia no le dejaba morir, prevenía sus recaídas, las conjuraba y luego le enviaba a descansar al mar o a la montaña. No acababa de estar claro que su enfermedad de entonces fuera a ser la última. Sin embargo, ella tuvo razón, ya lo ves, no ha sido un juez sino el propio gobierno el que os ha puesto en la calle con todos los pronunciamientos favorables.

Las únicas desazones de la niña durante los meses que vivió en casa fueron motivadas por las ausencias de su abuela. Era una cosa rara, porque desde el primer momento tu madre se dio cuenta de las delicadas circunstancias en que se encontraba, y resolvió, en una de sus rápidas decisiones, «no mimarla demasiado para no echarla a perder». Pero, aunque simulaba un relativo distanciamiento, la niña se percataba de que era la reina allí. Tu hija es intuitiva y sonríe con el mismo gesto que su abuela, con las comisuras altas, en tensión, incondicionalmente.

La primera noche que regresé solo la niña me miraba sin llorar, pero se negaba a acostarse. No reía, no jugaba, no lográbamos distraerla con nada, simplemente me seguía a todas partes y me miraba. Intuía algo, la primera falla en su breve vida. Alicia y Juan, que acababan de casarse, la llevaron a su cuarto, pero la niña empezó a llorar entonces. Durmió conmigo, un sueño agitado, y su cabecita morena, bajo la tulipa azul, tenía la misma disposición que la suya cuando, vencida por el cansancio, dejaba caer el libro que leía y se quedaba dormida.

No es fácil dar una idea aproximada de tu madre, de su cara oculta, la faceta que no habéis conocido. Estaba su atractivo, es cierto, pero también su intuición, su admirable capacidad para crear ambientes. Recuerdo ahora nuestra gira por América hace diez años: las clases, las charlas a mediodía, bajo el sol de mayo, los edificios neoclásicos, los amplios campus verdes, las recepciones con los profesores endomingados. Velázquez, Goya, la escuela de Madrid, eran temas sólidos, sin duda, pero nuestra relación terminaba ahí. Se echaba en falta un rompedor, alguien que fundiese el hielo, que flexibilizara el inevitable acartonamiento académico. Ella acabó con aquella tiesura ceremoniosa y no me preguntes de qué manera. Simplemente lo hizo. Y aquellos profesores, agarrotados en principio, terminaron colgando las americanas del respaldo de las sillas y sus esposas batiendo palmas con calor. En la Universidad de Yale aún llegó más lejos. Tocó las castañuelas, como en París, y aquello adquirió una temperatura altísima. Recuerdo que el profesor Curren, el decano, en tirantes, le preguntó entusiasmado dónde había aprendido y ella se echó a reír: Esto no es tocar las castañuelas, profesor; es

sólo hacerlas sonar, dijo. Pero el caso es que suenan bien, contestó él. Bueno, eso es tan fácil como silbar *El Danubio azul*.

No valoraba su talento. Le ocurría lo mismo con el cóctel, con su dominio de la técnica festiva; tampoco lo apreciaba. Para ella cambiar de interlocutor cincuenta veces en una tarde era normal. Algo tan sencillo como respirar. Afrontaba en cada caso a los desconocidos con una calidez tan específica que cada uno quedaba con la ilusión de haber sido distinguido por ella. Dominaba ese arte tan difícil de abandonar a una persona y dirigirse a otra sin humillar a la primera; conectaba y desconectaba sobre la marcha, deportivamente, la sonrisa en los labios, y a la hora de las despedidas, todo el mundo se hacía lenguas de su afabilidad. Yo envidiaba su facultad de acomodación y aun trataba de imitarla, pero su don no era transmisible. La técnica del picoteo no estaba a mi alcance. Me mostraba torpe, ponía en juego una condescendencia derretida, demasiado atropellada para ser sincera. Y de esta forma no era infrecuente que terminara la fiesta con el primero que me asaltó a la llegada, de ordinario el más cargante de la reunión. Mis intentos de fuga rara vez prosperaban y si, en ocasiones, conseguía despegar, era a costa de dejar a mi interlocutor con la palabra en la boca. De ahí mi indecisión. Pero en estos titubeos, llegaba ella, triunfante, y, a requerimientos de otros, me requería a mí, con tal donaire que, incomprensiblemente, mi secuestrador quedaba prendado de ella e incomodado conmigo. ¿Cómo te explicas esto? Recuerdo que una tarde, en Amherst College, me dio un consejo insolente, esto es, que a los impertinentes de cóctel había que tratarlos como a los perros zalameros, con una cierta dureza encubierta: acariciarles la cabeza, rascarles el entrecejo, pero impedirles a toda costa que te pusieran las patas encima. Eso me dijo.

Su atractivo era tan irresistible que, en el funeral, la gente lloraba. La iglesia estaba atestada, en silencio, un silencio que únicamente rompían los sollozos. Yo recuerdo aquel día como vivido dentro de otra piel, desdoblado. Tras una semana de tensión intuía una realidad dramática, pero todavía *no la sentía*. Observaba a mi alrededor, atónito. Veía a un hombre de corbata marrón a listas verdes con los ojos enrojecidos; a una mujer de edad, enlutada, con el pañuelo en la mano; a dos muchachas llorosas, comunicándose en bisbiseos. ¿Por qué llorarán *ésos*?, me preguntaba. ¿Quiénes eran? ¿Quién sería el señor de la corbata listada, la mujer de edad, las muchachas que bisbiseaban? ¿Le habrían pagado alguna vez el autobús? Ante aquella consternación general, pensé que el poder de seducción de tu madre era arrebatador, que su capacidad para granjearse afectos era tal que ni don Federico Corral, el administrador de la casa, a quien divisaba de pie, en un

lateral del templo, con la cabeza melancólicamente reclinada sobre el pecho, podía sustraerse a ella.

La primera molestia que experimentó fue un dolor persistente en el hombro izquierdo. Fuimos a Óscar: Reúma, artritis, artrosis… Era joven, pero para estas cosas no hay edad. No le dimos importancia. Es decir, yo no le di importancia al dolor, sí a un levísimo decaimiento que advertía en ella, más bien al instintivo esfuerzo que hacía por sobreponerse. Acabábamos de regresar de Bruselas y todo había ido bien. Había vendido media exposición y las críticas fueron favorables. Ella, como de costumbre, había colgado los cuadros y estuvo contenta allí; no se quejó. Fue al regreso, a los tres días de estar en casa, cuando el dolor le asaltó por sorpresa al levantarse. Salvo el episodio del asma, no la recordaba enferma. A los veinticinco años, meses después de nacer tú, padeció un asma de origen misterioso cuyos accesos nocturnos no la permitían descansar. Pasaba las noches sentada en la cama, leyendo. No lo tomó en serio; tu madre, salvo los dientes y las grasas, no tomaba su cuerpo demasiado en serio. Los médicos descartaron el corazón; hablaron de alergia. Seguramente era alergia. Pero ¿alergia a qué? Las pruebas habituales nada probaron. Todo podía ser y nada era; nada se aseguraba y nada se descartaba. Tampoco parecía importante, aunque, cada vez que sufría el ataque, su respiración se hacía corta, silbante, con un entorpecimiento traqueal, angustiada. Ella me decía que no con la cabeza, que no me preocupase. Nunca llegó a sentirse en el límite, verdaderamente apurada.

Vivíamos entonces en una casa frente al parque, con una alfombra de nudos en el salón muy difícil de limpiar. Pero, salvo yo, nadie pensó en el parque, ni en la alfombra. Un buen día, los ataques empezaron a espaciarse por sí solos; apenas sufría uno al mes. Aquella época coincidió con la medalla del Salón de Otoño, y las perspectivas de mejora económica que comportaba nos animaron a cambiar de casa. Hacerlo y desaparecer el asma fue todo uno. No volvió a sufrir ni el menor amago. Sencillamente se había terminado la enfermedad. ¿Fue el polen el causante, algún árbol del parque, alguna flor? ¿Tal vez el polvo acumulado en la alfombra, que no viajó con nosotros a la nueva casa? Nunca llegó a saberse. Pero Óscar recordó el asma cuando surgió el problema del hombro. Lo tenía registrado en su historial clínico y era admisible una relación, aunque el tiempo transcurrido desde entonces invitaba a descartarlo. Recetó gimnasia, ultrasonidos y antirreumáticos. A tu madre le habían hablado del gimnasio del doctor Salinas, junto al río, y acudió a él esperanzada. Le fijaron una hora asesina: las 4 de la tarde. Y allí iba, en pleno

mes de junio, y regresaba acalorada, deprimida. Solía sentarse en la mecedora del salón, hasta que se le pasaba el sofoco. Por primera vez la vi, aunque por breve tiempo, lábil, dominada por algo. En cualquier lugar del mundo donde hubiera vitrinas, museos, teatro o monumentos, es decir cosas bellas que admirar, tu madre era incansable. Podía comenzar la jornada a las nueve de la mañana y, doce horas más tarde, seguir activa, presta a asistir a algún espectáculo nocturno que mereciera la pena. El ejercicio físico no le mejoró el hombro. El dolor tenía manifestaciones que no parecían guardar relación con el tratamiento. Tal vez ella intuyó que aquel dolor insidioso, sin causa conocida, podía ser el inicio de algo grave, pero no dijo nada. Era enemiga de difundir malas noticias: A Ana no le habléis de esto; es una tontería, nos rogó. Y en la cárcel, cuando te visitábamos, no se hablaba de su dolor, como si no existiese. Los temas eran los de siempre: el hombre casi eterno, el juicio que nunca comenzaba, la media lengua de la niña. En esa situación, con una medicación imprecisa, nos vinimos aquí. Al levantarse solía hacer la tabla de ejercicios del doctor Salinas, pero un día apareció con el brazo inflamado. A ver si ahora me voy a hinchar como un globo, fue su comentario jocoso. Estaba baja de tono pero deseaba despreocuparnos, que el ritmo de la casa no se alterase por su causa. Sin embargo, su decaimiento era notorio y, en contra de su costumbre, a mediados de julio dejó de subir al estudio para ver «si me había cundido la mañana». Se mostraba jovial, pero refrenada, buscando camas, divanes, puntos de apoyo donde recuperar fuerzas.

Por la noche sí me interrogaba: ¿Trabajas? Yo asentía con la cabeza: Mañana te enseñaré lo que estoy haciendo. La engañaba porque sabía que no subiría. Continuaba seco, carecía de facultades hasta para embadurnar un lienzo; me sorprendía haber tenido ideas meses atrás y empezaba a sospechar que esta vez mi incapacidad era definitiva. Únicamente disponía de un argumento en contrario: el hecho de que la idea de impotencia no era la primera vez que me asaltaba. Entonces me esforzaba en animarme pensando que la medalla del Salón de Otoño, las exposiciones de París y Bruselas, los elogios de los críticos, significaban alguna cosa. Y que si la inspiración me había asistido un día no había razones objetivas para que no volviera a asistirme. Te diré más, cada vez que ella me preguntaba ¿trabajas?, antes para que yo pensase que seguía de cerca mi quehacer que por auténtico interés (en esos días su cabeza estaba ocupada en otra cosa), yo me hacía la siguiente reflexión: que, más adelante, cuando ella sanase, tendría que revelarle la verdad, es decir, que el pintor que habitó en mí había muerto; que el hecho de

haber pintado mil cuadros no significaba que pudiera pintar mil uno. Que ésa era la cruel servidumbre del artista.

Cuando ella se apagaba, todo languidecía en torno. Sus esfuerzos por sobreponerse no engañaban a nadie, resultaban incluso patéticos. Fue entonces, en aquellos primeros días del verano, cuando me asaltó la idea de la menopausia. Esta ingenua posibilidad fue tomando cuerpo dentro de mí. Tu madre estaba sufriendo un penoso proceso de menopausia y nada más. En el estudio, mientras luchaba con mi incapacidad, me lo repetía docenas de veces para convencerme. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Un día se lo revelé con un entusiasmo desmedido, pero ella sonrió: Son cosas distintas, dijo. Me enfadé conmigo mismo por mi torpeza al exponer la sugerencia, por haber estropeado la noticia. Luego la tomé con ella: ¿Qué sabía de medicina? A veces este proceso llegaba a despertar instintos homicidas en una mujer. Más aún: en las leyes de los países civilizados, se la consideraba una causa atenuante de la responsabilidad penal. Levantaba la voz para decírselo; sustituía los argumentos por voces, como siempre que uno no está convencido de lo que está diciendo. Ella me miraba, la chispita en el fondo de sus ojos castaños, y entonces yo me daba cuenta de que tenía la misma expresión que cuando miraba a la niña, un tanto remota e incrédula. ¡Te estoy hablando a ti!, gritaba furioso, pero ella seguía mirándome con indulgencia, su delgado cuerpo sin energías recostado en el sofá; pero como yo siguiera insistiendo, acabó suplicándome que me llevara a Gustavo al páramo a conducir, que estaba como un león enjaulado. Era evidente que no le interesaban mis conjeturas; deseaba, simplemente, estar sola, deshacerse de mí.

Ahora pienso que no tendré a nadie a mano cuando me asalte el miedo. ¿Qué va a ser de mí cuando no encuentre su mirada cómplice entre los ojos hostiles del auditorio? ¿Cómo arrancarme a hablar? ¿Cómo eludir el acoso tentacular de los cócteles? ¿Quién acudirá a rescatarme? ¿Tendré valor para subirme a un avión? La primera vez que lo hicimos, de recién casados, fue ella la que sintió vértigo. Se mareó en el despegue y yo fui feliz atendiéndola. Tiempo después, cuando el avión de hélice fue sustituido por el de reacción, empecé a relacionar su interior con un quirófano, a recelar de aquel ambiente artificial que me oprimía. Ella me aconsejaba: Inspira hondo y expulsa el aire poco a poco. ¿Nunca te has emborrachado de oxígeno? Lo intenté pero la tensión no cedía; no conseguía dominarme. Entonces fue cuando descubrí la eficacia del alcohol ante el miedo insuperable. Unas copas de champán desfondaban el miedo, convertían el avión en un trasto tan inocente como un tiovivo de feria. Pero había que dar con el punto, lo mismo que ahora, cuando

me levanto. Yo sé que si bebo la dosis justa, la veré ahí, tumbada en ese diván, con el vestido rojo del cuadro, con tal nitidez que podría describir la expresión de su rostro y los detalles de su atuendo. Y si no está ahí, la veré por el tragaluz atravesar el camino de grava y, poco después, recostada en el marco de la puerta, inmóvil, observándome atentamente; un poco desmañada pero muy atractiva. Algunas mañanas no la veo, únicamente la oigo, la siento acercarse por detrás, haciendo crujir las tablas de roble como sólo su peso podría hacerlas crujir. Entonces intuyo que me acompaña aunque no la vea. Es claro que son visiones producidas por el alcohol, pero me valen: ya no puedo vivir sin esas visiones. Lo que nunca consiguió el alcohol es borrar la impresión de aquel beso de hielo sobre su frente muerta, el frágil cuello emergiendo de la sábana que la envolvía como un sudario. Tus hermanos y tíos venían detrás en fila india, como en la cárcel, pero ella no la encabezaba ahora, faltaba su alegría. Y mientras ellos se despedían, yo me frotaba los labios ásperamente, porque, aunque era capaz de concebirla dormida o despierta, riendo o llorando, charlando o ensimismada, me resultaba imposible imaginarla sin calor.

Mediado el verano la invité a dar un paseo en bicicleta. Nunca había necesitado que la animasen pero, en los últimos días de julio, se mostró más abatida. Esa tarde, en la curva del Pinsapo, reconoció que el campo por sí solo no aliviaba la melancolía, que era preciso traer la alegría dentro para disfrutarlo. A pesar de todo, ella se esforzaba en alcanzar sus habituales niveles de optimismo imaginando situaciones que podían ser peores. Otras veces tenía raptos imprevisibles. A Mar la abrazó una noche en el salón con una vehemencia inusual. Estuve a punto de acabar contigo, le dijo. Llevaba varias noches soñando cosas atroces: con Mar descuartizada, sin manos, ni pies. En realidad no sabía si lo soñaba o lo imaginaba en la duermevela, pero daba la luz y no volvía a apagarla hasta que se tranquilizaba. Otra vez soñaba con la niña, me decía. Estaba obsesionada con la talidomida. A veces comentaba que estuvo a punto de tomarla en París, cuando la beca del 64, afirmación sin fundamento pues, aunque es cierto que se la ofrecieron, ella la rechazó como tantas otras cosas en esa situación. Estando encinta era refractaria a medicarse. Consideraba el embarazo un hecho natural aunque no consentía que se abultase otra cosa que el vientre. Odiaba esos embarazos invasores que se acusan hasta en los lóbulos de las orejas, pero no se medicinaba para evitarlos; hacía ejercicio y racionaba la dosis de sal. Eso era todo. Creo que esto fue lo que te recomendó a ti cuando le anunciaste que esperabas un bebé. Por tanto, el parto era un hecho fisiológico ajeno a la

farmacopea; los medicamentos sobraban. Alcanzada la sazón, se alumbraba al niño y en paz; sin acelerar ni demorar el momento. Consecuente con sus ideas, la noche que alumbró a tu hermana Alicia, se negó a esperar al doctor pese a los ruegos de la comadrona. Llegado el momento, expulsó a la niña sin atender otras razones. Y allí quedaron las dos, madre e hija, sobre la colcha, la niña dando vagidos, ella mirando al techo, sonriendo a la nada. Fue algo tan maravilloso que, ante el estupor de la comadrona, cogí un bramante y lo anudé en el cordón que las unía, que era grueso y azul, pero no me atreví a cortarlo. Estos acontecimientos no alteraban lo más mínimo su ritmo de vida. Recuerdo que con Pablo se vino de viaje conmigo estando fuera de cuenta. Ya no se acordaba de lo de Alicia, el parto anterior. Verónica, más precavida, le advertía: ¿Y si te vienen los dolores en pleno campo? Ella replicaba con tal resolución que su amiga se achicaba: Me detengo en el primer pueblo y doy a luz; tampoco creas que parir sea un arco de iglesia. A las veinticuatro horas de nuestro regreso, nació Pablo, el más lucido de la serie. Verónica se llevaba las manos a la cabeza: ¡Dios Santo, no ha nacido en Francia de verdadero milagro! Ella se burlaba: ¿Tan grave te parece tener un hijo francés?

En las tertulias de sobremesa le contaba a Paula estas historias con objeto de familiarizarla con su alumbramiento ya inminente. Martín se mostraba acorde: el parto era un acto natural y, en consecuencia, había que desligarlo de la medicina. Paula apenas ingería sal y aprendía a respirar. Todo iba bien, pero cuando, inesperadamente, un domingo por la tarde le sobrevinieron las contracciones, todos nos pusimos un poco nerviosos. Los dolores eran apremiantes pero tu madre no vaciló; mandó recado al médico del pueblo y organizó las cosas para atenderla aquí mismo, en casa. No hubo contratiempos; en cuatro horas había nacido la criatura y, aunque era grande y su madre grácil, se escurrió lo mismo que había hecho Alicia veinte años atrás. Fue quizá el único momento feliz, en medio de un verano calamitoso.

Sin duda el parto de Paula fue el último acto operativo de tu madre el pasado verano. A partir de aquel día cayó en una especie de inhibición. Apenas se ocupaba de las flores y de los niños. Una mañana, después de regar el rincón de las margaritas, se desmayó. Luego estuvo tendida en la hamaca, hasta la hora de almorzar. Cuando se levantó dijo que se encontraba bien pero, mientras comía, un comentario de Pablo le provocó un acceso de risa, se atragantó, enrojeció, y creímos que se ahogaba. Se puso en pie sin poder hablar. Agitaba los brazos pidiendo ayuda. Todos nos incorporamos y tratamos de auxiliarla. Al fin, remitieron los ahogos, se serenó. Alicia se asustó; estaba lívida. Dijo que mientras su madre no se recuperase, ella no se

casaba. Por la tarde, incapaz de soportar la inquietud, cogí el coche y me la llevé a la ciudad a que la viera Óscar: los dolores del hombro seguían mortificándola, también la inflamación del brazo, las décimas… Después estaban las novedades del mareo y la disfagia. Óscar la exploró a fondo. De la conversación deduje que tu madre padecía otros trastornos de los que no me había hablado: laxitud, afonía, molestias en el cuello y un dolor intermitente en la pierna derecha. A cada nuevo síntoma que exponía, yo escrutaba el rostro grave de Óscar, su mirada antigua, un poco taimada, de campesino. Y cuando tu madre agregó que a veces, sin razón alguna, sangraba por la nariz, Óscar se interesó por las reglas, que, según ella, eran normales. Pero él inquiría más y más detalles. Ante su insistencia experimenté esa satisfacción propia del profano que anticipa un diagnóstico: ¡Óscar estaba pensando en la menopausia!

Hacía calor en la ciudad, un calor seco y estancado, de asfalto reblandecido, ese calor propio de los veranos en Castilla. Necesito unos análisis para mañana, dijo Óscar, y me extendió la receta. Luego, al llegar a casa, ocurrió un curioso incidente. Al bajarme del coche, tu madre, que se había apeado por el lado opuesto, le decía cálidamente a un hombre maduro, que se alejaba por la acera sin volver la cabeza: Gracias, muchas gracias; ha sido usted muy amable. El hombre, con chaqueta clara y un hombro más alto que otro, se escabullía azorado. Ha sido muy amable, repitió tu madre ya dentro del ascensor: Pero ¿qué es lo que te ha dicho?, le pregunté intrigado. Ella no hacía más que asentir. Estaba verdaderamente conmovida: Al apearme del coche me miró, silbó y dijo: ¡Vaya piernas! ¿Qué te parece? Normal. Que tus piernas son bonitas no es ningún descubrimiento. Entonces hizo un escueto comentario en el que luego he pensado a menudo. Dijo únicamente: Hoy, sí. ¿Por qué ese día era un descubrimiento que sus piernas fueran bonitas? ¿Por sus cuarenta y ocho años? ¿Tal vez por la enfermedad?

Estábamos sentados en nuestros sillones habituales, la televisión a medio tono, dos rendijas de luz en las persianas, sin visillos, en la provisionalidad del verano, lánguidos bajo el chajuán. Hacía tiempo que nadie me decía una cosa tan agradable, volvió a repetir tu madre. El tedio del verano, la tarde bochornosa, la inquietud por la enfermedad… todo lo había superado merced al piropo de un hortera. Pero se lo has agradecido con largueza, dije por decir algo. ¿Crees que me he pasado?, preguntó. La veía, de súbito, insegura, desconfiada. Me apresuré a tranquilizarla: Tal vez te has excedido un poco, pero nada más. Me miró contrariada: En ese caso es que me he pasado, ¿por qué dices que no? Sin saber cómo, nos enredamos en una torpe discusión

sobre la pertinencia de agradecer un piropo y yo me acaloré y le dije que lo inadmisible era contestar a un piropo con otro piropo y ella respondió que únicamente le había dado las gracias, no le había piropeado, y yo añadí que dar las gracias *dos veces* y llamar *amable* a un desconocido era más que un piropo. ¿Por qué perdí el control aquella tarde? ¿Por qué? Ella vivía bajo la idea de que se estaba desmoronando y las palabras de aquel hombre la habían reconfortado. ¿Por qué, entonces, la traté con aquella desdeñosa aspereza que empleaba a veces cuando estaba sana y no me era necesaria? En cualquier caso mi enfado fue irrelevante. Ella no lo tomó en cuenta. A la noche, cuando iba a acostarme, la sorprendí ante la luna del armario, levantándose las faldas con las puntas de los dedos, la morena cabeza ladeada, contemplándose las piernas. Se mordió el labio inferior e hizo un gesto de asentimiento: En efecto, todavía se las puede mirar, dijo satisfecha.

Dos días más tarde, Óscar nos dio una buena noticia: los análisis revelaban una anemia ferropénica que explicaba algunos trastornos. Le recetó compuestos de hierro, reposo en cama dura y unos corticoides. Mi ánimo fluctuante se recuperó. Ella seguía condicionándolo todo. Ojalá sea *sólo* eso, decía. ¿Por qué ojalá? Ya está visto. Óscar lo ha dicho. Deseaba a toda costa que ella lo creyera. Al día siguiente regresamos a casa. ¿Qué? Había ansiedad en los ojos de Alicia, en los apremios de Martín, en los silencios de Nicolás: Todo resuelto. Una anemia ferropénica, dije. Ella alzaba los ojos y movía la cabeza, denegando. Alicia me dijo luego que le había dicho: No quiero desilusionar a tu padre, pero Óscar únicamente ha apuntado la anemia como una posibilidad.

Por la tarde me encerré en el estudio. Canturreaba, silbaba como hacía tiempo que no lo hacía. Me parecía que inauguraba una nueva era. Empecé un cuadro, pero, a la media hora, se atascó, di cuatro brochazos violentos y lo dejé. Estaba literalmente vacío. Lo mío no se curaba con hierro, era irremediable. Si ella va a restablecerse, ¿por qué no me sale nada?, me preguntaba perplejo. Pero la impericia de mi mano, la sequedad de mi cabeza, se me antojaban definitivas. Me excité tanto que arrojé los pinceles y los tubos de pintura contra el lienzo, propiné dos patadas al caballete, a los botes esparcidos por el suelo y me tumbé, muy agitado, en el diván. Respiraba anhelosamente, me oprimía el pecho. Pensé en el infarto, pero era la rabieta lo que dificultaba mi respiración. Tendrá que ser así, me dije; también a los artistas nos llega la menopausia.

Mi reacción posterior fue la habitual en esos casos. Ante mi impotencia, pensé que mi discurso se había agotado, que había llegado el fin. En

semejantes crisis mi decaimiento no era solamente artístico, afectaba también a mi humor. Mi humor, lo tenía comprobado, dependía de mi eficacia: a mayor rendimiento, mejor humor; a menor, peor. Es decir, crecía y decrecía como la luna; pero en las fases altas, cuando pintaba y el cuadro respondía a mis expectativas, me identificaba de tal modo con él, que olvidaba la hora que era, dónde estaba, incluso quién era yo. En alguna ocasión me sucedió no darme cuenta de que existía, hasta que anocheció y dejé de distinguir los colores. En tales casos se producía como un despertar, un parpadeo incrédulo, un descenso de las nubes. Permanecía un rato inmóvil. Al cabo, encendía la luz, me frotaba los ojos y me recreaba en mi propia obra. La veía como nueva, como si fuera de otro, como en una exposición en la que acabara de entrar. Yo mismo ignoraba cómo había solventado las dificultades que ahora veía resueltas en el cuadro. Me asombraba de mi propia maestría. Tan ajeno me sentía, que de estas obras solía decir que las habían pintado los ángeles, que mi mano sólo había servido de instrumento. Ella, antes de entrar en el estudio, atisbaba por la rendija de la puerta y, si me veía en pleno transporte, arrobado, bajaba y comía con los chicos, sin esperarme. A la noche, cuando me veía aparecer como un sonámbulo, me preguntaba: Bajaron los ángeles, ¿verdad? Yo asentía: Vamos a ver el cuadro.

En épocas fértiles no se me ocurría pensar en períodos de aridez; lo natural era que un pintor pintase de continuo, como un maestro da diariamente su lección. Imaginaba que las vacilaciones eran flaquezas pasajeras, que el talento fluía constantemente, como fluyen las aguas de un río, aunque no se note. Pero, de pronto, sobrevenía una fase de esterilidad y mi ánimo cambiaba de signo. Yo era un yermo y el hecho de que alguna vez hubiera dado fruto, un accidente. Una racha de inspiración no hacía a un artista. El artista debía ser voluntad, y aquel que creaba sin voluntad de crear era un simple instrumento del azar; un chambón. A veces mi cabeza se esclarecía en un relámpago, pero en los últimos tiempos todo era oscuro, me movía tan a tientas como el día que regresamos de ver a Óscar, convencido yo de que tu madre padecía una anemia ferropénica. Sin embargo, aquella tarde subí al estudio seguro de mí mismo, creía todavía en las crisis pasajeras e incluso recuerdo que canturreaba. Pero cuando advertí que no, que mi cabeza continuaba hueca, sin ideas, formas, ni colores, me irrité conmigo mismo y con la vida. Luego, tumbado en el diván, la opresión del pecho fue cediendo, me tomé dos valium y me quedé dormido, en la certidumbre de que mi ingenio, si alguna vez existió, se había desvanecido.

A la mañana siguiente fuimos a Madrid, a veros. Marcelino Camacho había repartido unos jerséis de las sindicalistas francesas entre sus compañeros de proceso, pero a Leo no le correspondió ninguno. Eran unos jerséis abiertos por delante, de mezclilla, con cuello y cremallera que, en honor de su distribuidor, fueron bautizados con el nombre de *marcelinas*. Me fastidió que Leo fuera descartado del reparto, puesto que si estaba preso era por su causa. Lo habían encerrado por oponerse al proceso 1001, por defender la autonomía sindical. La verdad es que en aquellos días yo estaba muy impresionable; me impacientaba por cualquier cosa. A tu marido le sobraba ropa de abrigo como para atravesar el polo. ¿Qué importancia tenía entonces un jersey? Simplemente una satisfacción moral; en aquellos momentos, lo que yo valoraba eran los gestos. Me notaba suspicaz. Tú ya sabías que tu madre estaba enferma y me urgía comunicarte las últimas novedades. Imaginaba puerilmente que, al darte a conocer lo de la anemia, el asunto quedaba zanjado, puesto que la ciencia, me decía, no puede volverse atrás. La recordarás en el locutorio aquella mañana bochornosa, sofocada, los labios agrietados, débil, intentando sobreponerse. Bajaste la voz: ¿Seguro que es sólo anemia?, me dijiste. Sentí por ti una helada compasión: Estáte tranquila, Óscar lo ha dicho.

El regreso fue malo. Le subieron las décimas, le aumentó el cansancio. Al cabo de unos días de tratamiento mejoró un poco, fue como un centelleo de esperanza; se sentía menos agotada. A cambio, se le congeló el hombro, se le agarrotó: Es como si tuviera esquirlas de hielo en la articulación, decía. La observaba sin cesar. Pocos días después, advirtió que perdía vista en el ojo izquierdo y oído en el oído del mismo lado. Me alarmó. Acudí a teléfonos pero no pude hablar con Óscar: estaban las líneas sobrecargadas. Empezó con los insomnios. No es que durmiera mal, sino que no dormía en absoluto. Se levantaba, deambulaba por la casa, volvía a acostarse. Cambió de habitación para estar sola y no molestarme. Con el alba se quedaba adormilada en el sofá del salón, pero tan pronto se levantaba alguno y hacía crujir las tablas del entarimado, volvía a despertarse. Al fin comuniqué con la consulta de Óscar. Estaba ausente. Se había ido a descansar unos días al norte, a Asturias, pero sin dejar dirección, sin reserva de hotel, un poco a la aventura. A Óscar ya sabes que le gustan esas cosas. Irse a los Alpes con una caravana enganchada al coche, o pasar una semana en los Picos de Europa en una tienda de campaña. Antepone el campo a todo lo demás. Al fin y al cabo en él nació y allí disfrutó de una infancia feliz. Pero cuando me dijeron que estaba ausente, me sentí desamparado. Volverá pronto, añadió la enfermera.

A la mañana siguiente, tu madre, contra su costumbre, me buscó en el estudio, aquí, donde yo luchaba inútilmente con un lienzo en blanco. Ya sé lo que tengo, me dijo con ingenuo entusiasmo. La miré como a un bicho raro, con prevención: La muela, agregó. La muela que me arreglaron en mayo; el empaste oprime el nervio e insensibiliza el lado izquierdo de la lengua. Era la primera vez que me hablaba de la lengua y, al advertírselo, aclaró que desde que regresamos de Madrid tenía acorchado el lateral izquierdo, como dormido. Las cosas no me saben a nada; no distingo un sabor ácido de otro dulce. A Óscar le puse al corriente en cuanto regresó. Veníos por aquí, me dijo. ¿Mañana? ¿Por qué no esta tarde? Ni siquiera la miró. Tenía escritas dos cartas que me entregó: una para Edmundo Carcedo, el oftalmólogo, y para Alberto Román, el otorrino, la otra.

Edmundo Carcedo la sometió a un reconocimiento meticuloso. No veía bien con el ojo izquierdo. Había perdido un veinte por ciento de visión. Edmundo pretendía suavizar el diagnóstico dulcificando los rasgos de su cara cuadrada, abriendo los ángulos: Disminución del reflejo corneal; conviene que le exploren cuanto antes el oído. No anticipaba cosas, únicamente intentaba redondear su rostro, atenuar el dramatismo. Alberto Román, el otorrino, confirmó la pérdida de oído. Pero no era como Edmundo, sino más bien su contrario. No se esforzaba en atemperar la realidad; exponía sus paulatinos descubrimientos con rudeza. Antes que como médico, actuaba como científico. Añadía un dato a otro fríamente, como un investigador podría aportar un nuevo hallazgo para ayudar a resolver el problema. Pasamos la mañana en su consulta. Tu madre se dejaba traer y llevar sumisamente. Hubo un momento, cuando el doctor murmuró entre dientes: «Existe una presión sobre el nervio acústico», en que ella reaccionó vivamente: ¡El empaste! El doctor Román denegó con la cabeza (es uno de esos hombres augustos para quienes la vida no es una broma y resultaría paradójico reír al verla amenazada). Señora, dijo, mucho me temo que el empaste de una muela nada tenga que ver con este cuadro.

Al día siguiente, Óscar me leyó el diagnóstico: «Proceso expansivo del ángulo ponto-cerebeloso del lado izquierdo. Necesidad de una exploración endocraneal más precisa». Me le quedé mirando como si se expresara en chino. Su voz se afelpó como cuando hablaba del campo, de sus excursiones al aire libre: Apunta la posibilidad de un tumor, dijo blandamente. ¿Un tumor? ¿En la cabeza? Asintió. Me ericé ante lo irremediable. Ella era ahora la razón de mi miedo y el miedo mismo no podía proporcionarme el antídoto. Óscar jugueteaba con los objetos de la escribanía, muy pulcros, con toda

seguridad regalo de algún enfermo. Apresuró la frase esperanzadora: Los tumores en esa zona suelen ser benignos. Había caído tan hondo que cualquier otro juicio, el menor gesto, necesariamente habían de impulsarme hacia la superficie. No era posible hundirse más. ¿Operable?, dije con una punta de voz. Sí, claro, hoy se operan con éxito en un alto porcentaje. Hizo una pausa y se incorporó como indicándome que en lo sucesivo ya no íbamos a depender de él: Lo que urge ahora es encontrar el neurólogo adecuado.

Cuando tu madre me abrió la puerta, no me atreví a mirarla a los ojos. Estaba ofuscado y me encaminé derecho a la librería. ¿Qué buscas? Venía detrás de mí, pero yo callaba. Sabía que, en cuanto me mirara a los ojos, lo descubriría todo (veía detrás de los ojos, detrás de las palabras, en particular de los míos, tan transparentes). Había decidido no revelárselo hasta el día siguiente, con la nueva luz, pero ella, consciente de mi esfuerzo por eludirla, se apiadó de mí. Mi debilidad, como de costumbre, terminó por prevalecer. De modo que cuando me aparté de la librería y nos miramos de frente, se lo dije. Me asombró su respuesta: Hoy estas cosas tienen arreglo, dijo. En el peor de los casos, yo he sido feliz 48 años; hay quien no logra serlo cuarenta y ocho horas en toda una vida.

Al día siguiente, avisé a tus hermanos para que regresaran. Había concluido el veraneo. Óscar nos recomendó al doctor Gil, en Madrid: un hombre pálido, sumido, muy eficaz: un experto ojo clínico. Sin embargo, su casa —con muebles demasiado grandes, libros encuadernados, mala pintura— me produjo una impresión desapacible. Interrogó largamente a tu madre. Luego jugaron a los despropósitos, conmigo de espectador. Le tiraba una pelotita blanca que ella había de atrapar al vuelo, ora con una mano ora con la otra. Le ordenaba asirse la oreja derecha con la mano izquierda y a la inversa; tocarse con un dedo la punta de la nariz. Acto seguido, le hacía caminar en línea recta, con el talón de un zapato pegado a la puntera del otro, guardando el equilibrio, como hacíamos de niños para elegir bandos. Era turbadora la aplicación de tu madre, su esmero, su voluntad de hacerlo bien, como un colegial ante los palotes. A veces perdía el equilibrio o se le escapaba la pelota. Y, entonces, me sonreía: ¡Qué torpe soy! Acto seguido se disculpaba con el doctor: Nunca jugué bien a nada, pero esto es tan sencillo. El doctor Gil tenía la delicadeza de hacer como que no oía. La tomaba suavemente de una muñeca para hacerla girar o la cuadraba poniéndole las manos sobre los hombros. El empeño del doctor, sus contactos levísimos, denotaban que ya estaba afectado por su magnetismo. Era comprensible. ¡Se la veía tan indefensa y altiva enfrascada en aquellos juegos malabares! Hubo un

momento, cuando, por segunda vez, trató de tocarse la punta de la nariz con el dedo índice de la mano izquierda, en que se lo metió en el ojo derecho, una desviación incomprensible: ¡Dios mío!, dijo desconcertada, parpadeando. Pero el doctor la tomó de la mano, cogió un punzón e inventó un nuevo juego: Saque la lengua y cierre los ojos. No le dio tiempo de afligirse por su fracaso: Dígame cuándo siente la punzada. Empezó a inspeccionar la parte baja de su rostro, primero la mejilla derecha, que tu madre acusaba instantáneamente, después la izquierda, entre la nariz y la boca, la comisura, la lengua. Empezó a vacilar: No sé; no estoy segura, decía. Luego, en torno a la barbilla, en el bozo izquierdo; nada. Sonreía con los ojos cerrados, expectante. De pronto, el doctor volvió a pinchar dos veces en el lado derecho de la boca: ¡Ahora!, exclamó triunfalmente, retirando un poco la cabeza. El punzón retornó a la zona izquierda, la comisura, el bigote, la aletilla de la nariz. Ella volvía a sonreír. El doctor imprimía ahora al punzón unos golpes secos, que formaban pequeños cráteres en la piel, pero ella continuaba impávida, sonriendo; tal vez imaginaba que este juego era aún más tonto que el anterior. El doctor insistía en explorar la zona acorchada, con cierta violencia, sin obtener respuesta. De pronto, levantó el punzón y se sentó a la mesa: Está bien, dijo. Ella abrió los ojos y me miró intensamente, como preguntándome: ¿Qué tal lo he hecho? El doctor anotaba algo en un bloc y, al cabo, levantó la cabeza y la escrutó un instante con sus pequeños ojos rasgados: Esto quizá requiera una intervención quirúrgica, dijo. Y aunque ella le escuchaba impasible, sin mover un músculo, añadió: No se preocupe; hoy estas cosas se resuelven bien en el quirófano. Se me anudaba la garganta y mientras descendíamos las escaleras no pude decir palabra. En el primer descansillo, ella se detuvo y comentó con acento irónico: Como médico será una notabilidad pero la casa parece que se la han puesto sus enemigos.

Sus ideas sobre lo bello y lo feo eran categóricas. Había en ella una predisposición contra lo preparado, lo obvio, lo pretencioso. En las casas le desconcertaba la inclinación al bulto, la aglomeración. Amaba los espacios libres, los muebles desnudos, el brillo espartano de una mesa de nogal. Y aborrecía, en cambio, las vitrinas, la exhibición, los bibelots, los libros en piel, los cuadros demasiado altos. En la naturaleza no era el orden natural sino el desorden lo que admiraba: el caos profundo de una noche estrellada o la frondosidad impenetrable del bosque. En la naturaleza sobraba la cuadrícula, la línea recta, la medida. Como sobraban los remedos: el parque simulando un bosque. Su idea sobre el mundo vegetal era muy severa: debía existir, pero ajeno a toda domesticidad. Le conmovía la belleza de un macizo de flores

iguales en el rincón más humilde e imprevisto de un jardín, y, detestaba, por contra, las glorietas de recibo, los arriates ostentosos, la miscelánea de los parterres. Esta faramalla le producía la misma ingrata impresión que una flor en una maceta o un pájaro enjaulado. Para ella las flores eran la imagen de lo espontáneo, de lo libre, lo más opuesto a la organización. Y todo lo que supusiera constreñir su libertad, hacer geometría con ellas, constituía un contrasentido. Sus juicios, que no ocultaba, escandalizaban a los estetas de la ciudad pero nadie solía darlos de lado. La anécdota de César Varelli lo prueba. César llegó de París, consternado con su muerte, y no se le ocurrió mejor demostración de su dolor que depositar en su tumba una corona de claveles rojos. Pero, de regreso a la ciudad, fue sintiéndose incómodo. Conocía la aversión de tu madre a disciplinar las flores, a hacer filigranas con ellas, y, aunque una y otra vez pretendió desechar la idea de su cabeza, el reconcomio llegó a ser tan insufrible que, al fin, volvió sobre sus pasos para remediarlo pero se había echado la noche y encontró el cementerio cerrado. Entonces, a pesar de su corpulencia, saltó la tapia, localizó la sepultura y deshizo lo hecho, arrancó los claveles del armazón y los desparramó sobre la lápida. No es que aquella lluvia de claveles rojos le entusiasmara pero, al menos, había deshecho la simetría, había roto el esquema. Me sentí liberado, me decía. Y estoy seguro que Ana se habrá quedado tranquila.

Pero, pese a conocer sus preferencias, sus palabras en la escalera del doctor Gil me sorprendieron. ¿Era oportuno su juicio sobre la casa estando su vida en juego? Me miraba como pidiendo mi asentimiento y ello aumentaba mi desconcierto. (Aunque, en rigor, quizá fuera su capacidad para sorprender lo que me deslumbró de ella, lo que a lo largo de los años me mantuvo tenazmente enamorado). Una vez en la calle, en cambio, me pareció lo más natural del mundo que se encaminara ilusionada a una tienda exquisita y comprara una mantelería para Alicia: Con unas cosas y otras, a esta pobre hija la tengo totalmente abandonada, dijo.

Óscar confirmó dos días después el diagnóstico. Se trataba de un tumor, probablemente un neurinoma, y lo procedente era someter a tu madre a una nueva exploración bastante desagradable: una neumoencefalografía. Me sentía conmocionado, como un boxeador contra las cuerdas, y Óscar me vio tan aturdido que se creyó en la necesidad de aclarar: Una exploración de contraste. Insuflar aire en la cabeza para localizar el tumor. Le aparté horrorizado: Calla, no sigas, dije. Ella no objetó nada; simplemente lo condicionó: De acuerdo, dijo, pero de momento vais a dejarme tranquila hasta que Alicia se case.

Entró en un período de agitación que recordaba mejores tiempos: llamadas telefónicas, encargos, visitas, compras, invitaciones. No paraba. Aunque Alicia no se casaba de blanco, las dos marcharon a Madrid a comprar el vestido de novia. Volvió cansada, pero, recostada en el diván, charlaba incansablemente con tu hermana, se reían, dirigía las operaciones. Alicia decía: Para intimar con mamá no hay como casarse. ¡Siempre pensé que sentía predilección por Ana!

En realidad, ella y tú congeniasteis siempre. Salvo en Gustavo, ella tuvo en vuestra manera de ser, incluso en vuestro físico, una influencia superior a la mía. Afortunadamente podía más que yo. Tú coincidías con ella en muchas cosas, en casi todas, pero carecías de su autonomía; antes de dar un paso requerías su parecer. Por otro lado, si adquirías algo bello no disfrutabas plenamente del goce de la posesión en tanto ella no la compartiera. Vuestras charlas telefónicas eran interminables, nunca languidecían. Y, en fuerza de dar vueltas a las cosas, podíais llegar a convertir un asunto baladí en importante y a la inversa. Recuerdo ahora cuando Leo y tú alquilasteis el pequeño chalé de las Rozas. Los planos de la casa, con las mediciones exactas, la acompañaban a todas partes, y ella los iba emborronando con esquemas de muebles cuyo orden alteraba constantemente. Pero cuando terminasteis con la casa, se anunció la niña y la comunicación entre vosotras, salvo tus horas en la escuela, se hizo permanente. Le hablabas de tu estado, de tus molestias, le consultabas… A ella le alentaba tu confianza. Mediada la gestación, te preocupaba no sentir apenas a la niña, pero ella te decía que no creyeras que la criatura tenía que estar el día entero bailando dentro de ti, ¿recuerdas? Y una vez que la niña nació se hizo ya imposible contar con ella. Cualquier motivo era bueno para desplazarse a Madrid. Su debilidad por los bebés aumentaba con la edad: Compréndeme, decía, diez años sin tener en brazos un bebé. ¿Te das cuenta? Un argumento viciado: la abstinencia, el receso, el mono. ¡Diez años sin tener entre los brazos un bebé! No obstante, cada vez que regresaba, la encontraba perpleja: No es mía. No debo ilusionarme demasiado, se decía. La primera nieta la trastornó. Durante nuestro siguiente viaje al extranjero no llegó a concentrarse; se olvidaba de los cuadros, de su disposición, tarea a la que siempre había dedicado muchas horas. Ahora había de colocarlos yo solo mientras ella recorría los comercios de la ciudad, no buscando faldones o pañales como, dada la edad de la niña, podría esperarse, sino vestidos o zapatos para cuando cumpliera tres o cuatro años, prendas que con toda seguridad habrían dejado de ser divertidas cuando la niña alcanzase esa edad. Fue una chifladura circunstancial. Probablemente

veía en la niña un eco o intuyó, en esta subrogación, la inmortalidad. No puedo saberlo. Lo cierto es que cada mañana, al abrir los ojos, se preguntaba: ¿Por qué estoy contenta? E inmediatamente, se sonreía a sí misma y se decía: Tengo una nieta. Luego, mientras desayunábamos, en el hotel, hacía proyectos a largo plazo; se imaginaba vieja, recorriendo con su nieta la ruta de los castillos del Loira o los museos de Roma. Algunas veces, después de comunicarme sus planes, movía la cabeza de un lado a otro, desalentada: Soy una tonta. La niña, tan pronto cumpla dieciséis años, dirá lo mismo que yo hubiera dicho a esa edad: ¿Dónde voy con este vejestorio? Repentinamente se entristecía. Quería conservarse joven para su nieta. Y, con objeto de granjearse de antemano su favor, salía a la calle y regresaba con un par de zapatos, que en unos años no tendrían aplicación, pero que tú celebrabas con grandes muestras de regocijo. (¿Eran tal vez para ti, para ilusionaros juntas, aquellos regalos?). La presencia de la niña la hacía feliz; sobrevaloraba el hecho de saberse abuela; el mismo vocablo *abuela*, lo paladeaba como un caramelo, le producía placer. Menospreciaba a los que recurrían a eufemismos para suavizarlo. Gustaba de ejercer de abuela, de proclamarlo. En la clínica, en Madrid, tras la última exploración, con la habitación en penumbra, únicamente la distraía la presencia de la niña. Cada vez que llegaba parecía renacer, observaba sus pasos vacilantes, la cabeza vuelta sobre la almohada, sonreía: Echa el pie lo mismo que su abuelo. ¡Siempre sus perspicaces observaciones! Apenas podía hablar, deseaba estar sola, pero la irrupción de la niña la animaba. Después de verla corretear, nos pedía que descorriéramos las cortinas y se la acercáramos. La analizaba facción por facción, aproximaba los ojos a su carita, la alejaba como buscando una perspectiva, observaba sus manos, las uñas de sus dedos, la densidad de su cabello, sacaba parecidos, y en esta inspección se olvidaba del dolor de cabeza, del aire estancado en su cerebro. Desde que nació, sintió pasión por la pequeña. Y la noche que os detuvieron a Leo y a ti tuvo miedo, temió que su devoción la desbordase, que un celo excesivo pudiera perjudicarla. Se esforzaba en controlarse, en no exteriorizar ternura, en dominar sus emociones. Si su madre no sale pronto de la cárcel sabe Dios qué va a ser de esta criatura, decía con frecuencia.

Cuando Alicia dijo burlonamente una tarde que nada como casarse para intimar con mamá, tenía un punto de razón. Había dos edades en los hijos que la enternecían: los primeros meses y la adolescencia. Ella percibía sin duda el desvalimiento que se produce en los niños a estas edades. Mientras erais bebés pasaba las horas muertas con vosotros en brazos, dibujaba con un dedo

vuestros bostezos, las húmedas boquitas, y os estrechaba contra su regazo como si pretendiese meteros dentro de su cuerpo otra vez. Literalmente se conmovía, se la humedecían los ojos. Sin embargo, cuando crecíais y a mí empezabais a divertirme, a ella dejabais de fascinarla, disminuía la atracción que sentía por vosotros. No es que se distanciara, pero os veía suficientes, sin una necesidad imperiosa de ella. Esta actitud volvía a cambiar cuando a los varones les apuntaba el bigote, se les rompía la voz con los primeros gallos y las niñas os desarrollabais. Diríase que revivía en vosotros su adolescencia, los rebuscados problemas de la pubertad. Este proceso del desarrollo lo vivía de cerca, emocionalmente, y es cuando empezaba a anudarse entre vosotros una relación que se hacía especialmente intensa al aproximarse la hora de la separación.

Durante las dos semanas que precedieron a la boda, no conoció un instante de reposo. Era como si preparase su propia boda: quería tener todos los cabos en la mano, controlar hasta el más mínimo detalle. La ceremonia iba a ser sencilla, como la tuya y la de Martín, pero como tu hermana deseaba evitar el espectáculo, decidió casarse en el Monasterio del Santo Sudario, fuera de la ciudad, y allí mismo, en los claustros, dar una copa. El proyecto originó frecuentes desplazamientos, en particular por causa de los frailes, pues sospecho que desde la Edad Media no se casaba nadie allí. Una semana antes, el niño de Paula se puso enfermo, con unas fiebres pertinaces, y ella pasaba a su lado los ratos libres que le dejaban los preparativos. El bebé, ahora que la niña empezaba a dejar de serlo, era su juguete preferido: lo bañaba para que le bajara la fiebre, le friccionaba con agua de colonia y luego le medía el tórax, la distancia de hombro a hombro, la mano, el pie: Este niño es extraordinariamente grande, comentaba. No me explico cómo nació con esa facilidad. Y miraba largamente a Paula, tan grácil y esbelta, como si nos hubiera hecho trampa. La indefensión, la dependencia, la disponibilidad del bebé, despertaban en ella un súbito afán protector.

En esos días se acostumbró a vivir con un vaso de agua en la mano. Para quien ignorase el contenido del vaso, su apariencia era la de una bebedora impenitente. Iba de un lado a otro con él en alto, le ponía hielo, y cada vez que conversábamos, entre frase y frase, bebía un pequeño sorbo como un conferenciante a quien se le secara la lengua. Lo curioso es que adoptara estos hábitos naturalmente, sin relacionarlos para nada con la enfermedad. En las sobremesas, solíamos sentarnos frente a frente y charlábamos. Yo seguía en el yermo y estas pláticas me serenaban un poco. Asentía cuando ella me preguntaba si bajaban los ángeles, engañándola a sabiendas. Ella también

intentaba engañarme diciéndome que se encontraba algo mejor que la víspera. En aquellas sobremesas, empleábamos palabras ambiguas, solapadas. Ninguno de los dos éramos sinceros pero lo fingíamos y ambos aceptábamos, de antemano, la simulación. Pero las más de las veces, callábamos. Nos bastaba mirarnos y sabernos. Nada importaban los silencios, el tedio de las primeras horas de la tarde. Estábamos juntos y era suficiente. Cuando ella se fue todavía lo vi más claro: aquellas sobremesas sin palabras, aquellas miradas sin proyecto, sin esperar grandes cosas de la vida, eran sencillamente la felicidad.

Pero, tras la sobremesa, acechaba de nuevo el suplicio del lienzo en blanco. Ante él me invadía una sensación de frustración, como si nunca hubiera pintado: su blancura me mareaba y, en principio, no osaba mancharlo y, si me resolvía a hacerlo, resultaba inevitablemente un borratajo. Para consolarme pensaba en mejores días, en mis éxitos, en mis cuadros más celebrados, y dudaba de que fuera yo su autor. Se daba la paradoja de envidiar al pintor que había sido, al pintor que era yo seis meses antes, y me preguntaba si era posible que fuésemos el mismo hombre. Mas cuanto más me esforzaba en concentrarme, menos cosas se me ocurrían, más se acentuaba la sequedad. El convencimiento de que mi pintura se estimaba, me permitía ganar dinero, no me aportaba el menor consuelo. ¿Qué valor tenía saber que había sido, si había dejado de ser? Incluso llegué a pensar que mi importancia como pintor fue un vano invento, que únicamente existió la voluntad de tu madre de que lo fuera y, ahora que ella languidecía, el gran fraude se ponía de manifiesto. Ciertamente tenía dos exposiciones en Europa y un eficaz marchante, pero los cuadros se iban vendiendo y había que reponerlos. ¿Con qué? La ansiedad acrecentaba mi ineptitud y, con objeto de evitar la total desmoralización, recurría a los cuadros arrinconados, volvía sobre ellos, los retocaba una y otra vez, suscitándome la mezquina impresión de que creaba. Era hueca ilusión, pero semejante argucia me imbuía al menos una idea de disciplina, de que aún era capaz de trabajar. En el fondo, estaba tan seguro del carácter definitivo de la crisis que no osaba hablar de ella, y a los marchantes les daba largas, nunca explicaciones. ¿Para qué, si no iban a entenderme? Afortunadamente, ella no se daba cuenta de la situación y yo podía rehusar invitaciones y conferencias sin despertar su recelo. Me atenía a una coartada ética: un pintor que no sabía pintar no tenía derecho a disertar sobre pintura. Con este sofisma me consolaba. Lo procedente, pues, era aguantar, dejar transcurrir el tiempo. Pero ¿qué podía aportar el tiempo que no fueran nuevas tribulaciones?

A Alicia le regaló por su boda lo mismo que os había regalado a Martín y a ti: la entrada de un piso modesto, en el ensanche, junto al río. No era una urbanización bella pero sí amplia y ventilada. Ella lo resumía en un adjetivo preciso: oxigenada. Una casa oxigenada, agradable de vivir. El piso aportó a su vida una distracción suplementaria. Como anteriormente contigo, estudiaba los planos, los emborronaba de proyectos, iba a la casa con una cinta métrica y medía las habitaciones una y otra vez. Luego, sobre el papel, las amueblaba. Enseguida, se formó una idea del conjunto, de los espacios libres, de los huecos. Alicia vacilaba, pero tu madre insistía: Libros; libros y cuadros, ¿qué quieres poner ahí? Eran tantas las librerías de recurso que diseñó en los planos que Alicia dudaba que algún día pudiera llenarlas. En unos días proyectó la decoración del piso. Discurría de un sitio a otro, con el vaso de agua en la mano, y esta actividad le divertía, le hacía olvidarse de su enfermedad, aunque el entumecimiento de la mejilla progresara y, poco a poco, se le fuera agrietando el labio inferior.

Una tarde, Mar nos sorprendió: ¡La niña ya anda!, gritó. Corrimos al salón y tu hija estaba sola, de pie, inestable, con un babero en la mano, y en cuanto intentaba moverse se tambaleaba y buscaba un punto de apoyo. Acababa de cumplir once meses, pero tu madre dedujo de este detalle, no infrecuente, que se trataba de una niña superdotada. Así te lo dijo en la cárcel, durante la última visita, mientras yo me devanaba los sesos buscando el modo de informarte de su gravedad sin alarmarte. Lo hice tan torpemente, di tantos rodeos, que te dejé angustiada: Es benigno. Los médicos insisten en su benignidad, te decía. Pero tú, con muy buen acuerdo, apuntaste que dentro de la cabeza, salvo un par de ideas, no podía haber nada benigno. De modo que al despediros, os mirasteis largo rato a los ojos y, en mi visita siguiente, tu madre ya en coma, el encefalograma plano, volviste a mirarme a mí de la misma manera, con la mirada pasiva de los sentenciados: Por favor, cuida de la niña, me dijiste.

Afortunadamente a Gustavo se le normalizaron las transaminasas a poco de regresar a casa. Asistió a la boda de Alicia con el resto de tus hermanos, los tíos, mis consuegros y poca gente más: Óscar, César Varelli, Primo, Evelio Estefanía, Verónica y el inevitable García Elvira, cuya senilidad soportó tu madre hasta el final. Poca gente para mucha iglesia, un enorme templo construido en tres etapas, con intermitencias de siglos. Y, tal vez por eso, por el espesor de sus sillares, o quizá debido a vuestra ausencia, la tuya y la de Leo, producía una impresión de frío que paulatinamente se fue atemperando merced al órgano y a los cánticos del grupo. Resultó una boda

frugal y yo, desde el presbiterio, no hacía más que volver los ojos y mirarla: su rostro moreno sobre el blanco de la blusa, la voz inflamada, el frágil cuello erguido, cantando. Con su traje de terciopelo negro parecía una colegiala y ponía tanta unción que su voz destacaba sobre las de los demás y, en algunos pasajes, se diría que era ella sola la que cantaba. Al salir a los claustros, su alegría se desbordó: atendió a los invitados, concertó los grupos, se preocupó del servicio, acomodó a García Elvira y a las personas de edad, aunque ella permaneció de pie. No comió ni bebió, pero su inseparable vaso de agua parecía una fuente inagotable de energía. Tan sólo se sintió contrariada cuando, en un momento dado, le quité distraídamente con la punta de un dedo una miga de la barbilla. Tuvo una reacción desproporcionada, lo mismo que si alguien la hubiera sorprendido desnuda: ¡Qué horror!, dijo. Se limpió ásperamente los labios con una servilleta. No me había dado cuenta, se justificó. Asentí y me esforcé en quitarle importancia, pero ella repentinamente se sintió insegura. Trató de recuperarse, y en alguna medida lo consiguió, pero su exagerada pulcritud no le permitió olvidar el incidente. De vez en cuando se aproximaba a las cristaleras del claustro para revisar la zona acorchada de su rostro. A partir de ese día, se acompañó de un espejo minúsculo que sacaba de la cartera cada cinco minutos para mirarse la cara. Fue un hábito defensivo, como el del vaso de agua, y, como éste, asumido con la mayor naturalidad.

De regreso, ya en el coche, me sonrió con un lado de la boca. No noto la lengua, me dijo. ¿Te importa que cierre un rato los ojos? Se recostó en el asiento, a mi lado y, durante la media hora que duró el trayecto, no pronunció una palabra. Esa noche roncó cuando dormía. Era una novedad tan insólita que se despertó a sí misma asustada y dio la luz. ¿Te ocurre algo? Es horrible, pero me parece que estaba roncando. Se mostraba agitada, no podía creer lo que decía. Tomó el vaso de agua de la mesilla y bebió después de humedecerse los labios. Me estoy volviendo desagradable, comentó. Se tiró de la cama y se marchó a la habitación independiente que se había habilitado.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, la descubrí con el rostro asimétrico. Bajé la vista, creyendo que se trataba de una alucinación, pero al levantarla de nuevo la visión se confirmó: no era una alucinación. Su ojo derecho parpadeaba, en tanto el izquierdo se mantenía inmóvil, hueco, insondable. El mismo desequilibrio se advertía en la boca: mientras la comisura derecha sonreía, la izquierda se desmayaba en un gesto de gravedad. Quise aferrarme a su mitad viva pero el miedo se había instalado en mí, la taza de té me temblaba en la mano y el estómago iba fraguando como si fuese

cemento. ¿Te ocurre algo? Me hablaba por el lado derecho de la boca y yo captaba sus palabras por el oído izquierdo, mientras su ojo negro desorbitado me miraba fijamente, sin la menor piedad. Encogí los hombros y me acomodé en la mesa, los ojos contra las palmas de las manos, hasta que noté su brazo sobre mis hombros. Entonces, al levantar la cabeza, advertí que la disparidad había desaparecido: había vuelto a ser ella misma. Callé. No le di explicaciones sobre el extraño fenómeno, ni lo comenté con nadie; pero me dejó la amarga impresión de que lo que había visto a través de su pupila estancada era la sombra de la muerte.

Volvimos por Madrid dos días después para someterla a la radiografía de contraste. Fue un reconocimiento refinado y cruel, en un día de octubre prematuramente frío, y tres horas más tarde, cuando la subieron a la habitación, temblaba como una hoja. Me rogó que entornara las ventanas y la dejáramos sola. Los familiares y amigos quedaron a la puerta y el doctor Gil confirmó su diagnóstico: tumor benigno en el nervio acústico, casi con seguridad un neurinoma. Aunque familiarizado con estas escenas, me observaba compasivamente con sus ojitos rasgados: Se operan fácilmente. No es urgente pero tampoco deben demorarlo demasiado, dijo. Nicolás, en vista de mi silencio, le preguntó por un neurocirujano de prestigio. Dio dos nombres. El mejor, apunté yo. No se atrevió a comprometerse. Las dos cumbres están fuera, pero hoy también pueden hacerlo aquí. La palabra *cumbres* me había obsesionado, pero cuando se lo propusimos a ella, no vaciló: Mejor Madrid; prefiero no alejarme demasiado. Afortunadamente a Óscar le pareció acertada la elección del doctor Calvo, así que marché a verlo a Madrid. Era un hombre enérgico y contenido, distante pero seguro de sí mismo; probablemente lo que yo necesitaba en aquel momento. Nicolás, que me acompañaba, sacó adelante la entrevista. El optimismo del doctor superaba al del neurólogo: ¿Riesgo de muerte? Digamos un cinco por ciento. Me confortaba oírle, pero Nicolás le fue llevando insensiblemente a otro terreno: el peligro de abrir el cofre, de hurgar en un mecanismo tan delicado. El doctor examinó en silencio los diagnósticos, las radiografías normales y las de contraste. La localización es muy definida. Lo más probable es que tengamos que sacrificar el facial, dijo al fin. ¿El nervio? Sonrió y dobló la cabeza: Rompemos el equilibrio del rostro, ya lo sé, pero algo hay que jugarse. Se me endurecía el estómago; se me bloqueaba. Nicolás le hizo ver que su madre era aún una mujer joven, con un alto concepto de la belleza. Mientras hablaban, yo recordaba al profesor Anta, convertido en una caricatura de sí mismo al serle seccionado el nervio facial. Tan deformado

estaba que le habían dado de baja en el Instituto donde enseñaba. Tenía la sensación de hallarme dentro de un túnel con las dos salidas cegadas: cualquiera que fuera la solución del problema, tu madre estaba abocada a transfigurarse, a dejar de ser la mujer que habíamos conocido. Determinamos la fecha: el 7 de noviembre. Previamente el doctor verificaría un reconocimiento de la enferma aunque las radiografías de contraste eran suficientemente explícitas.

Al llegar a casa nos encontramos con Alicia y Juan que habían interrumpido su viaje de novios: Estoy más tranquila aquí. Tu madre fingió enfadarse pero la noté aliviada. Tal vez el regreso de tu hermana fue la última satisfacción que experimentó, puesto que todo se iba agravando por días: la paresia, el acorchamiento, la sordera. Y aunque conservaba su gentileza, se acentuaba también el decaimiento físico, que yo trataba de paliar sacándola al campo, sometiéndola a un leve ejercicio diario. Le gustaban los pinos, los únicos árboles cálidos, según decía. La tamuja crepitaba bajo nuestros pies y el sol del membrillo filtrándose entre las acículas le agradaba. Una de aquellas mañanas que nos sentíamos más próximos, le comuniqué lo del facial, la posibilidad de que el cirujano, para raer el tumor, hubiera de cortar el nervio. ¡Había temido tanto aquel momento! Caminábamos cogidos de la mano y en el instante de la revelación se la oprimí. El facial es el nervio que equilibra el rostro, añadí ante su falta de reacción. Su pequeña mano, dentro de la mía, no hizo el menor movimiento; parecía un pájaro muerto. Me detuve y la tomé por los hombros: No irás a decirme que no te importa. Ella no se alteró. Dijo al fin, serenamente: Tal vez sea preferible eso a no vivir. En todo caso, siempre será mejor que engordar quince kilos. Por la noche, al comentar sus palabras, Alicia, sorprendentemente, se puso de su parte. Todavía quise hacerles ver la desproporción de la alternativa, pero ella zanjó la discusión en dos palabras: La estética también cuenta.

Entró noviembre sin nubes, ni frío; tan sólo unos jirones de niebla blanda que, a medida que se disipaba, iba levantando el cielo y tiñéndolo de azul. Y aunque el sol tenía un tono descolorido salíamos al campo y paseábamos lentamente durante dos horas. Yo buscaba en mi cabeza temas de conversación que pudieran interesarla, pero me sucedía lo mismo que ante el lienzo en blanco: no se me ocurría nada. A mayor empeño, mayor ofuscación. Se lo expliqué una mañana que, como de costumbre, caminábamos cogidos de la mano: ¿Qué vamos a decirnos? Me siento feliz así, respondió ella. Yo sabía que callaba cosas pero ignoraba qué y, con su silencio, me negaba cualquier posibilidad de consuelo.

Una tarde me comunicó que deseaba confesarse. No revistió con tintes sombríos su deseo: Iré a Madrid más tranquila, se justificó. Luego mencionó a Julio Bartolomé, el cura que os casó a Alicia y a ti. Salvo excepciones, a ella no le agradaban los curas. Antes de caer enferma, hablaba con desdén de las homilías mostrencas o pretenciosas, faltas de sencillez. No aceptó que Julio viniera a casa. ¿Por qué? Puedo ir yo a la parroquia perfectamente. No quedó tranquila tras la confesión. Había un extremo que la mortificaba y que Julio no acertó a conjurar. De niña había incumplido una promesa y el sentimiento de culpa le había perseguido toda la vida. Y cuando el cura y yo, como puestos de acuerdo, tratamos de hacerle ver que se trataba de un escrúpulo pueril, se enojó: En estas cosas la edad no cuenta, dijo. Aunque entonces fuese una niña, yo sé que hubo pereza y dejadez. Intentamos calmarla en vano; nos enredaba en su lógica irrebatible: El pecado es la conciencia. Y la mía no está tranquila. Bartolomé llegó a preocuparse. Le sugirió un sacrificio equivalente, una pena subsidiaria, pero ella no se avenía: Una limosna ¿verdad? ¿Y qué mérito tiene ese sacrificio si el dinero no me falta?, dijo. La cuestión estribaba en evaluar el significado de la omisión en su mente infantil y establecer la equivalencia adulta. Era preciso reflexionar, abstenerse de sugerencias precipitadas con las que sólo conseguíamos sacarla de sus casillas. En el fondo, creo que este nuevo problema la desvió de sus calladas obsesiones, alivió la tensión de aquella espera, y, en cierto modo, fue positivo para ella. Pero tenía tal prisa por hallar una solución que llegó a desazonarme. Julio Bartolomé subía cada tarde a tomar café y deslizaba tímidamente nuevas propuestas que ella iba descartando, sucesivamente, una tras otra. Durante aquellas largas sobremesas, tan concentradas que se diría que estábamos dirimiendo el misterio de la Trinidad, ella sostenía en la mano su vaso de agua, y se miraba constantemente la boca en el espejo. Julio la observaba con atención y una tarde le dijo de improviso: ¿Por qué no prescindes del espejo unos días, hasta tu marcha a Madrid? Esta vez no se enojó. Se le quedó mirando, la cabeza ligeramente ladeada, con cierta perplejidad: Eso ya tiene sentido, dijo al fin. Dio media vuelta y encerró el espejo en un cajoncito del bargueño. Se volvió sonriente: Ya está, dijo. Su extrema tenuidad, su flaco cuello erguido, le hacían parecer más alta. Sustituyó el espejo por una servilleta de papel que se pasaba con frecuencia por los labios. Y, en su defecto, se acariciaba la barbilla con la mano simulando una actitud cavilosa.

Día a día se acentuaban las molestias y no parecía lejano el momento del total derrumbamiento. Unos y otros procurábamos acompañarla, pero ¿qué sería de ella en los momentos de soledad, o en la alta noche, durante sus

insomnios interminables? Movido por el deseo de serle útil me convertí en su sombra. Y, cada tarde, después de la sobremesa, bajaba silenciosamente del estudio y la buscaba por la casa. Ordinariamente la encontraba escuchando música o leyendo un libro en la mecedora. La música variaba cada tarde, pero el libro era siempre el mismo: los poemas de Ungaretti, un volumen color de rosa, en edición sudamericana. Pero una tarde, al bajar del estudio, no oí música ni la encontré leyendo en la mecedora, aunque el libro seguía allí, abierto boca abajo, sobre la mesita supletoria. Creyéndome solo, lo cogí, y, al volverlo, me hirió el título del poema: «Agonía» y, casi mecánicamente, pasé los ojos por los versos: «Morir como las alondras sedientas / en el espejismo. / O, como la codorniz / una vez atravesado el mar / en los primeros arbustos… / Pero no vivir del lamento / como un jilguero cegado». Inesperadamente, su rostro apareció tras el respaldo del sofá donde yo me apoyaba. Me abordó solícita: ¿Quieres algo? Me quedé tan cortado que dejé el libro sobre la mesa sin saber qué decir. Ella se pasó la mano por la frente en un gesto de abandono. Me dolía un poco la cabeza y me tumbé un rato, dijo. Me senté a su lado y charlamos. Solía ocurrir que la conversación fluía cuando no la buscábamos, cuando impensadamente nos encontrábamos lejos del lugar y la hora en que solíamos charlar. Entonces surgían palabras, ideas, incluso proyectos… Sin embargo, estas expansiones provocadas por la sorpresa no me engañaban. Yo sabía, por ejemplo, que el anuncio del corte de pelo la había llenado de zozobra, aunque se hubiera abstenido de comentarlo. No obstante, esa noche, en la sobremesa de la cena, hizo una parodia de la pelada aplastándose el cabello con una malla y estirándose con un dedo hacia arriba la comisura de la boca. Así seré yo dentro de unos días, dijo. Este sarcasmo fue su única manifestación de rebeldía. Debió de ver mi gesto de desagrado porque se quitó la malla y puso cara de sorpresa fingida: No debes preocuparte, dijo; nada cambiará entre nosotros. Asistiré a tus conferencias en la última fila y, al final, me acercaré a felicitarte como si fuera una extraña. Hablaba muy deprisa, excitada, y reía en las pausas, a destiempo, como si hubiera tomado algo. Empezó a abrazar a Mar y a Gus y yo me fui a telefonear a Óscar, alarmado. A él no le preocupó su reacción: Es natural, dijo. Habrá tomado un estimulante. Se enmascara para no desfallecer.

Por las mañanas, insomne y angustiado, solía tumbarme en el diván del estudio y, en la duermevela del primer válium y la primera copa, pensaba que mi incapacidad se debía a que ella era mi motor y el motor se había averiado. Miraba mis manos, pesadas e impedidas, tiznadas de pintura, la cicatriz de infancia en la yema del pulgar, las uñas decoloradas por el aguarrás. Eran

manos agotadas, sin presente ni futuro, inútiles. Me cubría los ojos con ellas y evocaba los días fecundos, cuando pintaba horas enteras sin esfuerzo, ensimismado, como si alguien, antes de dar una pincelada, ya me hubiera sugerido la siguiente. Una voz misteriosa me soplaba la lección entonces y yo lo atribuía a los ángeles, pero ahora advertía que no eran los ángeles sino ella; su fe me fecundaba porque la energía creadora era de alguna manera transmisible. A veces barruntaba que se trataba de un sueño paradójico pero, en cualquier caso, allí, tumbado en el diván, embotado por los sedantes y el alcohol, llegaba a la conclusión de que la actividad creadora es imposible si alguien no te empuja por detrás, no te lleva la mano.

De este modo fui adquiriendo manías: yo era un médium, no un pintor, empecé a morderme las uñas y abrigaba mi estómago con la palma de la mano, allí donde creía recibir los golpes. Se me envenenó el humor, despedía a los importunos sin miramientos y si ella me preguntaba por qué me había vuelto tan hosco con la gente, yo callaba, porque no podía decirle que me enfurecía porque ella se estaba muriendo y nunca podría volver a pintar. ¿Era, tal vez, esto último el motivo de mi angustia? ¿De quién me compadecía entonces, de ella o de mí? En cualquier caso, yo deseaba ayudarla, aunque no dejara de advertir que era inútil tratar de restituir de golpe lo que uno ha recibido a lo largo de una vida. Concentré toda mi atención en las noches, las pasaba en vela, buscando los *primeros arbustos* donde ella, como la codorniz, escondía su agonía. Escuchaba a la puerta de su dormitorio circunstancial. No se oía nada; no rebullía, no roncaba, ni siquiera se la oía respirar. Una noche me asaltó la idea del suicidio y no me pude controlar; de una manera impensada, abrí la puerta y di la luz. No había nadie. La cama no estaba usada, aunque tal vez la colcha conservara la huella de su cuerpo. Corrí a la cocina, luego al salón, al dormitorio de Mar y de la niña, junto al nuestro, al de los chicos, sin resultado. Entonces, subí al estudio. Desde el rellano la descubrí ahí, en el diván, bajo la pálida luz del piloto pasando un cuadro tras otro, maquinalmente, como quien mira fotografías. Eran viejos cuadros deslucidos por el tiempo y el retoque. Estaba descalza, sentada sobre sus pies desnudos, y en el suelo, al alcance de la mano, el inevitable vaso de agua. Entre sus labios temblaba una sonrisa melancólica, tan pequeña que era más bien un esbozo. No había advertido mi presencia, pero cuando subí otro peldaño, dirigió los ojos a la escalera sin el menor sobresalto; sonrió al verme: No bajan los ángeles ¿verdad?, dijo. Me miraba resignada, con una pálida piedad. Yo asentí con la cabeza. ¿Hace mucho tiempo? Hice un esfuerzo: Desde que enfermaste, dije. Dobló la cabeza como solía hacer, buscando una

perspectiva más favorable para mirarme: Pero supongo que no tendrá nada que ver una cosa con la otra, añadió. Fue algo imprevisto. Iba a responderle que no, que mi sequía actual era una crisis más, que pasaría como habían pasado otras, pero, repentinamente, titubeé, se me aflojó la garganta y rompí a llorar. Nunca había llorado ante ella y, entonces, me cogió de las manos y me sentó a su lado, en el sofá, dejando que mi cabeza reposara sobre su hombro. Me acarició la frente: No te aturdas; déjate vivir, decía. Súbitamente le confesé que no eran los ángeles, sino ella la que pintaba por mí, que yo me limitaba a ser un médium, un eco de su sensibilidad. Aproximó la cabeza para mirarme fijamente a los ojos: Eres tú quien pinta; métetelo en la cabeza, dijo. Señalé los cuadros arrinconados: Ya lo ves, añadí descorazonado. Me besó espontáneamente en la mejilla y dijo: Primo dice que el artista es un Guadiana que aflora y se sumerge alternativamente. Rodeé con mi brazo sus frágiles hombros y la atraje hacia mí. Veía sus ojos tan próximos que me ofuscaban: Estás un poco trastornado con mi operación, eso es todo. La besé. Debes serenarte, añadió. Nos besamos otra vez, luego muchas, cada vez más honda y frenéticamente, y acabamos amándonos allí mismo, sobre el diván, como habíamos hecho otras veces. Fue nuestra despedida.

A partir de ese momento desistí de buscar los *primeros arbustos* del poema. No existían. Ella no necesitaba un escondrijo para morir sino arrojo para «no vivir del lamento como un jilguero cegado». Busqué de nuevo el libro de Ungaretti y no me sorprendí cuando vi que, en efecto, había subrayado los dos últimos versos del poema. Al día siguiente telefoneé a Verónica para preguntarle cómo la veía: Muy valiente, ¿no? A Ana no la parte un rayo. Ignoraba yo hasta qué punto Verónica sabía: ¿Te ha dicho lo del facial? Abrió mucho los ojos, comprensiva: Claro. Dice que mejor eso que engordar quince kilos. García Elvira también estaba de su parte: ¿Quieres decirme qué sería de Ana con esas adiposidades? Yo callaba. Hasta tal punto dudaba de mi juicio que terminé por admitir que el resto del mundo tenía razón, que la estética era lo primero. Además, en aquellos días, veía a tu madre vivir con tanta placidez, que llegué al convencimiento de que no tenía derecho a perturbarla. Alguna vez sí, se derrumbaba en un sillón, la cabeza en el respaldo, una compresa de agua de colonia sobre la frente, pero sin ninguna afectación: Ese dichoso reconocimiento me ha dejado la cabeza como una escopeta de aire comprimido, decía. En una ocasión se refirió vagamente a un futuro en el que ella no participaría: Esta mañana he visto a Inés Villena; me ha preguntado por ti; es tu fan más apasionada. Adoptaba un aire candoroso pero no conseguía enmascarar su deseo de dejar las cosas arregladas. Yo,

como de costumbre, lo tomé a broma: ¿La soltera de oro?; pero ella iba a lo suyo: Está más atractiva que hace veinte años. De improviso, al ver mi indiferencia, aludió al enojoso episodio que tanto temía: A lo mejor mañana cambias de opinión, dijo.

Su pelo era para mí algo tan esencial que demoré su sacrificio hasta última hora. Nos acompañó Alicia, y su peluquera, de la que me había hablado como una muchacha irresponsable, se enfrentó a su cabeza con una solicitud extrema. No sé si porque mi presencia la cohibía, pero no acertaba a hablar. Simplemente respondía a tu madre con monosílabos y una vez que tu hermana se sentó junto al balcón y abrió una revista se encerró en un mutismo absoluto. Yo la miraba hacer, apoyado en el quicio de la puerta, sin resolverme a entrar. Todos pretendíamos imprimir un aire de cotidianidad al acto, cuando lo cierto es que existía tal tensión como si estuviéramos asistiendo a los preparativos para decapitarla. La chica levantó tímidamente los cabellos de la nuca: ¿Corto aquí? Le brillaban los ojos cuando tu madre la animó: Corta; no te preocupes. Dio el primer tijeretazo y en el silencio de la pequeña habitación se oyó el blando impacto del mechón al golpear la tarima. Tu madre sostenía en su regazo el postizo que comprara el día anterior. Se lo había probado docenas de veces en casa: unas, sobre la frente; otras, encasquetado en la nuca; como un solideo, después. En cualquier caso, acompañaba la prueba de un comentario irónico y apuntaba un parecido. ¿Te importaría peinarme luego esta peluca? Es horrible, de una pieza, como un casco; no la puedo soportar, dijo de pronto. La chica iba separando mechones de pelo y metiendo la tijera en la base. Inopinadamente ella levantó una mano e interrumpió la operación: ¿Por qué no te vas a dar un paseo? No haces falta aquí, me dijo. ¿Cómo voy a dejarte sola? Jugaba la baza de hacerme imprescindible, el papel del hombre fuerte. Ya me acompaña Alicia; es suficiente, añadió. Me apresuré a desertar. Me sentí justificado y huí, bajé las escaleras de tres en tres, sin aguardar al ascensor. Pero la fuga me dejó incómodo. Abordé a Alicia tan pronto llegó a casa: No ha pasado mal rato; en absoluto. Ha estado serena, me dijo. Tenía un aire falsificado con aquel postizo en la cabeza, pero no paraba de discurrir, de proyectar cosas; incluso habló de llevarte la niña a la cárcel antes de ingresar en la clínica, pero me opuse. Prefería verla tranquila, seguramente porque, de alguna manera, relacionaba la excitación con el riesgo. Me hallaba frente a ella, en la sobremesa, el sol de membrillo en las ranuras de la persiana y, quizá por un efecto de luz o porque aquel casquete la desfiguraba, el caso es que la expresión de su mirada cambió súbitamente por segunda vez en pocos días, y

mientras su ojo derecho refulgía luminoso y dulce, el izquierdo quedó hueco, desorbitado, como la boca de un pozo. Eché la cabeza hacia atrás hasta topar con el respaldo del sillón, pero la horrible visión no desapareció. Sentí el gemido del estómago al contraerse pero no dije nada, esperé, angustiado, y cuando ella cambió de postura para beber un sorbo de agua, el equilibrio retornó a su rostro. Me esforcé por encontrar mi propia voz en lo hondo del pecho: En Madrid nos hemos citado con Primo para ver su nuevo apartamento, dije. Me refería al viaje del día siguiente. Habrá que oírle cuando me vea con este adefesio, comentó ella. Pero Primo tuvo la delicadeza de no aludir a su peinado y ella, mientras recorríamos el piso, habló apasionadamente de aciertos y posibilidades, absorta en la contemplación del viejo Madrid que se divisaba desde la terraza. Disponía de unas llaves muy precisas para controlar el pasado y el futuro; sabía disfrutar del presente en toda su intensidad. Y, luego, al abandonar el piso, oí cómo decía a Primo que me atendiera, que estaba consternado, y él, obedientemente, se rezagó y se puso a mi lado. Tu madre caminaba delante con tus hermanos, reían con cierta futilidad y, en un punto, nos separamos. Ellos se repartieron entre tu casa y San Julio y yo quedé con ella en la clínica, en un catre instalado bajo la ventana. Me sofocaba aquel ambiente de hospital donde casi podía divisar las miasmas pululando en el aire recalentado, pero ella no objetó nada: Una habitación decorosa, dijo. Con la palabra decorosa designaba las cosas desnudas, despojadas, funcionales, ni feas ni bonitas, hechas para servir. Una habitación decorosa, repitió frunciendo los hombros. Y, al poco rato, llegó un doctorcito para extraerle sangre y ella extendió el brazo dócilmente y, a la mañana, tras una noche de insomnio, volvió el mismo doctor a preguntarle si había padecido hepatitis. ¿Hepatitis? No, que yo recuerde. Le divertían estos errores, como si viera tropezar en la calle a un hombre presuntuoso: ¿Por qué me pregunta eso?, dijo. Mi hijo la padeció este verano. Problemas de coagulación, respondió el doctorcito, un hombre tímido, apueblado, sin sonrisa, a quien únicamente la bata verde redimía. Me miró con sus ojos castos, un poco extraviados, y me explicó que había que demorar la intervención por la propia seguridad de la enferma. Sufrí esa desazón característica del hombre que se ve frenado después de haber cerrado los ojos y decidido a afrontar una situación arriesgada. ¿Cuánto tiempo? Depende; hay que prepararla, cuatro, cinco días, no puedo precisarle, respondió.

Tu madre aceptó el aplazamiento alborozada, como un escolar ante unas vacaciones suplementarias. Nos organizamos de acuerdo con sus deseos. Las mañanas, después de pasear una hora por los jardines de la clínica,

transcurrían en el Prado, yo con el Goya negro, ella con El Greco. Es más espiritual; no estoy para dramas, se justificaba. Dos horas más tarde nos reuníamos con tus hermanos para comer en tu casa, ella se echaba un rato y después nos íbamos al cine, a la primera sesión, merendábamos en casa del tío Juan, con mis hermanos, y a las ocho volvíamos a la clínica, ella a su cama, yo a mi catre penitencial. Este plan de vida fuera de casa, con el espejito a mano, sin obligaciones que atender, suscitó en ella una euforia pueril; me hizo acompañarla al zoo y al museo de cera, se abrió al pasado, y en nuestros paseos matinales, entre las hojas secas, reconstruía nuestra vida en común, la pequeña historia de nuestros amores adolescentes, la penuria franciscana de entonces, la universidad, el primer beso, la medalla del Salón de Otoño, la boda, la beca en París, el semestre en Washington, los hijos, los nietos, vuestro encarcelamiento. Tenía el privilegio de ver las cosas por su lado optimista y yo le seguía la corriente, pese a que aquella súbita evocación me parecía de mal agüero. Y aunque ella se atenía a disfrutar sus vacaciones sin contar los días, yo regresaba a la clínica cada noche con el temor de que fuera el último. Mas, en contra de lo predecible, la víspera no dramatizó, vivió la jornada como otra cualquiera e incluso resucitó los años de estudiante con una coquetería y una ilusión que no cuadraba con el momento. Estaba echada en la cama, con un camisón azul abierto, la almohada doblada bajo la cabeza postiza, y a cada rato bebía un sorbito de agua del vaso de la mesilla. ¿Puede saberse por qué te fuiste de la universidad si tanto te gustaba? Ella no dejaba de reír, coqueteando con sus recuerdos: Una cosa eran las personas y otra los libros. Había profesores muy guapos que recomendaban libros muy feos, en modo alguno recomendables. Continuó hablando largo rato hasta que, de madrugada, le invadió repentinamente el sopor y se quedó dormida. No se despertó hasta que el capellán le llevó la comunión a las siete de la mañana. La había visitado la tarde anterior para ofrecerle sus servicios: Aquí curan a casi todos, dijo, pero, si lo desea, puedo venir a la hora que usted me indique. Tenía cara de mandarín, aunque su rostro no era amarillo sino rojizo, un poco congestionado. Fue discreto, empero. Tus hermanos ya estaban allí cuando comulgó y luego, llegado el momento, Nicolás empujó la camilla hasta el ascensor mientras Martín y Pablo la escoltaban tomándole cada uno de una mano. Y antes de entrar en el montacargas me sonrió e hizo un ademán de despedida. Me puse la bata blanca y las calzas desinfectadas y subí al antequirófano con tus hermanos y traté de abstraerme en la resolución de un crucigrama. Sin embargo no lo logré; seguía consciente del paso de las horas, pendiente de Ovidio Pozas, el amigo de Martín, médico del equipo, que subía

de vez en cuando a darnos las novedades: Todo va bien. No ha habido sorpresas. A mediodía nos indicó que la operación había terminado y que el doctor Calvo nos esperaba en la habitación para informarnos. Primitivo Lasquetti había llegado en tanto; era la única persona ajena a la familia allí presente y me conmovió su fidelidad. El doctor Calvo se presentó al frente del equipo, con un no sé qué de marcial en su corpulencia: La operación ha sido un éxito. El tumor era, en efecto, benigno, un neurinoma, y su localización la prevista. La enferma está recuperando la conciencia y ha iniciado en la UVI el período postoperatorio, dijo. Yo asentía sin entusiasmo, porque todo aquello lo había dado por descontado, me parecía natural, y, en cambio, el doctor no había hecho referencia al problema del nervio. De ahí que cuando concluyó su informe y tus hermanos y tíos comentaban la noticia alborozados, le pregunté en un aparte por él. Me miró de arriba abajo como si bajase del limbo: Ha habido que sacrificarlo, claro. Era necesario para disecar el tumor, dijo. No sé si le di las gracias, pero cuando, segundos después, subí a la UVI y vi su carita levemente sofocada, la cabeza vendada, sin rastro de sangre ni de violencia, preguntando semiinconsciente si era lo que se esperaba, pensé que el doctor se había equivocado. Ovidio Pozas, empero, me aclaró que la intervención estaba reciente aún, que el desequilibrio no se produciría mientras no cediese el traumatismo operatorio.

Minutos más tarde, cuando nos reunimos en un merendero próximo para comer algo, las palabras de Ovidio me rechinaban en el estómago, pero todavía conservaba alguna esperanza. En la vida había conocido casos de enfermedades que tomaban giros inesperados, ajenos a las previsiones médicas. ¿No podía ser éste uno de ellos? En el fondo, en lo que confiaba era en la capacidad de tu madre para sorprender, para hacer lo contrario de lo que la gente esperaba que hiciese. Y es curioso, pero durante los breves minutos que permanecí ausente de la clínica, únicamente pensé en su nervio facial, no en la posibilidad de que muriera. No temía que se fuera, sino que nos la cambiasen. La gente, pensaba yo, no se muere así. La operación había sido un éxito, el tumor raído y ella había hablado después con la mayor coherencia, ¿cómo pensar que se pudiera morir? De ahí que cuando Pablo, tu hermano, me sonrió aliviado, yo continuaba temiendo únicamente que la UVI pudiera devolvernos una mujer distinta, no que se quedase con ella. No pude comer, tomé una taza de té y corrí de nuevo a la clínica. ¿Qué me empujó a escapar, a volver allí con esa celeridad? Algo tiraba de mí pero ignoraba lo que era. De repente lo supe cuando sonó insistentemente el timbre del teléfono: Sí, yo soy, dije. Volví a repetirlo. Sonaba un zumbido extraño. Por detrás oí la voz

de Ovidio Pozas, que hablaba por encargo del cirujano: Un imprevisto; un infarto del tronco cerebral. La han bajado inconsciente al quirófano, dijo de un tirón. Oí mi voz en un tono quejumbroso de protesta: ¿Quieres decir que le han abierto la cabeza otra vez? A partir de ahí pierdo la claridad de mis recuerdos; todo está como entre nieblas. Veo gente en fila, rostros graves, grupos oscuros en el vestíbulo, y me oigo repetir, una vez tras otra, como un autómata: Un infarto del tronco cerebral. La están operando de nuevo. Ahora lamentaba mi resistencia a aceptarla con el nervio roto, y, en mi fuero interno, atribuía la recaída a mi aspiración de recobrarla intacta. Esta sensación de fracaso, de verme de pronto sin nada por haberlo deseado todo, era una sensación que ya había experimentado de niño, una especie de castigo a mi ambición. Al anochecer volvieron a subirla a la UVI. ¿Ha recobrado el conocimiento? Ovidio se encogía: Todavía no. Hay que esperar. ¿Cuánto había que esperar? Alguien había difundido la noticia y la gente venía, preguntaba, profería las frases obligadas y volvía a marchar.

Todo estaba minuciosamente calculado. El doctor Calvo era un maestro en el arte de dosificar la información, de tal manera que, cuando se consumó todo, nadie se llamó a engaño; todos lo estábamos esperando. Durante unos días, la habitación 206 fue un velatorio sin muerto (el muerto todavía respiraba arriba, no se sabía cómo, en el piso superior). Primo se presentaba a primera hora de la mañana con sus periódicos bajo el brazo, se sentaba junto a la puerta y los iba hojeando, doblando las páginas ruidosamente. Era un velatorio sin muerto y sin tiempo, por lo que las hojas que Primo iba pasando en períodos regulares constituían una especie de medida, facilitaban una idea de temporalidad. Las noticias iban empeorando con mucha lentitud, ensombreciendo la espera pero dejando siempre abierta la puerta a la esperanza: Ha entrado en coma. ¿Sin recobrar el conocimiento? Ovidio bajaba la cabeza, lo admitía como avergonzado. Para mí, coma y agonía eran una misma cosa y así se lo dije. Él se apresuró a aclarar conceptos: ¡No, por favor! Todos los días hay enfermos que salen del coma. Iba aprendiendo cosas sobre la muerte y la premuerte, sobre lo recuperable y lo irreversible: Las constantes son normales. ¿Quieres subir a verla? No me atreví. No podía imaginarla pasiva, ausente, sin palabras. Ahora deploro no haberlo hecho, no haberle acariciado sus mejillas todavía tibias. Pero no lo hice en su momento y, luego, cada hora se me hacía más difícil. ¿Cómo podía nadie estar con ella si ella *no estaba*?

Primitivo llegó una mañana con la noticia de que Franco se estaba muriendo, de que había sido operado a la desesperada en las caballerizas de

El Pardo. Los de San Julio lo confirmaron una hora más tarde: Ana todavía puede llegar, dijeron. Se estableció un macabro pugilato a ver quién terminaba antes. Nadie expresaba esta idea pero gravitaba en el ambiente. Mas las horas de la muerte son lentas y, en aquella prolongada incertidumbre, resolví ir a verte para darte cuenta de su estado. No despegaste los labios; no dijiste una palabra. Únicamente te bajó el brillo de la mirada; los ojos se te pusieron mates y sumidos como los de los reos en capilla. Al marcharme, apenas tenías voz: Por favor, cuida de la niña, me dijiste.

Caí en una fase de inhibición, aunque en el taxi, como cada vez que me alejaba de la enferma, surgió una absurda esperanza, la ilusión de que, durante mi ausencia, algo impensado hubiera sucedido allí. Pero ¿qué podía suceder? Al llegar a la habitación, todo seguía lo mismo: tus hermanos recostados en la cama vacía, a la espera, el silencio gravitando sobre el grupo, mientras Primo concertaba el paso del tiempo, hojeando ruidosamente los periódicos. De vez en cuando, como cada mañana, o como cada tarde, alguien entraba o salía de la habitación, llegaba Ovidio con una mínima novedad o se anunciaba el equipo médico. Y, al caer la noche, los tíos Concha y Juan me traían alguna cosa de comer y, al acabar, me iba a la cafetería y me tomaba un válium de diez con dos vasos de vino de postre. Esta combinación, tan denostada por los médicos, producía efectos prodigiosos: me serenaba y, simultáneamente, ahuecaba mi cuerpo, lo tornaba leve y flotante. En ese momento, el único del día, todo volvía a ser posible; la vida y la muerte estaban en el filo de una navaja.

La penúltima noche, al subir de la cafetería, encontré al doctor Calvo acompañado por Julio Bartolomé, que había venido a verme. La faz del doctor estaba yesosa, desencajada; se miraba las puntas de los pies en el momento de hablarme: El electroencefalograma ha dado plano, dijo brumosamente, como si algo se hubiera producido a pesar de sus órdenes en contrario. ¿Plano? Su cerebro no tiene actividad, aclaró. Yo miraba a Julio implorante, pero él escuchaba también, en silencio, el informe del doctor. Me quedé sin palabras pese a acabar de ingerir mi combinación infalible, pero Nicolás, que se había incorporado al grupo, preguntó si la situación era irreversible, a lo que el doctor Calvo replicó que eso nunca podía decirse en medicina, puesto que siempre existiría alguien que había vuelto de un electroencefalograma plano, pero, puestos a determinar porcentajes, las posibilidades de recuperación no pasarían de una entre mil.

Seguía durmiendo en el catre, bajo la ventana, y tus hermanos se turnaban para acompañarme. Había estado tranquilo en su compañía, pero, tras el

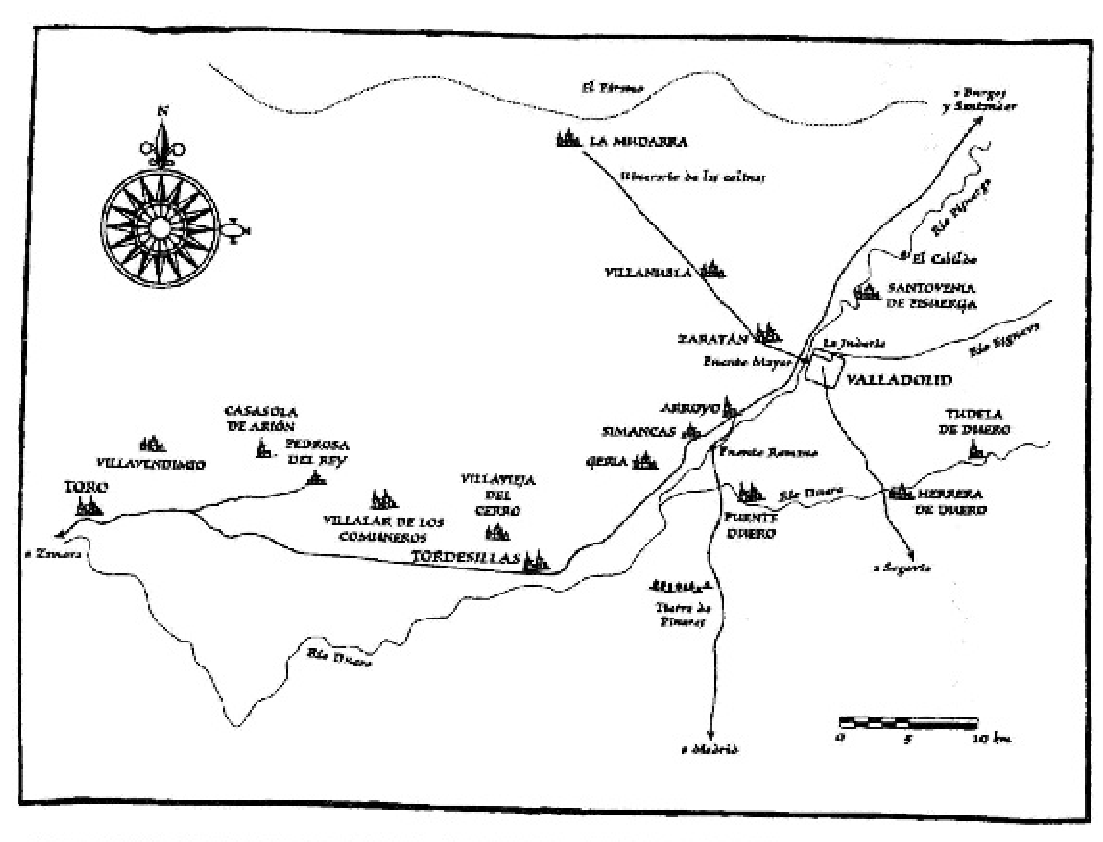
último informe, me hundí en el torpor de los sedantes, en el sueño alucinado de la infame combinación. La última noche sufrí extrañas pesadillas de muñecas articuladas con relojes-despertadores en el hueco del corazón. Una de estas muñecas reía con carcajadas astilladas cada vez que atrapaba una de las pelotitas blancas que el doctor Calvo le lanzaba desde detrás de la mesa del doctor Gil; pero, en un determinado momento, una pelota escapó a su control y cayó al suelo dando botes. En ese instante el timbre del despertador se disparó y empezó a sonar con estridencia. El doctor se levantó tranquilamente, pulsó el resorte y se hizo el silencio de nuevo, tan denso esta vez que yo debí de gritar porque al abrir los ojos vi luz y el rostro inquieto de Martín a mi lado: ¿Te ocurre algo? Miraba por encima de su cabeza la lámpara funcional, los muebles lacados de blanco, las paredes blancas. Trataba de orientarme. Una pesadilla, dije. Me incorporé y abrí una hoja de la ventana: ¿Qué hora es? Las cuatro y diez. Miraba a la nada, al vacío, pero dije desolado: Una vez que nos hayamos hecho a la idea, el doctor parará su corazón como antes paró el despertador. Martín había agachado la cabeza y se resistía a hacerse cómplice de mi delirio: ¿Quieres dar un paseo?, me preguntó.

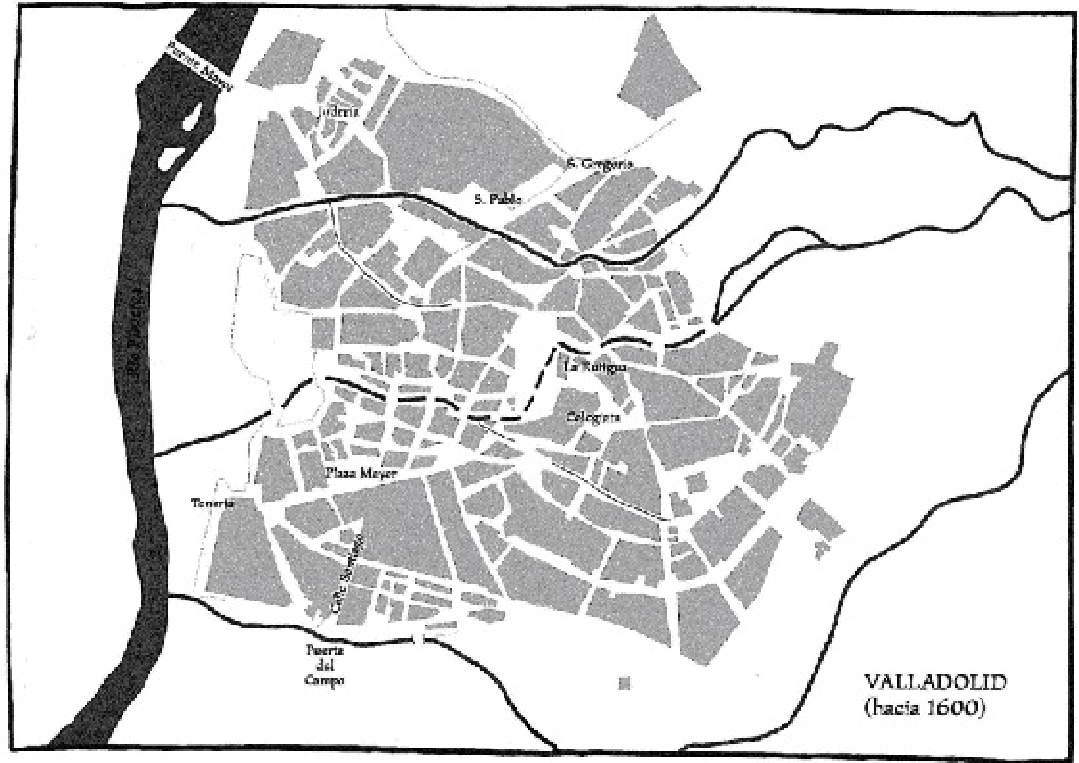
A las siete de esa misma tarde, sin aviso previo, vi venir el piquete de batas verdes, encabezado por la maciza figura del cirujano jefe, por el fondo del corredor en penumbra. El espectáculo no era nuevo, pero esa noche intuí: vienen a decirme que han parado el reloj. Y tan vívida era la sensación de escena repetida que sabía que al médico pelirrojo que avanzaba por la parte interna del pasillo, y cuyo cabello refulgía al pasar bajo los pilotos de las puertas, le chillaba un zapato. Y, a medida que se aproximaban, fue aumentando el crujido del zapato abotinado del médico pelirrojo, un crujido que acompasaba el paso, que era algo así como la música del desfile. Y al llegar a la altura de nuestro grupo, se detuvieron, el doctor Calvo giró media vuelta a la derecha, mientras los demás, Ovidio Pozas entre ellos, se situaban detrás, en su lugar descanso, guardándole las espaldas. El doctor Calvo se dirigía a mí (había una sombra en su mirada firme, como una perplejidad en su aguerrido porte castrense): Ha muerto, dijo. Hizo una pausa y agregó tras una vacilación: Ella nos pidió vivir y no hemos sabido complacerla. Lo siento. Se hizo el silencio y cerré los ojos. El crujido del zapato del médico pelirrojo, que se iba debilitando ahora, me hizo saber que el piquete se alejaba. Entonces abrí los ojos y vi a Primo Lasquetti en el marco de la puerta ajustándose las patillas de las gafas. No me abrazó, ni me estrechó la mano; no pronunció una palabra. Simplemente se unió al grupo, una manera muy

suya de mostrarse solidario. Entonces experimenté, por primera vez, una rara invalidez y le dije torpemente: Habíamos soñado con envejecer juntos. Algo le irritó; me echó encima su pesada mirada miope con manifiesta arrogancia: Olvídalo, dijo. Las mujeres como Ana no tienen derecho a envejecer. Aún quise decir algo digno de ella, algo apropiado a la circunstancia, pero tenía la cabeza confusa y la lengua trabada y no pude hablar. Fue tu hermana Alicia, al verme tan indefenso, la que se apiadó de mí. Me abrazó sollozando y dijo excitada: Primo tiene razón. Yo no soy capaz de imaginar a mamá con una máscara, babeando en un psiquiátrico o tullida durante el resto de su vida. Si la muerte es inevitable, ¿no habrá sido preferible así?

El hereje

1998





¿Cómo callar tantas formas de violencia perpetradas también en nombre de la fe? Guerras de religión, tribunales de la Inquisición y otras formas de violación de los derechos de las personas… Es preciso que la Iglesia, de acuerdo con el Concilio Vaticano II, revise por propia iniciativa los aspectos oscuros de su historia, valorándolos a la luz de los principios del Evangelio.

Juan Pablo II a los cardenales, 1994

Preludio

El *Hamburg*, una galeaza a remo y vela, de tres palos, línea enjuta y setenta y cinco varas de eslora, dedicada al cabotaje, rebasó lentamente la bocana y salió a mar abierta. Amanecía. Se iniciaba el mes de octubre de 1557 y la calima sobre la superficie del mar y la estabilidad de la nave presagiaban bonanza, una jornada calma, tal vez calurosa, de sol vivo y suave viento del norte. Era el *Hamburg* un pequeño barco de carga, dotado con cincuenta y dos marineros, al que su capitán, Heinrich Berger, con un agudo sentido de la economía personal, superponía en el buen tiempo dos pequeñas tiendas de campaña sobre las cuadernas de toldilla para alojar a cuatro posibles pasajeros de confianza, mediante un módico estipendio.

En la primera de estas tiendas, viniendo de proa, viajaba ahora un hombre menudo, aseado, de barba corta, al uso de Valladolid, de donde procedía, tocado de sombrero, con calzas, jubón y ropilla de Segovia, que, acodado en el pasamanos de babor, oteaba con un anteojo el puerto que acababan de abandonar. Una bandada de gaviotas que sobrevolaba la estela del *Hamburg* se reunía, graznando destempladamente, preparando el regreso a puerto. Por la amura, sobre la silueta de tierra, la bruma comenzaba a rasgarse y permitía divisar, entre los flecos, fragmentos del cielo azul que la calma chicha de la madrugada auguraba. El hombre menudo y aseado hurgó con su mano pequeña y nerviosa en el bolso de la ropilla, extrajo el papel plegado que le había entregado un marinero al embarcar y leyó de nuevo el breve mensaje que contenía: «Bienvenido a bordo. Le espero a almorzar en mi camareta a la una del mediodía. El capitán Berger».

El Doctor le había hablado con afecto del capitán en Valladolid. Aunque hacía mucho tiempo que no se veían, entre el Doctor y Heinrich Berger se anudaba una vieja amistad de lustros. El Doctor confiaba de tal modo en el capitán que hasta que no supo su propósito de regresar a España en el otoño no se determinó a autorizar el viaje a Alemania de su correligionario Cipriano Salcedo. El hombre menudo contemplaba la mar mientras reconstruía mentalmente la imagen del Doctor, tan taciturno y medroso en los últimos tiempos, advirtiéndole de los riesgos de su estancia en Europa. La reciente prohibición de salvar las fronteras concernía, es cierto, a clérigos y estudiantes, pero era sabido que cualquier viajero que decidiera moverse por Alemania en estos días sería sometido a una *discreta vigilancia*. El Doctor había dicho *discreta vigilancia*, pero de su tono de voz dedujo Cipriano Salcedo que la vigilancia sería estrecha y conminatoria. De ahí sus precauciones a lo largo del viaje: sus repentinos cambios de medio de

transporte, el miramiento en la elección de posada o de lugares de encuentro para sus citas, y aun en sus simples visitas a los libreros. Cipriano Salcedo se sentía orgulloso de que el Doctor le hubiera elegido a él para tan delicada misión. Su decisión le liberó de viejos complejos, le permitió pensar que todavía podía ser útil a alguien, que todavía existía un ser en el mundo capaz de confiar en él y ponerse en sus manos. Y el hecho de que este ser fuera un hombre sabio, inteligente y prudente como el Doctor satisfizo su incipiente vanidad. Ahora Salcedo, en la cubierta, pensaba que estaba a punto de rendir viaje; que durante la penúltima etapa, en el *Hamburg*, patroneado por el capitán Berger, podía dormir tranquilo, y que los encargos del Doctor Cazalla habían sido cumplidos.

Oyó voces en cubierta y se volvió con el anteojo en su mano pequeña y velluda. Media docena de marineros descalzos transportaban hacia popa unos maderos y las correspondientes estachas para unirlos. Detrás de ellos, otros tres cargaban con una estructura de madera, adaptable a la popa de la nave, en la que podía leerse, en letras grandes y doradas: *Dante Alighieri*. En pocos minutos, con una eficacia que revelaba una práctica habitual, el equipo descolgó los tablones por la popa y afianzó los cabos que los sujetaban a la mesana. Dos marineros saltaron a la guindola, mientras el resto dejaba resbalar con cuerdas el gran cartel que los de abajo superpusieron al nombre de *Hamburg*, Desde el andamio colgante, ajustaron con puntas y pasadores la estructura con el nuevo nombre y de esta manera, en apenas media hora, la galeaza quedó discretamente rebautizada.

Dos horas más tarde, en la camareta del capitán, donde un marmitón les servía el almuerzo, aquél precisó que el cambio de nombre era una elemental medida de precaución que se adoptaba cada vez que la nave frecuentaba países enemigos de la Reforma de Lutero. Pero como el hombre menudo y aseado se mostrase dubitativo, el capitán Berger, que hablaba siempre con los ojos entrecerrados como si permanentemente escudriñase el horizonte, agregó, con la voz apolillada y bronca frecuente en los hombres que han vivido en el mar:

—El riesgo se evita fácilmente. El *Hamburg* tiene doble matrícula, en Hamburgo y en Venecia. Ambos nombres son, pues, legítimos. Usar uno u otro depende de nuestra conveniencia.

Acababan de tomar asiento alrededor de la mesa y Cipriano Salcedo reparó por vez primera en el tercer comensal, su vecino en la otra tienda de toldilla, a quien el capitán Berger había presentado como don Isidoro Tellería, sevillano, un hombre alto y flaco, rasurado, vestido totalmente de negro, que

reconoció haber pasado en Ginebra el último medio año. Cuando el capitán inició la conversación, él guardó silencio y tan sólo levantó la vista del plato cuando aquél preguntó a Salcedo por el Doctor.

Cipriano Salcedo carraspeó. Vaciló al empezar a hablar. Era la reliquia que le había dejado el miedo al padre, a su mirada helada, a sus reproches, a sus toses espasmódicas en las mañanas de invierno. No era tartamudez sino un leve tropiezo en la sílaba inicial, como un titubeo intrascendente:

—E… el Doctor está bien de salud, capitán. Sí es caso un poco más magro y desencantado, las cosas distan de ir bien allí. Teme que Trento devuelva el problema a su origen, que no consigamos nada. Éste ha sido el motivo de mi viaje: informarme. Conocer de cerca la realidad alemana, entrevistarme con Felipe Melanchton y adquirir libros…

—¿Qué clase de libros?

—De todo tipo, especialmente los últimos editados. Hace tiempo que no entran libros en España. El Santo Oficio acentúa su vigilancia. En este momento está revisando el índice de libros prohibidos. Leer esos libros, venderlos o difundirlos constituyen de por sí graves delitos.

Hizo un alto Salcedo, pensando que el capitán no se conformaría con su vaga respuesta y, en vista de su silencio, añadió:

—La que murió fue la madre del Doctor. La enterramos en el Convento de San Benito con cierta pompa, guardando debidamente las formas. Así y todo hubo murmullos y protestas en el funeral.

—¿Doña Leonor de Vivero? —inquirió el capitán.

—Doña Leonor de Vivero, exactamente. En cierto modo ella fue en tiempos el alma del negocio en Valladolid.

El capitán Berger denegó con la cabeza, sonriendo. Tendría doce o quince años más que su interlocutor, una roja perilla y un pelo muy rubio, casi albino, más propio de un escandinavo que de un alemán. Seguía observando las pequeñas manos de Salcedo con viva curiosidad, los ojos entrecerrados, y, paulatinamente, elevó la mirada hasta su rostro, reducido también, como reducidas y correctas eran sus facciones, dominadas por unos ojos sombríos y profundos. Para escapar de la sugestión del personaje, bebió medio vaso de vino de Burdeos, de una jarra colocada en el centro de la mesa, levantó los ojos y precisó:

—Creo que el alma del negocio en Valladolid fue siempre el *Doktor*. La madre fue uno de sus apoyos. Tal vez la que acogió la doctrina de la justificación con mayor entusiasmo. Al *Doktor* le conocí en Alemania, en

Erfurt, cuando aún era un exasperado erasmista. Luego, al regresar a Valladolid, llevaba ya *la lepra* consigo.

Salcedo se revolvió inquieto. Le ocurría siempre que creía haber dicho algo improcedente, tal vez otra reminiscencia de su temor filial:

—En realidad, lo que quería decir —aclaró— es que doña Leonor era la mujer fuerte, la que sostenía al Doctor en sus horas bajas y daba vida y sentido a los conventículos.

El capitán Berger prosiguió como si no le hubiera oído:

—No le devolví la visita al *Doktor* hasta ocho años más tarde. Fue aquél un viaje inolvidable a Valladolid. Tuve el honor de asistir a un conventículo presidido por el *Doktor* junto a su madre, doña Leonor de Vivero. Sin duda, esta mujer tenía una visión clara de las cosas, una idea inequívoca de lo esencial, aunque en sus modales mostrase un cierto autoritarismo.

La línea azul del mar subía y bajaba en la portilla, acorde con el leve balanceo del navío. También acompañaba a los comensales un reiterado crujido del mamparo de madera que separaba el pequeño refectorio de la camareta del capitán. Dijo Cipriano Salcedo, asintiendo:

—Todos sus hijos la veneraban. Les confortaba su fe. Uno de ellos, Pedro, párroco de Pedrosa, compartía con ella la afición de Lutero por la música porque entendía que la verdad y la cultura, para ser tales, deben marchar unidas.

El joven marmitón les servía ahora un plato de carne y, al concluir, colocó sobre la mesa otra jarra de tinto de Burdeos antes de ausentarse. El capitán vertió vino en el vaso de Salcedo. Tellería aún no lo había probado y seguía observando a Berger con una curiosidad de entomólogo, mientras cargaba de tabaco la cazoleta de su pipa, una pipa india, de barro, que los matuteros de los galeones introducían en Sevilla junto con el tabaco, cuyo consumo empezaba a difundirse entre el pueblo pese a la enemiga de la Inquisición. El capitán aguardó a que el pinche cerrara la puerta corredera para decir:

—Al referirnos a Valladolid no debemos olvidar a un hombre clave, don Carlos de Seso, encarnación perfecta del macho *veronés*: apuesto, fuerte, inteligente y presumido. A mi entender, don Carlos de Seso es una figura imprescindible en el despertar del luteranismo castellano.

Cipriano Salcedo acariciaba a contrapelo su corta barba. Asentía de una manera mecánica, un poco forzada:

—Don Carlos de Seso es un hombre interesante, muy leído, pero hay algo oscuro en torno a su persona: ¿por qué marchó de Verona? ¿Por qué recaló en España? ¿Huía tal vez de algo o por simple espíritu de misión?

El capitán Berger no ocultaba ningún detalle que pudiera interpretarse como desconocimiento de la realidad luterana:

—Los papistas, en principio, aceptan a Seso, cuentan con él. Incluso lo enviaron a Trento, al Concilio, acompañando al obispo de Calahorra. Algún malintencionado llegó a decir que iba de intérprete simplemente, pero esto no es cierto. El propio obispo le dijo a Carranza, cuando preparaba el viaje de regreso a España, que con don Carlos de Seso iba en buena compañía, que era un caballero afable e ilustrado y que se hablaba de él con satisfacción y sin ningún escándalo en todos los círculos intelectuales. Por medio estuvo su famosa entrevista con el gran teólogo Carranza en Valladolid, pero nadie sabe a ciencia cierta qué es lo que ocurrió allí.

La galeaza empezó a cabecear ligeramente y Tellería, que acababa de dar una profunda fumada a su pipa, miró hacia el ojo de buey sorprendido, como si estuviera jugando a las cartas y hubiera advertido de pronto que le estaban haciendo trampas. Por su parte, Cipriano observaba con una viva desconfianza al sevillano, aquel hombre hierático y enlutado que fumaba su pipa sin inmiscuirse en la conversación. Pero la abierta actitud del capitán Berger hacia él, el irónico desdén con que le miraba, disipaba de antemano todo recelo. Sus ojos grises, tan conscientes y responsables, parecían decirle: Hable sin temor, amigo Salcedo. Nuestro invitado, don Isidoro Tellería, tiene más motivos que nosotros para callar. No obstante, el capitán miró a Tellería antes de aclarar lacónicamente:

—Hemos entrado en el Canal.

Retiró la jarra vacía y la sustituyó por otra. Isidoro Tellería, que seguía sin probar el vino, observaba a sus contertulios con una mezcla de estupor y escepticismo. Por contra, el capitán Berger ganaba en locuacidad a cada vaso que bebía:

—Me interesa el viaje de vuesa merced —dijo a Salcedo—. Comprar libros, buscar apoyos, visitar a Melanchton, dice que eran sus objetivos. ¿Ha podido usted cumplirlos? ¿Cómo ha viajado por el país? ¿Qué ciudades ha visitado?

Salcedo asentía a las palabras de Berger:

—El 13 de abril salí de Valladolid —respondió—. Salvo la cada día más problemática conexión con Sevilla, llevábamos meses aislados. Después de largas charlas, el Doctor reconoció que necesitábamos información de primera mano. Le interesaba mucho el pensamiento de Melanchton una vez muerto Lutero. No sabía exactamente de qué pie cojeaba.

—Y ¿cómo se las arregló vuesa merced?

—Era delicado —admitió Salcedo, que aún consideraba a Tellería con suspicacia—. El Santo Oficio acababa de prohibir las salidas de España a clérigos e intelectuales. Viajé, pues, a caballo hasta Pamplona y un experto me ayudó a pasar el Pirineo. Después combiné todos los medios de transporte imaginables: calchona, barco, a pie, a caballo. Era aconsejable no seguir una línea recta y cambiar a menudo de alojamiento y medio de locomoción. Así recorrí el sur de Francia: Burdeos, Toulouse hasta Lausana. Francia tiene buenos caminos a pesar de la densidad de tráfico.

El capitán se mostraba impaciente:

—Y ¿en Alemania?

—Continué con mis precauciones. Decían que había espías por todas partes y me dejaba ver lo menos posible. Tomaba contactos en las ciudades importantes. Visité Hamburgo, Erfurt, Eisleben y Wittenberg, el meollo luterano, con escapadas frecuentes al entorno rural. Pero fue en Wittenberg donde compré los libros y pude, al fin, entrevistarme con Felipe Melanchton.

Los ojos amusgados del capitán Berger animaban a Salcedo en su relato, le estimulaban. Prosiguió:

—Wittenberg me sorprendió por su actividad editorial. Había imprentas y librerías por todas partes. Recorriendo la ciudad entendí aquello de que «Lutero era hijo de la imprenta», porque, bien mirado, su fuerza estaba en ella. Era el primer hereje que disponía de un medio de comunicación tan eficaz, tan poderoso, tan rápido. Por otra parte advertí que la mayoría de los tipógrafos eran secuaces suyos, y, como seguidores fieles, se mostraban diligentes en aquellos trabajos que interesaban al reformador y, por contra, se demoraban y llenaban de erratas aquellos otros que venían de sus adversarios. Fue allí, en Wittenberg, donde pude hojear *Pasional*, ese libelo antipapista, lleno de textos torpes e ilustraciones groseras en las que conciben la figura del Papa como un asno defecado por el diablo.

Isidoro Tellería terminaba de fumar su pipa y sacudía la cazoleta de barro en un plato, cuando el capitán Berger atajó a Salcedo:

—Esos papeluchos no son la Reforma. No debe juzgar la Reforma por ellos. En toda revolución hay excesos. Es inevitable. En la crítica revolucionaria nunca hay matices.

Se le había calentado la boca y Salcedo hablaba y hablaba sin la menor vacilación, desapasionadamente, como si juzgase algo ajeno a sus ideas, completamente obvio:

—No son la Reforma, capitán, pero operan contra ella. Ante estas cosas, el visitante extranjero en Alemania tiene la impresión de que Lutero fue

demasiado lejos. Con razón consideraba la imprenta invento divino, pero sospecho que no hubiera aprobado el mal uso que una vez muerto se está haciendo de ella, siquiera sus primeros libros, *Cautividad de Babilonia* y *El papado fundado por el demonio*, tampoco fueran cuentos de hadas.

—Pero piense en su Biblia, no olvide lo fundamental.

—Lo sé, capitán. La Biblia alemana, un monumento ¿no? Según algunos intelectuales españoles, este libro justifica por sí solo la célebre frase de que «Dios ha hablado en alemán», tan bello es, tan eufónico. Lutero y su Biblia universalizan el idioma alemán sacralizado. Es evidente.

Se acentuaba el balanceo del *Hamburg* y don Isidoro Tellería se sujetaba la cabeza entre las manos como con temor de que se le despegara de los hombros en uno de aquellos vaivenes. El marmitón, que había retirado los platos, recogía ahora las migas de la mesa en una bandeja y, al concluir, sirvió unas copas de aguardiente. El capitán Berger contempló compasivamente a Isidoro Tellería y aguardó a que el pinche saliera y cerrara la puerta corredera para añadir:

—Es significativo que Lutero utilizara la música y la imprenta. Esto dice más a su favor que sus explosiones montaraces; al menos es más convincente. Y cuando dice: «No quiero retractarme de nada porque no es honrado actuar contra la propia conciencia» está hablando de sus tesis, no de sus escarnios y agravios.

La mirada fija, escrutadora, del capitán Berger desconcertaba a Salcedo. Le recordaba la mirada helada de su padre ante don Álvaro Cabeza de Vaca cuando éste le delataba: «Está ausente; no logro concentrarlo, señor Salcedo».

—Pero —advirtió rascándose la barba— en la *Cautividad de Babilonia* Lutero afirma que los sacramentos instituidos por Nuestro Señor son sólo dos: bautismo y comunión. Probablemente no es más que eso lo que se proponía decir, aunque aprovecha la ocasión para soltar la lengua, zaherir e insultar. Algo semejante sucede con *El papado de Roma*.

El capitán alzó la mano derecha:

—Por favor, permítame una palabra. Las burlas de los papistas contra esos libros y contra el matrimonio de Lutero con una monja son aún más despiadadas que las de Lutero contra ellos.

Era un duelo verbal que Salcedo proseguía para sondear al capitán, para ver hasta dónde le dejaba llegar, para poner a prueba la ductilidad luterana. No le respondió porque notaba que algo le quedaba aún por desembuchar. Le miró fijamente a la punta de la nariz que era, según decía el padre Arnaldo en

los Expósitos, lo que había que hacer con el desalmado para hacerle vomitar todo lo que ocultaba. El capitán Berger dijo:

—Insisto en que lo justo es poner en el otro platillo la sensibilidad del reformador, su amor a las bellas artes, el hecho de que utilizara la música en la liturgia. Concretamente el himno *Un castillo inexpugnable es nuestro Dios* tuvo más resonancia en Centroeuropa que el *Tedeum*.

La voz del capitán Berger cobraba trémolos emotivos como los de los nuevos predicadores. Se acaloraba. Deliberadamente Salcedo suavizó el tono:

—Lutero debe responder de todo, también de los luteranos, de sus ultrajes. Yo he aceptado la doctrina de la justificación por la fe, capitán, como todo el grupo de Valladolid, porque creo que la fe es lo esencial y que el sacrificio de Cristo tiene mayor valor para redimirme que mis buenas obras por desprendidas que sean.

Como un perro de caza siguiendo un rastro, Cipriano Salcedo no alzaba la nariz del suelo. Un rastro partía de otro y Salcedo hallaba un raro placer en levantar la pieza antes de tomar el nuevo. Todas sus denuncias respondían sin duda a un mismo origen, pero él gozaba parcelándolas, atribuyéndolas motivaciones distintas, sacando al capitán del habitual proceso mental seguido en sus normales discusiones:

—Otra cosa, capitán; la furia de los campesinos de Turingia. Veinte años después de los «profetas de Zwickau», todavía aletea allí la violencia. El cambio religioso no lo entienden sin un cambio social. El mal ejemplo vino de los príncipes al adueñarse de los bienes del clero. Para los campesinos, un cambio religioso sin dinero carece de interés.

El capitán Berger dejó el vaso sobre la mesa:

—La religión tiene inevitablemente un aspecto social —dijo midiendo las palabras, como queriendo poner las cosas en su sitio—: «Los profetas de Zwickau» eran los reformadores de la Reforma. Rompían imágenes sagradas y anhelaban dinero por encima de todo. Eran humanos. Aspiraban a que la religión los redimiera; luchaban por una religión práctica. Por esa razón provocaron la guerra. Franz von Siecbingen, con todo su prestigio, se puso al frente de ellos, pero Lutero pudo más, los derrotó. Y no porque le parecieran mezquinas sus aspiraciones, sino porque no era bueno el camino escogido para alcanzarlas.

—Tampoco yo apruebo ese camino.

—Todo es humano y comprensible. Los campesinos, los menestrales, los mineros no contaban con grandes cabezas, tan sólo disponían de cuatro ideas elementales pero bastaban para enardecerlos. Así se extendieron por Alsacia.

Ante todo el Derecho Divino, se decían. Pero ese Derecho debería prevalecer sobre la servidumbre, el privilegio de la caza o el derecho de pernada… en suma, sobre todos los abusos señoriales. Y, al propio tiempo, aspiraban a elegir sus párrocos, a modificar el diezmo que les exigía su Iglesia y a vivir una vida evangélica. Para ellos, todo era religión.

Cipriano Salcedo no pensaba lo contrario pero hallaba cierto placer en desbaratar los planteamientos de su interlocutor:

—Hasta aquí, así fue. Más tarde pudo más la política.

—¿Se refiere vuesa merced a la pretensión de crear un Parlamento de campesinos? ¿Le parece excesiva esa aspiración de los desheredados? ¿No la considera cristiana? Thomas Müntzer, creyéndose un iluminado, decidió formar una teocracia, pero fue aniquilado en Frankenhausen. Más de cien mil muertos, una matanza. Y todavía hay quien afirma que Lutero firmó panfletos «contra las hordas ladronas y asesinas de los campesinos», pero no se ha demostrado que así fuera. Lutero detestaba la algarada pero amaba la justicia.

—Pero lo de los anabaptistas fue algo parecido.

—Lo que hizo impopulares a los anabaptistas fue el hecho de retrasar el bautismo de los niños. A la gente le asustaba la amenaza del limbo. Por lo demás fue un grupo idealista que enarboló el anarquismo como bandera; Hubmaier lo llevó a Turingia. Pero además de la anulación del Estado, pretendían suprimir la Iglesia, la jerarquía, los sacramentos y la propiedad privada. Todo un programa revolucionario. Tenga usted en cuenta que Hutter, por hacer esto mismo, fue quemado en Austria en esos años. A la postre el pueblo mismo acabó levantándose y católicos y protestantes unidos los derrotaron en Münster. Después de tanta sangre ¿cómo le puede extrañar a usted que aún haya huellas de violencia en Turingia?

La voz apolillada de Berger se enardecía. «Hay veces en que parece un canónigo magistral, —le había dicho bromeando el Doctor en una de las conversaciones anteriores a su viaje—. Hombre bueno, fundamentalmente bueno, e instruido», añadía inmediatamente ante el temor de estar atribuyendo a su amigo una imagen que no le correspondía. Salcedo advertía que el capitán conocía al dedillo la reciente historia alemana, los pros y los contras de la revolución de Lutero y que, probablemente, le consideraba a él un pobre intruso, un párvulo ayuno de toda formación. La nave continuaba moviéndose, cabeceaba, a ratos insistentemente, y don Isidoro Tellería, imperturbable, llenaba de nuevo la cazoleta de la pipa. Cipriano Salcedo hizo una pausa, miró a los ojos claros de Berger y prosiguió:

—Estas cosas y otras del mismo tenor avivaron mi deseo de conocer a Melanchton. Lutero y él no siempre habían marchado de acuerdo, pero los partidarios de uno y otro le reconocen ahora como la cabeza del protestantismo. Al fin conseguí ser recibido en Wittenberg. Se mostró afable y comprensivo conmigo. Me habló de Lutero con exaltada devoción, con afecto filial. Habló del Lutero reformador y del Lutero exclaustrado, fiel esposo y padre amantísimo. Se interesó por los grupos luteranos españoles y me transmitió un saludo para ellos. Luego se sometió sumisamente a mi interrogatorio, un largo interrogatorio que arrancó de la guerra de las hogueras en 1521, y terminó con la derrota del Emperador en Innsbruck y la división de Europa en dos bandos: católicos y protestantes.

—Y ¿no le habló a vuesa merced de su actuación personal?

—Naturalmente. Melanchton reconoció que él mismo alentó a los estudiantes de Wittenberg a quemar la bula papal y aludió luego a sus posteriores diferencias con Lutero en las dietas de Worms y de Spira que, en el fondo, no sirvieron más que para acrecentar la tensión entre ambos bandos. Melanchton se mostró en aquellos momentos humanista y conciliador, pero Lutero desaprobó su postura. Según me dijo expresamente, con un punto de añoranza, Roma y la Reforma estuvieron a punto de entenderse incluso en aspectos muy delicados como el del matrimonio de los clérigos y la comunión en las dos especies, pero ni Lutero ni los príncipes aceptaron tales propuestas.

—Y ¿de su papel de sistematizador?

—Me habló de ello también. Mencionó a Lutero, a la necesidad de crear unos códigos de fe y de conducta. Lutero mismo, con una clara visión del problema, redactó dos catecismos, uno para predicadores, muy elevado, y otro para el pueblo, más simple; ambos resultaron sumamente eficaces. También creó una bendición bautismal y otra nupcial para sustituir a los sacramentos del bautismo y el matrimonio sin provocar escándalo en el pueblo sencillo, que pensaba que con la nueva liturgia los cónyuges y los niños quedaban espiritualmente desamparados, eran un poco como animales sin alma. Personalmente —me dijo—, para participar en la organización del sistema, escribí el libro *Hogares comunes* que tuvo buena acogida. La formación dogmática era elemental: sólo Cristo, sólo la Escritura, sólo la gracia; basta la fe. El luteranismo falló a la hora de hacer de la Iglesia un ente invisible, sin estructura. Semejante cosa no fue posible y en este aspecto tanto Zuinglio como Calvino lo desbordaron.

Isidoro Tellería tosió dos veces, dos toses secas y ásperas tras una larga fumada. Había sido tan hermético su silencio que el capitán Berger se volvió

hacia él sobresaltado. Había olvidado por completo su presencia y su vozarrón oscuro, tan abrumador como su atuendo, atronó ahora en la pequeña camareta:

—Estoy de acuerdo —dijo, jugueteando con la pipa encendida a sabiendas de que iba a sorprender a sus contertulios—: Lutero creó una Iglesia en el aire; Calvino ha sido más práctico: ha hecho de Ginebra una ciudad-iglesia. He viajado mucho estos meses por Ginebra, Basilea y París, pero fue en una comunidad parisina, oyendo cantar el salmo *Levanta el corazón, abre los oídos*, cuando me sentí tocado por la gracia. Salí luterano de Sevilla y regreso calvinista.

El capitán Berger, por no enfrentar descaradamente su mirada a la de Tellería, volvió a observar las pequeñas manos inquietas de Salcedo tabaleando sobre la mesa:

—¿Cree vuesa merced en el poder absoluto? —inquirió.

—Amo la disciplina. Calvino acepta el beneficio de la fe y nos facilita un orden, una Iglesia y un modo de vida austero, vigilado discretamente por el Consistorio.

—Y ¿no ve usted en esa *discreta vigilancia* una réplica de la Inquisición?

Isidoro Tellería traía la lección bien aprendida:

—La fe sola no basta —dijo—. Debe ser servida. En este aspecto discrepo de Lutero. El calvinismo tiene espíritu misionero, algo que le falta al luteranismo y crea un concepto de Iglesia un tanto exasperado y radical.

—Usted lo dice: exasperado y radical.

—Entiéndame, no me refiero tanto a las normas en sí como a la exigencia de su cumplimiento: Calvino amenaza con la excomunión a todo aquel que no las acepte, que no acepte las normas. ¿Excesivo? Tal vez, pero un hombre tiene que estar muy seguro de lo que dice para adoptar una medida semejante. Creo que el asunto bien merece una reflexión. Y Calvino se somete voluntariamente a ella en Estrasburgo, durante tres años, el tiempo que permanece en la ciudad como capellán de la colonia francesa. Al mismo tiempo aprovecha para darle un empujón al libro que trae entre manos, *Institución cristiana*, tan largo como edificante. En Estrasburgo, la posición de Calvino es pasiva, de simple espera.

—¿Cree usted que esperaba la llamada de los ginebrinos?

—La esperara o no, la llamada se produce. Ginebra se pone en sus manos y se somete al experimento. Los ginebrinos están arrepentidos de haberle expulsado. Entonces Calvino inicia la formación de una Iglesia. Esto es esencial. Pertenecer a ella, a esa Iglesia, es algo así como la fe para ustedes,

una garantía de salvación. Calvino organiza una verdadera teocracia, el gobierno de Dios. A partir de ese momento, en la pequeña ciudad apenas funciona otra cosa que la predicación y los sacramentos. El creyente viene obligado a ser devoto. El mundo es un valle de lágrimas y debemos acomodar la vida a una idea religiosa y a una actitud de servicio.

—Y todavía va más allá. Todo lo que no aparece en la Biblia está de más, queda prohibido.

—Cierto, pero este rigor, alejado de las frivolidades luteranas, es lo que en principio me atrajo del calvinismo; un poco más tarde vino la caída del caballo, en París. Cuando regresé a Ginebra, la ciudad me edificó. Era como un templo gigantesco en contraste con las ciudades luteranas: nombres bíblicos en los niños, catequesis, estudio, oraciones, prédicas… El juego fue declarado maldito y a los jóvenes se les prohibió cantar y bailar. Se les imponía el espíritu de sacrificio. Naturalmente se produjeron algunas protestas, pero, al cabo, prevaleció la razón: el mundo no estaba hecho para gozar y el pueblo aceptó de grado la autoridad de Calvino.

La luz del portillo languidecía. Cipriano Salcedo consideraba a don Isidoro Tellería con una remota piedad. Le roían la cabeza sus escrúpulos de infancia, su azarosa vida espiritual, el nacimiento de su pesimismo. Las negras palabras de Tellería le habían abstraído de tal forma que tuvo que hacer un esfuerzo para reintegrarse a la realidad, volver a notar el balanceo de la nave, el crujido de las cuadernas maestras y del mamparo. Vagamente tomó conciencia de que, de una manera u otra, todos buscaban a Dios en aquella extraña reunión en alta mar. Se sintió en la necesidad de intervenir:

—Pero en Francia —dijo, recordando su paso por este país— los hugonotes bautizan a sus hijos en católico a escondidas y, a escondidas, asisten a las misas papistas en París. Es decir, la doctrina de Calvino, aun siendo éste francés y francesa su lengua, no ha uniformado religiosamente a Francia.

Cuando se le contradecía, la voz oscura de Tellería se tornaba más opaca y brumosa, fruto del acaloramiento:

—No es lo mismo —sonrió rígidamente con media boca—. No es lo mismo una pequeña ciudad como Ginebra que un reino entero como Francia. Francia es un vasto mundo por conquistar y Calvino ha aceptado este desafío: ha enviado allí grandes contingentes de misioneros. He aquí otro tanto a su favor. De este modo, y poco a poco, el calvinismo se va afirmando: Francia, Escocia, Países Bajos… Son los intelectuales, formados en la Academia de Ginebra, los que han catequizado estos países. Yo vengo de Ginebra, he

pasado seis meses allí y puedo asegurarle que la ciudad es un ejemplo de religiosidad para cualquier persona que sepa verlo sin prejuicios.

La tez de Isidoro Tellería había empalidecido y los ojos amusgados del capitán Berger se posaban en él con evidente escepticismo. Se diría arrepentido de haberle dado acogida en su galeaza. Volvió la mirada hacia el ojo de buey:

—Señores —dijo de repente, dando por terminada la reunión que empezaba a pesarle demasiado—, está anocheciendo.

Se puso en pie torpemente. El taburete, sujeto a las planchas del suelo, le obligaba a flexionar las piernas para salir. Cipriano Salcedo le imitó. Cuando, a su vez, fue a hacerlo Isidoro Tellería dio un traspiés, se sujetó a la mesa y se llevó la mano derecha a la frente sudorosa:

—Se mueve mucho este barco —dijo—. Estoy un poco mareado.

El capitán Berger se aplastó contra la mampara para dejar pasar a su invitado:

—Es el encierro —corrigió—. Y la pipa. El tabaco hace más daño a la cabeza que el mar. ¿Por qué ese empeño en imitar a los indios?

Cipriano Salcedo ayudaba a un trémulo Isidoro Tellería a subir a cubierta por la escotilla de proa. Contra el cielo se divisaba un marinero inmóvil en la cofa y, por babor, muy diluida, la tenue silueta de la costa francesa. Isidoro Tellería inspiró profundamente el aire puro y sacudió la cabeza de un lado a otro:

—Olía intensamente a brea ahí abajo —protestó—: olía a brea como si acabaran de calafatear el barco.

Con el mareo, Tellería había perdido su austera apostura. Ante un rollo de cuerdas en cubierta, Salcedo le animó a sentarse, a hacer un alto en su camino hacia la toldilla, donde se levantaba la tienda. Las pequeñas manos peludas y vitales de Cipriano Salcedo sujetaban a su compañero de travesía por un brazo. Entre los celajes, una luna menguante exhibía un resplandor desvaído, sin contrastes. Un jirón suelto de lona azotaba la vela mayor con violencia intermitente. Tellería renunció a sentarse. El cambio de postura habría acrecentado su sensación de inestabilidad:

—Puedo llegar a mi cama —dijo—. Prefiero acostarme.

El tiempo había refrescado y, cuando alcanzaron su tienda, Tellería se metió por la rendija de la puerta y se tumbó en el coy sin descalzarse. Apenas había luz dentro y Tellería, apoyándose en el codo, encendió el candil que tenía a la cabecera. A su lado, amontonados, estaban los fardos del equipaje. Salcedo se sentó en el arcón que, con el coy, componía el mobiliario de la

tienda. El viento traía la voz de un marinero que cantaba, lejos, en alguna parte. A la luz del candil, y en contraste con sus ropas fúnebres, Isidoro Tellería estaba verde, desencajado. Salcedo se incorporó y se inclinó sobre él:

—¿Le traigo algo para cenar?

Tellería denegó:

—No debo comer. En mi situación no sería conveniente.

Extendió la manta sobre el estómago y el vientre. Cipriano Salcedo dijo a media voz:

—Le dejo descansar. Volveré dentro de un rato.

Salió de la tienda y entró en la suya. Divisó en el rincón el fardillo de los libros y, casi ocultándolo, los tres del equipaje. Llevaba varios meses en esta incómoda provisionalidad, con la ropa enfardada, de fonda en fonda. Soñaba con verse estabilizado en una casa, la ropa limpia y planchada, bienoliente, ordenada en un gran armario. Faltaban poco más de treinta horas para arribar a puerto y confiaba en que Vicente, su criado, no faltara a la cita concertada cuatro meses antes. Si Vicente había cumplido sus indicaciones, dispondría de alojamiento en Laredo, en la posada del Fraile, y de un caballo y una mula para llegar a Valladolid. Dudó un momento sobre si tenderse también en el coy, como Tellería, pero finalmente desistió y salió de nuevo a cubierta. Era, efectivamente, el marinero de la cofa el que canturreaba y el jirón de vela continuaba azotando a la mayor mientras dos jóvenes se encaramaban descalzos por las jarcias con ánimo de reparar el pequeño estropicio. Infló el pecho y una bocanada de aire salino ventiló sus pulmones. Paseó despacio por cubierta pensando en sus cofrades de Valladolid, en su casa, en el taller de confección de la Judería, en sus propiedades de Pedrosa, donde su amigo Pedro Cazalla, el párroco, seguiría armando el tollo cada tarde, a la entrada de La Gallarita, para cazar con el perdigón. Por asociación de ideas pensó en el Doctor, su hermano, tan pusilánime y abatido en los últimos tiempos, como si barruntara una tragedia, en el empeño con que le propuso este viaje y sus cautelas exageradas. Salcedo estaba ese invierno enredado en mil asuntos, pero le conmovió la confianza del Doctor, el hecho de que le antepusiera a los demás miembros del grupo, más antiguos que él. Entonces le expuso su temor de que la Inquisición tuviera alguna sospecha de la existencia del conventículo. Al Doctor hacía tiempo que le desazonaba la actividad de Cristóbal de Padilla, el criado de los marqueses de Alcañices, su torpe proselitismo en Toro y Zamora. En líneas generales estaba satisfecho del grupo, de su alto nivel intelectual, su posición social, su discreción, pero desconfiaba de la gente baja, de algunos pobres analfabetos, decía, que se

habían infiltrado en el mismo. «¿Qué puede esperarse —le decía a Salcedo días antes de marchar— de ese impenitente correveidile haciendo proselitismo?». En la carta a Erfurt había vuelto sobre el tema. Salcedo compartía su temor en cierto modo, pero recelaba aún más de Paula Rupérez, la mujer del joyero Juan García, aunque no perteneciera al conventículo. Ello le llevó a pensar en Teo, su propia esposa, el extraño fracaso de su matrimonio, la disparidad física entre los dos, su incapacidad para hacerla madre y su hundimiento final. Teo carecía del calor maternal que ingenuamente le había atribuido al conocerla. De esta manera, la soledad de Cipriano se había acrecentado con el matrimonio. Había admitido impávido la separación de lechos, de habitaciones, de vidas. A Pedro Cazalla, párroco de Pedrosa, le habló un día del asunto: no sólo no quería a su mujer sino que la despreciaba. Era un grave pecado y Nuestro Señor se lo tendría en cuenta. Con su padre, don Bernardo, le había sucedido algo parecido. ¿Es que había seres que nacían solamente para odiar? Fue entonces cuando Pedro Cazalla le dijo que confiara en los méritos de Cristo y no diera tanta importancia a sus sentimientos. Una nueva luz apareció en su angosto horizonte. Así que no todo estaba perdido, la Pasión de Cristo valía más que sus propias obras, que sus sentimientos mezquinos. Detrás vino don Carlos de Seso y, más tarde, el Doctor, a profundizar en la misma idea: el purgatorio no era, pues, necesario. La secta venía a ofrecerle una fraternidad que no había conocido hasta entonces. Se entregó a ella con fruición, con entusiasmo. El viaje a Alemania formaba parte de esta entrega.

Pero ahora, mientras recorría en la noche la cubierta del *Hamburg*, el tierno recuerdo de Ana Enríquez no podía impedir que se encontrase solo e insignificante. Costeaban Francia y, de cuando en cuando, una luz vacilante y mortecina hacía guiños desde tierra, señalaba los difusos límites del mar. La galeaza se aproximaba al litoral, esperando hallar mar planchada, pero, pese a todos los esfuerzos, no cesaba de cabecear. Salcedo pensó en Tellería y pasó por las cocinas. Un pinche grueso y rosado, con el torso desnudo y las tetillas rojizas, le dio dos manzanas para «el pasajero español que se sentía indispuesto». Isidoro Tellería se las comió sin mondarlas, a grandes mordiscos, sentado en el coy, a la luz del candil. Tenía mejor aspecto que por la tarde y, al concluir, sopló la llama, se arrebujó en la manta y se despidió hasta la mañana siguiente.

Salcedo madrugó. Lo primero que advirtió fue que la costa francesa había desaparecido de la amura y un viento terral desmelenado sacudía las velas frenéticamente. Hacía frío. Salvo una alargada franja azul a poniente, los

nimbos grises entoldaban el cielo. Media docena de marineros descalzos baldeaban con bruzas y lampazos la cubierta de estribor y, a intervalos, vaciaban los cubos de golpe y el agua burbujeaba en los imbornales antes de perderse en el mar. Paseó por cubierta para estirar las piernas y, al cabo, pasó por las cocinas donde el marmitón de las tetillas rojas le facilitó una tisana para don Isidoro Tellería.

Lo encontró despierto, más entonado, pero se negó a levantarse. Lo mismo le ocurrió a la hora del almuerzo —un caldo y dos manzanas—, de lo que Salcedo dedujo que, así durase un mes la travesía, el sevillano permanecería tumbado en el coy sin moverse. Salcedo le acompañó un rato, sentado en el arcón, y casualmente descubrió el Nuevo Testamento de Pérez de Pineda, como libro de cabecera, junto al candil, a su lado.

Cipriano Salcedo dedicó la tarde a recorrer las dependencias del pequeño navío: el sollado de los remeros, vacío ahora, las sentinas de carga, la duneta, el puente, los pañoles, el castillo de mando… Apenas reposó la comida unos minutos. Había pasado mala noche y se sentía intranquilo y nervioso. Le asaltaban temores infundados que se incrementaban cuantas más vueltas les daba en la cabeza. Recelaba que Vicente, su criado, por ejemplo, no saliera a esperarle al muelle al día siguiente y él se encontrase solo, sin medio de transporte, en el amarradero, con un fardo de libros prohibidos en la mano. Después de cenar, se serenó contemplando la puesta de sol, aun resistiéndose a admitir que aquel astro brillante y húmedo que se acostaba en el mar fuese el mismo que Pedro Cazalla y él veían desaparecer tras los ardientes rastrojos desde los cerros de Pedrosa. Ya anochecido, se acodó en la popa, mirando distraído los dibujos de la estela dividiendo el mar, y no oyó llegar al capitán Berger, Lo vio alzarse, de repente, a su lado, las anchas manos en la baranda, inquiriendo con acento burlón:

—¿Descansa nuestro amigo, el ínclito calvinista?

Cipriano Salcedo señaló con un dedo la tienda silenciosa. Luego se acodó de nuevo en el pasamanos e informó al capitán de sus motivos de preocupación. Le inquietaba la posibilidad de que su criado hubiera tergiversado sus instrucciones y no le aguardase en el puerto al día siguiente. Le inquietaba, asimismo, que, durante su ausencia, el Santo Oficio hubiese decretado nuevas normas para impedir la circulación de libros peligrosos. Ambos recelos, unidos, le producían una profunda desazón.

El capitán Berger no pareció dar a sus temores excesiva importancia. Los guardas y alguaciles del Santo Oficio vigilaban la carga de los barcos, destripaban los toneles o los fardos si les parecían sospechosos, pero no solían

molestar a los viajeros. Al concluir le preguntó si traía muchos. Cipriano Salcedo levantó la cabeza hacia él:

—¿Libros? —inquirió.

—Libros, claro.

—Diecinueve —respondió Salcedo y, abriendo un hueco entre sus manos, precisó——: Un fardo pequeño…, pero lo arriesgado es el contenido: Lutero, Melanchton, Erasmo, dos Biblias y una colección completa del *Pasional*. —Algo impensado le vino de pronto a la cabeza y añadió con alguna precipitación—: ¿Sabía usted que la censura de Biblias impuesta en Valladolid hace tres años supuso la recogida de más de cien ediciones distintas del libro de libros, la mayor parte de autores protestantes?

Los dientes del capitán Berger brillaban en la oscuridad al sonreír:

—Los capitanes de barco somos expertos en ese tema. Los últimos veinte años los hemos vivido en perpetuo sobresalto. De una de las Biblias de las que usted habla introduje doscientos ejemplares por el puerto de Santoña el año 28, en dos toneles. No pasó nada. Entonces los toneles eran una cosa inocente. Hoy meter un libro en una cuba es como fabricar un explosivo.

—Y ¿en qué momento cambió la situación?

—En el año 30, diez grandes cubas con libros llegaron al puerto de Valencia en tres galeazas venecianas. Fueron interceptadas y el descubrimiento puso en guardia al Santo Oficio. Lo más acre de Lutero, todo lo escrito en Wartburg, en docenas de ejemplares, estaba allí. La Inquisición montó un verdadero auto de fe. Los capitanes de las galeazas fueron apresados y en la plaza de la ciudad ardieron cientos de libros en una pira gigantesca, entre el griterío y el entusiasmo del pueblo analfabeto. Al Santo Oficio siempre le atrajeron los grandes alijos para montar con ellos un espectáculo popular.

La noche queda, de luceros brillantes, invitaba a la confidencia. Salcedo no se movió. Esperaba que el capitán Berger prosiguiera. Estaba seguro de que lo haría y lo esperaba mirándole el entrecejo:

—Las quemas de libros han sido en España pasatiempos habituales —dijo al fin—. De la quema de Salamanca todavía se está hablando. La ciudad más culta del mundo quemando los vehículos de la cultura; no deja de ser un contrasentido. Dos años más tarde hubo otra quema aparatosa en San Sebastián… Pero no vaya usted a pensar que España tuviera la exclusiva. Miles de ejemplares de *La libertad del cristiano*, traducido al español, fueron incinerados en Amberes con toda pompa y solemnidad. Yo estuve allí, viví el acontecimiento.

Salcedo emitió una apagada sonrisa:

—La Inquisición —dijo— se muestra cada día más intolerante. Ahora exige a los confesores que obliguen a los penitentes a denunciar a los que ocultan libros prohibidos. Y al que se niega no se le absuelve. Ni los obispos, ni el mismo Rey están exentos de esta medida.

El capitán Berger, que había estado recostado en la barandilla, dio media vuelta y se acodó en ella:

—Tengo entendido —dijo— que cada vez que la Inquisición condena a un hombre por causa de un libro, este libro queda en entredicho. Y no me refiero solamente a obras anticristianas. El *Catálogo de Lovaina*, por ejemplo, prohibió hace seis años la Biblia y el Nuevo Testamento traducidos al castellano. Es cosa sabida que el pueblo español está condenado a desconocer el libro de libros.

Cipriano Salcedo miró de reojo al capitán antes de hacer esta observación:

—La afición a la lectura ha llegado a ser tan sospechosa que el analfabetismo se hace deseable y honroso. Siendo analfabeto es fácil demostrar que uno está incontaminado y pertenece a la envidiable casta de los cristianos viejos.

Se abrió un alto silencio entre los dos hombres que hizo perceptible el leve murmullo de la estela bajo las estrellas. Para el capitán Berger no pasó inadvertido el ademán de Cipriano Salcedo de aproximar el reloj a los ojos:

—Es tarde —anticipó.

—Son casi las dos, capitán —dijo Salcedo—. Una hora muy oportuna para retirarse a descansar.

El nuevo día amaneció con calima. Desde su tienda Salcedo divisó a Isidoro Tellería en cubierta fumando una pipa. Se había quitado el luto. Calzaba unos borceguíes de badana hasta media pierna y, sobre la camisa fruncida y el jubón, vestía una ropilla de paño fuerte. Incomprensiblemente, parecía más alto y delgado que vestido de negro, tal vez a causa de las calzas, muy ajustadas, o a que realmente había adelgazado por mor de la sobria dieta mantenida a bordo durante la travesía. Salcedo se aproximó a él y le saludó. Había dormido bien —le dijo. Los trastornos habían desaparecido, se encontraba recuperado. Él no abandonaría la galeaza en Laredo sino que continuaría viaje hasta Sevilla.

La bruma iba levantando y la costa, de nuevo visible y ahora muy próxima, cobraba animación y relieve bajo un sol desfallecido. En las leves ondulaciones del terreno se alzaban pequeños caseríos diseminados, ceñidos por bosques de hayas y fresnos, y vacas y yeguas pastando en los prados

colindantes. La línea del mar se detenía en los acantilados y, poco más allá, en la vasta playa dorada, sobre la cual se extendía el pueblo con las chimeneas de sus casas humeantes.

El *Hamburg* viró en redondo a babor y su proa hendió las aguas de la bahía con el malecón al fondo. Una tropilla de marineros abatían las velas desde las jarcias y el barco se deslizaba suavemente sobre la superficie para detenerse, minutos después, en la bocana, junto al espigón. Isidoro Tellería y Cipriano Salcedo se habían aproximado al puente, bajo el cual impartía órdenes el capitán. De pronto, sonó la campana del portalón, la nave se detuvo y un marinero descolgó una escala por la borda, por la que ascendió el práctico que se hizo cargo del timón. Los costados del velero se habían erizado de remos que bogaron rítmicamente, tan pronto el capitán Berger dio la orden por el tubo acústico. El *Hamburg* avanzó hasta el ostial lentamente. El capitán se aproximó a Salcedo y le señaló un hueco en los muelles del fondo, a lo largo de los cuales se extendían los almacenes de lana:

—Ahí tiene vuesa merced nuestro atracadero —dijo.

La nave se deslizaba sobre la superficie del agua y, poco más allá, viró de nuevo a babor, colocándose paralela al muelle. El capitán Berger oteaba los alrededores con el anteojo, dos charrúas empujaban la nave contra el atracadero mientras cuatro marineros arrojaban por el costado las defensas, al tiempo que desaparecían los remos de babor. En tanto amarraban la nave al bolardo, el capitán dejó de mirar y sonrió a Salcedo entregándole el anteojo:

—No parece que haya moros en la costa —dijo.

Salcedo enfocó el anteojo a la dársena y fue recogiendo la mirada hacia los diques: los veleros desmantelados, el pueblo, una reata de mulas por el camino de la playa. Al abocar al bosquecillo de hayas, su ojo retornó poco a poco por la línea de galeazas atracadas, el muelle, los almacenes y, súbitamente, lo descubrió: un hombrecillo desmedrado ante la puerta número 2, vestido con un humilde sayo de cordilla y calzado de cuerda, que miraba sin pestañear el navío recién atracado. Sostenía dos caballos por las bridas y, detrás, atada a una argolla del almacén, una mula pateaba el empedrado con impaciencia.

Salcedo lo señaló con un dedo:

—Ahí está —dijo sin cesar de mirar al capitán—. Ese muchacho de los caballos que está a la puerta del almacén es Vicente, mi criado. ¿Podrá subir a bordo a hacerse cargo del equipaje?

Libro I: Los primeros años

I

Asentada entre los ríos Pisuerga y Esgueva, la Valladolid del segundo tercio del siglo XVI era una villa de veintiocho mil habitantes, ciudad de servicios a la que la Real Chancillería y la nobleza, siempre atenta a los coqueteos de la Corte, le prestaban un evidente relieve social. Con el Duero, Pisuerga y Esgueva, antes de desmembrarse éste en los tres brazos urbanos, daban acogida, por un lado, a las casas de placer de la aristocracia, mientras facilitaban, por otro, una suerte de muralla natural a los periódicos asedios de la peste. El recinto propiamente urbano estaba circuido por huertas y frutales (almendros, manzanos, acerolos) y éstos, a su vez, por un círculo más amplio de viñas, que se extendían en ringleras por los cerros y el llano, hasta el extremo de que las calles de cepas, revestidas de hojas y pámpanos en el estío, cerraban el horizonte visible desde el Cerro de San Cristóbal a la Cuesta de La Maruquesa. En la margen izquierda del Duero, avanzando hacia el oeste, detonaban los nuevos pinares, en tanto, más allá de las grises colinas, en dirección norte, una ancha franja de cereal enlazaba el valle con el Páramo, una gran extensión de pastos y encinas habitada por los pastores de ganado lanar. Semejante disposición facilitaba el abastecimiento de la villa, tierra preferentemente de pan y vino, con un tinto flaco en los majuelos más próximos, alegres tintillos en la zona de Cigales y Fuensaldaña y los extraordinarios blancos de Rueda, Serrada y La Seca. Según normas de la Cofradía Los Herederos del Vino, monopolizadora de esta bebida, en Valladolid no podían ser vendidos mostos ajenos en tanto no hubieran sido consumidos los propios. Una ramita verde a la puerta de una taberna anunciaba cuba nueva y, en tales casos, los criados de casa grande, las criadas de casa media y los vallisoletanos más pobres en persona, formaban largas colas a la puerta del establecimiento para decidir sobre la calidad del nuevo caldo. Amigo del zumo de cepas, el vallisoletano del siglo XVI, hombre de paladar sensible, distinguía el vino bueno del malo, aunque gustara de ambos, de tal modo que la cifra de consumo por habitante y año ascendía a los doscientos diez cuartillos, guarismo que, descontando a las mujeres, no bebedoras en general, los niños, los abstemios y los pobres, expresaba una cantidad per cápita de mucho respeto.

Encajonada entre los dos ríos, la villa, de pequeñas dimensiones (donde, al decir de las gentes de la época, cuando el pan encarecía había hambre en España), componía un rectángulo con varias puertas de acceso: la del Puente

Mayor al norte, la del Campo al sur, la de Tudela al este y la de La Rinconada al oeste. Y salvo el cogollo urbano, empedrado y gris, con una reguera de alcantarillado exterior en el centro de las rúas, la villa resultaba polvorienta y árida en verano, fría y cenagosa en invierno y sucia y hedionda en todas las estaciones. Eso sí, allí donde la nariz se arrugaba, la vista se recreaba ante monumentos como San Gregorio, la Antigua y Santa Cruz o los recios conventos de San Pablo y San Benito. Calles estrechas, con soportales a los costados y casas de dos o tres pisos, sin balcones, con comercios o tallercitos gremiales en los bajos, Valladolid ofrecía en esta época, con su vivo tráfago de carruajes, caballos y acémilas, un aspecto casi floreciente, de manifiesta prosperidad.

Antes de que se instalara la Corte, la noche del 30 de octubre de 1517, el coche que ocupaban el hombre de negocios y rentista don Bernardo Salcedo y su bella esposa, doña Catalina de Bustamante, se detuvo ante el número 5 de la Corredera de San Pablo. Al salir de la casa de don Ignacio, rubio y lampiño, oidor de la Real Chancillería, hermano de don Bernardo, donde habían pasado la velada, doña Catalina había confiado discretamente a su marido sentir dolores en los riñones y, en este momento, al detenerse bruscamente los caballos ante el portal de su casa, volvió a aproximar los labios a su oído para comunicarle, en un susurro, que también notaba humedad en el nalgatorio. Don Bernardo Salcedo, poco experto en estas lides, primerizo a sus cuarenta años, instó al criado Juan Dueñas, que sostenía la portezuela del coche, que acudiese vivo a casa del doctor Almenara, en la calle de la Cárcava, y le hiciera saber que la señora de Salcedo estaba indispuesta y requería su presencia.

Don Bernardo Salcedo consideraba al niño que se anunciaba como un verdadero milagro. Casado diez años atrás, el inesperado embarazo de su esposa constituyó para ambos una sorpresa. Los Salcedo no solían incurrir en estas vulgaridades. Fue doña Catalina, la que, intrigada por la infertilidad de su matrimonio, se puso en manos de don Francisco Almenara. Don Francisco era el más prestigioso médico de mujeres en toda la región. Autorizado para curar, en 1505, por el Real Tribunal del Protomedicato, después de brillantísimas pruebas, sus prácticas junto al acreditado doctor don Diego de Leza no hicieron sino confirmar los esperanzadores auspicios. Hoy la fama del doctor Almenara había salvado fronteras y los más importantes industriales tejedores de Segovia y los más famosos comerciantes de Burgos acudían habitualmente a su consulta. Sin embargo, a doña Catalina Bustamante le costó lágrimas la decisión. ¿Cómo mostrar las partes pudendas

a un desconocido por muy eminente que fuera? ¿Cómo consultar con nadie un problema tan íntimo como que sus relaciones sexuales con su marido no dieran fruto? Pero su curiosidad pudo más que su pudor. Aunque ella no suspiraba por un hijo, como buena pragmática deseaba saber por qué su conducta, análoga a la de tantas mujeres, no producía los mismos efectos. Días después el noble porte del doctor Almenara, embutido en su loba de terciopelo oscuro, el rubí pendiente del gorjal, su luenga barba puntiaguda y la disforme esmeralda que ornaba su pulgar derecho, acabaron con sus escrúpulos y reticencias. A su aceptación contribuyeron también los correctos modales del sanador, sus palabras suaves apenas musitadas, la delicadeza con que solicitaba acceso a las partes más íntimas de su cuerpo y los contactos, mínimos aunque turbadores, que exigía su cometido. El largo período que estuvieron en sus manos disipó todo recelo en el ánimo de doña Catalina y abrió el corazón de don Bernardo a una leal amistad. Pero antes tuvo que soportar terribles pruebas, como la del ajo, para intentar averiguar quién de las dos partes era la causante de la esterilidad matrimonial. Con este objeto, don Francisco Almenara introdujo en la vagina de doña Catalina un diente de ajo, debidamente pelado, antes de meterla en cama:

—Mañana no se levante hasta que yo llegue. Debo ser el primero en olería —advirtió.

Don Bernardo se despertó con el alba. Intuía vagamente que algo grave relativo a su masculinidad estaba en entredicho. Divagó por la casa durante horas y cuando, sobre las nueve de la mañana, oyó a la puerta los cascos de la mula del doctor, levantó el visillo de la ventana con inquietud manifiesta. El criado del médico, que traía a la caballería del ronzal, ayudó a apearse a su dueño y ató aquélla a la armella de la columna. Todo lo que vino a continuación resultó para don Bernardo desconcertante y confuso. Don Francisco ordenó levantarse a doña Catalina y, tal como estaba, en salto de cama, la condujo de la mano hasta la jofaina y, una vez allí, requirió amablemente su aliento.

—¿Cómo? —A doña Catalina se la veía sensiblemente turbada.

—El aliento, señora, écheme vuesa merced su aliento —insistió el doctor inclinando el busto sobre el rostro de la paciente. Ésta, finalmente, obedeció.

—Otra vez, si no le importa.

La esposa de don Bernardo Salcedo alentó ante la nariz de don Francisco, quien frunció sombríamente el ceño. Acto seguido, en una actitud de gravedad extrema, el doctor Almenara se encerró con don Bernardo en el

despacho de éste, se sentó en el escritorio y miró al señor Salcedo con inusitada frialdad:

—Lamento tener que decirle que las vías de su esposa están abiertas —dijo simplemente.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—La esposa de vuesa merced está apta para la concepción.

La sangre le bajó de golpe a los talones a don Bernardo:

—¿Quiere sugerir…? —apuntó, pero fue incapaz de proseguir.

—No insinúo nada, señor Salcedo, afirmo rotundamente que el aliento de su esposa huele a ajo. ¿Qué quiere decir esto? Muy sencillo, las vías de recepción de su cuerpo están abiertas, no opiladas. La concepción sería normal tras una fecundación oportuna.

Don Bernardo había arrancado a sudar y sus movimientos se habían hecho torpes y resignados:

—Eso quiere decir que soy yo el causante del fracaso matrimonial.

Almenara le miró de abajo arriba con un asomo de desprecio:

—En medicina dos y dos no siempre son cuatro, señor Salcedo. Quiero decirle que estas pruebas no son matemáticas. Existe la posibilidad de que ambos estén en condiciones de procrear y, por lo que sea, sus respectivas aportaciones no se entiendan.

—O sea, que mi esposa y yo no congeniamos.

—Llámelo como quiera.

El señor Salcedo guardó cauto silencio. Le constaban los conocimientos del doctor Almenara, sus éxitos espectaculares entre las familias más distinguidas de la ciudad, su lucidez. Asimismo, era del dominio público que en su biblioteca se alineaban trescientos doce volúmenes, no tantos como en la de su hermano Ignacio, pero suficientes para dar idea de su grado de ilustración. No era cosa de coger una pataleta por motivo tan nimio. Sin embargo inquirió:

—Y ¿la ciencia no dispone de ninguna otra prueba, doctor, digamos menos afrentosa, un poco más delicada?

—Podríamos someter a su esposa a la prueba de la orina, pero es una operación asquerosa y tan poco fidedigna como la del ajo.

—¿Entonces?

Almenara se levantó lentamente del escritorio. Embutido en su loba de terciopelo oscuro parecía un gigante. Su barba puntiaguda le alcanzaba al tercer botón. Tomó ligeramente del codo a don Bernardo:

—Sinceramente, señor Salcedo, ¿qué resultaría para vuesa merced más deprimente, el hecho de no tener descendencia o tener que reconocer ante su esposa que el responsable es usted?

El señor Salcedo carraspeó:

—Veo que también vuesa merced es especialista en hombres —dijo,

—Aquel que conoce bien a las mujeres termina conociendo a los hombres. Son conocimientos complementarios.

Don Bernardo alzó unos ojos vacuos, extrañamente opacos:

—¿No sería suficiente, doctor, comunicar a mi esposa que nuestros organismos no riman, que nuestras respectivas aportaciones, como usted dice, no se entienden?

—Es un buen consejo —sonrió—. Hagamos lo que usted dice. En realidad vuesa merced no me pide que mienta.

Aquella concesión del doctor Almenara salvó la armonía del matrimonio y la amistad entre los dos hombres. Pero, cuando ocho años después, sin otra novedad en la vida matrimonial que el simple paso del tiempo, don Bernardo y doña Catalina volvieron por la consulta, informando que la señora había tenido dos faltas, el doctor Almenara se congratuló de su discreción. Hizo tender a doña Catalina en la mesa ortopédica y le tomó el pulso detenidamente. Luego colocó la palma de su mano derecha en el pecho izquierdo, sobre el corazón de la paciente, y al sentir la agitación de doña Catalina, murmuró: tranquila, tranquila, señora, no tiene usted fiebre. Se volvió hacia su amigo y rubricó: calentura no tiene, señor Salcedo. Seguidamente se dobló por la cintura, aplicó la oreja al pecho de la mujer y escuchó el apremiado latido de su corazón. Al concluir, su mano experta abrió un hueco entre el corpiño y la faldilla y exploró el vientre, las durezas del bazo y el hígado, las más escurridizas de los intestinos. Pero su mano descendió todavía un poco más. A doña Catalina se le cortaba el resuello; estaba a pique de desmayarse, era la mano derecha, la de la esmeralda en el pulgar, y a veces sentía en el pubis las suaves aristas de la piedra. El doctor Almenara actuaba con excesiva audacia esta mañana. Finalmente sacó la mano y fue a lavárselas a la jofaina. Habló mientras se secaba:

—Las faltas son casi siempre un indicio concluyente de preñez —observó—, pero en tan poco tiempo no es posible apreciar nada al tacto. —Miró a Salcedo y añadió como si retomara el tema de ocho años atrás—: Estas cosas ocurren en medicina. Las aportaciones de vuesas mercedes, que parecían no entenderse, han amigado de pronto. Celebrémoslo. Les espero dentro de ocho semanas.

El matrimonio volvió por la consulta dos meses después pero, para entonces, doña Catalina pasaba las mañanas en náusea permanente y, en dos ocasiones, había llegado al almadiamiento y el vómito. Se lo dijo al doctor antes de tenderse en la mesa. El doctor la auscultó pacientemente pero, apenas inició el tacto en el vientre, las comisuras de su boca se distendieron: Aquí tenemos la cabeza del joven Salcedo —dijo y sonrió más ampliamente—: Se han salido ustedes con la suya.

Mes tras mes, doña Catalina, acompañada por su esposo, visitaba al doctor Almenara. Suponía un motivo de orgullo oír de su boca la confirmación periódica de la próxima maternidad. No obstante, a los ocho meses de embarazo, el doctor formuló una pregunta enfadosa: ¿Están vuesas mercedes seguras de haber llevado bien las cuentas? Don Bernardo se aceleró: las faltas no engañan, doctor. La primera vez que le visitamos llevaba dos, luego ahora son ocho exactamente. La cabecita es muy chica —comentó el doctor—: no mayor que una manzana.

Al mes siguiente confirmó que todo iba bien, salvo el tamaño del feto, demasiado ruin, pero que ya no cabía hacer otra cosa que esperar. Finalmente, como si formulara la pregunta más inocente del mundo, inquirió de don Bernardo si tenían en casa silla de partos. Don Bernardo Salcedo asintió satisfecho. Se sentía feliz de poder complacer al doctor Almenara hasta en aquel pequeño detalle. Se extendió en pormenores sobre la flotilla de la lana y la previsión de don Néstor Maluenda, el conocido comerciante burgalés, al regalársela a su esposa no bien apareció en los mercados de Flandes como una novedad. Ellos la inventaron —sonrió el doctor. Pero de nuevo adoptó un tono despectivo para puntualizar—: Por más que, dado su tamaño, tampoco el joven Salcedo precisará ayudas para irrumpir en este mundo.

Ahora, doña Catalina esperaba al doctor deambulando por la sala y, de vez en cuando, asía la consola con ambas manos, contraía el rostro y enrojecía sin decir palabra:

—¿Otra vez? —preguntaba don Bernardo solícito consultando el reloj. Ella asentía—. Son cada vez más frecuentes, apenas un par de minutos, quizá menos —añadió él.

Salcedo, en el fondo, se sentía envanecido de haber provocado esta conmoción. Le latía en los pulsos la inmodestia del semental, antes que la de padre. Después de tantos azares lo había conseguido. Admiraba la serenidad de su mujer y le chocaba su atuendo discreto, dadas las circunstancias, su falda acampanada de verdugos disimulando la preñez, el gonete de escote redondo, abriéndose a los lados, sugestivamente, sobre los hombros. Sonrió

para sí. El día que estrenó aquel gonete no tuvo paciencia para desnudarla. A veces le asaltaban estos impulsos inmoderados sin que acertara a explicar la causa. Dependían más de sus exigencias carnales que de la vestimenta de su esposa. No obstante siempre le había excitado este gonete insinuante, los blancos y frágiles hombros compitiendo con la seda de la prenda. De nuevo su esposa contraía el rostro agarrada a la consola y, una vez pasado el dolor, doña Catalina agitó nerviosamente la campanilla de plata. Apareció Blasa, la vieja cocinera, rutando, arrastrando las chinelas, con una saya de paño burdo y una cofia en la cabeza. Blasa había empezado a servir a los cinco años en casa de la abuela de doña Catalina para entretener a la madre de ésta, recién nacida. Luego la había visto nacer a ella. Era una institución en la casa. Sin embargo, no hizo ningún comentario cuando la señora comunicó que su hijo se anunciaba ya, que preparase la habitación y calentara agua en la cocina. A Modesta, la doncella, era preferible no decirle nada. Que se acostara. No estaba bien que a sus pocos años se viera envuelta ya en estos menesteres. En cuanto a Juan Dueñas, el criado que había ido a recoger al doctor, no tardaría pero convenía que estuviera dispuesto para cualquier eventualidad durante la noche. Por de pronto, que sacara del cuarto de los armarios la silla de partos que llevaba dos lustros encerrada en lo alto de uno de ellos. La Blasa asentía y asentía, con su pesada cabeza, con sus hinchados párpados, totalmente pasiva ante el revuelo que se avecinaba. Miró a su señora con ojos fatigados:

—¿Alguna cosa más, señora?

Pero doña Catalina atendía a su esposo que le aconsejaba, en tono didáctico, que se pusiera cómoda, que no pensaría dar a luz con el gonete y la falda verdugada. Entre el nerviosismo y las contracciones, doña Catalina no había pensado aún en la vestimenta apropiada. Don Bernardo precisó:

—Ropas de noche, flojas y abiertas naturalmente.

Se oyó rodar un carruaje. El señor Salcedo conocía cada bache, cada adoquín desajustado en la calle, y el crujido especial de su viejo coche al salvarlos:

—Pronto —dijo—, ha llegado el doctor.

Doña Catalina escapó de la habitación por el falsete mientras don Francisco de Almenara, con su loba de terciopelo oscuro y su maletín negro en la mano de la esmeralda, accedía por la puerta principal. El doctor sabía de la importancia de una irrupción ostentosa. El médico o la comadre en casa de una primeriza era una especie de dios. Don Bernardo se acercó a él, preso de una extraña agitación:

—La cosa ha comenzado, doctor.

—¿Siente dolores?

—Hace más de una hora. Cada dos minutos.

Don Francisco de Almenara miró en derredor y echó en falta la presencia de la comadre. Don Bernardo se excusó: ignoraba que fuera indispensable. El doctor anotó en un papel dos nombres y dos direcciones y el señor Salcedo llamó a Juan Dueñas: Recoja a la primera. A la segunda, únicamente si la otra estuviera ausente. Después condujo al doctor hasta el dormitorio pero, como buen hombre celoso, golpeó con los nudillos antes de entrar. Doña Catalina dijo «adelante» con voz sofocada. Se había encamado con el camisón de novia y una bata floja sobre los hombros y se recostaba sobre dos almohadas de lana. El doctor Almenara retuvo la puerta y se dirigió a don Bernardo con delicadeza:

—Es preferible que espere fuera.

El señor Salcedo dio un paso atrás, humillado. ¿Qué pretendía hacer el aguerrido doctor Almenara a solas con su esposa? Los minutos discurrían con lentitud exasperante. Con la gruesa puerta de roble por medio, apenas se oían tenues murmullos y cuando el doctor le dio acceso se precipitó en el santuario, como había denominado al dormitorio conyugal desde el día de su matrimonio. El doctor Almenara le frenó:

—Todo normal —dijo—. La dilatación ha comenzado.

La comadre había llegado. Era una mujercita pequeña y dura, de piel apergaminada, embutida en una saya vieja y con la cabeza cubierta por una toca. El doctor se dirigió a ella:

—Buenas noches, Victoria —dijo—. Las cosas marchan correctamente pero no conviene dormirse. Prepare a la parturienta un agua de artemisa.

Modesta, con sus andares saltarines, iba tras ella pero Don Bernardo la detuvo:

—Usted debe acostarse —dijo—. Blasa atenderá a la señora. —Se volvió a Juan Dueñas que le miraba inmóvil desde la puerta:

—Usted espere abajo, Juan. Aún no sabemos si vamos a necesitarle.

Doña Catalina tomó dócilmente la pócima sin que aparentemente las cosas cambiaran. Sin embargo, la dilatación progresaba. La comadre iba y venía a la sala:

—La dilatación es suficiente, doctor, pero no veo voluntad de participar. Está pasiva.

—Dele un ruibarbo.

La paciente movió el vientre con el ruibarbo. Escondía el rostro contra las almohadas a cada contracción pero no se esforzaba.

—Apriete —dijo el doctor.

—Que apriete, ¿dónde?

Cundía el desconcierto:

—Cuando le venga el dolor, haga usted fuerza. El doctor se sentó en la descalzadora. Al oír que la parturienta se quejaba volvió la cara hacia ella:

—¡Apriete!

—No puedo, doctor.

Don Francisco Almenara se levantó. La cabeza está ahí, es pequeña, ¿por qué demonios no sale? —dijo el doctor. Pero transcurrió media hora y el panorama no había cambiado. La dilatación estaba hecha pero doña Catalina seguía sin participar:

—¡Victoria! —voceó el doctor entonces con energía—: ¡La silla de partos, por favor!

El propio don Bernardo ayudó a introducirla en el dormitorio. Era un artefacto de madera y cuero, el asiento más bajo que los soportes de las piernas y dos correas en los brazos donde debería agarrarse la paciente para hacer fuerza. La comadre y Blasa, la cocinera, ayudaron a doña Catalina a acomodarse en la silla. La parturienta, demacrada, con las piernas abiertas en alto y el nalgatorio apoyado en el asiento de cuero negro, ofrecía un aspecto desairado y ridículo. Le asaltó un dolor y el doctor dijo: Haga fuerza, y ella frunció la cara, pero, cuando el dolor se disolvió, empezó a alterarse y ordenó a su marido con cajas destempladas que saliese y esperase en la sala, que le disgustaba que fuese testigo de su degradación. Nunca pensó don Bernardo que el nacimiento de un hijo comportase un proceso tan prolongado y vejatorio.

A las dos y media de la madrugada del 31 de octubre de 1517, la dilatación estaba prácticamente terminada pero el niño no salía y doña Catalina gritaba aunque seguía sin poner nada de su parte para llevar el proceso a buen término. Fue en ese momento cuando el prestigioso doctor Almenara pronunció una frase que había de hacerse popular en la villa: Este niño está pegado —dijo. Justo en ese instante ocurrió algo inimaginable: la cabeza de la criatura desapareció del acceso y, en su lugar, asomó su bracito con la mano abierta que se agitaba como si se despidiese o saludase. Y allí quedó después el brazo, desmayado y flojo como un pene, entre las piernas abiertas de la dama.

—Este condenado se ha dado la vuelta —dijo el doctor fuera de sí—. Atiéndale, rápido.

La comadre abrió la cesta y sacó de ella un frasco de aceite de eneldo y una cajita de manteca, untó el bracito varado con ambas sustancias y mediante un rápido movimiento, muy profesional y sabio, volvió a meterlo en el vientre de su madre. La paciente se dejaba hacer dócilmente y, cuando advirtió que el doctor se quitaba del dedo pulgar el gran anillo de la esmeralda y lo dejaba sobre el tocador, se sintió tan desvalida como si se hubiese desenroscado la mano y descargara en ella toda la responsabilidad. Pero, de manera imprevista, sucedió todo lo contrario. Ella notó de repente su poder en el vientre, el doctor sujetó el hombro del bebé con sus dedos afilados y, muy hábilmente, le hizo girar de forma que la pequeña cabeza quedara de nuevo opilada sobre la vulva. Doña Catalina, que había perdido los modales y gritaba e insultaba a todos los presentes, volvió a experimentar una acumulación de energías en la pelvis, chilló, apretó con todas sus fuerzas mientras la comadre la animaba: así, así y, de pronto, como si fuese un bolaño, un pedazo sanguinolento de carne rosada salió proyectado con fuerza, el doctor retiró la cabeza para evitar el impacto, y la criatura aterrizó sobre la blanca toalla que la comadre sostenía entre sus brazos poco más atrás. Lo miró atónita:

—¡Un niño! —dijo—. Qué menudo es, parece un gatito.

Entró apresurado don Bernardo y el doctor Almenara, que se lavaba las manos en la jofaina, le miró fijamente y le dijo:

—Ahí tiene a su hijo, señor Salcedo. ¿Creen vuesas mercedes que han contado bien? Por el tamaño parece sietemesino.

Pero el esfuerzo, el bochorno, el reteso de doña Catalina, que por vez primera en su vida había realizado una tarea personal por sí misma, sin apelar a manos mercenarias, tuvo sus dolorosas consecuencias. Se sentía exhausta y desarmada, y cuando a la mañana siguiente le entregaron el niño para que mamase, el pequeño retiró la cabecita del pezón aquejado de un llanto convulso. El doctor Almenara, que había presenciado la reacción del recién nacido, auscultó pacientemente a doña Catalina, colocó la mano del anillo sobre el pecho izquierdo de la enferma, se volvió hacia don Bernardo y sus hermanos, que se habían presentado en la casa inopinadamente, y pronunció otra de sus frases lapidarias:

—La parturienta padece calenturas. Habrá que buscar una nodriza.

La influencia de la familia Salcedo se desplegó por la villa y pueblos limítrofes. Don Ignacio, oidor de la Chancillería, donde se preparaba esa mañana la recepción del Rey, dio el parte entre el personal subalterno: urgía una nodriza joven, con leche de varios días, sana y dispuesta a alojarse en

casa de los padres. Los corresponsales de la lana, en el Páramo, recibieron de don Bernardo la misma consigna: Se precisa nodriza. La familia Salcedo requiere urgentemente una nodriza. A las doce del día siguiente se presentó una muchacha, casi una niña, procedente de Santovenia, madre soltera, con leche de cuatro días, que había perdido a su hijito en el parto. A doña Catalina, aún no demasiado cargada de fiebre, le gustó la chica, alta, delgada, tierna, con una atractiva sonrisa. Daba la sensación de una muchacha alegre a pesar de todos los pesares. Y una vez que el niño se enroscó en su regazo y estuvo una hora inmóvil tirando del pezón y se quedó dormido, doña Catalina se conmovió. El *fervor materno* de aquella chica se advertía en su tacto, en el cuidado meticuloso al acostar a la criatura, en la comunión de ambos a la hora de alimentarlo. Deslumbrada por tan buena disposición, doña Catalina la contrató sin vacilar y la alabó sin reservas. De esta manera apresurada, Minervina Capa, natural de Santovenia, de quince años de edad, madre frustrada, empezó a formar parte de la servidumbre de la familia Salcedo en la Corredera de San Pablo 5.

Tampoco Minervina encontró resistencia en la cocina donde Blasa, la cocinera, era, en principio, un hueso duro de roer. Había dado al niño dos tomas de leche de burra, rebajada con agua y muy azucarada, como vio en tiempos hacer a su madre, antes de aparecer Minervina, y doña Catalina temió un recibimiento hostil. Pero a la señora Blasa le había intrigado la procedencia de la chica y, tan pronto se vio a solas con ella, le preguntó si conocía en su pueblo a un tal Pedro Lanuza, padre de dos rapazas bien apersonadas y ligeras de cascos, y no había terminado de formular la pregunta cuando Minervina rompió a reír:

—Toda la familia alumbrada, señora Blasa.

—Y ¿qué quieres decir con eso?

—Lo que oye, señora Blasa, alumbrados, de esos que dicen que Nuestro Señor prefiere ver a un hombre y una mujer en la cama que en la iglesia rezando latines.

—¿Eso dicen en tu pueblo? Siempre fue un poco rara esa familia.

Minervina se esforzó por recordar más cosas para complacer a la señora Blasa, para caerle en gracia:

—También dicen que Nuestro Señor viene a ellos sin más que sentarse a esperar. Que basta quedarse quietos y aguardar para que el Señor los ilumine. Por eso les dicen también los *dejados.*

La Blasa asentía:

—Ese mote le cae mejor al Pedro Lanuza que el otro, ya ves. En la vida vi a un hombre más vago y abandonado que él.

—Pues si quiere verlos, los sábados bajan a Valladolid, en la burra, a casa de una tal Francisca Hernández y de un cura que también le dicen don Francisco.

La Blasa abrió el ojo:

—Y ¿dónde vive la Francisca Hernández esa, hija?

—Ni me recuerdo, señora Blasa, pero si usted tiene interés, el primer día que vaya al pueblo lo pregunto.

Así tomó Minervina posesión de los dominios de la Blasa. La Modesta, corta y tímida, pero disparatada, también aceptó a la chica complacida. Habituada a la vieja, halló en la nueva compañera juventud, unos puntos de vista más afines y una conversación fluida, impropia de una chica de pueblo.

Doña Catalina pasó el día tranquila. La aparición de Minervina, tan limpia como bien mandada, la había sosegado. Para acrecentar su bienestar, a mediodía se presentó doña Gabriela, su cuñada, a darle cuenta de los festejos de la villa: los cuarenta mil forasteros llegados para recibir al Rey, las calles hirvientes, los arcos de madera revestidos de follaje en las esquinas, los paneles y tapices engalanando las casas más nobles. Y luego, la marcial parada en el Nuevo Espolón, el infante don Fernando, flanqueado por el cardenal de Tortosa y el arzobispo de Zaragoza, seguidos de heraldos, alguaciles, ujieres y maceras. El gentío se desgañitaba dando vivas al Rey al aparecer don Carlos sobre el adoquinado, solo, apuesto, por el centro de la calzada, caminando al ritmo de los timbales, los diamantes engarzados en su traje brillando al sol de noviembre. Le precedía una banda de trompetas y tambores y velaban su retaguardia quinientos arcabuceros, cuatrocientos alemanes y cien españoles, tras los cuales desfilaban su hermana, doña Leonor, con las damas del séquito atendidas por nobles y, cerrando el cortejo, una compañía de arqueros haciendo caracolear a sus caballos y dando vivas a Castilla y al Rey. Doña Catalina, mujer de fáciles emociones, comenzó a temblar bajo el edredón y doña Gabriela, al advertir su encendimiento, hizo derivar la conversación hacia el gran elefante instalado en la Plaza del Mercado para regocijo de niños y adultos.

Al día siguiente, sin razones aparentes, doña Catalina empeoró. Le subió la calentura y el doctor Almenara admitió que podía tratarse del mal de madre y, con objeto de ganar tiempo, ordenó al barbero cirujano Gaspar Laguna, que en su día había vuelto a la vida al presidente de la Chancillería en situación desesperada, que practicase a la enferma una sangría, cosa que llevó a cabo

con admirable destreza. Pero como, al día siguiente, doña Catalina continuara en el mismo estado, don Francisco Almenara abrió un nuevo camino a la esperanza apelando a la triaca magna:

—Hay que dársela. No queda otro remedio.

La matrona asintió. Don Bernardo, resignadamente, buscó unas monedas en los bolsillos de la ropeta para el remedio, pero el doctor, al advertir su ademán, le informó que se trataba de un medicamento caro. ¿Como cuánto de caro? —inquirió Salcedo—. Doce ducados —concretó el doctor—. ¡Doce ducados! —estalló don Bernardo. El doctor argumentó las razones de este precio: Tenga usted en cuenta que sólo se fabrica en Venecia y que en el preparado entran más de cincuenta elementos distintos. Mientras la Modesta bajaba a la botica de Custodio, se oyeron pasar caballerías por la calle y, acto seguido, un *viva el rey* y el rumor de alabarderos desfilando acompasados por el redoble de un tambor. De pronto, como una tiple que respondiera en escena a la voz poderosa del barítono, sonó el tintineo de una esquilita entre el estruendo militar. Don Bernardo retiró el visillo de la ventana. Había encargado en el Convento de San Pablo la misa de las Cinco Llagas por la salud de la enferma y el santo viático por si acaso las cosas se torcían. A su derecha vio venir a fray Hernando, con el cáliz cubierto, y a un monacillo a su lado, agitando la campanilla. La gente se hincaba de rodillas a su paso y, al levantarse, sacudían vigorosamente el polvo de las calzas o de las sayas. En las escaleras, la campanilla del monacillo se hizo más aguda, sonora e imperativa. Don Bernardo se acercó a fray Hernando:

—La unción es suficiente, padre; ya no conoce.

Y en el momento en que el sacerdote iniciaba las preces, la barbilla de doña Catalina se desplomó sobre el pecho y quedó inmóvil, con la boca abierta. El doctor se adelantó hasta ella, le tomó el pulso y puso la mano de la esmeralda sobre su corazón. Se volvió a los asistentes:

—Ha muerto —dijo.

Un cuarto de hora más tarde, la Modesta, con la triaca magna en la mano, se tropezó con Juan Dueñas en el portal. Dijo Juan Dueñas lacónicamente:

—La señora doña Catalina ha muerto.

A la Modesta se le escapó un sollozo. Ascendió la escalera lentamente, sujetándose al pasamanos. Le imponían los muertos y aspiraba a dilatar su entrada en la casa. Por la puerta entreabierta divisó a don Bernardo, sus hermanos, Blasa y la nueva compañera alterando la posición de los muebles en el vestíbulo, haciendo sitio. Permaneció quieta, sin entrar. Pocos minutos después llegaban las endechaderas e instalaron, en el despacho, la capilla

ardiente. Modesta aprovechó el momento de confusión para llegar a la cocina. Minervina, deshecha en lágrimas, sentada en un taburete, daba de mamar al niño recién nacido, en tanto Blasa, la cocinera, atizaba el fuego impávida, con esa indiferencia propia de los seres muy vividos, arrancados prematuramente de su origen. Modesta se incorporó a la actividad doméstica. Entregó la medicina al señor. Don Bernardo musitó: doce ducados tirados a la calle. Ella dijo con vocecita inaudible: Lo siento, señor Bernardo; salud para encomendar su alma.

Pero ya empezaba el trajín de las visitas, las llamadas a la puerta, las flores, y ella acudía sin demora. La gente venía en pequeños grupos y pasaban a la sala donde don Bernardo y su hermano los recibían. Una de las veces que cruzó ante la puerta abierta del despacho, miró de soslayo y divisó a la señora sobre una mesa, los ojos y la boca cerrados, exangüe, indiferente y tranquila. Durante toda la tarde no cesaron las visitas. Llegaban cabizbajos y salían aliviados, descargados de una obligación penosa. Aparecían ramos de flores que la Modesta llevaba hasta el despacho con los ojos entrecerrados. Le aterrorizaba volver a ver a la señora. Junto al cadáver, doña Gabriela, la cuñada de la difunta, dirigía las oraciones de grupo. Ya avanzada la noche, cuando los amigos se despidieron y quedaron solos, don Bernardo y su hermano, el albacea, se sentaron juntos a los pies de la difunta, como era vieja costumbre familiar, para leer sus disposiciones testamentarias. Por primera providencia, doña Catalina deseaba ser enterrada en el atrio del Convento de San Pablo, no en el interior de la iglesia, ya que, a causa de los enterramientos, dentro había unos desagradables efluvios «que le quitaban la devoción». Doce mujeres jóvenes y pobres la acompañarían a su última morada, vestidas de azul y blanco y con un cirio encendido en la mano. Don Bernardo abonaría a cada una de ellas un real de vellón por su compañía. El entierro debería efectuarse tras una misa de réquiem en la misma iglesia, a la que seguirían, en fechas sucesivas, un novenario de misas cantadas con diáconos y subdiáconos y otras en cada templo de la villa en la octava de su fallecimiento. Don Bernardo leía estas disposiciones con voz entrecortada, no tanto por su aflicción, como porque conocía la liberalidad de doña Catalina, que temía se manifestara a cada paso. Y su voz temblorosa se quebró del todo cuando, con su característica letra picuda, la difunta ordenaba, sin lugar a otras interpretaciones, que se constituyese un juro en favor del Convento de San Pablo que rentase, cuando menos, dos mil seiscientos cincuenta maravedíes al año. Cuando al fin pudo leer esto, don Bernardo hizo una pausa, miró a su hermano por encima del papel y dijo con acento alambicado:

—Catalina había nacido para princesa.

Pensó en el almacén de la Judería, en sus fincas de Pedrosa y en Benjamín, el rentero:

—Un juro así no bajará de treinta aranzadas —añadió.

Su hermano Ignacio, oidor de la Chancillería, rubio, con el pelo corto y barbilampiño, se sintió molesto, arrugó la nariz como ante un mal olor:

—Es de ley —dijo—. Tú puedes pagar sobradamente ese juro.

Siempre hubo una relación muy estrecha entre ambos hermanos, tan diferentes, empero, en la estimación del dinero. Discutieron a los pies del cadáver, entre el aroma mareante de las flores, y don Bernardo tildó a su esposa de manirrota, pero don Ignacio, discretamente, cortó la conversación haciendo ver a su hermano que no era el momento apropiado para emitir tales juicios.

A la mañana siguiente, con el cadáver sentado en el carruaje, sujeto con cuerdas, y conducido por Juan Dueñas, Bernardo e Ignacio Salcedo presidieron los sufragios por la difunta. Doce muchachas, casi niñas, con rostros seráficos, vestidas de azul y blanco, flanqueaban el coche, entonando con voces nasales cánticos religiosos. Alineadas luego, en la nave central del templo, escoltando el cadáver, sus rostros juveniles restaban severidad a la ceremonia. A continuación, los restos de doña Catalina Bustamante recibieron tierra en el atrio y el acompañamiento desfiló ante los hermanos, estrechando sus manos, dándoles paz en el rostro o prodigándoles palabras de consuelo. Concluidos los pésames, ante la emoción de los amigos, el joven viudo distribuyó entre las jóvenes penitentes los doce reales de vellón acordados en las disposiciones.

De regreso a casa, doña Gabriela, acompañada por los dos hombres, pasó por el cuarto de plancha para ver al pequeño Cipriano y, ante él, aparentemente dormido, soltó dos lágrimas inoportunas. Don Bernardo, en cambio, a su lado, contemplaba a la criatura con rostro impasible. A la cabecera de la cunita, la joven Minervina había colocado un lazo negro de tafetán. Los ojos de don Bernardo se endurecieron.

—¿Qué pensará mientras duerme el pequeño parricida? —murmuró.

Don Ignacio le tomó por el hombro.

—Por favor; no disparates así, Bernardo. Nuestro Señor te puede castigar.

Don Bernardo movió la cabeza de un lado a otro:

—¿Es que cabe aún mayor castigo que el que vengo padeciendo? —sollozó.

II

La casa de la Corredera de San Pablo asumió a la muerte de doña Catalina una nueva disposición. El niño Cipriano se incorporó a la vida del servicio, en las buhardillas de madera del piso alto, en tanto don Bernardo quedó como dueño y señor del primer piso, sin otra novedad que la de haber cambiado de sitio el santuario conyugal, instalado, ahora que había dejado de ser santuario, en su despacho de toda la vida.

Como era previsible, dada su corta edad, el niño vivía pegado a su nodriza; de ella mamaba cada tres horas, con ella pasaba el día gorjeando en el cuarto de plancha y con ella dormía en uno de los cuchitriles de arriba, junto a la escalera. Los bajos, en cambio, no sufrieron la menor alteración. Juan Dueñas, el criado, siguió viviendo allí, en el pequeño chiscón junto a la cuadra, con los dos caballos y las dos mulas y la pequeña cochera al lado.

Ninguna de estas novedades implicó un cambio sustancial en la vida de don Bernardo Salcedo, aunque externamente entró en una fase de derrotada pasividad. Dejó de ir al almacén de lanas, en la vieja Judería, y se olvidó por completo de Benjamín Martín, su rentero de Pedrosa. En su inactividad, don Bernardo dejó incluso de visitar a mediodía, con sus amigos, la taberna de Dámaso Garabito y de entonarse con sus blancos selectos. En rigor, el señor Salcedo pasó unos días sentado en un sillón de la sala, frente a los visillos de la ventana, viendo cómo venía la luz y cómo marchaba. Apenas se movía hasta que Modesta le avisaba para comer y él, entonces, se levantaba del sillón de mala gana y se sentaba a la mesa. Pero no comía, se limitaba a manchar el plato para engañarse a sí mismo y, de paso, inquietar al servicio, interiormente se había señalado una semana de luto pero, en siete días, llegó a un punto de simulación tan perfecto que empezó a gozar de las mieles de la compasión. Desde niño, don Bernardo Salcedo había impuesto a sus padres su voluntad. Era un muñeco autoritario que no aceptaba imposiciones de ningún tipo. Así creció y, una vez casado, a su esposa doña Catalina la tuvo siempre sometida a una dura disciplina marital. Tal vez por eso sufría ahora, porque le faltaba alguien a quien mandar, con quien ejercitar el poder. Y Modesta, la doncella, al servirle las comidas, mostraba su aflicción con dos lagrimitas. Un día no se pudo contener y le llamó al orden: No se deje vuesa merced —le dijo—. No le vaya a dar que sentir. Estas sencillas palabras hicieron ver a don Bernardo que había otros placeres sutiles en el mundo además del que proporcionaba la autoridad: ser compadecido, provocar lástima. Atribuirse un

sentimiento de dolor tan fuerte como nadie había sentido en el mundo era otra manera de parecer importante. Así llegó a ser maestro en el oficio, maestro de la afectación. Se pasaba el día estudiando ante el espejo gestos y actitudes que evidenciaran su pena. La ostentación del dolor llegó a ser su meta y lo mismo que fingía no comer ante Modesta, afirmaba que había renunciado a dormir y se lamentaba de sus largas noches en vela, de no pegar ojo, de su insomnio irremediable. Pero, en realidad, don Bernardo, cuando la casa quedaba a oscuras y en silencio, encendía una mariposa y buscaba en la alacena y la despensa algún manjar apetecible que le compensara de su dieta diurna tan escrupulosamente observada. Acto seguido, se desplazaba de un lugar a otro haciendo ruidos deliberadamente para despertar al servicio y confirmar así su vigilia. De este modo, la compasión por el viudo doliente se iba extendiendo. Del servicio pasaba a sus hermanos, don Ignacio y doña Gabriela, de don Ignacio a Dionisio Manrique, el jefe del almacén, del jefe del almacén a Estacio del Valle, el corresponsal en el Páramo, y de Estacio del Valle a los demás corresponsales de la meseta y a sus amigos de la taberna de Dámaso Garabito. Don Bernardo no comía, ni dormía, no hacía otra cosa, decían, que dar unas instrucciones cada mañana a Juan Dueñas, su criado, y charlar un par de horas por la tarde con su hermano, el oidor. La única novedad en la primera quincena de viudo fueron sus paseos por la sala, paseos solemnes, sin objeto, una vez que se cansó de reposar en el sillón. Solía ponerse en pie de manera automática, cada media hora, y recorría a grandes zancadas la estancia, los ojos en el suelo, las manos a la espalda, la mente en sus propios progresos como actor. En relación con estos paseos, Minervina advirtió una cosa chocante: tan pronto el señor se ponía en movimiento y empezaban a sonar sus pasos sobre el entarimado, Cipriano, el niño, se despertaba. Y otro tanto ocurría cuando don Bernardo subía al piso alto, antes que para ver al niño para que la chica le viera a él abatido y lloroso. Pero diríase que la criatura notaba en sus párpados el filo de su mirada, una molesta sensación de intromisión, porque se despertaba enseguida, estiraba su arrugado pescuecito de tortuga, abría los ojos y recorría con su mirada la habitación girando lentamente la cabeza, antes de arrancarse a llorar.

A Minervina le desagradaba que el señor subiera a los altos sin avisar, que mirase al niño con aquellos ojos inyectados, fríos, llenos de reproches: Al niño no le quiere, señora Blasa, no hay más que ver cómo le mira —decía. Pero cada vez que el señor Salcedo subía a verle dormir, el niño quedaba incómodo para el resto del día, se desazonaba y lloraba a cada rato sin razón alguna. Para Minervina las cosas estaban claras: la criatura lloraba porque su

padre le daba miedo, le asustaban sus ojos, su luto, su sombría consternación. Y una vez anochecido, a la hora del baño, Minervina daba cuenta a sus compañeras de las novedades, en tanto el niño jugueteaba en la redonda bañera de latón, chapuzaba con sus manitas, y cada vez que la niñera oprimía la esponja contra sus ojos y los hilillos de agua escurrían por sus mejillas, se sentía sofocado y feliz. Al concluir el baño, lo tendía sobre la toalla, en su regazo, lo perfumaba concienzudamente y lo vestía. Era en esos momentos, ante el cuerpecillo rosado de Cipriano, cuando hablaban entre ellas de su tamaño y la Blasa rezongaba, una y otra vez, que el niño era menudo pero no flaco, porque en lugar de huesos tenía espinas como los peces.

El fingido desconsuelo de don Bernardo y su distanciamiento real hacia el pequeño determinaron la cada día más cálida aproximación de la muchacha. Minervina gozaba viendo la avidez con que el niño tiraba de sus rosados pezones, los juegos de sus manitas, los gorjeos inarticulados, su confiada dependencia. Con el niño en brazos, se le ocurría a veces que su hijo no había muerto, que reposaba allí confiadamente en su enfaldo y que tenía que mirar por él.

—¡Qué boba! —se decía de pronto—. Pues no estaba pensando que el niño era mío.

Fuera de la atención permanente del recién nacido y de los comentarios que despertaba, lo único que rompía la monotonía cotidiana en aquellos días era la visita vespertina de don Ignacio y doña Gabriela. La belleza y elegancia de ésta encandilaban a Modesta y Minervina y el esplendor de sus atuendos las deslumbraba. Jamás repetía modelo, pero, con unos o con otros, había una tendencia clara a marcar la línea de los pechos y la flexibilidad de la cintura. Las sayas francesas, las lobas abiertas de brocado, las mangas abullonadas dejando entrever la tela blanca de la camisa, facilitaban motivos de conversación a las muchachas. Pero, además, estaban los andares de doña Gabriela, muy vivos y atildados, sin lastre, como si su cuerpo tuviera el privilegio de flotar, de eludir la acción de la gravedad. Enternecida por la suerte del pequeño, Modesta y Minervina la acompañaban cada vez que subía a visitarlo a las buhardillas. Doña Gabriela nunca aludía al tamaño del niño, le gustaba así, le conmovía su orfandad y, valiéndose de tretas y ardides, trataba de adivinar los sentimientos de su padre hacia él. Se desazonaba cada vez que Minervina le daba cuenta de su sequedad y estuvo a punto de sufrir un soponcio el día que le comunicó que don Bernardo había llamado *pequeño parricida* a la criatura. Dada la aversión de su cuñado hacia su hijo, y confirmada la infertilidad de su matrimonio, una de aquellas tardes silenciosas

y confidenciales que siguieron a la viudez de don Bernardo, doña Gabriela, con voz emocionada, brindó a su cuñado la posibilidad magnánima de hacerse cargo del recién nacido, sin papeles ni compromisos de adopción, simplemente para atenderlo, en tanto no alcanzara una edad razonable que su padre determinaría. Don Bernardo pestañeó dos veces hasta que notó en los ojos el calor de una lágrima y dijo rotundo: el niño es mío; su casa es ésta. Hábilmente doña Gabriela le hizo ver que el niño, lejos de consolarle, revolvía en él *tortuosos recuerdos*, y don Bernardo convino que así ocurría en efecto, pero que ésa no era una razón para desentenderse de sus deberes de padre. Le brillaban los ojos y él parpadeaba para simular el tósigo, pero don Ignacio, siempre atento a las reacciones aflictivas de su hermano, le habló de manera discreta de la conveniencia de dar a la criatura una *madre artificial*, vinculada familiarmente a él, a lo que su hermano replicó que, sin necesidad de vínculos, la joven Minervina, con sus pequeños pechos eficaces y su cariño, cumplía ese papel a satisfacción de todos. No hubo en la discrepancia fraterna tirantez ni palabras incorrectas. Simplemente don Bernardo dio la negativa por respuesta.

Algunas tardes, durante la visita de su hermano, el viudo quedaba en silencio, como hipnotizado, mirando el visillo de la ventana oscurecida. Era una de sus habituales puestas en escena, pero su hermano se inquietaba, le preguntaba cosas, le contaba hablillas para sacarle de su pasividad. A don Bernardo le hacía feliz el desasosiego de don Ignacio, el hermano intelectual, la eminencia de la familia. La felicidad de ser compadecido la experimentaba sobre todo en relación con su hermano, el número uno, el discreto. Ajeno a sus fingimientos, don Ignacio seguía con preocupación el extraño proceso de Bernardo. Debes marcarte una tarea, Bernardo, le decía: algo que te distraiga, que te absorba. No puedes vivir así, mano sobre mano, con esa tristeza encima. Don Bernardo replicaba que las cosas marchaban solas y había que dejarlas; que el secreto de la vida estribaba en poner las cosas a funcionar y dejarlas luego para que avanzasen a su ritmo. Pero Ignacio argumentaba que tenía el almacén abandonado y que a Dionisio Manrique le faltaban luces para sustituirle. Y otro tanto le ocurría con Benjamín Martín, el rentero de Pedrosa, a quien debería visitar al menos para formalizar el juro de doña Catalina. Pero don Bernardo, en principio, no atendía los consejos de su hermano. Únicamente, transcurridos unos meses, cuando empezó a aburrirse en su papel de viudo inconsolable y a echar de menos los vinos en la taberna de Garabito, admitió que el placer de ser compadecido no bastaba para llenar una vida. Entonces empezó a mostrarse más blando y receptivo con su hermano

que, por su parte, había llegado a la conclusión de que únicamente un acontecimiento inesperado, una sacudida, podía sacar a Bernardo de su postración. Y la sacudida se produjo, en forma de correo urgente, una tarde en que don Ignacio, como de costumbre, animaba a su hermano a cambiar de vida. El correo venía de Burgos y se trataba de una carta de don Néstor Maluenda, el notable comerciante burgalés que en su día tuvo la atención de regalarle a su esposa una silla de partos, de tan amargos recuerdos. Para don Bernardo, que guardaba hacia el comerciante consideración y respeto, aquella carta anunciándole la salida de Bilbao de la flotilla de la lana significó una advertencia liberadora. Los vellones llevaban almacenados en la Judería desde el mes de agosto y la lana de toda Castilla —salvo Burgos y Segovia— se pudría allí sin que él hubiera tomado ninguna determinación. Despachó el correo de vuelta con una carta para don Néstor Maluenda, pidiendo disculpas por el retraso y anunciándole que la expedición castellana partiría hacia Burgos el 2 de marzo, que harían el viaje en tres días, quemando etapas, y que él, personalmente, conduciría la caravana.

A la mañana siguiente, contrató con Argimiro Rodicio cinco tiros de ocho mulas cada uno y cinco grandes plataformas para el día 2. Avisó asimismo a Dionisio Manrique y Juan Dueñas para que estuvieran preparados para el viaje. Él mismo conduciría la primera plataforma. No lo había hecho más que una vez en su vida pero ahora debía a don Néstor Maluenda una reparación. Por otro lado intuía que conducir ocho mulas a trote largo, a punta de látigo, le produciría el desahogo físico que precisaba. Así, en la madrugada del día 2, una vez cargados los fardos, don Bernardo se vistió la ropa campera, con sombrero y zamarro, y cruzó el Puente Mayor capitaneando la expedición. Tras él marchaban Dionisio, el encargado del almacén, con otra carreta de ocho mulas, otros dos carreteros blasfemos por él contratados y, cerrando filas, el fiel Juan, a quien don Bernardo Salcedo había adiestrado en los más variados oficios.

Ya en el camino, lleno de charcos y de rodadas, don Bernardo fustigó a las guías con el látigo, forzando a los numerosos jinetes, arrieros y carros que venían en dirección contraria, a apartarse asustados en las cunetas para dejarle paso franco. Las guías de la plataforma de Salcedo eran dos mulas de su propiedad, la *Alazana* y la *Morisca*, que atendían a sus voces y latigazos, sosteniendo un trote largo, más bien un galope corto que, a los que venían de frente, se les antojaba un devastador ataque de caballería. Poco a poco, don Bernardo, de natural pacífico y sosegado, se fue encorajinando y empezó a golpear a los animales sin duelo, de forma que la salida del sol les sorprendió

en el pueblecito de Cohorcos. Cambió cuatro mulas en la venta del Moral y otras cuatro en la Posta de Villamanco, donde durmió la segunda noche. Rufino, el ventero, viejo conocido, le atendió con su agreste amabilidad: ¿Dónde va vuesa merced con estas prisas? Lleva las caballerías llenas de mataduras. Don Bernardo sonreía con una media sonrisa destemplada: Todos estamos obligados a cumplir con nuestro deber, Rufino. La guía y el pericón son de mi propiedad, no te preocupes.

Liberado de sus fingimientos, durmió de un tirón por primera vez desde la desgracia. No obstante, a la mañana siguiente, y pese a tener la cabeza despejada, le dolían todos los huesos del cuerpo. Acusaba las sacudidas del carro, los baches profundos del pavimento, los vaivenes de la velocidad. De este modo, el tercer día, antes de que el sol se pusiera, la caravana entraba en la ciudad de Burgos por la Puerta de las Carretas. Eran tales el estrépito y las voces de los carreteros que los transeúntes se detenían en los bordes de las calles para verlos pasar. Las llantas de los carros y los cascos de las mulas, que levantaban chispas en el adoquinado, producían un retumbo aturdidor: La caravana de Salcedo se ha retrasado este año, comentó un ciudadano. Frente al monasterio de Las Huelgas se levantaba el enorme almacén de Néstor Maluenda que recibía, en dos expediciones anuales, los vellones de media España. Dionisio Manrique y Juan Dueñas permanecieron junto a las carretas, vigilando la descarga, mientras don Bernardo Salcedo reservaba una habitación en el mesón de Pedro Luaces, donde siempre había parado, y buscaba ropa para la cena en los establecimientos más lujosos de la ciudad.

Don Néstor Maluenda lo recibió amablemente. La presencia de don Néstor, tan fino, tan señor, tan en su sitio, siempre había cohibido a don Bernardo: Me encuentro más suelto mano a mano con el Príncipe que con don Néstor Maluenda, solía decir. Todo en el viejo le imponía: su fortuna, su figura alta y esbelta pese a la edad, las pálidas mejillas impecablemente rasuradas, aquella melena corta, al estilo de Flandes, y su indumento, el sayo con ropa encima, el escote cuadrado dejando asomar la camisa y el jubón acuchillado que sería moda un año más tarde. Como siempre, don Néstor se mostró acogedor, le enseñó sus últimas adquisiciones, el gran espejo con marco de oro del vestíbulo y el matrimonio de arquetas venecianas, enfrentadas artísticamente en el salón. Don Bernardo pisaba las alfombras devotamente y, devotamente, admiraba los cortinones gruesos, largos hasta el suelo, que clausuraban las ventanas. Las voces se aterciopelaban inevitablemente en una mansión tan lujosamente vestida. Don Néstor se mostró consternado cuando don Bernardo le comunicó que su esposa había

fallecido y que esto y las secuelas previsibles habían sido la causa de su retraso:

—Era mi primer hijo —dijo, los ojos brillantes—. ¿También ha muerto?

—El niño, no, don Néstor. El niño vive, pero ¡a qué precio!

Inevitablemente salió el tema de la silla de partos y don Bernardo, pese a los tristes recuerdos, reconoció su eficacia:

—El niño estaba opilado —dijo—, pero la silla flamenca facilitó su expulsión. Desgraciadamente la silla no pudo evitar las fiebres de doña Catalina ni su posterior fallecimiento.

Le había sentado entre los dos candelabros y don Néstor parpadeaba contrariado, lamentando que ni siquiera la silla flamenca hubiera podido evitar la desgracia. Pero como buen comerciante encontró enseguida la salida pertinente:

—Todo esto que me cuenta es muy sensible, amigo Salcedo, pero Nuestro Señor, ser previsor, hizo posible que todos los males de esta vida tengan remedio. Un hombre no puede vivir sin mujer y, bien mirado, la mujer no es más que un repuesto para el hombre, una pieza de recambio. Usted debe casarse otra vez.

Don Bernardo agradecía esta conversación confidencial con el gran comerciante castellano, pero no dejaba de mortificarle, de mantenerle en tensión el tema de que trataban:

—El tiempo dirá, don Néstor —dijo cuitadamente.

—Y ¿por qué no ganar al tiempo por la mano? La vida es breve y sentarse a esperar no es la fórmula pertinente; no tenemos derecho a cruzarnos de brazos. Aquí me tiene vuesa merced, tres matrimonios en treinta años y ninguna de las tres mujeres me negó descendencia. El comercio de la lana con Flandes está asegurado por tres generaciones.

Atropelladamente le vinieron a Salcedo varios temas a la cabeza: el problema de su descendencia, la humillante prueba del ajo, el juro de doña Catalina, pero únicamente dijo con un hilo de voz:

—Me temo que yo sea hombre de una sola mujer, don Néstor.

Cuando sonreía, el rostro de don Néstor se llenaba de arrugas. Al fruncírsele la máscara del maquillaje envejecía diez años:

—No hay hombres de una sola mujer, querido amigo. Eso es una falacia. Con mayor motivo hoy que tiene dónde elegir. En Burgos ha habido una dote de cien mil ducados el mes pasado. Muchas grandes fortunas han comenzado así, con un matrimonio de conveniencia.

Bajó los ojos don Bernardo. Después de meses de reclusión y aislamiento, esta conversación en un apartamento tan muelle, con un interlocutor sabio y prudente, le parecía un sueño:

—Lo pensaré, don Néstor. Pensaré en ello. Y si algún día cambiara de opinión vendría a consultarle, se lo prometo.

Don Néstor le sirvió una copa de vino de Rueda y le agradeció la atención de acarrear las pieles personalmente: Hemos ganado un día, dijo don Bernardo con cierta jactancia. Después el señor Maluenda le confió que el presente estaba siendo un año excepcional, que las acémilas hacían la ruta a Bilbao en reatas de doce o quince y que más de setenta mil quintales estarían ya estacionados en los muelles vascos. Que este año movería más de ochenta mil acémilas, cosa que no se había conseguido en Castilla desde 1509. Se le llenaba la boca con las grandes cifras y remató su disertación económica con una fatuidad:

—Hoy día, Salcedo, estoy en condiciones de hacer un préstamo a la Corona.

Sentados en los cabeceros de la gran mesa de nogal, mirándose el uno al otro como las arquetas venecianas del salón, don Bernardo pensó que, a pesar de haberse casado tres veces, nunca había conocido a ninguna de las esposas de don Néstor: son un simple recambio, pensó. Nunca las mezcló en sus reuniones de negocios. Según él, la mujer únicamente debía vestir al hombre en las reuniones de sociedad. Era su oficio. El criado negro les sirvió la sopa de gallina. Don Bernardo se azoró al distinguir su color pero no dijo nada hasta que el criado salió. Entonces continuó sin hablar pero miró interrogativamente a su anfitrión:

—Damián —dijo éste con la mayor naturalidad— es un esclavo de Mozambique. Me lo obsequió hace cinco años el conde de Ribadavia. Lo mismo pudo regalarme un morisco pero hubiese sido una vulgaridad. El favor era demasiado alto para una atención tan mezquina. Hoy en día, un esclavo de Mozambique es un lujo propio de la aristocracia. A los quince años le hice bautizar y hoy está entregado a mi servicio con una fidelidad ejemplar.

Don Bernardo se sentía cada vez más achicado. El escaparate de don Néstor no podía ser más deslumbrante para un pobre burgués como él. La fortuna de don Néstor era comparable, quizá, con la del conde de Benavente. Y el dinero comportaba para don Bernardo una importancia singular. Tras la sopa de gallina, el criado les sirvió truchas y un excelente vino de Burdeos. Se movía silenciosamente, sin rozar los platos de plata con los cubiertos, ni las copas de cristal de Bohemia con el borde de la jarra. El esclavo andaba como

un fantasma, levantando mucho los muslos para evitar los roces de las chinelas con la alfombra. Durante sus ausencias, don Néstor completaba su historia, sus designios respecto a él:

—Es perezoso y huidor —dijo—, pero fiel. Le he elegido como hombre de confianza pero el resto de los criados están celosos de él. Para mí, es un miembro más de la familia, Salcedo, Aunque negro, tiene un alma blanca como nosotros, susceptible de ser salvada. Lo que no le permito de momento es casarse. Imagínese un semental como él suelto por estos salones. Repugnante. Eso sí, cuando cumpla cuarenta años lo emanciparé. Será un modo de agradecerle sus servicios.

El viaje a Burgos, la velada con don Néstor Maluenda, hizo mucho bien al señor Salcedo. Olvidó su negligencia, su simulación, se desembarazó, al fin, del cadáver de doña Catalina y tan pronto llegó a casa, sin quitarse las calzas abotonadas, ni el zamarro de piel de cordero, subió al piso alto, en el que dormitaba Cipriano, y permaneció en pie, a los pies de la camita, mirándolo fijamente. El pequeño se despertó como de costumbre, abrió los ojos y se quedó mirando a su padre sin pestañear, asustado. Pero, en contra de lo que era previsible, don Bernardo no cambió de actitud ante su tierna mirada:

—¿Qué estará tramando el taimado parricida? —dijo una vez más entre dientes.

Su mirada era de hielo y esta vez, el niño, en lugar de estirar su pescuecito de tortuga y otear el horizonte, rompió a llorar desconsoladamente. Acudió presurosa, cimbreando su elástico talle, la nodriza Minervina:

—Le ha asustado vuesa merced —dijo tomando al niño en sus brazos y haciéndole fiestas.

Don Bernardo hizo notar que una criatura de meses, siendo varón, debería mostrarse más duro y resistente y, a renglón seguido, se quedó mirando la airosa figura de la muchacha con el niño en brazos y dijo algo que a don Néstor Maluenda hubiera sorprendido:

—¿Cómo es posible, hija mía, que con esa cara tan bella y ese cuerpo tan esbelto os dediquéis a una tarea tan prosaica como la de amamantar a una criatura?

Don Bernardo Salcedo quedó abochornado de su audacia. Por la tarde, su hermano Ignacio, el oidor, le abrazó alborozado como si llegara de las Indias. Había encontrado a Bernardo cambiado, dispuesto a comerse el mundo. A raíz de su viaje a Burgos entró, en efecto, don Bernardo en una fase de recuperación febril. Una semana más tarde, acuciado por la feria de ganado de Rioseco, afrontó otra de las tareas que tenía pendientes desde el año 16: subir

al Páramo, visitar y reorganizar las corresponsalías de Torozos. En realidad, todo el ganado lanar de Valladolid se había refugiado allí. En torno a la villa no había pastos, las huertas ocupaban las tierras lindantes, y las viñas y los campos de cereales el resto. Sólo quedaban los altos, donde los herbazales se alternaban con los montes de encina. Los ediles de la villa aspiraban a limitar a los páramos los derechos de pasto de lanar y cabrío, únicamente un macho por rebaño ya que las ovejas carecen de importancia y molestan a todo el mundo, decían. Pero luego, los obligados y los fabricantes de zamarros luchaban por su carne y por su piel. Todo era aprovechable en aquel animal necio y mansurrón, es decir tenía mayor importancia de la que le atribuían sus ediles. Y cuando el municipio dictó una disposición prohibiendo que los rebaños pastaran en dos leguas a la redonda de la villa, su desplazamiento al Páramo se hizo inevitable. Entonces no sólo se ocuparon las tierras de Torozos, concretamente los predios de Peñaflor, Rioseco, Mazariegos, Torrelobatón, Wamba, Ciguñuela, Villanubla y otros, sino que hubo que arrendar pastos más lejos aún, en otros territorios como Villalpando y Benavente.

Don Bernardo Salcedo conocía el itinerario al dedillo. Camino de Rioseco pensaba en las posadas, ventas, mesones y casas de viuda que le esperaban en el trayecto. Le vino a la cabeza la viuda Pellica, de Castrodeza, donde dormía en cama de hierro de dos colchones y dos almohadas, hacía tres comidas al día y guardaba el caballo por ocho maravedíes. El carácter del viaje le llevaba a cambiar de cama cada noche y a caminar dos o tres leguas cada día. Don Bernardo Salcedo confiaba en tener recorrido el Páramo, de este a oeste, en un par de semanas para bajar después a la vega, frente a Toro, y detenerse en Pedrosa donde tenía su hacienda. Pensaba en sus corresponsales, respirando el aire fino de la varga, cuando divisó las primeras casas de piedra de Villanubla. A mano derecha, sin moverse del camino, estaba el mesón de Florencio que le acogió, como en él era usual, con educación y pocas palabras. El laconismo era proverbial en la gente del Páramo. A veces conversaba sobre estos hombres con su hermano Ignacio y llegaban a conclusiones más bien optimistas: los hombres de Torozos eran rudos, concisos y sentenciosos pero trabajadores y resueltos. En Villanubla, salvo media docena de vecinos que desempeñaban oficios concretos, el resto sobrevivía alrededor de la agricultura: contados labradores de posición, una decena de labrantines, y jornaleros que vivían de trabajos eventuales con los primeros. En general, era gente desheredada, pobre, que habitaba en tabucos de adobe, sin enlosar, sobre la tierra apelmazada.

Don Bernardo hizo un alto en el mesón de Florencio y dedicó la tarde a platicar con Estacio del Valle, su representante en el Páramo. Las cosas no iban mal o no tan mal como el año anterior. Los rebaños del común habían aumentado en mil doscientas ovejas y la última temporada de pastos había sido favorable. Dos pastores de labradores independientes habían emigrado y habían sido sustituidos por dos braceros inexpertos que, sin embargo, eran hábiles esquiladores. Una cosa podía compensar a la otra. Lo único grave en esta localidad era la tendencia a la emigración entre los jornaleros sin tierra, desocupados en el largo invierno mesetario y con trabajos ocasionales, mal retribuidos, en la recolección y la trilla. Pensando a largo plazo, Villanubla podría ser mañana un problema si la emigración continuaba al ritmo actual. La vida de los desheredados, sometidos a una dieta inalterable de legumbres y cerdo, resultaba monótona, insana y embrutecedora. Estacio del Valle, labrantín sin ambiciones, con sus zaragüelles de lienzo y las abarcas, ofrecía una cierta prestancia indumentaria comparado con los mozos que cruzaban las calles embarradas, descalzos, con sucios calzones hasta la rodilla. Éste era el sino de los hombres del Páramo, donde la jerarquía social se establecía por la forma de llevar las pantorrillas: desnudas, con zaragüelles o con calzas abotonadas como los pastores.

Don Bernardo partió de Villanubla al día siguiente. La vida, en la meseta profunda, ofrecía escasa variación y, sin embargo, encontró la feria de Rioseco inusitadamente animada. El pueblo no ofrecía novedad visible, salvo en el crecimiento respecto al resto de los poblados del Páramo. Los niveles de los rebaños se sostenían y los esquiladores preparaban sus trebejos para el mes de junio. La reserva de madera y hierba se mantenía y el señor Salcedo pasó una noche tranquila, a pesar de las chinches, en la posada de Evencio Reglero.

El recorrido por el Páramo le deparó algunas sorpresas. Una positiva: el crecimiento de los rebaños en Peñaflor de Hornija, donde se había rebasado la cifra de diez mil cabezas, y otras dos negativas: la viuda Pellica había muerto y Hernando Acebes, el corresponsal de Torrelobatón, había sufrido una perlesía y, aunque el barbero de Villanubla le había sangrado dos veces, no se recuperaba y allí estaba sentado el día entero en una butaca de mimbre en el zaguán de su casa, como un inútil. El propio Hernando Acebes, sin bienes de fortuna, se espantaba las lágrimas al facilitarle los nombres y direcciones de los que podían sustituirle.

Tal como había proyectado, don Bernardo Salcedo abandonó el Páramo, iniciado mayo, por el camino de Toro. Hacía un día templado, de sol franco, y

los grillos aturdían en las orillas del camino. Las lluvias de otoño y primavera habían caído regularmente y las espigas anunciaban una prieta granazón. También los palos de los sarmientos se esponjaban y, de no presentarse una insolación prematura, la uva maduraría a su ritmo y, a diferencia del último año, se recogería una buena cosecha. Desde las cuestecillas de La Voluta, Salcedo divisó el cerro Picado y, a su pie, el pueblo de Pedrosa, entre las viñas, apiñado a la izquierda de la iglesia. El día estaba tan claro que, desde la Mota del Niño, se divisaba el soto del Duero, con álamos y negrillos a medio vestir, y, tras él, el verde oscuro de los pinares, pincarrascos y pinos negros, plantados en las tierras arenosas al comenzar el siglo.

Don Bernardo faldeó un montículo con láminas de yeso cristalizado y dos conejos corrieron atolondradamente a refugiarse en el vivar. Benjamín, el rentero, le aguardaba. Era hombre rechoncho, como casi todos los de la zona, como sus hijos, calvo prematuro, con unas facciones abultadas, negroides, tan características que el señor Salcedo lo hubiera reconocido entre mil. El capotillo de dos haldas, de tela burda, los calzones de loneta hasta media pierna y sus cortas piernas peludas eran su uniforme inalterable. Benjamín era uno de los pocos hombres, en aquella época de ostentaciones, a quien agradaba aparentar menos de lo que era. Sus ingresos y su categoría social como rentero, hombre del que en cierto modo dependía el trabajo de los braceros, le daban derecho a otra imagen física que él y los suyos desdeñaban. Tanto Lucrecia del Toro, su señora, como sus hijos Martín, Antonio y Judas Tadeo, vestían sayas y capotillos marrones repasados y vueltos a repasar, y en los que Lucrecia había puesto más puntadas que los tejedores de Segovia. Benjamín confirmó a don Bernardo los buenos auspicios: el trigo y la cebada estaban granando bien y, aunque cualquier juicio sobre la vid pecaba de prematuro, de no surgir algún imprevisto, la cosecha de uva podría superar en una quinta parte a la del año anterior. Se oían los relinchos impacientes de *Lucero*, el caballo de don Bernardo a la puerta del chamizo y, dentro, en el zaguán, donde conversaban, hacía fresco y olía a alholvas. Don Bernardo se sentaba rígido en el escañil y Benjamín en un tajuelo, junto al arcón donde Lucrecia guardaba las sábanas y la ropa blanca entre hierbas olorosas. La casa de Benjamín era elemental y sórdida. Contaba con pocos muebles y ningún adorno, por lo que conservaba, como oro en paño, una colgadura con figuras que representaban el nacimiento de Nuestro Señor y el dosel de guadamecíes bajo el que dormía con su esposa desde hacía veinticinco años.

La misma austeridad emanaba su figura, caballero en mulo matalón, con manta en lugar de silla, y la de su hijo Martín, el primogénito, sobre una burra

lunanca de medio pelo, cuando le acompañaron a inspeccionar las tierras. Detrás de la lomilla, don Bernardo advirtió que Benjamín había sustituido una tierra de cebada por un bacillar: Es la uva la que nos saca de pobres, don Bernardo, hay que desengañarse —le dijo por toda explicación. Pero al señor Salcedo lo que le interesaba era conocer las aranzadas más escatimosas de la propiedad, las que menos daban: las que faldean La Mambla, había respondido Benjamín sin pensarlo dos veces. Y ahora recorrían las calles de estos majuelos, de buena apariencia, cuya poquedad solamente se advertía a la hora de la vendimia—. ¿Son los más escatimosos? —insistió don Bernardo—. De largo, señor Salcedo; menos fruto y más agraz; a saber la razón —dijo.

Únicamente al regreso, don Bernardo, desde lo alto de su caballo, comunicó a Benjamín Martín y a Martín Martín, su primogénito, que doña Catalina había muerto. Benjamín, aposentado en su mulo, se sacó la cachucha de la cabeza y se persignó: Nuestro Señor dé salud a vuesa merced para encomendar su alma —dijo a media voz, mientras Martín Martín, el muchacho, más avergonzado que dolido, se limitó a bajar la cabeza.

La señora Lucrecia le dio de comer en la cocina, sobre la mesa de pino, sentados en escañiles, frente a la alacena, colmada de pucheros y cazuelas, con dos lebrillos de agua a cada lado. Tras cada ausencia prolongada, Lucrecia le hacía este honor, le preparaba la comida sin advertirlo, sin invitación previa. Era un hecho ya sabido y cuando don Bernardo se sentó a la mesa, en el seno de la confianza, Benjamín ya estaba comiendo. Masticaba ferozmente, el sombrero calado, y cada ocho o diez bocados hacía ademán de llevarse la mano a la boca y eructaba sin disimulo. Entre eructo y eructo, pasó revista a las novedades, particularmente a aquellas que afectaban a su peculio. Los salarios subían sin cesar. Hoy un vendimiador no se agachaba por menos de veinte maravedíes, ni se encontraba un obrero por cuarenta, ni un podador por sesenta. En ese sentido las cosas estaban mal. Por si fuera poco, la última cosecha había venido muy mermada y, en consecuencia y, como don Bernardo habría advertido, no le había pagado la renta de la Pascua. Don Bernardo le hizo ver que los reveses del campo le afectaban a él tanto como al rentero y que el retraso en el pago de las rentas estaba lejos de ser una solución: Acabarás en manos de usureros, Benjamín —sentenció apuntándole con el dedo índice. Pero Benjamín reservaba la gran cuestión para la sobremesa, una vez que el espeso vino de Toro hubiera producido sus efectos. En su primitivismo, Benjamín era inteligente y, en lugar de afrontar directamente el tema de la sustitución de los bueyes por mulas, inició lateralmente el debate, poniendo en cuestión el barbecho al que calificó de

labor anticuada e inútil. Don Bernardo, que tenía un somero conocimiento de la tierra, pero suplía su ignorancia con la experiencia de sus contertulios en la taberna de Garabito, en la calle Orates, respondió que para mullir y orear la tierra se precisaba otro cultivo, el mijo ceburro, por ejemplo, del que había poca práctica en Castilla. El rentero miraba a don Bernardo de hito en hito y argumentó que el abono era preferible al cambio de cultivo, que en Toro llevaban dos años tirando abono y les iba mejor con ello que con el año y vez. Martín Martín, como cachorro educado en la sumisión, apoyaba a su padre con la mirada, pero don Bernardo, a quien irritaba la mendaz argumentación de padre e hijo, les preguntó si podía saberse dónde encontraban abono en Toro, puesto que en Castilla, dijo, lo único que aumentan son las ovejas pero lo que el campo necesita es estiércol, no cagarrutas, y el poco estiércol de que disponemos se consume en las huertas. La conversación había seguido los cauces previstos por Benjamín, quien alegó, a propósito del estiércol, que lo más moderno en usos agrarios estribaba en sustituir el buey por la mula, ya que ésta come menos, es más fina, más ligera y gana tiempo, especialmente con el arado. Don Bernardo, sofocado por la discusión y el tinto, arguyó que la mula era un animal que carecía de fuerza y apenas arañaba la tierra, por lo que su trabajo era pobre e inútil, mientras el buey, por mor de su fuerza, araba en surcos profundos con lo que defendía mejor la simiente. A esto adujo el rentero que el buey comía más y el pasto de que se alimentaba era difícil y caro, pero don Bernardo, lejos de doblegarse, intentó hacerle ver que la decadencia agrícola en otros lugares de España venía precisamente del hecho de haber sustituido el buey por la mula. Benjamín Martín, más pragmático, hizo hincapié en que en Villanubla únicamente dos labradores seguían con los bueyes de arado, pero, en tal coyuntura, don Bernardo Salcedo preguntó, con mucho tino, si no era Villa-nubla el único pueblo en decadencia del Páramo. El rentero lo admitió, si bien señaló una nueva dificultad: la exagerada parcelación de la tierra exigía traslados rápidos de las yuntas, y de los bueyes podía esperarse todo menos rapidez. Los jarros de espeso vino de Toro iban desapareciendo de la mesa y don Bernardo, acodado en el tablero, con las orejas rojas y la mirada perdida, acabó adoptando una solución salomónica: Podía ensayarse; las innovaciones requieren experimentación. Es así como avanza la ciencia. Se podían cambiar, por ejemplo, los bueyes de una yunta y dejarlos en las otras dos. La eficacia y el tiempo hablarían. El grano diría si la agilidad y alimentación de la mula compensaba el mejor trabajo del buey, o éste, por el contrario, seguía por delante de las presuntas virtudes de la mula.

Don Bernardo estaba cansado. Eran demasiados días embromado en discusiones necias y las discusiones necias le fatigaban especialmente. Por otro lado le sacaban de quicio los interlocutores analfabetos. Y era ya casi de noche cuando abandonó la casa de los renteros con la cabeza cargada y brumosa. El pueblo se adentraba pausadamente en las tinieblas y el señor Salcedo tomó a *Lucero* de la brida y lo condujo al paso hasta la casa de la viuda de Baruque, donde, como de costumbre, pensaba pernoctar. En la calle no había un alma y la viuda se llegó a la puerta de la calle con un candil. Acomodaron a *Lucero* en la cuadra y ella le preguntó qué iba a cenar. Don Bernardo prefería no cenar. La comida, a base de cerdo y judías pintas, le había resultado empachosa; le había dejado ahíto. Al desprenderse de sus ropas embarazosas y estirarse desnudo en las planchadas sábanas gimió de placer. Habían sido dos semanas cambiando cada día de dieta y alojamiento. Muy de mañana pagó a la viuda y, por el atajo del Vivero, salió al camino de Zamora. En la encrucijada brincó una liebre de la viña y corrió cien metros zigzagueando por delante del caballo. Luego espoleó a éste y, a galope corto, se encaminó a Tordesillas. Su carácter metódico y rutinario no le permitió cambiar de ruta. Por unos segundos pensó en su hijo y en el donaire de Minervina con él en brazos. Sonrió. Rebasada Tordesillas picó a *Lucero*, atravesó las tierras de Villamarciel y Geria, orilló Simancas, cruzó el río por el puente romano y, a mediodía, entraba en Valladolid por la Puerta del Campo, dejando a mano derecha la Mancebía de la Villa.

III

Sin apenas advertirlo, don Bernardo Salcedo se encontró enganchado de nuevo a la rutina. Meses atrás había llegado a pensar que podía morir de aburrimiento, pero ahora, como si aquello hubiera sido un amago de tormenta, pensaba que sus temores habían sido exagerados. Su *acceso de melancolía*, como él llamaba pomposamente a sus meses de vagancia, había sido vencido, así que volvió a tomar las riendas de su casa y de sus negocios. Por la mañana, tras el opíparo desayuno que le servía Modesta, don Bernardo se encaminaba al almacén de la vieja Judería, en los aledaños del Puente Mayor, y allí se encontraba con Dionisio Manrique, su fiel colaborador, que meses atrás había llegado a pensar que el amo se moría y el almacén habría que cerrarlo. Se imaginó sin trabajo, sin oficio ni beneficio, pordioseando entre los niños llenos de bubas que llenaban las calles de la villa, en invierno y en verano. Ahora, de pronto, el señor Salcedo, sin saber por qué ni por qué no, había salido del bache y había vuelto a hacerse cargo de la situación. El viaje a Burgos había sido el inicio de su resurgimiento. En el mismo despacho de don Bernardo, en una mesa de pino de Soria paralela, se sentaba él y, mal que bien, iba llevando las cuentas de las reatas de mulas que bajaban del Páramo y de los vellones almacenados en la inmensa nave de la Judería. *Atila*, el mastín feroz que le regalaron de cachorro, correteaba ladrando entre la tapia y el edificio y dormía con un ojo abierto en la caseta de la entrada. Era un can de oído fino y malas pulgas, y las noches, especialmente las de luna llena, las pasaba aullando en el corredor. No se sabía de ningún exceso cometido por el perro pero, tanto don Bernardo como su fiel Dionisio, presumían de que nadie se había llevado un vellón desde que *Atila* vigilaba el almacén.

Manrique, sin otra ayuda que Federico, un galopín de quince años, mudo de nacimiento, era el alma del establecimiento. El despacho, la mesa y los manguitos eran la tapadera de actividades más prosaicas. Por un lado, Dionisio anotaba los vellones que entraban y salían, pero por otro echaba una mano artesana y servicial para todo lo que fuera menester. Dionisio, por ejemplo, salía con Federico a la explanada, casi siempre embarrada, cada vez que se anunciaba una expedición y, entre ellos y el arriero, descargaban las sacas sin apelar a manos mercenarias, almacenando ordenadamente las pieles. Del mismo modo Dionisio, en una prisa, como aconteció con el último viaje a Burgos, no dudaba en tomar el zamarro y el látigo y conducir personalmente una carreta hasta las instalaciones de don Néstor Maluenda en Las Huelgas o

donde hiciera falta. Una vez metido en harina, no ponía reparos a nada, comía en el mostrador con los arrieros o dormía en las habitaciones colectivas de las ventas con objeto de que el patrón ahorrase unos maravedíes.

En el pequeño comercio que don Bernardo sostenía con la fábrica de zamarros de Camilo Dorado, en Segovia, era el propio Manrique el que alquilaba las reatas y las conducía por atajos pedregosos de la sierra que sólo él conocía. Don Bernardo, que sabía de la versatilidad de Dionisio, de su disponibilidad, definía a su subordinado de una manera peculiar, no exenta de tintes despectivos, como un hombre que hace lo mismo a un roto que a un descosido.

Los primeros días de verano fueron fechas de agitación en el almacén y la actividad desaforada desplegada por don Bernardo vino a restablecerle de la plétora causada por sus excesos gastronómicos, restablecimiento al que ayudó sin duda la sangría practicada por Gaspar Laguna que, en su día, había intervenido también a su señora inútilmente. Pero Salcedo no era hombre rencoroso. Detestaba la chapuza pero valoraba el trabajo bien hecho aunque no llegara a buen fin. En las personas que confiaba no dejaba de creer por un desacierto. Don Bernardo partía de la base de la imperfección humana y así, cuando avisó al barbero-cirujano, demostró que no le tenía ojeriza, pero, al propio tiempo, lo recibió con estas palabras: A ver si tenemos más suerte que con doña Catalina que gloria haya, amigo Laguna, lo que obligó al barbero a extremar toda su ciencia y habilidad.

A las doce del mediodía, don Bernardo marchaba del almacén. Eran semanas de calor y las calles hedían a basuras y desperdicios. Los niños, con las caritas llenas de bubas y landres, le salían al paso pordioseando, pero él los desatendía. Ya tienen a mi hermano, pensaba, ¿hay alguien en Valladolid que haga más por sus prójimos que mi hermano Ignacio? Caminaba despacio, evitando las alcantarillas, atento al «¡agua va!» de las ventanas, hasta abocar a la taberna de Garabito, en la calle Orates, con su inevitable ramita verde junto al rótulo, donde solían reunirse tres o cuatro amigos a degustar los blancos de Rueda. El primer día que llegó, después de su larga ausencia, todos le manifestaron que le habían echado de menos porque eran de esa clase de amigos circunstanciales, de apeadero, tímidos, que habían asistido al sepelio de doña Catalina, como Dios manda, pero no osaron poner pie en su casa. Para doña Catalina eran los *amigotes* y no encontraba expresión más ajustada para designarlos. Pero los amigotes celebraron con unos vasos la reincorporación de don Bernardo a las tertulias mañaneras. Él les habló de su *acceso de melancolía* y, aunque ninguno de ellos sabía a ciencia cierta en qué

consistía este mal, le preguntaron, con la reiteración propia de los borrachos, cómo se las había arreglado para pelarlo. Don Bernardo, dado al ingenio verbal, miró uno a uno a los amigotes del grupo e hizo la revelación que había preparado en casa dos semanas antes: A mí me curó un correo urgente de Burgos. Los amigotes rieron, le propinaron palmadas en la espalda y se lo comunicaron a otros amigotes y todos coincidieron en que con el pellejo de vino de La Seca que acababa de abrir Dámaso Garabito terminaría de restablecerse.

Allí, en la taberna, don Bernardo se salía de la norma y la hipocresía: juraba, soltaba palabrotas, reía los cuentos obscenos y estos excesos le aligeraban y le disponían a afrontar con mejor ánimo la jornada vespertina de la villa. En ocasiones también buscaba consejo en la taberna de Garabito, como aconteció con Teófilo Roldán, labrador de Tudela, que cada semana atravesaba dos veces el Duero en la barcaza de Herrera, junto a su caballo, para atender su labranza. Teófilo Roldán bebía en tazón, pues para él el blanco tras un cristal transparente perdía buena parte de sus propiedades. Escuchó a don Bernardo la historia de su rentero y cuando aquél le preguntó qué le parecía más conveniente: tener el rentero a la parte o a sueldo fijo, don Teófilo, inspirado por el vino, con una lógica apabullante, le respondía que dependía de la parte. Don Bernardo se mostró franco por una vez: digamos un tercio de la cosecha, dijo. Don Teófilo fue rápido: En Tudela damos más —sugirió antes de que don Bernardo terminara de hablar. Salcedo se ruborizó ligeramente; tenía un cutis suave, apto para ello: no vayamos a comparar, Tudela es un pueblo próspero, mientras Pedrosa malvive. Luego apuntó que con un tercio una familia en su pueblo podía redimirse, e incluso hacer fortuna, pero era difícil que lo consiguiera si el rentero era analfabeto, no sabía sumar y ventoseaba todo el tiempo delante de su señor. Es lo mismo —dijo— que hacerle desechar una idea una vez que ha arraigado en su pobre cerebro. Teófilo Roldán empinaba el codo sin cesar. Había llegado a ese punto soñado en que se pierde la gravidez del cuerpo y se siente uno flotar. ¿Qué idea? —dijo—. ¿A qué idea se refiere, Salcedo? —preguntó tambaleándose. Concretamente —replicó don Bernardo— a persuadirle, sin necesidad de hacer números, de que el buey en el campo es un animal más rentable que la mula. Roldán se inclinó hacia él hasta casi topar con su cabeza: ¿De veras lo cree usted así? Don Bernardo se desconcertó: ¿Usted no? Según —dijo don Teófilo—. Según la labor y el terreno. Don Bernardo, sin razón alguna, salvo que iban aumentando sus libaciones, empezó a sentirse optimista. De repente habían dejado de importarle el buey y la mula y

la rentabilidad del uno y de la otra; únicamente le importaba oír su voz, sentirse vivo y paladear el buen vino de La Seca: Labores de arada —dijo—. Me refiero a labores de arada. La mula no ara, araña, y deja que se coman la simiente las palomas y los cuervos. Todos los pájaros se comen la simiente, tartajeó Roldán poniéndole una mano en el hombro. Don Bernardo sonreía denegando con la cabeza: Pero no siempre, amigo mío, el buey ahonda y defiende la semilla. Los ojos de don Teófilo se ponían turbios: Pe… pe… pero ¿usted tiene tanta autoridad como para dar órdenes a su rentero? Me concede esa licencia —aclaró el señor Salcedo—: me cede el poder espontáneamente porque él no entiende de papeles.

Don Bernardo se dejaba envolver con gusto en la vieja rutina. Acudía diariamente a la taberna de la calle Orates, junto a la casa de locos, o a cualquier otra donde apareciera una rama verde en el rótulo del establecimiento. Era significativo porque, sin ponerse de acuerdo, los amigotes siempre coincidían en la cantina que abría cuba o pellejo ese día. De ordinario eran vinos que habían entrado en la villa por la puerta del Puente Mayor o la de Santiesteban, antes de cumplirse los cinco meses de la vendimia como era preceptivo, e inscritos en el registro de entradas para saber a cuánto ascendía el consumo. Los tintos solían ser flacos, a medio hacer y poco cotizados, pero el buen catador siempre esperaba la sorpresa. Tras probarlo, como buenos degustadores, comentaban las virtudes y defectos del nuevo mosto. Y, de cuando en cuando, reaparecía otro amigote, menos asiduo que los demás, que había oído algo de la enfermedad de don Bernardo y le preguntaba por su restablecimiento. Y Salcedo, que consideraba su respuesta una de las más ingeniosas de los últimos tiempos, se echaba a reír y respondía: Un correo urgente de Burgos me sanó, aunque vuesa merced no lo crea. Y el amigote reía con él, y le palmeaba fervorosamente la espalda porque el nuevo vino tenía una graduación más alta de la esperada y con cuatro vasos se nublaba la inteligencia.

A las dos, don Bernardo se retiraba a casa con el buen humor que le proporcionaba la taberna de Garabito. Modesta, mientras le servía la comida, solía hacerse lenguas sobre las nuevas gracias del niño. Ella no entendía que un padre pudiera mostrarse indiferente ante los progresos de su propio hijo, pero lo cierto es que Salcedo apenas la escuchaba y se preguntaba mil veces qué era lo que, en el fondo de sí mismo, sentía por aquella criatura. De regreso de Pedrosa, don Bernardo imaginó que sus sentimientos hacia el pequeño oscilaban entre la atracción y el rechazo. Algunas tardes, sin embargo, subía a las buhardillas y, al ver a su hijo, reconocía que nunca sintió

amor por él, a lo sumo mera curiosidad de zoólogo. Entonces podía pasarse siete días sin volver por el piso alto. Al cabo de una semana tornaba a sentir esa vaga atracción, que únicamente existía en su imaginación, y se presentaba en las buhardillas por sorpresa. Minervina planchaba o cambiaba los pañales al niño, acompañando su acción de canciones a media voz o palabras cariñosas. Don Bernardo miraba a la muchacha sin dejarlo: tenía el convencimiento de que la legumbre y el cerdo, el alimento invariable del pueblo, generaba seres anchos y retacos. Por eso le sorprendía aquella chica de Santovenia, alta y fina, en la que cada día descubría un nuevo encanto: el largo y frágil cuello, los pechitos picudos sobre la burda saya, el trasero pequeño y prominente cada vez que se inclinaba sobre la tabla de planchar. Toda ella era belleza y armonía, una especie de aparición. Un mes más tarde se dio cuenta de otra cosa: que el niño no le provocaba atracción o rechazo, sino simplemente rechazo y que la atracción provenía de Minervina. Entonces rectificó su confidencia a don Néstor Maluenda en el sentido de que él no era hombre de una sola mujer sino de una sola esposa. Conforme pasaba el tiempo, las más elementales exigencias lascivas crecían cada vez que veía a la muchacha. Pero ella se mostraba tan ajena, tan indiferente a sus miradas, tan recriminadora a veces, que no se atrevía a pasar de la mera contemplación. Sin embargo, un día ardiente de verano, sugirió a la chica que bajara a dormir al piso primero donde el bochorno se hacía más soportable.

—¿Y el niño? —dijo Minervina a la defensiva.

—Con el niño, naturalmente. Si le aconsejo eso es pensando en la salud del pequeño.

Minervina lo midió de arriba abajo con sus transparentes ojos lilas sombreados por espesas pestañas, luego miró al niño y denegó con la cabeza, subrayando después su negativa:

—Estamos bien aquí, señor —dijo.

A partir de este tropezón pueril, la imagen de la nodriza no se apartaba de su cabeza. Y, hechizado por sus encantos, la espiaba día y noche. Sabedor de que el niño mamaba cada tres horas, procuraba informarse de la última toma para sorprenderla en la siguiente con el pecho descubierto. Y, cada vez que lo intentaba, subía las escaleras de puntillas, las manos temblorosas y el corazón acelerado. Mas, si antes de abrir la puerta de la escalera, les oía reír y retozar en la habitación inmediata, regresaba a la sala sin asomarse. Ocurría que Minervina tomaba sus precauciones ante la frecuencia de sus visitas, pero una tarde, cuando menos lo esperaba, la sorprendió por el resquicio de la puerta con el niño en el enfaldo, el brazo derecho fuera de la saya y el pequeño

pecho firme y puntiagudo, de pezón sonrosado, en espera de que la criatura lo tomase. Dios mío, murmuró don Bernardo, deslumbrado por tanta belleza, pegando su ojo a la rendija.

—¿Es que no lo quieres hoy, mi tesoro? —dijo la chica.

Y sonreía con sus labios jóvenes y gordezuelos. En vista del desinterés del niño, tomó su pecho con dos dedos y dibujó con la punta del pezón la boca del bebé, quien, tan directamente estimulado, agarró ávidamente el pecho como la trucha la lombriz que el pescador le ofrece de improviso en el hilero. Entonces don Bernardo, incapaz de reprimir el jadeo, se apartó de la puerta y bajó las escaleras temeroso de delatarse. Repitió la excursión en las tardes siguientes. El recuerdo de aquel pechito inocentemente ofrecido le volvía loco. En el almacén no era capaz de concentrarse, rendía poco, delegaba la mayor parte de las tareas en manos de Manrique. Luego, en la taberna de Garabito, se emborrachaba en las catas y, al llegar a casa, se encamaba pretextando dolor de cabeza. Los vapores del alcohol se iban disipando pero, a cambio, la imagen de aquel pechito desnudo volvía a subírsele a la cabeza. Hacía el cálculo de las mamadas y subía al piso alto sobre las seis, la cuarta toma del día. Pero una tarde bochornosa de finales de septiembre, con las puertas del piso alto abiertas de par en par, una ráfaga de viento caliente cerró violentamente la puerta de Minervina y la señora Blasa apareció, sin avisar, en la última del pasillo.

—¿Necesita vuesa merced alguna cosa?

Don Bernardo se sintió abochornado:

—Subía a ver al niño. Hace días que no lo veo —dijo.

La señora Blasa entró en la habitación de Minervina y volvió a salir con la misma diligencia. Tenía más marcadas las arrugas horizontales de la frente, fenómeno que acontecía cada vez que en su cabeza surgía una idea. Al mismo tiempo, en las comisuras de la boca se insinuaba un mohín burlón:

—Está mamando, señor. La Miner lo bajará en cuanto termine.

Descendió las escaleras lentamente, avergonzado, como un ladrón sensible sorprendido con las manos en la masa. Pero a la noche, en su visita diaria a su hermano Ignacio, le confesó:

—Ahora pienso si a don Néstor Maluenda no le diría la verdad, Ignacio. ¿No crees tú que se puede ser hombre de una sola esposa pero de varias mujeres? El cuerpo me pide, Ignacio, me apremia; hay días que no pienso en otra cosa. Me parece que echo en falta una mujer a mi lado.

Esperaba que su hermano, ocho años más joven que él, pero probo y justo, le diese un sabio consejo o, siquiera, la oportunidad de contarle su naciente

pasión por Minervina, pero Ignacio Salcedo cortó en flor sus ilusiones:

—¿Quién te dijo que seas hombre de una sola esposa, Bernardo? Tú necesitas otra mujer. Eso es todo. ¿Por qué no le dices a fray Hernando que te ayude a buscarla?

Le dejó desconcertado. No se trataba de hablar con fray Hernando, sino de convencer a Minervina de que, entre mamada y mamada del pequeño Cipriano, se entretuviera un rato con él en el lecho de la buhardilla. El problema no consistía, pues, en arreglar una boda sino en facilitarle el acceso a los dominios de la chica, de poder desahogar con ella sus apremios carnales. Esto no lo aprobaría nunca fray Hernando y, menos aún, su hermano Ignacio, tan recto, tan íntegro. ¿A quién acudir entonces?

Una tarde, Modesta le sobresaltó gritando que el niño andaba. Acababa de cumplir nueve meses y apenas pesaba quince libras, aunque había dado abundantes pruebas de agilidad. A veces se ponía cabeza abajo en la cama de Minervina para que la chica riera. Otras saltaba la barandilla de la cunita con notable ligereza y permanecía un rato de pie sin moverse, sin sujetarse a nada, observando, como solía hacer al abrir los ojos, los objetos que le rodeaban. Ahora, don Bernardo, sorprendido en plena cabezada, no desaprovechó la oportunidad de volver a ver a la muchacha y ascendió pesadamente las escaleras del piso alto. En el pasillo tropezó con su hijo caminando a solas hacia las escaleras, mientras Minervina, sonriente, le seguía agachada, los brazos abiertos tras él, protegiéndolo. Detrás de ella marchaban, como unas mialmas, Modesta y la señora Blasa:

—Se da cuenta vuesa merced, el niño ya se anda —decía con voz explosiva la cocinera.

Mas don Bernardo, fingiendo una ira que no sentía, aprovechó la circunstancia para censurar a Minervina su descuido, para fustigarla. A un niño de nueve meses no se le podía poner en pie si no quería arquearle las piernas para el resto de su vida. Las piernas de un niñito a esta edad eran como de gelatina, incapaces de soportar su propio peso sin resentirse. Iba alzando la voz y, cuando advirtió que los ojos lilas de Minervina se inundaban de lágrimas, experimentó un raro placer, como si fustigara con un látigo la espalda desnuda de la muchacha. Mas, pese a su aparente indignación, a partir de esa tarde fue imposible recluir a Cipriano en su cunita. Se bajaba de ella con facilidad pasmosa y correteaba por el pasillo como un niño de dos o tres años. Es decir, Cipriano no sólo andaba sino que corría como si llevase una vida ensayando y, si alguien trataba de impedirlo, se zafaba de sus brazos y reemprendía la carrera. Diríase que al pequeño le habían dejado huella las

gélidas miradas de su padre, cuando, de niño, la sensación de frío lo despertaba y sentía la necesidad de escapar.

Algunas tardes, los tíos Gabriela e Ignacio subían a visitarlo. Los primeros días las habilidades del niño fueron como un espectáculo de feria. Pero Gabriela no ocultó su temor: ¿No era demasiado tierna la criatura? No se refería a la edad sino al tamaño, pero Minervina, que miraba extasiada los alamares y puñetes de lechuguilla del vestido de doña Gabriela, salió acalorada en su defensa: No lo crea vuesa merced, aunque menudo, no es un niño débil Cipriano; le sobra nervio. Pero, una vez pasada la novedad, doña Gabriela y don Ignacio empezaron a espaciar sus visitas y don Bernardo reanudó las suyas a la calle de Santiago. Enfrascado en la rutina, atendía sus obligaciones pero no olvidaba a Minervina. La aparición de la cocinera cuando él acechaba la habitación de la chica había rebajado, sin embargo, sus ímpetus iniciales.

Por las noches reflexionaba en la cama, excitado, sobre las posibilidades que un hombre rico tenía de llevar a la cama a una mujer pobre, pueblerina y quinceañera además. Creía que eran muchas pero él carecía de la agresividad del hombre rico y Minervina de la sumisión de la mujer pobre. La muchacha, sin grandes palabras ni gestos melodramáticos, le había tenido a raya hasta el momento. Pero, persuadido de que todas las ventajas estaban de su parte, don Bernardo Salcedo tomó un día una viril decisión: atacaría directamente y le haría ver a la chica la necesidad que tenía de sus favores.

Conforme a este plan, una noche de finales de septiembre, subió las escaleras del servicio en camisón, con una lamparita y los pies descalzos, procurando evitar los crujidos de la madera y se detuvo ante la puerta de Minervina. Los latidos de su corazón le sofocaban. La imagen de la muchacha tendida descuidadamente en el lecho, le encalabrinaba. Abrió lentamente la puerta con la luz en la mano y, entre las sombras, distinguió al niño dormido en su cunita y a Minervina a su lado, dormida también, respirando pausadamente. Cuando él se sentó en el lecho, la chica se despertó. Sus ojos, muy redondos, estaban sorprendidos más que indignados:

—¿Qué busca vuesa merced en mi habitación a estas horas?

Don Bernardo carraspeó hipócritamente:

—Me pareció oír llorar al niño. Minervina se cubría el escote con el embozo de la cama:

—¿Desde cuándo se preocupa vuesa merced por los llantos de Cipriano?

Con su mano libre, don Bernardo atrapó audazmente la de Minervina como si fuera una mariposa.

—Me gustas, pequeña, no lo puedo remediar. ¿Qué hay de malo en que tú y yo pasemos un rato juntos de vez en cuando? ¿Es que no puedes repartir tu cariño entre padre e hijo? Vivirás como una reina, Minervina; nada te va a faltar, te lo aseguro. Únicamente te pido que reserves para este pobre viudo un poco de tu calor.

La chica rescató su mano prisionera. La indignación brillaba en sus ojos lilas a la luz del candil:

—Vá-ya-se-de-a-quí —le dijo mordiendo las palabras—. Márchese ahora mismo, vuesa merced. Quiero a este niño más que a mi vida pero me iré de esta casa si vuesa merced se obstina en volver a poner los pies en este cuarto.

Cuando don Bernardo, con las orejas gachas, se incorporó para marcharse, el niño se despertó asustado. Pensó que los ojos de Cipriano lo desenmascaraban y entonces interpuso el candil entre él y la cunita, abrió la puerta y salió al pasillo. No habían mediado palabras fuertes, ni siquiera actitudes ridículas, lo que no impidió que se sintiera adolescente y vacuo. No era aquélla una situación propia de un hombre de su edad y condición. Se metió en cama despreciándose a sí mismo, un desprecio que no respondía a razones aparatosas pero que aumentaba si pensaba en su hermano Ignacio y en don Néstor Maluenda. ¿Qué hubieran pensado ellos sí le hubieran visto humillándose de aquel modo ante una criada de quince años?

El apremio lúbrico seguía persiguiéndole sin embargo al salir a la calle al día siguiente, camino de la Judería. Había decidido visitar la Mancebía de la Villa, junto a la Puerta del Campo, donde no acudía desde hacía casi veinte años. Es una buena acción, se dijo para justificarse. La Mancebía de la Villa dependía de la Cofradía de la Concepción y la Consolación y, con sus beneficios, se mantenían pequeños hospitales y se socorría a los pobres y enfermos de la villa. Si una mancebía sirve para esos fines lo que se haga dentro de ella tiene que ser santo, se dijo.

A los lados de la calle, como cada día, pobres niñas de cuatro y cinco años, con los rostros cubiertos de bubas, pedían limosna. Repartió entre ellas un puñado de maravedíes pero cuando, horas después, charlaba con la Candelas en la mancebía, en su pequeña y coqueta habitación, los tristes ojos de las niñas pedigüeñas, las bubas purulentas en sus rostros, volvieron a representársele. Al verse entre aquellas cuatro paredes, su rijosidad, tan sensible, se había aplacado. Vio a la muchacha presta a desarrollar sus dotes de seducción: No se moleste, Candelas —le dijo—, no vamos a hacer nada. He venido simplemente a charlar un ratito. Se sentó anhelosamente en un confidente, ella a los pies de la cama, sorprendida. Don Bernardo se consideró

en el deber de aclarar: Es la sífilis, ¿no se ha fijado?, la villa está podrida por la sífilis, se muere de sífilis. Más de la mitad de la ciudad la padece. ¿No ha visto a los niños por la calle de Santiago? Todos están llenos de incordios y bubas. Valladolid se lleva la palma en enfermedades asquerosas. Se acodó en los muslos desalentado. Candelas continuaba sorprendida. ¿Qué había ido a buscar a la Mancebía de la Villa aquel caballero? Se sintió desafiante: ¿Por qué Valladolid? —preguntó—. El mundo entero está lleno de enfermedades asquerosas. Y ¿qué podemos hacer? Él se estiró y cruzó las piernas. La miró fijamente: Y ¿no tiene miedo? Ustedes se exponen diariamente, no tienen ninguna protección… Quiero decir que ustedes no disponen de médicos del Consistorio, ni la villa se preocupa de su salud y la de sus clientes. Ella rió desganada, denegando, y él se puso de pie. Tenía la sensación de que los landres y las bubas no estaban en las mujeres sino en el ambiente. Le tendió la mano: Me alegra haberla conocido —puso un ducado en su blanca mano—. Volveré a verte —añadió. Inclinó la cabeza. Luego salió furtivamente de la Mancebía sin despedirse del ama.

Camino de su casa pensó en Dionisio, Dionisio Manrique, el factótum del almacén. Manrique era soltero, festivo y rijoso. Aunque religioso, arrastraba fama de putañero, de dedicar sus ocios a la lubricidad. Sin embargo, entre él y don Bernardo jamás se había cruzado una palabra sobre el particular. Manrique era para Salcedo un joven medroso, todavía casadero y bien mandado. Y Salcedo era para Manrique un hombre recto, encarnación de las buenas costumbres, comedido en el ejercicio de su autoridad. De ahí su sorpresa cuando el jefe abandonó su mesa esa mañana y se dirigió a la suya con mirada encendida:

—Anoche visité la Mancebía de la Villa, Manrique —dijo sin rodeos—. Todo hombre tiene sus exigencias y yo, ingenuamente, pensé satisfacerlas allí. Pero ¿ha visto usted cómo están las calles de la villa de mendigos llenos de bubas y escrófulas? ¿De dónde cree usted que salen esos millares de sifilíticos? ¿Cómo podremos evitar que la nefanda enfermedad acabé con nosotros?

Dionisio Manrique, que mientras don Bernardo hablaba tuvo tiempo de reprimir su desconcierto, miró a su jefe y lo vio apurado, sin asideros. Trató de confortarlo:

—Algo se está haciendo, don Bernardo, en este sentido. Y su hermano lo sabe. La cura de calor está dando resultado. En el Hospital San Lázaro se practica, yo tengo una sobrina allí. El método no puede ser más sencillo: calor, calor y calor. Para ello se cierran puertas y ventanas y se inunda la

habitación en penumbra de vapores de guayaco. A los enfermos se los cubre de frazadas y se encienden junto a sus camas estufas y braseros a fin de que suden todo lo posible. Dicen que con calor y dieta sobria basta con treinta días de tratamiento. Las bubas desaparecen.

Dionisio suspiró con alivio pero observó que no era ésta la respuesta que don Bernardo esperaba:

—Sí —dijo éste—. No dudo que la medicina progresa, pero ¿cómo tener hoy una relación carnal con una mujer sin arriesgar nuestra salud en el empeño? Yo no pienso volver a casarme, Manrique, no soy hombre que guste de andar dos veces el mismo camino, pero ¿cómo desahogar mis apetencias sin riesgo?

Dionisio parpadeaba, indicio en él de cavilación:

—La seguridad que vuesa merced pide sólo tiene una solución. Hacerlo con una virgen; sólo con ella.

—Y ¿dónde encuentra uno una virgen en este pueblo fornicador, Manrique?

Se acentuó el parpadeo del empleado:

—Eso no es difícil, don Bernardo. Para eso están las ponedoras. Las mujeres del Páramo son más baratas y más de fiar, seguramente porque pasan más necesidad que las de las tierras bajas. Con una particularidad, si ven en el cliente una persona respetable son capaces de confiarle su propia hija. Si usted no tiene inconveniente le pondré en contacto con una.

Tres días más tarde se presentó en el almacén María de las Casas, la ponedora más laboriosa del Páramo. Pasaba por mediadora de criadas pero, en realidad, era una alcahueta. Dionisio Manrique salió del despacho para que su jefe pudiera expresarse sin trabas. María de las Casas no callaba. Le habló de tres muchachas vírgenes del Páramo, dos de diecisiete años y una tercera de dieciséis. Las describió minuciosamente: Todas eran fuertes (ya sabe usted que la criatura que sobrevive en el Páramo lo es, le había dicho) y serviciales. La Clara Ribera es más opulenta y atractiva que las otras dos pero, a cambio, la Ana de Cevico sabe cocinar mejor que una profesional. Lo mismo que en la Mancebía de la Villa, don Bernardo Salcedo empezó a sentir repugnancia de sí mismo. Aquélla era una conversación semejante a la que dos ganaderos sostenían antes de cerrar el trato. Por otro lado, la María de las Casas le mareaba con su cháchara. Pensaba en la discreción de Minervina, se le imponía su imagen y sacudía la cabeza para ahuyentarla. En cuanto a limpia, relimpia, ninguna le gana a la Máxima Antolín, de Castrodeza; su casa y su

persona están como los chorros del oro. Apuesto a que con cualquiera de ellas pasaría vuesa merced buenos ratos, señor Salcedo —concluyó.

Más cohibido que estimulado, don Bernardo optó por la Clara Ribera. En la cama le placía una muchacha viva, atrevida, incluso descarada. Si es así, añadió María de las Casas, con la Clara quedaría vuesa merced complacido. El señor Salcedo convino con *la Ponedora* que las esperaba el martes siguiente, pero que quedaba claro que en principio no existía compromiso alguno. Pero cuando, cuatro días más tarde, la María de las Casas se presentó en el almacén con la muchacha, a don Bernardo se le cayó el alma a los pies. La Clara Ribera era decididamente bizca y padecía un tic en la boca, como un fruncimiento intermitente en la comisura izquierda, que dificultaba la concentración del presunto amante. ¿Dónde besarla?

—Más que viva esta chica es nerviosa, María. Antes que nada necesita un tratamiento, que la vea un médico.

La María de las Casas le levantó la saya y mostró un muslo blanco, amorcillado, demasiado fofo y desmayado para una chica tan joven.

—Mire qué carnes más ricas, señor Salcedo. Más de uno y más de dos darían una fortuna por desflorarla.

La Clara Ribera miraba la pared, el brasero contiguo a sus zapatos, el ventano que se abría sobre el patio, pero por mucha ligereza que mostraba por recorrer con la vista el almacén, el ojo izquierdo no acababa de centrarse. Parecía que nada de lo que allí se estaba discutiendo fuera con ella. La María de las Casas empezó a impacientarse:

—Lo primero que tiene que hacer vuesa merced es franquearse en este asunto: ¿desea moza para retozar un par de veces a la semana o para mantenida?

La pregunta pareció ofender a don Bernardo Salcedo:

—Para mantenida, claro, creí que Dionisio se lo había advertido. Tengo una casa a su disposición. Soy una persona seria.

María de las Casas cambió de actitud. La respuesta de don Bernardo le abría nuevas perspectivas. Pensó en la Tita, de Torrelobatón, en la belleza gitana de la Agustina, de Cañizares, en la Eleuteria, de Villanubla. Miró animada a don Bernardo:

—Siendo así —dijo—, las cosas son más hacederas, aunque una no puede pasarse la vida subiendo y bajando. Sería preferible que vuesa merced subiera y escogiera.

—¿Subiera, dónde, María?

—Al Páramo, don Bernardo. Las muchachas más bellas del alfoz están en el Páramo. Si pudieran mostrarse en las posadas y tabernas, tenga vuesa merced por seguro que no quedaría un virgo. También tendrá que ver a *la Exquisita*, en Mazariegos, un pedazo de muchacha que se va del mundo.

—Prefiero que no tengan apodos, María de las Casas. Unas muchachas menos conocidas, más de su casa. Los apodos, hablemos claro, no son buena presentación para una mujer de la vida.

Al día siguiente, don Bernardo ensilló a *Lucero* y, por segunda vez en medio año, subió al Páramo por el camino de Villanubla. La María de las Casas le había citado en Castrodeza y, desde ahí, irradiarían hacia el resto de los pueblos. Sin embargo, en Castrodeza conoció don Bernardo a la Petra Gregorio, una chica tímida, de ojos azules y maliciosos, y cuerpo elástico, vestida con modestia y un cuidado trenzado en la cabeza que destacaba entre la austera pobreza del mobiliario. Le agradó la familia a don Bernardo y acordó con María de las Casas que dedicaría una semana a amueblar el piso y, a la siguiente, subiría a por la Petra.

Al finalizar noviembre, don Bernardo subió a Castrodeza y una hora después de su llegada, con la Petra Gregorio a la grupa y un fardo con sus pobres enseres en el regazo, tomó el camino de regreso antes de anochecer. Los rebaños andaban de retirada hacia el ejido y a una legua escasa de Ciguñuela, voló del retamar una bandada de grajillas. Tres veces intentó don Bernardo que la Petra Gregorio rompiera el silencio sin conseguirlo. La muchacha, buena amazona, se adaptaba diestramente a los movimientos de la cabalgadura y, de vez en cuando, emitía un acongojado suspiro. En Simancas se hizo noche cerrada, que es lo que don Bernardo deseaba, y al atravesar el puente sobre el Pisuerga preguntó a la chica si conocía Valladolid. No le sorprendió la respuesta: no había estado nunca, ni le sorprendió que, poco después, la muchacha reconociera tener dieciocho años. Don Bernardo había logrado romper su mutismo y cuando se apearon en la Plaza de San Juan y le enseñó la casa a la luz del candil, la chica no cesaba de suspirar. No tenía miedo. Lo reconoció ante don Bernardo con toda firmeza y esto le alivio. Luego la sentó en el escañil y la ayudó a desprenderse del zamarro que se había puesto para el viaje. Don Bernardo llevaba un rato esforzándose por excitarse, pues hasta el momento no había sentido por la chica otra cosa que compasión. Tan dócil, tan silenciosa, tan resignada, don Bernardo Salcedo se preguntaba qué es lo que sentía la Petra Gregorio en esos momentos, si tristeza, añoranza o decepción. Su rostro no demostraba emoción alguna y cuando don Bernardo le advirtió que la casa era de vecinos y tenía gente

encima, abajo y a los lados, sonrió y levantó los hombros. Luego, don Bernardo hizo un torpe intento de abrazarla, pero la rigidez de Petra y cierto olor a chotuno lo echaron para atrás. Por asociación de ideas la llevó a la habitación donde estaba la bañera de latón y le explicó cómo se usaba. Convenía bañarse —le dijo— cuando menos una vez por semana; y todos los días, sin falta, los pies y el nalgatorio. La chica asentía sin dejar de suspirar. Don Bernardo le enseñó la fresquera con comestibles y la dejó sola.

A la tarde siguiente volvió a verla. Imaginaba que la Petra Gregorio se habría desprendido de sus nostalgias, pero don Bernardo la encontró con la misma ropa de la víspera, sollozando inconsolable en un taburete de la cocina. No había comido. Los alimentos de la fresquera estaban intactos. Salcedo animó a la chica a salir a la calle pero ella se resumía en la toquilla como una viejecita:

—Me recuerdo de mi pueblo, don Bernardo. No lo puedo remediar.

Don Bernardo le habló seriamente, le dijo que así no podían continuar, que tenía que animarse, que el día que ella se animara pasarían buenos ratos juntos, pero, cuando volvió a verla al día siguiente, la encontró llorando mansamente en el mismo sitio donde la dejó. Fue entonces cuando Bernardo Salcedo empezó a admitir que se había equivocado y era urgente enviar un correo a María de las Casas para que la recogiese.

A la tarde siguiente, sin embargo, encontró a la Petra cambiada. Había dejado de llorar y respondía a sus preguntas con prontitud. Había conocido a la vecina de enfrente, que era de Portillo, y estaba casada con el ayudante de un ebanista. Ambas habían recordado cosas de sus pueblos respectivos y la mañana se había ido en un santiamén. La Petra Gregorio se mostró incluso menos enteriza y arisca cuando don Bernardo trató de acariciarla. La animó, de nuevo, a salir a la calle, ver tiendas, asistir a las novenas de San Pablo, muy animadas. Y, en un enternecimiento súbito, le entregó cinco relucientes ducados para comprarse ropa. Aquel gesto fue el argumento definitivo. La Petra se arrodilló y empezó a besar una y otra vez la mano bienhechora. Don Bernardo la ayudó a levantarse: debes comprarte una saya nueva, bellos jubones y un hábito con gorguera transparente; también sortijas, pulseras, collares, que adornen tu bonito cuerpo, dijo. A la Petra Gregorio le brillaban sus ojos azules, unos ojos que, los días anteriores, don Bernardo había temido que se derritiesen de pena. A fin de cuentas, la Petra Gregorio era como todas las mujeres, pensó don Bernardo. En un momento determinado la vio tan risueña y animosa que pensó llevarla a la gran cama adquirida para la nueva relación, pero luego decidió que era preferible esperar al día siguiente; con las

nuevas ropas y los adornos personales, la disponibilidad de la chica sería más abierta y generosa.

La encontró con una saya sencilla, de amplio escote que, bajo la gorguera transparente, dejaba entrever el nacimiento de los pechos. Lucía un gran collar, pendientes baratos y pulseras con colgantes. Levantó los brazos sonriente al verlo entrar como acogiéndolo. La vieja lasciva, ausente durante la última semana, parecía apoderarse de nuevo de don Bernardo: ¿Estás bien, chiquilla? —le preguntó, dejando su capa corta en manos de la muchacha. La tomó por la cintura. Estás muy hermosa, Petra. Te has vestido muy bien. Ella le preguntó si le gustaba y le llamó vuesa merced—. ¡Oh, vuesa merced! —dijo él—. Debes olvidar el tratamiento. Me llamarás Bernardo. Sonreía la chica con malicia y él tuvo entonces una idea luminosa: ¿Qué dirías si taita te enseñara a usar la bañera? Ella reconoció que se había bañado la víspera. No importa, no importa, incluso no es malo bañarse todos los días, hija mía, digan los médicos lo que quieran. La llevaba por la cintura pasillo adelante y se detuvo en la cocina. Señaló un lebrillo lleno de agua junto a la alacena y le mandó calentar un cuarto. Con el agua preparada, don Bernardo hizo uso de la técnica que, en sus años jóvenes, nunca le había fallado para desnudar a una muchacha. La despojó, primero, lentamente, de los adornos, que fue colocando sobre el fogón y, después, de la saya, la faldilla y el jubón. Esperó un rato antes de quitarle la ropa interior. La trataba como a una niña y a sí mismo se llamaba taita. Taita te quitará ahora mismo la gorguera pero antes debes meterte en el baño. La Petra entró en la bañera de latón desfallecida. Desnuda, en sus brazos, la besó antes de sentarla en el baño. A medio camino volvió a besarla aún más fuerte. Crecía la excitación de la chica, le mordía, sus brazos atenazaban su cuello. Ahora serás buena y dejarás que taita te lave bien, decía melosamente, mientras la enjabonaba los pechos que se escurrían entre los dedos como peces. Se buscaban las bocas entre la espuma como dos locos y, en mitad de la operación, colocó a la muchacha en su regazo, sobre la gran toalla blanca, y la levantó en alto. Caminaba hacia la habitación con la preciosa carga y, cuando ya en el lecho, le preguntó si era la primera vez que se metía en la cama con un hombre, la Petra Gregorio quedamente le respondió que sí.

IV

—Vivo tranquilo, sí. ¿Qué más se puede pedir?

Don Bernardo Salcedo correspondía sonriente a los amigotes rezagados de la taberna de Dámaso Garabito que todavía no le habían preguntado por su salud, a los ganaderos y corresponsales que bajaban del Páramo y le encontraban barzoneando por la villa, o a los conocidos, habituales de las tertulias de la Plaza del Mercado y calles adyacentes, que se acercaban a él para estrecharle la mano. Llevaba meses sin grandes preocupaciones, razonablemente satisfecho. La Petra Gregorio, cuyo contrato estuvo a punto de rescindir con la ponedora María de las Casas, había resultado una amante singular. No sólo era bella y grácil sino seductora y expeditiva. La semana de adaptación que siguió a su llegada a la ciudad, tan esquinada y difícil, había sido superada. Ahora Petra Gregorio se mostraba frívola, impúdica y servicial. Pero no era un ser aquiescente, dispuesto siempre a acatar los deseos de su protector, sino una mujer impulsiva, creadora, que a menudo gozaba tomando la iniciativa. De ahí que, aunque don Bernardo reconociera ante los amigotes que vivía tranquilo, el nido de amor que había montado para Petra en la Plaza de San Juan resultara bastante agitado. La visitaba cada tarde y raro era el día que Petra no lo recibía con alguna sorpresa. Don Bernardo se vanagloriaba de su magisterio. En cinco días había transformado una gatita doméstica en una pantera lujuriosa. Petra era mucho más de lo que había imaginado: un verdadero prodigio en artes amatorias. Una tarde lo recibía desnuda, levemente cubierta de tules y, a la siguiente, se escondía en el cuarto oscuro, vestida con unas mínimas prendas íntimas adquiridas en la lencería de la calle de Tovar, y lo acogía maullando quedamente tan pronto oía sus pasos por el pasillo. Acto seguido se despojaba de esas prendas y corría por la casa desnuda, ágilmente, interponiendo los muebles entre ella y su perseguidor, que le rogaba jadeante que se detuviera. A que no me coges, taita, a que no me coges, insistía ella. Le llamaba taita como él se había bautizado a sí mismo el día que la conquistó. Bienvenido, taita: hasta mañana, taita; taita ¿por qué no le compras a la niña un collar de cuentas de leche? Siempre taita. Salcedo se excitaba sólo con oír este tratamiento. Había en Petra una malicia natural que ella convertía en seducción turbadora con un mínimo gesto. Y, llevado a este terreno, don Bernardo se mostraba un hombre liberal, soltaba los ducados con generosidad, actitud sorprendente en él que siempre había sido guardoso en

vida de doña Catalina. Pero Petra Gregorio hacía uso inteligente del dinero, incluso lo administraba con celo y miramiento. Se vestía, se alhajaba, adquiría bellos muebles, decoraba la casa con visillos y hermosos cortinones. Don Bernardo reconocía que Petra era la mantenida que siempre había deseado tener. Hasta que un día le pidió mudarse de casa, porque este barrio no es digno de ti, taita, sólo viven en él artesanos y gente rústica, le dijo. Y él comprendió que Petra era en el barrio como una rosa en un estercolero. La llevó a la calle Mantería, a un piso nuevo de una casa familiar. Petra ganaba con esto no sólo en categoría sino en espacio y prestigio. Era una calle estrecha, sí, como casi todas en la villa, pero céntrica, adoquinada y con un distinguido vecindario. Los recursos seductores de Petra se multiplicaron en el nuevo hogar. Salcedo pasaba tardes enteras persiguiendo ciervas en celo o acudiendo a los gritos de «¡Taita, taita, me he perdido!». Las siestas reparadoras, de que hablaba en la taberna, se convertían en realidad cada tarde en auténticos ejercicios gimnásticos.

A veces, solo en su casa de la Corredera de San Pablo, se complacía rememorando los ardides de Petra, los recursos de su pervertida imaginación. Y comparándolos con los de la tímida y púdica muchacha que había encontrado en Castrodeza, llegaba a la conclusión de que él era un consumado maestro de lubricidad y ella una discípula aventajada. Únicamente así se explicaba que la palurda que bajó del Páramo a la grupa de su caballo, suspirando, ocho meses atrás, hubiera alcanzado no sólo el actual grado de depravación, sino la elegancia natural que sabía mostrar en determinadas ocasiones. Tan orgulloso de sí mismo se encontraba don Bernardo que, incapaz de dejar en la sombra sus aventuras y la conducta salaz de la muchacha, una mañana se franqueó con su empleado Dionisio Manrique en el almacén. Dionisio acogió las confidencias de su patrón con la avidez un poco resbaladiza del mujeriego empedernido, pero se guardó sus objeciones sobre el particular. De este modo, don Bernardo consiguió ampliar sus horas de placer mediante el fácil recurso de explicitarlas. La mera referencia a las trastadas de Petra, que, inevitablemente, terminaban en la cama, encendían de nuevo su ardor, lo preparaban para la visita vespertina, mientras Dionisio le escuchaba con la boca abierta, babeando. Únicamente Federico, el mudo de los recados, que observaba la salacidad de Manrique, se preguntaba qué se traerían entre manos aquellos dos hombres que explicara la turbiedad de sus ojos y sus torpes ademanes.

En cambio, con su hermano Ignacio, con quien solía encontrarse diariamente al anochecer, Bernardo no mostraba esas confianzas. Al

contrario, se esforzaba en comparecer ante él con el decoro y la respetabilidad que siempre habían adornado a la familia Salcedo. Ignacio era el espejo en que la villa castellana se miraba. Letrado, oidor de la Chancillería, terrateniente, sus títulos y propiedades no bastaban para apartarle de los necesitados. Miembro de la Cofradía de la Misericordia, becaba anualmente a cinco huérfanos, porque entendía que ayudar a estudiar a los pobres era sencillamente instruir a Nuestro Señor. Pero no solamente entregaba al prójimo su dinero sino también su esfuerzo personal. Ignacio Salcedo, ocho años más joven que don Bernardo, de cutis rojizo y lampiño, visitaba mensualmente los hospitales, daba un día de comer a los enfermos, hacía sus camas, vaciaba las escupideras y durante toda una noche cuidaba de ellos. Por añadidura, don Ignacio Salcedo era el patrono mayor del Colegio Hospital de Niños Expósitos, que gozaba de prestigio en la villa y se sostenía con las donaciones del vecindario. Pero, no contento con esto, con su quehacer profesional en la Chancillería y sus buenas obras, don Ignacio era el vecino mejor informado de Valladolid, no ya sobre los nimios sucesos municipales sino de los acontecimientos nacionales y extranjeros. Las noticias últimamente eran tan abundantes que don Bernardo Salcedo, cada vez que recorría las calles Mantería y del Verdugo, camino de la casa de su hermano, iba preguntándose: ¿Qué habrá sucedido hoy? ¿No estaremos sentados en el cráter de un volcán? Porque don Ignacio era crudo en sus manifestaciones, nunca las atemperaba con paños calientes. De ahí que don Bernardo, aun mostrándose poco aficionado a la política, a los problemas comunes, estuviera puntualmente informado de la lamentable realidad española. La inquietud creciente de la villa, la hostilidad popular hacia los flamencos, la falta de entendimiento con el Rey, eran realidades manifiestas, hechos que, como bolas de nieve, iban rodando, aumentando de volumen y amenazando avasallar cuanto encontraran a su paso. Hasta que una tarde de primavera una de ellas reventó, por más que la voz de don Ignacio no se alterase al referir los acontecimientos:

—Han matado al procurador Rodrigo de Tordesillas en Segovia. Estaba conchabado con los flamencos. Juan Bravo se ha puesto al frente de los revoltosos y está organizando Comunidades en las villas castellanas. Hay motines y alborotos por todas partes. El cardenal Adriano quiere reunir aquí, en Valladolid, el Consejo de Regencia pero el pueblo se resiste.

Don Bernardo respiraba con cierta dificultad. Hacía semanas que venía notando cómo se le formaba sobre el estómago un cinturón de grasa. Miraba a Ignacio como esperando de él una solución, pero su hermano no estaba por la

labor. A la tarde siguiente le mostró un pasquín recogido a la puerta de San Pablo: SUBSIDIOS, NO. EL REY EN SU CASA Y LOS FLAMENCOS A LA SUYA. Varios sermones en distintas iglesias de Valladolid habían girado en torno a la misma cuestión: el Rey debía permanecer en España y los flamencos marcharse a su país; las villas deberían seguir entendiéndose directamente con el Rey, sin la mediación de curas y nobles. Son exigencias muy duras. ¿Te das cuenta, hermano? —decía don Ignacio.

En veinticuatro horas las novedades dejaban de serlo y don Bernardo y don Ignacio volvían a encontrarse en la casa del segundo:

—Los realistas han incendiado Medina. En la Plaza del Mercado la gente andaba esta mañana amotinada al grito de «¡Viva la libertad!». Hay algún noble entre ellos pero la mayor parte son letrados, burgueses e intelectuales. Al pueblo, como de costumbre, no se le ha preguntado nada pero sigue los consejos de éstos y revienta de indignación.

La misma noche, la turba, ignorante y enardecida, quemó las casas de los regidores que habían aprobado los subsidios al Rey. Fue noche de mucho ruido y confusión. Don Bernardo había bajado a la calle a tiempo de ver arder la mansión de don Rodrigo Postigo y a éste escapar por la trasera, a caballo reventado, arrancando chispas de los adoquines. De madrugada se presentaron en su casa su hermano Ignacio, Miguel Zamora y otros letrados a pedirle sus caballos para el encuentro inminente. El conde de Benavente estaba enconado con los pueblos de Cigales y Fuensaldaña y se temía un enfrentamiento. Don Bernardo vacilaba, se hacía el roncero. ¿Por qué meter a *Lucero*, su noble bruto, en estos berenjenales? Hay que hacer algo, Bernardo, cualquier cosa antes que permitir que nos atropellen. Don Bernardo, un tanto avergonzado de su amilanamiento, cedió al fin, que se los llevasen. *Lucero* regresó sano al atardecer, pero *Valiente* quedó muerto entre las cepas de Cigales. Ignacio traía a la grupa de *Lucero* a Miguel Zamora y ambos subieron a la casa de Bernardo y bebieron unas tazas de Rueda para entonarse. Había sido imposible contener al pueblo, que lo único que había entendido fueron las amenazas del conde de Benavente. Nada habían importado su rango, su fortuna ni su autoridad. Su castillo de Cigales había sido asaltado por las turbas y saqueado. Los cuadros, las ropas, los valiosos muebles, quemados en el ejido por la multitud encolerizada. En las afueras hubo un intercambio de disparos con una tropilla del Cardenal y *Valiente* haciendo honor a su nombre, había caído en la contienda.

Don Bernardo oía estas historias, que tan de cerca le tocaban, sobrecogido. No era hombre bizarro y las soflamas, lejos de enardecerle, le

deprimían. Al día siguiente daba cuenta a Petra Gregorio de las últimas novedades. En los momentos decisivos, como el del asalto al castillo, la chica aplaudía como si asistiera a una pelea entre buenos y malos. Ella se pronunciaba siempre contra los flamencos. Bernardo, sorprendido, le preguntaba qué tenía contra ellos. Quieren mandar aquí, eso lo saben hasta las piedras, decía. Resultaba poco edificante que la Petra Gregorio hablase de estos temas fundamentales con los pechos desnudos, apenas cubiertos por el collar de cuentas de leche, fabricado con ámbar y piedra galactita, que él le había regalado. Pero la historia se repetía indefectiblemente todos los días en los dos domicilios: Ignacio le cargaba de noticias y gacetillas en el suyo y Bernardo las descargaba a su vez, más informalmente, en el de su amante.

Así se enteró Bernardo de la expulsión de los nobles de Salamanca por Maldonado, de la constitución de la Junta Santa en Ávila para unir los movimientos populares, de la visita privada a la reina madre en Tordesillas por parte de Padilla, Bravo y Maldonado y de su acogida afectuosa. Pero, insensiblemente, las noticias fueron tomando un cariz menos optimista: el Rey se había negado a recibir en Alemania a una comisión de rebeldes y éstos habían regresado corridos y desairados. Las Comunidades ya no se entendían entre sí, incluso las andaluzas les habían abandonado y puesto a las órdenes del Rey… Don Bernardo escuchaba a su hermano sin inmutarse y reflexionaba: hoy, como siempre, ha faltado organización; los ideales están mezclados y mal definidos. Las villas se han puesto en manos de nobles de segunda y los de primera se han aprovechado de ello. ¿Para esto sacrifiqué yo a mi noble caballo Valiente? Pero Ignacio, implacable, proseguía dando pormenores de la tragedia: la Junta, tras presentar una carta de agravios al Rey, trataba de sacar a doña Juana de Tordesillas y ahorcar en Medina a los miembros del Consejo. Los comuneros y el Rey se habían enfrentado en Villalar y aquéllos habían sido derrotados. Una gran carnicería: más de mil muertos. Padilla, Bravo y Maldonado habían sido decapitados.

La vida de la ciudad se sumió en la tristeza. Regresaban los soldados hambrientos con sus caballos heridos y los infantes, desarmados y andrajosos, deambulaban por la Corredera camino de San Pablo. Iban como perdidos, a la deriva. La tertulia de artesanos en la Plaza del Mercado parecía tener sordina esa tarde y por las calles vagaban las gentes cabizbajas, sin saber a quién culpar de la derrota. Entre ellas caminaba Bernardo Salcedo, entristecido pero satisfecho de que aquello, al fin, hubiera hecho crisis, hubiera terminado. Encontró a Petra Gregorio en una actitud singular: de pie frente a la puerta, vestida con un gonete negro y una basquiña abierta por delante, el amplio

escote desnudo, sin el collar de cuentas de leche. Tenía lágrimas en los ojos cuando le dijo:

—Taita, hemos perdido.

Bernardo Salcedo la abrazó tiernamente. Envuelto en su lubricidad inagotable, don Bernardo recataba una ternura pocas veces manifiesta. De pronto se desprendió de la capa corta que vestía y la depositó sobre el respaldo de una silla. Fue hacia ella:

—¡Oh! —dijo—, las mujeres bonitas no deberían mezclarse en estos asuntos tan sucios.

Volvió a abrazarla y ella aprovechó su proximidad para sacar su pierna desnuda por la abertura de la basquiña e introducirla entre las firmes piernas de Salcedo. Don Bernardo, sorprendido, dijo:

—¿Qué haces? ¿Qué pretendes?

Ella se soltó de su abrazo y se desprendió del gonete, sacándolo por la cabeza. No tenía jubón ni camisa debajo. Estaba desnuda. Se aflojó la cintura de la basquiña que resbaló hasta sus pies. Rompió a reír mientras corría ligera por el pasillo:

—Taita, así debemos desnudarnos de nuestras penas. ¿A que no me coges? —dijo.

Él corría torpemente, tropezando con los muebles y, aunque ganado por un deseo ardiente, no dejaba de pensar en la volubilidad de la chica. ¿Había llorado de veras o se había limitado a provocar su encandilamiento? Volvía a asaltarle la duda sobre la manera de ser de Petra Gregorio. ¿La conocía a fondo o únicamente sabía de ella que era indescifrable? Tornaban a jugar al escondite y cuando él, finalmente, la atrapó en el cuarto oscuro y la derribó sobre el suelo entarimado, entre los cachivaches, ella se entregó sin resistencia.

La salacidad que Petra despertaba en él distrajo a Salcedo de su anterior devoción por Minervina. La veía poco. Menos aún a su hijo Cipriano, que había cumplido ya los tres años. Pero el 15 de mayo de 1521, ocurrió en el número 5 de la Corredera de San Pablo un hecho inesperado que, de forma fortuita, le puso de nuevo en relación con la muchacha. A la joven Minervina, la eficaz nodriza de los pechos pequeños, se le retiró repentinamente la leche. ¿Motivos? En apariencia no los había. Minervina había dormido bien, había cenado como de costumbre, no había hecho esfuerzo físico alguno. Por otra parte, los graves acontecimientos de la calle no le afectaban, ni había sufrido emociones profundas que explicasen el fenómeno. Simplemente el niño se negaba a coger el pezón y, al apretar el pecho, ella notó que se había secado.

Entonces comenzó a llorar, preparó al niño unas sopas de pan, se las dio, se lavó los ojos en el aguamanil y afrontó el encuentro con don Bernardo:

—Tengo algo importante que decirle a vuesa merced —dijo humildemente—. De la noche a la mañana me he quedado sin leche.

Ella sabía que la leche había sido, en vida de la difunta, la razón de ser de su contrato. Él estaba leyendo un libro nuevo que cerró y depositó sobre la mesa al oír la voz de la muchacha:

—La leche, la leche, claro —respondió y añadió aturdidamente—: pero supongo que habrá otros medios además de la leche para sacar a un niño adelante.

Minervina pensó en las sopas de pan que acababa de darle y dijo con sencillez:

—Claro que sí, y sepa vuesa merced que en mi pueblo ningún niño se ha muerto de hambre y eso que no hay médicos ni barberos que se cuiden de ellos.

Don Bernardo volvió a tomar el libro de la mesa. Por su parte daba por terminado el incidente. Mas al ver a la chica pendiente de sus labios, levantó la cabeza sonriendo y agregó:

—Hemos cambiado una nodriza por una rolla. Ése es todo el problema.

Minervina regresó a la cocina radiante. Nada había cambiado: no me marcho, señora Blasa, me quedo con el niño. El señor lo ha comprendido. Tomó al niño de las manos y le movió a su compás mientras tarareaba una canción. Luego se agachó y cubrió su rostro de ruidosos besos. De este modo, la vida de Cipriano siguió su curso. Por las mañanas, en el buen tiempo, salía de paseo con la rolla, con frecuencia por el centro, para curiosear el mercado de hortalizas y las vitrinas de los comercios de los soportales, y otras veces por el Espolón o el Prado de la Magdalena para tomar el aire. Los jueves, a media mañana, la galera de Jesús Revilla les llevaba, con otros viajeros, hasta Santovenia y allí pasaban el día con los padres de Minervina. Al niño le fascinaban estos viajes en el ordinario, los vaivenes del carro, el pesado trote de las mulas, los hondos baches del trayecto cuando él rodaba hasta la red de lía de la trasera dando gritos de júbilo. Alguna viajera del pueblo lo miraba con temor, pero Minervina lo justificaba diciendo: este niño es medio titiritero. Y reía para quitar importancia al incidente. Más tarde, en el pueblo, en casa de Minervina, Cipriano jugaba con los niños del vecindario. Le gustaban aquellas casas de un solo piso con el suelo de tierra apelmazada, pero limpias, de pocos muebles, a todo tirar dos escañiles, una alacena, una

mesa de pino para comer y, en las habitaciones del fondo, sendas camas de hierro negro entre las que se repartían los familiares para dormir.

A la madre de Minervina le sorprendió el tamaño del niño el primer día: Este niño tan flaco no parece de casa rica, observó. Pero la chica se revolvió, lo defendió como cosa propia: No es flaco, madre; lo que tiene son espinas en lugar de huesos, como dice mi compañera. Luego, cuando el pequeño empezó a hacer títeres por los rincones, la chica, muy ufana, recalcó: Es fuerte, madre. A los cinco meses, ya se empinaba en el regazo para agarrar la teta y a los nueve ya se andaba. Nunca he visto una cosa así.

Cipriano se sentía libre y feliz en el pueblo. Con los amigos de su edad, correteaban por todas partes y, algunas veces, se arrimaban a la casa de Pedro Lanuza, pintada de amarillo, y golpeaban las cacerolas y les decían a voces *herejes* y *alumbrados*. Y las hijas de Pedro Lanuza, especialmente la Olvido, se asomaban a la puerta con la mano del almirez y los amenazaban con molerlos a golpes. De vuelta a casa en el ordinario, el niño y Minervina contaban estas cosas en la cocina y la señora Blasa preguntaba: ¿Aún sigue bajando el Pedro Lanuza los sábados donde la Francisca Hernández? A ver, señora Blasa, aclaraba la Minervina, pero entiéndame, no es que sean malos, es que es así su religión. Y la Blasa añadía: cualquier día me arrimo donde la señora esa y hago por verlos.

El destete de Cipriano, como no podía menos, repercutió en el cuerpo de Minervina. Sus pechos, de por sí pequeños, se achicaron un poco más, se apretaron, mientras su cuerpo espigaba y los miembros recuperaban la felina elasticidad enervada con la crianza. Engolosinado con el sexo, a don Bernardo no le pasó inadvertida esta leve metamorfosis. Su mirada se iba tras la muchacha cuando aparecía en sus dominios y la seguía placenteramente con la vista sin dejarlo. En ocasiones, cuando portaba en sus manos levantadas algún objeto delicado de loza o porcelana y temía que su contenido se derramara, sus pisadas se hacían mínimas, y deliciosa su cadencia, el leve ondular de sus caderas. El niño la perseguía por todas partes. Desde que se arrancó a andar pasaban tantas horas en el piso de las buhardillas, donde dormían, como en el principal. Esto aumentaba las posibilidades de encontrarse con su padre y, cada vez que esto ocurría, el niño se ocultaba tras la saya de la muchacha como si viese al diablo. Ella le preguntaba luego en la cocina: ¿Es que no quieres al papá? No, Mina; me da frío. Qué cosas dices. ¿Mucho frío? Y el pequeño confesaba que tanto como cuando se helaba la fuente del Espolón y él se subía a ella para patinar.

La atracción de la muchacha y el desapego hacia su hijo acabaron barrenando la sensibilidad de don Bernardo. Andando el tiempo, no encontró inteligente su comportamiento cuando Minervina perdió la leche. La noticia le dejó indiferente y actuó con blandura, no supo sacar partido de la situación. Se mostró excesivamente paternal y condescendiente. Por eso ahora, cada vez que veía al niño ocultarse tras la saya de la muchacha, pensaba que debía sentar su autoridad de padre y amo ante uno y otra. La chica se tomaba demasiadas atribuciones sobre el pequeño. Había que someterla a disciplina. Alimentado por su propio reconcomio, don Bernardo meditaba sobre la mejor decisión a tomar. Cruel, como buen mujeriego tímido, soñaba con una solución quimérica que produjese dolor a la muchacha. Así, una mañana que la chica cambiaba el agua de las flores del salón con el niño pegado a las sayas, adoptó una actitud grave para preguntarle si consideraba uno de sus deberes separar al niño de su padre. Minervina dejó el jarrón con las flores sobre la consola y se volvió sorprendida:

—¿Qué quiere decir vuesa merced? El niño siente afecto por quien le atiende. Es cosa natural.

Don Bernardo carraspeó. Miró a la muchacha, que ocultaba al niño tras ella, con mirada adusta, autoritaria:

—¿Por qué se aplica usted tanto en esta tarea atroz de distanciar a un hijo de su padre? Ciertamente las circunstancias en que este niño nació no fueron favorables para despertar mi cariño hacia él. A su manera, él se deshizo de su madre. Pero un padre podría llegar a olvidarlo todo, si el hijo tratara de alguna manera de demostrarle su cariño. ¿Por qué ha de formar usted con el niño una pequeña conjura en contra mía?

A Minervina, aunque no acababa de comprender del todo el parlamento del señor Salcedo, se le nublaron los ojos de lágrimas. El niño, cansado de la inmovilidad de la muchacha, se asomó por el borde de la saya. Dijo la chica:

—Creo que se equivoca. Yo deseo lo mejor para el pequeño, pero tengo entendido que vuesa merced no pone nada de su parte para atraerle.

—¿Atraerle? ¿Atraerle yo? Esa buena acción no es de mi incumbencia. Es usted quien debe instruir al pequeño sobre la mejor manera de orientar sus afectos, sobre lo que está bien y lo que está mal. Pero usted se ha conformado con sustituir el pecho por unas sopas de pan y eso no es suficiente.

Minervina lloraba ya sin disimulo. Sacó de la manga abullonada de su saya un minúsculo pañuelo y se secó los ojos con él. Una íntima sensación de triunfo iba invadiendo a don Bernardo. Se inclinó sobre la muchacha sin abandonar el sillón:

—¿Ha intentado usted enseñar a este pequeño mequetrefe a honrar a su padre? ¿Cree usted de veras que este pequeño diablo me honra a menudo con su actitud?

Se levantó finalmente del sillón fingiendo una furia que no sentía y tomó de la oreja a su hijo:

—Venga usted acá, caballerete —le atrajo hacia sí.

El niño, fuera ya de su escondrijo, veía llorar a Minervina, pero, tan pronto volvió los ojos a la figura barbada de su padre, quedó paralizado, rígido, temblando. También Minervina lo miraba ahora a él, compadecida, pero no osó dar un paso en su defensa. Don Bernardo seguía zarandeando al pequeño:

—¿Vas a decirme, caballerete, por qué aborreces a tu padre?

La chica hizo un esfuerzo:

—¡No lo atormente más! —chilló—. El niño tiene miedo de vuesa merced. ¿Por qué no prueba de comprarle un chiche?

La simple pregunta de la chica dejó momentáneamente desarmado a don Bernardo. En su breve vacilación, el niño corrió hacia ella, Minervina se arrodilló y ambos se abrazaron llorando. Don Bernardo se sentía incompetente ante las lágrimas, le daban grima las escenas melodramáticas y le repugnaban las palabras de perdón, especialmente cuando venían a disminuir la tensión de una escena que él deseaba tensa. Optó por el remate espectacular. Sin dejar de mirar a los amantes, arrodillados en la alfombra, atravesó la sala en dos grandes zancadas, se metió en el despacho y cerró de un portazo. Minervina seguía abrazada al niño, mezclando las lágrimas con escuchos al oído del pequeño: Papá se ha enfadado, Cipriano; tienes que quererle un poquito. Si no va a echarnos de casa. El pequeño le apretó el cuello con fuerza: Y ¿vamos a la tuya? —preguntó—. Yo quiero ir a tu casa, Mina. Ella se puso en pie con el niño en brazos; le susurró al oído: Los taitas de Mina son pobres, tesoro, no pueden darnos de comer todos los días.

Por su parte, don Bernardo quedó satisfecho de la escena. Hacer llorar a unos ojos que le habían despreciado tanto, comportaba un desquite. A Ignacio, sin embargo, cuando se lo contó, no se lo dijo así, se limitó a disfrazar su venganza de virtud: Con esta gente no vale de nada apelar al cuarto mandamiento —dijo. Ignacio, recto y temerario, aludió a su frialdad con el pequeño desde que nació y don Bernardo volvió a insistir en que, le gustara o no, Cipriano no era más que un pequeño parricida. Ignacio volvió a repetir que no tentara a Nuestro Señor y añadió algo inquietante y de lo que

nunca había hablado: que el hecho de que el pequeño Cipriano hubiera nacido el mismo día que la Reforma luterana no era precisamente un buen presagio.

Las controversias religiosas a que tan aficionados eran sus paisanos, apenas tenían lugar en el mundo de don Bernardo. Ni Dionisio Manrique, en el almacén de la Judería, ni los amigotes de la taberna de Dámaso Garabito, ni los corresponsales del Páramo, ni Petra Gregorio en el muelle nido de amor de la calle Mantería, se prestaban a tan elevadas disquisiciones. Por eso, ahora que su hermano acababa de hacer una alusión a Lutero experimentó una viva necesidad de hablar de él:

—¿Sabes —preguntó— que el padre Gamboa dijo el domingo en San Gregorio que entre Lutero y el Rey habían terminado las componendas?

Ante su hermano mayor, Ignacio se movía mejor tratando de estas cuestiones que de las inherentes a su sobrino y al servicio doméstico. Seguía al día la revuelta de Lutero, se relacionaba con los intelectuales y soldados que regresaban de Alemania, leía toda clase de libros y papeles relativos a la Reforma. Hombre de fe, papista íntegro, su rostro rojo y barbilampiño se acaloraba al abordar estos temas:

—Nos quitan la tierra bajo los pies, Bernardo. Hacen escarnio de lo que consideramos más respetable. Lutero se irritó contra el Papa que encomendó a los dominicos la predicación de las indulgencias pero lo que, en realidad, quería decirnos es que las indulgencias y los sufragios no sirven para nada, ni si me apuras la penitencia. Según él lo único que nos salva es la fe en el sacrificio de Cristo.

Bernardo escuchaba con curiosidad. Le intrigaba aquel mundo inasible en el que daba por sentada la prioridad de su hermano. Dijo:

—El problema de la salvación ha sido siempre el gran problema del hombre.

Ignacio apoyaba los codos en los muslos para aproximarse a su hermano.

—Lutero rehúye la controversia. Destruir es su objetivo, acabar con el Papa a quien ha llamado asno y suplantador de Cristo. Una vez abolido el papado tendría el campo libre para los suyos. El luteranismo es ya un movimiento considerable. El intento de conciliación de Eck ha resultado un fracaso. Lutero no se retracta de nada. Dice que para discutir necesita un Papa mejor informado. León X ha condenado su doctrina y lo ha excomulgado y el Emperador ha ratificado en Worms esta condena. Lutero ha escapado a Wartburg y, encerrado en el castillo del Príncipe, no cesa de escribir libros incendiarios que difundirán *la lepra* por Europa.

Don Bernardo Salcedo bebió un trago de vino de Rueda. Las vespertinas visitas a su hermano tenían esta ventaja: obsequiaba a los invitados con los mejores vinos del país. Su bodega y su biblioteca, con quinientos cuarenta y tres volúmenes, eran de las más acreditadas de la villa. Y, además de beber buen vino, lo ofrecía en copas del más fino cristal que Gabriela, su cuñada, conservaba tan impolutas como las ropas de sus atuendos que tanto atraían a Modesta y Minervina. Era, el de don Ignacio, el matrimonio sin hijos mejor asentado y relacionado en la villa vallisoletana. Y aunque don Bernardo se permitía a veces alguna broma a cuenta de la religiosidad de su hermano, y a pesar de ser ocho años más viejo que él, sentía por su persona y opiniones un respeto físico, especulativo y profundo. De ahí que, cada vez que las circunstancias les conducían a enfrentarse, don Bernardo nunca encontraba a mano otra argumentación oportuna que la de la experiencia o la edad. Así ocurrió, por ejemplo, dos meses después de la conversación sobre la Reforma protestante, cuando un don Ignacio Salcedo, fuera de sí, salió a su encuentro y le recibió con una frase retorcida, críptica, cuyo sentido se le escapaba, pero que, a juzgar por sus ademanes y el tono de voz, envolvía una acre censura:

—Valladolid se divierte y Bernardo Salcedo paga. ¿Qué te parece esta frasecita que oigo a diario por todas partes?

Don Bernardo lo miró con desconfianza, levemente arrebolado:

—¿Qué te pasa? ¿Estás excitado? ¿Qué demonios quieres decir con eso?

A don Ignacio le había bajado el color y le temblaban las manos y el anillo de casado. Que él recordase nunca sus diferencias habían llegado a tanto:

—Que tu querida te engaña a ti y a la ciudad entera. Todo el mundo está en lenguas a cuenta de esa moza de fortuna.

Don Bernardo pareció despertar de pronto:

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Podría ser tu segundo padre!

—Al primero no le hubiera dicho otra cosa, créeme, Bernardo. No somos tú ni yo los que estamos en juego sino nuestro apellido.

—Y ¿de dónde han salido esos rumores mendaces?

—En Chancillería no hay rumores, Bernardo. Lo que Chancillería dice va a misa. ¿Por qué no pruebas de visitar a deshora a esa pelandusca? Únicamente después de haber comprobado lo que te digo me avendría a seguir discutiendo contigo de tan turbio asunto.

Cuando don Bernardo abrió la puerta de la calle tenía ya el convencimiento de que su hermano le estaba diciendo la verdad. Petra Gregorio había jugado con él desde el primer día. Los argumentos se

amontonaban. Él estaba lejos de ser un maestro del lance amoroso y ella una discípula aventajada. Eran, simplemente, una puta y un cornudo. Ella no alteró su conducta mientras no llegaron los primeros ducados. Después, el cambio de piso, su ropero, el lujo palaciego del nuevo hogar. ¿Cómo no pensó nunca que su asignación no podía dar para tantos excesos? María de las Casas le había engañado y hasta era posible que su cuerpo estuviera incubando a estas alturas una enfermedad asquerosa. En el portal, a la luz del quinqué, se miró el dorso de las manos, se tocó las mejillas con dedos temblorosos; no había bubas ni durezas. De momento podía estar tranquilo. Apenas hacía dos horas que se había despedido de Petra, pero tomó la calle del Verdugo y se encaminó a su casa. Las depravaciones sexuales de la chica, pensó, no se inventaban ni obedecían a lecciones recientes. La mantenida había tenido una larga experiencia amorosa anterior a su encuentro. La chiquilla que suspiraba una y otra vez a la grupa de *Lucero* la noche que la bajó del Páramo no era una muchacha ingenua sino una consumada actriz. ¿Qué hacer? ¿Cómo la encontraría? ¿Cómo debía reaccionar un caballero ante una burla semejante? He aquí lo que en el instante de introducir la llave en la cerradura desazonaba a don Bernardo. ¿Habrá algún medio de enmendar las torpezas sin riesgo y con dignidad? —se preguntó—. Había subido los dos tramos de escalera apresuradamente y ahora jadeaba en el descansillo. Pero —trató de tranquilizarse— ¿por qué creer a Ignacio a ojos cerrados? No era cierto que la Chancillería únicamente emitiera verdades comprobadas. La Chancillería se equivocaba como todo hijo de vecino y él iba a demostrarlo. Con mano temblorosa abrió la puerta del piso. La luz vacilante de los candiles que llegaba al vestíbulo provenía del dormitorio de atrás. Las servillas de don Bernardo no hacían ruido al avanzar por el pasillo. Le iba alarmando cada vez más el creciente silencio de la casa, pero al asomarse al dormitorio de Petra Gregorio divisó a Miguel Zamora, el letrado, vistiéndose sobre la alfombra, las piernas inseguras al aire. La ropa de la cama estaba revuelta pero Petra no se encontraba allí. Miguel Zamora, con las calzas en la mano, se sobresaltó al verlo, se sintió abochornado, en apariencia más por haber sido sorprendido en paños menores que por su traición:

—¿Qué hace aquí a estas horas vuesa merced?

—¿Para eso te confié mi caballo, grandísimo hijo de puta?

Miguel Zamora intentó meter la pierna por la calza derecha sin resultado. Dijo trastabillando:

—Son dos asuntos que no tienen nada que ver entre sí, Salcedo.

Don Bernardo le agarró firmemente por el jubón recamado y le alzó levemente del suelo. Miguel Zamora de puntillas, con las peludas piernas al aire, ofrecía una imagen grotesca:

—Debería matarlo aquí mismo —le dijo don Bernardo aproximando sus labios al extremo de su nariz.

—Petra no es su esposa. No conseguiría la comprensión del tribunal.

—El placer de deshacerlo entre mis manos, ése sí lo tendría.

—Sería un acto culpable, Salcedo. La ley no le ampara.

Se hablaban a media voz, a dos dedos de distancia, y cuando don Bernardo le soltó despectivamente, apenas se le oyó musitar: «Cochino leguleyo». Luego, ya más claro, al abandonar el dormitorio exclamó:

—Tanto tú como yo somos dos pobres cabrones que no sabemos dónde ocultar los mogotes de nuestros cuernos.

Salió al pasillo en el instante en que Petra Gregorio también lo hacía por la puerta de la cocina. Portaba una gran bandeja de plata con una improvisada comida y taconeaba garbosa por la tarima pero, a la solemne bofetada de don Bernardo, todo salió ruidosamente por los aires menos la Petra Gregorio, que perdió el equilibrio y se vino al suelo.

—Prepara tus trebejos —dijo sucintamente don Bernardo—. Mañana te vuelves al yermo de donde saliste.

Al día siguiente, Dionisio Manrique le organizó una entrevista con María de las Casas, *la Ponedora*, en el almacén:

—Me prometiste una virgen y me endosaste una puta. ¿Qué te parece el trueque?

María de las Casas se arrodilló. Pretendió en vano besarle el borde de la cuera:

—Tan engañada ha sido vuesa merced como yo misma. Se lo juro por mis muertos.

Le miraba implorante desde el suelo, pero don Bernardo no se ablandó; estaba demasiado resentido:

—Escúchame, María de las Casas —advirtió—. Si el día de mañana, y Dios no lo quiera, me agarro una sífilis por tu culpa, mandaré apalearte hasta reventar y luego te meteré en la cárcel hasta que te pudras. Tengo un hermano en Chancillería, no lo olvides. Puedes marcharte.

V

La joven Minervina, sin saberlo, se mostraba conforme con el Sínodo de Alcalá de Henares de 1480 y consideraba que la catequesis y la escuela eran una misma cosa. Su madre, en Santovenia, veinte años antes, entendía, asimismo, que valía tanto aprender a leer y escribir como adoctrinarse. A ello colaboró el bondadoso párroco don Nicasio Celemín, que cada día, a las once de la mañana, hacía sonar la campana en el pueblo con una intención ambigua que cada vecino interpretaba a su manera: ya tocan para la escuela, decían unos, mientras otros, más píos, al escuchar los tañidos, daban otra explicación: don Nicasio está llamando a la doctrina, aviva; son las segundas. En cualquier caso, los vecinos de Santovenia, a principios de siglo, identificaban instrucción y adoctrinamiento y de ahí salió una generación, de la que formaba parte Minervina, para la que hablar con Dios y aprender eran la misma cosa. Tan amigada tenía esta identidad la muchacha que, antes de que Cipriano cumpliera siete años, ya dedicaba una hora de la mañana a la formación religiosa del pequeño. En principio, el niño aceptó la novedad como un pasatiempo. Encerrados en la buhardilla donde Cipriano dormía, ante la mesita que se extendía bajo la claraboya, Minervina le aleccionaba. Lo primero fue enseñarle a signarse y santiguarse, signos religiosos que a Minervina se le atragantaron veinte años atrás pero que para Cipriano no representaron ninguna dificultad:

—Haces así y así y con los dedos marcas los palos de la cruz ¿te das cuenta?

—Sí, los palos de la cruz —decía el niño sonriendo.

Cipriano interpretaba perfectamente el significado del signo y cuando la chica le decía que la cruz de la frente servía para ahuyentar los malos pensamientos, la de la boca para evitar las malas palabras y la del pecho para aventar los malos deseos, lo comprendía aunque no diferenciaba aún los malos pensamientos, las malas palabras y las malas acciones de los buenos. Tras los signos del cristiano, Minervina, siguiendo las normas de don Nicasio Celemín, que colocó el primer día una gran lápida en un paño de la iglesia que decía «Cartilla para mostrar a leer a los moços», le fue enseñando las oraciones: Padre Nuestro, Ave María, Credo y Salve. La chica las cantaba con él una y otra vez y así el niño las memorizaba con facilidad sorprendente. A veces el pequeño la interrumpía:

—Ya estoy cansado, Mina. Vamos a jugar un poco a los soldados.

Pero ella forzaba su voluntad:

—Hay que hacerlo aunque no nos guste, mi tesoro. Sin la oración nadie se salva y Minervina se irá a los infiernos si no te ayuda a salvarte a ti.

Repetía las muletillas de don Nicasio Celemín pero estaba completamente segura en ese momento de que si Cipriano no aprendía a orar por su culpa, el niño y ella irían a pudrirse entre las llamas del infierno. Era una mezcla deseo-temor lo que la movía: ir al cielo, el compendio de todos los bienes, era el objetivo, mientras el infierno representaba para ella, y de paso para el niño, la pena eterna, la suma de todos los males, un peligro que había que evitar.

—Y si no rezo ¿me voy a los infiernos, Mina?

—Entiéndeme. Tienes que aprender a distinguir lo bueno de lo malo y, una vez que lo sepas, tú eres libre para hacer lo que te plazca.

El niño repetía canturreando las frases que pronunciaba Minervina, la obedecía porque sabía que era por su bien, que le estaba salvando, que estaba haciendo por él lo máximo que una persona podía hacer por otra. Sin embargo una mañana, Cipriano, tan abstraído estaba con sus juegos, que no hubo manera de contrariarle:

—Luego, Mina. Ahora no quiero rezar.

Esa noche tardó en dormirse. Cuando al fin lo consiguió, a altas horas de la madrugada, se le apareció, flotando sobre el cielo, entre nubes, la figura de Dios Padre. Era una imagen que había visto antes en alguna parte, tal vez en algún libro, pero la de ahora tenía exactamente la fisonomía de don Bernardo: rostro lleno, barba y pelo fuertes y lisos y una mirada helada y heridora que se cruzó un instante con la suya. Cipriano cerró los ojos, se achicó, quiso desaparecer del mundo, pero Nuestro Señor le prendió por una oreja y le dijo:

—¿Vas a decirme, caballerete, por qué no quieres rezar?

Cipriano se despertó sobresaltado. Divisó sobre sí el rectángulo estrellado de la lucerna pero no tuvo fuerzas ni para gritar. Su corazón hacía ruido en el pecho y en su estómago se había asentado la angustia. Entonces se arrojó del lecho, se arrodilló en el suelo y comenzó a susurrar las oraciones que había omitido por la mañana. Rezó y rezó hasta que se quedó dormido en el posapié, derrumbado sobre el lecho. Minervina lo sorprendió así de amanecida, le metió con ella en la cama y le restituyó su calor. Deshilvanadamente, el niño le iba contando su experiencia:

—Y vino Nuestro Señor, pero era el taita, Mina, y me agarró de la oreja y me dijo que tenía que rezar siempre. —¿Estás seguro de que el taita era Nuestro Señor?

—Seguro, Mina. Tenía los mismos ojos y la misma barba.

—Y ¿estaba muy enfadado?

—Muy enfadado, Mina. Me tiró de la oreja y me llamó caballerete.

Don Bernardo no veía con malos ojos el adoctrinamiento del niño por su niñera. Le sorprendió la formación de Minervina y aceptó el método de don Nicasio Celemín como base. Sin embargo, los conocimientos de la chica eran muy limitados y el tiempo pasaba sin que el niño progresase. Después de los mandamientos, Minervina le enseñó los artículos de la fe, los enemigos del alma, las virtudes teologales y las ocho bienaventuranzas pero de ahí no pasaba. La cartilla «para mostrar a leer a los moços» no iba más allá, ni el sistema de adoctrinamiento de don Nicasio Celemín tampoco. Entonces fue cuando don Bernardo empezó a madurar la idea de un preceptor. Había buenos preceptores en la villa entonces y las grandes familias les confiaban a sus hijos. Un preceptor suponía un casi seguro rendimiento didáctico, pero, además, comportaba un signo de distinción social que le aproximaba a la nobleza, el sueño oculto de don Bernardo desde que tuvo uso de razón. El señor Salcedo sabía que tras las bienaventuranzas, había otro mundo intelectual más vasto y distinto que desgraciadamente él no había conocido: vocales y consonantes, posibilidad de unión silábica, grafía y sintaxis latinas. Leer en latín y escribir en romance, se decía secretamente, he ahí el camino. El niño ya era mayorcito y no parecía recomendable dejar su instrucción en manos de criadas y menos teniendo en cuenta su posición social. Más lejos todavía estaba el capítulo tan difamado e intocable de las tablas de cálculo que, pese a las reticencias de la época, él deseaba que Cipriano aprendiera. Se hacía, pues, imprescindible un preceptor, pero ¿interno? Don Bernardo no era partidario de dar entrada en la casa a un instructor experimentado. La sola idea le cohibía y presentía que su ignorancia, apenas evidente ahora para su hermano Ignacio, trascendería ante un ayo que compartiera con él comidas y sobremesas. Así llegó a la conclusión de contratar un preceptor de mañana que abandonaría la casa a las doce del mediodía.

La presencia de don Álvaro Cabeza de Vaca, con su sayo hasta las rodillas, bastante raído, de corte francés y sus calzas negras, ajustadas, amilanó a Cipriano y no deslumbró a don Bernardo. Fue fácil, no obstante, llegar a un acuerdo, aunque para el pequeño la idea de cambiar el piso alto por el principal y su cuartito abuhardillado por otro contiguo al de su padre, y separarse por vez primera de Minervina, representó un duro golpe.

Don Álvaro, enjuto, severo, con pómulos prominentes y barba rala, marcó desde el primer día una distancia con su discípulo. Sin embargo, el niño respondía rápido, sin apenas dejarle terminar la pregunta, inteligentemente. Y

mientras duró el recorrido por las trochas habituales las cosas rodaron sin novedad. Sin embargo, Cipriano, atemorizado desde el primer día, constató con espanto la inmediatez de su padre en la habitación vecina. Y cada vez que le oía carraspear o arrastrar el sillón empalidecía y quedaba inmóvil, la cabeza hueca, a la expectativa. Los diecisiete estornudos consecutivos de don Bernardo en las primeras horas de la mañana eran proverbiales. Él los daba vía libre de modo que cada uno venía a ser como una pequeña explosión, los objetos retemblaban y se conmovían los cimientos de la casa. La idea de la proximidad de su padre terminó por imponerse a toda otra consideración en el cerebro de Cipriano. Vivía pendiente de rumores furtivos, de sus gruñidos espesos, de sus paseos, de sus estornudos. Detrás de cada desahogo, Cipriano se representaba su rostro, su mirada gélida, su barba aceitosa, su entrecejo cruel. Don Álvaro, empero, no advirtió la desatención del pequeño hasta que concluyó con «la cartilla de los moços». Sin mala voluntad, Cipriano se resistió a transitar los nuevos caminos. Más que negarse, existía una imposibilidad material de escuchar las explicaciones del dómine, de colgar la atención de sus labios. El niño miraba sin cesar la pantorrilla negra del ayo, pero su cabeza se trasladaba incesantemente tras el tabique. ¿Qué significaba el autoritario carraspeo de don Bernardo que acababa de escuchar? ¿Por qué había corrido el sillón hacia atrás y se había levantado? ¿Adónde iba? Todos los miedos de la primera infancia se abalanzaban de pronto sobre él. Sin Minervina a su lado, se sentía un ser indefenso. Don Álvaro le hablaba sin parar, con un tono de voz levemente cascado, los ojos al fondo de sus pómulos:

—¿Has entendido, Cipriano?

Cipriano volvía a la realidad de pronto. Le miraba como diciendo: Ignoro de dónde viene vuesa merced y dónde va, no sé de qué me habla, pero mentía.

—Sí, señor.

Don Álvaro iba entonces un poco más lejos, hasta que se daba cuenta de que Cipriano no le seguía, que la mente del chico había quedado anclada en «la cartilla de los moços». Entonces, pacientemente, una y otra vez volvía a empezar. Una de dos: o don Álvaro tenía una fe ciega en su capacidad intelectual o el salario acordado con don Bernardo era considerable. El caso es que la ficción se prolongó durante meses y meses, don Álvaro esperando que su discípulo despertara, Cipriano al acecho de lo que sucedía en la habitación de al lado. De este modo, el niño llegó a leer el latín con cierta soltura pero resbalaba al afrontar las declinaciones. Y hasta tal extremo se le

negaron éstas que, un buen día, don Álvaro, decepcionado, abordó a don Bernardo al terminar la clase. La entrevista fue breve y patética:

—De ahí no sacaremos nada, don Bernardo. El niño está en otra cosa.

—¿En otra cosa? El pequeño no ha conocido otra cosa, señor. Difícilmente puede estar en ella si no la conoce.

—Está ausente. No logro concentrarlo. Eso es todo.

Don Bernardo, vestido de calle para acudir al almacén, se mostraba malhumorado:

—Sugiere vuesa merced que el chiquillo es tonto.

—¡Oh, por favor! —dijo don Álvaro—. El muchacho es avispado como una ardilla, pero es inútil. No está conmigo, no me sigue, no le interesa lo que yo pueda contarle.

Don Bernardo se resignó a admitir que el preceptor no era el medio más indicado para educar a su hijo, el pequeño parricida. Había otras soluciones, pero, como hombre rencoroso, improvisó rápidamente la suya: un colegio. Un internado duro y sin pausas. Era hora de separarlo de la rolla. Don Bernardo sabía que en la villa no había centros educativos que merecieran tal nombre, pero su hermano Ignacio era patrono mayor del más afamado: el Hospital de Niños Expósitos, regido por la Cofradía de San José y de Nuestra Señora de la O, dedicado a la formación de niños abandonados.

A su hermano le dolió la decisión:

—Ese colegio no es para personas de nuestra clase, Bernardo.

Don Bernardo coqueteaba ahora con la idea de dar una lección a la aristocracia, abrirle los ojos:

—Me han hablado bien de él. Dispone de veintiocho camas para becarios y mi hijo podrá pagar su alojamiento y el de cinco compañeros más si es eso lo que hace falta para que le abran las puertas.

Don Ignacio se echó las manos a la cabeza:

—El Hospital de Niños Expósitos vive de la caridad, Bernardo. Y tú sabes que los chicos abandonados por sus padres no suelen ser gente recomendable. Es un colegio serio porque los Diputados de la Cofradía nos hemos empeñado en que lo sea y hemos puesto en la dirección a un maestro competente. A la doctrina, por la mañana, a toque de campana, acuden chicos de toda condición e, incluso, en el resto de las clases, admiten alumnos de pago. ¿No podría ser ésta la mejor solución para Cipriano?

Don Bernardo denegó obstinadamente:

—A mi hijo hay que enveredarlo. Su niñera lo ha mimado demasiado. Y esto se acabó. Lo meteré interno y no disfrutará siquiera de vacaciones; pero

para ingresar en el Hospital necesito tu concurso. ¿Estás dispuesto a prestármelo?

Intelectualmente don Ignacio estaba a cien codos de su hermano, pero carecía de personalidad para imponerse. Al día siguiente visitó la Cofradía que administraba el centro, y, cuando habló de la generosa disposición de su hermano, no encontró más que buenas palabras, lo mismo que en la reunión de diputados del jueves siguiente, que votó la admisión del pequeño. Por esta vía y mediante el compromiso de pagar el mantenimiento de su hijo, las becas de tres compañeros y cooperar generosamente al Arca de las Limosnas, Cipriano fue admitido en el centro.

Minervina lloró hasta quedarse seca cuando le fue comunicada la noticia pero, por primera vez, su llanto no se contagió al pequeño. El temor que su padre le inspiraba podía más que cualquier otro argumento y el proyecto de alejarse de su casa y convivir con otros muchachos, le resultaba audaz y apetecible. La decisión de su padre de no verle *ni en verano* acrecía su deseo de alejarse de aquellos ojos cortantes que habían entenebrecido su infancia. Por otro lado, el hecho de que don Bernardo hubiera hablado de conservar a Minervina en su puesto, le infundía cierta seguridad, no había cortado la retirada. La chica volvió a derramar lágrimas en la Tenería, junto al río, frente al colegio. Besó y estrujó a Cipriano varias veces antes de dejarle escapar, con un fardillo en cada mano, y desaparecer por la doble puerta. Entonces tuvo la sensación de haberlo perdido para siempre.

El edificio del colegio no era grande pero contaba con tres amplios desahogos: la capilla, el dormitorio y el patio de juegos. Tan pronto puso pie en él, Cipriano perdió dos cosas fundamentales: el atuendo y el nombre. Dejó de vestir la ropa distinguida que Minervina disponía semanalmente con tanto esmero y adoptó el uniforme obligatorio del centro, de marcado carácter rural: calzones de paño fuerte hasta debajo de la rodilla, un basto sayo, capotillo en invierno y unas botas de piel de carnero, abiertas y altas, que se ajustaban a las pantorrillas mediante cintas que remataban en una lazada. La segunda cosa importante que perdió Cipriano con su ingreso en el colegio fue el nombre. Nadie le preguntó cómo se llamaba pero, en el momento de tocar la campana convocando a la doctrina, el *Corcel* se le acercó y le dijo:

—Toca tú, *Mediarroba*, para eso eres el nuevo.

El *Corcel* era un muchacho alto, empeinoso, con las extremidades desproporcionadas, levemente escorado del lado izquierdo y que, evidentemente, gozaba de una preeminencia en el centro. Cipriano agitó la

castigadera con afán, la campana sonaba, mientras *Tito Alba*, con su mirada redonda, atónita, de párpados cortos, le interrogaba:

—¿Eres expósito, tú, *Mediarroba*?

—N… no.

—Y ¿pobre?

—T… tampoco.

—Entonces ¿qué pintas aquí?

—Educarme. Mi padre quiere que me eduque como vosotros.

—¡Vaya una idea! ¿Has conocido a el *Corcel*?

—Él me mandó tocar la campana.

Cipriano se sorprendió de la vacilación de su voz en las primeras respuestas. El contacto con un ser desconocido le alteraba. Sentía como una rara emoción, un especial temor a comunicarse. Pero, una vez vencida la resistencia inicial, la conversación discurría fluidamente, sin tropiezos. Pensó cómo no lo había advertido antes y concluyó que su pequeño mundo acababa en la cocina de la casa de su padre y que, en sus breves visitas a Santovenia, el trato con otros niños era un juego de preguntas y respuestas mecánicas, sin reflexión previa y, en consecuencia, el titubeo no tenía razón de producirse.

En clase de doctrina cantaban los rezos y las preguntas y respuestas del catecismo hispanolatino con el mismo soniquete que empleaba Minervina, el mismo que utilizara don Nicasio Celemín, el párroco, en Santovenia veinte años atrás. De este modo, hasta los niños más romos memorizaban el catecismo que era lo que interesaba. Pero cuando don Lucio, *el Escriba*, terminó de recitar las potencias del alma y preguntó al grupo de cincuenta y siete muchachos quién sabía lo que eran las virtudes teologales, únicamente Cipriano levantó la mano:

—F… fe, esperanza y caridad —dijo.

Con la doctrina, los estudios se extendían preferentemente al latín, la redacción en romance y las tablas aritméticas. Era curioso el cambio operado en Cipriano, su repentino afán por ensanchar el mundo de sus conocimientos, su deseo de aprender, de acuerdo con su naciente afición a participar en los juegos que sus compañeros disputaban en los recreos del patio.

A las dos y media, después de comer en el ruidoso refectorio en dos grandes mesas, presididas desde la tarima por *el Escriba*, los expósitos salían de paseo acompañados por el inevitable tutor. Era un paseo higiénico, pero evidentemente el Consejo de Diputados que regía el colegio buscaba en aquel ejercicio colectivo algo más. *El Escriba* les hacía reparar en las escenas

callejeras, en las vitrinas, en las actividades de la gente del pueblo y les formulaba preguntas, cuyas respuestas torpes o ambiguas él mismo aclaraba:

—Clemencio, ¿qué quieres ser cuando salgas del colegio?

El *Corcel* no vacilaba:

—Arriero —decía.

—¿Sabes distinguir una mula de una acémila?

Los compañeros le soplaban: «es lo mismo», «es lo mismo», pero el grandullón, bien porque no les oía, bien por su afán de llevar la contraria, respondía sin vacilar:

—Una acémila es una yegua.

—Tendrás que perfeccionar tus conocimientos si de verdad aspiras a ser arriero.

Caminaban ligeros, en filas, de dos en dos, con sus uniformes campesinos, algunos uncidos, el brazo por los hombros del condiscípulo, otros sueltos. La gente con la que se cruzaban les miraba con simpatía y murmuraba: ahí van los expósitos. En rigor, los vecinos de la villa, con sus limosnas, contribuían al sostenimiento del centro del que se sentían orgullosos. Recorrieron el Espolón Viejo y abocaron al Nuevo, contiguo al Puente Mayor y, una vez cruzado éste, subieron al cerro de la Cuesta de la Maruquesa en cuyas cuevas y barracas vivían gentes necesitadas. Por el camino de Villanubla se veían bajar reatas de mulas, pordioseros y algún que otro caballero apresurado. Al descender del otero, *Tito Alba*, su compañero de filas, le dio con el codo a Cipriano y le dijo confidencialmente:

—Mira, ya está el *Corcel* haciéndose una paja. Siempre tiene que hacerse una paja en el paseo, el marrano de él.

Cipriano les miraba cándidamente:

—¿Q… qué es una paja? —observaba a *el Corcel* encorvado, la mano derecha agitándose bajo el sayo, sofocado.

Tito Alba le explicó. Cipriano atendía con sus cinco sentidos, con análoga curiosidad con que escuchaba la palabra de *el Escriba*. Se daba cuenta de que, salvo en sus breves contactos con los chicos de Santovenia, había crecido en un fanal y no conocía la vida. Mina, con la mejor intención, lo había aislado del mundo. Descendían por la Corredera de la Plaza Vieja, cuando *el Escriba*, que renqueaba ligeramente de la pierna derecha después de recorrer media legua, les anunció que iban a visitar a un antiguo compañero. La Cofradía no se desentendía de los niños que habían pasado por sus aulas. En la pequeña glorieta, en la planta baja del número 16, se alzaba el taller de un carpintero. La mayoría de los compañeros de Cipriano, que conocían el alcance de la

inspección, se quedaron formando grupos alrededor de la fuente. El carpintero, con su larga barba descuidada, molduraba un palo en el torno de mano que accionaba un muchacho de alrededor de quince años. Olía a resina y serrín. El carpintero se acercó cortésmente a *el Escriba* y, después de cambiar unas palabras con él, los pasó a la oficina y los dejó solos. Por el ventano con telarañas se veía un patio lleno de listones y troncos apilados. El maestro se sentó en el taburete del carpintero y se dirigió al muchacho en voz baja, secreteando:

—¿Te portas bien, Eliseo?

—Bien, don Lucio.

—¿Trabajas todo lo que puedes, ayudas a don Moisés?

—A ver, sí señor, por la cuenta que me tiene.

—¿Te dan de comer lo convenido?

Elíseo sonrió ampliamente:

—Ya me conoce, don Lucio; yo nunca me sacio.

—Y ¿la propina?

—La justa; cada domingo.

—Y ¿aprendes?, ¿crees tú que vas aprendiendo? —Así es, sí señor. Si hago caso de don Moisés para el año veintinueve me hará oficial.

—¿Tan pronto?

—Eso dice.

Más abajo, en la calle de las Tenerías, cerca ya del colegio, *el Escriba* visitó a otro exalumno, aprendiz de curtidor. En la calle hedía violentamente a tintes y cuero. La entrevista fue semejante a la anterior, salvo que el aprendiz, en este caso, exhibía un amplio repertorio de agravios: comía mal, no le mudaban las ropas de la cama, no le daban las propinas acordadas. Mentalmente *el Escriba* tomaba nota y le dijo que todo se arreglaría, que hablaría con los Diputados de la Cofradía que conservaban copia del contrato.

A los dos meses de ingresar en el colegio, Cipriano fue nombrado limosnero por una semana. Para un centro que vivía fundamentalmente de la caridad el cometido era arduo y complejo. Con el alba, Cipriano preparaba el pequeño carro de la comunidad, metía a *Blas*, el asnillo, entre las varas y salía con *el Niño* y Claudio, *el Obeso*, a recorrer la ciudad. *El Niño* había llamado la atención de Cipriano desde el primer momento. Se lo había dicho a Claudio, *el Obeso*:

—E… *el Niño* tiene cara de niña.

—Sí tiene cara de niña *el Niño*, pero es buen rapaz.

Conocía la ciudad mejor que ninguno de los dos y cada mañana conducía el carrillo desde el colegio hasta la trasera del Hospital de la Misericordia sin una vacilación. Miguel, *el Menino*, que atendía la portería y el depósito de cadáveres los conocía ya:

—Hoy no hay muertos, muchachos. Estáis de vacaciones —decía, con su vocecita atiplada.

O bien:

—Hay un pobre y un ajusticiado, ¿os lleváis los dos?

Cipriano cargaba con ellos al hombro sin el menor reparo y los depositaba sobre las tablas del carro. Lo mismo hacía con el tablero y los caballetes del túmulo, los picos y las palas. Claudio, *el Obeso*, se sorprendió de su fortaleza:

—Tú, *Mediarroba*, ¿de dónde sacas esas fuerzas? En mi vida vi un tipo más espiritado que tú.

Cipriano le metía un dedo en su barriga untosa:

—S… si la fuerza estuviera en las grasas tú serías campeón. Atiende.

Se había levantado la manga del sayo y le mostraba su bíceps estirado, un músculo bien formado, de atleta.

—¡Ahí va, si tiene bola! ¿Te has fijado, *Niño*?, *el Mediarroba* tiene bola.

A menudo Miguel, *el Menino*, les reconvenía mansamente:

—Vamos, muchachos, no enredéis más. Hoy las huesas están en el atrio de San Juan. Ya estáis marchando.

El Niño tomaba las riendas y el carrillo, traqueteando, subía hasta la calle Imperial, próxima a la Judería. Tan pronto llegaban, Cipriano se arrojaba del carro, armaba el túmulo en el centro de la calle y colocaba encima los dos cadáveres. Disponían de una fórmula, acuñada por el uso, para llamar a la caridad a los viandantes, y Cipriano la ponía en práctica con gran propiedad:

—Hermanos: aquí tenéis los cuerpos de dos desdichados que pasaron a mejor vida sin conocer los beneficios de la amistad —decía—. No les neguéis ahora el derecho a la tierra sagrada. Nuestro Señor nos ordenó ser hermanos del pobre y del pecador y únicamente si vemos en ellos al propio Cristo conoceremos el día de mañana el premio de la gloria. Ayudad a dar tierra a estos desdichados.

Algunos transeúntes cruzaban la calle y depositaban unos maravedíes en la bandeja, al pie del carrillo. Los tres colegiales se iban turnando en la llamada a la caridad de los ciudadanos. A veces, como ocurría con Cipriano, intercalaban en el texto frases nuevas, originales, de efectos patéticos: no conocieron el amor de sus semejantes. O bien: no escucharon nunca la voz del Señor. O bien: vivieron abandonados como perros.

Cipriano intuía que la última frase que comparaba a los difuntos con los perros movía antes el corazón de las mujeres que el de los hombres y, en cambio, afectaba más a éstos el hecho de que no hubieran tenido oportunidad de escuchar la voz del Señor. De cuando en cuando, *el Niño*, Claudio, *el Obeso*, y Cipriano, alineados tras el carro, intercalaban las letanías dedicadas a los difuntos. Claudio, *el Obeso*, las cantaba y los otros dos respondían:

—*Sancta Maria…*

—*Ora pro nobis.*

—*Sancta Dei Genitrix.*

—Ora pro nobis.

—*Sancta Virgo Virginum.*

—*Ora pro nobis.*

—*Sancte Michael.*

—*Ora pro nobis…*

Al terminar, dejaban transcurrir un rato en silencio, alineados tras el túmulo. Si acaso Cipriano veía aproximarse un grupo de mujeres, sacaba la voz de ventrílocuo y clamaba:

—Hermanos, una caridad para con estos desdichados que desconocieron las mieles de la fraternidad y vivieron abandonados como perros.

Las mujeres cesaban en sus comadreos y depositaban unas flacas monedas en la bandeja, a raíz de lo cual, Claudio, el Obeso, estimulado por el donativo, iniciaba de nuevo la cantinela:

—Hermanos, una caridad para estos desdichados…

Transcurrida una hora larga en la primera posa, Cipriano volvía a colocar los cadáveres en el carrito y, conducidos por *el Niño*, armaban sucesivamente el túmulo en las calles Huelgas, Zurradores y Espolón Viejo para repetir el mismo rito. Al concluir enterraban a los muertos en la iglesia indicada por el enano Miguel y, de vuelta al colegio, depositaban en el Arca de las Limosnas de la capilla los donativos recibidos en su recorrido por la villa.

Los limosneros cerraban la jornada, ya entrada la noche, con el toque de Ánimas. Las campanadas, lentas y melancólicas, ponían en movimiento a todos los campanarios de la ciudad, en lo que los fieles de la villa llamaban «la hora de los muertos».

Cipriano solía caer rendido en su cama. El dormitorio, alargado, con dos hileras de camas estrechas, se alumbraba con un candil que *el Escriba* apagaba antes de retirarse. Las ventanas sin cortinas dejaban entrar un resplandor lechoso desde el río. Y en invierno, el frío era tan riguroso que Claudio, *el Obeso*, juraba que al despertarse tenía escarcha entre los pelos de

las cejas. Salvo algún aullido de *el Corcel*, los alumnos llegaban tan fatigados que, una vez puestos los camisones blancos, caían literalmente dormidos en sus camastros. De ahí la sorpresa de Cipriano en su última noche de limosnero cuando oyó un bisbiseo en la punta del dormitorio, que fue transmitiéndose de cama en cama, como una contraseña. A *Tito Alba*, en la cama de enfrente, le oyó claramente susurrar:

—*Niño*, el *Corcel* te necesita.

Oyó revolverse a Claudio, *el Obeso*, a su lado, y repetir el recado:

—*Niño*, el *Corcel* te necesita.

Una sombra cruzó la leve claridad de las ventanas en dirección del primer susurro. Luego crujieron en la esquina los muelles de la cama de *el Corcel*, mientras se oían en la gran sala cuchicheos y risas apagadas. Al cabo de un rato, la sombra volvió a cruzar el dormitorio en sentido contrario y todo quedó en silencio.

A la mañana siguiente, Cipriano preguntó a *Tito Alba* qué hacía *el Corcel* con *el Niño* en el dormitorio. Tito le miró con sus ojos desorbitados, de párpados cortos:

—*Mediarroba*, ¿es cierto que te has caído de un nido o sólo lo aparentas?

No le dijo más, por lo que Cipriano recurrió a Claudio, *el Obeso*:

—Te lo puedes figurar —fue su respuesta—, cuando tiene necesidad, *el Corcel* recurre a *el Niño*. Es lo más parecido a una mujer que tenemos en el colegio.

José, *el Rústico*, terminó de informarle. *El Rústico* procedía de Tierra de Pinares y no sabía disimular su aire rural, ni su necedad. Era un ser primitivo y cándido. Le costaba recordar las oraciones y en los dictados en romance apenas escribía cuatro palabras seguidas. Pero como compañero resultaba franco y comunicativo. Cipriano le preguntó por qué toleraba *el Niño* los abusos de el *Corcel*. El rostro de *el Rústico* lo decía todo:

—Es el que manda —explicó—. ¿No te has fijado que después de *el Escriba*, es *el Corcel* quien manda aquí?

En la clase de latín corrió la voz de que al día siguiente no habría doctrina porque tenían entierro. Las plegarias de los expósitos eran muy apreciadas en la villa. Sus voces, perdido el tono infantil y sin fraguar todavía el adulto, bien armonizadas por *el Escriba*, constituían el pasaporte deseado por muchos ciudadanos para el tránsito. Las disposiciones testamentarias requerían a menudo la presencia de los colegiales en el entierro a cambio de una limosna. Y los expósitos uniformados, limpias las botas de carnero, alineados en dos

filas y con la antorcha en la mano, acompañaban al difunto hasta su última morada.

Así ocurrió en el entierro del caballero don Tomás de la Colina, en cuyo testamento rogaba a los expósitos sus oraciones a cambio de un pingüe juro para el colegio. *El Escriba* hizo saber a los alumnos la generosa disposición del difunto y los estimuló a comportarse con entusiasmo y esmero en el sufragio. Con aire contrito y las antorchas encendidas, los expósitos acompañaron al cadáver, escuchando fervorosamente la salmodia de los clérigos: el *Miserere* y el *De Profundis*. Una vez en la iglesia, formados en torno al difunto, asistieron al funeral y, al concluir la epístola, *el Escriba* levantó la batuta y les dio el tono para iniciar el *Dies irae*:

Dies irae, dies illa,
Solvet saeclum in favilla:
Teste David cum Sibylla.
Quantus tremor est futurus,
Quando Judex est venturus,
Cuncta stricte discussurus!
Tuba mirum spargens sonum
Per sepulcra regionum,
Coget omnes ante thronum.

Terminada la misa, conforme se procedía al enterramiento del cadáver, los expósitos, desde el presbiterio, entonaron las letanías de intercesión de Todos los Santos, guiados por la bien timbrada voz de Tito Alba;

—Sancte Petre.

—*Ora pro nobis.*

—*Sancte Paule.*

—*Ora pro nobis.*

—*Sancte Andrea.*

—*Ora pro nobis.*

—*Sancte Joannes.*

—*Ora pro nobis.*

—*Omnes Sancti Apostoli et Evangelistae.*

—*Orate pro nobis.*

La gente se aprestaba a manifestar su condolencia a los deudos en tanto los expósitos terminaban su letanía. En el templo reinaba un pesado hedor mezcla del sudor de los fieles, el humo de las antorchas y el tufo de corrupción de los enterrados en él. Pero por encima de todo vibraba la voz de contralto de Tito Alba:

—Ut omnibus benefactoribus nostris
sempiterna bona retribuas.
—Te rogamus audi nos.
—*Ut frutus terrae dare, et conservare*
digneris.
—Te rogamus audi nos.
—*Ut omnibus fidelibus defunctis requiem*
aeternam donare digneris.
—*Te rogamus audi nos.*
—*Ut nos exaudire digneris.*
—*Te rogamus audi nos.*

Cesó la cantinela de los colegiales y, como colofón, el coro y los sacristanes entonaron el último responso:

—*Libera me Domine de morte aeterna, in die illa*
tremenda, quando movendi sunt coeli et terra,
dum veneris judicare saeculum per ignem.

Los expósitos, desde el altar, hicieron una profunda reverencia a los deudos de don Tomás de la Colina antes de salir del templo, de uno en uno, levantando las antorchas por encima de sus cabezas. Cipriano no descubrió a su tío Ignacio hasta que se puso a su lado y notó su mano en el hombro. A su contacto se estremeció. Don Ignacio era para él un pariente mudo que tampoco osaba afrontar nunca los ojos de su hermano. Era afable pero no se podía esperar de él nada decisivo. Sin embargo, no le pasó inadvertida la mirada de entendimiento que cambió con el Escriba. Y cuando sus compañeros apagaron las antorchas y formaron en filas para regresar al colegio, él los siguió a distancia en compañía de su tío. Don Ignacio se inclinó ligeramente hacia él:

—¿Estás contento en el colegio, te gusta estudiar?

Asintió sin palabras para evitar el titubeo. No veía razones para confiarse a él. Seguramente sería un enviado de su padre. La voz de don Ignacio Salcedo se hizo aún más untuosa:

—No sé si sabes que yo presido el patronato que administra este colegio y soy miembro de la Cofradía a la que pertenece.

—E… eso dicen, sí señor.

—Pero ignoras que en la última reunión de la Comisión de Diputados me han dado informes favorables de ti. Número uno en doctrina, latín y escritura, notable en tablas de cálculo. Intachable en urbanidad y disciplina. ¿Crees que eso se puede mejorar?

El muchacho encogió los hombros. Su tío prosiguió:

—Todo eso es importante, Cipriano. Ante un cuadro así no tengo más remedio que hablar con tu padre y exponerle la situación. ¿Te gustaría dejar el colegio y volver a casa?

A don Ignacio Salcedo le sorprendió la resolución del chico:

—No —dijo—. Me gusta el colegio. Tengo amigos aquí.

—Eso me preocupa, hijo. Tus compañeros son niños sin padres, sin modales, ni educación. Por lo demás ya sabes lo que te espera. Otros dos años en sus aulas y el día de mañana trabajar en el oficio que elijas hasta la muerte. Ése es tu porvenir.

—También puedo ingresar en la Escuela de Gramática del Cabildo —objetó el muchacho—. Todo depende de mi expediente.

—Cierto, Cipriano. Ya veo que te has informado bien. Y no olvides el Centro de Latinidad si decides ser sacerdote. ¿Te gustaría ser sacerdote?

El muchacho vareaba el aire con el palo de la antorcha y luego la utilizaba como bastón. Primero denegó con la cabeza y luego dijo rotundamente:

—No.

—Y ¿doctorarte en Leyes? Tienes buena cabeza, dominas la sintaxis latina, escribes de corrido el romance… Podrías ser un buen letrado el día de mañana. Tu padre te dejará una fortuna importante y tuyo será también lo que hoy es mío. Pero al dinero hay que ennoblecerlo. El dinero en sí no tiene importancia y menos aún si no se debe a tu esfuerzo.

Habían salido de la Puerta del Campo y descendían hacia el nuevo barrio de las Tenerías, al fondo del cual estaba el colegio. Olía fuerte a cuero y tinturas y, entre la muralla y el barrio, se veía correr al Pisuerga en ejarbe. Cipriano levantó los ojos y contempló la piel rojiza, lampiña, de su tío Ignacio, su mirada insegura, pero fija en él.

—No sé —dijo al fin—. Falta mucho tiempo. Tendré que pensarlo.

—Eso está bien. No es bueno precipitarse pero debes ir reflexionando. Dos años pasan enseguida, antes de que lo que tú piensas, y para entonces sería conveniente que hubieras tomado una determinación.

Doblaron la última esquina y don Ignacio se precipitó:

—Una cosa voy a rogarte, Cipriano: que tu padre no se entere de nuestro encuentro ni de nuestra conversación. Él no debe saber nada de esto. ¿Te escribe?

—No —dijo Cipriano.

Don Ignacio vaciló al despedirse. No era ya un niño para besarle y además él era para el muchacho casi, casi un desconocido. Le tomó por los hombros,

se inclinó ligeramente, luego se enderezó, lo soltó y le tendió su mano anillada. Lo había pensado mejor:

—Adiós, Cipriano —dijo—. Sigue estudiando. Aprovecha las enseñanzas de don Lucio, es un gran maestro. Nunca te arrepentirás de haberlo hecho.

VI

Por segundo año consecutivo desde su ingreso en el colegio, llegado agosto, Cipriano participó en la Ceremonia de las Eras acompañado de dos condiscípulos y dos cofrades de la Santísima Trinidad. La clase, dividida en grupos, visitaba las eras que rodeaban la villa y pedían a Dios «prieta espiga y grano abundante». A los muchachos les divertía tomar contacto con los labriegos, trillar, azuzar a las mulas, montar en pollino y beber del botijo. Rezado el Pater Noster y las letanías rituales, los campesinos les entregaban unos fardillos de trigo que ellos, al llegar al colegio, depositaban en el Arca de las Limosnas y, al día siguiente, en el mercado, lo convertían en dinero contante y sonante. Cipriano, en compañía de *Tito Alba* y de un nuevo compañero, a quien apodaban *Gallofa*, quedó a un celemín de distancia del grupo más aprovechado y fue elogiado por *el Escriba* al iniciarse la clase.

Para entonces, Cipriano había empezado ya con sus escrúpulos de conciencia. Atendía con sus cinco sentidos a las clases de doctrina y religión, pero de su atención no derivaba una tranquilidad espiritual. Es más, se le antojaba que su formación religiosa dejaba mucho que desear. El padre Arnaldo les hablaba de la oración vocal y de la oración mental y se inclinaba por aquélla siempre que la concentración del orante fuese completa. A Nuestro Señor no debemos dejarlo solo, les decía el padre Arnaldo. Podéis aprovechar el recreo para hacerle una visita. Cipriano comenzó a visitar la capilla durante el recreo. Se trataba de una vieja costumbre que algunos alumnos acataban. A él le gustaban el vacío y el silencio del templo, donde apenas llegaba el alboroto de sus compañeros en el patio. Reclinado de rodillas, en el banco de madera, Cipriano tenía a flor de labios dos peticiones obsesivas: Minervina y su futuro una vez pasada la etapa colegial. Mientras oraba, se mantenía sereno. Era al marchar y tomar agua bendita en la pequeña pila, a la puerta de la capilla, cuando surgían las dudas: al rezar y santiguarse ¿había pensado en el sacrificio de Nuestro Señor o en el juego de zancos que le aguardaba en el patio? La duda se hacía cada vez más honda y corrosiva. Y si la daba de lado para entregarse al juego, los escrúpulos ya no le abandonaban el resto de la mañana. Entonces resolvía retornar a la capilla y signarse otra vez con agua bendita, muy despacio y pensando en lo que hacía. Pero este gesto tampoco lo apaciguaba. Al salir al patio regresaban las dudas sobre su concentración y volvía de nuevo a la capilla a tomar agua y santiguarse con lentitud, deteniéndose fervorosamente en los cuatro

movimientos esenciales. Mas, acorde siempre con las predicaciones del padre Arnaldo, llegó a la conclusión de que sus peticiones eran inevitablemente egoístas: pedía por él, para solucionar su vida el día de mañana y pedía por Minervina, único ser al que amaba en este mundo. Entonces decidió pedir también por *el Corcel*, para que no se hiciera pajas en el paseo, ni obligara a *el Niño* a ir a su cama cada vez que lo necesitaba. Y por *Tito Alba* por quien empezaba a sentir afecto. Paso a paso fue añadiendo peticiones (por *el Rústico* para que se le abrieran las vías del entendimiento, por *el Escriba* para que supiera guiarlos con tino, o por Eliseo, el exalumno de la Tenería, para que su patrono cumpliese los términos del contrato) de forma que sus visitas a la capilla empezaron a durar tanto como los recreos. De esta manera Cipriano no encontraba tiempo para desfogarse y el sábado, en las reconciliaciones con el padre Toval, que confesaba en dos reclinatorios encarados y cubría, con un inmaculado pañuelo blanco, los rostros de confesor y penitente, reconocía que sus peticiones a Nuestro Señor seguían siendo egoístas por la sencilla razón de que con ellas no buscaba la paz o la felicidad de sus compañeros sino su tranquilidad de conciencia. El padre Toval le animaba a perseverar, a pensar menos en sí mismo y en las causas que movían sus actos, y un buen día, para ayudarle, le hizo un rápido examen a través de los mandamientos. Mas cuando llegó al cuarto, honrar padre y madre, Cipriano le dijo al padre Toval que su madre había muerto al nacer él y que a su padre lo odiaba con todas sus potencias y sentidos. Aquí sí encontró el confesor materia grave y, pese a que Cipriano le habló de sus terribles miradas y de sus vejaciones, no justificó su aversión hacia él. El padre nos ha engendrado y sólo por eso ya merece nuestro aprecio. ¿Cómo amar a Nuestro Señor en el cielo si no amábamos a nuestro padre en la tierra? Los vagos escrúpulos de Cipriano iban concretándose ahora: no era tanto por *el Corcel* por quien tenía que rezar como por su padre y por sus sentimientos hacia él. Dejó el confesionario con las orejas rojas y aturdido. En lo sucesivo mentaba a su padre en las visitas a la capilla durante los recreos, pero lo hacía maquinalmente, no porque le amase sino porque el padre Toval se lo había indicado así. Sus escrúpulos se endurecían: yo no puedo amar y odiar a una persona al mismo tiempo, se decía. Y al pensar en su padre veía su mirada bellaca, heridora, y comprendía que su oración por él carecía de sentido. Dejó de ir a comulgar. Su amigo *Tito Alba* notó su cambio y, en un paseo por la ciudad, le preguntó por la razón. O… odiar es un pecado, ¿no es cierto, *Tito*? Cierto, dijo éste. Y odiar al padre todavía es un pecado más grave, ¿verdad? *Tito Alba* se encogió de hombros: Yo no sé lo que es un padre, dijo. ¿Y qué puedo hacer yo si el odio nace en mi

corazón con sólo pensar en él? Bueno, dijo Tito, reza para que eso no suceda. Pero si a pesar de todo sucede y yo no lo puedo remediar, ¿voy a consumirme en el infierno solamente por odiar a mi padre sin quererlo? *Tito Alba* titubeaba. Sus ojos desorbitados, de párpados cortos, eran sin embargo cálidos y mansos. No se parecían a los de don Bernardo. Dijo con poca voz: Habla con el padre Toval. Cipriano se apresuró: Lo hago todos los sábados. A *Tito Alba* le abrumaba el pesar de su amigo. Encontró un alivio al mirar a la pareja de compañeros que los precedía: Mira, dijo, ya está el guarro de *el Corcel* haciéndose una paja. Por él sí debes rezar. Cipriano manoteaba excitado: Pero tampoco puedes echar sobre ti todos los pecados del mundo, toda su porquería, ¿no es cierto?

También el padre Toval advirtió su desconcierto. Hablaron de los pecados que no producían placer sino dolor, como odiar o envidiar. El padre Toval llegó a decirle que ofreciera a Dios el asco de su odio como una expiación, pero a Cipriano no le convencía. S… sería engañarme, padre, me engañaría a mí mismo y engañaría también a Dios. Ofrecerle mi odio sería envilecerme.

El tercer año en el colegio resultó inquietante para Cipriano. Pese a la buena relación que mantenía con la mayor parte de los alumnos, de su aprovechamiento en las clases, no se sentía satisfecho. Y no sólo eran sus escrúpulos de conciencia lo que le agobiaba. Empezó a atormentarle la injusticia humana, el hecho de que don Bernardo pudiera pagar la beca de tres compañeros que, por añadidura, desconocían a su padre, para que él pudiera estudiar; el que *el Niño* tuviera que acudir a las llamadas de *el Corcel* aunque no le apeteciera y que aceptara ser humillado periódicamente porque carecía de poder; el que su carne empezase a despertar y notase una extraña fuerza que transformaba su cuerpo y cuyas exigencias se imponían a su voluntad. Entonces empezó a comprender a *el Corcel* aunque aborreciera la violencia que ejercía sobre *el Niño*, para complacerse a sí mismo. Estas novedades modificaban su carácter, sentía arrebatos de agresividad, vivía en permanente descontento consigo mismo. A veces, él mismo se sorprendía al arrogarse un papel justiciero que nadie le atribuía, como la noche que detuvo a *el Niño* en la penumbra del dormitorio cuando sumisamente acudía a la llamada de *el Corcel*:

—*Corcel*, no le esperes. *El Niño* no va contigo esta noche —dijo.

Pero, de pronto, en el extremo del dormitorio, se produjo un gran revuelo. Al leve resplandor que subía del río divisó a *el Corcel* en camisón, corriendo entre las dos filas de camas para meterse finalmente en la suya. Sintió su salvaje aliento, sus palabrotas, su dureza viril, sus brazos desmañados

abrazándole, y entonces Cipriano, con gran serenidad, flexionó la pierna, le propinó un rodillazo en los testículos y le empujó con todas sus fuerzas hasta arrojarle fuera de la cama. Durante unos minutos se escucharon los quejidos de *el Corcel* en el suelo, como los de un perro apaleado. En el dormitorio había una tensión que se cortaba. Paulatinamente *el Corcel* se incorporó y le dijo a Cipriano en la penumbra, con las manos en el vientre:

—Mañana, en el recreo, te espero en el patio.

En el patio, en la esquina que formaba con el gimnasio, a cubierto de miradas indiscretas, se dirimían las peleas entre los escolares. El pleno del alumnado se reunía allí, ante un desafío, rodeando a los contendientes. Por si los alicientes fueran pocos, era la primera vez que *el Corcel* peleaba en el colegio. Nadie había osado nunca enfrentarse a él. La actitud de los luchadores esta mañana era distinta. Mientras *el Corcel*, con sus brazos largos y desgarbados, aspiraba a hacer presa en el cuello de *Mediarroba* y voltearle, éste le esperaba a distancia, sin dejarle aproximar. A Cipriano le daba ventaja su viveza. En lo que *el Corcel* levantaba un brazo, los puñitos pequeños y duros como piedras de Salcedo se disparaban tres veces sobre la nariz de su adversario. Los compañeros observaban la pelea en silencio. A veces, un comentario: ¿Te fijas cómo pega *Mediarroba*? Y Claudio, *el Obeso*, trataba de explicar a todos, uno por uno, que *Mediarroba* cargaba con los muertos del Hospital de la Misericordia sin ayuda de nadie y tenía unos músculos de acero. Cipriano lanzó su puño derecho una vez más sobre el rostro bobalicón de *el Corcel* y éste empezó a sangrar por la nariz. Claudio, *el Obeso*, volvió a repetir que *Mediarroba* tenía mucha fuerza, y éste daba vueltas en torno al grandullón y se agachaba, esquivándolo, cada vez que trataba de asirle por el cuello. El *Corcel* resistió un par de puñetazos más. Era como ver representada, al cabo del tiempo, la desigual lucha de David contra Goliat. Y David era aquel muchachito reducido, bajo para su edad, pero con una agilidad pasmosa y una dureza de mármol. El sayo de *el Corcel* se llenaba de sangre y, entre dientes, provocaba a su rival llamándole enano y cacho cabrón, pero *Mediarroba* no caía en la trampa, evitaba lanzarse sobre él a ciegas y guardaba las distancias. Sus puñetazos eran como las picadas molestas de un insecto que iban minando la moral del otro. Y cuando, al cabo de cinco minutos, *el Corcel* se olvidó de su guardia y atacó abiertamente a su contrincante persuadido de que era un alfeñique, Cipriano le recibió con un puñetazo en el pómulo derecho que le hizo tambalear. Al golpe siguiente, *el Corcel* hincó una rodilla en tierra pero, como avergonzado de su debilidad, se recuperó inmediatamente y echó su brazo derecho hacia delante tratando de

hacer presa en su enemigo. Cipriano, sin embargo, se agachó, reculó a tiempo y, cuando *el Corcel* trastabillaba, después de su esfuerzo fallido, volvió a sacudirle dos golpes en la nariz y *el Corcel* se apartó jadeando y tratando de restañar la sangre con sus manos. Nadie hablaba, pero como *el Corcel* no pareciera tener intenciones de reanudar la pelea, *Tito Alba* se acercó a él y le dijo:

—*Corcel*, ve a cambiarte el sayo antes de que te vea *el Escriba*.

Le acompañó al dormitorio, mientras Cipriano componía su figura. Vio alejarse a *el Corcel*, auxiliado por *Tito Alba*, y, entonces sí, entonces los compañeros le rodearon preguntándole por su fuerza, le tocaban la bola, y él se levantaba la pernera del pantaloncillo de lona, estiraba la pierna y les mostraba los músculos de los muslos tensos y alargados como cables.

Al sábado siguiente, *Mediarroba* se acusó de su pecado:

—He golpeado a un compañero hasta hacerle sangrar, padre —dijo.

—¿Es posible, hijo? ¿No sabes que incluso el más despreciable de los hombres es templo vivo del Espíritu Santo?

—Ofendía a los demás, padre; es un matón.

—Y ¿quién es ese compañero tuyo? ¿Es del colegio?

—No puedo decirle más.

En la siguiente clase de doctrina, el padre Arnaldo se refirió a su labor de enseñante y a la obligación de los alumnos de aprender sus enseñanzas para poder auxiliar el día de mañana a algún semejante descarriado. Eran, poco más o menos, las mismas palabras que había empleado Minervina cuando le enseñaba a rezar. Si tú te condenas por no saber, tesoro, yo me condenaré por no haberte enseñado. Eran, veinte años más tarde, las mismas palabras de don Nicasio Celemín en Santovenia. Y Cipriano, al oír la admonición del padre Arnaldo, pensó en *el Corcel*, se olvidó del odio hacia su padre y su mente la ocupó la soledad tremenda de su compañero. Nadie le quería. Se propuso buscar el momento apropiado, aproximarse cordialmente a él, ayudarle. Y un día, en el paseo de la tarde, rogó a *el Rústico* que se pusiera junto a *Tito Alba* y le dejara a *el Corcel* por compañero.

—¿Qué quieres ahora? —le dijo éste al verle a su lado.

—Hablar contigo, *Corcel*. Pedirte disculpas por lo del otro día. No quise lastimarte.

—Y ¿a ti qué te importo yo? ¡Ya te puedes largar!

—Me importan todos los mortales, *Corcel*. Debemos ayudarnos los unos a los otros.

Dos mujeres jóvenes, con sendos capachos, se cruzaron con las filas de estudiantes. El *Corcel* se fijó en ellas y giró el rostro descaradamente para contemplarlas por detrás, sus traseros ondulantes. Después se volvió hacia Cipriano:

—¿Sabes qué te digo, *Mediarroba*?

—¿Qué? —dijo Cipriano, esperanzado.

—Que te vayas a tomar por el culo; quiero hacerme una paja.

Cipriano aminoró el paso, fue rezagándose pero aún dijo tímidamente:

—Volveré a buscarte, *Corcel*. SÍ algún día me necesitas, llámame.

A la semana siguiente la villa se llenó de curas, seculares, regulares, canónigos y obispos. El primer día llegaron cuarenta o cincuenta, ciento sesenta el segundo y, en esta proporción, llegaron a alcanzar el millar y medio. El primer encuentro de los expósitos con los clérigos durante un paseo fue sonado. Los colegiales conservaban la piadosa costumbre de besar las manos que consagraban en señal de respeto, pero en esta ocasión fueron tantas las por besar y tantos los labios que aspiraban a hacerlo, que se produjo un atasco en la calle de Santiago que tardó largo rato en despejarse. Una vez en el colegio, *el Escriba* elogió su actitud, pero les rogó encarecidamente que omitieran estas demostraciones de respeto en tanto durase la Conferencia. Era la centésima vez que oían mentar la Conferencia. La Conferencia era la consigna. Ante los nutridos grupos de clérigos, que mariposeaban por todas partes, los transeúntes decían: van a la Conferencia o vienen de la Conferencia. No salían de ahí. Y en verdad las reuniones eran tantas, tan numerosas las comisiones, que las bandadas de clérigos que discurrían por las calles a todas horas indefectiblemente procedían de la Conferencia o iban a ella. Durante meses, la Conferencia lo llenó todo. En los conventos de frailes y los monasterios de la villa y su alfoz no cabía un cura más.

Las controversias teológicas que se producían en San Pablo, San Benito o San Gregorio se prolongaban hasta altas horas de la noche, o, como decía el pueblo, no tenían fin. Las discusiones de la Plaza del Mercado entre rústicos y artesanos subían fácilmente de tono. Y en el centro de tanta polémica y discusión, de tanta palabrería y alboroto, estaba la controvertida figura de Erasmo de Rotterdam, un ángel para algunos, un demonio para los demás. La pluma de Erasmo había dividido al mundo cristiano y, por tanto, con ocasión de la Conferencia, en la villa se formaron dos bandos: los erasmistas y los antierasmistas. Pero esta división no se dejaba sentir únicamente en los colegios y conventos, sino en todas las instituciones, industrias, negocios y familias de la ciudad donde se reunieran más de dos personas. Tampoco el

Hospital de Niños Expósitos se libró de la escisión y no sólo entre los profesores sino también entre los alumnos. Aunque ponían exquisito cuidado en no mostrar sus predilecciones, era del dominio público que el padre Arnaldo era antierasmista y el padre Toval erasmista. El primero decía: Lutero se ha criado a los pechos de Erasmo. Sin él nunca se hubiera llegado a esta situación, mientras el padre Toval sostenía que Erasmo de Rotterdam era exactamente el reformador que la Iglesia precisaba. Pero nunca se produjo entre ellos la menor fricción. Atendían con el mismo celo de siempre sus respectivos deberes pero jamás se enfrentaban entre sí. Esta distinta apreciación de las ideas erasmistas, que era la que dividía a los adultos, acabó imponiéndose igualmente entre los alumnos, que una semana antes ignoraban incluso la existencia de Erasmo. Pero durante el tiempo que duró la Conferencia, los padres Arnaldo y Toval parecían los encargados de llevar al colegio las últimas noticias sobre la misma, arrimando discretamente el ascua a su sardina.

—Los antierasmistas han puesto espías en las librerías para acusar de herejes a los lectores.

—Virués ha dicho en la Conferencia que el inquisidor Manrique y el Emperador son partidarios de Erasmo.

La villa, cuna de la Conferencia, se dividía, discutía, se acaloraba y, en la Plaza del Mercado, junto a los puestos de hortalizas, al lado de la gran tertulia popular, se improvisaban otras de intelectuales gesticulantes y excitados. La Corte, provisionalmente instalada en la ciudad, hacía sentirse protegidos a los erasmistas. Las tardes de paseo, los expósitos se cruzaban con grupos de curas, grandes grupos que comentaban las incidencias de la Conferencia a voz en cuello, trasladaban la controversia de los templos a la calle. Una mañana, el padre Arnaldo cometió la imprudencia de solicitar un padrenuestro a los colegiales por la conversión de Erasmo. Los erasmistas protestaron y el padre Arnaldo cambió el objetivo de la oración: «Para que Nuestro Señor ilumine a cuantos participan en la Conferencia», dijo.

Cipriano, con una instintiva simpatía hacia Erasmo, intervino activamente en su defensa. A la salida de la capilla, Claudio, *el Obeso*, le preguntó:

—¿Quién es ese tal Erasmo?

—Un teólogo, un escritor, que piensa que la Iglesia debe ser reformada.

En el otro extremo del patio, *el Rústico* vociferaba: «¡Erasmo a la hoguera!». En general, las tesis antierasmistas se orientaban en el sentido de que Lutero no hubiera existido si no hubiera existido Erasmo.

Mediada la Conferencia, los expósitos creyeron entender que en las controversias dominaban las tesis erasmistas y que sus adversarios, el maestro Margalho, fray Francisco del Castillo, fray Antonio de Guevara, se batían en retirada. Pero pocos días más tarde, el padre Arnaldo anunciaba que se estaba discutiendo el divorcio, que Erasmo defendía, y que la Conferencia y el pueblo se habían colocado frente a él. Pero entonces saltó a la palestra el maestro Ciruelo, que por su posición y su apellido se había hecho popular, y manifestó que admitía que Erasmo de Rotterdam tuviera algunos errores pero que sus libros, en conjunto, habían aportado mucha luz sobre los cuatro evangelios y las epístolas de los Apóstoles. Era un pulso tenso el que se libraba en la Conferencia y la villa parecía una enorme caja de resonancia. Pero los principales adversarios de Erasmo eran las órdenes religiosas que él había puesto en solfa en su libro *Enchiridion*. Su lectura levantaba ampollas entre los frailes y las protestas desde los púlpitos menudeaban, con lo que la agitación era mayor cada día y la masa iletrada pedía que la obra de Erasmo fuera condenada a la hoguera. La disputa creció hasta límites de violencia cuando el maestro Margalho denunció una mañana que Virués estaba en contacto con Erasmo y le informaba por carta, cada día, de los avatares de la Conferencia. Virués defendió su derecho a comunicarse con el holandés objeto de la controversia y con esta paladina declaración los ánimos se encresparon.

Los dos bandos, entre los alumnos del colegio, llegaron a las manos una mañana en el recreo, en que unos y otros daban vivas y mueras y exigían la hoguera para el titular de la posición contraria. La pelea fue muy violenta y de ella salieron tres alumnos descalabrados camino de la enfermería. El padre Arnaldo y *el Escriba* les hablaron al día siguiente del respeto y la comprensión hacia el prójimo y les regañaron. Daba la impresión, sin embargo, que la controversia se iba inclinando del lado de Erasmo y en contra de Lutero y el resultado parecía satisfacer al papa y al emperador. Y cuando los erasmistas, y en especial Carranza de Miranda, refutaron brillantemente la proposición de los frailes sobre el libre albedrío y las indulgencias, apoyándose en la propia obra erasmiana, la Biblia y los textos de los Santos Padres, la discusión quedó decidida.

Por aquellos días Valladolid se sintió sobresaltada por una preocupación de otro signo: un criado del mariscal de Frómista que venía de camino, herido de una seca de pestilencia, infeccionó por contagio a tres criadas del mariscal, todas ellas mozas, y los cuatro fallecieron en pocos días. Paralelamente, la sanidad declaró un enfermo de pestilencia en Herrera de Duero y una mujer

en Dueñas. En pocas horas, en las esquinas de las calles, florecieron hogueras donde se quemaban tomillo, romero y flor de cantueso con objeto de depurar el ambiente aunque las gentes caminaban desde días tapándose la boca con el pañuelo. El Concejo nombró una Junta de Comisionados para que informaran de la salud de la villa y de los pueblos próximos y echó mano de los dineros de las sisas del vino y del pan para organizar la defensa contra la enfermedad. Publicó después un bando que los pregoneros divulgaron exigiendo limpieza en las calles, prohibiendo comer melones, calabazas y pepinos, «fácilmente impregnados por exhalaciones malignas», y organizando la atención médica, botica y alimentos para los pobres, puesto que el hambre facilitaba el contagio de la enfermedad. En cambio los ricos se apresuraban a recoger sus enseres y objetos preciados y, por las noches, abandonaban furtivamente la villa en sus carruajes para instalarse en el campo, en sus casas de placer, junto a los ríos, en espera de que la epidemia cediera. La peste había llegado de nuevo. La ciudad se organizaba para un largo asedio y un breve del papa Clemente VII ponía fin *sine die* a la famosa Conferencia tras varios meses de debates. Al propio tiempo, la Corte se trasladó a Palencia y la Chancillería a Olmedo. Sin embargo, los casos de pestilencia, en principio, eran pocos en la villa: seis muertos, y la Junta de Comisionados, para no sembrar la alarma, hizo saber que seis muertos de peste «era cosa de burla» y que la epidemia debía ser algo distinto puesto que «la peste mataba a muchos». Otros recordaban la abundancia de casos de sarampión en la última quincena y de este hecho sacaban los ciudadanos sus conclusiones: no era peste sino sarampión lo que padecían, aunque el sarampión actuaba siempre como heraldo de la peste.

Lo cierto era que el mal avanzaba y la enfermedad se extendía muy deprisa. Los médicos eran insuficientes para atender tantos apestados y los curas para facilitarles atención espiritual. Los muertos, amontonados en carretas, eran conducidos a los atrios de los templos para ser enterrados. El Concejo abrió en la ribera derecha del Pisuerga cuatro nuevos hospitales, dos de ellos, el de San Lázaro y el de los Desamparados, para enfermos graves, y movilizó las fuerzas activas, entre ellas a los colegiales de los Expósitos. Eran casi niños, apenas adolescentes, pero su orfandad los ponía a cubierto de toda reclamación familiar. Fue en los días más duros de la epidemia cuando los colegiales cumplieron sus tareas más abnegadas, enterrando muertos, trasladando enfermos, vigilando el aislamiento de la villa, estableciendo controles en los puentes y clausurando edificios donde los apestados eran muchos. Los propios colegiales clavaban tablas para condenar puertas de las casas infectadas y Cipriano se especializó en la delicada tarea de separar las

tejas de los tejados, para dar de comer a los emparedados. Con el carro del colegio, tirado por *Blas*, el borrico rezno, Cipriano se desplazaba de un lugar a otro, repartía bolsas de comida entre los menesterosos o establecía controles en las barcazas de Herrera de Duero por donde llegaban en buen número los inmigrantes del sur. El muchacho les exigía informes sobre su procedencia o sobre el estado sanitario de los pueblos del trayecto y los conducía, acto seguido, a un lazareto allende el río.

Unos meses después, aparecieron los primeros fríos y la gente respiró aliviada. Existía el convencimiento de que la peste era consecuencia del calor y, por contra, el frío y la lluvia atenuaban sus efectos. A los pocos días templó y la peste volvió a picar en los pueblos y ciudades castellanos. En esta segunda oleada se empezó a hablar de la peste del año seis, más grave que la del dieciocho. El banquero Domenico Nelli tranquilizaba a sus colegas de Medina diciéndoles que los muertos de peste eran generalmente pobres y, por tanto, carecían de interés. Pero la gente insistía en que la peste producía landres, como la de principios de siglo. Es peor que la del dieciocho, aseguraban. Entonces empezaron a organizarse rogativas a la iglesia de San Roque y a la de la Virgen de San Llorente pidiendo las lluvias de otoño. Pero el número de pobres aumentaba y el Ayuntamiento se vio obligado a tomar dos medidas radicales: primera, separar a los vagos de los pobres de solemnidad y expulsar a aquéllos. Y, segunda, exigir la salida de la villa de las prostitutas que no hubieran nacido en ella. Pero la expulsión de grupos sociales no arregló nada. Al contrario, los inmigrantes empezaban a superar a los emigrados y el Concejo se vio ante la necesidad de facilitarles alojamiento al otro lado del río. Pero la avalancha de menesterosos crecía y con ellos la expansión de la peste, por lo que el corregidor convocó sin demora a los pobres sanos al otro lado del puente. Era su propósito que unos caballeros comisarios los expulsaran después de proveerles de los víveres suficientes para el camino. Pero los pobres se negaron a acudir al puente. En la ciudad recibían botica gratis, media libra de carnero y media de pan por persona y día, y nadie les garantizaba que esa ayuda fuese a producirse en las poblaciones vecinas, ni conocían siquiera la situación sanitaria de éstas. Entonces, lo que hacían era esconderse en los rincones del Paseo del Prado y por la noche, con algunos inquilinos de los lazaretos, atravesaban el Pisuerga en barcas, a nado o por los viejos vados conocidos, orillando la muralla.

Por su parte, Cipriano y los expósitos se multiplicaban por ayudar a sus conciudadanos. A veces, a falta de tareas más urgentes, prendían hogueras de cantueso, romero y tomillo para contrarrestar las emanaciones nocivas y

continuaban abasteciendo a los emparedados por los agujeros de los tejados. En ocasiones moría algún enfermo en las casas clausuradas y era preciso desclavar los maderos de las puertas para sacarlos a enterrar.

Fue por aquellos días, en la última fase de la epidemia, cuando su tío Ignacio Salcedo se presentó en el colegio. Venía a despedirse, antes de desplazarse a Olmedo con la Chancillería. A media conversación le comunicó que don Bernardo, su padre, estaba gravemente enfermo. Hacía días que se había contagiado de la peste aunque él siempre pensó que este mal era enfermedad de pobres. Y él, que desde niño había aborrecido las enfermedades asquerosas, la padecía ahora en su forma más activa, el cuerpo cubierto de landres abiertas, purulentas, como en la peste del año seis. No tenía más remedio que dejarle al cuidado de las criadas y del doctor Benito Huidobro. No iba a pedirle que lo visitara, por su seguridad y para no humillar a su hermano, pero sí que figurase en el acompañamiento de los expósitos, si el óbito llegara a producirse. Vaciló, como en el encuentro anterior, a la hora de despedirse y terminó estrechándole la mano, dándole golpecitos en el hombro, y diciéndole que más adelante hablarían de su formación si el deceso de su hermano tenía lugar.

A Cipriano no le entristeció la noticia. No sentía una brizna de amor por su padre. Y, al propio tiempo, su ritmo de vida era tan exigente que apenas tuvo tiempo de pensarlo. La sequía continuaba —prácticamente llevaba un año sin llover— y últimamente estaban quemando las casas más afectadas después de trasladar a los hospitales extramuros a los inquilinos enfermos. Nueve meses después de entrar en acción, los expósitos tuvieron dos bajas: *Tito Alba* y *Gallofa*. El propio Cipriano los condujo, en el carrito del colegio, al Hospital de la Misericordia. A Cipriano le caían las lágrimas mientras apaleaba al borrico que tiraba del carro. *Tito Alba* falleció una semana después y, al comenzar el mes siguiente, *Gallofa*.

Entre uno y otro entregó su alma don Bernardo Salcedo. Cipriano se vistió el sayo y el capotillo menos ajados y se concentró con sus compañeros en el portal de la Corredera de San Pablo 5. Él mismo ayudó a Juan Dueñas a meter el cadáver en el coche y a atarlo y, luego, lo acompañó en silencio, con la antorcha encendida, escuchando las salmodias del coro. Acto seguido, ya en la iglesia, asistió al funeral, y los sacristanes iniciaron el último responso:

—*Libérame, Domine, de morte aeterna…*

Entonces divisó a Minervina arrodillada en un banco y trató de acercarse a ella pero *el Escriba* les instaba a buscar la salida para situarse alrededor de la fosa, donde debían entonar la letanía de los Santos. AI concluir, Minervina ya

se había marchado y *el Escriba* se acercó ceremoniosamente a él, estrechó su mano y le dijo:

—En mi nombre y en el de sus compañeros le expreso nuestro más profundo sentimiento.

La agitación y los quehaceres no permitieron a Cipriano reflexionar sobre su orfandad. De regreso al colegio, recibió la orden de acudir a Herrera de Duero a buscar a un grupo de refugiados. Hablaban de muertos en las huertas y las cunetas del camino, de la falta de médicos en los pueblos, donde los enfermos eran atendidos por sanadores y barberos cuando no por los mismos convecinos. Era el pan de cada día.

Habían sido tantos y tan largos los meses pasados desde que se inició la epidemia que los vallisoletanos llegaron a pensar en la posibilidad de una peste permanente. No veían salida. Los meses transcurrían sin que los partes de los comisionados dieran una sola noticia alentadora, mientras se repetían las cifras de las bajas con reiteración. Inesperadamente, iniciado el nuevo otoño, tras una pésima cosecha y un tiempo áspero, la Junta de Comisionados anunció que en el último mes únicamente habían muerto veinte personas de las dos mil hospitalizadas. En noviembre las bajas por la peste habían sido doce y cuatrocientas noventa y tres las altas dadas en los hospitales. Era como escapar de una nube tenebrosa, después de un año y medio sin ver el sol. La gente volvía a salir a la calle a respirar los aromas del tomillo y el cantueso para ventilar sus pulmones, se acercaba al Espolón Nuevo, tornaba a conversar y a reír. ¡El milagro se había producido! Y cuando en enero las altas en los hospitales se elevaron a ochocientas cuarenta y tres y las muertes por peste se redujeron a dos, la villa estalló de júbilo, se organizaron procesiones de acción de gracias a la ermita de San Roque y el Concejo anunció para la primavera juegos de cañas y corridas de toros. La peste había terminado.

Un día de fiesta, llegada la primavera, apareció el tío Ignacio en el colegio. Su tez, debido a la vida en el pueblo, era aún más rojiza que de ordinario. Las primeras palabras de su tío fueron para felicitarle por su comportamiento durante la peste. Entre las medallas que programaba el Ayuntamiento había una para los colegiales del Hospital de Niños Expósitos. Fue la única alusión al pasado. Acto seguido, el tío le habló de su porvenir. Cipriano aceptó la idea de doctorarse en Leyes y también la de vivir en casa de sus tíos hasta alcanzar la mayoría de edad y entrar en posesión de sus bienes. No aceptó, en cambio, la idea de su tío Ignacio de prohijarle. El desapego de Cipriano hacia el género humano, su triste experiencia filial, le

llevó a inclinarse por la idea de la tutela y a aceptar a su tío como tutor. Seguidamente, el tío Ignacio le dijo que, tan pronto la Chancillería retornase a la villa, le recogería en el colegio puesto que, dado su alto cargo en él, había resuelto de antemano el enojoso asunto del papeleo.

La casa de su tío, la tía Gabriela, las criadas, la vida en familia, supuso para Cipriano una innovación poco confortadora. Echaba de menos a los condiscípulos, los paseos, las clases colectivas, los juegos, las charlas, las costumbres adquiridas. El anuncio de un preceptor, don Gabriel de Salas, no mejoró la situación. El recuerdo del anterior en casa de su padre, «el temor al tabique», se reprodujo en él de manera automática. Doña Gabriela se desvivía por atenderlo, por hacerle la vida más agradable. Con un instinto femenino muy aguzado, un día le preguntó si no echaba en falta a Minervina. Cipriano asintió. La ausencia de Minervina, la única persona a la que había querido, en la que siempre se había refugiado, le hacía especialmente vacía la vuelta al hogar. Por otro lado, el descubrimiento de la casa de su tío alentaba a Cipriano. No era, como cabía pensar, la casa pretenciosa de un gran burgués, sino el refugio atractivo y sereno de un intelectual. Cipriano pasaba horas en la biblioteca donde se alineaban más de quinientos volúmenes, algunos de ellos editados en Valladolid, traducciones en romance de Juvenal, Salustio y la *Ilíada*. Los poetas latinos estaban casi todos y, paso a paso, Cipriano fue descubriendo el placer de la lectura, el acto íntimo y silencioso de desflorar un libro. Por otro lado, en la casa había buena pintura, copias de cierta solvencia de obras acreditadas, y algunos esbozos de escultura. La reciente instalación en la ciudad de Alonso de Berruguete dio ocasión a don Ignacio de encargarle un panel de madera en relieve, lo que el artista llamaba *una tabla de bulto*, representando a su mujer, doña Gabriela. Era una pieza de noble calidad más por la factura que por el parecido. La tabla se hallaba en la pequeña habitación que daba acceso a la biblioteca y don Ignacio, hombre muy religioso y respetuoso con el arte, se descubría al pasar ante ella como si fuera el Sagrario. Esta nueva asignatura del arte y el buen gusto estimulaba a Cipriano. Había encajado con don Gabriel de Salas y sus progresos en latín, gramática y leyes, eran notables.

Una mañana al salir de clase, se encontró en el salón con Minervina. Conservaba la elasticidad de cuatro años antes, la misma viva cintura, el mismo cuello largo y delgado y la misma boca, de labios gruesos. Doña Gabriela la escoltaba sonriente y Cipriano no supo qué hacer, ni qué decir. Fue Minervina la que tomó la palabra para decirle que había crecido, que se estaba haciendo un hombre y que este hecho le apenaba.

Pasaban los días y entre Minervina y Cipriano no se reanudaba la vieja y confiada relación. Se alzaba entre ellos como una paralizadora barrera de pudor. Hasta que una tarde de jueves, en que sus tíos salían y vacaban las compañeras de Minervina, Cipriano, al verla sentada, erguida, en el sofá del gran salón, los pequeños pechitos apenas insinuados en la saya de cuello cuadrado, experimentó la misma atracción imperiosa e ingenua que sentía de niño, se fue hacia ella y la abrazó y la besó, diciéndola «h… hola, Mina» y «te quiero mucho, ¿sabes?». Minervina desfallecía al notar los pechos en los cuencos de sus manos, el recorrido apasionado de sus labios ardientes por su escote:

—¡Oh, tesoro, no seas loco!

—Te quiero, te quiero; eres la única persona a la que he querido en mi vida.

Minervina sonreía aturdida, se entregaba.

—Me picas con tus barbas; ya eres un hombre, Cipriano.

Retozaban como cuando Cipriano era niño, se abrazaban y se besaban, pero el muchacho advertía que un nuevo elemento había entrado en su relación y, cuando rodaron por la gruesa alfombra y le arrancó los botones de la saya, Minervina trató aún de resistirse. Pero todo fue en vano.

Al día siguiente, Cipriano buscó al padre Toval:

—H… he yacido con mi nodriza, padre, con la mujer que me amamantó.

El padre Toval le reprendió:

—Eso es casi como yacer con tu propia madre, Cipriano. No te dio la vida pero te dio parte de la suya cuando no podías valerte.

Cipriano vagaba ahora por la casa como sonámbulo. Apenas osaba mirar a la cara a Minervina en presencia de sus tíos. En su cabeza daba vueltas a su confesión. No había sido del todo sincero con el padre Toval. Por otra parte le desagradaba darle cuenta de unos sentimientos tan íntimos. ¿Cómo podría llegar a entender el padre Toval su relación con la muchacha? Y si no la entendía, ¿cómo podía juzgarla?

El jueves siguiente, al verse solos, Minervina y él se refugiaron el uno en el otro como la cosa más natural del mundo. Sin confesárselo habían estado esperando impacientes este momento. E instintivamente ella volvía a darse a él, le nutría, y él se aferraba a ella como a una tabla de salvación. Yacían en la estrecha cama de ella y las tímidas reservas de Minervina revalorizaban la consumación del acto. La tomó hasta tres veces y, al concluir, experimentó como un hastío de sí mismo, pensando que estaba prostituyendo a la muchacha. Le constaba su amor, la pureza de su inclinación hacia ella, pero,

detrás de todo, no dejaba de ver la sórdida aventura del joven amo que se aprovecha de la criada. Buscó en San Gregorio otro confesor desconocido:

—M… me acuso, padre, de poseer a mi nodriza, pero no puedo arrepentirme de ello. Mi amor es más fuerte que mi voluntad.

—¿La quieres o la deseas?

—Si la deseo, padre, es porque la quiero. Nunca quise a nadie en la vida como a ella.

—Pero eres aún un chiquillo. No vas a casarte, claro.

—Tengo catorce años, padre. Mi tutor no lo comprendería.

El cura vaciló. Dijo finalmente:

—Pero si no hay arrepentimiento, hijo, yo no puedo absolverte.

—Lo comprendo, padre. Más adelante volveré a verle.

Los jueves se convirtieron en la cita obligada de los amantes. Era un encuentro inevitable y, con el sexo añadido, la viva reproducción de las expansiones de antaño entre el niño y su nodriza. Y, en las pausas, conversaban. Él le hablaba de sus años de colegio, de la desviación de *el Corcel*, de la pérdida de su inocencia. Y ella de su primer amor hacia un muchacho del pueblo, la caída, el embarazo, el alumbramiento. Y, al hablar de esto, lloraba y le decía. Tú eres como el hijo que perdí, tesoro mío. Pero, enseguida, volvían impacientes a ellos mismos, a descubrirse mutuamente, a amarse. Las relaciones de los jueves, ahora en la habitación de Cipriano, eran cada vez más demoradas y completas, y se prolongaron durante cerca de cuatro meses. Fue con motivo del regreso inesperado a casa de doña Gabriela y don Ignacio, una noche de invierno, cuando todo se vino abajo. Doña Gabriela los descubrió desnudos en la cama, apareados, y no fue capaz de entender nada:

—Ha abusado usted del niño y de mi confianza, Miner; ha deshonrado esta casa y nos ha deshonrado a todos. ¡Váyase y no vuelva más!

Minervina tomó la galera de Jesús Revilla a Santovenia a la mañana siguiente en la Plaza del Mercado, con los dos fardillos con que se había presentado cinco meses atrás.

Libro II: La herejía

VII

Cumplida la mayoría de edad, Cipriano Salcedo se doctoró en Leyes, entró en posesión del almacén de la Judería y de las tierras de Pedrosa y se trasladó a vivir a la vieja casa paterna en la Corredera de San Pablo, cerrada desde la muerte de don Bernardo. Unos años después, conseguidos estos objetivos, se impuso otros tres muy definidos y ambiciosos: encontrar a Minervina, alcanzar un prestigio social y elevar su posición económica hasta ponerse a nivel de los grandes comerciantes del país. El primer objetivo, encontrar a Minervina, que él consideraba el más sencillo, fracasó. En Santovenia apenas encontró a alguien que recordara a la muchacha. Los padres habían muerto y ella —decían— había marchado del lugar. «Casada», dijo uno, pero un segundo rectificó: La Miner no se casó nunca; marchó con su hermana a Mojados donde vivía una vieja tía suya. Cipriano se desplazó a Mojados en su nuevo caballo *Relámpago*. Nadie sabía nada allí de la chica; ni siquiera habían oído nunca un nombre tan raro. Él insistía: Minervina, Minervina Capa. Pero nadie le daba razón. En todo el término no se conocía una muchacha con ese nombre. Cipriano Salcedo, que no comprendía la vida sin la muchacha, la buscó por los pueblos de los alrededores. Inútil. Desconocedor del paradero de Blasa y Modesta, después del fallecimiento de su padre, reinició la búsqueda empezando de nuevo por el principio: Santovenia. Conectó con Olvido Lanuza, *la Alumbrada*, que había perdido un poco la cabeza y le dijo que Minervina había entrado al servicio de don Bernardo Salcedo en la villa. Nadie facilitaba otras pistas sobre la chica, salvo una achacosa centenaria, Leonor Vaquero, quien le informó que se había casado con un manufacturero de Segovia. *Relámpago* llevó a Cipriano hasta Segovia en dos etapas. Pero ¿por dónde empezar la búsqueda? Preguntó, una por una, en todas las industrias de tejidos de la ciudad, pero allí le pedían el nombre del marido ya que el de la mujer no constaba en las nóminas. Salcedo regresó a Valladolid desolado. Se iban desvaneciendo las últimas esperanzas. Encontrar a Minervina, que siempre se le antojó una empresa fácil, le parecía ahora una utopía irrealizable. Decidió frenar, entregarse a la rutina diaria, y ponerse en movimiento únicamente cuando encontrase una información fiable con alguna garantía de éxito.

Dionisio Manrique, que durante diez años había llevado el almacén de la Judería bajo la supervisión de don Ignacio, recibió con alivio la reincorporación de Cipriano al trabajo. Aquel edificio, desnudo y vacío la

mayor parte del año, sin otra presencia que la del mudo Federico, se le hacía odioso e insoportable. De ahí que Manrique recibiera como un don del cielo la llegada de don Cipriano, cuya primera acción en la Judería fue revisar la correspondencia con los Maluenda, en principio la de don Néstor, el famoso comerciante, y la de Gonzalo, su hijo, después. Cipriano pensó que tal vez su primer paso en el comercio debería ser ponerse en contacto con Burgos, conocer al nuevo mandatario y tratar de mejorar las condiciones de su contrato con él, habida cuenta que le proporcionaba setecientos mil vellones de la vieja Castilla cada año. Le agradaba cabalgar y cualquier excusa le parecía razonable para montar a *Relámpago*, por lo que a comienzos de octubre franqueó el Puente Mayor, atravesó Cohorcos y Dueñas en la mañana, y dos días más tarde encontraba a Gonzalo Maluenda en sus instalaciones de Las Huelgas.

Gonzalo Maluenda le recibió alegremente. Hablaba sin parar, con pretensiones de hombre ingenioso, le propinaba golpecitos en el hombro y, con frecuencia, hacía referencia a su padre don Néstor:

—Él le regaló a su padre la primera silla de parir que entró en España. La madre de vuesa merced fue la primera en utilizarla.

—A… así fue —admitió Cipriano—. Las cosas no iban bien y el doctor Almenara, la eminencia de la época, hubo de echar mano de ella.

Gonzalo Maluenda rompió a reír y le golpeó el hombro repetidamente.

—De modo que es usted el primer español hijo de la silla.

A Cipriano no le agradaba el joven Maluenda. Le mortificaban sus reticencias, las salidas de tono que él juzgaba divertidas, sus golpecitos en el hombro:

—En rigor yo soy hijo de mi madre —puntualizó—. La silla flamenca no hizo otra cosa que ayudarla a traerme al mundo.

Al ver el poco éxito de su ocurrencia, Gonzalo Maluenda olvidó sus frivolidades. Hombre inseguro, sin personalidad definida, Cipriano no lo consideró la persona adecuada para dirigir el comercio de la lana con Flandes. Se le antojaba el típico miembro de esas terceras generaciones de negociantes que, en poco tiempo, terminan deshaciendo la fortuna que sus abuelos amasaron con tanto esfuerzo. No le sorprendió que Gonzalo Maluenda volviera a reír a destiempo cuando le informó del apresamiento de dos barcos de la flotilla por los corsarios, como si fuese una anécdota divertida.

—Se salieron de la formación —dijo—. No navegaban en conserva.

—P… pero estarían asegurados.

—Lo estaban, pero al salirse de la conserva el reasegurador se ha llamado andana. Es natural. Cada uno defiende lo suyo.

Cipriano Salcedo inició el regreso a Valladolid muy decaído. El nuevo patrón burgalés no estaba a la altura de las circunstancias. Le había parecido un chiquilicuatro y el apresamiento de dos veleros una advertencia a tener en cuenta en lo sucesivo. Salcedo era consciente de que los errores de Gonzalo Maluenda le arrastrarían a él inevitablemente. Enlazó esta reflexión con la determinación de visitar Segovia, la ciudad pañera de Castilla la Vieja. Cuando la conoció meses atrás, le había sorprendido por su actividad y, a pesar de que Minervina ocupaba entonces todos sus pensamientos, no le pasó inadvertido que Segovia era una pequeña ciudad textil que se desarrollaba a costa de sus propios recursos. Sabía transformar sus materias primas de manera que el dinero siempre quedara en casa. ¿Por qué Valladolid no intentaba una empresa semejante? ¿Por qué la villa no transformaba los setecientos mil vellones que anualmente exportaba a Flandes como hacían los industriales segovianos? ¿No podría ser él, Cipriano Salcedo, el llamado a conseguirlo? El viento en el rostro, acentuado por el trote largo de *Relámpago*, estimulaba su imaginación. Corte de España, resignada a su condición de villa de servicios, pensó, Valladolid era una ciudad dormida, donde la suprema aspiración del pobre era comer la sopa boba y la del rico vivir de las rentas. Allí nadie se movía.

De sus reflexiones dio cuenta a Dionisio Manrique a su llegada. Gonzalo Maluenda no le había gustado. Era un chisgarabís que consideraba divertido el apresamiento de dos navíos por los piratas. Había que andarse con tiento. Un patinazo de Maluenda afectaría seriamente al comercio castellano de la lana. ¿Por qué no intentar en Valladolid lo que Segovia ya estaba haciendo? Los ojos de Dionisio Manrique se redondearon de codicia. Estaba de acuerdo. La era de los Maluenda era evidente que había pasado. Don Gonzalo era perezoso y jugador, malos vicios para un comerciante. Había que pensar en una nueva orientación del comercio de los vellones: reforzar las flotillas o, quizá, ensayar su transporte por tierras de Navarra. A Cipriano Salcedo le estimuló verse secundado por Manrique. Acordaron pensar en ello y, entretanto, Cipriano decidió visitar Pedrosa: aspiraba a lustrar su apellido. El título de doctor en Leyes poco significaba si no lo acompañaba un privilegio de hidalguía. Acceder a la aristocracia por la base sería una astuta jugada para adornar su carrera y reforzar su prestigio personal.

Cipriano conocía ya a Martín Martín, hijo de Benjamín Martín, el nuevo rentero, a Teresa, su mujer, y a sus ocho hijos, pequeños y ligeros como ratas.

Su tío Ignacio le había acompañado en un viaje anterior. La casa, desnuda y pobre, sin pavimento, le había llamado la atención. Y, por contraste, el dosel de guadamecíes que adornaba el amplio lecho matrimonial.

—Es la única herencia que recibí de mi pobre padre que gloria haya —dijo Martín Martín, a modo de explicación.

Don Ignacio y Cipriano habían ido a Pedrosa por el consabido camino de Arroyo, Simancas y Tordesillas, el del difunto don Bernardo, y fue en ese viaje cuando Cipriano Salcedo, amante de las aventuras, concibió la idea de desplazarse faldeando las colinas, atravesando las tierras de Geria, Ciguñuela, Simancas, Villavieja y Villalar. No existía camino definido allí pero *Relámpago* lo trazaba ahora, en su segundo viaje, con su largo galope, hollando las aulagas de los bajos. Cipriano manejaba el caballo con maestría, lo dominaba, en cada cabalgada le hacía aprender una nueva habilidad. Corría el mes de junio y las parejas de perdices volaban con sus polladas, de las viñas a las cuestas, con un aleteo metálico que estremecía al caballo.

Hacía meses que Cipriano venía gestionando un privilegio de hidalguía. Martín Martín, a quien había cedido una tercera parte de los frutos de la tierra, era un adicto incondicional. Y a los más viejos del lugar les había oído hablar bien de don Bernardo, el último defensor del buey para las faenas agrícolas, y de don Aquilino Salcedo, el abuelo, que pasó en Pedrosa los últimos años del siglo. Ninguno de ellos tenía buen ni mal concepto de los patronos pero sí una vaga idea de que en la vida era preferible arrimarse a un rico que a un pobre. Por otra parte, don Domingo, el viejo párroco, conservaba en el archivo de la iglesia papeles de los Salcedo donde constaban las limosnas y donativos hechos al pueblo en ocasiones difíciles como la peste del año seis o los nublados del año noventa, que no permitieron trillar y el cereal se nació en las eras. Por si fuera insuficiente, Cipriano Salcedo estaba en condiciones de acreditar la pureza de sangre hasta la séptima generación.

A poco de llegar, Salcedo cambió impresiones con Martín Martín sobre el particular. Treinta y siete vecinos, de treinta y nueve, estaban dispuestos a votar que su familia venía siendo considerada hidalga en Pedrosa desde hacía dos siglos. Don Domingo, el viejo párroco, por su parte, adjuntaría al expediente copias de los documentos del archivo parroquial, en los que constaba el generoso patrocinio del pueblo por parte de los Salcedo. Cipriano no ignoraba que su título de doctor, unido al de hidalgo, doctor-hidalgo, no sólo le redimía de contribuciones e impuestos sino que le hacía apto para formar parte de la administración y le insertaba en el escalafón de la baja aristocracia. Sabía, asimismo, que un terrateniente accedía más fácilmente a la

nobleza que un hombre de negocios y que carecía de sentido la máxima de «el noble nace, no se hace», como se proponía demostrar. Martín Martín le prometió que tan pronto contara con las acreditaciones de los vecinos y las copias documentales de don Domingo se las haría llegar por un correo. Para añadir méritos al mérito, y aprovechando las nuevas ordenanzas sobre roturos de baldíos, Cipriano tomó nota de los límites de los pagos del arroyo de Villavendimio con objeto de solicitar licencia de cultivo y autorización para agregarlos a sus tierras.

Dos semanas más tarde llegó a Valladolid un correo con los papeles de Pedrosa y Cipriano se los hizo llegar a su tío, el oidor, quien, a su vez, los presentó, con una instancia respetuosa, a la Sala de Hidalguía de la Chancillería. Pocos meses después don Cipriano había obtenido el título de doctor-hidalgo y había sido redimido de contribuciones. Un correo urgente a Pedrosa comunicó a don Domingo y a Martín Martín la buena nueva, al tiempo que encarecía al rentero que para el 3 de julio tuvieran sacrificados una docena de corderitos y dispuestos dos toneles de vino de Rueda para celebrar el nombramiento, fiesta de la que únicamente quedarían excluidos Victorino Cleofás y Eleuterio Llorente, los dos labriegos que, lejos de considerar a los Salcedo unos seres magnánimos y desinteresados, los juzgaban unos explotadores. La merienda se celebró en el corral de la casa al anochecer y, según cuentan las viejas crónicas, ni la villa de Toro, de la que Pedrosa dependía, conoció en sus mejores años un fasto semejante, tan alegre y desquiciado, en el que participaron hasta los perros y animales de labor. La burra de Tomás Galván, *la Torera*, bebió una herrada de vino de Rueda y pasó la noche rebuznando y coceando por las calles del pueblo, hasta que de madrugada se murió.

Asentada su vida adulta, alcanzado el título de hidalgo y ordenadas las cosas en Pedrosa, Cipriano Salcedo puso sus cinco sentidos en el comercio con Burgos. Y, aunque don Gonzalo Maluenda no le gustaba, o precisamente por eso, decidió acompañar personalmente a la expedición de otoño, como había hecho su padre, don Bernardo, unos meses después de nacer él.

Durante varios días, las cinco grandes plataformas de ruedas de hierro fueron cargadas en el almacén, en tanto las cuarenta mulas de tiro de Argimiro Rodicio eran preparadas para el evento. Docenas de temporeros se afanaban en el patio y, llegado el día de la partida, Cipriano Salcedo se puso al frente de la expedición, por el polvoriento camino de Santander. En esos momentos, después de haber tomado las precauciones pertinentes, Salcedo se sentía importante y feliz. Advertido de que el bandolero Diego Bernal

merodeaba por la zona, iba armado, como lo iban los carreteros, mientras piquetes de la Santa Hermandad, advertidos por correo urgente, vigilaban el itinerario.

El camino, con relejes y profundos baches, no facilitaba el viaje, pero aquella caravana de cinco grandes carros, arrastrados por ocho mulas cada uno, era un espectáculo del que gozaban, apostados en las cunetas, los arrieros y peatones con los que se cruzaban en la carretera. Cipriano precedía a la larga caravana sin dejar de otear el horizonte, temeroso de que aparecieran por los cerros los facinerosos de Diego Bernal, único salteador conocido en ambas Castillas. Las carretas formaban una austera procesión, sujeta a distintos cambios de marcha y a un plan preconcebido: recorrer seis leguas diarias de camino, de manera que el viaje, con los altos consabidos en las Casas de Postas de Dueñas y Quintana del Puente y las ventas del Moral y Villamanco, demorase alrededor de cuatro días.

Una vez en Burgos, procedía la descarga, más enredosa aún que la carga, aunque Maluenda, oportunamente avisado, echaba mano de temporeros experimentados que abreviaban la operación. Exoneradas de su peso, las carretas realizaron el viaje de regreso en tres días y medio y, tan pronto llegaron a la Judería, don Cipriano Salcedo recogió las armas, las devolvió a la Santa Hermandad y, consciente del deber cumplido, retornó a la rutina diaria.

Aquel gran almacén de la vieja Judería, que la víspera se presentaba atestado de vellones y ahora se ofrecía pavorosamente vacío, se iría llenando poco a poco a lo largo de los meses venideros y, llegado el mes de julio, se organizaría una nueva caravana con idéntico destino. Cipriano Salcedo, de ordinario precavido y pusilánime, se crecía ante estas grandes operaciones. Almacenar setecientos mil vellones y transportarlos a Burgos en dos expediciones anuales se le antojaba una proeza propia de grandes hombres, de forma que cuando, sentado a la mesa, Crisanta la doncella le servía su primer almuerzo después del viaje, no hizo por ocultar sus manitas peludas que ahora veía fuertes y masculinas muy adecuadas para afrontar tamañas empresas. Y en esos momentos se veía más próximo de don Néstor Maluenda, el gran mercader, que con sólo su talento y su coraje había hecho de Burgos un gran emporio comercial en plena juventud.

Su tío y tutor, don Ignacio, con quien solía reunirse un día entre semana, y en especial doña Gabriela, su esposa, veían con buenos ojos la idolatría de su pupilo hacia don Néstor. Para doña Gabriela, nada más admirable que un mercader poderoso, siquiera su esposo puntualizara que doña Gabriela

admiraba a los grandes comerciantes antes por sus ingresos que por su relieve social. Pero su culto hacia el abuelo Maluenda, al que no llegó a conocer, no atenuaba sino que acrecía su desprecio hacia su hijo Gonzalo. Secundar a este chiquilicuatro, pretendidamente ingenioso, no satisfacía sus anhelos de ascenso profesional. Por otra parte, recibir una mercancía con la mano izquierda y entregarla a un tercero con la derecha mediante un estipendio, llegó a parecerle una actividad innoble. Cipriano, antes que al comerciante enriquecido por su tesón y su esfuerzo, admiraba al que merced a su ingenio introducía una innovación en el producto, de tal manera que, sin saber por qué ni por qué no, venía de pronto a modificar la voluntad de compra de los clientes. Esta voluntad innovadora le condujo, paso a paso, a un mejor conocimiento de sí mismo, a intuir su iniciativa creadora y las razones de su personal insatisfacción. Y su afán por descubrir nuevos caminos aumentó unos meses después, cuando otros dos barcos de la flotilla de Flandes fueron desmantelados por los corsarios y un tercero hubo de refugiarse en el puerto de Pasajes con avería gruesa. De acuerdo con estas noticias, los riesgos de la flotilla aumentaban cada año y los fletes y los seguros encarecían. La alarma de los laneros se iba extendiendo, en tanto tomaba cuerpo la idea de Salcedo de asumir un nuevo rumbo. El negocio de los fletes no servía ya, por sí solo, para dar salida a las lanas castellanas por un precio remunerador. Fue en esta fase cuando, de la manera misteriosa con que se gestan estas cosas, a Cipriano Salcedo le asaltó un día la idea de ennoblecer una prenda tan popular y modesta como el zamarro. Un chaquetón apto para pastorear o atravesar el Páramo en invierno podía ser transformado, mediante tres leves retoques, en una prenda de vestir para sectores sociales más altos. El éxito, como siempre sucede en el mundo de la moda, dependía de la inspiración, del toque de gracia, en este caso romper la lisura de la espalda y las bocamangas del zamarro con unos audaces canesúes. Mediante unos canesúes estéticamente dispuestos, una prenda de abrigo propia de campesinos adquiría una indefinible gracia urbana que la hacía adecuada para damas y caballeros.

El sastre Fermín Gutiérrez fue el primero en aprobar la iniciativa de Salcedo. Y tanta maña se dio Cipriano para exaltar las virtudes de la nueva prenda que Gutiérrez quedó entusiasmado con el proyecto. De inmediato fue contratado para trabajar a domicilio por un tanto alzado, susceptible de ser modificado: setenta y dos reales al mes. Por su parte, Salcedo se comprometía a suministrarle a tiempo todos los vellones necesarios. *La revolución de los canesúes*, como Cipriano Salcedo la llamaba, despertó el primer año en la villa una cierta curiosidad. Pero fue el segundo cuando se desató un

entusiasmo inesperado que obligó a Salcedo a enviar a las ferias de Segovia y Medina del Campo dos expediciones de zamarros en su nueva interpretación. El chaquetón había conquistado el mercado y la demanda fue de tal monta que indujo a Salcedo a instalar en los bajos de su casa, en la Corredera de San Pablo, un establecimiento cuyo nombre evocaba la novedad y a su autor en un rótulo ambiguo: *El zamarro de Cipriano*. El primer paso hacia la fama estaba dado. Sin embargo, su inventor observó que, aunque bien acogido el zamarro por la clase media, no penetraba en los más altos sectores sociales. Entonces ideó dos nuevos complementos: sustituir el forro de borrego por pieles finas de alimañas y volver los puños. Tales añadidos, triplicando el precio de la prenda, constituirían para la nobleza alicientes de seguro efecto. No se trataba de adquirir pieles exóticas, sino de aprovechar pieles de animales serranos, generalmente desconocidos para la alta sociedad, como, la marta, el garduño, la nutria, el gato cerval y la jineta. Y acertó. Lo que no había conseguido el canesú lo pudo el nuevo forro con los puños vueltos. Atrajo especialmente a la nobleza la variedad de pieles: había donde elegir. A partir de esta última innovación, *el zamarro de Cipriano* entró en todos los hogares, se impuso en la Corte vallisoletana y se fue extendiendo por todas las capitales del reino.

Una vez convencido de que estaba en el buen camino, Cipriano Salcedo se hizo con los servicios de un avisado hombre de campo, don Tiburcio Guillén, quien organizó una red de acopladores pellejeros, que a su vez crearon otras de tramperos y un equipo de curtidores expertos que trataban las pieles con aceite de abedul. De este modo, el sastre don Fermín y su taller provisional tenían asegurado el abastecimiento todo el año. Al mismo tiempo, don Fermín Gutiérrez fue autorizado para contratar personal, cortadores y costureras, «principalmente —como exigió don Cipriano— entre las jóvenes viudas de la villa que en general pasaban más necesidad que otras mujeres».

En la reorganización del negocio, decidió pagar a Gutiérrez por prenda terminada en lugar de a tanto alzado, lo que, de paso, le iba familiarizando con el mundo de los números: la confección de un zamarro se elevaba a tres reales, a medio su transporte, tratar con aceite de abedul una docena de pieles, ciento veinte maravedíes, y así sucesivamente. Partiendo de esta base, pudo determinar con precisión los márgenes comerciales que iban engrosando su fortuna día a día. Meses más tarde, bajo la dirección de Dionisio Manrique, deslumbrado por el éxito del patrón, impuso un plazo último a los curtidores: las pieles deberían estar listas el primero de mayo, de manera que el negocio pudiera funcionar en todas las estaciones a un ritmo regular. Las pieles que don Tiburcio Guillén entregaba a don Dionisio Manrique y éste a don Fermín

Gutiérrez, el sastre, lo eran en fechas determinadas, después de pelechar los animales, y, por tanto, previsibles con antelación. Se aumentó asimismo el número de pellejeros y, ante la avalancha de pieles, Salcedo decidió no limitar éstas a forrar zamarros, sino extenderlo a las ropas de invierno de hombres y mujeres. *Ropillas aforradas en piel clara y oscura*, fue el subtítulo que se añadió a la cartela de la tienda de la Corredera de San Pablo. Pero los tramperos que, por vez primera, veían valoradas sus presas, abrumaban con sus entregas a los arrieros, con lo que Salcedo hubo de tomar una de las decisiones más importantes de su vida: abrirse al extranjero, en principio con los acreditados mercaderes de Anvers, con el mundialmente famoso Bonterfoesen, que dieron a los zamarros y a las *ropillas aforradas* proyección universal. El conocido comerciante David de Nique hizo un comentario que colmó la vanidad de Salcedo: «Nunca un simple canesú armó una revolución semejante en la moda. Eso es el ingenio». A estas alturas, el zamarro de borrego iba perdiendo prestigio, a pesar del canesú, y las gentes urbanas, especialmente los ricos de España y del extranjero, preferían los forros de alimañas españolas, no sólo más bellos sino de menos bulto y más abrigados.

Pero, en conjunto, la demanda no cedía y el padre del invento, tras largas cavilaciones, decidió convertir en taller de confección la mitad del almacén de la Judería. La nave quedó dividida en dos partes y, mientras una seguía cumpliendo las funciones para las que había sido creada, la otra se transformó en un gran taller en el que reinaba Fermín Gutiérrez. Sin advertirlo, Salcedo empezaba a caminar por la senda de un incipiente capitalismo. El gran taller no paraba ni en invierno ni en verano y, para contrarrestar los grandes fríos de la meseta, cubrió la nave con cielo raso e instaló braseros de picón de encina de gran tamaño entre las mesas de los trabajadores disminuidos por los sabañones.

Lógicamente, la relación con don Gonzalo Maluenda y con Burgos se iba debilitando. Las dos expediciones anuales se convirtieron en una y los diez carromatos en cuatro. Maluenda admiraba en secreto la iniciativa de Salcedo pero se sentía mortificado por sus éxitos. Anteponer una prenda tan basta como el zamarro al comercio con Centroeuropa hablaba por sí solo del mal gusto y la baja extracción social de Cipriano Salcedo, por mucho que adornase con el doctor-hidalgo sus tarjetas de visita, decía. En el fondo, Maluenda envidiaba a Salcedo que había sabido prever la decadencia del comercio de la lana y encontrar una salida airosa para la mercancía.

Pero llegó un día, pasados los años, en que la naturaleza impuso su ley. Las alimañas no soportaban la presión cinegética y las presas empezaron a

disminuir. Mas Salcedo, que era ya un mercader avezado y rico, constató este hecho al tiempo que las ventas del nuevo zamarro y las ropillas afutradas empezaban a decaer. Es decir, cuando la demanda disminuyó, él ya había rebajado la oferta de manera que no tuvo que pasar por el amargo trance de los excedentes. Cinco años después de nacer, la venta del zamarro del canesú se estabilizó de modo que bastaba un turno en el taller de la Judería para mantener abastecido el mercado. Pero para entonces la fortuna de Cipriano Salcedo se calculaba en quince mil ducados, una de las más fuertes y saneadas de Valladolid.

Fue en el tercer año de iniciado el negocio cuando Cipriano Salcedo, desbordado por el feliz resultado de la empresa, envió un correo a Estacio del Valle, a Villanubla, pidiéndole más vellones. Estacio le contestó con un correo urgente, diciéndole que, salvo un nuevo ganadero de Peñaflor, don Segundo Centeno, con más de diez mil ovejas, y algunos pequeños pastores en otras localidades, la lana del Páramo seguía bajo su control. Al llegar el buen tiempo, Salcedo subió a Villanubla por el viejo camino, tan familiar a *Relámpago*. Encontró a Estacio viejo y trasojado, pero lúcido y artero. Don Segundo Centeno, un perulero recién llegado de Indias, con dinero, se había establecido en el monte de La Manga hacía dos años. Oriundo de Sevilla, los ganaderos del Guadalquivir le recomendaron para instalarse la zona del Páramo, en Valladolid. Era un individuo primitivo y tosco que salía al monte con el ganado y vestía como un gañán. Sin embargo era un hombre de posibles aunque nadie sabía hasta dónde alcanzaba su fortuna. Tenía contratada la lana de sus ovejas con los tejedores moriscos de Segovia, mediante un procedimiento complicado en el que los propios tejedores facilitaban las reatas para el transporte de los vellones. Era hombre guardoso y poco sociable y apenas se relacionaba con la gente del Páramo, ganaderos o labrantines. Tenía una hija maciza y blanca de tez llamada Teodomira, que, por su maña en el esquileo, era conocida con el sobrenombre de *la Reina del Páramo*. La muchacha no salía de La Manga: alta, sólida y sumamente laboriosa, vestía inevitablemente una saya de paño burdo y un extraño tocadillo que le agrandaba la cabeza. Se movía, entre el barrizal y la basura del patio y las teleras, con galochas para proteger sus pies. Los vecinos de Peñaflor y Wamba aseguraban que la Teodomira, pese a ser considerada por su padre *la Reina del Páramo*, era, en rigor, para don Segundo, un burro de carga, ya que las dos criadas de servicio, a la hora de esquilar al ganado, escurrían el bulto. Llegado este momento era cuando Teodomira encerraba las ovejas en el aprisco y, sentada a la puerta en un tajuelo, iba esquilándolas una

tras otra y encerrándolas desnudas en la telera aneja. *La Reina del Páramo* jamás desgarró un vellón. Los sacaba intactos, de una pieza y calientes. Nadie desafió nunca a Teodomira, pues era fama en la comarca que pelar a un centenar de corderos no le llevaba un día. Don Segundo, que la ayudaba desde la tarde a la medianoche, gozaba también de una buena disposición para el oficio, de forma que en siete semanas tenían dispuesta la carga para que los moriscos de Segovia subieran a recogerla. Según Estacio del Valle, podía intentar hacerse con la lana de *el Perulero*, por más que la educación de don Segundo para el trato dejara mucho que desear. En estos asuntos, *el Perulero* era un patán de la cabeza a los pies al que únicamente se le podía localizar, salvo los jueves, en el campo con las ovejas, ya que en casa no paraba. Estacio le dio la dirección del monte. Don Cipriano debería coger el camino de Peñaflor y, a cosa de media legua, junto a la atalaya más alta, nacía un carril rojo, de arcilla, medio borrado por los bogales, que llevaba derecho a la casa. En un calvero del monte, redondo como un coso, estaba ésta, una edificación de adobe con tejado de pizarra, amplia y destartalada, de una sola planta, rodeada de rediles, teleras y corralizas con algunas ovejas dentro, balando. Frente a la fachada había un pozo, con el brocal de piedra de toba, una polea y cuatro abrevaderos, de la misma piedra, para el ganado. La chica que le atendió le dio la dirección de don Segundo. Estaba en el campo, en la linde del monte, de la parte de Wamba, con las ovejas.

Salcedo encontró, en efecto, a don Segundo, con un rebaño grande, en la línea del monte. Era un hombre desaseado, de pelo corto y barbas de muchos días. Se tocaba con la típica cachucha rural y vestía un marsellés ajustado con capucha para el agua. La prenda casaba bien con las calzas abotonadas y las incómodas abarcas para los pies. Los ladridos de dos mastines, con collares de puntas, le pusieron en guardia y el caballo, muy remiso, no se aproximó a ellos hasta que el señor Centeno los aplacó. Pero cuando se apeó, y antes de poder dirigir la palabra a don Segundo, éste levantó una mano, le volvió la espalda bruscamente y le dijo:

—Aguarde un momento.

Portaba un cayado en la mano derecha que enarbolaba al andar y se dirigía sin demora hacia un pequeño hueco que se había abierto en el rebaño. A su paso se espantaba el ganado pero, al llegar al punto preciso, saltó una liebre regateando y, antes de que se alejara, don Segundo le lanzó el cayado describiendo molinetes en el aire. La garrota golpeó las patas traseras del animal que quedó tendido en el prado, moviéndose espasmódicamente. Don Segundo se apresuró a cogería para que Salcedo la viera:

—¿Se da cuenta? Es grande como un perro —reía.

El ganado había vuelto a pastar pacíficamente, en tanto Salcedo trataba de presentarse, explicando su relación con Burgos y el mercado de la lana, pero don Segundo Centeno le atajó con un deje de ironía:

—¿No será vuesa merced, por un casual, Cipriano el del zamarro?

Mientras hablaba, apretaba el vientre de la liebre para que orinase, tan atento y concentrado, tan ajeno a la presencia de Salcedo, que éste, después de asentir, decidió ganárselo mediante la adulación:

—He oído decir en el pueblo que vuesa merced, con diez mil cabezas, no precisa de manos ajenas para esquilarlas; se basta con la ayuda de una hija.

Un chorrito dorado se desprendió de la entrepierna de la liebre y él le pasó una y otra vez una mano grande y pesada por el vientre inmaculado para ayudarla:

—Está preñada —dijo—. Es un animal muy rijoso éste. Tanto le da abril como enero. No descansa. Desde mi ventana, de madrugada, las veo guarreándose entre las teleras todos los días del año, tanto da con frío como con calor.

Salcedo trató de encauzar la conversación pero, fuera de la emoción del momento, a don Segundo no parecía importarle nada. Sin embargo, era sólo una apariencia, ya que, transcurrido un minuto, recogió el hilo que antes le había lanzado Salcedo y reanudó el coloquio como si nunca se hubiera interrumpido:

—En cuanto a eso de que yo trabaje solo en el monte no es cierto —dijo—. Dispongo de cinco pastores, dos en Wamba, otros dos en Castrodeza y uno en Ciguñuela. Ellos atienden mis rebaños y, llegado el tiempo, nos ayudan a esquilarlos. Eso sí, a mi hija, a la Teodomira, no le echa la pata nadie. En lo que ellos pelan una oveja, ella pela dos. Yo la llamo por eso *la Reina del Páramo*.

La llanura sin fin, apenas amueblada por cuatro carrascos y los majanos alineados como hitos, se extendía ante los ojos sorprendidos de Salcedo.

—El Páramo, por lo general, da poca yerba pero buena, aunque en ciertas zonas es un sequedal. Ve ahí. Para roturar dos hazas ha habido que hacer antes un monumento.

Señalaba con el cayado el majano más próximo con pedruscos de hasta diez libras. Tres ovejas se desmandaron y don Segundo ordenó con un ademán a los mastines, que sesteaban a sus pies, que las reintegraran al rebaño. Don Segundo había guardado la liebre en el zurrón y Salcedo intentó de nuevo cuadrarlo, hablándole de los moriscos de Segovia, pero don

Segundo se desentendió del tema. Al cabo de un rato, sin embargo, afirmó que los moriscos eran gente laboriosa y sacrificada y él estaba muy satisfecho con ellos, que cobraban menos que otros porteadores y, por si fuera poco, las reatas de acémilas corrían de su cuenta. Así es que su lana estaba comprometida. Los Maluenda de Burgos, que recogían prácticamente toda la de Castilla, tendrían que quedarse sin la de Segundo Centeno. En cambio, sí le ofrecía para sus zamarros pieles de conejo, miles de pieles. Porque vuesa merced, dijo, forrará zamarros con toda clase de bichos pero al conejo lo tiene olvidado.

—Es demasiado ordinario el conejo —replicó sinceramente Salcedo—. Aquí en Castilla, tal vez por su abundancia, es poco apreciado.

Don Segundo reunió el rebaño y, con ayuda de los perros, fue entrizándolo insensiblemente hacia el monte. A uno de los mastines le llamó a voces *Lucifer*. No simpatizaba con él; le lanzaba piedras e improperios.

—Porque vuesa merced —dijo de pronto— fabrica zamarros para gentes encopetadas de ciudad, pero debería pensar un poco en los gañanes del Páramo. Para ésos ya están los corderos, dirá usted, pero es que el conejo le saldría más económico y tal vez más abrigado.

El sol se ponía en la llanura como en el mar. Se desplomaba sobre la línea del horizonte y éste empezaba a roerlo por la base, en un crepúsculo incendiado, hasta terminar devorándolo. Las nubes, blancas hasta entonces, se tornaban color albaricoque al ocultarse aquél.

—Buen tiempo hará mañana, sí señor —dijo sentenciosamente don Segundo—. Vamos para casa. Es hora de recoger el ganado.

Salcedo llevaba a *Relámpago* de la brida. El espectáculo de la puesta de sol en el inmenso mar de tierra le había sobrecogido. Respecto a don Segundo Centeno no sabía a qué carta quedarse. Seguramente pertenecía a ese grupo de ganadores y labrantines guardosos que llegan a amasar una fortuna a fuerza de austeridad, de privarse incluso de lo necesario, por el inútil placer de morir ricos. Las sombras de las encinas reptaban por el suelo y, en pocos minutos, el monte entero se sumió en una silenciosa penumbra. Don Segundo se rascaba ahora la cabeza. Dijo de pronto:

—Hoy un conejo, su piel, le puede valer a vuesa merced veinte maravedíes. ¿Qué número de pieles necesita para forrar un zamarro? ¿Diez, quince? Y aunque así fuera, forrado de lana y echando por lo bajo, le costaría a usted el doble.

Cipriano Salcedo le dejaba a su aire. Para empezar no se creía que los moriscos de Segovia cargaran con los gastos de las reatas. Y, en cambio,

pensaba, don Segundo Centeno podría fácilmente terminar, sin forzar las cosas, siendo su nuevo cliente en el Páramo. La casa se divisaba ya entre las matas, y en el hueco de una ventana brillaba la luz de un candil. Se fingió interesado en las pieles de conejo:

—¿Y cómo puede usted agarrar tantos conejos con lo que corren?

—Yo le hago una apuesta a vuesa merced —dijo jovialmente—. En una hora me comprometo a coger una docena de conejos sin moverme de un bardo. Y si me echa una mano el señor Avelino, el bichero de Peñaflor, cuatro docenas. ¿Qué le parece?

—Con lazo, claro.

—Quiá, no señor. El lazo es muy tardinero. Diez hoy, quince mañana. No me vale el lazo para hacer cifra. Al conejo hay que moverlo, buscarle las vueltas. Aquí, en La Manga, hay millones de ellos. Y si dispone vuesa merced de una buena carnada de hurones, en cuatro días puede armar un estropicio.

Habían llegado al calvero y don Segundo distribuyó el ganado en las teleras. En otros apriscos, de la parte de Wamba y Peñaflor, pernoctaban al aire libre los meses calurosos otros rebaños. Cumplido el encierro, los mastines se encaminaron cachazudamente al corral, en una de cuyas ventanas, sin duda la cocina, temblaba una luz. En la puerta de la fachada crecía un emparrado del que pendían racimos en agraz.

—Pase un rato vuesa merced.

El mobiliario de la casa era de una austeridad conventual. Apenas una gran mesa de pino en la sala, dos escañiles, unas butacas de mimbre, una alacena y, a los lados, los consabidos lebrillos. Pero Salcedo no tenía tiempo para sentarse. Los bogales borraban el camino y era fácil perderse: tenía que aprovechar la última luz. Volvería otro día para seguir conversando. ¿Un jueves? De acuerdo, lo haría un jueves. ¿Una merienda? Agradecería esa atención a *la Reina del Páramo*. Él, don Segundo, le enseñaría además cómo cazar cuarenta conejos en una hora. Si me envía un correo a tiempo tendrá ocasión de ver al señor Avelino, el bichero de Peñaflor, metido en faena. Y a lo mejor se encapricha usted con el conejo para los zamarros y armamos una comandita, ¿no le parece?

Cipriano Salcedo se disponía a salir cuando irrumpió en la sala *la Reina del Páramo*, una muchacha alta, pelirroja, fuerte, vestida al uso de las campesinas de la región: saya corta con faldilla debajo y mangas con papos a la moda antigua. Hacía ruido al andar con las galochas que calzaba. A don Segundo Centeno se le avivó el semblante: Aquí tiene vuesa merced a mi hija Teodomira, *la Reina del Páramo* por mejor nombre —dijo. Ella no se alteró.

Saludó escuetamente. La llama de la lámpara iluminaba su rostro, un rostro excesivamente grande para el tamaño de sus facciones. Pero lo que más sorprendió a Salcedo fue la palidez de su carne, especialmente extraña en una mujer campesina; un rostro blanco, no cerúleo, sino de mármol como el de una estatua antigua. No había sombra de vello en aquella cara y las cejas eran muy finas, casi inexistentes. Con el cabello caoba, resaltaban sus pestañas sombreando unos ojos vivaces, de color miel. La muchacha se movía airosamente a pesar de su volumen y cuando don Segundo le presentó como don Cipriano Salcedo, el señor de los zamarros, ella le felicitó diciendo que había ennoblecido una prenda desprestigiada. Entonces la miró de frente y ella le miró a su vez y, bajo su mirada intensa, dulce y afable, se enterneció. Nunca le había sucedido a Salcedo una cosa así y se sorprendió aún más porque, objetivamente, fuera de la expresión de sus ojos y de su presencia amparadora, no descubría en la muchacha especial encanto. Entonces se alegró de haber prometido volver. Y cuando la muchacha le tendió la mano para despedirse y él la estrechó, notó que también su mano era blanca y dura como el mármol. Pero el señor Centeno repitió que a lo mejor se encaprichaba con los conejos y fundaban entre los dos una comandita. Cipriano Salcedo, para entonces, ya se había encaramado sobre *Relámpago* y, después de rodear el pozo y los abrevaderos al trote corto, se perdió entre las sombras del sardón, agitando la mano izquierdeen señal de despedida.

VIII

El jueves siguiente, Cipriano Salcedo se presentó en el monte de La Manga a las cuatro de la tarde, aunque don Segundo le había advertido que esa hora no era la más adecuada para cazar conejos. Y allí encontró a padre e hija junto al pozo, gozando del sol vespertino, acompañados por un individuo chaparro, de rostro atezado, con jubón a listas, zaragüelles y botas de campo, que don Segundo le presentó como el señor Avelino, el bichero de Peñaflor. Don Segundo vestía su atuendo habitual. La muchacha, en cambio, aunque se tratara de una excursión campestre, se había arreglado para la ocasión, lo que satisfizo a Cipriano porque «mujer vestida, mujer interesada», se dijo. Estaba tan habituado a pasar inadvertido que aquel detalle le conmovió. Con todo, se reafirmó en la idea de que *la Reina del Páramo* resultaba excesiva mujer para ser bella, pero tan pronto se apeó del caballo y ella le tendió la mano, él quedó preso de su hechizo, de sus ojos melosos, calientes y protectores, sensación que no le abandonó en toda la tarde.

Luego, junto al bardo, viendo actuar al bichero, de rodillas como estaba, apenas divisaba los finos botines de tafilete rojo de la muchacha, cuya presencia lo arropaba. Su padre iba y venía, trajinaba inútilmente, hacía observaciones obvias al bichero y éste, fingiendo atender sus indicaciones, iba colocando capillos sobre las huras y, de vez en cuando, golpeaba con los nudillos la vieja caja de madera donde se oía rebullir algo vivo, como reprendiendo a alguien:

—¡Quietos, a dormir! —decía.

—P… pero ¿qué lleva ahí?

—Los bichos, claro.

—¿Qué bichos, si no es mala pregunta?

—Los hurones. ¿Qué bichos quería vuesa merced que llevara?

Tenían un agudo hociquillo de rata y eran largos y delgados como culebras peludas. El señor Avelino se movía diligentemente y trataba a los hurones con deferencia, les dedicaba palabras dulces y afectuosas y, de cuando en cuando, escupía en la palma de la mano y dejaba que el bicho sorbiera la saliva con deleite. Y, cuando más de la mitad de las huras del bardo estuvieron cubiertas por los capillos, el señor Avelino introdujo dos hurones en dos bocas distantes entre sí y quedó un rato relajado, a la expectativa. Se produjo un tamborileo sordo, subterráneo, bajo el vivar:

—¿Los oye vuesa merced? Hay barullo dentro.

—¿Barullo?

—El bicho ya anda tras los conejos. Los achucha. ¿No los oye? A la postre no les quedará otro remedio que salir.

Apenas había acabado de hablar cuando saltó un capillo con un conejo enredado en ella y don Segundo emitió un gruñido de satisfacción.

—Ya empezó la zarabanda —dijo.

Agarró la red, sacó el conejo, lo cogió por las patas traseras con la mano izquierda y con el canto de la derecha le propinó un golpe seco en la nuca y lo arrojó al suelo agonizante. El ruido de carreras se acentuaba en el subsuelo.

—Ojo. Hay conejos a carretadas —advirtió el señor Avelino.

Los conejos en fuga, enredados en los capillos, empezaron a saltar por todas partes. Don Segundo y su hija desenredaban los animales de las mallas y volvían a cubrir las huras. El ganadero se sentía un poco protagonista de la exhibición.

—¿Eh? ¿Qué le parece el espectáculo?

Pero Cipriano observaba ahora a Teodomira, su maña para sacrificar gazapos, el golpe letal en la nuca, la absoluta frialdad con que se producía.

—¿No siente usted pena por ellos?

Su mirada, tibia y compasiva, desvanecía cualquier sospecha de crueldad:

—Pena ¿por qué? Yo amo a los animales —sonreía.

Cazaron seis bardos y, de regreso, recogieron los sacos con el botín: noventa y ocho conejos. Don Segundo exultaba:

—Diez zamarros podría forrar vuesa merced de este envite. Treinta vellones no le harían mejor servicio.

Luego, después de la merienda, cuando Salcedo mecía a *la Reina del Páramo* en un columpio entre dos encinas, al costado de la casa, ella retozaba de risa y le rogaba que la impulsara más despacio, que no soportaba el vértigo. Pero él la lanzaba con todo el vigor de sus pequeños brazos musculosos. Y, en uno de aquellos envites, su mano resbaló de la tabla donde ella se sentaba y rozó sus nalgas. Se sorprendió. No era el cuerpo fofo que hacían presumir su tamaño y palidez, sino un cuerpo compacto que no cedió un ápice a su presión. Él se sintió turbado. También la muchacha parecía desconcertada: ¿lo habría hecho intencionadamente? Salcedo atendió, al fin, a sus súplicas y el vaivén del columpio se hizo más remiso. Entonces ella le habló con elogio de las *ropillas aforradas* y le confesó que había visitado varias veces la tienda de la Corredera de San Pablo. Salcedo sonreía abochornado. Le agradaba la rentabilidad del negocio pero jamás se vanaglorió de su idea, que se le antojaba de una vulgaridad plebeya. Ante

ciertas personas, incluso, se avergonzaba. Pero Teodomira, aprovechando el moderado balanceo del columpio, proseguía su retahíla: le agradaba, más que ninguno, el zamarro de piel de nutria, aunque no comprendía cómo se podía quitar la vida a un animal tan hermoso. Él le recordó el frío sacrificio de los conejos, mas la chica argumentó que había que distinguir entre los anímales que servían al hombre para alimentarse y el resto. Él preguntó entonces si los animales útiles para abrigarse no merecían el mismo trato y ella arguyó que el hecho de matar por medio de asalariados, como él hacía, era aún más imperdonable que hacerlo por propia mano. Consideraba peor al inductor que al mero ejecutor. Cipriano Salcedo empezó a sentir un pueril regodeo con aquellas discusiones. Se dio cuenta que desde el colegio no había disputado con nadie. Que en la vida ni una sola persona le había dado beligerancia ni para eso. Entonces, cuando la muchacha dijo que amaba a los animales, en especial a las ovejas, que siempre sonreían, Salcedo, tan sólo por llevarle la contraria, mencionó al caballo y al perro, pero ella desechó sus preferencias: el perro era incapaz de amar, era egoísta y adulador; en cuanto al caballo, era medroso y presumido, un animal tan suyo que estaba lejos de despertar afecto.

Salcedo volvió por el monte a la semana siguiente, con un zamarro de piel de nutria dos tallas superiores a la suya. Teodomira, que de nuevo había cambiado de indumentaria, agradeció el detalle. Luego dieron un paseo a caballo por el monte y hablaron de las cortas periódicas de los carboneros que a su padre le dejaban tanto dinero como las ovejas. *La Reina del Páramo* montaba a mujeriegas un feo caballo pío, *Obstinado*, que parecía una vaca. Salcedo le preguntó si había aprendido a montar en las Indias, pero ella le informó que *el perulero* era su padre, que ella había permanecido en Sevilla con una tía los diez años que don Segundo estuvo ausente. Entonces Cipriano le dijo que se le había contagiado la gracia de Andalucía y ella le miró tan reconocida con sus ojos color miel que él se turbó.

Cipriano Salcedo pasaba las noches inquieto. La escena del columpio, el recuerdo del contacto furtivo con el cuerpo de la muchacha le excitaban. Al día siguiente del hecho, apenas amaneció Dios, había corrido en busca del padre Esteban, al que había escogido, un tanto a ciegas, como confesor tras la triste separación de Minervina, hacía más de quince años:

—P… padre, he tocado el cuerpo de una mujer y he sentido placer.

—¿Cuántas veces, hijo, cuántas veces?

—Una sola vez, padre, pero no sé si hubo voluntad por mi parte.

—¿Es que no sabes siquiera si obraste deliberadamente o no?

—Fue una cuestión de segundos, padre. Yo le daba impulso en un columpio y mi mano resbaló o yo hice que resbalase. No salgo de mi duda. Ése es el problema.

—¿En un columpio? ¿Quieres decir, hijo, que la tocaste las posaderas?

—Sí, padre, exactamente las posaderas. Así fue.

En rigor su actitud no era nueva. El desahogo económico no había hecho sino exacerbar la desconfianza en sí mismo. A pesar de los años transcurridos, seguía siendo el hombre roído por los escrúpulos y cuanto más acentuaba su vida de piedad más se recrudecían aquéllos. Había días de precepto que asistía a tres misas consecutivas agobiado por la sensación de haber estado distraído en las anteriores. Y, en una ocasión, abordó a un hombre maduro que había entrado en la iglesia después de la Elevación y le hizo ver la inutilidad de su acto. Procuró advertirle con tiento para no herirlo, pero el hombre se alborotó, que quién era él para dirigir su conciencia, que no admitía intromisiones de petimetres insolentes. Entonces Cipriano Salcedo le pidió perdón, reconoció que, de no haber intervenido, se hubiera sentido responsable de su pecado y que su advertencia, aparentemente impertinente, venía inspirada en el deseo de salvar su alma. Fuera de sí, el aludido le agarró por el jubón y lo zamarreó y, en el momento cumbre de su irritación, blasfemó contra Dios. Cipriano había acudido al padre Esteban desolado:

—Padre, me acuso de que un hombre ha blasfemado por mi culpa.

El cura le escuchó con atención y le hizo ver los límites del apostolado, el respeto a la conciencia ajena, pero él observó que en el colegio había aprendido que no sólo debemos esforzarnos por salvarnos a nosotros mismos, un acto egoísta al fin y al cabo, sino por ayudar a salvarse a los demás. El padre Esteban únicamente le advirtió que era cristiano amar al prójimo pero no humillarle ni agredirle.

También el negocio de los zamarros fue ocasión de problemas de conciencia para Salcedo. En estas cuestiones de equidad solía buscar el asesoramiento de don Ignacio, su tío y tutor, hombre religioso, de buen criterio. La cláusula de dar preferencia a las viudas en la elección de costureras para el taller venía dictada por el hecho de que las viudas elevaban el índice de pobreza de la villa y mucha gente se aprovechaba de ello para explotarlas. Cipriano no hacía más que darle vueltas a la cabeza. Así un día, se levantaba de la cama con la obsesión de que había que subir el precio de los pellejos a los tramperos o el salario de los curtidores. Su tío hacía números, sumaba, restaba y dividía, para llegar a la conclusión de que, dados los precios del mercado en la región, estaban bien pagados. Mas Cipriano no

transigía, él ganaba cien veces más que sus operarios y con la mitad de esfuerzo. Su tío procuraba calmarle haciéndole ver que él exponía y ellos no, que lo suyo era en definitiva la remuneración del riesgo. Llegados a este extremo, Cipriano acallaba los reproches de su conciencia dando pingües limosnas al Colegio de los Doctrinos, que acababa de instalarse en la villa, a instituciones piadosas o, sencillamente, a los pobres, lisiados o bubosos, que paseaban sus miserias por las calles de la ciudad.

Sin embargo, Cipriano Salcedo siempre aspiraba a un perfeccionamiento moral. Recordaba el colegio con nostalgia. Le dio por las homilías y sermones. Buscaba en ellos preferentemente el fondo de los temas pero también la forma. Hubiera pagado una buena suma por una bella exposición de un problema religioso importante. Pero, cosa curiosa, Salcedo procuraba rehuir las pláticas conventuales. Sus preferencias iban por los curas seculares, no por los frailes. En esta nueva búsqueda influyó de manera determinante el jefe de su sastrería, Fermín Gutiérrez que, en concepto de Dionisio Manrique, era un meapilas. Pero el sastre distinguía a los oradores cautos de los ardientes, a los modernos de los tradicionales. Así se enteró Salcedo de la existencia del doctor Cazalla, un hombre de palabra tan atinada que el Emperador, en sus viajes por Alemania, lo había llevado consigo. No obstante, Agustín Cazalla era vallisoletano y su regreso a la villa provocó un verdadero tumulto. Hablaba los viernes, en la iglesia de Santiago llena a rebosar, y era un hombre místico, sensitivo, físicamente frágil. De flaca constitución, atormentado, tenía momentos de auténtico éxtasis, seguidos de reacciones emocionales un poco arbitrarias. Mas Cipriano le escuchaba embebido, lo que no impedía que a su vuelta a casa le invadiera una cierta desazón. Analizaba su alma pero no hallaba la causa de su inquietud. En general, seguía las homilías de Cazalla, medidas de entonación, breves y bien construidas, con facilidad y, al concluir, le quedaba una idea, sólo una pero muy clara, en la cabeza. No era, pues, la esencia de sus sermones la causa de su desasosiego. Ésta no estaba en lo que decía, sino tal vez en lo que callaba o en lo que sugería en sus frases accesorias más o menos ornamentales. Recordaba su primera homilía sobre la redención de Cristo, sus hábiles juegos de palabras, el subrayado de un Dios muriendo por el hombre, como clave de nuestra salvación. De poco valían nuestras oraciones, nuestros sufragios, nuestros rezos, si olvidábamos lo fundamental: los méritos de la Pasión de Cristo. Lo evocaba, en lo alto del púlpito, los brazos en cruz, tras un silencio teatral, recabando la atención del auditorio.

La gente abandonaba el templo comentando las palabras del Doctor, sus ademanes, sus silencios, sus insinuaciones, pero don Fermín Gutiérrez, más agudo e informado, siempre aludía al fondo erasmista de sus pláticas. Cipriano pensó si no sería este fondo lo que le inquietaba. En una de sus visitas periódicas a su tío Ignacio le preguntó por Cazalla. Don Ignacio lo conocía bien pero no le admiraba. Había nacido a principios de siglo, en Valladolid, hijo de un contador real y de doña Leonor de Vivero, en cuya casa, viuda ya, vivía actualmente. En su tiempo se había tenido a los Cazalla por judaizantes y don Agustín había estudiado Artes, con mucho aprovechamiento, en el Colegio de San Pablo, con don Bartolomé de Carranza, su confesor. Más tarde se graduó de maestro el mismo día que el famoso jesuita Diego Laínez. Diez años después, el Emperador, seducido por su oratoria, le nombró predicador y capellán real. Viajó con él varios años por Alemania y Flandes y ahora acababa de instalarse en Valladolid, después de pasar unos meses en Salamanca. Don Ignacio Salcedo lo tenía por empinado y fatuo.

—¿Fatuo Cazalla? —inquirió Cipriano, perplejo.

—¿Por qué no? A mi juicio Cazalla es hombre de grandes palabras y pequeñas ideas. Una mezcla peligrosa.

La opinión de su tío no le satisfizo. Le había sorprendido que, tras la exposición objetiva de su vida, don Ignacio hubiera rematado la semblanza con aquellas palabras despectivas: empinado y fatuo. ¿Cómo podía serlo aquella personilla oscura, delicada, que parecía ofrecerse en holocausto cada vez que subía al púlpito? Se lo dijo a su tío tras una pausa.

—No me refería a las apariencias —replicó éste—. Una cabeza organizada en una naturaleza flaca, eso es lo que me parece el doctor Cazalla. Tengo para mí que el Doctor esperaba del Emperador una distinción honorífica que nunca ha llegado. He ahí la causa de su despecho.

Cipriano Salcedo se confió:

—Disfruto escuchándole —dijo— pero, al cabo de un tiempo, sus palabras me dejan un regusto áspero, como de ceniza.

Don Ignacio miraba a su sobrino con aire dominante:

—¿No será que plantea problemas que no resuelve?

Esta frase de su tío, formulada como al desgaire, le produjo mucho efecto. Éste era el doctor Cazalla. Su aproximación cautelosa a los grandes problemas despertaba la atención del auditorio, pero el orador, en palabras cada vez más próximas al meollo del asunto, no terminaba de afrontarlos.

Dejaba las soluciones en el tintero. Quizá lo hacía adrede o le faltaba convicción.

En su siguiente viaje a La Manga habló con Teodomira y su padre sobre el nuevo predicador. Teodomira no había oído hablar de él y don Segundo desconfiaba de las nuevas voces. El mundo, para él, estaba lleno de salvadores que, en el fondo, eran unos consumados herejes. La gente, especialmente los frailes, se erigían en teólogos, pero eran teólogos de pacotilla, sin ninguna preparación. Cipriano le hizo ver que Cazalla no era fraile, incluso que evitaba los conventos para exponer su doctrina, pero don Segundo le advirtió que eso no constituía ninguna garantía, que seguramente no pasaba de ser una táctica. Salcedo le miraba, miraba su cachucha que no se sacaba de la cabeza ni en el interior de la casa, los bordes sudados, de un color marrón desvaído, y no veía en él a un serio antagonista de Cazalla. El señor Centeno era un ser primario y, como toda persona elemental, dispuesto a juzgar sin conocimiento. Pero, pese a todo, ahora que habían empezado los fríos y las lluvias, Cipriano se encontraba a gusto en el salón de la casa de adobe, con el fuego crepitando en la chimenea, sentado en la dura tabla del escañil. *La Reina del Páramo* se sentaba todos los días en la misma silla de mimbre. Y él veía en ella, siempre una labor entre manos, una mujer hogareña, equilibrada y de buen juicio. Los días de precepto montaba a *Obstinado* y marchaba a Peñaflor a misa de once. Entre semana no tenía ocasión de fomentar su vida de piedad pero rezaba a Nuestro Señor al acostarse y levantarse. Cipriano la escuchaba con agrado. Cuando hablaba Teodomira sentía una gran paz interior. Aquella muchacha, sobrada de peso, era la encarnación de la serenidad. Y su voz, de inflexiones acariciadoras, le producía una sensación de inmunidad como no había conocido hasta entonces. Pero lo que sorprendió más a Cipriano fue el descubrimiento de Teodomira como hembra, el hecho de que la muchacha, al tiempo que sosiego, le produjera una viva excitación sexual. La tarde del columpio y su confesión inmediata revelaban que el placer que había sentido al tocar sus nalgas lo consideraba un placer prohibido. El recuerdo de este hecho le indujo a estimar su volumen desde otro punto de vista. Recordaba su breve aventura con Minervina, la analizaba, y concluía que aquello había sido una reminiscencia de infancia. Minervina no le había dado el ser pero le había criado y él, instintivamente, había visto en ella la razón de su vida y a esa razón se había abrazado al volver a verla. No había habido otra cosa. Sin embargo ahora se daba cuenta de que aquella criatura demasiado leve no era precisamente lo que un hombre precisaba, que la pasión carnal requería

obviamente carne como primer ingrediente. De ahí que la paz interior, la calma que *la Reina del Páramo* le imbuía se viese acompañada, a veces, de una lascivia reprimida, un ardiente deseo que cada vez le asaltaba con mayor exigencia. Esta mezcla de paz, seguridad y deseo empujaban a Cipriano Salcedo cada vez más frecuentemente al monte de La Manga. La familiaridad de *Relámpago* con el camino le llevaba a desplazarse en poco más de una hora. Y aquel invierno frío y lluvioso no amilanaba a Salcedo. Sus calzas de piel y su zamarro forrado de nutria, como el que regaló a Teodomira, le ponían a cubierto de cualquier veleidad climática. Luego pasaban la tarde en la casa o salían de paseo a ver volar los bandos de palomas torcaces o las becadas, recién llegadas del norte. Mientras, las dos chicas de Peñaflor les preparaban la merienda para las seis. Ordinariamente, don Segundo no aparecía por la casa hasta esa hora, después de encerrar a las ovejas en los establos. Entonces, el señor Centeno terciaba en la conversación, contaba las peripecias del día y volvía una y otra vez a su vieja obsesión: el zamarro de piel de conejo. Cipriano le llevaba la corriente y, a su vez, le insinuaba la posibilidad de hacerse cargo del transporte de sus vellones desplazando a los moriscos de Segovia. Una cosa por la otra, condicionaba. Don Segundo se rascaba dubitativo la cabeza, pero su ilusión por entrar en el negocio de los zamarros terminó por imponerse:

—Está bien —le dijo una tarde—, yo le cedo el transporte y la venta de mis vellones y vuesa merced firma conmigo una comandita para explotar el conejo para zamarros y ropillas aforradas. Va en interés de los dos.

—De acuerdo —respondió Salcedo.

Y en el acto firmaron el trato, según el cual don Segundo Centeno, nacido en Sevilla y residente en Peñaflor de Hornija, cedía el transporte y venta de los vellones de diez mil ovejas, de su propiedad, a don Cipriano Salcedo, doctor en Leyes y terrateniente en Valladolid, y, al propio tiempo, ambos acordaban explotar las pieles de tres mil conejos procedentes del monte de La Manga, que don Segundo se comprometía a suministrar anualmente a don Cipriano para su utilización en el negocio de zamarros y ropillas aforradas de acuerdo con los precios del mercado.

Después de firmar, don Segundo puso sobre la mesa una jarra de vino de Cigales y los tres brindaron por el buen éxito de la empresa. Esa noche, Cipriano Salcedo cenó en La Manga y pernoctó en Villanubla, en la fonda de Florencio. La noticia de la compra de conejos sorprendió a Estacio del Valle, quien le hizo ver que el zamarro forrado de piel de conejo no constituía ninguna novedad. En Segovia los fabricaban los moriscos y, en el Páramo, los

utilizaban los pastores y labrantines desde tiempo inmemorial. Salcedo, que no había firmado los tratos pensando en incrementar su fortuna, replicó que eso no importaba, que el negocio consistía en hacerlo mejor y más barato que la competencia y ganarle por la mano. Cipriano se acostó con la sensación adventicia de que la firma de los contratos le otorgaba algún derecho sobre Teodomira. Y cuando *Relámpago* le trasladó al monte a la mañana siguiente y se vio a solas con la muchacha encarando el fuego del hogar, la atrajo hacia sí y la besó en la boca. Tenía unos labios gruesos, duros y absorbentes y Cipriano se sintió sumergido en un indecible mar de placer, pero, cuando pensaba que aquello no tenía más que una salida lógica, Teodomira se levantó enojada del escañil y manifestó que ella también estaba enamorada de él, le quería, pero que cada cosa a su tiempo y que lo primero de todo era que su tutor visitara a su padre, hablaran y acordaran las capitulaciones y, si se terciaba, llegar al matrimonio. Cipriano conservaba en la punta de los dedos la sensación de firmeza de sus pechos, no inferior a la de sus nalgas, y, entonces, aceptó sus condiciones. Carecía de experiencia amorosa y se rindió. Se dio cuenta de que el acceso a *la Reina del Páramo* era un proceso paulatino que exigía una serie de requisitos previos.

Esa misma tarde visitó a sus tíos y les anunció su propósito de contraer matrimonio. La tía Gabriela se mostró interesada en el tema:

—¿Puede saberse quién es la afortunada?

Cipriano vaciló. No sabía por dónde empezar. Advirtió que se había presentado ante sus tíos precipitadamente, sin preparar su discurso.

—U… una chica del Páramo —dijo al fin—. Vive en el monte de La Manga, en Peñaflor. Su padre es perulero.

—¿En el Páramo? ¿Un perulero? —La tía arrugaba la nariz.

Pensó él que quizá sus palabras serían más eficaces si fingía compartir su extrañeza, si desde el principio exponía la realidad tal como era, incluso caricaturizándola:

—Es perulero —añadió— y no se quita la cachucha de la cabeza ni para dormir. Es hombre rústico pero con posibles. En realidad él no sabe nada de lo nuestro, pero me estima. Ayer firmamos un trato para fabricar zamarros aforrados de piel de conejo, que es lo que perseguía.

La tía Gabriela le miraba como a un bicho raro, como si estuviera bromeando, mientras el tío Ignacio le escuchaba sin osar intervenir. Tal vez necesitaba más datos para emitir un juicio. Añadió Cipriano:

—Ella no tiene formación alguna. El único oficio que conoce es el de esquiladora. Lo hace más rápidamente que los pastores y ellos la distinguen

por el apodo de *la Reina del Páramo*. A lo largo de su vida ha esquilado millares de ovejas sin rasgar un solo vellón.

Era el suyo un lenguaje abstruso para su tía que le miraba cada vez más perpleja. El tío Ignacio esbozó una sonrisa:

—Y ¿qué piensa hacer el bueno del perulero si tú le quitas la esquiladora? —apuntó con innegable lógica.

—Bueno, eso es cuenta suya. Él habrá hecho sus cálculos, supongo, pero por casar a su hija es posible que diera toda su fortuna. Yo, por mi parte, estoy enamorado. No sé bien qué significa esta palabra pero creo estar enamorado puesto que a su lado encuentro al mismo tiempo sosiego y excitación.

El tío Ignacio carraspeó:

—Casarse es quizá el paso más importante en la vida de un hombre, Cipriano. Y el amor algo más que sosiego y excitación.

Se hizo un silencio. Cipriano parecía reflexionar. Al cabo precisó un extremo importante:

—Él es perulero y, como buen perulero, ahorrador y tacaño. Viste de harapos y mata las liebres a garrotazos para poder comer carne al día siguiente. De ordinario almuerza olla y cena berza. Pero ella no es perulera. Y cuando su padre marchó a las Indias, hace diez años, se quedó a vivir con una tía en Sevilla. Es una muchacha educada, lo único que me detiene es su tamaño, tal vez desproporcionado para mí.

Ahora era doña Gabriela la que no quería hablar; no podía hacerlo sin herirle. El oidor volvió a carraspear; sentía compasión de su sobrino:

—¿No oíste nunca hablar de la atracción de los contrarios?

—No —confesó Cipriano.

—A veces uno se enamora de lo que no tiene y a su pareja le ocurre otro tanto. El hombre pequeño casado con mujer grande es un ejemplo de libro. Hay factores que lo justifican.

Cipriano se interesó:

—Y en mi caso ¿cuál puede ser?

El tío Ignacio estaba lanzado:

—En tu caso, puedes haber visto en ella a la madre que no llegaste a conocer.

—Y ¿tiene que ser necesariamente grande?

—Es un nuevo dato, Cipriano. En la madre, el niño busca amparo, y es difícil que lo encuentre en otra persona físicamente más débil que él. Esa muchacha puede muy bien significar para ti el escudo protector que no tuviste en la infancia.

—Pero ella dice que me quiere. ¿Qué puede moverle a ella?

—La mutua atracción hombre pequeño-mujer grande es un hecho estudiado, no es ninguna novedad. Lo mismo que tú buscas en ella protección, ella busca en ti alguien a quien proteger. Opera en la mujer el instinto maternal. El instinto maternal no es más que eso, intentar ayudar a un ser más desvalido que ellas.

Doña Gabriela, que iba poco a poco digiriendo la desagradable novedad, no pudo contenerse:

—Pero, querido, ¿es tanta la diferencia?

—Demasiada, tía. Digamos ciento sesenta libras contra mis ciento siete.

Se hundía en un mar proceloso. Hablar era lo único que la sostenía:

—Y ¿cómo es, Cipriano?, ¿es hermosa?

—Yo no emplearía esa palabra aunque quizá lo sea. Su tez es blanca y su rostro demasiado grande para sus discretas facciones. Únicamente su mirada es especial, tierna, incitante. Unos ojos color miel que cambian de matices con la luz. Unos ojos bellísimos. Luego están su boca montaraz y la calidad de su carne; su tamaño y su blancura te inducirán a pensar en una mujer blanda cuando es todo lo contrario.

Cipriano se sofocó. De improviso se dio cuenta de que sus palabras habían ido demasiado lejos, venían a desvelar un conocimiento prematuro de su novia. Pensó que su tía iba a decirle algo al respecto pero su tía pensó lo que él pensaba y se desvió hábilmente por otro registro:

—¿Cómo se llama?

—Teodomira —dijo él.

—¡Dios mío! Es horrible —doña Gabriela no se pudo contener y se llevó sus cuidadas manos a los ojos. Terció el tío Ignacio:

—Esos detalles carecen de importancia.

La tía sonrió como si se excusase:

—Podemos llamarla Teo —dijo—. Eso no compromete a nada.

Prosiguió la conversación en una atmósfera tirante, donde ninguna de las partes se plegaba. Pero el sentido común de Ignacio Salcedo se fue imponiendo. Lo fundamental era estar seguro de su enamoramiento. En consecuencia, lo prudente sería esperar un par de meses antes de tomar una determinación.

El 17 de febrero, un día abierto y azul, de primavera anticipada, se cumplió el plazo. Vicente, el criado, limpió y preparó el coche la víspera para trasladar a La Manga a su amo con el tío Ignacio. Doña Gabriela prefirió no asistir. No teniendo Teo madre, le parecía improcedente su presencia. En

realidad le asustaba. Cipriano, con traje de brocado y seda de ricos bordados y una presea pinjante en la pechera del jubón, pasó por la casa de su tío a recogerlo. El oidor de la Chancillería, con mangas folladas y jubón de raso carmesí, parecía arrancado de un cuadro, lo que indujo a Cipriano a pensar en los atuendos que encontraría en La Manga. Después de orillar los bogales del camino, conforme a su experiencia, el carruaje se detuvo ante la puerta de la parra junto al pozo. No había nadie en los alrededores. Hasta los perros y los gansos habían sido recogidos y Cipriano no reconoció a Octavia, la criada de Peñaflor, con toca y saya, cuando le abrió la puerta. En el salón, sentado junto al fuego, en una butaca de mimbre, como en un trono, esperaba don Segundo Centeno. Se había arreglado pelo y barba y había sustituido la cachucha por una media gorra azul fuerte. Cipriano respiró hondo al advertir el cambio desde la puerta. Pero, cuando don Segundo se puso en pie para saludar a su tío, un golpe de sangre le subió al rostro al advertir las calzas acuchilladas que vestía, una prenda que los lansquenetes habían puesto de moda en España seis lustros atrás. Ofrecía un aspecto extravagante que se diluyó pronto en su naturalidad pasmosa, una naturalidad que se resentía por su empeño en utilizar palabras que no le eran habituales. La ceremonia prosiguió con la aparición de Teodomira con un atuendo no menos impropio: una saya negra de cola corta, que trataba de escamotear su cuerpo, con un manto de burato de seda. Su físico resultaba un poco excesivo en todo caso. El propio tío Ignacio, de estatura media, era ligeramente más bajo que ella. Pero lo más curioso de todo eran aquellos cuatro personajes, envarados en sus atuendos festivos, moviéndose en la modesta sala, con fuego de leña, como en un escenario teatral.

Don Segundo mostró con orgullo sus posesiones a su huésped y le habló después de los tratos firmados con su sobrino que esperaba *redundaran* en beneficio mutuo. Más tarde abordó el tema de la vida en el campo de cuyas ventajas hizo don Segundo un canto exaltado. Apreció en su justo valor que don Ignacio fuese oidor de la Chancillería y ambos acordaron firmar las capitulaciones matrimoniales después del almuerzo, en ausencia de los interesados.

Al sentarse a la mesa, la fuerza de la costumbre se impuso a la urbanidad y don Segundo Centeno despachó la empanada de cordero y los huevos con espinacas con la gorra puesta y únicamente se la quitó al advertir los escandalizados aspavientos de su hija al servir Octavia los entremeses fritos. Al fin, bien comido y bien bebido, don Segundo quedó un momento inmóvil, congestionado el rostro, las manos sobre el vientre, hasta que soltó un

regüeldo que él mismo coreó con un salud de alivio y un refrán que venía a exaltar una vez más las virtudes del campo sobre la ciudad y la excelencia de su comida.

—En las casas de postín ya sabe vuesa merced: mucho lujo, mucho boato y poca tajada en el plato.

Cuando quedaron solos, don Segundo adoptó hacia don Ignacio un tratamiento más ceremonioso aún: *señor oidor* o *don Salcedo*, le llamaba. Daba la impresión de haber estudiado el tema y que estaba dispuesto a casar a la muchacha aunque tuviera que desprenderse de su cachucha. Por su parte, el oidor, abrumado por la elementalidad del ganadero, deseaba dar la puntilla a una reunión que, desde su llegada, le había resultado incómoda. De acuerdo con sus deseos las capitulaciones fueron firmadas sin objeciones. Don Segundo Centeno dotaría a su hija Teodomira con la friolera de mil ducados y don Ignacio Salcedo entregaría a don Segundo Centeno, en concepto de arras, la cantidad de quinientos. A partir de este momento, don Segundo empezó a levantar la voz y a golpear en la espalda a don Ignacio, como viejos camaradas, cada vez que abría la boca. Daba la impresión de que la cifra anunciada por la compra de su hija le había sorprendido favorablemente. Otro tanto le había acontecido al oidor con la de la dote. Don Segundo no era, al parecer, un tacaño impenitente. Convenido en estos términos el contrato matrimonial, don Segundo puntualizó, como algo que no admitía vuelta de hoja, que la boda se celebraría en la iglesia parroquial de Peñaflor de Hornija, si *don Salcedo* no tenía nada que oponer, el 5 de junio a las nueve de la mañana. Y el banquete, que, dadas sus escasas relaciones, sería un acto familiar, en el patio delantero de su casa de labranza, junto a las teleras que constituían su mundo. Don Ignacio dio su asentimiento, pero, una vez en el coche, camino de Villanubla, entre dos luces, intentó hacer ver a su sobrino la disparidad de las partes:

—Una pregunta, Cipriano. ¿Tu suegro se deja la barba o no se afeita? Parece lo mismo pero no es lo mismo.

Cipriano rompió a reír. El clarete de Cigales había hecho su efecto y la reacción de su tío le divertía:

—H… hoy estaba hecho un figurín —dijo—. Me gustan sus calzas de lansquenete. Espero que la tía pueda apreciarlas el día de la boda.

El tono irónico de su sobrino le desarmó. Había subido al coche con la esperanza de hacerle reflexionar ya que, a su juicio, las dos familias eran inconciliables. Lo dijo así, pero Cipriano le respondió que a él no le afectaban esos prejuicios burgueses. Cruelmente, don Ignacio aludió a su futura

diciendo que aquella muchacha era algo más que un prejuicio burgués, pero Cipriano zanjó la cuestión arguyendo que para juzgar a Teo no era suficiente un almuerzo. En un último esfuerzo desesperado, el oidor le preguntó si aquella atracción que decía sentir hacia la hija de *el Perulero* no sería un simple *mal de amores*:

—¿*Mal de amores*? Y ¿eso qué es?

—Un deseo carnal que se impone a todo razonamiento —declaró el oidor.

—Y ¿es, por casualidad, una enfermedad?

La línea del Páramo se incendiaba a poniente y, a contraluz, se agigantaban las encinas del trayecto.

—No lo tomes a broma, Cipriano. Tiene su diagnóstico y su tratamiento. Podrías visitar al doctor Galache, no digo para que te medique sino simplemente para mantener con él una conversación.

Cipriano Salcedo acentuó su sonrisa. Puso su pequeña mano sobre la rodilla de su tío.

—Por ese lado puede vuesa merced estar tranquilo. No estoy enfermo, no padezco *mal de amores* y voy a casarme.

El día 5 de junio, en la iglesia de Peñaflor, adornada con flores silvestres, se celebró el tan controvertido enlace. No pudo asistir doña Gabriela, aquejada de repentina indisposición, pero sí don Ignacio, Dionisio Manrique, el sastre Fermín Gutiérrez, Estacio del Valle, el señor Avelino, el bichero de Peñaflor, Martín Martín y los pastores de don Segundo en Wamba, Castrodeza y Ciguñuela. El banquete nupcial, en el patio de la casa grande, resultó muy animado y, tras los postres, don Segundo, con sus calzas acuchilladas y su media gorra a la cabeza, se subió torpemente a la mesa y pronunció un discurso sentimental que subrayó dando vivas a los novios, al señor cura y al acompañamiento, y remató con un nervioso zapateado.

De regreso, se produjo el primer rifirrafe entre los recién casados. Teodomira se empeñaba en bajar a *Obstinado,* su caballo pío, a Valladolid y Cipriano le preguntó que qué pito iba a tocar un penco tan innoble en la Corte. *La Reina del Páramo* le replicó fuera de sí que si *Obstinado* no bajaba ella tampoco y, en ese caso, diera por no celebrado el casamiento. Aún trató de resistirse Cipriano pero, en vista de la intransigencia de su cónyuge, terminó cediendo. Vicente, el criado, bajó montando a *Obstinado* y ellos dos en el coche, a la rueda del de don Ignacio.

Ya en casa, tras saludar al servicio, Cipriano llevó a cabo la prueba para la que venía preparándose durante los dos últimos meses. Tomó en sus bracitos musculados a la que por ley era ya su esposa, empujó con el pie la puerta del

dormitorio, avanzó con ella hasta el lecho nupcial y la depositó suavemente sobre el gran colchón de lana de La Manga que *el Perulero* les había regalado. Teodomira lo miraba con sus redondos ojos de asombro:

—Tú das el pego, chiquillo. ¿Es posible saber de dónde sacas esas fuerzas? —preguntó.

IX

Los primeros meses de matrimonio fueron gozosos y apacibles para Cipriano Salcedo. Teodomira Centeno, que había pasado a llamarse Teo, desayunaba en la cama a las diez de la mañana, se arreglaba y bajaba un rato a la tienda. Algunas tardes daba un paseo con *Obstinado* hasta Simancas o Herrera, o subía un rato a La Manga a ver a su padre. Cipriano, consciente de que el penco de su esposa no era de recibo en la Corte, le regaló un potrillo alazán, de hermosa presencia, que la hija de *el Perulero* rechazó toda alborotada, alegando que prefería su caballo de toda la vida que aquel pura sangre lleno de pretensiones. *La Reina del Páramo* tenía esos prontos. Era de buen conformar pero, de improviso, por cualquier nadería, le agarraba como una sofocación y, entonces, desvariaba, gritaba y se volvía irascible y agresiva. Él le echaba en cara que únicamente le movía el afán de llevar la contraria y ella que Cipriano se avergonzaba del paso que había dado, pero que, al tomarla por esposa, debía aceptarla con todas las consecuencias. De nuevo Cipriano tuvo que transigir y, en lo sucesivo, cada vez que salían de paseo a caballo, lo hacían por trayectos diferentes y, sí se trataba de visitar a don Segundo, Teo le esperaba con su caballo manchado en la ribera opuesta del Puente Mayor, donde se reunían. Bastaron unas semanas para que Cipriano advirtiera una cosa importante: había ordenado su vida al margen de la indolencia de Teo y de los accesos de humor colérico que empezaba a observar en su conducta. Mas como los viajes a La Manga no eran frecuentes, Cipriano pudo dedicar las mañanas al almacén y las tardes al taller, mientras en casa ocupaba el tiempo libre en contestar el correo y la lectura. Apenas lo había hecho a raíz de abandonar el colegio, cuando tropezó con la gran biblioteca de su tío, pero ahora, ya instalado en el hogar, había vuelto a la vieja costumbre. Después del viaje nupcial por Ávila y Segovia, ciudades que Teo desconocía, a Cipriano empezó a urgirle la visita a Pedrosa por donde hacía dos años que no pisaba. Martín Martín apenas le había facilitado algunas novedades en Peñaflor, el día de la boda, tal que don Domingo, el viejo párroco que le ayudara a conseguir el título de hidalgo, había fallecido y que los pagos del arroyo de Villavendimio, que había incorporado a su finca para reforzar la solicitud, daban más cardos que uvas. Al parecer, la cosecha presente entraba en los niveles de normalidad pero, así y todo, las rentas de los dos últimos años no había sido fácil cobrarlas. Y, guiado por la máxima de

que el ojo del amo engorda al caballo, Cipriano había decidido visitar Pedrosa con asiduidad.

En el aspecto carnal, su matrimonio funcionaba. La evidente pereza de Teo no le afectaba. Nunca trató de comprar una criada ya que Crisanta y Jacoba se bastaban para atender el cuerpo de casa y Fidela cumplía con su obligación en la cocina. Teo había llegado, pues, a la Corredera de San Pablo 5 como una señora. Otra cosa era que su vida conyugal se mantuviera alejada de la impaciencia y el rijo propios de los nuevos esposos. Al decir de Crisanta, la doncella, daba la impresión de que el amo y la señora Teo llevaban doce años casados. Pero esto, que era cierto de puertas afuera, de puertas adentro no se ajustaba a la verdad. Cipriano, al tiempo que el amor carnal, iba descubriendo en Teo sorprendentes peculiaridades, como la absoluta falta de vello de su cuerpo. Las carnes blancas, prietas y apetecibles de su esposa eran totalmente lampiñas y el pelo no aparecía ni en aquellas zonas que parecían exigirlo: las axilas y el pubis. La primera vez que la vio desnuda a duras penas pudo dominar su perplejidad, pero este hecho que, en principio, le sorprendió se fue convirtiendo con el tiempo en un nuevo aliciente. Poseer a Teo, se decía, era como poseer a una Venus de mármol llena de agua caliente. Porque Teo podía ser blanca y robusta pero no fría. En sus juegos lascivos él la llamaba *Mi Estatua Apasionada*, sobrenombre que a ella no parecía incomodarla. En cualquier caso, Teo se comportaba como una hembra cálida, experta, poco melindrosa. Sus ágiles manos de esquiladora jugaban un papel importante en el amor. Desde el primer día aprendió a buscarle a oscuras *la cosita* y, cuando la encontraba, prorrumpía en grititos de admiración y entusiasmo. De esta manera, como no podía ser menos, *la cosita* se erigió en eje de la vida íntima del matrimonio. Pero una vez hallada, Cipriano asumía la parte activa de la conquista, forcejeaba por encaramarse a ella, casi inabordable, y, ya en lo alto, retozaba, perdido en la generosa orografía de Teo, tan dura y maciza como había colegido tras los furtivos contactos del noviazgo. Teo se transformaba de pronto en el *Obstinado* y él, gustosamente, lo cabalgaba. Pero a su cuerpo le faltaba piel, superficie para poseerla íntegramente y, en su defecto, también sus pequeñas manos debían entrar en acción. Ella le sentía sobre sí como un fruitivo parásito, lo recibía gozosa y, en el momento culminante de la posesión, se atragantaba en un risoteo descarado y salaz que desconcertó a Cipriano el primer día pero que llegó a constituir, con el tiempo, la apoteosis de la fiesta carnal. Era el acompañamiento sonoro de su orgasmo.

Hacer gozar a una mujer tan grande halagaba la vanidad del pequeño Cipriano. Y cuando ella, momentos antes del risoteo, exclamaba en pleno paroxismo: «¡Arremetes como un toro, chiquillo!», él, que por razones obvias había detestado siempre los diminutivos, aceptaba el cálido chiquillo como un homenaje a la agresividad del macho. Mas no faltaban noches en las que Teo, fatigada o desganada, permanecía pasiva en la cama, no hacía por *la cosita*, y entonces Cipriano aguardaba expectante, pero la búsqueda no llegaba a producirse, con lo que se veía obligado a tomar la iniciativa en frío y, tras unos minutos de impaciente espera, empezaba a gatear por el costado de su esposa a la conquista de las protuberancias protectoras. Ella fingía soportar su asedio pero, cuando le notaba encaramado sobre ella, susurraba incitante:

—¿Qué buscas, mi amor?

La pregunta era la señal para que el consabido juego de cada noche comenzase, bien que por otro punto distinto. En cualquier caso, tras los reiterados actos de amor, Teo quedaba desfallecida, el brazo izquierdo abandonado sobre la almohada, separado del cuerpo, y Cipriano, anheloso siempre de un hueco protector, acabó acostumbrándose a recostar su pequeña cabeza en la axila cálida y pelona de Teo y, en este seguro refugio, quedarse dormido.

En aquellos bochornosos días del primer verano de casados, Cipriano hizo otro sorprendente descubrimiento: Teo no sudaba. Pasaba calor, se sofocaba, se cansaba, pero sus poros no se abrían. Ante un fenómeno tan inexplicable, la actitud de Cipriano se hizo aún más reverencial. Su viva aversión hacia las axilas sudadas, hacia la sobaquina, no rezaba con su esposa. Ni en el caluroso viaje de novios, en las recalentadas pensiones, ni en sus paseos por las viejas ciudades Teo sudaba, en tanto la reducida anatomía de Cipriano, con escasas grasas que quemar, se derretía como la manteca bajo las altas temperaturas. En principio él atribuyó la anomalía a algún motivo adventicio, pero Teo le sacó de dudas:

—Ni después de pelar al sol cien corderos me ha caído de la frente una gota de sudor.

Fue otra novedad que avivó la sexualidad de Salcedo. Él buscaba una razón para explicarla y, finalmente, creyó haberla encontrado: la ausencia de sudor y de vello eran manifestaciones de un mismo fenómeno. Las carnes prietas de Teo no florecían porque les faltaba riego. A pesar de esto, a pesar de todo, Cipriano, durante el primer año de su matrimonio, lejos de considerar defectos estas rarezas, las consideraba acicates, estímulos libidinosos. También Teo, por su parte, hacía descubrimientos extraordinarios en el

cuerpo de su marido. Cipriano no solamente era un ser humano bello, aunque reducido y musculado, sino, contrariamente a ella, excepcionalmente velludo. El vello no sólo crecía en abundancia en las axilas y en el pubis sino en los lugares menos propicios para albergar folículos, como los pies, los hombros o la cintura. Ante tamaña muestra de masculinidad, ella, algunas noches, tras su risotada explosiva, exclamaba fuera de sí:

—Me enloqueces, chiquillo. Tienes más pelos que un mono.

Cipriano, que gustaba de las carnes duras, lisas, sin accidentes de su esposa, pensaba: la atracción de los contrarios. Mas entre esta exclamación de Teo y su demostración muscular de la primera noche, se sintió valorado, distinguido como macho, lo que contribuyó a crear entre ambos una saludable reciprocidad. Ella parecía satisfecha de él y él, *Obstinado* aparte, satisfecho de ella.

Temerosos de que la tía Gabriela dejase enfriar sus relaciones, invitaban a los tíos con alguna asiduidad, de modo que, transcurridos ocho meses desde la boda, Gabriela, tan bien educada como bien vestida, charlaba y se divertía con Teo como con cualquier amiga de la villa. Más si cabe, puesto que su sobrina política la trasladaba a un mundo desconocido, el mundo del campo y del trabajo, en el que todo constituía para ella una novedad: la higiene personal, los pequeños ritos, la convivencia con los animales. No asimilaba, por ejemplo, que una manada de gansos resultara más eficaz, que los mastines para la guarda de la casa, como Teo aseguraba. Los *patos*, para la tía, eran animales domésticos carentes de agresividad. Gabriela le preguntaba por sus vestidos, los muebles del hogar, sus adornos. No comprendía que Teo hubiera podido vivir años con una saya para el trabajo y un traje para los días festivos. La muchacha admitía que su padre era rico pero le costaba ganarlo y le dolía que se malgastase. El hecho de que don Segundo le hubiese dotado con mil ducados venía a demostrar que su padre había vivido sólo para ella. Este pensamiento la emocionaba y, prácticamente todos los meses, subía al monte de Peñaflor para darle un abrazo. Incluso alimentaba *in mente* un noble propósito: pasar con él un par de semanas cada primavera para ayudarle en el esquileo.

Pero, antes de que pudiera poner en práctica su propósito, don Segundo se volvió a casar. Estacio del Valle bajó de Villanubla en la mula a notificárselo a Cipriano. Don Segundo Centeno, *el Perulero*, había contraído matrimonio con la Petronila, la chica mayor del Telesforo Mozo, uno de los pastores de Castrodeza, una boda acertada, a juicio de Estacio del Valle, porque, de una sola tacada, don Segundo dispondría de mujer para yacer y obrera para

esquilar ya que, ausente Teodomira, la Petronila era la mejor peladora de la comarca. Por su parte, Telesforo Mozo, el pastor, tampoco quedó desnudo: don Segundo le autorizó a llevar con su rebaño un hatajo de ovejas de vientre cuyos gastos corrían por cuenta del patrón.

Informada de la novedad, Teo esperó a Cipriano a la salida del Puente Mayor con la intención de subir juntos a La Manga. Estaba sofocada e irritable, en plena crisis, y no aceptaba la comprensión de Cipriano hacia la decisión de su padre. Pero cuando ella le recriminó a éste la boda arrastrada que había hecho y él le hizo ver que el ganado era muy esclavo y que sólo con dos manos, más viejas cada día, mal podía valerse, ella, ante aquel tácito reconocimiento de su ayuda, le abrazó estrechamente. Por su parte, Cipriano indagó si había firmado algún papel con el Telesforo Mozo, pero don Segundo lo negó. No, no había firmado nada con el Telesforo porque entre la gente del campo sobraban los papeles, era suficiente la palabra dada. Pero, al mes siguiente, Telesforo Mozo le comunicó que doblaba el número de reses de su hatajo porque diez ovejas de vientre era como no tener nada. Don Segundo visitó a su hija en la capital y, al marchar, dejó la casa impregnada de un olor a cagarrutas que no se fue en varios días. Pretendía el apoyo de don Ignacio, el oidor, pero su yerno le aclaró que, en el campo, la palabra dada era tan frágil como en la ciudad y que había facilitado al Telesforo Mozo un arma con la que podía estarle chantajeando hasta el día del juicio. Ante esto, don Segundo desistió de visitar a don Ignacio y regresó al monte impregnado de su olor a basura, cabizbajo y con las orejas gachas.

Al iniciarse abril, Cipriano encontró al fin un hueco entre sus ocupaciones para visitar Pedrosa. Como de costumbre salió de su casa por el Puente Mayor y galopó por las faldas de las colinas, hasta Villalar. Encontró a su rentero en el campo, almorzando en una gayola, y cabalgaron juntos hasta el pago de Villavendimio. Los cepones apenas habían echado hoja y las calles de la viña estaban llenas de broza. Cipriano sugirió a Martín Martín la posibilidad de poner el pago de cereal, pero el rentero lo rechazó de plano, el trigo y la cebada no cundían en terrenos tan flojos, no medraban. Pasaron la mañana viendo el resto de las viñas y la señora Lucrecia, muy viejecita ya, les sirvió de comer como hacía en vida del difunto don Bernardo.

Por la tarde, Salcedo se alojó en la fonda de la hija de Baruque, en la Plaza de la Iglesia. Al entornar los postigos para dormir la siesta, divisó a un cura sentado en el poyo del templo leyendo un libro. Estaba tan absorto, que ni las bandadas de palomas que le sobrevolaban de vez en cuando, ni los labriegos que atravesaban la plaza canturreando a lomos de sus borricos, le

distraían. Después de dormir un rato, al abrir los postigos, Cipriano constató que el cura seguía en el mismo sitio. Estaba tan inmóvil como si lo hubiesen disecado, pero cuando Salcedo salió a saludarle, el nuevo cura, que había venido a sustituir al difunto don Domingo, se puso en pie cortésmente. Cipriano se presentó pero el cura ya le conocía de referencias. En el pueblo le habían hablado de él, de su acceso a la hidalguía y de la fiesta subsiguiente, pero sentía una curiosidad: ¿era tal vez el oidor de la Chancillería, don Ignacio Salcedo, pariente suyo? Tío, era su tío, aclaró Cipriano, y también su tutor. Entonces el nuevo párroco se refirió a don Ignacio como uno de los hombres más cultos e informados de Valladolid. Seguramente su biblioteca, si no era la primera, sería la segunda en número de ejemplares. Acto seguido se presentó él: Pedro Cazalla, dijo humildemente. Y Cipriano Salcedo, a su vez, le preguntó si tenía algún parentesco con el doctor Cazalla, el predicador:

—Somos hermanos —dijo el cura—. Estuvo unos meses en Salamanca pero ahora vive con mi madre en Valladolid.

Salcedo reconoció que era asistente habitual a los sermones del Doctor.

—Es un orador fácil —dijo Cazalla sin darle importancia.

Aparentaba menos años que el Doctor, con su pelo negro y denso, encanecido en las sienes, su curtido rostro varonil y unos ojos oscuros, de mirada escrutadora.

—Algo más que fácil —replicó Salcedo—. Yo diría el mejor orador sagrado del momento. Construye sus discursos con la solidez de un arquitecto.

Pedro Cazalla encogió los hombros. Le azoraban los elogios a su hermano. Aceptó su facilidad expresiva, su espiritualidad. El Emperador le había llevado con él a Alemania durante unos años precisamente por eso, por su espiritualidad. Fue un honor y una experiencia que su hermano no olvidaría nunca ahora que Carlos V se disponía a retirarse a Yuste.

Cipriano Salcedo preguntó a Cazalla por qué su hermano predicaba sistemáticamente fuera de los conventos. Cazalla volvió a levantar los hombros: Dispone de mayor libertad —aclaró—. La comunidad de frailes se presta a una crítica múltiple y encontrada, no siempre saludable.

Salcedo sentía cómo se avivaba su curiosidad hacia el nuevo párroco. Su pasión por la lectura, la novedad de sus ideas, la falta de paternalismo, tan frecuente en los curas rurales, le sorprendían. Era ya noche cerrada cuando se despidió de él. Fue el párroco quien le sugirió la posibilidad de verse a la tarde siguiente, invitación que Salcedo, que había pensado regresar a Valladolid por la mañana, no declinó. A las diez, después del desayuno, el

cura seguía leyendo en el atrio en la misma postura que la tarde anterior. Cuando Cipriano fue a recogerle después de almorzar continuaba inmóvil en el poyo de la iglesia. Cerró el libro al verle y se incorporó:

—¿Puede saberse qué lee con tanto celo vuestra paternidad?

—Releo a Erasmo —respondió Cazalla—. Nunca se acaba de conocer su pensamiento.

—Yo fui en tiempos un aguerrido erasmista —dijo Cipriano con sorna.

El cura se sorprendió:

—¿De veras le ha interesado a vuesa merced Erasmo alguna vez?

—Entiéndame, padre. Le estoy hablando de mi infancia, de la Conferencia sobre Erasmo. En mi colegio se formaron entonces dos bandos y yo pertenecía al de los erasmistas. Y, aunque ninguno de los grupos sabíamos quién era Erasmo, llegamos a pelearnos por él.

Habían atravesado el pueblo sin plan preconcebido y ahora se encontraban en el camino de Villavendimio, en dirección a Toro. Cazalla observaba a los animales, a los pájaros, se revelaba como un experto conocedor del campo. Hablaba de los estorninos pintos como más pendencieros y mejores albañiles que los negros, más locuaces y canoros también.

Pero al cura le había interesado la mención de su vida colegial. Le preguntó por el centro donde se había educado.

—El Hospital de Niños Expósitos —dijo Salcedo.

—Pero vuesa merced no lo era, no era expósito quiero decir.

—No lo era pero mi padre me sometió a esa dura disciplina. No creía en mi inteligencia y varios preceptores habían fracasado conmigo.

—¿No estaba allí el padre Arnaldo?

—El padre Arnaldo y el padre Toval, ambos enfrentados precisamente en la cuestión erasmista. Erasmo fue el inspirador de Lutero, a juicio del padre Arnaldo. Sin él la Reforma nunca se hubiera producido. Por contra, el padre Toval creía en la buena fe del holandés.

Los ojos de Cazalla parecían mirar a algo remoto.

—Aquéllos fueron días de esperanza —dijo de pronto—. El Emperador estaba junto a Erasmo, lo apoyaba, y el inquisidor Manrique también. ¿Qué significaban los mosquitos pegajosos que se alzaban contra ellos? Por aquellas fechas Erasmo publicó la segunda parte de su *Hyperaspistes* rebatiendo algunas afirmaciones de Lutero. Esto consolidó su prestigio ante el Rey quien le escribió, llamándole «honrado, devoto y amado nuestro» en el encabezamiento de la carta.

Las palabras de Cazalla tenían un estremecido tono nostálgico:

—Y ¿cómo se malogró aquel empeño?

—Se cambiaron las tornas. Fue un hecho fatal. El inquisidor Manrique dejó de apoyar a Erasmo y el Rey se olvidó de él en Italia. Los frailes aprovecharon la circunstancia para atacarle desde el púlpito. Carvajal respondió agriamente al *Hyperaspistes* y Erasmo, en lugar de callar y no darse por aludido, le replicó con violencia. La situación había dado un giro completo. A partir de ese momento, para la Inquisición, Erasmo y Lutero fueron ramas de un mismo tronco.

Habían alcanzado el Recodo del Viejo, junto a la junquera, donde una urraca galleaba con insolencia. El cura contempló al pájaro con curiosidad sin dejar de caminar. El sol se ensanchaba y enrojecía al desplomarse tras las colinas grises de poniente. Pedro Cazalla se detuvo y dijo:

—¿Ha reparado vuesa merced en los crepúsculos de Castilla?

—Los saboreo con frecuencia —dijo Salcedo—. Las puestas de sol en la meseta resultan a veces sobrecogedoras.

Habían dado la vuelta y la tarde empezaba a refrescar. A lo lejos se divisaban las casitas de barro señoreadas por la iglesia. Las cigüeñas habían sacado pollos y se erguían en la espadaña como dibujos esquemáticos. Pedro Cazalla miró de nuevo al sol declinante. Los entreluces del lubricán le fascinaban. Sonó en el aire quedo el tañido de una campana. Cazalla apresuró el paso. Volvió hacia Salcedo sus ojos profundos:

—Ayer Erasmo era una esperanza y hoy sus libros están prohibidos. Nada de esto es obstáculo para que algunos sigamos creyendo en la Reforma que proponía. Quizá sea la única posible. Trento no aportará nada sustancial.

A la mañana siguiente, el cielo estaba empañado por algunas nubes blancas y *Relámpago* tomó el camino de Villavieja por las cuestas, a galope tendido. Cipriano agradecía la velocidad, el fresco viento en el rostro, mientras pensaba en los hermanos Cazalla, en su melancolía, en su inquietud reformista. Comprendía ahora mejor la sensación de vacío que le producían los sermones del Doctor. El erasmismo se desarraigaba en Castilla y, en consecuencia, su causa era una causa perdida. No obstante, veinte años atrás, el padre Arnaldo les había mandado rezar por la Iglesia, por la desaparición de las doctrinas erasmistas. ¿Cómo conciliar respuestas tan dispares ante un mismo fenómeno? *Relámpago* dejó atrás el pueblo de Tordesillas y, al alcanzar el de Simancas, cruzó hacia el camino general y atravesó el puente romano, a legua y media de la villa.

Teo lo recibió como si hiciera un mes que no se veían. Había sido la primera separación y lo había echado de menos. Después de cenar, *la Estatua*

Apasionada abrevió la sobremesa, y ante la sorpresa de Crisanta, la doncella, a las diez el matrimonio estaba acostado. Teo lo estrechaba contra ella y a él le agradaba sentirse protegido, en el fortín, a cubierto de cualquier asechanza. A poco, *la Estatua Apasionada* le buscó *la cosita* y comentó, con voz meliflua, que qué bien que su marido no se la hubiera olvidado en Pedrosa, en tanto Salcedo se esforzaba por encaramarse a la meseta de las protuberancias. Sintió el atragantado risoteo de su esposa, vibrante y prolongado, pero ello no impidió que, pasados unos instantes, *la Estatua Apasionada* reiniciara el acto de amor. A Cipriano le sorprendió su avidez. Se diría que Teo encadenaba los contactos en una actitud compulsiva como si pusiera a prueba su resistencia. Y, tras una cuarta vez, cuando el acoso cedió, Cipriano, extenuado, buscó el refugio de su axila. En Pedrosa había echado en falta su calor y tuvo que dormir con la gorra puesta. Al recuperar ahora el techo perdido se sentía cobijado y feliz por más que la actitud de Teo siguiera sin definirse.

Al despertar, encontró a su mujer sofocada, inquisitiva, apremiante. Era otro tropezón, aparentemente baladí, de su matrimonio:

—¿Por qué nosotros no tenemos nunca un hijo, Cipriano? Llevamos casados más de diez meses y nunca me pasa nada.

Salcedo le acarició los rizos color caoba de la nuca, se hacía anillos con ellos sin conseguir amansarla:

—¡Oh, querida, estas cosas no tienen horario fijo! —dijo—. No dependen de nuestra voluntad. Por otra parte, los Salcedo nunca fuimos muy fértiles. No debes impacientarte por eso. Ya llegará.

Se adivinaba que Teo había reflexionado sobre el particular:

—Todas las mujeres cuando se casan tienen un hijo, Cipriano. ¿Por qué no me dijiste a tiempo que tu familia tenía dificultades? Cada vez que depositas tu semilla en mí pienso que esta vez va a ser la definitiva pero nunca llega.

Se mostraba erizada, resentida, pero él le quitó importancia al asunto:

—No te inquietes por eso, cariño. Los Salcedo siempre nos reprodujimos con parsimonia. Mi bisabuelo no tuvo más que un hijo y mi abuelo dos, pero entre medias transcurrieron ocho años. El tío Ignacio tampoco tiene familia y ten en cuenta que mi madre, que gloria haya, estuvo cinco años tratándose su supuesta infecundidad. Y ¿crees que le fue bien el tratamiento? De ninguna manera. Mi madre quedó encinta cuatro años después de dejarlo, cuando Dios quiso y cuando ya se había olvidado de su obsesión. Hay influencias astrales que, en cierta medida, determinan estas cosas. El cuerpo requiere un tiempo de madurez.

—Y ¿cuánto tiempo necesitó tu madre?

—Exactamente nueve años y siete días. Tal vez la medida de los Salcedo se exprese en años en lugar de en meses. La cifra no deja de ser curiosa.

Teo vaciló:

—No… ¿no estará enferma *la cosita*?

—Tú sabes que funciona con regularidad. Antes te hablaba de la infertilidad de los Salcedo, pero el retraso bien puede provenir de ti. El doctor Almenara, una notabilidad en su época, decía que dos de cada tres veces la infecundidad dependía de las mujeres.

La impaciencia de Teo se tradujo en una avidez sexual desordenada. Sin duda pensaba que la frecuencia aumentaba las posibilidades. Cipriano trataba de aleccionarla cada noche:

—Querida, más importante que el número de coitos es tu estado de recepción. Acéptame relajada, receptiva. No olvides que en cada cópula yo introduzco en tu vagina centenares o millares de semillas que buscan un lugar donde fructificar. Pero la fecundación no depende tanto del número como del terreno que tú prepares para recibirlas.

Teo pareció aplacada de momento pero lo suyo era una monomanía. No pensaba en otra cosa y se valía de cualquier pretexto para sacarlo a relucir. Él le había dicho: muchos problemas se resuelven esperando, olvidándose de ellos. Y ella procuraba hacerlo así pero, en lugar de los pensamientos, era la angustia por desembarazarse de ellos lo que la martirizaba. Teo se confiaba a su marido:

—Constantemente pienso que no debo pensar en ello pero con esta obsesión puedo llegar a volverme loca.

—¿Por qué no me concedes un plazo? ¿Por qué no decides esperar unos años antes de tomar una determinación? Dentro de cuatro tendrás veintisiete, la edad más adecuada para procrear.

Teo callaba. Tácitamente le concedía el plazo pero, poco a poco, iba perdiendo la fe en él y, con la fe, su encandilamiento sexual. Apenas buscaba ya *la cosita* y, si lo hacía, era sin el ardor de antaño, desganada. Sabía que el hijo tenía que venir por esa vía pero llevaba más de un año intentándolo y no venía. Salcedo se daba cuenta del descorazonamiento de su esposa e intentó distraerla ocupándola en el taller, pero Teo se aburría allí. Entonces pensó que, ahora que se aproximaba la época del esquileo, Teo podría pasar en La Manga una larga temporada ayudando a su padre, mas, antes que la faena del esquileo comenzase, llegó la noticia: Telesforo Mozo, el pastor de su suegro, pretendía llevar el rebaño a medias. No se trataba ya de un hatajo más o

menos grande sino de partir las ovejas que pastoreaba por la mitad. Segundo Centeno ni lo pensó. Despidió a Telesforo, se amancebó con la Benita, la hija del pastor de Wamba, Gildardo Albarrán, y relegó a la legítima a la condición de criada y esquiladora por seis reales al mes.

Ante la gravedad del problema, Teo se instaló en La Manga. Advirtió enseguida el reconcomio de Petronila aunque ésta no pronunciase palabra y anduviera todo el día por la casa con la mirada huida, haciendo visajes y aspavientos. Pero don Segundo volvía sobre el tema cada mañana. Le obligaba a hacer la cama adulterina todavía caliente y a lavar la ropa íntima de la pareja. El resto del día lo pasaba Petronila pelando borregos. No decía palabra. Se sentaba a esquilar en el tajuelo y no abría la boca por mucho que *la Reina del Páramo* se esforzara en entablar conversación con ella. Una noche, Teo salió a dar un paseo y le pareció ver entre dos luces la silueta furtiva de un hombre escondiéndose entre las encinas. Habló a su padre seriamente: no debía exponerse así. Debería cambiar de actitud. No había hombre que aceptara con los brazos cruzados su despido y la vejación reiterada de su hija. Por su parte, Gildardo Albarrán se movía ahora por la finca con la misma libertad que si fuera suya. Se reunía con don Segundo en la sala, entraba en la casa por la puerta principal y charlaban largo rato como iguales, eso sí, sin que Gildardo pidiera nada. Visto lo del Telesforo y aleccionado por su fracaso, sabía que al señor Centeno era preferible entrarle por las buenas que por las malas.

Así las cosas, la vieja aspiración de Teo se atenuaba. Se preocupaba menos de ser madre que de conservar a su padre. Y cuando Cipriano la visitaba, una vez por semana, tenía ocasión de departir con él como en los buenos tiempos: paseando por el monte, levantando de las encinas bandos de torcaces con los buches repletos de bellotas, o viendo apeonar a las becadas en el calvero. Cipriano creía en la terapia de la distracción y confiaba en que Teo volviese a su vida normal y le concediera un plazo razonable antes de dar por fracasado su matrimonio. Pero dormía mal. Al regatearle Teo el cobijo de su axila, la cabeza se le enfriaba, se le desgobernaba en la noche, durante el sueño y, al levantarse, le mortificaba la tortícolis. Volvía a ser el niño desprotegido que había sido. Y utilizaba gorras, sombreros y hasta capuchas forradas de piel, como sucedáneos. AI propio tiempo trataba de llenar la prolongada ausencia de Teo con frecuentes visitas a sus tíos. Doña Gabriela, muy satisfecha en su condición de esposa sin descendencia, no entendía la actitud de su sobrina. Hay otras cosas en la vida, instituciones, enfermos, niños con hambre, colegios de caridad, decía. Buscar a toda costa un ser de

nuestra propia sangre para volcar en él nuestra afectividad es una conducta egoísta. Y, en el fondo, Cipriano le daba la razón, pero no dejaba de comprender que desdoblarse fuese la máxima aspiración de toda mujer en este mundo.

Una mañana, antes de salir para la Judería, un correo urgente de Peñaflor le dio cuenta de que su suegro, don Segundo, había sido asesinado. Le habían seccionado la garganta con un hocino. El Telesforo Mozo, su autor, se había entregado a la autoridad en Valladolid y al ser preguntado por los móviles del crimen había dicho: «Me dejó en la calle tirado como a un perro y quebró la condición de mi hija. Era un sujeto que no merecía vivir».

Cipriano partió para La Manga sin demora. Le dio tiempo de enterrar a su suegro en el atrio de la iglesia de Peñaflor y hacerse cargo de los papeles que don Segundo guardaba en el escritorio. La Petronila, asustada, había huido de casa; en cambio compareció Gildardo Albarrán llamándose a la parte, no porque la ley le amparase, sino porque tenía testigos de que don Segundo había hecho de su hija una barragana sin su consentimiento. Teo mostró una entereza admirable. El esquileo se había acabado y esto la aliviaba. Por otra parte, la cruenta muerte de su padre le parecía horrible pero a cambio no había sufrido, lo que no dejaba de ser un consuelo.

Cipriano previo graves complicaciones y un aumento de trabajo hasta desenredar aquello, pero su tío Ignacio, como de costumbre, lo simplificó. El testamento del señor Centeno era claro. Teo era la única heredera, Petronila usufructuaria de un pequeño fundo y arrendataria de la vivienda mientras durara el plazo del alquiler, la Benita, la barragana, volvió con su padre a Wamba y Estacio del Valle, el fiel corresponsal de Villanubla, quedó encargado de resolver el problema de los pastores, puesto que los rebaños de don Segundo, como le decía Cipriano Salcedo en su misiva, habían pasado a ser propiedad de Teodomira Centeno, su consorte.

X

Teo se quitó unas libras de encima con el luto, un luto distinguido y respetuoso que le indujo a ponerse sobre el escote un collar de perlas negras que contrastaba con la palidez de su tez. También Cipriano Salcedo se resumió en sí mismo ataviado con un coleto sin mangas, negro, a la moda, y un cuello tan alto que le cubría medio pescuezo, por encima del cual asomaba el borde rizado del cabezón de la camisa. Pero el luto no enderezó las relaciones de la pareja. Teo volvió a sus apremios maternales mientras Cipriano le insistía que le diera un plazo y asumiera un poco de sensatez. En su afán por facilitarle argumentos, Cipriano le recordó que su padre contaba con ocho años más que su tío Ignacio y había que imaginar que entre los dos nacimientos los abuelos habrían mantenido el mismo tipo de relaciones íntimas que antes y después. Sin embargo, persuadido de que todo era inútil, visitó una tarde, por su cuenta, al doctor Galache. Hubiera preferido hacerlo al que ayudó a traerle al mundo, al doctor Almenara, pero éste había fallecido once años atrás. El doctor Galache le sometió a reconocimiento y le dijo que todo era correcto, que estaba íntegro y que, con vistas a enriquecer la calidad del esperma, ingiriese una infusión de verbena y madreselva después de las comidas. Salcedo admitió que él, físicamente, se encontraba fuerte y que por ese lado no parecía provenir la esterilidad. En ese momento, el doctor Galache le formuló la temida pregunta:

—¿Por qué no trae vuesa merced a su señora? En buena medida ellas son las causantes de la infecundidad matrimonial.

Salcedo le confió que ella no estaba preparada para el evento pero que no descartaba que, con el tiempo, se decidiera a hacerlo. Cipriano Salcedo no dijo nada a Teo de su consulta a Galache ni, naturalmente, puso en práctica el remedio aconsejado por él.

A la mañana siguiente marchó a Pedrosa. Era un día tranquilo, de nubes blancas y altas temperaturas. La liviandad de Cipriano, la velocidad del caballo y el dédalo de atajos y trochas que había llegado a conocer, le permitían llegar a Pedrosa en poco más de dos horas. Iniciaba el viaje faldeando las colinas, doblaba en la senda de Geria y desde allí, en línea recta, entre los majuelos, atravesaba Villavieja y Villalar y accedía a Pedrosa por los trigales, sin desviarse. En algunas gayolas, a la puerta, se sentaba un hombre y un perro ratonero le ladraba al pasar el caballo. En ocasiones había también niños que le decían adiós con la mano.

Se alojó en la posada de la hija de Baruque y acudió sin demora a visitar a su rentero. Hacía días que había concebido una idea luminosa: desarraigar las cepas del pago de Villavendimio y plantar en su lugar una pinada. Era cierto que en la ribera derecha del Duero nadie había osado nunca poner pinos, pero la naturaleza del suelo, floja y arenosa, lo pedía a gritos aquí. Martín Martín, por añadidura, era un experto en esta clase de árboles. Había cultivado el albar con su tío en tierras de Olmedo y conocía las exigencias del pino e incluso los vaivenes del piñón en el mercado:

—La ventaja del pino sobre las siembras —le dijo— es que el pino marca las cosechas con dos años de antelación.

—¿Marca las cosechas el pino? —inquirió Cipriano.

—Lo que oye, sí señor; hoy recoge vuesa merced la piña hecha, pero en el árbol queda la perindola, o sea, la piña del año que viene, que está por hacer, y una cosita así —marcaba la mitad de la falange de un dedo—, en cuanto que se la advierte, que es la piña del año siguiente.

Cipriano Salcedo se sintió satisfecho de su iniciativa y Martín Martín quedó en apalabrar a una cuadrilla de gañanes para descepar las diez fanegas de Villavendimio. Ante Cazalla, Cipriano se pavoneó de terrateniente experto. Lo había pensado mucho. Después de incorporarlo a sus tierras no podía dejar yermo ese pago. Plantaría pinos albares que daban piñón e indicaban de antemano las dos cosechas venideras. Es decir, era el único cultivo del que no podían esperarse sorpresas. Por su parte, Pedro Cazalla le invitó a cazar el perdigón a la mañana siguiente en la línea del monte de La Gallarita. Cipriano Salcedo rompió a reír:

—Desde luego, vuestra paternidad es aún más sorprendente que el pino albar —dijo.

La primera luz los sorprendió en las salinas del Cenagal, a una legua larga de Casasola. Cazalla llevaba un retaco en bandolera y en la mano derecha la jaula del perdigón cubierta con una sayuela. Apenas se anunciaba el sol cuando entraron en el tollo, una gran mata hueca, con una tronera al frente para disparar. Cazalla afirmó el tanganillo con cuatro piedras, colocó sobre él la jaula desnuda y, luego, se metió en el tollo y se sentó en la banqueta, junto a Salcedo. El día iba abriendo y, mientras el macho emitía el primer coreché de la mañana, Pedro Cazalla le mostró muy ufano su retaco, la escopeta que había comprado al maestro armero vizcaíno Juan Ibáñez. Mediría poco más de una vara de larga. El propio Cazalla, hábil de manos, había desbastado la culata de nogal y encepado el tubo de hierro en el otro extremo. El cañón se cargaba por la boca, baqueteando la pólvora con un taco de borra y poniendo

encima un puñadito de perdigones. Cazalla le enseñó los perdigones de plomo que unos amigos le enviaban desde Alemania. Al mostrarle el sistema de fogueo puso en ello un entusiasmo pueril. Se trataba de una especie de serpentín, como una ese, en cuya parte superior se colocaba la mecha que hacía de percutor, en tanto la inferior servía de gatillo. Al oprimirlo, la mecha bajaba sobre el agujero del tubo y, al ponerse en contacto con la pólvora, provocaba la explosión, pero el cazador debía seguir a la pieza por el punto de mira durante cuatro o cinco segundos, hasta que aquélla se producía, si aspiraba a cobrarla.

La luz ensanchaba y el perdigón llenaba el campo con su cántico ardiente y persuasivo. De la parte del monte sonó una respuesta remota:

—¿Oye? El campo ya contesta.

—Acude ¿y a liberar a la prisionera?

Cazalla sonrió, con la sonrisa indulgente del experto ante el novicio.

—No se trata de eso —dijo—. Los pájaros están en celo y el macho acude a la llamada del otro para disputarle la hembra. Entra a pelear. Y unas veces viene solo y otras trae a la compañera para que sea testigo de su proeza.

El campo respondía cada vez con mayor ahínco y la perdiz enjaulada estiraba el cuello, difundía su coreché por el ancho mundo del páramo. Cazalla sacó cuidadosamente por la tronera la boca de su retaco y advirtió a Salcedo:

—Guarde silencio.

El macho cambió de tono, sustituyó el áspero coreché del comienzo por una parla inextricable, farfulladora, confidencial.

—Ojo, ya recibe —dijo Cazalla.

Salcedo se empinó en su asiento hasta divisar al perdigón enjaulado. Daba vueltas sobre sí mismo picoteando los alambres sin dejar de parlotear, mientras otra perdiz, al pie del tanganillo, cuchichiaba en tono menor. Cazalla susurró de pronto, afianzando en el hombro la culata de su retaco:

—Ya está ahí ese insensato. ¿Lo ve vuesa merced?

Salcedo asintió. La perdiz libre erguía el cuello y miraba a la de la jaula con ojeriza. El cura añadió:

—Detrás viene la hembra.

Salcedo se asomó a la mirilla y, en efecto, una perdiz de menor tamaño seguía a la primera. Cazalla aplastó la mejilla contra el tubo y tomó puntería sobre la más grande. Estaba a veinte varas, junto al pulpitillo, y abría un poco las alas en actitud retadora. Cazalla oprimió la parte baja del serpentín y, nerviosamente, siguió por el punto de mira los pasos del macho hasta que la

explosión le aturdió. Cuando el humo se disipó, Salcedo vio la perdiz aleteando impotente en el suelo, mientras tres plumillas azuladas se elevaban en el aire y la hembra se alejaba pausadamente del lugar de la tragedia. Cazalla puso la culata de su retaco en el suelo. Sonreía:

—Todo funcionó a la perfección, ¿no cree?

Salcedo fruncía los labios disgustado. No aprobaba la emboscada, aquella espera alevosa, la intromisión de su amigo en la vida sentimental de los pájaros. Pero Cazalla, insensible, atascaba de nuevo la pólvora en el tubo con la baqueta.

—¿No le ha gustado? —dijo—. Es un método de caza limpio, casi científico.

Salcedo denegó con la cabeza:

—Me parecen deshonestos los juegos con el amor. ¿Por qué disparó vuesa merced?

Cazalla encogió los hombros. Por la tronera se divisaba al perdigón enjaulado, ahuecando las plumas, pavoneándose de su hazaña:

—No tengo otra salida —dijo—. Si no disparase, el perdigón se malearía y no volvería a cantar. La muerte es necesaria para que el prisionero siga incitando al campo.

De nuevo volvía el silencio. Por la mirilla se descubría el páramo lleno de luz. Un majano, a la derecha, producía una sombra negra y escueta. La hierba era prieta y fresca y Salcedo se dijo que no estaría de más un buen rebaño en Pedrosa. Hablaría con Martín Martín. También aquí, como en La Manga, abundaban las piedras en los perdidos. Cazalla desenvolvía un pequeño paquete y alargó un pastel a Salcedo. Los había preparado su hermana Beatriz. El macho de la jaula parecía repuesto, olvidado de su adversario, y volvía a engallarse y a convocar al campo. La escena inicial volvió a repetirse media hora más tarde, pero ahora entró solamente un macho, un macho viudo o soltero, desparejado. Cazalla, nervioso con la demora del arma, erró el disparo cuando el animal se abalanzaba sobre la jaula. Contra lo que Salcedo esperaba, Pedro Cazalla no se enfadó. El retaco, con el percutor de mecha, era un arma muy traicionera, dijo calmosamente, pero su amigo, el vizcaíno Juan Ibáñez, no fabricaba de momento otro tipo de escopeta más acabado.

Hasta ellos llegaban los graznidos de las urracas, los pío-pío de las cogujadas, el áspero carraspeo de los cuervos. Hacía calor dentro del tollo. El perdigón daba vueltas sobre sí mismo y, de cuando en cuando, emitía un co-re-ché fláccido, sin el empuje inicial. Él mismo se sorprendió cuando le respondió el campo. Se entabló un diálogo de poco aliento entre los dos

pájaros sin dejar apenas pausa entre sus cantos. A pesar de su respuesta inapetente, uno pensaba en un macho enardecido pues su aproximación a la jaula había sido más rápida que la de los dos anteriores. Entró en plaza con la hembra coqueteando detrás y, al parloteo confidencial del perdigón enjaulado, respondió con un fiero ataque con las alas entreabiertas. Pedro Cazalla lo abatió de un tiro certero, a dos varas del pulpitillo y, de nuevo, el perdigón pregonó su victoria estirando el cuello al límite. Cazalla se levantó sonriendo de la banqueta. Se había hecho mediodía, la hora de regresar. Colgó las dos perdices en la percha y enfundó la jaula en la sayuela cuando el macho comenzaba a alborotarse. Salcedo tomó el retaco al salir del tollo. Miraba el arma con curiosidad y desconfianza, pero Cazalla, que iba sin sotana, con calzas abotonadas, insistió:

—El retaco no es un arma bien resuelta. Mi amigo Juan Ibáñez hará algo mejor cualquier día.

El sol caía de plano sobre el camino y Salcedo notaba en la frente el húmedo calor del sombrero. Al divisar las salinas del Cenagal, Cazalla se acercó a la primera, se sentó a la orilla, se descalzó y metió los pies en el agua. Cuando Salcedo le imitaba, voló entre los carrizos una pareja de patos reales.

—Nunca fallan —dijo Cazalla—. Siempre retozan aquí.

—¿No estarán anidando?

—Es tarde. El azulón es madrugador, tiene un rijo temprano.

Los carrizos se quebraban a su paso y Salcedo sentía un raro placer al notar las escurriduras del cieno entre los dedos de los pies. De pronto divisó el enorme sapo nadando entre las espadañas. Nadaba despacio, sin alborotar el agua, con los ojos abultados, fríos e indiferentes, en un punto fijo. Mostró a Cazalla el repugnante animal.

—Es la sapina —dijo éste con curiosidad—. Está en plena cópula. ¿Se ha fijado?

Al oírle fue cuando Salcedo descubrió al macho, un sapillo diminuto e impávido sobre el ancho lomo de la sapa. Algo se le revolvió en el estómago. Experimentó un almadiamiento y, acto seguido, la náusea. Miraba a los dos anímales apareados pero no los veía. Veía una barcaza con el rostro y los pechos de Teo como mascarón de proa, y él bogando solitario en la popa. Experimentó asco de sí mismo, una repugnancia tan apremiante que salió apresuradamente del agua y, antes de alcanzar el camino, vomitó. Cazalla caminaba tras él:

—¿Se pone enfermo vuesa merced? Ha perdido el color.

—Esos bichos, esos bichos —repetía Salcedo.

—¿Los sapos dice? —reía—. La hembra es diez veces mayor que el macho. Curioso ¿verdad? El macho apenas es algo más que un minúsculo irrigador, un saquito de esperma.

—Calle vuestra paternidad, se lo ruego.

La turbia imagen no salía de su cabeza aunque torturara a *Relámpago* con las espuelas, como si la torpe visión estuviera relacionada con la velocidad. La Teo-sapa dejándose escalar por Cipriano-sapo y, una vez conquistada, navegar sobre ella por el gran lago, era una escena que volvía a alterarle el estómago. ¿Tendría valor para volver a poseer a Teo?

La Reina del Páramo le recibió con exageradas manifestaciones de alivio:

—¡Oh, ya estás aquí, chiquillo! ¡Dios mío, creí que no volvías nunca! Me veía sola, Cipriano, y me decía: sola no puedo tener un hijo, necesito *la cosita* de mi esposo.

Pero a la noche Cipriano no hizo intención de acercarse a ella. Tampoco Teo, como si presintiera algo, le buscó *la cosita*. Y, a la noche siguiente, volvió a repetirse la escena, cada uno esperó en vano la iniciativa del otro. Mas a Cipriano, la imagen de la gran sapa nadando en la salina del Cenagal era lo que le inutilizaba. Durante una semana se prolongó la infructuosa espera de Teo. Cipriano seguía viendo en ella la sapa autoritaria, caprichosa y posesiva. Y aún le repugnaba más el complemento: la actitud servil, complaciente y oficiosa del pequeño sapo fecundador encaramado en su dorso. Un saquito de esperma, había dicho Cazalla. Nunca, como en aquellos días, tuvo Cipriano tan alejada de sí cualquier inclinación salaz. La sola idea de atacar el flanco de su esposa le daba náuseas. Y Teo terminó enojándose, presa de una sofocación intensa, preludio de un ataque de histeria. Su marido no deseaba un hijo; no quería tenerlo. Hasta le regateaba su *cosita* y ella, por sí sola, carecía de la capacidad de fecundarse. *La cosita* era elemento imprescindible para la reproducción, pero ya no contaba con ella. Su marido la había hecho desaparecer como por ensalmo. Lloraba sobre él, entre sus ropas de luto, poco alentadoras también para cambiar el ánimo de Cipriano. Pero cada vez que éste la abrazaba sin abarcaría, volvía a ver en ella a la sapina, enorme y absorbente, nadando en la salina, encareciéndole que la fecundase. Las cosas iban de mal en peor, Cipriano no podía moverse de casa. Teo voceaba y gritaba sin causa, no comía, no dormía, hasta que una mañana Cipriano le propuso visitar al doctor Galache, la notabilidad del momento en la villa, para exponerle el problema. No le ocultó a Teo su visita anterior, la

buena opinión del doctor sobre sus posibilidades reproductoras, su interés por verla a ella.

Cipriano encontró a Galache tan solemne y abierto como la primera vez, vestido lujosamente de terciopelo, con las manos muy cuidadas, desnudas. Pensó que cuarenta años atrás sus padres habían hecho una visita análoga sin resultados. Y que, precisamente, él nació cuando doña Catalina, su madre, hacía cuatro que había abandonado el tratamiento. Estuvo a punto de recordarlo pero calló. Con seguridad su impertinencia hubiera menoscabado el incipiente optimismo de su esposa. Ocultó pues este detalle en la información sobre los antecedentes familiares: la escasa fertilidad de los Salcedo. El doctor Galache le escuchaba gravemente. Dijo al fin:

—Permítame; voy a reconocer a su esposa.

Teo se tendió en la mesa. Y durante unos minutos reinó el silencio en la consulta, hasta que Galache se enderezó:

—No hay nada de particular —dijo—. La mecánica reproductora de esta señora es correcta, apta para concebir.

Les reunió a los dos en la galería de la mesa y las sillas blancas.

—Les voy a ser sincero —dijo—. Nuestros abuelos, ante un caso semejante, en que las dos partes parecen útiles para la procreación, hubieran apelado a pruebas supersticiosas, que hoy sabemos que no sirven para nada, como la del ajo. Pero yo sé, sin necesidad de poner a esta señora un ajo en la vagina, dado que entre la vagina y la boca no existe comunicación alguna, que mi paciente no está opilada. Vayamos pues a lo práctico.

Cipriano Salcedo se inquietó:

—¿Cree vuesa merced que podremos conseguir algo?

El doctor trenzó los dedos de sus manos desnudas:

—Vuesas mercedes han acudido a mí porque tienen confianza. Y yo voy a intentar resolverles su problema. En primer lugar la historia de la familia Salcedo es concluyente: los machos no son excesivamente fértiles, pero tampoco estériles, necesitan tiempo. Hay matrimonios a quienes les bastan nueve meses para tener familia, pero los Salcedo no están en ese caso. Estos señores han precisado seis y hasta nueve años para desdoblarse. La suya es una reproducción morosa que forma parte de su naturaleza. En cuanto a usted, debe tener calma, señora: déjese vivir, distráigase, no se piense y yo le aseguro que cuando se cumpla el plazo reproductor de los Salcedo usted quedará encinta. Yo se lo prometo solemnemente si sabe esperar, si recibe a su esposo con entusiasmo, con la ilusión de concebir. Ninguna mujer se ha quedado encinta, que yo sepa, con gemidos y lloriqueos. Haga un esfuerzo.

El doctor Galache se incorporó. En su recetario escribió rápidamente unas palabras enigmáticas. Añadió:

—Los varones de la familia Salcedo padecen una particularidad que los médicos de hoy llamamos semen renuente. Contra esto, la mejor medicina es la paciencia. No apresurarse, esperar a que se cumpla el plazo. Pero, por si acaso, yo voy a ayudarles. El señor Salcedo debe tomar todas las noches un preparado de escorias de plata y acero para aumentar la eyaculación. Es eficaz y no le producirá efectos secundarios. En cuanto a usted, señora, va a hacerme este favor: propóngase una abstinencia sexual de cuatro días seguidos cada mes y, en la noche del quinto, a la hora aproximada de la coyunda, y en lugar de ésta, bébase un zumo caliente de salvia con sal. Es la mejor manera de preparar el cuerpo para concebir.

Teo salió de la consulta remozada. El consejo del doctor aventó sus aprensiones por completo. Hacía ya año y medio de la muerte de su padre y, al llegar a casa, se colocó un vivo blanco en el escote. Parecía que no pero aquella cintita suavizaba el luto, le volvía menos rígido y esterilizador, la animaba. Después, en los días que siguieron a la consulta, se preocupó de cumplir los consejos del doctor minuciosamente. Llevaba a la mesa el preparado de escorias de plata y acero para Cipriano y, cada mes, puntualmente, hacía un alto de cuatro días en su relación carnal y, el quinto, ingería un zumo caliente de salvia con sal. Cipriano, que había conseguido ahuyentar la torva imagen de la sapina en celo, ya no era un ser sexualmente nulo y hasta experimentaba ciertos apremios cada vez que se presentaban los días de abstinencia.

—¿Estás loco? ¿Es que ya no recuerdas la recomendación de Galache?

Le volvía la espalda y él se quedaba solo, desprotegido, como cada noche. Teo seguía sin prestarle el cálido cobijo de su axila para conciliar el sueño y Cipriano lo sustituía por una almohada doblada, metiendo la cabeza en el doblez. Llegó a habituarse a la innovación. Ahora dormían, pues, espalda contra espalda y cada vez que Teo daba media vuelta, sacaba la ropa de su lado y Cipriano se enfriaba. Pero todo lo daba por bien empleado viendo a su esposa instalada en la normalidad.

Por si fuera poco, Teo se decidió a iniciar una vida más activa. Bajaba temprano a la tienda y ayudaba a Elvira Esteban en el mostrador. Avanzaba el otoño y Valladolid se aprestaba a capear el duro invierno mesetario adquiriendo zamarros y ropillas aforradas. Era curioso observar, pasada la novedad, que aquéllas habían quedado como prendas invernales imprescindibles en Castilla. Por la noche, Teo le daba a Cipriano el parte del

día y cuenta de la caja. De esta manera, Teo se fue habituando a la actividad comercial y cogiendo gusto a las anotaciones.

La paz del hogar devolvió a Cipriano la libertad y un día, doblado septiembre, asistió a un nuevo sermón del doctor Cazalla sobre el egoísmo católico, en oposición a la incondicional entrega de Cristo en su pasión. Estuvo muy duro el Doctor aquella tarde. Habló del escándalo de los monasterios que disponían de vasallos, de los prelados que se creían señores y de los obispos entregados a la gula y la concupiscencia. Por una vez Cazalla fue directo al grano, no se anduvo con rodeos. Entre el auditorio corría un murmullo de protesta e incredulidad, pero, en ese instante, sabiamente, el Doctor mentó a Cisneros, confesor de la Reina Católica, un hombre que en su día se había alzado contra estos excesos, y cuya conducta —dijo— deberíamos imitar los creyentes.

Cipriano pasó por casa de su tío Ignacio y le pidió un ejemplar del *Enchiridion*, de Erasmo. Tenía la sospecha de que el Doctor no había mencionado a Erasmo deliberadamente y había utilizado en cambio el nombre de Cisneros como pantalla, por la sencilla razón de que el pueblo guardaba de éste buena memoria. Abrió el libro después de cenar y lo leyó lentamente, procurando exprimir cada renglón. Cuando languidecía la luz del quinqué, Cipriano lo cerró. Lo había terminado. Le invadía una sensación de desaliento. Era consciente de su escasa formación para entrar en debate sobre los puntos esenciales de la obra: la eficacia del bautismo, la confesión auricular o el libre albedrío. Pero notaba la inquietud inicial del disidente, el desasosiego, la necesidad de hacer preguntas. Durmió mal, intranquilo, sabedor de que existía otro mundo distinto de aquel en que se había instalado y que, tal vez, tenía el deber de conocer.

Muy de mañana partió para Pedrosa. Confió a Teo a su tía Gabriela. Ella la acompañaría durante su ausencia. Él llevaba varias noches pensando en Pedro Cazalla y, ahora que carecía de director espiritual, se dijo que tal vez pudiera él desempeñar tal diligencia. Aborrecía a los directores blandos, amigos de secreteos de confesionario, y Pedro Cazalla le parecía un hombre roblizo y abierto que no necesitaba que se lo pidiera para asumir su dirección.

Por primera vez tomaron el camino de Villalar, entre los rastrojos hollados e interminables. Faltaba aquí, en la perspectiva, el geométrico acompañamiento de la viña. Cipriano se preguntaba si el cura dispondría de un camino adecuado para cada situación. Por de pronto, la decadencia del rastrojo, su desolación, marchaba acorde con sus inquietudes del momento.

Salcedo le confesó al cura que había leído el *Enchiridion* después de escuchar un duro sermón de su hermano contra los abusos del clero.

—¿Una cosa le llevó a otra?

—Algo así. Deseaba saber dónde se había inspirado.

—Y ¿encontró por fin la fuente?

—El hermano de vuestra paternidad puso de pantalla a Cisneros, pero en realidad había bebido en Erasmo. La cosa estaba clara. Seguramente lo hizo para acallar los rumores de protesta del auditorio.

Pedro Cazalla miraba con curiosidad su perfil apocado:

—¿Y qué impresión le produjo la lectura del *Enchiridion*?

—De flaqueza y desaliento —dijo Salcedo—. El libro es crudo como vuestra reverencia sabe.

—¿Qué edición leyó?

—La del canónigo de Palencia Fernández Madrid.

—¡Oh! —exclamó Cazalla sorprendido—. El *Enchiridion* es mucho más áspero que todo eso. Alonso Fernández le quitó el aguijón, lo maquilló. Hizo de él un librito amable para leer en familia.

Alentado por el silencio y la soledad, Cipriano confió a Cazalla sus escrúpulos y dudas. Siempre los había padecido. Desde niño desconfió de sus buenas obras. Repetía sus oraciones una y otra vez ante el temor de haber caído en la rutina, de no estar pensando en lo que decía.

—¿Por qué se tortura de esa manera vuesa merced? —dijo—. Confíe en Cristo, en los méritos de su pasión. ¿Qué valor tienen nuestros actos comparados con ella?

A Cipriano le sosegaban las palabras de Cazalla, su mirada profunda, el tono persuasivo de su voz:

—Me gustaría creerlo así —murmuró.

—¿Por qué tan poca fe? Si Cristo murió por nuestros pecados ¿cómo va a exigirnos luego reparación por ellos?

Clareaban los rastrojos de cebada, casi blancos en el crepúsculo; a Salcedo también le sonaban a Erasmo las palabras del otro Cazalla y se lo dijo así. Pedro Cazalla sonrió y encogió los hombros:

—Vuesa merced no debe preocuparse tanto de la procedencia de las ideas cuanto de las ideas mismas: si son morales y justas o no lo son.

—¿Quiere decir vuesa paternidad que nuestros sacrificios, nuestros sufragios, nuestras oraciones son inútiles, carecen de sentido?

Cazalla puso delicadamente una mano en su brazo:

—Ninguna buena obra es inútil pero tampoco imprescindible para entrar en las estancias del Señor. Pero vuesa merced únicamente me habla de obras ¿es que no tiene fe?

Se habían sentado en el cembo del camino y Cazalla se acodó en sus rodillas cubiertas por la sotana y se sujetó la cabeza entre las manos. La voz de Cipriano le alcanzó empañada por la emoción:

—Tengo fe —dijo—. Y grande. Creo en Cristo y que Cristo es hijo de Dios.

Cazalla apenas le dejó terminar:

—¿Entonces? —preguntó—. Cristo vino al mundo a redimirnos; su pasión nos hizo libres.

Salcedo le miraba ensimismado, se diría que en su cabeza daba forma a las ideas que el otro formulaba. No obstante, intuía que acababa de hacer un raro descubrimiento. Dijo:

—Eso es exacto. Cristo dejó dicho: el que cree en mí se salvará; no morirá para siempre. Bien mirado sólo nos pidió fe.

—¿Conoce vuesa merced un precioso librito titulado *El beneficio de Cristo*?

Cipriano Salcedo denegó con la cabeza. Añadió Cazalla:

—Yo se lo prestaré. El libro no ha sido impreso en España pero conservo un ejemplar manuscrito. Don Carlos trajo de Italia el original.

Cipriano se hacía la ilusión de que algo empezaba a alentar dentro de él. Era como si atisbara un punto de luz en un horizonte cerrado. Aquel cura parecía mostrarle una nueva dimensión de lo religioso: la confianza frente al temor.

—¿Quién es ese don Carlos de que me habla?

—Don Carlos de Seso, un caballero *veronés* aclimatado en Castilla, un hombre tan fino de cuerpo como de espíritu. Ahora vive en Logroño. En el 50 viajó a Italia y trajo libros e ideas nuevas. Luego acudió a Trento con el obispo de Calahorra. Hay quien dice que don Carlos cautiva tras un trato superficial y desilusiona tras un trato profundo. En suma, que es conversador de distancias cortas. No sé. Tal vez vuesa merced tenga oportunidad de conocerle y juzgará por sí mismo.

Cipriano Salcedo se daba cuenta de que estaba deslizándose de las aguas someras a las profundas, de que estaba enredándose en una conversación trascendente y crucial. Pero experimentaba una paz inefable. Tenía una vaga idea de haber oído mentar a don Carlos de Seso en casa de su tío Ignacio. Y,

aunque se encontraba a gusto allí, sentado en el cembo, empezaba a sentir el relente.

Se incorporó y bajó al carril. Cazalla le siguió. Caminaron un rato en silencio, al cabo del cual Cipriano preguntó:

—¿No tuvo alguna vez don Carlos de Seso concomitancias luteranas?

—¡Oh!, déjese de prejuicios ahora. La Iglesia necesita una reforma y ninguna opinión está de más en estas circunstancias. Es preciso que nos entendamos. Los que regresan de Trento dicen que no creen que sea malo todo lo luterano.

El espíritu de Salcedo se serenaba. Le placía oír la voz tranquila y convencida de su interlocutor. Añadió Cazalla, como si pusiera un broche final a su disquisición:

—El dominico Juan de la Peña ha dicho con mucho sentido: ¿Por qué ocultar que yo confío en la Pasión de Cristo porque por su misericordia yo la he hecho mía? Esta frase es de los Santos Padres. Los luteranos se han apropiado de ella, aluden a ella constantemente como si fuera suya pero los Santos Padres la pronunciaron antes. El miedo nos impide aceptar de los protestantes verdades reconocidas por nosotros de antemano.

Con el lubricán, el pueblecito se identificaba con la tierra y, de no ser por la tenue llamita de algún candil desperdigado, hubiera podido pasar inadvertido. De pronto, sin ningún preámbulo, Pedro Cazalla le invitó a cenar. Así podrían seguir charlando. Su hermana Beatriz le acogió con agrado. Era una muchacha alegre que sonreía con los dientes, abiertamente. El mobiliario de la casa era tan sobrio como el de Martín Martín: una cocina con una mesa y dos escañiles. Tajuelos en la sala, butacas de mimbre y una librería. Y, a los dos lados, sendas habitaciones con altas camas de hierro, con dorados en los cabeceros. Beatriz guisaba y les servía la mesa en silencio. Era tal el respeto hacia su hermano que, en tanto hablaba, no osaba mover un dedo. Permanecía quieta, de espaldas al hogar, mirando a la mesa, las manos cruzadas sobre el halda. Únicamente en las pausas se atrevía a servir vino o cambiar un plato de sitio, Pedro Cazalla, a pesar de que hacía media hora que habían terminado su paseo, remató su parlamento con naturalidad, como hacía en tiempos *el Perulero*, como si la conversación no se hubiera interrumpido.

—Hace casi catorce años que conozco a don Carlos —dijo—. Entonces era un joven apuesto y refinado en el vestir, tanto que lo último que uno esperaba de él era oírle hablar de teologías. Tenía varios contertulios en Toro y una tarde nos hizo ver que Cristo había dicho sencillamente que el que

creyese en Él tendría la vida eterna. Únicamente nos pidió fe —precisó—, no puso otras condiciones.

Comían maquinalmente, atendidos por Beatriz. Cazalla hablaba y Cipriano, en silencio, se dejaba adoctrinar. Durante la comida, el párroco ahondó en los mismos temas que habían tratado en el paseo y, al final, todo volvió a confluir en el libro *El beneficio de Cristo*:

—Es un libro cuya sencillez no oculta una gran profundidad. Una apasionada exaltación de la justificación por la fe. Tras su lectura, el marqués de Alcañices quedó arrebatado. A otras muchas personas les ha sucedido lo mismo.

Terminada la cena, se trasladaron a la sala. En el anaquel del rincón se alineaban unas docenas de libros encuadernados. Cazalla tomó uno sin vacilar y se lo entregó a Salcedo. Era un texto manuscrito y Cipriano lo hojeó, elogió la gracia de su caligrafía:

—¿Lo ha escrito vuestra reverencia?

—Yo lo traduje, sí —dijo modestamente Cazalla.

A la mañana siguiente, Cipriano asistió a la misa de nueve en Pedrosa. En la iglesia apenas había dos docenas de personas, mujeres en su mayor parte. Al terminar, Cipriano se despidió del cura en la sacristía y le devolvió el libro. Pedro Cazalla le interrogó con su mirada sombría, remotamente esperanzada. Salcedo asintió con una sonrisa:

—Su lectura me ha hecho mucho bien —dijo escuetamente—. Seguiremos charlando.

XI

Cipriano Salcedo fue uno de los muchos vallisoletanos que, mediado el siglo XVI, creyeron que la instalación de la Corte en la villa podía tener carácter definitivo. Valladolid no sólo rebosaba de artesanos competentes y nobles de primera fila, sino que las Cortes y la vida política no daban ninguna impresión de provisionalidad. Al contrario, una vez llegado el medio siglo, el progreso de la ciudad se manifestaba en todos los órdenes. Valladolid crecía, su caserío desbordaba los antiguos límites y la población aumentaba a un ritmo regular. «No cabemos ya dentro de la muralla, —decían orgullosos los vallisoletanos. Y ellos mismos se replicaban—: Construiremos otra mayor que nos acoja a todos». Un visitante flamenco, Laurent Vidal, decía de ella: «Valladolid es una villa tan grande como Bruselas». Y el ensayista español Pedro de Medina medía la belleza de la Plaza Mayor por los huecos que ofrecía al exterior: «¿Qué decir —escribía— de una plaza con quinientas puertas y seis mil ventanas?». Pero, doblado el medio siglo, la construcción, activa ya desde 1540, se aceleró, se acabaron de urbanizar las Tenerías, frente a la Puerta del Campo, y se levantaron importantes edificios más allá de las puertas de Teresa Gil, San Juan y la Magdalena. Las huertas de Santa Clara perdieron pronto su carácter agrícola y se convirtieron primero en solares y, luego, en casas de pisos con balcones de herraje, formando un barrio que corría paralelo al río Pisuerga.

El frenético ritmo de edificación hizo surgir en todas partes nuevas manzanas de casas, utilizando tanto los espacios cerrados, patios y jardines, como los terrenos abiertos de los arrabales. Para Cipriano Salcedo y sus convecinos constituyó un motivo de orgullo la transformación de su barrio, desde la Corredera de San Pablo a la Judería, próxima al Puente Mayor. Tres docenas de casas de nueva planta se habían edificado en las calles Lechería, Tahona y Sinagoga, y otras tantas aún más sólidas en la huerta del Convento de San Pablo, cedida para este fin. Para dar salida a estos bloques se abrió la calle Imperial, que enlazaba con el barrio recién construido. Otras licencias para obras de envergadura se concedieron, asimismo, en la calle Francos y en la huerta del convento de monjas de Santa María de Belén, entre el Colegio de Santa Cruz y la Plaza del Duque.

Pero lo más espectacular fue la expansión de la villa por las parroquias de extramuros: San Pedro, San Andrés y Santiago. Las cesiones de terreno de los hermanos Pesquera, que facilitaron sesenta y dos nuevos solares, resultaron

beneficiosas incluso para los donantes, lo que indujo a otros propietarios a cambiar sus fincas, por una renta anual vitalicia, en lugares concretos como la calle de Zurradores, la linde del camino de Renedo y la del de Laguna, a la izquierda de la Puerta del Campo. En este tiempo, mediada la década, Valladolid se convirtió en un gran taller de construcción sobre el que pasaban los años sin que su febril actividad conociera reposo.

Simultáneamente a la erección de nuevos edificios, nació entre las clases pudientes la necesidad de acondicionarlos, de amueblarlos conforme a las más exigentes normas estéticas europeas. La decoración interior empieza entonces a ser considerada un arte. La Corte y sus exigencias van imbuyendo en los vallisoletanos una propensión al consumo cuya primera manifestación es el adorno. Incluso Teodomira Centeno, que durante años se había conformado con un discreto pasar, se sintió arrastrada de pronto por la fiebre de suntuosidad que impulsaba a sus convecinos. Para Cipriano Salcedo, el derroche de su mujer revelaba, por una parte, un contagio social y, por otra su carácter inestable. Teo explicaba de manera expresiva esta debilidad: el día que no gasto cien ducados lo considero un día perdido, confesaba a su marido. Esta obsesión por el gasto, junto a la observancia rigurosa de la terapia del doctor Galache, llenaron su vida en aquellos días. Con una particularidad, la tía Gabriela, tan reticente años atrás al matrimonio de Cipriano, se convirtió de pronto en la más fiel amiga y aliada de su esposa. El proverbial buen gusto de la tía se unió a la fabulosa fortuna de su sobrina. Teo no sólo era dócil sino que aceptaba agradecida las sugerencias de Gabriela. *La Reina del Páramo* conocía sus límites, se sabía mejor esquiladora que su tía pero carecía de un gusto tan decantado como el suyo. Por si fuera poco, la tía Gabriela, que ya se aproximaba a los sesenta, había encontrado en el despilfarro del dinero ajeno una actividad rejuvenecedora. En cuanto a Salcedo, poco apegado a las cosas materiales y embarcado en problemas trascendentes, apenas le afectaba la propensión al hedonismo de su cónyuge, antes bien, la alentaba. A estas alturas de su vida le agradaba una mujer ocupada, distraída, ya que Teo iba dejando de ser para él un elemento de sosiego al mismo tiempo que un aliciente perturbador. Se había equivocado con ella. Su tamaño, su blancura de estatua, la ausencia de vello y de sudor no dejaban de ser defectos que su fantasía de pretendiente había convertido en atributos. Aquella figura carnosa, prieta y lacteada le decía ya muy poco como mujer y nada como sombrilla protectora. Su relación era simple: Teo le servía cada noche el preparado de escorias de plata y acero y, a cambio, le exigía mensualmente cinco días de respeto. Teo seguía viviendo alentada por la esperanza de ser madre. Creía a

cierra ojos en la promesa del doctor Galache y se atenía escrupulosamente a sus instrucciones. Cualquier día quedaría preñada de Cipriano y el pronóstico del doctor se habría cumplido.

Cipriano, por el contrario, ingería la pócima nocturna por complacerla. No creía en ella en absoluto. Tenía el convencimiento de que Galache había utilizado la receta como recurso para quitarse de encima a una histérica. Transcurridos los cinco o seis años previstos ya vería el mejor modo de prolongar la expectativa. Pero Teo no cejaba. Para ella las relaciones íntimas tenían el mismo fin que las escorias de plata y acero o sus tomas de salvia con sal después de los cuatro días de abstinencia. Ya no enredaba con *la cosita*. Ese juego había pasado a la historia como la escalada de Cipriano hasta la meseta de las protuberancias. Olvidado ya de la sapina y de su desapacible cópula, Cipriano aceptaba el débito sin reticencias ni entusiasmos, lo mismo que ella, es decir, con desventaja, ya que él no creía en la terapia del doctor para activar la descendencia y ella sí. En esta situación, de la inicial protección física que Teo le dispensara, no le quedaba otro recuerdo que el doblez de la almohada donde cada noche introducía su pequeña cabeza para conseguir conciliar el sueño.

Nada de esto impedía que Teo le mostrara con entusiasmo los progresos en la decoración de la casa. Los muebles de pino iban desapareciendo sustituidos por otras maderas más nobles, principalmente roble, nogal y caoba. Con ello, su despacho, por ejemplo, iba ganando en calidad y riqueza: sobre la gran mesa de nogal reposaba una escribanía de avellano, a su lado un atril y, enfrente, una estantería de roble llena de libros. Bajo la ventana, Teo había dispuesto una arqueta veneciana de ébano con incrustaciones en marfil de escenas bíblicas. Una auténtica joya. También los escañiles iban quedando para los pobres. Su lugar lo ocupaban ahora sillas de cuero u otras de estilo francés. Pero la transformación de la casa no se detuvo ahí. El dormitorio del matrimonio pasó de la eficacia a la coquetería. La vieja cama de hierro fue reemplazada por otra forrada de damasco carmesí cubierta por baldaquino de brocado de oro. Frente a la cama, Teo instaló un tocador de caoba con los enseres de plata y, junto a la puerta, un gran arcón forrado de piel de ternera para la ropa de cama. Sin embargo, las copias de cuadros, que distribuyó por la parte noble de la casa, no tuvieron acceso al santuario matrimonial, tan venido a menos, donde las paredes estaban decoradas con candelabros dorados y, presidiéndolo todo, sobre el lecho, un crucifijo encargado ex profeso a don Alonso de Berruguete. En el mismo estilo, ennobleciendo puertas y ventanas y dando entrada a tapices y alfombras, decoró Teo la sala y

el comedor. Únicamente quedaron en su antiguo estado las buhardillas del piso alto, los trasteros y la habitación de Vicente, el criado, junto a las cuadras, en la planta baja, que era intocable.

Pero el cambio más importante que experimentó la casa de la Corredera fue el relativo al ajuar: toallas bordadas a punto real, sábanas de Flandes, pañuelos y pañitos de Holanda, almohadones alemanes y toda clase de ropa, incluida la interior, abarrotaban los gigantescos armarios. Y sobre anaqueles y rinconeras, juegos de té, jarras de plata y oro procedentes de las Indias. De oro y plata eran también las cuberterías, vinajeras, cascanueces, azucareros y saleros, ordenados en el aparador, frente al cual, en el juguetero veneciano, se exhibían porcelanas y cristales de Bohemia de exquisitas formas y tonos.

A Cipriano no dejaba de conmoverle el tesón de Teo por superar su pasado de esquiladora, no de olvidarlo, puesto que aparte del *Obstinado*, el ruin penco que conservó hasta su muerte, guardaba en su armario personal, como una reliquia, junto a ricas prendas de *ruan* y *holandas*, el acial y los juegos de tijeras y cuchillos de trasquilar, merced a los cuales obtuvo un día el título de *Reina del Páramo*. Cipriano dejaba que las cosas marcharan a su aire. No le desagradaban ni la molicie que el cambio hogareño comportaba ni la pasión que Teo ponía en ello. A veces, Teo y la tía Gabriela llegaban cargadas de chucherías al caer la tarde, Crisanta les servía unas pastas y un refresco y los tres charlaban largo rato sobre los nuevos proyectos y las últimas adquisiciones.

Pero, ordinariamente, Cipriano Salcedo vivía estas novedades un poco al margen, cada vez más embebido en los libros y los viajes. Frecuentaba las visitas a Pedrosa, ya que la palabra de Pedro Cazalla, su compañía y adoctrinamiento habían llegado a hacérsele imprescindibles. A veces, esperándole en su casa, charlaba con Beatriz, la hermana, muy sutil e inteligente, con un extraño ángel en el rostro, luminosa y empecinada. Resultaba edificante la confianza con que vivía la teoría del beneficio de Cristo, sobre la que no admitía discusión. La Pasión del Señor había sido una obra perfecta y resultaba grotesco que algunos creyentes, con sus mezquinas invenciones, pretendieran enmendarle la plana al Redentor. Mantenía una activa vida de relación con las vecinas del pueblo y con tres de ellas se ocupaba del mantenimiento de la parroquia.

De cuando en cuando se presentaban en Pedrosa Cristóbal de Padilla y Juan Sánchez. El primero era criado de los marqueses de Alcañices y el segundo lo había sido de doña Leonor de Vivero, luego de Pedro Cazalla, en Pedrosa, quien acabó facturándoselo de nuevo a su madre debido a su

entrometimiento. Padilla era un extraño ser, alto y desgarbado, con una melena larga y roja que le daba la apariencia de un personaje de cuento infantil. Contrariamente, Juan Sánchez era un muchacho de baja estatura, cabezón, piel reseca y apergaminada pero muy activo y oficioso. Caballero en vieja mula, solo o acompañado de Cristóbal de Padilla, se había convertido espontáneamente en enlace de la comunidad de Valladolid con los grupos de Zamora y Logroño. En Zamora, era Padilla quien llevaba la batuta y organizaba catequesis en busca de nuevos adeptos, mostrándose con frecuencia demasiado audaz y arriesgado. Pese a las órdenes en contrario, Juan Sánchez le acompañaba en ocasiones. En cambio, Beatriz Cazalla era una muchacha cauta y discreta y cuando charlaba con ellos, dada su inteligencia, les abastecía de ideas y expresiones para su evangelización futura. A veces discutían en torno a los sacramentos y el matrimonio de los clérigos, y Pedro Cazalla se creía obligado a intervenir para imponerles silencio.

Las charlas de Pedro Cazalla y Cipriano Salcedo solían ser itinerantes. De ordinario tomaban el carril de Casasola, con las salinas del Cenagal y el monte de La Gallarita al fondo, pero, a medio camino, solían sentarse en la cima del Cerro Picado, el más próximo al pueblo, y allí seguían departiendo mientras contemplaban las casitas molineras agrupadas a un costado de la iglesia, entre las acacias, y el ejido con el pajero del común, el pozo, y los restos de carros y trillos desguazados. Algunas tardes paseaban en dirección a Toro, entre sembrados y viñedos, hasta alcanzar el camino de Zamora. O bien se acercaban a Villavendimio, en cuyos terrenos yermos y arenosos empezaba a desarrollarse la pinada plantada por Martín Martín. En primavera, subían, de alba, con el perdigón, invariablemente a la linde de La Gallarita. Poco a poco, Cipriano Salcedo se había ido convirtiendo en un conspicuo pajarero. Sabía identificar la voz de *Antón* entre las de otros machos decidores y distinguía a la perfección los cantos de llamada de los de recepción. Curtido en mil aguardos, ya no censuraba a Cazalla la sangre vertida. Vivía el duelo entre el hombre y el pájaro apasionadamente y, sumiso al cura, terminaba aceptando, tarde o temprano, todo lo que saliese de su boca.

Un día del mes de abril, cuando *Antón* emitía una llamada encendida desde lo alto del tanganillo, ante la terca mudez del campo, Pedro Cazalla le dijo brutalmente, sin preparación alguna, que no había purgatorio. Pese a estar sentado, la rudeza de Cazalla le produjo a Salcedo una extraña flaqueza en las rodillas y un vértigo en la boca del estómago. El cura lo miraba de soslayo, atentamente, pendiente de su reacción. Le vio empalidecer como el día de la

sapina y buscar acomodo para sus piernas en la angostura del tollo. Finalmente murmuró:

—E… eso no puedo aceptarlo, Pedro. Forma parte de la fe de mi infancia.

Estaban encerrados en el tollo, sentados en la banqueta, el uno junto al otro, Cazalla con el retaco cargado entre las piernas, ajenos ambos al comportamiento del perdigón. Dijo Cazalla dulcemente, encogiendo los hombros:

—Es muy duro, Cipriano, lo comprendo, pero debemos ser coherentes con nuestra fe. Observando los mandamientos ninguna cosa hay que no nos sea perdonada por la Pasión de Cristo.

Salcedo parecía a punto de llorar, tal era su desolación:

—Tiene razón vuesa paternidad —dijo al fin—, pero con esta revelación me deja desamparado.

Pedro Cazalla le puso una mano en el hombro:

—El día que don Carlos de Seso me lo dijo sufrí tanto como vos. Las tinieblas me envolvían y sentí miedo. Estaba tan atribulado que pensé en denunciar a don Carlos al Santo Oficio.

—Y ¿cómo superó esa angustia?

—Sufrí mucho —repitió—. Me sentía empecatado. En los días siguientes no pude decir misa. Así es que, una mañana, aparejé la mula y me fui a Valladolid. Tenía necesidad de ver al virtuoso teólogo don Bartolomé Carranza. ¿Le conoce vuesa merced?

—Tiene fama de santo y sabio.

Pedro Cazalla retiró la mano de su hombro y prosiguió:

—Me confié a él, le abrí mi alma. Don Bartolomé me dirigió una mirada adivinadora y me preguntó: ¿Quién le ha dicho lo del purgatorio? No se lo quise decir y, entonces, él añadió: Y si lo acierto, ¿vos me lo confirmaréis? Y como yo le respondiese que sí, él pronunció el nombre de don Carlos de Seso y yo bajé la cabeza asintiendo.

Pedro Cazalla hizo una pausa, como esperando una reacción inmediata de Salcedo, pero éste tenía la boca seca y le costaba articular palabra:

—Y ¿qué le dijo su paternidad? —inquirió al fin.

—Fui yo quien le advertí que me creía en el deber de dar parte al Santo Oficio, de denunciar a don Carlos, pero él me aquietó, que me sosegara, que no delatara a nadie, que regresase a mi curazgo y rezase la misa como todos los días. Y así lo hice y él, en tanto, mandó un correo a Logroño rogando a don Carlos que viajara a Valladolid, que le iba mucho en ello. Y don Carlos vino por la posta y se fue directamente al Colegio de San Gregorio a hablar

con don Bartolomé Carranza, pero en el patio nos encontramos y él entonces me dio la paz en el rostro, me besó en la mejilla, cosa que nunca había hecho conmigo, y esto me conmovió. Y juntos subimos a la celda del teólogo, pero éste me dijo que yo quedara fuera, que no era menester mi presencia. Y, al decir de don Carlos, al verse solos, le preguntó si era cierto que me había dicho que no había purgatorio y que en qué lo fundaba. Y Seso le respondió que en la superabundante paga que había dado Nuestro Señor por nuestros pecados con su pasión y muerte. Y su paternidad le advirtió entonces que ninguna buena razón era suficiente para apartarse de la Iglesia ya que no todos los hombres se iban de este mundo tan llenos de fe como la que él demostraba. Luego le advirtió que estaba en vísperas de irse a Inglaterra con el Rey nuestro señor pero que, tan pronto regresara, procuraría escucharle y satisfacerle más particularmente. Y, antes de despedirse, alabó de nuevo su fe y siguió sin condenar sus palabras. Únicamente le encareció que guardase el secreto de la entrevista. Exactamente le dijo: «Mirad que esto que ha pasado aquí, aquí quede enterrado y por ninguna circunstancia lo digáis».

El interés con que escuchaba la historia apartó de momento a Salcedo del motivo de su aflicción. Y aprovechó la pausa de Cazalla para preguntarle:

—Y ¿volvieron a hablar en alguna ocasión de este negocio?

Cazalla encogió los hombros. Dijo con cierta amargura:

—Su paternidad aún no ha terminado con sus quehaceres.

A *Antón* se le quebró en el cuello el último coreché. El pájaro se mostraba aburrido y desanimado; el campo parecía desierto. Cazalla se incorporó en el tollo, las manos en los riñones. Dijo, cambiando de tono:

—A la caza no hay que buscarle las cosquillas. Si dice que no, es mejor dejarlo.

Por la noche, en la posada, Cipriano padeció angustias de muerte, no consiguió dormir. Sentía su espíritu turbado, afligido. Ya en el tollo había experimentado un tirón violento, como una amputación. Ahora advertía que su mundo se había visto alterado de raíz con las palabras de Cazalla. Y, entre el cúmulo de ideas que se mezclaban en su cabeza, solamente una veía clara: la necesidad de modificar su pensamiento, poner todo patas arriba para luego ordenar serenamente las bases de su creencia. Se levantó antes de amanecer y las primeras luces del alba le sorprendieron en Villavieja. Ya en Valladolid, rebuscó afanosamente entre los libros. Allí estaba lo que buscaba. La frase de Melchor Cano le apaciguó momentáneamente: la intención de Carranza ha sido siempre ortodoxa, decía. Pero don Bartolomé se identificaba con Seso y de ahí que no lo hubiera denunciado. Bartolomé Carranza seguramente creía

que no existía el purgatorio, pero era consciente del riesgo de proclamarlo así sin tener en cuenta la formación del interlocutor. El gran teólogo era, sin duda, un hombre escrupuloso y prudente.

Antes de cumplirse una semana, la inquietud de Cipriano le llevó de nuevo a Pedrosa. Le sorprendió que Cazalla, probablemente en un acceso de humildad, le llamase hermano. El párroco no abrigaba dudas sobre la relación entre Seso y Carranza. Entre ellos existía una evidente analogía de pensamiento. Melchor Cano tenía razón en ese punto. Caminaban por el carril de Toro, en una tarde apacible, cuando vieron venir en sentido contrario un esbelto corcel, envuelto en una nube de polvo. Pedro Cazalla no se alteró cuando dijo:

—Si no me equivoco, aquí tenemos a don Carlos de Seso en persona.

El caballo, boquifresco, estrellado, de remos finos, fue lo primero que atrajo la atención de Salcedo. Enseguida se advertía que no era un caballo del montón sino escrupulosamente elegido: un animal albazano, impaciente, que piafó elegantemente al alcanzar la altura de los dos hombres. El caballero les saludó antes de apearse. Se trataba de un hombre esbelto, delgado, de mirada clara, unos años mayor que Cipriano. Rubio, de breve barba y pelo corto, tocado con una gorra italiana, su atuendo, con mangas lisas a la turca, vistas las puntas de la camisa y calzas enteras picadas, parecía el más adecuado para cabalgar. Daba la impresión de hombre de mundo, petimetre y altivo sin pretenderlo. Procedía de Toro. Iba a ser nombrado corregidor y había visitado la villa para saludar a los viejos amigos. Era hombre facundo, de verbo matizado, cuya desenvoltura atraía. Conducía a *Veronés*, su caballo, de la brida y caminaba entre Cipriano y Cazalla con naturalidad. Sin preámbulo alguno se dirigió a Salcedo: había conocido a un tío suyo muchos años atrás, en Olmedo, durante la peste, hombre culto, justamente afamado, abierto. A Pedro le había oído hablar de él, de Cipriano, como terrateniente fuerte y hombre espiritualmente inquieto. Más tarde charlarían. Pensaba dormir en la posada de Baruque y partir muy de mañana para Logroño.

Beatriz Cazalla, la hermana de Pedro, los recibió con mucho afecto y desenfado y los invitó a cenar; no tenía cena para tantos pero lo arreglaría con un pernil. Don Carlos trataba a Beatriz con una mezcla de familiaridad y respeto. La embromaba y ella reía sin parar. Cazalla aseguraba que era como su madre, mujeres sin telarañas en la cabeza, que habían nacido para reír. Durante la cena y la sobremesa se abordaron temas triviales: la afición a la caza de Pedro, el viñedo, el revoque de la iglesia, pero tan pronto se vieron solos Seso y Salcedo en la sala de la fonda ante una jarra de vino, Salcedo

afrontó sin vacilaciones el tema del purgatorio. Le había parecido tan oportuna la irrupción de don Carlos que no dudó que Cazalla le había enviado un correo encareciéndole su presencia. Sobre el arcón había un gran crucifijo y, al advertirlo, Seso lo señaló teatralmente con un dedo y dijo:

—Ahí tiene vuesa merced mi purgatorio. Ése es mi purgatorio.

Hacía el efecto de un iluminado. En chancletas, con sus ojos grises muy fijos, la bata de viaje, se diría que su personalidad había mudado. Salcedo lo miraba implorante, haciendo ostensible el sufrimiento de los últimos días.

—Los españoles dan mucha importancia a este negocio del purgatorio —comentó don Carlos sonriendo—. En mi país se acepta su inexistencia como consecuencia lógica de la nueva doctrina. Don Bartolomé Carranza se resistió a escucharme cuando le quise dar las razones; las dio por sabidas.

La hija de Baruque se había retirado después de cebar el candil y echar unos leños al fuego. Mientras don Carlos se servía un nuevo vaso de vino, Cipriano sacó fuerzas de flaqueza para decir:

—Y… y a mí ¿podría decirme vuesa merced en qué basa su convencimiento? Carezco de las luces y la santidad de su reverencia.

La metamorfosis de don Carlos se había ido completando. La aparente despreocupación del camino había desaparecido de él y, pese a lo agraciado de su rostro, a su breve melena rubia, más parecía un hombre de iglesia, presto a iniciar un sermón, que un caballero. Sus ojos claros miraban ahora con empeño las pequeñas manos peludas de Cipriano:

—No quiero cansarle —dijo con aire protector—. Para mí hay tres razones de peso que demuestran la inexistencia del purgatorio…

Dejó su razonamiento en suspenso y Cipriano aproximó el rostro a sus labios, temeroso de que no llegara a formularlas:

—Le escucho —dijo impaciente, apremiándole.

Don Carlos clavó sus ojos grises en su rostro y reanudó la exposición:

—En primer lugar, al aceptar que no hay purgatorio, reconocemos haber recibido de Cristo la mayor misericordia. A esto, añada vuesa merced que ni los Evangelistas ni San Pablo aluden a él en sus escritos. Por último, y esto para mí también es esencial, tenemos la posición de don Bartolomé de Carranza, hombre santísimo y de gran sabiduría. ¿Necesita vuesa merced más y mayores evidencias?

Parpadeó reiteradamente Cipriano Salcedo como deslumbrado. Operaba sobre él una especie de fuerza sobrenatural que parecía provenir de aquel hombre. Le convencían sus razones, las tres, especialmente la segunda: ¿por qué los Evangelistas no habían aludido al purgatorio y sí lo habían hecho al

cielo y al infierno? Pero don Carlos no le daba tiempo a reflexionar. Hablaba y hablaba sin mesura. Remachaba el clavo. Para afrontar su nueva fe, don Carlos le recomendaba visitar a Cazalla, el Doctor, hablar con él. Frecuentar los conventículos, cambiar impresiones con los hermanos. No lo deje. Nuestra fuerza no es grande pero tampoco despreciable. No se quede sentado en una silla. Muévase. Abra su espíritu, no se resista a la gracia. Dispone de cenáculos en Valladolid, Toro, Zamora, en muchos sitios. Cipriano se apresuraba a tomar nota mental de sus consejos, de los nombres de personas y lugares que le recomendaba. Y, de pronto, don Carlos alteró la dirección de su discurso, le habló de Trento, había estado allí y el Concilio no había suscitado en él grandes esperanzas. Le habló también de Juan Valdés, fallecido unos años atrás, como su verdadero maestro y así fue encadenando temas hasta que la fatiga y el sueño llegaron a dominar a ambos interlocutores.

A la mañana siguiente, muy temprano, cabalgaron juntos hasta Valladolid. Don Carlos iba a Logroño, a Villamediana, donde vivía. Por primera vez admiraba Salcedo en otro caballo cualidades que no advertía en el suyo: *Veronés* arrancaba a galope desde el trote corto, sin transición y era capaz de detenerse en dos cuerpos, cosa que *Relámpago* y él nunca habían conseguido. Se trataba de un corcel brioso y bien educado. Don Carlos le informó que lo había adquirido en Granada y tenía más de la mitad de sangre árabe.

Cipriano encontró a su mujer al borde de una nueva crisis. Desde que dejó de representar para él un refugio y un incentivo carnal, Salcedo sólo aspiraba a una cosa: que le dejase en paz. No creía en las palabras del doctor Galache ni en los plazos que Teo observaba con rigurosa exactitud, aunque fingiera hacerlo para mantener la paz conyugal. De ahí que en cada una de sus salidas, una bolsita con escorias de plata y acero, que su esposa le preparaba, formara parte de su equipaje. Indefectiblemente la bolsita volvía intacta pero ella no lo advertía. Creía que Cipriano vivía las instrucciones del doctor con el mismo convencimiento con que ella lo hacía. De esta manera el matrimonio iba sobreviviendo, mas, esta vez, el regreso fue desolador. Teodomira no salió a recibirle al vestíbulo. La encontró en su cuarto, en pleno ensimismamiento, mirando por la ventana sin ver. Maquinalmente le devolvió el beso que le dio en la mejilla, pero de una manera tan fría que Cipriano se preguntó qué novedad le esperaría esta mañana. Unas veces había sido *Obstinado*, otras sus menosprecios, otras, en fin, su infecundidad, pero era evidente que su enajenación quería decir algo. Le acompañó a la habitación para desvestirse. Cipriano aún no se había acostumbrado a los nuevos tapices, los cortinones, el

dosel… Le abrumaban. Pero, inopinadamente, Teo se pronunció con acento dominante:

—Digo, Cipriano, que esta costumbre de dormir juntos, en una misma cama, es una porquería.

—¿Una porquería? Es lo que suelen hacer los matrimonios, ¿no?

Ella se iba enardeciendo poco a poco.

—¿De veras te parece normal que pasemos nueve de las veinticuatro horas del día intercambiando nuestros efluvios, nuestros alientos, oliéndonos de continuo el uno al otro como dos perros?

—Bueno —convino su marido sobre la marcha—: quizá tengas razón. Tal vez debamos poner otra cama aquí.

La gran figura de Teo se desplazaba con ligereza de un lugar a otro de la estancia. Agarró una de las columnas del lecho y la sacudió con fuerza. Tembló el dosel arriba:

—¿Dos camas aquí? —preguntó irritada—. ¿Es eso todo lo que se te ocurre después de devanarme los sesos para adecentar el dormitorio? Destrozarlo con una cama auxiliar. ¡Eso! ¡He ahí la sugerencia del gran hombre!

Teo, en la pendiente, era como un alud, cada vez adquiría mayor fuerza y extensión. Alcanzado este extremo, Cipriano vaciló: ¿debía acatar su sugerencia o disentir? Él no ignoraba que de aceptar su juicio sin lucha, el tema inicial de la confrontación, generalmente nimio, podría derivar hacia otro más personal y explosivo. Y, en el caso de optar por el enfrentamiento, cabía que la exasperación de su esposa, en un increscendo previsible, terminara pasando de las palabras a los hechos. Cipriano no olvidaba que, en la crisis que precedió a la visita al doctor Galache, Teo le había amenazado una noche en la cama, incluso llegó a atenazarle la garganta con sus blancas manos poderosas. Desde ese momento había adoptado ante ella una postura ambigua no exenta de prevención. Es lo que había hecho esta mañana al advertir su alejamiento: ni aceptar a ojos cerrados, ni discrepar tajantemente, sino esperar que las cosas madurasen por sí solas. Trató de amansarla con palabras amables, pero ella siguió con sus destemplanzas. Tan sólo se apaciguó el enfrentamiento cuando Teo le condujo a un viejo trastero contiguo que acababa de habilitar para dormitorio:

—¿Qué te parece? Crisanta y yo lo hemos dispuesto para ti.

Cipriano miraba acongojado el ventanuco, la otomana en un rincón, junto a la arqueta que iba a hacer las veces de mesilla de noche, donde de momento reposaba un candelabro de plata. Una esterilla como posapié, un armario de

pino, dos sillas de cuero y un árbol para colgar la ropa constituían todo el mobiliario. Cipriano pensó que había sido expulsado del paraíso pero, al propio tiempo, tenía la solución inmediata del problema al alcance de la mano. Claudicó:

—Está bien —dijo—, es suficiente. Después de todo la ostentación resulta superflua en un dormitorio.

Teo sonreía. Cipriano había sabido valorar su esfuerzo. Lo condujo hasta la puerta de la alcoba. A la derecha del marco, adherida a la pared, había una hoja de papel, donde ella había transcrito una especie de calendario. Los cuatro días de abstinencia recomendados por el doctor Galache estaban recuadrados en rojo. Sonrió con remota picardía:

—No trates de engañarme —dijo—. Tengo un cuadro igual a éste en la cabecera de mi lecho.

Las aguas habían vuelto a su cauce. Teo exultaba. No se dada cuenta de que había sido vencida. Por su parte, recobrada la libertad, conforme con las indicaciones de Seso, Cipriano decidió visitar al doctor Cazalla. No le encontró en casa pero le recibió su madre, doña Leonor de Vivero, una mujer de edad que sin embargo conservaba una vigorosa lozanía. Una piel fresca, sus ojos azules y vivaces, la serena coordinación de movimientos, su denso cabello blanco, alejaban cualquier idea de senectud. Una galera de brocado hasta los pies y la gorguera de lechuguilla blanca terminaban de perfilar su figura. Sonreía al hablar, con una sonrisa dentona, como si le conociera de toda la vida. Pedro le había hablado de él, de su devoción, de su probidad, de su buena disposición hacia el prójimo. Agustín regresaría tarde; tenía una reunión en el cabildo. El pequeño gabinete donde se encontraban era un trasunto del resto de la casa, agobiada y oscura, donde los muebles pesados, de mucho bulto, ocupaban la mayor parte del espacio disponible. Únicamente la sala de reuniones, el oratorio, que doña Leonor le mostró solícita, escapaba de la norma. Era una habitación desahogada a costa del resto de la casa, el techo de vigas vistas, sin otro menaje que un pequeño estrado con una mesa y dos sillas y una larga fila de escañiles:

—Aquí celebramos nuestras reuniones mensuales —explicó doña Leonor—. Espero que vuesa merced nos haga el honor de acompañarnos en la próxima. Agustín le dará las instrucciones precisas.

La capilla no tenía otra ventilación que un angosto hueco a poniente con la contraventana almohadillada para amortiguar los ruidos y la luz.

Cipriano volvió con frecuencia por casa de doña Leonor de Vivero. Era una mujer tan abierta y esparcida que no le importaba que el Doctor se

retrasara. También ella le recibía con muestras de contento y escuchaba sin pestañear su divertido anecdotario. Nunca Cipriano se había visto tan halagado, y, por primera vez en su vida, dilataba el final de sus historias que, en su timidez innata, siempre había tendido a resumir. Y doña Leonor reía fácilmente aunque con discreción, sin estrépito, sin risotadas explosivas, como con una vibración monocorde del velo del paladar. A pesar de su contención, lloraba riendo, y sus lágrimas animaban a Cipriano que nunca había valorado su sentido del humor. Enlazaba un relato con otro y a la cuarta visita había agotado el filón de sus anécdotas impersonales y, sin solución de continuidad, inició el repertorio de las protagonizadas por él o sus allegados. Las historias de don Segundo, *el Perulero*, o las de su esposa *la Reina del Páramo*, desencadenaron en doña Leonor verdaderos ataques de hilaridad. Se desternillaba sin descomponerse, atildadamente, con un ligero cloqueo, sujetándose delicadamente el estómago con sus manos chatas y cuidadas. Y Cipriano, una vez lanzado, no se paraba en barras: el sobrenombre de su mujer, *la Reina del Páramo*, provenía del hecho de que esquilaba borregos con mayor rapidez y destreza que los pastores de Torozos. Por su parte, su padre recibía a las visitas con un modelo de calzas acuchilladas que los lansquenetes habían puesto de moda allá por el año 25 en Valladolid. Doña Leonor reía y reía y Cipriano, ebrio de éxito, le contaba con buen humor que el doctor Galache le había recomendado un preparado de escorias de plata y acero para aumentar su fertilidad.

Una tarde, animado por la atención de doña Leonor, le confió su pequeño secreto:

—¿Sabía vuesa merced que yo nací el mismo día que la Reforma?

—No le entiendo, Salcedo.

—Quiero decir que yo nacía en Valladolid al mismo tiempo que Lutero fijaba sus tesis en la iglesia del castillo de Wittenberg.

—¿Es posible o bromea vuesa merced?

—El 31 de octubre de 1517 exactamente. Mi tío me lo contó.

—¿Estaba usted predestinado entonces?

—En ocasiones he estado a punto de admitir esa superchería.

Doña Leonor le miraba con una ternura intelectual admirativa, los incisivos asomando entre sus labios rosados:

—Le propongo una cosa —dijo tras una pausa—. El próximo cumpleaños de vuesa merced lo celebraremos aquí, en casa, en compañía del Doctor y el resto de mis hijos. Una comida de acción de gracias. ¿Qué le parece?

Doña Leonor y Cipriano Salcedo se hicieron mutuamente imprescindibles. Él pensaba a menudo que, tras el fracaso sentimental con Teo, doña Leonor venía a sustituir a la madre que había esperado encontrar en ella. El caso es que cuando tenía cita con el Doctor, llegaba a su casa antes de tiempo sólo por el gusto de conversar un rato con doña Leonor. Y allí, sentados en las sillas de cuero del pequeño gabinete, charlaban y reían y, de cuando en cuando, ella le invitaba a una merienda. Pero tan pronto aparecía el Doctor, ella se levantaba, recortaba su espontaneidad, siquiera su autoridad siguiese manifestándose sin palabras. Aquella casa, sin duda, había sido un matriarcado que los hijos habían reconocido y alentado espontáneamente.

En el despachito, paredaño a la capilla, conversaban Cipriano y el Doctor, sentados en torno a una mesa camilla ya que su paternidad se enfriaba incluso en el mes de agosto. La habitación estaba forrada de libros y, fuera de ellos y de un pequeño grabado de Lutero que presidía la mesa de pino, junto a la ventana, carecía de otros adornos. Día a día, Cipriano comprobaba la fragilidad del Doctor, su hipocondría y, al propio tiempo, su agudeza, su admirable orden mental. Le había acogido como a un hijo de su hermano, tanto fue el interés que Pedro Cazalla puso en presentárselo. Pasaban largos ratos juntos y el Doctor, muy pagado de su alto magisterio, iba imponiendo a Salcedo en los principios de la nueva doctrina. Su acento persuasivo, sus asequibles razonamientos, le ayudaban en el empeño. Y para Cipriano, el mero hecho de disponer para él solo de la palabra del gran predicador, venerado en la ciudad, constituía ya un motivo de engreimiento. AI propio tiempo, después de haber admitido la inexistencia del purgatorio, a Cipriano Salcedo poco le costaba ya aceptar la inutilidad del monjío como estado, el celibato sacerdotal o rechazar a los frailes fariseos. Cristo nunca impuso a los apóstoles la soltería. San Pedro, concretamente, era un hombre casado. Salcedo asentía y asentía. Jamás dudaba. Se le antojaban verdades contrastadas, de pata de banco, las que el Doctor exponía. Análoga facilidad encontró para rechazar el culto a los santos, a las imágenes y a las reliquias, los diezmos mediante los cuales la Iglesia explotaba al pueblo y el sacerdocio institucional. O para asumir la comunión en las dos especies, lógica a la vista de los evangelios. Todo era sencillo para Cipriano ahora. Tampoco se había cuestionado la confesión mental. Nunca había sentido aversión por descargar sus pecados en un confesionario, pero hacerlo ahora directamente ante Nuestro Señor le dejaba más tranquilo y satisfecho. Llegó a parecerle un acto más completo y emotivo que la confesión auricular. Recogido en el rincón más oscuro del templo, en silencio, fascinado por la llamita que brillaba en el

sagrario, Cipriano se concentraba y llegaba a sentir muy cerca la presencia real de Cristo en el templo, incluso una vez creyó verlo a su lado, sentado en el escañil, la túnica refulgente, la mancha blanca de su rostro enmarcada por sus cabellos y su puntiaguda barba rabínica.

A juicio de Cipriano, ninguna de las enseñanzas del Doctor afectaba en profundidad a la creencia. Solía hablarle lenta, suavemente, pero el rictus de amargura no desaparecía de su boca. Quizá aquel rictus expresaba las inquietudes y temores que el Doctor reservaba para sí. Solamente hubo una novedad con la que tropezó Cipriano: la preterición de la misa. Por mucho que se esforzara no podía llegar a considerar el domingo como un día más de la semana. Si no asistía a misa, tal vez más por costumbre que por devoción, le parecía que le faltaba algo esencial. Treinta y seis años cumpliendo con el precepto habían creado en él una segunda naturaleza. Se sentía incapaz de traicionarla. Se lo dijo así al Doctor quien, contrariamente a lo que esperaba, no se enojó:

—Lo comprendo, hijo —le dijo—. Asista a misa y rece por nosotros. También yo me veo obligado a hacer cosas en las que no creo. A veces es incluso aconsejable seguir con las viejas prácticas para no despertar sospechas en el Santo Oficio. Algún día podremos sacar a la luz nuestra fe.

—¿Tantos somos los nuevos cristianos, reverencia?

El rictus de amargura se acentuó en su boca, y, sin embargo, dijo:

—Mira, hijo: si esperaran cuatro meses para perseguirnos seríamos tantos como ellos. Y si seis, podríamos hacer con ellos lo que ellos quieren hacer con nosotros.

A Cipriano le impresionó la respuesta del Doctor. ¿Pretendía insinuar que la mitad de la ciudad estaba contagiada por *la lepra* ¿Quería decir que la gran masa de fieles que acudían a sus sermones comulgaban con la Reforma? Para Salcedo, los hermanos Cazalla y don Carlos de Seso eran tres autoridades indiscutibles, más lúcidos que el resto de los humanos. En sus ratos de recogimiento agradecía a Nuestro Señor que los hubiera puesto en su camino. Su adoctrinamiento había cimentado su creencia, disipado los viejos escrúpulos: le había devuelto la serenidad. Ya no le angustiaban las dudas, la impaciencia por llevar a cabo buenas obras. No obstante, a veces, cuando agradecía a Dios el encuentro con personas tan virtuosas, atravesaba su cabeza como un relámpago la idea de si aquellas tres personas, tan distintas en el aspecto externo, no estarían unidas por el marco de la soberbia. Sacudía violentamente la cabeza para ahuyentar el pecaminoso pensamiento. El Maligno no descansaba, se lo había advertido el Doctor. Era necesario vivir

con el espíritu alerta. Debía tratarse de aprensiones accidentales, pensaba, puesto que él acataba la voz de sus maestros, los veneraba. Su inteligencia estaba tan por encima de la suya que constituía un raro privilegio poder cogerse de su mano, cerrar los ojos y dejarse llevar.

Era enero, el día 29. El Doctor se levantó de la vieja silla y agitó con brío una campanita de plata que tomó de la escribanía. Entró Juan Sánchez, el criado, tan escuchimizado como siempre, con su rostro apergaminado, amarillo de papel viejo:

—Juan —dijo el Doctor—, al señor ya le conoces: don Cipriano Salcedo. Asistirá al conventículo del viernes. Convoca a los demás para las once de la noche. La contraseña es *Torozos* y la respuesta *Libertad*. Como siempre, mucha discreción.

Juan Sánchez bajó la cabeza asintiendo:

—Lo que vuestra eminencia ordene —dijo.

XII

Oculto en el trastero, Cipriano sintió la tos banal de su esposa en la habitación contigua, se sentó en la cama y esperó unos minutos. Las criadas debían de haberse acostado también en el piso alto, porque no se oía el menor ruido. Tampoco se movía Vicente en la habitación de los bajos, junto a las cuadras. Sentía el corazón oprimido cuando volvió a ponerse de pie. Respiró hondo. Había aceitado las bisagras para que las puertas no chirriasen. Bajó las escaleras con el candil en la mano, de puntillas, y en el zaguán lo apagó y lo depositó sobre el arca. Nunca había sido noctámbulo pero, más que la novedad, le excitaba esta noche el recuerdo de las palabras de Pedro Cazalla en Pedrosa: los conventículos para resultar eficaces han de ser clandestinos. El secretismo y la complicidad acompañaban a la reunión de esta noche, primer conciliábulo en el que Cipriano iba a participar. Secretismo y complicidad, pensó, eran una manera de traducir otras palabras más inflamables como miedo y misterio. Nadie fuera de ellos debía conocer la existencia de estas reuniones puesto que, en caso contrario, el brazo ejecutor del Santo Oficio caería implacable sobre el grupo. En el umbral de la puerta de la calle se santiguó. No sentía temor aunque sí alguna inquietud. La noche estaba fría pero calma. Notaba en los huesos un frío húmedo impropio de la meseta. El silencio le desconcertó, no oía otra cosa que el ruido de sus propias pisadas alertándole, las patadas de los caballos en el empedrado de las cuadras, el paso lejano de una patrulla… Avanzaba casi a tientas, aunque arriba, donde las casas se acercaban, se adivinaba una difusa claridad lechosa. En alguna ventana hacían tímidos guiños los vislumbres de una lámpara, tan recogidos que su resplandor no alcanzaba a la calle. Oyó, muy lejos, la voz de un borracho y la coz de una caballería contra una puerta de madera. Recorrió la calle de la Cuadra, nervioso y alterado, y abocó a la Estrecha. En esta vía, especialmente angosta, flanqueada por nobles palacios, la ansiedad de los caballos era más notoria. Pateaban el suelo y resoplaban en su sueño impaciente. Cipriano se embozó en el capuz. El recelo hacía más intenso el frío. En la encrucijada dobló a mano derecha. Allí se veía un poco más, veía blanquear vagamente las fachadas de las casas y, en particular, la negrura de los huecos. Caminaba casi por el centro de la calle, a la izquierda de la alcantarilla, y el imperceptible eco de sus pisadas contra los edificios le orientaba como a los murciélagos. Divisó de pronto la casa de madera que precedía a la de doña Leonor y se arrimó a las fachadas. Los golpes de su

corazón, bajo el capuz, eran ahora muy rudos. Cipriano vaciló. El Doctor le había advertido: No utilice vuesa merced la aldaba; produciría demasiado escándalo. Se aproximó a la puerta pero no llamó. Únicamente dijo *Juan* dos veces, a media voz. Aunque sabía que Juan Sánchez era el encargado de recibir a los asistentes, no encontró respuesta. Sacó la mano de bajo el capuz y dio dos golpes en la puerta con los nudillos. Antes de sonar el segundo oyó la voz rasposa de Juan Sánchez, a medio tono:

—Torozos —dijo.

—Libertad —respondió Cipriano Salcedo.

La puerta se abrió sin ruido, entró y Juan le dio las buenas noches. Juan hablaba en cuchicheos, y, sin levantar la voz, le preguntó si sabía el camino. Cipriano le invitó a quedarse en la puerta puesto que conocía la situación de la capilla, al fondo del angosto pasillo. Mientras caminaba por él, recordó de nuevo las misteriosas palabras de Pedro Cazalla: secretismo y complicidad. Se estremeció.

Doña Leonor y el Doctor Cazalla ya estaban sentados en las sillas, sobre la tarima, tras de la mesa, cubierta con un tapete morado, encarados a los ocho grandes escañiles alineados abajo. El pequeño ventano del fondo tenía un almohadillado sobre la contraventana para impedir que las luces y las palabras trascendieran al exterior. Cipriano saludó a los Cazalla con una inclinación de cabeza. Pedro estaba también allí, en el segundo banco, y le dirigió una mirada cómplice antes de sentarse. Una bujía sobre la mesa del Doctor y otra en un vano de la pared, junto al que Cipriano se había sentado, alumbraban tímidamente la estancia. Entonces advirtió en el hombre que acompañaba a Pedro los rasgos inequívocos de la familia: sin duda era Juan Cazalla, otro hermano del Doctor, y, la mujer sentada a su lado, Juana Silva, su cuñada. Distribuidos por los bancos, distinguió también a Beatriz Cazalla, don Carlos de Seso, doña Francisca de Zúñiga y al joyero Juan García. Preguntó a éste, que era el más próximo, con un hilo de voz, quiénes eran los ocupantes del cuarto banco, a la izquierda de la mesa presidencial. Se trataba del bachiller Herrezuelo, vecino de Toro, Catalina Ortega, hija del fiscal Hernando Díaz, fray Domingo de Rojas y su sobrino Luis. Antes de iniciarse el acto, entró en la capilla una mujer alta, cimbreña, de extraordinaria belleza, embutida en una galera ajustada al talle y un turbante en la parte alta de la cabeza, que levantó un ligero murmullo entre los convocados. El joyero Juan García se volvió a él y le confirmó: doña Ana Enríquez, hija de los marqueses de Alcañices. Minutos antes de aparecer doña Ana se había oído rodar un carruaje que no se detuvo hasta el siguiente cruce. Al parecer, doña Ana Enríquez temía la

oscuridad pero, al propio tiempo, se mostraba prudente, no quería facilitar la localización del conventículo. Por último, cerrando la puerta tras sí, entró el servicial Juan Sánchez, con su gran cabeza y su piel arrugada, de papel viejo, que se sentó delante de Cipriano, en la esquina izquierda del primer escañil. Todos miraban expectantes al Doctor y a su madre, en lo alto del estrado, y, una vez que cesaron los cuchicheos, doña Leonor carraspeó y advirtió que se abría el acto con la lectura de un hermoso salmo que sus hermanos de Wittenberg cantaban a diario pero que ellos, por el momento, deberían conformarse con rezarlo. Doña Leonor hablaba con su voz lenta, bien modulada, potente pero reprimida. Cipriano miró a doña Ana, cuyo largo cuello emergía de la galera ornado con un collar de perlas, y la vio reclinar la cabeza y entrelazar devotamente los dedos de las manos.

Cipriano pretendía encontrar en las estrofas del salmo alusiones prohibidas:

Bendecid al Señor en todo momento,
su alabanza estará siempre en mi boca.
Mi alma se gloria en la alabanza del Señor,
que lo oigan los miserables y se alegren.

Al iniciar la segunda estrofa, doña Leonor, que seguramente había encontrado fría la primera, acentuó el énfasis, pero el Doctor la golpeó discretamente con el codo y ella bajó el tono:

Alabad conmigo al Señor.
Ensalcemos todos juntos su nombre;
porque busqué al Señor y me ha respondido,
me ha librado de todos los temores.

Ana Enríquez levantó la cabeza, carraspeó y sonrió dulcemente. El Doctor se inclinó hacia su madre y cambió con ella una breve impresión. Doña Leonor seguía el orden del día y él se reservaba, como los divos, el final de la velada. El silencio era total en la sala cuando doña Leonor anticipó que el conventículo iba a versar sobre las reliquias y otras supersticiones y, para iniciarlo, leería alguno de los diálogos de Latancio y Arcidiano, del libro de Alfonso de Valdés, *Diálogos de las cosas acaecidas en Roma*. El texto —dijo — mueve a la hilaridad pero les ruego lo celebren con un poco de discreción dados la hora y el lugar en que nos encontramos. Cipriano miró a Ana Enríquez, su cabeza erguida, el cuello blanco sobresaliendo de la galera granate, su mano derecha, muy cuidada, aferrada al respaldo del escañil delantero. Doña Leonor, antes de empezar la lectura, advirtió que no pocas de estas creencias ridículas circulaban aún por nuestras iglesias y conventos y se

respetaban como artículos de fe. Abrió el libro por donde indicaba la cinta y leyó: *Latancio* y, tras una breve pausa, continuó:

Decís muy gran verdad, mas mirad que, no sin causa, Dios ha permitido esto, por los engaños que se hacen con estas reliquias que sacan dinero de los simples, porque hallaréis muchas reliquias que os las mostrarán en dos o tres lugares. Si vais a Dura, en Alemania, os mostrarán la cabeza de santa Ana, madre de Nuestra Señora. Y lo mismo os mostrarán en León, de Francia. Claro es que lo uno o lo otro es mentira si no quieren decir que Nuestra Señora tuvo dos madres o santa Ana dos cabezas. Y siendo mentira ¿no es gran mal que quieran engañar a la gente y quieran tener en veneración un cuerpo muerto que quizá es de algún ahorcado? Cuál tendrían por mayor inconveniente: ¿que no se hallara el cuerpo de santa Ana o que por él se hiciese venerar el cuerpo de alguna mujer de por ahí?

Arcidiano

Mas querría que ni aquél ni otro ninguno pareciese, que no que me hicieran adorar un pecador en lugar de un santo.

Cipriano asentía a las palabras de doña Leonor, bajaba la cabeza afirmativamente ante la ingeniosa respuesta de Arcidiano.

La voz de doña Leonor proseguía:

Latancio

¿No querríais mejor que el cuerpo de santa Ana que, como dicen, está en Dura y en León, enterrasen en una sepultura y nunca se mostrara, que no que con el uno de ellos engañasen tanta gente?

Arcidiano

Sí, por cierto.

Latancio

Pues de esta manera hallaréis infinitas reliquias por el mundo y se perdería muy poco en que no las hubiese. Quisiera Dios que en ello se pusiera remedio. El prepucio de Nuestro Señor yo lo he visto en Roma y en Burgos y también en Nuestra Señora de Auvernia (rumores de risas). Y la cabeza de sant Joan Baptista, en Roma y en Amiens, de Francia (cuchicheos y risas). Doce apóstoles habría si los quisierais contar, y, aunque no fueron más de

doce, hallaríamos veinticuatro en diversos lugares del mundo. Los clavos de la cruz escribe Eusebio que fueron tres y el uno lo echó santa Elena en el mar Adriático para amansar la tempestad y el otro hizo fundir un almete para su hijo y del otro hizo un freno para su caballo…

Súbitamente se oyeron pasos y ruido de voces en la calle. Inmediatamente cesaron las risas reprimidas de los congregados, doña Leonor interrumpió la lectura y levantó la cabeza. Reinaba un gran silencio; el auditorio, pendiente de la mesa, no respiraba. El Doctor Cazalla alzó su mano blanca y delgada y ocultó la llama de la bujía. Cipriano hizo otro tanto con la del vano, a su lado. Las voces se aproximaban. Doña Leonor miraba a los presentes uno por uno como queriendo transmitirles seguridad. El grupo parecía haberse detenido ante la casa y, de pronto, sonó una voz potente: *Pensaban ir juntos*, dijo la voz. Cipriano no dudó que habían sido descubiertos, que alguien los había delatado. Esperaba crispado el aldabonazo pero éste no se produjo. Se oyó, en cambio, otra palabra, *mercenarios*, al pie de la casa. Luego ruido de pasos y de conversaciones entrecruzadas otra vez. Los rostros de los reunidos habían empalidecido y el temor asomaba a sus ojos. Pero, poco a poco, a medida que los pasos y las voces empezaban a alejarse, iba volviéndoles el color, excepto al Doctor que mostraba una lividez transparente, vidriosa. El grupo seguía alejándose y, una vez que las voces se convirtieron en un rumor, el Doctor liberó la luz de la vela y doña Leonor, serena en todo momento, tomó el libro y dijo simplemente: *continuamos*. Y reanudó la lectura:

… del otro hizo un freno para su caballo —repitió—; y ahora hay uno en Roma, y otro en Milán, y otro en Colonia, y otro en París, y otro en León, y otros infinitos (volvieron las risas más animadas). Pues del palo de la Cruz dígoos de verdad que si todo lo que dicen que hay della fuese cierto, bastaría para cargar de leña una carreta. Dientes que mudaba Nuestro Señor cuando era niño pasan de quinientos los que hoy se muestran solamente en Francia. Pues leche de Nuestra Señora, cabellos de la Magdalena, muelas de sant Cristóbal, no tienen cuento. Y más allá de la incertidumbre que en esto hay, es una vergüenza muy grande ver lo que en algunas partes dan a entender a la gente. El otro día, en un monasterio muy antiguo, me mostraron las tablas de las reliquias que tenían y vi entre otras cosas que decía: «Un pedazo del torrente de Cedrón». Pregunté si era del agua o de las piedras de aquel arroyo y dijéronme que no me burlara de las reliquias. Había otro capítulo que decía: «De la tierra donde apareció el ángel a los pastores». Y no les osé preguntar qué entendían por aquello. Si os quisiera decir otras cosas más ridículas e impías que suelen decir que tienen, como del ala del ángel sant Gabriel, de la

sombra del bordón del señor Santiago, de las plumas del Espíritu Santo, del jubón de la Trinidad y otras infinitas cosas a éstas semejantes, sería para haceros morir de risa. Solamente os diré que pocos días ha que en una iglesia colegial me mostraron una costilla de sant Salvador. Si hubo otro Salvador, sino Jesucristo y si él dejó acá alguna costilla o no, véanlo ellos.

Arcidiano

Eso, como decís, a la verdad, es más de reír que de llorar.

Los últimos párrafos habían iluminado el rostro de doña Leonor con su sonrisa dentona. Cerró el libro y observó a los asistentes con evidente regocijo, en tanto el Doctor, que apenas si había recuperado el color, retiró un poco la escribanía y cruzó los brazos sobre la mesa como solía hacer en el púlpito en los momentos cruciales. En la sala se habían producido algunas toses y carraspeos, aprovechando la pausa, pero al observar los preparativos del Doctor, se hizo de nuevo el silencio. La voz de Cazalla, entera y empañada como en los sermones, resultaba más asequible y confidencial que en la iglesia. Aludió al famoso diálogo de Latancio y Arcidiano, parte del cual acababan de escuchar, y dijo que era de por sí tan expresivo y jocoso, que casi sobraba todo comentario. Pero atraído, como siempre, por la sistemática y el orden dijo que, aprovechando la circunstancia de la lectura, iba a decir dos palabras sobre el tema que traían entre manos: las reliquias.

El auditorio se había distraído un poco, se miraban unos a otros, se saludaban inclinando las cabezas. Cipriano advirtió que don Carlos de Seso se volvía con frecuencia hacia Ana Enríquez. Y que el bachiller Herrezuelo tenía como una cicatriz que tiraba de su labio superior, imprimiéndole una mueca permanente que no se sabía si era de alborozo o de repugnancia.

Por su parte la familia Cazalla se había relajado. La palabra de la madre encerraba para algunos mayor atractivo que la del Doctor y varios de ellos habían reído en corto durante la lectura del coloquio de Latancio y Arcidiano. El Doctor inició así un breve comentario al texto. Volvió a mencionar el humor cáustico de Valdés y advirtió que el culto a las reliquias respondía de ordinario a invenciones urdidas sobre Cristo o los santos que, como diría Lutero, «hacían reír al diablo». A lo largo de unos minutos intentó demostrar que las reliquias eran algo innecesario y no sólo inútil sino nocivo para la Iglesia y que deberíamos esforzarnos para desarraigar ese culto pueril de nuestras costumbres religiosas. Y con esa habilidad congénita del Doctor para enhebrar dos hilos en la misma aguja terminó hablando del problema de las indulgencias, tan frecuente en su oratoria, para decir que las indulgencias,

para vivos y para muertos, se producían inevitablemente con el dinero de por medio y concluyó afirmando que estos negocios no sólo carecían de valor escriturístico sino que era evidente la falacia a que daban lugar.

Sus últimas palabras cayeron ya sobre un auditorio fatigado. Cipriano seguía con atención el desarrollo de los actos, pero se azoró cuando doña Leonor, una vez terminado el parlamento del Doctor, le sonrió desde el estrado y le dio la bienvenida en alta voz. Se trata de un hombre generoso y devoto, dijo, cuya colaboración nos será de gran utilidad. Todos volvieron la cabeza hacia él y asintieron, y doña Ana Enríquez dijo entonces que a la buena nueva de la incorporación del señor Salcedo al grupo debía añadir otra: el hecho de que dos personas muy ligadas a la Corona, de gran influencia política, estaban en contacto con uno de los hermanos y no tardarían mucho en unirse a ellos. Pedro Cazalla, visiblemente disgustado con estos optimismos fuera de lugar, replicó que era preciso actuar con prudencia y cautela, que la prisa no era buena consejera y que si en principio era provechoso incorporar a la secta personas influyentes, no debían olvidar el riesgo que semejantes adhesiones comportaba. Doña Catalina Ortega, por su parte, afirmó saber de buena tinta que la cifra de luteranos en España sobrepasaba los seis mil y que, por los mentideros de la Corte, circulaba la especie de que la princesa María y el mismísimo Rey de Bohemia simpatizaban con ellos. Una boca contagiaba a otra y Juana de Silva, la esposa de Juan Cazalla, de natural retraído, dijo entonces que el propio Rey de España veía con simpatía el movimiento reformista si bien los compromisos de la Corte no le permitían exteriorizarlo. La euforia, como solía ocurrir en todos los conventículos, se iba extendiendo y, para tratar de reducir los hechos a la escueta realidad de cada día, el bachiller Herrezuelo tomó la palabra e hizo ver que todas estas victorias quiméricas eran propias de situaciones clandestinas como la que estaban viviendo y no conducían a nada práctico, salvo a crear falsas ilusiones que luego desmoralizarían al grupo al venirse abajo. El Doctor apoyó con calor las manifestaciones del bachiller Herrezuelo y anunció que iban a proceder a celebrar la eucaristía, el momento culminante de la reunión. Fervorosamente, sin revestirse, utilizando una gran copa de cristal y una bandeja de plata, con la audiencia arrodillada, don Agustín Cazalla consagró el pan y el vino y los distribuyó luego entre los asistentes que desfilaron ante él. Uno a uno regresaban a sus bancos con recogimiento y el Doctor terminó la ceremonia dando de comulgar a su madre en el estrado. Tras la acción de gracias, el Doctor, puesto en pie, les tomó juramento sobre la Biblia de que nunca revelarían a nadie el secreto de los

conventículos y no delatarían a un hermano ni en tiempos de persecución. Tras el enérgico «juramos» con que respondieron los reunidos, la asamblea se disolvió y alrededor de la tarima se congregaron algunos circunstantes, comentando a media voz los últimos acontecimientos. Durante unos minutos, Cipriano Salcedo constituyó la principal atracción, estrechando manos y recibiendo parabienes. El diligente Juan Sánchez, con su rostro de papel viejo, organizaba la evacuación discreta del piso formando parejas que abandonaban la casa cada dos minutos. Tras la salida de la primera pareja, regresó a la capilla y anunció la novedad:

—Está nevando —dijo.

Pero nadie pareció escucharle. El grupo se desentumecía tras hora y media de inmovilidad y Ana Enríquez, a quien Cipriano Salcedo había preguntado por su domicilio, le informó que vivía parte del año en Zamora y otra parte en la casa de placer que su padre tenía en Valladolid, en la orilla izquierda del Pisuerga en su confluencia con el Duero. Le animó a visitarla para hablar de doctrina y confortarse mutuamente. Por su parte, el bachiller Herrezuelo expuso sus dudas sobre la eficacia de los conventículos y, en cualquier caso, si esa presunta eficacia compensaba el peligro que corrían y si no sería más útil y menos arriesgado mantener la comunicación entre los miembros por medio de correos periódicos mensuales. El Doctor admitió que no estaría mal simultanear ambos procedimientos, pero defendió los conventículos como única fórmula posible de convivencia y de compartir la eucaristía. Juan Sánchez, visto el fracaso de su primera advertencia y que la segunda pareja demoraba la salida, repitió:

—Está nevando.

Y, entonces sí, entonces surgieron los comentarios, las alarmas y las prisas. Fueron abandonando la casa de dos en dos y cuando, al final, solo ya, Cipriano Salcedo salió a la calle, advirtió en los copos que caían una cierta luminosidad. Se veía mejor que dos horas antes, el ambiente era más claro, y la nieve acumulada en el suelo avivaba esta impresión. Se embozó en el capuz y sonrió íntimamente. Se sentía contento y protegido, se esponjaba. Pero, más que los halagos de la acogida, le había emocionado la reunión en sí misma. En su mente confusa buscaba la palabra adecuada para definirla y cuando la halló sonrió abiertamente y se frotó las manos bajo el capuz: fraternidad; ésta era la palabra justa y lo que él había creído encontrar entre sus correligionarios. Aquel conventículo clandestino era una reunión de hermanos alentada por la fe y el temor, como las de los primitivos cristianos en las catacumbas, como las de los apóstoles tras la resurrección de Cristo. Sentía

como una emoción indefinible que a ratos se traducía en una culebrilla fría por la columna vertebral. Tenía conciencia de que se hallaba al comienzo de algo, de que había entrado a participar en una hermandad donde nadie te preguntaba quién eras para socorrerte. Desde el criado Juan Sánchez a la aristócrata Ana Enríquez, todos parecían disfrutar de las mismas consideraciones allí. Una fraternidad sin clases, se dijo. Y, en un momento de euforia cordial, pensó en la posibilidad de hacer partícipes de su felicidad a sus amigos y asalariados, Martín Martín, Dionisio Manrique, incluso a sus tíos Gabriela e Ignacio. Pensó que no se hallaba lejos del mundo fraternal en que desde niño había soñado.

En una idealización inefable se vio, de pronto, como un apóstol propagando la buena nueva, organizando un conventículo multitudinario, tal vez en el almacén de la Judería, donde pastores, curtidores, sastres, costureras, tramperos y arrieros, alabarían juntos a Nuestro Señor. Y, llegado el caso, millares de vallisoletanos se congregarían en la Plaza del Mercado para entonar, sin oposición alguna, los salmos que ahora rezaba furtivamente doña Leonor al comenzar las asambleas.

A la tarde siguiente visitó a doña Leonor y a su hijo. Sabía por Pedro Cazalla y don Carlos de Seso que en Ávila, Zamora y Toro existían pequeños grupos cristianos, satélites del núcleo más importante de Valladolid, con los que, de vez en cuando, se relacionaban Cristóbal de Padilla, criado del marqués de Alcañices, y Juan Sánchez. Pero los movimientos de éstos, su tosco y elemental bagaje intelectual, su falta de tacto, preocupaban seriamente al Doctor. Había que tomar más en serio estos contactos y Cipriano podía ser el encargado de ello. Al Doctor le satisfizo su buena disposición. Le sobraban discreción, talento y dinero para afrontar la tarea. Luego quedaba Andalucía. De Sevilla, del grupo luterano del sur, estaban cada vez más alejados y los cambios de impresiones, dada la vigilancia del Santo Oficio, eran muy precarios. Los sevillanos no ignoraban que un correo interceptado a tiempo podría desmantelar simultáneamente los dos focos protestantes en unas horas. De ahí que la desconexión entre ambos fuese casi total. Don Agustín Cazalla vio, pues, con buenos ojos el ofrecimiento de Salcedo, su disponibilidad. Cipriano podía empezar por Castilla y terminar en Andalucía. Era buen jinete y no miraba el tiempo ni el dinero. Comenzó visitando los tres conventos de la villa donde tenían adeptos y con los que hacía meses que no se comunicaban: Santa Clara, Santa Catalina y Santa María de Belén. Portaba cartas de presentación para las monjas y celebró charlas de locutorio con las superioras: Eufrosina Ríos, María de Rojas y Catalina de Reinoso,

respectivamente. Las tres eran incondicionales pero el Doctor deseaba saber si las nuevas ideas progresaban entre las novicias o permanecían estancadas. Su difusión era arriesgada en los conventos, al decir del Doctor, ya que nunca faltaban personas fanáticas prestas a ir con el cuento a la Inquisición. Eufrosina Ríos le confirmó los temores del Doctor en el convento de Santa Clara. No obstante, había sido una novicia, IIdefonsa Muñiz, profundamente identificada con la Reforma, la que había introducido en el convento el tratadito de Lutero *La libertad del cristiano*, y estudiaba la mejor manera de difundirlo. Peor estaban las cosas en las Catalinas, donde, aparte el fervor de María de Rojas, nada se había alterado y, dadas las circunstancias, según información de la superiora, mejor sería de momento no intentarlo. La sorpresa vino del monasterio de Belén por boca de Catalina de Reinoso, la priora. A través del torno, con su voz nasal, muy monjil, Catalina le dio cuenta del avance de las nuevas ideas intramuros. Eran muchas las religiosas que habían abrazado la teoría del beneficio de Cristo y le facilitó la relación: Margarita de Santisteban, Marina de Guevara, María de Miranda, Francisca de Zúñiga, Felipa de Heredia y Catalina de Alcázar. El resto de la comunidad estaba bien orientado; únicamente le pedía al Doctor dos cosas: libros sencillos y un poco de paciencia. Cipriano anotó los nombres de las nuevas cristianas y los incorporó al fichero que guardaba en su despacho y que, día a día, iba creciendo.

Antes de partir para Ávila y Zamora, Cipriano Salcedo encargó al impresor Agustín Becerril una edición de cien ejemplares de *El beneficio de Cristo*, tomando como base el manuscrito de Pedro Cazalla. Hombre guardoso, Becerril aceptó el encargo a cambio de una pingüe cantidad y, sopesando pros y contras, se comprometió a editar los ejemplares a condición de que nadie más se enterase de la operación. Él mismo, sin ayudas, realizó la tirada y, una noche, al cabo de un mes, Cipriano recogía el paquete en su coche, en la trasera de la imprenta. La posibilidad de disponer de cien ejemplares de *El beneficio de Cristo* fue muy comentada y celebrada en el conventículo del 16 de febrero. Ahora había que distribuir los libros con tacto, sin precipitaciones, procurando la mayor eficacia en su difusión.

En Ávila conectó con doña Guiomar de Ulloa, mujer de alcurnia, que, de vez en cuando, celebraba tertulias cristianas en un palacio pegado a la muralla. Aquella mujer dejaba traslucir una gran dignidad que aumentaba cuando tomaba la palabra. Su actividad era pequeña y no podía ser de otra manera: en la ciudad dominaba un catolicismo rutinario, decía, muy poco reflexivo y abierto. A cambio, sus cenáculos tenían fama por su altura y

calidad. Por su casa habían pasado fray Pedro de Alcántara, fray Domingo de Rojas, Teresa de Cepeda y otra serie de personas eminentes. Cipriano la escuchaba con arrobo, recostado en la otomana, rodeado de cojines como un sultán. También pasó por aquí, dijo la dama, el doctor Cazalla a poco de regresar de Alemania. Con motivo de su visita convocó a los hermanos de la provincia, el barbero de Piedrahíta, Luis de Frutos, el joyero Mercadal, de Peñaranda de Bracamonte, y a su sobrino Vicente Carretero. El Doctor escuchó a todos, uno por uno, y dejó buena memoria de su paso, aunque él, personalmente, marchara decepcionado. Era una provincia difícil, áspera, dijo y doña Guiomar asintió. Cipriano Salcedo bebía ahora en las mismas fuentes, cambiaba impresiones con los mismos personajes, pero Luciano de Mercadal, el joyero, no se mostraba tan pesimista como doña Guiomar. Era cierto que Ávila, la capital, era muy tradicionalista, pero en Peñaranda y Piedrahíta había facciones en vías de organizarse y él estaba en ello. De momento, en Peñaranda, podía contarse con doña María Dolores Rebolledo, Mauro Rodríguez y don Rafael Velasco, como incondicionales, y en Piedrahíta con el carpintero Pedro Burgueño, animador de una terna interesante.

De ahí saltó Cipriano a Zamora, a Aldea del Palo. En el trayecto advirtió por primera vez en su caballo *Relámpago* unos repentinos desfallecimientos que le preocuparon. El animal no había conocido enfermedad y estas manifestaciones parecían graves. De pronto había dejado de ser el corcel infatigable, capaz de hacerse de una tirada y al galope el trayecto Valladolid-Pedrosa. Ahora había que concederle treguas, al paso o al trote corto. Pero estos desfallecimientos súbitos que evidenciaba ahora, seguidos de ruidosos ahogos asmáticos, constituían algo nuevo que demostraba que *Relámpago* había envejecido, no era ya caballo para una prisa, en el que poder confiar. Consultaría a su regreso con Aniano Domingo, el tratante de Rioseco, muy entendido en caballerías. De momento le palmeó el cuello y se dio cuenta de que el animal sudaba copiosamente. Así y todo llegó a tiempo a la reunión de Pedro Sotelo, en cuya casa tenía el proselitista Cristóbal de Padilla no sólo un refugio seguro sino un lugar apropiado para la celebración de cenáculos. Sotelo era hombre pigre, de gruesos carrillos, barbilampiño. Con Padilla formaba una pareja cómica: aquél con su trasero desmedido, bajo, barrigudo y Padilla con sus melenas rojas, lacias y descuidadas, flaco como un huso. No obstante, uno confiaba en el otro y parecían inseparables, aunque a Cipriano le preocupó la temeridad con que ambos se producían. En sus conventículos, a pleno día, no se exigían controles ni contraseñas. Todo el mundo podía entrar en la casa, con lo que las reuniones resultaban excesivamente vivas y

agresivas, sin cultos que las justificasen. Al llegar Cipriano, ya estaban allí, con los organizadores, don Juan de Acuña, hijo del virrey Blasco, recién venido de Alemania, Antonia del Águila, novicia de la Encarnación, el bachiller Herrezuelo y otra media docena de personas desconocidas. Mas, antes de que Acuña bromeara con la monja, entraron dos jesuitas que se sentaron en el último banco. Justo en ese momento don Juan de Acuña le decía a Antonia del Águila irónicamente que Dios le había hecho la merced de ser monja porque no servía para casada, a lo que la novicia, muy templada, le respondió que aún no lo era, no era monja, pero pensaba serlo previa dispensa del Santo Padre. Acuña adujo, entonces, imprudentemente, que las dispensas de los votos de castidad no estaban ya en manos del Papa, momento en que el más joven y aguerrido de los jesuitas, puesto en pie, intervino para decir, sin venir a cuento, que acababa de regresar de Alemania y había observado que allí los luteranos vivían con mucha disolución, dando mal ejemplo, mientras los sacerdotes católicos lo hacían con mucho recogimiento y honestidad. La provocación era manifiesta, pero don Juan, puesto en pie y accionando con vehemencia, aceptó el desafío y voceó que también él venía de Alemania y lo que había visto no coincidía con lo manifestado por su reverencia. El jesuita joven le preguntó entonces qué conclusiones había sacado él de su viaje y Acuña, sin una vacilación, resaltó que tres esencialmente: la unción de los predicadores luteranos, su esfuerzo por ser honrados y parecerlo y el hecho de que tuvieran mujeres propias y no mancebas. El otro jesuita, el de más edad, intentó intervenir, pero don Juan frenó sus pretensiones: un momento, reverencia, dijo, aún no he terminado. Y seguidamente, sin ninguna precaución, se lanzó a censurar al clero católico alemán que, según él, comía y bebía a dos carrillos, mantenía en casa a sus concubinas y, lo que aún era peor, dijo, se ufanaba y hacía gala de todo ello. Cipriano se exasperaba. Y su irritación iba en aumento a medida que la controversia se centraba en minucias sobre la vida religiosa en Centroeuropa. Miraba ora a Sotelo ora a Padilla, pero ninguno de ellos parecía dispuesto a intervenir en el debate y encauzarlo. Llegó a pensar que ése debía de ser el tono habitual de los conventículos en Aldea del Palo y se estremeció. Pero todavía don Juan de Acuña vociferaba que era público y notorio que una de las razones que movía a los alemanes a cerrar conventos era la vida licenciosa que se hacía en ellos y que, en este aspecto, la secta menos mala era la de Lutero.

Cipriano advertía que las palabras habían ido demasiado lejos y ya no era fácil reconducir el coloquio hacia otros derroteros. El jesuita más viejo trató

de hacer ver a los asistentes, con voz que pretendía ser serena, que Lutero había muerto rabiando y había sido llevado a la sepultura por los mismísimos demonios. Don Juan de Acuña, arrebatado de ira, respondió que cómo lo sabía y, cuando el jesuita replicó que lo había leído en un libro impreso en Alemania, don Juan aclaró, con ironía, que Alemania era un país libre y por tanto podían publicarse en él cosas que eran ciertas y cosas que no lo eran tanto, ya que, según sus propios informes, la muerte del reformador había sido edificante. El jesuita más joven se refirió entonces al matrimonio de Lutero, al enlace libre con una monja exclaustrada, acto sacrílego, dijo, puesto que ambos habían hecho votos de castidad, afirmación que Acuña rebatió haciendo ver que la prohibición de casarse los clérigos era de derecho positivo, es decir, decisión de un Concilio y, por tanto, otro Concilio podía autorizarlo como había hecho la Iglesia griega. La discusión se agriaba y los temas se enlazaban unos a otros sin que los polemistas lo advirtieran. Acuña aludió a la falibilidad del Papa, demostrada en el intento de Paulo IV de declarar cismático al Emperador y, en ese momento, Cipriano Salcedo, consciente de que Acuña había disparado directamente al corazón de la orden de Ignacio de Loyola, se puso de pie en el escañil y, alzando su voz sobre las de los demás, rogó a los polemistas que cambiaran de tema y tono, que al resto de los asistentes les desagradaba el fondo y la forma de desarrollarse el debate puesto que ellos habían acudido allí a escuchar una lección de doctrina y no a soportar un lamentable intercambio de improperios. Sonaron unos tímidos aplausos, mas, ante el asombro de la concurrencia, don Juan de Acuña, consciente tal vez de sus excesos, escandalizado de su proceder, se incorporó de pronto, retiró el escañil donde se sentaba, se acercó a los dos jesuitas y les pidió disculpas. Pero su cambio de actitud no acabó ahí sino que explicó además que tenía un hermano en la Compañía y solía ejercitarse con él en estos duelos verbales, pero que en modo alguno alimentaba ideas heréticas, ni creía en lo que había sostenido, sino que todo había comenzado al permitirse una broma inocente con la novicia Antonia del Águila con la que tenía confianza y por la que sentía un antiguo afecto. La novicia asentía con la cabeza y sonreía y los jesuitas, por no ser menos en aquel imprevisto pugilato de buenas maneras, se pusieron en pie, aceptaron sus explicaciones y elogiaron la labor de su hermano en la Compañía de Jesús, *un gran teólogo*, dijeron a dúo y, con la esperanza de que don Juan no repitiese en público su actuación de esta mañana, dieron por zanjado el incidente.

Cipriano Salcedo desistió de terminar su gira. Deprimido por las escenas que había presenciado y preocupado por la enfermedad de *Relámpago*, cuyos

desfallecimientos volvieron a producirse al subir una pequeña colina, regresó a Valladolid dejando para mejor ocasión sus visitas a Toro y Pedrosa. Le corría prisa informar al Doctor del resultado de su viaje. Cristóbal de Padilla, al fin y al cabo un criado, no podía a su juicio actuar por propia iniciativa, ni ellos admitir su alianza explosiva con Pedro Sotelo. Los sucesos de Aldea del Palo constituían una seria advertencia. Sin la discreción de los jesuitas, la Inquisición estaría a estas horas tras sus pasos. Habían corrido, pues, un riesgo innecesario. Por otra parte, el Doctor debería conectar con don Juan de Acuña sin demora y frenar su boca caliente que dejaba a la organización a la intemperie. Su imprudente verbo en Aldea del Palo justificaba sobradamente la intervención del Santo Oficio. Otros muchos, más discretos y mesurados que él, esperaban juicio en las cárceles secretas. Don Pedro Sotelo, demasiado ingenuo, debería terminar sin más con esas reuniones insensatas. Los miembros de la Compañía de Jesús se movían por el mundo de dos en dos, y los mandos de la orden solían compensar la intransigencia de uno con la tolerancia del compañero. La actitud de la pareja en Aldea del Palo había sido, no obstante, extrañamente unánime y comprensiva dado que la Compañía, con su carácter militar, había sido fundada precisamente para defender el catolicismo. Había que contar también, como factor favorable, con la militancia del hermano de don Juan en la orden. Sin esa circunstancia era más que probable que la pareja de jesuitas no se hubiera mostrado tan condescendiente. La misma violencia con que se produjo Acuña, unida a su juventud y al historial de su hermano, indujeron a la pareja a no tomar demasiado en serio sus palabras y, finalmente, aceptar sus explicaciones. En todo caso, la escena había sido tan imprudente que Salcedo, tan pronto se disolvió la reunión, montó su caballo y, desdeñando la invitación de Pedro Sotelo para almorzar juntos, siguió a Valladolid sin despedirse de Acuña ni de Cristóbal de Padilla. Las descarnadas frases cruzadas en el coloquio le quemaban el estómago. No veía el momento de poder departir con el Doctor y, al divisar el castillo de Simancas desde lo alto de un cerro, suspiró con alivio. Pero, en ese mismo momento, el caballo tropezó o, debido a su misma flaqueza, flexionó inesperadamente sus remos delanteros, dobló las patas traseras y quedó allí, tendido entre los tomillos, los ojos tristes, el belfo lleno de babas, resollando. Cipriano Salcedo se apeó alarmado y propinó a *Relámpago* unas palmadas amistosas en el lomo. Sudaba y jadeaba, miraba con indiferencia, no reaccionaba. Unos ásperos ruidos guturales salían ahora de su boca con la baba. Cipriano se sentó a su lado, junto a una aulaga, a esperar que se repusiera. Tenía la impresión de que el caballo estaba muy

enfermo. Pensó en *Valiente*, tendido y ensangrentado entre las cepas en Cigales, según el relato del tío Ignacio. *Relámpago* inclinó la cabeza y emitió una serie de relinchos largos y apagados. Son los estertores, pensó Cipriano. Pero, instantes después, sujetándole del vientre y mediante un esfuerzo, el animal se incorporó y Salcedo lo llevó de la brida, al paso, hasta Simancas. Le dio de beber y, en el viejo puente, volvió a montarlo y el caballo aceptó la liviana carga hasta Valladolid. Vicente limpiaba la cuadra a su llegada y, nada más verlo, se dio cuenta de que el caballo estaba enfermo. Lleva tres días débil, asmático y sin comer, le aclaró Cipriano. Y añadió:

—Mañana, una vez que el animal descanse, súbeselo a Aniano Domingo, en Rioseco. Infórmate bien de si el mal tiene remedio. Haz noche en La Mudara, cuidando que no se agote. No quiero que el caballo sufra.

Vicente miraba los ojos de *Relámpago*, le palmeaba el cuello sin parar. Vio que su amo vacilaba, abrió la boca y volvió a cerrarla. No se decidía. Finalmente le oyó decir:

—Si Aniano no diera esperanzas, sacrifícalo. Un tiro, sí, en la mancha blanca, entre los ojos. Y el de gracia en el corazón. Antes de enterrarlo asegúrate, que está muerto.

XIII

Le sorprendió el recibimiento de Teo, sus mejillas tensas, el griterío, las lágrimas, la brusquedad de sus ademanes. Las cosas se desarrollaron en un proceso opresivo, un increscendo que pasó por varias fases, de acuerdo con el grado de excitación de su esposa. Al principio no acababa de entenderla, farfullaba parrafadas inconexas, palabras mezcladas, frases incoherentes. No la entendía, o mejor dicho, Teo no ponía interés en que la entendiera. Se habían refugiado en el dormitorio, pero ella permanecía de pie, iba y venía, articulaba palabras indescifrables y, entre ellas, alguna que tenía algún sentido para Cipriano: escorias, olvido, última oportunidad. Le estaba echando en cara algo pero no acababa de definirlo. Paso a paso, como en una lenta labor de aprendizaje, Teo empezó a unir una palabra con otra, concretando un poco su discurso. Sus ojos eran duros como el vidrio, aún humanos, aunque su mirada no encerrara ni chispa de lucidez. Pero las palabras, al juntarse, se hacían expresivas, hablaban del olvido de las escorias de plata y acero, de su indiferencia hacia el tratamiento del doctor, de la flacidez de *la cosita*, de sus esfuerzos inútiles ante su pasividad. Todavía lo hacía sin violencia, como intentando razonar y Cipriano iba uniendo una frase con otra, reconstruyendo su pensamiento como en un rompecabezas. Hasta que llegó un momento en que todo se presentó claro ante sus ojos: Teo había omitido incluir la bolsita con escorias de plata y acero en su equipaje, tal vez por olvido involuntario, tal vez, lo que parecía más probable, para someterlo a prueba. A su regreso le faltó tiempo para registrar el fardillo y comprobar que no había comprado otras. Cipriano, pues, llevaba cuatro días sin medicinarse. Había interrumpido deliberadamente el régimen del doctor Galache. Sus palabras se iban convirtiendo ahora en una especie de lamento, de maullidos apesadumbrados, pero todavía comprensibles. Había dejado sin efecto cuatro años de medicación y ella no tenía ya ni edad ni humor para comenzar de nuevo. Cipriano se esforzó por evitar el desbordamiento, por mantener el desencanto de su esposa dentro de unos límites razonables: nada de lo ocurrido era esencial, una pausa de cuatro días no era significativa en un tratamiento tan prolongado. Lo reanudarían con más fe, con mayor rigor, dos tomas diarias en lugar de una, lo que Teo quisiera, pero ella cubría sus razonamientos con sus voces. No había vivido para otra cosa que para tener un hijo pero ya no lo conseguiría por su culpa. Se había entretenido unos años pelando borregos hasta que se sintió núbil, madura. Mas si se casó fue

únicamente para ser madre y él, de pronto, lo había echado todo a rodar. Durante su vida todas las cosas le habían hablado de la maternidad: los muñecos de la infancia, las parideras en el monte, los nidos de la urraca en la gran encina, frente a la casa, *la cosita*. Reproducirse había sido su única razón de ser pero él no lo quiso, lo había desbaratado todo cuando apenas quedaban unos meses para que se cumpliese el plazo fijado por el doctor.

AI llegar a este punto, la protesta de Teo alcanzó una violencia inusitada. Tal vez fue el intento de Cipriano por calmarla, su ademán de apaciguamiento, lo que la sacó de quicio. Sus palabras se hicieron de nuevo indescifrables, su furor aumentó, corrió hacia las ventanas y desgarró visillos y cortinas, lanzó al suelo a manotazos los pequeños utensilios de plata del tocador e inició una retahíla de palabras cortadas como ladridos. De pronto, Cipriano comprendió. Le estaba llamando cabrón aunque ella sabía que no lo era. Nunca había pronunciado Teo palabras malsonantes, y a Cipriano se le ocurrió pensar que se trataba de reminiscencias de su pasado de esquiladora, cuando cada rebaño de ovejas debía acoger dos cabras hembras y un macho cabrío según la ley. La palabra cabrón, pensó, no debía de tener connotaciones despectivas en el Páramo. Hizo un nuevo intento por calmarla pero resultó contraproducente. Teo gritaba como una posesa, le empujaba hacia la puerta, le voceaba, mientras él trataba de indagar en sus ojos, de buscar en ellos un atisbo de luz, pero su mirada era turbia y vacante, absolutamente desquiciada. Y cuanto mayor empeño ponía en reducirla, mayor y más grave era el repertorio de denuestos que mezclaba ahora con soeces vocablos escatológicos, echándole en cara su inhabilidad, el pequeño tamaño y la inutilidad de *la cosita*. Cipriano temblaba, trató de taparle la boca con la mano, pero ella le mordió y prosiguió con su andanada de insultos. Se había tumbado en la cama y con sus uñas rapaces rasgaba la delicada colcha y los forros de los almohadones. Luego, inesperadamente, se incorporó, se colgó del dosel y todo se vino abajo. Parecía gozar en su furia destructora, en su procacidad, sin preocuparse de que sus desahogos verbales pudieran traspasar tabiques y muros. En los cristales desnudos de la ventana, el decadente resplandor de la calle iba siendo substituido por la luz cenicienta y mate que preludiaba el anochecer. Teo había vuelto a tumbarse en el lecho, jadeando, y Cipriano, en un esfuerzo desesperado, trató de inmovilizarla, de sujetar sus anchas espaldas contra el jergón. Ella volvía los ojos, bizqueaba, mientras él le repetía que estuviera tranquila, que todo tenía remedio, que volvería al medicamento, dos tomas en lugar de una, pero sus ojos bizcos iban hundiéndose más y más tras los pómulos, en una mirada ladeada e

inexpresiva. Eran unos ojos ocluidos, incapacitados para ver y comprender. Forcejearon de nuevo y Teo consiguió darse la vuelta. Tenía más fuerza de la que Cipriano hubiera podido sospechar. Esta enfermedad, este tipo de enfermedades vigoriza a los pacientes, se decía. Consiguió ponerla boca arriba y le atenazó las muñecas contra la almohada. Al sentirse inmovilizada, Teo reanudó su rosario de invectivas, cada vez más procaces y, de improviso, mencionó su dote, su herencia, su fortuna. ¿Dónde había metido Cipriano *su* dinero? Este factor añadía nuevos motivos de agravio, buscaba en su mente confusa calificativos más hirientes, continuaba ofendiéndole más, en su desmadejamiento general. Cipriano advertía que, tras dos horas de lucha, la tensión de su esposa iba cediendo. De nuevo intentó acariciarle la frente, pero otra vez su boca se revolvió contra su pequeña mano hecha una furia. Sin embargo, al tercer intento, ella aceptó la caricia, se dejó tocar. Tornó él a halagarla murmurando suaves palabras de afecto y ella quedó inmóvil escuchando atentamente su voz, probablemente sin entender su significado. Teo acezaba, los ojos cerrados como después de un arduo esfuerzo físico, mientras él proseguía acariciándola, se hacía anillos con los rizos de su pelo, aunque ella ni lo agradecía ni protestaba. Había alcanzado ese punto neutro, flojo, en que suelen resolverse algunas crisis nerviosas. Empezó a llorar mansamente. Rodaban las lágrimas calientes y silenciosas por sus mejillas y él las restañaba con el embozo de la sábana, con infinita ternura. No amaba a aquel ser pero lo compadecía. Evocaba los días de La Manga, sus paseos por el monte, cogidos de la mano, mientras las bandadas de torcaces se despegaban de las encinas con los buches repletos de bellotas o las becadas volaban en el crepúsculo camino de los calveros. En realidad, Teo había sido para él como esas palomas o esas becadas, un fruto más de la naturaleza, vivo y espontáneo. Apenas había tenido relación con mujeres y la sencillez de *la Reina del Páramo* le desarmó. Incluso le agradó que esquilara ovejas a la intemperie, del mismo modo que las señoras burguesas hacían labores de punto en los salones. Él siempre había admirado las tareas prácticas y desdeñado los pasatiempos, los tedios disimulados. Sentado en la cama, la miraba fijamente. Había cerrado los ojos y sus inspiraciones iban haciéndose más profundas y espaciadas. Se incorporó con cuidado y caminó de puntillas procurando posar los pies en los espacios alfombrados. Había encendido un candil y con él en la mano rebuscó entre los medicamentos del botiquín. Escogió varios y con ellos preparó en la cocina un julepe. La tía Gabriela solía decir que el julepe era uno de los remedios que nunca le habían defraudado, no sólo se dormía profundamente después de tomarlo sino que no

despertaba hasta bien entrada la mañana. Regresó al cuarto de Teo. Continuaba inmóvil, respirando regularmente. Se sentó a la cabecera de la cama y, por primera vez, reparó desolado en los destrozos de la habitación: el dosel rasgado, los cortinones arrancados, las dos almohadas con la lana fuera. ¿Qué podría decirle a Crisanta? Pero ¿para qué decirle nada si los criados, aún sin aparecer, habrían sido testigos del paroxismo de su esposa? Teo empezó a inquietarse murmurando palabras ininteligibles. Abrió los ojos y los cerró sin llegar a verle. De pronto cambió de postura, dio media vuelta y se colocó del lado derecho, encarándole. Empezó a mover la cabeza. Murmuró palabras confusas. Con mil precauciones, Cipriano cogió el vaso del medicamento con la mano derecha y levantó la cabeza de su esposa tomándola delicadamente por el cuello con la izquierda:

—Bebe —dijo imperativamente.

Y ella bebió. Sentía sed. Bebió sin pausa, ávidamente, y con las últimas gotas se atragantó y sufrió un leve acceso de tos. En la ventana se había hecho de noche y la calle estaba en silencio. De espaldas al candil, Cipriano veía moverse la sombra de su cabeza sobre el blanco rostro de Teo. Aguantó sin moverse hasta las tres. Teo rebulló varias veces y cada vez que se movía cambiaba de postura. A veces farfullaba palabras a media voz, pero eran como cohetes follones, no llegaban a explotar. Seguramente soñaba. Cuando Cipriano se levantó parecía tranquila, su respiración acompasada, pero, a pesar de todo, dejó abierta la puerta del falsete y la del trastero donde dormía. Se desnudó a la luz de la lámpara y, ya en la cama, tomó uno de los ejemplares de *El beneficio de Cristo*, donde solía refugiarse en momentos de tribulación. Sin darse cuenta le fue asaltando el sueño y el libro cayó de sus manos. Fue un instante o se lo pareció. Le despertó el golpe del cajón del armario de Teo al cerrarse bruscamente, una especie de grito inarticulado y la silueta voluminosa de su mujer en el marco de la puerta. Seguía vestida con la saya rota tal como se había quedado dormida y en su mano derecha levantada portaba ahora la tijera grande de esquilar. Cipriano trató de detenerla, quiso decirle algo, pero únicamente se oyó la apremiante amenaza de Teo irrumpiendo en el trastero:

—¡Voy a esquilar tu maldito cuerpo de mono! —chilló.

Cipriano adoptó la precaución de apoyar la espalda en la cabecera de la cama y encogió las piernas, de modo que, cuando Teo se abalanzó sobre él, estiró las rodillas y la detuvo momentáneamente con los pies. Teo cayó, finalmente, de costado en el pequeño catre e inmediatamente se enzarzaron en una sorda pelea. Ella enarbolaba la tijera, mientras Cipriano se limitaba a

esquivar sus golpes ciegos y a sujetar sus manos sin lastimarla. Escucha, decía, escúchame Teo, por favor, pero ella se enardecía por momentos, lo acorralaba. Cipriano notó un desgarrón en el brazo derecho con el que intentaba contenerla, al tiempo que escuchaba las concretas amenazas de su mujer: Voy a caparte como a un gocho, decía, voy a cortarte esa *cosita* que ya no nos sirve para nada. Hubo un momento en que, a pesar de la herida, o acaso estimulado por el dolor, Cipriano tuvo sujeta a Teo por ambos brazos pero, en un movimiento arisco, se desasió y su mano armada se escondió bajo la ropa y lanzó un viaje a ciegas. Cipriano gritó al sentir herido su muslo derecho, pero en ese momento consiguió agarrar a Teo por el cuello y darse la vuelta. Su posición era como en las noches de amor, cabalgando sobre las protuberancias de la mujer, pero compitiendo ahora por la posesión de la tijera. Teo se revolvía, tornaba a insultarle, voy a esquilar tu maldito cuerpo de mono, repetía, pero Salcedo la tenía ya a su merced. La dejó desfogarse en su empeño inútil, en sus vanos intentos, en sus sórdidas amenazas. Veía el vacío en sus ojos, sus pupilas hundidas y desalmadas y, en ese instante, comprendió que había perdido a Teodomira, que su esposa se había ausentado para siempre. Tras un esfuerzo infructuoso, Teo se entregó. Soltó la tijera y rompió en un llanto manso, de derrota, que, sin solución de continuidad, dio paso a otro quizá más intenso pero menos convulso, y, siguiendo el mismo proceso que la vez anterior, al cabo de un rato, quedó plácidamente dormida. Cipriano repitió su incursión al botiquín, pero no se fió ya del julepe y administró a la enferma una alta dosis de filonio romano. Marchó luego a su despacho y escribió una nota a su tío Ignacio: «Temo que Teo haya perdido la razón. No puedo moverme de casa. ¿Te importa traer contigo a la máxima autoridad en enfermedades mentales?». Despertó a Vicente y le encomendó el billete para su tío. La señora estaba enferma. La visita a Aniano Domingo con *Relámpago* debía aplazarla para otro día.

Con su diligencia acostumbrada, don Ignacio Salcedo se presentó en casa de su sobrino, acompañado del joven doctor Mercado, dos horas después. Cipriano le atendió solícito. El doctor era una eminencia en ciernes. Médico del monasterio de la Concepción y de la Casa del Marqués de Denia, empezaba a ser respetado en la Corte. Se aseguraba que el día de su boda no aportó otra cosa que la ropa que llevaba puesta, una mula y dos docenas de libros. En cualquier caso los quinientos ducados de la dote de su esposa constituyeron la base de su fortuna posterior. En este momento, apenas poseía unos viñedos en Valdestillas y una casa en la calle de Cantarranas. No obstante, los vallisoletanos se hacían lenguas de su ojo clínico, de la eficacia

de sus tratamientos, de su creciente prestigio. Era el primer doctor de la villa que había dado de lado el atuendo oscuro del gremio y vestía elegantemente, como un caballero. Nada externamente delataba su profesión. Entró en la habitación y al primer vistazo advirtió los cortinones en el suelo, la colcha desgarrada, el brazo sangrante de Cipriano, el desbarajuste de la casa:

—¿Le ha agredido a vuesa merced?

Cipriano asintió.

—¿Es la primera vez que lo hace?

Volvió a asentir Cipriano. El doctor miró su pierna herida:

—Luego curaremos eso. —Se volvió hacia Teo que dormía—. ¿Qué le ha dado?

—Un julepe y un filonio romano, doctor. No me atreví a más.

El doctor Mercado sonrió con un gesto de suficiencia:

—Escasa defensa para contener un ciclón —dijo.

Ahora le tomaba el pulso y le ponía su mano cuidadísima en el pecho izquierdo:

—Fiebre no hay —añadió al cabo de un rato—. La exploración es forzosamente superficial pero el caso no ofrece duda. ¿Alguna obsesión?

—Una muy viva, doctor. La de ser madre. Se casó para tener hijos pero yo no he sabido dárselos. Los Salcedo —miró a su tío por encima del hombro del doctor— no somos un prodigio de fertilidad.

Apresuradamente le contó al doctor Mercado sus visitas a Galache, el tratamiento a que les había sometido y la interrupción injustificada de sus tomas de escorias de plata y acero durante su último viaje como desencadenante de la crisis. El doctor volvió a sonreír.

—¿Pretendía remediar su infecundidad con escorias de plata y acero?

Cipriano se sujetaba el muslo herido con la mano izquierda:

—Yo entiendo que fue un recurso del doctor para distraer a la enferma.

—Ya.

Había sacado de su cartera de piel de ternera una lupa alemana y con ella en la mano se aproximó a la enferma. Se dirigió a ellos volviendo la cabeza:

—Estén preparados para reducirla —dijo—. Puede despertar en cualquier momento.

Le levantó el párpado del ojo derecho y observó la pupila con insistencia. Luego repitió la operación con el otro ojo. Volvió a tomarle el pulso:

—A esta señora hay que internarla —dijo—. En la calle Orates tienen el Hospital de Inocentes. No es un hotel de lujo pero tampoco es fácil encontrar otro mejor en la ciudad. Los procedimientos son primitivos. El enfermo vive

atado a los barrotes de la cama o con grilletes en los pies para que no escape. Claro que con un poco de dinero, pagando dos loqueros para que la atiendan, pueden vuesas mercedes evitar esa humillación.

Don Ignacio Salcedo, que se había mantenido en silencio, preguntó al doctor si no sería posible instalar a la señora en un hospital normal, pagando aparte la vigilancia. El doctor asintió:

—El dinero es muy amable —dijo—. Con dinero se puede conseguir en este mundo casi todo lo que uno se proponga.

Provisionalmente trasladaron a Teo al Hospital de Inocentes de la calle Orates. El tío Ignacio les acompañaba, pero cuando, a la puerta del hospital, dos loqueros intentaron maniatar a la enferma, Teodomira se revolvió como una pantera, con tanto ímpetu que uno de los enfermeros rodó por el suelo. Los transeúntes, atraídos por el espectáculo, se detenían al pie de las escaleras, donde el enfermero había caído, pero, unos minutos más tarde, Teo quedó instalada en el manicomio, al cuidado de dos comadres de pago, dos mujeres aparentemente fuertes que, llegado el momento, parecían capaces de dominarla.

Sin embargo, a las nueve de la noche, Salcedo recibió un correo del manicomio anunciándole que «la señora había escapado en un descuido de sus guardadoras». Cipriano avisó de nuevo a su tío que, en un santiamén, puso en movimiento a las fuerzas de seguridad de la villa. Por su parte, Cipriano, acompañado de Vicente, recorrió la ciudad de norte a sur y de este a oeste, sin encontrar rastro de la enferma ni referencia alguna de ella. Se había evaporado. A la mañana siguiente reiniciaron la búsqueda sin resultado. Al caer la tarde, el barquero Aquilino Benito, que hacía el servicio entre el embarcadero del Espolón Viejo y el pequeño muelle del Paseo del Prado, comunicó a la Chancillería que había hallado a la fugada entre los carrizos de la orilla, inconsciente y en muy mal estado, como una pordiosera. Durante la travesía hacia el Espolón, el citado Aquilino había conseguido volver en sí a la enferma que se encontraba extenuada.

Mientras tanto, don Ignacio había realizado las indagaciones pertinentes y, una vez repuesta, Teodomira fue trasladada a Medina del Campo, en el coche de su marido, sin abrir la boca. Allí, en Medina, fue alojada en el Hospital de Santa María del Castillo, dependiente de la Cofradía de Nuestra Señora de la Merced, a un paso del monasterio de San Bartolomé. Era un caserón destartalado y noble, sin mucho movimiento de enfermos, donde se avinieron a acoger a doña Teodomira y poner a su disposición dos loqueros en servicio permanente y una comadre para las atenciones propias de la mujer. El

presupuesto ascendía a cuarenta y cinco reales diarios pero contaban con la benevolencia de la organización para visitar a la enferma a cualquier hora durante los siete días de la semana.

Una vez hospitalizada su esposa, Cipriano Salcedo se sintió aliviado aunque el regreso a casa le produjo un hondo decaimiento. Habituado a la presencia de Teo, y aunque ella no representara ya para él nada fundamental, la echaba en falta. Reinició su vieja actividad. Muy de mañana visitaba el taller y el almacén donde departía con el sastre Fermín Gutiérrez y Gerardo Manrique sobre las novedades del día. Había dos problemas importantes: el abandono del conejo en la confección de zamarros y la progresiva escasez de alimañas a causa de la sañuda persecución en montes y serranías. Resuelto el primero, un correo inesperado de Burgos le comunicó que Gonzalo Maluenda, todavía joven, había fallecido de un tabardete fulminante y su medio hermano Ciriaco, hijo de don Néstor y su tercera mujer, se había hecho cargo del negocio. Al decir del nuevo empresario, una galera armada acompañaba ahora a las flotillas en conserva con lo que la carga volvía a gozar de una relativa seguridad. El porte lógicamente encarecía pero aumentaban las garantías, con lo que ningún ganadero puso reparos a la medida. Por su parte, Cipriano Salcedo, cuyo comercio con los Maluenda había descendido de las diez carretas anuales, en los mejores tiempos de don Bernardo, a las tres que habían sobrevivido al auge del negocio de los zamarros, pensó que había llegado el momento de aumentarlas a cinco. Para tratar de estos pormenores y conocer al nuevo diputado, Cipriano realizó un viaje a Burgos. De nuevo un correo urgente venía a sacar a un Salcedo de su postración. La vida se repetía, Montó a su nuevo caballo *Pispás*, adquirido por su amigo Seso en Andalucía, pero la competencia de don Carlos en tales menesteres no podía evitar que Cipriano añorase a su viejo caballo y extrañara las reacciones del nuevo, sus vicios de origen, su nerviosidad, sus dimensiones. Vicente había sacrificado finalmente a *Relámpago*, en el monte de Illera, en Villanubla, de un balazo en la frente. Estacio del Valle le había facilitado la pistola y un par de mulas poderosas para el enterramiento. En lo alto del túmulo, su criado había colocado una gran lancha para identificar el lugar.

Aunque el nuevo Maluenda no le llegara a don Néstor ni a la suela del zapato, no le causó mala impresión a Cipriano. La diligencia y probidad de Ciriaco Maluenda estaban a cien codos de las del difunto don Gonzalo. Aceptó de buen grado el incremento de pieles que Salcedo le anunciaba, pues

aunque la cifra descendía a la mitad de los fletes de antaño, casi doblaba la de los últimos envíos. La relación con los Maluenda volvía a ser amistosa.

Entre quehacer y quehacer, Cipriano visitaba a Teo en el Hospital de Medina. Sedada con filonio romano vivía tranquila, sin ganas de pelea. Vegetaba más bien, se dejaba consumir. A Cipriano le entristecían aquellos ojos de mirada vacía, antaño tan bellos. Nunca llegó a saber si le reconocía, si sus visitas le producían algún efecto, ya que cada vez que se presentaba le dirigía una mirada inexpresiva, la misma que dirigía a sus enfermeros cuando se movían por la habitación. Día a día iba encogiéndose, dejaba de ser la mujer fuerte que conoció en La Manga. Su cuerpo se reducía al tiempo que se agrandaban sus facciones, que iban ocupando cada vez mayor espacio en su rostro enteco, antaño ancho y floreciente.

No hablaba, no comía, no llegaba a abrir la boca más que para beber; su vida carecía de alicientes, le decían, pero no sufre. Esto le aliviaba. La ventana enrejada de la habitación se abría al campo y desde ella divisaba el castillo que parecía hipnotizarla. Cipriano se esforzaba en inventar algo que pudiera animarla pero sus obsequios, pequeñas joyas, flores, dulces, no le producían la menor reacción. Cada vez que la visitaba, regresaba a casa más deprimido que la anterior: no le había reconocido; le daría lo mismo que no volviese. A veces, los propios guardadores se animaban entre sí: había comido un poco, había dado un corto paseo por la habitación, pero en su cara no se reflejaban tales progresos. Con su liberalidad habitual, Salcedo daba a aquéllos generosas propinas que nunca consideraba suficientes. A estas alturas, pensaba, era ya lo único que podía hacer por su esposa enferma: sobornar a los que la cuidaban para que lo hicieran de grado, para que le regalaran una pizca de afecto, para que algún día le hicieran sonreír.

Las tardes las dedicaba a los Cazalla, al Doctor y su madre. Doña Leonor de Vivero no perdía su alegría ni su don de gentes. Pasaba ratos con ella en su pequeño gabinete, callado, mirando a la pared, sin nada divertido que contarle, pero ella le recibía con su sonrisa dentona, su facundia y el buen humor de siempre. Los primeros días se esforzaba en consolarle:

—Le encuentro triste, Salcedo. ¿La quiere mucho?

La respuesta de Cipriano era escueta y contundente:

—Era una costumbre en mi vida, doña Leonor.

—No se mortifique vuesa merced. Ante los muertos y los locos nos sentimos responsables muchas veces sin motivo.

Pero la noticia del enfrentamiento verbal en Aldea del Palo produjo tanto en ella como en el Doctor un profundo abatimiento. Vivían jornadas agónicas.

Se sentían incapaces de controlar el grupo. Consideraban imprescindible frenar a Padilla, despojarle de la autoridad que se atribuía, impedir aquellos conventículos pueblerinos, abiertos e improvisados. El Doctor le envió un correo sin demora llamándole al orden, advirtiéndole que lo acaecido en Aldea del Palo no podía volver a repetirse. Escribió asimismo a don Juan de Acuña encareciéndole prudencia, haciéndole ver el riesgo de los excesos verbales ante la asechanza permanente del Santo Oficio. Pese a su rápida reacción, no logró controlar su progresivo decaimiento. Habló a Salcedo con el corazón, le nombró su hombre de confianza. Admitía que, pese a ser el miembro de más reciente incorporación, actuaba sin reservas, con entusiasmo y resolución. *Motu proprio* había alcanzado importantes objetivos y el Doctor esperaba que siguiera en su labor organizadora, tarea que había interrumpido con motivo de la enfermedad de su esposa. A Salcedo le emocionaba el valimiento del Doctor, el hecho manifiesto de que le considerase el discípulo amado. Una tarde neblinosa, de crepúsculo prematuro, Cazalla le confesó que nunca habían pasado por el aislamiento que ahora sufrían, sin libros, apoyos, ni noticias de Alemania. Al morir Lutero, Melanchton se había encontrado con un difícil panorama. El Doctor ladeaba la cabeza como si fuese incapaz de soportar su peso; estaban solos. Cipriano se esforzaba por animarlo: eran horas infortunadas, de tribulación; algún día pasarían. Pero el Doctor, lejos de serenarse, mezclaba los problemas, los amontonaba. Olvidaba por un momento la soledad del grupo y volvía al caso Padilla. Era un correveidile, no contestaba a su carta, era como si no existiera o no reconociera la autoridad del Doctor. Un día, sugirió a Cipriano visitar a doña Ana Enríquez en La Confluencia, la casa de placer de su padre, en la conjunción del Duero y el Pisuerga, en un frondoso soto de olmos, tilos y castaños de Indias. Una hermosa casa, dijo el Doctor, de las muchas que había levantado la aristocracia a orillas de los ríos al advenimiento de la Corte. Sería oportuno que doña Ana que, pese a su juventud, era una mujer con carácter, instara a su criado Cristóbal de Padilla a entrar en vereda, a tomar todo aquel asunto de las reuniones de grupo con la debida seriedad. A Cipriano le agradó el encargo. La belleza de doña Ana, su perfil atrayente, le había quitado la devoción en el último conventículo, el de los sacramentos. Un perfil perfecto, sugerente, regular y voluntarioso, subrayado por la elegante sencillez de su indumento que dejaba al descubierto un largo cuello ornado con un collar de perlas. Pero lo más notable en el perfil de doña Ana era la toca de camino, larga y estrecha, que ella enrollaba hábilmente como un turbante en la parte alta de la cabeza. En el momento de su atenta contemplación no hubiese

podido asegurar que ella se sintiera observada, aunque tampoco lo contrario, pero prefería pensar que no, que ella era así, espontánea y natural, tanto cuando escuchaba las homilías del Doctor, como cuando se recogía devotamente en el salmo inicial, o alzaba tímidamente una mano por encima de su cabeza para pedir la palabra durante los coloquios. La asistencia a los conventículos de doña Ana Enríquez era absolutamente relajada, con afán participativo.

Cuando el Doctor le encomendó visitarla con objeto de aclarar el silencio de Padilla, no lo demoró. Ella respondió a su nota urgente aprovechando el mismo correo: le esperaba dos días más tarde a las once de la mañana. En el camino de Medina, Salcedo recordó a su esposa, mas enseguida se concentró en el motivo de su viaje: Ana Enríquez, su voz cálida y empastada, de mucho volumen, su disponibilidad, su bien definida personalidad tratándose de una muchacha de apenas veinte años.

El arco de las piernas de Cipriano se iba adaptando a la cruz más reducida de Pispás, un caballo que se dejaba gobernar más por la presión de las rodillas del jinete que por las riendas. Era un pura sangre también, ligero como el viento, pero menos corpulento y prudente que *Relámpago*. Un día subiría al monte de Illera para visitar la tumba de éste, un homenaje obligado.

Rebasado Puente Duero, *Pispás* tomó un camino arenoso a la derecha, entre pinares, y, al final, cuando oyó el retumbo del agua, el violento choque entre los dos ríos, se detuvo. El camino concluía allí y, a mano izquierda entre la fronda, se alzaba la gran casa de dos plantas rodeada por un jardín con las veredas cubiertas de hojas secas y los arriates descuidados, con flores de otoño: caléndulas muy vivas aún y rosales oxidados, decadentes. Una criada de pocos años, con toca a la cabeza, le condujo ante Ana Enríquez, ataviada con una galera verde, de costura en el talle. Con naturalidad, sencillamente, sin que él apenas se percatase, se vio paseando a su lado por el jardín, observando cómo sus botines de tafilete arrastraban las hojas caídas, como en un juego. El Doctor no debía preocuparse por la demora de Cristóbal Padilla, dijo; era perezoso para tomar la pluma o tal vez estuviese enfermo. En cualquier caso, ella le enviaría una esquela conminándole a obedecer sus instrucciones. En la secta existía una jerarquía y había que evitar comprometerla con cenáculos insensatos.

Su verbosidad, cálida y suntuosa, bajo los nobles árboles centenarios, cautivaba a Cipriano. Ella, por su parte, iba cogiéndole gusto a la conversación y le habló sin reservas, de un modo tal vez imprudente, de don Carlos de Seso, a quien calificó de *gran embaucador*, de Beatriz Cazalla, *su*

pervertidora, y de fray Domingo de Rojas, gran amigo de la familia, que la sosegó después de la conmoción inicial.

Antes de almorzar, Salcedo partió para Pedrosa y Toro bajo un cielo plomizo, ligeramente lluvioso. Beatriz Cazalla y su hermano Pedro habían incorporado al grupo a las tres vecinas que atendían la parroquia, en tanto don Carlos de Seso, en Toro, le dio una buena noticia para el Doctor: el famoso *Catecismo* de Bartolomé Carranza estaba entrando en España desde Flandes en cuadernillos sueltos, sin coser, y había empezado a difundirse por el norte. La marquesa de Alcañices había sido la primera en recibirlo y tanto ella como cuantos lo habían leído estaban acordes en su espíritu erasmista.

Durmió en Toro y regresó a Valladolid por Medina del Campo. Hacía casi un mes que no visitaba a su esposa y cada día le pesaba más el sentimiento de culpa. No había entendido a Teo pero tampoco se esforzó nunca por hacerlo. Le facilitó un bienestar y unas atenciones mínimas pero no compartió, ni comprendió siquiera, sus desazones, sus anhelos de maternidad. Pero este deseo se había desarrollado, había llegado a hacerse obsesivo y había acabado por devorarla. La encontró peor que cuatro semanas atrás, igualmente ausente pero más espiritada. Cuando la conoció le había sorprendido la superficie de su rostro, excesiva para el tamaño de sus facciones, pero, a medida que su cara adelgazaba, aquéllas se pronunciaban, crecían, y su nariz afilada, por ejemplo, se desplomaba sobre una barbilla pugnaz que nunca la distinguió. Asimismo, aquellos ojos vacíos, estáticos, que habían llenado la parte alta de su rostro, se hundían ahora en éste, circuidos por dos lívidas ojeras. La encontró paseando por el corredor, más bien arrastrada por los dos fuertes guardianes que la acompañaban. Con el cabello alborotado, la espalda vencida y sus pasitos laboriosos parecía una viejecita de mil años, un fantasma surgido del fondo oscuro del pasillo. Cipriano se detuvo ante ella y la observó con detenimiento. En sus ojos planos no advertía ni chispa de consciencia, parecían mirar hacia dentro, lejos. Sin embargo, cuando quiso tomarla del brazo y Teo hizo un brusco ademán como para desasirse, él creyó adivinar, en el fondo de su mirada, un atisbo de lucidez.

Al entrar en la habitación, Cipriano insistió en ayudarla, volvió a tomar su brazo descarnado y esta vez Teo no opuso resistencia. Se dejó acostar pasivamente y se quedó mirando el castillo que se divisaba por la ventana enrejada. Los loqueros y la comadre, tal vez esperando una compensación, se mostraron acordes en que había mejorado. Ingería sólidos, paseaba todos los días un ratito y en sus ojos delgados dejaba ver un algo que no había habido antes. Cipriano se sentó a su lado y le tomó una mano. La llamaba por su

nombre, tiernamente, pero ella miraba indiferente, por encima de su hombro, las almenas del castillo. Hubo un momento, empero, en que recogió la mirada y la posó sobre él, tan fija e insistentemente que Cipriano no pudo resistirla y desvió la suya. Al centrarla de nuevo se encontró con que las pupilas de Teo seguían posadas en él, imperturbables, como si le escrutara el fondo del alma, pero la veía tan ajena, tan desamparada, que sus ojos se llenaron de lágrimas. Volvió a llamarla por su nombre, oprimiendo su mano entre las suyas y, de pronto, aconteció el portento: sus pupilas se avivaron, adquirieron el viejo y añorado color miel, su gruesa boca esbozó una sonrisa, sus dedos se animaron un instante y entonces musitó dos palabras perfectamente audibles: *La Manga*, dijo. Cipriano rompió en llanto, durante unos segundos sus miradas se cruzaron, se comprendieron, pero él, aunque intentó sujetar ese momento, no fue capaz de prolongarlo. Teo volvió a ausentarse, apartó sus ojos de los suyos y liberó su mano de sus manos. Había vuelto a convertirse en el ser pasivo y remoto que venía siendo desde ocho meses atrás.

Al anochecer, Cipriano pasó por Serrada y La Seca a galope tendido. Su encuentro con Teo le había dejado una huella dolorosa y se iba diciendo que su comportamiento con ella, el hecho de haberla arrancado de su medio para luego abandonarla, exigía una reparación. El sentimiento de culpa acrecía cuanto más pretendía alejarlo y pensaba que una larga vida de sacrificio no sería suficiente para excusar una responsabilidad de años. No encontraba consuelo y, tan pronto llegó a Valladolid, dejó a *Pispás* en manos de su criado y se dirigió a la iglesia de San Benito. El tamaño del templo, desierto, aumentaba la sensación de soledad, acrecentaba su silencio interior, aunque la llamita del sagrario, tan tenue y vacilante, comunicaba una pálida impresión de compañía. Salcedo buscó el rincón más oscuro de la iglesia, un escañil apartado, detrás de uno de los gruesos pilares y, una vez allí, sentado, recogido sobre sí mismo, las manos juntas, volvió a llorar implorando la presencia de Nuestro Señor para reconciliarse, para descargarse, una vez más, de sus pecados. Estaba tan ensimismado, sumido en tan alto grado de misticismo, tan concentrado y etéreo, que sintió muy viva la presencia de Cristo a su lado, sentado en el escañil. En la penumbra, desdibujado, entre las lágrimas, vislumbraba su rostro, su túnica blanca, resplandeciente, pero cada vez que pretendía mirarle franca, directamente, a los ojos, la figura de Cristo se desvanecía. Lo intentó varias veces sin éxito y, entonces, decidió conformarse con sentirle a su lado, el hombro contra su hombro, y entrever, al soslayo, su mirada aplaciente, la difusa mancha blanca del rostro enmarcada por los cabellos y su barba rabínica. Le abrumaba la conciencia de su pecado,

la destrucción sistemática de su esposa, su feroz egoísmo. Se lo confesaba a Cristo, sumiso, tratándole de tú, con humildad confiada. Y, ante la imposibilidad de rehacer lo mal hecho, apeló a su viejo anhelo de reparación. Tenía la absoluta seguridad de que Nuestro Señor le escuchaba, le observaba con un remoto aire de complicidad. Entonces Cipriano Salcedo, humillado, en pleno éxtasis, le formuló las dos ofrendas que había venido madurando durante el camino: su sexualidad y su dinero. Íntimos compromisos de castidad y pobreza. Renuncia definitiva a todo contacto carnal y reparto de sus bienes con quienes le habían ayudado a crearlos. Nunca había sentido especial apego al dinero pero el firme propósito de desprenderse de él le produjo una adventicia sensación de poder.

Esa noche durmió mal, vestido, tendido sobre la cama, sin cubrirse y, muy de mañana, Crisanta, la doncella, le pasó un correo urgente de Medina del Campo. Era del director del hospital y le notificaba que su esposa, doña Teodomira Centeno, había fallecido a medianoche, horas después de su visita. Habían encontrado el cadáver en la cama, sonriente, como si a última hora la hubiese visitado Nuestro Señor. Esperaban sus instrucciones para el entierro.

XIV

Abatido, hundido el ánimo, Cipriano Salcedo partió para Pedrosa por el único camino que su padre, el viejo don Bernardo, poco dado a la aventura, había conocido treinta años atrás: Arroyo, Simancas, Tordesillas, flanqueando el Pisuerga y el Duero. Tres días antes habían dado tierra a su esposa en el atrio de la iglesia de Peñaflor de Hornija, junto a su padre, don Segundo Centeno, *el Perulero*, donde once años atrás habían contraído matrimonio. La decisión había sido tomada después de discutir con su tío Ignacio sobre el posible significado de las enigmáticas palabras de Teo en su última visita, en el único momento en que sus ojos se animaron: *La Manga*, había dicho. ¿En qué pensaba Teo al mencionar el lugar donde había pasado su juventud esquilando borregos? ¿Era tal vez por ser el único que recordaba con añoranza? ¿O quizá porque su breve noviazgo en el monte lo anteponía a cualquier otro momento de su vida? ¿O quería decir lisa y llanamente que su deseo era descansar allí, bajo la tierra fuerte y roja del Páramo, junto a su padre, *el Perulero*? Antes de determinarse, y de trasladar el cuerpo de su esposa a Valladolid, Cipriano había pasado unas horas en el Hospital de Medina, dialogando con aquellas personas que la asistieron en los últimos momentos. La comadre negó que la escena de la tarde, durante su visita, se hubiera repetido después, es más, la señora Teo quedó muy postrada después de sus palabras, decía, y, a la hora de darle el filonio romano para que durmiera, habían tenido que apalancarle las mandíbulas con los mangos de dos cucharas de plata para que abriera la boca, con tal violencia que le rompieron dos dientes. Cipriano se había horrorizado y preguntó si aquel procedimiento tan traumático era frecuente, y la comadre contestó que siempre que un enfermo se resistía a tomar algo que el doctor consideraba indispensable. También los dos loqueros le habían hablado con la misma crudeza y candidez. Doña Teodomira había muerto dormida, sin que las *visiones* de la tarde se repitieran y, sin embargo, lo había hecho sonriendo, cosa que no le habían visto hacer durante los meses que estuvieron atendiéndola. En cuanto a lo de las cucharas era el método habitual de alimentar a aquellos enfermos que se negaban a comer. Con doña Teodomira, que apretaba los dientes y únicamente abría la boca para beber agua, no hubo otro remedio que apelar a esta solución. Incluso hubo días, cuando aún estaba fuerte, en que su resistencia fue de tal monta que tuvieron que encadenarle las manos a la cabecera del lecho para poder dominarla. Para Cipriano aquello

constituía una novedad dolorosa y habló sobre ella con el médico y el director. Ellos se sorprendieron de su sorpresa. De no haber utilizado las cucharas, la enferma no hubiera vivido ocho meses, claro, se hubiera muerto enseguida. Podía habérselo figurado. Las tomas de filonio romano, zumos de fruta o jugos de carnes, únicamente eran posibles forzando su resistencia. Ella se percataba enseguida de que no solamente era agua lo que le ofrecían y entonces cerraba la boca con tanta firmeza que únicamente apalancando podían abrírsela. Desde el primer día la enferma se había negado a tomar otra cosa que agua y, ante actitud tan negativa, a ellos no les quedaba otro recurso que la violencia. En el Hospital de Santa María del Castillo no sólo estaba prohibido el suicidio, sino cualquier ayuda al presunto suicida. El director afirmaba que la conducta de sus subordinados había sido correcta y, cuando Salcedo intentó hacerle ver que para someter a un enfermo a estos tratos vejatorios había que contar previamente con la familia, se echó a reír, que estaba en un error, que las cosas no eran así, que ellos tenían una moral hipocrática y la aplicaban a rajatabla gustase o no a los familiares del internado.

Temblando de ira, Cipriano bajó al sótano a ver el cadáver que, en efecto, estaba sereno y sonriente. Aquella sonrisa, de que tanto le habían hablado, era una sonrisa manifiesta, no sólo de paz sino incluso de bienestar. Fue el único consuelo de Cipriano Salcedo, una satisfacción que acabó imponiéndose al dolor que le atenazaba. Algo, en el último momento, le había inducido a Teo a sonreír. Unas horas antes había nombrado La Manga en un momento de lucidez, se decía, era lógico imaginar que ella soñaba o pensaba en La Manga cuando dibujó aquella sonrisa de despedida. El tío Ignacio era del mismo parecer y, después de prolongadas conversaciones, convinieron que, al mentar La Manga, Teodomira había mencionado el lugar donde aspiraba a descansar para siempre. *La Reina del Páramo* deseaba volver al Páramo y no había nada que objetar a su deseo.

Cipriano Salcedo se emocionó cuando los cuatro carruajes que acompañaban a la carreta fúnebre se detuvieron en la explanada de la iglesia de Peñaflor. Le acompañaban sus viejos amigos Gerardo Manrique, Fermín Gutiérrez, Estacio del Valle, hijo, y los nuevos, el Doctor Cazalla, su hermano Francisco y el joyero Juan García, aparte de su tío Ignacio. El cielo estaba anubarrado pero no llovía y, sin embargo, el grupo de labradores y pastores que esperaban el cadáver se guarecía en el porche de la iglesia, como uniformados, con sus capotillos de tela burda y sus calzones a media pierna mostrando sus pantorrillas peludas. Todos, tocados con las viejas cachuchas

de sus antepasados, salieron de su refugio y rodearon el ataúd cuando don Honorino Verdejo, el párroco, rezó un responso a la puerta de la iglesia. Para los rudos castellanos, aquella mujer que ahora iban a enterrar constituía un símbolo, puesto que no sólo trabajó con las manos como ellos sino que lo hizo con más espíritu y más provecho que los hombres, por lo que con justo motivo recibió el sobrenombre de *Reina del Páramo*. Era una esquiladora como nosotros, dijo un pastor viejo, con la voz trémula, para quien el trabajo manual borraba el pecado de su condición adinerada. Al margen de Manrique y Estacio del Valle, hijo, que en mayor o menor medida tenían alguna relación con los campesinos, el resto del acompañamiento los miraba con una mezcla de estupor y curiosidad, como si fueran seres de otra raza o habitantes de otro planeta. Pero la sorpresa se hizo general cuando, al ahondar la huesa que había de albergar a *la Reina del Páramo*, el cadáver de su padre, *el Perulero*, apareció intacto en el fondo de la hoya, con su pelo cano y el cuerpo desnudo, sin descomponer, el pene erecto y los ojos abiertos, inyectados y llenos de tierra. Hubo un bracero que afirmó que aquello era un prodigio, pero don Honorino, hombre probo y avisado, acalló el brote quimérico, dando de lado la incomprensible autonomía del miembro y aludiendo a las propiedades de algunas tierras para demorar la corrupción de los cuerpos. Concretamente en Gallosa, el pueblo donde nací, dijo, ningún cadáver se había descompuesto antes de los cuatro años de ser enterrado.

Más tarde, al abandonar Peñaflor, Cipriano le dijo a su tío, en el interior del coche, que guardaba hacia *el Perulero* un sentimiento de afecto y, el hecho de que su cuerpo permaneciese incorrupto y el sexo vivo, como si hubiese muerto con apetito, le había afectado mucho. Poco más adelante, al atravesar el monte de La Manga, cuando Cipriano divisó la atalaya grande y el camino rojo medio borrado por los bogales, las matas recortadas por los carboneros, y, al fondo, el tejado de pizarra de la casa, se inclinó hacia adelante y le rogó a su criado que moderara la marcha. Apoyó la frente en el cristal y durante unos minutos guardó silencio, los párpados entornados, evocando sus paseos con la difunta por los claros y recovecos de aquel sardón tan familiar.

Ahora, a la vista de Pedrosa, espoleó a *Pispás* en el último recodo del camino. Los rastrojos macilentos, la tierra negra recién arada, las rodadas del carril, le recordaron sus charlas itinerantes con Cazalla. Un apretado bando de perdices arrancó ruidosamente de la cuneta y espantó al caballo que piafó y caracoleó varias veces antes de serenarse de nuevo. Martín Martín, que le esperaba, le dijo al verle que la cosecha de uva había sido magnífica, y

mezquina, en cambio, la de cereal. Sostenía el mismo criterio que su padre: el dinero estaba en la viña. Caballero en yegua trabada, el rentero le seguía a corta distancia por las diversas parcelas de la propiedad: los renuevos, los escatimosos majuelos tras las colinas, el pago de Villavendimio con la pinada floreciente. De vuelta a casa, Cipriano Salcedo notificó a Martín Martín que la señora Teodomira había fallecido. Entonces se repitió la escena que treinta y siete años antes había tenido lugar en aquel mismo escenario entre los padres de ambos. Martín Martín, al oír la mala nueva, se sacó la cachucha de la cabeza y se santiguó: Dios le dé salud a vuesa merced para encomendar su alma, dijo. Al cabo, comieron solos, atendidos por la anciana Lucrecia y su nuera, y Salcedo comunicó a su rentero que, con ocasión del fallecimiento de su esposa, había reflexionado y estaba dispuesto a compartir la propiedad con él; Martín la trabajaría y él correría con los gastos de explotación. Era una oferta tan inusitada y generosa que al rentero se le cayó la cuchara en el plato. No sé si acabo de entender…, balbuceó, pero Cipriano le interrumpió: Lo que has entendido es lo que he dicho, la propiedad de las tierras la partiremos entre tú y yo, tú aportarás tu sudor y yo mi dinero. Los beneficios a partes iguales. Remató su breve discurso con una frase mendaz:

—Era voluntad de la difunta —dijo.

Martín Martín quería dar las gracias, pero no acertaba, mientras Cipriano le anticipaba que su tío, el oidor, formalizaría el nuevo contrato, pero que también era su deseo mejorar los salarios de la gañanía y que a cómo se pagaba la jornada en las viñas de Pedrosa. El rentero puso cara de circunstancias: bajos, los salarios eran bajos, un obrero podía cobrar cincuenta maravedíes pero un vendimiador no llegaba a la mitad. Había que subirlos, era apremiante mejorar las condiciones de vida en Pedrosa y él, Cipriano, como mayor terrateniente, tenía que dar ejemplo. Habló de doblar los salarios de los jornaleros, de los braceros ocasionales, pero el rentero se llevó las manos a la cabeza:

—Pero ¿ha pensado vuesa merced en lo que propone? El pequeño labrantín no podrá soportar tamaña competencia. Nadie querrá trabajar en Pedrosa por menos de lo que nosotros demos. El campo se hundiría.

Cipriano empezaba a intuir que la donación también constituía un problema, pero, al propio tiempo, no quería renunciar a su largueza. Había que estudiar las cosas despacio, con personas y abogados competentes. Se daba cuenta de que su decisión, de la manera simple en que la había concebido, se haría popular entre los asalariados pero impopular entre los

terratenientes. Era preciso reflexionar y actuar sin apremios, con la cabeza fría.

Esa misma tarde, salió de paseo con Pedro Cazalla, quien elogió su decisión de hacer un nuevo contrato con Martín Martín. El campo estaba en situación crítica y los que vivían de él abocados a la miseria. Ganaban poco y el fisco y la Iglesia, con tributos y diezmos, acababan de arruinarlos. Todo lo que se hiciera en favor de los medios rurales sería insuficiente. El inconveniente que apuntaba Martín Martín era irrefutable, pero los oidores de la Chancillería, los altos letrados de la Corte, disponían de recursos sobrados para dar con la solución pertinente. Por su parte, él lo hablaría con don Carlos de Seso, que ahora, en su condición de corregidor, estaría al tanto de esas cosas. Ya en casa de Cazalla, Cipriano le hizo entrega de trescientos ducados para las necesidades más urgentes del pueblo, incluso apuntó, de pasada, a la pavimentación, pero Pedro Cazalla adujo que en eso no podía ni pensarse, ya que las caballerías resbalaban en los adoquines y se quebraban. Se hacía inevitable pensar en otra aplicación menos arriesgada.

Cipriano Salcedo entró en una fase de actividad enfebrecida. Le daba miedo la soledad. Le aterraba pensarse. No sabía estar solo ni ocioso y, aparte su quehacer habitual en el almacén y la sastrería, el resto del día necesitaba estar ocupado, solventando otros asuntos. El tío Ignacio, que aprobaba su buena disposición de ceder la mitad de su fortuna, le aseguró que se ocuparía del contrato con Martín Martín. Tal como estaba organizado el mundo, tratar de doblar el salario a braceros y temporeros constituía de entrada una provocación. Pero tenía que haber una solución y la encontraría. En la Chancillería había gente conspicua dispuesta a echarle una mano. En cambio, el tema de los negocios industriales llenó de gozo a su tío. Don Ignacio Salcedo, desde que se licenció, se había especializado en temas jurídicos y económicos. Leía mucho, con auténtica avidez, no sólo sentencias y actas de jurisprudencia, sino publicaciones y libros franceses y alemanes que le facilitaban sus amigos del centro de Europa. Así se informó de que la organización de la producción por gremios iba convirtiéndose poco a poco en una antigualla pasada de moda. En Francia y Alemania apuntaban formas de asociación que en España todavía se desconocían, en las que no sólo se asociaban los hombres sino también los capitales para incrementar su poder. Incorporar Valladolid a la modernidad era una de sus aspiraciones íntimas. Los gremios decaían y, cuando su sobrino le solicitó nuevas fórmulas para el comercio de la lana con Burgos y la fabricación de zamarros y ropillas

aforradas, don Ignacio pensó que quizá unas comanditas pudieran servir para resolver ambas cuestiones.

Tanto Dionisio Manrique como Fermín Gutiérrez dejarían de ser empleados para pasar a ser socios, valorando su trabajo como capital. Es decir, ellos pondrían su cabeza donde él ponía su dinero. Crearían dos compañías mixtas en las que capital y trabajo obtendrían retribuciones análogas. Mas, también aquí, como en el campo, se presentaba una cuestión espinosa: ¿qué hacer con los pellejeros, tramperos, curtidores, acemileros y todos aquellos que ni en el taller ni en la fábrica desempeñaban un trabajo cualificado? Don Ignacio vio enseguida la solución: incorporar al personal no cualificado a los beneficios. La novedad constituía para él una auténtica revolución económica, especialmente en Valladolid, de ahí que le pareciese aún más ecuánime y sugestiva. Manrique y Gutiérrez irían con él a partes iguales, pero a los asalariados, en lugar de subirles los jornales, cosa que pondría en pie de guerra a la competencia se les darían, al cabo del ejercicio, unos ingresos extras provenientes del beneficio social. Estos dineros a repartir entre pellejeros, tramperos, cortadoras, arrieros y curtidores, podían proceder del porcentaje total de beneficios, o del correspondiente a Cipriano Salcedo, todo dependía del grado de desprendimiento de éste. En todo caso, ni el transporte de lanas a los Países Bajos, ni el negocio de los zamarros, planteaban cuestiones irresolubles.

Tío y sobrino pasaban tardes enteras conversando, de tal manera que, desde que Teo falleció, la cabeza de Cipriano no volvió a encontrar un momento de reposo. Resultaba curioso pero en los últimos años, en que la comunicación con Teo no había existido, a Cipriano le bastaba saberla allí, en casa, oír cómo se movía de una habitación a otra, para sentirse acompañado. Como le dijo en una ocasión a doña Leonor, Teo había llegado a ser para él una costumbre.

Conforme Cipriano delegaba en su tío la transformación de sus negocios, iba intensificándose su relación con la familia Cazalla. Doña Leonor lamentó su viudez con hermosas palabras de solidaridad y dijo que comprendía perfectamente a su esposa. Ella había parido diez hijos pero cada alumbramiento lo había celebrado como si fuera el primero. No obstante, comprendía también a Cipriano, ya que el círculo vital del hombre rebasaba con mucho el círculo familiar y su egoísmo era mayor que el de la mujer. Por su parte, el Doctor le reafirmó una vez más su confianza. Se sentía débil y medroso y la colaboración de Cipriano le resultaba indispensable. Había concluido su fichero, pero la reducida comunidad castellana necesitaba

constante atención. Los pequeños problemas asomaban por todas partes. Ana Enríquez había asegurado que Cristóbal de Padilla quedaría sujeto a su autoridad, que no volvería a desmandarse, pero la realidad decía otra cosa. Antonia de Mella, esposa de Pedro Sotelo, comunicó al Doctor que Cristóbal la había visitado para leerle una carta, a su decir del maestro Ávila, muy peligrosa, y se prestó a dejársela para estudiarla. Pasados unos días, Padilla volvió con otra carta, al parecer también del maestro Ávila, y se la leyó esta vez a la mujer de Robledo. Trataba de la misericordia de Dios, y, al concluir de leerla, le dijo que advirtiera a su marido que abandonase sus penitencias porque Nuestro Señor ya la había hecho por todos. Otro día, convocó una junta de mujeres en casa de Sotelo y les ofreció un librito donde se estudiaban los artículos de la fe orientados hacia la doctrina de la justificación. Ante el escándalo de algunas, confesó que el librito estaba escrito por fray Domingo de Rojas, aunque a otros les dijo que él mismo era el autor de la obra. Cipriano tuvo que hacer dos viajes a Zamora para convencer a Pedro Sotelo de que no facilitase a Padilla lugares de reunión, ya que este hombre, como le había dicho el Doctor, cada día más amilanado, sembraba la discordia por donde quiera que iba. Momentáneamente, el Doctor quedó aplacado, pero cada día aportaba una novedad y una tarde informó a Cipriano de que el joyero Juan García tenía planteadas serias cuestiones familiares y debía ponerse cuanto antes en contacto con él. Cipriano pasó por el cubil donde Juan trabajaba y éste, sin levantar los ojos de la pulsera que reparaba, le anticipó que, al día siguiente, a las siete de la tarde, le visitaría en su casa, pues en el taller no era aconsejable hablar. Una vez reunidos, Juan García rompió a lloriquear, que era de los más viejos adeptos de la secta, de los más convencidos, pero su mujer, Paula Rupérez, fanática católica, recelosa de sus escapadas nocturnas, le había seguido una noche de conventículo por las calles en tinieblas. Afortunadamente él se dio cuenta a tiempo y se ocultó en el hueco de un comercio por donde la vio pasar. Entonces se convirtió de perseguido en perseguidor y durante una hora estuvieron dando vueltas por las viejas rúas del barrio de San Pablo, él en guardia, ella desorientada. Al día siguiente Paula le preguntó dónde había andado a tan altas horas de la noche y él reconoció que había sufrido uno de sus frecuentes accesos de escotoma y había salido a airear la cabeza. Poco a poco Juan García se había ido serenando, pero advirtió que su mujer había informado de sus sospechas al confesor y había razones fundadas para temer que éste, si llegaba a tener un solo indicio, les denunciaría sin demora a la Inquisición.

Cipriano trató de tranquilizar al joyero, le dijo que de momento no volviera por los conventículos y que, cada mes, al día siguiente de celebrarse éste, pasara por su casa donde él le facilitaría un resumen de lo tratado a fin de que no quedase descolgado. Para mayor seguridad, debía acompañar a su mujer a sus prácticas religiosas y hacer lo que viese que ella hacía. El joyero volvió a llorar; le repugnaba caer en el *nicodemismo*, fingir creer en lo que no creía, pero Cipriano Salcedo le dijo que todos, en mayor o menor medida, lo practicaban, que él mismo asistía a misa los días festivos, porque, en tiempos de persecución, la mejor defensa era el disimulo, cuando no la doblez.

Siete días antes de Navidad, súbitamente, falleció doña Leonor. Por la mañana había sentido un vago tremor de corazón y, después de comer, quedó muerta en la mecedora sin que nadie lo advirtiera. El Doctor la encontró todavía caliente y el balancín con un leve movimiento de vaivén. Su deceso fue la culminación de un *annus horribilis*, como lo calificó el Doctor Cazalla. Se hizo preciso preparar las honras fúnebres con la pompa que exigían la fama del Doctor y el hecho de que la difunta tuviera tres hijos religiosos. El entierro se verificó en la capilla de los Fuensaldaña, en el monasterio de San Benito. Diez doncellas, casi niñas, acompañaron el ataúd portando cintas azules y el coro del Colegio de los Doctrinos, fundado pocos años antes en la ciudad, entonó las letanías habituales. Cipriano Salcedo creía ver en aquellos muchachos a los antiguos Expósitos, sus compañeros de infancia, y respondía a las apelaciones al santoral con devoción y respeto: *ora pro nobis, ora pro nobis, ora pro nobis*, decía para sí, y en el *Dies irae* de la epístola se prosternó sobre las losas del templo y repitió la letra en voz baja, profundamente conmovido: *Solvet saeclum in favilla: teste David cum Sibylla.*

La ciudad acudió en masa al sepelio de doña Leonor. La reputación del Doctor, el hecho de que tres de los hijos de la difunta participasen en la misa funeral, removieron el sentimiento religioso del pueblo. Y, a pesar de sus grandes dimensiones, el templo no pudo dar acogida a todos los asistentes, muchos de los cuales quedaron a la puerta, en la explanada de acceso, devotamente, en silencio. Las voces de los doctrinos resonaban en la placita de la Rinconada y los transeúntes se santiguaban devotamente al pasar frente a la iglesia. Terminada la ceremonia, el acompañamiento se reunió en el atrio para las condolencias pero, en el momento de mayor recogimiento y emoción, una voz varonil, bien timbrada y poderosa, estalló sobre el rumor del gentío:

—¡Doña Leonor de Vivero a la hoguera!

Se oyeron siseos imponiendo silencio y la afrenta no volvió a repetirse. La ceremonia continuó al mismo ritmo, la multitud desfilaba ante los hermanos

Cazalla y algunos, más allegados o más decididos, se aproximaban a ellos y les daban la paz en el rostro.

Para el Doctor, la muerte de su madre significó la culminación de su abatimiento. Doña Leonor había representado en vida la autoridad, la ponderación, el orden, la obligada referencia. Y, pese a haber dejado dos hijas, Constanza y Beatriz, el sólido matriarcado acababa de quebrarse. El semblante del Doctor se deterioró aún más, adelgazaba, se arrugaba, perdía pelo. También la voz se le desteñía y ponía en evidencia el gran sufrimiento moral que pesaba sobre él. En las tertulias de pésame, donde acudieron numerosos admiradores, apenas hablaba, la gente salía de la casa desorientada: el Doctor no va a superar la desgracia, decían. Y, por las noches, cuando las visitas marchaban, se refugiaba con Cipriano en el pequeño gabinete de su madre y hablaban de ella, reconstruían su pasado y su significación en la familia y la secta. Su hija Constanza había tomado el mando pero nada era igual. La pobre Constanza no pasa de ser una sencilla aprendiza, decía desmoralizado el Doctor. Y, a falta de un confortamiento más directo, la amistad entre los dos hombres se afirmó en el trance:

—Vuesa merced lo oyó —le dijo una noche el Doctor—. Y puede ayudarme a identificar esa voz.

El grito pidiendo la hoguera para su madre le reconcomía, no le permitía reposar. Detrás veía la ciudad entera, el mundo entero. Y hablaran de lo que hablaran, la conversación siempre terminaba por recaer en el mismo tema: la voz viril y retumbante exigiendo la quema de la difunta. Cipriano se esforzaba en tranquilizarle: un loco, reverencia, nunca falta un loco en una aglomeración de estas proporciones. Mas Cazalla porfiaba que no se trataba de un loco, la voz era firme, culta y educada, su tono no era vil. Cipriano, deseoso de complacerle, habló en la sastrería con Fermín Gutiérrez, viejo admirador del Doctor. Sí, también había oído la voz y, en su opinión y en la de sus amigos, había partido de la esquina donde se congregaba un grupo de oficiales de la Guardia Real. El Doctor denegó enérgicamente con la cabeza: la voz de mando de un soldado podía identificarse a diez leguas de distancia, dijo. Había que pensar en alguien más distinguido, conocedor de las interioridades de la familia Cazalla, sórdido en el fondo pero cortés en las maneras.

Después de dos semanas de presunciones y conjeturas en torno a la misteriosa voz, sin avanzar un paso, el Doctor se derrumbó una tarde, se sinceró con él. Le hizo objeto de una confidencia que era obligado tener en cuenta a lo largo de la investigación. Le habló de una mujer extraña, que de

una manera igualmente extraña, se había cruzado en su vida y se había enfrentado violentamente con él. Se refería a doña Catalina de Cardona, conocida con el sobrenombre de *la Buena Mujer*, que en su juventud había sido aya de don Juan de Austria. Gozaba fama de santa en las altas esferas y había recalado en Valladolid de la mano de la princesa de Salerno, de la que era dama de honor, cuyo marido, don Fernando San Severino, vino a la Corte a reclamar los bienes que se le habían confiscado por su presunta participación en una conjura contra españoles.

La estancia en la villa de la princesa de Salerno le permitió conocer al Doctor y establecer con él una relación amistosa. Pero a Catalina, *la Buena Mujer*, nunca le agradó la amistad con el Doctor, ya que la manera de hablar de éste de la misericordia de Dios y de los méritos de Cristo se le antojaba equívoca y sospechosa. Catalina de Cardona, de suyo entrometida, decidió erigirse en ángel tutelar de la princesa y, sobre ponerle malas caras al Doctor, en las tertulias vespertinas le contradecía y zahería sin descanso. Por su boca habla Satanás, excelencia, llegó a decirle a la princesa un día. El Doctor, entonces, resolvió dar una lección a la marisabidilla, y en el famoso sermón de las Tres Marías, el día de la Resurrección, ridiculizó la impertinencia de ciertas mujeres que disputaban con los teólogos, sabihondas de tres al cuarto, dijo, que estarían mejor entre pucheros, pero *la Buena Mujer* aguardó la visita del cura, y cuando éste se presentó le dijo que había visto salir de su boca borbollones de fuego envueltos en humo y olores de piedra de azufre. La campanada de *la Buena Mujer* creó un clima tenso en la reunión, de una violencia inhabitual, de tal manera que la princesa de Salerno se vio obligada a intervenir e impuso silencio a las dos partes cuando la réplica correspondía a Cazalla, y entonces éste se levantó dignamente y se marchó de la casa ofendido.

—Nunca volví a poner el pie en el palacio de la princesa —aclaró Cazalla a Cipriano—, pero cabe que la voz pidiendo la hoguera para mi madre se fraguara ahí, en sus salones a causa de mis homilías.

Cipriano quedó pensativo. Ignoraba que el Doctor tuviera enemigos de tan alto rango pero, una vez informado, dio por bueno que la afrenta a doña Leonor hubiera surgido de ese grupo o de otro semejante.

Dos días más tarde, Cipriano encontró los bajos de la casa del Doctor embadurnados por un sucio cartelón: DOÑA LEONOR A LA HOGUERA, decía simplemente. Aquel letrero abyecto, escrito con pintura roja, acabó de desequilibrar al Doctor. Convocó una reunión, en pleno día, en el oratorio de su casa. No podemos seguir viviendo en este *ensimismado aislamiento* —dijo

—. Nos conocen hasta las piedras, nos vigilan, nos odian, todas las precauciones que adoptemos en lo sucesivo serán pocas. Se le veía asustado, acorralado, nervioso. Muerta su madre, de la que tanto había dependido y que representaba el coraje, llegaba esta venganza ruin de la alta sociedad vallisoletana. Tenemos que admitir que no somos libres —añadió—, que nos enfrentamos con enemigos que no dan la cara, seamos prudentes. A partir de ese momento quedaron suprimidos provisionalmente los conventículos y el Doctor decidió que se sustituyeran por visitas a domicilio, donde personalmente los sectarios serían informados de las novedades. Salcedo, por indicación del Doctor, viajó a Toro, Zamora y Logroño para poner sobre aviso a los adeptos.

A su regreso, Cipriano encontró al Doctor aún más sumido y cogitabundo. El hecho de que la realidad del grupo fuese conocida, o, al menos, se sospechase su existencia, le desquiciaba. Se sentía literalmente arrinconado. Cipriano permanecía con él hasta altas horas de la madrugada. El insomnio le acechaba y los julepes y el filonio romano apenas le hacían efecto. Su medrosidad le llevaba a extremos exagerados, a una pusilanimidad morbosa. Las sensaciones de persecución y aislamiento prevalecían sobre todas las demás. Una noche emborronaron con pintura el letrero rojo de la fachada y el Doctor subió a casa más entonado, como si hubiese borrado con él los malos pensamientos de la conciencia del responsable. Con Cipriano se desahogaba, era su paño de lágrimas: El Reformador al menos sabía de nuestra existencia, nos animaba, decía. Muerto Lutero, desconectados del foco sevillano, el Doctor no veía futuro para la causa. Mas Cipriano iba advirtiendo que un día pensaba una cosa y mañana la contraria, se mostraba irresoluto, mudadizo, como atollado. En una ocasión organizaron un viaje a Sevilla pero, ocho días, antes el Doctor desistió de él. ¿Qué iban a hacer en Sevilla? ¿Acaso estaban mejor informados los andaluces que ellos? Procedía ir más allá, más lejos, a la madre. ¿Sería capaz Cipriano de viajar a Alemania por el grupo? A Salcedo no le sorprendió la pregunta, llevaba meses esperándola. Estaba convencido de que únicamente entrevistándose con Melanchton y sus colaboradores, aportando información directa, libros y publicaciones, y la promesa de una ayuda quimérica llegado el caso, conseguiría animar al Doctor. Iría, pues, a Alemania, le dijo, pasaría allí el tiempo que hiciera falta, conectaría con el cerebro de la organización y recibiría instrucciones. La sola idea de que Cipriano iba a viajar a Alemania ya levantó el ánimo del Doctor. Le indicaba itinerarios en el mapa, ciudades, caminos, le facilitaba nombres y direcciones, contactos obligados, centros de visita inexcusable. Era como si su cerebro

atascado se hubiera puesto de repente en movimiento. Una tarde le dio las señas de Berger, Heinrich Berger, marino de profesión, apóstol del nuevo cristianismo, con quien tal vez pudiera regresar a España por los puertos del norte. Al recordar su estancia en Alemania, los lugares que había visitado con el Emperador, los viejos amigos, los contactos iniciales, el rostro del Doctor resplandecía. Entre los dos iban urdiendo planes: saldría por el Pirineo y regresaría por mar o a la inversa. El zamarro de Cipriano y las ropillas aforradas, llegado el caso, podían servir de tapadera, pero de momento el proyecto debería permanecer en secreto. ¿Había oído hablar de Pablo Echarren, vecino de Cilveti, un pueblecito al norte de Navarra? No, claro, Salcedo no había oído hablar de Echarren, ni sabía de la existencia de Cilveti. Su viaje más largo por el norte había sido a Miranda de Ebro, ni siquiera había viajado hasta Bilbao. El Doctor le informó entonces de que Echarren llevaba gente hasta la raya con Francia, fugados, refugiados, exiliados, contrabandistas. Era su hombre pero convenía entrarle con cautela. Lo más oportuno sería hablarle de don Carlos. Seso le conocía desde su estancia en Logroño y había utilizado varias veces sus servicios. Cipriano debía decirle que don Carlos de Seso era su amigo, incluso su compariente. No tenía honorarios fijos, era voluble, dependía del momento, del riesgo que corriera en cada desplazamiento, de sus necesidades, pero sus emolumentos —dijo— no era fácil que bajasen de veinticinco ducados ni superasen los cuarenta. Una vez en casa de Echarren, Vicente, el criado de Cipriano, podía regresar a Valladolid con los caballos, puesto que Echarren disponía de acémilas propias que conocían el camino, eran silenciosas y le comprometían menos. El Doctor le facilitó la dirección de Pablo Echarren en Cilveti. Todavía, antes de partir, Cipriano Salcedo hizo una escapada con *Pispás* hasta Toro, donde don Carlos de Seso le puntualizó las informaciones del Doctor y le advirtió que los modales de Echarren eran un poco bruscos y su carácter desigual pero que confiase en él, que cumpliría su palabra. Le dio una esquela de presentación para el navarro y, de vuelta a Valladolid, pasó por Pedrosa para entregar a Martín Martín la copia del nuevo contrato de propiedad que había redactado su tío Ignacio en la Chancillería. A Domingo Manrique y Fermín Gutiérrez les había facilitado ya un borrador de los acuerdos sobre las nuevas comanditas. Una vez rematadas las obligaciones que le retenían en Valladolid y conforme con el Doctor, fijaron la fecha del 25 de abril para la partida. Vicente había preparado las cosas con su acostumbrada meticulosidad: don Cipriano iría con *Pispás* y él con *Arrugado*, el duro penco auxiliar, mientras la mula *Sola* acarrearía los equipajes. No había prisa. Teniendo en cuenta el

paso tardo de la acémila podían recorrer diez leguas diarias y ponerse en Cilveti hacia el 29 o 30 de abril. Respecto a los descansos nocturnos, Vicente determinó como posibles, de no producirse algún imprevisto, las ventas de Villamanco, Zalduendo, Belorado, Logroño y Pamplona, Tras tanto preparativo, Cipriano salió de Valladolid en las primeras horas de la mañana del día 25. Su leve equipaje lo constituían dos fardos, que portaba la mula *Sola* a modo de albardas, y el dinero, los papeles y las cartas de presentación los llevaba repartidos por los diversos bolsillos de su indumenta. Era un día soleado, de suave temperatura y nubes blancas, aborregadas, y Cipriano pensó en Diego Bernal. Siempre que viajaba con dinero o algo valioso, Salcedo recordaba al viejo salteador, pero Vicente le tranquilizó, Bernal ya estaba pensando en el retiro —dijo—. Hace más de medio año que no se sabe de él.

Se ajustaron a lo previsto con exacta precisión los dos primeros días. La lluvia les sorprendió el tercero y llegaron a Belorado con el agua escurriéndoles por las calzas. El temporal estaba asentado sobre Castilla y esperaron un día para reanudar la marcha. El 30, al caer la tarde, después de enviar a Echarren un correo urgente, entraban en Cilveti, una aldea de montaña, con casas de piedra y escasos habitantes. Cipriano descargó los fardillos en el zaguán de Pablo Echarren, y Vicente, montando a *Arrugado* y con *Pispás* y *Sola* en retaguardia, regresó a Urtasun sin hacer noche. No había razón para llamar la atención de nadie. Por su parte, Cipriano encontró a un Pablo Echarren menos atrabiliario de lo que don Carlos había sugerido. Hablaba poco pero no por desabrimiento sino por no malgastar palabras:

—Vuesa merced ya sabe que los tiempos están difíciles. Hoy no puedo subirle al alto por menos de cincuenta ducados —le advirtió.

Cuando partieron aún no había amanecido y, conforme se hacía la luz, la línea oscura de la sierra, coronada de nubes, iba recortándose contra el horizonte. La mula de Echarren, cubierta con una manta, abría camino a la de Cipriano y a *Luminosa* que portaba el equipaje. Franqueaban un sardón de quejigo con hoja de invierno, sin seguir un sendero visible, y, en lo más espeso del monte, volaron atolondradamente dos pájaros:

—Becadas —dijo Echarren escuetamente.

—En Castilla las becadas entran en noviembre —apuntó Cipriano recordando los tiempos de La Manga.

—Todavía andan de contrapasa —aclaró el guía—. En todo caso, éstas anidan aquí.

Se detuvieron al empinarse la cuesta. Un bosquecillo de hayas, con hojas recientes, se alzaba a mano derecha, tras una junquera, y, a su izquierda, una

gran masa de abetos. Echarren sacó de las alforjas un pan con queso y salchichas y una bota de vino. Bebió antes de empezar a comer levantando la cabeza, largamente, sin derramar una gota:

—Hay que desatrancar el tubo —dijo justificándose.

Iniciadas las turbulencias de mediodía, una pareja de quebrantahuesos se sostenía en el aire sin aletear. Cuando reanudaron la marcha, las acémilas avanzaban penosamente, con lentitud. La pendiente se acentuaba al entrar en el hayedo, un bosque de árboles prietos y misteriosos. De cuando en cuando, Echarren detenía la mula y escuchaba después de exigir silencio a Cipriano. En las alturas, a pesar de las horas de insolación y la fuerza del sol, el ambiente era más fresco. Trepaban ahora entre abetos, un mar de ellos, y arriba, en la cumbre de la montaña, se divisaban tolmos desnudos, pequeñas conchestas refulgentes, escorrentías procedentes del deshielo. Hubo un momento, tras una parada de Echarren, en que éste, con ademanes apremiantes, le instó a refugiarse en un pequeño rodal cercado por altos árboles. Echarren imponía silencio, cruzando los labios con su dedo índice. Se oía rumor de conversaciones a poca distancia. El navarro se apeó y miró a través del follaje. Debió de distinguir el atuendo de los viajeros o, tal vez, el pelaje de las caballerías, porque se volvió hacia Cipriano y susurró:

—Contrabandistas.

Salcedo, encaramado en su mula, miraba en vano hacia la dirección indicada por el guía. Oyó la conversación muy cerca pero no los vio. Luego se alejaron paulatinamente y sus voces se convirtieron en un apagado rumor. Cuando éste se extinguió, Echarren montó en su mula y añadió:

—Es Marcos Duro, el mejor guía de estos contornos.

—Y ¿qué llevan?

—Posiblemente ámbar, cremas de belleza, perfumes y ungüentos aromáticos. El lujo viene de Francia.

La montaña se empinaba cuando salieron del área forestal y la vegetación empezó a ralear: matorrales rastreros, brezos, tojos, arándanos. Echarren procuraba ceñir su paso a las formas de las rocas para hacerse menos visible desde los bajos. En una ocasión, al salir de una curva, vieron huir un sarrio brincando de piedra en piedra. Se enredaron en una topografía escabrosa, de altos peñascos, difícil de franquear, pero, al fondo del congosto, sobre el abismo, al abrigo de una pequeña oquedad, apareció un hombre, ataviado con sayuelo y zaragüelles, con dos caballerías apersogadas. Echarren se volvió a Cipriano:

—Pierre nunca me hizo esperar —dijo sonriendo.

Y emitió un silbido modulado que el eco repitió, cada vez más suave, desde las barrancas del lado francés.

Libro III: El auto de fe

XV

A instancias de Cipriano, el Doctor se avino a que Beatriz Cazalla sustituyera a su hermana Constanza en las lecturas de los conventículos. Hacía siete meses que Salcedo había regresado de Alemania y esta noche, apenas iniciado el mes de mayo, Beatriz había leído unas páginas de *La libertad del cristiano*, con la misma, sonrisa dentona, la misma entonación y el discreto ceceo que acompañaban a las comunicaciones de doña Leonor. Había sido como resucitar a ésta. En las pausas, Cipriano admiraba el hermoso perfil de Ana Enríquez, tan luminoso y atractivo bajo el rojo turbante que achicaba su cabeza, sus manos largas y enjoyadas sobre el larguero del banco. Acto seguido el Doctor glosó las páginas leídas por su hermana Beatriz, con fervor, con la misma convicción que cuando su madre le acompañaba. Desde el regreso de Cipriano, con libros, informes y buenas noticias, don Agustín Cazalla parecía otro. Su posición religiosa se había afirmado y había recuperado su entusiasmo proselitista. Pero, apenas acababa de abrir el coloquio final, cuando en la calle se oyeron los zapatazos de un caballo en plena carrera, los cascos percutiendo en el empedrado, cada vez más próximos. Era tal el silencio de la sala que, cuando el caballo se detuvo, se oyó al jinete apearse y dar tres pasos hacia la puerta de la casa. Sonaron dos secos aldabonazos y, cuando Juan Sánchez se apresuró hacia las escaleras, el silencio del cenáculo se había hecho de hielo. Unos segundos después, don Carlos de Seso, con improvisado atuendo de caballista, desmelenado, la gorra en la mano, penetró presuroso en el oratorio, se encaramó de un salto en la tarima del Doctor, cuchicheó nerviosamente con éste y, una vez obtenida su anuencia, se dirigió hacia el auditorio con un deje de alarma:

—Cristóbal de Padilla —dijo— ha sido detenido anteayer en Zamora. Pedro Sotelo y su esposa Antonia de Melo lo han denunciado al Santo Oficio con motivo del *edicto anual*. Está preso en la cárcel secreta de la Inquisición y no es fácil que se produzcan otras detenciones en tanto Padilla no sea interrogado. No obstante, me considero en la obligación de comunicarlo a vuesas mercedes para que tomen las medidas oportunas, se deshagan de documentos comprometedores y huyan si consideran su vida en peligro. Nuestro Señor nos acompañe.

Se produjo la estampida. Todos querían ser los primeros en abandonar la casa del Doctor y Juan Sánchez encontraba serias dificultades para que los

asistentes se avinieran a hacerlo ordenadamente, de dos en dos, con breves pausas de un minuto, como venían haciéndolo. Se oían los pasos apresurados de los que marchaban sin las precauciones habituales. Daba la impresión de que el hecho de alejarse de la casa madre les alejaba asimismo de los riesgos de su detención. Cipriano vio salir a Ana Enríquez y se dirigió al Doctor y a don Carlos quienes, desde el estrado, se consideraban en el deber de organizar la evacuación. Don Agustín había empalidecido y con sus manos blancas y finas tamborileaba mecánicamente sobre el tablero de la mesa. Había perdido el dominio de sí mismo. Estos cambios de ánimo súbitos, justificados o no, eran habituales en el Doctor. Intentó hablar con Cipriano Salcedo pero las palabras se le amontonaban en los labios y no acertaba a ordenarlas. Fue don Carlos de Seso quien le dio las oportunas instrucciones:

—Vuesa merced debe huir inmediatamente —le dijo—. El Emperador, desde Yuste, ha instado al inquisidor Valdés para un *pronto y terrible escarmiento*. Huya. Vuesa merced ha sido un miembro destacado en la secta desde su ingreso y su reciente viaje a Alemania y su entrevista con Melanchton le hacen especialmente vulnerable en esta hora. Ponga tierra por medio. El camino de Pamplona ya lo conoce. También conoce Cilveti y la casa de Pablo Echarren. Póngase en sus manos y en unos días estará fuera de España.

Las lágrimas asomaron a los ojos del Doctor cuando estrechó su mano. Cipriano, en cambio, se sentía resuelto y decidido, capaz de todo. No notaba cansancio y, al llegar a su casa, se encerró en el despacho y abrió la gran librería. Parecía imposible que en apenas tres años hubiera podido almacenar aquella cantidad de papeles: fichas, avisos, resúmenes, consejos, pequeñas esquelas, anuncios de conventículos, correspondencia variada con el Doctor, Pedro Cazalla, Carlos de Seso, Domingo de Rojas, Beatriz Cazalla y Ana Enríquez. Carpetas llenas de proyectos. Fascículos y opúsculos de su paso por Francia y Alemania. Mapas e itinerarios. Direcciones de personas y centros en el extranjero y libros, muchos libros, entre ellos los diecisiete ejemplares de *El beneficio de Cristo*, restos de la edición de Agustín Becerril que aún conservaba. Amontonó leña en la chimenea y prendió fuego. Primero se deshizo de los papeles que se consumían rápidamente, después de caracolear unos segundos entre las llamas; luego de los opúsculos, de los papeles de mayor entidad y, finalmente, de las carpetas y de los libros, uno a uno, pacientemente, sin prisas. Algunos tenían encuadernaciones duras, de piel o de tela, con cantoneras para darles firmeza, y los restos tardaban en arder. A medida que iban desapareciendo las pilas de papeles y las hileras de libros de

los estantes, Cipriano se sentía liberado de un peso como después de una confesión. A las cuatro de la madrugada, se acostó. No sólo había quemado todo lo que pudiera comprometerle a él y al grupo, sino que se había deshecho de las cenizas del hogar. A las ocho se incorporó, desayunó frugalmente y ordenó a Vicente que aparejase a *Pispás* lo más rápidamente posible. Una hora más tarde, vestido ya de campo y con un mínimo equipaje, se disponía a partir, cuando Constanza le anunció la visita de Ana Enríquez. Cipriano se dijo que ella era lo único que echaba en falta en esos momentos. Ana acababa de llegar de La Confluencia y venía a pedir disculpas por la defección de su criado, por su negativa a adoptar las normas de prudencia que tan insistentemente se le habían recomendado. Otro criado, recién llegado de Toro, no creía que la gran redada fuera inminente. A juicio de los inquisidores, Cristóbal de Padilla, con sus conciliábulos y los contactos y visitas en la prisión, había *espantado la caza*. Había que darse prisa, le dijo doña Ana, cogiéndole de las manos y sentándose a su lado en el sofá del salón. Cipriano se sentía conmovido por la solicitud de la muchacha, por su celo para ponerle a salvo. Su padre, el marqués, le imploraba que pasara a Francia. Él no se consideraba comprometido y la posición de la marquesa en la Corte operaría en su favor. Pero Cipriano debía huir, insistía doña Ana. Le entregaba una nota con una dirección en Montpellier: *Madame* Barbouse le atenderá como si fuera yo misma, le dijo. Volvía a oprimir su pequeña mano peluda entre las suyas impacientes. Barbouse, no lo olvide. Pero a Cipriano le atenazaba una preocupación: ¿Y ella? ¿Qué iba a ser de ella en tan difíciles circunstancias? Ana Enríquez sonreía con sus labios carnosos, se le formaban dos hoyuelos en las mejillas. En estas situaciones las mujeres nos defendemos mejor que los hombres —dijo—. Un hombre, aunque tenga faldas, se compadece de una mujer; los tribunales de hombres con mayor motivo, puesto que los unos hacen fuerza sobre los otros. ¿Cómo admitir que el Santo Oficio pueda dictar una sentencia rigurosa contra las monjitas del convento de Belén? Se miraban a los ojos, se quitaban la palabra de la boca, sus rostros casi se rozaban. Vuesa merced sí está en peligro, añadía. Ha echado últimamente sobre sí todas las responsabilidades del grupo, ha viajado a Alemania en su nombre, ¿cómo justificar esta actitud? Felipe II no será menos inflexible que Carlos V. Valdés ha pedido mayores atribuciones al Papa y Pablo IV no ha vacilado en concedérselas. Se prepara un gran escarmiento, créame. Cipriano se dio cuenta de que estaba dejándose convencer de algo de lo que ya estaba convencido. Pero le agradaba la insistencia de Ana, verla inquieta por su suerte, su empeño por ponerle a salvo. ¿Es que significaba

algo para ella? Pero cuando la muchacha se levantó, le tomó de las manos y tiró de él hacia arriba, obligándole a incorporarse, Cipriano reconoció que estaba dispuesto a marcharse. Al oírlo, Ana, súbitamente, sin nada que lo anunciara, se inclinó hacia él y le besó suavemente en la mejilla. Huya, dijo con un hilo de voz. No pierda un minuto más y que Nuestro Señor le acompañe.

Camino de Burgos, Cipriano pensaba en ella mientras espoleaba a *Pispás*. Viajaría el tiempo que pudiera a *caballo reventado* y, cuando fuera necesario, cambiaría de montura. Lo haría furtivamente en las casas de postas y dejaría unas monedas como compensación cuando considerase haber ganado en el trueque. Pretendía reposar de día y cabalgar de noche. Nadie podría decirle ya si Padilla había cantado o permanecía en silencio, pero parecía obvio que la Inquisición se decidiría a emplazar patrullas en los caminos en cualquier momento. Se llevó la mano a la mejilla izquierda. El dulce tacto de los labios de Ana Enríquez permanecía allí, con su discreto perfume. ¿Era posible que aquella bella muchacha hubiera llegado a interesarse por él? Recordó sus votos de unos meses antes, su decisión libre de repartir sus bienes y vivir en castidad. Al Doctor se lo había confiado una tarde, a su regreso de Alemania, en el gabinete de doña Leonor. No se precipite; vuesa merced está todavía bajo la impresión del fallecimiento de su esposa; aún se siente responsable. Cipriano le preguntó si creía que aquel sentimiento de culpa se desvanecería algún día y el Doctor no dudó que, con el tiempo, así ocurriría y entonces se vería en la dura disyuntiva de ser fiel a su palabra o amar a una mujer. Salcedo le hizo ver que su decisión había sido espontánea y meditada, anterior a la muerte de su esposa, que más de la mitad de sus bienes ya no le pertenecían, y que Nuestro Señor había sonreído al aceptarlo. Se apresuró a añadir que ya sabía que las obras no eran indispensables para salvarse y aclaró que, con su gesto, no buscaba la salvación sino una manera de resarcir a Teo de su desapego. El Doctor le escuchaba impasible, con la cabeza ladeada, como si el cuello fuera incapaz de sostener su peso. Hablaron un rato y Cipriano confesó ingenuamente que Nuestro Señor había bajado a su lado, complacido de su desprendimiento. El Doctor sonreía. La quimera era indicio de debilidad mental, le advirtió; la hora de los portentos había pasado. Cipriano volvía a disfrutar de la palabra del Doctor, un hombre lúcido, inteligente, que había logrado superar la muerte de su madre. A su regreso de Alemania, le había encontrado distinto, en realidad había encontrado a un Doctor que nunca había conocido, consciente de su primacía intelectual, de la importancia de su jerarquía en el grupo. Aquella astenia, un poco femenina,

que mostró unos meses antes, parecía no haber existido nunca. Cipriano Salcedo le había alentado. No mintió respecto a los pormenores de su viaje, pero sí exageró algunos pasajes, los adornó. Melanchton sabía de él —le dijo —; varios españoles emigrados le habían hablado de su persona y del foco luterano que encabezaba en Valladolid. Al Doctor, estos informes le enardecían, le imbuían seguridad. Cipriano Salcedo no reparaba en cuánto había también de fatuo en esta actitud. En realidad, el cambio del Doctor se había operado antes de que Cipriano iniciara su viaje. Fue como si una extraña presión le impidiera respirar y, de repente, con su decisión, alguien le hubiera quitado el obstáculo de encima. Los meses de ausencia de Salcedo no dejó de pensar en él. Y los dos largos correos que le envió desde Alemania le exaltaron hasta límites increíbles, según comunicó a Cipriano a su regreso. A raíz de ellos el Doctor terminó de olvidar las zozobras sufridas tras el entierro de su madre, se creció, volvió a la antigua actividad en la secta, a sus sermones ambiguos, a los conventículos. A Cipriano le estimulaba escucharle. De nuevo se hallaban en el buen camino. El Doctor se interesaba por la vida de Cipriano, le desconcertaba su desprendimiento pecuniario, su largueza. Habían hablado mucho durante los últimos meses, tanto que Cipriano empezó a descubrir en Cazalla un hombre nuevo, sobrio y santo sí, pero con una sombra de presunción en sus móviles. El Doctor se vanagloriaba de lo que era y de lo que representaba. Si sus actos hubieran sido secretos tal vez su comportamiento hubiera sido distinto. Y no es que Cipriano atribuyera doblez al Doctor, no creía que actuara buscando el aplauso, pero tampoco que fuese indiferente al elogio y la admiración.

Se desvió del camino en Quintana del Puente. Al fondo, a la izquierda, en la falda de la colina, se iniciaba la moheda y, en los bajos, un mar de cereal, todavía fresco, cabeceaba suavemente con la brisa. En algunos puntos clareaban las cebadas y, al pie del cerro, antes de alcanzar el monte, divisó una pequeña braña, fresca, de un verde tierno. El agua transparente manaba en abundancia del venero y se derramaba por el prado. Acercó a *Pispás* y le dejó beber hasta saciarse. El agua iba borrando las espumas blancas de sus belfos mientras su lomo dejaba de temblar. Cuando le vio satisfecho se internó con él en la espesura. Los gazapillos de las camadas de primavera correteaban alarmados en todas direcciones y desaparecían en los vivares. A media ladera, Cipriano descabalgó, quitó la silla a *Pispás* y lo dejó pastando libre, en el claro. Su criado Vicente adiestraba bien a los caballos. Tanto *Relámpago* como ahora *Pispás* tenían un comportamiento más propio de perros que de équidos. Jamás perdían de vista al amo aunque se alejasen y acudían a su

encuentro en cuanto le oían silbar. Esto daba al animal una gran libertad de movimientos e infundía tranquilidad al jinete. Cipriano sacó del fardillo una enorme hogaza abierta, con carne y salchichas en su interior y una botija de vino. Desde su posición dominaba la gran nava, donde ondulaba el cereal, hasta las colinas grises de enfrente, las aguas del Arlanzón fluyendo hacia Quintana y el camino, paralelo al río. El tiempo estaba quedo. Buscó un abrigo a la solisombra de una carrasca, se tendió y en pocos minutos quedó dormido.

Cuando despertó, ya puesto el sol, lo primero que vio fue la cabeza de *Pispás*, alarmado, a dos pasos de donde estaba, mirándole. Relinchó alegremente al verle levantarse y se dejó ensillar dócilmente. Cipriano bajó al camino de Burgos entre dos luces, picó espuelas y reanudó el viaje. La oscuridad le iba envolviendo sin advertirlo, sin lograr apagar del todo la leve fosforescencia de la carrera. De este modo sus ojos se iban habituando a la oscuridad y podía correr sin riesgo. Algún arriero se apartaba al sentir el galope de *Pispás*, pero de ordinario el camino estaba desierto. Como una exhalación, Cipriano franqueó la ciudad de Burgos y cogió el camino de Logroño, un poco más angosto, de tierra rosada. Llevaba la mente concentrada en la carrera, pensando en los obstáculos que podrían aparecer, y únicamente, de vez en cuando, pensaba en Cristóbal de Padilla, si habría sido interrogado, si los habría delatado ya. A cada minuto que transcurría se sentía más seguro, más alejado de las fuerzas de la Inquisición que se pondrían en movimiento tan pronto el detenido hablase. Antes de Santo Domingo de la Calzada, Cipriano Salcedo determinó cambiar de caballo. Las espumas del belfo de *Pispás* fosforecían en las tinieblas y de cuando en cuando le agarraba en las ancas un agitado temblor. El animal se hallaba extenuado. Cipriano había pensado hacer con él veinticuatro leguas y había hecho más de veintisiete. Entró en Santo Domingo al trote cochinero. A orilla de la carrera divisó la Casa de Postas y se detuvo frente a ella. La lucecita de una candela brillaba en la segunda ventana y temió que alguien velase a aquella hora. Se apeó de *Pispás* y rodeó la casa de postas por el acceso embarrado. Al fondo estaba el establo y, en el patio anterior, pernoctaban dos caballerías. Avanzaba pegado al edificio, la espalda contra él, para evitar ser visto si alguien se asomaba. Medio a ciegas eligió el caballo y lo sacó hasta el patio, lo observó con mayor detenimiento. Era un jamelgo de cabeza grande pero parecía fuerte y descansado. Cambió la silla y encerró a *Pispás* en el establo con una bolsita con dos ducados al cuello y una nota en la que decía: «No le pago el caballo sino el favor». Le pareció oír ruido en una de las ventanas que

se abría al camino y se aplastó contra el muro. Era el miedo el causante, la casa dormía. Propinó al caballo unas afectuosas palmadas en el cuello y lo montó. En las medias tinieblas parecía un bicho ruano de cabeza moruna y largas crines. Poco obediente a las espuelas, partió hacia Logroño a un galope regular. Cipriano recorrió otras ocho leguas antes de amanecer pero no a *caballo reventado*, como había hecho con *Pispás*, sino al ritmo uniforme que *Cansino* marcaba, ajeno por completo a sus estímulos. Ya con el sol en el cielo, rodeado de viñas con hojas tiernas, Cipriano tomó una senda a la derecha hasta alcanzar el soto del río Iregua. Ahí se apeó, ató las manos al caballo, almorzó y se tumbó al sol cálido de la mañana. Despertó a media tarde, volvió a comer y echó una ojeada a *Cansino*, tumbado unos metros más allá, mordisqueando las hierbas a su alcance. Ahora se daba cuenta de la falta de clase de la cabalgadura. Únicamente había visto en su vida un penco más desangelado que aquél: el *Obstinado* de Teo, su mujer, el vergonzoso acompañante de su tornaboda. Esperó al lubricán para salir de nuevo al camino. *Cansino* adoptó el paso uniforme de la víspera y lo sostuvo a lo largo de toda la noche. Era su forma de galopar, había que resignarse. En la posta de El Aldea, entre Logroño y Pamplona, lo cambió por otro. En esta ocasión, Cipriano depositó cinco ducados en la bolsita y una nota pidiendo disculpas por el cambio. El nuevo caballo era un bridón con estilo, cuya arrogancia se mostraba especialmente en el galope. No era desde luego *Pispás* pero tampoco *Cansino*; esta vez había ganado en el cambio. Cabalgó toda la noche y al amanecer se internó en un sardón de roble a un par de leguas de Pamplona. El fin de su viaje estaba a la vista y pensó que, al día siguiente, tendría que esperar al crepúsculo para entrar en Cilveti y entrevistarse con Echarren.

Cuando le asaltó el pensamiento de sus hermanos en Valladolid tuvo clara conciencia de que Padilla había hablado. Cipriano, tras varias experiencias al respecto, creía en la transmisión de pensamiento. La redada ha comenzado, se dijo. Trató de imaginar quiénes habrían intentado escapar y, al momento, pensó en don Carlos de Seso como seguro. Don Carlos podía estar ya en Francia, pero ¿quién más? Del cura Alonso Pérez presumía que no y tampoco de los Cazalla: don Agustín estaba demasiado entregado y a Pedro le consideraba incapaz de correr una aventura semejante. ¿Quién, entonces? Desconocía los arrestos de los Rojas, fray Domingo y su sobrino Luis, y descartaba al joyero Juan García, excesivamente pusilánime. ¿Pedro Sarmiento tal vez? ¿El bachiller Herrezuelo? De nuevo le vino a la cabeza la figura de Ana Enríquez. Podría haber huido con él. Quizá en ese momento el

alguacil de la Inquisición estuviera deteniéndola en la finca de La Confluencia. Ana no era una mujer para ingresar en la cárcel secreta de Pedro Barrueco, aquel caseretón destartalado y lóbrego que imponía con sólo mirarlo. En cualquier caso, la cárcel secreta resultaría insuficiente para albergar a los presuntos sesenta herejes de la villa. La ley imponía el aislamiento de los reos, pero la cárcel de la calle Pedro Barrueco no disponía de sesenta celdas individuales. ¿Qué determinación tomaría el Santo Oficio? Hacía tiempo había comenzado la construcción de una nueva Casa de la Inquisición frente a la iglesia de San Pedro, pero por mucho que se acelerasen las obras no podrían terminar antes de un año. Posiblemente los encerrasen por parejas o por grupos poco afines. Las autoridades inquisitoriales, por grande que fuese su poder, no conseguirían esta vez la total incomunicación de los presos. El recuerdo de Ana Enríquez le indujo a acariciarse la mejilla izquierda. Después de tres días de viaje su barba había crecido pero aún creía notar la huella de sus labios. ¿Qué había querido decirle al darle la paz en el rostro? ¿Tal vez que le esperaba? ¿Manifestarle su alegría ante su decisión de huir? ¿Una simple prueba de fraternidad? Dio media vuelta entre la hojarasca y vio al caballo saltar con las manos trincadas. No le venía el sueño como los días anteriores pero cerró los ojos e intentó reconciliarse con Nuestro Señor. Pensaba mucho en Ana Enríquez, en el fondo admiraba su belleza y su coraje, pero su decisión de conservarse puro estaba por encima de estas debilidades. Se hallaba solo, el silencio del campo, salvo el lejano graznar de los cuervos, era total, ¿por qué no bajaba a su lado Nuestro Señor? ¿Tal vez la luz era excesiva? ¿Reservaba sus comparecencias para los templos? ¿Tendría razón el Doctor cuando afirmaba que la quimera era indicio de debilidad mental? ¿Padecería alucinaciones? Caía el sol cuando despertó. El caballo, de salto en salto, había puesto distancia por medio. Lo encontró bebiendo agua en el cangilón de una noria, al borde del arcabuco. Lo ensilló y buscó el camino, ya anochecido. No tenía prisa pero, al día siguiente, hizo un alto en Larrasoaña, su última comida y su última siesta. Deliberadamente aguardó a que se hiciera noche cerrada para entrar en Cilveti. El pueblo parecía desierto y, sin embargo, la puerta de Echarren, la de su casa, se encontraba abierta. También la trasera. Le llamó la atención el número de mulas que se juntaban en el patio pero no sospechó nada. Se sentía lejos de cualquier asechanza. ¿Cómo podían imaginar los alguaciles de la Inquisición que uno de los hombres que buscaban se encontraba en este momento en Cilveti? Ató el caballo a la puerta y subió a tientas. La mujer de Echarren, con un candil en la mano, le acompañó en silencio a la sala que ya conocía. Oyó rumores de

conversaciones, de cuchicheos en la habitación vecina y, de improviso, entró un hombre con el blasón de la Orden de Santo Domingo en el pecho, sobre el sayo, y dos arcabuceros detrás, apuntándole con sus armas. Cipriano se incorporó, retrocedió sorprendido:

—En nombre de la inquisición, daos preso —dijo el alguacil.

No ofreció resistencia. Acató la orden de sentarse ante el oficial, los dos arcabuceros tras él. Luego entró Pablo Echarren, con el cabello alborotado, en jubón, en compañía del secretario, que se sentó junto al alguacil con unos papeles blancos sobre la mesa. El oficial miró a Echarren, a su lado, de pie:

—¿Éste es el hombre?

—Él es, sí señor.

Desde el otro lado de la mesa, el alguacil miraba la cabeza reducida y proporcionada, las manitas peludas de Cipriano:

—Lo recordaba usted bien —dijo como para sí, sonriendo levemente.

Tenía las melenas lacias y sucias y bizqueaba ligeramente al fijar los ojos en él. Le sometió a un interrogatorio de urgencia. Cipriano venía de Valladolid, ¿no era así? Cipriano asintió. Meses atrás, en abril de 1557 había pasado a Francia por los Pirineos acompañado de Pablo Echarren. ¿Estaba bien informado? El alguacil bizqueó de satisfacción cuando Cipriano reconoció que así era, pero se desconcertó cuando añadió que había viajado varias veces al extranjero por exigencias de sus negocios. ¿Negocios? ¿Qué negocios? El alguacil no conocía su profesión y el secretario, a su lado, tomaba nota. Le preguntó por sus negocios, si no era impertinencia, y Cipriano, a su pesar, se vio obligado a mencionar el zamarro y las ropillas aforradas. Del zamarro había oído hablar el alguacil, claro, todo el mundo conocía la gran revolución del zamarro, el zamarro de Cipriano, ¿no es así?

—Cipriano soy yo —dijo Salcedo.

El alguacil acogió con interés la revelación del detenido. El presumible dinero del preso suavizó el interrogatorio. El secretario anotaba sus declaraciones. Cipriano tenía relación comercial con Flandes y los Países Bajos. Los mercaderes de Anvers eran los distribuidores de zamarros y ropillas en el norte y centro de Europa. Ahora era el bizco el que asentía satisfecho y complacido. Pero su contacto más importante había sido con el celebérrimo Bonterfoesen, el comerciante más acreditado del siglo. El alguacil prosiguió la instrucción en otro tono. Había salido de Valladolid hacía tres días y medio. ¿Estaba enterado de la detención de Cristóbal de Padilla? Y ¿de la de todo el grupo luterano de Valladolid? Cipriano lo ignoraba. Esto debía haber ocurrido después de su partida, dijo. El secretario

escribía y escribía. De pronto, Cipriano cerró la boca, empezó a responder con evasivas. ¿Conoce al Doctor Cazalla? Prefiero no contestar a esa pregunta, dijo. El alguacil prolongó el interrogatorio unos minutos más. Señaló a Pablo Echarren: y ¿a este hombre? Naturalmente Cipriano le conocía, sabía de su destreza, de su sentido de la orientación. ¿Quién se lo recomendó? Salcedo miró a Echarren y advirtió que estaba esposado. Para un comerciante que viaja a Europa con frecuencia, el señor Echarren no necesitaba presentación, dijo. Le maniataron también al acabar. Luego se oyó ruido de gente en el patio y, cuando salió, le introdujeron con Echarren y dos arcabuceros en un carruaje de dos caballos. Detrás, dándoles escolta, el alguacil y el secretario, montados en sendas mulas, y dos familiares de la Inquisición.

Llegaron a Pamplona a altas horas de la noche y Vidal, el interrogador, entregó los presos al encargado de la cárcel santa. Se hallaba casi vacía. Fueron introducidos en dos celdas y, una vez tendido en su camastro, Cipriano trató de serenarse. Le habían detenido. Todo había sido demasiado rápido e imprevisto. Su celda era pequeña, apenas el petate, una mesa, una silla y un gigantesco orinal con tapadera en un rincón. Oía pasos en el piso alto, pasos marciales, firmes, como de soldados. Transcurrieron así dos días con dos noches. AI tercer día, al anochecer, se oyó arriba ruido como de carreras. A través del guardián que le traía la comida y por Genaro, que limpiaba a diario los orinales, supo Cipriano que había otros dos detenidos: don Carlos de Seso y fray Domingo de Rojas. Los habían prendido, según el guardián, en la frontera Navarra y Seso había dicho que lo suyo no era una fuga, que no tenía intención de huir, sino que iba a Italia, a Verona, donde acababan de morir su madre y su hermano. Por su parte, fray Domingo de Rojas admitió que se dirigía a encontrarse con el arzobispo Carranza, que en Castilla se encontraba incómodo y que, sobre todo, pretendía evitar la deshonra que su posible detención acarrearía sobre la Orden. Habían estado presos tres días en la casa del comisario de la Inquisición, hasta que el obispo de Pamplona, don Álvaro de Moscoso, ordenó su traslado a la cárcel secreta. A don Álvaro le chocó el atuendo del fraile, un vestido de raso verde con sombrero de plumas y cadena de oro al cuello. Otro hábito es éste que el que llevó vuestra paternidad al Concilio, le dijo irónicamente el obispo, a lo que fray Domingo de Rojas respondió: Reverencia, mi hábito lo llevo en el corazón. Luego aludió Rojas a la actitud de Carranza, el arzobispo de Toledo, en cuya busca iba, pero don Álvaro de Moscoso le advirtió que olvidase ese nombre, que el arzobispo nada tenía que ver en este pleito. Fray Domingo aclaró que el virrey de Navarra les había facilitado salvoconductos para pasar

a Bearne, pues llevaban cartas de recomendación para la Princesa y que la intromisión del Santo Oficio había sido injustificada. Andaba con ellos un señor grueso, al que llamaban Herrera, alcalde de Sacas de Logroño, también preso, quien les había dado favor para que emigraran a Francia. Admitió la acusación pero hizo constar que nada sabía de que la inquisición tuviera cargos contra los dos detenidos.

Don Carlos de Seso conservaba su apostura y dignidad. Cipriano le vio pasar hacia los calabozos por la mirilla con su gallardía habitual, ropas sueltas, vigorosos ademanes, rostro arrogante y altivo. Encerrado en la celda contigua, Salcedo le oía pasear, cuatro pasos a un lado y cuatro a otro. De ordinario el carcelero no les visitaba y tanto el intendente como Genaro, el encargado de la limpieza, aparecían de tarde en tarde y a horas fijas y, fuera de ellas, transitaban por el pasillo tan sólo ocasionalmente. Al segundo día del encierro de Seso y Rojas, y aprovechando el eco del sótano, Cipriano llamó por el buco de la puerta al primero. Don Carlos no tardó en oírle y se sorprendió de tenerlo tan cerca. Sí, el virrey le había comunicado que en Valladolid había habido una gran redada de presos, que no cabían en la cárcel secreta, que habían empezado los procesos y que el Doctor era el centro de ellos. Por su parte, Cipriano le contó su fuga, cabalgando de noche y descansando de día, hasta su prendimiento en Cilveti en casa de su recomendado Pablo Echarren, detenido también. Don Carlos le advirtió que no iniciarían el traslado a Valladolid hasta que detuvieran a Juan Sánchez, criado de los Cazalla, el único de los fugados que había logrado refugiarse en Francia.

Juan Sánchez llegó a la cárcel secreta de Pamplona cuatro días más tarde y, al siguiente, viernes, la comitiva se puso en camino hacia Valladolid. Abrían marcha, a caballo, el bizco Vidal y los otros tres alguaciles enviados a prenderlos; detrás iba el grupo de presos a pie, maniatados, fray Domingo de Rojas con su sombrero de plumas en la cabeza, flanqueados por familiares de la Inquisición y, velando la retaguardia, doce arcabuceros curiosamente uniformados, con ropillas, calzas-bragas, sombreros de visera y zapatos picados. Era un grupo heterogéneo y extravagante, de poco más de dos docenas de personas, acogido en los pueblos y aldeas que atravesaban con denuestos y amenazas. Vidal, el alguacil que prendió a Cipriano en Cilveti, parecía comandar el destacamento. El plan era recorrer cinco o seis leguas diarias, almorzar en el campo y dormir en casas o pajares previamente apalabrados por emisarios de la Inquisición. En principio, Cipriano acogió la luz del sol con agrado, el paisaje, la actividad, pero, poco habituado al

ejercicio, la primera noche llegó a Puente la Reina fatigado. Al día siguiente, a las siete de la mañana, después de comer un mendrugo con queso, ya estaban de nuevo en camino. Con un concepto primario del orden, Vidal, el alguacil bizco, los distribuyó en dos parejas, Juan Sánchez y él, que eran los de menor estatura, primero, y el dominico y don Carlos de Seso detrás. La norma de silencio, que se respetaba durante la primera hora de marcha, se relajaba después, cuando los arcabuceros empezaban con sus cuentos y chascarrillos, momento que aprovechaba Juan Sánchez para hacer partícipe a Cipriano Salcedo de pormenores de su vida y de su aventura desde la salida de Valladolid hasta su prendimiento en Turlinger. El sol apretaba de firme y, a mediodía, los emisarios les esperaban en algún sombrajo próximo al camino, generalmente en el soto de los ríos, en cuyas aguas, los miembros de la escolta se bañaban desnudos, turnándose en la vigilancia de los presos, mientras éstos sumergían sus pies en la corriente con gran alivio del dominico. Luego almorzaban, los reos con las manos atadas, en grupo aparte, a la vista de los guardianes, y terminada la comida, sesteaban, mientras el fuego del sol arrasaba los campos y los cuatro detenidos podían cambiar impresiones o leer papeles comprometidos. A las dos, cuando mayor era el bochorno, reanudaban la marcha en la misma disposición: los cuatro alguaciles a caballo, abriendo marcha, los presos, flanqueados por familiares detrás y, en retaguardia, los doce arcabuceros armados. Al discurrir por los pueblos, las mujeres y los mozos les insultaban y, a veces, les tiraban cubos de agua desde las ventanas. Un día, ya en tierras de La Rioja, los campesinos que andaban excavando las viñas interrumpieron la faena para quemar dos muñecos de sarmientos a la orilla del camino, mientras les llamaban herejes y apestados. El campo allí se arrugaba en unas lomillas de tonos rosados y el verde suave de las cepas les imprimía una atractiva plasticidad. Sobre las siete concluían la etapa diaria, cenaban en el pueblo escogido por los emisarios y pernoctaban en casas de la Inquisición o en los pajares de las afueras, olvidando por unas horas los ardores del sol y el escozor de sus pies lastimados.

El emparejamiento con Juan Sánchez dio ocasión a Cipriano de conocer superficialmente al criado de los Cazalla. Le hablaba de Astudillo, el pueblo de Palencia donde había nacido, de don Andrés Ibáñez, el cura a quien hacía de monaguillo, de sus trabajos en el pastoreo y la siega. Ya de mozo, sirvió de fámulo al comendador griego Hernán Núñez, quien le enseñó a leer y escribir, y dos años más tarde sintió la llamada de Dios. Quiso hacerse fraile pero fray Juan de Villagarcía, su confesor, le sacó la idea de la cabeza. Después marchó

a Valladolid donde sirvió a los Cazalla y otros amos y asumió la doctrina luterana. Otros días, Juan Sánchez le hablaba de su huida a Castro Urdiales *a caballo reventado* tan pronto se conoció la detención de Padilla. En las postas robaba monturas sin preocuparse de gratificar a los venteros. Ya en la costa entró en contacto con un holandés, mercader de una *zabra*, que le llevó a Flandes por diez ducados. Cuando los sabuesos de la Inquisición llegaron al puerto, Juan Sánchez llevaba treinta y ocho horas navegando en alta mar. En el barco escribió a una devota suya, doña Catalina de Ortega, luterana también y a cuyo servicio había estado, contándole su peripecia, y a Beatriz Cazalla, de la que siempre estuvo enamorado, y a la que daba cuenta de la furiosa tempestad que estuvo a punto de hacer zozobrar a la *zabra* pero que él soportó todo encomendándose a Nuestro Señor, «porque estaba aparejado a vivir y morir como cristiano». Al concluir le declaraba su amor, que había ocultado durante seis años.

Fray Domingo de Rojas, que había escuchado palabras sueltas del relato de Sánchez, le preguntó intempestivamente durante la siesta cómo se había dejado prender una vez en el extranjero, que eso no le habría ocurrido a él ni a nadie con dos dedos de frente.

—El alcalde de corte de Turlinger ordenó detenerme y me entregó al capitán Pedro Menéndez, que había salido en mi busca —respondió Juan humildemente.

De pronto, el dominico se enzarzó con el criado, echándole en cara sus insensatas prédicas que habían perdido al grupo. Le culpó de haber engañado a las monjas de Santa Catalina y a su hermana María y, ante tamaña acusación, Juan Sánchez perdió los estribos y empezó a despotricar y a dar tan grandes voces que tuvieron que venir dos oficiales del Santo Oficio para poner orden. Cuando reanudaron el viaje, Juan confió a Cipriano que el cura le odiaba porque tenía pujos aristocráticos y nunca se fió de la eficacia misionera de la plebe.

Pero, de ordinario, caminaban en silencio. Sánchez y Salcedo oían, detrás de ellos, el arrastrar de pies de fray Domingo y los pasos firmes de don Carlos de Seso, que muy raramente cambiaban una palabra entre ellos. El dominico estaba convencido de que únicamente ahorrando hasta la última gota de saliva podría llegar vivo a Valladolid. Era de complexión fuerte, pero blando, se quejaba de los juanetes y, cada vez que la cuerda se detenía, se manoseaba impúdicamente los pies. Molestias aparte, su gran preocupación, como la de sus compañeros, era el porvenir. ¿Qué les aguardaba? Sin duda un proceso y, tras él, un castigo. Pero ¿qué clase de castigo? Don Carlos de Seso conocía la

carta del inquisidor Valdés a Carlos V, retirado en Yuste, en la que rogaba que *se atajase tan gran mal y que los culpados fueran punidos y castigados con el mayor rigor sin excepción de ninguna clase.* Seso interpretaba esto en el sentido de que se preparaba un escarmiento ejemplar, sin precedentes en España. El corregidor de Toro disponía de una gran habilidad para hacer amigos y hablaba con unos y otros sin distinción, tanto con los oficiales como con los soldados y, si se terciaba, con los familiares de la Inquisición. Estaba al día de todo. Sabía todo. Temía tanto a Felipe II como a Carlos V, y tenía el convencimiento de que antes de 1558 los castigos hubieran sido más leves, pero hoy Pablo IV no cejaba, decía. En los descansos de la tarde les informaba de estos asuntos, de la carta del inquisidor Valdés al Emperador, de las de éste a su hija, la gobernadora en ausencia de su hermano, y a Felipe II, pidiendo *prisa, rigor y recio castigo*. Muchos no saldremos de ésta, decía, y llegó a tramar un plan para fugarse, aunque no encontró ocasión de llevarlo a cabo.

En general, era lo inesperado, los incidentes de cada día, lo que daba contenido a sus preocupaciones y a sus breves charlas de sobremesa. Un día, todavía en Navarra, un pueblo bien organizado atacó con piedras a los presos. Eran hombres y mozos armados con hondas que surgían de las bocacalles y los apedreaban sin compasión. Los cuatro oficiales los perseguían a caballo, pero, tan pronto desaparecían, otro grupo surgía en la encrucijada siguiente con nuevos bríos y pedruscos de mayor tamaño. Un soldado fue herido en la frente y cayó desvanecido y, entonces, sus compañeros dispararon sus arcabuces *tirando a las piernas*, como voceaba el bizco Vidal desde su caballo. Las hostilidades se endurecían por momentos. Las mujeres arrojaban desde los balcones herradas de agua hirviendo y llamaban cabrones, herejes hijos de puta a los presos. Cipriano, en un movimiento instintivo, había arrastrado a Juan Sánchez contra un muro de piedra y ahora veían caer ante ellos cortinas de agua humeante. Entonces el vecindario empezó a vocear: ¡Quemarlos aquí! ¡Quemarlos aquí!, cercándolos en la plaza de tal modo que los soldados tuvieron que disparar de nuevo sus arcabuces. Cayó un mozo herido en el muslo y, al ver la sangre, el pueblo se encorajinó todavía más y atacó con mayor denuedo al piquete. Un segundo herido les convenció, segundos después, de la inutilidad de sus esfuerzos y la carga de los caballos de los oficiales, por último, acabó dispersándolos.

En otra ocasión, próximos a Saldaña de Burgos, los mozos prendieron fuego al pajar donde dormían. Un arcabucero dio la voz de alarma y gracias a él pudieron salir indemnes. Pero, en derredor, y a lo largo del camino, se

quemaban peleles de paja y, a la luz de las pacas incendiadas, penduleaban los espantajos colgados de las ramas de los olmos. El pueblo enardecido exigía el auto de fe, los calificaba de luteranos, leprosos, hijos de Satanás y algunos, en plena exaltación patriótica, gritaban ¡Viva el rey! Tuvieron que salir del pueblo a las tres de la madrugada y el amanecer les sorprendió en el campo. En Revilla Vallejera, cuadrillas de braceros, con sus asnos y sus botijos, segaban ya las cebadas que blanqueaban entre el amarillo tostado de los trigos. Era una estampa bucólica que contrastaba con el ruido y la furia de los campesinos. El bizco Vidal ordenó hacer a las once el alto de mediodía y el destacamento acampó bajo una arboleda, a orillas del Arlanzón. En un gesto de humanidad, el bizco Vidal autorizó a bañarse a los presos «sin apartarse de la orilla, pues con las manos atadas podrían ahogarse». Fray Domingo no se bañó. Se sentó a la orilla del río y dejó que la corriente acariciase sus lastimados pies, tan blancos, que las bogas acudían en pequeños bancos a mordisquear las yemas de sus dedos creyéndolos comestibles. Para Cipriano, el baño, el hecho de sentir las aguas tibias sobre la piel, fue como despojarse del viejo cuerpo cansado, como si la fatiga, los piojos, el calor y los nervios del camino no hubieran existido nunca. Después de cinco semanas sin bañarse, aquello era como una resurrección. Nadaba de espaldas, impulsándose con los pies, como una rana, iba y venía, preocupado únicamente de sus guardianes, de no alejarse y provocar una reacción contra él,

A partir de Burgos, a medida que se iban aproximando a Valladolid, el recibimiento de los pueblos era cada vez más hostil. Grandes hogueras, como anticipo de su suerte, humeaban al atardecer en las parcelas segadas aprovechando las morenas y la paja seca de los rastrojos. Los campesinos mostraban una animosidad despiadada, les insultaban, les arrojaban hortalizas y huevos. Cipriano, empero, cada vez que dejaba atrás un pueblo se reconciliaba con la situación, recreaba sus ojos en los extensos campos de trigo mecidos por la brisa, reconocía el camino recorrido en su fuga con *Pispás*, los pequeños accidentes del paisaje, la jugosa braña donde el primer día dio de beber al caballo. Era ya terreno familiar el que pisaba y, a la altura de Magaz, cuando se desató el furioso nublado de agua y granizo, apersogó a los caballos e hizo tender a todos en el barro para conjurar el riesgo de las exhalaciones.

La última noche la pasaron en una amplia casa de Cohorcos, lejos del pueblo, a orillas del Pisuerga, a cuatro leguas de la villa. Por la tarde llegó un enviado de la Inquisición ordenándoles que no entraran en Valladolid hasta

pasada la medianoche. Las turbas andaban alborotadas y temían un linchamiento. Retrasaron la hora de partida y sobre las cinco de la tarde acamparon en el Cabildo, a media legua de Valladolid, junto al río. Había que esperar otras ocho horas. Fray Domingo de Rojas murmuraba que, a pesar de todo, lo matarían. Temía a su familia, a los miembros más exaltados de ella. No sólo le reprochaban su condición de renegado sino el haber pervertido a su sobrino Luis, marqués de Poza, que desde muy joven se había incorporado a la secta. A medianoche, después de ordenar a los reos que se lavasen y acicalasen, el bizco Vidal dio la orden de partida. Los alguaciles habían enjaezado a sus caballos y los doce arcabuceros se esforzaron por uniformar sus harapos. Al atravesar el Puente Mayor, lo único que se oía era el golpear de los cascos de los caballos sobre el empedrado. Había media luna y se veían las calles desiertas. La torre de Santa María de la Antigua, bajo el resplandor violáceo, semejaba una aparición. Tras ella, las eternas obras de la iglesia Mayor, que nunca se terminaban. Los caballos abocaron a la calle de Pedro Barrueco, donde se alzaba la cárcel secreta. La idea del regreso, la proximidad de los miembros del grupo, de doña Ana Enríquez, se imponían ahora a la fatiga de Cipriano. Pensó un momento en el fracaso de su fuga, en que su situación era ahora pareja o peor que la de los que se habían quedado, en la inutilidad de tantas penalidades padecidas. El bizco Vidal dio la voz de alto ante el viejo caserón. A su aldabonazo respondió un soldado, Vidal preguntaba por el alcalde. Cuando éste salió, con su capotillo de dos haldas, los ojos cargados de sueño, el bizco Vidal le hizo entrega de los cuatro reos en nombre del Santo Oficio: fray Domingo de Rojas, don Carlos de Seso, don Cipriano Salcedo y Juan Sánchez, nombres que el alcalde anotó en un cuaderno a la luz de un candil, y luego firmó.

XVI

A Cipriano Salcedo le correspondió compartir celda con fray Domingo de Rojas. Hubiera preferido un compañero menos adusto, más abierto, pero nadie le dio a elegir. Fray Domingo continuaba con su grotesco vestido de lego y lo único que había suprimido de su disfraz era el estrambótico sombrero de plumas. Paulatinamente, Cipriano fue informándose de la situación del resto de los presos. Don Carlos de Seso había sido emparejado con Juan Sánchez, enfrente se hallaba la celda del Doctor, más al fondo, en otra más grande, convivían cinco de las monjas del convento de Belén, y Ana Enríquez compartía calabozo con la sexta, Catalina de Reinoso. Como Salcedo había presagiado, los emparejamientos fueron inevitables. La cárcel secreta de Pedro Barrueco, suficiente para una situación normal, para una esporádica redada de judaizantes o moriscos, se quedó pequeña para la afluencia de luteranos en la primavera de 1558. Las detenciones, el alto número de éstas, habían sorprendido al Santo Oficio con un penal de no más de veinticinco celdas disponibles y el edificio en construcción del barrio de San Pedro, apenas con los cimientos. Valdés no tuvo otro recurso que olvidarse de la incomunicación, encerrar a los reos de dos en dos, de tres en tres y, en el caso de las religiosas de Belén, hasta cinco en una misma celda. Sin embargo Valdés, siempre perspicaz, exigió que en los emparejamientos se tuvieran en cuenta el diverso rango social e intelectual de los encerrados y el grado de su relación anterior. Éstos eran los casos, por ejemplo, de don Carlos de Seso con Juan Sánchez y el de Salcedo con fray Domingo de Rojas.

Afinada su capacidad de adaptación, Salcedo no tardó en acomodarse a las condiciones del nuevo cautiverio. La celda, doble que la de Pamplona, tenía solamente dos huecos en sus muros de piedra: un ventano enrejado a tres varas del suelo, que se abría a un corral interior, y el de la puerta, una pieza maciza de roble, de un palmo de ancha, cuyos cerrojos y cerraduras chirriaban agudamente cada vez que se abrían o se cerraban. Los catres se extendían paralelos a ambos lados de la celda, el del dominico bajo el ventano y, en el ángulo opuesto, en la penumbra, el de Cipriano. Con los petates, en un suelo de frías losas de piedra, apenas había una pequeña mesa de pino con dos banquetas, el aguamanil con un jarro de agua para el aseo y dos cubetas cubiertas para los excrementos. La medida del tiempo se la facilitaba a Cipriano el ritmo de las visitas obligadas: la del ayudante de carcelero, Mamerto, a horas fijas, para las comidas, y la del otro ayudante, Dato de

nombre, de sucia melena albina y calzones hasta la rodilla, que, al atardecer, vaciaba los recipientes de inmundicias y baldeaba sucintamente la estancia las tardes de los sábados.

Mamerto era un muchacho desabrido, imperturbable que, tres veces cada día, depositaba sobre la mesa las escasas raciones en sendas bandejas de hierro que recogía vacías en la visita siguiente. Dada la época del año, vestía únicamente jubón, calzas abotonadas de tela ligera y calzado de cuerda. Nunca daba los buenos días ni las buenas noches pero no podía decirse que su trato fuera duro. Simplemente traía o se llevaba las bandejas sin hacer comentarios sobre el buen o mal apetito de los reclusos. Por su parte, Dato no se sometía a las normas carcelarias con la misma rigidez. Cada vez que sacaba las letrinas o las devolvía a su sitio, lo hacía tarareando una canción frívola como si, en lugar de heces, transportase ramos de flores. Su boca se abría en una boba sonrisa desdentada, inalterable, que no se borraba de su rostro ni las tardes de los sábados durante el baldeo. Aunque la Regla prohibía cambiar impresiones con los reclusos, a Salcedo, más accesible que su compañero, le daba las buenas tardes y le llevaba noticias o informes vagos que no le servían al prisionero de gran cosa. Menos atildado que Mamerto, vestía un capotillo de dos haldas, de cordilla, del que únicamente se despojaba los sábados para baldear la celda. Quedaba, entonces, en jubón y calzones, descalzo, sin que el hecho de aligerar su abrigo se tradujera en una mayor laboriosidad.

Fray Domingo soportaba mal las confianzas de Dato, aceptaba el ir y venir lacónico de Mamerto, pero la oficiosidad del otro, su sonrisa boba y desdentada, sus greñas de pelo albino cayéndole por los hombros, le sacaban de quicio. Cipriano, en cambio, lo trataba con paciencia y dilección, le sonsacaba, pues siempre esperaba conseguir alguna noticia de la estolidez del funcionario. Le preguntaba por los ocupantes de las celdas contiguas y, a pesar de las señas imprecisas que Dato facilitaba, llegó a la conclusión de que, a su izquierda, estaban instalados Pedro Cazalla y el bachiller Herrezuelo, a su derecha, Juan García, el joyero, y Cristóbal de Padilla, el causante de sus males, y, enfrente, como le habían indicado, en una cija sin compañía, el Doctor. Los muros y tabiques de la cárcel eran tan gruesos que, a través de ellos, no se filtraba el menor signo de vida de las celdas colindantes.

Corpulento, papudo, envuelto en sus ropajes verdes y una estrafalaria loba doctoral, tumbado en el catre, bajo el ventano enrejado, el dominico leía. Al día siguiente de llegar pidió libros, pluma y papel. Ese mismo día, por la tarde, le trajeron varias vidas de santos, el *Tratado de las letras* de Gaspar de

Tejada, un tomito de Virgilio, un tintero y dos plumas. Fray Domingo conocía los derechos del reo y los ejercitaba con normalidad. El contenido de los libros no parecía importarle demasiado. Leía compulsivamente, con la misma concentración, un libro de caballería que a san Juan Clímaco, como si fuera una pura fascinación mecánica lo que las letras ejercían sobre él.

Conocedor de los entresijos de la inquisición, su organización y métodos, cada tarde, al despertar de la siesta, aleccionaba a Cipriano sobre el particular, le informaba sobre sus posibilidades de futuro. Había penas y penas. No había que confundir al reo relajado, con el relapso o el reconciliado. El primero y el último solían ser entregados al brazo secular para morir en garrote antes de que sus cuerpos fueran entregados a las llamas. Los relapsos, reincidentes o pertinaces, por el contrario, eran quemados vivos en el palo. Esta última pena había sido rara en España hasta el día, pero el fraile sospechaba que, a partir de este momento, se haría habitual. Le hablaba de los sambenitos, de llamas y diablos para los relapsos y con las aspas de san Andrés para los reconciliados. Las penas tenían distintos grados y matices, pero las sentencias solían mostrarse muy precisas. Entre ellas había que distinguir la de cárcel perpetua, la confiscación de bienes, el destierro, la privación de hábitos o de los honores de caballero, muchas de las cuales eran complementarias de otras penas más severas.

Fray Domingo le ilustraba igualmente sobre la estructura y funcionamiento del aparato inquisitorial o de los derechos de los reclusos. Se comunicaban de catre a catre, el fraile con su habitual voz henchida, elaborada en la laringe, Cipriano, con su humilde tono inquisitivo, el mismo que empleara en tiempos con el ayo don Álvaro Cabeza de Vaca con tan pobres resultados. Estas tertulias se habían hecho imprescindibles, pero, fuera de ellas, uno y otro hacían vidas separadas, se ignoraban, pues la compañía obligada podía llegar a ser insoportable, el peor de los suplicios carcelarios en opinión del fraile.

Fray Domingo de Rojas conservaba un alto concepto de sí mismo, se consideraba un hombre y un religioso importante. Seguramente de tan alta autoestima derivaban las plumas del sombrero con que se adornó durante su fuga. No tenía empacho en hablar de su persona, de su participación en la secta, pero se mostraba despiadado con algunos compañeros como Juan Sánchez, pervertidor de las monjas de Belén, decía, y de su incauta hermana María, y ambiguo con otros, como el arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza, a quien *nadie se atreve a echar el lazo*, solía decir. Otras veces afirmaba que Carranza no era luterano, pero su lenguaje sí que lo era. Hombre

inestable, hablaba a Cipriano de su vocación, de su ingreso en los dominicos, como miembro de una familia fervientemente católica. Su relación con la secta, como la de Cipriano, había sido breve, apenas se había iniciado cuatro años atrás. Ardiente proselitista, había llevado al protestantismo a un hermano y a varios sobrinos suyos. En Pamplona, al ser detenido, no lo había ocultado. Al contrario, se vanaglorió de ser un religioso moderno, abierto a las nuevas corrientes. Pero, bien iniciara sus confidencias por un lado o por otro, siempre concluía en Bartolomé de Carranza, su bestia negra. Que el teólogo gozara de libertad mientras sus discípulos, como él decía, se pudrían en las mazmorras, le irritaba sobremanera. Pero también le llegaría su hora. Valdés le odiaba y terminaría procesándolo. De momento, el fraile se acogía a su patrocinio por si su alta jerarquía pudiera servirle de algo.

Aparte sus charlas con fray Domingo, Cipriano Salcedo, muy abrigado pese a lo caluroso del verano, permanecía solo, aislado en la penumbra, inquieto por su situación. Dedicaba parte de las mañanas a habituarse a andar con grilletes, arrastrando las cadenas, pero sus rozaduras en los tobillos le martirizaban, le desollaban las canillas. Por eso, el catre, tumbado en él, o sentado en la banqueta, apoyando la nuca en el húmedo muro, eran sus posturas habituales. Leía algún rato por las tardes, sin provecho, y, a menudo, evocaba a Cristo para reconciliarse con él o pedirle luz para enfrentarse con el Tribunal. No pretendía exaltar su pasado ni renegar del presente únicamente por miedo. Aspiraba a ser sincero, de acuerdo con su creencia, pues a Dios no era fácil engañarle. Con los ojos entrecerrados, en cuyos párpados comenzaba a sentir un insidioso escozor, se lo decía así a Nuestro Señor, intentando concentrarse, olvidar dónde se encontraba. Ninguno de los pasos que había dado le parecía ligero o irreflexivo. Había asumido la doctrina del beneficio de Cristo de buena fe. No hubo soberbia, ni vanidad, ni codicia en su toma de postura. Creyó sencillamente que la pasión y muerte de Jesús era algo tan importante que bastaba para redimir al género humano. Encogido en su fervor, ensimismado, esperaba en vano la visita de Nuestro Señor, un gesto suyo, por pequeño que fuese, que le orientara. «Muéstrame el camino, Señor, —gemía, pero el Señor permanecía ajeno, en silencio—. Nuestro Señor no puede tomar partido, se decía, soy yo quien debe decidir, en aras de mi libertad». Pero le faltaba determinación, claridad, la lucidez necesaria. Y en esta espera impaciente permanecía, hasta que un comentario de fray Domingo o el agudo chirrido de los cerrojos, anunciando la visita de Dato, le sacaban de su ensimismamiento. Entonces se quedaba mirando al carcelero sin moverse, su melenilla lisa y desflecada asomando bajo su gorro rojo de lana,

sus desaseados calzones cubriéndole media pierna. El hechizo se había roto y la mente de Cipriano se incorporaba a su rutinaria vida sin resistencia.

Una tarde, Dato, antes de dirigirse a la letrina, pasó por su lado y, sin mirarle, depositó en su mano un papel doblado en mil pliegues. Cipriano se sorprendió. No hizo el menor ademán, sin embargo. Sabía que la compañía de fray Domingo no le obligaba a compartir con él las novedades, a comunicarle la venalidad del carcelero. Por eso quedó inmóvil hasta que Dato realizó el cambio de recipientes. Entonces desdobló el papel y, en la penumbra, forzando los ojos, leyó:

CONFESIÓN DE DOÑA BEATRIZ CAZALLA

Ante el tribunal del Santo Oficio, doña Beatriz de Cazalla declaró ayer, 5 de agosto de 1558, en el juicio que se le sigue, que ella había engañado al propio fray Domingo de Rojas. A su vez, Cristóbal de Padilla, de Zamora, fue engañado por don Carlos de Seso, mientras su hermano, don Agustín de Cazalla, había sido víctima del mismo don Carlos de Seso y de su hermano Pedro, párroco de Pedrosa. Juan de Cazalla había pervertido a su mujer y el Doctor a su madre, doña Leonor, con lo que prácticamente toda la familia Cazalla —Constanza vendría luego— quedaba adscrita a la secta luterana. Prosiguiendo con su sincera exposición, la declarante afirmó que doña Catalina Ortega había catequizado a Juan Sánchez y, entre los dos, al joyero Juan García. Por su parte, fray Domingo de Rojas pervirtió a su hermana María, aunque él lo niegue, y a buena parte de su familia. Cristóbal de Padilla, por su lado, al pequeño grupo de Zamora y su hermano Pedro, con don Carlos de Seso, al propietario de Pedrosa don Cipriano Salcedo.

Permaneció inmóvil, desconcertado, agarrotado por un extraño frío interior. Notaba en el estómago como la mordedura de una alimaña. Nunca tan pocos renglones podían haber causado tan hondos estragos. El desánimo le invadía. Cipriano Salcedo había imaginado todo menos la delación dentro del grupo. La fraternidad en que había soñado se resquebrajaba, resultaba una pura entelequia, nunca había existido, ni era posible que existiera. Pensó en los conventículos, en el solemne juramento final de los congregados, prometiendo que jamás delatarían a sus hermanos en tiempos de tribulación. ¿Sería cierto lo que decía aquella nota? ¿Era posible que la dulce Beatriz denunciara a tantas personas, empezando por sus propios hermanos, sin una vacilación? ¿Valía tanto la vida para ella como para incurrir en perjurio y enviar a su familia y amigos a la hoguera con tal de salvar su piel? Las lágrimas afloraban a sus ojos blandos cuando releía el papel. Luego pensó en Dato. Fray Domingo ya le había anticipado que la venalidad y la corrupción

tenían asiento en los mandos subalternos carcelarios, pero el escrito del ayudante no podía ser obra de un carcelario, ni siquiera del alcalde, sino de algún miembro del Tribunal, tal vez el secretario o, con mayor probabilidad, el escribano. Vio abierta una vía de comunicación con la que, en principio, no había contado pero, después de breve reflexión, decidió no mostrar la confesión de Beatriz Cazalla a fray Domingo. ¿Para qué encrespar aún más los ánimos? ¿Qué ganaba el fraile sabiendo que Beatriz le había delatado a él y prácticamente a todos los del grupo?

A la tarde siguiente esperó la llegada de Dato tendido en el catre. Llegaba canturreando, como de costumbre, pero, al acercarse al camastro, Cipriano le consultó a medía voz qué le debía. La respuesta de Dato no le sorprendió: la voluntad, dijo. Cipriano depositó en su mano un ducado que él miró y remiró, por un lado y por otro, con ojos de codicia. Luego le preguntó si le interesaría más información y Cipriano asintió. No ignoraba que había establecido un precio pero no lo consideró excesivo ni mal empleado. Desde que el dominico le hablara de las penas utilizadas contra los herejes, había intuido que su patrimonio sería confiscado algún día. Entonces pensó que Nuestro Señor le había inspirado la decisión de repartir sus bienes con sus colaboradores. En todo caso, su dinero en la cárcel no era mucho. Sorprendentemente, en Cilveti, apenas le registraron por encima buscando un arma. Al bizco Vidal, fuera de las armas y los papeles, nada le interesaba. Respetó su dinero. Su misión consistía en trasladarle sin daño de Pamplona a Valladolid y es lo que había hecho: aquí estaba, a disposición del Tribunal.

Concluía agosto y aún no había sido llamado a la Sala de Audiencias, en la parte alta del edificio, ni tampoco fray Domingo, su compañero de celda. El día 27, sin embargo, recibió una sorpresa. Don Gumersindo, el alcalde, acompañado del carcelero mayor, le anunció una visita. Aséese, le dijo, volveré por vuesa merced dentro de quince minutos. Cipriano no salía de su asombro: ¿quién podía preocuparse por él en estas circunstancias?

Cipriano entró en la sala de visitas deslumbrado, los pies ligeros, sin grillos. Después de casi cuatro meses viviendo en la húmeda penumbra de la celda, la luz del sol le dañaba los ojos, le ofuscaba. Ya en la escalera, por precaución, había entornado los párpados pero, al entrar en la pequeña sala, el sol brillando en los cristales le obligó a cerrarlos del todo. Era como si tuviera tierra dentro de ellos, como los del cadáver de *el Perulero* al ser desenterrado. Había oído cerrar la puerta y el silencio ahora era total. Poco a poco entreabrió los párpados y, entonces, divisó ante sí a su tío Ignacio. Sintió un sobresalto análogo al que experimentó de adolescente cuando su tío le visitó

en el colegio. No le esperaba; su tío siempre le sorprendía. Ambos vacilaron, pero, finalmente, se abrazaron y se dieron la paz en el rostro. Se sentaron después, frente a frente, y su tío le preguntó si tenía los ojos enfermos. Vivía en la oscuridad, dijo, pero inmediatamente precisó, casi en la oscuridad, y la falta de luz y la humedad le lastimaban la vista. Tenía los bordes de los párpados enrojecidos e hinchados y su tío le prometió enviarle un remedio a través del alcalde. Luego le dio una buena nueva: le habían ascendido a presidente de la Chancillería, cosa esperada pues era el más antiguo de los diecisiete oidores. La Chancillería y el Santo Oficio tenían buena relación y había sido autorizado para visitarle. Cipriano posaba en él sus ojillos pitañosos, sonriente, cuando le felicitó. Esperaba de su tío una regañina, incluso no se había movido de la postura en que quedó al sentarse, a la expectativa, pero su tío Ignacio no parecía reparar en su situación. Le habló como si conversaran en su casa, como si nada hubiera cambiado desde la última vez que se vieron. Se había desplazado a Pedrosa y había encontrado a Martín Martín animado y con la labranza organizada. De momento, los labrantines y pegujaleros de los pueblos próximos no habían levantado el gallo, lo que probaba que la fórmula utilizada para repartir la hacienda y subir los salarios a los jornaleros era civilizada y no perjudicaba a terceros. Tenía a su disposición su parte de la cosecha de cereales que había sido óptima y se esperaba, asimismo, de la viña un rendimiento superior al normal. Cipriano continuaba mirándole embobado, los ojos cobardes. Le conmovían las cortinas, los visillos, el pañito de encaje en que reposaba el candelabro, el feo cuadro de la Asunción de María sobre el sofá. Era como si hubiera abierto los ojos en un mundo distinto, menos hostil e inhumano. Su tío proseguía hablándole sin pausas, como si tuviera tasados los minutos de la visita. Ahora le contaba del almacén y del taller. Visitaba la Judería con alguna frecuencia, un par de veces al mes. El nuevo Maluenda le parecía, en efecto, trabajador y solvente. Se carteaba con Dionisio Manrique y en su última carta le decía que la flotilla de primavera, con su escolta, había llegado a Amsterdam sin novedad. En lo tocante al taller, Fermín Gutiérrez, el sastre, aparte su habilidad para el corte, había resultado un buen organizador, y los tramperos, pellejeros, curtidores, costureras y acemileros estaban satisfechos con los nuevos contratos. Cambió de conversación de improviso para decirle que la regla penitenciaria no imponía los andrajos como uniforme y que por el alcalde le enviaría también ropa nueva. A Cipriano le emocionaba su preocupación. Intentó darle las gracias pero su voz se quebró y sus ojos se llenaron de agua. Deseaba pedirle perdón antes de que se marchara,

convencerle de su buena fe al unirse a la secta, pero cuando abrió la boca apenas se le entendió una palabra: *religión*. Al oírla su tío extendió el brazo y le puso una mano efusiva en el hombro:

—Ése es el rincón más íntimo del alma —dijo—. Obra en conciencia y no te preocupes de lo demás. Con esa medida seremos juzgados.

De nuevo en su celda, la visita de su tío le dejó una sensación de irrealidad, como de algo ensoñado. No obstante, la llegada de ropa interior, un jubón, un sayo, unas calzas y el remedio para los ojos, le convenció de que su tío era algo real y tangible, como lo eran los visillos de la ventana, las cortinas, el pañito de encaje de la sala, o el cuadro de la Asunción.

Esa misma tarde, Dato le entregó disimuladamente otro papel plegado. AI desdoblarlo experimentó un almadiamiento y hubo de sentarse en la banqueta para afirmar las piernas. Era un extracto de la confesión de Ana Enríquez ante el Tribunal del Santo Oficio. Mientras leía, le era fácil adivinar su sufrimiento, el mar de dudas en que durante meses se habría debatido aquella niña:

Vine a esta villa desde Toro para la Conversión de San Pablo —decía aquel informe— y conocí a Beatriz Cazalla que me habló de nuestra salvación, de que ésta se produciría por los solos méritos de Cristo, que toda mi vida pasada era cosa perdida porque las obras, por sí mismas, para nada servían. Y yo entonces le dije: «¿Qué es eso que dicen que hay herejes?. —Y ella contestó—: La Iglesia y los santos lo son». Y, entonces, yo dije: «¿Y el papa?. —Y ella me dijo—: El papa le tenemos cada uno en el Espíritu Santo». Y luego me sugirió que lo que debía hacer era confesarme a Dios de toda mi vida pasada porque los hombres no tenían potestad para absolver. Y yo, asustada, le pregunté: «Y ¿entonces el purgatorio y la penitencia?. —Y ella me dijo—: No hay purgatorio; sólo nos vale la fe en Jesucristo». Pero yo me confesé con un fraile, como hacía antes, sólo por cumplimiento, pero nada le dije de estas conversaciones. Otro día Beatriz Cazalla me dijo que los curas sólo nos daban en la comunión la mitad de Cristo, el cuerpo pero no la sangre, que la Comunión verdadera constaba de pan y vino. Pasé semanas de angustia, hasta que con motivo de la Cuaresma llegó a casa fray Domingo de Rojas, buen amigo de mis padres, y así que le pregunté y me confirmó lo que Beatriz me había dicho, quedé tranquila y lo creí así realmente. En aquellos días, fray Domingo me dijo que Lutero era santísimo, que se había expuesto a todos los peligros del mundo solamente por decir la verdad. También me dijo otras cosas, como que sólo había dos sacramentos, el bautismo y la eucaristía, que adorar al crucifijo era idolatría y que, después de la Redención, habíamos

quedado libres de toda servidumbre; y no teníamos que ayunar ni hacer voto de castidad sólo por obligación, ni otras muchas cosas como oír misa, porque en la misa se sacrificaba a Cristo por dinero y que, «si no fuera por el escándalo que provocaría, él mismo se quitaría los hábitos y dejaría de rezarla».

Cipriano cerró los ojos. Lo primero que pensó no fue en la delación sino en la amargura que aquellas palabras habrían producido en el espíritu de doña Ana. Luego pensó en las plumas del sombrero de fray Domingo al disfrazarse para la huida. Sintió hacia él, de pronto, una cierta aversión, tan engreído, tan pagado de sí mismo, tan sesgo. Su crueldad para con doña Ana no había sido precisamente un acto cristiano. El dominico se había comportado brutalmente con Ana, que entonces era poco más que una niña, había destruido su armazón espiritual sin miramientos. Volvió los ojos hacia el ventano y lo vio emperezado, tumbado en el petate, leyendo un libro aprovechando la última luz de la tarde, y experimentó antipatía hacia él. Únicamente después, Cipriano deploró las denuncias de Ana Enríquez, la delación de Beatriz Cazalla y del dominico, su espontáneo perjurio. Notaba encogido el ánimo, acrecentada la sensación de soledad, la angustia agazapada en la boca del estómago, un vivo malestar.

Pero las horas rodaban deprisa aquellos días en la cárcel secreta. El carcelero lo visitó poco después para anunciar su comparecencia ante el Tribunal a las diez de la mañana del día siguiente. Ya en las escaleras, sin grilletes en los pies, casi volaba, mas, a medida que se alejaba de los sótanos y aumentaba la luz, los ojos le escocían, se veía obligado a entornarlos para procurarse un alivio. Y, antes de entrar en la Sala de Audiencias, descubrió la pequeña puerta de la habitación donde se había entrevistado con su tío. Luego oyó una voz, cuya procedencia ignoraba, que dijo: «Adelante el reo», y alguien le empujó hacia la puerta de nogal labrado que tenía ante sí. Andaba con desconfianza. El sol posado en las vidrieras le cegaba y el artesonado del techo y los largos cortinones rojos se imponían. El carcelero, que le conducía del brazo, le sentó en una silla. Entonces divisó al Tribunal ante él, tras la mesa larga, sobre la tarima, allí donde terminaba la alfombra granate que cubría el pasillo desde la puerta. La escena se ajustaba, punto por punto, a lo que le había ido anunciando fray Domingo, el inquisidor en el centro, envuelto en sotana negra, la cabeza cubierta por un bonete de cuatro puntas, el rostro alargado y grave. A su derecha el secretario, religioso y ensotanado también, asimismo circunspecto y lóbrego y, a la izquierda, envuelto en una severa loba negra, el escribano, un hombre civil, de bastantes años menos que

los dos clérigos. Apenas le dio tiempo de distinguir, antes de que sonara la campanilla, que las orejas del inquisidor eran traslúcidas y despegadas. Inmediatamente se inclinó hacia adelante y experimentó una rara sensación, como si su cuerpo se desdoblase, y una mitad de él escuchase las respuestas que daba la otra mitad a las preguntas del eclesiástico. Mas, a poco de empezar, se esfumaron las siluetas del estrado, el artesonado, la alfombra y los cortinones, y únicamente permaneció la voz opaca del inquisidor, una voz acusadora, intimidatoria, y las respuestas escuetas, precipitadas, de su otro yo en un peloteo verbal picado, sin interrupciones, como sí la premura en la formulación de las preguntas garantizase la veracidad de las respuestas. Sin embargo aquella voz dura y bien timbrada no parecía afectar a la lucidez de las réplicas de su otro yo, de su yo desdoblado:

—¿Quién pervirtió a vuesa merced?

—D… disculpe su eminencia, pero no puedo responder a esa pregunta; lo he jurado.

—¿Es cierto que vuesa merced posee una hacienda importante en Pedrosa?

—Es cierto, señoría.

—¿No conoció ahí a don Pedro Cazalla, párroco del pueblo?

—Le conocí y nos tratamos. Ambos somos aficionados al campo y paseábamos juntos y él me hacía curiosas observaciones sobre los pájaros.

—¿Le hablaba de pájaros su paternidad?

—No sólo de pájaros, señoría. Otras veces me hablaba de sapos. Ahora recuerdo una conversación que mantuvimos sobre sapos en las salinas del Cenagal. Es un naturalista perspicaz.

—Y ¿don Carlos de Seso? ¿Participaba el señor de Seso de esas divagaciones?

—A don Carlos apenas lo traté. En una ocasión lo encontramos en el camino de Toro, pero no hablamos de pájaros ni de sapos. Iba a ser nombrado corregidor de la villa y había acudido allí a visitar a unos amigos.

—¿Había amistad entre don Carlos de Seso y Pedro Cazalla?

—Se conocían, conversaban. Ahora bien, si había amistad entre ellos no puedo decírselo, ni tampoco el grado de la misma.

—¿Nunca le habló don Pedro de religión en sus paseos?

—Hablábamos de los más diversos temas; con seguridad la religión sería uno de ellos.

—¿Considera vuesa merced la religión un tema importante?

—La religión pertenece al rincón más íntimo del alma —dijo Cipriano recordando la expresión de su tío.

—Creyéndolo así, ¿es posible que no recuerde ninguna conversación sobre religión con don Pedro Cazalla? ¿Cómo es posible que recuerde lo referente a los sapos y no lo que decía de Dios?

—El hombre es un animal muy complejo, eminencia.

—Y ¿con don Carlos de Seso?

—¿Con don Carlos de Seso, qué?

—¿Hablaron alguna vez de religión?

—Le conocí, como le he dicho, en el camino de Toro, él iba cabalgando y nosotros a pie. Montaba un pura sangre de mucho nervio; me interesó más la montura que el caballero, ésta es la verdad.

—¿Le gustan a vuesa merced los caballos?

—Los caballos de raza me producen verdadera fascinación.

—¿No hizo vuesa merced un viaje a Francia en 1557 con su caballo *Pispás*?

—Así fue, señoría.

—¿Quién le ayudó a pasar el Pirineo?

—El guía Pablo Echarren, un navarro. Era el mejor conocedor de la montaña y supongo que lo sigue siendo.

—¿Quién se lo recomendó?

—Entre la gente que visita Francia con frecuencia, Echarren es un personaje familiar. Le diría más: es una institución.

—¿Llegó vuesa merced hasta Alemania en ese viaje?

—Estuve en varias ciudades alemanas, señoría.

—¿Quién le indujo a visitar Alemania?

—Soy comerciante, eminencia, el creador del *zamarro de Cipriano* del que quizás haya oído hablar. Tengo amigos y corresponsales en el extranjero con los que estoy en relación permanente.

—¿No había motivos religiosos en ese viaje?

—Me parece que lo que vuestra paternidad desea saber es cuál es mi fe. ¿No es así? Si le digo que la doctrina d*el beneficio de Cristo* me cautivó podemos ahorrarnos algunas palabras. Y si uno acepta esa doctrina forzosamente tiene que aceptar otras cosas que derivan de ella.

—¿Reconoce entonces vuesa merced que en los últimos años ha vivido en el error?

—Error no es la palabra apropiada, señoría. Creo en lo que creo de buena fe.

—¿Cree en lo que predica?

—Nunca fui proselitista, señoría. Simplemente he procurado ser fiel a mi creencia.

—¿Es cierto que mensualmente se reunían en conventículos en casa de doña Leonor de Vivero, madre de los Cazalla?

—Conocí a esta señora y al Doctor a través de mi amigo Pedro Cazalla, hijo y hermano, respectivamente, de los citados.

De pronto se abrió una pausa y el escribano levantó los ojos por primera vez. Estaba sometido a una prueba de resistencia, Cipriano escuchaba las respuestas de su doble, con los ojos cerrados, complacidamente. Era lo que respondería él si se le diera la oportunidad de reflexionar. Su doble no acusaba, no mentía, no delataba, pero no por ello desatendía las preguntas de su eminencia, aunque a éste no parecieran agradarle sus respuestas. Su voz se hizo aún más opaca cuando le dijo:

—Vuesa merced trata de eludir mis preguntas aunque no ignore que dispongo de sistemas eficaces para desatar las lenguas. ¿Ha oído hablar del tormento?

—Desgraciadamente, señoría.

—Y ¿del purgatorio?

—También, señoría.

—¿Cree en él?

—Si tengo fe y admito que Cristo sufrió y murió por mí, huelga toda pena temporal. Otra cosa sería desconfiar de su sacrificio.

—Y en la Iglesia Romana, ¿cree?

—Creo firmemente en la Iglesia de los Apóstoles.

—¿No se arrepiente de haber abrazado la nueva doctrina?

—Yo no la acepté por soberbia, codicia o vanidad, señoría. Simplemente me encontré con ella. Pero no me resistiría a apostatar si vuestra reverencia me convenciera de mi error, aunque nunca lo haría por salvar la vida.

—¿No sintió escrúpulos al asumirla?

—Antes los tuve, eminencia, en mi juventud. En ese sentido, la nueva doctrina aquietó mi espíritu.

—¿Tan ciego es que no ve los excesos de Lutero?

—Vuestra eminencia y un servidor buscamos a un mismo Dios por distintos caminos, pero en toda interpretación humana del hecho religioso supongo que se cometen errores.

—Por última vez, señor Salcedo, antes de apelar a procedimientos más persuasivos, ¿tendría la bondad de responderme a estas dos sencillas

preguntas? Primera: ¿quién le pervirtió? Segunda: ¿quién le indujo a viajar a Alemania en abril de 1557?

—Tropecé con la nueva doctrina, señoría, como se tropieza con una mujer que mañana será nuestra esposa, casualmente. En lo que atañe a su segunda pregunta, le repito que un hombre de negocios tiene el deber de viajar al extranjero de vez en cuando. Los mercaderes de Anvers son unos de mis corresponsales a quienes visité en ese viaje. Si su eminencia lo duda puede dirigirse a ellos.

En el lecho, tendido y sosegado, los brazos estirados a lo largo del cuerpo, los ojos cerrados, Cipriano volvió a encontrarse consigo mismo. Ahora notaba en la cabeza el esfuerzo de la concentración, el reconcomio pasado ante el Tribunal. Fray Domingo, arrastrando los hierros, se había aproximado a él al regresar a la celda y sonrió cuando Cipriano le dijo que todo había sido tal y como él se lo había anunciado. No pormenorizó el coloquio cuando el dominico inquirió detalles. Simplemente le dijo que los juzgadores eran tres, aunque únicamente preguntaba el inquisidor, los otros dos tomaban notas. La voz del presidente dominaba todo, pero mi reserva mental, dijo, no pareció irritarle.

Tres días después, muy de mañana, el alcalde y el carcelero le recogieron en su celda. No le prepararon, ni le explicaron, ni le dijeron más que una sola palabra: síganos. Y él los siguió por las húmedas losas del zaguán, por el corredor permeable y bajo de techo. Cipriano temía por sus ojos, pero esta vez el alcalde tomó el camino de los sótanos a través de una escalera de piedra de peldaños desiguales. Allí le esperaban ya el inquisidor, con su bonete de cuatro puntas y sus orejas traslúcidas, el secretario y el escribano sentado a una mesa ante un rimero de papeles blancos. Próximos a ellos, de pie, había otras dos personas y Cipriano dedujo, conforme a las explicaciones de fray Domingo, que el hombre de la loba oscura era el médico, y el verdugo el del pecho descubierto y los calzones cortos, de tela basta. Ante ellos, en una mazmorra amplia, tímidamente alumbrada por dos candiles, bailaban una serie de extraños artilugios, como los aparatos de un circo.

Antes de que el verdugo entrara en acción, el inquisidor volvió a preguntarle quién le pervirtió y quién le ordenó viajar a Alemania en abril de 1557. Cipriano Salcedo, que agradecía la penumbra del lugar, dijo suavemente que tres días antes, en el interrogatorio de la sala, había dicho sobre el particular lo que sabía. Entonces, el inquisidor ordenó al verdugo que dispusiera la garrucha que colgaba del techo. Cipriano temía más los preparativos del suplicio que el suplicio mismo. Ante la vida había temido

siempre más al amago que a la realidad por muy cruel y exigente que ésta fuera. Pero cuando el verdugo le ató las muñecas a la polea, le izó y le dejó suspendido en el aire, tuvo el convencimiento de que, en su caso, la garrucha resultaría ineficaz. Le habían desnudado de la cintura para arriba y el inquisidor hizo un sorprendido comentario sobre la desproporcionada musculatura del reo. El objetivo de la garrucha era desarticular al torturado en virtud de su propio peso, pero el verdugo no contaba con que el cuerpo de Cipriano era liviano y nervudas sus extremidades, de modo que la suspensión, al ser capaz de flexionar fácilmente sus brazos, no produjo efecto alguno. El verdugo consultó al inquisidor con la mirada y éste señaló la gran pesa que había en el suelo y que el verdugo ató a sus pies sin demora. Tornó luego a suspenderlo en el vacío de manera que Cipriano flotó en el aire, los brazos flexionados, como un atleta en las poleas, penduleando, la pesa inútil amarrada a sus pies. El inquisidor sentía frío y torcía la boca; experimentaba una rara frustración:

—El potro —dijo lacónicamente.

El verdugo lo desató de la garrucha y lo ató por las cuatro extremidades a una especie de bastidor, donde cuatro tambores de hierro permitían, girándolos, tensar a voluntad el cuerpo del torturado. Durante las primeras vueltas Cipriano casi sintió placer. Aquel aparato le ayudaba a estirar sus miembros y, de este modo, salía del agarrotamiento en que había vivido los últimos meses. Pero el verdugo, que no buscaba su placer, seguía girando el husillo hasta que el estiramiento de brazos y piernas alcanzó un punto doloroso. En ese momento, el inquisidor interrumpió la tortura:

—Por última vez —dijo— ¿puede decirme vuesa merced quién le convirtió a la maldita secta de Lutero?

Cipriano guardó silencio. Aún lo repitió otra vez el inquisidor, pero, en vista de su mutismo, hizo un leve gesto con la cabeza al verdugo. El hombre de la loba se aproximó al torturado, mientras el verdugo daba vueltas a los husillos, atirantaba el cuerpo del reo. La única ventaja de esta forma de tortura, pensó Cipriano, era la manera paulatina en que se entraba en él, de forma que entre cada vuelta de tambor se producía en el cuerpo una especie de descanso, de habituamiento. Pero cuando la tensión aumentó, Cipriano sintió un dolor agudísimo en axilas e ingles. Era como si una fuerza abrumadora, lenta y creciente, intentara sacar las apófisis de los huesos de sus respectivas cavidades, un descoyuntamiento. Pero, conforme con su vieja filosofía, se metió de golpe en el dolor, lo aceptó. Creía que una vez dentro de él, el dolor, por intenso que fuese, devendría en algo ajeno, se haría más fútil

y soportable. Pero, al violento dolor inicial, se fueron añadiendo otros en el espinazo, codos y rótulas, en las cabezas de músculos y nervios. Entreabrió los párpados cuando el verdugo interrumpió el suplicio para dar ocasión al inquisidor de formular de nuevo su pregunta pero, ante su silencio obstinado, aquél volvió a girar las tuercas, de forma que la suma de todos los dolores se fue convirtiendo en un único dolor, su columna dorsal se rompía, estaba siendo descuartizado. Y la tensión de los nervios, al confluir en el cerebro, le provocaron una horrible punzadura, que gradualmente fue creciendo en intensidad, hasta alcanzar un punto insoportable. Cipriano, en ese momento, perdió el control de su voluntad, emitió un terrible alarido y su cabeza cayó sobre el pecho.

Más tarde, ya en el catre, bajo las atenciones del médico, recuperó el conocimiento, experimentó la extraña sensación de que todos los huesos de su cuerpo estaban descoyuntados, fuera de sitio. Cada movimiento, por leve que fuera, se traducía en un sordo dolor, por lo que Salcedo extremó la inmovilidad que venía a transformar el dolor en algo más llevadero, una sensación de cansancio infinito.

Fray Domingo mostró en los días siguientes una sensibilidad que Salcedo no sospechaba. Se sentaba en la banqueta, a la cabecera de la cama, y trataba de convencerle de la sinrazón de su resistencia, de que el Santo Oficio conocía de sobra que habían sido Pedro Cazalla y don Carlos de Seso quienes le incorporaron al grupo. Le advertía que el tormento no era un recurso aislado, que en un principio lo fue, pero que la Inquisición había inventado la figura de la suspensión, según la cual la tortura podía reanudarse una vez que el reo se hubiera recuperado. Entonces, decía, ¿quién ha salido beneficiado del silencio de vuesa merced? ¿Por qué callar? Una tarde en que Rojas insistía en estos argumentos, Cipriano le dijo con muy poca voz:

—Y… y ¿no cree vuestra paternidad que el perjurio, aparte un fracaso personal, es un grave pecado?

Fray Domingo no lo entendía así, le molestaban las grandes palabras, enseguida procuraba escapar de su influencia. El hombre debía adaptarse a las circunstancias, decía, evitar el tono heroico, imbuirse el convencimiento de que el hecho de aceptar que alguien atentase contra nuestra integridad era una falta más grave que el mismo perjurio. Cipriano apelaba a los mártires y el dominico le decía que los tiempos del testimonio habían pasado. El cristianismo estaba firmemente asentado en el mundo, no precisaba ya de sacrificios personales.

Dos semanas después de la tortura, Dato, el ayudante de carcelero, le pasó un billete directo de doña Ana Enríquez:

Muy apreciado amigo —le decía—. Voy a pedirle una gran merced. Sé que le han dado tormento por no revelar el nombre de sus pervertidores. Por favor, no sea obstinado. Poner en riesgo la vida que Nuestro Señor nos ha regalado revela una actitud desdeñosa hacia el Creador. Satisfacer en algo a los inquisidores, pronunciar una palabra que les sea grata y les haga sentirse momentáneamente victoriosos, no significa doblegarse. Téngalo presente, pues su vida, sin que usted lo sospeche, puede un día ser necesaria para alguien.

Recuerdo su visita a La Confluencia, la finca de mi padre, con ocasión de las ligerezas de Cristóbal de Padilla que tan caras estamos pagando todos. Aquellos minutos felices de un otoño dorado, paseando en su amable compañía por el jardín, me han dejado honda huella. ¿Nos darán ocasión de revivir aquellas horas algún día? Cuídese, piense en que únicamente dispone de una vida y está obligado a guardarla. Le saluda con respeto y estima

Ana Enríquez.

Cipriano se animó al leer la carta cuyo contenido disipó el acre sabor a ceniza que el tormento le había dejado. ¿Qué quería decir Ana Enríquez con aquello de que su vida podía ser algún día necesaria para alguien? ¿A quién se refería? Disponía de papel y pluma y su primer impulso fue contestarla, pero el intento resultó fallido, las palabras precisas no acudían a su mente o se enredaban entre sí, carecía de la necesaria lucidez para redactar una frase coherente. Días después, dueño de sí mismo, se sintió capaz de hilvanar unas líneas. Las releyó varias veces antes de confiarlas a Dato:

Muy apreciada amiga —decía—. Gracias por su interés, por la merced que me hace al preocuparse por mi salud. También yo recuerdo con emoción aquel paseo otoñal por los jardines de La Confluencia, como recuerdo su perfil en los conventículos, su fervor, su entrega, aquella mano blanca levantada pidiendo vez para intervenir en los coloquios, y, muy en particular, vuestra presencia en mi casa el día de la huida, vuestra despedida, aquel gesto imprevisto y efusivo con que me dijo adiós. Créame que aquel instante me ha confortado mucho, me ha entonado en los dolorosos momentos por los que he atravesado. ¿Pasará todo esto algún día? De momento le encarezco que no sufra por mí. Cumplir lo que estimamos nuestro deber ya encierra en sí mismo una recompensa. Os saluda con respeto y estima

Cipriano Salcedo.

El otoño vino muy frío y Cipriano, cada vez más debilitado, pasaba los días tendido en el catre, cubierto con la manta cuartelera. El alcalde no había ido en su busca y Cipriano pensaba si en la interrupción del tormento no tendría su tío algo que ver. A primeros de noviembre recibió de su parte un zamarro forrado de piel de jineta y una capa segoviana. Sin embargo, el tío Ignacio no se dejó ver. Seguramente la frecuencia de las visitas a un inculpado de herejía representaría un demérito en su carrera. Por su parte, fray Domingo seguía leyendo libros que le facilitaba la Inquisición. A mediados de diciembre fue llamado a la Sala de Audiencias y regresó tres horas más tarde, sin ganas de contarle las incidencias del juicio. Lo esperado, decía, lo de siempre. Se tendió en el catre y reanudó sus lecturas como si nada hubiera ocurrido.

En vísperas de Navidad, cuando ya no lo esperaba, Dato le entregó unas líneas de Ana Enríquez felicitándole la Pascua. Era una misiva halagüeña en su primera parte, donde subrayaba su probidad, su inteligencia, el hecho de haber echado sobre sus hombros, sin pedir nada a cambio, la seguridad del grupo. «En esa hora, decía, me di cuenta de que vuesa merced no me era indiferente». El corazón de Cipriano se aceleraba, amagaba con desbocarse. Aquello era demasiado, no era precisamente una declaración de amor, pero sí la constatación de haberío distinguido entre los demás miembros de la secta. Mas, por si cupiera aún alguna duda, en el párrafo siguiente porfiaba: «Ahora quizá comprenda mejor vuesa merced mi interés por su suerte». Cipriano Salcedo se conmovió. Por vez primera, a los cuarenta y un años, estaba viviendo una experiencia amorosa propia de la adolescencia. Evocaba detalles de la figura de Ana, su collar de perlas, su turbante rojo, su blanca mano enjoyada levantándose como un pájaro en los conventículos, su voz cálida, como inflamada. ¿Sería posible, Señor, que aquella singular criatura hubiera puesto sus ojos en él? Le contestó escuetamente, deseándole felicidad y suerte, diciéndole que aquellas Pascuas, pese a todo, quedarían en su vida como un hito inolvidable. Su carta, decía, rezuma esperanza, «vos sentís, señora, la ilusión de que algo nace. —Desgraciadamente no podía compartir su optimismo—: La idea de que algo concluye prevalece en mí», decía. Mas también reconocía que nunca había sido insensible a su presencia. «Admiré siempre vuestra sagacidad, vuestra discreción, vuestro aplomo y, ¡cómo no!, vuestra belleza», añadía en un impulso de sinceridad. Y en su despedida, le confirmaba su respeto y cariño.

Dato se convirtió en el correo interior entre doña Ana Enríquez y Cipriano Salcedo. Las misivas se cruzaban entre ellos cada vez con mayor frecuencia y

ponían un punto de luz y esperanza en la sordidez de las mazmorras. Ana iba siempre por delante en efusividad y confianza. «Catalina de Reinoso, una de las monjas de Belén, compañera de celda, aduce la diferencia de edad como un obstáculo entre nosotros, —decía doña Ana Enríquez en carta de 6 de febrero. Y agregaba—: Pero yo digo, ¿qué importa la edad en estos negocios de los sentimientos? ¿Tienen las almas edad?». Sus mensajes contenían, de una manera o de otra, una nota de optimismo: «Algún día nos dejarán ser felices, —decía. O bien—: Nuestro paseo por el jardín de La Confluencia será el primer peldaño de nuestra historia en común».

Cipriano Salcedo se mostraba más cauto. A su entusiasmo inicial vino a poner sordina su promesa un tanto olvidada. La conciencia empezó a reprocharle su flaqueza, el hecho de que se dejara llevar por un fácil sentimiento animando a Ana Enríquez a construir castillos en el aire. Esta vez demoró la respuesta, guardó silencio. No tenía derecho a alentar los proyectos de la muchacha cuando él sabía cuál iba a ser el desenlace. Las cosas estaban planteadas de tal manera que ante su futuro no cabía alternativa. La Inquisición nunca aceptaría su silencio pero tampoco él estaba dispuesto a romperlo porque le favoreciese. Preparó borrador tras borrador, pero uno detrás de otro los rompía. Fray Domingo le miraba desde su cama:

—¿Prepara vuesa merced su testamento?

Cipriano no respondió a la broma del reverendo. AI fin y al cabo, lo que trataba de escribir guardaba bastante semejanza con un testamento. Por eso, tras la pregunta del dominico, resolvió hablar claro, como si fuera —¿lo era tal vez?— su última voluntad. La amaba, esto era esencial. La amaba por encima de todas las cosas. Y, sin embargo, entre ambos se levantaban dos obstáculos insalvables: el voto de castidad ofrecido espontáneamente por él a Nuestro Señor hacía más de un año y su resolución de no incurrir en perjurio delatando a quienes le habían acristianado. Esta actitud suya nunca sería disculpada por el Santo Oficio.

Como si fuera respuesta a su mensaje, Dato le trajo esa tarde un informe de procedencia imprevisible:

El emperador Carlos V acaba de fallecer en el monasterio de Yuste, lamentando no haber dado muerte a Lutero cuando le tuvo en sus manos en Worms. En el codicilo de su testamento exige con autoridad de padre a su hijo Felipe que castigue a los herejes con todo rigor y conforme a sus culpas, sin excepción ni respeto para persona alguna. Por su parte, el nuevo rey Felipe II ha bendecido el santo celo de su padre.

A partir de este momento, y como si Dato hubiera ido almacenando la correspondencia en espera de que la crisis amorosa de Cipriano se resolviera, empezaron a llegar papeles de toda laya, declaraciones, noticias, informes, mensajes en torno a los procesos de los hermanos Cazalla, don Carlos de Seso, su vecino de celda, fray Domingo, un informe del arzobispo de Toledo y varias comunicaciones más que Cipriano ordenó cronológicamente antes de tumbarse en el petate y cubrirse con su capa segoviana. Habituado a la delación, poco podían impresionarle ya las declaraciones de sus compañeros. Leyó descorazonado la confesión de su amigo Pedro Cazalla:

Un día, encontróme don Carlos de Seso, corregidor de Toro, en Pedrosa, a la puerta de la iglesia de donde soy párroco, pensando en *el beneficio de Cristo* y me dijo de pronto que no había purgatorio y que podía demostrármelo. Y tal maña se dio que me dejó convencido de ello aunque con el espíritu lleno de zozobra y ansiedad (el reo contó aquí el episodio de la visita de Seso a Carranza en el Colegio de San Gregorio, escena que no repetimos por ser sobradamente conocida de todos). Hablé luego de ello con el bachiller Herrezuelo, no para que yo le enseñara sino que fue él quien me transmitió lo de la justificación por la fe sin necesidad de las obras, e insistió en la inexistencia del purgatorio. Igualmente, Cristóbal de Padilla pasó tres veces por mi casa en Pedrosa y me habló de la misma manera y yo le encarecí que no volviera a hacerlo. Del mismo negocio trató también conmigo un criado que yo tenía, Juan Sánchez de nombre, pero le acogí con aspereza, y él, disgustado, dejó mi servicio y yo me holgué de ello. Por último, hablé de estos asuntos con mi compañero de estudios fray Domingo de Rojas y, antes de que yo le apuntara el tema del purgatorio, me salió con ello y estaba en ello.

A Cipriano le rezumaban los ojos enfermos ante tanta mezquindad. Carlos de Seso, en cambio, aunque atribuía al recién nombrado arzobispo Carranza el origen de la secta, trataba de convencer al Tribunal de su inocencia en la cuestión del purgatorio. Disfrazaba la verdad en su provecho:

Mi intención al hablar a alguno de la no existencia del purgatorio no era la de apartarle de la Iglesia sino de aumentar su fe en la Pasión de Jesucristo. Nunca dogmaticé, ni hice juntas ni reuniones, sino que si se presentaba la ocasión daba mi opinión sobre el particular. Seso acabó pidiendo misericordia por el escándalo que había dado, puntualizando sus ideas sobre el purgatorio, del que dijo que «no existe para aquellos que mueren unidos a Cristo, sirviéndole y confesando sus pecados». Informó que sus ideas luteranas nacieron en Verona durante su juventud, oyendo hablar a un conocido

predicador. En las últimas frases de su declaración expresó su deseo de morir en el seno de la Iglesia.

Sorprendió a Cipriano el tono del corregidor de Toro, su humildad y acatamiento. Su confesión, parte de ella al menos, no marchaba de acuerdo con su conducta. Atribuyó el reblandecimiento de don Carlos a las duras condiciones de la prisión, a la enfermedad de la que daban cuenta los doctores de la cárcel secreta, Bartolomé Gálvez y Miguel Sahagún, en nota aparte:

El doctor Gálvez, médico del Consejo General de la Inquisición, encuentra al reo, don Carlos de Seso, preso en la cárcel secreta de Valladolid, un pulso débil y desigual, con notable flaqueza. En cuanto a las rodillas, de las que se queja el reo, no se observa mudanza exterior pero, al tocarlas, sí las encuentro muy agarrotadas. Y siendo tan antiguo su sufrimiento, y estando peor cada día por el peso de los grillos, me parece conforme a razón ponerle inmediato remedio.

El doctor Sahagún precisa: pulso flaco y ánimo melancólico y triste. Piernas asimismo flacas en relación con el cuerpo que lo tiene gordo. Muy envaradas las cuerdas de las rodillas, por lo que estima prudente sacarlo del ruin aposento en que está encerrado.

Doctores Gálvez y Sahagún.

Por su parte el Doctor, don Agustín Cazalla, parecía derrumbarse, su pusilanimidad se imponía a su pretendida fe. Leyendo su declaración, el pesimismo sobre su futuro se acentuaba en Cipriano. Decía así:

Ante el tormento, el doctor Cazalla prometió confesar y ello le salvó de ser torturado. Afónico, realizó su confesión por escrito, de puño y letra. Se declaró luterano pero no dogmatizante. No había hablado con nadie que no conociera de antes las doctrinas reformistas. Al sugerirle que informara sobre él y los otros, respondió que no podía hacerlo sin levantar falsos testimonios. Y se ratificó en lo dicho una vez que se le prometió misericordia. Se comprometió a ser católico ejemplar si el tribunal respetaba su vida y en todo momento mostró inequívocas muestras de arrepentimiento.

Conforme leía informes y confesiones, Cipriano sentía aumentar su desolación. A medida que la primavera se aproximaba, crecía el número de papeles que Dato le ofrecía. Pero estaba tan débil que se sentía incapaz de arrastrar los grilletes y se pasaba los días y las noches tendido en el catre cubierto con la capa. Así iba desestimando documentos que Dato aportaba, generalmente cobardes, falaces o maledicentes. El carcelero había llegado con él a tal grado de confianza, que le permitía leer por encima los papeles que le

ofrecía antes de determinar si se quedaba o no con ellos. En el fondo, Cipriano siempre había esperado respuesta de doña Ana a su carta de despedida, pero ésta no llegaba. Habría acogido con júbilo dos letras suyas, la continuidad, aun en pequeñas dosis, de los dulces mensajes de antaño, pero él mismo, con su inflexibilidad, había dado carpetazo a aquella correspondencia cuya interrupción lamentaba ahora. Ana Enríquez, siempre delicada con la conciencia ajena, había respetado su promesa y su deseo de no incurrir en perjurio. Aunque Cipriano pensaba en ella con frecuencia, el paso del tiempo y la flaqueza de su memoria hacían cada día más difícil la representación de su imagen: las proporciones de su perfil, la línea de la boca, un poco dura, el nacimiento del pelo, la forma de sus orejas, eran detalles físicos que se le escapaban. En él dominaba la duda de si el silencio de Ana vendría impuesto por el respeto o por el despecho y, ante cualquiera de los dos casos, sus ojos encarnizados se llenaban de lágrimas y él las dejaba fluir mansamente en un íntimo desahogo.

Postrado en el camastro, los párpados entornados, inmóvil, sus ojos buscaban el rayo de sol vespertino que se adentraba oblicuamente por el ventano, en el que flotaban infinidad de corpúsculos. En esta tesitura llegó Dato, con su gorro rojo, como un gnomo, con la declaración de fray Domingo, tendido también en su petate, ajeno a todo. Cipriano aceptó el informe:

«Temperamento inestable —decía el resumen de su declaración—. Adhesión tardía al luteranismo y afán proselitista. Vanidoso, el declarante se presentó ante este Santo Tribunal como viejo miembro de la secta y partidario de las nuevas corrientes. Atribuyó sus ideas a *su maestro*, el arzobispo de Toledo, don Bartolomé Carranza, luterano tal vez sin saberlo, o mejor dicho, precursor del luteranismo en España. De su epístola *Ad Galathas*, dijo que respondía a un lenguaje luterano y de su *Catecismo* que era duro y recio manjar para los hombres simples, "los cuales no tienen dientes para mascarlo ni estómago para digerirlo". Estas cosas, dijo, no deben ponerse en manos de iletrados, sino de licenciados y teólogos».

Al ser llamado al orden por el inquisidor, insistió en que Bartolomé Carranza podía ser católico pero que oyéndole expresarse no lo parecía. Y, en una pirueta retórica muy de su gusto, fray Domingo afirmó «que ése era el jarabe que el arzobispo utilizó para ganarlo a él para la causa». En conjunto dejó al señor arzobispo de Toledo muy mal parado.

Delató, asimismo, a Juan Sánchez como pervertidor de las religiosas de Belén y de su propia hermana María. A la vista de sus contradicciones, se le

amenazó con el tormento, pero una vez en la garrucha, rogó ser muerto antes que torturado. El Santo Tribunal accedió a su deseo a condición de que dijera la verdad. A última hora exoneró de culpa a varios acusados aunque no al arzobispo Carranza.

Cipriano doblaba de nuevo el papel con una sensación de malestar ante la coincidencia de varios declarantes en atribuir a Carranza la paternidad del foco luterano de Valladolid. Implicándole a él, parecían pensar, una autoridad en la iglesia, ellos, en cierto modo, quedaban libres de culpa. Carranza se erigía entonces como una garantía de vida, la cabeza de turco, el supremo. Sin sus prédicas, sin sus medias palabras, el protestantismo nunca hubiera arraigado en Castilla. Pero por el momento, Carranza parecía contar con influyentes valedores.

Oyó el siseo de fray Domingo y, al volverse, el dominico le dijo si le permitía leer *ese papel*. Salcedo se sobresaltó y le preguntó si sabía siquiera de qué se trataba. Fray Domingo se mostró expeditivo: «Mi declaración, dijo. ¿Qué otra cosa puede ser? Vuesa merced ha mirado dos veces hacia mi lecho antes de empezar a leerlo». Cipriano se incorporó, tortoleándose, dio dos pasos torpes hacia su catre y le alargó el papel con la mano izquierda:

—Tal vez a vuestra paternidad no le guste lo que dice —dijo.

—Y ¿eso qué importa? Hay que conocer no sólo lo que hacemos sino lo que nos atribuyen.

El dominico leyó el informe en silencio, sin aspavientos ni comentarios. Salcedo, que no cesaba de mirarlo, al verle plegar de nuevo el papel, le preguntó:

—¿Está de acuerdo vuestra paternidad?

Y el dominico respondió con cierta mordacidad:

—Sí con lo que dice, pero no con lo que calla.

A mediados de abril se desató sobre la ciudad un martilleo fragoroso que se iniciaba con la primera luz del día y no cesaba hasta bien entrada la noche. Era un claveteo en diversos tonos, en cualquier caso seco y brutal, que procedía de la Plaza del Mercado y se difundía, con diferente intensidad, por todos los barrios de la villa. Aquel golpeteo siniestro pareció activar la vitalidad del penal, acelerar su ritmo. La vida rutinaria de la cárcel secreta se convirtió de pronto en algo ajetreado y activo. Hombres aislados, o en grupo, pasaban y regresaban por el zaguán, por los corredores, ante las celdas, introduciendo o sacando cosas, dando instrucciones a los reos. En cualquier caso, parecía haberse desatado una agitación inusitada que vino a coincidir

con la prisa de Dato por facilitarle noticias y mensajes. La primera noche del atronador tamborileo, el carcelero aclaró:

—Están levantando los tablados.

—¿Para el auto?

—Así es, sí señor, en la plaza, para el auto.

AI día siguiente, Dato le trajo un informe urgente que Cipriano cambió por un ducado. La urgencia estaba justificada:

SESO SE DESDICE,

rezaba el titular. Se advertía que estaba escrito apresuradamente, acuciado por las últimas novedades, aunque con letra disciplinada, de escribano, perfectamente legible. Era evidente que el explotador del negocio había tenido prisas por poner el papel en circulación. Cipriano echó atrás la cabeza, buscando el eje de visibilidad entre sus párpados inflamados. La nota era sucinta pero categórica, indicativa, además, de que las sentencias de los reos empezaban a conocerse. Seso había sido condenado a la hoguera y, ante el hecho, hacía ahora una nueva profesión de fe. Sus excusas, sus circunloquios, sus tergiversaciones, su expreso deseo de morir en el seno de la iglesia, no le habían servido de nada. Entonces rectificaba. En la nueva nota hablaba ya sin rodeos, convencido de que la sentencia era firme, y no había apelación posible contra ella:

Al ser informado de que sus señorías me han condenado a la hoguera, cosa que nunca creí, para descargar mi conciencia y ayudar a la verdad quiero hacer esta declaración final: la justificación por la fe basta para salvarse. Es, pues, Cristo quien nos salva, no nuestras obras. Para los que mueren en gracia no hay purgatorio ni pena temporal alguna: el cielo es su destino. No sería justo que después de la Pasión de Nuestro Señor, los hombres tuvieran que purgar algo. Esto significa que me desdigo de lo que dije, que existía el purgatorio. Tengo fe y creo en lo mismo que creyeron los apóstoles, y en la Iglesia católica, verdadera esposa de Nuestro Señor Jesucristo, y en la palabra de ésta que son las Sagradas Escrituras.

Cipriano leyó tres veces la breve confesión de don Carlos de Seso. Recordó las razones que en su día le dio en Pedrosa para demostrar que no había purgatorio y cómo él las había aceptado sin disputa. Ahora miró a fray Domingo tendido en su camastro y le dijo con voz apagada:

—Don Carlos de Seso ha sido condenado a la hoguera.

Pero los acontecimientos se encadenaban en una noria sin fin, mientras los martillazos de la plaza atronaban en un sordo tamborileo. A la mañana

siguiente, el alcalde en persona anunció una visita para Salcedo, pero Cipriano ya no podía andar, era incapaz de moverse. Sus articulaciones parecían haber criado herrumbre. Le trajeron una palangana de agua tibia con sal, le quitaron los grilletes y le hicieron lavar los pies. No obstante, alrededor de los tobillos tenía dos llagas en carne viva y las pantorrillas hinchadas. Dando tumbos siguió al alcalde, apoyado en el brazo del carcelero. Se bandeaban como dos bueyes uncidos. La luz de la escalera lo deslumbró, sintió como un cuerpo extraño dentro de los ojos. Los cerró y se dejó conducir. Los pies, sin el lastre habitual, se le escapaban, pero las piernas embotadas no aguantaban su peso. Entreabrió los ojos cuando el carcelero se detuvo y, al oír el golpe de la puerta, levantó la cabeza y miró por la estrecha rendija que dejaban sus párpados tumefactos. El tío Ignacio lo miraba incrédulo, afligido, al tomarle de las dos manos. Se le notaba con prisas de hablar, de no callar ni un segundo para evitar que Cipriano le interrogara:

—Esos ojos no han mejorado, Cipriano. ¿Por qué no avisaste al médico?

—Es por la oscuridad, tío, la humedad y el frío. Los párpados están inflamados, es como si tuviera tierra dentro.

—Hay que curarlos —insistió el tío Ignacio—. En la cárcel hay dos médicos. Están para eso.

Enseguida se lanzó, se lo dijo, le dijo que el arzobispo Carranza había sido procesado y se pensaba en un juicio largo y apasionado. Seguramente más de cinco años. Cipriano le confió que tanto en la cárcel como fuera de ella había mucha presión contra él. Alzaba la cabeza para ver a su tío, sentado en el sofá monjil, bajo el ingenuo cuadro de la Asunción de la Virgen, acodado en los muslos, las manos con los dedos entrelazados, las uñas muy pulcras. Continuó hablándole de Carranza, estaba dolido con las declaraciones de Seso, Rojas y Pedro Cazalla que, según él, faltaban a la verdad. Le habló de que el Inquisidor General había llegado a Valladolid y había dicho que, de haberse tratado de otra persona, le hubiera prendido sin más miramientos. Cipriano le indicó que el caballo de batalla había sido el encuentro de Seso con Carranza después de convertir aquél a Pedro Cazalla. El tío estaba bien informado y apenas le daba tiempo para responder; resultaba evidente que no quería dejar un resquicio por donde las preguntas de su sobrino pudieran filtrarse. Carranza afirmaba que Seso les había engañado a él y al Santo Oficio, había hecho creer que su interpretación de las cosas provenía del arzobispo. Mas las precauciones del nuevo presidente de la Chancillería fueron insuficientes. Bastó una pausa mínima de su tío para que Cipriano formulara la temida pregunta:

—¿C… conoce las sentencias, tío?

Don Ignacio Salcedo le miraba desarmado, los ojos blandos, temblándole el labio inferior. Dijo mediante un esfuerzo:

—Me las han enseñado ayer. Por mi cargo tenían que hacerlo.

Cipriano seguía con la cabeza levantada para que su tío no escapara de su campo visual. Le vio vacilar, empalidecer. No trató por ello de quitar fuerza a su pregunta:

—¿Cuál ha sido mi suerte?

No respondió inmediatamente Ignacio Salcedo. Se limitó a mirar profunda, compasivamente, sus ojos encarnizados, pero cuando trató de hablar se le anudó dos veces la voz en la garganta. Cipriano acudió en su auxilio:

—¿La hoguera tal vez? —preguntó.

El tío calló, asintiendo.

—Vas con otros veinte —dijo al fin.

Sonreía Cipriano para aliviar la tirantez de la conversación, para dar a su tío la sensación de que la noticia no le había sorprendido, ni le asustaba; de que no esperaba otra cosa:

—¿Sería indiscreto preguntarle a vuesa merced quiénes son esos veinte? Don Ignacio sonrió:

—Ese pequeño favor puedo hacértelo —dijo—. Anota: los Cazalla, incluida su hermana Beatriz y los restos de doña Leonor, fray Domingo de Rojas, don Carlos de Seso, Juan García, tres mujeres de Pedrosa, el bachiller Herrezuelo, Juan Sánchez… ¿quién más?

—Es suficiente, tío.

—En todo caso, la lista no es definitiva. Esta noche os visitará un confesor y mañana, en el auto, aún tendréis oportunidad de cambiar vuestra suerte: la hoguera por el garrote. ¡Ah, otra cosa!, los restos de doña Leonor de Vivero serán desenterrados y el solar de su casa sembrado de sal para escarmiento de las generaciones futuras.

Don Ignacio Salcedo parecía más sosegado. Ahora cargaba el énfasis en lo anecdótico, tratando de desviar la cabeza de Cipriano de la idea fundamental. Pero Cipriano no pensaba en sí mismo. Titubeó. En su vacilación perdió de vista el rostro de su tío y hubo de acomodar de nuevo la cabeza para volver a apresarlo:

—Y… y ¿qué será de doña Ana Enríquez? —preguntó con un hilo de voz.

—Quedará libre tras una pena leve, unos días de ayuno, no recuerdo cuántos. Es una criatura demasiado bella para quemarla.

Cipriano pensó que retener más tiempo a su tío suponía prolongar su suplicio. Se puso en pie tambaleándose. Su tío tenía razón: Ana Enríquez era demasiado hermosa para quemarla. Además había sido engañada, era excesivamente joven cuando Beatriz Cazalla y fray Domingo la pervirtieron. Sonaba el martilleo de los carpinteros en la plaza, un golpeteo ininterrumpido, enloquecedor. Su tío también se había incorporado y le tomó de las manos con aprensión, como a un ciego.

—No quiero hacerle perder más tiempo, tío —dijo Cipriano—. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí.

Don Ignacio Salcedo le atrajo hacia sí, le besó en las mejillas y le retuvo un momento entre sus brazos:

—Algún día —musitó a su oído— estas cosas serán consideradas como un atropello contra la libertad que Cristo nos trajo. Pide por mí, hijo mío.

Cipriano no pudo comer. Mamerto se llevó intacta su bandeja. Por la tarde comenzaron las confesiones. Fray Luis de la Cruz, dominico como fray Domingo, recorrió las celdas y llegó a la de Cipriano cuando el sol declinaba, aunque el martilleo unísono de la plaza continuaba sonando con toda intensidad. Fray Domingo rechazó los auxilios de fray Luis de la Cruz cuando éste se acercó servicialmente a su lecho.

—Padre —dijo fray Luis de la Cruz al advertir su gesto—: solamente pido a Dios que muráis en la misma fe en que murió nuestro glorioso Santo Tomás. Estaré en pie toda la noche. Vuestra reverencia puede llamarme a cualquier hora.

Cipriano, tumbado en el camastro, acogió con afecto al confesor. Le agradeció su presencia y le dijo que en su vida había tres pecados de los que nunca se arrepentiría bastante, y, aunque ya los tenía confesados, se los confiaba al padre en prueba de humildad: el odio hacia su padre, la seducción de su nodriza aprovechándose de su cariño maternal y el desafecto hacia su esposa, su abandono, que la llevó a morir trastornada en un hospital. Fray Luis de la Cruz asentía sonriente, le dijo que su confesión general le dignificaba, pero que en este momento, en víspera del auto de fe, esperaba unas palabras de arrepentimiento por su adscripción a la doctrina de Lutero. Cipriano que, en las medias tinieblas, apenas distinguía las facciones del fraile, le respondió que abrazó la teoría del beneficio de Cristo de corazón, con buena fe, es decir, obró en conciencia y ésta, ahora, no se lo reprochaba. Como sin darle importancia, fray Luis de la Cruz le preguntó entonces quién le había pervertido y Cipriano contestó que no podía decírselo, que así lo había jurado, pero le constaba que tampoco su inductor obró con intención

perversa. El fraile, que venía cansado, empezó a dar muestras de acrimonia, le impacientaba la obcecación de Cipriano, le dijo que no podía absolverle pero que aún estaba a tiempo. Desde medianoche el padre Tablares, jesuita, seguiría a disposición de los reos. Humildemente ahora le recomendó que reflexionara y, antes de separarse de él, le tuvo cogido por las dos manos un largo rato y le llamó *hermano mío*.

Apenas había abandonado la celda, cuando se produjo en la de enfrente, en la del Doctor, un gran alboroto. Sobre las voces más serenas para acallarlo, entre las que estaban la de fray Luis de la Cruz, sonaban los gritos implorantes del Doctor pidiendo a Dios misericordia, suplicándole que le iluminase con su gracia y le ayudara a alcanzar su salvación. Eran gritos agudos, descompuestos, y, en los breves silencios, se oía la voz pausada de fray Luis de la Cruz, la del carcelero y la del alcalde que habían acudido al oír la algarabía. Pero el Doctor, en trance, no cesaba de proclamar que aceptaba la sentencia como justa y razonable, que moriría de buena gana puesto que no merecía la vida aunque se la dieran, pues estaba convicto de que, según había desaprovechado la pasada, la que le quedaba no sería distinta.

Había cesado el martilleo de la plaza y las palabras del Doctor, pronunciadas a voz en cuello, con la puerta de la cija abierta, llegaban nítidamente a las celdas próximas y, con ellas, los intentos apaciguadores de los responsables: el alcalde, los carceleros, el médico. Un clima tenso se palpaba en el primer corredor, cuando el Doctor reanudó su discurso sobre el sambenito que acababan de entregarle, la ropa que vestiría con mayor gusto, decía, porque era la apropiada para confusión de su soberbia y purga de sus pecados. Luego volvió a la idea del arrepentimiento, que renegaba de cualquier perversa y errónea doctrina que hubiera creído, bien fuera contra el dogma o contra la Iglesia, y que persuadiría a todos los reos para que hiciesen lo mismo. El médico de la Inquisición debía de haber tomado alguna medida, porque del tono chillón con que el Doctor inició su peroración, pasó, en pocos segundos, a otro más coloquial y, posteriormente, a un tenue murmullo, para cesar al poco rato.

Cipriano Salcedo no durmió en su última noche carcelaria. Le agobiaba la idea del auto de fe, no su ejecución sino el procedimiento; la luz, la multitud, el griterío, el calor. Padecía un amortecimiento creciente y un ardor de orina que le obligaba a visitar la cubeta de las heces cada pocos minutos. A la una empezaron a doblar las campanas. Toques lentos, de agonía. Fray Domingo ya le había hablado de ello. Todos los templos y conventos de la villa, que esa noche no dormía, convocaban a las misas de alma por los condenados. Las

campanas habían venido a sustituir a los martillos, voces cambiantes pero igualmente ominosas y terribles. Al cesar su tañido, empezó a oírse el rumor del gentío, los cascos de las caballerías en el empedrado, el rechinar de las ruedas de los carruajes. Todo parecía estar a punto. El *gran día*, aún sin luz, ya había comenzado.

A las cuatro de la madrugada entraron a despertarlos. Mamerto les sirvió un desayuno extraordinario: sopas de ajo, huevos con torreznos y vino de Cigales. Cipriano no probó bocado. Le ardían los ojos, sentía los bultos en las cuencas, y su amortecimiento iba en aumento. En la cárcel reinaba un desorden desacostumbrado. Gentes que entraban y salían, los guardianes repartiendo por las celdas corozas y sambenitos, en tanto los familiares de la Inquisición, con sus altos bombines marrones, esperaban en el patio, charlando en corrillos, a que se organizara la procesión. En el momento de mayor confusión, se presentó Dato en la celda, entregó un papel doblado a Cipriano Salcedo y emitió un silbido al recibir dos ducados por el servicio. El mensaje, como Cipriano presumía, era de Ana Enríquez y no podía ser más lacónico:

Valor, decía solamente y, debajo, traía su firma: Ana.

XVII

El cautiverio de los más de sesenta reclusos de la cárcel secreta de Pedro Barrueco, acusados de pertenecer al foco luterano de Valladolid, concluyó definitivamente en la madrugada del 21 de mayo de 1559, más o menos un año después de haber comenzado. Una mínima parte de los reos sería puesta en libertad tras el auto de fe, en tanto otros muchos pagarían con la muerte en garrote o en la hoguera su desviación religiosa o su pertinacia. Y como suele ocurrir en estas agrupaciones circunstanciales, sometidas a rígidas normas, el primer síntoma de que el final se acercaba fue la quiebra de la disciplina. Familiares de la Inquisición charlaban en pequeños grupos en el patio de la cárcel, cubiertos con capas y bombines de copa alta, en espera de los penitentes, en tanto los carceleros, los ayudantes de carcelero y el propio alcalde, iban y venían, prestaban a aquéllos las últimas atenciones y les daban instrucciones para el buen orden de la procesión que partiría de la cárcel una hora antes del alba. Pero, fuera de los indultados, que sacaban fuerzas de flaqueza y confraternizaban festivamente con sus carceleros, el resto de los reos, aplastados por el rigor de la sentencia, tras larga y severa cautividad, se encontraban tan decaídos y exánimes que aguardaban la orden de partida derrumbados en sus camastros, rezando o meditando.

Dato, el tontiloco ayudante de carcelero, se contaba entre los vallisoletanos incapaces de reprimir su júbilo ante el gran festejo que se avecinaba. Reconocido a la generosidad de Cipriano, sentado a los pies de su catre, pasaba con él los últimos minutos de su estancia en prisión, le hablaba de los preliminares del auto con tal entusiasmo como si Salcedo, en lugar de una de las víctimas, fuese un forastero más de visita en la villa. Tanto Dato, como el resto de los carceleros, se había puesto ropa nueva y había sustituido los sucios calzones de paño por unos vistosos zaragüelles.

Para el ayudante de carcelero todo eran novedades dignas de ser conocidas, desde los pregoneros a caballo, apostados en las esquinas, anunciando el auto y encareciendo la asistencia de los mayores de catorce años con la promesa de cuarenta días de indulgencia, hasta la prohibición de andar a caballo y portar armas, blancas o de fuego, durante el tiempo que durase la ceremonia.

Los azules ojos desvaídos de Dato rutilaban y sus lacias guedejas albinas se estremecían bajo el gorro rojo de lana, al dar cuenta de la enorme afluencia de forasteros llegados a la ciudad. Toda Castilla se ha volcado en Valladolid,

decía, aunque había también representantes de otras comarcas y nutridos grupos de extranjeros que hablaban lenguas extrañas. Más de doscientas mil almas, se lo juro a vuesa merced, por la bendita memoria de mi madre, decía santiguándose. Tantos eran que ni en pensiones, ventas, posadas y mesones habían encontrado alojamiento, y millares de forasteros habían tenido que pernoctar en aldeas y granjas próximas o, aprovechando la benignidad del clima, al sereno, en las huertas y viñas de los alrededores o en las calles menos concurridas y apartadas de la villa. El Rey nuestro señor se había personado, acompañado de los Príncipes y la Corte, para presidir el acto.

Dato se hacía lenguas sobre la transformación de la Plaza Mayor en un enorme circo de madera, con más de dos mil asientos en las gradas, cuyos precios oscilaban entre diez y veinte reales, y, en torno al cual, se había montado una guardia de alabarderos, reforzada en las horas nocturnas, después de dos intentos de prenderle fuego por parte de elementos subversivos.

Cipriano, con los ojos cerrados, un intenso latido en el párpado superior, encomendaba su alma y pedía luz a Nuestro Señor para distinguir el error de la verdad, mientras escuchaba distraído, de labios de Dato, las últimas nuevas: se anunciaba un día sofocante, más propio de agosto que de mayo, y muchos vecinos, que no habían encontrado localidad en las gradas, preparaban su emplazamiento en los tejados bajo toldos de anjeo, preservados por barandillas de madera. En espera de la llegada del Rey nuestro señor y de los Príncipes, más de dos mil personas velaban en la plaza al resplandor de hachones y luminarias. «No vea vuesa merced, parece el juicio final» —sentenció Dato en el colmo de la admiración.

En pleno monólogo del carcelero, empezaron a oírse carreras por los corredores, golpes apremiantes en las puertas de las celdas y voces habituadas al mando, gritando: ¡a formar!, ¡a formar! Fray Domingo, serio y circunspecto, con el nuevo sayo, se puso en pie por sí mismo; Cipriano, auxiliado por Dato. Le habían liberado de los grilletes y notaba sueltas las piernas pero no las fuerzas precisas para sostenerse en pie. En el zaguán, Dato le encomendó a dos familiares de la Inquisición que vestían sayo de paño bajo la capa, pese al día caluroso que se avecinaba. Allí se concentraban los condenados varones que eran ayudados a vestirse y calzarse por los propios acompañantes. Aquella reunión ocasional era como el envés de los conventículos, los mismos hombres, pero sin el sentimiento de fraternidad que antaño los unía, más bien dominados por el recelo y la desconfianza, cuando no por la hostilidad o el odio. Cipriano levantaba la cabeza, tratando

de encontrar el eje de visión. A su derecha, fruncido, transparente, huidizo, encogido sobre sí mismo, descubrió al Doctor y, tras él, a don Carlos de Seso, a quien los malos tratos y un año de prisión habían convertido en un viejo mendigo claudicante. La cabeza indócil, escurrido de carnes, vencido de hombros, se asía al brazo de un familiar como un náufrago a una tabla. Las piernas no soportaban su peso y la antigua gallardía, su aticismo y nobleza se habían venido abajo. Del otro lado, dos familiares embutían al bachiller Herrezuelo en el nuevo sayo y le protegían los pies hinchados con calzado de cuerda. Se hallaba amordazado y maniatado y sus ojos grises, bajo las espesas cejas, miraban enloquecidos a todas partes sin detenerse en ninguna. Cipriano se acercó a Juan García, el joyero, y le preguntó por la razón de la mordaza del bachiller y aquél, que en la penumbra del zaguán apenas advertía quien le hablaba, respondió que se había vuelto loco, que desde que salió de la celda no había hecho otra cosa que blasfemar contra Dios. Las conversaciones se mantenían a medio tono de forma que en el zaguán reinaba un murmullo uniforme, un ronroneo monótono, sin altibajos. Juan Sánchez, desde un rincón, miraba a Cipriano Salcedo, la cabeza levantada, tanteando desorientado, como un invidente. Se acercó a él solícito y le dijo si la oscuridad de la celda le había cegado. Cipriano restó importancia a su mal, eran los párpados —dijo—, se habían inflamado y tenía que mirar a través de un resquicio, en línea recta, ya que sólo veía en esa dirección. Se sonreían mutuamente y Cipriano advertía que el criado no había cambiado en el último año: su cabeza grande, su tez de papel viejo, amarilla, arrugada, seguía siendo la misma. Juan Sánchez entró en prisión con cien años y salía con un siglo. Era la ventaja de los hombres magros, momificados, sin belleza.

Apenas tenían de qué hablar, ninguno de los dos deseaba envenenar el ambiente ni sembrar la discordia. Entonces Juan Sánchez, en una de sus salidas intempestivas, señaló el sambenito de Cipriano con un dedo, luego el suyo, y subrayó irónicamente que habían sido facturados al mismo infierno. Su risa, reprimida e inoportuna, aumentó la tensión. Buena parte de los allí reunidos se habían delatado entre sí, habían perjurado, habían procurado salvarse a costa del prójimo, y rehuían el contacto, las miradas, las explicaciones. Pedro Cazalla también le esquivó. Al ver a Cipriano buscó una zona oscura del zaguán donde poder pasar inadvertido. La declaración de Pedro, como la de su hermana Beatriz, había sido despiadada. Una decena de reos habían sido denunciados por ellos. No obstante, Pedro Cazalla vestía también el sambenito de llamas y diablos, distintivo de los condenados a muerte. En el oscuro rincón, flanqueado por sus guardadores, estaba solo,

cabizbajo, incómodo. Seguramente él y su hermano Agustín, cabezas de la secta, eran, en aquel infierno de prevenciones y sospechas, los más aborrecidos.

Los ojos desorbitados del bachiller Herrezuelo saltaban de uno a otro con infinito desprecio. No podía escupirles ni abofetearles pero su mirada enloquecida lo decía todo. Llevaba las manos atadas a la espalda para evitar que se arrancara la mordaza pero, cada vez que los familiares le colocaban la coroza en la cabeza, él movía ésta violentamente de un lado a otro hasta hacerla caer. Uno de los familiares, más paciente e ingenioso, optó por improvisar un barbuquejo con una cinta para sujetarla bajo la barbilla, pero el bachiller se encolerizó, la emprendió a cabezazos contra el inventor hasta que la coroza se desprendió hecha un gurruño y cayó al suelo. En el forcejeo se soltó también la mordaza y Herrezuelo empezó a insultar a Cazalla y a jurar como un poseído contra Dios y la Virgen hasta que los familiares lograron acallarlo echándosele encima.

Las cosas aparentaron serenarse una vez en la calle, cuando los reos, en filas de a dos, acompañados por familiares de la inquisición, empezaron a formar la comitiva. Delante de Cipriano caminaba don Carlos, esforzándose por avanzar erguido, por no perder la dignidad. Precediéndole, menudo y cargado de espaldas, como si llevara una cruz a cuestas, avanzaba el Doctor y, abriendo marcha, fray Domingo de Rojas, con la misma imperturbable indiferencia con que había vivido el año de prisión.

Eran apenas las cinco de la mañana pero un incierto resplandor lechoso anunciaba el día por encima de los tejados. A la cabeza de la procesión, a caballo, portado por el fiscal del reino, flameaba el estandarte de la Inquisición, con el blasón de Santo Domingo bordado, seguido por los reos reconciliados, con cirios en las manos y sambenitos con el aspa de San Andrés. Y, tras ellos, dos dominicos portando la enseña carmesí del Pontificado y la cruz enlutada de la iglesia del Salvador, precedían a los reos relajados, destinados a la hoguera, con sambenitos de demonios y llamas y corozas decoradas con los mismos motivos. Mezclados con ellos, con atuendos semejantes, atados a altas pértigas, desfilaban los muñecos de los condenados en efigie, burlescas reproducciones de sus modelos, uno de ellos representando a doña Leonor de Vivero, cuyo ataúd, con el cuerpo desenterrado y llevado a hombros en la procesión por cuatro familiares, sería también arrojado al fuego.

El resto de la comitiva, esto es, los condenados a penas menores, iban detrás, encabezados por cuatro lanceros a caballo, anunciando a las

comunidades religiosas de la villa y al grupo de cantores, que avanzaba calle arriba entonando a media voz el himno *Vexilla regis*, propio de las solemnidades de Semana Santa.

Aferrado a los brazos de sus acompañantes, Cipriano Salcedo se movía casi a ciegas y, aunque paulatinamente iba insinuándose el día, únicamente veía cuando alzaba la cabeza y sus pupilas enfocaban el objetivo en línea recta. De esta guisa divisó las dos densas murallas humanas que les abrían calle, de ordinario afligidas y silenciosas, aunque nunca faltaba la voz desgarrada de algún mozalbete, que aprovechaba la impunidad de la masa para insultarlos.

Al abandonar la calle Orates, la procesión de los reos hubo de detenerse para ceder el paso al séquito real que subía por la Corredera. La guardia a caballo, con pífanos y tambores, abría marcha y tras ella el Consejo de Castilla y los altos dignatarios de la Corte con las damas ricamente ataviadas aunque de riguroso luto, escoltados por dos docenas de maceros y cuatro reyes de armas con dalmáticas de terciopelo. Acto seguido, precediendo al Rey —grave, con capa y botonadura de diamantes— y a los Príncipes, acogidos con aplausos por la multitud, apareció el conde de Oropesa a caballo, con la espada desnuda en la mano. Cerraban el desfile, encabezados por el marqués de Astorga, un nutrido grupo de nobles, los arzobispos de Sevilla y Santiago y el obispo de Ciudad Rodrigo, domeñador de los conquistadores del Perú.

Cipriano, en primera fila, veía desfilar tanta grandeza buscando el ángulo de visión más apropiado, la boca sonriente, sin rencor, como un niño ante una parada militar. Al cabo, la procesión de penitentes reanudó la marcha y entró en la plaza entre dos vallas de altos maderos. La multitud impaciente, que se apretujaba en ella, prorrumpió en voces y gritos destemplados. Los reos, caminando cansinamente, agobiados, arrastrando los pies, componían una comitiva lastimosa y estrafalaria, los sambenitos torcidos, las corozas ladeadas, siempre a punto de caer. Cipriano tendió la mirada sobre la plaza moviendo también la cabeza para no perder el eje de visión y comprobó que los informes de Dato se habían quedado cortos. La mitad de la plaza se había convertido en un enorme tablado, con graderíos y palcos, recostado en el convento de San Francisco y dando cara al Consistorio adornado con enseñas, doseles y brocados de oro y plata. La otra mitad y las bocacalles adyacentes se veían abarrotadas por un público soliviantado y chillón que coreó con silbidos el desfile de los reos ante el Rey. Frente a los palcos, en la parte baja de los graderíos, se levantaban tres púlpitos, uno para los relatores que leerían

las sentencias, el segundo para los penitentes destinatarios, y un tercero para el obispo Melchor Cano que pronunciaría el sermón y cerraría el auto. En un tabladillo, a nivel algo inferior al de los púlpitos, con cuatro bancas en grada, fueron aposentándose los reos en el mismo orden que traían en la procesión, de forma que don Carlos de Seso quedó a la derecha de Cipriano, y Juan García, el joyero, a su izquierda. Transido, angustiado, tenso, Cipriano Salcedo esperaba la llegada de los reos absueltos, miraba obsesivamente las escaleras de acceso al entablado, hasta que vio aparecer a doña Ana Enríquez de la mano del duque de Gandía. Envuelta en parda saya, se movía con la misma gracia natural que en los jardines de La Confluencia. La cárcel no parecía haberla marcado, tal vez había ahilado un poco su figura, subrayado su esbeltez, pero sin mancillar la frescura y esplendor de su rostro. Subía los peldaños con arrogancia y, al desfilar ante la primera banca de los reos, los miró uno a uno con ansiedad y sus ojos se detuvieron un momento, incrédulos, en los de Cipriano. Pareció dudar, miró al resto de los ocupantes del banco y volvió a él, inmóvil, la pequeña cabeza levantada, los ojos entrecerrados, medio ciegos. Luego siguió adelante y subió hasta la cuarta grada de la tribuna, dejando a Cipriano en la duda de si habría sido reconocido.

La luz cegadora, brutal, que se iba adueñando de la plaza, lastimaba aún más sus ojos. Tras la contemplación de Ana Enríquez, los cerró largo rato para protegerlos. Un apagado rumor de conversaciones llegaba a sus oídos mientras el obispo de Palencia, Melchor Cano, desgranaba el sermón sobre los falsos profetas y la unidad de la Iglesia. Y cuando Cipriano volvió a abrirlos, le sobrecogió de nuevo la gran masa que tenía ante sí, una inmensa muchedumbre, tan prieta y enardecida, que había inmovilizado contra las talanqueras dos lujosos coches ocupados por gente de alcurnia.

Durante el sermón el público había guardado silencio, aunque la voz un poco rota y fatigada del orador no pareciera llegar hasta ellos, pero, poco después, cuando uno de los relatores tomó juramento al Rey, a los nobles y al pueblo y todos ellos prometieron defender al Santo Oficio y a sus representantes, aun a costa de la vida, un estruendoso vocerío coreó el *amén* final. Luego retornó el silencio, una vez que el relator hizo comparecer al primer condenado, el doctor Cazalla, que, ayudado de cerca por los auxiliares, a duras penas pudo alcanzar el pulpitillo. Su postración, la palidez de su rostro, las mejillas sumidas, la extrema delgadez de su figura, parecieron predisponer al público en su favor. Cipriano le miraba como a un ser ajeno, desconocido, y, cuando el relator enumeró sus cargos y anunció con voz

estentórea la sentencia de muerte en garrote antes de ser arrojado a las llamas, el Doctor rompió a llorar, miró hacia el palco del Rey pretendiendo hablar pero inmediatamente, fue rodeado de guardas y alguaciles que se lo impidieron. Ortega y Vergara, los dos relatores, empezaron entonces a leer, alternativamente, las sentencias, en tanto los condenados, por su propio pie o ayudados por los familiares, se relevaban desordenadamente en el púlpito para escucharlas. Era una ceremonia que, aunque escalofriante y atroz, iba degenerando en una tediosa rutina, apenas quebrada por los abucheos o aplausos con que el pueblo despedía a los reos condenados a muerte al reintegrarse al tabladillo:

Beatriz Cazalla: confiscación de bienes, muerte en garrote y dada a la hoguera.

Juan Cazalla: confiscación de bienes, cárcel y sambenito perpetuos, con obligación de comulgar las tres Pascuas del año.

Constanza Cazalla: confiscación de bienes, cárcel y sambenito perpetuos.

Alonso Pérez: degradación, muerte en garrote y dado a la hoguera.

Francisco Cazalla: degradación, muerte en garrote y dado a la hoguera.

Juan Sánchez: muerte en la hoguera.

Cristóbal de Padilla: confiscación de bienes, muerte en garrote y dado a la hoguera.

Isabel de Castilla: sambenito y cárcel perpetuos y confiscación de bienes.

Pedro Cazalla: degradación, confiscación de bienes, muerte en garrote y dado a la hoguera.

Ana Enríquez:

Antes de que la muchacha subiera al púlpito se produjo una vacilación en el relator y un silencio expectante en la muchedumbre. Temiendo un almadiamiento, o simplemente buscando un apoyo a su soledad, había subido la escalera de la mano del duque de Gandía, pero, en contra de lo esperado, una vez arriba se encaró al relator con resolución y mirada retadora. Impávida oyó a Juan Ortega repetir su nombre y la pena simbólica a que era condenada:

Ana Enríquez: saldrá al cadalso con sambenito y vela, ayunará tres días con tres noches, regresará con hábito a la cárcel y, una vez allí, quedará libre.

Una rechifla general subió de la plaza, bajó de los tejados y balcones, se alzó de los graderíos. El pueblo no podía perdonar la insignificancia de la pena, los aires de superioridad de la penitente, su rango, belleza y suficiencia. Cipriano Salcedo, la cabeza levantada, los ojos encarnizados, la miraba tembloroso. Le irritaba la reacción de la masa pero no menos la solicitud del duque de Gandía, su aire protector, su proximidad. La vio descender del

púlpito con fingida altivez, su mano derecha en la izquierda del de Denia, recogiéndose el halda, aparentemente ajena al abucheo del pueblo. El relator Vergara se apresuró a convocar a un nuevo condenado intentando acallar las protestas de la multitud, que, al observar ahora la mordaza de Herrezuelo, sus manos atadas a la espalda, su indefensión, tornó a un silencio expectante:

Antonio Herrezuelo —voceó el relator—: confiscación de bienes y muerte en la hoguera.

Juan García: confiscación de bienes, muerte en garrote y dado a la hoguera.

Francisca de Zúñiga: sambenito y cárcel perpetuos.

Cipriano Salcedo:

La rápida sucesión de condenados en el pulpitillo se interrumpió de pronto. Cipriano, la cabeza erguida, el latido en el párpado, fue ayudado a incorporarse por un familiar de la Inquisición. A pesar de que éste le ofrecía su brazo, no acertaba a echar el paso. Las piernas entumecidas no le pesaban pero tampoco le obedecían. Una pausa tensa se abrió en la plaza. Ante el agarrotamiento del reo, el familiar miró al alguacil y un segundo familiar se adelantó hasta ellos. Pasivo, ligero de peso, Cipriano Salcedo se dejó alzar del suelo y, en volandas, fue trasladado al púlpito y allí quedó, con la coroza torcida, grotesco e inane, entre los dos familiares tocados con sus bombines de alta copa. Un sol despiadado hería los ojos del penitente que los cerró, apretando visiblemente los párpados. Se bamboleaba, era un hombre destruido y el rumor compasivo de la multitud iba en aumento. El relator encampanó la voz para repetir su nombre:

Cipriano Salcedo —dijo—: confiscación de bienes y muerte en la hoguera.

El rumor de la muchedumbre era ahora creciente y racheado como el bramido del mar. El condenado no parecía afectado por la sentencia. Daba la impresión de que, aun indultado, ya no sería capaz de volver a la vida. Permaneció inmóvil, los párpados cerrados, apoyado en el brazo de un familiar, desdibujado y nimio. De nuevo se incorporó el segundo familiar y, entre ambos, lo izaron sobre la barandilla de la escalera y lo transportaron en un vuelo a su lugar en el tablado. Sus párpados seguían cerrados pero sus ojos cobardes estaban llenos de lágrimas. Se sentía vejado, confundido, degradado. Dame ya la muerte, Señor, suplicó. Pero su humillación activó la curiosidad morbosa del pueblo. Eran estos incidentes los que animaban la fiesta y, en realidad, no habían hecho más que empezar. Cipriano oyó llamar a fray Domingo de Rojas y envidió su fuerza, su entereza física. Dijo el relator:

Fray Domingo de Rojas: degradación y muerte en la hoguera.

El público rebullía inquieto y expectante. Paso a paso el auto había entrado en la fase dramática que esperaba. Todavía llamaron los relatores a Eufrosina Ríos, condenada a muerte en garrote y a Catalina de Castilla, a sambenito y cárcel perpetuos, antes de que le llegara el turno a don Carlos de Seso. El corregidor de Toro, con su voluntad indomable, subió las escaleras del púlpito por sí mismo, laboriosamente a causa de la flaqueza de sus piernas, pero erguido y noble:

Carlos de Seso —dijo el relator Vergara—: confiscación de bienes y muerte en la hoguera.

Don Carlos hizo un ademán de aceptación con una reverencia deferente y simuló retirarse en compañía del familiar, pero, una vez a la altura del palco real, se detuvo, se encaró con el Rey, hizo otra pequeña venia y dijo con una punta de ironía:

—¿Cómo permitís, señor, este atentado contra la vida de vuestro súbdito?

A lo que Su Majestad replicó pronto, frunciendo el ceño:

—Si mi hijo fuera tan malo como vos, yo mismo apilaría la leña para quemarlo.

Más por sus modales que por sus palabras, que no alcanzaron los oídos de la mayoría, el pueblo, que despreciaba la dignidad, abucheó al preso, le afrentó, en tanto los inquisidores, poco amigos de apostillas y comentarios, le retiraban y reforzaban la guardia de alabarderos ante el palco real para impedir otros excesos. Los relatores continuaban desgranando nombres y penas, pero el pueblo, que ya había cogido gusto a los números fuera de programa, dejó de prestar atención, aplanado por el tedio y la ardentía.

Seguidamente, con un sol cada vez más vivo desplomándose sobre la plaza, el obispo de Palencia procedió a degradar a los clérigos condenados, lo que de nuevo despertó expectación en la masa. Ante el palco de Su Majestad, el obispo, revestido de sobrepelliz, estola y capa pluvial, y tocado de mitra blanca, se aproximó a los cinco reos arrodillados, cubiertos de casullas de terciopelo negro, con cálices y patenas en las manos como si fueran a decir misa, y, uno a uno, los fue despojando de ellos, sustituyendo sus ornamentos por sambenitos de llamas y diablos, mientras decía:

—Por la potestad que me da la Santa Iglesia, borro los signos de tu condición sacerdotal que has deshonrado con el delito de herejía.

Luego procedió a raerles la boca, los dedos y las palmas de las manos con un paño húmedo y ordenó al barbero que les afeitara la cabeza para colocar sobre ellas las corozas. De rodillas como estaba, pálido, flaco y desaseado,

con el capirote por sombrero, el doctor Cazalla, sacando fuerzas de flaqueza, gritó de pronto por tres veces:

—¡Bendito sea Dios, bendito sea Dios, bendito sea Dios! —Y como un alguacil se le acercara y le empujara hacia el tabladillo, el Doctor, llorando y moqueando, continuó gritando:

—¡Óiganme los cielos y los hombres, alégrese Nuestro Señor y todos sean testigos de que yo, pecador arrepentido, vuelvo a Dios y prometo morir en su fe, ya que me ha hecho la merced de mostrarme el camino verdadero!

Las palabras y lágrimas del Doctor produjeron en el auditorio dos reacciones distintas: los más sensibles sollozaban con él, mientras que los más duros, de pie en las gradas, encolerizados, le insultaban llamándole leproso y alumbrado. Cuando la reacción amainó, el obispo de Palencia se encaramó de nuevo en el púlpito desde donde había predicado y dijo que, leídas las ejecutorias, degradados los curas sectarios, daba el auto por concluido, siendo las cuatro de la tarde del día 21 de mayo de 1559. Los feos sentenciados a prisión —añadió— serán conducidos en procesión a las cárceles Real y del Santo Oficio para cumplir sus condenas, en tanto los restantes se desplazarán en borriquillos al quemadero, erigido tras la Puerta del Campo, para ser ejecutados.

El pueblo fue abandonando las gradas alborotadamente, los rostros congestionados y sudorosos, comentando a gritos las incidencias del auto, cabizbajas las mujeres, los ojos enrojecidos, los hombres, con pañuelo al cuello, la bota en alto, bebiendo según el rito de las eras. En el momento de mayor confusión se produjo un altercado en la tribuna de reos, que congregó en torno a numerosos espectadores. El bachiller Herrezuelo, liberado ya de su mordaza, se volvió hacia las gradas superiores, donde se hallaba su esposa, Leonor de Cisneros, con el sambenito de reconciliada, y la increpó con palabras gruesas, llamándola felona, puta e hija de puta, y como nadie reaccionara, subió de tres trancos las gradas que les separaban y la abofeteó por dos veces. Guardas, familiares y alguaciles se interpusieron, al fin, lo redujeron, le pusieron otra vez la mordaza, en tanto el Doctor Cazalla, ganado de nuevo por la fiebre oratoria, le llamaba a la razón, que reflexionase y le escuchara «pues más letras que vos he estudiado —le dijo— y engañado estuve en el mismo error». En estos términos prosiguió aleccionando al irritado bachiller, con voz henchida, que imposible parecía que saliera con tanta fuerza de un cuerpo tan lábil, hasta que Herrezuelo, que aún no había sido maniatado, se arrancó nuevamente la mordaza y le replicó con acento de burla, entre el entusiasmo del auditorio:

—Doctor, Doctor, para ahora quisiera yo el ánimo que mostrasteis en otras ocasiones.

Amordazado y esposado el bachiller, los penitentes, divididos en dos grupos, se separaron al pie del tablado, los indultados, formados y flanqueados por familiares de la Inquisición, iniciaron el camino de regreso a la cárcel, entre las vallas, con sambenitos aspados y velas verdes encendidas, mientras los condenados a muerte, con cordeles infamantes al cuello, en señal de menosprecio, iban encaramándose, uno a uno, en borricos preparados al efecto, desde el último descansillo de la escalera, para dirigirse al cadalso, por el angosto camino que abrían los soldados entre la multitud, colocando horizontalmente sus alabardas. El primero en subir al asno fue el Doctor, detrás fray Domingo de Rojas y cuando Cipriano Salcedo se disponía a hacerlo divisó a su tío Ignacio enlutado, nervioso, departiendo con familiares y alguaciles al pie de la escalera. Cipriano vaciló al verle tan próximo. Con la cabeza alta, sonriente, quiso darle la paz pero su tío se dirigió al familiar que conducía la borriquilla sin reparar en él, lo apartó de la procesión y colocó en su lugar a una mujer de cierta edad, con gracioso tocadillo alemán en la cabeza, sencilla y fina de cuerpo, de agraciado rostro. La mujer se aproximó a Salcedo con los ojos llenos de lágrimas y le acarició la barbada mejilla con ternura:

—Niño mío —dijo—. ¿Qué han hecho contigo?

Cipriano alzó la cabeza, buscó el eje visual y, a pesar del tiempo transcurrido, la reconoció enseguida. No pudo hablar pero trató de cogerle una mano, de mostrarle de alguna manera su cariño, pero una oleada de la multitud los separó. Dos forzudos auxiliares lo subieron a lomos de un borriquillo roano mientras el Doctor y fray Domingo iniciaban la marcha por el angosto pasillo entre los soldados. Un guardia palmeó la grupa del borrico que conducía a Cipriano y éste apretó las rodillas contra su montura, vacilante, y desde su posición preeminente miró con ternura a la dulce figura que le precedía. Dócilmente, Minervina tiraba del ronzal y lloraba en silencio, tratando de alcanzar a los asnos de fray Domingo y el Doctor. La plaza hervía, era un mar descontrolado. A ambos lados de Cipriano se extendía la multitud, fluctuante e indecisa, hombres acalorados discutiendo con otros que les obstaculizaban el paso, mujeres compasivas y llorosas, niños traveseando entre los puestos de golosinas que se alzaban aquí y allá. El bochorno era tan húmedo, tan agobiante el vaho que despedía la plaza, que hombres y mujeres acalorados, con las axilas húmedas, se despojaban de sus ropas de fiesta, se quedaban en jubón o en camisa, incapaces de soportar el sol de la tarde.

Cipriano, mecido por el vaivén del borrico, no sentía el calor. Viendo a Minervina tirando del ronzal se sentía inusitadamente tranquilo, protegido, como cuando niño. Avanzaba tan gentil y confiada que nadie pensaría que le llevaba al encuentro con la muerte. Entre los conductores era la única mujer y, a pesar de su edad, era tal la gracia de su figura que rústicos medio bebidos, llegados a la villa para la fiesta, la requebraban, la acosaban con frases soeces. Pero *la procesión de las borriquillas*, aunque lentamente, discurría sin pausa entre la muchedumbre. Veintiocho asnillos en fila, montados por otros tantos seres estrambóticos, con sambenitos de diablos al pecho y corozas en la cabeza, componían una comitiva grotesca que desfilaba por el estrecho pasillo que abrían los alabarderos. Pero una vez que Cipriano alcanzó a fray Domingo, entró en la onda de las prédicas del Doctor, que iba delante, de sus voces de arrepentimiento, de sus apelaciones a la compasión. Cipriano miraba su figura vencida y cargada de espaldas, la coroza ladeada, balanceándose en lo alto del pollino y se preguntaba qué tenía en común aquel hombre con aquel otro que pocos meses antes le instruía enfervorizado con motivo de su viaje a Alemania. Oía sus exhortos y súplicas con desconfianza, seco, sin emoción:

—Entended y creed que en la tierra no hay Iglesia invisible sino visible —decía—. Y ésta es la Iglesia Católica, Romana y Universal. Cristo la fundó con su sangre y pasión y su vicario no es otro que el Sumo Pontífice. Y tened por seguro que aunque en aquella Roma se registraron todos los pecados y abominaciones del mundo, residiendo en ella el Vicario de Cristo, allí estaba el Espíritu Santo.

Le llamaban hereje, pelele, viejo loco, mas él lloraba y, en ocasiones, sonreía al referirse a su destino como a una liberación. Las mujeres se santiguaban e hipaban y sollozaban con él, pero algunos hombres le escupían y comentaban: ahora tiene miedo, se ha ensuciado los calzones el muy cabrón. Unos pasos más atrás, Cipriano iba recogiendo los insultos e improperios que las palabras del Doctor despertaban en el pueblo. De esta manera entraron en la calle de Santiago, donde la masa de gente era más densa aún, casi impenetrable, y los borricos avanzaban al paso, entre los alabarderos. Grupos de mujeres endomingadas, con vistosos atavíos, se asomaban a las ventanas y balcones para ver pasar la procesión y comentaban los incidentes a voz en grito, de lado a lado de la calle. Los chiquillos lo invadían todo, retozaban, dificultaban la ya difícil circulación, aturdían soplando sus silbatos o los titos huecos de los albaricoques. Y, en medio de aquella barahúnda, todavía llegaban a oídos de Cipriano frases truncadas del

Doctor, palabras sueltas de su interminable soliloquio. Pero su atención, sin apenas advertirlo, iba en otra dirección, su débil cerebro se desplazaba hacia Minervina, hacia su airosa figura, decidida, la soga del ronzal en su mano derecha, abriéndose paso entre la multitud, apartando a los transeúntes. Se recreaba en su gentileza y, al contemplarla, sus ojos cegatosos se llenaban de agua. Sin duda era Minervina la única persona que le quiso en vida, la única que él había querido, cumpliendo el mandato divino de amaos los unos a los otros. Cerró los ojos acunado por el bamboleo del borrico y evocó los momentos cruciales de su convivencia con ella: su calor ante la helada mirada del padre, sus paseos por el Espolón, la galera de Santovenia, la ternura con que velaba sus sueños, su espontánea entrega a su regreso, en la casa de sus tíos. Al ser despedida, Mina desapareció de su vida, se esfumó. De nada valieron sus pesquisas para encontrarla. Y ahora, veinte años después, ella reaparecía misteriosamente para acompañarle en los últimos instantes como un ángel tutelar. ¿Sería Mina, en realidad, la única persona que había amado? Pensó en Ana Enríquez, un proyecto apenas esbozado; su tío Ignacio, esclavo de las convenciones; su gran fracaso con Teo, el ejército de sombras que había cruzado por su vida y que fue desvaneciéndose conforme él creyó haber encontrado la fraternidad de la secta. Pero ¿qué había quedado de aquella soñada hermandad? ¿Existía realmente la fraternidad en algún lugar del mundo? ¿Quién de entre tantos había seguido siendo su hermano en el momento de la tribulación? No, desde luego, el Doctor, ni Pedro Cazalla, ni Beatriz. ¿Quién? ¿Acaso don Carlos de Seso pese a sus contradicciones? ¿Por qué no Juan Sánchez, el más oscuro, humilde y, deteriorado de los hermanos? La idea del perjurio y la fácil delación continuaba atormentándole. Una vida sin calor la mía, se dijo. Por sorprendente que pudiera parecer, la mortecina actividad de su cerebro evitaba la idea de la muerte para detenerse a reflexionar en el tremendo misterio de la limitación humana. Al aceptar el beneficio de Cristo no fue vanidoso ni soberbio, pero tampoco quería serlo a la hora de perseverar. Debería perseverar o volver a la fe de sus mayores, una de dos, pero, en cualquier caso, en la certidumbre de hallarse en la verdad. Mas ¿dónde encontrar esa certidumbre? Mentalmente pedía a Nuestro Señor una pequeña ayuda: una palabra, un gesto, un ademán. Pero Nuestro Señor permanecía en silencio y, al mostrarse mudo, estaba respetando su libertad. Pero ¿era la inteligencia del hombre por sí sola suficiente para resolver el arduo problema? Él sintió el soplo divino leyendo *El beneficio de Cristo* pero, con el tiempo, todo, empezando por las palabras de los Cazalla, se había venido abajo. Entonces ¿no valía nada de lo andado? Oh, Señor —se dijo

acongojado—, dame una señal. Le atribulaba el prolongado silencio de Dios, la taxativa limitación de su cerebro, la terrible necesidad de tener que decidir por sí mismo, solo, la vital cuestión.

Los tumbos del asnillo en aquel mar ondulante le adormecían. Cuando abrió los ojos observó que docenas de sotanas revoloteaban como moscas alrededor de fray Domingo de Rojas, emparejaban su paso al de la borriquilla, se dirigían a él a voces, sorteando las picas de los alabarderos. También ellos trataban de arrancarle una palabra, tal vez sólo un gesto, le acosaban. Pero ¿qué les movía en realidad? ¿La salvación de su alma o el prestigio de la orden dominicana? ¿Por qué esta alborotada compañía en contraste con la desolación del resto de los condenados? El dominico se mostraba íntegro, no, no, reiteraba la negativa y sus acompañantes, mezclados con los espectadores, se comunicaban la mala nueva: ha dicho que no, sigue pertinaz, pero hay que salvarlo. Y reanudaban sus acechanzas y uno se arrimó hasta tocarle y le instó a morir en la misma fe que *nuestro* glorioso Santo Tomás, pero fray Domingo mostraba una formidable entereza, no, no, repetía, hasta que fray Antonio de Carreras, que había pasado la noche a su lado, le había confesado y le había aupado para montar en el jumento, ahuyentó los moscones, se colocó a su lado y fue protegiéndolo, conversando con él hasta el quemadero.

Fuera ya de la Puerta del Campo, la concurrencia era aún mayor pero la extensión del campo abierto permitía una circulación más fluida. Entremezclados con el pueblo se veían carruajes lujosos, mulas enjaezadas portando matrimonios artesanos y hasta una dama oronda, con sombrero de plumas y rebociños de oro, que arreaba a su borrico para mantenerse a la altura de los reos y poder insultarlos. Mas a medida que éstos iban llegando al Campo crecían la expectación y el alboroto. El gran broche final de la fiesta se aproximaba. Damas y mujeres del pueblo, hombres con niños de pocos años al hombro, cabalgaduras y hasta carruajes tomaban posiciones, se desplazaban de palo a palo, preguntando quién era su titular, entretenían los minutos de espera en las casetas de baratijas, *el tiro al pimpampum* o *la pesca del barbo*. Otros se habían estacionado hacía rato ante los postes y defendían sus puestos con uñas y dientes. En cualquier caso, el humo de freír churros y buñuelos se difundía por el quemadero mientras los asnos iban llegando. El último número estaba a punto de comenzar: la quema de los herejes, sus contorsiones y visajes entre las llamas, sus alaridos al sentir el fuego sobre la piel, las patéticas expresiones de sus rostros en los que ya se entreveía el rastro del infierno.

Desde lo alto del borrico, Cipriano divisó las hileras de palos, las cargas de leña, a la vera, las escalerillas, las argollas para amarrar a los reos, las nerviosas idas y venidas de guardas y verdugos al pie. La multitud apiñada prorrumpió en gran vocerío al ver llegar los primeros borriquillos. Y al oír sus gritos, los que entretenían la espera a alguna distancia echaron a correr desalados hacia los postes más próximos. Uno a uno, los asnillos con los reos se iban dispersando, buscando su sitio. Cipriano divisó inopinadamente a su lado el de Pedro Cazalla, que cabalgaba amordazado, descompuesto por unas bascas tan aparatosas que los alguaciles se apresuraron a bajarle del pollino para darle agua de un botijo. Había que recuperarlo. Por respeto a los espectadores había que evitar quemar a un muerto. Luego, alzó la cabeza y volvió la vista enloquecida hacia el quemadero. Los palos se levantaban cada veinte varas, los más próximos al barrio de Curtidores para los reconciliados, y, los del otro extremo, para ellos, para los quemados vivos, por un orden previamente establecido: Carlos de Seso, Juan Sánchez, Cipriano Salcedo, fray Domingo de Rojas y Antonio Herrezuelo. El de don Carlos era contiguo al del Doctor, que sería agarrotado previamente, y, antes de que el verdugo lo ejecutara, intentó hablar de nuevo al pueblo, pero el gentío, que adivinó su intención, prorrumpió en gritos y silbidos. Les enojaban los arrepentimientos tardíos, que dilataban o escamoteaban lo más atractivo del espectáculo. En tanto al Doctor le ajustaban al cuello el tornillo del garrote, dos guardas desmontaron del borrico a Cipriano Salcedo y, una vez en el suelo, le sostuvieron por los brazos para evitar que cayera. No podía tenerse en pie, pero vio a Minervina tan próxima que lo dijo en un susurro: «¿Dónde te metiste, Mina, que no pude encontrarte?». Mas ya le habían cogido a peso dos guardas y le llevaban en volandas hasta el palo, donde lo ataron. A su lado, en el de fray Domingo, proseguía el revuelo de sotanas, curas que subían y bajaban la escala, que se hablaban entre sí o corrían buscando clérigos más representativos para auxiliarle. Entonces volvió a comparecer el padre Tablares, jesuita, que subió atropelladamente la escalera y tuvo un largo rato de plática con el penitente. El ajetreo de la muchedumbre no permitía oír sus voces, pero algo importante debió de decirle porque fray Domingo se ablandó, y el padre Tablares, desde lo alto de la escalerilla, encareció a voces a los curas que se encontraban al pie que buscaran sin demora al escribano, quien, al cabo de unos minutos, se presentó montado en una mula negra. Era hombre de media edad y barba corta, que familiarizado con su oficio, extrajo un papel blanco de la escribanía, mientras un fraile muy joven le sostenía el tintero. Fray Domingo miraba a un lado y otro como desorientado, ausente,

pero cuando el padre Tablares le habló de nuevo al oído, él asintió y proclamó, con voz llena y bien timbrada, que creía en Cristo y la Iglesia y detestaba públicamente todos sus errores pasados. Los curas y frailecillos acogieron su declaración con gritos y muestras de entusiasmo y se decían unos a otros: ya no es pertinaz, se ha salvado, en tanto el escribano, firme al pie del palo, levantaba acta de todo ello y la multitud enfurecida protestaba de la intervención de aquéllos.

Cipriano, atado a la argolla del palo, los ojos cobardes posados en Minervina, sentía el empuje de la muchedumbre, la actividad de verdugos y alguaciles, sus evoluciones, sus voces. ¿Dónde estaba el suyo, su verdugo? ¿Por qué no comparecía? Le sobrecogió el alarido de la multitud, el golpe sordo del cuerpo agarrotado de fray Domingo al caer sin vida a su lado, la rápida acción del gigantesco verdugo empujándole a las llamas, el chisporroteo inicial. El gentío, defraudado al ver quemar un cuerpo sin vida, trataba ahora de desplazarse a la izquierda, frente a los cuatro reos que esperaban aún la ejecución, pero los ya instalados, al darse cuenta de sus pretensiones, forcejeaban con ellos y armaban pequeñas algaradas. El verdugo, ajeno a sus problemas, acababa de prender la hoguera de Juan Sánchez que ardía furiosamente y desprendía un acre hedor a carne quemada. Mas las llamas consumieron antes sus ligaduras que su cuerpo y Juan Sánchez, al sentirse libre, se agarró al palo y trepó por él, con agilidad de mono, gritando a voz en cuello y pidiendo misericordia. La muchedumbre aplaudía y reía ante su actitud simiesca. Juan Sánchez tenía achicharrado el costado izquierdo, la piel arrugada y gris, y, agarrado al extremo del palo, escuchaba las exhortaciones de un dominico, que por un momento le hicieron vacilar, mas, al volver la cabeza y reparar en la gallardía con que don Carlos de Seso aceptaba el suplicio, se dejaba quemar sin un gesto de protesta, dio un gran salto y se arrojó de nuevo a las llamas donde murió, dando brincos hasta que perdió el conocimiento.

La multitud apostada ante los palos rugía de entusiasmo. Los niños y algunas mujeres lloraban, pero muchos hombres, encendidos por el alcohol, reían de las batudas y torsiones de Juan Sánchez, le llamaban leproso y malnacido y remedaban ante los espectadores sus gestos y piruetas. Asimismo despertaron la hilaridad y las lágrimas de los presentes los contoneos y muecas del bachiller Herrezuelo, amordazado, las llamas reptando por su entrepierna, estirándose hasta abrasarlo, el alarido inhumano que escapó de su garganta una vez que el fuego devoró su mordaza y liberó su boca. Muchas mujeres cerraban los ojos horrorizadas, otras rezaban, las manos juntas, la

mirada recogida, pero algunos hombres seguían voceando e insultándole. Cipriano apenas tenía una vaga idea de que había visto morir a Seso, a Juan Sánchez y al bachiller a su lado. Las llamas habían dado rápida cuenta de sus vidas y el pesado hedor de carne quemada se asentaba sobre el campo. Divisó al verdugo encaminándose al palo, la tea humeante en su mano derecha, y, entonces, volvió a cerrar sus ojos encarnizados y a encarecer de Nuestro Señor una señal. Un cura corría ahora hacia el verdugo, la sotana arremangada, suplicándole con violentos ademanes que demorara la ejecución. Era el padre Tablares. Llegó a la escala jadeando, se llevó una mano al pecho y se detuvo en el primer peldaño. Al cabo, subió de un tirón y juntó su rostro compasivo al del falleciente Salcedo. Jadeaba. Todavía aguardó unos minutos para hablar:

—Hermano Cipriano, aún es tiempo —dijo al fin—. Reducíos y afirmad vuestra fe en la Iglesia.

Los hombres silbaban. Cipriano entreabrió sus párpados hinchados y esbozó una tímida sonrisa. Tenía la boca seca y la mente borrosa. Levantó la cabeza y miró a lo alto:

—C… creo —dijo— en la Santa Iglesia de Cristo y de los Apóstoles.

El padre Tablares aproximó los labios a su mejilla y le dio la paz en el rostro:

—Hermano —suplicó—, decid Romana, solamente eso, os lo pido por la bendita Pasión de Nuestro Señor.

La gente se impacientaba. Sonaban silbidos e imprecaciones. Cipriano, con la nuca apoyada en el palo, miraba reconocido al padre Tablares. Por nada del mundo quería pecar de engreimiento. El verdugo les miraba impaciente, la tea en la mano derecha, mientras el escribano, pluma en ristre, esperaba al pie del palo la confesión del reo. Cipriano volvió a cerrar los ojos, a pedir una seña a Nuestro Señor. Sintió el latido doloroso en el párpado y murmuró humildemente, como excusándose por su obstinación:

—Si la Romana es la Apostólica, creo en ella con toda mi alma, padre —musitó.

La cólera del pueblo exigiendo la hoguera, la buena disposición del verdugo para complacerle, apremiaban al padre Tablares que, en un impulso paternal, levantó la mano derecha y acarició la mejilla del reo:

—Hijo, hijo, ¿por qué has de poner condiciones en esta hora? —dijo.

La angustia crecía en el pecho de Cipriano. Buscó una nueva fórmula que no le traicionara, que expresara sus sentimientos y, al propio tiempo, diera satisfacción al jesuita; unas tiernas palabras ambiguas:

—Creo en Nuestro Señor Jesucristo y en la Iglesia que lo representa —dijo con un hilo de voz.

El padre Tablares bajó la cabeza desalentado. No había más tiempo. Los espectadores pedían a gritos el sacrificio: voceaban, brincaban, alzaban los brazos. Los silbatos de los niños aturdían. El humo hacía llorar los ojos. Una mujer gruesa comía buñuelos tranquilamente junto a Minervina. El padre Tablares, consciente de su fracaso, descendió lentamente la escalerilla, vio a Minervina sollozando junto al verdugo y a éste mirándole a él atentamente. Entonces hizo la seña, un leve ademán con la mano derecha señalando la carga de leña, sobre el burrajo. El verdugo arrimó la tea a la incendaja y el fuego floreció de pronto como una amapola, despabiló, humeó, rodeó a Cipriano rugiendo, lo desbordó. La multitud prorrumpió en gritos de júbilo cuando se produjo la deflagración y enormes llamas envolvieron al reo. Señor, acógeme —murmuró éste. Sintió un dolor intensísimo, como si le arrancaran la piel a tiras, en las caras internas de los muslos, en todo su cuerpo, con una intensidad especial en las yemas de los dedos. Apretó los párpados en silencio, sin mover un músculo, resignadamente. El pueblo, sobrecogido por su entereza, pero en el fondo decepcionado, había enmudecido. Entonces rompió el silencio el desgarrado sollozo de Minervina. La cabeza de Cipriano había caído de lado y las puntas de las llamas se cebaban en sus ojos enfermos.

DECLARACIÓN DE MINERVINA CAPA

En la villa de Valladolid, a veintiocho días del mes de mayo de mil quinientos cincuenta y nueve, estando los señores inquisidores don Teodoro Romo y don Mauricio Labrador en su audiencia de la tarde, ordenaron comparecer ante sí a Minervina Capa, de cincuenta y seis años, natural de Santovenia de Pisuerga y vecina de Tudela, que juró en forma debida decir la verdad.

Preguntada por la razón de su presencia en el quemadero en la tarde del 21 de mayo de 1559 y su relación con el relajado Cipriano Salcedo, la atestante manifestó que el interfecto había sido *su niño*, desde la muerte de su madre en 1517, que le había criado a sus pechos y le había atendido en sus necesidades. Manifestó asimismo que, terminada la crianza, esta testigo quedó al servicio de don Bernardo Salcedo, viudo y padre de la criatura, hasta que decidió internar al niño en el Hospital de Niños Expósitos para su formación, determinación que dolió mucho a la declarante.

Preguntada por el hecho de haber conducido la borriquilla hasta el palo, la atestante declaró que el reo iba muy enfermo de los ojos y las piernas, y que

la idea de que ella le condujera partió del tío y tutor del interfecto don Ignacio Salcedo, presidente de la Real Chancillería, que había ordenado buscarla por todos los pueblos del alfoz mediante pregones, y hallóla, al fin, en Tudela de Duero donde residía desde su matrimonio con el labrantín Isabelino Ortega, al cual había dado dos hijos, ya mozos. Y que el dicho don Ignacio Salcedo, al pedirle que acompañara a la hoguera a su sobrino, le hizo saber que de otro modo éste se iba a encontrar muy solo en esa tarde tan triste, momento en que esta declarante aceptó acompañarle como hubiera accedido —dijo— a morir en su lugar si así se lo hubiesen pedido.

Preguntada por las personas que hablaron con el reo en el palo, o si se le encomendó algún encargo para cuando el mismo falleciera, o si vio u oyó alguna cosa tocante a la herejía de la que debe dar cuenta al Santo Oficio, la atestante juró en forma de derecho que el día de autos no advirtió ni vio nada en el quemadero fuera de lo que a continuación iba a decir. O sea, el gran número de religiosos y colegiales de la Santa Cruz que rodeaban al penitente más grueso, un fraile de mejillas sonrosadas al que decían fray Domingo, que al decir de ellos iba pertinaz. Pero que fue solamente el llamado padre Tablares el que le exhortó y convenció. Y que una vez terminada la asistencia, el mismo padre Tablares acudió al palo de *su niño* y le dijo: «Hermano Cipriano, aún es tiempo. Reducíos y afirmad vuestra fe en la Iglesia Romana, —pero que *su niño* abrió un poco los ojos enfermos y le dijo—: Creo en la Santa Iglesia de Cristo y de los Apóstoles». Asegura esta declarante que el llamado padre Tablares porfió para que el penitente pronunciara la palabra *romana* a lo que el penitente respondió que si la Romana era la de los Apóstoles, como debía ser, creía en ella. Dijo asimismo que algo más debió de decirle el fraile a *su niño* puesto que estuvieron un rato con los rostros juntos pero que no guardaba memoria de lo que le dijo o tal vez no alcanzó a oírlo porque era mucho el jolgorio y la confusión que había en el quemadero.

Preguntada finalmente la atestante si vio u oyó alguna otra cosa que, por una razón o por otra, considerase que debe declarar al Santo Oficio, la atestante manifestó que, en todo caso, de lo que vio aquella tarde, lo que más la conmovió fue el coraje con que murió *su niño*, que aguantó las llamas tan tieso y determinado, que no movió un pelo, ni dio una queja, ni derramó una lágrima, que a la vista de sus arrestos, ella diría que Nuestro Señor le quiso hacer un favor ese día. Preguntada la atestante si ella creía de buena fe que Dios Nuestro Señor podía hacer favor a un hereje, respondió que el ojo de Nuestro Señor no era de la misma condición que el de los humanos, que el ojo de Nuestro Señor no reparaba en las apariencias sino que iba directamente al

corazón de los hombres, razón por la que nunca se equivocaba. Por lo demás, terminó la declarante, no advirtió ni vio, ni oyó nada que su memoria guarde, aparte de lo transcrito.

Fuela encargado el secreto so pena de excomunión.

Fui presente yo, Julián Acebes, escribano.

(Declaración de Minervina Capa, de Santovenia de Pisuerga, en el informe de las personas que asistieron a las ejecuciones del día 21 de mayo de 1559).

Aparte los libros y autores expresamente mencionados en la novela, hay historiadores como Jesús A. Burgos, Bartolomé Bennassar, Carmen Bernis, Germán Bleiberg, Teófanes Egido, Isidoro González Gallego, Marcelino Menéndez Pelayo, Juan Ortega y Rubio, Anastasio Rojo Vega, Matías Sangrador, J. Ignacio Tellechea y Federico Wattenberg que con sus obras me han ayudado a reconstruir y conformar una época (el siglo XVI). A todos ellos expreso por estas líneas mi reconocimiento.



MIGUEL DELIBES SETIÉN (Valladolid, España, 1920 - 2010). El apellido Delibes proviene de Toulouse (Francia), ya que su abuelo paterno, Frédéric Delibes Roux —emparentado lejanamente con el compositor Léo Delibes— se asienta en España en 1860, adonde emigra para participar en la construcción de una línea de ferrocarril en la provincia de Santander. En uno de sus pueblos, Molledo-Portolín —escenario luego de una de las primeras novelas delibeanas, *El camino*— se casa con Saturnina Cortés, y con los años traslada el matrimonio su residencia a Valladolid.

Miguel Delibes es el tercero de los ocho hijos del matrimonio Adolfo Delibes, profesor y director de la Escuela de Comercio de Valladolid, y de María Setién, burgalesa de origen. El niño Miguel estudia en el colegio de La Salle y, en 1938, con 17 años, y antes de que le movilicen como soldado en la guerra civil que asola España desde 1936, decide enrolarse como voluntario en la Marina. «Casi con seguridad iban a destinarme a Infantería y me horrorizaba la idea del cuerpo a cuerpo, la guerra en el mar era más despersonalizada, el blanco era un barco, un avión, nunca un hombre. Yo lo veía como un mal menor».

Delibes, sin embargo, queda profundamente marcado por el conflicto bélico. «Si fuera posible —ha escrito— hacer un estudio médico de las personas que participamos en aquella terrible guerra, resultaría que los mutilados síquicos somos bastantes más que los mutilados físicos que airean sus muñones».

Regresa a Valladolid recién terminada la guerra y estudia Comercio y Derecho. Sin embargo, ninguna de estas carreras le complace. Y sólo el azar

quiere —él mismo lo ha reconocido así— que desemboque en el mundo del periodismo y de la literatura. Un azar que comienza cuando, al estudiar el *Manual de Derecho Mercantil* de Joaquín Garrigues, descubre la belleza del lenguaje y la eficacia de la metáfora y el adjetivo oportunamente empleado. Como también le gusta el dibujo —su padre le ha matriculado en la Escuela de Artes y Oficios—, Miguel Delibes ingresa como caricaturista, en 1941, en *El Norte de Castilla*, el periódico de su ciudad, y pasa luego a ser redactor.

Ya es por entonces novio de Ángeles de Castro y ésta —que luego será su esposa— le anima a leer y a satisfacer el espontáneo deseo de ponerse a escribir. De esta manera, casi por puro azar y con una formación eminentemente autodidacta en lo que a lo literario se refiere, escribe su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada*, que consigue el prestigioso premio Nadal, en la noche de Reyes de 1948.

Es el espaldarazo. Dos años antes se había casado con Ángeles de Castro y había conseguido la cátedra de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio de su ciudad.

A partir de ahora compaginará la enseñanza, el periodismo y la literatura.

Miguel Delibes es nombrado subdirector de «El Norte de Castilla» en 1952 y director en 1958. Emprende una serie de campañas en favor del medio rural castellano y ello le lleva a enfrentarse con el régimen y la censura reinantes, viéndose obligado a dimitir de su cargo en 1963. Pero no ceja por eso en su denuncia de la postración de Castilla y, cuando no puede hacerlo desde el periódico, lo hace desde la narrativa. Nace así su novela *Las ratas* (1962), verdadera epopeya novelada de la tragedia del campo castellano.

Pero ya antes había publicado varios títulos más, en especial *El camino* (1950), su tercera novela y arranque y confirmación de lo que habrá de ser su auténtico estilo narrativo.

Junto a títulos señeros como *La hoja roja* (1959), *Cinco horas con Mario* (1966), *Parábola del náufrago* (1968) —su novela más experimental—, o *Las guerras de nuestros antepasados* (1975), Delibes publica también sus primeros libros de caza y crónicas de viajes, principalmente *USA y yo* (1966), consecuencia de su estancia de seis meses en Estados Unidos, como Profesor visitante de la universidad de Maryland.

En 1973, con más de veinte libros publicados y varios premios en su haber, Miguel Delibes es elegido miembro de la Real Academia de la Lengua, ocupando el sillón e minúscula. La toma de posesión tiene lugar el 25 de

mayo de 1975, y su discurso versa sobre «El sentido del progreso desde mi obra».

Sólo unos meses antes, en noviembre de 1974, había muerto su esposa Ángeles, a la que el novelista había calificado como su «equilibrio» y la «mejor mitad de mí mismo». En una novela que Delibes publicará diecisiete años más tarde, *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991), evocará la singular figura de esta mujer.

La muerte de su esposa deja sumido al escritor en una profunda depresión, de la que comienza a salir tres años más tarde con la publicación de su novela *El disputado voto del señor Cayo* (1978). Siguen nuevas novelas, nuevos libros de caza, alguna nueva crónica viajera, y varios de sus relatos —doce en total — son llevados al cine o al teatro. *Los santos inocentes* en la pantalla y *Cinco horas con Mario* en los escenarios son los logros más notables en sendos géneros.

Llegan también para Miguel Delibes los reconocimientos y los premios: el Príncipe de Asturias, en 1982; el premio de las Letras de Castilla y León, en 1984; el de las Letras Españolas, en 1991; y dos años más tarde, en 1993, el premio Cervantes, el más prestigioso galardón para escritores de habla hispana. Su discurso de aceptación del premio ha sido considerado como uno de los más bellos y profundos de cuantos se hayan pronunciado en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares. Y aun cuando en él parece dar a entender Miguel Delibes que da por clausurada su creación literaria, cinco años más tarde, en 1998, publica la que puede considerarse su novela más ambiciosa: *El hereje*, un alegato en favor de la libertad de conciencia. La novela se desarrolla en el Valladolid del siglo XVI, y «a Valladolid, mi ciudad» dedica Delibes el libro. Ciudad donde nació y donde ha vivido siempre porque, como él mismo ha repetido, «soy como un árbol, que crece donde lo plantan».

Tras la publicación de *El hereje* su carrera literaria prácticamente se detuvo, principalmente por el cáncer de colon que padecía el escritor precisamente desde la última fase de redacción de su última gran novela.

Recibió en 2007 el Premio Quijote de las Letras Españolas. El escritor trataría aún de sacar adelante una nueva novela corta mediada la década del 2000. La obra, que iba a llevar por título *Diario de un artrítico reumatoide*, fue finalmente abandonada después de medio centenar de cuartillas manuscritas. Por su incapacidad, tras ser galardonado con el Premio Vocento a los Valores

Humanos, Juan Carlos I y Sofía de Grecia, Reyes de España, visitaron personalmente al escritor en su domicilio vallisoletano. La comunidad autónoma de Castilla y León le entregó en noviembre de 2009 la Medalla de Oro de Castilla y León como reconocimiento por «su defensa del castellano», calificando al autor como «maestro de narradores». De igual modo, numerosas entidades culturales e intelectuales españolas e internacionales propusieron en varias ocasiones al escritor como candidato al Premio Nobel de Literatura.